

Colección **Jorge Álvarez**

Germán N. Rozenmacher

obras completas

completas
completas

EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL

Germán N.
Rozenmacher

obras completas

Colección ***Jorge Álvarez***

Germán N. Rozenmacher

obras completas

EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

Rozenmacher, Germán
Obras completas. - 1a ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2013.
932 p. ; 23x15 cm. - (Colección Jorge Álvarez / Jorge Álvarez)

ISBN 978-987-1741-82-3

1. Narrativa Argentina. I. Título

COLECCIÓN JORGE ÁLVAREZ
Biblioteca Nacional

Dirección: Horacio González
Subdirección: Elsa Barber
Dirección de Administración: Roberto Arno
Dirección de Cultura: Ezequiel Grimson
Dirección Técnico Bibliotecológica: Elsa Rapetti
Dirección Museo del Libro y de la Lengua: María Pia López

Dirección de Colección: Jorge Álvarez

Coordinación Área de Publicaciones: Sebastián Scolnik
Área de Publicaciones: Yasmín Fardjoume, María Rita Fernández,
Ignacio Gago, Griselda Ibarra, Gabriela Mocca, Horacio Nieva,
Juana Orquin, Alejandro Truant, Juan Pablo Canala

Colaboración: Juan Martín Sigales, Emiliano Ruiz Díaz

Agradecemos a Amelia Figueiredo y a Lucas Rozenmacher por su apoyo
para esta edición

Diseño: Carlos Fernández

Corrección: Alejo Hernández Puga

Contacto: ediciones.bn@gmail.com
Agüero 2502 - C1425EID
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gob.ar

ISBN 978-987-1741-82-3

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Palabras previas 11

Los ojos de Rozenmacher: una invitación a la relectura 13
por *Matías H. Raia*

Nota del compilador 29

Cuentos

Presentación 33
Ataúd 35
Tristezas de la pieza de hotel 39
El gato dorado 49
Los pájaros salvajes 61
Cabecita negra 65
Raíces 73
Rocío Fuentes está borracho 111
Esta hueya la bailan los radicales 119
El gallo blanco 133
Blues en la noche 143
En la playa 161
Bananas 167
Cochecito 181
Los ojos del tigre 211
¡Dónde están los porotos! 231
Una perfecta tarde de playa 241

Teatro

Réquiem para un viernes a la noche 269
La crucifixión 309

Simón Brumelstein, el caballero de Indias 317
El avión negro 365
Escrito por Germán Rozenmacher, Roberto "Tito" Cossa, Carlos Somigliana y Ricardo Talesnik.
El Lazarillo de Tormes 413

Guiones para televisión

Casita en el Tigre 469
El casamentero (El shadjen) 489
La despedida de Klein 533

Escritos para prensa

La tortura como hábito 557
La conferencia que nosotros vimos 563
CIES. Réquiem en la Riviera 575
El chico con cabeza de toro 589
El hombre que escribe en la pared de la Casa Rosada 595
¡Calma, radicales! 599
Ruletas clandestinas 603
El marqués de la Rural 609
Adiós al Mono 615
La señorita del SIDE 619
La historia desconocida de Eva Perón 623
A 15 años de su muerte
La historia desconocida de Eva Perón 633
La infancia de Evita
La historia desconocida de Eva Perón 641
Evita actriz
La historia desconocida de Eva Perón 647
El matrimonio Perón
La historia desconocida de Eva Perón 655
Evita y el 17 de Octubre

La historia desconocida de Eva Perón 667
La política Eva Perón
La historia desconocida de Eva Perón 675
Evita en Europa
La historia desconocida de Eva Perón 685
El mito Eva Perón
Reportaje a las Malvinas 693
Enigmas para espías 707
Pichuco Troilo:
Intimidad de un bandoneón 719
Reportaje a la Patagonia 729
La conquista del lejano sur 741
Los hijos del viento 753
El gigante que está solo y espera 763
Apolo 10: en los suburbios de la Luna 775
Así en la tierra como en el cielo 783
El cazador de tupamaros 807
Teatro argentino. Nacionalizar a toda costa 815
Chaco. La maldición del oro blanco 833
El misterioso señor Q (o el espionaje industrial en la Argentina) 845
Federico Pinedo:
"Yo soy de antes del diluvio" 865

Misceláneas

Hablaron de teatro: Cossa, Rozenmacher y Walsh 879
Reportaje de Pirí Lugones en cuatro escenas
Diccionario de la literatura universal 899
La Biblia
Cábala (recepción o tradición)
El Estado judío (Der Judenstaal)
Los hijos del ghetto (Children of the ghetto)
Ishtó Hasenuá (Su mujer odiada)
Literatura judía
El Lazarillo de Tormes

Motl peisi dem jazns (Motl, el hijo del cantor)
La yegua (Di Kliatche)
Yo y tú (Ich und Du)
Cabecita negra (historieta) 909
Introducción de Ricardo Piglia. Dibujos de Francisco Solano López. Adaptación de Eugenio Mandrini

Epílogo

Aproximaciones a una vida 923
(nota biográfica sobre Rozenmacher)

Palabras previas

Quizás algún oscuro derecho deba asistir al que escribe sobre una persona o algún aspecto de la obra de esa persona. Mi derecho en este caso es exiguo, defectuoso. Alguna vez vi a Germán Rozenmacher parado en la esquina de Viamonte y Florida, una fugaz imagen que significaría nada si no estuviera allí para completar lo poquísimo y lo casi nada que sabía de él, su edición personal de *Cabecita negra*, en 1961, luego reforzada por otra edición que ya tenía el sello editorial de Jorge Álvarez. En ese tiempo se lo leía como el fotograma invertido de "Casa tomada".

Hoy no me parece así. En Cortázar se pone el énfasis en lo hermético de la situación, lo indescifrable de una amenaza. En Rozenmacher la amenaza está situada, casi diríamos historizada. Pero si bien la conciencia del narrador cortaziano es inescrutable en su aceptación distante del miedo, del horror casi natural de las cosas, en el caso del señor Lanari, sólo después se presenta ese sentimiento, que primero es una cobardía social y luego se transforma en una de las tantas cosas impenetrables que definen una vida para siempre. De algún modo, en un juego que podría explicarse mejor, no como mera intuición de paso, "Cabecita negra" está a la vez dentro y fuera de "Casa tomada".

Lo que sin embargo Rozenmacher lleva mucho más allá es lo que le impide ser tanto un escritor realista como un escritor metafísico. Está el miedo, la humillación, el pánico, el formidable manejo de una sordidez dosificada. Todas esas cosas se desenvuelven hacia una desolación brutal, que despoja de singularidades existenciales a todo lo que toca, o bien a ese espanto indescifrable que se comporta como la trama interna de un grupo social. Rozenmacher deja abierta todas esas posibilidades. No hace crítica social, sino que ahonda los misterios del hombre poseído por su servilismo, esa frontera que nos perturba y que no siempre somos capaces de analizar. En ese punto de tensión, pleno de resonancias religiosas y políticas, se detiene este proyecto literario inconcluso que tenía su visible secreto ético en las oscuras culpas que mueven toda historia conocida. Fue Rozenmacher el escritor, en su

época, de la hendidura dramática entre dos manojos de sentimientos: la deuda, la culpa. Por encima, espectros de paso, sobrevolaban la conjunción peronismo y judaísmo, que Rozenmacher buscaba explicar en la conciencia remota de una humanidad trágica y burlona, lo mismo que su contemporáneo Walsh hacía, pero con criaturas estrujadas que perdían su voz, y el literato debía luchar para escucharlas en su fino aullido distante. Y restituirlas entonces en su propia voz como recusación de un orden social criminal.

En Rozenmacher, las pequeñas criaturas salen de un trasfondo de neblinas sociales, y si amenazan, lo hacen con inocencia que siempre gana una obligatoria disculpa. *Cabecita negra* fue el primer libro publicado por Jorge Álvarez en 1963 y ahora es incluido en este primer libro de una colección que lleva su nombre, surgida de los trabajos de la Biblioteca Nacional. Muchos nombres, así, se entrelazan en este caso. Por mi parte, completo mi frágil habilitación para hablar de este tema, con el recuerdo del día en que por esas mismas calles en que uno podía ver a Rozenmacher –si no recuerdo mal, con una pipa medio apagada en la boca–, corrió como un escalofrío con su dosis completa de absurdo, la noticia de su muerte que lo ponía a uno, a muchos, a casi toda una época, frente a lo inadmisible.

Horacio González
Director de la Biblioteca Nacional

Los ojos de Rozenmacher: una invitación a la relectura

Matías H. Raia

En el mundo discográfico y de rankings musicales existe un concepto mercadotécnico útil para sopesar el lugar de Germán Rozenmacher en la literatura argentina: el concepto de *one hit wonder*. En el universo musical, un *one hit wonder* es un artista, un intérprete o una banda reconocida en el ambiente por un solo tema, un solo *hit*. Se trata de esos fenómenos musicales que se reducen a una producción que arrasa con los rankings y las ventas pero que nunca más logran colocar otro éxito, por lo que pasan a las bateas del olvido (excepto cuando alguna radio decide colocar el hit en un ranking histórico o cuando una discográfica decide lanzar una compilación de época).

Con Rozenmacher y su obra ha sucedido algo similar. Si repasamos los estudios de crítica literaria desde los años setenta hasta la actualidad, su nombre aparece continuamente evocado junto a un solo *hit*: "Cabecita negra".[1] La historia del relato es conocida: el señor Lanari, un burgués gentilhombre, sufre de insomnio y decide asistir a una mujer que llora y grita en el umbral de un edificio. La ayuda brindada se le vuelve en contra cuando un policía lo trata de "viejito verde" y a Lanari se le ocurre invitarlo a su departamento para agasajarlo con un "coñac de primera" y evitar ir preso. Lo demás es literatura: la narración se mezcla con la percepción prejuiciosa y de clase de Lanari y nos muestra cómo los cabecita negra se comportan en la casa de forma violenta, desenfadada y vulgar. La frase "La casa estaba tomada" era la puerta abierta para que la crítica literaria argentina, desde Noé Jitrik hasta Ricardo Piglia, leyera en "Cabecita negra" el reverso de "Casa tomada" de Julio Cortázar: una casa, una invasión, dos modos de narrar esa sensación de una burguesía ofendida por las patas en la fuente, por el advenimiento del peronismo en el escenario de la política nacional. Como correlato, Rozenmacher reducido al simple rol de un *one hit wonder*, "el escritor

1 Las excepciones son pocas y su difusión ha sido limitada por el desinterés o la especificidad. Como muestra están los estudios de Saúl Sosnowski, Gabriela Mizraje, Eduardo Romano o Noemí Ulla.

de 'Cabecita negra'" o un continuador de las narraciones de civilización y barbarie iniciadas por Hilario Ascasubi con "La refalosa".

Así, de este relato se ha dicho todo lo que se podía decir –interpretaciones políticas y sociológicas al por mayor pero coincidentes– y se ha hecho todo lo que se podía hacer –una adaptación a la historieta, otra a la televisión; faltaría un tema musical y un corto cinematográfico–. En todo caso, el reconocimiento de la obra de Rozenmacher quedó limitado a ese relato, ni más ni menos, el único relato que parecía poder leerse en tándem con algún escritor más prestigioso, con más marketing: un Julio Cortázar, por ejemplo.[2] "Cabecita negra" se lee como contracara de "Casa tomada", van de la mano, la lectura se cae de madura y quien analice uno sin tocar el otro estaría infringiendo una suerte de regla general de la historia de la violencia y la representación política en la literatura argentina.

Ante esta idea cristalizada de que Germán Rozenmacher fue un *one hit wonder*, el movimiento más simple por realizar es releer su obra. Por eso, la reedición de sus escritos nos permite tener un panorama más amplio de lo que este autor aportó a la literatura argentina que no se limita a sus textos narrativos sino que se extiende a sus textos dramáticos (obras teatrales y guiones televisivos) y a sus trabajos periodísticos (crónicas, aguafuertes y reportajes). Entonces, antes o después de la lectura de la obra de Rozenmacher, propongo algunas entradas para enmarcar la relectura.

En los márgenes del realismo

En la década de 1960,[3] se configura una serie de autores argentinos jóvenes que escriben sus relatos en los márgenes del realismo. Con un

2 Otro relato de Rozenmacher, "El misterioso señor Q" también podría haber sido leído en su explícita reelaboración de otro escritor canónico, Borges, y el cuento "La muerte y la brújula". Sin embargo, fue soslayado tal vez por su inicial circulación no-literaria (se publica por primera vez en la revista *Siete Días* en 1970) o por su posterior rescate en una revista cultural que pasó casi desapercibida (hablo de la revista *Macedonio*, dirigida por Juan Carlos Martini y Alberto Vanasco, en su número en homenaje a Rozenmacher de 1972).

3 Para una exhaustiva contextualización de la década de los sesenta en Argentina, conviene revisar *Nuestros años sesenta* (1991), de Oscar Terán, e *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991), de Silvia Sigal.

mercado literario en franca expansión (Rivera, 1998), la aparición de revistas culturales de relevancia como *Los libros* o *El escarabajo de oro* y una urgencia juvenilista de refrescar el vínculo entre política y escritura, algunas obras de la literatura argentina comenzaban a configurar una zona determinada y diferenciable. Pienso en autores como Miguel Briante, Haroldo Conti, Humberto Costantini, Juan José Hernández y Daniel Moyano, entre otros.[4] En esta serie de autores y obras, podemos inscribir los dos libros de cuentos de Rozenmacher: *Cabecita negra* (1962) y *Los ojos del tigre* (1967).

¿Por qué esta zona de la literatura argentina? Por dos razones: en primer lugar, porque algunos autores han tenido menos suerte que otros en la carrera hacia el canon nacional y no está de más volver a leer, en sintonía con la obra de Rozenmacher, estas obras desafortunadas. En segundo lugar, porque para comprender la relevancia de los relatos de Rozenmacher es necesario inscribirlo en una generación literaria de particularidades definidas. Los autores jóvenes que publicaban sus primeras obras en los 60 escribían en los márgenes del realismo y coincidían en ciertas características o gestos.

La escritura después del peronismo

En *El habla de la ideología: modos de réplica literaria en la Argentina contemporáne*a (1983), el crítico Andrés Avellaneda señala la existencia de una generación de jóvenes escritores que publican hacia 1960, una generación posterior a la del 55 (representada especialmente por los escritores e intelectuales nucleados alrededor de la revista *Contorno*). Justamente, Avellaneda cita una entrevista de 1971 a Germán Rozenmacher, a quién denomina como uno de los "brillantes miembros de esta promoción":

4 De los mencionados, las siguientes obras: de Briante, *Las hamacas voladoras* (1964) y *Hombre en la orilla* (1968); de Conti, *Todos los veranos* (1964) y *Con otra gente* (1967); de Constantini, *Un señor alto, rubio, de bigotes* (1963), *Cuestiones con la vida* (1966), *Una vieja historia de caminantes* (1967); de Hernández, *El inocente* (1967); de Moyano, *Artista de variedades* (1960), *La lombriz* (1964), y *El fuego interrumpido* (1967).

> *El advenimiento del peronismo de algún modo desnuda al país, y nuestra generación tiene el "privilegio" de ver al país descuartizado, y verlo casi desde afuera, sin estar comprometida totalmente con el peronismo ni con el antiperonismo.* (Avellaneda, 1983: 25)

Ante la cerrada disyuntiva del mito épico-político o la proscripción negadora, estos jóvenes escritores se posicionan desde una perspectiva crítica y figuran en sus obras otros acercamientos a ese movimiento heterogéneo e inclasificable que trastocó la política nacional. Rozenmacher agrega en otra entrevista a propósito de *El avión negro* (1970, obra de teatro escrita en colaboración con Roberto Cossa, Carlos Somigliana y Ricardo Talesnik):

> *Pero insisto en el sentido crítico, porque asumir monolíticamente el peronismo, asumirlo en forma populista o complaciente no es la tarea del intelectual que debe analizar los fenómenos con actitud crítica.* (26)

Es necesario aclarar que la actitud crítica no implica la falta de posicionamiento ideológico: Haroldo Conti asumirá una clara postura afín a la izquierda revolucionaria mientras Rozenmacher escribe para el semanario peronista *Compañero*. Sin embargo, lo que une a estos escritores es la convicción del peronismo como un "problema no resuelto", tal como lo señala el autor de "El gato dorado".

Por otra parte, el posperonismo es una de las condiciones de posibilidad de esta zona que intentamos delimitar. En el artículo "El 'boom' del cuento argentino en la década de 1960" del crítico Eduardo Romano y el Seminario de Crítica Literaria "Raúl Scalabrini Ortiz", se señala que el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955, el gobierno defectuoso de la llamada Revolución Libertadora y, posteriormente, el fracaso del proyecto desarrollista de Frondizi tienen como efecto en las clases medias una concientización particular. Estos sectores medios, sostienen los autores, comienzan "a realizar una necesaria autocrítica, a interesarse por indagar las condiciones reales del país..." (Romano, 1990: 25). En este sentido, el *boom* de la cuentística de los sesenta, en el que incluimos a los jóvenes autores

que intentamos caracterizar, se entiende como un correlato de esa concientización que también tendrá su reflexión en la propia producción literaria. Los lectores y escritores que posibilitan el éxito de proyectos como las editoriales Jorge Álvarez y Eudeba o las revistas *El escarabajo de oro* y *Primera Plana* son aquellos que buscan en la literatura –y en los estudios histórico-sociológicos– nuevos modos de desmenuzar su realidad inmediata y de comprender ciertas encrucijadas de la situación política de Argentina.

El realismo o la vanguardia

La narrativa en 1960 comienza a perfilar dos sendas –entre las múltiples posibles–, que remedan debates y polémicas antiguas como las sostenidas entre los grupos de Florida y Boedo en los años veinte. Con manifestaciones internacionales como el realismo socialista en los países comunistas o el arte pop en los Estados Unidos, sumadas a las tradiciones o surgimientos locales como las sombras que proyectan aún los escritores de la revista *Sur*, el Instituto Di Tella o el compromiso sartreano asumido por las revistas del momento, los escritores de esta zona se vuelven a encontrar con la antigua disyuntiva: realismo o vanguardia, escritura mimética o escritura experimental. Al igual que frente al peronismo, lo que hacen estos escritores en sus relatos es optar por un escape a la disyuntiva. Si bien eligen una perspectiva realista, estos jóvenes escritores hacen un trabajo narrativo crítico y creativo, sin caer en la ortodoxia y la ilusión del arte como "reflejo de la realidad".

En el prólogo que el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos escribe para *La lombriz* (1964), el segundo libro de cuentos de Daniel Moyano, queda clara esta nueva perspectiva en la literatura de los sesenta. Roa Bastos explica su interés por una narrativa del interior[5] que surgía por ese entonces en estos términos: "[estos escritores] han venido intentando una renovación de las formas y estructuras tradicionales y un

5 Los autores que Roa Bastos incluye en dicha generación son: "Di Benedetto, Ardiles Gray, Manauta, Rodríguez, Codina, Saer, Lorenzo, Lagmanovich, J. J. Hernández, T. E. Martínez, Foguet y otros (algunos sin obra reunida en libro todavía)…".

reajuste de sus módulos expresivos en el cuadro de conjunto de nuestra literatura de imaginación en América". La apreciación del escritor de *Yo, el supremo* es extensible a la generación de escritores argentinos de los sesenta que analizamos: la atmósfera mítica de los relatos de Moyano; el mundo infantil y cruel de J. J. Hernández; la descripción detenida y profunda de Conti; la intertextualidad con la tradición de Briante son algunos de los reajustes que estos autores proponen en el marco del realismo.

En este sentido, se trata de experimentar otros modos de hacer realismo, como lo hace Rozenmacher en la mayoría de los relatos de *Cabecita negra* y de *Los ojos del tigre*. En sus cuentos, por ejemplo, incorpora dos recursos como el libre fluir de la conciencia y el discurso indirecto libre.[6] Estos procedimientos –tomados de William Faulkner, vía Juan Carlos Onetti– le permiten subjetivizar la perspectiva realista, difuminar al narrador omnisciente y darle la voz a los personajes de sus relatos para que estos, a través de sus sensaciones, ideas, recuerdos y pensamientos, den cuenta de la realidad. Relatos como "Los pájaros salvajes" o "Bananas" son un claro ejemplo de este repliegue formal. Por lo demás, esta exploración de la subjetividad tiene dos efectos en la narrativa de Rozenmacher: por un lado, desarmar toda pretensión de un realismo "objetivo" ya que lo que llamamos *realidad* se construye en la voz de un personaje con características personales particulares que modifican la percepción de esa "realidad"; y por otro lado, complejizar la perspectiva realista sumándole una serie de voces en contraste o en consonancia (la de Cacho y el conscripto en "Cochecito", por ejemplo) que dan cuenta de la multiplicidad de actores sociales y políticos de la época. La realidad inaprehensible se vuelve múltiple y subjetiva en los márgenes de la propuesta realista del autor de "Blues en la noche".[7]

6 Conviene señalar que para la misma época escritores pertenecientes al llamado "boom latinoamericano", como Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes, utilizaban los mismos recursos para novelas como *La ciudad y los perros* (1963) o *La muerte de Artemio Cruz* (1962).

7 La crítica rosarina Noemí Ulla (1996) suma a los procedimientos mencionados la "repetición encadenada de la conjunción copulativa 'y'", la referencia indirecta a diversos diálogos y el coloquialismo. Estos recursos le dan un ritmo particular a los relatos de Rozenmacher que parecen no detenerse y fluir en una mezcla de pensamientos, experiencias y palabras.

Figuras y tensiones de la época

Si he planteado dos tensiones que intentan desactivar estos jóvenes escritores mediante el realismo crítico desplegado en sus obras (peronismo/antiperonismo; realismo/vanguardia), falta agregar ciertos tópicos y preocupaciones compartidas. Por un lado, relatos como "La causa" de Conti, *El oscuro* de Daniel Moyano, "El héroe" y "El embudo" de Briante y "Cochecito" de Germán Rozenmacher, entre otros, proponen una reflexión sobre las vicisitudes y alteraciones de la política y la sociedad argentinas de las décadas del cincuenta y del sesenta.[8] Así, encontramos toda una serie de relatos escritos por esta generación donde se escenifican conflictos con la autoridad militar o policial, el compromiso político, las posibilidades revolucionarias latentes, o la confrontación entre distintas posturas y perspectivas ideológicas.

Por otro lado, otro conjunto de relatos narra la vida cotidiana e íntima de las provincias argentinas y de sus pueblos para desbrozar el día a día, las relaciones familiares y sociales en núcleos pequeños marcados por la tradición, las frustraciones y las esperanzas. En este caso, los cuentos de *El inocente,* de Juan José Hernández, que transcurren en Tucumán, los de Conti en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, o los de Rozenmacher que narran el noroeste argentino son claros ejemplos de este conjunto que explora cómo contar la realidad de un pueblo, de una familia, y los conflictos cotidianos o contingentes que deben atravesar (muchas veces vinculados con el contexto sociopolítico antes mencionado). Esta serie, además, renueva la clásica tensión entre el centro y la periferia ya que se pueden encontrar en los relatos las esperanzas, dudas e interrogantes depositados en la posibilidad del viaje a la capital y el abandono de la vida monótona y oprimida del pequeño núcleo social (la escena de la vuelta al perro en el pueblo de "Raíces" es paradigmática).

8 Esta reflexión se destaca en las distintas crónicas y aguafuertes que Rozenmacher escribe para *Compañero* o para *Siete Días*. La figura de Evita, por ejemplo, es la excusa para transmitir una mirada múltiple y una narración coral del peronismo, sus líderes, sus seguidores y sus detractores. Esas crónicas terminan donde "Esa mujer" de Rodolfo Walsh empieza.

Finalmente, esa última tensión habilita la mención del otro elemento que plantean los relatos de esta generación: el vínculo entre juventud y renovación. En la década de 1960, la juventud arrebata la voz que antes le había sido negada en términos políticos (movimientos de guerrilla urbana y rural, militancia política, abrazo a las revoluciones de izquierda del momento, etcétera) y en términos culturales (el hippismo, el Mayo francés, la generación *beatnik*, el Cordobazo, la intelectualidad existencialista, etcétera). Los autores argentinos, por supuesto, viven ese arrebato –y en diversas ocasiones participan directa o indirectamente del mismo– y lo narran en algunas de sus obras. Los modos de narrarlo son múltiples: conflictos entre padres e hijos por elecciones políticas o vitales, escándalos privados y públicos entre jóvenes y adultos, presentación del *snobismo* cultural e intelectual juvenil, etcétera.

En resumen, Rozenmacher y sus textos se inscriben en esta zona caracterizada por los tres elementos desarrollados: la escritura después del peronismo, una propuesta realista alternativa y una serie de figuras y tensiones de la época. Enmarcada la obra del autor de *Réquiem para un viernes a la noche*, me detengo en algunos aspectos destacables en la relectura de sus textos.

La pasión y la excepción

Si se lee con tanta pasión e insistencia “Cabecita negra”, no se entiende por qué tanto soslayo e indiferencia ante relatos como “Cochecito” y “Los ojos del tigre”. En estos cuentos, Rozenmacher problematiza los movimientos revolucionarios y el compromiso político de la década de 1960 y aporta su narrativa para la literatura política argentina de la época.

La trama de los relatos mencionados sirve para tener un panorama de la cuestión: “Cochecito” narra la historia de Cacho, un militante de la Resistencia peronista que, en un primer momento, vive una historia de amor problemática con una mujer y, en un segundo momento, oficia de iniciador en la lucha armada de un conscripto deseoso de dejar atrás la teoría y pasar a la acción; en “Los ojos del

tigre", nos encontramos con una persecución en una selva hostil en la que el coronel Chaves sigue las huellas del teniente Federico, joven profesor de latín que se va al monte siguiendo órdenes del Frente Simón Bolívar. De la guerrilla urbana y el peronismo a la guerrilla rural y la izquierda, Rozenmacher construye una galería de personajes y situaciones que se plantean la opción por la revolución como un problema irresuelto. Se trata de desnaturalizar la violencia política, problematizar la lucha armada y poner en evidencia conflictos que atraviesan la vida de los protagonistas. Rozenmacher plantea una contradicción vital: la vida burguesa –tal vez la rutina, el trabajo estable, el amor, la pareja institucionalizada– o la acción revolucionaria –quizás el compromiso, la lucha, la discusión, las operaciones–, la imposibilidad de que una comprenda a la otra y la imposible coexistencia.

Los planteos y las voces de la sociedad frente a esta contradicción vital juegan un papel fundamental en las decisiones que toman los personajes de "Cochecito" y en "Los ojos del tigre" y señalan la tensa relación entre el individuo y la sociedad, entre el hombre y la familia, entre la revolución y los modelos de vida burgueses. Además, las formas de la violencia política se manifiestan con distintas intensidades en ambos relatos: desde conflictos al interior de los movimientos guerrilleros o sindicales hasta el enfrentamiento con el enemigo militar o policial y la confrontación con otros actores políticos.

Estos elementos planteados en "Cochecito" y en "Los ojos del tigre" problematizan el vínculo entre poder, violencia y política y alcanzan otros grados y otros contextos históricos y sociales en cuentos como "Bananas", "El gallo blanco", "Esta hueya la bailan los radicales" o "Una perfecta tarde de playa". Releer esta serie de relatos de Rozenmacher nos permitirá reinscribirlo, más allá de "Cabecita negra", junto a autores como Rodolfo Walsh, Francisco Urondo o Haroldo Conti en la reflexión sobre las vías de la política revolucionaria, sus límites y sus alcances, sus presupuestos y sus prejuicios en la década de los sesenta, y anticipar de algún modo lo que vendría después.

Rozenmacher, periodista

La participación de Germán Rozenmacher en el periodismo es profusa y variada. Se inicia, entre 1962 y 1963, en un periodismo de corte militante en los semanarios peronistas *18 de marzo* y *Compañero*, ambos dirigidos por Mario Valotta. Sus aguafuertes de *Compañero* llaman particularmente la atención ya que lo colocan, por un lado, en un estilo que mezcla el grotesco argentino de Roberto Arlt[9] y el esperpento español de Ramón del Valle-Inclán.[10] Así, por ejemplo, en "Ruletas clandestinas", Rozenmacher visita una pizzería de barrio y describe a su dueño, cornudo y fracasado, desde la perspectiva del espejo deformante:

> *Petisito, morocho, con cejas desproporcionadamente crecidas, con esa facha de pizzero fracasado que se obstina en pensar "El año que viene pongo negocio en la calle Corrientes, pibe", ahí estaba absorto en quién sabe qué, del otro lado del mostrador, con esa mueca amarga, tragando siempre saliva, como si constantemente se estuvieran diciendo insultos a los que no podía contestar y tuviera que aguantárselos todos tragando y tragando.*

El otro aspecto destacable en las tituladas "Aguafuertes porteñas" del semanario *Compañero* es su rasgo de actualidad, de lectura de síntomas sociales de la década del 60. En este sentido, Rozenmacher escribe "¡Calma, radicales!", tras la victoria de Arturo Illía en las elecciones presidenciales, para criticar la postura exitista del radicalismo y su pretendida apropiación de las masas populares; o redacta "Adiós

9 La figura del fracasado será otro de los préstamos que el autor de "El gato dorado" tomará de Arlt. En este sentido, sus relatos, obras teatrales y aguafuertes nos presentan una galería de personajes frustrados que intentan adaptarse a un contexto de desarraigo y desazón, que se sumergen violentamente en "la *struggle for life*", como decía Lucio en *El juguete rabioso* (1926). Más tarde, esta tradición del fracaso será relevada por Osvaldo Soriano en una novela como *Cuarteles de invierno* (1980).

10 En una semblanza preciosa del número dedicado a Rozenmacher (1972) de la revista *Macedonio*, el crítico Jorge Lafforgue señalaba el gusto de Rozenmacher por la obra del dramaturgo español: "…su desconfianza ante mis entusiasmos por [Bertolt] Brecht y, en cambio, su enorme admiración por Michel de Ghelderode y Valle Inclán…" (40).

al Mono", por el fallecimiento del boxeador José María "El Mono" Gatica,[11] y traza una silueta que va de lo biográfico a lo sociológico.

Del periodismo militante, Rozenmacher pasará a formar parte, tras su colaboración con la revista *Así* (1963), del staff de la revista *Siete Días*. En este punto, Rozenmacher abandona el estilo costumbrista-grotesco de sus aguafuertes y comienza con la escritura de crónicas y entrevistas inscriptas en problemáticas de actualidad. De este modo, los textos periodísticos de Rozenmacher, así como sus relatos, permiten reconstruir parte del campo cultural y político de la década del 60: entrevistas que exploran los movimientos políticos armados de la época ("El cazador de tupamaros"), crónicas sobre la asfixiante realidad de las provincias argentinas (la serie sobre la Patagonia; "Chaco, la maldición del oro blanco") o artículos inscriptos en el marco de la Guerra Fría y de la llegada del hombre a la Luna ("Enigma para espías"; "En los suburbios de la Luna"). En todo caso, la participación de Rozenmacher en *Siete Días* le permite desplegar sus capacidades como investigador y como escritor por una cuestión temática –los temas que elige para desarrollar son más amplios y complejos que las escenas mínimas y sencillas que tomaba en *Compañero*– y de extensión –las aguafuertes tenían un espacio limitado que convivía con otros recuadros en la misma página; estos artículos y entrevistas firmados por Rozenmacher ocupan varias páginas y suelen ir acompañados por fotografías que documentan su investigación–.

Los textos periodísticos que forman parte de esta edición devuelven una faceta del autor de *Los ojos del tigre* que no había sido explorada:[12]

11 Las escrituras de Rozenmacher y de Soriano se cruzan en varios puntos. Ya hemos mencionado la tradición del fracaso, agreguemos el interés de ambos por ciertas figuras populares que, como Gatica, sirven de metáfora para leer al peronismo (Soriano escribe la crónica "José María Gatica. Un odio que conviene no olvidar", que se publica a fines de 1975). En este cruce, por ejemplo, la idea de que la carrera de Gatica replica la parábola de ascenso y caída del peronismo (1945-1956) aparece en el aguafuerte de Rozenmacher y luego se retoma en la crónica de Soriano.

12 Valga la siguiente aclaración. Por un lado, la revista *Macedonio* (1972) recuperó "El misterioso señor Q" (sólo el cuento, no el artículo que se intercalaba a la ficción) y "Nacionalizar a toda costa"; por otro lado, el libro *Grandes textos del periodismo argentino* recuperó "Enigma para espías". Respecto de los demás artículos, crónicas y entrevistas, pueden encontrarse menciones sobre algunos en semblanzas y artículos pero faltaba una recopilación y un establecimiento bibliográfico de estos.

Rozenmacher fue también cronista y su obra periodística es tan valiosa como su obra de ficción. De nuevo, su escritura pone de relieve las tensiones de la época y propone una visión compleja y comprometida con la realidad político-social argentina.

El peso de la tradición

En *Réquiem para un viernes a la noche*, la primera obra de teatro de Rozenmacher, se nos plantea una situación irreconciliable entre padre e hijo de una familia judía tradicional. Sholem Abramson, el padre, no puede aceptar el nuevo comportamiento de su hijo, David. Él quiere casarse con María, una muchacha que no es judía; su padre no lo acepta y David reacciona:

> *No, papá, no me entendés… ¿Pero es que no ves cómo me ahogo aquí dentro? ¿Qué se guarda en esta casa? Entro aquí y me siento en otro mundo. Entro aquí y me siento a mitad de camino de todo, no soy nada, no soy nadie. ¡Estoy cansado de hablar mitad en ídish y mitad en castellano! ¡Estoy cansado de hablar todo el día de cosas que ya no me interesan, estoy cansado de vivir en el pasado, estoy cansado de ser un extranjero! ¡Abrí las ventanas, papá, salí a la calle, volvé los ojos sobre este mundo, sobre esta calle, sobre esta gente con la que estamos viviendo, sobre esta ciudad en la que yo nací y que es mía! ¿Qué querés que te haga si soy distinto a vos? ¿Te creés que no me duele? Yo no te pido nada del otro mundo, papá. Yo respeto todo esto, pero te pido que me dejes vivir mi vida.* (*Réquiem para un viernes a la noche*, 1977, pp. 45-46)

Anteriormente, ponía de relieve de qué modo, en los relatos de la serie política, confrontaba una postura ligada a la burguesía y a la tradición social o familiar con una nueva postura política de corte revolucionario. Lo interesante de los textos de Rozenmacher es que dicha confrontación entre renovación y tradición se hace extensible a otros ámbitos como el judaísmo y el lugar de los judíos en la sociedad argentina. Así, otra serie ya no política sino religiosa-familiar

extiende un hilo que conecta diferentes relatos y obras de este autor. Cuentos como "El gato dorado" y "Blues en la noche" y sus obras de teatro *Réquiem para un viernes a la noche* y *Simón Brumelstein, el caballero de Indias* tematizan la confrontación entre estos dos elementos, renovación y tradición, retomando un conflicto tan antiguo como el de la obra teatral *M'hijo el dotor*, de Florencio Sánchez, o tan actual como el del capítulo "El matrimonio mixto" de la serie televisiva *Los simuladores*.

En todo caso, Rozenmacher logra en estos textos, por un lado, relevar y extender una literatura judeoargentina con sus clásicas problemáticas de esencia y mezcla y de qué significa ser judío en Argentina (como bien lo analiza Saúl Sosnowski en *La orilla inminente: escritores judíos argentinos* [1987]). Así, recoge el guante que había dejado un autor como Alberto Gerchunoff con sus gauchos judíos y su mesurada integración (aunque, en el caso de los relatos de Rozenmacher, la integración se vuelve compleja y problemática) e indaga en un tipo de personajes que sienta precedentes para una formidable novela como *El rufián moldavo* (2004) de Edgardo Cozarinsky: los artistas judíos que cantaban en ídish, que realizaban espectáculos teatrales para su comunidad y que cayeron en el olvido y la incomprensión frente al avance de los nuevos espectáculos y el ocaso de las tradiciones (ejemplos claros son "Blues en la noche" y el guión "La despedida de Klein").

Por otro lado, la exploración del judaísmo –su tradición, traición y renovación– en los relatos de Rozenmacher es una puerta abierta a la imaginación y a la poesía; en textos como "El gato dorado", en el que dicho animal enseña a volar –material y espiritualmente–, a un pianista fracasado, o *Simón Brumelstein, el caballero de Indias*, obra teatral en la que su protagonista alucina o aparenta ser un caballero de Indias con un gran tesoro y sus fantasías de grandeza se entremezclan con los reclamos sociales que ven en él a un vago, un desalmado o un hipócrita. Ambos textos tiene pasajes elaborados en los que realidad, poesía e imaginación se vuelven indiscernibles.

Del teatro a la pantalla

El camino de la dramaturgia le abre otras puertas a Rozenmacher: escribe guiones para distintos ciclos televisivos. En este sentido, encontramos que su figura de escritor e intelectual es múltiple, presenta facetas vinculadas no sólo con la literatura sino también con los medios masivos de comunicación y con ese objeto revolucionario: la televisión.

Los guiones que se recogen en esta edición dan cuenta de su aprendizaje en el oficio –"Casita en el Tigre" (1965) está pensado desde un punto de vista teatral: un solo espacio, pocas indicaciones técnicas; mientras que "El casamentero" (1970) y "La despedida de Klein" ponen de relieve un trabajo más detenido con las particularidades genéricas, los cambios de espacio y tiempo, la variedad de personajes, etcétera– y recuperan los temas y los climas que trabajaba en su obra narrativa y teatral.

Así, en "Casita en el Tigre" se presentan ciertos dilemas en torno a la vida burguesa –ilusiones rotas, matrimonio falaz y conformismo– que luego, reaparecerán en relatos como "Cochecito", "Los ojos del tigre" o en la obra *Simón Brumelstein*... En cambio, en "El casamentero", una trama más liviana y cómica le permite a Rozenmacher explorar las costumbres de la comunidad judía y trazar una comedia de enredos en torno a figuras pícaras (en 1971 realizó su adaptación teatral de *El Lazarillo de Tormes*). Finalmente, en "La despedida de Klein", reaparecen los personajes vinculados con los artistas judíos como habían sido figurados en "El gato dorado" o "Blues en la noche". En los guiones que Rozenmacher escribió para los ciclos "Historias de jóvenes" y "Las fiestas", se reafirman dos tonos que caracterizan su obra: un tono nostálgico, vinculado con las ilusiones quebradas, el tiempo perdido y los proyectos frustrados, y un tono pícaro, propio de la vida urbana (más específicamente, porteña) y de la lucha por la vida en la que se involucran sus personajes. Estos tonos no son necesariamente incompatibles, se podría buscar cuál predomina en cada relato, pero el otro, el rezagado, se cuela por los intersticios a través de algún gesto, algún personaje o situación.

Los *hits* de Rozenmacher

Este recorrido introductorio por la obra de Germán Rozenmacher tuvo, como lo aclaré al inicio, un objetivo principal: correr al autor de su lugar de *one hit wonder*, desprenderlo del mote reduccionista de "el escritor de 'Cabecita negra'" y habilitar una relectura de sus textos. La idea de reeditar su obra publicada –y de recuperar cuentos y guiones televisivos inéditos y crónicas y artículos publicados en prensa– se convierte en una nueva oportunidad para trazar mapas en la literatura argentina que incluyan su producción y revaloricen su propuesta estética. Si los textos de Rodolfo Walsh, Osvaldo Lamborghini o Julio Cortázar han sido suficientemente leídos para desmenuzar la realidad política, social y cultural de los sesenta y los setenta, sumar la obra de Rozenmacher da lugar a un nuevo prisma de reflexión de aquella época que pone de relieve aspectos y modos que otras obras no habían abordado. Por otro lado, la herencia de Rozenmacher y del realismo crítico parece volver a retomarse después de años de oscuridad y silencio gracias a las reediciones de los libros de Briante o de los cuentos completos de Costantini, pero también por la aparición de escritores como Luciano Lamberti, Selva Almada, Hernán Ronsino o Carlos Busqued, que proponen en sus obras un retorno al registro realista, con modulaciones varias que van desde la exploración de zonas de la experiencia sórdidas y marginales a la reconstrucción de un acontecimiento desde focalizaciones diversas. En todo caso, Germán Rozenmacher no fue un *one hit wonder* y sus obras, como lectura del pasado o como potencia del presente, son prueba de ello.

Nota del compilador

Este libro lleva el pretencioso título de *Obras completas*, aun cuando no tengamos la absoluta seguridad de dónde empieza y dónde termina una obra, aun cuando la palabra "completa" parezca una utopía. En todo caso, hemos organizado el material encontrado en cuatro secciones: Cuentos, Teatro, Guiones para televisión, Escritos para prensa y Misceláneas.

En el caso de la sección Cuentos, a los libros *Cabecita negra*, *Los ojos del tigre* y los cuentos sueltos recopilados en *Cuentos completos* (CEAL, 1971), hemos agregado un relato publicado en la revista cultural de Avellaneda *Vuelo*. El cuento fue aportado por la familia Rozenmacher. También fue recuperado el cuento inédito "¡Dónde están los porotos!".

En el caso de la sección Teatro, incluímos todas las obras publicadas, la escrita en colaboración con Roberto Cossa, Ricardo Talesnik y Carlos Somigliana *El avión negro*, y la obra inédita *La crucifixión.*

También recuperamos en la sección Guiones para televisión, por gentileza de la familia Rozenmacher, *Casita en el Tigre, La despedida de Klein* y *El casamentero*; todos ellos fueron escritos entre 1965 y 1970.

En cuanto a la sección Escritos para prensa, vale hacer algunas salvedades. Germán Rozenmacher fue un periodista prolífico y comprometido con su labor, por lo que no ha sido sencillo recuperar los textos que presentamos en esta edición. Como criterio básico, publicamos las notas firmadas por Rozenmacher, aunque podemos asegurar que ha escrito otros textos en las diversas publicaciones en las que participó sin adosarles su firma. La única excepción al criterio planteado es la serie de crónicas sobre la vida y muerte de Eva Perón, que la familia Rozenmacher ha asegurado que fueron escritas por Germán. Respecto de los demás artículos, crónicas y entrevistas, recuperamos una parte gracias a la amabilidad de la familia Rozenmacher y encontramos una gran cantidad en bibliotecas, institutos y usados. Sin la ayuda invaluable de Jorge Lafforgue, Álvaro Abós, María Gabriela Mizraje, Andrés Avellaneda, Yael Tejero Yosovitch y Ernesto Mario Mones Ruiz, nos hubieran faltado datos para encontrar algunos textos. Finalmente, es válido aclarar que no pudimos conseguir el semanario *Así* de manera íntegra en ninguna de las bibliotecas consultadas, por lo que podríamos estar

obviando algún artículo que Rozenmacher haya publicado en dicha revista (sabemos, por ejemplo, de la existencia de una entrevista que realizó a Albano Rodríguez, líder de la Patafísica en Argentina, en 1964, pero no hemos logrado recuperarla aún). Señalamos, entonces, que es posible que sigamos encontrando artículos, revistas y aguafuertes.

Finalmente, en la sección Misceláneas, incluimos una selección de textos de y sobre Rozenmacher, que van desde una adaptación gráfica de "Cabecita negra" hasta alguna de sus colaboraciones en el *Diccionario de la literatura universal* de 1966, dirigido por Roger Pla.

Esperamos que esta edición sea una excusa para volver a leer y disfrutar la obra de Germán Rozenmacher.

Matías H. Raia

Cuentos

Presentación

[Escrito incluido en la *Antología consultada del cuento argentino*, Fabril Editora, 1971]

¿Qué quiere que diga? Como diría el marqués de Bradomín, soy feo, judío, rante y sentimental. Nací en el hospital Rivadavia –en el 36– y mi cuna, literalmente, fue un conventillo, pero eso sí, en una sala grande de una casa de la calle Larrea. De mi padre, que canta y que alguna vez fue actor y anduvo en gira por las colonias de Entre Ríos, o por Santa Fe y otras partes, me viene la vocación que pueda tener, el ser artista. Me gusta cantar, soplar el trombón a vara y la trompeta, pero como no sé tocar, me entretengo haciendo toda una orquesta con la boca. Aparte de *Cabecita negra* y *Los ojos del tigre* (mis dos libros de cuentos), hay dos obras de teatro todas mías (*Réquiem para un viernes a la noche* y *El caballero de Indias*), otra en colaboración con Roberto Cossa, Carlos Somigliana y Ricardo Talesnik (*El avión negro*), y una versión escénica de *El Lazarillo de Tormes*. Además de todo lo que tiré, que es realmente un vagón (dos o tres borradores de novelas, una pieza y varios borradores de otros espectáculos teatrales), aparte de infinitos cuentos que nunca fueron. Escribo con horario, todos los días, porque si no, no se puede, y ojalá dentro de muchos años, cuando ni usted ni yo estemos, alguien se acuerde de un cuento, o de alguna frase o aunque sea de un adjetivo de esos pocos felices que a uno le salen a veces –muy pocos en una vida– y entonces el lector diga: "Esto es verdad, esto está vivo todavía". Si eso pasa, yo, desde el purgatorio, voy a guiñar este ojo miope, sincero pero desconfiable, bastante agradecido. No creo que pase, pero por las dudas, qué quiere que le diga, es una de las tantas mentiras que me ayudan a trabajar como una máquina, como un loco, hasta que se me acaben las pilas Y siempre hablando de lo mismo. Porque será un lugar común, pero, ¿no tienen la impresión de que los autores escribimos siempre un solo libro a lo largo de todas nuestras páginas? Y es difícil hacerlo, no crea, porque el *striptís* al principio parece lindo, pero después… En fin, señores, más o menos, un poco por afuera, este soy yo. Lo demás, para bien o para mal, está en los cuentos que van a leer.

Ataúd[1]

[Incluido en el libro *Cabecita negra*, Editorial Anuario, 1962]

El señor Pedro venía bajando por la calle de tierra, mientras el sol del atardecer reverberaba anaranjando las ventanas de las casas de sucios ladrillos sin revocar. Sorteando cuidadosamente toda clase de basuras, como latas aplastadas o cáscaras de banana resecas, el señor Pedro saltó una zanja y subió a la alta vereda de losas, frente a la única casa de sucios ladrillos sin revocar que tenía piso alto en todo el barrio. Era el negocio de pompas fúnebres.

Después de un último momento de duda, en el que dio vueltas al sombrero de paja entre sus dedos, cabizbajo, indeciso, entró casi en puntas de pie, con las manos a la espalda, como un escolar.

Cuando volvió a salir, cinco minutos después, cargaba al hombro con el ataúd. Así volvió a subir la calle, sin hacer caso de los que se daban vuelta para mirarlo, hasta que dejó el suburbio y entró en el centro de la ciudad, diez o quince cuadras asfaltadas que rodeaban la plaza.

Como era domingo por la tarde, la gente que no daba vueltas al perro estaba parada escuchando a la banda del regimiento que tocaba desentonadamente con sus quizás un poco oxidadas trompas, tambores y trombones, algo que se parecía a las zambas, a los gatos y a las marchas militares.

Pero cuando él hizo su entrada en la plaza con su ataúd al hombro y comenzó a cruzarla distraídamente, ya un poco cansado de tanto caminar, sintió que, de pronto, inexplicablemente, la banda dejaba de tocar, y al mirarla, vio que los músicos y los oyentes lo estaban mirando a él, tan viejo, tan morocho y flaco.

El señor Pedro se encogió de hombros, saludó respetuosamente y reanudó la marcha. Pero el silencio lo siguió hasta que terminó de cruzar la plaza y bajó por lo menos una cuadra, hasta perderse de vista. Sólo pensó que ellos cada domingo desentonaban más mientras que él, que se ganaba la vida tocando el acordeón todo el día en la esquina

1 El libro *Cabecita negra* comenzaba con la siguiente dedicatoria: "A Chana, con amor, esta primera criatura".

del banco, frente a la plaza, sentado en el cordón de la vereda, tenía siempre cuatro o cinco hombres en mangas de camisa escuchándolo y poniéndole siempre algunas monedas en el sombrero antes de irse. Y que a esos gordinflones de la banda no les pagaba ni Dios.

Dejó al asfalto y siguió por las calles de tierra hasta llegar junto a la costanera, allí donde los muchachos vivían cuidando chivos y ordeñando cabras. Más allá, el río Dulce corría entre montes selváticos, intransitables. Cuando entró a su casa de barro con el ataúd, el chico ya estaba sentado a la mesa contando monedas. No le prestó mucha atención.

Él lo miró anhelosamente y dijo:

–¿Estará bien este?

El chico enarcó las cejas sin levantar la vista. Había lustrado zapatos toda la mañana y toda la tarde y no estaba como para dar opiniones. Por lo menos hasta después de contar las monedas de su jornal.

–Usté siempre tan tacaño, viejo –dijo el chico con su tonada, después de un silencio–. Yo le dije que por lo menos se comprara uno bueno. Con uno bueno estaría servido para las dos cosas. No tendría miedo de morirse y tendría una buena cama. Pero éste es una porquería –el chico dominaba la situación–. Sí, señor. Una buena porquería –siempre era así. El chico volvió a pensar que odiaba al viejo. Y el señor Pedro se dijo que el chico ese no era un chico, tan aplastante, serio y maduro. Y que él lo quería tanto, pero tanto, pero tan anhelosamente, y que el chico no le prestaba la menor atención. Era verdad que él era un poco tacaño, pero no podía remediarlo, tenía miedo de todo y por eso se cuidaba de arriesgarse, de gastar de más. Pero a pesar de todo, él lo quería mucho al chico, más que a nadie, y por eso siempre estaba anheloso por serle útil, por interpretar claramente lo que le ordenaba, para cumplirle.

Tenía miedo de morirse. Porque ya tenía sesenta y cuatro años el señor Pedro. Y le aterraba pensar que los días se escapaban unos tras otros, atropelladamente, sin darse uno cuenta, y él no podía detenerlos ni podía llenarlos suficientemente y cada vez sus días eran menos y menos, y la muerte y el silencio lo aterraban cada vez más.

Por eso tenía miedo de todo. De morirse. Y al mismo tiempo se le había roto el catre y tenía que comprarse uno nuevo. Y tenía miedo de gastar demasiado. Apenas daba para un chocolatín al chico los

domingos por la mañana, y él, que guardaba lo que ganaba y comía bananas y pan por cinco pesos por día en un café detrás de la casa de gobierno, había juntado bastante dinero. Más que el chico lustrando zapatos, claro.

Y entonces le pidió consejo al chico. ¿A quién sino?

Los dos eran solos, no tenían a nadie en el mundo, venían de un brumoso pasado y por eso se habían juntado en ese rancho del río. Y el chico le dijo al descuido que lo mejor para terminar con esos miedos estúpidos de morirse y qué sé yo, y para que ese tacaño no sufriera demasiado, lo mejor era que se comprara un buen cajón. Esa debía ser la mejor manera de no morirse, de ahuyentar a la muerte. Había que llamarla, tenerla en casa, ponerle velas como a la virgen, respetarla. Y ahora, el señor Pedro, que le había hecho caso al chico, estaba ahí con su ataúd. Y esperaba que por lo menos el chico le diera una palmada en la espalda, le dijera: "Muy bien, viejo tacaño; lindo catre", lo mirara una vez por lo menos en la vida para que él, anheloso de palmadas, temblara de ternura y resollara satisfecho, como un perro acariciado por su patrón.

Pero nada pasó. Todo era igual. Y la única manera de vencer todos los miedos, una sola palmada del chico, no había llegado. Y entonces el ataúd no servía.

Por primera vez en su vida tomó al chico entre las manos y le largó una cachetada en la cara y lo zamarreó y lo tiró al suelo vociferando hasta enronquecer. Y después se sintió lleno de rabia y de desconcertada desesperación. Y salió tambaleante con el ataúd al hombro. Había anochecido. Bajó por la costanera y se internó en la maraña del monte. Vio que el río estaba crecido. No mucho, pero lo suficiente. Arrojó el ataúd sobre la costa pedregosa. Esperó. Hasta que fue de noche. Atrás, Santiago dormía y sus luces se apagaban. Volvió al rancho. El chico también dormía. Entonces, de pronto, sacó un cuchillo debajo de la mesa, trajo papeles y fósforos a la costa, abrió el ataúd, lo llenó de papeles de diarios y con los fósforos trató de encender el ataúd que al fin comenzó a chamuscarse. Tuvo paciencia. Lo hizo. Entonces, lanzó el ataúd en llamas, bamboleante y flotando.

Tristezas de la pieza de hotel

[Incluido en el libro *Cabecita negra*, Editorial Anuario, 1962]

Golpearon a la puerta. Y el Gran Félix, que había estado toda la noche sentado en la oscuridad de la pieza del hotel, hamacándose desesperada y lentamente en la silla mecedora, saltó casi al oír los golpes y prendió la lamparilla que colgaba del techo, manoteando luego atropelladamente sus anchos tiradores, mientras miraba los manchones del empapelado floreado de la pieza que destilaba una sucia humedad que le dio vagas ganas de llorar. Miró los cajones vacíos amontonados hasta el techo y su cama debajo de la pileta donde se habían lavado por las mañanas y miró el hueco blanquecino que había dejado en el piso la cama de ella. Que había muerto la semana pasada. Y volvió a saber que a la cama de ella se la habían llevado ayer y que estaba solo en el mundo y que la lluvia caía suavemente sobre la avenida de viejos hoteles de cúpulas negras como ése donde estaba. Y tuvo ganas de llorar.

Su corazón. Su corazón palpitaba exagerada, enloquecidamente fuerte, frenético como un pájaro que enloquecía cada vez que golpeaban a la puerta. Siempre le había pasado así durante la última semana cuando había golpeado a la puerta y él se enfurecía contra su grotesca impulsividad de muchacho porque ya tenía cincuenta y tres años.

–¿Quién es? –dijo, tragando saliva y escuchando el monótono caer de la lluvia en la avenida.

–Soy yo –contestó del otro lado una voz de mujer. La mucama. Era la mucama.

–Un momento –dijo precipitándose hacia la pileta para peinarse en el espejo rajado donde casi no se veían los rostros reflejándose. Y se vio, así de arrugado, azotado por las visiones de sí mismo, por las infinitas humillaciones soportadas y por esa nostalgia irremediable que lo había hecho estarse toda esa semana sentado en la penumbra, frente a la estufa de barrotes enrojecidos que calentaba apenas, hamacándose suavemente en la silla mecedora, escuchando dentro de sí mismo las voces de su soledad y de los días que ya no volverían jamás. Su corazón estaba aterido y afuera las lluvias del invierno habían caído todo el tiempo.

Muerta. Su madre estaba muerta. Esa vieja paloma sabia y suave ya no volvería a aletear nunca más. Se abrazó a sí mismo, temblando de frío y de tristeza, y después cruzó la pieza y abrió la puerta.

–Una carta, señor.

Y Félix no podía dejarse de ver vencido y ansioso y desdichado. "¿Qué quieren de mí?". Sollozó algo dentro de él y sintió que toda su vida era una llaga polvorienta que se iba, que se deshacía, que se estaba yendo.

–¿Una carta? –dijo respirando aceleradamente, ahogado de ansiedad.

–¿De quién? –preguntó en voz baja. Alguien le escribía. Se acordaban de él. Carta de Dios. –¿De quién? –preguntó de nuevo, con miedo, sin atreverse a abrir la carta que tenía entre sus manos. Allí estaba el Gran Félix. Nadie había venido a verlo después del entierro. Ni sus parientes ni sus clientes. Lo habían olvidado. ¿Qué era él para sus parientes sino el tío solterón y apacible que iba de visita? Quizás era algo más. No del todo agradable. Una vasta familia toda llena de personas respetables, todos médicos, ingenieros, abogados, todos con chapas en la puerta, triunfadores. O si no vendedores de primera clase, comerciantes con millones de pesos, mujeres, hijos, nietos. Y él no había dejado de ser un pequeño vendedor callejero, metido en sus negocios de tres por cinco. Se veía cinco, diez, quince años atrás, cuando su madre era todavía joven y trataba de aconsejarlo sobre la mejor manera de hacer negocios, porque siempre había esperado ser una mujer de negocios, que los dos formaran una sociedad comercial indestructible desde el momento en que ambos habían bajado del barco que los había traído de un pequeñísimo pueblo europeo ahora quizás inexistente. Apenas dos judíos solos en la ciudad nueva y extraña.

Él había salido a recorrer calles, incansable, apacible, con sus ojos adormecidos y lentos, y al fin del día, al volver a la pensión –siempre habían pensado en juntar dinero para hacerse una casa, pero nunca habían tenido el suficiente–, al fin del día su madre, la reina madre, escuchaba acerca de todos los lugares donde él había estado y después ella lo ayudaba a él, el príncipe delfín, a sacarse los pantalones, a los treinta y ocho años, y le llevaba la cena a la cama. Y por fin, su madre

había envejecido de pronto y su hermosa opulencia habladora, avasallante, se había ido marchitando, secando, despacio, insensiblemente, y por fin había renunciado a dirigir los negocios de su hijo y se fue encerrando en el mutismo amargado de su vejez, cerrada al mundo, reinando en el pequeño principado de esa pieza de hotel, sin entender demasiado bien cómo marchaban las cosas afuera en el nuevo mundo y resistiéndose a entenderlas. Habían hablado entre sí con infinita paciencia; nadie lo había entendido como ella, nadie lo habla aconsejado así, como su pequeña voz minuciosa lo había hecho. Y ahora estaba muerta.

Y en esa semana se había derrumbado de repente, y ahora era esa cosa lamentable que se arreglaba y se peinaba frente al espejo porque alguien había golpeado en la puerta, una voz de mujer trayéndole una carta. Porque no había quedado nadie. Primero había ido con su madre los domingos a tomar té en los comedores, cada vez más lujosos y confortables de los parientes, pero después ella había resuelto enclaustrarse y entonces iba él solo. Solía enamorarse en silencio de las sobrinas jóvenes y se quedaba hablando y tomando té hasta muy tarde y entonces tenían que echarlo para irse a dormir. Su madre había tratado de engancharlo con varias señoritas de excelente familia, frente a las cuales el Gran Félix había huido prestamente porque decía que ninguna era lo suficientemente aceptable, y entonces seguía a las mujeres por las calles, hacía cosas feas en las plazas y amueblados, a veces, no muchas, porque había que tener dinero para hacer el amor, y una casa hermosa y calefacción y música tenue, pero él no tenía nada de eso y seguía añorando la posibilidad de levantarse una casa y tener hijos y una mujer, y hasta había ido a las agencias matrimoniales, pero le sacaron plata y le presentaron mujeres torpes y feas o si no mujeres que engordarían tiernamente a razón de diez kilos por año, y se asqueó y dejó de andar en eso.

–¿Y? –dijo la fea voz impaciente de la mucama.

Él pensó de nuevo en esa carta y tembló. Era absurdo. Pero lo cierto es que nunca recibía cartas y siempre, especialmente desde hacía una semana, las estaba esperando. La abrió. Nadie podría escribirle, y sin embargo jadeaba. Quizás alguna carta de un pariente, alguna invitación a una fiesta. Pero no. Hacía mucho, él tenía que confesárselo, se

había convertido en un visitante indeseable y lo trataban con cierta frialdad. O se pasaban el tiempo hablando de los hijos que el Gran Félix pudo tener y que en ese caso andarían por la misma edad que los de ellos. Además era el solterón, el pariente pobre, el "kuéntenik" que vagabundeaba por los boliches y los cafés vendiendo baratijas, con los puños de la camisa raídos y la tela de las asentaderas demasiado lustrosa. Llegaba y apenas se sentaba nacía, sin poderlo evitar, dentro suyo una asombrosa habilidad para decir las cosas más lamentables en el momento menos adecuado. Tenía una especie de sentido de la oportunidad al revés. Así, por ejemplo, entraba y veía unas manchas en el tapizado de los sillones y entonces, ausentemente, indicaba con el dedo y con cierta constancia implacable, decía: "Esos tapizados están manchados. ¿Se dieron cuenta?". O si no: "Estás un poco calvo, José". O si no: "Se acuerdan cuando todos andábamos muertos de hambre". Y este último era precisamente el tema que no debía tocarse nunca. Había silencios bruscos, penosos, mejillas enrojecidas de vergüenza o de ira, toses. Y entonces él se daba cuenta y solía llevarse la mano a la boca como para retirar lo dicho y miraba torpemente como si preguntara: "Qué, ¿he dicho algo malo?". Y así, a pesar suyo, se había convertido en una especie de juez grotesco de las casas lujosas que tan trabajosamente habían construido sus parientes; así, hablando de lo que no debía. Porque no sólo descubría cucarachas aplastadas en las paredes inmaculadas de los cuartos con aire acondicionado.

Una vez había dicho, con toda naturalidad: "Ayer lo vi a Carlos –un primo suyo que tenía fábrica de confecciones– con una negra por Corrientes".

Una vez había sido un chiste pesado que se arregló con algunas risas, pero cuando siguió viendo cosas así, y preguntaba por el contrabando de medias del tío Oscar, simplemente lo dejaron de invitar a tomar té. Y él sufría, y se daba cuenta que no había sido siempre así, sino que sólo últimamente se había puesto tan torpe. Y además se miraba al espejo y veía que nada en su rostro de hombre serio podía anticipar exabruptos como los que decía. Y él mismo también dejó de ir a visitarlos. Y ahora no tenía a nadie en el mundo. Estaba solo como un perro.

–Carta de su novia. ¿Eh? –dijo la mucama roncamente por el

costado de la boca. Era un poco cuadrada y miraba al mundo de costado con la cabeza inclinada a la izquierda, como precaviéndose o juzgando o maldiciendo, o dispuesta siempre al contrataque. Pero tenía hermosísimos y suaves y calmos ojos grises que oscurecían, con un poco de buena voluntad, el hecho de que fuera fea. Había algo de hombruno y rezongante en su voz y en sus manos en jarras a la cintura y en sus gruesas piernas enfundadas en medias de lana arrolladas en los tobillos.

Miró, temblando, el texto de la carta. La carta decía: "Venga al bar León el lunes a las diez. Tengo una remesa de camisas de seda italiana que quiero que me coloque. F". Era uno de sus grandes negocios. Tragó saliva y trató de irse endureciendo. Tragando, tragando, todo lo que había estallado esa desolada tarde de lluvia y todos esos espantosos días dentro suyo. Había estado toda esa semana sentado allí, en la penumbra, hamacándose en la mecedora, esperando a alguien, con una desesperación que le dolía por todo el cuerpo, como si lo hubieran golpeado infinitas veces por dentro; jadeando de soledad, repitiéndose que ni siquiera tenía un pájaro para hacerle compañía, y que era una horrible vergüenza reconocerlo, pero simplemente no podía soportarlo. Y se dijo que él mismo ya estaba viejo y que pronto no podría hacer otra cosa que sentarse en la mecedora para esperar a la muerte, y algo dentro suyo gritó, algo irresignable, y algo aulló dentro suyo, y entonces la vio y, como para que no lo vieran sus parientes respetables, para que no supieran cómo volvía a las andadas, dijo:

–Podríamos tomar un café, señorita, ¿no le parece?

La otra, con su cara morocha, lo miró sin sorpresa, turbiamente:

–Como si no tuviera otra cosa que hacer –sus ojos lo escudriñaron un ratito–. Avisá, viejo verde. –Y después dijo– Y bueno, total. Salgo a las diez.

Me costará un poco de plata, pero voy a hacer el amor, pensó Félix mientras tras la ventana caía la lluvia sobre la avenida de Mayo y los manchones de luz de los antiguos y dorados faroles, imperiales y barrocos, se reflejaban brillosamente sobre el pavimento.

Había anillos de café volcados por innumerables tazas sobre el mármol de la mesa en el salón para familias del enorme café con grandes ventiladores de madera inmóviles en el techo, y había paredes grises

que se descascaraban y hombres viejos y algunos muchachos jugando al billar, en el fondo, con sillones giratorios en torno a las mesas de paño verde, mientras en una pileta la canilla goteaba en la peluquería del café –una pieza junto a los billares, cerca del baño, con dos sillones enlosados de peluquero y sendos ovalados espejos con flores en los bordes–; había hombres de cara enjabonada y olor a loción, y había un lustrador que merodeaba entre los zapatos de los hombres que jugaban al dominó en otras mesas, y estaba también una enorme caja registradora con ángeles labrados, y ellos dos, sentados en la sección "familias", apoyados contra la baranda de madera que dividía el reservado del resto del gran café humoso, que tenía mesas de madera. Cuando la gente caminaba, los viejos tablones del piso crujían. Tras la vidriera chorreaba, apaciblemente, afuera en la noche.

–Me gusta pasar las noches de lluvia sentado en los cafés –dijo el Gran Félix.

Ella estaba allí sin polvo ni rouge porque no se hacía demasiadas ilusiones, sólo una mujer gastada por los trabajos y los días, aunque era joven. Mezcló el azúcar con una mano áspera y oscura.

–Me gustan sus manos –dijo él. Y la acarició suavemente.

–Bah –dijo ella encogiéndose de hombros.

–Mi madre se murió la semana pasada –dijo él, intensamente, a media voz, apretándole la mano, agarrándose de ella, que lo miró de pronto, sorprendida porque era muy viejo y había hablado confesándose como un muchacho.

–Mmm –gruñó ella molesta por el completo abandono que él hacía por la entrega implicada en esa confesión. Sintió lástima.

–Me gustan –dijo él mirándole las manos.

–Bah –repitió ella–. Lavan y planchan, cosen y rasquetean –juntó los dedos en un montón y los agitó desencantada e interrogativamente.

–Pero me gustan –lo sentía de veras. Sentía gratitud por estar ella con él.

Ella se encogió de hombros.

–Qué tipos, ustedes los solterones. No hay nada que hacerle. Se derriten en seguida por cualquier mujer.

–Es cierto. Pero me gustan lo mismo.

–Bueno –dijo ella impacientándose. Y Félix se asustó. ¿Qué debía

hacer? ¿Ofrecerle dinero, invitarla a comer, fingir aplomo y llevarla a una pieza? Por un segundo tembló pensando que ella podría negarse, y entonces toda la servidumbre se enteraría que él era un viejo ansioso y excitado, siempre a la pesca; qué basura.

–¿Y? –dijo ella agitando de nuevo los dedos en montón–. ¿Qué pasa? ¿Está conmigo o viaja? Si viaja me voy. No me gusta la gente que viaja. Yo estoy aquí, no me pianto –y golpeó la mesa con los nudillos para indicar que estaba agarrada al mundo.

Entonces Félix, sintiendo que iba a decir una de sus torpezas irremediables, pero sin poder evitarlo, ya casi arrepentido, preguntó:

–¿Quiere a alguien usted? No sé, a alguien en el mundo.

–Vea –dijo ella encendiendo un cigarrillo–. Déjese de historias. Levantarse a las seis, limpiarme la pieza. Limpiar todas las piezas de los demás. Lavar en la pileta del patio. Coser botones, zurcir medias, remendar camisetas. Estar en la portería a la tarde. Ver pasar a la gente, para arriba y para abajo, enfrente mío, por la escalera de la calle. Fumar un cigarrillo antes de cenar. Y salir a las diez. Frita. ¿Y vos creés que todavía tengo tiempo para preguntar, para contarme historias? –movió la cabeza con el cigarrillo entre los labios, y de pronto, como acordándose de algo, dijo con calma– Sí. Alguna vez quise. Alguna vez, a un hombre. Que no me quería a mí –se encogió de hombros. Y con cierta furia y con cierta vaguísima tristeza, agregó– Y después se murió –la furia creció un poco y ella dijo– ¿Qué tanta historia? A mí no me gustan las preguntas. ¿Para qué sirven?

–Yo también quise muchas veces y no me quisieron –dijo Félix.

–Y bueno –dijo ella–. Así es la vida.

Félix se revolvió en el asiento y metió la mano en el bolsillo. Seguramente era hora de irse. A cualquier parte.

–No –dijo ella adivinando algo–. No quiero irme. Estoy bien. Con un galán *scrachato*, pero no importa. Estoy bien.

Félix imaginó que eran muy jóvenes y trató de cerrar los ojos, pero vio el café humoso y sintió que le dolía el hígado y tenía mal gusto en la boca. Tendría que comprarse algo para tener a alguien en la pieza. Un pájaro, quizá.

–He visto volver algunos pájaros –dijo de pronto–. Es curioso. Vuelven tan temprano este año, en medio del invierno...

–Y se van –dijo ella pensando en otra cosa.

–Sí. Parece que traen el verano. ¿Y dónde pueden meterse con todo este frío y esta soledad y estas largas lluvias?

–No sé –dijo ella–. En todo caso se van. O se esconden en los campanarios. Quién sabe.

Se retuvieron las manos, como náufragos, a través de la mesa

–Voy a comprarte una crema para las manos –dijo él.

–Bah –gruñó ella–. Son todas una porquería. Yo me compraba todas las que anunciaban en el radioteatro y me clavé. Una buena porquería.

–Yo voy a conseguirte una buena. Yo conozco a mucha gente. Soy capaz de venderle cualquier cosa a cualquier persona. Soy un gran vendedor. Justamente recién me trajiste una carta de un cliente mío. Tiene un gran negocio para mí. Para el Gran Félix. Porque me llaman el Gran Félix.

Casi pareció ella querer preguntarle algo, pero se recogió en sí misma y se sumió en un hosco silencio con sus labios gruesos de provinciana quemada, experimentada, guarnecida y avisada para que nada pudiera tomarla de improviso.

–A mí no me engrupís.

–No, en serio –dijo él, y empezó a hablar de toda la gente que conocía, de todos los lugares donde había estado, que no eran muchos pero sí los suficientes como para que su imaginación se situara en infinitas aventuras que bordeaban vagamente la realidad y la ficción a un tiempo. Y a poco, los grises ojos desconfiados quedaron más y más absortos en sus palabras hasta que lo escucharon profundamente. Cuando terminó, ella parpadeó, pensó un rato largo y finalmente rió luminosamente, por primera vez en toda la noche.

–Qué macaneador –lo miró pensativa–. Sos un tipo raro vos. ¿De dónde te sacaron? –dijo de nuevo– No está mal –dijo ella–, caminar por la ciudad, sin relojes, recorrer calles, sin parar mucho en ninguna, a la aventura, entre la gente. Está bien.

–Regular. Se parecen un poco, todas esas calles. Al final uno se aburre. Entonces quiero ir a casa, sentarme en la mecedora, mirar desde la ventana los coches de la avenida. Pero a veces es lindo caminar así –dijo él y se encogió de hombros; entonces se dio cuenta que había dicho algo al estilo de ella. Y supo que estaban solos en medio de la

noche. Y entonces, de pronto, primó en el desamor. En el hombre al que ella había querido y que no la había correspondido; en las mujeres que había querido él, inalcanzables, ignorándolo, rechazándolo; en las señoritas de buena familia que quizás alguna vez lo habían querido a él y que no había aceptado, y se dijo que todo era una cadena sin fin. Corazones como cazadores solitarios que buscaban desesperadamente sus presas inapresables que huían en la selva del desprecio convirtiéndose en cazadores. Ansiedad, y temblor, y melancólicas trompas de caza sonando en la soledad de cada uno, llamando quebradamente al otro. Llamando.

–No somos, lo que se dice, el uno el gran amor del otro –dijo ella con el cigarrillo en la boca.

Félix sintió débiles ganas de llorar y dijo:

–No.

Se vio allí, haciendo un poco el idiota. Pensó en las medias de lana que caían sobre los gruesos tobillos de ella, que era toda un poco absurda y cansada, y sin embargo desafiante.

–Bueno. Vamos –dijo ella.

¿Adónde vamos?, pensó Félix. Excitadamente se imaginó a los dos proyectando un matrimonio un poquito de conveniencia. Sintió que ni siquiera eso era demasiado probable. Además, casarse con ella...

Salieron. No llovía más. Frente al circo, con las innumerables lamparillas de colores de la marquesina reflejándose sobre la vereda mojada, había salido una banda y su director, con una franja roja en la gorra azul, dirigía a los trombones y las trompetas y al gran tambor, toda una orquesta de vientos que bramaban en la vereda delante del circo, mientras el hombre zancudo cruzaba la avenida de Mayo con la cabeza a la altura del primer piso y arrojaba volantes que revoloteaban por entre las altas casas grises de siete u ocho pisos con sus negras cúpulas puntiagudas como cascos de soldados imperiales de preguerra.

Al pasar por un kiosko él le compró una gran barra de chocolate que ella se fue comiendo en silencio, caminando por las calles mojadas barridas por el viento, mientras bajo la marquesina la orquesta callejera tocaba debajo de un farol. Un pasodoble.

Entraron en un hotel. Hicieron el amor. Salieron un rato después.

–Bueno –dijo ella–. Aquí se acaba la función.

Pasaron entre algunos letreros luminosos, negocios cerrados y teatros y cafés, exhalando luces. Estaban a media cuadra de su hotel.

–¿Nos vemos mañana? –dijo él con ansiedad. Lejanamente, los músicos callejeros tocaban en la noche.

–¿Qué más da? –dijo ella.

A la noche siguiente, los vidrios estaban opacados de frío y ella entró con la nariz colorada y echando como humo azul por la boca. Tiritaba un poco. Los anillos de otros cafés manchaban el mármol de la mesa.

–Los vendedores tienen que andar bien vestidos –dijo ella sacando de un paquete de papel madera una corbata barata. Era de un rojo furioso.

Él pensó que ella era muy joven, y sin saber por qué eso le hizo asentir con al cabeza. Además, la corbata tenía pequeños lunares de todos los tonos imaginables sobre la tela.

–Quiero que hablemos –dijo él.

El mozo se inclinó en ese momento entre ellos.

–¿Qué tomás? –preguntó él.

–Café.

–Dos cafés.

Yo no veo de qué cosa haya que hablar. No hay finales felices. Como en la radio. A propósito. Hoy estuvo brutal el capítulo. Una actriz se ve que tenía que hacer el papel de resfriada y se la pasó estornudando todo el tiempo. Qué bárbaro. Qué bien lo hacía –dijo ella. Se acomodó en la silla y cruzó las manos sobre el mármol. Tenía una bufanda azul. Se la sacó.

–Quiero ir al cine.

–Bueno. Pero antes yo quisiera... –dijo Félix y se interrumpió a sí mismo.

–¿Qué hiciste hoy? –preguntó ella.

Félix sacó un diario de la noche del bolsillo para que se fijara en la cartelera de los cines.

–Anduve por ahí. Tengo unos triciclos para vender, a comisión –carraspeó, palpándose el saco, buscando los cigarrillos.

–Podríamos ir a ver esto –dijo ella y le señaló abajo, en la página, con un dedo.

El gato dorado

[Incluido en el libro *Cabecita negra*, Editorial Anuario, 1962]

–¿Ahora? –preguntó el artista viejo volviendo la cabeza en el sótano, hacia el hueco de la escalera por donde bajaba el pálido resplandor del día.

El gato dorado, sedosamente dorado, de algún modo dijo: –Miau– lo que quería decir "Todavía no", y siguió allí como un pequeño sol tibio esperándolo acurrucado bajo la escalera.

El artista volvió a enderezarse y siguió tocando en su piano, ante la gran bocina grabadora modelo mil nueve veinte que ya no se usaba en ninguna parte y que sólo podía encontrarse en el sótano de ese café, ese humoso café melancólico donde hombres silenciosos fumaban jugando a las cartas y el humo opacaba los espejos ovalados de grandes flores incrustadas en los bordes y una caja registradora con ángeles labrados en el hierro, como una antigua diligencia siempre inmóvil, hacía simplemente tilín, tilín. Y había una gran balaustrada de madera que separaba el salón familiar del resto del café melancólico, y allí, a la hora del té, hombres y mujeres se hacían furtivamente el amor con los ojos, mesas con mantel de por medio, bajo el techo que era muy alto y entre las columnas.

Y al fondo del salón familiar una escalera bajaba al sótano; y en el sótano, desconocidos que nunca dejarían de serlo grababan discos mientras el artista los acompañaba tocando despacio, en su piano amarillento.

"Hoy es el día", pensaba mientras seguía el ritmo del jazz con el taco del zapato, y una banda de muchachos alrededor suyo tocaba su trasnochada música frenética que él acompañaba bastante mal, torpemente, porque él era mucho más lento que eso y también más antiguo.

Miró de nuevo hacia la escalera:

–¿Ahora? –le preguntó con la mirada al gato dorado que apenas podía distinguir debajo de los escalones; pero esos ojos de sol invernal siguieron mirándolo obstinadamente sin contestarle.

Detrás, en la cola, había un cantor de ópera que había sido famoso en su ciudad natal, una ciudad italiana de tercera categoría, donde

había cantado Lucía en el teatro municipal –un corralón con techo– y que ahora aquí, en Buenos Aires, era corredor de una compañía de vinos y grabaría un aria para poder escucharse los domingos a la mañana, en su vitrola, en la pieza de conventillo donde vivía con su mujer y sus hijos. Además había una prostituta vieja, ajada y medio dormida, que alguna vez había cantado milongas en una confitería del centro y que antes había sido la mantenida de un ministro, y que grababa discos para llevarlos a una prueba en la radio que no se haría nunca, y también para escucharse, en la cama vacía, ahora que estaba sola y nadie quería acostarse con ella. Y además, en la cola había dos muchachos que cantaban tangos y querían empezar a hacerse conocer. El pianista los acompañaba a todos. Tenía los ojos cerrados y las cejas alzadas, y se mecía al compás, abandonado a sí mismo. “Me espera”, pensó. “Hoy será el gran día”. Por fin había llegado. Hoy sería. O nunca más. Temblaba, por dentro. Y respiraba hondo como ante algo ímprobo y final. Abrió los ojos y así, con las cejas alzadas, parecía siempre a punto de llorar o decir algo inexplicable. En realidad tenía húmedos ojos judíos pero no lloraba nunca, aunque siempre solía entrecerrarlos como si recibiera el sol de frente, o como si estuviera condenado a sentir cosas que jamás podrían ser del todo dichas, viviendo en una incomunicada zona inefable. O como si hubiera visto toda la tristeza del mundo junta. Dentro suyo.

Volvía todas las tardes, cuando el sótano estaba cerrado para las grabaciones, y sentándose al piano tocaba viejas canciones judías, rehaciéndolas a su manera, escribiendo la música, valses vulgares sin demasiado brillo ni talento.

De pronto, en medio de la grabación de los muchachos y sólo audible para él que lo estaba esperando, escuchó un solo –Miau– y mirando hacia el costado –porque la escalera estaba a un costado– vio a su gato dorado que con los ojos fijos en él mudamente le decía: “Vamos”.

Entonces, en medio de la pieza abandonó el piano, agarró su sobretodo, se caló el sombrero arrugado sobre sus desordenados y abundantes cabellos grises y sin despedirse –cosa muy extraña porque era sumamente respetuoso– subió despacio la escalera. Pasó frente a la caja y al estaño del mostrador, y la inmóvil diligencia de los ángeles labrados hizo tilín, tilín, despidiéndose, y el patrón gritó:

–¡Eh! ¡A dónde va, maestro! –allí todos los llamaban maestro como si fuera Beethoven. Salió del café con la certeza del que sabe adónde va, hasta que se detuvo, volviéndose, esperando, con la vista puesta en la salida por la que habían aparecido todos los integrantes de la orquesta, que le gritaron:

–¡Eh! ¿Está loco, maestro? –después salieron el cantor de ópera y la prostituta, y los dos cantores de tangos, y él se los quedó mirando a ellos que, silenciosos, lo miraban a él, con media cuadra de por medio, viéndolos allí, amontonados en la puerta del café, el disco a medio grabar, esperando en la mañana de invierno, mientras el viento soplaba entre las ramas resecas del árbol de la vereda y le agitaba los mechones grises que se escapaban por el sombrero.

Colándose majestuosamente pequeño entre los pies que obstruían la puerta, salió el gato. Y entonces el artista empezó a caminar pensando que hoy era el gran día.

Caminaba delante y el gato lo seguía y eran como dos hermanos, caminando distanciados pero juntos, con los otros mirándolos irse y pensando en aquellos rumores que los hacían manteniendo larguísimas conversaciones en el sótano, cuando el pianista tocaba para sí mismo por las tardes, con el fuego necesario para convocar a los ángeles, y el gato lo escuchaba, acurrucado bajo la escalera, siempre.

El gato se trepaba a los árboles, husmeaba por los balcones, y el artista sabía que volaba; algo lo alzaba y el gato, casi inmóvil, se dejaba arrastrar por el viento, como una hoja otoñal, dorada y leve, con el lomo encorvado, las patitas moviéndose, como nadando apenas en el aire. Así hicieron varias cuadras, y aunque el artista jamás se dio vuelta, sabía que el otro estaba allí, tras él, por Sarmiento, solos y juntos, por las calles desiertas del invierno, hacia el hotel. "¿Realmente querrá este itinerario?", pensaba. En las esquinas esperaba que el otro lo alcanzara, y cruzaban la calle juntos, uno largo, flaco y encorvado, con los ojos alucinados ardiéndole en la cara chupada, y el otro pequeño, tibio, intocable. El gato dorado era pura ternura, pero no se dejaba acariciar ni por toda la música del mundo.

Era inalcanzable, y cuando el artista intentaba tocarlo se le escapaba de las manos.

–¿Ahora? –preguntó. Habían dejado atrás los largos faroles de la

plaza del Congreso y el gato subía corriendo delante suyo las escaleras de la pensión, con la alfombra de terciopelo fijada a cada escalón por varillas de bronce; esquivando el escobazo de la mujer se metió en la pieza. Cuando el artista llegó –hacía treinta y ocho años que vivía con su mujer allí– ya lo encontró sentado en la cama lamiéndose una pata, sin mirarlo.

–Ya llegaste, ¿eh?, cretino –su mujer lo insultaba desde abajo, porque era pequeñita y siempre tenía una flor sobre el vestido de salir, de terciopelo, aunque de tanto usarlo para entrecasa eso ya ni se notaba. La mujer estaba enamorada del pianista sin remedio. Siempre lo insultaba por haberla enterrado allí desde hacía años, por su desamor y por pasarse la vida tocando en bailes de mala muerte y en casamientos y en aquel sótano, mientras sus paisanos acumulaban dinero. El artista le acariciaba el cabello y su ternura trataba de acallarla. Había dejado de escucharla hacía mucho. No la odiaba, pero tampoco la amaba. El artista amaba al gato. Y no la oía desde que comenzaba a gritar al amanecer contra la miseria y la tristeza, mientras él se paraba tiritando descalzo sobre los mosaicos fríos y se vestía sintiendo anhelosamente todo aquello que desentrañaría junto al piano aquella tarde como lo había hecho desde que tenía memoria, cuando había descubierto su duro oficio de músico. Y por las tardes solía pensar en aquella otra época, antes de venir a Buenos Aires, cuando era muy joven y tocaba el acordeón vagando por las calles de pequeños pueblos europeos.

Entonces tenía dos camaradas: el manso violinista pálido, con su barba de rabino, y el agobiado clarinetista, con su largo capote que olía a vino y su gorro de visera. En el crepúsculo, cruzaban la llanura nevada de pueblo en pueblo, de chacra en chacra, sus tres sombras violetas fugitivas sobre la nieve, sus figuras oscuras recortadas contra el cielo, bailando y tocando para sí mismos, uno tras el otro en fila india, en la inmensidad de la llanura nevada, libres como pájaros, creando mundos efímeros e inapresables, melodías como humo, tocando canciones más antiguas que sus propias memorias. Y en los pueblos tocaban en la calle, con judíos respetables con abrigos de cuellos de piel haciéndoles corrillo y echando monedas en el gorro de visera. Aunque la mayoría de los judíos no fueran ricos y vivieran en la tristeza y la miseria y apenas juntaban algo de valor, algún pogrom oportuno se

encargaba de arrebatárselo. Pero ellos traían la alegría. Y tocaban en las casas, en los casamientos y los bautizos, y les daban pan negro y un vaso de té como pago. Y las madres les decían a sus niños: "Cuidado con los artistas, esos shnorers, esos 'harapientos'", pero los amaban y les temían, porque ellos le daban nombre a todas las cosas y decían la verdad y esperaban, por todos, la edad dorada que terminaría con la opresión y la tristeza. Y el artista sabía que allí, por todo ese nevado país, miles y miles de judíos lo esperaban siempre y cuando estaba con ellos sentía que algo los fundía a todos, una honda alegría indestructible que florecía sobre el velado tono menor y atribulado de su música, una alegría en la que ellos lo necesitaban a él porque era la voz de todos; él, que era apenas un artista niño, un rey harapiento; él, que era el corazón del mundo.

Después los pueblitos ardieron. El humo oscureció el cielo. Todo aquello empezó a morir. Mil años de vida judía en Europa oriental empezaron a morir. Huyó a Buenos Aires. Y aquí vendió su acordeón porque ya nadie lo escucharía por las calles. Descubrió aquel sótano. Después los diarios ídish le dijeron que allí todo había terminado.

Ahora componía y componía, sudando dentro de sus baratas y gruesas camisas a cuadros, en el sótano, y solía tocar su música para sus paisanos, cuando lo llamaban para algún casamiento. Pero cada vez las tocaba menos, porque sus paisanos se iban muriendo.

–¡Llegó! –dijo la cordial voz de bajo del sastre, su vecino de gran nariz enrojecida de frío– Venga a tomar un vaso de té –había asomado la cabeza por la puerta– ¿Qué lo hizo venir tan temprano hoy? –dijo hablando en ídish. Porque todos hablaban ídish. El sastre, la mujer, el artista.

Entró en la pieza del sastre, que tenía un empapelado floreado con manchas de humedad, y en la araña ardía una sola lámpara. Por el balcón se veía un cartel colgado de la baranda, sobre la calle: "Sastrería Al Caballero Elegante, créditos, casimires, modelos de última moda, rebajas". La sastrería era esa pieza de hotel.

–¿Y cómo está mi gatito, mi kétzele? –preguntó el sastre.

Su gatito, pensó el artista, mientras en el frío húmedo que destilaban las paredes se calentaba las manos, largas, delgadas y arrugadas, con el vapor que salía por el pico de la pava, puesta sobre el calentador.

Miró los vidrios de la ventana opacados por vahos de frío y apartó con el pie unos retazos de tela esparcidos por el piso. Ahora el sastre tomaba su té junto a la deshilachada cortina con flecos y apoyaba el vaso en los mosaicos, junto a la gran tijera, sentado en una silla baja de asiento de paja, con un saco sobre las rodillas. El artista trató de encender la modesta estufa que tenían a medias con el sastre, porque ellos tres eran los únicos judíos del hotel.

Sí. El otro le había regalado el gato cuando tenía figura de recién nacido y había llegado misteriosamente a su puerta. Ahora pensaba que eso era un signo, un preanuncio de lo que estaba ocurriendo, con ése, que ahora sabía que era un gato dorado, un ser mágico y leve que poseía lo maravilloso.

–Pero cuente, cuente las novedades. Cuente qué composiciones interpretó hoy al piano –la misma ceremoniosa y levemente irónica pregunta de todos los días al regresar. ¿Sería posible que hoy tampoco sucediera nada? Sin embargo era el día. Miró al gato. Se restregaba suavemente contra las piernas del sastre que le acariciaba el lomo.

–Bah, veis ij vos, qué se yo, una banda tocando foxtrots y un cantor de ópera y unos shkotzin, unos muchachones con sus tangos, lo de siempre.

–Ketz –dijo de pronto el sastre como hablando solo–. Gatos. Gatos eran aquellos, los de la casa vieja

–¡Viejo hogar, alter heim, aquello que habían traído, como al crepúsculo, consigo! Y todos los dias, antes del almuerzo, tomaban té humeante con limón adentro y terrones de azúcar en la lengua, y ya no estaban allí, en la calle Sarmiento, sino en algún nevado pueblo ya muerto.

–"En el horno arde un fuego pequeñito" –canturreó el sastre hamacándose apenas– "y en la casa se está bien, y el rabino enseña a los niños a leer el Alef Beis" –siempre canturreaba eso, y respetaba al artista porque lo llevaba al sótano y le hacía escuchar esa canción.

–He recibido carta de mi hija –dijo el sastre. Siempre recibía cartas. La mujer, ávida de amor, le tenía envidia al sastre porque recibía cartas.

–Bah –dijo su cabeza pequeñita asomada a la puerta, con ese tono desilusionado que era el único que tenía.

–¿Cuándo se casa? –preguntó. Era una pregunta sibilina, como

cuando el sastre les pedía su parte para pagar el kerosén de la estufa. La hija del sastre era maestra en un pueblo del interior, y la mujer del artista la había querido casar infinidad de veces con algunos de los doctores, contadores públicos, ingenieros, toda la gente decente que ponía un aviso en el diario ídish proponiéndose como maridos. "Hombre joven, buena presencia, contador público con estudio puesto y capital considerable busca mujer joven, distinguida, culta, con fines matrimoniales. Seriedad y discreción". Pero no había habido caso. Y hasta parecía estar por casarse con un goy, con un cristiano. Y entonces hablaba de ella como de un caso perdido y no dejaba pasar ocasión para pinchar al sastre.

–El sábado podríamos ir al teatro –dijo el sastre atento a su tela, cosiendo, hamacándose como un estudiante talmúdico. Levantando la vista, recorrió todos los figurines que tenía pegados en la pared, modelos de moda en 1940, y la gran plancha de carbón con su olor a tela húmeda debajo, y la infinidad de ropa colgada en perchas de alambre, y el espejo y el maniquí descabezado con un saco sin mangas encima–. Habrá entradas gratis –miró de reojo al pianista con cierta infantil malicia–. Usted que tocó en la orquesta puede conseguirlas –teatro con orquesta compuesta por un piano, un violín, un saxofón, un acordeón, una trompeta, una mezcla inverosímil con un tambor, sobre todo una gran batería con muchos platillos, y un micrófono para que todo eso pudiera escucharse con claridad en la sala semivacía. Y galanes de cincuenta años que usaban faja para ocultar la panza.

–¿Otra taza de té? –dijo el sastre. Y de pronto agregó– En esta época, en la casa vieja, era verano.

A veces, todavía, cuando estos temas se agotaban, hablaban de la guerra. En realidad siempre terminaban hablando de ella y de los crematorios. Suspiraban. El sastre, tomando el diario, preguntaba:

–A ver, a ver, qué noticias de Jerusalén llegaron hoy –y después leían el folletín en ídish; echaban un vistazo a los titulares, enterándose lejanamente de lo que pasaba aquí, en esta ciudad donde vivían como exiliados, en este país y en esta calle que hacia decenas de años que conocían.

–Todo sube. Todos piden aumento –dijo el sastrecito meneando la cabeza. Ese era el tema que todavía no habían tocado.

–Desgraciado –susurró la mujer que volvía de la otra pieza, trayendo el mantel y los cubiertos a la del rastre, porque en la suya no había mesa.

–Vamos, los dos a comer –dijo mientras se sacaba la flor del vestido y se la colocaba entre los cabellos. A veces se aburría de llevarla en el pelo y otras en el vestido. Y cambiaba, para variar.

"¿Ahora?", pensó el artista mirando al gato. Pero éste lo miró con la dulzura que tienen todos los animalitos, los amantes y los niños cuando acarician con los ojos. De mediodía comerían un almuerzo frugal. Pero esa noche cenarían juntos porque era viernes. Una fiesta. Una cena opulenta. La vieja fiesta de Israel. Esa noche la mujer prendería las velas y el sastre diría el kidush y bendeciría el vino, porque al anochecer recibirían a la Novia, a la bendita y bendecida novia de la paz del Sábado, y la mujer iría a la sinagoga casi vacía para recibirla con una docena de viejos y viejas, rezando. Después comerían pescado y cantarían suaves canciones jasídicas salpicadas de pequeñas alegrías, exactamente igual que en su pueblo muerto.

Entonces, de pronto, sin que él lo esperara, y viéndose ya resignado a que esa tarde no pasara nada, de pronto, el gato dijo:

–Miau.

El artista se quedó tieso. El aullido le erizó la piel, como si él ya fuera un felino. Y a ese olor, inexplicable y familiar y entrañable de los frugales almuerzos de los viernes que presagiaban la fiesta sabática, y que tenía algo que ver con el olor a ropa hacía mucho tiempo guardada que flotaba en la pieza, a ese olor, se unió ese corto, único, imperioso llamado.

–Miau –dijo por segunda vez el gato. Y el viejo se puso de pie. "Es la señal", pensó. "Acaba de decirme que ya es la hora".

–¿Dónde vas, shleimazl, grandísimo infeliz? –dijo su mujer levantando la cabeza después de un instante de aturdida sorpresa.

–¿Qué pasa? –dijo el sastre con la boca llena, sin levantar la vista, metiéndose un pedazo de pan negro en la boca y volviendo a tomar un gran trago de leche. "Es la hora, es el milagro, ahora, en nuestros días", pensó el viejo. Y salió de la pieza.

"Te he esperado tanto", dijo, "que hasta quizá supe que debías llegar así, entre las palabras de todos los días, y el presagio de la fiesta del viernes a la noche y el frío llenando de vapor los vidrios".

–Ya sé, kétzele, hermanito –dijo en voz alta mientras bajaba la escalera con el gato delante, aunque nadie lo entendió porque hablaba en ídish–. Vamos a irnos lejos, muy lejos, hacia un lugar profundo, profundo y sin fin –pero el otro no agregó nada más a lo dicho y así, de pronto, el artista supo que el gato comenzó a volar. Hacía noches que él guardaba el secreto. Él solo en toda la ciudad. Gatos; centenares de gatos volando sobre los techos de la ciudad sin que nadie más que él los viera. Bandadas de gatos bajo la luna, que volvían de algo o huían de algo, o volaban hacia algo, quizás, él no lo sabía muy bien, y que le recordaban vagamente una canción muy lenta, y simple y honda, que nunca había conocido, que era la que él había querido tocar desde que había nacido. Y supo que había descubierto la música que había estado buscando toda su vida y que sólo quería hacerla suya, hacerse ella y conocerla, y después cerrar para siempre su piano amarillento y no tocar sus teclas nunca más. Gatos volando sobre la ciudad bajo la luna, arrastrados por el viento, enarcados los lomos, casi inmóviles los cuerpos, dejándose llevar, como hojas secas, cruzando silenciosamente, lejos, arriba suyo. Y la canción era como un humo, inapresable, tan débil que parecía siempre a punto de deshacerse y poder ser destrozada por cualquier ráfaga, y sin embargo, interminable. Y el gato le había prometido enseñarle a volar con ellos, y al saber hacerlo sabría la música, toda la música. Durante días había estado esperando la señal, tensamente. Y por fin el día había llegado. Y el Día era ése. Y la canción sonaba a réquiem, quizá, no lo sabía; o a pequeña elegía, pero no podía saberlo; o quizá sonara a simple alegría de músico ambulante, o quizá hablara de su inexorable condena de crear, no sabía, no lo sabía. Y ahora volaría sobre la ciudad, sin agitar demasiado los brazos, abandonado al cielo, entre las estrellas y la tierra, como los ángeles, casi de pie, como si algo lo arrastrara, una mano invisible, empujándolo por la nuca y él volando así, inclinado hacia adelante, altísimo, mirando hacia abajo, hacía la tierra lejana. Y ya volaba, sin saber cómo, y escuchando esa música ya la estaba sabiendo, y ya volaba de modo casi igual y como lo había esperado, y de pronto el gato volvió la cabeza y lo miró. Pareció decirle vamos, pero simplemente dijo: –Miau–. Por última vez. Y quizá descendió. Y empezó a correr, a escaparse. El gato huía, se deshacía de él, lo dejaba solo, solo. Y el viejo corría detrás.

Corrieron, corrieron, corrieron, cuadras y cuadras. Uno tras el otro. A veces el gato levantaba el vuelo y hacia piruetas en el aire, hasta que en un momento dado se paró, desafiante, en el medio de la calle, mirándolo venirse, venirse, venirse.

–¡Cuidado, kétzele! –gritó desesperadamente el viejo, escondiendo la cara entre las manos crispadas para no ver.

El tranvía pasó por encima del gato dorado, deshaciéndolo. Después siguió viaje mientras algunos curiosos miraban al feo gato aplastado.

Sin embargo, no murió en seguida, sino que languideció, apenas unos segundos, en agonía, respirando cada vez menos. Hasta que se retorció en un espasmo y se detuvo todo. Y apenas hubo sangre sobre el cuerpo muerto.

–Almita –susurró el viejo como oración fúnebre–. Nunca supe quién eras –y dejó el cuerpecito frió.

–Está muerto –dijo el viejo entrando en la pieza, mientras los otros dos se separaban de la ventana.

–Apenas salió –dijo por lo bajo el sastre, que había apartado el plato y ya no pudo comer más. La mujercita lloraba. Siempre lloraba, por cualquier cosa. Se quejaba como quien respira y era como si algo siempre le crujiera adentro–. Apenas salieron –dijo–. Y yo vi cómo quisiste detenerlo. Pero ahí, ahí, no pudo dar dos pasos, y frente sal umbral, en la vía, está muerto.

–Bueno –dijo el sastre despacio–, hermanitos, después de todo era un simple gato negro. Un vulgar y flaco gatito negro. Les traeré otro, les traeré otro.

El artista se puso el sobretodo raído, el sombrero por el que se escapaban los cabellos grises. Tomó las partituras. Se ató la bufanda y se cerró la camisa a cuadros gruesa y desteñida. Y salió.

En la escalera se topó con alguien.

–Era un alma tan callada... –dijo el viejo. Pero nadie lo entendió porque hablaba en ídish. La mujer empezó a gritar de nuevo:

–¿Dónde vas ahora, klezmer, músico de tres por cinco, infeliz, pedazo de caballo, y en qué mala hora se me ocurrió casarme contigo? ¿Y cuándo vas a volver de tu maldito sótano? ¿Y por qué no terminaste la comida? –le gritaba con los brazos en la cintura desde lo alto de la escalera.

–...tan callada... –repitió el viejo.

Pero ella tampoco entendió su estrafalaria explicación, aunque hablara en ídish.

Cruzó la tarde, el vagamente dorado sol invernal.

Los pájaros salvajes

[Incluido en el libro *Cabecita negra*, Editorial Anuario, 1962]

Levantó despacio la cabeza entre las salvajes hojas verdes y húmedas y goteantes, y así, de rodillas, sus alucinados ojos violáceos y su cabello rubio y despeinado apenas se vieron entre las hojas del tabacal, que eran más altas que ella. Empinándose miró hacia atrás y hacia adelante por sobre las hojas, apretando la muñeca mientras la leve lluvia caía y caía desde el bajo cielo gris y la mojaba despacio y allí estaba solamente papá, en la puerta de casa, papá que lloraba tocando la guitarra y muy lejos se oían pasar los camiones, fuera del valle, allí en las montañas, por los caminos abiertos en el monte, hacia el norte, hacia Bolivia.

Loros salvajes chillaban en la lluvia, muy lejos, y ella se paró y era tan chiquita que las hojas goteantes casi la cubrían y chilló como un loro salvaje y papá tocaba la guitarra.

–Tengo hambre –dijo algo dentro de ella, y entonces agarró el gran cuchillo y la sandía que papá había robado para ella y cortó un gran pedazo y hundió la carita rubia en la sandía que chorreaba sobre la remendada campera de lana, que aunque era verano mamá le había dejado antes de irse.

Entonces papá dijo:

–Vamos.

En la invisible firmeza del viento agitando las hojas húmedas mientras, tomándola de la mano, una pequeña mano rubia dentro de la grande y huesuda y sucia mano oscura, casi negra, de papá, los dos bajaron por el medio del río casi seco, mojándose apenas los dedos de los pies en el agua que bajaba raleando entre las piedras.

–No los veo –dijo ella, y antes que papá pudiera contestarle, y sintiendo que papá no le contestaría, porque eso lo decía una sola vez y porque estaba muy triste y borracho y lloraba sin hacer ruido, y antes que pudiera saber que papá no le contestaría, los vio y gritó y entonces papá la alzó con su infinita y torpe ternura temblorosa, y en un brazo llevó a su hija y con el otro abrazó por la cintura a la guitarra que había robado mucho antes que su hija rubia naciera.

Y ella vio los ojos enormes y sangrientos dando vueltas sobre ellos. Y vio a los pájaros de panzas húmedas y escamosas de lagarto y colas como víboras y grandes alas de águilas y caras de pumas feroces y ojos de sangre y dientes y garras heladas y nocturnas del color de la luna, que querían destrozarlos.

–Allí –dijo acurrucada contra la piel oscura del hombro de papá.

–Ya sé –dijo papá y no vio nada. Sabía que estaban ahí, rondando sobre ellos, siempre silenciosos. Los pájaros malos.

Y cuando llegaron al camino papá se sentó a esperar que pasara el camión. Ella abrazó su muñeca y se tapó los ojos para no verlos, aleteando alrededor de ellos.

Me voy, había dicho mamá ayer a la tarde, me parece que me voy, había dicho. Y papá estaba tirado en medio del río con el agua corriendo apenas entre las piedras. Y sus tres hermanitos estaban en el rancho de paredes de latas aplastadas y tablas y arpillera y techo de paja y entonces mamá había dicho que estaba cansada y que estaba harta y que había sido una estúpida porque se había dejado enamorar por la voz y por los ojos y por la manera en que papá le apretaba la cintura y que era una estúpida porque lo quería todavía y porque se había ido a vivir con él y porque ahora tenía diecisiete años y ya era una vieja y tenía cuatro hijos y se había puesto fea de tristeza y de hambre y de trabajar como lavandera, lavando las ropas de los demás para que los chicos pudieran comer. Y entonces gritó que papá era siempre el mismo y gritó que quería vivir. Y entonces papá agarró un sifón vacío que tenía al lado y se lo tiró, pero estaba demasiado borracho como para que le diera a mamá y entonces el sifón reventó y se fue aguas abajo y él después se levantó y abrazó a mamá que se acurrucó contra él muy fuerte y lloró.

Y papá dijo que había peleado y había cosechado y lo habían echado de allí, del valle, y entonces sintió que se reían de él, la tierra y el patrón y todos esos malditos pájaros salvajes que lo empujaban y lo gobernaban y lo poseían. Y entonces la chica rubia los vio.

Y dijo Jesús María y José y siguió viendo a los pájaros malos. Y mamá dijo –estás borracho José. Y dijo que se iba, porque su viejo la había echado de casa cuando se fue con papá y ahora era mujer y dijo que necesitaba perfumes y una cinta para el cabello y comida para sus

hijos. Y entonces los hermanitos empezaron a berrear y ella los entró y para que se durmieran imitó el graznido de los loros salvajes. Y temblando de frío y tristeza, se durmió.

Y entonces no sabían bien, porque pasó entre sueños, sintió que mamá la besaba y la quería llevar y papá decía los demás sí, pero ella no porque ella era como mamá. Y después, muy temprano, papá la despertó y ya no había nadie y entonces bajaron por el río y fueron a una quinta y papá la sentó entre los altos yuyales con la muñeca y estuvo allí, hundida y casi invisible entre la maleza y él desmontó yuyos con una guadaña toda la mañana y después le pagaron y antes de irse robó una sandía para ella.

–Quiero que se vayan –dijo la chica rubia.

Un gran Chevrolet venía por la carretera. La chica saltó al medio justo antes que pasara delante de ellos de modo que para no pisarla tuvo que frenar.

–Kilómetro 1701. Este camino lo lleva a Salta, capital de la provincia –dijo y puso la mano. Eso no fallaba nunca. Una mujer de anteojos oscuros saltó del auto y la fotografió con su Leica.

–Quietita –dijo. Del auto salió música.

–Otra sin luz, che –dijo una voz de hombre desde adentro. Después le dio 10 pesos y el auto se fue.

Dejó de llover. Las nubes se deshicieron y un calor pesado bajó del cielo. Los colores que la lluvia había desteñido, renacieron. El sol de verano reverberaba sobre al asfalto y lo plateaba y derretía el alquitrán que cubría los baches. El monte sobre las faldas de las montañas fue salvajemente verde, como las hojas húmedas, goteantes, cargadas de lluvia de los bananeros del borde del camino. Ahora el cielo era despiadadamente azul. Bajo los pies descalzos, los dos sintieron que el barro de la zanja se endurecía y la tierra empezó a arder.

Pasaban camiones de carga que iban y venían de Bolivia. –Ahí viene –dijo por fin papá, a la siesta. Y se paró en la carretera y ella tenía las manitos sobre la cara porque sabía que estaban ahí, aunque no los viera, revoloteando sobre ellos. El camión los ladeó despacio y siguió y los peones desde arriba vieron al hombre y a la chica que quedaban atrás.

Entonces papá dijo que hoy no había trabajo en el aserradero y que no importaba y que le compraría perfumes y una cinta para el cabello y ella dijo:

–Pero están ahí –y papá dijo que los pájaros no se burlarían de él y que era fuerte y que los mataría.

Entonces agarró la sandía y la vació de semillas y las juntó a todas en su gran mano oscura y después agarró el cuchillo y estuvo un momento sin saber ya qué hacer y dijo:

–Tierra puta –y agachándose sobre la tierra de la zanja cavó y cavó. Entonces, cuando el pozo fue lo suficientemente hondo, puso las semillas y las tapó. Y después cavó más pozos y más pozos y puso las semillas y las tapó, rabioso, desafiante, empecinado.

–Ahí están –dijo la chica rubia–. Ahí están todavía.

Y el cielo se cubrió de nuevo y una leve lluvia cayó sobre ellos. Y allí arriba, muy lejos, sólo graznaban los loros salvajes y los camiones iban y volvían por el camino de las montañas y ella miró a papá que se sentó en la zanja y ahora la miraba despacio, bajo el cansado cielo gris.

Cabecita negra

[Incluido en el libro *Cabecita negra*, Editorial Anuario, 1962]

A Raúl Kruschovsky

El señor Lanari no podía dormir. Eran las tres y media de la mañana y fumaba enfurecido, muerto de frío, acodado en ese balcón del tercer piso, sobre la calle vacía, temblando, encogido dentro del sobretodo de solapas levantadas. Después de dar vueltas y vueltas en la cama, de tomar pastillas y de ir y venir por la casa frenético y rabioso como un león enjaulado, se había vestido como para salir y hasta se había lustrado los zapatos.

Y ahí estaba ahora, con los ojos resecos, los nervios tensos, agazapado escuchando el invisible golpeteo de algún caballo de carro verdulero cruzando la noche, mientras algún taxi daba vueltas a la manzana con sus faros rompiendo la neblina, esperando turno para entrar al amueblado de la calle Cangallo, y un tranvía 63 con las ventanillas pegajosas, opacadas de frío, pasaba vacío de tanto en tanto, arrastrándose entre las casas de uno o dos a siete pisos y se perdía entre los pocos letreros luminosos de los hoteles que brillaban mojados, apenas visibles, calle abajo.

Ese insomnio era una desgracia. Mañana estaría resfriado y andaría abombado como un sonámbulo todo el día. Y además nunca había hecho esa idiotez de levantarse y vestirse en plena noche de invierno nada más que para quedarse ahí, fumando en el balcón. ¿A quién se le ocurriría hacer esas cosas? Se encogió de hombros, angustiado. La noche se había hecho para dormir y se sentía viviendo a contramano. Solamente él se sentía despierto en medio del enorme silencio de la ciudad dormida. Un silencio que lo hacía moverse con cierto sigiloso cuidado, como si pudiera despertar a alguien. Se cuidaría muy bien de no contárselo a su socio de la ferretería porque lo cargaría un año entero por esa ocurrencia de lustrarse los zapatos en medio de la noche. En este país donde uno aprovechaba cualquier oportunidad para joder a los demás y pasarla bien a costillas ajenas había que tener mucho cuidado para conservar la dignidad. Si uno se descuidaba lo

llevaban por delante, lo aplastaban como a una cucaracha. Estornudó. Si estuviera su mujer ya le habría hecho uno de esos tés de yuyos que ella tenía y santo remedio. Pero suspiró desconsolado. Su mujer y su hijo se habían ido a pasar el fin de semana a la quinta de Paso del Rey llevándose a la sirvienta así que estaba solo en la casa. Sin embargo, pensó, no le iban tan mal las cosas. No podía quejarse de la vida. Su padre había sido un cobrador de la luz, un inmigrante que se había muerto de hambre sin haber llegado a nada. El señor Lanari había trabajado como un animal y ahora tenía esa casa del tercer piso cerca del Congreso, en propiedad horizontal, y hacía pocos meses había comprado el pequeño Renault que estaba abajo, y había gastado una fortuna en los hermosos apliques cromados de las portezuelas. La ferretería de la avenida de Mayo iba muy bien y ahora tenía también la quinta de fin de semana donde pasaba las vacaciones. No podía quejarse. Se daba todos los gustos. Pronto su hijo se recibiría de abogado y seguramente se casaría con alguna chica distinguida. Claro que había tenido que hacer muchos sacrificios. En tiempos como estos, donde los desórdenes políticos eran la rutina, había estado al borde de la quiebra. Palabra fatal que significaba el escándalo, la ruina, la pérdida de todo. Había tenido que aplastar muchas cabezas para sobrevivir porque si no, hubieran hecho lo mismo con él. Así era la vida. Pero había salido adelante. Además cuando era joven tocaba el violín y no había cosa que le gustase más en el mundo. Pero vio por delante un porvenir dudoso y sombrío lleno de humillaciones y miseria y tuvo miedo. Pensó que se debía a sus semejantes, a su familia, que en la vida uno no podía hacer todo lo que quería, que tenía que seguir el camino recto, el camino debido y que no debía fracasar. Y entonces todo lo que había hecho en la vida había sido para que lo llamaran "señor". Y entonces juntó dinero y puso una ferretería. Se vivía una sola vez y no le había ido tan mal. No señor. Ahí afuera, en la calle, podían estar matándose. Pero él tenía esa casa, su refugio, donde era el dueño, donde se podía vivir en paz, donde todo estaba en su lugar, donde lo respetaban. Lo único que lo desesperaba era ese insomnio. Dieron las cuatro de la mañana. La niebla era espesa. Un silencio pesado había caído sobre Buenos Aires. Ni un ruido. Todo en calma. Hasta el señor Lanari tratando de no despertar a nadie, fumaba, adormeciéndose.

De pronto una mujer gritó en la noche. De golpe. Una mujer aullaba a todo lo que daba como una perra salvaje y pedía socorro sin palabras, gritaba en la neblina, llamaba a alguien, gritaba en la neblina, llamaba a alguien, a cualquiera. El señor Lanari dio un respingo y se estremeció, asustado. La mujer aullaba de dolor en la neblina y parecía golpearlo con sus gritos como un puñetazo. El señor Lanari quiso hacerla callar, era de noche, podía despertar a alguien, había que hablar más bajo. Se hizo un silencio. Y de pronto gritó de nuevo, reventando el silencio y la calma y el orden, haciendo escándalo y pidiendo socorro con su aullido visceral de carne y sangre, anterior a las palabras, casi un vagido de niña, desesperado y solo.

El viento siguió soplando. Nadie despertó. Nadie se dio por enterado. Entonces el señor Lanari bajó a la calle y fue en la niebla, a tientas, hasta la esquina. Y allí la vio. Nada más que una cabecita negra sentada en el umbral del hotel que tenía el letrero luminoso "Para Damas" en la puerta, despatarrada y borracha, casi una niña, con las manos caídas sobre la falda, vencida y sola y perdida, y las piernas abiertas bajo la pollera sucia de grandes flores chillonas y rojas y la cabeza sobre el pecho y una botella de cerveza bajo el brazo.

–Quiero ir a casa, mamá –lloraba–. Quiero cien pesos para el tren para irme a casa.

Era una china que podía ser su sirvienta sentada en el último escalón de la estrecha escalera de madera en un chorro de luz amarilla.

El señor Lanari sintió una vaga ternura, una vaga piedad, se dijo que así eran estos negros, qué se iba a hacer, la vida era dura, sonrió, sacó cien pesos y se los puso arrollados en el gollete de la botella pensando vagamente en la caridad. Se sintió satisfecho. Se quedó mirándola, con las manos en los bolsillos, despreciándola despacio.

–¿Qué están haciendo ahí ustedes dos? –la voz era dura y malévola. Antes de que se diera vuelta ya sintió una mano sobre su hombro.

–A ver, ustedes dos, vamos a la comisaría. Por alterar el orden en la vía pública.

El señor Lanari, perplejo, asustado, le sonrió con un gesto de complicidad al vigilante.

–Mire estos negros, agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente.

Entonces se dio cuenta de que el vigilante también era bastante morochito pero ya era tarde. Quiso empezar a contar su historia.

–Viejo baboso –dijo el vigilante mirando con odio al hombrecito despectivo, seguro y sobrador que tenía adelante–. Hacete el gil ahora.

El voseo golpeó al señor Lanari como un puñetazo.

–Vamos. En cana.

El señor Lanari parpadeaba sin comprender. De pronto reaccionó violentamente y le gritó al policía.

–Cuidado, señor, mucho cuidado. Esta arbitrariedad le puede costar muy cara. ¿Usted sabe con quién está hablado?

–Había dicho eso como quien pega un tiro en el vacío. El señor Lanari no tenía ningún comisario amigo.

–Andá, viejito verde andá, ¿te creés que no me di cuenta que la largaste dura y ahora te querés lavar las manos? –dijo el vigilante y lo agarró por la solapa levantando a la negra que ya había dejado de llorar y que dejaba hacer, cansada, ausente y callada mirando simplemente todo. El señor Lanari temblaba. Estaban todos locos. ¿Qué tenía que ver él con todo eso? Y además ¿qué pasaría si fuera a la comisaría y aclarara todo y entonces no le creyeran y se complicaran más las cosas? Nunca había pisado una comisaría. Toda su vida había hecho lo posible para no pisar una comisaría. Era un hombre decente. Ese insomnio había tenido la culpa. Y no había ninguna garantía de que la policía aclarase todo. Pasaban cosas muy extrañas en los últimos tiempos. Ni siquiera en la policía se podía confiar. No. A la comisaría no. Sería una vergüenza inútil.

–Vea agente. Yo no tengo nada que ver con esta mujer –dijo señalándola. Sintió que el vigilante dudaba. Quiso decirle que ahí estaban ellos dos, del lado de la ley, y esa negra estúpida que se quedaba callada, para peor, era la única culpable.

De pronto se acercó al agente que era una cabeza más alto que él y que lo miraba de costado, con desprecio, con duros ojos salvajes, inyectados y malignos, bestiales, con grandes bigotes de morsa. Un animal. Otro cabecita negra.

–Señor agente –le dijo en tono confidencial y bajo como para que la otra no escuchara, parada ahí, con la botella vacía como una muñeca, acunándola entre los brazos, cabeceando, ausente como si estuviera tan aplastada que ya nada le importaba.

–Vengan a mi casa, señor agente. Tengo un coñac de primera. Va a ver que todo lo que le digo es cierto –y sacó una tarjeta personal y los documentos y se los mostró–. Vivo ahí al lado –gimió, casi manso y casi adulón, quejumbroso, sabiendo que estaba en manos del otro sin tener ni siquiera un diputado para que sacara la cara por él y lo defendiera. Era mejor amansarlo, hasta darle plata y convencerlo para que lo dejara de embromar.

El agente miró el reloj y de pronto, casi alegremente, como si el señor Lanari le hubiera propuesto una gran idea, lo tomó a él por un brazo y a la negrita por otro y casi amistosamente se fue con ellos. Cuando llegaron al departamento el señor Lanari prendió todas las luces y le mostró la casa a las visitas. La negra apenas vio la cama matrimonial se tiró y se quedó profundamente dormida.

Qué espantoso, pensó, si justo ahora llegaba gente, su hijo o sus parientes o cualquiera, y lo vieran ahí, con esos negros, al margen de todo, como metidos en la misma oscura cosa viscosamente sucia; sería un escándalo, lo más horrible del mundo, un escándalo, y nadie le creería su explicación y quedaría repudiado, como culpable de una oscura culpa, y yo no hice nada mientras hacía eso tan desusado, ahí a las 4 de la madrugada, porque la noche se había hecho para dormir y estaba atrapado por esos negros, él, que era una persona decente, como si fuera una basura cualquiera, atrapado por la locura en su propia casa.

–Dame café –dijo el policía y en ese momento el señor Lanari sintió que lo estaban humillando. Toda su vida había trabajado para tener eso, para que no lo atropellaran y así, de repente, ese hombre, un cualquiera, un vigilante de mala muerte, lo trataba de che, le gritaba, lo ofendía. Y lo que era peor, vio en sus ojos un odio tan frío, tan inhumano, que ya no supo qué hacer. De pronto pensó que lo mejor sería ir a la comisaría porque aquel hombre podría ser un asesino disfrazado de policía que había venido a robarlo y matarlo y sacarle todas las cosas que había conseguido en años y años de duro trabajo, todas sus posesiones, y encima humillarlo y escupirlo. Y la mujer estaba en toda la trampa como carnada. Se encogió de hombros. No entendía nada. Le sirvió café. Después lo llevó a conocer la biblioteca. Sentía algo presagiante, que se cernía, que se venía. Una amenaza espantosa que no sabía cuándo se le desplomaría encima ni cómo detenerla. El

señor Lanari, sin saber por qué, le mostró la biblioteca abarrotada con los mejores libros. Nunca había podido hacer tiempo para leerlos pero estaban allí. El señor Lanari tenía cultura. Había terminado el colegio nacional y tenía toda la historia de Mitre encuadernada en cuero. Aunque no había podido estudiar violín, tenía un hermoso tocadiscos y allí, posesión suya, cuando quería, la mejor música del mundo se hacía presente.

Hubiera querido sentarse amigablemente y conversar de libros con el hombre. Pero ¿de qué libros podría hablar con ese negro? Con la otra durmiendo en su cama y ese hombre ahí frente suyo, como burlándose, sentía un oscuro malestar que le iba creciendo, una inquietud sofocante. De golpe se sorprendió de que justo ahora quisiera hablar de libros y con ese tipo. El policía se sacó los zapatos, tiró por ahí la gorra, se abrió la campera y se puso a tomar despacio.

El señor Lanari recordó vagamente a los negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de plaza Congreso. Ahora sentía lo mismo. La misma vejación, la misma rabia. Hubiera querido que estuviera ahí su hijo. No tanto para defenderse de aquellos negros que ahora se le habían despatarrado en su propia casa, sino para enfrentar todo eso que no tenía ni pies ni cabeza y sentirse junto a un ser humano, una persona civilizada. Era como si de pronto esos salvajes hubieran invadido su casa. Sintió que deliraba y divagaba y sudaba y que la cabeza le estaba por estallar. Todo estaba al revés. Esa china que podía ser su sirvienta en su cama y ese hombre del que ni siquiera sabía a ciencia cierta si era un policía, ahí, tomando su coñac. La casa estaba tomada.

–Qué le hiciste –dijo al fin el negro.

–Señor, mida sus palabras. Yo lo trato con la mayor consideración. Así que haga el favor de... –el policía o lo que fuera lo agarró de las solapas y le dio un puñetazo en la nariz. Anonadado, el señor Lanari sintió cómo le corría la sangre por el labio. Bajó los ojos. Lloraba. ¿Por qué le estaba haciendo eso? ¿Qué cuentas le pedían? Dos desconocidos en la noche entraban en su casa y le pedían cuentas por algo que no entendía y todo era un manicomio.

–Es mi hermana. Y vos la arruinaste. Por tu culpa, ella se vino a trabajar como muchacha, una chica, una chiquilina, y entonces todos

creen que pueden llevársela por delante. Cualquiera se cree vivo ¿eh? Pero hoy apareciste, porquería, apareciste justo y me las vas a pagar todas juntas. Quién iba a decirlo, todo un señor...

El señor Lanari no dijo nada y corrió al dormitorio y empezó a sacudir a la chica desesperadamente. La chica abrió los ojos, se encogió de hombros, se dio vuelta y siguió durmiendo. El otro empezó a golpearlo, a patearlo en la boca del estómago, mientras el señor Lanari decía no, con la cabeza y dejaba hacer, anonadado, y entonces fue cuando la chica despertó y lo miró y le dijo al hermano:

–Este no es, José –lo dijo con una voz seca, inexpresiva, cansada, pero definitiva. Vagamente, el señor Lanari vio la cara atontada, despavorida, humillada del otro, y vio que se detenía bruscamente y vio que la mujer se levantaba con pesadez, y por fin, sintió que algo tontamente le decía adentro "Por fin se me va este maldito insomnio" y se quedó bien dormido. Cuando despertó, el sol estaba tan alto y le dio en los ojos, enceguecíéndolo. Todo en la pieza estaba patas arriba, todo revuelto y le dolía terriblemente la boca del estómago. Sintió un vértigo, sintió que estaba a punto de volverse loco y cerró los ojos para no girar en un torbellino. De pronto se precipitó a revisar los cajones, todos los bolsillos, bajó al garaje a ver si el auto estaba todavía, y jadeaba, desesperado a ver si no le faltaba nada. ¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? Podría ir a la comisaría, denunciar todo, pero ¿denunciar qué? ¿Todo había pasado de veras? "Tranquilo, tranquilo, aquí no ha pasado nada", trataba de decirse pero era inútil: le dolía la boca del estómago y todo estaba patas para arriba y la puerta de calle abierta. Tragaba saliva. Algo había sido violado. "La chusma", dijo para tranquilizarse, "hay que aplastarlos, aplastarlos", dijo para tranquilizarse. "La fuerza pública", dijo, "tenemos toda la fuerza pública y el ejército", dijo para tranquilizarse. Sintió que odiaba. Y de pronto el señor Lanari supo que desde entonces jamás estaría seguro de nada. De nada.

Raíces

[Incluido en el libro *Cabecita negra*, Editorial Anuario, 1962]

"Hoy", se dijo Luis mientras el sol de la siesta caía a plomo, mareándolo, como si estuviera borracho o como si caminara en sueños. "Tengo que juntar coraje", atinó a decirse mientras sentía el ardor del sol en los ojos y sobre la frente, quemándole la espalda y los muslos y las piernas que apenas se movían, dejando atrás la estación del tren en el silencio de la siesta, con la arena crujiendo espesa bajo sus zapatos, la arena ardiente cuyo calor traspasaba las suelas y le quemaba las plantas de los pies. "Hoy voy a irme. Pero claro. Es jodido con este calor", pensó mientras la nube de tierra que levantaba el viento de horno lo envolvía y el polvo se le metía en la nariz y en la boca y en los ojos. "Quiero dormir", pensó vagamente mirando más arriba a Tartagal, hacia los cerros crecidos de monte color verde selva, oscuros de sol brillando bajo el azul fuego, sin una nube, del cielo. Era la hora en que las víboras se desperezaban allí, afuera de Tartagal, monte salvaje adentro, y hacía cuarenta grados a la sombra y Luis pensaba "hoy voy a irme" y sentía que estaba enfurecido contra todo y contra su propia indecisión y se dijo "necesito una mujer" y tragando saliva pensó en la pulsuda, que le decían así porque era de cuerpo grande y musculosa y trabajaba en la heladería y lo había venido a buscar a la siesta, a veces, al negocio. Pero decían que ya estaba enferma aunque tenía dieciocho años y por las dudas no se le había acercado. "No", sintió cómo la erizada ola de deseo se deshacía. "No se trata de ella". Era por Juana. Pero era mejor no pensar en Juana. Era mejor, ahora que no la vería más.

"Y sin embargo hoy es sábado y tiene que ser esta noche, rápido, a ciegas, de una buena vez, antes que me arrepienta y todo reviente como una pompa de jabón". Trataba de pregustar clandestinamente su huida. "Esta vez tiene que ser en serio, cuando se vaya un poco el sol". Subió al camión sobre el que ya había cargado los triciclos y las escobas y los ventiladores que su padre había encargado en Buenos Aires para el negocio y que habían llegado en el coche motor que ya se había ido de vuelta a Salta dejándolo de nuevo con su miedo. Levantó el brazo

para agarrar la palanca, borracho de calor, y sintió que daría el envión pero que la mano caería, a media altura, antes de llegar a destino. Las manos le ardieron sobre el manubrio como si hubiera estado al fuego. Se quedó amodorrado un rato, en la cabina, hasta que pudo arrancar. Estúpido, diría papá, cuántas veces te dije que pongas el camión a la sombra, papá que siempre estaba de vuelta, demostrándole que era un inútil, hinchándolo dale que dale con lo mismo y apurándolo y diciéndole "aprendé de mí" y seguro que después le contaría su vida. Papá siempre contaba su vida.

–Cincuenta pesos más, señor, cincuenta pesos. Perón no quiere que cobre menos. –Y recién escuchó la voz mansa, y reparó en el indio, los obstinados ojos del indio changador trepado al estribo con la nudosa mano oscura de pedigüeña palma hacia arriba, que lo había seguido desde el andén y después de cargar las cosas estaba allí, casi silencioso, pero decidido, con la palma metida en la cabina debajo de su nariz, como pidiendo limosna, con su imperativa pasividad.

–Perón no quiere que cobre menos –Luis miró sus ojos imperturbables.

–Ese ya no está más, pedazo de bruto.

–Pero él no quiere, señor, no quiere –decía el indio trepado al estribo del camión que se iba levantando polvareda entre las casas de madera y las veredas peladas, ardiendo al sol, sin un árbol, mientras Luis prendió el pequeño ventilador de la cabina que zumbaba, casi inútil, amodorrándolo de nuevo, con los ojos entrecerrados y casi sin fuerza para sonreírse del mataco de la mano muda debajo de sus narices. Se encogió de hombros. Pensó rencorosamente en esos indios vagos que vivían en esos bosquecitos de las afueras, en sus campamentos, varias manzanas de casas de chala, frágiles como cortezas de árboles, rodeadas de una cerca baja de varillas, que se morían de hambre y se ganaban la vida haciendo changuitas en la estación o se iban al ingenio Ledesma para la época de la caña y se pasaban el resto del año tomando alcohol puro preparándose para el carnaval. Luis se sintió molesto por la humillada mansedumbre del otro y porque no lo entendía y por el vago misterio que sin embargo lo rodeaba y porque siempre al ver matacos se imaginaba feroces caciques antiguos que terminaron en esa chata caricatura y entonces empezó a sacar monedas

de diez pesos y a tirarlas por la ventanilla y el mataco esperó hasta que tiró la quinta moneda y entonces se largó.

La tierra entraba por la ventanilla haciéndolo toser. Su padre ya le hubiera dicho también algo al respecto. Se encogió de hombros. Dio la vuelta a la plaza principal con el sol cayendo sobre el monumento de Güemes a caballo y sobre los arbolitos y los bancos vacíos y los canteros y frenó, en la calle desierta, frente a su casa: "El Baratillo de Tartagal".

"Qué sé yo", dijo cruzando como un sonámbulo la frescura en penumbra del largo salón de persianas bajas oliendo a madera de juegos de muebles nuevos. Sorteó heladeras, un piano, máquinas de coser, camas turcas, monopatines, roperos, juguetes y grandes cuadros amontonados de mares embravecidos, todos iguales, a trescientos cincuenta pesos cada uno.

"Qué sé yo", dijo sintiendo una confusión, un revoltijo, un lío amargo adentro, una angustia de no saber qué hacer y de querer salir de algo sin saber cómo ni adónde. Y allí, en el salón de ventas se sentía más apresado que en ninguna otra parte y entonces le entraban unas ganas bárbaras de irse, irse, a cualquier parte, a México, a Brasil, a Bolivia, adonde fuera. A Bolivia. La frontera quedaba a media hora.

Cuando entró en su pieza la infaltable voz de su madre preguntó quejumbrosa desde el dormitorio:

–Luisito, ¿sos vos?

Se enfureció. Era como una ratificación de que lo poseía. "Y quién carajo querés que sea", tuvo ganas de decir, pero sólo dijo:

–Sí mamá –y sacándose la camisa mojada de sudor, se tiró en la cama y quedó dormido.

El bochinche infernal de los altoparlantes lo despertó y dio un respingo todo mojado de sudor, con los dientes apretados, los nervios tensos, viendo en el reloj que había dormido dos horas. Vagamente había soñado con Juana y todavía embotado de sueño sintió que antes de dormirse había querido dolorosamente descifrar algo que no sabía bien qué era. "Para esta noche", pensó. "Sábado a la noche"; prefirió no pensar en eso. Durante esas vacaciones, como de costumbre, había vuelto de Buenos Aires y estaba con su madre en el negocio y cada día, al terminar el trabajo, tenía un vacío por delante que apenas podía

llenar si se iba a timbear al café. Pero los sábados a la noche la tristeza y todo el tiempo libre por delante lo agobiaban. “Tengo que ver a Juana”, se dijo sintiendo que eso lo atraía como un vino y le repugnaba, también.

–Hay que andar siempre detrás tuyo –por sobre el ruido del agua de la pileta del baño, donde ahora hundía la cabeza lavándose, y el matraqueo a todo lo que daba de los altoparlantes de la publicidad de la plaza escuchó la voz de su padre, ronca voz de bajo que no admitía réplicas, y las quejumbrosas explicaciones de su madre. “Infeliz”, pensó Luis enjuagándose el cuello.

–¡Yo te decía que eran pocos juguetes! Siempre mete la pata y le tiene que echar la culpa a otro; a ella o a mí. Y si no fuera por ella el negocio se le hubiera ido al diablo con todas sus ínfulas de patrón y todo. Si ella es la que manda, y con esa voz astuta, quebrada y casi culpable, ella lo sabe –se secó mientras escuchaba cómo su padre se iba dando indignados portazos, sintiendo que ellos dos eran viejos y él, único hijo, y lo asfixiaban y quería irse y ellos, llevándose a las patadas entre sí, se agarraban desesperadamente de él y después se quedarían desamparados, como bola sin manija, solos, y se morirían de tristeza. “Pero yo me estoy muriendo también”.

Luis descolgó el almanaque de la bañista que escondía la caja fuerte empotrada en la pared y en esa penumbra caliente de la cocina la abrió. Mamá guardaba ahí todo el dinero de la semana antes de llevarlo al banco, el lunes por la mañana. “Ella sabe”. Ahora la escuchaba hablar lejos, en la puerta de calle mientras las gallinas cacareaban debajo de la ventana de alambre tejido, en el patio de tierra del fondo de la casa. “Ella sabe que ahora le estoy haciendo esto y hasta sabe para qué lo hago”, se dijo sacando cinco mil pesos y arregló el resto cuidadosamente, y cerró la caja fuerte colgando del nuevo el almanaque encima.

“Es un trato como cualquier otro”, dejó la llave de nuevo bajo la almohada de mamá y cruzó el salón.

–¿Ya te vas? –mamá Ifud, sentada en batón en la reposera, bajo el toldo delante del negocio, lo miró haciendo visera con la mano de frente al resplandor del muriente sol del sábado. Después de la frescura del salón, el calor otra vez, un calor de baño turco.

–¿Con este sol? Hoy debe hacer cuarenta grados, esperá un poquito.

"Vieja pilla", pensó Luis viéndola ahí, chiquita, con sus desteñidos ojos azules, hablándole con esa voz quejumbrosa, como si le faltara aire, como si se estuviera por morir de un momento a otro. "Nos va a sobrevivir a todos", pensó. "Seguro que ahora me pregunta si me hace falta algo, si necesito plata".

–Hay que llevar un ropero –dijo mamá–. Cerca de Pocitos. "Bolivia. Entonces sigo viaje. Ahora mismo me voy".

–¿Ya sacaron lo que traje de la estación? ¿Ya cargaron el ropero? –preguntó una voz inexpresiva, casi cortés, casi brusca. Mamá Ifud, hundida en la música puesta a todo lo que daba que salía de los altoparlantes de los faroles de la plaza principal, o mirando los modelos de las chicas vestidas excesivamente de fiesta dando vuelta al perro por un lado mientras los muchachos lo hacían por el lado contrario, o mamá Ifud mirando el camión regador que pasaba echando agua sobre la calle de tierra, se quedó callada y Luis creyó que ya no le contestaría nada cuando de pronto algo reventó entre los dos:

–¡Cargaron el camión, cargaron el camión! ¿Quién te creés que sos vos, hijo de Mitre? ¿Quién te va a cargar el camión, yo, tu padre? ¿Siempre tenés que esperar que te hagan las cosas y que te las den servidas? ¡Parásito de porquería!

"Esos altoparlantes, siempre, como una ametralladora, tocando tangos que hace cinco años estuvieron de moda en Buenos Aires, esos altoparlantes, todo el día, de 8 a 12 y de 16 a 20, menos los domingos en que de 19 a 21 toca la banda del ejército la serenata de Schubert o la zamba de Vargas, dios mío, qué harto estoy, y esto era exactamente lo que mi madre tenía que decirme para que me fuera y por eso me quiero ir de una vez, por eso".

–Ahí está el camión –dijo mamá Ifud después del largo chillido que pareció agotarla.

–Méndez y el chico del café lo cargaron hace un rato –dijo con su acostumbrada voz desfalleciente, apenas audible, mientras miraba al cabecita negra de los ojos aindiados, recostado contra las persianas bajas, un chico de 16 años que miraba en el sol muriente hacia los cerros oscurecidos que rodeaban Tartagal.

–¿Me puedo ir, señora? –dijo Méndez con su cara llena de granos

vuelta hacia ella y las manos en los bolsillos del mameluco, hundidas allí con cierta absoluta indiferencia por todo.

–¿Irte? –mamá Ifud miró el relojito pulsera suspirando. "Siempre la misma historia. Sufre. Ahora sufre. Todos los sábados a la tarde sufre".

–Siempre lo mismo, Méndez. Todavía no son las ocho. Arreglamos con tu papá que los sábados eran laborables. No terminaste tu horario –mamá Ifud pareció querer agregar algo pero se contuvo.

–Pero ya no hay nada que hacer –dijo Méndez y Luis supo que ahora iba a rogar un poquito para que lo largaran.

–Por favor, señora. Tengo que ir a estudiar máquina –Luis sabía que esa declaración siempre traía consecuencias terribles, aunque ahora mamá no diría nada.

–Ta bien. Andáte nomás. Pero el lunes a las ocho. Pero a las ocho en punto. ¿Entendido?

Mamá lo miró irse como a una adquisición poco conveniente.

–Un día de estos vamos a tener que echarlo. Estos negros que aprenden a escribir a máquina no me gustan. Se llenan de humos después. Desagradecido. ¿Sabés cuánto tiempo tardó hoy para subir ese ropero al camión? –los ojos se le iluminaron de repente mirando por primera vez a Luis con agitación. Con alegría. Era una adivinanza. Luis no contestó nada. "Estoy podrido. Siempre la misma historia".

–No, no, adiviná, decí –dijo mamá como si él hubiera dicho un número y lo azuzaba para que dijera otro.

Y aunque tampoco habló ahora, mamá movió la cabeza afirmativamente diciendo:

–Qué barbaridá. Desde las cuatro de la tarde estuvo papando moscas, jugando con los triciclos, mirándose los granos en el espejo, justo un poquito después que llegaste vos. Y como después de dos horas, después que tu padre le dijo cien veces que subiera el ropero, le hizo ese gran favor. Qué cosa grande. Yo no sé. Y pensar que hace tres años que está en casa y uno lo trata como a un hijo, como a uno de la familia. Y cuando vino era un muerto de hambre y ahora el desgraciado se pone a estudiar máquina –mamá resopló y se compuso para saludar a alguien:

–Buenas, doña Rosa.

Y siguió:

–No hay que tratarlos como a seres humanos, no hay nada que hacer, no lo saben valorar. Apenas tienen un poquito de plata y engordan en tu casa, ya se creen tus iguales. Un poco más y te escupen en la cara. Lo mismo que las sirvientas. Enseguida se ponen perfume y uno no sabe ya quién es la patrona y quién es la sirvienta. Un día voy a la casa –“ahora viene la historia del vaso de vino”– a llevarle unas ropitas a la madre, unos pañales tuyos que todavía servían, y están almorzando. Entonces, mirá vos, el nene más chico, de cuatro años, agarra de la mesa un vaso de vino y empieza a tomarlo. Imagínate qué escandalizada me puse yo. Déjelo, señora déjelo, dijeron. Déjelo. ¡Qué bestias! Y se reían.

“Este cuento ya lo escuché cuarenta veces, exactamente igual y a propósito de cualquier cosa”, dijo Luis. Entonces dijo mamá enfurecida –Decime vos. ¿Para qué quiere Méndez ganar más, si después el padre le saca la plata y se emborracha y después le rompe el alma? –Era uno de sus temas. Sus pocos temas favoritos.

–¡Claro! Después se va a meter a trabajar en los tribunales a escribir expedientes, a no hacer nada, a trabajar menos que aquí y encima a darse corte entre la gente decente. Un día de estos voy a echarlo. Yo necesito un muchacho que sepa levantar un ropero aunque no tenga tanta cultura. Un chico bruto que sirva para el trabajo y no tenga tantos pájaros. Una les da todo y en vez de trabajar y darle las gracias, levantan cabeza. No, no, hay que pararles el carro. La que trabaja como una burra es una –a esta altura Luis sintió que ya no aguantaba más, porque era como un cine continuado; en cierto momento empezaba de nuevo la misma historia, siempre la misma historia y la función empezaba cuando él llegaba y se repetía hasta el infinito, sin variantes.

–Me voy –dijo.

–¿Necesitás plata? –mamá Ifud preguntó sin mirarlo. “Ella no va a reconocerlo nunca aunque sabe lo que acabo de hacer y aunque sepa que me revienta pedirle plata tanto como que me ofrezca el dinero así, porque para algo trabajo y tengo derecho a que me p*aguen* y ella nunca va a aceptar que me debe algo y que yo tengo 22 años y que soy un hombre”.

–No, gracias, tengo –“Dios mío, pobrecita mi vieja con toda la

plata que tiene", pensó cruzando la calle de tierra para dar una vuelta antes de subir al camión. La vio acostada junto a su padre, sin que se tocaran, la recordó desde la niñez durante los opresivas almuerzos en que ninguno de los tres se dirigía una palabra, la sintió llevando sobre sus pequeños hombros todo el peso del negocio y de las farolerías de su padre y tratando de mantener su casa hermética ante el mundo para que fuera inviolable, lejana, como si su casa fuera una muchacha virgen y la defendía desesperadamente y sí ella se moría todo el hogar se desharía porque ella era el único pilar de aquel fortín asediado. "La vieja sabe que me quiero ir. Uh, si serán vivas las viejas. Las pescan todas. Pero en el fondo prefiere esperar, confiar en mi debilidad. Casi reírse un poco de toda mi hambre, de mi necesidad de cambio. Ella sabe dónde voy ahora y sabe que pasan cosas que son terribles para ella, pero nunca lo va a aceptar hasta que se vea con las realidades delante de los ojos y a lo mejor ni aun así".

Cuando llegó a la acera de la plaza se volvió y la vio allí, pequeñita, sola, saludando vecinos y recordó sus ojos que lo miraron casi con desprecio, como sí los dos hombres de la casa fueran objetos de su colección cuando le preguntó: "¿Querés plata?", pero al mismo tiempo lo miraba suplicante, diciéndole "por favor, ¿puedo quererte todavía, puedo seguir siendo tu madre y protegerte de todo mal, mi nene chiquito? ¿Sirvo todavía para algo, que no sea este negocio? ¿Me querés todavía? ¿Alguien me quiere?".

Luis movió la cabeza, negando. "No tengo que enternecerme ahora si me quiero ir".

Sábado a la tarde, qué tristeza. Dio una vuelta a la plaza por el mismo circuito de las chicas. Sentía cierto regocijo gris y avinagrado, viendo el rutinario y tardo escandalizarse de los muchachos que venían del lado contrario, un escándalo que no se expresaba pero que les salía del alma. Pero ya la vuelta al perro no le servía para nada. ¡Si ya todo le quedaba chico! Pronto sería sábado a la noche y las peluquerías y los cafés y el cine se llenarían, y en el barrio de los chaqueños, bajo un techo de paja, sin paredes, habría baile sobre la dura tierra apisonada y habría guitarras y quizá algún acuchillado y muchos borrachos, y esas chicas decentes de la plaza, entre las cuales seguramente su madre ya le habría elegido una o varias novias, las chicas decentes que siempre

se arreglaban demasiado, irían al baile del club Comercio, "ambiente familiar, selectas grabaciones", y buscarían algo que no encontrarían nunca. "Necesito una mujer", dijo Luis y pensó melancólicamente en el quilombo que también se llenaría ese sábado a la noche, pero al que ya no tenía sentido ir porque se había vaciado y apenas quedaban dos putas solas, cuyo estado dejaba que desear lo suficiente como para que en realidad no fuera ya mucha clientela.

"Tengo que irme", decía mientras daba vueltas y vueltas al perro alrededor de la plaza principal ensordecido por los pasodobles de la publicidad Domínguez, con el apuro de los que van a alguna parte. Se estaba ahogado ahí viendo a las mujeres entre las cuales estaba inexorablemente su esposa. El auto de los petroleros norteamericanos, un gran Chevrolet último modelo, daba también la vuelta despacio a la plaza. Esa noche, todas las maestritas andarían detrás de los ingenieros en el baile, abandonando a sus habituales pretendientes, y quizá lo único que conseguirían sería una buena encamada y chau. Otra que casamiento con un hombre que ganaba 100 dólares diarios y viaje a Nueva York. Y bueno. Que se embromen. Los tipos hacían bien. En su caso hubiera hecho lo mismo. Además se imaginaba que eran muy aburridas esas mujeres, que seguramente harían sus cositas con los viajantes de comercio, discretamente, para no perder posibilidades matrimoniales. Pensó de nuevo en las musculosas piernas de la pulsuda y en el gran trasero de aquella negra que lo había mandado a buscar una siesta con el hermanito para que fuera a su casa donde estaba sola y sintió una mezcla exasperada de deseo y de rabia, de atracción y repulsión. ¿Quién le aseguraba que la mayoría de los que se casaran esta noche no fueron cornudos? Luis no le tenía ninguna confianza a las mujeres. Putas. "Menos Juana –pensó–, Juana no, pero es preferible no hablar de eso", dijo sintiendo que Juana y todo lo que lo ataba a ella le dolía adentro.

Los altoparlantes atronaban tocando "El Choclo" en un disco medio rayado. No le gustaban los sábados a la noche se dijo dando otra vuelta a la plaza y diciendo que ya era hora de irse y al pasar frente a su casa vio que su madre le preguntaba para cuándo con los dedos juntos, su madre que quería emparentarse con las mejores familias y esa noche se pondría todos los anillos y colgada del brazo

de su padre se iría a la recepción en homenaje de los yanquis en el más respetable salón de bailes del pueblo, donde estaría lo mejor del Rotary Club. Su madre que había nacido en Entre Ríos y se había quedado con los milagrosos cuentos de grandeza que le habían contado de niña, prendidos en los ojos, y que quería emparentarse con las grandes familias, ser una futura Patrón Costas, mandar a mucha gente, tener muchas vacas, recorrer mucha tierra sin salir nunca de sí misma, es decir de sus propiedades, su madre, pobrecita, que buscaba un terrateniente, una familia tradicional por todo Tartagal sin encontrarla y que casi se resignaría a casarlo por lo menos con la hija del farmacéutico que tocaba siempre Para Elisa en el concierto siempre igual que repetía todos los años. Su madre que a veces decía qué barbaridá, hay que ir a Orán para encontrar una familia tradicional, y era cierto, apenas 100 kilómetros y todo era distinto, con dueños de la tierra y chacareros pobres y casonas coloniales y umbrías con sables del tiempo de las montoneras colgando en algunas paredes de las casas de los señores. Y su madre alguna vez había querido eso, pero ahora ya se había adaptado a la situación y buscaba un casamiento digno de su propio capital y pensaba en las hijas de los dueños de los aserraderos o en las de los jefes de YPF, pero terminaba diciendo que el farmacéutico tampoco era ningún muerto de hambre y entonces decía: “qué bien toca su nena el piano”. Y esa noche se encontraría con todos y Luis, mientras seguía dando la vuelta al perro y pensaba “tengo que irme”, los vio ahí, todas las personas decentes de la ciudad, toda la gente blanca, la gente que no se emborrachaba, la gente que trabajaba, las fuerzas vivas, y con alguno que hasta improvisaría un discurso elogiando el progreso y anunciando que iban a asfaltar las calles céntricas y diciendo “vean, somos gente civilizada, aunque vivamos aquí, qué vamos a hacerle, aquí caímos y aquí estamos, nuestro buen trabajo nos costó hacernos una posición pero aquí estamos, los triunfadores, los comerciantes y los profesionales, el juez de paz y los directores de escuelas y los jefes de YPF y hasta los oficiales del ejército, aunque esos pasaron ya un poco de moda, pobres”. Luis seguía dando la vuelta al perro cada vez más apurado y se decía “dios mío, tengo que irme de aquí” y escuchaba esa voz extrañamente aporteñada de su madre “¿Querés plata?”, esa voz extrañamente aporteñada

con rastros de cantito entrerriano y de cantito salteño y que era ella misma, que después de veinte años en Tartagal siempre se resistiría a aceptar que viviría hasta el resto de sus días allí.

–Vélo al Luisito. ¿Adónde vas tan apurado, chango? –dijo la voz untuosa y arrastrada de Pelito al lado suyo y entonces Luis apuró más el paso y ahora casi corrían como en una cinta de cine mudo alrededor de la plaza como si se les fuera a escapar el tren, mientras los demás caminaban con la habitual lentitud cachacienta que todo tenía en el pueblo. "Mis amigos", pensó Luis viendo cómo Pelito lo miraba con sus ojos turbios y sus grandes bigotes de morsa y las hojas de coca haciéndole una bolita al costado de la boca.

–Vélo al apurado –decía con su cantito arrastrado Pelito, palmeándolo y tratando de no perder el ritmo. "Como si no se diera cuenta que lo estoy humillando, un hombre grande de treinta años corriéndome detrás yo sé bien por qué y tratando de tomarlo a broma y riéndose como sí no lo estuviera yo jodiendo a él". Así siguieron en silencio dos vueltas más hasta que Luis se cansó y cruzaron la calle de nuevo polvorienta y llena de tierra como si no hubiera pasado la regadora nunca. Entraron en el café, donde al bochinche de los altoparlantes se sumó el de la gran radio, alta como un aparador, donde algunos escuchaban la onda corta, bien fuerte, pegados al aparato sintonizando radio Illimani, en La Paz, o radio Belgrano, o alguna radio chilena o cordobesa.

–¡Bajen esa radio, carajo! –gritó Pelito, pero nadie le hizo caso.

Luis lo miraba a Pelito socarronamente. Qué iba a hacerle. En Tartagal había cada uno... y justo ése era su amigo. Había que tomarlo en joda. Cagarse de risa. De todo. Era lo que hacían todos aquí. Si no, uno iba muerto. Ahí estaba Pelito, cuyo padre era un turco que vendía alfa, una manera perezosa de decir alfalfa, y que al morir le había dejado más de un millón de pesos. Desde que tenía memoria, Pelito andaba con la camisa desprendida sobre el pecho. Jamás había hecho nada; iba ligerito de una esquina a la otra, se paraba, se levantaba la camisa y se daba palmaditas en el pecho.

–Primo. ¿No tendrías por ahí unos mangos para un vinito? –ya sabía que al final le diría eso. Ignoró completamente la pregunta. Pelito se compuso la voz y cambió de tema.

–¿Qué te parece este aumento al impuesto de la alfa? –como de costumbre, como todos los días, Pelito trató de iniciar una conversación importante y entonces puso cara de persona seria.

–¡Qué barbaridá! –dijo Pelito.

Luisito lo miraba de costado, riéndosele silenciosamente en la cara, humillando a ese hombre mayor que él, dos cabezas más alto, que si lo agarraba le rompía el alma. Y ahora ya había perdido toda la plata de la herencia. Una vez se había venido en taxi entre las montañas, desde Salta, que estaba a siete horas de coche motor. Y seguramente ahora sí que necesitaba en serio esos mangos, que no devolvería nunca. Se encogió de hombros. Le acercó la cara por encima de la mesa, y lo olió con insolente desprecio, provocándolo, despacio.

–Parece que te bañaste hoy. Aunque si uno se acerca siente todavía el olor a alfa. –El otro se rió. Le había hecho gracia la cosa. "Me respeta", pensó Luis y entonces descubrió que pronto terminarían las vacaciones y como todos los años volvería a estudiar a Buenos Aires. Sentarse delante de un libro de Derecho durante horas sin poder pasar de la primera línea. "Allí todos me llevan por delante, por payuca, y en cambio aquí", pensó mirando al hombre de ojos turbios que alguna vez había agarrado un cuchillo y lo había servido a uno que le había ofendido al intendente que era radical; como él. Y él, Luis, podía decirle cualquier cosa, llevarlo por delante. Se encogió de hombros. Pero Pelito no era la persona que lo ayudaría a irse de allí".

"Un cómplice", dijo, "rápido, necesito un cómplice que me ayude, que se venga conmigo, a ciegas, sin pensar más, derecho para el norte y hasta La Paz no paramos. O mejor la selva. Santa Cruz de la Sierra". Decían que las mujeres de Santa Cruz eran altas y hermosas, mitológicamente hermosas. "Pero tengo que decirle a alguien por qué me quiero ir", pensó mientras una modorra lo apresaba de nuevo y ahora Luis sabía que ya no era por culpa del sol. "Qué se yo", pensó Luis. "Por todo. Me quiero ir por todo".

–Ahí está don Ifud –dijo Pelito señalando por la ventana, a través de la plaza, las anchas espaldas de su padre. El prócer, el hombre público. Ahora le tocaba el turno a Pelito. A su modo, socarrón, se reía para adentro. "Por eso me quiero ir", pensó Luis. En Tartagal al que se destacaba por cualquier cosa lo señalaban con el dedo y se

reían de él. Se mataban de risa. Lo tomaban todo en joda. Las anchas espaldas de su padre inclinadas sobre el enjuto cuerpo del juez yendo al Rotary Club. Seguramente le estaba contando su vida por milésima vez. "También por eso me quiero ir".

De acuerdo, don Ifud había llegado a Tartagal sin un centavo, como los otros gringos que habían levantado esa posta de paso para la frontera en medio del monte que despacio se había ido convirtiendo en ciudad. De acuerdo. Era todo un hombre que había colonizado toda la región llenándola de máquinas Singer y veladores y camas turcas, con ese negocio que había construido frente al potrero que después fue la plaza principal y que se había hecho rico vendiendo de todo, desde cocinas hasta juegos de comedor, desde heladeras hasta bombillas, desde libros de cocina hasta bombitas eléctricas, reposeras, cafeteras y bustos del general Güemes para las oficinas públicas, todo a plazos. ¿Y todo para qué? Luis se encogió de hombros. Por eso se iba. También por eso; porque le parecía que todo se había hecho ahí para nada, de pronto, para hacer plata a lo sumo, porque sí, y porque a nadie le interesaba un carajo de nada que no fuera estarse ahí, sentado, porque les tocó vivir ahí, y ahí estaban. Ahora don Ifud era amigo de los comisarios, de los jefes de la gendarmería, de los coroneles del ejército y los 25 de Mayo decía discursos en nombre de las fuerzas vivas, hablando de los paraguas y de French y Beruti y participando, lógicamente, en las ofrendas florales, esa institución de Tartagal. Luis nunca podría entender cómo se podía perder una mañana entera con la misa y bandera y banda para dejar un ramo de flores por cualquier cosa que no le interesaba a nadie en el monumento a Güemes. Y hasta una vez don Ifud había aparecido en el noticiario del cine cuando el gobernador había venido a inaugurar un museo que no tenía nada adentro y ahí estaba don Ifud, en la tercera fila, al fondo del palco, a la izquierda, y cuando los chicos y la gente lo vieron muchos meses después en el cine aplaudieron al reconocerlo, matándose de risa, recibiéndolo con chiflidos y pedorreos regocijados. El hombre público, que hacía mucho había dejado de trabajar aunque siempre se quejaba de que sin él el negocio no caminaba, pero que si no fuera por el astuto quejarse constante de su mujer ya hacía mucho que se hubiera hecho bolsa. Y si se portaba bien, papá Ifud le dejaría el negocio a él.

–¿Y, primo, vas esta noche al baile? –Iban a agasajar a los ingenieros y seguro comerían empanadas y si papá encontraba alguna victima desaparecida seguro le contaría su vida y se traerían un coya muy decorativo y recién bañado que tocara la quena y después ellos, la gente civilizada, sacarían los pañuelos y se bailarían una zamba y se aplaudirían a sí mismos y vendrían los camarógrafos y los filmarían y después pasarían eso por los cines de todo el país y dirían que eso era el norte. Y si se portaba bien, a él, a Luis Ifud, hijo, le iría todavía mejor, porque qué problemas podría tener, en este país si uno no se mete donde no le importa no hay problemas, y el Baratillo andaba cada vez mejor y a su vez participaría en esas fiestas de los cultores de folklore y vendrían cholitos, puesteros ricos y hasta petiteros de Salta para el Día de la Tradición y se pondrían a recitar sobre las montoneras y cantarían la Felipe Varela o se pondrían telúricos, muy telúricos, a más no poder. Por eso también se iba. Luis se rió sin voz, lúgubremente. Su futuro de pronto se le apareció perfectamente previsible. Algún día hasta diría un discurso de 9 de Julio, después del desfile militar, en el Rotary. Papá, después de todo, lo había salvado de la conscripción para eso. Necesitaba un doctor en la familia para satisfacer su vanidad de pavorreal y mamá necesitaba a alguien que le aumentara los ingresos. Y por eso lo habían mandado a estudiar Derecho a Buenos Aires, y porque además, simplemente, necesitaban un doctor en la familia. Y por ahora papá Ifud lo necesitaba también para que le llevara el Cadillac que tenía en el garaje y que sacaba los domingos para dar unas vueltas a la manzana, mostrar su poderosa carrocería y guardarlo de nuevo.

–No. Esta nochecita me voy de aquí. Para siempre.

Pelito asintió con respetuosa ironía. "No me cree, me toma para la farra, se está riendo de mí".

–Hola hermano –dijo Raúl.

–Qué tal primo –dijo Pelito–. Aquí Luisito me anda diciendo...

–Sí, ya lo vengo oyendo –dijo Raúl sobrador, sentándose a caballo sobre una silla con el respaldo para adelante y apoyó la cabeza sobre los brazos mientras se quedaba mirándolo a Luis. "Estos son mis amigos. ¿Por qué se me pegará la gente más estúpida, digo yo?". Miró la flacura increíble del otro que hacía tres años estaba en tercer año de contabilidad, en el colegio nocturno. "Seguro que ahora empieza

a decirme y demostrarme que él ya quiso irse antes. El todo lo hizo antes". Entonces, desafiante, necesitando desesperadamente un cómplice porque se sentía como pegado a esa silla, a ese café, a esa ciudad, a esa tarde caliente de altoparlantes y radios gritándole adentro y de chicas esperando inútilmente en la plaza y de aire fresco que con la noche cercana empezaba a soplar trayendo el olor a monte virgen desde las sierras que sitiaban la ciudad y ya se oscurecían también; y como sentía que las nubes polvorientas que levantaban los autos y los caballos sobre la calle de tierra se metían arrastrándose por todos lados, lo envolvían, lo apresaban y pronto lo inmovilizarían y su ímpetu se desharía como todo, ahí, sin pena ni gloria, entonces le dijo a Raúl:

–Vámonos juntos, Raulito.

–Bueno –dijo el otro, que siempre parecía cuidarse que nadie le hiciera la competencia en nada.

–¿Adónde?

–A Bolivia.

Ya estaba dicho. Ya estaba comprometido ante los otros. Y antes que Raúl se fuera del tema tratando de demostrarle que era más culto que él y le comenzara a preguntar desafiante cualquier cosa, como por ejemplo los nombres de capitales de países lejanos para apabullarlo y demostrarle que él, Raúl Mata, se había leído sus buenas páginas del Espasa Calpe de papá, y antes que le preguntara en qué año perdió Napoleón tal batalla y dijera que si él fuera a las audiciones de preguntas y respuestas que escuchaba por la radio de Buenos Aires, pobre de ellos, ya les demostraría lo que es tener cultura, antes que todo eso, Luis repitió:

–De acuerdo, vámonos juntos.

–Claro –dijo vagamente Raúl– claro que sí. Si yo ya estuve por irme como veinte veces de aquí.

–Bueno –dijo Luis–. Vamos entonces. Tengo el camión ahí afuera esperando.

Raulito se rió.

–No, en serio. Vamos ahora mismo –dijo levantándose y arrastrando a Raúl de un brazo, hasta que el otro se paró en la puerta del café.

–¿Ahora mismo?

–Sí.

–¿Para no volver más?

–Sí.

–¿Y adónde vamos a ir? ¿Y qué vamos a hacer?

–No sé. ¡Vamos! ¡Hay que largarse, hombre, a poncho! ¡Ya veremos después! –lo miraba socarronamente a Raúl. Claro, Raúl sí que tenía mucho que perder. No tenía que estudiar mucho porque el viejo Mata era un tipo medio tirado para atrás que se daba aires, un "culo crespo" como le decían los muchachos, cuando Raúl no estaba. Además había puesto ese aserradero obsesionado por hacer plata y sus obreros a veces trabajaban y otras no, según le conviniera, y una vez porque llovía, otra porque el precio de la madera subía o bajaba, los llamaba o los despedía cuando quería, pero se pasaba el día quejándose y reclamando protecciones. Hasta se había hecho político para ser concejal y después, como tenía una flota de veinte camiones, entre las condiciones de una gran licitación de tierras fiscales, había colocado una cláusula que requería un mínimo de veinte camiones para las empresas que se presentaran. Como nadie los tenia salvo él, se consiguió la licitación y dejó la política para gente más necesitada.

–Dejáte de zonceras, hermano. Vení, vamos a arreglar con Pelito un asado entre cuatro o cinco para mañana. Ahora vamos a timbear un rato. Después llamamos a un guitarrero, yo traigo el vino y los cuentos sobre contrabandistas –la especialidad de Raúl, los cuentos de contrabandistas que le había contado su abuelo, un forajido de 70 años que había andado metido en todas esas historias.

Todo terminaba así, siempre. Luis se enfureció. Todos los infinitos proyectos que día a día se tejían en los cafés se estrellaban contra un vacío invencible. Como ahora. O se desinflaban tomados para la farra. Pero necesitaba del otro, a pesar de ese desinterés casi vegetal por todo, que iba más allá de la negligencia. Se lo imaginó a Raúl en una fiesta, dentro de 20 años, uno más entre todos los señores de risas forzadas que seguro irían. Y vio su propia vida, así quemada e inútil, con los pesos heredados de papá.

–No hay que tomarse las cosas tan a pecho. Hay que dejarse llevar. Así, de asadito en asadito, sacándole el gusto –dijo Raúl. "Pero lo necesito, Dios mío, necesito un cómplice para salir de aquí" y entonces lo desafió: –Lo que pasa es que habías sido medio cagón, vos primo

Raúl, largarse así, solo, hacia lo desconocido, quedarse varado en una pieza de hotel, solo, en algún pueblo boliviano, sin tener con qué comer, sin tener un perro al lado, él, que siempre había tenido todo al alcance de la mano, era difícil, la pucha si era difícil. Necesitaba, inevitablemente.

–Pero irse así, ahora... –dijo Raúl, que no podía aceptar que lo madrugaran, que lo tomaran por idiota o cobarde, que lo dejaran en algo, a él, al hijo de Mata.

–Sí, sí; vos siempre decís que estás harto de Tartagal, que hay que largarse antes que uno sea viejo y no quemarse la vida. Ir a un lugar donde uno pueda hacer cosas, donde vivir tenga algún sentido.

–Claro, claro... pero así, tan de repente. Esto hay que pensarlo bien... –y de pronto dijo– Será cómico. Pero ahora no me puedo ir porque son las siete y media y me esperan en casa para cenar. Después nos vemos –y en medio de la plaza se desasió del brazo de Luis y desapareció.

Vio a su madre que lo miraba desde la puerta del Baratillo, juntando siempre los dedos de la mano en montoncito y preguntándole con el gesto para cuándo llevaba el ropero. "¿Y ahora qué hago?", dijo Luis desesperadamente. Mañana Raulito y todas las otras lenguas de víbora lo verían de nuevo, cuando fueran a tomar vermú a la fonda de la estación, y le comentarían lo rápido que había vuelto de su viaje a Bolivia, y además Raulito sabía, como su madre, lo que haría esa noche de sábado, porque seguro que todos en la ciudad lo sabían ya y se reirían aunque nunca le habían dicho nada. "Estoy haciendo el papel de idiota", dijo sintiendo los ojos de su madre desnudándolo, "porque tengo que llevar ese ropero al quintero del río Seco con el mismo sentido común con que esta mañana llevé los ventiladores al campamento de YPF y la radio al teniente del regimiento y con la misma eficacia con que les cobré las cuotas de la heladera a los bolivianos de los bolichitos, con la habilidad con que cargué las cosas en la estación o con que manejo el camión de papá, porque uno no le va dejar manejar camiones a cualquiera, a negros como Méndez que van a terminar emborrachándose como su padre, esos negros de los ranchos que tiran el maíz por ahí, como dice mamá: si crece, crece; si no crece, no crece. Y ellos dentro de sus calientes piezas de madera tomando

mate, esperando siempre algo, echándole un poco de agua al piso de tierra para refrescarlo, a veces.

"Ellos son los inútiles, como dice mamá, y en cambio nosotros...", se encogió de hombros. Sí, estaba harto, pero necesitaba un cómplice. No tenía fuerzas. Las estaba juntando para irse de una vez, pero no eran suficientes.

Sonaron las campanas de San Francisco, entre el mugido de los altoparlantes y las estáticas de las radios puestas en onda corta y el camión de la publicidad Rayo que ya se escuchaba, mezclándose en la baraúnda, viniendo por las calles transversales.

Mamá lo miraba, ahora fijamente: "Ando como bola sin manija y a mamá no le gustan los amigos que tengo, ¿y qué voy a hacerle si a mí no me gusta pudrirme despacio aquí, si quiero hacer algo que no sea casarme de cualquier manera y ayudarle a hacer un poco más de plata a ella? Qué sé yo qué me gusta, pero esto no, no". Y supo que sí sabía perfectamente lo que quería pero tenía miedo de decírselo y reconocerlo y hacer algo y de nuevo las campanas de San Francisco y Juana y vio los ángeles dorados y la severa cortina de terciopelo rojo y casi escuchó las objeciones pensativas del órgano y allí adentro, tras el estuco de las amplias paredes interiores de la iglesia, que por fuera tenía los ladrillos sin revocar, estaba Manuel, lo que él podría llamar su amigo Manuel, que bajo las blancas trompetas del Día del Juicio y con toda la alegría de claridad solar que tenía la iglesia y cerca del sitio interior del convento, rodeado por un alto muro pintado de cal, blanquísimo, crecido de enredaderas y canteros, y cerca de las celdas blancas donde había una paz que no existía para él, para Luis, o para la que él era simplemente sordo, allí estaba Manuel tocando el órgano los sábados a la tarde, tocando Bach y preparándose para la misa de diez del domingo. "No entiendo esa música", pensó Luis mirando los pechos de las mujeres. "Quizá porque no tengo fe, o porque siempre estoy esperando que me traicionen, o porque no tengo esa amorosa paciencia necesaria para comprender y sólo puedo ver partes del cuerpo de las mujeres y sólo partes de la música, las sonoridades más exteriores". Todo eso era confuso. Siempre le había dolido reconocer que la música era algo cerrado para él. Y escuchó las campanadas de la iglesia de antiguo estilo colonial, recreado hacía pocos años allí –porque nada era viejo

en Tartagal ni había tradición alguna y la historia había comenzado ayer, y no había raíces–. Todo era confuso. De pronto no pudo seguir razonando más. Pero Manuel era lo más importante que dejaría en este pueblo, lo único enigmático que le importaba vitalmente y cuyo sentido tenía que descifrar. Luis sabía que su madre esperaba de él que fuera algo inalcanzable, como aquel estanciero Roura, del que había oído hablar ella en su adolescencia entrerriana, el lejano dueño de toda la tierra conocida y al que no había visto nunca, del que decían que acababa de vender 80.000 cabezas de ganado al Brasil y cobrado 42 millones de pesos.

Su madre siempre le hablaba del mítico estanciero con el cheque de los 42 millones en el bolsillo y siempre deliraba con eso, poniéndolo como ejemplo. Pero Luis sentía que, en realidad, Manuel era su mensaje por descifrar, un intelectual, algo que él no era. "Estoy a mitad de camino de todo, entre pobres diablos como Pelito y rufiancitos promisorios como Raúl y de intelectuales como Manuel. Porque no lo entiendo demasiado a Manuel. Y la cabeza no me da para leer tantos libros, me aburro, me parece inútil, qué sé yo. Y sin embargo no puedo dejar de plantearme las cosas". Y allí estaba Manuel, que vivía en esa casa de madera con su madre y sus seis hermanas, y todas corrían la coneja aunque él se había conseguido comprar un piano y bajo el techo de cinc, ardiendo a la siesta, mientras las gallinas del fondo y el chivo se le metían en el comedor, Manuel, en camiseta, en chancletas, después que sus alumnitas se hubieran ido ya –enseñaba a las señoritas el solfeo por un precio ínfimo, chinitas a las que sus padres querían llenar de aptitudes matrimoniales– se sentaba al piano y tocaba Bach para las gallinas, mientras el sol caía como fuego sobre el gran patio que rodeaba la casa, tierra pelada, apisonada, sin un árbol y sin una maceta, patios como los de todas las casas del pueblo, con esa aridez aplastante que las cercas de madera, unos palitos verticales clavados alrededor, hacían más triste todavía. Alguna vez había querido irse de allí para estudiar piano en serio, y pintura con maestros, para componer música, y había pasado años afuera pero había vuelto, con una colección de la Historia del Arte de Pijoan, que se había conseguido en Salta en un remate y ahora se pasaba las horas libres estudiando las reproducciones y recibía libros en francés desde Buenos Aires en

los que se le iba casi todo el sueldo. Estaba al día en literatura, como si viviera en Buenos Aires o en París. Alguna vez habían caminado juntos infinitas vueltas a la plaza, antes que Luis sintiera que la plaza le quedaba chica y aunque no entendía muy bien todas las palabras que usaba Manuel, y sus conceptos le resultaban oscuros, había cierta común necesidad de ver claro, cada cual a su modo, cierta asfixia que los unía aunque cierto estoicismo de Manuel no tenía mucho que ver con la desesperación de Luis.

Manuel, en la alegría clara de la iglesia rosada y celeste tocando Bach, en la frescura que siempre, aun a la siesta, conservaba la iglesia. Últimamente se veían poco. La verdad, estaban un poco aburridos mutuamente. Estaban saturados y no tenían nada que decirse ya. Y sin embargo, Manuel tenía una clave. Miró a lo lejos, los cerros verde oscuro que encerraban Tartagal como una cárcel, un verde húmedo de monte virgen que no significaba nada para él ni para los demás. "Y sin embargo, allí está la música", le había dicho Manuel. "La música ignorada que yo tengo que despertar y descubrir, el hondo silencio desapercibido de la gran noche americana. Un silencio postergado y presagiante que está vivo en las zambas de los borrachos y espera que alguien lo tome y lo descubra, y no soy el hombre para desentrañarlo, yo que leo a Borges y a los franceses en su idioma original y estoy saturado de Strawinsky y además estoy saturado de todo, como agotado, árido, estéril, como si tuviera mil años, reseco de cosas aprendidas, que no crearon mis manos, y tan intoxicado de valores culturales prestigiosos que ya tengo muy poco que decir. O nada. Y con todo este lío en la cabeza. Todo revuelto. ¡No se trata de que no haya que leer eso y hasta es inevitable, quizás, hacerlo!, qué sé yo. Simplemente que siento mi tema al alcance de mi mano, lo único que puedo decir ahora y lo sé bien, aquí, en los cerros, y más allá y por qué no aquí mismo, en este pueblo y sin embargo es como si viviera en Buenos Aires o en París o en la luna, y entonces no quiero hacer burdamente folklore de puesteros ricos, quiero hacer música y agarrar mi tema, mi único sentido, y entonces toco a Bach, me sale sólo Bach, como si no hubiera cien concertistas en la capital que lo tocaran mejor que yo y le sacaran infinitas cosas más de las que puedo descubrirle, o mil concertistas europeos que lo tocaran todavía mejor, mil veces mejor que yo aquí, en este

piano desafinado, entre las gallinas en Tartagal. Yo, Manuel Suárez, que era un niño prodigio y tocaba Para Elisa a los cuatro años". Eso lo había dicho, al fin de cuentas, Manuel. Podían hablar de cualquier cosa y Manuel escuchaba, pero después terminaba siempre hablando de lo mismo. Oscuramente sentía que no tenía casi nada de qué hablar con Manuel y que, sin embargo, la obsesión del otro tenía que ver con todo lo suyo, con Juana, antes que nada con Juana y con la tristeza del sábado a la noche, con su vida gastándose al pedo ahí, con todo.

De pronto la camioneta de la publicidad Rayo entró a dar vueltas a la plaza mezclándose al batifondo de la música que seguía y a su vez más fuerte, con su par de altoparlantes sobre la capota, tocaba furiosamente la marcha de San Lorenzo y bajó el volumen y la Romelia, a la que una vez se había llevado al monte (una siesta, el camión del Baratillo al sol al borde de la perdida carretera desierta, y ruidos de ramas monte adentro), la Romelia, que sólo se mezclaba con la gente de pro y quería ser actriz del Maipo, allá en Buenos Aires, y que siempre le andaba gustando que los hombres se pelearan por ella y que seguro terminaría con un balazo en el vientre, la Romelia decía por el micrófono: "En Tartagal, sobre la frontera misma de la patria, en esta tierra de folklore y montoneros, entre cerros y guitarras, haga su economía: compre su ropita para bebé en la Mercería Sirio Libanesa", y la música siguió "Cabral, soldado heroico".

"Hace cinco minutos que estoy parado aquí, mirándome los zapatos en la plaza, todo roñoso, y la gente vestida de feriado me está mirando, una persona como yo, decente. Dios mío, qué va a decir la gente". Se rió solo, fuerte. Siempre le daba una risa nerviosa, incontenible, esa frasecita que usaba en joda: "qué va a decir la gente", dicha como se la escuchaba a mamá. "Es hora", dijo y se acercó al camión.

–¡Es hora! ¿no? –le gritó a su vez su madre que ya había levantado la reposera y no se había ido a vestir para la fiesta simplemente para poder acusarlo con su mera presencia, mirándolo desde el negocio.

–¿Cuándo volvés?

"Nunca", quiso decir con ese tono melodramático que usaba las raras veces que discutía con mamá pero solamente agitó la mano fuera de la cabina en un gesto ambiguo que podría decir "después te cuento" o "no sé" o "chau" y el camión quería arrancar con un gemido tortuoso

y el motor temblaba y carraspeaba como un viejo asmático que se quiere arrancar la flema de adentro una vez y otra. Hasta que por fin arrancó empezando a dar la última vuelta a la plaza.

El sol muriente reverberaba y se reflejaba en los tres espejos ovalados y enmarcados con pequeñas flores pasadas de moda, del gran ropero que temblaba vacilante sobre ese camión colorado que se iba levantando tierra como si nunca hubiera pasado la regadora, oleadas de arena blanquecina y reseca que entraban por las ventanillas y se le metían a Luis por todos lados –por el cuello de la camisa, dentro de las orejas, en los ojos– dándole la casi impalpable e insufrible sensación de que estaba siempre sucio. “Ojalá mañana no esté aquí. Dios mío”, rogó mientras fugaz e inevitablemente una vaga oleada de ternura le hizo acordarse de esos domingos después de una lluvia, mientras había escuchado caer el agua toda la noche sintiendo la seguridad de poder acurrucarse más, bajo techo, mientras afuera, en las montañas, los caminos lentamente se convertían en barro liquido donde se quedaban empantanados los camiones; y después de la espera nocturna en la que pensaba que sería terrible encontrarse así, solo, empantanado, en la noche, bajo la lluvia cayendo a chorros, perdido entre los cerros, por la mañana al dejar de llover, o aunque lloviera, se metía dentro de sus botas de goma y después cruzaba la calle entrando hasta la mitad de la pierna en el barro pegajoso, líquido, como chocolate espeso, y seguía las huellas de las llantas de algún camión o los cascos de los caballos que habían dejado tras de sí marcas hondas, charquitos de agua color café con leche en los que se metía hasta el fondo, mientras las campanas de la iglesia resonaban por la plaza desierta, de canteros mojados, y él la cruzaba yendo a tomar un vermú al café de la estación, con esos manteles a cuadros, manchados y viejos que recordaba desde que tenía memoria, y esa máquina tocadiscos donde ponía monedas de un peso en la ranura y escuchaba a Gardel –lo único que había– mientras mil luces en tecnicolor, maravillosas, corrían por las tuberías mágicas de las paredes de la máquina, lo único encendido en la penumbra del boliche porque el dueño era un gallego así de amarrete, que después que el boliche –adonde iban todos los vagos y hasta los linyeras del pueblo– había dejado de ser un quilombo, parecía tratar de darle seriedad pero gastando la menor luz posible, y

él le decía gallego amarrete y estaba oscuro, mientras afuera llovía en la mañana gris y allí se estaba bien.

Luis sintió que la ternura lo anegaba incomprensiblemente, lenta como una caricia. Ahí estaba el ruido inefable de los cascarudos en las noches de verano, tan frescas como había sido caluroso el día; las grandes cucarachas voladoras golpeándose contra las paredes del café de la plaza mientras se escuchaba la onda corta, esos grandes bichos suicidas golpeando porque sí, con ruido seco, contra las paredes o contra el monumento de Güemes o contra las vidrieras que dentro tenían luces, encandilados, golpeando como a empellones contra los faroles del alumbrado o crujiendo bajo los zapatos cuando él los aplastaba y amaneciendo al otro día muertos, panza arriba, de a centenares en las vereda: por todas partes. Y todos los otros bichos –era como si toda la tierra se pusiera en movimiento y se arrastrara por las calles o por las paredes de las casas o zumbara volando alrededor de la gente, envolviéndola o atrapándola–, el nombre de todos los otros infinitos bichos que ahora se dolía por no conocer pero que estaban ahí y que ahora dejaría para siempre. "Después de todo", pensaba Luis, "son tan pocas cosas las que uno recuerda de un lugar que va a dejar…". El fresco del dormitorio de la casa de papá, las piezas en sombras mientras afuera todo ardía en la siesta y unas ganas frustradas de irse al Pilcomayo a cazar charatas, liebres y perdices, o de irse a los bosques chaqueños a matar pumas de cuya existencia no había terminado de convencerse nunca, o unos pasajeros amoríos temblorosos en la plaza o en el monte o en una casa furtiva, o unas caminatas suicidas a la siesta con el sol a plomo cuando solamente las indias matacas (se acordaba de una, toda vestida de blanco, con turbante blanco, porque estaba de luto, con algo espléndido de potranca vieja, que se había querido levantar una vez, una siesta y él estaba loco de caliente y ella simplemente lo miró y se sentó en cuclillas al borde de la calle y no se movió, y lo miró, muda, y entonces él se fue) se sentaban en la plaza y eso era todo, además de aquella vez que un chaqueño casi lo mata de un planazo por meterse con su hija, uno de esos chaqueños altos, bombachudos, metidos en sí mismos, encuevados debajo de sus aludos sombreros casi mexicanos que vivían aparte, en un barrio de chaqueños, y se casaban, como los indios, entre sí, y se quedaban tomando mate con sus caras pétreas en

la penumbra de horno de sus casas de madera, y que habían llegado a Tartagal, algunos porque sí, y otros porque se morían de hambre –por eso tampoco había ido a cazar al Pilcomayo, porque no le hacía ninguna gracia ver cómo se morían de hambre los chaqueños, porque no aguantaría convivir con ellos no dos o tres días sino tampoco un par de horas–. Pero este chaqueño no la pasaba mal y traía cada tanto una vaca de sus pagos o llevaba unas bolsas de harina en un camión para venderlas en los obrajes y entonces lo había corrido tres cuadras con un gran cuchillo porque Luis se había ido con su hija al cine una vez sin pedirle permiso. Y nunca había corrido tanto.

Se encogió de hombros. Hacía años que solamente pasaba en Tartagal las vacaciones y sin embargo eso había sido lo mejor de cada año, esos años grises estudiando cosas que no le importaban, lejos, como una payuca que nunca termina de hacerse a la ciudad. Y eso era todo. Y ahora se iba y "por favor", rogó, "hacé Dios mío que no tenga que aparecer mañana a tomar el vermú en el boliche de la estación porque mejor me pego un tiro".

El camión colorado ya se iba levantando polvareda. "Veintidós años, y qué miércoles hice yo con mi vida". Sus nalgas trotaban sobre el asiento que ardía todavía de sol mientras el estómago saltaba cada vez que se metía en un pozo y salía de nuevo por las calles mientras tenía que sortear caballos y perros y alguna gallina suelta, y mientras más allá de los yuyos de las zanjas, la gente que Luis conocía de memoria iba y venía y a veces lo saludaba y él contestaba con una displicencia ya distinta a la desesperación aburrida de saber que tendría que verlos, como una condena, todos los días. Y ahora eso ya no pasaría más. No tendría que pasar más. "Me tengo miedo", dijo Luis, "tengo miedo de mandar todo esto al diablo y volverme y darme por vencido y basta".

A medida que las casas raleaban, el viento se hacía más fresco. De pronto tuvo un chucho. "Ya empezamos. Mamá me hubiera dicho que me abrigara. Debía haber traído un pullover". El aire era violeta.

Y ahora todo era otra cosa; iba por la carretera y de pronto sintió por primera vez que las moles de los cerros no eran simplemente ese encerrador telón de fondo del pueblo. Cuando nunca se había atrevido a irse más que en proyectos, soñaba con el mar, algo amplio, una salida inmensa, un desahogo delante de los ojos, aire, un camino

abierto reverberando rugiente al sol, como tampoco lo había visto en Buenos Aires con ese río chato y deprimente y manso que se parecía bastante a esos cerros. Nunca había visto el mar y había sido su más secreto deseo. Pero ahora que sentía que se estaba yendo para siempre, todo eso perdía sentido y de pronto, con la intensidad del último adiós, sintió en el viento el olor de los tabacales y las ramas cargadas de los mangos y los parpadeos de luz de los tucu tucus y el rugido de la sierra del aserradero y las grandes hojas húmedas de la vegetación al costado, colgando sobre la carretera, mezclándose a los altos yuyales, y sintió esa forma ambigua en que se daba allí la tierra y sonrió pensando en sus añoranzas del trópico, de Rio, de una selva en serio, neta, definida, con que había soñado tantas veces desesperado por la aridez del pueblo, irritado porque el monte fuera bajo y a veces ralo, sin la densidad de la selva que por lo menos era algo definido, concreto, que uno podía aceptar o rechazar. Y entonces ahora que se iba, por primera vez descubrió la exacta medida de su tierra, que no había visto nunca más que como telón engañoso del pueblo y que ahora empezaba a aceptar. "Es como si en el pueblo todo estuviera mal hecho", pensó, "de raíz". Pensó en Manuel, que siempre hablaba de Sarmiento y de civilización y barbarie y decía que era el único hombre civilizado de la región, bárbara a su modo, en su inercia y en su muerte lenta. Luis pensaba que en el fondo Manuel deliraba, como pasaba con todos los doctores del pueblo y del país que pretendían imponerse a la realidad de antemano, con fórmulas importadas, y que era bastante bárbaro y ciego pasarse el día leyendo en francés y tocando solamente Bach, allí donde el mismo Manuel decía que había cien mil cosas que necesitaban ser dichas y hechas y que esperaban ser arrancadas al silencio. Le pareció bárbaro el minucioso afán de Raulito de aprenderse fanfarronamente el Espasa Calpe para apabullarlo y la red de leyes con que el juez pretendía imponerle un falso orden a las cosas y le pareció bárbara su madre, sobre todo su madre, viéndola allí, que por haber llegado a sexto grado, esa tarde había mirado de costado a Méndez porque era oscuro, y había dicho esos bárbaros qué se creen, brutos que sirven para bestias de carga y ahora se creen personas civilizadas por culpa de esa basura de Pochito que les metió todas esas ideas raras en la cabeza. Y le pareció bárbaro ese teniente vociferante que hablaba de la España

de Felipe II y de las montoneras, y de la nacionalidad y de los valores ultrajados y Dios, patria y hogar y de Rosas y otra vez de las montoneras cuyo polvo ya ni siquiera flotaba entre los cerros aunque alguna vez habían sido la verdad, el país carnal e inexcusable. Bárbaros. Todos eran bárbaros, todos metidos en una especie de delirios particulares, solitarios quijotes de panzas crecidas persiguiendo empeñosamente sus manías particulares, empeñándose bárbaramente en seguir con ellas e imponerlas hasta el fin. Y claro que esta tierra era bárbara, y los cerros no eran un telón de fondo sino que la tierra se metía en el pueblo y lo aplastaba con sus soles de cuarenta grados y le brotaba a la gente en las casas a través de infinitos bichos, ya hermosos, ya repugnantes, y se cruzaba por los caminos arrastrándose con las víboras de la siesta y pesaba sobre todos, envolviéndolos en esas secas nubes de polvo que se levantaban al paso de sulkys y camiones sobre las calles de tierra royéndolo todo, quitando fuerzas, multiplicando inútiles arengas de fiesta patria y ofrendas florales y burocráticos papeleos y desfiles y discursos y, por sobre todo, esa espantosa sensación de derrota y de muerte desgranándose como relojes de arena. "Hay que hacerlo todo de nuevo", pensó. "Pero no sé si tengo fuerzas para eso".

"A Bolivia". El sol muriente se iba apresado en los espejos ovalados y ya había casas de un solo lado de la carretera. La frontera estaba a media hora. Un taller mecánico, un boliche, una tiendita de latas y papel en las ventanas, un cartel de la Esso, unas quintas, y ese olor agreste del monte y el cacheteo húmedo del viento frío pronto fueron lo único que tuvo a sus costados.

Del monte salían, de trecho en trecho, parejas de negros con guitarras y botellas de vino porque, como era sábado a la noche, iban al baile del barrio de los mataderos –al aire libre, tierra apisonada, pelada, bajo el techo de paja sin paredes–, los hombres con las manos oscuras prendidas a las cinturas de las mujeres descalzas que venían por la cuneta levantando nubecitas de polvo entre los dedos.

"Justo ahora", diría papá Ifud. "Cuando le pensaba regalar un auto ahora que van a asfaltar las calles y lo pondría en vinculación con los ingenieros norteamericanos, con gente civilizada, se manda a mudar, después que me sacrifiqué para que tuviera de todo, servido como en bandeja. Si lo agarro lo mato a palos". Luis sonrió, pero apretó el

acelerador. "Y qué va a decir la gente. Se va a reír en la cara de papá por si antes no se reían bastante por detrás, y los dos viejos no van a saber dónde meterse de solos que se van a quedar".

Y si vuelvo, si llega a pasar esto que tengo miedo que pase y vuelvo, ya no se van a reír Pelito y Raúl solamente sino que todos me van a tomar para la farra en ese estilo cachaciento y mortífero y aplastante con que tomamos todas las cosas aquí y las trituramos despacio con la lengua, que es lo que cuesta menos trabajo de mover. Fuera del pingo".

Y papá. Era muy capaz papá Ifud de seguirlo y tirársele encima con sus enormes manos y romperle el alma a puñetazos. Sintió miedo. Papá Ifud era capaz de perseguirlo hasta el fin del mundo. Y hacerlo volver casa. Pensó en Juana y una oscura culpa, una inmensa vergüenza le hizo tragar saliva y bajar la cara. Pensó en mamá. No había caso, él no tendría grandes estancias llenas de antiguos sables del tiempo de las guerras civiles de la Confederación ni tendría alguna media provincia, allá en el sur, poblada con sus rumiantes cabezas de ganado y sus arrendatarios trabajando para él. Sonrió. Mamá siempre le decía que él era alto y rubio y lo suficientemente macho como para que una mujer de mucha clase se lo llevara para mejorar su especie. Luis sentía que nada de lo que tenía, desde el manubrio de ese camión que apretaba hasta el pañuelo del bolsillo trasero y toda la ropa que tenía puesta y los cinco mil pesos que había sacado, nada era suyo. Pensó en Manuel y se sintió tan inútil y vano como él, con el agravante que ni siquiera sabía tocar el piano. "No sé hacer específicamente nada". Además de trabajar con ese camión durante las vacaciones, porque le gustaba, ahora sentía, como todos los veranos a esta altura, que pronto vendría el carnaval y después adiós vacaciones y a Buenos Aires. Sus padres le habían dicho hace tres años: "Nosotros somos amplios, Luis. No te vamos a imponer que seas médico o veterinario, pero estudiá una carrera, Luis, seguí el camino derecho", decía su padre señalando vagamente con la mano hacia adelante; "éste", decía haciendo el gesto de la biava y de la honorabilidad, "y no te desvíes, no te me desbarranques. Dentro de cinco años quiero una chapa en casa". Y entonces les había dicho que había aprobado como diez materias de la carrera, pero a duras penas había metido la introducción. Y no aguantaba más esa mentira ni todas las otras. A Bolivia.

Cruzó un puentecito sobre un riacho que se perdía en el monte, hacia los cerros oscurecidos. Después cruzó otro más. Cuando llegó al río Seco siguió de largo. No estaba para descargar roperos esta noche. Y después de todo, ¿qué iba a hacer con ese camión? Se encogió de hombros. Papá Ifud lo iba a perseguir por ladrón hasta donde fuera. A su derecha, lejos, vio la llama que brillaba todas las noches del gas quemándose. Papá le rompería el alma y no se defendería porque papá tenía razón. Pero él también la tenía. Debería haber dejado una carta de despedida. Pero nunca sería capaz de explicarle a papá por qué se iba. El otro se quedaría blanco de sorpresa, no entendería nunca, discutiría, o mejor dicho el otro repetiría en voz alta su viejo monólogo, mamá lloraría, lo cascarían. Además, una carta sería descubierta enseguida y ya avisarían a la gendarmería para que no lo dejara pasar. Sí, hasta ahora había hecho las cosas bien. Pero tenía miedo. Tragó saliva. Mamá podría aparecer en cualquier recodo del camino. La cabeza de mamá podía salir del monte oscuro, sólo la cabeza, y los ojos de mamá lo mirarían y lo fulminarían sólo con la mirada. Apretó más el acelerador. ¿Quién le lavaría los calzoncillos por ahí? Sentía algo detrás suyo, como una mirada. Cuando entró en Pocitos, ese lejano suburbio de Tartagal sobre la frontera misma, se tranquilizó un poco. Pasó entre las pocas casas cuadradas, alguna de madera y otras de material, algunos chalets que tenían un cierto aire a lejanísimo suburbio de Buenos Aires. Pocitos, que como posta de paso había reemplazado a Tartagal. Pasó frente al puesto de YPF, el potrero donde ponían un trapo blanco y daban películas a veces, la gendarmería y el club sirio libanés, o mejor dicho el turkinclub o trukinclub, como le decían por aquí, donde algunos comerciantes y gendarmes se iban a jugar al truco y a veces uno que otro boliviano de paso, un exilado de la última revolución, que finalmente se iba a Tartagal y ponía un boliche.

Los vio timbeando, tras las ventanas, bajo las lámparas de kerosén o los soles de noche. Al final de la calle vio la gran tranquera cerrada. Eso era la frontera. Era como si todo el país fuera una gran estancia, y ahí estaba la tranquera y más allá el vacío ajeno. Otro mundo. Temblaba. Un minuto más y sería libre y empezaría otra vida. Pasó frente al enorme galpón de madera, también propiedad de papá

Ifud, que ahora estaba cerrado, y vio a dos changuitos zaparrastrosos fumando en la galería, contra una viga, bajo el techo de cinc. Estaba lleno de ellos, por ahí.

De pronto, como una oleada de dolor, como algo que es duro arrancarse y dejar, vio esas mañanas de verano, frescas porque eran las cinco o las seis y el sol no calentaba, azules, sin una nube, con el resplandor sobre los altos cerros ahí, casi al alcance de la mano, y los camiones brillando azules y amarillos y rojos al sol, yendo y viniendo por la tranquera que se abría y cerraba frente a cada uno, y las cholas sentadas desde las cuatro de la mañana delante de su almacén de ramos generales, en cuclillas, inmóviles, bajo sus sombreros de hombre, bajo sus paraguas, con sus tres polleras que pronto estarían cargadas de contrabando hormiga y sus guaguas a la espalda, y él, allí, en la frescura umbría del gran galpón, mientras las empleadas echaban el primer baldeo sobre el duro piso de tierra para humedecer y mantener fresco el ambiente, aunque cada dos horas volvieran a hacerlo, cuando el sol estaba alto y eso era un horno con el techo ardiendo hasta que uno quedaba sofocado y exhausto. Y después controlaba la venta, desde un mameluco a una peineta, desde un paraguas para el sol a una espumadera, y de mientras, el sol subía sobre el verde bien verde de los cerros con las faldas clareadas de marrones retazos de tierra sin árboles, y entonces, a las doce, cuando el verde de los yuyales de las veredas ni se movía, al mediodía, Luis se iba a tirar un rato en la cama del feo chalecito que a dos cuadras del almacén se había hecho construir papá Ifud, y con las persianas entornadas prendía el ventilador, se sacaba la camisa y los pantalones y se imaginaba ser un oficial inglés de casco de corcho en algún perdido puesto colonial asiático y se quedaba leyendo los libros de viajes por países exóticos y las novelas de la editorial Jackson, de la que se había hecho suscriptor y que le llegaban cada par de meses por correo. Y después el chinito de la fonda de madera, con sus manteles de papel –manchados de vino, inmemoriales–, esa fonda ahí mismo al lado de la tranquera fronteriza, venía con la vianda –siempre sopa, tallarines y milanesas, con puré en esos platos con la losa saltada que conocía desde que tenía memoria– y después dormía en el calor y el zumbido de las moscas y los saltitos mudos de las langostas y los mosquitos y las grandes hormigas

colándose incansables debajo de la puerta, desde el horno de afuera a la penumbra de adentro, donde ronroneaba como un avión el gran ventilador, y siempre los mosquitos. Y después, desde las cuatro hasta las ocho, vuelta al almacén, sudando bajo las chapas, mareado de calor hasta la nochecita, cuando las cholas se iban, las polleras llenas, todas encintas de contrabando, cruzando el molinete, y se perdían por la quebrada hacia Pocitos boliviano.

"Sí, me voy", le había dicho desafiante a Pelito, que lo había mirado como quien dijera: "¿Cuándo, pa' que lo agarren?", y aunque no lo hubiera dicho lo miró con esos ojos socarrones, que querían decir lo mismo, que él no se iría nunca, que jamás se movería de allí. Y ahora ya había pasado el almacén de papá y hasta la fonda de manteles de papel sucio de vino desde su niñez, y ahí estaba la tranquera y el gendarme, y se dio cuenta que quería todo eso porque era como no pelearse del todo con papá pero tenerlo lejos, a media hora, en Tartagal, y gobernar el almacén. Y además, quería esa sensación extraña de meterse de vez en cuando, para dar una vuelta, en Pocitos boliviano, otro mundo, de gente oscura, incomprensible, muda y amable, unas cuantas calles estrechas con casas de adobe que alguna vez fueron blancas o rosadas o amarillas, descascarándose de vejez, y techos de paja a dos aguas y un potrero para jugar al fútbol y carteles en los paredones de cal sobre la revolución. Y meterse ahí era como sentir una estúpida sensación de superioridad y decir pobres tipos estos bolivianos, qué resentidos deben estar por serlo, y en cambio nosotros, y sentir algo parecido a lo que seguramente sentían los ingenieros norteamericanos que en esos momentos su padre y los demás estaban agasajando. Meterse en Yacuiba, cuarenta minutos adentro de Bolivia y charlar con algún viejo borracho que todavía divagaba sobre la guerra con los paraguayos y comprar un corte de nylon y ver a las cholas descalzas con blusas de nylon era casi regocijante, era casi un desquite frente a las miserias de este país tan absurdo que era el de uno, y entonces decía, estos bolivianos, pobrecitos, qué atrasados, y en cambio nosotros, el primer país del sur, raza blanca, y todo eso y al final el mismo resentimiento que descubría en ellos era el suyo en Buenos Aires cuando todos creían que se lo podían llevar por delante porque era de tierra adentro, mientras que, después de todo, en Tartagal era un señor y él se llevaba todo por

delante, aunque a sus espaldas lo tomaran en joda, pero no importaba, eso lo hacían con todos; lo importante era que nadie se le reía en la cara, como él de Pelito, y tenía todo el prestigio y la lejanía de ser medio porteño.

"¿Y después de todo, qué voy a hacer en Bolivia, yo que nunca hice nada? ¿Y por qué no le digo a papá que no quiero ser doctor, que no sirvo para eso, que estoy harto de estudiar? ¿Y además por qué no le digo lo otro, lo que ni siquiera a mi mismo quiero decirme, que es mi vergüenza y mi miedo y mi todo, y de una vez agarro mi vida entre mis manos y hago lo que yo quiero y se acabó?".

–Alto –dijo el gendarme.

–Es Ifud –dijo Luis sabiendo que el gendarme lo dejaría pasar, porque cuando hacían una batida papá les prestaba siempre el camión y porque además papá siempre timbeaba un rato con los gendarmes cuando estaba en Pocitos y los emborrachaba un poco para contar algunos momentos trascendentales de su vida sin riesgos de interrupción y sin preguntarles, claro, sobre las suyas ni sobre las coimas que seguramente les darían los contrabandistas y con las que se construyeron sus chalecitos, porque si fuera por sus sueldos se morirían perfectamente de hambre. Luis sentía que ése era su mundo y que no era fácil irse, escapar. La oscuridad delante suyo lo asustó. Correr a la ventura. Sí. Entonces frenó y en vez de cruzar la tranquera ya abierta volvió sobre su camino. "Me voy a ir, sí. Pero después de arreglar eso", y tomó por una bajadita, frenando delante de una casa chica, de madera, con el gran patio pelado, de tierra, sin una flor alrededor, y la cerca del varillas, algunas salidas de la tierra y colgando en el aire de los alambres. Una casita cuadrada, sin ventanas. El perro policía movió silenciosamente la cola. En la puerta la china dijo:

–Cómo has tardado hoy.

"Y bueno", se dijo Luis, "yo sabía que alguna vez tenía que pasar esto, y seguro que mamá sabía que iba a terminar viniendo aquí, pero no puede quedar así y alguna vez tiene que cambiar esto y yo me siento sin fuerzas, pero tiene que ser ahora".

–Lindo –dijo ella y se abrazaron con una larga y sedienta ternura conyugal. Ella lo esperaba, como todos los sábados a la noche, con el vestido nuevo y la mesa puesta. "Son todas macanas", dijo él, "todo

lo que anduve diciendo hasta ahora menos esto, son todas macanas".

–¿Cómo está el nene? –dijo Luis acercándose a la cuna que estaba al lado de la máquina de coser– Vestilo –dijo–. Nos vamos.

Juana no se movió. Luis venía a ver a su mujer y a su hijo todos los sábados a la noche. Y ella sabía que varias veces ya le había dado por decirle que se vistiera y que metiera todo en la valijita de cartón, pero al final él se tomaba el vino, se emborrachaba y no se iba nunca. Estas vacaciones no había estado trabajando en Pocitos, así que venía sólo los sábados.

–Velo al valiente –dijo la cascada voz de la madre de Juana desde el rincón más oscuro de la pieza, adonde no llegaba el farol de kerosene. La vieja achinada y gorda, de cara bastante arrugada, se reía silenciosamente dentro de su batón desteñido, golpeándose sonoramente la rodilla con la palma, como si Luis hubiera dicho el mejor chiste de su vida.

"Esta es mi mujer", pensó Luis viendo a Juana atareada en las rutinarias tareas de agasajarlo como todos los sábados. Y ahí estaba la negra Hermelinda, que era lavandera en casa de mamá y venía todos los miércoles a lavar en la pileta del fondo y no le hablaba nunca y sólo lo miraba con esos tristes ojos socarrones que lo desnudaban. Si su madre viera quién era la mujer de su hijo y quién era su suegra, si su madre en medio de todos sus delirios de grandeza lo viera, se caería fulminada, muerta. Y sin embargo algo le decía que mamá no hablaba, pero que sabía todo y lo dejaba hacer, y que además nadie en la ciudad le decía nada, pero todos sabían y observaban y se reían y esperaban los acontecimientos. Sonrió, con un nudo en el estómago. Mamá no lo reconocería ni a golpes, cerraría los ojos y se taparía los oídos. En aquella pieza perdida entre los yuyales estaba su familia política. La lavandera, que ya le tomaba el pelo a él porque ella y mamá eran parientes, y allí estaba, como todos los miércoles, mirándolo desde la pileta como quien dice: "nos conocemos de algún lado nosotros, ¿no?". Y ahí en la cunita estaba su hijo.

–¿Y, don Ifú? –la vieja Hermelinda chupó largo su mate. Luis pensó que su madre se moriría de vergüenza, y seguramente diría después que esta negra se aprovechaba de la situación y se creía toda una señora que podía ofenderla a ella, la señora de Ifud, y que por esa desgracia que había pasado, esa lavandera, esa china mugrienta que ni siquiera

tenía al lado al padre de su hija, se creía ahora como de la familia y hasta todavía podía pretender ser socia del negocio, insultarla, creerse su igual. Y Luis sintió que él también se moriría de vergüenza cuando tuviera que enfrentar a su madre y también a sus amigos, "qué diría la gente", y entrar con su mujer, que era esa china, y ese changuito oscuro y decir: "éste es mi hijo".

–¿Y, don Ifú?, ¿pa' cuándo los confites? –dijo la vieja haciendo sonar todas las eses. Y Luis sabía que eso era lo único que le preguntaba siempre, con esos ojos socarrones y chasqueados, con sus labios gruesos hurgándose con la lengua entre los dientes. Y si mamá viera a esa misma china que a veces los miércoles a la noche salía de su casa con un gran bulto de ropa sucia envuelta en una sábana sobre la cabeza y se iba por la carretera hacia Pocitos, y en caso de encontrar uno hacía el viaje en camión o simplemente a pie, si su mamá la viera en su casa como consuegra, primero, se mataría solamente de risa, como todos sus amigos, pero después se moriría de un síncope. "Ella no me va a tomar nunca en serio", dijo Luis mirando a la vieja Hermilinda y sintiendo que con ella no tenía nada en común, mientras instintivamente sacaba los cinco mil pesos del bolsillo y casi sin darse cuenta los depositaba en el gesto habitual y casi recatado de los sábados a la noche, sobre la máquina de coser. Y entonces se vio haciendo eso y se quedó duro mientras sabía que ella sin palabras le estaba diciendo "usté nunca se va a casar con mi hija", y su madre le decía, adentro, "¿para qué?, si ya con ponerle esta casa y traerle algunos muebles del negocio y llevarle plata todos los fines de semana y hacerle una visita de médico es suficiente; ella no necesita más y te queda bien y es tan cómodo que no tenés que hacer más líos. ¿Para qué? Si esa negrita no es para vos. ¿De qué vas a hablar con ella, vos, que sos universitario? Si podés poner otras casas así por toda la provincia. Y yo muy orgullosa de eso. Como Urquiza, que hacia cositas con todas las chinas de la provincia, de macho que era, igual que vos. Pero cada uno en su lugar, cada cosa siguiendo su orden. ¡Nadie te pide que me vengas a hablar de las cositas que hacés! Cada uno se casa con quien debe. Cuando llegue el momento dejá de hacer locuras, sentás cabeza y santas pascuas". ¿Y qué diferencia había entre esa fría desesperación de su madre con su casa deshaciéndose y la escéptica mirada cachadora y amarga de la

vieja Hermelinda, hija de padre desconocido y esposa ella misma de marido ocasional y hacía tiempo desaparecido?

–¿Y, don Ifú, pa' cuándo los confites? –seguía Hermelinda mientras lo miraba como diciéndole "su papá mucho discursito de 25 de Mayo, pero al final yo le salgo manteniéndole a usté la mujercita, lavando ropa y bien que me los tiene aquí bien escondiditos a los dos, para darse ese aire respetable pa' que no los vea la gente".

Y alguna vez tendría que ser. Cerró los ojos.

–Vestilo –dijo–. Vestilo rápido. Esta vez nos vamos en serio –y agregó–. Escondé el vino. Escondélo por favor –y le acarició el cabello como aquella vez que la conociera, a la siesta, las vacaciones pasadas, bajo un mango o una palta, no recordaba bien, a la sombra, y ella casi ajena al sol de 40 grados, bajo un paraguas negro, cerca del río, ahí, en las afueras, por los ranchos.

"Aquí crecen rápido", había bromeado con los otros, después del café. "Será por el clima, pero desde los 13 años ya andan rondando por los paredones del cuartel, a la siesta, buscando guerra", pero no había dicho una palabra de ella, como hacían él y sus amigos a menudo, hablando de las mujeres, casi montándolas sólo para hablar de eso y después desde la ventana del café, cuando por la plaza pasaba alguna, decirse vagamente, sin mirarse, y sin concederle al hecho demasiada importancia: "a ésa, me la culié", como registrando un hecho, y a otra cosa. Pero Luis nunca había hablado de ella y primero la había tomado como una costumbre, todas las tardes en el monte, hasta que supo que no podía prescindir de su ternura y que ella era una costumbre inevitable. Juana tenia quince años y piel muy suave y pechos altos y una inviolable inocencia en los ojos, y trataba de entenderlo y se entregaba como resignada a que él la traicionara y la abandonara después, se entregaba cerrando los ojos. Luis sabía que ella no entendería nunca ciertas cosas. "Pero ella te va a gustar, mamá", se dijo; "yo sé que al final va a terminar gustándote", se dijo mirándola a ella. Y entonces le había hecho un hijo y era la primera vez que había tenido confianza en alguien porque podía haberle dicho que el chico era de otro y ella era una negra calentona.

Y ahora era su mujer y supo que todo lo que lo asfixiaba en el pueblo era cierto, pero que siempre le había espantado antes que nada el hecho de aparecer en su casa y decir "ésta es mi mujer, papá. Esta

es la verdad, querido papá. Y todos tus delirios de figuración se van a ir al carajo, porque ésta es la verdad, papá". Y ella ya le había dicho: "Lleváme a Buenos Aires, por favor, vámonos lejos. No quiero que te pegue" (porque ella temía que papá sacara el cinturón y que él se levantara y comenzara a golpear a su padre, a su propio padre, y lo humillara, "porque eso no se hace", había dicho ella con su simple fuerza de verdad, con la misma simpleza de su madre y de Hermelinda y de todas las mujeres). "Vámonos. Yo te voy a curar cuando estés enfermo, te voy a lavar la ropa, te voy a hacer la comida, te voy a coser los botones, te voy a querer mucho", ¿pero qué podía hacer en Buenos Aires? Sí, pero, ¿con qué cara se presentaría ante su madre con estas novedades?, ¿y ante su padre? Se morirían los dos de un soponcio. ¿Y sus amigos? Se le reirían en la cara, porque aunque todos aquí sabían esto y nadie le hubiera dicho nada, ahora tendrían piedra libre. Pero éste era su lugar. Y con ella echaría raíces.

–Vamos –dijo y quiso odiarla. Doña Hermelinda, como siempre, agarró la plata y la guardó dentro de su monederito.

–¿No se te ha ido la mano esta vez? –preguntó, y su mujer mirándolo susurró:

–No voy. –Y Luis quiso echarse en el catre y tomar vino y mandar todo al diablo, pero cerró los ojos y contestó:

–Esto es en serio –y tenía un miedo bárbaro, y hasta podría largarla dura y tuvo miedo de decirle algún día "negra de porquería", pero no había otro remedio y había que arriesgarse y había que vivir–. Vamos –dijo. La vieja Hermelinda se rió por lo bajo. Cuando ella recogió todos sus bultitos, Hermelinda, tirada en la cama dentro de su enorme batón, con los brazos cruzados bajo la cabeza, dijo:

–¿Pa' que te la llevás? ¡Pa' joder nomás! –y la última ese resonó con petulancia amarga y Luis vio su cara oscura, y la cansada humillación de sus arrugas– Si va a sufrir la pobre. Si la vas a largar dura. Si en un momentito nomás, cuando se peleen la doña Ifú le va a decir "vela a ésta, que vivió con él, esta chinita cualquiera que me lo ha engualicháu y se me ha metido en la casa y se cree con derecho a dar opiniones".

–No –dijo Luis.

Entonces Juana le dio un beso a doña Hermelinda que estaba inmóvil, mirando el techo.

–Será hasta el miércoles entonces don Ifú –le dijo a Luis mirándolo–. Y no se olviden que yo existo y que no me van a arreglar con cualquier cosita, porque no soy un trapo ¿sabe? –dijo la vieja vagamente enfurecida, vagamente ronca de tristeza.

–¿Pa' qué se la lleva a la pobre?

Luis salió del rancho con su hijo y su mujer pequeñita colgada de su brazo, aferrándose fuerte.

El camión dio la espalda a la frontera y ya eran como las dos de la mañana cuando llegó al río Seco. Cuando dobló, marchando sobre el arenal junto al río, sintiendo el siseo crujiente de la arena bajo las llantas, los perros del quintero le ladraron y al llegar frente a la tranquerita, la casa estaba a oscuras y empezó a tocar tremendos bocinazos. De pronto sintió que todo empezaba a tomar su lugar y una euforia casi jadeante, una alegría de todo su cuerpo le hacía apretar la bocina y entonces el nene se despertó y empezó a llorar y en **ese** momento desde la casa sonaron dos o tres balazos, mientras los perros ladraban como condenados.

–¿Qué hay, qué pasa? –don Matías salió enarbolando la escopeta, en calzoncillos largos, restregándose los ojos, despeinado, medio dormido, parándose sobre sus flacas piernas peludas ahí en el medio de todo el batifondo.

–¡No tire, don Matías! –dijo Luis asomado por la ventanilla– ¡aquí le traigo el ropero que había encargado la semana pasada!

Don Matías miró un rato sin entender nada, todavía dormido:

–¿El ropero? ¡Ah sí, el ropero ese! Pero don Ifú, no se hubiera molestado por tan poca cosa. ¡Qué servicio al pelo el de su casa! Muy honrado –y después que los dos bajaron el ropero y descansaron un ratito antes de entrarlo en la casa, Luis dijo:

–Le presento a mi novia, don Matías. Y éste es mi changuito. Y ahora vamos al pueblo para casarnos.

–Y mire usté, yo casi lo saco corriendo a escopetazos. –Don Matías entró en la casa, terminó de despertar a toda la familia que ya estaba medio despabilada y los llamó para que vinieran a saludar a las visitas. Los cinco hijitos de don Matías, algunos desnudos, otros en calzoncillos, en variados grados de desnudez, estaban parados en la puerta mirándolos. La mujer salió en camisón, una china fieraza se estaba

arreglando el pelo con ese absurdo gesto inveterado de actrices de cine que tienen las viejas medio dormidas que se arreglan el peinado para atender a las visitas.

–Serviles un matecito, Etelvina –y agregó–. Felicitaciones, que Dios los ayude –dándole la mano, y después se quedaron todos mateando un rato, y ya toda la familia del quintero se había abrigado un poco después de la sorpresa, porque estaba fresco, y Luis se vio a él y a su mujer y a su chico por los tres espejos ovalados con flores en los bordes del ropero parado ahí, en medio del campo, junto al río, sobre la arena, con los cerros adivinándose en la noche, y un pájaro se escapó por la puerta entreabierta del ropero y un segundo se reflejó en todos los espejos y fueron tres pájaros, y doña Etelvina hablaba casi en sueños de una yerba buena que daba suerte a los enamorados y Luis sintió el mágico encanto de ese segundo y la luna y el misterio de toda la gran noche americana se reflejó, apresada en los espejos floreados un segundo, y pensó vagamente en Manuel y abrazó a Juana y se sintió bien y supo que tendría que empezar de nuevo, no sabía cómo, pero ahora tenía mujer y había echado raíces. Y no podía escaparse y había echado raíces.

El camión corría hacia Tartagal, pequeño y como perdiéndose entre los cerros que en la oscuridad se sentía, más enormes, salvajes y negros, apenas con el parpadeo de los tucu-tucus, lucecitas saltando aquí y allá y los grillos y todos los otros bichos cuyo nombre no conocía y los dos faros corriendo por la carretera en la gran noche azul. Luis sentía ya dentro los gritos de su madre y los golpes que le daría su padre y la despiadada sorna perezosa de sus amigos y supo que no sabía lo que podría pasar y que a lo mejor no aguantaría, pero de esta manera ya tampoco aguantaba más. "Dame fuerzas Dios mío, para aguantar la primera embestida, para encontrar las palabras cuando los tenga delante", cerró un segundo los ojos. Trató de convencerse de que la decisión ya estaba tomada. Pensó temblorosamente que todo podría irse al diablo, que debía resistir, que la decisión estaba tomada.

–Sí –dijo–, sí. –Al lado suyo el chico empezó a llorar.

–Tiene hambre –dijo ella, y con su mano oscura se desabrochó, acomodó al chico y empezó a darle el pecho.

Rocío Fuentes está borracho

[Revista *Vuelo,* noviembre de 1963]

El sábado a la noche se estaba muriendo y su resplandor gris crecía del lado del mar. –¡Estás curao, Rocío! –se dijo Rocío Fuentes, tan borracho que ni veía y tan hediondo de vino que se puso a gritar y tan fuerte que le tiraron un zapato y tan justo que le pegaron a una gata sarnosa que voló, chillando como un chico, hasta un balcón donde estallaban silenciosas bajo la luna esas flores que se escapaban de las macetas y los jardines y las enredaderas y los paredones rosados de adobe muy viejos.

–¡Pero Rocío! –sin quererlo se encontró imitando la vocecita aflautada que alguna vez había tenido su madre y se reprendió a gritos– ¡Estás muy curao, Rocío! ¡Pero demasiado curao, borracho, perdido! A Rocío Fuentes le temblaba el mundo mientras subía por esa calle de tierra tan angosta que no tenía veredas y podía apoyarse con los brazos extendidos en los enrejados y en las paredes rosadas, con tejas, y los llamadores de bronce, y le parecía que si los sostenía él, esos balcones con sus macetas de claveles se le vendrían encima. Un viento interior lo empujaba, arrojándole contra las paredes, y ese vacío que tenía adentro y rebosaba vino hasta el asco, le subía en arcadas a la garganta, le daba chuchos, le hacía tropezar y caer de rodillas y levantarse.

–¡Pero qué curao estás, Rocío Fuentes, qué curaito! –De pronto se agarró de la cabeza, escandalizado, inmensamente compadecido por sí mismo y llorando a grito pelado se acordó que se llamaba Rocío, nada menos que él, que tenía voz de bajo y medía dos metros y rompía narices y ahora se rascaba el vello de ese pecho ancho que tenía, mientras al respirar olía el recuerdo de todo el vino tinto que se había tomado esa noche.

De pronto respiró aire áspero, un viento mojado le echó el pelo sobre la cara y casi sin mirar, con los ojos cerrándosele de sueño, subió la barranca desnuda, entre los pinos, como caballo ciego que sabe el camino que lleva a casa.

Ya estaba en su galería de madera, apoyado contra una columna, después de subir los escaloncitos de tablas podridas, y ahora escuchaba

el ruido del mar, como cañonazos lejanos, como truenos rompiéndose. Entró en la cocina, apenas unas hornallas ennegrecidas y una pila de platos sucios de latón y una jarra de loza descascarada con café frío de hacía varios días y entonces una rata pasó rozándole los zapatos y desapareció en la galería. De alguna manera, Rocío subió al piso alto que era como un balcón sobre el vacío agarrado con pilotes a la barranca y vio, abajo, la playa y vio cómo estaba amaneciendo, gris y rosado, con niebla sobre el mar que rompía sobre las rocas y corría por la arena en anchas lenguas de espuma, ahí abajo, a cien metros, mientras atrás quedaba la luna todavía sobre Valdivia y quedaba Chile y todo el mundo.

El perro le ladró, los gatitos se le restregaron contra los pies, la cotorra dijo: –¡Rocío cabrón, Rocío cabrón! –en su oxidada jaula de alto pie de fierro, y sólo el mono, colgando de la cola en el respaldo de bronce de la cama, siguió comiendo bananas como si él no estuviera, como si no hubiera entrado nadie. Entonces Rocío, enfurecido por tanto desamor, sacó una pistola vieja que ya no servía para nada pero que guardaba lo mismo, por las dudas, y corrió al mono por toda la pieza de madera, en el resplandor del domingo, ya rosado sobre el mar pero todavía nocturno en la pieza, mientras él lo corría, entre esa cama que le había robado a un carabinero y esa mesa llena de grietas, con medallones de rosas versallescas en las esquinas y querubines tocando trompetas en el centro, que se había pescado en un remate porque nadie la quería llevar y era barata, y un cajón que servía de silla y un baúl medio desfondado que eran todos sus muebles, y corría haciendo ruidos de tiros con la boca como había visto hacer a los chicos jugando a los pistoleros, hasta que realmente se cansó y como no había podido agarrar al mono porque todo Rocío Fuentes se tambaleaba como un buque por zozobrar y ya no sabía distinguir bien un mono de una cotorra, sacó del baúl ese sobretodo agujereado que usaba para dormir y acomodó los papeles de diarios y la manta que usaba como colchón, enrolló un pantalón que usaba como almohada y, tapándose con el sobretodo, se acostó, boca arriba, mirando como por el techo de chapas a dos aguas roto en el medio con un gran boquete también a dos aguas entraba el pasto húmedo, los largos yuyos de la barranca, mientras la luz muerta de la luna se mezclaba

con el resplandor cada vez más claro del amanecer que ya se adivinaba de un celeste incierto, rosagris, afuera, sobre el Pacífico, donde el sol sale del mar. Entonces trató de alcanzar con la mano esa rama florecida de manzanas que también se le metía por el agujero del techo colgando hasta el medio de la pieza y que casi llegaba a la cama y que cuando se despertaba y tenía hambre no tenía más que enderezarse y estirar la mano y arrancar la manzana y comer, pero tenía chuchos de frío, de ese frío mojado de la madrugada cerca del mar y no tenía fuerzas para enderezarse y entonces se dijo: "Aquí estás, curaíto, solo, en el fin del mundo", y se lo dijo con las resignadas manos bajo la cabeza, mirando simplemente esa rama del manzano colgando dentro de su pieza, en el lugar de una lamparita o una araña de caireles, sobre la cabecera, pesada de fruta, y entonces, sin poder impedirlo, Rocío lloró a gritos, a resuellos, lloró fuerte, con todo, como un perro, sin consuelo, a largos alaridos, como si le estuvieran arrancando una pierna sin anestesia, y sus roncos gritos llegaron lejos, y lloró como un animal herido, como cada vez que una mujer lo traicionaba a fin de mes, cuando tenía con qué emborracharse y lágrimas ásperas rodaron por sus mejillas barbudas de dos días y supo que estaba solo, como siempre después que esas mujeres que olían a cosmético barato en las ruidosas penumbras rojas de los prostíbulos del puerto se colgaban de él sin siquiera fingir amar y bailaban aburridas, mirando a otros, frías, bostezantes, ausentes, trabajando, y después le sacaban todo el dinero y lo dejaban, siempre, como ahora, solo.

De pronto dejó de llorar como quien ha hecho ya sus necesidades y se quedó boca arriba, en silencio. Volvieron las arcadas y tragó fuerte para no vomitar, se sentía mareado y la cabeza le daba vueltas y hasta la casa entera temblaba y era como si la cama se moviera y sintió dolor en el estómago. Entonces, de pronto, se durmió.

Cuando despertó, tenía el sol sobre la cara, que le encegueció; sacó la cabeza fuera de la cama y vomitó. El gusto a vino en la lengua pastosa le pareció insoportable. –Vomitá –se aconsejó a sí mismo–. Vomitá bien. Después podrás tomar todo lo que quieras, pero antes vomitá. Tenía vértigos, todo le daba vueltas a toda velocidad y la casa giraba en ese remolino y era como si su cama subiera y bajara y hasta se desplizara sobre la pieza, como en un tobogán, porque el piso estaba torcido.

Rocío Fuentes cerró los ojos. Ese sueño de subir y bajar lo había tenido antes. –¡Qué borracho estoy! –dijo. Sintió un viento fuertísimo entrando por la ventana que le daba en la cara. Tuvo nuevas arcadas y ya no sabía cuántas cotorras había en la jaula y esa pesadilla era monstruosa y sentía que la jaula y esa pesadilla era monstruosa y sentía que la jaula golpeaba con su furia contra la pared de madera como si alguien la sacudiera y la cama resbalaba y no podía detenerla y el viento entraba a bocanadas que chorreaban agua salada.

–¡Pero qué borracho estoy! –Sintió que esos sueños de borracho le daban cada vez más a menudo y no podía despertarse porque era como si estuviera despierto, con los ojos abiertos, y el piso cedía y toda la casa retemblaba y se hundía y de pronto algo la alzaba y la balanceaba de costado y la dejaba caer y, torcida, como todos los muebles yendo de aquí para allá, giraba sobre sí misma con él adentro, traído y llevado, y entonces recién escuchó ese ruido infernal, ahí afuera, rodeándolo, y sacó la cabeza por la ventana, o soñó que lo hacía, y entró gritando: –¡Pero qué borracho estoy! –y se tapó los ojos– ¡En el mar! ¡Estoy en el medio del mar! –y quiso despertarse antes que todo fuera cierto y se volviera loco. La casa torcida estaba brincando en medio de aguas furiosas, y vio ahí, alrededor suyo, bailoteando como juguete en el agua, grandes pinos con las raíces en el aire y también una gran casa celeste, con columnas y un perro desesperado ladrando por una persiana abierta y las ruedas de lo que se dio vuelta y vio que era un ómnibus y un pedazo de chalet, con tierra arrancada y todo y colchones y escupideras y puertas y gallinas ahogadas y una vaca con sólo la cabeza afuera, y desde el ómnibus quizá alguien le hizo señas, un viejo, en una ventanilla, pero el mar se abrió en un abismo hondo y se tragó todo y de pronto no vio nada. Y todo fue rapidísimo. Y entonces vio, o soñó que vio, esa ola muy alta, tanto que no le veía la cresta, una ola alta como no había visto nunca no sólo él sino ningún ser humano hasta ese instante en Valdivia, y ya estaba casi encima de la casa, una ola tan alta que si no hubiera estado tan borracho o en medio de un sueño de borracho, se hubiera muerto simplemente de verla. Y entonces Rocío Fuentes quiso romper esa pesadilla de vino y quiso abrir la puerta que daba al piso bajo y salir a la calle, al aire del cerro, al aire de la realidad, y entonces el sueño era realmente monstruoso porque

era como estar despierto, y vio las lenguas de agua entrando y saliendo por los resquicios de la puerta y supo que si saldría, saldría directo al agua y daría un paso y se hundiría en el mar, y Rocío no sabía nadar. Seguramente el piso bajo estaba inundado y sólo esa pieza precaria era lo único que flotaba y entonces la ola, tan alta que ni siquiera le veía la cresta, ya estaría llegando y entraría por el agujero del techo y lo inundaría todo y él quedaría encerrado, ahogándose, asfixiado, ahí adentro, sin poder salir ni tener adónde mientras él y la pieza se hundiría a plomo en el mar. Rocío Fuentes agarró al monito y se tiró en la cama tapándose la cabeza con el sobretodo, como cuando era chico y de noche estaba muerto de miedo en la oscuridad y le dijo: –¿Te das cuenta, Pepito, qué borracho estoy, pero qué borracho? –El mono lo miraba acurrucado en el hueco de su brazo–. No bebo más –le dijo besándose los dedos en cruz–. Por mi madre. No bebo más. Te lo juro –y después se durmió o soñó que se durmió, aterrado, o simplemente se desmayó.

Cuando despertó ya el sol no le daba en la cara. El cielo estaba muy azul, sin una nube. Serían las dos de la tarde. Le dolía terriblemente la cabeza. Salió a la calle.

Una mujer, hasta las rodillas en el barro, en ese chocolate de arena mojada y piedras que era la calle, revolvía unos escombros. Miró bien. Ya no estaba más en la punta del cerro. Su casa de madera había encallado, torcida, sobre los escombros de las casas derrumbadas de esa calle céntrica, entre una casa que se había hundido y cuyo techo de tejas estaba a la altura de la calle y un comedor ahora al aire libre, sin techo ni paredes, donde, como si no hubiera pasado nada, una vieja tomaba café. Delante suyo había una zanja muy honda, un pequeño precipicio, y en el fondo, sobre el agua subterránea que echaba vapores, había una cocina y encima, sobre la hornalla, todavía quedaba una pava. Rocío sorteó un caballo muerto sobre las vías del tranvía, entre las piedras. Tenía grandes ojos asombrados y la gran dentadura al aire en la boca muy abierta. Los cangrejos rojos se movían sobre él y subían por el vientre y por el hocico con sus patas lentas que se hundían, precisas, en el lomo, en las patas, en la lengua. Lo estaban comiendo. Rocío caminaba sobre la arena dejada por el mar y debajo le crujían las algas. Toda una parte de la ciudad estaba cubierta de algas y caracoles y

conchas. Esa madrugada habían empezado los primeros temblores. La gente huyó a los cerros. Algunos se metieron en el mar. Al mediodía, bajo un cielo sin nubes, el mar empezó a retirarse. Retrocedió, extrañamente, en una marea tan baja como no se había visto otra desde hacía muchísimo tiempo. Los que habían entrado al mar recién comprendieron y vieron cómo iba creciendo esa ola altísima, monstruosa, hacia la que ellos iban arrastrados por la corriente. La ola se quedó inmóvil, como un cerro de agua, durante unos diez minutos. Muchos en el mar murieron sólo de verla cerca y sin salvación. Después la ola los tapó y entonces el mar se arrojó sobre Valdivia y se llevó gente y casas y barcos y caballos mar adentro y se los tragó. Y la tierra se abrió, en grietas y en abismos y cambió el curso de un río y hundió calles enteras y se las tragó. Y desde los cerros la gente de Valdivia vio todo y se dio fe de todo.

Ese domingo, al mediodía, el mar arrebató la casa de Rocío Fuentes y se la llevó sobre la cresta de una ola mar adentro y Rocío, borracho, navegó por el mar hasta que las aguas lo devolvieran, dejándole atravesado en medio de lo que había sido una calle. Entre la arena y la tierra que todavía temblaba debajo suavemente, y los pescados muertos dejados por el mar y el polvo de los derrumbes y calles que ya no existían salvo en escombros, Rocío Fuentes, después de muchas vueltas, llegó hasta la callecita de tierra donde ayer le habían tirado un zapato. Nadie. No había quedado nada. Todo barrido, como hojas secas, como insectos empujados por un viento fuerte hacia el mar o adentro de la tierra. Sobre la arena había un pequeño pulpo muerto mirándole con su único ojo enloquecido. Sobre la intacta punta del cerro vio el manzano y la podrida escalerita que ayer mismo llevaba hasta su casa y hoy terminaba en el vacío. Rocío Fuentes cerró los puños, con una rabia casi inútil, con una desesperación sin destinatario, con la certeza de su pobre carne acosada pero dura, y entonces se le acercó el carabinero.

–¿Dónde vivía? –le preguntó.

–Allí –dijo–. Vivo allí arriba, en la puntita del cerro. Y ahora tengo la casa abajo. Necesito algo, un camión, algo. ¿Me ayuda a subirla de nuevo?

–Vamos –dijo el carabinero.

–Vamos –dijo Rocío. En la plaza había camas y los heridos eran curados y los muertos velados. En toda la ciudad se escuchaba el ruido sordo de los derrumbes lejanos y de los picos abriendo escombros.

–Esa es –dijo Rocío–. ¿Me ayuda a subirla de nuevo?

–Vamos –le dijo el carabinero. Y entonces los dos miraron primero la casa y después, despacio, empezaron a buscar algo, un camión, algo.

Esta hueya la bailan los radicales

[Relato incluido en el libro *Once cuentistas*, Nueve 64 Editora, 1964]

Apretujado, chiquito, jadeante, Sánchez daba discretos codazos rencorosos tratando de sacar a los que se le ponían delante, de asomar a toda costa esa cara de muchacho promisorio que tenía, de fuerza nueva, de diputado más joven del partido y del país, con cara de doctorcito de veinticinco años, con sus pelos de carpincho, todos parados, cortados al rape como si estuviera en la conscripción, como para que dijeran "pero qué joven es este muchacho", y con esos ojos saltones y ansiosos y esa nuez prominente en el cogote flaco que subía y bajaba porque él se tragaba todos esos empujones y pisotones y codazos que le daban con tal de salir a la baranda, y diciendo por lo bajo "permiso, permiso", por fin pudo hacerse un lugarcito entre las anchas espaldas del candidato a gobernador que saludaba con los brazos, llamado Londres, donde ahora paraba el tren. El doctor Berreta, con sus impertinentes prendidos a la gran nariz al estilo de los diputados del año 30, saludaba con el sombrero orión en la mano, agitándolo despacio, circunspecto, casi al estilo papal, como bendiciéndolos a todos o casi al estilo presidencial, como Don Arturo, con gestos profesorales, como diciendo "Yo no estoy para estas cosas de los actos públicos, muchachos, yo estoy en la gran tarea nacional".

Sánchez, por fin, pudo apartarlos a los dos para hacerse de espacio vital después de darles unos furiosos pero educados codazos en los riñones y entonces, resoplante, componiéndose la corbata y esa sonrisa ingenua de valor joven, también pudo apoyarse en la baranda del último vagón del tren, una baranda que hacía de palco y tribuna y también saludó con los brazos en alto, aunque nadie lo conocía ahí, ninguno de esos diecisiete radicales amontonados ahí abajo, en el andén, o frente suyo, entre las vías, aplaudiendo. De pronto hubo una nube de humo negro, espeso, y todos tosieron. El maquinista otra vez. El maquinista ese que estaba impaciente y echaba esas nubes que los apestaban y tocaba el pito de la locomotora porque ya estaba cansado de toda esa historia.

Hacía siete estaciones que se venían repitiendo, ésta era la octava y ya no daba más. Tenía que quedarse diez o quince minutos más de lo habitual en cada parada mientras subían al último vagón el caudillo de cada población y los representantes de las fuerzas vivas, se levantaba una mesa con un par de tablones sobre unos caballetes y se repartía, con bastante mezquindad, unas diez botellas de vino. Entonces, primero hablaba el caudillo local, después el doctor Sánchez, en nombre de la juventud radical, y después el candidato a la gobernación de la provincia. El maquinista estaba harto, pero como el candidato era oficialista, tenía que aguantárselo; le habían prometido vagamente doscientos pesos por parada pero por ahora no le habían dado un centavo.

Entonces echaba nubes de humo y, como siempre estaba el comisarlo cerca, decía, encogiéndose de hombros, "qué quiere, qué voy a hacerle: es el escape ése, que anda mal".

Además había un viajante de comercio, un socialista que sin saber nada de la campaña electoral se había tomado justo ese tren porque tenía mucho apuro y ahora estaba desesperado y le decía al candidato: "doctor, ¡así no llegamos más!" Y cada vez que el candidato empezaba su discurso diciendo: "Correligionarios y amigos", el viajante dejaba escuchar, con la mano trompeta sobre la boca, en medio del silencio general, un pedorreo vengativo. Ya Sánchez lo había amenazado con dársela, pero no había caso. Era un turco alto, flaco, encorvado, que correteaba artículos de señora, con esos ojos entrecerrados y obtusos, ese bigotito a lo Hitler y esa ganchuda nariz, que no entendía razones y que además no sabía nada de política. Sólo sabía decir "Balacios" y nadie le sacaba otra cosa.

De modo que no había con quién hablar. "Ahora va a tirarme la bronca", pensó Sánchez, mirando al candidato; volvería a reprocharle porque no había arreglado al maquinista. ¿Y con qué plata si él no tenía un centavo encima? Pensó que el candidato lo atropellaba, con toda educación, pero siempre lo llevaba por delante porque al fin de cuentas Sánchez dependía de él.

Ahora habían llegado los camiones que siempre iban a los actos políticos, de todos los partidos, para pasar rato; las chicas que daban la vuelta al perro, algún jubilado, unos vagos, los chicos roñosos del

barrio de los mataderos que corrían por ahí mendigando o jugando a la escondida entre los vagones; y también estaba el caballo del lechero que sin pedirle permiso al dueño se había hecho una escapada y asomaba la gran cabeza mansa por sobre la cerca de maderas astilladas de la estación –un andén, un techo de chapas, unas piezas de ladrillo sin revocar, una bomba de agua, unos vagones en vías muertas y una campana–. Había un par de sulkys y una desteñida bandera radical, roja y blanca, con las doradas letras UCR y el escudo ya ennegrecido, una bandera deshilachada del tiempo de Yrigoyen enarbolada por un viejo que la agitaba despacio, como agobiado por tener entre sus manos tanta gloria. La camioneta de la publicidad Clarinada, una Ford 1932, con los guardabarros abollados y echando vapor por el radiador cuadrado, los ensordecía a todos con ese altoparlante que tenía sobre el techo y que tocaba ese disco que era un invento nuevo de uno de los cerebros presidenciales, ese equipo macanudo de muchachos de izquierda que lo rodeaban a Don Arturo:

Esta hueya la bailan
los radicales,
pañuelo y boina blanca
dale que dale.

Era un disco de la campaña electoral del 58. Había un gran retrato del presidente y coreaban su nombre, y el ruido y los empujones y el rayado guitarreo de la hueya a todo lo que daban lo había mareado un poco a Sánchez cuando, de repente, se sintió abrazado, palmeado en la espalda, sacudido y casi instintivamente devolvió, sin ver, el ruidoso abrazo radical.

–Pero, mi querido doctorcito.

De pronto lo reconoció. Era Eibar, el hombre de confianza del caudillo local, ese doctor Berreta. Con su corpachón enorme, puro músculo, morocho y bigotudo, lo había empezado a ver en una de esas interminables convocaciones radicales en el teatro Lasalle o en Unione e Benevolenza, cuando Sánchez, que se las ingenió para ser nombrado secretario técnico, había aparecido sentado en una punta de la mesa directiva, tomando notas inútiles, pero en el escenario.

–¿Qué tal, mi amigo, cómo le va? –contestó palmeándolo y sintiendo que el otro lo respetaba porque creía que era alguien. “Pobre infeliz”, se dijo Sánchez. No le tenía ninguna simpatía a Eibar.

Recordó haberlo visto, ahí abajo, en la sala llena de humo y de sillas puestas de cualquier modo, la sala llena de delegados de todo el país, siguiendo tumultuosamente durante tres días y noches los dificultosos debates para integrar una comisión de credenciales donde entraran representantes de todas las camándulas nacionales, mientras escuchaba, ahí atrás del escenario, el golpeteo de las viejas máquinas de escribir y las llamadas telefónicas de los periodistas que con las camisas mojadas de sudor, como todos ellos porque hacia un calor pegajoso, ahí adentro, trasmitían a diarios y radios la innumerable cantidad de palabras que se estaban diciendo.

–¿Así que pronto lo vemos en la cámara, doctorcito?

–Qué va a hacerle, mi querido Eibar. Estoy siempre en la lucha, mi amigo –dijo Sánchez.

Recordó exactamente por qué no le tenía la menor simpatía a Eibar. Fue después del millón de cosas tratadas en esa convención nacional: desde un proyecto sobre la legalización de la quiniela, presentado por un sector disidente de San Luis, hasta la denuncia de un convencional sanjuanino contra un gobernador porque era más generoso en la distribución de puestos públicos con los radicales del pueblo que con sus correligionarios, pasando por una abrupta discusión sobre la mejor manera de suavizar esa cláusula doctrinaria sobre la reforma agraria que era un poco agresiva para un partido que ya era gobierno.

Después de todo eso, Sánchez estuvo con Eibar en el mismo grupo de muchachos que vagabundeó un rato y después se fueron a tomar un vaso de vino a un boliche oscurecido, con coperas, que había por la avenida 9 de Julio. Y entonces, cuando Sánchez se encontró allí con su ex amigo, un tal Saldías, que lo llamó traidor, que le escupió en la cara –todavía sentía la tibia sensación sobre la mejilla– y los dos estaban ya un poco borrachos, en eso intervino Eibar y le dio una paliza bárbara al otro “porque me ha insultado al doctor Sánchez”.

Cuando su ex amigo estaba todavía grogui, Sánchez trató de explicarle que no, que no era ningún traidor, que no había dejado de ser

marxista, que nunca había transado con nada, que había que pelearla desde adentro, que él era el mismo Sánchez que se había afiliado al partido en el 55 con todos ellos; el mismo que se había reunido con ellos, recién salidos del colegio nacional, para robar libros por las librerías de Corrientes, ellos y él, que leían a Lenin y lo citaban, y leían a Scalabrini Ortiz y lo citaban, y después, en el humoso City Bar, se pasaban la noche jugando al truco y discutiendo todo lo que harían con el país cuando ellos fueran gobierno. Y estaban ahí, en ese café que estallaba de cubículo, volteados como pistoletazos sobre las mesas y de bolas de billar golpeando secamente unas contra otras sobre los paños bajo las verdes lámparas cuadradas; en ese café donde Sánchez y sus compañeros, sus ahora ex amigos, mirando los campeonatos nacionales de billar desde sus butacas, tramaban grandes cosas y sentían que ellos eran los únicos que entendían eso que estaba pasando en la calle; ellos, en ese café lleno de maridos desgraciados que pasaban la noche en blanco jugando a escoba o al dominó, de jubilados con insomnio, de prostitutas y pesquisas y ladroncitos y provincianos solitarios viviendo en esas pensiones del barrio Congreso; ellos, en ese café, cerca de Callao, en el mismo solar donde alguna vez había vivido Leandro Alem, desde donde una noche del 90 había salido y había tomado un mateo y se había pegado un tiro. Y ellos, sintiendo que era el país real, ése que juntaba bronca, oscuro, debajo de los titulares de los diarios y las ceremonias oficiales y los viejos nombres rondando por los ministerios. Ellos, que sobre las servilletitas de papel que acompañaban a los sándwiches de lomo con mostaza, comidos a las cuatro de la mañana, habían preparado la camándula para derribar a los caudillos de la capital. Y cuidado, dijeron, cuidado que aquí venimos nosotros. Y cuando vieron que eso era imposible aplicaron el viejo método para copar el comité de la Juventud. Pero ellos eran futuro, una máquina imparable, una aplanadora que barrería con todo.

Todo estaba dado: estaban esos muchachos tan piolas. Esos escritores bastante mayores que escribían en *Contorno* –algunos nunca habían leído esa revista pero, en realidad, con tanto trabajo en el comité no tenían mucho tiempo para leer– y estaban los caudillos ortodoxos, los caudillos marxistas de la provincia; y después estaban los asesores del futuro presidente. Todo estaba dado. ¿No estaba todo claro en

Petróleo y política? ¿No era ese programa más nacional y más progresista que cualquier abstracción de la vieja izquierda? Y además teníaan a todo el país detrás diciendo sí, y estaban esos viejos radicales en esas manifestaciones monstruosas de tanta gente, llevando las viejas banderas del parque, las viejas banderas yrigoyenistas que ellos retomaban "Frondizi, Perón, un solo corazón".

Todo estaba listo, todo estaba podrido, sólo hacía falta un gran empujón. Había que hacer las cosas despacio. Había que darle tiempo. Todo alrededor suyo se derrumbaba y ellos iban a hacer la revolución. Y detrás seguiría toda América Latina. Y una vez el futuro presidente les había dicho allí en su casa, en la calle Rivadavia, cerca de ese parque, en ese pequeño departamentito, con esa voz pausada, con ese tono magistral, provinciano, donde se mezclaban extrañamente el profesor y el caudillo, con ese tono que los estremecía hasta las vísceras, "Ustedes llegarán lejos". No lo olvidaría nunca. El futuro presidente le había dado la mano. Era el mismo día en que Irma, absurdamente, se había despedido de él dándole también la mano, después de estar casi tres años juntos. Irma, todo su mundo, lo había dejado de pronto, ese mismo día, diciéndole que no los aguantaba más, que él la asfixiaba, y le dijo que le había metido los cuernos con otro, con un cualquiera. Que no quería saber más nada con él. Que eran dos extraños. Sánchez sintió que toda su vida y todas las cosas eran un gran caos, una selva, una larga crueldad, pero que ahí estaba esa otra mano, y se agarró de esa otra mano presidencial, la apretó fuerte, como quien se agarra de un salvavidas, porque, a pesar de todo eso, significaba una esperanza concreta, realizable, ya mismo ahora, a pesar de su repentina soledad y de su confusión y de ese jadeo que tenía adentro, la esperanza de hacer algo juntos con sus amigos y con el presidente y con toda la otra gente, no sabía bien, algo que remediara todo eso amargo que tenía adentro y que le dolía por todo el cuerpo. Irma también había estado en esa reunión en la calle Rivadavia, pero ya como si fueran dos extraños. Se separaron y vio como Irma se iba casualmente Eibar para un lado, a tomar un colectivo, y él para otro sin saludarse.

Y alguna vez, después, Eibar le había comentado: "lindas amiguitas tiene usted, doctor; muy sabrosas". Y entonces, toda esa humillación por imaginarse lo que había pasado entre esos dos y esa humillación de ver el

gran cuerpo de Eibar dándole la biaba por él a su ex amigo Saldías, todo se juntaba ahora.

–Nos vemos poco –dijo Sánchez–. Pero cada encuentro nuestro es memorable, mi amigo –dijo.

Aquella vez quiso correr tras Irma, pero no pudo. Después de todo, ¿iba o no a hacer carrera política? No podía hacer papelones.

–¿Se acuerda de esos mocosos, doctor? –dijo Eibar– ¿Se acuerda de la paliza que le di a uno? –y siguió–: unos chantapufis, doctor, unos pajeros mentales. Nunca salieron de los libros.

Recordó la sucia manera en que Eibar la había mirado a Irma. "Ustedes llegarán lejos". Siempre por la capital, Eibar, quién sabe para qué. "Ustedes llegarán lejos". Pero no. Posiblemente había sido una aventura pasajera, en el caso de que realmente hubiese pasado algo. Pero nunca más la había visto a Irma. Tragó saliva. "Ustedes llegarán lejos". Y había llegado, o casi. Sería el diputado más joven del partido y del país. Fuerza nueva. Lo habían llamado de la televisión como para mostrarlo a la buena gente, como ejemplo de político joven, como dictándoles: "¿Ven? Tenemos uno, no todos se nos descarrilan". Un muchacho que promete. Y había llegado, claro que había llegado. En este país de mierda había que hacer las cosas despacio, había que darle tiempo al presidente, acomodándose y transando con las cosas que uno más odiaba.

Hacía poco que había terminado la carrera de abogado. Todavía era un oscuro empleadito del bloque de diputados. Pero ya se habían ganado las elecciones presidenciales, dos años atrás. Y ahora, si los militares no ordenaban otra cosa, habría elecciones y saldría electo diputado. Había que ocupar los puestos de los idiotas para tener la manija y hacer por lo menos algo. Uno tenía que adaptarse a las circunstancias, había que ser un buen marxista. Y todos sus amigos lo habían dejado solo. Unos antes, otros después. Y entonces, de pronto, casi lo alegró que Eibar lo saludara. Y, pensándolo bien, no podía quejarse.

El candidato a gobernador lo había tomado bajo su protección. "Pichón", le decía, "pichoncito", y lo acogía bajo su ala. "Yo te voy a enseñar cómo se hacen las cosas, vas a ver". Después de todo, tenían cosas en común. El candidato había sido abogado del Socorro Rojo por el año 36, cuando él nacía. Y había hablado en actos a favor de la

república española. Era un hombre de izquierda el candidato, dentro de todo. Aunque Sánchez no sabía ciertas cosas del candidato, cierta cansada simpatía pegajosa, cierta manera de palmearle la espalda, de preguntarle "¿Cómo te va, pichón?" y esperar una respuesta suya como si de veras le importara tres pepinos cómo le iba o le dejaba de ir a Sánchez. Como si alguien se interesara allí, a esta altura del asunto, el uno por el otro. Y además cierta mirada socarrona, apenas perceptible, que usaba con todos esos idiotas del comité porque los necesitaba aunque se aburriera con ellos, pero que de pronto Sánchez descubrió que también usaba con él. Cierta manera de despreciarlo que también lo humilló. Una mirada turbia, impersonal, como si el otro lo estuviera cargando y le dijera: "Yo te conozco bien, pichoncito, sos bueno vos también".

Y entonces, a pesar de esa mirada, había dejado la capital para venirse trabajar a la provincia, con Delfino, porque todos sus ascensos se los debía a él, porque era hombre de Delfino y se jugaba por él, porque era su carta. Y quizá por eso, por estar en manos del otro, lentamente, le fue tomando esa pesada bronca, ese resentimiento denso. Era una rabia impotente, como si el otro, con su mirada socarrona, le estuviera diciendo: "Te tengo bien agarrado, pibe. Te la estoy dando con vaselina y vos no tenés otro remedio que aguantártela como un duque para pagar derecho de piso, si querés llegar a algo en este partido, porque si al fin de cuenta vas a llegar a ser algo es porque lo quiero yo".

Claro que el candidato nunca le había dicho nada de eso, al contrario, lo palmeaba, diciéndole: "Paso a paso, doctorcito, despacio mijo; en este país la cuestión es hacer cosas, dejarse de teorías, abrir las puertas, recibir dólares sin hacerle asco; hay que ser realistas mi amigo. Hay que desarrollar, desarrollar. Después hablaremos", y Sánchez pensaba con rencoroso dolor, muy por adentro, porque nunca decía nada, que algún día, cuando llegara la revolución, le levantarían un monumento a él y a todos los mártires que se habían sacrificado aceptando bancas en ese partido. Este país no era de izquierda, así de entrada. Qué se iba a hacer. Había que resignarse a las circunstancias, andar despacio, hacer lo que se podía. Y bueno, su marxismo era práctico, le imponía ahora ser hombre de orden. Qué se iba a hacer.

–¿Y qué me cuenta, Eibar? ¿Cómo van sus cosas por aquí?

–En la lucha, doctor. Soy secretario del Dr. Berreta, el intendente. Luchando siempre, doctor, por la causa.

–¿Siempre de asesor técnico?

–Así es, doctor.

Ahora Sánchez recordó lo que Eibar le había contado de su asesoría técnica. Eibar se metía en el consultorio del doctor Berreta y por detrás de la cortina miraba a los pacientes que esperaban en la sala de espera. Los conocía a todos. Al dedillo. Ese era su trabajo. Y antes que pasaran le decía al doctor Berreta: –¿Ve ese que va a entrar ahora, doctor? Se llama Díaz. Tiene cinco hijos, uno con bronquitis que se llama Oscar, tres gallinas. una hermana paralítica y un avestruz.

Así que cuando el paciente entraba, el doctor Berreta, con sus impertinentes prendidos sobre la gran nariz y las cejas aristocráticamente enarcadas, lo palmeaba cordialmente y le preguntaba: –¿Qué tal, Díaz? ¿Cómo le va? El hombre se quedaba muy sorprendido de que el doctor se acordara de su apellido, y entonces Berreta agregaba: –¿Qué tal andan sus cinco hijos? ¿Le sigue la bronquitis al Oscarcito?– Díaz, asombrado, daba explicaciones. –Pero che, dígale a su hermana que me venga a ver. Tiene que hacerse un tratamiento, che; esto no puede seguir así. Hoy día la parálisis puede ser tratada, qué embromar. Me tiene que invitar a su casa, hombre –decía el doctor, dándole palmaditas–. Quiero ver si todavía tiene tres gallinas o si hay una nueva. Y me voy a cuidar muy bien de dejar el reloj por ahí, a ver si me lo come el avestruz.

Díaz, completamente anonadado, porque encima el doctor no le cobraba nada –total, tenía un campito por ahí–, se iba a su casa y le decía a su mujer: –¿Sabés una cosa, vieja, cómo me quiere el doctor? Se acordó de todos y le mandó saludos al Oscarcito. Un hombre tan culto acordándose de nosotros. ¡Y vieras qué bien se acordaba! –Y claro, todos lo votaban a muerte.

Sánchez sabía que el candidato, el doctor Delfino, no era doctor sino enfermero. Y a cada enfermo que trataba, al principio de su carrera le ponía inyecciones gratis. Solamente le pedía que se afiliara. Y pronto barrió con todo en la parroquia.

–¡Correligionarios! –dijo con voz potente el doctor Berreta. Ya empezaba el acto. Hubo un escape de vapor, todos tosieron, nadie veía nada.

–Una conducta. Un hombre que se rompe pero que no se dobla. Ese es nuestro candidato a gobernador. Un hombre sin tesituras reaccionarias pero tampoco sin vanos devaneos comunizantes. Un hombre derecho. Un radical de ley. Un apóstol que sufrió la persecución del régimen para defender la causa. Una imagen viva de la democracia radical. Un hombre que vela por la recuperación moral de la provincia. Ese es nuestro candidato. Somos un país sin problemas. ¡Si nos dejaran vivir en paz! –dijeron durante años los vecinos de este esforzado partido– ¡Y eso trajimos nosotros! Paz social, progreso, cultura, asfalto para la plaza, una calesita para los pibes, una sonrisa en los labios de las madres, una voluntad gaucha de transformar esta tierra grande donde no hace falta expropiarle nada a nadie para que todos vivamos en paz. Porque acá hay lugar para todos los que quieran acogerse a la sombra bienhechora de nuestra bandera, que tiene un sol que por fin ríe al ritmo acompasado de nuestra felicidad de argentinos, por fin, realizados.

Un aplauso cerrado coronó esta breve pieza oratoria y otro bufido de humo que se largó ese maquinista podrido cerró la intervención del intendente.

Y fue entonces que le tocó el turno a Sánchez. Y de pronto, sin poder controlarse, con una rencorosa decisión, como una revancha feroz, incontenible, empezó diciendo:

–Correligionarios y amigos. Una profunda emoción me embarga.

Sintió la mirada de repente alerta del candidato. Ese comienzo le resultaba conocido.

–Una profunda emoción me embarga porque en este pueblo se murió mi madre.

Una ola de consternación recorrió al público. Se oyeron varios "Oh", o si no, "Pobrecito, tan joven y ya huérfano". Sánchez vio que el candidato lo miraba francamente asustado. El candidato mataba a la madre en todos los pueblos del trayecto. Y señalaba con una mano en lontananza, como lo hacia ahora él:

–Allá, bajo un ombú cualquiera, o allá, bajo una lápida borrada por el tiempo, ignorada por todos, por ustedes y por mí, yacen los restos mortales de lo más sagrado que tiene un hombre en este valle de lágrimas: la viejita.

Las chicas lagrimeaban. El candidato estaba enrojecido de furor, carraspeando, como diciéndole: "Para qué, animal, qué chanchada me estás haciendo, pará, no sigas".

Pero Sánchez se lo sabía de memoria. Durante horas y horas, en el traqueteo infame de ese vagón de ferrocarril, en los coches comedores, con sus siniestras lamparitas amarillentas, entre todos esos hombres gastados por tanta oposición, por tantas derrotas, por tantas camándulas armadas en piezas de hotel o en convenciones provinciales, por tantos inútiles viajes electorales como éste, entre todos esos hombres que ahora que eran gobierno estaban ahí, inútiles, reblandecidos, casi muertos, entre todos esos hombres que tenían o querían puestos públicos "porque ya luchamos bastante, qué tanto", estaba también él, el protegido, el pichón, escuchando el discurso del candidato, siempre el mismo, una y mil veces, bebiendo esas palabras que ya se sabía de memoria y diciendo: "Pero qué bien, doctor" hasta el cansancio. Y ahora Sánchez sentía que una honda y amarga rebeldía inútil contra ese tipo y contra todos y contra él, le salía de adentro, sin remedio. Y le había ganado de mano al candidato. Y le decía el discurso.

–Yo pienso, ciudadanos, que si mi viejecita, que Dios la tenga en la gloria, me viera ahora, aquí, se sentiría orgullosa de su hijo, de su obra, y me diría: Seguí así que vas bien.

Un conmovido silencio siguió a este párrafo. Hasta el viajante, con los ojos como platos, con la boca abierta, intuía que algo no andaba ahí. Eso él lo había escuchado antes, pero no por la misma persona.

–El radicalismo –dijo Sánchez, con esa voz profunda, de radioteatro, que ponía su jefe– es como la lechuga. Porque las dos nacen de la tierra –dijo, haciendo el ademán de arrancar algo. Y se quedó así, con la mano colgante, dramática, como si se estuviera pensando algo. Ahora lo miraba al candidato que ya ni miraba y se aguantaba el desastre con los ojos cerrados. Continuó:

–Por eso hay que proseguir esta lucha. Por esos anchurosos caminos de la patria. Por la difícil tesitura que nos imponen las instancias. Por esos polvorientos senderos de la tierra americana. Y allí –dijo después de buscar entre el público a dos mujeres juntas, porque siempre había dos mujeres juntas– esas dos rosas que adornan esta

población –un suspiro general recorrió al público, "qué galante, qué caballero"– nos representan la trascendencia más pura: una madre. Porque en cada mujer hay una madre. Y madre hay una sola. Y por eso, pueblo amigo de Londres –había que tener cuidado y embocarle justo el nombre a la estación– ¡no soy yo el que les pide el voto! ¡Es mi madre, desde el cielo! ¡Es este sentimiento hondo que me hace dirigirme a todo el pueblo radical y a los vecinos que me escuchan para dejar por un momento de lado esta ruda afectividad, este quehacer de hombres que es la política, y volcarles esta tarde todo mi corazón apretado de dolor filial, en esta confesión que es un abrazo fraterno a todos los que vivieron junto a esta santa que fue mi madre, a la que nunca conocí. Por eso, permítanme que deje de lado los discursos y la contienda y deje caer una lágrima, una sola, sobre el recuerdo imborrable que este pueblo maravilloso despierta en mis entrañas filiales. Porque, a veces, también es de hombre macho llorar.

Un aplauso cerrado, frenético, largo, de todos los radicales y los curiosos coronó esta obra maestra.

–Y ahora –dijo Sánchez indicando al candidato– los dejo con este gran hombre.

Se hizo un silencio terrible. El candidato sudaba. Días y noches aprendiéndose ese discurso, justo ese, de memoria, ensayándolo frente al espejo, saliendo de todo lo vulgar, estudiando cada efecto, y ahora ese mocoso de mierda le salía haciendo ese chanchada Tragó saliva. Su larga experiencia parlamentarla podía salvar de alguna manera todo esa vacío que se le hacía en la cabeza, pero es que esa obra le había costado largas cavilaciones, ensayos y correcciones, tanto literarias como interpretativas; sintió que estaba destrozado por la sorpresa, inhibido para decir cualquier cosa, abrumado por esa repentina puñalada. Tuvo ganas de gritar: "Et tu, Brute", y estaba desesperado, y en eso levantó los brazos y gritó:

–¡Mi joven amigo ha expresado mejor que yo mismo la raíz más honda de mis pensamientos más profundos! Este joven valor partidario sólo se merece este abrazo –y se confundió en un sofocante palmoteo con Sánchez, a quien casi le destroza la espalda, y después sólo atinó a gritar ¡Viva la patria!

Un nuevo aplauso siguió a sus palabras. Algunos, aisladamente, enterados del nombre del joven valor, empezaron a corear: "Sán-chez, Sán-chez".

El doctorcito se libró a duras penas de nuevos abrazos, bajaron los representantes de las fuerzas vivas, y el tren arrancó mientras el altoparlante empezó de nuevo a tocar a todo lo que daba. Allí, acodados en la baranda, entre las banderas nacionales que ondeaban colgando del techo, el candidato y Sánchez se alejaron, saludando, saludando, con los brazos en alto. Pronto, el pueblo desapareció.

Sólo hubo campo y campo. Primero sembrados y después algunas vacas pastando, y después nada. El tren corría por una pampa rala, salvaje, con yuyos y cardones. Algunos montecitos a lo lejos, como islas, en el horizonte y, en medio del desierto, postes telegráficos. En la plataforma quedaron ellos dos solos. Sánchez bajó la vista. Esa rabia amarga le seguía hirviendo adentro. Temblaba y casi se sentía victorioso y además tenía miedo que el candidato lo tirara por la baranda, le insultara, le pegara, le retara a duelo, cualquier cosa. Le ardían las mejillas. Adiós diputación, pensó con miedo. Pero todo había sido irresistible, más fuerte que él, podría tratar de explicarse, qué sé yo, pensó, qué sé yo.

El candidato lo miró un rato en silencio, prendió un cigarrillo, carraspeó, tratando de calmarse, y de pronto palmeándole, sonriente, le dijo: Estás aprendiendo, pichón.

Y lo dejó solo, ahí, contra la baranda, contra el viento, en ese último vagón.

El gallo blanco

[Relato incluido en el libro *Crónicas del pasado*, Editorial Jorge Álvarez, 1965]

A Jorge M. López

"Voy a seguirlo nomás", pensó el sargento mientras se sacudían uno frente al otro con las piernas entreveradas en la galera que era angosta y crujía y se ladeaba a cada barquinazo, como si fuera a deshacerse.

–¿Ta cansado doctor? –preguntó de nuevo, con ese rencor perezoso, el mentón hundido en la chaqueta que alguna vez había sido azul, el quepís de visera a la antigua, para arriba, y los bigotes muy tristes, con esas lacias puntas grises para abajo, llenas de tierra.

–¿Está incómodo? Si quiere paramos un ratito...

El diputado Polidoro Rosales no dijo nada. Miró al gallo que picoteaba maíces en el hueco de la mano. Hacía un calor lleno de olores.

–¿En serio no quiere?

El sargento Acevedo sentía el tufo agrio a sudor y a colonia de la cara blanca, achinada y robusta del otro. Viajaban ya dos días apretujados ahí dentro con los vidrios bajos para que no entrara más tierra.

–No vaya a tomar a mal lo que le digo... –dijo Acevedo y vio, con amarga alegría, que don Polidoro chasqueaba la lengua con impaciencia. Acevedo sintió que no iba a poder sacarlo de sus casillas pero lo iba a seguir jodiendo a muerte.

Don Polidoro agarró su gallo de riña, le acarició los muslos desplumados y lo guardó cuidadosamente en una canasta sobre una hoja amarillenta del Nacional. No dijo nada. Polidoro contraatacaba a su modo, sin decir una palabra, como si fuera sordo, como si el sargento no existiera. Acevedo tragó saliva. Para Polidoro, él valía menos que una escupida. Buscó una tagarnina y se puso a fumar. "Usté sí que nos fumó en pipa, doctor", pensó melancólico. "A mi y a todos esos", pensó mirando por la ventana, opacada de polvo, a los milicos que galopaban afuera, a los lados de la galera. Dos días atrás el coronel le había presentado a Polidoro en el cuartel. "Un prócer, un caballero cumplido". Como conquistador del desierto le habían dado tierras del Azul para el sur. Ya había puesto las alambradas.

"Usté me hace respetar la Constitución con la tropa y me asegura el derecho del doctor a tomar posesión de sus tierras. Si hay algún retobado, límpiemelo. El doctor viene a civilizar el territorio".

Acevedo sintió que lo conocía a ese prócer. Cuando el presidente Roca le dio unas leguas de tierra como premio a cada soldado del ejército del desierto, los milicos ¿qué iban a hacer con esos bonos? Como estaban muertos de hambre, los especuladores se los compraron por monedas. ¡Alguien parecido al doctor –alguien con galera y chaleco– le había comprado 400 leguas por 50 centavos! Habían salido hace dos días y habían hecho leguas y leguas durmiendo en la galera, cambiando de caballos y turnando mayorales, en las postas que lo recibían al doctor de pasajero y lo despedían como patrón. "Los responsabilizo por la seguridad del doctor. Hagan todo lo que él diga. Es gran amigo del ministro de Guerra y mío. Trátenlo como se merece". Eso había dicho el coronel ¿Y ahora tendría que limpiar a alguno por cuenta del doctor? Acevedo... despacio. ¿Qué podría hacer salvo fumar ese espantoso cigarrito?

–Pero hombre –dijo Polidoro. Apenas había cambiado diez palabras con él. Había comido su pollo y bebido su vino y dormido todo el tiempo.

–Hubiera avisado –dijo el doctor con una mueca de asco. Sacó del chaleco rojo dos cigarros de hoja. "Se dignó", pensó Acevedo. "Me habló; existo". Era una victoria.

–Agarre, compadre. Tire esa porquería.

Acevedo se negó tímidamente. Don Polidoro dijo:

–¡Faltaba más! ¡*A tout seigneur*, *tout honneur*! –Le sacó la tagarnina, bajó la ventanilla y la tiró.

Los dos hombres fumaron despacio.

Acevedo, con sus 48 años de servicio en los fortín lo miró. Cuando hablaba un superior había que decir "Sí, señor", y eso dijo. Pero se quedó pensando en la madre del diputado. Lo habían prontuariado en el cuartel apenas llegó. La madre india que vivía con un cacique manso, por Patagones al sur, un tal Nahuel Rosales que tenía muchas tierras y comerciaba con Bahía Blanca. Y por ahí había andado un carpintero español, rubio y alto, que se había escapado una noche a la toldería. Y así había nacido Polidoro. Y cuando le decían al padre: "¡Rubiecito te ha salido el niño!"; el cacique contestaba orgulloso:

"¡Buena casta! ¡Casta refinada! ¡Rubio, carpintero!"; contento como si en la manada le hubiera caído un parejero inglés.

–Usté habla igualito que mi padre, doctor. Mi madre era muy léida. ¿Y la suya?

–También, Acevedo, también.

La galera se zarandeaba como un buque.

–Somos muy brutos, doctor; no nos enseñaron nada, qué le va a hacer. Me la pasé guerreando para que otros se coman los chicharrones

Don Polidoro sacó de un cofrecito una moneda oscura con una cintita roja: "A los vencedores de Pavón, en premio al coraje, la Nación Argentina".

–Hay que hacer tiempo para todo, sargento. Cuando uno sabe que está construyendo la patria saca fuerzas de bajo tierra. ¡Tome ejemplo! con la pluma y la palabra.

Acevedo siguió fumando. Las medallas de Pavón se compraban por docena en la calle de la Piedad.

–Estuve –dijo Acevedo.

–¿Dónde no estuve yo, doctor? ¡Empecé por Las Flores! Un policiano, de verme tan chico, me dio un rebencazo. Entonces pelé el cuchillo. ¿Qué quería que hiciera, doctor? El milico se me vino al humo pero se ensartó. Y de puro flojón se murió. Entonces me echaron a la frontera.

–Vea. Acevedo. Todos peleamos al malón.

–Estuve ahí tres años. Al terminar la condena me dijo el capitán: "Quedate cuatro años más y salís de cabo. Si no te gusta, pior pa vos". "Gente así de guapa le hace falta al gobierno. Ahora elegí. Si te enganchás, lo asciendo y te entrego la cuota. De lo contrario, si te vas, ni te asciendo, ni tenés cuota, pero puede que te ligués una marimba de palos como para vos solo". Y claro. Después vino el bochinche de Caseros y en tiempo de guerra no hay baja para nadie. Y después vino todo lo demás. Y aquí me tiene. Sin un peso, esperando la jubilación para terminar de vigilante en Buenos Aires.

–¡Alégrese, sargento! ¡Este país va para arriba y usté puso su granito! Véngame a ver a la Cámara. Gente como usted se merece una gauchada. Una pensión, un puestito municipal, ya vamos a ver. ¿Y por qué no una medalla?

Acevedo pensó en Río Seco y en todos esos fortines, de línea donde había tiritado de fiebre, harapiento y rotoso con los demás milicos que pasaban los meses sin recibir carne ni galleta, comiendo lo poco que podían cazar los hombres que hacían la descubierta, tomando esa porquería de té pampa, lanceados a discreción, muriéndose sobre los pisos de tierra de esas cuevas de zorro que tenían por ranchos, entre el zumbido de las moscas verdes que venían del foso del agua estancada; y supo que esos hombres ya no querían medallas. Querían porrones.

–Póngale la firma, sargento. ¡Este país da para todo! ¿Se da cuenta? ¡En 100 años más, cien millones de hombres tirados por ahí! ¡Este desierto no va a existir! Usté mira para acá, un pueblito. Mira para allá, otro. ¡Gran potencia mundial, carajo! ¡Total, hay tierra de sobra: para los ingleses, para las vacas y para la gente!

–Todas las medallas se las dejo para usted, doctor. A mí, déjeme el puestito municipal. Tengo 60 años y nunca tuve donde caerme muerto.

–Yo también empecé de abajo, sargento, y aquí me tiene. Este país está lleno de oportunidades para los que no se quedan dormidos, créame.

–Claro, doctor. Por eso le decía del puestito.

"Mucho codo, doctor", pensó Acevedo, fumando con amargura. "Mucho codo". Quiso preguntarle por la vieja copetuda pero sin un peso con la que le habían dicho que se había casado por el apellido. Tuvo curiosidad de ver la cara que ponía si le decía "estafador" o algo así. Tuvo ganas de explicarle que en el cuartel le tenían registrado el pedigré. Y también tuvo ganas de partirle la cabeza de un planazo.

–No se olvide, doctor, del puestito.

–Faltaba más –dijo Polidoro, y le dio una tarjeta que sacó del chaleco rojo.

–No veo bien –dijo Acevedo.

El doctor sonrió como un padre comprensivo, y leyó: "Monsieur et Docteur Polidoro Rosales, Deputé et fermier á la Republique Argentine". Son unas que me quedaron de cuando estuve en París con la comisión bicameral...

Acevedo se guardó la tarjeta.

El doctor estaba encantado. Había temas que lo apasionaban.

–Doctor –dijo Acevedo, nunca debió decirlo–: devuélvame mis bonos.

Y el sargento nunca supo si era este o era otro el hombre perfumado, de galera y chaleco, que le había comprado sus leguas y las de los otros soldados del regimiento. Acevedo oyó que los compradores de bonos andaban por la bolsa especulando y que con las noticias de que se ampliaban las vías férreas los bonos subían y subían. La gente compraba y vendía y volvía a comprar esas miles y miles de leguas. Muchos amigos del gobierno se habían hecho ricos y estaban a la par de los viejos estancieros.

–Qué bonos –dijo el doctor–. ¿Y yo qué tengo que ver con sus bonos? ¿Qué quiere decir, Acevedo?

–Qué sé yo, doctor. ¿Usté no se acuerda de mí, de antes?

El doctor no contestó.

–¿Sabe qué pasa? A veces pienso que estas legüitas que estamos cruzando eran las mías. No eran tantas. Apenas para levantar un rancho y comprar, ¿me entiende? Así no lo molesto con eso del puesto público, doctor. Usté estará siempre tan ocupado...

El doctor no contestó.

Afuera sonó el cornetín del mayoral, sobre el pescante. Estaban llegando. Escucharon un rato el trote de los cuatro caballos tirando la galera y el galope de los soldados de la escolta.

A ver cómo se porta aquí, sargento. En esta posta no quiero gente, no quiero casas, no quiero nada. Por acá va a pasar el tren.

Acevedo bajó la ventanilla y con los ojos medio cerrados contra el viento que le echaba polvo en la cara, vio en el sol del mediodía de primavera, un rancho un foso seco y un inútil cañoncito oxidado en medio del campo.

La galera cruzó el puentecito que crujió bajo el peso. Después pasó la caballada y los cascos golpearon como un trueno largo sobre la madera podrida.

Los dos hombres bajaron. El doctor, con un pañuelo, se cepilló violentamente, desde la cabeza a los botines. Pateó fuerte para desentumecerse.

–Ginebra Llave para todo el mundo –dijo el doctor–. Con chorizo y galleta.

El pulpero entró al rancho mientras el doctor fue a ver el corral. Unos matungos flacos estaban por reventar. Había también unos gallos de riña. Los milicos comieron cansados, ausentes, sentados en los bancos, con los rifles entre las piernas. El rancho, que era de barro, se tenía por milagro. Olía a esa paja podrida que tapaba el techo y apenas entraba sol por la ventanita de arriba, mientras el pulpero casi a oscuras atendía a través de los barrotes.

El doctor dijo cuando terminaron: "Proceda nomás, sargento".

El sargento ordenó formar filas. Y entonces, mientras los caballos desatados se revolcaban en el polvo para rascarse, bajo los naranjos raquíticos, sobre el piso tierra del patio, delante del rancho, sucedió aquello. Don Polidoro sacó una hoja de papel sellado de un sobre y leyó: "Por orden del excelentísimo señor gobernador de la provincia –un postillón cambiaba los caballos– y del señor ministro de Guerra, se concede a Polidoro Rosales una extensión de territorio que incluye esta posta. Así se da cumplimiento a la ley de premios instituida por el Superior Gobierno a los expedicionarios al desierto. El susodicho fue ascendido a capitán del ejército de línea en el campo de batalla por actos de arrojo y valor en defensa de la Nación".

–¿Cómo dice? –preguntó el pulpero, que era bajito y flaco y tenía un aire profesionalmente servil. No había entendido nada pero la formación y la lectura lo inquietaban un poco.

–¿Cómo dice, excelencia?

–Toda resistencia será reprimida con la severidad que señala la ley. Toda oposición se entenderá como alzamiento contra la autoridad militar. El responsable será sometido a juicio sumario y pasado por las armas.

El silencio que siguió fue aún más incomprensible para el pulpero. La tropa siguió formada. Eso lo inquietó todavía más.

–¿Cómo? –dijo.

–Que tenés que irte, porque aquí va a pasar el tren –dijo Acevedo en voz baja, poniéndole una mano sobre el hombro como un padre, con ternura.

–¿Irme? –el pulpero le sacó la mano.

–El gobierno le regaló al doctor esta lonja e'tierra pa que se consuele mientras se cura de las cicatrices, tiene el cuero cosido a lanzazos.

¿Entendés animal? –dijo el sargento con la misma ternura, sin levantar la voz.

Y entonces el pulpero dijo: “No”. Y nadie supo si no entendía o no quería irse.

–Que tenés que acatar porque si no te achuramos por alzao –dijo el sargento.

–¿Achurar? –dijo el pulpero–. ¿Y a quién van a achurar? –dijo con la cabeza gacha, empecinado, con una cosa dura en los ojos.

Una cosa que no se iba a dejar atropellar. Esa basura de rancho era suya. Como sus manos o sus pelotas. Y el pulpero dijo: “No”.

El doctor le indicó la tropa con los rémingtons al hombro.

–Te puedo coser a balazos –dijo Don Polidoro amablemente–. Pero coser a balazos.

Y entonces vio ese resplandor oscuro. Ese resplandor en los ojos serviles del pulpero. Como un desafío que le calentó la sangre. Porque Don Polidoro ganaba siempre.

–Te juego la pulpería –dijo el doctor. El pulpero no contestó.

–Te la juego –dijo sacando su gallo de riña de la canasta que estaba ahí en el suelo. Los milicos, bajo los naranjos, miraron al pulpero.

–Jugá –pidió el sargento en voz baja.

Los soldados miraban ahora con un vago y tenso fulgor en los ojos. Pendientes del desafío.

El pulpero dijo:

–Bueno –y agregó–: Pero a muerte.

–A muerte –dijo el doctor.

En el gallinero, tras el corral, estaban los gallos. Pero eran todos viejos. Se caían solos. El pulpero entró al rancho por una puertita de atrás y de una caja, debajo del catre, sacó al gallo. Era blanco y muy joven. Cacareo fuerte. Lo cuidaba como a un niño.

Los dos hombres les montaron los espolones. Los milicos se arrodillaron en el polvo en ronda bajo los naranjos.

–Largalo –dijo el doctor.

Y empezó la riña. A los soldados no les gustaba el bataraz. Primero fue un choque con todo un entrevero de patas, plumas y pescuezos. El blanco picó y picó en la cabeza del bataraz, que le metió el espolón en el vientre. Chorrearon sangre. El blanco lo rechazaba, y el bataraz

volvía. A los soldados no les gustaba porque a ganar, ganaba siempre. Al blanco le temblaban las patas. A cada ataque se iba endureciendo. El bataraz daba una vuelta sobre sí mismo y volvía. La sangre salpicaba los pantalones de los soldados que miraban, fascinados. Mudos. El bataraz embistió aleteando y le reventó el ojo. Lo tuvo en el pico y apurándolo, se lo tragó. Le hundió otro espolonazo en el vientre. El gallo blanco, con la cuenca vacía y el pescuezo chorreando lanzó un cacareo terrible. Tocó a degüello. Y atropelló sin cuartel hasta que el bataraz cayó. Después le hundió el espolón en el cogote. El bataraz respiró borbotones, con silbidos. Gimió un quiquiriquí que quedó trunco. Y murió.

Los soldados miraron al gallo blanco. Primero fue en silencio y después la ovación. Incontenible. A pesar de ellos mismos. Salió de sus gargantas y fue un trueno. Después el doctor dijo:

–Me llevo también el gallo.

Todos lo miraron y nadie dijo nada. El doctor sonrió con calma.

–Está bien. Te lo compro.

El pulpero lo agarró entre sus brazos, como a un niño y le lavó las heridas con ginebra. Y entonces el doctor contestó:

–¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Adónde vas a ir? ¿Te lo vas a comer crudo, animal? ¿No ves que estás perdido? ¿No ves que ni tenés dónde caerte muerto?

–No lo vendo –dijo.

–Te pago el peso en oro, animal. Te doy un pedazo de tierra en otra parte.

El pulpero dijo "no" con la cabeza gacha.

–Tráigame ese gallo, sargento –dijo el doctor–. Mate al chusma ese y tráigame el gallo vivo.

Y nadie se movió. Ni el sargento ni los soldados. Nadie. Entonces dijo despacio: "Tiren todo eso abajo", el sargento dio la orden. Los milicos sacaron picos y palas Los habían traído en las monturas, porque habían venido para eso.

A palazos, a culatazos, a patadas, empezaron a voltear el rancho de barro. No tardaron mucho. Quizá una hora Pronto quedó el enrejado solo en medio del campo y detrás el pulpero mirando. Y también quedaron los escombros. El doctor hizo arriar caballos y gallinas hizo llevar botellas y galletas.

Y antes que nadie le dijera nada, antes que el doctor le dijera a Acevedo: "¿Se da cuenta, sargento? El gobierno le dona la tierra al Central Argentino. Y los ingleses tienen que venir a comprarme tierra a mí", un poco antes que la galera y los soldados a caballo siguieran su camino, el hombre agarró un caballo, lo sacó más allá de la alambrada, campo afuera, y se fue despacio, a la deriva, por la pampa, sin volver ni siquiera una vez la vista hacia atrás. Y bajo el brazo se llevaba como a un niño, como un blanco desafío indestructible, su pequeño gallo de pelea.

Blues en la noche[2]

[Incluido en el libro *Los ojos del tigre*, Editorial Galerna, 1967]

–Nu, ¿qué te parece? –dijo mamá espiando por la ventana–. Ahí está de nuevo –refunfuñó mirándose el relojito de oro que le colgaba del saco de lana.

–Almorzó acá. ¿Qué te parece? Son las cuatro y ya viene a tomar un vaso de té –canturreó amargamente. Bernardo levantó el edredón de plumas, espeso, blanco y suave, que tenía grandes botones, y en calzoncillos saltó de la cama en la tibieza de la estufa de gas.

–Estos artistas son la peste –dijo mamá. Usaba esos anteojos llenos de horribles perlitas y firuletes que tanto encantan a las mujeres judías. Por encima de ella, Bernardo vio como, en el frío radiante del sábado a la tarde, tres pisos más abajo, cruzando el viento feroz, venía el viejito tan derecho y echado para atrás como un general, teniéndose apenas en pie, tan frágil que se lo llevaban las ráfagas, con ese sombrero orión con las alas deformadas de tanto enderezarlas para arriba que le daba un aire de cowboy en decadencia. Corrientes estaba vacía y los faros del subte de Pasteur ardían, pálidos, anaranjados, desapercibidos, en el azul purísimo y helado, sin una sola nube, de este último sábado de julio, como si para el encargado de prenderlos y apagarlos, el día invernal fuera apenas un accidente, una ficción de luz, entre las nueve y las cinco de la tarde, y la noche fuera, en julio, la única certeza.

Los ronquidos de papá llegaban como un suspiro sonoro y constante, adornado con bufidos y gemidos, desde el dormitorio, y Bernardo, tan flaco y larguirucho, con esos ojos ardientes y tan tímidos y la barba demasiado crecida para sus diecisiete años, y su nariz más que larga rotunda, y ese encorvarse casi rabínico y esa forma de mecerse que tenía cuando estudiaba, como si fuera un péndulo pero clavado en la tierra, Bernardo sintió curiosidad por ver a ese viejo que cruzaba Corrientes en esa soledad del sábado a la tarde, con escarcha en el viento.

2 El libro *Los ojos del tigre* comenzaba con la siguiente dedicatoria: “A Chana, a Juan Pablo; sin ustedes nada sería posible”.

–No abras –dijo mamá apartándose de la ventana–. Cuando toque el timbre no abras. No estamos. Nos morimos. Nos fuimos, Nos esfumamos –dijo, y limpió con el puño regordete de uñas cortas, donde la pintura se descascaraba, los vidrios empañados.

–Pero se va a dar cuenta –dijo Bernardo–. Tenemos las persianas abiertas. Se va a dar cuenta que no le queremos abrir.

Mamá recién reparó en él –¡Cómo andás descalzo vos!–. Corrió y se agachó debajo de la cama, arrodillándose para encontrarlas y así lo esperaba como el torero al toro azuzándolo con las pantuflas y diciendo: –Tomá, aquí están, ponételas, el frío te hace mal –pero Bernardo se quedó mirándola, en esa pieza altísima, con viejas fotografías de antepasados barbudos y ya amarillentos dentro de sus marcos redondos de bronce labrado, con hojas y flores, sobre el empapelado de pequeñas rosas descoloridas.

Bernardo fue hasta una de esas altas sillas tapizadas pero raídas, agarró los pantalones y se los puso, mientras calculaba que el viejo ya estaría por entrar en la casa.

–¿Dónde vas ahora? –gimió mamá estupefacta. Sobre el escritorio de persiana estaba su pullover azul de cuello alto y debajo los zapatos, entre los tomos de la enciclopedia Pijoán. Poniéndose la campera de cuero con cuello de piel, salió del departamento, corrió por el pasillo y llamó al ascensor. Cuando abrió la puerta de fierros oxidándose, lo encontró allí.

–¿Está papá? –dijo el viejo, displicente, saliendo.

–No. No hay nadie –Bernardo sintió la duda del viejo, la digna humillación con que escrutó el rostro, la amarga sorpresa y el desmoronarse de la esperanza de comer en increíbles cantidades, como solía hacerlo, las masitas caseras que amasaba mamá.

–¿Cómo? Hoy, sábado ¿salió? –dijo el viejo, pero en seguida se compuso– Bueno. Como él me dijo que viniera... Pero no importa. Mejor. Tengo tantas cosas que hacer... –dijo el viejo y tosió, tapándose la boca con ceremoniosa grandeza. Bernardo vio esa gran piedra negra que llevaba en el dedo meñique, pecoso y arrugado como toda la mano. Bajaron en la rojiza luz de la jaula temblorosa donde cada hierro rechinaba por su cuenta.

–Yo bajé porque tenía hambre –dijo Bernardo, como si alguien

hablara dentro suyo, irresistiblemente atraído por ese viejo tan pequeño y tan absurdamente erguido, que ni siquiera lo miraba, como embebido en vagos problemas de estado–. Mamá se fue a un té de la Wizo. Usted sabe. Esas señoras que cumplen años y les regalan una flor... –el viejo asintió y Bernardo supo que no se tragaba la píldora.

–¿Y papá?... –¿qué podría inventar ahora?

–Papá se fue a casa de un tal Shraiber o Shnaider... –el viejo miró la bombita colorada y asintió. Bernardo supo que el viejo casi oía los ronquidos de papá.

–Ah sí... Shnaider. Un ingeniero ¿no? Un millonario. Gran amigo mío –dijo displicente mientras salían.

Bernardo, con cierta desesperación, puso su mano sobre la manga del sobretodo negro del otro, y vio el cuello de terciopelo tantas veces zurcido y se imaginó al viejo, en calzoncillos largos, tan sólo, remendándolo con obstinación como quien no se quiere dar por vencido y entonces, tironeándole la manga, se atrevió sin saber cómo.

–¿No tiene hambre, profesor? Yo me muero por tomar un café con leche. Lo invito.

El profesor no contestó y Bernardo sintió que había estado torpe.

–¿Para dónde va? –preguntó con aún mayor torpeza porque el viejo ya había empezado a caminar. "Ahora sí que lo humillé", se dijo Bernardo, bajando la cabeza mientras se apuraba para andar al lado del otro, con sus largas piernas vacilantes de chico que no terminaba de crecer y que tenía maneras indecisas, carraspeando tímidamente como cada vez que tenía que hablar en la vida.

–Yo también voy para allá –dijo Bernardo. "Soy un pesado", se dijo. "Dios mío, ¿por qué siempre molesto? Y ahora ¿qué le digo? Es horrible caminar así, como si fuera un fardo pegajoso que se le cuelga a la gente. Dios mío, ¿cuándo voy a ser un hombre de una vez?".

A los dos los arrastraba el purísimo viento azul como a hojas secas, esas hojas doradas de las tardes de invierno, que crujen, volando por las calles, en la violencia de esa claridad como un vielo del Renacimiento que a veces tienen las tardes frías y sin nubes en Buenos Aires, despertando confusas nostalgias por la primavera, perturbadoras, inquietantes.

–Nubes –dijo el viejo mostrando con el dedo enguantado. Del

bolsillo, como magia, habían salido unos guantes amarillentos. Bernardo vio el dedo a través de un agujero pequeño y cierto.

–¿Nubes? –dijo Bernardo, y miró el cielo asintiendo después con esa exageración en el gesto de los muchachos que buscan, como titubeantes pájaros desorientados, a alguien que los quiera en medio de la furia de las cosas.

–¿Sabe una cosa? –dijo de pronto Bernardo a borbotones, inclinándose, odiándose por pegajoso, acercando la humedad de su sentimiento, ásperamente, al viejo. –Yo quiero cantar –dijo poniendo su mano sobre el hombro del viejo para sentir enseguida que al viejo no le gustaba que lo tocaran. Pero Bernardo siguió abrazándolo como si el viejo fuera su amigo de colegio o su viejo hermano menor, porque estaba ahí abajo, junto a su exasperada y flaca y torpe largura.

El viejo se paró exactamente igual que cuando Bernardo, desde el balcón, lo veía venir con papá del templo todos los sábados a mediodía, la mano de uno en el brazo del otro, charlando, tomándose su tiempo, parándose a cada tres pasos gesticulando y sacándose por ahí los sombreros para volver casi mecánicamente a encasquetárselos exactamente igual, papá sobre la coronilla y el viejo sobre los ojos, para caminar y pararse a los pocos pasos, hablando, libres y felices, en paz. Y, a veces, caminaban con las manos a la espalda, tal como se había puesto el viejo ahora.

–Ah ¿sí? –dijo el profesor, mirándolo a los ojos con curiosidad.

–Papá me habló mucho de usted, señor Goloboff. ¿No podría?... –Bernardo tragó saliva–, ¿no podría estudiar con usted, maestro?

El viejo enarcó las cejas.

–Bueno –se encogió de hombros dubitativo–… No sé si tendré tiempo. Usted sabe... Tengo tantos alumnos. Hugo del Carril, Virginia Luque. Tendría que ver mis horarios...

Estas mentiras eran lo que más reventaban a mamá, tan celosa de esa amistad que parecía disfrazada de compasión que tenía papá con el viejo, al que una vez había invitado a almorzar por casualidad al salir de la sinagoga; papá, un judío alto, encorvado y calvo, tan moreno, con su gran nariz taciturna, de grandes ojos, que durante la semana y hasta los domingos por la mañana atendía en el Baratillo, esa especie de gatichaves lleno hasta la calle de pantalones baratos, pilas de

valijas de cartón, calzoncillos y pilotos y corbatas y juguetes, allí por Azcuénaga, un negocio de piso de madera polvorienta, con papá y su terrible silencio y sus acusadores ojos mirándolo con agobio, detrás del mostrador.

–Quiero estudiar música.

–El viejo se encogió de hombros y era como las larguísimas charlas de sobremesa del viejo con papá que tanto disgustaban a mamá, charlas casi sin palabras. Porque en el comedor oscuro –daba a un húmedo y gris patio interior del edificio, con ropa colgada en el vacío y gritos de chicos–, tras los restos de comida y los vacíos vasos de té, papá se sentía un doméstico protector de las artes cuando le preguntaba al viejo: "Y ¿se acuerda cómo hacía Tito Schipa en la última parte de Piscatore di perle?", y parándose ante el trinchante con ese aire crepuscular y europeo que tenía el mueble, quizá por la tapa de mármol, el viejo cantaba un aria mientras de la pieza de adelante llegaba el parloteo del televisor que había prendido mamá. "Fue un gran artista", había dicho una vez papá. "Aunque ya ahora el pobre no da más", había agregado mamá, pero su padre no hizo ningún comentario. Lo respetaba. Por eso le daba de comer. Y lo escuchaba con los ojos cerrados, como cuando, los domingos a la tarde, se metía en la cama con la radio a transistores escondida bajo el edredón de plumas que lo tapaba hasta la cabeza y escuchaba las óperas transmitidas desde el Colón mientras se iba muriendo el día y por la ventana sobre Pasteur, con esas cortinas de tul algo apolilladas, el azul se ponía violáceo y la tristeza del lunes no sólo se insinuaba sino que hasta se podía tragar en los ñoquis recalentados y desabridos del mediodía que mamá le llevaba a la cama.

–Porque yo sé tocar un poco el trombón –dijo Bernardo–. Y, además, puedo imitar todos los instrumentos –dijo.

–Ah ¿sí? –dijo el viejo– A ver.

Y allí mismo, en el viento, en la calle casi desierta, Bernardo cantó para el viejo, Tenderly. Y reclinó la cabeza sobre su hombro izquierdo y tocó el violín y un gemido salió de su cuerpo mientras con la mano derecha manejaba el arco que era sólo de aire, sólo de viento, y en ese momento Bernardo era un gran violín absorto tocándose a sí mismo en medio del invierno. Y después se inclinó un poco y con la mano

derecha pellizcó el aire y la gravedad del violoncello llenó la calle. Y después la mano derecha se hizo un puño que se alejaba y se acercaba a los labios, siguiendo el ritmo melancólico del trombón que le había nacido dentro de los carrillos inflados y después se rascó la panza y nació la guitarra y después las manos cubrieron la boca y apretaron la nariz y así de pronto fue la corneta que lloraba, ladrando muy despacio en sordina.

–Mi corazón pertenece a papito –dijo de pronto el viejo, y con su tono melodramático, sus flemas y ese hálito trágico de actor de la vieja escuela, empezó a cantar llenando de gemidos y ayes y absurda densidad la leve melodía. Y los dos se iban caminando y Bernardo tocaba el trombón con la boca y a veces con tenues silbidos convocaba a la flauta.

–Eso está un poco desafinado –dijo el maestro–. ¿Dónde lo sabe esto? Quiero decir, ¿dónde lo mamó?

–En el circo –mintió Bernardo–. Cuando era chico y vivíamos en Bahía Blanca yo me escapé con un circo. Tres semanas en un camión por la provincia, con el Hombre Orquesta. Era un fenómeno. Sabía como treinta instrumentos –una vez se había escapado dos horas para ir al circo. Eso era todo–. Además, sé tocar el trombón.

–¿Cómo aprendió?

–Con los bomberos. En Bahía, ¿dónde quiere que aprenda a tocar el trombón? Con un cabo bombero, así de chiquito. Hasta que papá no me pudo seguir pagando las lecciones.

De pronto Bernardo sintió que se había vuelto a escapar por dos horas de casa, como a los once años: sintió la muda mirada sufriente de papá que quería que Bernardo fuera lo que nunca sería: un gran dirigente sionista de la colectividad para que todos admiraran a la familia, el diario israelita le sacara fotos y viajara en avión a Norteamérica y hasta consiguiera casarse con la hija de algún gran industrial. Tragó saliva. Nunca sería eso y ahora se había escapado del mostrador del Baratillo y de ese doloroso silencio lleno de mutuas recriminaciones y quejidos que había en su casa, y ahora con el tarambana del profesor, como decía mamá, se iba a la ventura. Porque Bernardo, después de lo del circo, nunca más volvió a salir de casa. Ni siquiera tenía amigos. Pero de noche, muy bajito, para sí mismo, cantaba imitando todos los instrumentos, en la cama.

–Bueno. Pero desafina. A veces desafina –dio el profesor con las manos a la espalda.

–Con el instrumento no –dijo Bernardo pensando "Como si él no desafinara cuando se pone a cantar canciones litúrgicas". Porque el viejo y papá admiraban al mismo cantor de la sinagoga, uno de la calle Cangallo, y lo iban a escuchar todos los sábados, seguidores como hinchas de Boca. Y también por eso eran amigos. Porque el viejo solía recordar pedacitos de melodías que el cantor había interpretado esa mañana. Dijo papá del profesor cierta vez: "Ahora hay que tenerle paciencia. Quién sabe si mi hijo va a saber tenerme paciencia a mí cuando sea así de viejo". Y lo miró.

–En casa tengo trombón –dijo el profesor.

–¡No! –dijo el muchacho con una alegría salvaje. Lo palmeó tan fuerte que casi lo derriba– Por favor –rogó–, déjeme tocarlo, maestro.

–Está medio roto –dijo el viejo negando con la cabeza.

–Por favor –suplicó el muchacho–. Hágalo por mi papá –era un golpe bajo, demagógico, pero qué iba a hacer. El profesor suspiró, titubeante, indeciso.

–Es una persona sensible su papá –dijo el viejo pero no se decidía. Bernardo sintió que el otro tenía vergüenza. No sabía bien de qué.

–¿Usted nunca estuvo en un circo? –El viejo se echó para atrás, despectivo.

–Qué circo ni shmirco. Yo soy un artista serio.

De pronto, como un soplo, el cielo se oscureció. La angustia del sábado a la noche le apretó a Bernardo el corazón. Estaría solo, como la semana pasada, como la próxima, soñando en fiestas a las que no lo invitarían nunca, asustado al pensar en la posibilidad de ser arrastrado por la gente de la calle Lavalle. Y sintió que el viejo tenía quizá más miedo que él. Y toda la semana. "Espere", dijo y entró a la fiambrería. Compró pastrón, pepinos y pan negro, que aunque le hubiera gustado un pedazo de pizza pensaba que el viejo era muy antiguo para todo eso. Y entonces cuando tomaron el troleybus y los faroles de las estaciones de subte ardían, ahora por lo menos con sentido, por Corrientes en la noche, y los apretujaban mujeres vestidas para ir a casamientos y novios con traje azul y corbatas brillosas y muchachos que iban a asaltos con chicas que reían histéricas, como que tenían

catorce años, allí, parados en el troley que se sacudía mucho más que esos tranvías que no pasaban más, el profesor le dijo, con una lejana alegría que le encendía esos ojos siempre húmedos y descoloridos.

–¿Sabe? Una vez, en San Petersburgo, era invierno y estábamos en la ópera. Circos –sonrió el viejo, benigno–. Era el primer acto de Lady Butterfly. Me dolía la cabeza. Y entonces vino Chaliapin y me dijo: "Micha ¿qué te pasa Micha?". Y me sirvió, con sus propias manos, un vaso de té.

–¿Chaliapin mismo? –dijo Bernardo.

–Claro, íntimo amigo mío era.

Me dijo: "Vas a llegar muy lejos, Micha", y se quedó callado. No hablaron hasta que en Donato Álvarez y avenida San Martín el viejo dijo:

–Permiso señores –con todas las erres del mundo. Bernardo pensó lo lejos que vivía. Los sábados, entre el almuerzo y el té, debía quedarse dando vueltas por el centro, chupando frío en una plaza, durmiéndose en un cine de variedades, haciendo tiempo hasta volver a la casa del chico para comer enormes cantidades de masitas y decir "qué linda familia, señor Katz, qué ricas masitas señora, Dios le bendiga las manos".

Caminaron por Donato Álvarez hasta que el chico vio la vergüenza del viejo. Una casa gris, con las columnas de la balaustrada rota de la terraza temblorosamente alumbradas por el farol con la tulipa de lata del medio de la calle que hacía ruido de platos rotos en el viento. Entraron en el patio donde el viento soplaba más que afuera, y detrás de las puertas persiana –tres o cuatro– había ruido de cucharas contra platos, y televisores, uno por pieza, y algún chico que lloraba. El viejo abrió una de las puertas persiana de madera, tuerta de varios postigos, dando vuelta la llave en el candado que sostenía la cadenita. "¿Qué van a robarle?", pensó Bernardo mirando las rotas baldosas blancas y negras y los enormes macetones puestos contra el muro altísimo, oprimente, corroído por la humedad, descascarado, que cerraba el patio enfrentando las piezas.

–Adelante –dijo el profesor.

Por la puerta de al lado salió una cabeza. El profesor había entrado para prender la luz. "Oiga", dijo la cabeza, por lo bajo. "Ts, ts..." lo llamó. Era una bigotuda cabeza italiana con un montón de pelo gris y restos de mojados cabellos de ángel en los mostachos estilo manubrio.

Una cabeza cansada, con ojeras, de verdulero ambulante.

–¿Usted es el hijo, el nieto? –Bernardo dijo que no– No importa. Dígale que no clave.

–¿Que no clave?

–Sí. ¿Cuándo lo llevan al asilo al viejo éste? En medio de la noche se levanta y empieza a clavar clavitos en las paredes.

El italiano hablaba bajísimo y el chico se asomó por la puerta persiana y vio a una mujer muy fea, con una gran cara de hombre, de cabellos ralos, en un sillón hamaca, meciéndose, mansa, llena de frazadas, mirando televisión, mientras sobre una cocinita de fierro hervía algo feo que podían ser repollos en una cacerola marrón, de pintura saltada, con tapa más grande, de latón, que no correspondía. En un rincón, al lado del ropero, había un carrito vacío.

–¿Se da cuenta, joven? Agarra un martillo y bum bum bum, dele clavar. Por favor dígale, mire los ojos como los tengo de no dormir... Somos todos gente de trabajo acá...

De la otra puerta persiana salieron dos chicos con sobretoditos y los padres detrás.

–El señor es tornero, tampoco puede dormir, pregúntele...

–¡Señor Katz! –gritó el viejo desde la pieza.

–Sí, dígale, mozo –rogó el tornero, que era muy morocho y se había engominado y la frente angostita desaparecía tras el brillo del duro pelo con jopo que se había armado bien levantado, a lo compadre, quizá para ir hasta algún cine de la avenida San Martín–. Dígale, dígale –dijeron los chicos.

–¡Venga para acá! –volvió a gritar, ahora en ídish, el viejo, súbitamente irritado, casi lloroso. El muchacho intuyó que la desesperación le desbocaba los nervios y la voz al viejo– No hay con quién hablar acá.

Por el patio rodaban hojas secas. El viejo se sacaba el sobretodo.

–Yo no saludo más. ¿Para qué? ¿A quién? ¿Acaso ellos saben con quién están hablando? –dijo el viejo y cerró la puerta persiana y después la puerta de vidrio con cortinas caladas que tenían flecos, cortinas como las de la ventana, porque la pieza daba a la calle, y las vainillas seguramente las había tejido hace veinte años su finadita.

–El trombón está sobre el ropero –dijo el viejo y prendió una vieja estufa eléctrica. El muchacho no se sacaba la campera porque la nariz

le seguía tan fría como afuera y toda la escarcha del día parecía haberse juntado en esa pieza, y tanto, que ya le dolía el estómago.

–Con estos goim mejor no tener tratos –dijo el viejo. Bernardo quiso decirle que no era cierto, pero sintió que no tenía sentido–. Hay que irse a Israel –dijo–. Un día de estos me voy a ir –dijo el viejo mientras se sacaba el saco negro, a finas rayas blancas, pasado de moda–. Pero pienso, ¿qué va a hacer un viejo allí? Hace falta gente joven, como usted –dijo el viejo, y Bernardo lo vio, tan pequeño en medio de la pieza, encendiendo temblorosamente un cigarrillo, soñando con lo que nunca haría, solo en esa casa donde no hablaba con nadie, ofendido por quienes no reconocían su antigua grandeza–. Usted tiene que irse –insistió el viejo, con esa húmeda obsesión invasora de su voluntad y de sus actos que también tenía mamá.

–No –dijo Bernardo, con algo de niño, tan alto y torpe, chupándose la mejilla con los dientes, las manos en los bolsillos, mirando el piso de madera.

–¡Cómo no! –dijo el viejo, sin enojo, con ternura, sonriendo, como si tuviera que convencer a un niño de cosas elementales. Y Bernardo se sintió mal. Papá soñaba con que lo enterraran en Israel y se le encendían los ojos como si estuviera por ir al encuentro de una felicidad plena, dolorosa, quieta y definitiva por la que casi quería morirse.

–No –dijo el chico y sintió que comprendía esa perplejidad del viejo porque él mismo la había sentido, y ahora que no era un judío como quería papá y que tampoco había jugado nunca a la pelota con los chicos en la calle, porque no lo dejaba mamá, era como una hoja al viento y no tenía raíces y no estaba ni acá ni allá y la oscura y nunca pronunciada maldición de papá lo perseguía con un enconado silencio. Y él buscaba, desgarrado, en la noche.

–Para qué vamos a hablar –dijo el muchacho y, de pronto, le acarició la mejilla, torpemente, al viejo–. Yo lo quiero mucho a usted, profesor. Porque somos artistas –dijo Bernardo y como cada vez que largaba todo, pensó: “Dios mío, ¿cómo estoy diciendo todo así, de golpe, tan abruptamente?” Se sentía como uno de esos carros que caminan de a ratos, violentamente, a empujones. El viejo lo miró.

–El trombón está sobre el ropero –dijo y puso el cigarrillo en una boquilla, y Bernardo se subió sobre una silla con asiento de esterilla

y alto respaldo firuleteado y lo vio, tapado por polvorientos diarios viejos; uno de esos trombones de banda, como los que tenían los bomberos que al ponérselos le abrazaban a uno todo el cuerpo y pareciera que la música fuera el resultado de un raro acto de amor entre notas bajas, sordas, y los dedos y el aire y su cuerpo. Se sentó sobre la gran cama matrimonial que desde hacía quién sabe cuántos años ocupaba el viejo solo. Pensó no en ahora, sino en cuando el viejo, después de dormir toda una vida con una misma mujer, había estirado la mano y no había encontrado nada.

El viejo, sobre la mesa de hule, abrió el papel gris de envolver y, agarrando un calentador Primus, lo prendió y puso encima la pava. El pie de Bernardo chocó con algo. La escupidera. Y claro, si salía al baño de noche, se quedaba seco ahí mismo. La miró. Era extraña. Tenía flores y además no estaba vacía. –Pardón –dijo el viejo sin inmutarse. La sacó afuera, mientras el muchacho tocaba despacio, como reconociendo el instrumento, algunas escalas, en un reencuentro inesperado, en esa aventura que había empezado de pronto, cuando algo lo había hecho bajar al encuentro del viejo, a él, que nunca salía de casa y que no se acostaba más tarde de las diez, y que sin decirlo pedía permiso hasta cuando tenía que ir a comprar el diario. Y no salía porque tenía cierto doloroso miedo de andar por la calle. Era como un perro apaleado. Se metía en cama y se tapaba hasta la cabeza desde temprano y pensaba "Dios mío, voy a cumplir diecisiete años", y sentía que era tan joven y pensaba en las mujeres que pasaban sin mirarlo, porque ¿quién iba a mirar a una jirafa melancólica?

–Un sangüichito –dijo el viejo–. ¿Qué va a decir su papá cuando sepa que estuvo acá? Porque no está bien venir así, de repente, a la casa de un extraño, sin avisar en casa.

–No voy a decir que vine aquí. Voy a decir que fuimos al cine.

–Cine –dijo el viejo comiendo pedazos admirablemente grandes de pan negro con pastrón–. La última vez que fui al cine, vi una de Jeannette MacDonald...

–Y ¿quién es?

–Y claro... –habló con la boca llena, sin perder tiempo, como si ya no le importara que el muchacho se enterara que hacía mucho que no comía abundante–. Usted qué sabe de los buenos actores. Esos eran

actores ¡y tenían una voz! No es que fui hace mucho. Pero voy a ver películas viejas, siempre las mismas. Las que ya vi. ¿Para qué ir a ver estas modernas? ¿Acaso me van a enseñar algo? –enarcó las cejas–. Si ya lo sé todo. Además ¡ahora no hay artistas! Aunque este Palito Ortega fue alumno mío.

–Ah ¿sí?

–Claro. Vino varias veces. No sabía impostar. Cantaba así –y lanzó un sonido gutural, de garganta. Un rugido–: Goo. Y entonces yo le enseñé que hay que hacer... –y con el falsete hizo, cerrando los ojos, la mano en el pecho y enarcando las cejas, un melodioso–: ¡Aaa...!

Sobre el húmedo empapelado, bajo la bombita que colgaba de un cable largo, vio las paredes que estaban llenas de fotografías, de dibujos, de esas antiguas caricaturas hechas a lápiz del año treinta en que la cabeza aparecía enorme y el cuerpo enano, y todas eran del viejo. Toda la historia de una vida estaba ahí. Según escuchó a papá, que a él no le contaba nada, de modo que tenía que enterarse por lo que le decía a mamá, el viejo había cantado en la ópera de Moscú, en la época imperial, cuando era casi un niño y como los judíos no podían hacerlo se cambió el apellido. Así que se llamarla Meyer o algo por el estilo. Bernardo se lo imaginaba muy joven, parecido a Lord Byron, hermoso, como en uno de esos retratos, el más amarillento, con gran melena y frac y esas corbatas llenas de volados del 1800.

–Aquí hago el papel principal en *La Bohème* –dijo el viejo de paso al verlo mirar el dibujo. Goloboff, que se siguió llamando así para siempre, Vasily Goloboff, cuando llegó la revolución entró al Proletcult, al departamento de Cultura, y Bernardo pensaba sorprendido en la facilidad y hasta la remota simpatía con que su padre había dicho ese nombre, aunque ahora ya sólo sentía por esa revolución un miedo hostil. Goloboff también huyó del Proletcult, después de algunas aventuras amorosas, porque tenía esos grandes ojos trágicos cuya belleza aún podía descubrirse aunque estuvieran empañados, esos grandes ojos de actor melodramático que seguramente debían cautivar a las mujeres. Y entonces vino a la Argentina y empezó a rodar, en vagones de segunda, por todas partes, dando conciertos y recitales, siempre con otros, claro, porque sabía que a él solo no lo vendría a escuchar nadie, y cantaba como cantor sinagogal durante las fiestas, en alguna colonia de Entre

Ríos, porque aunque se había dejado el nombre de Goloboff, había vuelto a reconocer que era judío, quizá porque necesitaba ganarse la vida o porque se dio cuenta que era inútil fingirse distinto, o porque se sentía terriblemente solo, y papá le contaba a mamá en la mesa (a Bernardo sólo le decía “alcanzame la sal” o cosas parecidas) que sobre todo desde que murió su mujer (la había conocido poco después de venir de Rusia, otra emigrada como él, y se juntaron y vivieron cada vez más unidos aunque él tenía de vez en cuando alguna aventura con mujeres cada vez más jovencitas), Goloboff se había hecho cada vez más religioso y se había ido cerrando obstinadamente sobre sí mismo, con una sombría terquedad frágil pero intransigente.

–¿Y esto? –dijo Bernardo. Había una serie de tapas de *Radiolandia*.

–Dedicadas –dijo el viejo sin concederles mucha importancia–. Tomaron clases conmigo... –bebió un gran sorbo de té–. ¿No quiere comer nada?

–No.

Pero era una pregunta retórica. El viejo comía como nunca.

–Me vienen a llamar todos los días... Pero qué quiere. Ya no doy abasto.

De Chaliapin a Palito Ortega. Un buen profesor de canto. Por lo menos eso le decía papá a mamá. Y como era tan meterete se había conseguido que algunos astros vinieran aunque fuera un par de veces para estudiar con él y le dejaran un autógrafo. Ese cuento se había mandado. ¿Quién podía saberlo? Además ahora entendió por qué estaba esa chapa de bronce clavada en la pared: “Vasily Goloboff. Profesor superior de canto. Primer tenor de la ópera de Moscú”.

–Hasta tuve que sacar la chapa de la puerta... –Bernardo se imaginó al italiano de los mostachos ensuciando la chapa con alquitrán y al viejo limpiándola, hasta que se dio por vencido y la clavó en la pieza. Y se imaginó la cara de Hugo del Carril, en caso de que hubiera venido, entrando en el conventillo, y a los pibes amontonados frente a la puerta, escuchándolo hacer escalas, y hasta sintió que el viejo lo había hecho venir para que los vecinos lo respetaran. O quizá no. Quizá él había ido a la casa de las estrellas, con su aire de duque en el destierro. Y eso quizá sería más lógico. Nunca lo sabría. Y entonces dejaba que vinieran a su casa los alumnos oscuros, esos que se presentaban en los concursos de

tango que se hacían por los barrios, o en el salón La Argentina y que el viejo reclutaría por Paternal, hablando de sus autógrafos. Bernardo no sabía bien cómo podía haber pasado, pero ahí, sobre la pared, estaban los autógrafos, ciertos o falsos. Y se imaginaba los alumnos pobres, haciendo escalas, mientras afuera, en el patio, los chicos jugaban a la pelota contra el muro leproso de las varias manos de pintura siempre distinta que le habían puesto, pero que no tapaba el fondo siempre gris, con resecos ríos de humedad, donde la pelota debía golpear como sordos cañonazos, y los gritos de las vecinas, y las radios a todo lo que da y allí dentro, con las puertas cerradas y el diapasón golpeando contra el hule de la mesa, en la oscuridad a pleno día, con la bombita prendida entre tantos retratos, sobre las flores descoloridas, el viejo y sus alumnos cantaban arias o ensayaban un twist o quizá Granada.

–Pardón –dijo el viejo y salió. Cuando colocó la pelela floreada junto a una pata de la cama, Bernardo escuchó la lluvia. Miró por la ventana, corriendo la cortina. Una lluvia fina, como una neblina, caía en la noche y la cortina se le deshacía entre las manos y la opaca humedad cubría como una caricia, como la saliva que dejan los besos, los vidrios de la ventana, una humedad tibia como un gran abrazo materno que lo alejaba de la crueldad de la calle donde la lluvia ya era fuerte, sólida, diluviana, como si antes o después el mundo no hubiera conocido otra cosa que el agua.

–A ver cómo anda eso –dijo el viejo, y el chico agarró el trombón y empezó a tocar muy despacio "Después de haberte ido", hamacándose, con las sordas notas desafinadas, meciéndose, sentado en el borde de la cama matrimonial, como si un viento interior lo moviera y lo ondulara. Y sintió que era como si bajara por el Mississipi, y fuera negro, y viviera en el año 80 y se hundiera en el propio río de su sangre, y aullara con todo el cuerpo.

–La conozco un poco –dijo el viejo y se paró, ahí, al lado del ropero con tres espejos que lo denunciaban de espaldas y cantó con ese estilo operístico, con las manos abiertas y poniendo los ojos en blanco.

Cantó "Después de haberte ido", muy lento, y el trombón entraba con su desafinada objeción circense, llevando el ritmo, y el agua goteaba desde el techo, y nunca supo cómo llegó aquello, pero el viejo abrió el ropero y sacó un rancho, y después un bastón y le dijo:

–Yo le voy a enseñar cómo se hacen estas cosas –y ordenó–: ¿Cómo era eso que hacia Molly Picon? Eso que decía... –y empezó a cantar– Un poquito de paz y de alegría, ¿que no hay dinero? A conformarse, a bi gezint, darf men gliklaj zain. Basta la salud para ser feliz.

Y en el trombón, el muchacho tocaba la melodía de opereta tan trasnochada como el viejo que ahora se había sentado delante del espejo y había sacado una caja de polvos y de lápices y se maquillaba, y Bernardo descubrió de pronto que lo estaba haciendo para él, mientras el viejo tarareaba con una repentina felicidad.

–Voy a darle una función –decía mientras tarareó la melodía como para sí mismo. Y mientras el chico trataba de no darse cuenta de todo lo que el viejo estaba haciendo, cerraba los ojos y acompañaba con su trombón, con tonos falsos, tristes y menores al viejo. Cuando abrió los ojos se encontró con que el viejo se había maquillado para él, entre el ropero, la mesa, la cama, en la altísima pieza, y era como si todo el mundo y la lluvia y el inquilinato hubieran desaparecido y todas esas caras –siempre la misma– cada vez más arrugadas, que miraban desde las paredes le sonrieran en esa mueca monstruosa, con rimmel para exagerar el tamaño de los ojos y talco para tapar las arrugas, y un poco de pintura en los labios.

–Repertorio picaresco –anunció el maestro–, al estilo Aarón Lebedeff.

Y se puso a dar pasos de comedia musical cantando cosas sobre chicas que piden un hombre, y apoyaba las manos en las rodillas y las hacía ondular, y se movía sin levantar los pies del piso, y levantaba los pies hasta la cintura y corría y bailaba, con sus increíbles setenta años, con su lamentable rapidez vencida, en un potpourri alucinado.

–No hay negocio como la revista musical –dijo, y el muchacho atacó con el sordo trombón, y el viejo cantaba con sus gallos y sus temblorosos aires de galán de ayer, diciendo que no había negocio como la comedia musical, donde se ríe cuando se quiere llorar, y se arrodillaba como Al Jolson, y después hubo todavía más, cuando el viejo tomó el sombrero y lo tiró lejos, y jadeante anunció: –Catarí –y se puso las manos sobre la magra panza, y olvidándose de todas las clases de canto que había dado en su vida, cantó con toda la poca voz que le quedaba, con las manos, con el cuerpo, con todo, y el muchacho lo acompañaba

con un toque de trombón, después de cada frase, pobre, torpemente, como en el circo más afañoso del mundo, porque la verdad es que ya no sabía las melodías. Pero al viejo ya no le importaba, porque ya no veía nada, y seguía, como un delirio, el propio show, el último show que daría en su vida, donde en realidad no había dado nunca ninguno así, como estrella absoluta, y ahora cuando ya no le quedaba nada, de repente, ante ese único espectador, que era todo su público, ocurría por fin. Y no en San Petersburgo, ni en el Colón, ni en Broadway, sino en esa casa de Donato Álvarez de un solo piso, con todas esas piezas, en la noche que afuera llovía sin parar.

–Y cuando canté esto... –dijo el viejo, tartamudeando, porque no tenía más aliento...– fue cuando Chaliapin me acarició –dijo palmeando suavemente la mejilla del chico, sin verla, sin ver nada, como si soñara despierto–, y después me trajo un vaso de té –una suave nostalgia, una loca euforia se mezclaron cuando dijo, y ya no era él, sino Chaliapin, el que hablaba.

–Micha... ¿qué te pasa, Micha? ¿Se da cuenta, señor Katz? Él, Chaliapin, me sirvió con sus manos, con sus propias manos, un vaso de té... Yo todavía cantaba en el coro, no era todavía tan importante como lo fui después... y sentí que eso valía por toda una vida; aunque no me pasara ninguna otra cosa eso era suficiente para llenar de felicidad el destino de un hombre... –y Bernardo sintió "Dios mío, esto es cierto", y el viejo dijo sin respiración– I Pagliacci, la muerte del payaso, acá siempre aplaudían mucho. Aria y bravura –el maestro empezó a llorar, y con las lágrimas que le corrían por el rimmel, y las arrugas y los labios pintados, trató desesperadamente de cantar, pero casi no tenía con qué, y cuando debía caer muerto, miró el piso, se arrodilló primero, lo tocó y después se tiró y dijo–. Io sono morto.

Un silencio tenso, pesado, terrible, cayó sobre ellos. El viejo jadeaba en el suelo y Bernardo dejó despacio el trombón sobre la cama y empezó, primero lentamente, después más fuerte y al final como enloquecido, a aplaudir. El viejo se paró e hizo una digna reverencia sin mirarlo, como en el teatro, y después dijo:

–La función ha terminado.

Con una toalla empezó a sacarse despacio el rimmel. Jadeaba. Fue hasta la cama, sacó una valija, la abrió –había botones y también hilos,

y peines y botellas, y después sacó un libro encuadernado en terciopelo rojo, de hojas destrozadas y que olían a muy antiguas. Era un libro de oraciones. De entre sus hojas sacó una hoja verdosa, manoseada, grande y llena de firuletes.

–Hoy pagan los actores –dijo el viejo, y se la dio–. Es un rublo. Del zar Nicolai... El único que tengo –dijo, y le sonrió al chico con esos ojos enormes, locos, perversos, que empezaron a inquietar a Bernardo. El viejo se acercó a él. Bernardo sentía su respiración afanosa en la cara... El rimmel se le había corrido por los bordes de los ojos y por las mejillas–. Podríamos hacer una gira juntos –dijo el viejo, y Bernardo sintió que estaba llorando–. Podríamos recorrer el país... Podríamos hacer muchas cosas juntos... –dijo el viejo. Bernardo se levantó.

–Quédese, señor Katz. Todavía es temprano. Hagamos proyectos. Tenemos la noche por delante –era un ruego húmedo, tembloroso–. Es temprano todavía... tómese otra taza de té... –dijo el viejo, y de pronto lo abrazó– ¡Hot rajmones! ¡Tenga piedad de mí! –y entonces Bernardo corrió hacia la puerta y la abrió temblando de miedo, y huyó para siempre del viejo, hacia la noche, hacia la lluvia, hacia la ciudad salvaje. Y el viejo quedó atrás, y pedía compasión, y estaba solo.

En la playa

[Incluido en el libro *Los ojos del tigre*, Editorial Galerna, 1967]

–¿Quiere tiburones? –dijo el chico, pero la mujer, que era gorda, lloraba de rodillas bajo el sol de las cuatro de la tarde, sin ver el mar. Lloraba sin voz, con la boca llena de arena, desesperada, y era como si quisiera gritar y no pudiera. Lloraba como un chico.

–¿Quiere? –dijo el chico–. ¿Quiere pulgas marinas? –el chico le hablaba ahora al hombre calvo que fumaba, vestido, junto a la mujer.

El hombre lo miró mientras el viento le agitaba la pelusa rubia sobre la calva; no dijo nada y siguió fumando. El chico hundió entonces los pies en la arena mojada, sin decidirse a irse de allí, dejando que el agua arenosa se le metiera entre los dedos mugrientos y bajara de ellos como de montes diminutos. Después pateó rabiosamente con el talón, le salpicó al hombre la botamanga y, agachándose, metió la mano en la arena y levantó un montón dejando que se escurriera.

–Tome –le dijo a la mujer–. Agarre –le dijo mientras las pulgas de mar arremetían con las cabecitas como pequeños toros blancos tratando de hacer agujeros, de hacer cuevas, de esconderse dentro de la poca arena que al chico le iba quedando en la mano.

La mujer se sorbió desamparadamente los mocos y ni siquiera lo miró. Se calló un segundo y empezó a llorar más fuerte todavía y más callada. Parecía que iba a reventar.

–¿Quiere huevos de pescado? –le dijo el chico por lo bajo–. ¿Eh? ¿Quiere? –dijo mientras se rascaba la sucia cabellera negra que le caía sobre los ojos imperiosos, obstinados y salvajes. Entonces agarró un alga reseca y la mordió sintiendo ese fresco gusto a sal y a viento dentro de la boca, y después la incitó alcanzándole un buen pedazo–. Agarre –la incitó suavemente–. Tome –hasta que descubrió que tampoco eso servía y entonces casi con rabia y casi con pena, dijo–: ¿Los huevos, entonces? ¿Los huevitos? –y buscó dentro de esa lata que tenía, ya también de rodillas frente a ella, buscando en el agua que olía a pescado muerto, hasta que sacó el huevo que cedía a la presión de la mano y era como un mundo transparente lleno de agua turbia donde nadaba, ondulante, apenas visible, grande como una mosca, un

pescadito rosado. Pero nada. La mujer seguía llorando. Y entonces el chico empezó a mostrarle todas sus habilidades.

Se puso a dar vueltas carnero y a revolear los ojos y a caminar con las manos y a rebuznar como el burro de su tía, y como eso tampoco servía para nada, se puso a jugar consigo mismo un campeonato de eructos. A cuál era más fuerte que cuál. Hizo algunos que fueron realmente notables. Puede que se oyeran en muchas leguas a la redonda. Pero la mujer, lloraba

–Es feo –le dijo el chico al hombre que seguía fumando–. Una mujer tan gorda. Una persona tan grande. Es feo –dijo mientras ella removía la arena con esas manos que nadie podría decir jamás que fueran una belleza–. Da risa –dijo el chico–. Una mujer tan gorda –y se burló de ella.

Entonces empezó a sacar todas sus posesiones. Un caballito de mar saltó de la lata como un pequeño dragón que corcoveara en el aire, mientras él seguía sacando camarones, caracoles blancos, estrellas peludas, conchas oscuras y los ojos de los grandes pescados. Todas sus posesiones, todas. Y las fue dejando en fila delante de ella.

Pero nada. La mujer lloraba. También eso era notable. Todo lo que lloraba. El chico, de espaldas al mar, miró entonces la cordillera, enorme, de laderas blancas. El chico odiaba las montañas. Quizá porque todo Chile, erizado de picos, lo empujaba, arrinconándolo, hacia el mar.

–Así es la vida –dijo el hombre calvo haciéndose pantalla con la mano pecosa frente al viento para encender otro cigarrillo–. Qué vamos a hacerle.

Y entonces la mujer pareció tratar de acercarse al hombre, de conmoverlo, de pedirle por favor, de abrazarse a él, aunque no tuvo fuerzas de moverse un milímetro. El hombre siguió fumando, en cuclillas, mirando la arena.

Entonces la mujer gorda empezó a llorar en voz alta, y el chico, que estaba delante y la miraba, y con su sombra la cubría ya, no pudo más y salió corriendo. Los pescadores remendaban sus redes y pintaban de rojo y amarillo sus barcas. Los gatos rondaban por la playa refregándose contra los remos. Detrás suyo, hasta donde llegaba la vista, la espuma rompía contra las rocas a lo largo de toda la costa, menos en esa caleta donde moría en lenguas suaves que iban y venían.

El chico corría y esquivaba las barcas y las redes tendidas al sol. Hasta que llegó a esa fila de casillas de adobe rosado, sobre pilotes, como una larga calle de una mano sola frente al mar. Adentro, en la húmeda oscuridad, en cada casilla, los pescadores, sobre aparejos, o cajones, o sobre papeles de diarios, conversaba esperando que se hiciera la hora de salir al mar para la pesca de la noche.

El chico sacó a la rastra el esqueleto grande y se lo llevó arrastrando, agarrado por el aguijón. Había sido un pez espada, enorme, espléndido, cuyo aguijón era casi más grande que el chico. Esquivó despacio barcas y redes.

–Mire –le dijo–. Mire lo que tengo –le dijo, pero ella lloraba lo mismo.

Era realmente notable todo lo que podía llorar. Entonces, con cierta furia, con cierta rabia minuciosa, como si la insultara, con el aguijón, le empezó a hacer cosquillas. Primero, en la espalda. La mujer gorda se enderezó de golpe, como despertándose. Después, con las manos sucias, en las axilas y la garganta. Y el chico sentía que era inevitable. Que esa obcecación, y esa ciega furia y ese empecinamiento animal en que la mujer no llorara más era inevitable. La mujer gorda saltó como si le hubieran enchufado una corriente eléctrica, sorprendida y asustada.

–Kichi, kichi, kichi –decía el chico, y entonces, primero lenta, y tímida y reacia, y después poco a poco incontenible, una risa entrecortada y cada vez más abundante empezó a salir de la mujer.

Porque la mujer gorda tenía cosquillas. Muchas cosquillas. Y pronto hasta el chico que seguía haciendo cosquillas con la áspera seriedad de los trabajos difíciles quedó impresionado. La mujer se reía, se reía. Al fin ya no se supo si reía o lloraba. Se movía muchísimo. Hasta que el chico paró y la mujer dejó de reír, y con los ojos todavía húmedos, por primera vez vio al chico, que la rodeaba con todas sus posesiones y con el oscuro aguijón, la calavera y el esqueleto del pez espada a sus pies.

Se miraron. El chico dio la más complicada de sus vueltas carnero y se quedó parado sobre las manos, mirándola desde abajo, con la cabeza al revés. Fue como un encuentro. El chico, sin saber qué hacer, fue hasta el río, mientras sentía que la mujer lo miraba.

El río Aconcagua bajaba de la cordillera y desembocaba ahí, en el Pacífico, a tres pasos. Para un río que se llama Aconcagua se podría pensar que fuera ancho hasta dar miedo y no dejar ver la otra orilla, y que fuera tan hondo que los grandes barcos pudieran navegar por él. Pero no. El río era como una calle angosta y se podía ver el fondo. El agua que bajaba de los Andes era fría y limpia, y corría hacia el mar. Pero el mar, de un golpe, chocaba con ella y la empujaba hacia atrás. Ahí el mar estaba sucio y empujaba colas de pescados muertos y miles de patitas de langostinos, miles de patitas rojas. Y la corriente del río las empujaba hacia afuera, y de otro golpe el mar las hacía volver. Y parecía que el agua, en ese brazo de río, fuera y viniera y no se moviera nunca, pero mentira. Se movía. Y las algas asomaban tumultuosas allí, mar afuera, donde las dos corrientes chocaban en remolinos. Y siempre vencía el mar.

La mujer y el chico se miraron ahora casi como compinches. Y los dos vieron cómo, desde la otra orilla, dos chicas de cuatro a cinco años se levantaron las polleritas y cruzaron el Aconcagua para ir a comprar pan. Iban con la bolsa sobre las cabezas, tapándose casi las caras, pisando despacio para no resbalarse y mojarse el vestido. El chico miró a la mujer, que lo miraba, y se rió de las chicas, remedando su manera de pisar, tan femenina, y de pronto se quitó eso parecido a un pantalón rotoso prendido de un solo tirador que llevaba encima, y se quedó en cueros, con los huesos al aire.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó la mujer.

–Nueve –dijo el chico mirando reacio la arena.

Y fue todo lo que se dijeron en la vida. Gritándole algo a la mujer, que se enderezó como para detenerlo, el chico se tiró al agua y se fue agarrado de la borda de las barcas que ya estaban saliendo mar afuera. Nadó mucho. Nadó hasta dejar atrás el río. Y se volvió para mirar cómo ella lo miraba nadar. Cuando llegó debajo de donde volaban las gaviotas ella lo vio zambullirse. Todas estaban allá, muy alto, en bandada, haciendo maniobras extrañas en el cielo. Hacían eses y curvas todas juntas y de pronto como a una orden –dada en algún idioma– todas hicieron allí arriba dos rondas, que se cruzaron y remedaron la redondez del mundo. Y las dos rondas daban vueltas y vueltas, una sobre otra, y de pronto una gaviota desde tan alto distinguía a su

víctima y se desplomaba rapidísima sobre el agua, y de un picotazo mataba y se llevaba su pescado en el pico, masticándolo durante el vuelo, y volvía hacia esa esfera de alas llenas de ese vacío ardiente y azul. Hasta que otra veía su comida y se desplomaba desde donde era sólo un punto blanco, y se le veían crecer las alas en la bajada y tocar el agua, y de un picotazo mataba y tragaba y volvía a subir.

El chico ya estaba muy lejos cuando emergió de nuevo. La mujer desde la orilla, parada, lo seguía con la vista. Agitó la mano. El chico, sin volverse, nadaba ahora hasta una roca que se levantaba en medio del agua. El hombre, que no se había movido, ni siquiera levantando la vista, seguía fumando. Tenía cierta amargura en los labios.

El sol se fue poniendo, el mar empezó a crecer y el chico estaba volviendo. Cuando llegó, chorreaba espuma. Le dio una toalla. El mar, empujando sobre la playa, empezaba a desbordar. La mujer esperaba temblando en el viento frío. Ahora, el río. Y a cubrirlo.

–Vamos –dijo el hombre parándose, por fin, mientras se sacudía los pantalones.

Y el chico, que temblaba ahora de frío como por las noches de miedo, solo, arriba, en el cerro, en la casilla de madera donde vivía sin ver a nadie, porque papá trabajaba en algún fundo que él no sabía nunca dónde quedaba, el chico sí que escuchaba por las noches al viento y al lejano rumor del mar entre los pinos; y que se pasaba el día tratando que le dieran de comer los pescadores o escondiéndose debajo de las mesas de la hostería de la carretera para robar cervezas, o colándose a los ómnibus que hacían la ruta de la costa, o colándose al cine para ver entre pescadores que roncaban siempre las mismas películas de cowboys, hasta que el portero lo sacaba a patada limpia; el chico, pues, se puso despacio su rotoso pantalón mientras la mujer gorda trataba de ayudarle. El agua que subía ya les mojaba los pies. El hombre ya se iba caminando hacia la carretera con las manos en los bolsillos.

La mujer se agachó y juntó sus ropas y todas las posesiones que el chico había tardado todo un día y quizá muchos días más en recoger, y que había desparramado delante suyo, y las metió dentro de la lata. Después agarró al chico de la mano y se fueron por la arena seguidos por el mar que avanzaba detrás, hasta donde alcanzaba la vista. Las

gaviotas de pronto aterrizaron allí, en torno a ellos. Y así, inexplicablemente, alzaron el vuelo como un estallido de alas entre las que los dos caminaban abriéndose paso.

–¡El tiburón! –gritó el chico desprendiéndose con rabia–. ¡Se me va el tiburón! –dijo, y corrió a buscar la gran calavera del aguijón que ya se iba mar afuera.

Después subieron juntos hasta la carretera, entre las casillas de adobe levantadas sobre pilotes. El hombre los miraba ahora de lejos esperando el ómnibus. Las olas ya habían cubierto toda la playa y el brazo de río había desaparecido. Pero debajo se veía la corriente, empujando empecinada, como una calle subterránea, siempre mar afuera. Entonces, mientras la mujer terminaba de vestirse, alguien llamó al chico, alguien dijo algún nombre: "Paco", o algo así. Y el chico cruzó la carretera con todos sus tesoros, corrió cerro arriba y desapareció.

El hombre subió al ómnibus invitándola a seguirlo. Cuando el ómnibus arrancó ella vio cómo el hombre la miraba desde la ventanilla. Después se quedó sola. En la penumbra incierta de esa noche de fines del verano, se peinó, contra el viento, de espaldas al mar. Fue sorprendente lo rápido que oscureció en la noche sin luna. Entonces se acercó a la vidriera iluminada de la hostería, junto al cafetín del Partido Conservador, donde había hombres en la puerta que la miraron mientras hablaban de otra cosa. Enfrente, en el viento, se escuchaba muy fuerte el ya invisible ruido del mar.

–¿A qué hora pasa el micro de Valparaíso? –preguntó.

Frente al mar, la hostería, el cartel luminoso del cine, el cafetín y la estación de servicio donde paraban los ómnibus. Eso era todo. Más allá de la curva seguía la carretera, entre la playa y los cerros, como amenazantes. La hotelera parecía ser un poco sorda.

–¿A qué hora, el de Valparaíso? –preguntó más fuerte la mujer, y esperó respuesta.

Bananas

[Incluido en el libro *Los ojos del tigre*, Editorial Galerna, 1967]

El cacho de bananas era tan enorme que Díaz apenas podía con él. Nubecitas de tierra se alzaban entre los dedos a cada paso que daban sus pies en la tarde caliente, húmeda, de baño turco. Tanteando, arrancó una banana mientras cruzaba esa calle de Formosa, ancha como un río seco, con la vereda allá lejos y con los dientes amarillos arrancó la cáscara y se la tragó, porque eran de esas bananas chiquitas que se acaban de un mordisco. Un perro le olía los talones y Díaz lo pateó de taquito, sin ver, doblado por ese cacho sobre la espalda. Después quiso pararse para desatar esos zapatos que llevaba colgando por los cordones del cinturón, pero si paraba se iba a tirar ahí nomás, y aparte los zapatos eran del doctor y le quedaban chicos.

"¿Por qué no me deja quedarme, doctor?", le había dicho al paraguayo que era escribano aunque había puesto un almacén que atendía en chancletas. "¿Para qué? Si ya pintó la casa. No quiero ofenderlo, pero tardó un mes en pintarla", y él, desesperado: "Y bueno, doctor, es que yo trabajo a conciencia. ¿Y adónde voy a ir ahora?", y le había regalado ese cacho que casi lo tumbó cuando se lo puso y ahora extrañaba esas noches en la piecita del fondo, entre la parra y el aljibe, con el transmisor de radio que el paraguayo prendía ahí, en el depósito, entre los cajones de vino y el catrecito donde Díaz dormía sobre un montón de diarios, y cuando le ponía esas polveras en las orejas ya no lo ensordecían más los infinitos grillos que poblaban el calor, y una voz decía "qué hay de nuevo, aquí habla Pérez en el Cuzco", y él contaba cómo había pintado el baño hasta que el doctor se enojaba, porque decía que el transmisor era para cosas más importantes, pero cuando el doctor se ponía las polveras contaba que el chivito que comió el domingo le había caído pesado, y Díaz rogaba que lo dejara un ratito más y el otro manipulaba agujas y botones y decía "aló Filipinas", y una voz rara, como española, llegando vaya a saber cómo, decía, entre descargas como olas: "Cómo llueve esta mañana aquí en Mindanao", y, al pasarle las polveras al paraguayo, Díaz le preguntaba: "¿Y le habrá pasado el resfrío al licenciado Medina?", y así hablaban

con Acapulco o Barcelona y Díaz se excitaba como un chico, porque era como si estuvieran todos juntos todas las noches en un boliche, y durante el día, mientras le ayudaba al doctor en el reparto, decía muy preocupado: "¿Cómo andará la asmática esa del pueblito boliviano?".

Ahora todo había terminado. "Por favor, don Tobías", le había suplicado al paraguayo, "¿qué voy a hacer? ¡Esto era como mi casa! ¡Si usted es un padre para mí!", y el paraguayo le había dicho: "Justamente, hijo, justamente". Había venido con el transmisor para hacer la revolución contra Stroessner y había terminado poniendo ese almacén y ahora sólo usaba el transmisor para charlar muy bajito, encerrado en ese galpón, mientras los cascarudos enormes se arrojaban como ciegos suicidas por millares contra todos los faroles en el calor nocturno, y él, absorto, se interesaba por la hepatitis del dentista de Arica. "Tome", le dijo entregándole un par de zapatos con las suelas agujereadas y el cuero de las punteras casi hecho jirones. Díaz sintió que el doctor tenía remordimientos: "¿Pero qué me queda? Después de andar por todas partes lo encuentro a usted, ¿y ahora resulta que voy a tener que volverme con mi mujer?". Y le contó de nuevo que tenía ocho hijos pero no hubo caso. "Si Tolentina me agarra me mata, doctor, le juro que me mata"; pero el otro ya le había conseguido el viaje gratis por un mozo de a bordo, y medio enojado le dijo: "¡Si hace un mes que lo estoy manteniendo, Díaz! Y usted ve que no tengo plata". Sí que tenía, y para tirar. Díaz quiso decirle que no fuera tan mezquino, que fuera más cristiano, que lo protegiera, pero era tan tímido. Y ahí se iba y no había nada que lo salvara de Tolentina. Todas las cosas lo llevaban de nuevo a ella. El viaje desde Buenos Aires asfixiado entre las vacas, las changuitas en las cosechas, las palizas de unos vigilantes borrachos en Santa Fe, la nueva escapada sobre el techo de un vagón hasta Formosa, todo había sido inútil. Y cuando más lejos estaba y las cosas empezaban a caminar, ahí volvía con sus bananas que lo volteaban, desesperado, inerme, rencoroso, como un perro avergonzado, hacia el potrero de Ezpeleta, donde el noveno hijo ya estaba afuera. Para colmo. "Yo tiro todo a la mierda", dijo frente a las palmeras del palacio de gobierno, con la escalinata mojada porque recién habían baldeado. Arriba, en la galería, debía estar fresquito. Tirar las bananas, los zapatos, todos sus huesos y quedarse a la sombra y dormir quince

días. Pero arriba, detrás de una columna, descubrió un vigilante que lo espiaba y tembló. No estaba el doctor. Era como si nunca hubiera existido y ese vigilante lo miraba más y tragó saliva y estuvo por ofrecerle una banana por las dudas, pero si le preguntaba adónde iba con tantas bananas, francamente no era como para explicarle, y después de todo ese cacho era lo único que tenía, todo su equipaje. Algo, por lo menos, podría llevarle a Tolentina. "Me fui a Formosa y traje estas bananas", ensayó una explicación. Aunque el viaje era largo. Y se iban a pudrir todas. Capaz que no, ojalá Dios mío que no pase y haya una heladera o qué sé yo para conservarlas un poquito, aunque son tantas, ¿y dónde las iba a meter a todas? Si ocuparían medio barco ellas solas. Como para pasar desapercibido. Suspiró fuerte, mientras caminaba, cada vez más agobiado y se sintió tan pobrecito, tan desgraciado, tan manoseado, que dijo: "¿Será posible, doctor?", como si el paraguayo estuviera ahí. "Nada me sale nunca bien". Las lágrimas se mezclaron al sudor que le corría por los bigotes y bajó la cabeza, como un toro, con el pelo sobre los ojos, bajo y morrudo, de grandes manos morochas, pero como un toro vencido por muchos banderilleros.

–¿Otra vez por aquí? –el bote temblaba indeciso sobre el agua sucia del puerto, y Díaz bajó uno de los escalones. Los hombres del bote, que pescaba radios a transistores en la orilla paraguaya, naylon y cigarrillos, lo miraban. Pan duro y bananas había sido toda su comida durante las semanas que estuvo en Formosa antes de conocer al doctor, y en el bote le habían dado tereré, jarras de mate cocido frío que él tomó para poder sacarse la banana de adentro, que le formaba una pelota dura como fierro, plomo y piedra todo junto.

–¿Adónde rumbea, compañero?

–Pa Buenosaires.

–¿Con todo el bananal?

Díaz oscilaba en el escalón de piedra. El cacho pesaba ahora más que un caballo muerto y se enderezó, porque ahí nomás se caía sentado. Los miró, agachado, con el mentón contra el pecho, torvo y pacífico, chupándose el sudor que goteaba de los bigotes con el grueso labio inferior. Que trataran nomás de tocarle una banana. Que se animaran.

–Habrá que verlo –dijo uno en el bote.

Los pescadores ya no se reían. Lo miraban en ese caliente puerto

de río, con otras lanchas amarillas y coloradas como esa, hamacándose entre las cáscaras de naranjas y los papeles y los restos de comida flotando en el agua, y lo vieron cruzar la dársena, entre las moscas, en el viento que levantaba el anochecer, entre las canastas de los vendedores cargoseando a los últimos pasajeros que entraban al barco blanco, con la popa un poco oxidada, un vapor con ruedas a los lados, con tres chimeneas flacas que echaban cortas nubes negras en el húmedo calor inmóvil. Era el único vapor de la semana y ocupaba casi todo el puerto.

–¿El señor Toto Aguirre? –Díaz miró ladeado al gordo de la calva con gotas de sudor, aceitosa de grasa. Estaba al pie de la escalerilla con pasajes rotos en la mano.

–¿De parte? –el gordo terminó de rascarse la cabeza y sacó de la chaqueta blanca un Lucky. Esas manos lechosas, rollizas, lampiñas, lo prendieron con un encendedor a gas. El gordo apenas lo miraba. Díaz tenía que entrar a ese barco, a toda costa. Era estar a salvo por unos días, sin escaparse de los vigilantes, sin pensar qué hacer, dónde dormir, qué comer, sin vagar al pedo.

Una casa que bajaba por el río. Ahora el gordo lo miraba, se tomaba su tiempo, sin hablar. Hubiera sido más decente ponerse los zapatos.

–De parte del doctor –dijo Díaz.

¿Y si había que rogar, que rebajarse un poquito? "Por favor señor Toto Aguirre", diría, pero era inútil, era corto para las palabras, no le salía nada.

–¿Sos amigo del doctor? –dijo el gordo.

–No –dijo, y había que decir sí. Siempre sí.

Y ahora no lo dejaba pasar seguro, pero el gordo dijo: "Pasá", y Díaz ya estaba subiendo cuando el gordo, enojado, y Díaz no entendía por qué, lo agarró del brazo, sacudiéndolo, tironeándolo hacia afuera.

–Pero, ¿qué hacés?

Díaz lo miró perplejo.

–¿Y esas frutas? –gritó el gordo.

Díaz se apoyó contra la baranda de la escalerilla, arrinconado, la cabeza baja, sin hablar, dispuesto a resistir.

–¿Qué fruta? –dijo Díaz.

–Con valijas las que quieras. ¡Pero con fruta no!

–Es mi valija, señor Toto.

El gordo se enfureció.

–¿Encima de viajar de arriba te querés pasar de piola? –y alzó los brazos, dramático, atropellador–. ¡La ordenanza municipal! –gritó, rojo de furia–. ¡La diez mil cuarenta barra cuarenta y tres! ¿No sabés que hay una ordenanza, negro boludo? ¡Con fruta no! –pero él no sabía y entonces el gordo con toda su fuerza, como si fuera lo último que haría en su vida, le dio un terrible empellón al cacho y forcejearon los dos hasta que las bananas cayeron al agua y Díaz cayó sentado sobre los escalones, atontado.

–¿Y ahora? –dijo. Era una catástrofe. Tenía los ojos llenos de lágrimas–. ¿Qué le digo a Tolentina ahora?

–Rajá pa la tercera –el gordo hizo sonar sus dedos gordos apurándolo y le dio la espalda porque había como cuatro pasajeros que esperaban y alguno gritó algo, impaciente.

–Pero me las dio el doctor –decía Díaz muy suave mientras corría por una escalerita hacia abajo, porque la tercera tenía que quedar abajo.

–¿Cómo me voy a hacer el vivo? –le dijo a nadie y las palas de la rueda salpicaban espuma–. ¿Cómo se le pasa por la cabeza, señor Toto Aguirre? –le dijo al agua y nunca supo cuándo descubrió que navegaban. Fue a la popa y el puerto se iba yendo. El corazón le saltó. Flotaba.

–Lástima de bananas –dijo el viejo Floridor y quizá esas palabras tuvieron la culpa de todo.

Entre las cabezas de los otros, Díaz vio el cacho, como un tigre amarillo y negro en la incierta luz lila, ahogándose entre las lanchas del muelle que ahora se había quedado vacío.

–Lástima –dijo el viejo y metió sus pulgares, que eran flaquísimos palos con piel, en sus tiradores.

–Era mío –dijo Díaz con cierto orgullo melancólico.

–Eran muchísimas –calculó Floridor y estiró sus tiradores mientras movía la cabeza flaca, cadavérica, pura piel oscura y arrugas.

–En cada puerto dejamos algo –dijo Díaz, que nunca había navegado.

Entonces Floridor sacó sin darse cuenta del bolsillo de atrás una manzana envuelta con todo cuidado en un pañuelo roñosísimo. Con una navaja enorme empezó a pelarla. Díaz lo miró. –¿Y es fruta? –acusó.

Floridor le dijo al oído:

–De a una se pueden pasar. Hay que saber cómo. Dentro de los pantalones, acá en los bolsillos, bien escondidas en las valijas... –con todo cuidado cortó la manzana en cuatro partes. Entonces Díaz vio a los dos chicos, trepados, con las barbillas sobre la borda, en la claridad de los primeros instantes de la noche. Uno, con la cara mugrienta a más no poder y el otro, el mayor, de unos cinco años, con la nariz florecida de mocos verdes y gordos, caracoles sin casa, era como si no tuvieran nada que ver con el viejo pero estaban con él.

–Sírvase compadre –y esa noche el doctor iba a comer chinchulines. Díaz tragó con amargura, con hambre, con resentimiento. Floridor sentó a un chico en cada rodilla y con ese pañuelo arrugado, rosa y sucio, que no podía ser suyo, les sonó con dulce torpeza las narices y consiguió que los mocos ahora se desparramaran por toda la cara, mientras el barco bajaba por el Paraná, cerca de la selva, sus tres pisos, lleno de luces, y Formosa era un espejismo esfumado detrás del recodo y esta furia virgen, invicta, era lo único cierto. El Paraná era el agua que todas las tardes del mundo bajaba hacia el sur.

Floridor dijo: –¿Gusta? –se echaba aire con su sombrero marrón, de alas un poco manchadas y sentado sobre su gran valija atada con corbatas viejas vigilaba todos los bolsos desparramados alrededor, rey entre paquetes y paquetitos.

–Sí –dijo Díaz, y agarró un cigarrillo negro de la cigarrera de latón, a rayas blancas y negras, con una bailarina haciendo una reverencia, evidentemente pegoteada por el propio Floridor tras recortarla, muy mal, de alguna revista y con las piernas deformadas por los grumos de la goma. Una cigarrera de mujer que Floridor usaba como si le perteneciera. Cuántas cosas que tiene, pensó y dijo–: No tendrá otra fruta –urgió, y el viejo abrió ese bolsón de hule y entre camisetas sucias de chico y calzoncillos rescató una mandarina.

–No se atore de fruta. Ya vamos a cenar, caballero –dijo Floridor.

Díaz miró la lejísima costa paraguaya, baja, apenas una línea al fondo del río.

–No voy a ir al comedor esta noche –dijo chupando los gajos y se tragó hasta las semillas.

Floridor dijo: –Faltaba más, usted es mi invitado, caballero –y Díaz

lo miró con recelo. Cuando lo vio alzar al nene, que pedía pis, por encima de la borda y le desabrochó el pantaloncito y lo sostuvo como si lo mostrara a todos los pescados del río, esa torpeza, ese olor a desgracia que flotaba sobre ese viejo y sus cosas a quienes hacía mucho no tocaban manos de mujer, una mezcla de horror y desprecio sacudió confusamente a Díaz. Había tipos peores que él. Y encima con ese tupé de invitarlo a comer.

–¿Me da otro cigarrillo? –se atrevió Díaz.

Floridor sacó la cigarrera.

–Téngala, total yo fumo poco –y ante el asombro rencoroso de Díaz puso un raído mantel de encaje con los volados rotos sobre la valija grande y Díaz sintió que quería atropellarlo con tanta ostentación y además se veía que ese mantel y esos bultos, como esos chicos, no podían ser suyos y él era demasiado viejo para ser el padre y capaz sería el tutor o el tío y la mujer, demasiado joven, se había escapado de casa con lo puesto dejándolo con los niños, o vaya uno a saber cuál sería la historia de ese viejo, solo, separado de todos sus paisanos que bajaban el Paraná con sus aparadores y colchones hacia alguna de las villas miseria que aún no conocían pero que los esperaba, y entre todos, solitario, con su olor a catástrofe que lo segregaba como a un sarnoso bajaba Floridor, que ahora con su enorme torpeza, como un gallo sin otro remedio que hacer con esencial impotencia de gallina, corría por la cubierta tras los chicos–. Perdone un minuto, caballero. Es la hora de la papa –y destapó un termo volcando ese mazacote de puré frío en un sucio plato de latón y les ató con mucho cuidado, como si todavía no supiera cómo tratarlos, unas mugrientas servilletas sobre las camisitas costrosas de otros purés, y con la gran cuchara abollada empujaba dentro de las bocas.

–Venga Juan Carlitos –pero el nene corría y lo esquivaba, contentísimo, a carcajadas.

–En seguida lo atiendo –dijo Floridor y agregó–: Con su permiso –pero ya en carrera.

–Mirá Tole lo que traje –voy a decirle porque capaz que el viejo se olvida y me deja la cigarrera o sino se la pido, mire, por favor, si no me mata mi mujer, pero capaz que llego y me mira ella con esos ojos amargos que tiene y a mí se me va a hacer un nudo acá y me van a

temblar las piernas y Tolentina me va a cagar a gritos como siempre, como hace nueve años, cuando por culpa de ella me fui de mi casa, de los chivitos, del arenal, ¿y para qué cargamos esa siesta en el carro la cama, las gallinas y la pajarera y nos fuimos a la cosecha? ¿Para qué escapamos a escondidas de mamá? Y ella siempre me decía, mijo escuche, esta mujer va a ser su perdición, y en el arenal éramos quince hijos todos casados y nos moríamos de hambre y primero agarramos una cosecha y todo anduvo y después otra más pero al final nos quedamos con una mano atrás y otra adelante y nos recorrimos media república y Tole ya estaba llena del tercero cuando llegamos a Ezpeleta y yo creí que por fin iban a dejarme criar gallinas, tomar mate, porque a mí me gusta la vida tranquila, matear, tocar la guitarra aunque no tengo oído y pensar en las nubes que pasan pero en Ezpeleta los paisanos llegan y se ponen todos nerviosos, unos locos que salen a las cuatro de la mañana, caminan como dos leguas, toman un colectivo hasta esa estación y después todos dormidos, en tren, o en otro colectivo llegan como a las dos horas no a Buenos Aires que queda cerquita sino a la otra punta de los suburbios, a una fábrica y a mí me asusta todo eso, y ¿qué pedí yo de malo?, pintar las casas, arreglar las goteras. Qué le va a hacer. Eso me gusta. Y por eso siempre fui muy golpeado. Tole siempre me trató a los gritos y yo nunca le mandé que se levantara a las cuatro como los otros y tomara dos colectivos para llegar a esa casa de Floresta donde seguro estará empleada si no la echaron después de la desgracia. ¿Y acaso tenía que ponerse así porque yo ni sirvo para limpiarle la caca a los nenes? Si no los quería cuestión que yo acabe afuera y listo el pollo. Pero cada año uno nuevo y los nenes lloraban y yo tomaba mate, ¿qué voy a hacerle si es mi carácter? Soy medio tímido pero no tomo ni juego ni ando con otras y eso no lo ve nadie. Y el lío que hizo con la llama esa que apareció un sábado a la tarde cuando vino un camión grande y largó un montón de fotógrafos con llamas, unos gitanos debían ser y uno se apareció entre los yuyos, por la huella, entre las casas de ladrillo y traía una cámara de madera con trípode al hombro, y yo le encontré a Tolentina dónde guardaba la plata y el gitano tenía un peine con una latita con agua y peiné a los changuitos y él puso la cabeza debajo de un trapo negro y nos sacó una foto linda, borrosa, no se veía nada pero grande. Y

después se fue y qué contentos quedamos todos y cómo jugamos a ver quién descubría al otro. Y parece que el gitano se entusiasmó y esa noche se fue al baile del club La Idea, en un galpón de chapas donde una vez vino hasta Palito y cantó una cosa y se fue en un montón de autos y como todos los sábados no faltó la puñalada y esa vez le tocó al gitano que le abrieron la panza no sé cómo porque nunca sé cómo pasan esas cosas. Eso me pasa. Si me hubieran dejado en la casa grande, cuidando chivos, en vez de arrancarme como a una muela del arenal no andaría como bola sin manija, y de madrugada yo salía a echarme una meada cuando la vi a la llama, solita, pastando detrás de la casilla y entonces la escondí adentro y vinieron los del camión pero no la encontraron y la cuidé mucho con los chicos hasta que un día apareció envenenada y para mí que fue la Tolentina. Como esa otra vez que quise ayudarla y un primero de mes ella trajo la plata y fue al almacén a comprar mortadela porque festejaba así y yo le saqué todo el sueldo y fui al muchacho ese que vende cesas y andaba loco por tenerlo así que me compré el sillón blanco ese, no sé si de peluquero o dentista, que giraba para todos lados y me hice escribir en la puerta un cartelito "pelusero" y me salvé justo por esos días apareció el suboficial Fogonazo que le decían así porque enchufe que arreglaba explotaba y era de la marina y le dijo a Tolentina que le dejo la casa señora para que la cuide porque es de material, yo tengo la otra y nada más que le pongan el techo quiero y si le cavan el pozo ciego le agradezco y si le hacen un galponcito al fondo mejor y yo escuchaba con los chicos todos mudos, adentro de la casilla y oí cómo Tolentina afuera hablaba con él y decía gracias y por lo menos cinco años van a vivir ahí y entonces pasó esa desgracia, esa noche que serían las tres o las cuatro y todo me pasa porque no sos hombre me gritaba Tolentina y yo bajaba la cabeza y lloraba porque no había pasado ni un año y yo le había puesto el techo a la casa y todo y de repente esa noche se apareció Fogonazo y ¿qué querían de nosotros? Y él dijo van a tener que irse y ahora mismo y Tole pidió que por favor nos dejaran buscar otra cosa unos días y pasaron como dos semanas y no encontrábamos nada y otra madrugada, serían las tres también, Fogonazo se apareció pero esta vez de uniforme y con tres marineras con casco y con las bayonetas nos empujaron afuera de la casa y nos obligaron a sacar

todo y Fogonazo decía qué va a hacerle señora, perdone, pero ahí mismo le hizo cambiar la cerradura a los soldados y era una noche de verano y Tolentina se metió en el potrero justo enfrente de la casa con la cama y el espejo y la palangana y estaba llena del noveno ya pero igual pateaba a los soldados que sacaban todas las cosas y ni hacía un año que nos habíamos instalado y Fogonazo decía que a mi me echan de la otra casa señora y yo, ahí, como un pobre boludo aguantando todo eso y los camiones que cuando la huella estaba seca cortaban camino por ahí barrían a mi familia con los faros, amontonada sobre la cama y ese soldado sentado en el sillón de peluquero, en medio del potrero, con el fusil sobre las piernas, bajo la luna, fue lo último que vi de mi familia porque en medio del bochinche no pude más y escapé corriendo por el campo, golpeado por esas maldades y puteando mi cortedad de carácter y llorando de impotencia y fue como un viento el que me llevó, a la deriva, a este desorden, a ser un huérfano hasta que encontré al doctor en Formosa y si mi familia ya ni se acordaba de mí, allá, con el transmisor, yo estaba en familia. ¿Y para qué me echó el doctor si le hacía el reparto y hablaba por la radio y escuchaba por las polveras esas voces extrañas y estaba tan bien? Y ahora de pronto otro viento me lleva de vuelta hacia el potrero donde seguro todavía estará la Tole con los chicos que los vecinos le cuidarán durante el día y hasta con otro hombre de noche y este viejo ahora, invitándome a cocer como si fuera más que uno, como si hasta él se creyera capaz de llevarme por delante.

–¿Por qué no come? –dijo Floridor.

–Gracias –dijo Díaz como un toro tímido. Hosco.

–Tome, tome –y le puso un gran pedazo de pollo frío que seguro traía de Asunción y Díaz se negó pero al final le sacó el papel grasiento y empezó a comer.

–¿Sal? –dijo Floridor.

–No, gracias –limosna no, iba a decir. Pero masticó.

–¿Va a Buenos Aires mismo?

–Sí –dijo Díaz sin mirarlo.

–¿De qué barrio es usted?

Los chicos se dormían sobre las valijas. Una vieja cabeceaba con un cigarro entre los dientes, apoyada contra el enorme timón de la popa.

Díaz nunca había entrado a la ciudad sino de paso.

–Chacarita –dijo por decir, sin saber exactamente qué era eso.

–Shacarita Yunior –arrastró Floridor las palabras a lo porteño, sonriendo suavemente. Díaz pensó que el viejo se daba cuenta. Desde las bananas se daba cuenta que podía burlarse de él.

–¿Lo conoce a Florén Delbene?

Díaz iba a preguntar quién era.

–Claro –dijo cauteloso–. Vecino mío.

Y entonces Floridor empezó a hablar de una Buenos Aíres de Argentina Sono Films, de películas viejas y cortadas, vistas en oscuras matinés hacía muchos años y decía: "Minas y champán, ¡qué vida se pasan ustedes!", o "La caye lavaye". O cosas que Díaz ni oía en esa reconstrucción de una ciudad que ni siquiera existía. Pero dijo: "Allá se come, ¿sabe?", porque no iba a creer ese que todos eran como él.

Y ya era muy tarde y seguían comiendo porque Díaz tenía un hambre insaciable y Floridor lo agasajaba.

–¿Saldré adelante? –dijo de pronto y se bajó las puntas del cuello, arrugadas, sin ballenitas, que volvieron a pararse, como resortes.

–¿Qué le parece? –dijo y se ajustó flojamente la corbata a rayas, ancha y brillosa. Pero Díaz apenas balbuceó: –Seguro. Y Floridor ni lo oyó. Entonces le confesó: –Porque no soy un chico ya para empezar de nuevo –y esperaba que Díaz dijera claro, imagínese, ni lo dude, o algo así, pero Díaz no dijo nada y entonces Floridor abrió un bolso buscando un pañuelo y Díaz atrapó al pasar un destello dorado que lo sacudió y que no sabía qué era y Floridor vio el tablero y sintió que ese brillo en los ojos del otro era bueno.

–¿Le gusta? –dijo Floridor sacando del bolso el tablero de cuadrados amarillos y rojos y fue un instante apenas que Díaz vio el destello ese y ahora el bolso se cerró y Floridor lo mezcló con los otros y ahora Díaz no sabía en cuál bolso estaría eso.

–¿Jugamos? –dijo Floridor.

–¿A qué? –dijo Díaz.

–A la dama –y ubicó las piezas de ajedrez ante la tensa expectativa del otro. Puso caballos blancos contra torres negras bajo el violento resplandor de la luna

–No.

–No sé jugar –dijo Díaz y se enfureció por dentro. ¿Qué quería ahora, ganarle a un juego que ni conocía?

–Yo le enseño –Floridor lo miró.

Díaz dijo tímidamente: –No, gracias –y se alejó de la borda–. Me voy a tomar aire –dijo; pero el viejo pidió: –Espere –y buscando debajo de unas camisas sucias sacó una manzana.

–Todavía no comió postre.

Díaz le dijo: – Permítame –le agarró la navaja y empezó a pelarla con cuidado.

–Mire –dijo Floridor; y de otro bolso sacó un prendedor de lata plateada–. Los hago yo, soy relojero –dijo Floridor–. ¿Le parece que podré venderlos allá?

Díaz se dijo que no, que eso no era el brillo dorado y quiso pedirle que le regalara eso que ni había visto, para llevárselo a Tolentina pero seguro que no se lo daría y además no se animó. Era corto de carácter.

–Claro –dijo Díaz.

Floridor lo palmeó, eufórico, loco de sueños, y se veía largado por calles interminables, con sus relojes y sus chafalonías y sus chicos y su torpeza.

–¿Le enseño? –gritó de pronto. Y esos dedos de esqueleto ahora al galope por las diagonales de rombos rojos tacatán tacatán–. Las piezas corren así –y Díaz descubría la maravilla de esos dos caballos blancos, sólo pescuezo y boca abierta y la cúpula de la reina y la corona del rey y las almenas de las torres, todo un ejército para él solo.

–Así se come –y Floridor juntó los dedos en montón y una mano saltaba sobre otra por las diagonales mientras el barco bajaba tan sólo como la primera carabela que cuatrocientos años antes había remontado ese río. No vería en muchas horas ni una lancha ni una chata ni una luz en la alta costa chaqueña y nada en la cósmica soledad rajuñada por las palas de las ruedas reparaba en esos dos hombres enfrentados ante un tablero de ajedrez bajo la deslumbrante luz de la luna sobre esa popa barrida por el viento que soplaba ahora desde la otra invisible orilla. Que ya no era Paraguay. Era Corrientes.

–¿Y qué gano? –dijo Díaz loco por ese destello dorado que no era oro ni plata y no sabía qué era.

–Nada –dijo Floridor, perplejo.

–Entonces no juego –Díaz se levantó, empezó a irse.

Floridor lo agarró de la camisa. –Por favor –dijo pálido–. ¿Qué tengo yo, eh? –y lo tironeó, con furia–. ¿La peste tengo? –y los ojos se enrojecieron–, ¿Por qué no va a jugar conmigo? –le gritó con amargura.

–No me grite –dijo Díaz que nunca le había agarrado la solapa así a nadie.

–Saque la mano –dijo Floridor y sintió que el otro podía destrozarlo pero le dijo–. Sáqueme la mano de encima –y Díaz lo miró como si fuera un montón de mierda, sonrió y lo soltó.

–Espere –dijo Floridor y no quería rogar con la voz sino mantenerse duro, salvajemente digno y al final dijo: –Yo pago. Si usted gana se lleva lo que quiere –y señaló vagamente sus bultos–. Lo que quiera...

–Mueva –lo desafió Díaz, agachado, tenso. Nunca había peleado pero esa noche sí, frente al tablero, un duelo criollo contra ese viejo con peones y caballos, en la cubierta, en medio del río. Floridor se quedó un rato fumando, hasta que sus jadeos de furia se aquietaron. Entonces sonrió, palmeándolo en el brazo.

–Bueno –dijo– perdón señor... –y de pronto– ni sé su nombre –y estirando la mano se presentó.

–Díaz –dijo Díaz sin levantar la cabeza del tablero

–Estuvimos un poco excitados –dijo Floridor y le sonrió–. Pero ya pasó –y abrió el juego.

El viejo iba a aplastarlo. Sus peones negros corrían hacia los suyos para matar. Díaz transpiraba.

–Voy a comer –informó Floridor–. Así aprende –dijo como pidiendo disculpas y le sacó los dos alfiles blancos.

Díaz resoplaba como locomotora que sube una cuesta. El viejo tejía su astuta telaraña y hasta lo compadecía, pero ahora pegó a fondo. –¡Como yo! –dijo y se saltó de diagonal para cualquier parte y comió tres peones, un alfil, dos caballos.

–No –dijo el viejo–. Así no se juega –y restituyó las fichas. Díaz lo miró. –¿Me está cargando? –gritó, pero el viejo tenía razón y lo envolvía; secándose el sudor que le chorreaba sobre los ojos miró al tablero pero no podía hacer nada contra esos caballos negros que corrían bajo la luna, azuzando, mordiendo, huyendo, diezmando sus tropas y él tan impotente y Floridor dijo: –Dama. –Y Díaz vio con terror a la enorme

reina negra que aplastaría todo a su paso y ese aire tierno del viejo tejiendo su maligna sabiduría para vencerlo, siempre con la razón de su lado y entonces dijo: –No juego más.

Floridor lo miró, derrotado: –¡Pero si me gana!

Díaz negó con la cabeza baja: –No juego más.

–Vea, chamigo –dijo Floridor–. Con su permiso. –Y movió uno de los pocos peones blancos que sobrevivían a la catástrofe de Díaz–. ¿Ve cómo puede comer ahí? –Y el viejo empezó a jugar por los dos.

Díaz dijo: –Claro. Ahora voy a gana, porque usted quiere –y con el brazo barrió el tablero.

–Pero no –dijo asustado Floridor–. Espere, caballero –y reconstruyó exactamente el tablero, con varias piezas blancas de más.

–Vea caballero, mueva allí –y Díaz pensaba y resoplaba y comió una, dos, tres fichas y el viejo: –Y mueva allí. –Y Díaz, jadeante gritó: –¡Dama! –Y los flaquísimos dedos largos del viejo colocaron al rey blanco y Díaz dijo con rabia: –¡Como! –Y devastaba el tablero y la cabeza le estaba por estallar y de pronto el tablero creció y fue más grande que el barco y los caballos corrían por las cuadriculadas azoteas rojas y amarillas de la noche, bajo el furor de la luna y siguió atacando y soñaba con el destello dorado pero era como pelear contra sombras porque el viejo se dejaba vencer pero después habría otro partido y otro más y ese viejo de porquería ganaría siempre y porque siempre había sido así para Díaz y Floridor dijo: –¿Se olvida de esta? –Pero Díaz comió y después miró insaciable el tablero vacío de tropas enemigas y sólo su rey y dos peones habían sobrevivido a la masacre pero quería más, mucho más y la navaja brilló y Díaz la hundió en el estómago del viejo, una, dos, tres veces y Floridor cayó y fue un sollozo y nada más y otra vez el silencio de la madrugada, entre los ronquidos de los niños y de todos los demás acurrucados sobre sus valijas y entonces Díaz se lanzó sobre los bolsos y abrió uno y aquí no estaba y abrió otro y aquí tampoco y la cubierta empezó a llenarse de ropa sucia, montones de ropa sucia y ni relojes ni prendedores, ni cucharas ni nada mientras seguía abriendo el laberinto de bolsones buscando ese destello dorado, inapresable, agachado, como loco, y entonces Díaz se irguió bajo la indiferencia inmemorial de las estrellas, en ese vapor de ruedas que bajaba hacia el sur, en la bruma que subía del agua, quiso aullar pero se ahogó y sólo dijo: –Dios mío.

Cochecito

[Incluido en el libro *Los ojos del tigre*, Editorial Galerna, 1967]

Y corríamos por la rambla vacía con el frío tan azul que nos salaba los labios y nos cortaba las mejillas porque increíblemente era mayo y dijiste bajate el cuello del sobretodo y Mar del Plata estaba sin gente mientras había un caballo blanco en la playa junto a un carro y nos agitábamos con nuestra valija de cartón hoteles vacíos y negocios con persianas bajas que esperaban la temporada, como esas carpas recogidas de la Bristol entre cuatro palos y puchos y forros enterrados en la arena esperando que este sol que cegaba sin calentar volviera a ser enero para que los bronceadores y las señoras con los nenes de los baldecitos y los maridos de pareja equívoca y la piel que no cubrían las bikinis volvieran a desafiar ilusas juventudes y sacudimientos deliciosos y todos los delirios de los eneros al sol que yo nunca conocí porque esa era mi primera vacación y luna de miel y todo junto amor en ese invierno correteando con el sobretodo puesto por playa grande y vos tenías los puños hundidos en el tapado de piel que era un resto de la opulencia conyugal que conmigo nunca tendrías y golpeabas con los tacos en la arena para darte calor y agarraste las flores artificiales que anoche te había regalado en la pizzería de Constitución cuando llorabas sobre el dulce y queso y en un kiosco encontré esa porquería de rosas que llevaste toda la noche en el ómnibus hasta que con el estómago revuelto vimos la claridad rosagris del amanecer un anticipo fugaz del mar al entrar en la ciudad y sentí que tenía que dejar las fatalidades afuera y suspendidas como cuchillos que podían caernos cuando el ómnibus que todavía no conocía iba a llevarnos de vuelta esos días como un intervalo entre dos películas de drácula se acabaran y tus hijas y el pobre odontólogo con inquietudes de tu marido estuvieran al final de la ruta dos en el barrio de Pompeya y yo tendría que pelear por vos como un tigre, pero esa mañana en la playa cómo reías amor cuando agarraste las rosas y las tiraste y durante un momento todo el mar se llenó de rosas de papel o celuloide ya ni sé y me gritaste porque el viento solo dejaba hablar a los gritos y un perro nos corrió y te agarré la mano y con los zapatos llenos de arena te arrastré y qué raro

verano con frío y chicos de guardapolvo volviendo de la escuela pero con ese aire tan azul salpicándolos de espuma y esa absurda alegría y te colgaste de mi brazo y si alguien en la ciudad sin nadie nos hubiera visto queríamos que sólo nos viera como una pareja que tomaba pálido sol caminando por la avenida Colón sin apuro pero con esa valija lamentable, sospechosa, equívoca y al abrir el ascensor en ese octavo piso apareció el portero como si el departamento no me lo hubiera prestado el flaco Ayerza y no lo abriera con la llave justa y no le hubiera dado la cartita de presentación escrita por el dueño ese amigo del flaco que creía que en realidad el flaco era el que iba a usar la casa pero aparte al portero qué cazzo le importa para mirarnos con esa cosa sucia, cómplice, sonriente con que dijo oiga maestro son quinientos pesos por la luz el gas y todo eso y mejor aboná ahora porque muchos bombean se van y después a quién le cobro yo, pero cerré la puerta y el tipo tocó el timbre así, largo, atropellados con todo y abrí y dijo ¿y? y pelé lo mío y se puso pálido porque permítame, usted no me interpreta joven y yo sentí una congoja acá porque hoy este y mañana cualquier otro llevándome por delante porque ando mal vestido y soy medio morocho y a quién le hablas así negro roñoso le dije empujándolo con la 38 lo llevé al baño y cómo temblaba y vos como si nada recorriendo nuestros efímeros dominios de living y dormitorio y le dije abrí la canilla y después lavate a ver si se te aclara el color y aparte de vez en cuando una lavadita no hace mal y él se dio la gran rasqueteada de su vida y le dije las orejitas también y después le tiré mil mangos al suelo tomá para que te comprés caramelos y la próxima con manguera, te baño vestido y tuve que hacer todo eso para que me dijera sí señor porque me gustaría tener clase para decir las cosas pero así nomás le dije y no jodió más y a las diez de esa primera mañana empezó la noche de bodas y a las siete de la noche nos dimos cuenta la hora por el informativo del nueve mientras en la oscuridad fumábamos el primer cigarrillo después de volver al mundo y yo lavé los dos platos pegajosos por la última milanesa del verano y nos sentimos más en casa en ese departamento de contrabando que nunca tendríamos y quién diría, esa tarde yo estiré la mano a ver qué pasa en ese piojoso cine de Lavalle y primero la excitante caricia exploratoria y tu mano sacando la mía de tu interminable muslo tenso y en la oscuridad palpé tu anillo y dije esta

mina busca camorra y nos quedamos con las manos juntas y dije vamos y sentí la envidia de todos los hombres solos de piloto que nos comían más a nosotros saliendo con los ojos que a cornel wilde saltando a un abordaje y se cortó la película justo cuando nos levantábamos y dijiste qué vergüenza mientras yo empezaba a ahogarme con ese olor tuyo a catástrofe y era la primera vez que hacías eso y mirá que justo caer conmigo y así empezó todo, y cuando supe que en realidad me habías visto al entrar y me elegiste; eso me jodió pero vos siempre fuiste así, con tus cuarenta años melancólicos y desesperados eligiendo por primera vez y esas uñas largas se me hincaban en el brazo como una señal pero yo no sabía bien de qué y venir a largarte justo conmigo mirá qué suerte para lo que te sirvió amor que me llegabas al hombro y que golpeada te agarraste a mí y pusiste la cabeza para el degüello porque mirá que yo te rematé y lo primero en el café fue mostrarme las fotos de las nenas y claro mirá que terminar tomando cortados como un idiota en una cervecería de la Nueve de Julio y dijiste hoy llego tarde y no voy a dar ninguna explicación y quien me viera haciendo el noviecito a mí que me gusta ir a los papeles hasta que te llevé al Tres Sargentos y otra vez me dio bronca porque la plata que apenas sacaba en el timbre invertirla en una como vos pero lo peor es que nunca habías metido los cuernos y eras medio virgen con hijas y todo y cuando me avivé era tarde y estaba hasta el cuello con vos porque mirá que yo soy de echar la escupidita y rajar y a más de una le tuve que cuidar la uña para que no me pinchara el forro porque ustedes son capaz de cualquier cosa para engrillarlo a uno pero tan luego a mí que cuando se ponen pesadas me hago humo pero el colmo fue la tarde que me enjabonaba en la pensión y con media cara afeitada entró al que no conocía pero supe tu marido y cuando dijo que si un profesional del arte de curar perdía tiempo con un tipo como yo algo muy grave estaba pasando y mirá lo turro que me sentí yo que nunca me dejo prepear salí por la ventana como una gallina hacia el pozo negro y salté del primer piso con la brocha en la mano y en camiseta y una mejilla llena de jabón y otra lisita escapé con él atrás que gritaba te voy a matar y así como una cuadra o dos por Congreso y me salvó el tráfico de las seis de la tarde en Callao y Sarmiento pero otra vez entró por la ventana y ahora rajé por la puerta porque nunca tuve cara para hacerle frente al pobre con

la calva llena de gotas de sudor y un revólver que seguro ni sabe usar pero con el que dos días estuvo rondando la pensión y tan luego yo no iba a pedir protección al vigilante te imaginás pero aparte hubiera podido hacerle frente porque te robaba pero me mudé y no sé cómo me encontró de nuevo y otra vez me escapé y al segundo día el portero me saludó cuando bajé a comprar aceite y jamón y papel higiénico y pan y vino y huevos como si nos quedáramos para toda la vida en Mar del Plata y me hiciste la comida por primera vez y con las pantuflas del dueño del departamento puestas leíamos historietas amontonadas sobre el piso hamacándonos como señores en los sillones ajenos de mimbre, del comedor y a la tarde bien abrigados salimos a pasear por la avenida Colón entre rascacielos viejos y desde que me fui de la casa de mi vieja en Azul nunca sentí una cosa tan dulce como en ese departamento de contrabando y cómo convencerte que lo que hice después fue para que esas noches calentitos escuchando la radio y afuera a tres cuadras el mar y tres grados bajo cero y nosotros ahí protegidos durara y durara y ese sábado en el único salón abierto me jugué unos boletitos y por los altoparlantes seguimos la triple de San Isidro pero perdimos, carajo y ese domingo hizo un calor raro hasta la nochecita pero temblábamos de frío en la casilla de madera entre los médanos en el Alfar y todavía tomamos sol cuando te abrí esa reposera desfondada que los bañeros habían dejado abandonada desde el último día del verano y me dijiste “tenés que elegir” y yo tenía que pensarlo así que bajé los escalones de madera y te dejé en la galería, sola, en la playa enorme, con arena lloviendo de las dunas sobre el techo de cinc de la casilla sobre palotes donde fumabas con tus ojos apagados pero obstinadamente duros y graves y caminé por la playa anchísima hasta que te vi, lejos, y en eso anocheció y yo metido hasta la media pierna en la arena, caminando y en eso encontré, perdido, un puesto de cocacola cerrado y me puse detrás del mostrador y ese viento barría conmigo y yo esperé con la cabeza en blanco como si alguien fuera a venir a comprar panchitos y explicarme qué debía hacer y fumaba y era noche sin luna y al mar no lo veía pero lo escuché más cerca al volver después de vagabundear y te encontré como te había dejado y la marea se sentía muy alta, muy cerca de donde estabas, con el corcho salvavidas colgado detrás que vi al prender el encendedor y no me preguntaste qué había resuelto así

que entré en la casilla y vi el catre y a esa hora ya no había ómnibus ni nada para volver a la ciudad que estaba como a diez balnearios de distancia abandonados como este y arrastré los pies mientras la arena soplaba por las rendijas de los tablones y me llenaba las medias y alrededor tuyo vi como veinticinco colillas sucias de tu rush y yo como un idiota con el encendedor prendido y esperabas pero carraspié caminando por la galería que crujió hasta que me recosté contra la baranda de espaldas a vos que dijiste ¿y? y yo dije bueno, me voy a portar bien y vos dijiste qué quiere decir bien porque no estoy para jodas sabés y desde que estabas conmigo te volviste medio lengua larga y te dije me retiro grité ¿está bien? y ella yo no te obligo, pero claro que me obligás ibas a llorar y como te quería amor ya nunca lo sabrás por qué me traicionaste y entonces te abracé y te dije se acabaron solamente eso la pobre, una buena y sólida mentira y me besó en las mejillas y nos acostamos en el catre y tiritábamos y nos dimos el calor de los cuerpos pero te acordás amor que no hicimos más que acostarnos y quedarnos dormidos porque estábamos fritos y te dije bueno se acabó la joda como si estos años de llevar caños en los colectivos que me podían explotar encima entre cincuenta tipos más o toda la coneja que pasé desde que me echaron de la fábrica de pinceles se podía borrar diciendo bueno a las noches escondido debajo de la cocina económica de los Méndez en villa cartucho con las ratas corriendo por la cara con los de la marina buscándonos pero sabiendo que si entraban a la villa no salían vivos y aquel asalto al club esportivo de Gerli en ese carnaval disfrazados de fantasmas porque la sábana era lo más barato aunque apenas sacamos para comprar dos fusiles o los vigilantes que servíamos con un fierrazo por la espalda para afanarles la 45 o cuando nos encerramos en el frigorífico para darle una mano a los muchachos y los tanques nos rodearon y los chicos del barrio rompían cabezas con los adoquines y hacían saltar los faroles y si nos dan tiempo levantamos todos los adoquines de la ciudad y que venga la flota a ver qué hacen porque la rosca se viene y no pasamos de este año 59 sin traerlo al hombre aquí para que cuelgue oligarcas en todas las plazas porque tiene que hacer así con los dedos, nada más un chasquido y todo será un gran fuego y arderá Buenos Aires porque ¿quién nos puede? y como si esa noche en la casilla yo digo sí y borro las patadas que me dieron en la comisaría en los

riñones que tengo todavía un dolorcito como agujas a veces al mear y tantos años de no caminar por ciertas calles sino hasta aquí todas las veces que nos juntamos en casas para preparar revoluciones que después no se dieron como esa vez tres días encerrados en Adrogué, con uno de guardia en el jardincito y sin radio discutiendo si entrar o no en ese golpe que ni se hizo o con qué cara voy al payo Ríos que se voló cuatro dedos cuando preparaba un caño en la cocina y calculó mal el tiempo de disparo y le explotó en la mano y rompió el calefón, se lavó el muñón, juntó los dedos fue a la comisaría que justo estaba a dos cuadras así que habían oído el bombazo y les dijo miren este calefón y otra vez a la pesada preparando los caños con la mano sana y te cuento esto que nunca oirás ni quisiste entender y con qué cara voy y le digo payo me abro. ¿Y justo ahora después de tantos años y que ya estamos casi tocando el triunfo te abrís? y cómo explicarte petisa que nunca metí la mano en la lata como Arturito el rengo que empezó bien, robando por la causa pero ahora tiene dos colectivos y se abrió y además hasta dicen que es ortiva y anda en cualquier cosa y en cambio a mí nunca me cruzó nadie de vereda cuando me ve porque con ese asalto a la tienda que vos no supiste porque por algo meo con dolores y si no hablo a palos te imaginás que menos te voy a contar tan luego a vos que sos una mujer algo que por ahí se te escapa quedo en el mismo papel de boludo que el pibe ese nuevo del grupo de Portoni muy cacareador y prepotente para tirarle moneditas a los vigilantes en los actos relámpago pero resulta que la última vez estaba solo y eran como diez y lo agarraron y seguro que apenas lo tocaron en la seccional cantó todo otra que Gigli y así por unas moneditas mal tiradas se enteraron que Portoni iba a robarse cinco armerías en una noche y lo agarraron al pobre Portoni que de las patadas lo dejaron ciego de un ojo porque al escapar le dio un balazo al pulmón a un sargento y cómo le digo Portoni me abro y sólo me afané un traje para la luna de miel y me quedé con algo para gastos chicos nomás, para ir tirando y mirá que cuesta no tomarle el gustito, petisa, a la plata fácil pero con eso trajimos por coronda ametralladoras de locura.

Años después cuando el conscripto que ya era abogado tomó de dos tragos ese café lleno de cenizas, Pepe, que ya no tenía por qué llamarse Pepe tocó el timbre.

–Le hago traer otro, doctor.

–No. Yo sigo con mis manías.

Pepe sonrió pero no comprendía. Dijo sí con la cabeza, miró la mancha de humedad o la foto en colores del general con uniforme de gala o el banderín con la cara de don Juan Manuel o quizá esos pergaminos con marco y vidrio de los sindicatos del interior. Bostezó. –Qué carteles más infames. Qué golpe sucio y bajo –dijo el conscripto que no se había sacado el sobretodo y sentía las gotitas de sudor brotando en la calva–. ¿Por las elecciones? –dijo y se arrepintió. Esos cartelones escandalosos en las calles, de la otra lista, mostraban a Pepe pero con su verdadero nombre porque ya no se escondía y era secretario general, saludando con la mano en alto por la ventanilla de un enorme Cadillac, con una señorita al lado y abajo decía: "Con un convertible de diez metros, una secretaria para todo servicio, un despacho alfombrado y ordenanzas, ¿para qué va a luchar esta burócrata por la clase obrera? Por eso sólo consiguió un aumento del 12 por ciento durante la renovación de los convenios colectivos el año pasado. Porque es sólo un empresario más". Un golpe bajo, aparte, sin firma. El coche podía ser del sindicato, o la secretaria podía ser su amante pero y qué, y Pepe podía ser hasta un oportunista pero ahí estaban los dos sanatorios y los tres hoteles y la mutualidad y el club en la isla del Tigre. Aunque le sacaron una foto en el hipódromo la gente lo iba a votar igual y qué importaba que tuviera la mayor colección de papirolas del país, como decían, o que tuviera caballos de carrera o quizá sí, porque lo principal es hacer obra compañero ensayó el conscripto pero no dijo una palabra. No hacía falta convencerlo. Parece que le gustaba ese negocio. Una chica abrió la puerta.

–Un café, Juanita –dijo Pepe, y el tableteo de las máquinas en los salones con aplique de caoba, garsoniers convertidas en tesorerías, oficinas con vitrós, inundó el despacho. El conscripto había subido la gran escalera que antes que la expropiación o la compra a esa rama pobre de los Suárez Pons la convirtiera, en época del hombre, en un sindicato, ya tenía esa alfombra persa hoy irreconocible pero agarrada todavía por varillas de bronce a cada escalón lustrado. Pensó que la buaserí del salón de actos o los ángeles dorados del cielorraso de la sección cobranzas, traídos de París como la destrozada pero resplandeciente

araña de caireles habían visto oscuros escarceos amorosos en alcobas hoy llenas de armarios y máquinas de sumar.

Todo lustrado, eficaz, floreciente y Pepe con su camisa celeste, suave, y una corbata roja, dibujaba distraídos números sobre el bloc mientras el conscripto tomaba otro café y pensaba en los mujiks embarrando con sus botas el palacio de invierno, apropiándose de los esplendores zaristas. La comparación lo aburrió. No conseguía sacarse sus manías.

–Lo llamé, doctor, porque nos interesa su oferta.

–¿Cuál de ellas?

–Los monobloques en kilómetro 30. Esos 200 departamentos económicos.

–¿Los que están medio terminados?

–Exacto.

–Falta un año para la terminación. Y son una oportunidad que...

–Por eso me interesa. ¿Por qué no vamos a verlos ya?

Con esos dedos flacos, velludos, Pepe apretaba el manubrio. Corrían hacia la General Paz. El conscripto cabeceó.

–Anda con sueño, doctor.

El conscripto se enderezó.

–Es el hígado. Comí mondongo al mediodía.

–¡La flauta! Eso es fatal.

El conscripto quiso de pronto decir "ahora que pasó el tiempo me di cuenta que usted tiene razón, que Buenos Aires nunca arderá", pero a lo mejor lo tomaba a mal y era un cliente y menos todavía preguntar por ese rumor que lo hacía un par de meses atrás, con una metralleta en un camión de reparto de tintorería por Avellaneda buscando a su guardaespaldas al que le pagó durante años como 2000 pesos por mes pero un rival le dio 3000. Parece que el guardaespaldas lo dejó y le andaba soliviantando a la gente de la parte del Gran Buenos Aires pero todos eran rumores y seguramente falsos. ¿Quién sabe?

–Qué suspensión –dijo únicamente el conscripto–. Mejor que el mío.

–Más o menos –Pepe se encogió de hombros–. ¿Usted también tiene un Rambler?

–Bueno, no. Acabo de vender el Citroën. Le tengo ganas al Peugeot.

–Toda la vida. Yo también. Es más coche.

Hubo un silencio. El conscripto sintió que a esos tipos nunca los comprendería. Le gustaba pensar que eran venales, jugaban a las carreras, lidiaban con guardaespaldas. ¿Qué tema sacar ahora? El de los autos podía durar cincuenta cuadras pero lo aburría. Y el Citroën de papá, porque al salir de la colimba se lo había regalado para chantajearlo ("tenés que sacarte esos pájaros de la cabeza"), había volado al empeño cuando se recibió y entró a la empresa de construcciones y se había casado y el inexorable caerse el pelo y las ganas de papá de declarar la quiebra fraudulenta y tomarse el primer avión para las Bahamas porque la cosa no daba más hizo que curiosamente, justo el sindicato ese –mala suerte– iba a dar la inyección de millones que papá quería para dejar las obras como estaban, hacer la estafa del siglo y arrivederchi. Y al tercer día las luces de Mar del Plata temblaban alejándose mientras el farol de querosene se hamacó suave del palo mayor donde colgaba de un clavo y nos abrazábamos en medio de la oscuridad aunque eran las cuatro de la tarde mientras el pescador con un saco roto sobre el otro tomaba la sello verde que le trajimos para chantajearlo y la lancha cedía entera a cada momento y subía y caía y con el motorcito fuera de borda nos íbamos a pescar pejerreyes mar afuera y éramos ladrones sueltos bajo palabra y nos escapábamos como chicos, como locos, como ciegos, como si la barca con el viejo hablando solo con el viento que no dejaba oír su cocoliche no parara hasta Australia o Terranova o cualquier otro lado pero lejos y entonces presentí la lenta mugre de las pensiones que era todo lo que un atorrante como yo podía ofrecerte vida y la patrona preguntando al llegar a una pensión se baña mucho hijo porque tenemos gas pero sabe lo que cuesta o si no las sábanas eternas roñosas y zurcidas o al prender la luz en sucuchos de dos por dos cucarachas como hipopótamos en fila india de zócalo a zócalo, perreras infames haciéndote cómplice de los pedos del vecino o los gritos de la nena del fondo o los gargajos del flaco maricón casi seguro que tuberculoso que pese al tabique parece que escupiera aquí adentro y no poder estar de día en la pieza salvo hablando bajito y el olor a grasa de todos los sucuchos porque está prohibido cocinar pero los primus arden igual de contrabando ¿cómo iba a ofrecerte eso tan luego? así fue, pero nunca lo entendiste, al volver a tierra a las diez de la mañana dormimos hasta la nochecita, te dije enseguida vengo y te

juro que sólo quería tirar un mes o dos así y ¿cómo iba a saber que al jugarme todo al 7 iba a salir colorado el 18 y yo pelado del casino y menos mal que los pasajes eran de ida y vuelta? Y la última hora en ese departamento que nunca más volveríamos a ver fue de morirme mientras con los ojos bajos quería explicarte todo como borracho pero te sentaste en la cama deshecha a llorar a gritos como yo de chico. Y aguanto cualquier cosa menos que vos llores como cuando vi en un potrero cómo unos pibes más grandes capaban a un gato con una gomita y la niñez murió para siempre y así me sentí esa última hora y de pronto te callaste y fue peor porque tus ojos eran más muertos que la primera vez que te vi y más vencidos, y te pusiste a hacer la cama y lavar los platos como autómata y barre como una sorda, ajena, muerta, pálida, vaciada y yo te sacudía y vos ausente mirabas el reloj y decías hay que apurarse ya sale el ómnibus y todavía esperaste locamente que nuestras vidas cambiaran cuando me dediqué al timbre, porque es cosa de andar Gerli o Villa Martelli y ofrecer pelapapas o pianos o heladeras con la mejor cara de basalto y vendés cualquier cosa y además esa piecita en flores, amor y el mate a la mañana y la comida de las noches y yo contándote mi día y los dos viejos alemanes que nos alquilaban la pieza nunca jodían, siempre adelante, en el comedor con el combinado escuchando ópera pero fue el último refugio amor contra toda la ferocidad pero cuando notaste algo raro yo hacía rato que el timbre lo había largado porque nunca faltarán los que lo apreten con su bruta cara de fierro y buenas tardes señora permítame distraerla un instante de sus quehaceres domésticos y ahí entrás a macanear el producto y pateando zapatitos te podés llenar de oro pero ¿cómo pensás amor que porque te dije "bueno" aquella noche en la casilla los iba a dejar solos? Te maliciabas que la plata ya no venía del timbre pero te la aguantaste y una vez a duras penas me salvé cuando asaltamos al taxista ese tan gritón y la cana nos baleó y volví con la cara ensangrentada porque me salvé raspando y me curaste y así te quiero yo sin un sí o un no y otra vez ahí en la pieza empecé a llenar de ácido y pólvora los tubitos de ensayo porque al otro día era la huelga general y para las doce los muchachos querían los petardos para el bochinche en los cines y entonces cuando yo ni lo esperaba ya porque hasta esa vuelta que en la canchita esa de la parroquia de Munro, una canchita de basquet que

era todo lo encerrada entre pared y bajo techo que se quiera pero éramos un montón y vino la gente de sardía porque ese tiene su corte y son giles pero listos pal puntazo y sacaron los fierros para copar la asamblea y uno me dijo salí porque tiro y dije no y tiró y no sé cómo me corrí al decir no y en el exacto lugar donde estaba mi cabeza, pero detrás, quedó un boquete pero siempre dije que esos eran botones y alcahuetes y por lo pronto ahí quedó uno en medio del despelote que con su balazo cerca del hígado casi no la cuenta nunca más pero esos troskos estaban también y habían sido zurdos, sionistas o cosa así y se la tiraban de nazis para engrupir que eran más peronistas que nosotros entraron en medio del batifondo gritando: "¡aserrín, aserrán, los troskos dónde están!" y entonces fiché al que gritaba más fuerte y traía un retrato del general y saludaba con el bracito en alto, el gran turro, y entonces lo esperé y justo a ese mi cadena forrada en manguera le partió la cabeza porque le caí con todo y le grité: "¡aquí hijo de puta!" aunque en el desparramo ligué un buen cachiporrazo pero volví a casa y me curaste sin decir palabra y ¿por qué entonces justo por esos petardos tanto lío, de repente, mi vida, que empezaste a gritar nunca pensaste en mí y para eso dejé a mi marido para que me des esta vida, y así me querés, mocoso aprovechador, que me tenés para que te lave los calzoncillos? y pegaba unos alaridos que los viejos podían entrar en cualquier momento y la vieja tenía un quiosquito de cigarrillo en un zaguán de al lado y era siniestra con esa dulzura cuando le vendía cigarrillos de a uno por cinco peso a los pibes de primer año del industrial de la vuelta y seguro que si veía los tubitos llamaba a la seccional al mismo y nos tenía porque no estábamos nunca y vos te ibas a tejer a los salones familia donde me esperabas horas y con esos pulóveres por lo menos para el alquiler sacabas y más de una vez me dijiste como al pasar que me quedara en la casa, que vos ibas a trabajar, que con tal que yo dejara la pesada vos me mantenías, hacías cualquier cosa por mí y los viejos nos decían señor y señora porque a fin de mes taca taca y ¿te acordás qué lindo ese invierno, esas noches escuchando bajito la radio en la cama, calentándonos con esa estufa eléctrica que la vieja nos prestó para aumentarnos mil mangos por mes en invierno? pero cuando venían los hijos y los nietos sugería que no saliéramos de la pieza o que nos fuéramos para que no nos molestaran los nenes porque

se ve que les jodía entre gente tenernos en la pieza del fondo les dábamos vergüenza yo tan joven yo que sé y vos cuando te ponías pesada con eso del diario buscando laburo y mirá que probé de cadete en esa ferretería y después de sereno del corralón porque este amor había que defenderlo con uñas, con dientes, con todo dijiste y por eso te habías jugado y claro que yo lo sabía pero te expliqué mil veces petisa que cuando estás en la acción ya no hay caso porque o hacés la revolución o te comen los piojos del trabajo fijo, del cine los domingos, de las cuotas de la heladera y uno va entrando despacito aunque no quiera y cuando te acordás ya te capó tu propia buena letra y cómo me enojé ese día que te dije que la solución era hacerme delator y vos dijiste ¿por qué no? pobrecita, qué corno te importaba el asunto si habías hecho lo tuyo y cargabas tu cruz entre los seis millones de tipos que hay en Buenos Aires tocarte justo yo que cuando me tirabas la bronca primero bajaba los ojos porque tenías razón pero yo también la tenía porque fíjate que pude tomar lo nuestro como hice con otras, comerme el bombón y tirar el papelito y ponerte en un ómnibus para Nueva Pompeya y el reencuentro con el odontólogo sería para el cinemascope y cada uno en su casa y dios en la de todos pero yo seguía en esa perrera de flores porque te quería y mirá que minas no me faltaron en villa cartucho donde las viejas nos traían mujeres y coñac todas las noches cuando nos escondíamos debajo de la cocina económica con las ratas y ¿cómo querías entonces que esa noche los largara así? estaba llenando la probeta de pólvora y gritaste ¡se acabó! o yo o los tubitos esos y yo ponía las cintas de scoch que aislaban la pólvora del ácido ¿y acaso no veías que justo en ese instante no podía contestarte? y yo seguía de espaldas y laburaba con cuidado pero vos gritabas que estabas harta y que te habías jugado por mí y yo me asusté por los viejos alemanes si llegaban a entrar y me apuré y por eso tampoco me di vuelta ni te contesté y entonces justo vas a manotearme la probeta y se volcó y ahora el ácido corría sobre el piso comiendo el parquet y me di vuelta por fin para decirte muchísimas cosas pero sólo abrí la mano y te pegué uno, dos, tres cachetazos feroces, patadas de mula a mano abierta y te saqué sangre de la nariz mientras la perplejidad y el horror nos hacían callar porque yo tampoco creí que iba a levantarte jamás la mano y no sabía qué hacer primero porque el ácido corría hacia la

puerta y si los viejos sentían el olor estábamos perdidos y manotié un toallón y lo tiré para que absorbiera y quizá cuando me volcaste la probeta grité ¡no! porque ahora la vieja del otro lado de la puerta golpeaba y preguntaba "¿qué pasa?" como si nunca hubiera dejado de escuchar arrodillada para mirar por la cerradura y colgué una camisa del picaporte y el ácido había convertido el toallón en un agujero quemado y entonces tiré la camisa nueva que me regalaste y así paré el reguero y ya me había olvidado de pedirte perdón porque las maderas del piso estaban blancas como si nunca se les hubiera puesto cera y justo la alemana que era tan puntillosa y maniática y ahora cómo explicar ese manchón como si yo hubiera viruteado el parquet quince horas y vos prendías un cigarrillo y sentada en la cama echando el humo, con los brazos como muertos a los costados del cuerpo me dijiste me voy y la alemana pateaba y sacudía la puerta. –Ahora –gritó el conscripto y abrió la puerta. Los dos cruzaron a la carrera bajo la lluvia hacia el colectivo que frenó en la mitad de la cuadra. La puerta, el umbral, la casa de Assunta quedó tras la sombra de los árboles que chorreaban sobre la vereda.

–Correte –dijo Cacho. Alguien le clavó un codo al conscripto en el vientre. El colectivo estaba lleno y el conscripto se achicó lo más que pudo. Sería bueno que no me dieran un codazo en la valija porque volamos todos, se dijo.

–¿Qué hora es? –preguntó Cacho y el conscripto pensó qué absurdo, si los condones que tapan las molotov son viejos y no resisten. En tres minutos explotamos todos. Tragó saliva –son las ocho– y ese muchacho pálido, flaco, tímido, narigón, morocho, parco, sin afeitar, con aire de lejano pájaro triste que se llamaba Cacho y que tenía la camisa sucia abierta porque el cuello no tenía botón, dijo –Macanudo.

El conscripto sintió que era más fácil de lo que siempre imaginó, ahora convertido en un arsenal, y quién va a pensar que justo un conscripto de uniforme ande en estas cosas. Cacho miró por la ventanilla opaca por el tufo de los cuerpos encerrados. El colectivo dio un sacudón. El conscripto sudaba, un bache feo, una frenadas brusca y se hacían todos polvo. Es aquí –dijo Cacho– Cuando bajaron la calle brillaba de agua, llovía.

El conscripto caminó contra el viento. Junio era así. Un frío bárbaro

y a veces llover, a veces parar. Temblaba. El frío le golpeó el estómago. Un dolor en las tripas anunció algo. Era una avenida, un centro de barrio. En el café unos hombres hacían unos tiritos: la muchachada sufre al borde de los billares, sonrió ¿de quién era esa frase? de Walsh o Wells. Entró al baño. Qué absurdo. Acordarse ahora de eso. Se sobresaltó. Alguien le golpeaba la puertita del waterclos –ocupado–. Qué corredera. –Dale pibe –urgió Cacho–. Si en cada café te agarra la diarrea no terminamos más. Tiró la cadena. Salió a los mingitorios. Sacó una molotov del portafolio. Una botella de sidra pegajosa de cola de pescado, en una bolsa de papel madera. Cacho abrió el piloto y la escondió. Después salió.

El conscripto esperó dos minutos por reloj, encerrado junto a la taza. De pronto, cuando caminaba hacia el palo de la parada lo sacudió su grito antes de la explosión y le temblaron las rodillas y casi se largó a correr porque era como si su mano hubiera hecho ese desastre. Algún tipo podía estar despedazado. Un violento pinchazo empujaba en la punta del colon y apretó las nalgas. Sonó una sirena y un vigilante pasó corriendo. El colectivo venía medio vacío, casi a oscuras. Ahora era una pizzería nueva. Pidió una coca. No la probó. Habrían pasado diez minutos. No venía. ¿Y si lo habían agarrado? Tachó mentalmente el primer objetivo. Cacho entró. Directo al baño. Las tripas se calmaron. Pero detrás entró un tipo. Me mira raro ése y se sienta, abre el diario y mozo dos muzzarelas me da. El conscripto escondió las manos debajo de la mesa fregándolas. Temblaba. Fue al baño. Un lugar limpio y bien iluminado: Hemingway. Un viejo calvo meaba. Esperó con la bragueta abierta. Cacho estaba igual. ¿Qué esperaba el viejo como atento a una voz interior? Al fin sacudió y se fue.

–Un poco más y me la resfrío –dijo Cacho.

–¿Y el supermercado?

–Sonó la vidriera grande –dijo Cacho y le palmeó el rape de la nuca.

El conscripto estaba pálido –metele pibe–. Abrió el portafolios y Cacho ya salía con la otra botella en el bolsillo del piloto, cuando el conscripto se precipitó al water. Al salir temblaba un poco pero ya estoy mejor. Si esta muela se quedara quieta. El de las muzzarelas no estaba. Qué rara rapidez. Lo sigue a Cacho o me espera a mí en algún zaguán, afuera en una calle oscura. Si te descuidás todo es una cama que te hizo

Cacho. ¿Y quién lo conoce a este Cacho, después de todo? Eructó los fideos con manteca porque "el ajo me cae mal al hígado señora".

–¿Me va a hacer desprecio?

A quién se le ocurre. Uno se va a poner caños y a ella lo único que le importa es que le coman los fideos.

–Cómo llueve –dijo el de anteojos. El nene estalló en una tos con flema.

Roncaba en el sofacama, junto a la mesa, chupeteando el dedo gordo.

–Hay que ponerle vicvaporu Assunta –el de anteojos miró tras los círculos blancos de las ocho dioptrías. El armazón era demasiado chico para su cara. Sintió arcadas. Ese olor a orín, a amoníaco, de los paquetes de papel con gelinita bajo la cama de matrimonio no se aguantaba. ¿O no había olor?, ¿o la gelinita no se descomponía? Cacho le había dicho que esos paquetes eran eso. ¿Y cómo podían tener gelinita en esa casa? ¿O por qué no? ¿Dónde iban a meterla?

–Fuma mucho, compañero –dijo el de anteojos.

¿Y qué hay si fumo mucho?, quiso decir.

–¿Un cafecito entonces? –Qué desolada la pobre Assunta. Increíble. Roba prontuarios en la policía disfrazada, con el guardapolvo celeste de las empleadas y se mete en los ficheros con una naturalidad suicida como si no fuera una mera mucama de hospital, y quién va a pensar que este prepara petardos y toda clase de bombas atómicas de ferretería en ese galponcito del fondo en sus noches. Pero la doble vida de Assunta si no la veo en mi vida la creería como si al anteojitos este me lo pudiera imaginar preparando otra cosa que café con su saco gris de ministerio, llevando bandejitas, flaquísimo y con la cara miope husmeando antes que viendo, nacido para ordenanza.

–El domingo, si no hace frío, me llevo al nene al parque japonés –dijo Cacho.

–Si mejora del resfrío –Assunta le palmeó, con torpeza, el hombro al conscripto–. ¿Por qué no vamos todos? Para festejar su debut –y un turbado calor sacudió al conscripto. Lo aceptaban. Anoche había salido de franco y por pura casualidad antes de avisar a casa, se dio una vuelta por el bar de Derecho. Ahí estaba el rubio. Un tipo que no le gustaba. Un facho que se hacía el peronista. Habían dado

constitucional juntos y siempre andaba con tipos raros como ese.

–Zurdo pero bueno –dijo el rubio. ¿Por qué se había sentado ahí?

El rubio hizo el saludo nazi y el otro, con su valija sobre la mesa, lo miró sin expresión. El rubio quería escandalizar con el brazo en alto, como ahora que se reía sobrador.

–Cacho –dijo el rubio y el otro le dio la mana con reticencia. Ese no se llamaba Cacho, pero no tenía importancia. El rubio siempre con lumpen, dándose lustre, como si detrás de su retórica de degüellos y montoneras no estuviera el estudio de papá donde iba a terminar con sus dos dedos gordos metidos desde ahora en los bordes del chaleco, sacando pecho y diciendo –¿Qué tal, pibe?, –Qué amistades raras tiene usted –le dijo el conscripto a Cacho.

–¿Por?

–A este le gusta exhibirse –dijo el conscripto–. Codearse con el pueblo.

El conscripto lo había visto antes al tipo que decía ser Cacho y al que durante esa noche y para siempre recordó con ese nombre.

–Vende libros usted, ¿no es cierto? –dijo el conscripto.

–Sí –dijo Cacho.

–¿Qué clase de libros?

Cacho lo miró un rato, levantó la cabeza, se rascó el cuello y dijo: ¿Sos cana vos?

El rubio sonrió.

–No, es cliente.

–Cosa rara esa con el rubio. Cuando hicieron constitucional habían quedado como amigos porque a su manera el rubio tenía algo bueno, daba la cara. Algún día tendría que pegarle tres tiros en la panza cuando se armara la gran podrida y estuvieran uno en cada vereda tirándose a matar.

Cacho abrió la valija. Mostró. Manuales de civil mezclados con destrozados quijotes editorial sopena segunda mano y el hombre mediocre y un tratado de derecho romano. En una asamblea, el día después de dar la materia, en medio de una trifulca ninguno sabía quién le había salvado la cabeza al otro durante una pelea de grupos y ahora que la efímera amistad en torno al examen se había esfumado los dos cargaban molestos con ese oblicuo pacto de no agresión que en

cualquier momento, en otra asamblea, se iba a hacer trizas. Pero hasta que se dieran con todo había una tregua, un hosco respeto personal, que no le gustaba a ninguno.

–¿Así que es de confianza, este? –dijo Cacho, de pronto. El conscripto le vio una luz rara en los ojos, pero el rubio no.

–Más o menos –el rubio sonrió sobrador–. Se juega. Para el carajo, claro.

–¿Es bolche?

–Más o menos –dijo el rubio, y los dos lo miraron como si el conscripto fuera un animal y ellos estuvieran fuera de la jaula estudiándolo,

–Digamos que sí –dijo el rubio.

Y antes que empezara con esa historia de unitarios y marxistas que era la misma cosa y que siempre estaban de la vereda de enfrente del pueblo, porque ese discursito el conscripto se lo conocía con puntos y comas al rubio, dijo:

–¿Usted está de acuerdo con él?

–Claro –se apresuró el rubio, pero Cacho lo miraba sin hablar.

–Nosotros los peronistas... –dijo el rubio, y el conscripto sonrió.

–Qué vas a ser peronista vos –y ahora fue el rubio quien hizo una risita, y a Cacho–: ahora resulta que el trosko este también es de la primera hora –el conscripto pensó qué kilombo de país, porque Cacho con su silencio y ellos dos y cada cual a su modo eran todos peronistas, y lo sublevó la prepotencia del rubio que dijo vamos, mientras Cacho, que de pronto negó–. Me quedo con el señor –y esa luz otra vez en los ojos y que recién ahora quizá descubrió el rubio, los asombró a los dos. El conscripto sintió que ese Cacho tenía nada que ver con él, pero tampoco con el rubio y fue de pronto que ese tipo le preguntó al rubio:

–¿Seguro que es de confianza?

Ahora sí que el rubio se preocupó:

–¡Pará, viejo! ¿Qué vas a hacer? ¿No ves que está del otro lado?

–Chau pibe –le dijo Cacho.

–¿Pero sos loco vos?

Cacho ya no prestaba atención y el rubio le dijo al conscripto:

–En serio; guarda vos con este que es loco.

El conscripto sintió que Cacho estaba en otra cosa, no sabía cuál,

y no tenía nada que ver con ellos dos. Estaba harto de que sus fuerzas se fueran en aprontes en abstractas asambleas agobiadas por mociones de orden, en volanteadas que no llevaban a ninguna parte. Así que cuando de golpe, con algo de audacia, locura arrojo y fervor ese tipo del que lo único que conocía era un nombre que seguro era supuesto, le dijo "Te animás, pibe", el conscripto al que ese tal Cacho tampoco conocía en absoluto sino que más bien presentía dijo: –¿A qué? –y de pronto el conscripto recordó haberlo visto con los de la juventud peronista pero medio solo, medio aislado, un navegante solitario.

–¿Sos capaz de jugarte así como estás, con uniforme y todo? Es más, te prefiero únicamente de uniforme.

–¿Y yo qué sé quién sos vos? –dijo el conscripto, El otro no debía tener mucha más edad que él, pero se movía con una oscura seguridad.

–Mirá, pibe, ortiva no sos. Yo los huelo a quince cuadras. Y vamos a ponernos de acuerdo. Porque te necesito esta noche. ¿Te querés jugar?

–Sí –el otro lo paró.

–Este es un país de cornudos, ¿de acuerdo? A los obreros del montón no los movés ni con guinche. No tienen tiempo de hacer la revolución. Tienen que pagar la cuota del televisor, ¿qué querés que te diga? En este país la revolución la vamos a hacer los atorrantes –y ahí empezaron a discutir mientras salían, del bar, porque eso que decía Cacho era jodido pero lo cierto es que era o había sido obrero, y para el conscripto los obreros eran una especie casi de otro planeta, y sintió que de alguna manera por fin esa noche se estaba insertando en la realidad, aunque no sabía adónde iba todo eso todavía. Hablaron muchísimo en una pizzería del bajo y cuando se acordaron amanecía, y el conscripto estaba fascinado por ese tipo que de a poco había empezado a contarle cosas suyas y a atraparlo, excluyente, absorbente, en un mundo que el conscripto intuía pero jamás había conocido.

–Bueno –dijo al fin.

–¿Alguien sabe que estás de franco?

–No.

–¿Y cuándo tenés que volver al cuartel?

–Mañana por la noche, después de las 12.

–Macanudo. Tenemos el tiempo justo.

Ahora viajaban en un colectivo. Pronto sería un arsenal que camina.

Con esa valija llena de bombas, con ese uniforme insospechable.

Se bajaron cerca de Constitución.

–¿Y por qué yo? –dijo el conscripto; pero aunque el otro le dijera cualquier incoherencia tampoco estaba dispuesto a largar eso de las manos. Ese Cacho no era un terrorista de Malraux, precisamente, los únicos que conocía él, pero era de carne y hueso y así se daban las cosas aquí y basta de pretextos para quedarse en casa mirándose el pupo, lleno de cobardía y mala fe.

–¿Y por qué no elegiste a uno de la juventud, por qué justo a mí que ni me conoces?

Cacho escupió.

–Yo trabajo con una gente. Formamos un grupo. Ya los vas a conocer.

–¿De la juventud?

Cacho carraspeó.

–Mirá pibe, cuanto menos preguntas mejor.

Entraron a un hotel alojamiento de contrabando y llegaron a la pieza de Cacho con los zapatas en la mano. Había un ropero, una foto clavada con chinches en la pared de una mujer con muchos chicos y con fondo de gallinero, borrosa y de puntas dobladas.

–Mi vieja –dijo Cacho. En un rincón decía foto Requeri, Azul.

El conscripto susurró:

–Pensar que a esta hora hay miles de tipos como nosotros por toda la ciudad, por todo el país preparando la gran joda.

Una ginebra absolutamente desastrosa les quemaba la panza, pero ninguno se desvestía porque el frío mordía desde las baldosas a través de las medias, y tomaron mate amargo y lavado en ese pedazo de corredor convertido en pieza, al fondo de ese húmedo departamento, en ese segundo piso, transformado en pensión.

–¿Somos muchos? –insistió el conscripto.

–Alguno más debe haber –dijo Cacho.

–¿Conocés al comité central?

–Sí, nosotros.

–¿Bueno, y algunos más? –preguntó el conscripto anhelante.

Cacho bostezó:

–Acción va a haber –dijo vagamente–, calculá. ¿A cuántos años

estamos de los fusilamientos? ¿Mañana harán tres años? Bueno, algún pariente de algún muerto va a salir. Los de la juventud también; qué sé yo –bostezó, un ataque imparable que cortó enderezándose–. Escuchame, pibe, son como las ocho de la mañana, ¿apolillamos?

–¿Te das cuenta que voy a poner caños con vos? Lo menos que pido es saber.

–¿A esta hora me venís con ideología? ¿No hablamos toda la noche?

Cacho lo miraba, cargándolo con los ojos semicerrados, y una sonrisa de labios apretados. De pronto se puso serio.

–Tengo un plan fenómeno. Conseguir el plano de toda la red cloacal de la ciudad. ¿Te das cuenta? Poner caños y atacar comisarías, aparecer y desaparecer por las alcantarillas, volverlos locos.

–¿Pero quién más está en la joda?

–Mirá pibe, este es un movimiento lleno de hijos de puta, de burocracia, de pancistas y punto.

La boca le tembló.

–Mirá pibe. Lo único que sé es que el viejo las sabe todas; no por algo les rompió una vez el siete. El pone cara de póker, avanza, retrocede, juega al ajedrez y espera para dar el tajo final.

–Pero está lejos.

–Hace bien, tiene que cuidarse. Es un señor. A ustedes les da en las pelotas que sea el líder. Yo sé que también te da en las pelotas que yo afane a veces para vivir, para comprar armas.

–No es cierto.

–Sí que te da. Si sos un pobre pibe. Mirá que tengo mucha calle yo y justo a mí me vas a meter el perro. Seguro que en un movimiento revolucionario no concebís que haya ninguno que se emborracha o que le pega a la mujer o es quinielero. Como unos que fueron a una villa donde viví yo, a melonear a la gente, y lo que necesitábamos antes que nada era poner canillas, porque había una para cincuenta cuadras, y ellos daban conferencias. Nunca habían puesto un caño.

–¿Y entonces con la canilla se arreglaba todo? ¿O con el caño?

–No empezás a entender.

–Eso es activismo, oportunismo, cualquier cosa.

–Mirá pibe, ¿sabés quién va a cortarle la cabeza a los generales?

Pero Cacho se interrumpió. La ferocidad le había encendido los

ojos, se nubló de aburrimiento y de un sueño que le arrancó lágrimas al bostezar.

–¡Pero viejo! ¡Mirá que ponerme a decir discursos en esta pocilga! Dale pibe, son las nueve y media. ¡No me saqués de caja, viejo! Ma que ideología a esta hora, che...

De pronto dormía. Ahora a las siete de la tarde el conscripto estaba en esa casa de un piso, igual a miles de otras de cualquier barrio, y esos fideos no le pasaban. Un chico pateaba la pelota contra la pared del patio, y Assunta –Mirá, Nicolás, que me va a romper todas las plantas– y el anteojos salió a gritar: –Ojo, Luis, la maceta–. Estaba en el galponcito donde untaba las botellas de sidra en una palangana con cola de pescado y al menor descuido volaban todos. En el comedor una película de pistoleros por televisión apasiona a Cacho, mientras el olor a pescado frito viene de alguna cocina y el ruido del agua se oye en un baño de al lado tanto como los chicos que gritan y juegan a la escondida en algún pasillo de departamentos, y una radio termina de darle a todo ese aire espantosamente normal como si el anteojudo con aire de alquimista se entretuviera de veras en esa pieza con techo de chapas armando radios, arreglando estufas y haciendo el electricista para parar la olla y (según contó Cacho) esconder su otra vida. El abuelo en la puerta con su pierna recogida, como una garza, fumaba su pipa, y el conscripto jugaba cualquier cantidad que este tano sabía todo con ese aire de chochez absoluta. Al volver del trabajo, Assunta debe cuerear con las vecinas o saludar con la hipocresía propia de los barrios, y seguro que alguna comadre le había curado el empacho al nene menor que se duerme con flema o a este otro que patea en el patio, y el anteojudo entre sus cables, lámparas, enchufes, llaves inglesas, mientras arregla aspiradoras sueña con inventar una bazuka casera o una bomba de tiempo dentro de una caja de fósforos rancherita que haga volar toda la casa. Pero es posible que los domingos Nicolás se ponga el delantal y amase esos ravioles de locura que Cacho comió tantas veces, y ahora el conscripto sintió que en el galpón podía pasar algo y volar a todo el barrio, pero qué otro remedio, pibe, las cosas las hacemos a ponchazos o no las hace nadie, había dicho Cacho, que al llegar le dio un beso en la mejilla a Assunta, que muy formal, se secó la mano en la pollera y se la alargó al conscripto murmurando –Assunta

Fazzi, encantada–. El sobre vía aérea desbordaba billetes. Cacho se lo dio a Assunta, que guardó el monedero. ¿Qué almacén, qué tipo en calle a oscuras habría perdido esos pesos que Cacho le entregaba como el pibe el sueldo a la vieja a fin de mes, para que Assunta administrara la nafta, el ácido, la pólvora?

–Las plantas, Nicolás –urgió.

El hombre con aire de jirafa que asomó la cara miope por la puerta del galponcito gritó:

–Luisito. ¡Jugá a transmitir, a la bolita, a cualquier cosa que no rompa las macetas!

El chico rezongó y toma impulso y señoras y señores y shotea violentamente. Gol, pateó por la cancel hacia la calle y salió corriendo.

–Así, jugá a Fioravanti un rato, pero en la vereda –dijo Nicolás secándose las manos, aunque el nene y no lo escuchaba, gritando penales en la calle.

–Es un kilombo esto, así no se puede trabajar –Nicolás, afónico y quejoso, desapareció dentro del galponcito.

–Acabala, vos también –gritó Assunta, pero ya la puerta del galpón se había cerrado. Ahora le pasaba secador al patio–. ¿Cuándo dejará de llover, joven? No dura nada con este tiempo – hablaba jadeante de tanto zamarrear las baldosas, con la escoba primero, trapo después.

–Qué va a hacer señora –dijo el conscripto. Assunta, enorme, gris, corrió descalza hasta la canilla, agarró el balde y tiró un poco de agua.

–¿Un vermucito, muchachos? Ya puse los fideos. Enseguida los atiendo.

–Ta bien, Assunta.

–¿Hay tiempo?

–Más o menos.

El conscripto se sacó la gorra y dejó el portafolio vacío de Cacho sobre la mesa del corredor.

No supo en qué momento desde la pieza que da a la azotea, cuando ya estaban sentados a la mesa, bajó el hombre (Cacho le había dicho llamalo Pepe) que hace años, buscado por la policía, se había escondido ahí se quedó un tiempo obligando a todos a mudarse y ese comedor se transformó en dormitorio de Assunta, donde ahora roncaba el nene con la gelinita bajo la cama. Ahora el hombre llamado Pepe

no vivía estrictamente ahí sino que cambiaba sin parar de casa desde esa vez, mucho antes que Assunta se metió con todo a poner caños, cuando a las tres de la mañana, en pleno agosto, unos tipos de civil entraron con unos vigilantes a punta de ametralladora a buscarlo a Pepe, y sacaron a todo el mundo al patio en calzoncillos, con cero grado y a mover los piecitos che, para calentarse, y revolvieron toda la casa, encontraron una razón de mi vida y unos almanaques con fotos del hombre y un marco de plata para la foto de evita y juntaron todo en medio del patio mientras uno pateaba el piso buscando el sótano que no encontraron parque la entrada estaba debajo de la cama del abuelo y donde el hombre llamado Pepe estaba acurrucado, con una pistola esperando que bajaran a buscarlo. Después de cortarle hasta el colchón al abuelo y sin encontrar discos ni órdenes ni rastros de ese Pepe que jodía tanto la paciencia agitando a los sindicalistas, se fueron, pero uno de los muchachos con ametralladora rompió ante los ojos de Assunta la foto de evita en pedacitos y le dijo con amargura ¿cuándo aprenderán, salvajes?, y vean cómo les estoy haciendo un favor. Después roció el montón con nafta y le prendió fuego en el patio, y todo pronto fue cenizas, y ahora ese mismo hombre llamado Pepe, que no se mezclaba con la vida de la familia porque como una sombra flaca y consumida aparecía y se esfumaba, bajó a cenar, pero al verlo se puso rojo y subió de nuevo y Assunta murmuró una disculpa mientras, en el televisor laurel y hardy hacía cabriolas y el conscripto simuló que no había visto a nadie y pensó que ese Pepe tenía razón en esconderse porque no sabía después de todo quién era ese conscripto ahí sentado. Y sintió que Assunta por lo menos tendría que haberle avisado que no bajara, y toda esa clandestinidad casera y aun el hecho que Cacho le contara acerca de ese Pepe le hizo sentir todavía más que en cualquier momento caía la cana o volaban todos en medio de la mayor de las precariedades.

Comieron todos los fideos en silencio y el conscripto no supo en qué instante ocurrió, pero Assunta estaba ahí, con esa ollita humeante.

Paseaba por las piezas y la mecía como si fuera un cura.

–Salí con esa porquería –gritó afónico Nicolás.

–Acabala con eso. Bien no les puede hacer pero mal tampoco –sonrió Assunta sin admitir réplica, y recorrió las dos piezas, una y otra

vez, mientras decía– Ave María –y el aroma los envolvió y el humo o el vapor subían y Assunta repitió– Afuera –y agitaba la ollita–, afuera –con fuerza, con furor, y el incienso penetraba en todas partes y ella, con rabia– malos espíritus, fuera de acá –y “a veces va a los espiritistas y se agarra cada bronca con el dorima”, le había contado Cacho al conscripto, y de pronto Assunta se fue con la ollita y volvió con el café, se sentó, lo miró y le dijo– : tome por lo menos esto –el conscripto trató de tragar–. El otro día se nos cayó todo el techo – dijo Assunta.

–Y por eso están así las vigas –contestó estúpidamente el conscripto sin saber qué decir, mirando el devastado cielorraso.

–Hay espíritus en el aire –dijo Assunta, y el conscripto se acordó de esa idea de Assunta (a través de Cacho la conocía extrañamente mucho, como si fueran viejos amigos): una noche entrarían al Banco Hipotecario, se robarían todos los vestidos de la señora que estaban confiscados y con cada pedacito de tela, con cada joya, harían millones de escapularios, y entonces supo que el incienso no era por el cielorraso sino por ellos, por esa noche tan increíble como todo lo que le pasaba desde el principio de ese franco que podía terminar en el hospital o el cementerio o la corte marcial, y Cacho se paró y dijo: “Vamos”.

Assunta lo palmeó con esa tierna torpeza de mujer demasiado grandota, y Nicolás le guiñó un ojo y sintió que por esa fraternidad, por ese húmedo calor valía la pena hacer cualquier cosa.

Salieron a la puerta entornada y agazapados, porque llovía, esperaron al colectivo que ahora paró y el conscripto bajó frente al grill. No llovía.

–¿Qué te pasó? –dijo Cacho. Ese baño era enorme y vacío, con el waterclos sin puerta, con las paredes acribilladas a inscripciones, insultos, dibujos, nombres, fechas, teléfonos. Los acosaba el apestoso olor a amoníaco, mientras ellos dos, tabique de por medio, con la mano en la bragueta, ahora simulaban orinar.

–Al salir de la pizzería hubo problemas –dijo el conscripto.

–Hace una hora que estoy aquí.

–Creo que me siguen. El hombre de las muzzarelas.

–¿Qué?

–Fui a ver lo tuyo –el conscripto temblaba–. El auto ardía en la Esso. Cerca del surtidor. Objetivo número dos, cumplido –rió, pálido.

–¿Por qué fuiste? –gritó Cacho–, ¿quién te mandó que fueras? –lo había tomado del cuello y lo zamarreaba.

–¿Querés un escándalo? –dijo el conscripto, con calmosa histeria– Porque ese tipo de las muzzarelas estaba escondido entre los árboles, me tocaron calles de mierda, llenas de árboles. Y capaz que nos espera afuera.

–¿Estás seguro? –Cacho lo soltó.

–Esto puede ser una ratonera y vos preguntándome si estoy seguro. Dale nomás, perdé tiempo, que a vos te mandan preso pero a mí me aplican el código y me fusilan –el conscripto ahora gritaba–. ¿Te das cuenta, Cachito, lo que me pueden hacer con todo esto encima?

El conscripto lloraba ahora apoyado contra la pared, desamparado y fuera de sí, a gritos contenidos. Entonces Cacho le pegó una trompada tortísima en el estómago y el conscripto se dobló de dolor, boqueando el amoníaco, y Cacho dijo: "Basta" y el conscripto se quedó un instante doblado. Pero no lloraba más. De pronto Cacho es acercó y lo husmeó.

–Estás perdiendo –dijo.

–¿Qué?

–Tenés olor a nafta. Un botón te puede oler a un kilómetro. Pasame todo, pibe –el conscripto salió corriendo del baño. El paredón de la Chacarita estaba oscuro. Cerró los ojos. Que lo agarraran de una vez. Cacho corría detrás suyo.

–¿Qué haces? –lo agarró del brazo. El conscripto se desasió.

–¿Adónde vas? –gritó por lo bajo– Dos tipos discutiendo en este callejón son un cartel luminoso, ¿no te das cuenta? –le decía ahora tranquilo caminando a su lado. Algunos autos pasaban y una que otra sombra se cruzaba con ellos.

–Controlate pibe –dijo, y el conscripto se paró.

–Pero tenés cada vez más olor, ya no se puede estar al lado tuyo. Escuchá mi plan. ¿Escuchás?

El conscripto lo miró.

–¡Crucé toda la ciudad hecho un arsenal! ¿No te parece que eso lo pone nervioso a cualquiera?

Un patrullero se acercaba despacio. Los escandiló con los busca huellas.

–Tranquilo –murmuró Cacho– nos semblantean.

El coche arrancó.

–Van a volver –dijo Cacho–. Nos están mirando por la ventanita de atrás, no te des vuelta –y el conscripto, que había empezado a girar la cabeza, siguió mirando adelante–. La tercera molotov debe estar por hacernos moco –dijo sin mirarlo Cacho–, y aparte está el otro caño adentro, así que nos van a recoger con cucharita. Dame el portafolio, pibe. Haceme caso.

El conscripto caminaba despacio y lloraba. Todavía lejos, venían dos vigilantes.

–Cruzá a la plaza. En seguida voy.

El conscripto lo miró:

–¡Me dejás con todo! ¡Te las tomás!

Cacho se paró y lo miró a los ojos. El conscripto sintió algo entre los dos. Algo irreparable.

–La plaza queda a media cuadra. Cruzá acá –y Cacho desapareció.

Cruzó los rieles del tranvía Lacroze mareado por su propio tufo a nafta.

En la plaza no había nadie. No había llegado. ¿Y a quién se le podía ocurrir que iría? Pasó mucho tiempo. Un minuto o dos.

–Che –detrás suyo, entre los árboles, Cacho que le arrebató la valija. Los árboles goteaban sobre los caminos de tierra. Cacho sacó la molotov.

–Esto cuesta guita –y salió corriendo hasta las vías, agacharse, volver. ¿Cómo no se le había ocurrido eso? Al lado del otro el conscripto se sintió como un chico imbécil, sin ideas ni inventiva ni nada que no fuera ese espantoso miedo, esa confusión, esa ira, esos retorcijones.

Cacho lo encontró en cuclillas, con los pantalones bajos sobre los borceguíes:

–Ojo el uniforme, che –dijo, mientras prendía un cigarrillo.

¿Qué va a pasar? –dijo desde abajo el conscripto. Cacho se encogió de hombros.

–Por ahora el tranvía, si la cosa no revienta antes y entonces habrá un fueguito y todos se bajarán a los pedos y el lío estará hecho. Y salvamos la ropa.

El conscripto arrancó pasto.

–Bueno. Acá nos separamos –dijo Cacho–. Sos muy nervioso, pibe. Ahora viene lo gordo. Chau. Un día de estos te llamo por teléfono y tomamos un café.

En cuclillas el conscripto vio cómo se iba con la valija entre los árboles.

–¿Adónde me llamás?

–A cualquier parte –dijo Cacho sin mirarlo.

El conscripto corría ahora detrás suyo.

–¡No me podés hacer esto, Cacho! Cruzar medio Buenos Aires con todas esas bombas, ¿te das cuenta?, le rompe los nervios a cualquiera... Si por lo menos hiciéramos los caños cerca del lugar donde los ponemos, sería más seguro, qué sé yo...

–¿Y qué querés? ¡que me tome un remís!

El conscripto caminó mudo, apurando el paso porque Cacho daba trancos largos y era más alto que él.

–Para Assunta pronto van a venir las noches lindas –dijo Cacho–. Las noches de sillas en la vereda. Nos quedamos hasta las tres de la mañana en la calle tomando cerveza. Te voy a llevar un día. Bueno. Chau –y se abrió.

Pero el conscripto le arrancó la valija y la apretó contra sí, con las dos manos.

–Vos sos el crack y yo soy el secretario, el que lleva la valijita –dijo el conscripto–. Ahora me quedo hasta el final.

Cacho resopló con resignación.

–Allá –dijo– queda la parada.

Tomaron el último colectivo; las luces casi a oscuras, mientras una pareja dormía en el fondo. Esas sacudidas los hicieron saltar y el viaje era largo y de repente el conscripto se durmió o soñó o algo así con el viejo de Assunta, con su pie recogido y su cara de cigüeña oteando la calle y su abulia, y su tijera y todos los retazos de género de cuando era pantalonero y los domingos se metía a discutir sobre comunismo libertario, entre otros ácratas que oscurecían con el humo de sus avanti todo el teatro, y ese gigante llamado Spaventa que nunca dijo una palabra traía un pedazo de pan duro clavado en un palo y así se quedó dos noches con el palo en alto escuchando y ahora salen del teatro Marconi y la policía con sus cascos puntiagudos los corría y de pronto todos no se sabe por qué empezaron a seguir a Spaventa y este tampoco supo nunca por qué gritó, y fue la única vez que se oyó el enorme vozarrón "a quemare la prensa" y así todos agarrados por los brazos se

fueron cantando chanchos burgueses asaz egoístas que así desprecian al trabajador será barridos por los anarquistas al fuerte grito de libertad y el conscripto nunca supo por qué pero era horrible, porque ellos rompían los vidrios y el diario los ponía, los volvían a destrozar y al caer unos ya ponían otros y otros y otros corno si nada y nunca supo si había soñado o si Cacho le contaba eso vaya a saber por qué, pero ahora lo zamarreaban y cuando abrió los ojos Cacho lo sacudía.

–Hay que bajarse, pibe –y el conscripto sintió una congoja desesperada, una asfixia feroz, y era una avenida de Belgrano, Cabildo o algo así, y el bar era todo de vidrio y tenía un ventanal que ocupaba todo el frente, y el conscripto no quería quedarse pero Cacho dijo–: No. Ahora me toca a mí. Habíamos quedado en eso –y agarró la valija, y mientras el mozo se acercaba y algún altoparlante escondido tocaba noche y día lleno de violines, Cacho le palmeó el brazo y dijo–: Chau, hasta luego.

La calle sin nadie crujía de hojas, muertas y húmedas, bajo sus pies, mientras abría la valija frente a la casa del mismo coronel que tres años atrás, en una estación de tren abandonada, en medio del campo, había sentado a sus camaradas sobre dos sillas y por la espalda los había fusilado y uno de ellos no quiso que le vendaran los ojos y les ató las manos por delante y los pies a las patas y en la abandonada sala de espera con medio techo volado por el viento ordenó fuego y ahora Cacho sacó el gran pedazo de caño de dos pulgadas y con el dedo gordo rompió la cápsula de vidrio y salió corriendo porque ahora sí comenzaba el ácido a corroer el tabique de madera balsa que comunicaba con la mezcla de pólvora y balas que Nicolás había preparado para que volara exactamente a los dos minutos de rota la cápsula cuando el ácido entrara en contacto con la mezcla y el coronel dormía justo sobre la calle como un desafío, o como una burla o simplemente como una costumbre, pero esta vez sí que iba a reventar él con todos sus sables colgados de la pared y Cacho se paró en la esquina para ver qué pasaba. Otra vez lloviznaba, era madrugada, era junio.

Entonces el cochecito dobló la esquina muy despacio. Era un sillón de ruedas que se acercaba bajo los árboles y el tipo lo manejaba con un pedal y en realidad no tenía piernas y venía sin apuro hacia Cacho que gritó: "¡Rajá!, rajá que explota", pero el tipo no oía y ahora se acercaba sobre sus dos grandes ruedas a la puerta del coronel y estaba por llegar

justo delante y Cacho gritaba pero el otro ni lo sentía porque venía silbando y ya había pasado esa puerta cuando corría hacia él gritando: "¡Guarda que explota!", y el lisiado sintió que daba una vuelta en el vacío y volaba y ese muchacho del piloto hizo girar el cochecito y le dio un envión empujándolo y ahora corría, a todo lo que daba el pedal, desesperado y chaplinesco ante esa aparición increíble en esa calle oscura y por el envión feroz que recibió pasó delante de esa puerta y ahora corría, no sabía por qué, pero corría con el pedal a todo lo que daba, con. el cochecito como sacado de una película muda de velocidad acelerada volando por la calle llena de hojas, de nuevo hacia la esquina por la que había aparecido y Cacho corría detrás y pasó por la puerta donde había puesto ese paquete largo en papel diario y todo reventó en miles de millones de pedazos no contra la casa a oscuras y vacía sino contra el muchacho de ojos desorbitados y piloto raído que cayó sobre el umbral y todas las gaviotas entran por la ventana con ese viento tan azul que nos corta las mejillas y corro hacia vos por la rambla vacía y voy, amor, voy.

Los ojos del tigre

[Incluido en el libro *Los ojos del tigre*, Editorial Galerna, 1967]

–Falta poco –oigo a esa voz detrás de los lapachos que me va a cazar y esta vez me matan en serio, así que trepo y salto no sé cómo de rama en rama y esos monos de mierda chillan como locos y todos los loros del monte salen volando con estruendo de alas delante mío y es como si una bocina alcahueta me fuera anunciando y denunciando, pero si paro es peor porque el que para muere y todos esos ojos me espían escondidos tras esas hojas y las voces cada vez más cerca y pueden aparecer de golpe por adelante o ya pueden estar apuntándome hace rato qué sé yo desde dónde y quiero gritar que vamos que salgan de una vez pero apenas me quedan fuerzas para agarrarme de la próxima rama y saltar a otra y las manos en carne viva raspan la corteza pero se aferran y no dejan de sangrar y algo en mí quiere que termine, que me eche a morir y me agarren por fin como a un conejo, pero sigo escapando y sé que detrás de estas enredaderas y esta rama y este árbol sólo hay otra rama y otro árbol y otro salto y jadear y otro salto y otro más y después caminar, a lo sumo caminar.

–Falta poco –dijo Mariano Moreno y de pronto se paró.

–¿Qué pasa? –gritó Chaves–. ¿Qué pasa, viejo? –y quiso zamarrearlo pero se contuvo, porque lo que falta es que se ofenda y después me haga alguna maldad este, así que escupió una espesa baba verde, se metió otro montón de coca para dormir esa muela que le daba tirones cada vez más fuerte y gimió–: ¡Pero debe estar ahí nomás, Moreno! –casi podía olerlo al tipo ese que se le escapaba de las manos por culpa de este boludo. A lo mejor estaba ahí, escondido, esperando que pasáramos de largo, aunque sólo el indio podía saberlo en este laberinto.

–Estando cerca –el indio se fue al monte porque otra vez había llegado la oscuridad y Moreno no iba a seguir porque "De noche no conociendo, de noche no conociendo", había gritado la primera vez, como cuatro noches y atrás y ahora se iba solo, lejos, todo lo hacía solo, mear, comer, y ahora Chaves escuchó su grito que le erizó la piel. Ahí, entre las hojas, invisible, apretaba las dos manos contra la boca,

un solo aullido, como un llanto, un desgarrón, y decía que oraba a cristo pero no sé y ahora volvía.

–Tenemos que seguir, Moreno –pidió el sargento desesperado.

Pero el indio se quedó con la vista baja, asustado, como cada vez que caía la oscuridad. De noche era hombre perdido, era como niño. El sargento casi se arrepentía de haberlo ido a buscar a la casilla de cañas con marco pero sin puerta de la toldería. Lo había encontrado a la orilla del río y quién sabe la edad que tiene, 80 o más, y todavía se tira al Bermejo entre los remolinos, a pescar palometas con un palo, y si alguna no le muerde el tendón para atraer con la sangre a las otras, el viejo pescaba unas cuantas, se las comía crudas y se quedaba debajo de un árbol así como dormido con los ojos abiertos tal cual lo habían encontrado esa vez cuando la nena se me cayó sobre el brasero y se quemó el bajo vientre y los muslos, Chaves se la trajo ahí, debajo del árbol, y el indio la tuvo con él dos días y dijo cosas y le puso grasa de pescado, dientes de palometa y bosta de cabra en la llaga y la nena se curó.

–¿Pero si suenan los tres balazos? ¿Si la patrulla del ejército llega antes? –protestó el sargento, pero Moreno seguía con los ojos bajos y hasta mis hombres sabían que no era yo, Chaves, que era el indio quien mandaba ahí adentro, el único que podía encontrar a ese tipo y después sacarlos de la selva, así que el sargento se mordió el bigote y dijo–: Coman.

Los gendarmes se sentaron entre los árboles. Chaves repartió las raciones, esas cajas de cartón "usaf" que habían regalado esos que iban y venían en helicópteros pero él ni tocó el pollo asado, la bolsa de polietileno con ensalada de espárrago, el postre. Sólo sacó el último LM del último paquete de cuatro cigarrillos que le quedaban y pensó qué carajo va a pasar si vuelvo con las manos vacías, y si fuera cualquiera todavía pero era ese tipo, justo ése y cuando el mayor le había dicho: "Se escapó uno y vos lo vas a agarrar", había tragado esa cerveza tibia, como orín, y dijo: "Sí, señor", y puso la botella vacía al lado de las otras doce que había sobre la mesa del mayor y entre los jejenes que no dejaban de joder y ese calor de 38 grados en el cuartel aunque fueran las cuatro de la mañana y el ventilador zumbaba inútil, sintió la amargura del mayor. –Ahora vienen. Cuando está todo hecho. Y se quieren llevar los laureles –dice y toma. Hace mucho que Chaves

quiere pedir eso porque me faltan cuatro años, señor, para la jubilación, y no importa adónde sea el traslado, pero ojalá pudiera ser aunque sea a uno de esos pueblitos ferroviarios de la cordillera porque no me importa palear nieve de las vías o apuntalar paredes, pero podría mandar a los pibes a Mendoza a estudiar algo: claro que no es momento y después habría tiempo para pedir.

–¡Los hice pedazos en veinte días! ¿Y para qué? ¿Para qué ahora los pescados gordos se queden con la tapa de los diarios con los ascensos y los camarógrafos de la televisión? –y el mayor que ahora lo miraba con esa fijeza rara, alucinada, sombría, antes de salir de su casa le dejaba a su mujer todos los días una contraseña como ser fósforos rancherita y a la noche cuando volvía la mujer tenía orden de no abrirle (salvo que quisiera rector lonjazos) si él no decía la contraseña justa y todos los días cambiaba de contraseña, y mucho antes que estos barbudos de ahora pensaran aparecer el mayor veía tipos así en sueños y se despertaba gritando y daba batidas contra todo campamento o tipo raro que andaba por ahí por las dudas y mejor prevenir y traía a señores de la capital que daban conferencias sobre los disfraces infinitos y sutiles que se ponían los masones y los herejes para engañar, para corromper, para destruir y somos cruzados Chaves, y días enteros se metía en su casa y rezaba y se castigaba con alambre de púa hasta sangrarse, pero ahora esos se habían aparecido en serio y el mayor se había tomado esa guerra como propia.

–¿No tiene bastante el ejército con los de Embarcadero? ¿Qué se meten aquí?

Chaves pensó que eso sí era jodido. Seis meses y todavía no habían acabado. Después de lo de Salta y otros asuntos parecidos de repente, por la frontera norte, eso de Embarcadero. Y aparte esa tensión, esos líos en las ciudades. La cosa estaba fea. Alguna vez iban a terminar con ellos pero iba para largo. Y apenas un mes atrás, de repente, estos otros aquí. Y parece que no tenían nada que ver con Embarcadero. Habían reclutado un hombre nuestro que contó que eran unos treinta divididos en tres campamentos, y teníamos listas, con nombre y apellido y todo. Pero de pronto le perdimos el rastro y como no le habíamos contado nada a ejército y policía nos la tuvimos que tragar, pero parece que ellos tenían sus informantes, cada uno por su lado, y no

nos decían nada hasta que una tarde de repente se apareció un hachero en el escuadrón con un papel que le quemaba las manos y que ni sabía leer, y decía esas cosas de siempre, esas que me envenenan porque si hasta el indio éste que se llama como se llama porque un día llegaron dos empleados del registro civil en un camión a la tribu antes de un comicio y les dijeron que tenían que elegir para el padrón un nombre y les mostraron una lista: Manuel Belgrano, Cornelio Saavedra, Juan Larrea y todo así, y al viejo parece que le gustó cómo sonaba ése y se llamó Mariano Moreno, y si hasta a este roñoso no le falta de comer y no se queja, ¿estos tipos quiénes se creen que son para sacar las cosas de lugar? Y no me pagan por opinar, pero la proclama decía las cosas de siempre: "Tus hijos hachero que a los 7 años van a los obrajes y por cada quebracho que volteás te pagan 100 pesos que nunca cobrás porque antes te los sacó el bolichero a cambio de un kilo de pan y pensá que cada día que sigas volteando árboles será para hacer más lujosa la casa del patrón y pensá en el hambre". Y como si por eso pudiera ese tipo darse el lujo que se dio conmigo y uno hace su trabajo pero cada uno en su casa y Dios en la de todos y yo también soy hijo de obrajero y no tengo por qué aguantarme esas cosas así que cómo le voy a dar cuando lo encuentre porque mirá justo escaparse ése. Cómo le voy a cobrar lo que hizo y ojalá para él sea fiambre antes que le ponga la mano encima.

Pero hacía cuatro días ya y nada.

–Vamos –dijo Chaves, temblando de fiebre, sudando frío. Moreno había dormido arriba de un árbol, allá a escondidas. Estos indios siempre haciendo las cosas así y te miran y parece que te cargan; a veces dan ganas de patearlos.

–¡Apúrense! –gritó Chaves, aunque Moreno ya se iba en la niebla, entre los árboles, como un ciego por el monte que no se desviaba un milímetro del conjeturado camino que había hecho el fugitivo horas antes. Moreno tenía una certeza de sonámbulo, como si en ningún instante dejara de ver al que perseguía y allí donde los yuyos ni estaban tocados y nadie podía descubrir rastros de él, con la furia impersonal de los sabuesos que tienen que cazar no importa qué, hombres, conejos, corzuelas, pero atraparlos, seguía invisibles huellas, arrastrado por todos los ojos y las narices y los oídos de su cuerpo, siempre más allá.

Sonó un disparo.

–¿Qué fue? –dijo, pero Moreno ni se dio vuelta. Sentí bronca, ese mal parido se me iba de las manos.

–¡Apúrense! –y ahora corrían por un barro resbaloso y esas espinas de los vinales les rajuñaban las caras y no sólo la muela sino esas puntadas en el estómago ahora y la fiebre fría y ese cucho de pronto.

–Estando –dijo el indio que a veces hablaba así y al fin terminé entendiéndolo.

Ahí estaba.

–Tiren a lo que se mueva –dijo Chaves–, y sin asco, porque anda armado –se acercaron sin ruido. Estaba, de espaldas, contra un árbol. Tiré primero. Pero el cuerpo no cayó. Seguía así, como escuchando algo.

–No es –dijo el indio–. No es este.

–¿Cómo? –de dos saltos me acerqué. Tenía un agujero en la cabeza.

–¿Y este quién es? –lo agarró al indio–. ¿De dónde salió? –pero debajo de su mano el brazo musculoso del viejo se ponía duro y había bajado la cara, desafiante y era una piedra que miraba sin expresión.

La cabeza de ese tipo. O lo que quedaba de esa cabeza. Le habían arrancado los ojos y los labios y estaban los dientes al aire, en una sonrisa en carne viva. Faltaba un pedazo de nariz. Moreno fue el único que pudo irse de ahí, dejar de mirar.

Ahora se paró como si escuchara dentro suyo, mientras esas enredaderas gordas y húmedas abrazaban, copulaban, apretaban como pulpos, a esas hojas de palmera, a esas ramas de quebracho, cerrándose como si nunca nadie hubiera andado por ahí antes.

–Nuestro va herido –y olfateó agachado y encontró sangre, muy poca, y después los rastros se perdían pero Moreno ordenó seguir y los gendarmes hachaban ramas abriéndose paso tras su saña impersonal, desapasionada, implacable.

Después escuchó de nuevo y miró las hojas de una rama. Miró mucho tiempo esa rama.

–Ahora lo sigue el malo –dijo.

El sargento sintió un escalofrío.

¿Qué malo?

Moreno indicaba de nuevo el camino a las hachas.

Chaves masticó un segundo su bola de coca. –Tenemos que llegar antes.

–¿Que el ejército? –preguntó alguien.

–Antes que el tigre.

–¡Quedate ahí! –gritó la voz y las sienes me laten y corro entro los árboles pero la voz detrás mío:

–Te dije que te pares –y me doy vuelta pero no hay nadie y–: Voy a disparar –y espero, pero ahora juegan conmigo y no van conseguir que me vuelva loco aunque la voz dice: –¡Aquí estoy! –y ahora gritan como seis a la vez y ese zumbido en los oídos crece y como si uno de estas moscas que me rondan y lamen se hubiera quedado adentro de mi oído tan enjaulado como yo dentro de esta jaula verde que me acosa y me sofoca y me asombro de no sentir asco por agarrar esta garrapata que cerca de la tetilla me chupa la sangre y el zumbido es tan fuerte ahora que me alegra porque no escucho más las voces que llegan como de muy lejos y yo grito: –¡Tiren de una vez! –y preparo mi fusil, aunque inútilmente, porque detrás, bien reparados, juegan apuestas a quién me pega en los ojos o en la nuca o en la sien.

–¿Para qué seguir? –y ahora es la voz de ese tipo que hablaba un correcto español para extranjeros y me interrogó al final y no me pegó.

–¿Usted también está en esto? –y gritó triunfante–: Así que también –pero no hay nadie, en este monte nunca hay nadie, salvo altoparlantes para torturarme y mi oído no pierde nada, una rama que se quiebra y el monte contiene la respiración y va a lanzarse encima mío y yo me doy vuelta y voy a apretar el gatillo hacia cualquier parte y esa voz grita–: ¡Apunten! –y de pronto descubro que la voz usa mi propia boca para salir pero ahora la freno y el que para muere y me balanceo y salto pero esa otra rama queda lejos y caigo y golpeo contra esa cosa durísima y la boca se llena de barro y hojas y debajo del barro está esa piedra y el barro hierve de hormigas coloradas y grandes y ahora también hay sangre entre los dientes y la trago porque hace dos días que no trago nada y algo quiere quedarse aquí, dormir, y cómo me duele todo el cuerpo y ya ningún miembro me hace caso, ninguno se levanta–. Vamos pie –pero nada y–: ¡Vamos ojo, abrite! –y las manos se rebelan y están laxas y ajenas mientras ellos se acercan y es que saben que voy

a caminar cada vez más despacio hasta que un día no voy a resistir más y no van a necesitar correr porque el que se va retrasando soy yo y así me encontrarán dormido o muerto y no sé cómo hacen pero siempre me encuentran el rastro–. ¡Arriba, pie! –golpeó con la puntera, ¿con qué puntera?, si mis botas de lona ya estaban destrozadas cuando me agarraron y son mis dedos, con esas ampollas que revientan pus los que golpeo contra el barro tocando las rocas que hay debajo pero acá hay una mano, la conquisto, luego otra, me empiezo a parar y ya camino no sé cómo de nuevo, en zig-zag, aunque ya ni sé si son zig-zag o círculos o si vuelvo a donde estuve ayer, entre los árboles enemigos de los que ni siquiera sé cómo se llaman y digo lapachos o jacarandá o palo borracho pero nunca sé cuál es cuál y siento los restos de mi camisa militar pegada, mojada como cada partícula de mi cuerpo por esta ahogante garúa gris que no deja de caer día y noche, y recién deja de ser gris allá arriba, lejos, cuando las ramas se entrelazan y hacen el techo de esta cueva y allá debe estar el sol pero acá sólo jejenes que muerden y víboras o miras telescópicas que me siguen entre las hojas.

–¿Cuánto hace que no comés? –me hago que no escucho.

–Dos días –se contesta ella misma.

Hay otro dentro mío que me abre los labios. Y lo voy a matar, si sigue lo mato.

–Ahí –dice la voz. Aprieto los dientes. –Batatas –dice igual. Y ya no sale de mí. Viene de atrás y me sigue.

Unas hojas filosas y húmedas en el barro, entre flores blancas y helechos y cuántas son y tengo los labios hinchados ya y si comiera mato a este sueño feroz, estos mareas, estas oleadas de debilidad y es cierto y las hojas son así, finas y largas y no veo por qué que en la cocina mamá tenía una olla con una batata no pueda haber entre tanto verdor algo que se pueda comer, así que arranco las hojas y sale esa planta que es lo más parecido a una batata que vi nunca y la voz dice: "Ves", y estoy salvado y contengo la respiración y muerdo un gran pedazo y trago una, dos, tres veces. La arcada empieza en eructo y ahora vomito toda esa hiel amarguísima y negra y puntadas salvajes y una coz en el vientre me dobla y me cortan la respiración y me revuelco por el suelo y me quedo de rodillas.

–¡No! –gritó el teniente Federico y escuchó esos aullidos, y entre

los yuyos apenas se veía ese cajón con Rogelio encogido adentro con la cabeza deshecha y masa encefálica desparramada y esos seis agujeros de proyectil que agujereaban el vientre que le habían disparado por la espalda y le habían expulsado las visceras.

–Ya te enterré –dijo el teniente–. ¡Por favor! –pero el cajón seguía ahí de modo que Federico empezó a escarbar la tierra con el cuchillo, con la culata, con las uñas y de pronto miró y ya no había nada y estaba haciendo una fosa para nadie y entonces corrió y los aullidos seguían, como de cerdo que van a degollar y esa madrugada abrieron los calabozos y dijeron "con todo" y nos sacaron de a uno al pasillo y alguien gritó "métale Chaves" y el hombre de enormes bigotes grises y voz demasiado imperiosa para un cuerpo tan enjuto me ató con bronca las manos a la espalda con una soga y se quedó con el cabo de la cuerda entre sus dedos y me obligó a trotar pegándome con el nudo de la soga durísimo y grueso y con la culata de la ametralladora hacia ese campo iluminado por los faros de los camiones y de pronto hubo una doble fila y yo pasé por el medio y todos me pateaban y me trompeaban y me obligaron a arrodillarme mientras los faros de los camiones iluminaban ahora una rama de la que cuelga una cuerda con lazo que se balancea y será para mí pero los faroles se apagaron y de pronto iluminaron a tres de nosotros que estaban ahí, contra unos yuyos, con los ojos vendados y a diez pasos cinco gendarmes apuntándolos armas al hombro y suenan los balazos y como ellos grito porque me siento morir aunque las balas son de fogueo y de pronto eso se apagó también y me llevaron a las patadas hasta una mesa con una lámpara de kerosén y habíamos matado a tres de ellos y ahí me muestran a Rogelio en ese cajón todo encogido y alguien me pega puñetazos en el hígado y pregunta, "¿quién es este, cómo se llama?", y Rogelio estaba vivo cuando nos agarraron.

–Si canta el gallo no me pegan –dice tras ese tronco Eusebio, pero dale, viejo tractorista no me jodas porque después de la paliza me tiraron con vos en el calabozo y siguieron con los otros y yo tenía los labios amoratados, me sangraba la nariz y tenía un ojo negro y las rodillas con la piel pelada y todo el cuerpo lleno de moretones y oigo cómo les toca a los otros y no sé cuándo pero cantó el gallo y al coya no le pegaron y antes de la luz nos sacaron de nuevo a todos y uno

de ellos le desgarró la camisa a Rogelio porque dijo que había que degradarlo posmortem y a mí, justo a mí me hicieron recoger unas gasas ensangrentadas que había al lado del cajón y nos hicieron cavar un pozo y en los otros cajones estaba nuestros otros muertos y después nos hicieron clavarle las tapas a los cajones y los tiramos a esa zanja que cavamos y después de taparlos con papeles ellos los rociaron con nafta y de pronto todo ardió y las llamas nos alumbraban los rostros, con su calor sofocante al borde del monte, y ninguno de nosotros se miró y uno de ellos dijo: "así termina esto", mientras el humo despacio nos envolvió a todos y unos oscura bronca me hirvió en las tripas, en la garganta, en el gusto amargo de la boca y ese Chaves me veía llorar, así que junté lo que pude y le estampé ese gran gargajo verde en la cara.

–¿Y para qué gritar? –dijo la diabólica voz y me doy cuenta que estoy gritando todo esto aquí, solo, y se lo cuento a nadie en medio de la selva y quiero callar y no puedo y corro entre los árboles porque el que para muere.

–¿Y ahora? –la voz es un látigo que tengo adentro y me va a dejar en paz o te mato pero la alcahueta se ríe y de pronto es la paz y me sorprende cómo puedo entender esta hoja, esta simple hojita. Entiendo sus nervaduras que como las rayas de mi mano en las que ya puedo leer mi futuro, pero no quiero, bajan hacia ese tallo que cruza justo por el medio de la hoja y siento una flojedad en todo el cuerpo y antes que nada aquí en la frente pero entiendo esas huellas en la hoja con una intensidad increíble, veo con una agudeza casi dolorosa que en la superficie de la hoja hay multitud de rayas, de ríos escondidos que bajan hacia ese tallo, ese centro de la hoja que de pronto es centro del mundo que ojo alguno que no sea éste mío iluminado por la Gracia, o qué sé yo por qué, podrán ver jamás y ahora entiendo a ese loro que cruza y esa víbora enroscada que me mira y a esos escarabajos y hay un íntimo contacto entre yo y todas las cosas y una purificación que me hace sentirlas como si yo fuera esa hoja.

–¿Por qué no me comés esa hoja? –dice la voz.

–No –digo yo–, no voy a comerme a mí mismo y además ya no tengo hambre.

–¿Por qué te reís? –y me duelen los golpes que en mi carne, en mi pecho lleno de ronchas le estoy dando a ella. Pero cierta felicidad

me invade. Ahora veo todo. Detrás de esos troncos sé que hay una barranca y abajo corre el río y la felicidad ya es una congoja incontrolable y sé que no puedo hacen nada porque el peruano va a sallar de una orilla a la otra del cañadón que es muy angosto pero abajo el río está seco y erizado de rocas en punta y esperá, Puntero, esperá que hachemos este árbol y pongamos, el tronco como puente y crucemos agarrándonos con las manos en esta huida atroz, mientras ellos nos persiguen por el monte como a corzuelas, como a vizcachas, como a cachorros sin madre, y cada vez que suenan tres tiros y nada más es porque cazaron a uno de nosotros y se avisan entre ellos y en esta retirada atroz hacia el norte, en esta huida sembrada de nuestros muertos vos quedaste atrás, Puntero, y, ¿por qué tengo que ver de nuevo cómo te despeñás, cómo perdés pie, cómo caés y tu columna vertebral golpea contra el filo de una roca y se parte y hace crac y nosotros bajamos y vos estás boca arriba y gritás mátenme y queremos levantarte pero aullás todavía más fuerte y lloramos de rabia y ellos están detrás de nosotros y entonces yo te muevo pero siento que es una tortura para vos y entonces Rogelio trata de curarte pero cómo y ahí estamos, metidos en ese cañadón y entonces Pedro llora y dice perdoná hermanito y te pega un balazo en la cabeza y allá en el cañadón está enterrado tu cuerpo todavía caliente y tu sangre llama debajo de las piedras donde está la cruz que la próxima crecida se llevará, Puntero, que robabas cerámicas de las tumbas indias allá en tu pueblo para poder comer y a tu padre se lo llevó una inundación como la que con el deshielo se llevará también tu cuerpo y como a él nunca hallarán tu cadáver y a los catorce años aprendiste las mañas y te fuiste con tu madre a vagar por los pueblitos y a jugar a las cartas y hacías trampa y cuando perdías entregabas uno de esos relojes berreta y escapabas y quién sabe cómo llegaste acá y en alguna villa entraste al partido y después querías acción verdadera y así te conocí, aquí, en el monte y nunca hablabas y ahora tengo que decirte que lo único tuyo que no me gustaba era que ibas solito a comer barras de chocolate que te robabas de la despensa y una vez Rogelio te castigó haciéndote cumplir dos turnos seguidos de guardia y te habló del hombre nuevo que estábamos ayudando a alumbrar y de la moral socialista y que lo que hacíamos no tenía sentido si no cambiábamos al hombre por dentro, y vos escuchabas en silencio y

nunca supe si entendías, Puntero, hasta esa mañana en que Aníbal, el perforador de Comodoro, tomó agua sucia, al principio de esa huida, y nos habíamos quedado sin agua ya y entonces un parásito se le subió a la cabeza, y Aníbal, que había estado preso por poner bombas y que a sus compañeros del sindicato les dijo seriamente que tomaran la comisaría por asalto para liberarlo y que no se reía nunca, de pronto empezó a reírse porque ese parásito, ese virus o qué sé yo, se le metió en los sesos y entonces se sentaba arriba de las ramas y se reía y no daba un paso más y nos atrasaba a todos y entonces lo agarraste vos que no eras más alto que un pibe y te lo subiste a babuchas y él riéndose siempre en medio de nuestro silencio caminaste con él mucho tiempo hasta que de pronto sentimos que no se reía más y estaba muerto como Pedro, que al día siguiente que te despeñaste nos acostamos dos horas para poder seguir y cuando Rogelio nos sacudió Pedro no se despertó más porque se había muerto de hambre y esas dos cruces perdidas en el monte y enterrar a nuestros muertos y seguir sin saber quién de nosotros ahora cavaría la fosa del otro y: –¿Esa música? –dijo la voz.

–No siento ninguna música –miento porque esos aullidos sofocados, esos ayes crecen y es como si los tuviera al lado en esta frágil intensidad con que todos los ruidos del silencio del monte me acarician o me arañan o me golpean y hago un rodeo extra no sólo porque sigo caminando en zigzag sino porque detrás de esos yuyos está el barranco y al fondo Puntero esperando el tiro de gracia. –Pero no son sus quejidos –dice la voz.

–Sí que son –digo–, ¿qué puedo hacer ya por él? Dejame en paz, voz.

–Son vagidos –dice la voz que me raspa la garganta al salir ronca y gruñente sonando como jamás sonó mi voz, ésta que ahora habla y a la que la otra, la mala, la que igual sale de mi boca para acosarme todavía más, no puede acallar. Pero ya no la enmudezco. No sé cómo sale. Es otro adentro de mí que la empuja afuera, sin esfuerzo de mi laringe, salvo esa raspadura en la garganta, sin participación de mi voluntad y mi conciencia, y por culpa tuya, voz, van a encontrarnos, por culpa de tus rugidos que quieren volverme loco, pero no me tendrás aunque cuentes todo, aunque ahora suenes así afuera de mí, lejos, adelante, arriba.

–Vagido de niño –dice la voz. A esta hora Celia prepara el baño

caliente para el hijo que ni conocés. ¿Tanto apuro tenías? ¿El mismo día en que él nació tenías que subir? ¿No podías esperar? –Eran órdenes –y qué lejos está mi casa, qué lejos ese quinto piso frente al parque Lezica y el televisor prendido en la otra pieza y Celia cosiendo ositos amarillos para el varón o la nena que vendrá y yo corrigiendo deberes, parciales, trabajosas traducciones de De Amicitia, dístico de Catulo, odi et amo y tengo los zapatos sacados y la estufa calienta toda la casa y nada me gusta más que estar al lado tuyo y escuchar eso que te late y patea suavemente adentro y fumar este cigarro y la comida está en el horno, la coca cola en la heladera y nunca vas a perdonarme.

–Un profesor de latín –ríe la voz.

–¿Y qué tiene?

–¡Un tipo flaco que enseña latín! –precisa la voz– Y se echó al monte –ríe. Y los vagidos de mi hijo no quiero oírlos ni quiero que aparezca aquí y que vea en qué se ha convertido su padre.

–Sáquenme –grita eso que viene de arriba y no me vas a engañar más, de modo que sigo de largo pero –por mi culpa señor, por mi grandísima culpa– y levanto los ojos y veo esa mano, ese puño cerrado entre las hojas que aparece y desaparece y el retumbar contra un pecho y me acerco más al tronco. Y allí me veo, en Sosa que está colgado de esas ramas y grita y aúlla y jadea y reza y me veo en el sudor que sale en gotitas de sus ojeras, que le baja de la nuca y su piel amarilla sin nada de grasas ni carnes ya, y esos ojos como perdidos, agobiados por el hambre, deben ser los míos y no puede ser Sosa porque murió no sé cómo, se perdió en el monte después que nos atacaron y empezó la desbandada, y no lo vimos más y una de las tandas de tres disparos que oímos en el monte estábamos seguros que era él. Sosa el cajero.

–No –dijo–. No quiero verte, Sosa.

Pero él baja los ojos y no me ve porque dice:

–Me entrego –y se desliza del árbol y no abre los ojos y veo que en la mano tiene esa hitachi, increíble en medio del monte esas voces, un locutor paraguayo o chaqueño o boliviano, quién sabe qué, dice: Paul Newman y Julie Christie juntos y en Cinemascope, véalos en... pero la estática corta su aviso y Sosa sigue con los ojos cerrados y me agacho sobre este sueño y a este fantasma todavía le late algo adentro y entonces le levanto la cabeza y abre los ojos y saca todos sus dólares y los ofrece y dice sin ver:

–Agua.

–Pibe –sacudo–, che Sosa. Abre de nuevo los ojos.

–Soy yo –le digo, y entonces, aunque me miraba, recién me ve, cierra los ojos y dice: "Vos", y después de un rato: "¿Estás vivo todavía?".

cuántos días se habrá pasado arriba de ese árbol. Le acaricio la frente, húmeda. Un yingle. Ahora recojo esos dólares del pasto y se incorpora sobre sus codos.

–¿Para qué? –dice–. ¿Para qué Federico? –y ese viento, esas alas sobre nosotros, y no quiero mirar pero veo las cabezas de víboras y los dientes y los locos asesinos y los cuerpos enormes, de arañas o ratones y sus patas se tienden hacia mí, pero es mejor quedarse quieto y sus alas membranosas me provocan, me abanican y sé que si no les miro los ojos a esos pájaros víbora araña murciélago no van a hacer nada más que acecharme.

–Vamos –le digo.

–¿Adónde?

–A Embarcadero.

–¿Y cómo? ¿Por dónde?

–Vení.

–¿Y para qué? ¿Cuántos quedamos? ¿Cuántos vivos?

Sacude la radio. El golpe, la humedad, qué sé yo. La cosa es que ahora no habla más.

Me mira con rencor.

–Llegaste vos y no funciona.

–Vamos –digo.

–No.

Los tenemos encima.

–Ojalá –dice Sosa–. Hace días que escucho los 3 disparos y estoy gritando como loco para que ellos me encuentren. Pero nunca vienen por mí.

–Ya vienen –digo–. Me escapé. Los tengo atrás como jauría.

–¿Sí? –dice–. ¿Cierto?

–Vení –y digo y trato de levantarlo.

–¿Así que los tenés atrás? –y me ve el fusil de reglamento que robé.

Hay una luz que no me gusta en sus ojos,

–Esperás. No tengo fuerzas.

–Apoyate en mí.

Sosa bostezó y después habló con los ojos cerrados,

–Me abro pibe. No sé cómo me metí en este lío. Yo no sirvo para esto.. Voy a entregarme.

Sosa abrió los ojos y vio que el muchacho flaco, de rala barba rubia y ojos incendiados por la fiebre ahora lo apuntaba,

–Epa –susurró–, qué pasa.

Vi la perpleja sorpresa de sus ojos haciéndose miedo. Se incorporó. Me palmeaba la espalda. Le negué el cuerpo.

–Yo no soy un soplón, viejo. ¿Por qué me mirás así?

Lo seguí apuntando,

–Me conocés del centro de estudiantes, sabés que siempre fui derecho.

Buscaba complicidad, resentido, tembloroso.

–Cuadrate –dijo de pronto Federico. Yo nunca había hecho eso antes.

–¿Cómo?

–Todavía soy tu teniente. Y me vas a obedecer.

Una risa como un sollozo lo sacudió silenciosamente.

–¡Pero si somos los únicos dos que quedamos vivos!

–No sé. Pero aunque así sea.

–¡Dios! –dijo Sosa–. Los dos últimos tipos del frente Simón Bolívar –pero reparó en que Federico lo miraba feo. Hizo sonar los talones desnudos.

–Aquí se entra parado y hay una sola manera de salir. Con los pies para adelante.

Y no sabía si Sosa era un sueño o si esas voces y las campanas que empezaban a crecer eran ciertas o no pero:

–Aquí no se rinde nadie.

Sosa se apoyó contra un tronco y dijo: –Permiso para hablar.

Yo:

–No hay tiempo –pero le di un minuto. Tenía esa llaga enorme, en carne viva, como las mías en las manos, pero ni las sentía, y la suya estaba justo en el talón, así que imaginé cómo subiría el dolor hasta los dientes cada vez que rozaba la rugosidad de una rama, y le dije–: Te alzo.

Él ni me oyó:

–Ni nos dieron tiempo para hacer práctica, ni nos dejaron aprender a caminar y teníamos, las mochilas llenas de cosas inútiles. Y los hacheros nos negaron y más de tres veces y los obrajeros no sabían que moríamos por ellos y nos delataron y fusilamos al soplón ese que quería desertar pero quién sabe cuántos más había.

–¿Y entonces? –dijo Federico.

–¿Y ese contacto que bajó al pueblo y compró en el supermercado 40.000 pesos en latitas y llevaba borceguíes y cargó todo en un jeep y llamó la atención hasta de los ciegos?

–Y qué.

–Ni sabemos el nombre de los árboles, ni las víboras que se pueden comer y las raíces que sirven para hacer una sopa.

–Siempre habrá fracasos y los fracasos cuestan la cabeza. ¿Y para qué te crees que vamos a Embarcadero? Para empezar de nuevo. Esto puede tardar años, Sosa. Y si nos matan vendrán otros y después otros porque nosotros podemos fallar pero la revolución no muere por eso, Sosa, son los brazos y los pechos los que cambian, los que se turnan, los que se reemplazan y sé que aquí había tipos que subieron porque la novia los abandonó o cosas así y que nunca debieron estar, y sé que estábamos solos contra 80.000 soldados, y aquellos por los que damos la vida todavía no nos oyen lo suficiente y estábamos solos, y esto era una gran desmesura, ¿pero había otra salida, viejo? ¿Acaso hay otra manera de cambiar las cosas? Porque lo más fácil es creer que esto fue sólo una aventura absurda que no sólo no podía terminar de otra manera sino que siempre será así para que todos se queden tranquilos y digan pobres muchachos, pobres desesperados, pobres neuróticos, pobres resentidos y todo siga igual, y todos con el collar puesto y una lápida piadosa nos aplaste y seguí regando el jardincito papá y ustedes sigan nomás en el café hablando de Lenin y pagando de paso la cuota del departamento.

–No hagas discursos –dijo Sosa–; discursos para las víboras, los monos y los murciélagos.

–La revolución viene, Sosa, como el sol que sale por la mañana, y vos lo sabés.

Sosa aplaudió despacio, mirándome con ojos torvos.

–Eso se llama decir el mensaje –sonrió con vago odio y cerró los ojos.

–Mi papá necesita a alguien que lo ayude en la sastrería –dijo–, y estoy cagado de hambre y ése es mi mensaje. Hago cualquier cosa ahora por una frazada, un mate cocido y un catre. Y para que no me peguen. ¿Por dónde se sale? Nunca debí venir aquí.

Y todavía no supe si esa voz no me salía de adentro porque eran mis exactos miedos y mis palabras y claro que soy débil y que esto es más grande que yo.

–Vamos –dije– no me hagas perder tiempo.

–Justamente es lo que quiero –gimió Sosa, pero yo me levanté y entonces Sosa cayó sobre mí con su cuchillo y me lo hundió en el muslo.

–Ahora te vas a quedar acá a esperarlos conmigo.

Y fue lo último que dijo porque levanté mi fusil y lo ajusticié. Y cuando vi su cuerpo y lo toqué supe que no era mi voz.

Ese resplandor me hizo sollozar y caí de rodillas y las campanas eran más fuertes y entreví ese llano.

–Sosa –lo sacudí–. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo no te diste cuenta? Acá terminaba el monte –la sangre me corría por la pierna, así que me saqué lo que quedaba de mi camisa y me até, bien fuerte, y ahora corro hacia ese llano como un oasis y una brisa de mar, un aire frío, me sacudió. –Papá –dije porque ahí, en medio de ese desierto al que no le veía fin estaba esa carabela que vos me habías comprado una vez cuando era chico adentro de una botella y ahora era enorme, una carabela real anclada en tierra con las jarcias rotas y el viento soplaba entre los jirones deshechos de las cruces rojas de las velas y las enredaderas subían por el palo mayor y las rosas estallaban por las escotillas y las telarañas tejían entre los palos sutiles aparejos y la carabela navegaba hacia ninguna parte y las piedras redondas me refrescan los pies mientras entro en estas calles angostas con rejas de madera del techo de tejas a la vereda de losas y los claveles asoman sobre los paredones rosas o celestes y los enormes portales claveteados donde voy a dar un aldabonazo recién entiendo para qué están aquí y entonces me escondo en un zaguán, porque los soldados pueden pasar en cualquier momento, la ronda y sus caballos que correrán hacia mí por el empedrado de las calles tan angostas que se pueden tocar las dos paredes frente a frente con sólo estirar las manos y digo, despacio:– ¿Dónde está tu cocina mamá?– porque quiero jalea de

naranjas, y ese Ramos que se llamaba como nosotros y será por el 1780 y se levantará contra el virrey y le cortarán la cabeza por rebelde y alzado y se la pondrán sobre una pica que busco pero no la veo y es que todavía tengo puesta su cabeza porque será esta la que van a cortar y entonces los soldados españoles saldrán por una de esas esquinas cuadradas y nunca encontraré la paz de tu cocina y de tus potes de dulce y dónde me voy a esconder en una ciudad donde pronto me buscarán y me cortarán la cabeza porque así está escrito y entonces es inútil que me esconda y salgo al medio de la calle de nuevo y ahí están esos cañones tirados en el medio de la vereda y me agacho en esta tarde del siglo XVIII en esta ciudad que ni siquiera conozco y en el cañón está el escudo Carolus Quintus Rex Orbis y los piratas atacan desde donde sopla el mar, y ahora las cruces, mamá, las grandes cruces negras clavadas en las paredes de esta callecita que sube hacia una de las iglesias que son una de las etapas del vía crucis de Semana Santa que esos encapuchados que no veo cruzaran furtivos en medio del humo de los velones agobiados por la Imagen que llevarán a pulso y de rodillas y al fondo está la plaza de donde Hernán Cortés saldrá a conquistar México y golpeo los portales de los palacios y mis llamadas resuenan hasta el fondo de los últimos patios, de los últimos aljibes y no hay nadie pero pronto esto se llenara de gente y serán ellos, la jauría que jadea detrás, cada vez más cerca y habrá para mí mastines y garrote vil en nombre del rey y golpeo pero sólo las monedas de los tesoros acumulados y avaramente ocultos a los piratas dentro de las huecas paredes se derraman y tintinean y responden mientras las campanas suenan cada vez más cerca. Empujo este portal que chirria y entro a un enorme salón y al cerrarlo el portal se queja sobre sus goznes, sobre sus herrumbres y las persianas están clausuradas y sé que los murciélagos se ocultan en las altísimas vigas del techo hasta el anochecer pero ya no molestan y que umbría paz hay acá adentro, que enorme frescura frente a la siesta que afuera ahora agobia al pueblo.

–¿Dónde están? –digo. Los veo venir hacia mí, muy lejos, en este salón grande y encerado donde alguna vez entraron los caballeros sobre sus monturas a hincar la rodilla frente al virrey pero no hay trono ahora y este salón es un gran parque pero un salón al mismo tiempo y ellos resplandecen entre los últimos árboles. Y una sola campanita, apenas un cencerro, toca a muerto, allá en la iglesia mayor.

–Bien –dijo papá y su voz resonó en el recinto tan vacío–. En vez de matarlos a ellos se matan entre ustedes, Qué lejos andaban. Qué lentos se venían hacia mí. Y no era papá solo. Eran todos los que me conocían los que hablaban así y estaban irritados, culpables, con el culo sucio.

–Te escapaste al monte el día que nació un hijo que ni siquiera conocés –dijo mamá.

–Te escapaste porque tenías que pagar las cuotas del departamento y no tenías plata ni ganas de conseguiría y el hogar burgués se te cayó encima de la cabeza –dijeron muchos.

–¿Se sienten mejor por eso? –dije–. Y cuando lleguen los que me están cazando se van a sentir tranquilos del todo y por fin tendrán paz y este feo asunto habrá pasado y todo será como antes.

–Cuando quise pelear por España fui a España –dijo papá–. Tengo derecho a decirte... –¿Derecho a qué papá? ¿Y qué queda ahora de todo eso, papá? Despacio las cosas te fueron triturando y te recibiste de abogado y ahora tenés una casa en Mar del Plata y te acosan los pagarés y cuando te emborrachás, cantás el quinto regimiento y a veces te ilesa la prensa clandestina y pagás tu cuota para las campañas financieras y eso es todo. Y no tendría nada de malo, claro, si además no te llenaras la boca hablando de la revolución.

Esas voces me torturaban y yo me acosaba y me perseguía pero ellos estaban ahí lejos y yo tenía que saber, ahora más que nunca. –Esa no es la solución –dijo papá. –¿Y cuál entonces, papá? ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué me sentara a esperar que las cosas las hagan los otros? Si vos me diste el ejemplo, papá.

–Tenías una familia –dijo mamá– y lo destruiste todo.

–¡Tramposos! –grité–. ¡Hay algo más que una mensualidad en juego y ustedes lo saben!

–Vos no sos el Che precisamente –sonrió papá–. Ni siquiera sos el Ramos ese. Vos no sos nadie. Vos sos un pobre pibe de 23 años que fracasó y cree que los héroes van al cielo y que la revolución es una aventura. –Vivís en el mal y en el pecado –dijo mamá y le vi esa mantilla de farisea que usa para ir a misa los dominaras y todos usaban mantilla la buena gente como mamá y ustedes los rebeldes de tres por cinco y yo sudaba y ellos venían hacia mí pero no llegaban nunca y yo caminaba hacia ellos pero tampoco me acercaba y entonces lo vi.

Era hermosísimo. Sus ojos llameaban en el bosque de la noche. Y venía despacio hacia mí, por detrás, entre las sombras del salón, entre los árboles y le di la espalda a todos ellos y era el tigre de William Blake deslizándose por esa gruesa rama. Cómo ardían sus ojos dorados de tigre de sueño. –Tiger, tiger, burning bright, in the forest of the night –lo convoqué porque no sabía si era real o si era un sueño– ¿Qué ojo inmortal, qué mano, se atrevió a trazar tu simetría? y de pronto, detrás, lejos, Rogelio dijo:–A la cabeza, Federico –pero eso no está bien, porque íbamos a cazar papá cuando yo era chico al campo ese de Chascomús y siempre me dijiste que no es dé cazador disparar a la cabeza, y sus músculos enormes se estiraron debajo de sus estrías negras y amarillas y sus ojos asustados se abrieron todavía más, como su boca que rugió y entonces supe que ese tigre venía a pedirme cuentas, por el escándalo que contra todos ustedes levanté y roe pedía cuentas por la cachetada que les di yéndome, haciendo bien o mal todo lo que hice pero poniéndolos en falta, mostrándoles que ya nunca más podrán vivir tranquilos aunque ellos me cacen y yo muera, aquí, solo y ustedes nunca sepan más nada de mí o el tigre me devore y venga a restablecer el orden de las cosas que para ustedes ya nunca será el mismo y entonces flexionó las grandes patas y cuando se arrojaba sobre mí disparé a la cabeza y disparé otra vez y el tigre me hincó los dientes y todo después fue rojo.

Chaves llegó cuando el indio estaba junto al tigre muerto: –Era grande –dijo.

El indio mostró la sangre que salpicaba los troncos y había teñido el barro en el que ahora se hundían los pies hasta el tobillo.

–Bueno –dijo Chaves–. Seguro que pierde mucha sangre. Debe estar cerca. Vamos.

–No –dijo el indio.

–¿Qué? –dijo Chaves–. ¿Y por qué no?

–Se fue –dijo el indio– monte adentro.

–¿Cómo?

–Está buscando un lugar para morir.

Chaves miró los ojos del indio que ahora miraba al tigre.

Chaves había oído que cuando los indios sienten que van a morir suben al monte y se pierden. Para esperar su hora. Para morir solos.

Ahora escupió esas hojas de coca. Bajó la cabeza. El indio había dicho no. Tantos días por el monte para después encontrar ese tigre y el indio que decía no.

Miró la selva que otra vez se cerraba delante suyo. La muela le latía más que nunca.

Entonces dijo: –Vamos –y esperó en el mediodía que se colaba como por una persiana entre las hojas que el indio les enseñara el camino de regreso.

¡Dónde están los porotos!

[Cuento inédito, 1967]

A Chana, siempre

Los pies descalzos bailaban sobre la barranca, treinta chicos muertos de frío, levantando tierra roja, bailando para no tiritar, mientras los camiones pasaban por esa curva de la montaña, subiendo o bajando por la carretera, y el aire violeta y ahí abajo, de un lado estaba Valparaíso, tejas y paredones rosados y techos de cinc y escaleras como calles trepando cerros, y del otro lado Viña del Mar, con sus jardines como Versalles y sus bungalows como Nisa y sus trencitos corriendo junto a la playa como en la Costa Azul y ahí, en frente, lejos, abajo, una nube se levanta, más allá que las cumbres y había niebla y eso era el mar.

Un viaje aindiado soplaba un trombón y un muchacho hacía gallos por una trompeta desafinada mientras una mujercita golpeaba un tambor más grande que ella y los tres trataban de sacar una marcha brasileña, irreconocible, y estaban cansados y a cada rato paraban pero el hombre del megáfono les decía:

–Vamos –y entonces seguían, contorsionándose despacio, mientras el hombre de los zancos, gordísimo Oliver Hardy de tres metros, de galerita, daba vueltas y bailaba en medio de la carretera y sacaba la cabeza por la enorme panza para preguntar: –¿Falta mucho todavía? –y lo apuraba con la mano, impaciente, mientras hacía cantar cualquier cosa a los chicos por el megáfono, el twist del Mundial o el Himno Nacional o alguna cueca sobre las rosas, las rosas y los claveles. Y un payaso con la nariz pintada de rojo y el saco de remiendos puesto para atrás bailaba, con las manos, pataleando en el aire entre los camiones, haciéndose como que lo pisaban y se por un pelo y también miraba el reloj pulsera y con ojos suplicantes, desde la carretera, serio bajo la sonrisa de rouge que le iba de mejilla a mejilla, preguntaba: –¿Falta mucho? –pero el hombre del megáfono se encogía de hombros, mientras se componía la voz y ponía la voz de locutor de radio diciendo:

–¡Y ahora, el amiguito Pepito les interpretará la bonita canción!..., –para que por favor no se fueran, para que se quedarán todos. –El candidato no debe tardar –se dijo a sí mismo el hombre del megáfono, para tranquilizarse, él, que era el único que no cobraba un centavo, que era amigo del candidato y además no se metía en la política salvo para hacerle este favorcito al ex-condiscípulo que ahora era candidato a regidor del municipio. Todo un honor. Pero eran las seis y fueron las siete, oscureció y hacía mucho frío y ahora los camiones doblaban la curva con los faros prendidos y el candidato no aparecía. –¿Y, señor? ¿Falta mucho para que nos repartan los porotos? –le dijo una viejecita desdentada, con voz tan temblorosa que hacía pausas entre sílaba y sílaba y que venía envuelta en un pañolón de flecos deshilachados.

–No, señora. Un momentito y el doctor estará con nosotros.

Detrás, sobre el paradero de ómnibus, ondeaba al viento un gran cartel: "Hoy aquí, a la población de Nueva Aurora, 18 hs. Gran proclamación del candidato del pueblo: Dr. Juan Opazo, regidor. Concurrid en masa. Frente Democrático". Y entre la orquesta, el hombre de los zancos, el payaso y los chicos bailando había un enorme ataúd sobre una carretilla de dos ruedas y encima estaba escrito: "Aquí yacen las esperanzas de los políticos". Y dentro del ataúd, con la nariz pegada a los agujeros que había en la tapa, estaba Juan Lerdo, esperando que llegaran los porotos.

Detrás del paradero había un galpón a medio techar y el viento soplaba entrando por un lado y saliendo por otro. Había un estrado y una mesa esperando al candidato y cinco mujeres de Nueva Aurora estaban también ahí, y ese candidato no llegaba nunca. –Otras veces había dicho que venía pero al fin no vino –dijo una mujer sentada en una de las largas mesas de la escuela, porque ese galpón era la semivacía escuela de Nueva Aurora. Las demás mujeres del pueblo habían mandado a los chicos a esperar los porotos porque tenían frío, estaban cansadas y los discursos las aburrían mucho.

–Cierto –dijo otra mujer–. El candidato no viene nunca –dijo, mientras afuera, detrás, sobre la barranca que subía, estaban los ranchos de tablones y papeles de diario y techos de latas oxidadas y cartones con un pedazo de arpillera por puerta, ranchos diseminados por ahí, con precarias cercas de madera sobre la barranca y pisos de tierra

apisonada donde todos dormían, unos sobre otros, y comían y cocinaban y hacían el amor y se emborrachaban y se peleaban cuando al fin del día todos volvían a casa.

Los chicos bailaban y ya estaba oscuro y ni se veía el paradero ni el galpón ni los ranchos hacia donde mujeres con agujereados zapatos de hombre subían despacio trayendo bultos de ropa para lavar desde Viña del Mar sobre las cabezas, y trayendo velas y baldes con agua desde muy lejos. No había luna y estaba oscuro como si ese fuera el fin del mundo y a veces pasaban los faros prendidos de un camión, doblando la curva, subiendo o bajando. Y de pronto, allá abajo, se encendieron miles de luces en Valparaíso, en los cerros, y miles de luces del otro lado, en Viña del Mar, y eran como estrellas que bajaban por las laderas hacia la playa y había un resplandor de luces y barcos en la bahía y en el viento, suavemente, llegaba el mojado olor del mar. Y ellos, desde arriba, podían verlo todo pero estaban cansados y hacía mucho frío para ver nada.

–¿Y? –el viejo trombonista se acercó al ataúd y como estaba tan oscuro y no lo veían habló adentró.

–Estoy bien –dijo con su voz de niño impaciente y malhumorado Juan Lerdo–. Oye: ¿falta mucho? –preguntó.

–No sé –contestó el viejo–. Pero dicen que traen porotos, azúcar y té.

–Vamos, vamos –dijo el del megáfono–. A ver si tocas que para eso estás aquí. Si se me va la gente, no cobrarás un centavo –dijo palmeándolo, empujándolo–. Vamos, toca, hombre, toca.

Adentro, en el galpón, las cinco mujeres rotosas dormitaban, temblando en el viento que entraba por el techo y se colaba por los tablones de la pared y rugía afuera, desde el mar. A esa escuela, donde todos esperaban a ese candidato que no llegaba nunca, a veces venía don Blanco, que además de ser del mismo partido del candidato era dueño de toda la tierra de la barranca. Una tarde, don Blanco los había reunido a todos, obreros del puerto, marineros, estibadores, y les dijo que allá arriba, lejos de la ciudad, en la barranca, les iba a vender terrenos y madera para construir casas a todos los que quisieran. Ellos solamente tendrían que pagarle durante toda la vida, todos los meses. Algunos revoltosos quisieron firmar algún papel, alguna garantía, pero Don Blanco expulsó a esos provocadores. Y así nació Nueva Aurora, a la luz

del día, sin la premura nocturna y subrepticia de las callampas, esas villas miseria que hacen de un día para otro, de una noche de sábado a domingo, en los baldíos de Chile; Don Blanco tenía a la policía y tenía a su gente y prendía fuego a los ranchos de los que no pagaban. La otra salida era ir a la escuela. Porque como en Chile no votan los analfabetos, Don Blanco había levantado a medias esa escuela y los que no pagaban, con tal que se anotaran en los registros de la escuela para votar por él, podían seguir en Nueva Aurora. Y como Don Blanco, que además de ser dueño de toda esa tierra era el patrón del candidato, que era su contador, y como siempre se traía algún regalito, todos sabían que ahora el Dr. Opaso, el regidor del pueblo, no sería menos. Pero el candidato no llegaba nunca. Y ellos esperaban, en la oscuridad, porque tenían hambre. Siempre tenían hambre.

Varias veces alguien gritó: –¡Viene, viene!, pero las noches seguían de largo, subían por la carretera y se perdían detrás de la curva. Ese candidato no llegaría nunca. Juan Lerdo bostezaba dentro del ataúd. El abuelo Roque, un músico jubilado que antes tocaba el trombón los domingos por la mañana en la banda militar, en la plaza de Santiago, siempre se había acordado de él, que ya era grande, porque tenía siete años. Desde que había nacido, para su cumpleaños, el abuelo Roque le había mudado siempre una moneda de 100 pesos delicadamente envuelta en un pedacito de papel higiénico a su nombre, en un paquetito, al poste restante de Viña del Mar, todos los 13 de julio. Juan Lerdo, que era como una gaviota en el verano para tirarse al mar y nadar lejos; Juan Lerdo, que tenía siempre la nariz sucia y largos cabellos negros y ojos tan grandes que siempre parecía asustado, guardaba consigo el regalo del abuelo, siete monedas desde que había nacido, envueltas en papel higiénico, dentro de una bolsita que le colgaba del lado de adentro del overol que había sido de papá y tenía pantalones tan anchos que cabían dos juanes lerdos en cada uno, y quizá las hubiera guardado en los zapatos si los hubiera tenido porque eran el regalo del abuelo –aunque con cien pesos apenas haría un viaje en ómnibus–, y ahora raspaba con sus piecitos descalzos la áspera madera del cajón, esperando porotos. El abuelo Roque, con su calma de indio viejo y sus dedos nudosos y torcidos como raíces tocando el trombón, se había venido de Valparaíso porque en Santiago no había trabajo. Y papá quiso echarlo

a patadas, porque papá era malo y se emborrachaba y decía "el que no trabaja no come" y apenas había dos panes para toda la familia, dos panes chicos, y lo hacía bajar a Valparaíso para cargar sacos en la feria, los miércoles y los sábados, y mendigar por Viña y por Valparaíso el resto de la semana. Si no fuera por mamá también, le habría robado las siete monedas que por las dudas llevaba siempre encima. La herencia del abuelo. Y entonces, para que no le gritaran más al abuelo y no lo echaran y no le pegarán más a él, habían ideado esa sorpresa. Apenas llegaran los porotos, el abuelo los robaría y los metería dentro del cajón y se los llevarían, carretera abajo, rodando a casa. Hacía tres horas que esperaba ahí adentro. Para darle esa lindísima sorpresa a papá. Un cajón de muerto lleno de porotos. Prendió una colilla y echó el humo por lo agujeros que tenía la tapa del cajón donde cabían tres juanes lerdos. El abuelo Roque, pequeño, oscuro, suave, resignadamente panzón, debía estar tan cansado, pobrecito, de soplar por unos pesos miserables que le daría el candidato, que Juan, impaciente, casi tuvo ganas de abrir la tapa y salir de allí y gritar, para que todos los chicos se asustarán y deshacer toda la fiesta, todo el mitín, y al carajo. Pero se contuvo. Los chicos brillaban afuera al son de los golpes de las tapas de las cacerolas descascaradas que habían traído para llevarse los porotos. Oliver Hardy se tambalea al borde de la barranca, con las luces abajo, y ese arrastrándolo hacia la oscuridad de atrás. Siempre ansioso, el hombre del megáfono, con sus cortos bigotes tristes, su camisa a cuadros, miraba el reloj y no veía esperaba a ese candidato que no venía, y un ómnibus iluminado de vez en cuando bajaba hacia Viña del Mar, doblando la curva, barriéndolos con los faros, y entonces sacaba volantes del bolsillo y los arrojaba al viento que se los llevaba ahora hacia abajo, hacia los cerros iluminados, hacia el mar.

–¡Viene! –gritó de pronto al hombre del megáfono, ya ronco–. Es apoteótico, señores –gritaba como un descosido, como había oído hacer a los relatores de fútbol–. Es apoteótica, damas y caballeros, la llegada triunfal del Dr. Opazo, el candidato del pueblo, el amigo de los humildes, el padre de los necesitados, ya proclamado regidor por toda la población humilde de Viña del Mar –pero como el trombón tocaba, de acuerdo con lo convenido, el Himno Nacional, y tan fuerte, la voz afónica, apenas un hilito de voz, ni siquiera se escuchó.

–¡Ya llega! –gritaba– ¡Ya suenan los claros clarines! –gritaba eufórico, en la oscuridad, muerto de frío, como todos; el trompetista tenía que tocar unos acordes marciales pero no se acordaba cuáles y estaba tan cansado y harto y que sin darse cuenta hizo escuchar, claro y preñada de gallos, la marcha nupcial.

–Los porotos –gritaron los chicos–. Por fin –dijeron las mujeres. Subiendo por la carretera, desde las luces de Viña llegó el largo auto negro con banderitas nacionales y el del megáfono arrojó andanada de volantes.

Seguido por el tambor, el candidato llegó al estrado, le pusieron allí una lámpara de kerosén y vio a esas cinco mujeres sucias, lavanderas, mendigas, sirvientas, dormitando sobre las largas mesas.

–¡Distinguidas damas! –empezó diciendo. Era altísimo, flaco, pronunciaba despacio, vociferando respetuoso como si allí hubiera medio millón de venerables matronas de nuestras mejores familias. Parecía un iluminado mesándose la calva mientras la luz del farol jugaba a luz y sombra sobre su cara de halcón que de pronto se enfureció: –¡Una confabulación siniestra de la vieja generación de mi partido nos ha apagado la luz! ¡No me quieren dejar hablar pero hablaré lo mismo! ¡Porque yo no soy de derecha ni de izquierda ni de centro! Yo estoy donde me lo impone el destino.

Un chico eructó. Los cuatro amigos del candidato que estaban en un rincón aplaudieron, solitarios, rítmicos: uno, dos, tres aplausos.

Afuera, el viejo trombonista había abierto la tapa del cajón y con Juan Lerdo ya hurgaban en el coche del candidato.

–Cabrón –dijo el viejo–. No hay porotos.

–¿Cómo? –dijo Juan empinándose, con la colilla en los labios, para mirar dentro del auto, tanteando a ciegas– ¿No hay porotos, ni azúcar, ni té?

–No –dijo el otro–. No los tienen aquí. –Entonces el viejo forzó la puerta del baúl trasero. –Aquí están –gritó por lo bajo–. Virgen santísima, gracias, aquí están.

–¿Y ellos, abuelo? –dijo Juan y sin esperar respuestas empezó a sacar los paquetes y a meterlos en el ataúd.

–Hace dos días que no comemos –dijo el viejo. Metieron todo dentro del cajón.

–Yo siempre he escuchado, con lágrimas de ira, el latido del corazón de los humildes, siempre les he tendido mi mano, siempre he sabido enfrentar a los poderosos de mi partido para defenderlos. ¡Y yo estoy en este partido porque considero que debo estar aquí! ¿Quién fundó la benemérita sociedad de ahorro y préstamo que permitió que ustedes, estimadas señoras mías, a cambio de pequeñas cartas, tuvieran techo seguro? Yo. ¿Quién ofreció la noción de que se les rebajarán los boletos a los bomberos voluntarios de Nueva Aurora los domingos y feriados? Yo. ¿Quién lucho para elevar las tarifas que reciben los esforzados obreros del cementerio de Viña del Mar entre los que se cuentan emprendedores vecinos de esta población? Yo. ¿Quién creó la cantina amiga donde nuestros héroes nacionales, estibadores y marineros, mitigan con una copita reparadora las angustias diarias? Yo. Un auténtico representante del pueblo, un cuidadoso vigía que les protege para que el comunismo no venga a mancillar nuestras sanas costumbres y la austeridad moral cristiana de nuestros hogares. Porque los pobres somos austeros. Mezclamos la alegría con el dolor porque esa es la sal de la vida. Por eso no vengo a pedirles el voto. Pero "si queréis salud y bienestar, por mi tendréis que votar", como bien dice el viejo refrán…

Los amigos aplaudieron, en el fondo, dos o tres aplausos, solos. El chico eructó más fuerte.

Después dijo: –Antes de terminar y de recordarles que soy el primer luchador para que el agua y la luz y los caminos lleguen pronto a esta floreciente población, quiero hacerles entrega de algunos obsequios. Síganme. –Y todos salieron afuera. Entonces, vagamente, algunos vieron una extraña escena. El ataúd, abierto, parecía moverse solo por la carretera. El candidato fue al baúl trasero y no encontró nada.

–¡Traición! –gritó recorriendo el baúl con su encendedor– ¡La vieja generación se ha confabulado contra mí! –Algunos se acercaron.

–No hay porotos –dijeron mientras miraban el ataúd, moviéndose despacio, carretera abajo. –¡El diablo! –gritaron mientras pasaba un camión que alumbró de refilón el ataúd.

–¡Los porotos, carajo! –gritaron los chicos. –¡Ahí se van nuestros porotos! –Y se lanzaron a correr hacia la carretera y entonces un camión que venía subiendo los encandiló con los focos, encegueciéndolos, y tuvo que detenerse para no pisarles y se las atravesó en el

camino mientras el viejo y el chico, empujando al cajón, corrían como locos hacia abajo, en la oscuridad, sin ser vistos, y cuando siguió viaje los otros ya no encontraron nada.

–¡Era el diablo! –dijeron las viejas.

–¡Los comunistas, la vieja generación, todos contra mí! –gritaba con los brazos en alto el candidato mientras la viejita de la voz temblorosa que se cortaba entre sílaba y sílaba, se le acercaba y le decía: –Señor presidente, mi nieto hace un año que no tiene trabajo. ¿No tendría alguna cosita por ahí para él? –Y otra mujer, oliendo a lavandina le tiraba de la manga del saco y obstinadamente le preguntaba: –¿Y los porotos, señor regidor? ¿Dónde están los porotos?

Muy tarde, en la noche, en ese rancho sobre la barranca con su techo de trapos todavía mojados de la última lluvia, colgando por los travesaños sobre la pieza como estalactitas, con ese enorme ataúd que casi llenaba toda la única pieza donde había un brasero, cajones rotos, una palangana, y unas mantas para dormir, el padre, fríamente enfurecido, le gritaba a Juan Lerdo y al viejo: –¡Qué porotos ni porotos! ¡Ni siquiera son porotos! Es harina tostada. La más barata, la más miserable. ¿Y esto me traen? Harina tostada.

Los dos tenían la vista baja, culpables, y por entre los tablones, abajo, veían las miles de luces de Viña bajando hacia el mar y el viento colándose por el techo les daba frío.

–Bueno –dijo encogiéndose de hombros revolviendo distraídamente los paquetes de harina tostada dentro del cajón–. Por hoy puede quedarse a dormir el viejo. Pero mañana no. Mañana es otro día. Mañana no. No tengo pan para los haraganes. Y gracias por el cajón. Lo voy a tener siempre aquí, conmigo, mientras viva, aquí delante, y le voy a prender velas adentro, hasta que me muera y me entierren en él. Gracias por el cajón. Hoy puede quedarse el viejo. Pero mañana no. Mañana no.

Su madre no dijo nada. Juan Lerdo y el viejo salieron del rancho agarrándose de la mano, como dos chicos perdidos, sin nadie en el mundo, que no sabían donde ir. Juan pensó en los otros que no comerían porotos esa noche. Ni harina tostada. Y pensó en el abuelo que él quería tanto y que le agarraba fuerte de la mano, perdido, solo, el único en el mundo que se acordaba de su cumpleaños. Sacó una colilla.

Le ofreció otra al abuelo. Se sentaron al borde de la barranca, abajo estaban las luces reflejadas en el mar y ellos ni siquiera se veían en la noche sin luna. –¿Y mañana abuelo? ¿Qué haremos mañana abuelo? –El viejo Roque quiso decir "No sé", pero sintió que la voz se le ahogaba y entonces lloró y abrazó fuerte a su nieto, a su único amigo que lo quería mucho, que lo abrazó a él, y el viejo solamente dijo: –Harina tostada. Era nada más que harina tostada.

Una perfecta tarde de playa[3]

[Relato publicado por primera vez en *Cuentos completos,* CEAL, 1971]

Orlando espiaba por el largavistas, parado en la cabina del Citroën, con el techo descorrido. De lejos parecía uno de esos artilleros tanquistas que se ven en los desfiles, con medio cuerpo fuera del auto. Entre los árboles, escondido en ese bosque al que había entrado después de hacer infinitas eses con el Citroën, vigilaba la parte trasera de su bungalow, turbado por el olor de los pinos y el viento que le llenaba la boca de sal y hacia volar las hojas rojizas por la arena; temblaba de frio y excitación aunque afuera, en el azul del mediodía, todo estaba ardiendo a 38 grados. Por ambos círculos, al fin, apareció el cuerpo de Martha. Con la mano izquierda Orlando sacó el revólver del bolsillo del pantalón, un triste 22 corto, una cosita de nada, el arma que ella se había olvidado en Buenos Aires y que desde hacía tres horas esperaba allí, en su pantalón, mientras él tenía las manos doloridas de tanto esperar que ellos salieran por fin a la parte trasera del jardín. Era tan turbador verla así, con esa bikini brevísima, los tensos pechos casi desnudos, tan enormes y duros, grandes muslos, tan musculosos y dorados, tan grandota, con esa cara tan delgada, tan sensible, tan de niña, tan poco carnal en relación a ese cuerpo tan animal. Qué dulce esa cara, qué ternura sintió al verla tan gastada, tan cuarentona y tan desafiante al mismo tiempo que todo su amor empezó a dolerle y se atragantó como si fuera la primera vez que la veía. Quiso correr hacia ella, ¿acaso no lo esperaba? Era su mujer, todo lo que tenía. De pronto Orlando vio esas otras manos ajenas, blancas y fuertes que aparecieron sobre la espalda de ella, pellizcando y acariciándola con perversidad. Fuertes manos de hombre que la estaban gozando y ahora le desabrochaban el corpiño liberando sus pechos y ella a su vez no sólo no se resistía sino que buscaba con sus manos hacia el cierre del pantalón del tipo ese y lo hacía con hambre, con urgencia, con alegre desesperación.

–Te estoy viendo, Marta –gritó–, lo hacés porque sabés que te miro

3 Este cuento fue concebido como base para el guión de una película.

–aulló, pero nadie podía escucharlo ni tampoco imaginar su agazapada humillación, entre los árboles, mientras veía cómo el hombre era desnudado por ella que ahora se arrodilló ante la prepotencia bestial de eso que el otro enorgullecido lucía entre las piernas y que seguramente debía ser más grande que el suyo, o más potente o Dios sabe qué sería lo que obligaba a una Marta irreconocible, como borracha o drogada a hincarse ante esa otra carne de macho y besarle los muslos, absorta, sin vergüenza, sin pensar en Orlando, sin recordar que había sido una cómplice, una amiga, la única que jamás había tenido Orlando, a la que desfloró, con la que comenzaron a conocer todos los secretos del deseo, con la que eran así como una mano es para la otra o un ojo izquierdo es para el derecho. Y ahora la veía allí haciendo eso contra Orlando, acariciando y no sólo sin tímidos remordimientos sino con furioso apetito por ese otro cuerpo, explorándolo, humillándose con esos labios de puta en la adoración del otro pene, quizá comparando, quizá midiendo, y ahora el otro la levantaba y la arrojó sobre el césped inglés, en el bungalow desierto (porque los chicos estaban con Hermelinda en la playa) que a él le había costado 12.000 dólares que seguiría pagando hasta la muerte y que le costaba sangre y que era para ella que lo engañaba por primera vez.

Y ahora vio por los largavistas, entre las ramas que apenas dificultaban la visión, cómo el otro, rítmico, feroz, le daba y le daba y adivinó los gritos de placer en la forma de los labios de ella y eso era una jungla donde Orlando era la víctima que esos dos malignamente –sobre todo ella, con una ferocidad llena de alegría– sacrificaban, de modo que levantó la pistola y apuntó despacio. ¿Cómo podía ella tolerar el desprecio de los ojos de ese tipo que simplemente la estaba gozando, que la usaba ofendiéndola, con algo impersonal y ajeno al amor y que ahora la alzaba y la daba vuelta y la penetraba y ella gritó. Orlando nunca había podido entrar por atrás. Esas nalgas enormes por fin recibían su dulce castigo, sonrió Orlando pensando que a esos les iba a llegar la muerte en el mejor momento y en la peor posición, y se limpió los ojos y después los dos vidrios y cuidadosamente hizo fuego. Pero ningún disparo sonó, ningún ruido turbó esa visión tan falta de sonido, como un sueño, que Orlando se pellizcó creyendo en una pesadilla pero esos seguían allí, y Marta con la espesa lengua entre los gruesos labios y los

ojos en éxtasis. Miró la pistola. Estaba descargada. Aulló como un animal abandonado y quizás ellos percibieron algo porque se separaron, pero solamente para morderse y chuparse y conocerse con las manos y los dientes y los brazos mucho mejor que antes y el otro era mucho más joven que ella, que ahora lo conducía, le indicaba, lo aleccionaba y eso lo excitó a Orlando y descubrió zonas que sólo su dolor podían revelarle y tiró el revólver sobre el asiento del Citroën y prendió el motor. Como loco, como borracho, empezó a zigzaguear entre los árboles para buscar una salida, para acercarse al bungalow antes que terminaran, pero sintió vergüenza por ella y volvió al Citroën en una temblorosa carrera entre troncos hasta salir a la ruta.

Allí los autos, en filas de a tres, corrían bajo el sol por el camino de la costa. Era como si nunca hubiera visto nada. Las radios se mezclaban por las ventanillas abiertas y había cuerpos bronceados y casi desnudos al volante que seguro estaban desde el principio de la temporada y también hombres cuarentones como él, casi blancos, pálidos, prescindibles visitantes de fin de semana. Por el espejito se vio la cara pelirroja y regordeta, la calva creciente y los ojos grises y húmedos.

–Un día perfecto para la playa –gritó alguien en un embotellamiento y asintió como si le hablaran a él, mientras al fondo de la península seis o siete rascacielos flotaban en el aire azul, lejos uno de otro, poderosos en la levísima niebla de Punta del Este.

Pasó como todos, a velocidad enloquecida, frente a los supermercaditos y las casas de cristales y acero, los departamentos arrancados de la avenida Santa Fe y construidos frente al mar para que otros Orlandos dejaran gustosamente la hiel y la última gota de sangre en pagar puntualmente las cuotas suficientes para compartir la complicidad estival de pasar un mes en el ombligo del mundo, pensó vagamente Orlando. De nuevo, como todos los sábados, admiró esa casa de diez pisos, construida en semicírculo, todo cristales, atravesada de sol, y se preguntó adónde iba. Un casi agradable estupor lo tenía embotado, vacío, ausente. Ahora manejaba casi dormido y a lo mejor todo lo había soñado anoche, mientras venía en el vapor de la carrera, sentado en el comedor, bajo la lamparita amarillenta, con la vieja esa, tan reseca y snob, tan Punta del Este, tocando desabrida el piano desafinado en ese viaje que no terminaba nunca y a eso de

las tres de la mañana salió a cubierta y ya no se veía ni Buenos Aires ni la otra costa y se palpó el arma en el bolsillo que había agarrado ayer de la gaveta del placard y entró temblando al comedor y quizá lo soñó ahí sentado; o si no a las ocho, cuando salió del puerto, para escaparle lo más pronto posible a ese olor montevideano a fritura, a humedad, a argentinos caminando por 18 con aire de patrones que venían a gastar la plata. ¿Adónde iba?

En el campo de golf vio a Brizuela Méndez con su caddie trotando por las lomitas y al pasar por la casa de Mancera alguien estaba sacudiendo alfombras. Esas estupideces le encantaban a Marta. Cuando fuera a casa se las contaría. Después ella iba a servirle un vermú, le traería las pantuflas y hablarían de todo lo que había pasado esa semana. Violenta y abrumadora, la pistola inútil sobre el asiento lo obligó a recordar qué era lo que había visto ¿hacía ya cuánto? Miró su Rólex. Media hora. El cuerpo le dolía como una enorme llaga viva, como si acabaran de apalearlo sin parar y respiraba con un jadeo denso, con dificultad, con el llanto atravesado en la garganta. Estaba embrutecido de cansancio. Un cansancio doloroso, agobiante. Hacía media hora que todo había terminado para él. Marta y el tipo debían estar bañándose, pronto llegarían los chicos de la playa y él, Orlando, como todos los fines de semana, entraría dentro de un rato diciendo "hola querida". ¿Cómo podría fingir y para qué? Esa farsa de la pistola. Orlando nunca había creído en que sus sospechas fueran ciertas. Marta nunca le había hecho eso. La pistola era pura fórmula. Algo para tranquilizar sus nervios que lo hacían despertarse gritando, en el departamento solitario de la calle Juramento. Pobre Marta, ¿pero no podría haber elegido mejor al segundo hombre de su vida? Ese tipo era un idiota apresurado que hacia todo mal. Orlando lo sabía, lo había visto. Marta necesitaba ayuda para salir del pozo. Pero otra vez los cuerpos aparecieron y Orlando aulló sobre el volante mientras corría entre el olor a eucaliptus de San Rafael, sin ver al general en short que salía de un gran chalet blanco, con frente de columnas dóricas agobiado de enredaderas. Tampoco vio al ministro que lo cruzó en un Mercedes acompañado por Goar Mestre cerca de las blancas paredes de La Terraza, que resplandecían en el aire azul. Sólo cuando descubrió que estaba yéndose de Punta, que se escapaba para el Brasil,

volvió el Citroën indeciso. Cuando cruzó frente a La Terraza, lo acercó a la entrada, casi sin darse cuenta. "Marta sabe que nunca entraré aquí", dijo, "que nunca seré de los 300 socios, los grandes capos, los que tienen esos coches último modelo al lado de los cuales mi Citroën es una humillante cascarita de nuez". Vio al portero, en lo alto de la colina verde, mirándolo con su gorra, mientras muchachos y chicas, con ese rictus desdeñoso que todos los demás imitaban en la península pero nunca alcanzarían, salieron corriendo hacia sus autos. Alguno lo miró con divertida sorpresa como si fuera un animal antediluviano.

–Me voy a comprar uno para ir al supermercado –dijo alguien entre las risas de los otros. Orlando adivinó las piletas de natación mientras subía la loma que tenía el pasto tan cuidadosamente cortado como si fuera un campo de golf.

–No puede pasar –dijo el portero.

–Soy uruguayo –mintió Orlando sin entender demasiado bien por qué.

–Yo también –dijo el portero–. Jódase.

–¿Y cómo no voy a caminar por donde se me ocurra en mi país?

El portero enarcó las cejas.

–Argentinos cagadores –dijo Orlando buscando roña.

–Qué va a hacer, amigo. –Orlando lo miró sin resolverse a bajar.

–¿Pero qué se creen que somos? –dijo mientras se iba.

¿Cómo podía fascinarle a Marta todo esto ahora? Qué mal estaba, pobrecita, qué rayada. Venir a Punta a mezclarse con todos los millonarios argentinos que invadían el Uruguay y lo que es peor, para que la confundieran con ellos. Esa era la misma Marta que diez años atrás había leído su diario en hojas amarillas, lleno de cuentos deliciosos, un poco Katherine Mansfield; era la Marta que se había ido a vivir con él a esa pensión de Congreso, con la que se entendían simplemente con la mirada, que pasaba siete horas diarias absorta tocando su violín. Era la mujer de fierro, cuya fidelidad jamás flaqueó frente a los devaneos de picaflor de Orlando, que veía todas las cosas a través de sus ojos, tan entraña suya como un brazo o una víscera, la cómplice de todas las cosas, la mujer de su vida. ¿Y cómo, de repente, todas las sospechas se podían confirmar con la brutalidad de esa escena? Ella estaría borracha o drogada o quién sabe qué le estaría pasando. ¿Y cómo sería ahora

la vida sin Marta? No, tenía que hablarle, alguna explicación tendría que existir, alguna razón que él no conocía. La ternura con que Marta hablaba por las noches, preguntándole cosas, aconsejándolo, acariciándole la cabeza. La ternura con que ella trataba a los chicos. ¿Dónde había quedado ahí en el pasto? Sonrió con amargura. Era una madre la que se había arrodillado frente a ese otro tipo adorándolo asquerosa, bestialmente. Ahora pasó frente al rascacielo de los petroleros de Kuwait, ¿acaso el tipo ese podría comprarle un departamento allí? ¡Si se iba, esta semana o la otra, el tipo tenía que irse! Miró el cuadrante. El mediodía nunca terminaba de pasar. ¿Hacía una hora que había pasado todo? ¿Nada más que una hora? Un departamento en el Vanguard, en el décimo piso del Vanguard, donde vivían los Alsogaray. ¿Cuánto podría costar? Marta estaba enloquecida por mudarse allí, a un paso de las dos playas. ¿Pero qué era lo que no quería Marta? 3000 dólares por una temporada. ¿De dónde podría sacarlos? Salvo vender el bungalow. Decían que allí había piletas de natación en las terrazas y aire acondicionado, por supuesto, y si uno levantaba el teléfono podía encargar los desayunos más esotéricos, los almuerzos más increíbles. Eso quería Marta, ¿pero cómo hacerlo con 200.000 pesos por mes? En la Bridex, esos suecos que importaban cueros no iban a pagarle a ningún contador más de lo que le daban a él. Y Marta no sabía bien lo que quería. Como la otra vez que después de ir al cine con los Pereyra preparó una cena con todo el mundo vestido de largo y puso un atril con una Biblia abierta y a los postres empezó a leer los versículos que hablaban de la aparición de platos voladores en la antigüedad. ¿Qué la obligaba a Marta a ir, sin excusas, casi con desesperación, a ver las películas y las obras de teatro durante –a lo sumo– la semana siguiente al estreno?

O esa obsesión de aparecerse un día con esos pantalones deportivos, esa vinchita en el pelo, ese pulóver, y al otro día en cambio unas minifaldas de cuero cortísimas y unas botas hasta el pubis y esos enormes anteojos y los labios pintados en forma de corazón? Orlando imaginó las cosas que iba a pedirle ella apenas llegara: ir a pedir puchero de búfalo a las grutas, o comida china a esa casa de familia de Atlántida donde había que pedir hora por teléfono, o cualquiera de las estupideces que sugiriera esta semana *Primera Plana*. Como si aquí no hubiera pasado nada

–¡Me lleva de la nariz! –lloró, gritó, golpeó con el puño sobre la rodilla. El Citroën parado al sol. Orlando con los ojos semiabiertos y allá el puerto, con cien yates blancos, un bosque de mástiles uno junto al otro, como en las postales de Montecarlo o Niza. Era un vicio de Orlando parar ahí y quedarse las horas a lo mejor pensando en Lanny Budd, ese hijo de millonario fabricante de municiones, ese personaje tan *demodé* de Upton Sinclair que era izquierdista. Orlando lo conocía por leerse toda la serie. *La estima del dragón* y todo eso, editorial Claridad, mil páginas por tomo, quince años atrás. ¿Te están haciendo cornudo y tenés el tupé de venir al puerto como si no pasara nada?, le dijo algo adentro. ¿Y te vas a quedar así?, le crecía el redoble en la cabeza. ¿Qué hacía yo quince años atrás? Ya estaba con Marta. Iba a escribir libros y ella tocaría el violín y cómo viajaríamos por el mundo. ¿No vas a hacer nada, infeliz?

El Citroën quería correr ahora por Gorlero, bloqueado de otros autos con chapa de Buenos Aires. ¿Ni sos capaz de cargar la pistola, ni eso te sale bien? El trabajo camina, ahí funciono, doce horas por día con el sueco ese. ¿Y para qué? ¿Para que el jueves te diga "llegó un poco tarde, Orlando"? ¡Y si la noche anterior me quedé hasta la una! ¿Y las veces que vengo a las siete de la mañana para ordenar el trabajo no las cuenta? ¿Qué quiere, que deje la vida el hijo de puta, que me vuelva loco? ¿Acaso no le cumplo? ¿Acaso no te cumplo, Martita, acaso no te cumplo? ¿Qué hay de malo conmigo, qué hay de malo?

Entró a Dante, a los codazos, boliche infecto, entre caviar, cerezas de Nueva Inglaterra, pipas checas, champagne francés, chocolatines suizos, remeras inglesas, revistas pornográficas alemanas, consoladores dinamarqueses.

–¿Tiene balas?

–No.

El barbudo fumaba en pipa haciendo una cuenta sin mirarlo.

–¿Cómo no?

El barbudo lo miró.

–¿Pero no tiene armas? ¿No era que tienen de todo acá? –gritó.

–Esto no es una armería.

–¿Y dónde hay una, por favor?

El barbudo se desinteresó. Otra vez hacía la cuenta.

–¿Me va a decir que no venden armas acá? –con desesperación.

Una chica pedía Chanel y una vieja puré para caniche.

–Una pistola de contrabando. Si es todo contrabando acá. ¿No tiene una pistola?

El barbudo sacó con una mano el Chanel y con la otra le alcanzó a Orlando una escopeta.

–¿Quiere que use esto? Pero si está vieja. Está usada. Usted me quiere meter el perro.

Lo empujaban lejos del mostrador, pero antes el barbudo le arrancó la escopeta y ese mal gusto le creció en la boca y ahora llegaban esas puntadas en el recto, la mala noche, el desorden en las comidas, esa congoja que lo cansaba, como si hubiera estado cargando bolsas de papas. Estaba agotado, las manos flojas, mientras se dejaba empujar hacia la puerta. Estaba como apaleado, la cabeza hundida, la barba de anteayer que empezaba a pincharle en las mejillas. Ahora la ola lo acercó de nuevo al mostrador y quiso gritar, pedir socorro, alguien por favor que me dé una mano porque otra vez siento ese olor a soledad que tenía antes de conocerte, Marta, ese olor a hombre sin mujer y entonces esa puntada en el recto se hizo insoportable y cerraba las nalgas pero la puntada crecía y al fin dejó salir el viento cálido, espeso, hediondo, y un tufo a mil huevos podridos que le dio ganas de vomitar empezó a hincharse y crecer por el local de tres de ancho por seis de largo lleno de toda esa gente tan bien, tan bronceada y perfumada, amasijo de brazos y piernas y shorts y mallas y guayaberas y pantalones italianos, todos revueltos, todos sofocados por su pedo pero indemnes, con la guardia alta, con las narices que hacían lo que de costumbre, oler mierda, así que Orlando no notó mucho la diferencia aunque algunos lo miraban y justo detrás suyo sintió esos ojos y se dio vuelta y trágame tierra porque ahí está la cabeza planchadita, el pelo negro bien tirante para atrás, a lo tacuarón, de Chapes, el tipo de Executives que me consiguió el trabajo de contador con los suecos. Justo al último ser al que yo tendría que hacerle esto y se dio vuelta para disculparse y dijo –Qué tal, Chapes– como si no pasara nada, pero el otro no le contestó y Orlando sintió su propia respiración, el olor a rancio de sus ropas de dos días, él era una húmeda masa humana llena de olores, gemidos, flemas silbando por la nariz,

glándulas humilladas, un poco de grasa, carne que se pone vieja y visceras que sufrían y transpiraban.

–Hubiera sido mejor encontrarlo en la playa, discutir de negocios en malla es lo más lindo que hay –dijo entreviendo la peinada brillosa, grasienta, el pelo aplastado de Chapes–, porque quería ir a verlo casualmente para ver si puedo cambiar de trabajo –dijo para disimular, pero cada vez se sentía peor y una mano bajó de un estante y esa era la cabellera de Chapes pero no su cara, así que una absurda alegría, una débil euforia lo hizo temblar y le dio energía para abrirse paso con los codos hacia la calle.

–Hola querido –Marta apoyada contra la puerta del Peugeot blanco, esperándolo. Le temblaron las rodillas. Tragó saliva.

–¿Qué hacés aquí?

Las manos morenas agarrándolo como de costumbre del cuello y besándolo en la boca, con la lengua, como de costumbre.

–Te esperaba.

Del Peugeot bajó el alemán, con una sonrisa encantadora.

–Hau –dijo extendiendo las dos manos en un saludo de jefe indio.

¿Todavía seguía sin hablar una palabra de castellano?

Marta con sus pantalones rojos ajustados.

–Tengo una sorpresa para vos.

–¿Otra?

Marta sonrió:

–¿Cómo otra?

A Orlando le temblaban las manos dentro de los bolsillos. Que no vieran la pistola sobre el asiento del Citroën; quizá ya la habían visto. Seguro que sí. Qué vergüenza. ¿O por qué? Total...

–¿Cómo sabías que estaba aquí?

–A esta hora siempre estás aquí los sábados.

Cierto. Comprando novelas de Simenon para leer en la playa el domingo aunque nunca pasaba de la página diez, porque se dormía al sol hasta achicharrarse.

–Mi amor –dijo Marta abrazándolo y sus uñas lo rasguñaron, como de costumbre–. ¿Vamos?

El Peugeot blanco (que todo el verano Marta lo confiscaba a su papá) arrancó con alegre inconciencia y casi se llevó de recuerdo un

guardabarros ajeno. El alemán insistió en acompañarlo y Orlando se metió en el Citroën manoteando la pistola que ahora le abultaba el bolsillo del saco, casi pesada, definitivamente inútil.

–Calor, mucho –dijo apantanándose el alemán. Era una de sus frases.

–¿Por qué quiere sacármela? –susurró Orlando.

El alemán enarcó las cejas, cruel, jovial, cortés.

–Es lo único que tengo en el mundo.

El alemán se cruzó de piernas. Con sus anteojos negros, recién salido de la ducha, tenía algo angélico y animal, con las sabias manos fuertes que conocían a Marta ahora descansando sobre las rodillas

–Usted me entiende, ¿no es cierto?

El alemán fumaba mirando por la ventanilla. Eufórico gritó:

–Estupendo –otra de las palabritas que le gustaban por el sonido.

–¿Por qué no hablamos de nuestra mujer? –dijo Orlando. Lo palmeó sombríamente– ¿Por qué no fundamos el club de Marta? Podemos cambiar figuritas, contarnos cosas que no sabemos. ¿Cómo respira con usted cuando está por acabar, eh? –Orlando sonrió, enfermo, sin fuerzas. Lo palmeó al alemán y cuando el otro se volvió, Orlando hizo los cuernos y se llevó la mano a la frente mientras lo miraba al alemán, que se quedó detrás de sus anteojos, fumando, con esa sonrisa cortés. Orlando se vio por el espejito, con la mano en alto, sombrío, brutal y gritó:

–Ya se ha visto esa cara. ¡Si han escrito tantas cosas divertidas sobre estos cuernos! –y con los dedos golpeó contra el borde del asiento como si estuvieran mojados o se sacudiera algo o se los quisiera desprender.

–¡Pero no sobre los míos! –-gimió– ¿Qué me importan los de los demás? ¿Cómo reírme de los míos como me río de los ajenos? –y un sollozo le reventó en la garganta, sin lágrimas, sólo un aullido sordo, de perro abandonado. Y de pronto el llanto llegó, con mocos y jadeos. Orlando paró el auto al borde del camino y apoyando la cabeza contra el volante se desahogó. Afuera, en la bruma de la siesta, Imarangatú, las muchachas al sol, los nenes con sus baldecitos, un muchacho que tocaba la guitarra ahogado por las radios a transistores.

El alemán sacó su pañuelo. Orlando negó manoteando el suyo pero no tenía ninguno, así que se sonó y después se aclaró la voz.

–Lovely day –dijo Orlando, con voz quebrada, que estaba del lado de la playa.

–Very lovely –dijo el alemán.

Cuando cruzaron entre los bungalows, con palmeras, construidos en medio de veredas de césped, en medio de jardines, había muchachos casi desnudos que se iban en MG, o en Torino, a la playa, y señores viejos con salidas de baño que llevaban la sombrilla debajo del brazo y sirvientas con máquinas cortando el césped o sentadas a la sombra, en la galería, o mujeres tomando latas de cerveza que iban a la playa en sus enormes Impalas. La siesta era más sofocante y había grillos y el sol disolvía el alquitrán de la carretera que reverberaba.

Cuando llegaron a su bungalow, Orlando vio a los tipos de las cámaras.

–¿Todavía están aquí?

Uno adormilado junto a un trípode, con un sombrero de paja, el otro hamacándose en la galería. El tercero apareció después, chorreando. Venía de la piscina.

Bajo la sombrilla estaba la mesa servida. Los chicos gritaban en el agua. Orlando escuchaba sus chapoteos.

–¿Ahí vamos a comer? –Marta tenía la cabeza metida en el Citroën.

–No es sólo comer –contestó ella jugando suavemente con los rizos de la nuca de Orlando, como de costumbre. Todo en ella era siniestramente como de costumbre. Salvo el olor ese que ahora traía el viento. Recién reparó en el asador y en ese tipo disfrazado de paisano que estaba con la carne al lado del fuego.

–¿Y eso?

–A good shaving –sonrió el alemán guiñándole el ojo, pasándose la mano por la barba.

Durante el baño caliente, sumergido en la bañadera rosada, se olvidó de todo. Intentó preparar una estrategia. El tipo se va a ir. Al final tendrá que irse. ¿No hablo tanto yo mismo de que el amor no tiene que ser posesivo? Y bueno. La pobre Marta necesita tirar la chancleta. ¿Por qué no dejarla? A los cuarenta años quizá la misma comida aburra. A mí mismo, si no fuera por las canas que me tiré (esa mujer en la oficina, una sola vez, y después algunas otras, en la calle, al paso) me hubiera sido duro vivir así ¿Qué significa ser fiel? ¿Por qué

yo puedo y ella no? ¿Soy acaso el dueño de Marta? ¿Acaso no estamos de todas maneras juntos? ¿Acaso no tiene conmigo infinidad de cosas que nunca puede tener con este tipo? Fue así, cosa de un momento, a cualquiera le pasa. Se sintió magnánimo. Los Chesterfield estaban en el botiquín, como siempre, aunque también encontró otros cigarrillos desconocidos. Bebió un whisky lleno de hielo que se había traído de la cocina. Prendió el amplificador y la música de Mozart resonó también en el baño con paredes de imitación mármol rojo. Después se adormeció. Un vacío agradable, un breve sueño. Después la ducha fría le picaneó el cuerpo hasta el temblor. Bien. Y afeitarse en el enorme baño, con grandes espejos ovalados, tan *belle époque*. Era todo tan feo, con ese waterclós negro y alto, tan babilónico, tan Miami, tan Marta en decadencia. Pero si ese baño no le gustaba a ninguno. Venía con la casa, qué se va a hacer. Y lo que costaba esa casa de mierda. Se afeitó con fruición y todavía desnudo se echó litros de Aquavelva importada que no era suya y que casi alegremente agotó. En su dormitorio encontró su saco blanco, un moño negro, camisa de seda, pantalones negros. ¿A esa hora? ¿Y por qué no? Si casi no tenía tiempo de usar ni el baño ni el saco ni la casa, los suecos le chupaban la sangre. Y durante febrero se quedaría haciendo changas en Buenos Aires para pagar todo esto. ¿Si, después de esta mañana?

Salió al horno de la siesta. Bajo la sombrilla los chicos estaban rasqueteaditos, peinados, lustrosos; corrieron hacia él.

–Papá, ¿qué me trajiste?

Vio todo como a través de una cortina. El gaucho del asador absorto en lo suyo y ahora Marta de largo y la sirvienta santiagueña que salió al jardín. Orlando se rió. Un estallido apenas, después se compuso. La santiagueña estaba disfrazada con guardapolvo azul y delantal blanco. ¡Si la otra semana quería irse porque pidió 20.000 pesos si la querían de uniforme! Como si esa beca con playa y todo no bastara. ¿Qué corno hacia la negra esa en todo el día?

–¿Le diste el gusto? –murmuró.

–No –dijo ella.

Ahora los camarógrafos giraban alrededor de ellos. El alemán había colocado un micrófono sobre la mesa.

–¿Filman? –preguntó en inglés.

–Solamente entrando en calor –dijo el alemán–. Todavía esto no sirve.

–¿Y tienen película en las cámaras?

El alemán lo miró sin entender.

–Claro.

–¿Y después lo tiran?

–Naturlich.

Desde que lloró en Imarangatú, un extraño vacío, una insensibilidad absoluta acorazaba a Orlando.

–¿Él paga todo?

Marta lo miró.

–¿Él alquiló al gaucho?

–Ahá.

–¿También a vos te paga?

Marta encendió un cigarrillo.

–Lo hago porque me gusta –dijo.

–Permiso.

Entró corriendo al dormitorio. Una locomotora a toda velocidad jadeaba en la cabeza y todo giraba y oía gritos sofocados y ese dolor, como si un animal nada más que dientes, le desgarrara el cuerpo por dentro. Como toda esa semana desde el sábado último.

–Vamos –Marta asomó la cabeza.

–¿Para qué?

–Kurt tiene que trabajar.

–Pero no conmigo.

–Tenés que estar, querido –Marta ahora lo urgía en voz muy baja.

Orlando, de espaldas, tenía los ojos enrojecidos. Un hombre casi viejo que no quería ir a tomar la sopa y ella convenciéndolo, con sus mentiras, con esa espantosa seguridad, imperiosa, avasallante. Orlando saltó de la cama.

–¿Y para qué me necesitan a mí ustedes dos?

–Es necesario. Kurt te necesita. Es nuestro huésped. No vas a desairarlo.

Orlando corrió hacia la ropa que se había quitado y tomó el largavistas del bolsillo del saco.

–¡Ya tuve mi show esta mañana!

Marta lo acarició como a un chico.

–¡Los vi, esta mañana los vi!

Marta prendió un cigarrillo. Después lo miró de nuevo.

–¿Ah sí? –después de una pausa dijo– Ya sé que estabas ahí.

Orlando caminaba por la pieza.

–Me alegro que hayas visto todo.

Orlando sacó la pistola. Marta la miró sin aprehensión. Como a un animal extraño.

–Me llamó la atención que no hubieras disparado.

Se sentó en la cama, pálida.

–Si te conozco tanto, querido –dijo sin mirarlo, temblando.

–¿Sabías? ¿Sabías que yo estaba allí? –Orlando la miró como si nunca la hubiera conocido.

–Tenía que decírtelo –susurró Marta, y los dientes le entrechocaban como si tuviera mucho frío. Se abrazó a sí misma frotándose los brazos.

–Hay que bajar el aire acondicionado– dijo–. ¿No tenés frío vos?

Orlando la miraba, sentado en la cama también, pero lejos, con los brazos caídos, muertos, el largavista en una mano, la pistola en la otra.

–Cómo que sabías.

–Te oí llegar –de pronto Marta gritó–. ¡Sí, te oí llegar!

–¿Adónde?

–Al bosque.

Orlando suspiró. Pero esa mano enorme que le oprimía todo el cuerpo no aflojaba. Sintió que se ahogaba. –El sábado último –intentó acusar inútilmente–, el sábado detrás de la puerta los vi.

–Ya sé.

–Vi cómo lo toqueteabas.

–Ya sé que estabas ahí.

–¿Cómo pudiste, Marta, cómo pudiste?

–Me voy a ir, Orlando. Te lo aviso. Hoy se va y yo con él. Iba a decírtelo después que termine el trabajo. No digas que no te avisé.

–¿Qué? –dijo Orlando y trató de hablar, de ganar tiempo, de negar eso que había escuchado–. ¿Cuánto hace que lo conocés? ¿Cuánto hace que vino por acá? ¿Tres semanas, eh, tres semanas que apareció el gran hijo de puta con todos sus fotógrafos y camarógrafos?

–¿Qué importancia tiene?

–¡Toda la película que gasta! ¡Es criminal, es idiota toda la película que gasta! ¡Toda la película al pedo que yo necesitaba cuando quería hacer cine y era joven y no tenía un mango!

–Paciencia, Orlando.

–¿Paciencia? –Orlando lloraba– ¿Y de dónde sacaba yo la plata para comprar películas entonces?

–Ahora la tenés.

–¿Para qué? ¿Para pagar esta casa?

–Siempre fuiste así, Orlando. Siempre fuimos así.

–¿Y quién quiso comprar esta casa? ¿Quién goza de todo el verano, eh? Hace quince años...

–Hace quince años te quería Orlando. Hace quince años no me interesaba Punta del Este. Hace quince años íbamos a hacer tantas cosas...

–¿Me querías? –Orlando, asustado, abrazó un cuerpo mudo, muerto, pasivo que ni hizo un solo gesto– ¿Cómo que me querías? No vas a dejarme, no vas a hacerme esto.

–Alguna vez tenía que ser.

–¿Cómo alguna vez? ¿Por qué no lo pensás, Martita, por qué no lo pensás? Es un metejón, querida, yo entiendo, pero ya sos grande, esas cosas se van tan rápido como vienen.

–¿Metejón?

–Es el segundo hombre que conocés en tu vida. ¿Cómo estás tan segura?

–¿El segundo?

Orlando la miró sin querer entender la pregunta.

–Sos como un brazo mío, o una pierna... –y de pronto se quedó callado.

–Estás muerto, Orlando.

–¿Pero qué pasa? –gritó Orlando– ¿Él la tiene más grande?

Marta tenía los ojos llenos de lágrimas:

–Pobre Orlando –dijo–, pobre muertito –dijo.

Orlando musitó:

–¿Y los chicos?

Hubo una larga pausa. Marta lloraba.

–Me voy, Orlando.

–Sabés cómo te quieren, sabés cómo te necesitan.

Marta salió del dormitorio y una luz desgarradora, fría como un cuchillo, terminó por penetrar a Orlando.

–¿Marta? –dijo– ¿Qué buscás?

Ella se había ido.

El alemán hablaba solo, repitiendo su papel y tomaba cervezas en el jardín, sofocado por la siesta. Bajo la sombrilla, los niños se habían dormido. Los camarógrafos sudaban. Eran los únicos que estaban en malla. De vez en cuando alguno iba a darse un remojón a la pileta y volvía corriendo. Un vaho caliente, un infernal aire azul cegó a Orlando, que ahora cruzaba entre la opulencia de las rosas y el olor que venía de la parrilla.

–¡Bueno! –el alemán estaba sombrío.

–Estamos listos –dijo Marta en alemán y despertó a los niños.

–Signorina –le dijo el director de cámaras a Hermelinda que, agazapada junto al asador, como un fondista a punto de largar, empezó el show. El siseo de las dos cámaras cortaba el crepitar de las brasas. Hermelinda seguramente no había dormido en toda la semana repitiendo su papel. Se agachó sobre el paisano que debajo del chambergo tenía un pañuelo sobre la cabeza atado bajo el mentón, chiripá y botas de potro con espuelas.

–¡Oiga! –gritó de pronto Orlando con alegría. El paisano se dio vuelta, mirándolo– Yo lo conozco a usted.

Las cámaras interrumpieron su siseo.

–Signor Orlando –gritó el director de cámaras.

–¿Usted no vende panchitos por la playa?

Una voz de gallego le dijo:

–Es osté fesonomista.

–¡Signore, signore! –el director de cámaras agregó seguramente una puteada en alemán.

–¡Qué pasa! –dijo Hermelinda furiosa– ¡Haga su papel!

Orlando se turbó:

–Disculpen –el alemán ni lo miró. Suspiró. Tenía los ojos llenos de cerveza. Debajo de la mesa estaban las latas vacías.

–Signorina –dijo el director. Hermelinda empezó de nuevo. Acercó

la bandeja de plata que Orlando nunca había visto y que seguro el alemán había alquilado, como toda la vajilla y hasta el mantel de encaje. Pero de vez en cuando la santiagueña echaba una miradita a las cámaras con los ojos desorbitados. Marta alguna vez le había dicho que tenía lindos ojos.

–¡Nein! –gritó el director, desesperado. A la tercera todo fue mejor. Hermelinda ofreció con fervor la bandeja, el gaucho se la llenó de achuras y ceremoniosamente las trajo a la mesa. Ahora el siseo de las cámaras que se habían engolosinado con las espuelas y el facón del gallego se dirigieron hacia la mesa. La cara del alemán fue invadida por la sonrisa profesional. Era increíble. Sus ojos brillaban como si estuviera sobrio.

–Este es Kurt Koëber, del canal Eurovisión –eso fue lo único que entendió Orlando, pero el resto se lo sabía de memoria. Algo así como:

–Estamos en Punta del Este, el Deauville sudamericano que reúne todos los veranos a las clases altas del sur del continente. La semana pasada estuvimos en el yate del señor Born, en un paseo por el Atlántico. Hoy nuestra encuesta sigue en el bungalow del señor Orlando Gutiérrez, alto ejecutivo de la poderosa clase media de Buenos Aires, donde su esposa, la señora Marta Gruber, de la colectividad alemana, responderá a nuestra pregunta: ¿qué pasa con el macho sudamericano?

Los chicos actuaban con sorprendente docilidad. Comían sin mirar a las cámaras mientras Orlando, cruzado de piernas, tomaba un vaso de vino. Pobre alemán, torturado por sus textos, que desde hacía tres meses, desde México a Tierra del Fuego, tenía que repetir la misma estúpida pregunta a mujeres de la clase alta que hablaran alemán. En Lima o Medellín todo había sido tan claro y típico, tan hispano y parecido a las postales, pero aquí, sonrió Orlando, ¿qué carajo de típico podía sacar, en ese arrabal de occidente, en Buenos Aires, tan opaco y ambiguo y amorfo, tan igual a una colonia de europeos desterrados y al mismo tiempo tan indefiniblemente distinto? Orlando tomaba cada vez más alegre. Marta: ahora las cámaras acosaban sus ojos a lo sofia Loren, su boca tan devoradora, tan morena su piel, tan hija de italiana, tan Thomas Mann, tan mezcla del sol mediterráneo y de su papá de Berchstesgaden, ah rubios y morenos, ah dulce ambigüedad,

ah sexo y sensatez, ah el desorden del artista, del *latin lover*, ah vértigo del desarreglo, la locura y la muerte y solidez de la burguesía alemana. Y además argentina y por supuesto los televidentes tranquilos porque habla alemán con esa voz tan profunda que no me extraño que estés enredado, pobre Kurt, como yo mismo, en sus tiernos, dominantes, hipnóticos y destructores manejos.

–¿Qué le estás diciendo, Marta? –era el tercer vaso y su voz sonaba muy fuerte.

El triquitrí de las cámaras paró.

–¿Qué? –ella se dio vuelta– ¿qué te pasa?

Orlando se escondió tras sus ojos absortos. Se encogió de hombros, culpable.

–Perdón– yo preguntaba.

Otra vez las cámaras y la sonrisa enmascaró al alemán.

–Miren allá –dijo Orlando en inglés– atrás del bosque, entre los árboles, en el mar, un lejano yate blanco. Esos sí que viven ¿eh Marta? Esos tienen todo porque sí, no se tuvieron que romper el alma como nosotros ¿eh Marta? que siempre nos faltarán los diez para el peso.

El director gritó algo y el alemán sacó un pañuelo en el nuevo silencio total.

–¿La vas a dejar trabajar?

–Callate papá –dijo un chico.

–Yo entendí todo –dijo el otro.

–Claro –explicó Orlando al alemán–. Van al Saint Andrews. Estoy encantado, gran colegio. Mea con Nicolás Avellaneda y Bernardino Rivadavia todos los días. ¿Usted sabe qué emoción?

–Seguro –dijo el chico en inglés.

–Se masturba también con ellos. Tienen un baño grande y todos juntos hacen campeonatos. El mío gana. Siempre gana. Con los tataranietos de nuestros próceres. ¿Qué me dice? –palmeó al chico como a un toro reproductor. El niño bajó los ojos–. No vas a llorar –dijo Orlando.

–Usted, a veces, se pone desagradable –el alemán lo miró como a un objeto.

Orlando presintió el peligro. El alemán sacó una furtiva latita y tomó otro poco.

–¿Qué le pasa? –Orlando lo palmeó suave en la cara. Los músculos estaban tensos en el enorme cuerpo que se cargaba de fuerzas.

–Todo esto cuesta plata, señor Gutiérrez.

–¿Y ustedes no viven en el Plaza en Buenos Aires? ¿Se acuerda cuando fuimos a comer los tres y usted dejó mil pesos de propina? ¿Qué le hace un poco de conversación? Tiene dos camarógrafos en la playa y otros dos acá y usted y el director de cámaras y el iluminador que duerme la siesta. ¿Qué le hace un poco de conversación? –prendió un cigarrillo, encantado– Yo le sugiero –dijo estúpidamente– que filme, por ejemplo...

El alemán se adelantó. Era muy paciente el alemán.

–Para miseria tenemos a Sicilia. Gol alemán.

Orlando sacudía las rodillas ahora. Con otro vaso de vino adentro.

–¿Qué dicen, mamá?

–Tu padre que habla y habla y habla. Para joder.

–Dale, papi, ¿no ves que hacen la película en colores?

–¿Ve? Este no me salió bueno. Este no va al Saint Andrews –dijo en inglés.

–¡Acabala, Orlando! –gritó Marta– ¡Dejá que termine que ya después vamos a hablar los tres!

–¿Y por qué no me echan? –sonrió Orlando– Es que el marido siempre tiene que salir en cámaras, con los pibes, todo muy hogareño ¿no? –recitó didácticamente primero en inglés, después en castellano. El alemán miró el reloj.

–Se va la tarde –le dijo a Marta, quejoso.

–Mire –dijo Orlando–. Una sola cosa más. Chiquita ¿eh?

El alemán pegó un puñetazo en la mesa.

–Epa viejo, casi vuelca el vino. ¿Y después dónde conseguimos otro mantel de hilo como este? Ni alquilado.

–Bueno, Orlando –dijo por fin Marta y fue el tono lo que me hizo darme cuenta que se acercaba a lo que yo no quería oír y ni siquiera saber que mis hijos podían llegar a oírlo presenciando mi propia humillación aunque ¿qué me importaban ellos ahora? ¿que había para mí fuera de Marta?, un aullido que empujaba en la garganta y esa flojera en todo el cuerpo. Eso había: un ajado, húmedo, bullente cuerpo por fin expuesto al dolor después de años de mezquino autoamparo,

negación, dopamiento, precaria felicidad sorda y cobardona. Era como un bestial dolor de muelas que molía y golpeaba en cada una de mis vísceras. Y no quería oír, por Dios no quería esa claridad que iba a dejarme ciego y abandonado al peligro y a la oscuridad de afuera, porque Marta eran unos brazos callentes y una carne sobre la cual apoyarme mientras viva, mientras esté de paso acá, ¿y fuera de eso qué? fuera de este suelo amor mío, ¿qué me queda? la conciencia de que llegará al gran viento y me llevará y nada mío –ni mis hijos, que son como ella– quedará de mi recuerdo. Así que no me importa, amor, lo que vayas a decirme, ni tampoco que resuelvas por fin irte porque a lo mejor no me quisiste nunca, a lo mejor esas tardes caminando por Floresta, en el otoño, entre los árboles, alrededor de tu casa de la calle Bacacay, de la casa del doctor Gruber, fueron un interludio para vos. Y para mí no. Ahí está la diferencia. Para mi fueron lo mejor que me pasó en la vida. Lo único bueno. Esos viajes en tren desde Once a Floresta cuando te acompañaba a casa y cerrábamos los ojos ¿te acordás? y vos te acurrucabas en el exacto hueco de mi hombro y por las ventanillas entraba frio y el vagón con esa luz amarillenta y los vidrios opacados y nadie más que nosotros, el vagón amor que volaba y nos dormíamos y de repente llovía y soñábamos que no era un mero viaje a Floresta sino que eso era el transiberiano o a veces esos largos trenes que cruzan la pampa y entran al desierto y sobre los huesos ya esfumados de los indios que alguna vez fueron, corren hacia el sur por la gran noche azul, siempre hacia el sur, y de repente me despertaba y afuera el andén de madera en medio de la ciudad no era Villa Luro sino Praga bajo la lluvia, o Bolivia, o alguna extraña parada en el desierto de Gobi, y nos pasábamos de Floresta y aparecíamos quién sabe por dónde, en alguno de esos pueblos del oeste, pero no del farwest sino del chato oeste de Buenos Aires, y caminábamos por silenciosas calles de tierra de Castelar, con esas casas feas de ladrillo revocado y una quintita que los tanos que vivían adentro se habían hecho de a poco así que siempre había una pieza a medio terminar, sin techo o sin puerta o sin revoque, y de repente habíamos perdido el último tren de regreso y dormíamos en algún hotel cerca de la estación, imaginando que eso no era la fealdad de Castelar sino alguna extraña pensión de San Petersburgo, con algún Karamazov tosiendo detrás del tabique su tuberculosis, o

a lo mejor un hotel a orillas del Mississippi y afuera en lugar de las casitas de los años había negros que bajaban en barco de ruedas por el río ¿y qué carajo teníamos nosotros que ver con el Mississippi?, y sólo ahora comprendo la fea belleza, lo mucho que tira, las ignoradas historias que había alrededor nuestro como esa vez que por Paso del Rey, en medio del campo, había un club que era un galpón de chapas y entramos a bailar ese domingo a la larde y la cosa terminó con lejanas cuchilladas en la puerta y después vimos a ese tipo con la llama y un chico subido, en medio del campo, y entonces no lo sabía pero ahora lo siento que nosotros amor éramos la historia, en medio del campo, tomando colectivos a la deriva, a Moreno o qué sé yo adónde, a oscuros pueblos diseminados por la pampa, entre criaderos de conejos y enormes quintas que se loteaban y señores en bañaderas que iban a los remates; ay amor, y nosotros hablando en nuestra media lengua que sólo vos y yo entendíamos y pipo quería decir café, uno de esos almacenes de campaña donde nos metíamos a tomar café con leche, entre paisanos jugando al tute con garbanzos o cabecitas silenciosos que escuchaban por la radio a todo lo que da a Antonio Tormo. Y yo voy a filmar todo eso le dije a tu papá, el buen cerdo del doctor Gruber como le decíamos con cariño; viejo doctor Gruber, hijo de alemán que contaba cómo se amanecía en el café Antártida de Rivadavia y Carrasco cuando era joven y escribía teatro "hasta que naciste vos" (te acusaba siempre), y entonces alquiló esa casita con horribles enanitos en el jardín y enfrente pasaba el tren que apagaba las sinfonías que él ponía en el tocadiscos y al final había laburado toda la vida ¿para qué?, para contar que conocía a Barletta y una vez había estado en el café donde iba Discépolo y lo vio y habló mucho con él y qué lástima le teníamos y yo no voy a ser así te decía y sin embargo, ya ves, aquí estamos amor, y vos dijiste "bueno" y vas a decirme no sólo que te vas, sino que antes preguntaste "¿el segundo?", y entonces, de golpe, me atreví a pensar lo que ahora recién me animo a decirme y eso que vi por el largavista ya no es tu violación consentida a manos de otro hombre que no sea yo, porque ahora comprendo que siempre me engañabas, desde que nos conocimos me engañabas, quizás por este asco que yo mismo siento a mi cuerpo y que durante todo este tiempo vos me hiciste perder, o quizás por tantas cosas tuyas que yo nunca terminaré de conocer, o

quizás porque siempre había algo en mí que te provoca, como dice el tango, pero no para acostarte conmigo, sino para –además de hacer eso también y tan bien– acostarte con cada uno de los amigos que me fueron abandonando, aveces amigos que vos sutilmente traías a casa y después desaparecían porque los cambiabas con una furia que ahora me parece tan roñosa como cargada de repulsiva grandeza, ¿y hasta qué punto estos chicos adorables son realmente míos? ¿Hasta qué punto no terminaste por convertirme en un apéndice tuyo, que cumplía la estricta función de marido?, función en la que yo también terminé por hacerte pedacitos y ¿por qué amor si al principio, en algún momento, nos queríamos? ¿Acaso de seguir vagando por los pueblos en trenes suburbanos todo hubiera sido distinto? ¿Acaso alguna vez yo no fui alto y dulce y mi piel no fue joven y acaso alguna vez no te gustó mi nombre, que tenía que ver con todas las cosas que queríamos? Y ahora tiene que aguantar este tipo de 42 años que baja la cabeza y dice ¿por dónde se sale? mientras vos decís:

–Bueno –dijo Marta glacial. Y entonces Orlando la interrumpió: –Esta cosita, viejo –dijo en inglés cacheteándole suavemente la cara, como un jugador de fútbol que está nervioso y lo provoca a otro aunque el alemán no reaccionó.

–Yo quería hacer una película. ¿Y sabe sobre qué? Sobre un tipo que viene a hacerle una entrevista a una mujer y termina cogiendo con ella. ¿Usted se coge a todas las entrevistadas? Qué trabajo insalubre. Con todas las entrevistas que hizo. Pero no. Yo lo comprendo muy bien, usted está dominado por ella. No puede hacer nada. Usted puede estar con Marta o contra Marta pero nada de términos medios. Pero no es de esto que trata mi película. La película trata de un tipo como usted que viene a este país –Punta del Este es colonia nuestra– y ¿qué encuentra?, que esto es una colonia que ni siquiera tiene noción de que lo es. ¿Me entiende? No. Bueno, yo sí. Yo recién empiezo a darme cuenta. Este es un país de mierda ¿de acuerdo? donde los que queremos filmar, los que alguna vez quisimos hacerlo no tenemos toda esa película que usted gasta en estupideces pero además no sabemos qué decir ni cómo decirlo. Un arrabal del mundo lleno de movimiento cultural, que es un como si, una perpetua irrealidad. Pero nos creemos una gran capital por donde pasa la historia. Y aquí en Punta uno realmente siente que

está en el centro del mundo. ¿Pero en el centro de qué mundo? De uno que a usted no le interesa, que todos ustedes, metropolitanos, nunca conocerán. Porque la historia no pasa por Buenos Aires, siempre la vemos de ojito, de afuera. Entonces ¿qué pasa en mi película? Usted viene aquí, a una casa como esta, y hace un reportaje sobre su macho sudamericano. Y de paso hace pipipí con mi mujer. Así le decimos con Marta a eso en castellano. Así que ya sabe –metió el dedo en un obsceno agujero formado por otros dos dedos–, pipipí. Pero beward alemán. Cuidado Kurt, Marta dice que se va a ir con usted.

–¿Qué? –dijo el alemán.

–Además, la idea de la película es muy linda, pero yo no tengo plata ni talento ni sé qué decir ni cómo decirlo, ya le dije. Aunque alguno podría hacerla. Usted filmando acá, en este jardín. Y además, es cierto lo del macho: nunca más la voy a dejar salir de casa. La voy a llamar a toda hora, la voy a cagar a patadas si me lo vuelve a hacer. ¿Oíste hijo? Vos que vas al Saint Andrews es instructivo que a los siete años te enteres de todo esto.

–¿Qué? –dijo el alemán.

–Así es –dijo Orlando–. Ella me dijo que piensan irse juntos.

–¿Adónde? –dijo el alemán, asustado, perplejo, mirándola a Marta– ¿Where, where?

–A recorrer el mundo, a hacer reportajes sobre el macho sudamericano –dijo Orlando mientras tomaba otro vaso de vino y otro más y no se ponía borracho sino resuelto, simplemente resuelto a pelear. Y entonces empezó a llorar.

–No se preocupe, alemán. ¿Usted vio *La Notte*, alemán? ¿No? Claro, ustedes hacen las cagadas y nosotros las digerimos. Allí hay un personaje que llora y otro dice: "Llora por algo que no tiene importancia". A mí me hubiera gustado hacer cine alemán, pero soy contador y cocú; siempre lo fui, y además no me gustaría filmar como Antonioni; no sé cómo carajo me gustaría filmar, pero ahí le doy un tema, ahí tiene, aunque usted no tiene talento tampoco, sólo tiene guita, vive de hacer películas pero son todas así como ésta, seguramente. Qué resentido, ¿eh?, resentido. ¿Sabes que tu madre, hijo, con este hombre? –dijo y repitió ante el niño el gesto de los dedos, mientras reía desesperadamente en voz baja. Marta había desaparecido.

El alemán:

–No siga hablando así delante de los chicos.

–¿Por qué no, alemán, acaso alguno tiene que hacerlo, cuando sean grandes y sean rufianes como usted o cocús como yo?

–No siga hablando, por favor. Los chicos lo miran. Es terrible.

–¿Y qué quiere, alemán, que me quede viendo cómo la madre de este chico, que va al Saint Andrews, se va con otro hombre?

El alemán había escuchado todo con los ojos atónitos, pálido, tembloroso, mirando con velado horror no a ese hombre de ojos húmedos delante suyo sino a los chicos que ahora se habían acercado el uno al otro y se abrazaban y se protegían en la repentina jungla esa tarde, en medio del calor, en medio del jardín, esa perfecta tarde de playa.

–Die kinder –dijo el alemán, y Orlando vio cómo en su aullido gutural se esforzaba por disipar esa jungla a la que los niños habían sido de pronto arrojados por su padre, abandonados a la atroz oscuridad de afuera.

–¿Qué le está contando, alemán? ¿Hansel y Gretel? ¿Por qué trata de engañarlos?

–¡Schweine! –gritó el alemán– ¡Cerdo! –y entonces el golpe llegó seco, en medio de la nariz de Orlando, y después hubo otro y otro más. Y ahora quería protegerlo y sacó un pañuelo y se lo dio y le hablaba a los niños para decirle quizá que no, que no le había pegado a su padre, que todo era un juego, y Orlando cayó sentado en la silla.

–El me pegó, ustedes lo vieron –dijo en inglés, en castellano, constatando, poniendo las cosas en su lugar.

Y de pronto vio como Agustín, el rubiecito, el de siete años, el pecoso de las manitas gordas, tenía el labio inferior tembloroso. Y no aguantó más. Todo se desarmó dentro suyo y sintió una horrible humillación por lo que ellos veían, y Orlando corrió hacia él y un viejo orgullo, un enorme orgullo lo invadió. El humillado orgullo de sus hijos.

–No –dijo–, yo no quería. –Y se volvió loco de vino hacia el alemán.

–¿Por qué me hizo eso? –gritó–. ¿Acaso no estaban los chicos delante? –gritó Orlando besando con su aliento lleno de vino las pequeñas bocas que lloraban, las mejillas mojadas, las manos que ahora lo abrazaban agarrándose a él, que a su vez los apretaba fuerte.

–¿Acaso no tengo yo derecho a pegarle a usted? –dijo Orlando.

Cuando Marta llegó con la valija el alemán y su troupe se habían ido.

–Sudamericanos y basta –le dijo Orlando que estaba con los chicos al borde de la pileta. Ellos se habían desvestido. Uno nadaba furiosamente y otro, absorto, jugaba sentado al borde, con el agua que le mojaba los pies. Orlando, con su saco blanco, tenía puesto el pañuelo del alemán en la nariz. El pañuelo estaba lleno de sangre.

–Ellos vienen acá a trabajar, los pobres europeos, pero nunca se sabe. Un sudamericano siempre se sale con un martes siete –dijo Orlando.

Marta metió la valija dentro del Peugeot blanco.

–¿Te vas a ir? –dijo Orlando– ¿Y adonde?

Detrás suyo oyó el motor que arrancaba despacio.

Teatro

Réquiem para un viernes a la noche

[Editorial Talía, 1964 (primera edición)]

Reparto por orden de aparición

Max Abramson: Ignacio Finder
Leie Abramson: Marta Gam
Sholem Abramson: José María Gutiérrez
David Abramson: Héctor Salem

Escenografía: Tito Gueijman
Luminotecnia: Héctor Bustos
Asistente de dirección: Berta Drechsler

Dirección: Yiraír Mossián

Réquiem para un viernes a la noche fue estrenada en el teatro IFT el 21 de mayo de 1964.

A Chana.

A mis padres, sin cuyo amor esta historia no hubiera sido escrita.

Agradezco la invalorable colaboración de Augusto Fernández,
Yiraír Mossián, Ricardo Hallac y Roberto López.

Réquiem

Música de vieja opereta judía. / Escenario a oscuras. / Max *aparece por un costado bailando mientras un foco lo sigue; usa galerita o rancho y bastón. / Baila al viejo estilo, un poco a lo charleston, zapateando, haciendo oscilar las rodillas, tirando encantadores, picarescos y conmovedores puntapiés al estilo de los viejos chansoniers de music hall. / Revolea su bastón y usa un saco a rayas, cruzado, abrochado y bastante estrecho, un moñito, una camisa también a gruesas rayas, y lleva el ritmo del trombón ya melancólico, ya burlón —pero fundamentalmente melancólico— que le hace de fondo; un trombón, un poco de música de circo, de banda antigua. / Silba y hace sonar los dedos. / Su agilidad es patética porque baila una música inventada cuando él era joven y exclusiva para las bestias jóvenes de su tiempo. / Todo él es un esfuerzo sobrehumano de no envejecer, de no quedarse solo; con sus ojos no mira a este público que tiene delante sino a otro ya desaparecido, y hasta sonríe con él, como respondiendo a pullas e incitaciones. / Al terminar se escucha un disco de aplausos ante los cuales se inclina. / Entra. / Nuevamente se oye el disco de aplausos, sale, hace una reverencia, tira besos y arroja una rosa que tiene en el ojal a la platea, preferentemente a una dama. / Después se acerca al borde del escenario, con esos ojos de cejas alzadas, con una sensibilidad casi femenina y con un hondo dolor socarrón, con una nostalgia desesperada dice con algo de la gracia de un mimo:*

Max.—¿Se acuerdan de mí? Mírenme bien. ¿Hay algún viejo en la sala? Debajo del talco, de las arrugas, ¡mírenme bien! ¡Todavía tengo los ojos jóvenes, ojos de pibe! ¿No me reconocen? Yo soy... (*Suena música de trompetas de music hall*), el Gran Max Abramson, el rey de la opereta judía. (*Cabriola*). ¿Eh? ¡Qué me dicen! ¿Se acuerdan ahora? (*Con un guiño*). ¡Qué se van a acordar! (*Soñador*). Y sin embargo... por 1932... ¿O era 1937? (*Se encoge de hombros*). Ya ni me acuerdo... Pero todas las calles del Once estaban llenas de carteles así de grandes, en ídish, con mi fotografía. (*Parece verlos*). "¡Max Abramson, nuestro Rodolfo Valentino!". ¡Si me estoy viendo! (*Los ojos perdidos*). Yo era

famoso. (*Como si soñara o delirara*). ¡Uy, cómo me seguían! Me quería mucho el público, ¿saben? (*Sueña*). Tengo un público enorme que todas las noches me llena la sala y me aplaude y se ríe y llora y me lleva en andas. Un público que patea como loco cuando la función tarda en empezar. No se conforma con cualquier cosa, ¿eh? Pero a mí me adora. (*De repente se quiebra el sueño, y con un quejido se sienta cansadamente al borde del escenario*). Me adoraba. (*Canta "Varshe Mains"*). "Varsovia mía, volverás a ser la ciudad judía que fuiste alguna vez". (*Se acompaña con una voz que simula un trombón melancólico*). Cantaba eso y me idolatraban. ¿Y yo? (*Un profundo placer le sale de adentro, lo llena de calor*). ¡Yo tenía el mundo en las manos! Hacíamos hasta dos funciones por día. ¡Era la locura! (*Pausa*). Después actuamos para las butacas cada vez más vacías. (*Se encoge de hombros*). Y ahora... me cerraron el teatro. (*Pausa*). En invierno, a veces, como si fuera un favor, me llaman para dar un par de funciones un sábado o un domingo en alguna sala alquilada. Y hago de galán joven. (*Con una lucecita en los ojos de juguetona nostalgia*). ¿Saben lo que pasa? ¡Se me muere el público! De uno a uno se me van muriendo, como los suscriptores del diario ídish. (*Pausa*). Así que ¿cómo me iba a perder la oportunidad de actuar aunque ustedes ya no se acuerden de mí? (*Confidencial, al público*). ¿Saben cómo me gano la vida? (*Casi divertido*). Imitando a Al Jolson, como número vivo en el cine Rívoli (*Descartándolo*), uno de mala muerte. Y los chicos me tiran flechitas de papel. O canto en los casamientos judíos "A ídishe mame". En fin, hago tantas cosas... Esta puede ser la última vez que suba a un escenario en serio. Me siento extraño, ¿saben? (*Pausa*). Vengo a decir kadish. ¿A que no saben qué quiere decir "kadish"? ¡Qué van a saber! Es un réquiem, una oración para los difuntos. Un kadish por los Abramson. Por mi familia. Es lo único que me queda y yo los quiero mucho y no puedo hacer nada por ellos. (*Transición, como saliendo del abatimiento*). ¡Y no crean que esta historia va a tratar solamente de mí, eh! Esta es una historia que trata de artistas, de todos nosotros. Porque todos los Abramson somos artistas, y de raza. (*Pausa*). Y es también la historia de un padre y un hijo. (*Se para*). ¡Estoy tan feliz de estar aquí con ustedes! ¡Les agradezco tanto que hayan venido! El corazón me palpita como a un chico. Bailar y cantar, y hacerlos reír y llorar, y morir sobre un escenario. ¿Por qué no?

Si esto es lo mejor que me puede pasar. ¡Y no me tiren con tomates, eh! ¡Tírenme flores, tírenme rosas, tírenme besos! Y si son tan amables, a la salida pídanme un autógrafo. Sobre todo las damas. (*Ríe y se va poniendo cada vez más serio y es como si contara un cuento melancólico*). Y ahora, abran sus corazones, préstenme su ternura y vean esta historia, tan terrible y tan pequeña, tan dulce y tan cruel.

Max *termina apoyado en el borde derecho del escenario, cruzado de pies, con ese vago aire de muchacho porteño que tiene. Va levantándose el falso telón de gasa a través del cual, en la escena a oscuras, se van prendiendo las luces de los candelabros y la lámpara del pasillo. Se escucha entonces una voz de cantor litúrgico hebreo en una canción que es un lamento muy dulce y desgarrador*.

Max.—¿Escuchan? Es mi hermano Sholem. (*Con honda comprensión*). ¡Qué linda voz que tiene! (*Como disculpándolo con ternura*). Canta en un shil, en un templo de la calle Cangallo. (*Suave sonrisa*). Y cantando se pelea con Dios todos los viernes a la noche. (*Entra* Leie. Max *la mira y cambia de tono*). Y esta es Leie. Claro, estuvo toda la tarde sacándome el cuero con la vecina; ahora está toda la casa revuelta. Sholem está por llegar. ¿Y con quién se la va a agarrar? (*Se señala con resignación.* Max*, que prendió un cigarrillo poco antes de terminar el monólogo, fuma despacio*).

Decorado único

Se ve un comedor viejo, con una araña de caireles, un ropero al fondo, frente al auditorio, con tres grandes puertas con espejos ovalados y aplicaciones de bronce que parecen de la década del veinte. / La pieza tiene un aire peculiar, como si fuera una vieja casa europea de preguerra o como si estuviera llena de muebles recogidos y amontonados por gringos recién salidos del hotel de inmigrantes. / A un costado, una ventana con una cortina calada y flecos. / El empapelado de las paredes altas es floreado y desteñido por grandes manchas de humedad. / Debajo de la ventana hay uno de esos sofás baratos con mangos de hierro, convertible en cama que de noche se abre. / Allí duerme el tío Max*. / Al lado hay un piano. / Sobre las paredes*

hay retratos ovalados de viejos judíos rusos, imponentes con sus gorros y sus barbas, y sus sumisas mujeres. / Al otro costado hay una cómoda, sobre la cual hay un capote de raso blanco, un talit o manto de oración y un gorro alto de cantor sinagogal. / Sobre la pared hay una alcancía del KKL, Fondo Nacional Judío, que es una de las tantas cosas por las cuales esa familia afirma su pertenencia a la colectividad. / En el centro hay una mesa antigua con patas curvas igual que las altas sillas con respaldo trenzado. / En la cabecera hay una silla especial, tapizada con tela floreada, una especie de sillón donde solamente se sienta el señor de la casa, Sholem. */ La pieza parece abarrotada de muebles. / En un rincón hay un televisor comprado a plazos. / El clima de todo es abrumador, sofocante, hermético, infinitamente triste y pobre. / En la mesa han tendido el mantel y han puesto los cubiertos. / Hay, destacándose, un candelabro de tres brazos con velas recién encendidas y otro de un solo brazo al lado. / Junto al lugar del padre hay una servilleta de seda con una estrella de David bordada, bajo la cual hay panes para bendecir. / Hay también una botella de vino y una gran copa de plata delante de la servilleta. / Es un viejo departamento del Once, cerca de Lavalle y Pueyrredón. / Es una fría noche de otoño.*

ESCENA I

Max *y* Leie

Entra Leie *corriendo con un jarrón de flores que deja sobre la mesa. /* Max *habla un castellano bastante aporteñado aunque se nota mucho menos que en* Leie, *que es extranjero.*

Leie.—¡Uy, qué tarde se ha hecho! Sholem debe estar por llegar del shil, del templo, y toda la casa está revuelta, todavía. (*Reparando en* Max). ¿Usted qué hace ahí? Apague ese cigarrillo, ¡goy! ¡Ya estamos en viernes a la noche! No se puede fumar. Lo único que falta... Que entre Sholem y lo encuentre fumando. (Max *se despierta de su ensimismamiento, saca el cigarrillo de la boca*). Lo que pasa es que a usted le soltamos mucho la cuerdita, ¿sabe? Claro. Sholem es demasiado

tolerante con usted. ¿En qué casa judía como se debe le dejarían prender la televisión, y la luz y el gas, y hablar por teléfono un viernes a la noche? ¿Dónde se ha visto eso? Su padre, Max, que Dios lo tenga en la gloria, si se levanta y ve cómo le salió usted, se muere de nuevo. ¡Todo tiene un límite, Max!

MAX. (*Entra al escenario*).—¡Pero Leie! ¡Estoy recién por la mitad!... (*Lo mira con tristeza, se despide de él y lo tira, pisándolo*).

LEIE.—¡Lo único que faltaba! ¡Que Sholem sienta que aquí se fumó! ¿Cómo va a dejar el pucho aplastado ahí en el suelo? ¿Nunca tuvo casa usted? Parece mentira que usted y Sholem sean hermanos. (*Se agacha y recoge el pucho. Va y abre la ventana*). ¡Ni el olor tiene que quedar! (*Se queda mirándolo*). Pero yo no lo entiendo a usted, Max. ¿No sabe que ya se puso el sol, que ya es viernes a la noche, que esta es una casa judía, que hoy es fiesta, que mañana será sábado y que hoy ya no se fuma en esta casa?

MAX. (*Que se sacó el saco de fantasía y se sentó en su diván*).—Estoy esperando que me llamen por teléfono. (*Se estira*). No me di cuenta de la hora, se lo juro. (*Mira el reloj*). ¡Uy, qué tarde que es! ¡Pero Sholem debe estar por entrar ya mismo! Y yo sin arreglarme. (*La mira de pronto atentamente*). ¡Oiga! (*Sigue mirándola mientras ella arregla la mesa*). Usted tampoco está muy presentable que digamos. ¿Y David? ¿No vino todavía?

LEIE.—¿David? Debe estar por llegar. (*Deja de arreglar la mesa. Lo mira*). Tengo miedo, Max. No sé qué hacer. (*Pausa*). ¿Y si no viene? ¿Y si tampoco hoy viene? Ayer fue terrible. Usted no estaba. ¡Nunca está cuando hace falta! Discutieron a gritos, el padre con el hijo. Parecía que se iban a sacar los ojos.

MAX.—Pero no entiendo nada. Si el otro día hablé con él y le dije: mirá, David, vos sabés cómo es tu padre. El viernes a la noche es el único día en que puede estar junta toda la familia. Le dije que somos tan pocos y encima no nos vemos nunca. Le dije... Le dije que se dejara de joder, ¡bah! Él me dijo... que sí, que iba a venir. ¿Por qué? ¿Pasó algo ayer?

LEIE.—¿Algo? ¡Todo pasó ayer, todo! Por favor, Max. Mire. Usted sabe muy bien que a mí no me gusta la vida que usted lleva, ¡qué quiere que le haga! Pero hoy Sholem va a venir muy triste y David...

Max. (*Desabrochándose el cuello y deshaciéndose el moño delante del espejo*).—Ni siquiera va a venir, como siempre. ¿Eso quiere decir? Y entonces ¡ahora me busca! ¡Ahora viene a llamar al Gran Max Abramson! ¡Si usted tendría que pedirme un autógrafo todas las mañanas, trayéndome el café con leche a la cama, en acción de gracias a Dios por tenerme en su casa! Actores de mi talento, Leie, quedan muy pocos en el mundo. (Leie *hace un gesto de impaciencia mientras* Max *está cada vez más regocijado, pero serio*). Y en cambio (*recitando*) "¿Qué tramas, oh, Cordelia?". ¡Se pasa todo el día reclamándome el alquiler!

Leie.—Max, por favor, tiene que ayudarme. No hay que dejar que Sholem se ponga a pensar en eso que pasó ayer. (*Pausa*). ¿Sabe? No durmió en toda la noche. Tenemos que cuidarlo, Max. Anda medio mal del corazón. Un día de estos le agarra un infarto... (*Se detiene, ahogada*). Me quería hablar. Y yo sé de qué me quería hablar. Y me hice la dormida. Ayúdeme, por favor, Max.

Max. (*Se ha puesto serio; se acerca a* Leie *y con una suave sonrisa de cejas enarcadas le acaricia la mejilla*).—Léiele, Léiele, que me grita todo el día. Si ustedes son toda mi familia... Si los quiero tanto a todos... ¿Qué sería de este viejo solterón sin esta casa, sin usted, que prende la luz del dormitorio cuando yo llego a las cuatro de la mañana? ¿Se cree que no me doy cuenta? ¡Si aquí todos somos sus hijos!

Leie.—Ay, Max, hable con David. A usted lo escucha. Hágalo entrar en razón.

Max.—Todos tenemos que entrar un poco en razón, Léiele. Todo el mundo está loco.

Leie. (*Angustiada*).—¡Ay, Max, a veces sueño que la casa se me cae encima! (*Solloza*). ¡Y no sé qué hacer!

Max.—Todo se va a arreglar bien, todo se va a arreglar.

Leie.—Es nuestro único hijo. ¡Qué quiere! Mire los hijos de Clara, la vecina de abajo...

Max.—Ay, Léiele. (*Con impaciencia*). ¡Siempre los chicos de la vecina! ¡Desde que me acuerdo se la pasa hablando de ellos! ¡Desde que David iba al colegio le ponía a Jaime como ejemplo!

Leie.—Es que es un ejemplo. (*Con resentimiento*). ¡Qué suerte tuvo Clara! Jaime y David estudiaban juntos, iban al mismo grado. Y Jaime ya se recibió de doctor farmacéutico, se casó, se fue a Norteamérica. ¡Y

va a volver rico! ¡Y qué casamiento!, ¿eh?... (*Soñadora*). A nosotros nos sentaron ahí adelante. Parecíamos los padres del novio. ¡Ahí, con todos los fabricantes, los ricos, los parientes de la novia! ¡Y, claro! Vecinos de tantos años... Un poco gordita la chica, ¿eh? Pero es una chica como se debe; farmacéutica, igual que él. ¡Y filmaron toda la fiesta!

MAX.—Sí, claro. (*Con sorna resentida*). Filmaron cómo Clara tomaba la sopa, cómo el marido se sonaba las narices. ¡Todo! ¡Hacía un calor... la orquesta hacía un bochinche...! ¡Y cómo sufría Clara, con esas pulseras que se tuvo que poner! ¡Si ni siquiera podía levantar el tenedor! ¡Si hasta pusieron la chapa en la puerta todavía antes que Jaime se recibiera!

LEIE.—¡Natural! ¡Y un aviso así de grande en el diario ídish! ¡Qué se cree! ¿Y qué: hay algo de malo? ¡Son satisfacciones que uno tiene! (*Con resentimiento y tristeza*). ¡Qué suerte tuvo Clara! Vienen todos los hijos, reciben cartas de Jaime... (*Con ansiedad*). Tengo miedo, Max. ¡Si supiera lo que David le dijo a su padre ayer a la noche! Tengo mucho miedo. ¡Trate de convencerlo! ¡Parece loco, no oye a nadie! Tiene que hablarle, Max… (*Tono de ruego, al borde del llanto, tensión*).

MAX. (*Le da la espalda, muy angustiado, y después la enfrenta sobreponiéndose como con una cabriola*).—¡Pero! ¡Si David tiene una voz y un oído para el canto!... Como el padre. Igual que el padre y el abuelo. Mire. Más de una vez, cuando David era más chico y cantaba en casa y estaba Clara, yo vi que se le iban los ojos de envidia.

LEIE. (*Esperanzada*).—¿Sí? (*Admirada*). ¿A Clara?

MAX.—¡Seguro! ¡Ya se quisiera Jaime y más de uno tener esa voz enorme!

LEIE. (*Soñadora*).—¡Ah!... A pesar de todo, David es un digno nieto de nuestro querido Cantor de Capule. El orgullo de nuestra familia.

MAX. (*Zumbón*).—¿Nuestra familia? Mi familia, la de Sholem. Porque lo que es la suya, sin ofender a nadie... y si no vamos a ver. ¿Qué hicieron de bueno los suyos, los Brodsky? Discúlpeme, pero eran todos campesinos brutos: ¡ni siquiera sabían leer la Biblia!

LEIE.—¡Mentira! ¡Todos mis parientes eran rabinos, doctores, agrimensores! Si conocían la Biblia mejor que usted.

MAX. (*Divertido*).—Bah... su familia vivía en ese pueblito... ¿Cómo se llamaba?

Leie. (*Defensiva, alerta*).—¿Por qué? (*Lo dice como si fuera el nombre más conocido y natural del mundo*). ¡Snípetchok!

Max.—Eso. Snípetchok. Que tenía como diez casas, tres vacas, cien habitantes y un terrateniente antisemita que era malo como la peste.

Leie.—¡Miren quién habla! ¿Y cuántos tenía la Capúle de ustedes?

Max.—Perdone, Léiele, pero no se puede comparar. Nuestro señor, nuestro "póritz", era muy bondadoso con los judíos. Se llamaba... ¡Semión! Semión Bortzov. (*Soñador*). ¿Nosotros en Capúle? (*Recuerda*). Teníamos como cinco calles, dos baños públicos, trescientos habitantes y una sinagoga tan vieja como el mundo...

Leie.—Y todo eso está muerto. (*Silencio muy pesado y tenso*). ¿Y David, Max? (*Angustiada*). Ay, tengo tanto miedo...

Max. (*También angustiado, pero fingiendo*).—No se haga mala sangre, Léiele. (*Mira la hora para cambiar de tema*). Uy, qué tarde que es, y nosotros aquí dele charlar.

Leie. (*Lo mira de pronto, y como si estuviera proponiéndole una expedición al Congo o como si le dijera: ¿A que no se anima?, dice*).—¿Por qué no se cambia la camisa?, ¿eh? Ese cuello no está nada limpio que digamos.

Max.—Ya voy, Léiele. Y usted podría peinarse de una buena vez. (*Se acerca impulsivamente al jarrón y saca una rosa*). Tome, Léiele. Para que Sholem la vea más linda. Gut Shabes. Que tenga un buen sábado. Que todos lo tengamos.

Leie. (*Lo mira hacer, contenta como una niña; no sabe cómo agradecérselo, se sofoca, y entonces opta por rezongar mirándolo con desconfianza*).—¿Está loco? (*Está por volver la flor al jarrón*). ¡Ay, Max, usted sí que no tiene cura! Flores. ¿A quién se le ocurre regalarme flores a mí? (*Sonríe con ternura*). Mishíguener.

Max. (*Saliendo*).—¡Por favor, si me llaman por teléfono, ya vengo! Voy a comprar jalvá para postre. (*Pensando*). No sé, me dijo que me iba a llamar hoy, estuve ahí esperando esa llamada toda la tarde...

Leie.—¿Qué? ¿Quién tiene que llamar? (*Mira*). ¡Uy! ¿Dónde tengo la cabeza? ¡Miren lo que hay acá! (*Repara en la tabla de planchar que hay en el medio de la pieza con un capote negro de su marido y la plancha desenchufada. La saca y se la lleva. Sale, con la flor entre los dientes. La escena queda vacía por unos veinte segundos*).

ESCENA II

Leie *y* Sholem

Entra Sholem, *con su sobretodo negro de cuello de terciopelo. / Es alto, imponente, sombrío, tiene ya su edad pero se mantiene erguido, con su aire de señor. / Afuera debe hacer mucho frío, porque entra restregándose las manos. / Usa un sombrero orión, negro, y un chal blanco que lo abriga y que se quita despacio al entrar. / Tiene un sofocado amor, una ternura que apenas puede manifestarse.*

Sholem. (*Señorial, majestuoso*).—Gut Shabes, buen sábado tengan todos. (*Mira. Golpea la mesa con los nudillos*). ¡Leie! (*Se va volviendo más agresivo —no entró de muy buen humor— al ver que no hay nadie. Camina*). ¿No hay nadie aquí?

Leie. (*Entra casi corriendo. Es pequeña. Parece otra. Es como si se hubiera vestido de fiesta. Se cambió el viejo batón por un vestido mejor, se peinó rápidamente, se puso alguna pulsera y lleva la flor prendida. Está sabática. Pero se olvidó de sacarse el delantal*).—Gut Shabes, Sholem. ¡Ay, qué barbaridad! Yo me decía: apúrate, Leie, apúrate... (*Ve que él la mira sin decir nada. Ella empieza a mirarse, culpable, bajo esos ojos de juez, como preguntándose qué es lo que anda mal. Mira la mesa, todo en su lugar. Se mira de nuevo. ¡Horror! Se olvidó de sacarse el delantal*). ¡Ay, dónde tengo la cabeza! (*Sale guardando el delantal y vuelve.* Sholem, *con una amargura que le viene de antes, termina de sacarse el sobretodo y luego el sombrero, debajo del cual hay un solideo*[1]*. Se sienta a la mesa. Abre la botella y lleva la copa de plata para hacer la bendición del vino. Entra* Leie *nuevamente*). Bueno, ahora sí. Gut Shabes, Sholem. ¿Qué tal? ¿Cómo te fue en el templo esta noche? ¿Cómo estuviste de la voz?

Sholem. (*Un poco lejano, ido*).—Bien. (*Como pensando en voz alta*). El coro estuvo un poco flojo. Los barítonos no andan. (*Gesto de*

1 Sombrerito negro; como el de los sacerdotes, que usan los judíos religiosos. [Nota de la edición original].

desprecio). Bah... Todos troncos. (*Se endereza*). Pero, ¿no hay nadie en casa? (*Sonríe como si no pasara nada*). ¿Ni siquiera Max está?

Leie.—Estuvo toda la tarde papando moscas. (*Disculpándose*). Yo le dije: "Mire, Max, no se vaya que está por llegar Sholem, y después se enoja cuando no estamos todos en casa". Pero hablar con tu hermano es como hablar con la pared. Bajó, no sé para qué; en seguida vuelve. ¿Te cambiaste la camiseta después de cantar? Estarás todo mojado. ¿Querés una para cambiarte?

Sholem. (*Un poco enojado por lo de* Max).—Me cambié, me cambié. Después de cantar. (*Silencio.* Leie *está sin saber qué decir y endereza la posición de los cuchillos en la mesa. Teme justamente lo que* Sholem *va a hacer cuando él le pregunta con sordo sarcasmo, con una sonrisa amarga:*) ¿Nu, Leie? (*Se va diluyendo la sonrisa, aún más tenso*). ¿Dónde está tu hijo, Leie?

Leie. (*Mira la silla vacía y busca alguna respuesta*).—Ya va a venir, Sholem. Hoy me prometió que iba a portarse bien y que iba a hacerte caso. Vos sabés que en la sastrería no lo dejan salir antes. Estamos en América, Sholem; vivimos entre goim, ¡qué se le va a hacer! El patrón no respeta el sábado.

Sholem. (*Dolorido*).—David tampoco ya lo respeta.

Leie. (*Trata de cambiar el tema*).—¿Y? ¿Qué tal? ¿Había mucha gente hoy?

Sholem. (*Encarándola*).—¿Pero habló, por lo menos? ¿Dijo a qué hora iba a venir? (*Se compone*). Los viejos de siempre.

Leie.—¿Tuviste alguna visita hoy?

Sholem. (*Va al piano* y *toca con un dedo, después dos, un compás, mientras tararea una canción litúrgica, muy por lo bajo, como si la susurrara: "Umipnei" - Y por nuestros pecados*).—Vino Hirsh.

Leie.—¿Quién?

Sholem. (*Impaciente*).—¡Hirsh! Uno que conocí cuando era joven y hacíamos giras por las colonias de Entre Ríos y yo daba conciertos litúrgicos. ¿Te acordás? Uno pelirrojo.

Leie.—¡Ah, uno de Colonia Ceres, me parece!, ¿no? Pero si es un muerto de hambre.

Sholem.—Era. Vino a oírme cantar. "Jazn", me dijo, "señor cantor", me dijo: "Cuando usted improvisa con el falsete (*improvisa*) siento una cosa aquí". (*Se señala el pecho y después se encoge de hombros*).

Leie.—No, si tenés muchos admiradores. En Rosh Hashaná, en año nuevo, de todos los barrios de Buenos Aires vienen judíos a escucharte cantar. Y cuando voy al mercado, detrás mío siento que dicen: "¿Ven esa señora? Es la esposa del cantor Abramson". (Silencio. Leie trata de levantar la conversación mientras ve cómo Sholem, con la cabeza en otra cosa, decae cada *vez más. No encuentra mejor manera de no tocar temas prohibidos que seguir esa conversación*). ¿Y? ¿Cómo está ese Hirsh? ¿Cómo le fue en la vida?

Sholem.—Le fue. Tiene una fábrica de cubiertos. (*Orden*). Traeme las pantuflas.

Leie. (*Se las trae*).—¿Te acordás cuando nosotros entramos a trabajar a una fábrica de cubiertos? (*Recuerda, soñadora. Despierta*). Pero no servíamos para eso. Vos sos mucho más que un fabricante de cubiertos. ¡El cantor Abramson!

Sholem.—Por aquella época debe haber empezado él también. (*Sonríe con cansancio*). Estaba loco hoy. Me quería traer a toda costa en auto a casa. En la misma puerta del templo lo había parado.

Leie.—¡Desfachatado! Viernes a la noche empieza la fiesta y él con el coche.

Sholem.—Un auto grande, enorme. (*Severo*). Le dije que no. Que yo no viajaba los sábados, y que si sabía con quién estaba hablando.

Leie.—Bien hecho. ¿No te digo yo? Dios da plata a gente tan bruta... (*A pesar de sí misma*). Así le habrán salido los hijos.

Sholem.—Un hijo se va a Israel con una beca. El otro es profesor en la facultad.

Leie. (*Se resiente y se deprime y angustia, acusando el efecto de esta frase*).—Mirá vos. No creo que hayan podido aprender mucho de él. Y sin embargo... (*Lo ve decaer a* Sholem *y, arrepentida, busca un tema*). En fin. ¿Y el señor Kohn? ¿No estaba?

Sholem.—Estaba.

Leie.—Y claro, el señor Kohn siempre viene a escucharte. Mirá vos. Es un millonario ese hombre. ¡Y sin embargo tan sencillo! ¡Y cómo te respeta!, ¿eh? Es el único de la comisión directiva que se portó como la gente con nosotros. Antes de cantar siempre te sienta ahí, adelante, al lado suyo. ¡Y son igualitos, mirá! ¿Quién diría que él es millonario? Tienen cierto parecido, no sé, en la

cara. ¡Si cuando te veo cantar ahí, en medio del templo, me parecés un príncipe!

Sholem.—Me sé dar mi lugar. (*Camina por la pieza*). ¿Y? ¿Dónde está mi hijo, Leie? ¿Qué pasó que no vino?

(*Tocan el timbre*).

Leie.—¡Seguro que debe ser él! Por favor, Sholem, no le digas nada ahora: él está arrepentido de lo que dijo ayer; no le grites, Sholem, es un chico todavía...

Sholem. (*Va a tomar el "Diario Israelita"*).—Andá a abrir. (*Lo abre y lee como si estuviera totalmente enfrascado desde hace rato*).

ESCENA III

Max *y dichos.*

Max.—Gut Shabes, Sholem. (*Entra canturreando, hace una cabriola, como si llevara galera y bastón*). Nada por aquí, nada por allá... ¡Upa! Aquí está. (*Lo dice como si hablara a un nene para que tome la sopa. Saca un paquete de la galera*). El postre de los grandes cantores. Tomá, Sholem. Pero me vas a dar un pedazo, ¿eh?

Sholem. (*Malhumorado*).—Yo no quiero nada.

Max.—¡Pero yo sí quiero comerla! Entonces, devolvémela. Desde que eras así (*gesto cerca del piso*), desde que tenías tres años, te gustaba. (Sholem*, por fin, sonríe efímeramente*). ¿Me llamó alguien por teléfono?

Leie.—¡Menos mal que llegó, Max! ¡Ya era hora!, ¿no? (*Pausa*). ¿Quién tiene que llamarlo, que está tan interesado? ¿Alguna señorita?

Max. (*Evasivo*).—Una admiradora.

Sholem. (*Gesto de impaciencia con la mano, siguiendo sus pensamientos con bronca*).—Ayer tuve una conversación con mi hijo, ¿sabés, Max? Ese gran hombre que tenemos en casa. (*Recordando con ira*). ¿Y sabés qué me dijo?

Leie. (*Desesperada a* Sholem*, señalando a* Max).—¡De lo que me enteré hoy! Si supieras dónde trabaja tu hermano... Ay, Sholem, algo anda mal en esta casa, ¿y sabés qué? (*Señalando a* Max). ¡Este señor! (Max *la mira desconcertado y le hace gestos con los dedos juntos*). Pero

Max no se da cuenta... ¡La vida que lleva! ¡Si se muere de hambre! Si por lo menos trabajara en la televisión. ¡Lindo actor es usted! Pero, ¿sabés dónde trabaja ahora, Sholem? ¡En los cines de mala muerte! Si hasta canta en los casamientos, cuando nadie lo escucha. ¡Un día de estos vamos a tener que irlo a buscar al bar León con un coche fúnebre!

Max.—Oiga, Léiele, hicimos un trato pero no se lo tome así.

Leie.—¿Trato?

Max.—Sí. Yo le dije que podía darme un sermón cinco minutos todos los días, ¡pero no antes de la comida! ¡Me corta el apetito!

Sholem. (*Mira la hora*).—A mí hay cosas que hace rato me cortan el apetito en esta casa. (Max *y* Leie *se miran sin saber qué decir*). Ah, pero yo no lo voy a esperar.

Max.—Me prometió que iba a venir, Sholem.

Sholem.—Y no le voy a decir nada cuando venga. Es lo que él espera, ¿eh? Que yo le discuta. Ya lo veo yo. (*Como ante algo inconcebible*). Discutir conmigo. ¡Discutirme a mí! Lo único que faltaba. ¿Quién es él? Un mocoso insignificante. Y ya cree que lo sabe todo, ¿eh? ¿Se olvidó ya cuál es su lugar en esta casa?

Max. (*Va a decir algo en serio pero después opta por encogerse de hombros y sonríe*).—Bueno, no te lo tomes así, no es para tanto. (*Zumbón*). No hay que llevarle el apunte.

Sholem.—¿Ah, no? Pero vos no sabés las cosas que tuve que escucharme ayer a la noche. (*Se inclina con su canchera parsimonia que rebosa de angustia y con más dolor que ira le pregunta*). Vos sabés del asunto con esa chica ¿no es cierto Max? (*Experimentado*). Yo sé que vos sabés.

Max. (*Azorado mira a* Leie *que se ha quedado muda y entonces trata de hacer un gesto de viva la pepa pero no le sale y entonces bajando los ojos contesta*).—Sí. Algo me dijo.

Leie. (*Resentida, en voz baja*).—¿Se cree que no sé que a veces están juntos ustedes dos en el café de enfrente? ¡Como los goim![2] ¿Qué costumbre es esa de llevarlo al café a mi hijo?

Sholem. (*Impaciente*).—Va solo, nadie lo lleva. (*La acalla con el gesto*). Lo que es yo, me enteré recién ayer. Bueno. Ayer exactamente, no.

2 Cristianos. [Nota de la edición original].

La casa es chica y cuando alguien habla por teléfono con la misma persona tres horas todas las noches eso llama un poquito la atención, ¿no?

Leie.—Es cierto. Eso sí. Nunca me gustaron las amistades de mi hijo David. Gente rara, filósofos, muchachas locas...

Sholem.—¡Y todos goim! ¡Todos! Me tomé el trabajo de contarlos, uno por uno.

Leie.—Pero las chicas sobre todo no me gustan. Por eso yo le dije a Sholem, que había que saber quién era esa chica con la que hablaba todas las noches.

Max. (*Anonadado, a* Leie).—¿Así que fue usted quien le dijo a Sholem?...

Leie.—David es un chico todavía. Hay que guiarlo.

(Max *la mira sin la menor complicidad y abrumado, asombrado, trata de comprender hasta que una leve niebla de piedad le va cubriendo los ojos*).

Sholem.—No es ningún chico, ya tiene 26 años. ¿Te acordás cómo era Jaime ya a los 20 años? Todo un hombre de empresa. ¿Y qué tengo yo de David? ¡Si es un pensionista: come, duerme y se va!

Leie.—No, no. David te quiere mucho, Sholem. ¡Y te respeta! ¡Si tiene miedo de hablarte! Si hasta tiene tu misma voz de tenor. (*Soñadora*). Me acuerdo cuando era chico y se iba con vos, los dos de la mano, a la sinagoga, esos sábados de invierno llenos de sol... y todos éramos jóvenes y vos parecías un rey David, un lindo rey que hubiera bajado del cielo solo para mí. Y me acuerdo de esos viernes a la noche, cuando todos estábamos juntos y yo prendía las velas y agradecía a Dios. (*Con las manos sobre la cara en actitud de bendecir*). Porque nos había dado velas para ese viernes, y porque estábamos juntos y yo era como una gallina y él era tan chiquito, y vos después hacías la bendición del vino y él te miraba, te miraba, y era como un ángel que hubiera bajado del cielo para alegrarnos y para llenar de luz esta casa, y yo pensaba: "David, cuando sea grande, va a ser un gran cantor, como quiere papá; y yo voy a ir por la calle y todos van a decir: '¿Ven? esa es la madre de ese gran hijo, de ese gran personaje...'. Y él miraba las velas y en esos tiempos en que estábamos todos juntos, cuando todas las lámparas de la araña estaban prendidas yo le decía: "Una vela para papá, otra para mamá, y una para el nene"...

Max.—Y ese candelabro grande, solo, para el tío Max...

Leie.—Y cuando se apagaba una de las velas nos mirábamos y temblábamos y él me agarraba fuerte de la mano y una vez me dijo: "Mamita, mamita, no quiero que ninguno de ustedes se muera nunca".

Max. (*Conmovido como los otros hace sonar los dedos y se levanta*).—¡Y yo le pago el alquiler todos los primeros de mes para que usted prenda todas las lámparas de la araña todos los viernes! (*Se acerca al interruptor y las enciende. Todos miran alrededor y sienten más la soledad de la sala iluminada como en otros tiempos*).

Sholem.—¿Y ahora, dónde está tu hijo, Leie? ¿Dónde está el pequeño David que cantaba conmigo en el templo? ¿Dónde? Yo lo miraba ayer mientras me hablaba así, con ese tono y pensaba: pero, Dios mío, ¡por qué me castigaste así! ¿Así que este es mi hijo? ¿Este es? (*Se levanta y camina, las manos en la espalda, agobiado dentro de su impotencia*). No entiendo. Yo le di todo lo que tenía, yo lo cuidé y lo quise y confié en él. (*Sarcástico*). Mi preferido en el coro, mi heredero, el que iba a ser como yo. (*Se encoge de hombros*). Cada uno carga con su suerte. ¡Y así me pagó!

Max.—Vamos, Sholem, todas las cosas tienen arreglo, no hay que ponerse así.

Sholem.—No, Max. Hay cosas que no tienen arreglo. (*Exaltado*). ¡Pero es que vos no sabés lo que me dijo ayer! ¡Vos no escuchaste lo que yo tuve que escuchar cuando le pregunté si andaba con una chica. ¡Y después cuando le pregunté si la chica era judía!, tenías que haber estado aquí para escuchar cómo, con qué insolencia me contestó: "¡No, y qué hay con eso!". ¿Te das cuenta? ¡Es... es inconcebible!... ¡No tiene nombre! Y yo traté de explicarte, Max, porque tengo más años, porque yo sufrí, porque yo sé que hay cosas que no pueden ser. ¡Uno puede ser amigo de ellos! ¡Pero casarse no! Después vienen los insultos y las ofensas, los hijos y los problemas. ¡Casarse no! ¿Y sabés qué me dijo? ¡Que se iba a casar lo mismo! ¿Y sabés qué más? Que al padre de ella no le gustan los judíos. ¿Y sabés qué más? ¡Que se iban a casar lo mismo! ¿Te imaginás la parentela que me quiere traer a casa? Para que se rían de mí. ¡Es un antisemita! (*Camina*). Es más que eso. Para mí es un traidor. Es un hijo que traicionó a su padre.

Leie.—Pero, Sholem, yo hablé con él, y él lloró y me pidió perdón y me juró que la iba a dejar. ¡Si es un chico todavía! No sabe lo que hace. ¿Cómo podés tomarlo en serio, cómo podés tratarlo así?

Sholem. (*Vuelve a la inmovilidad, a la pena contenida*).—Mentira. No te dijo nada que la va a dejar. Y no lloró tampoco. Nunca lo vi llorar. Es una piedra ese. Tenemos un goy. ¡Peor que un goy! ¡Un enemigo en la casa! Y cuando lo miro veo que nos odia, que es como si nos mostrara los dientes, que si pudiera nos comería a todos.

(*Suena el teléfono*).

Max. (*Se abalanza sobre el teléfono con respecto al cual estuvo siempre agazapado, alargado hacia él*).

Leie.—Seguro que es David, vas a ver, tuvo algún lío, ya viene para acá.

Sholem.—No me interesa.

Max. (*Antes de atender se compone y carraspea*).—¿Hola? (*Toda la angustia en que se debatía hasta hace un segundo desapareció. Se le ilumina la cara de esperanza*). ¿Hola? No me diga su nombre. (*Conquistador*). A que adivino quién habla. (*Pausa*). ¿Habla la señorita Berta? (*Empalidece*). ¿Cómo? ¿Con qué número quiere hablar? (*Como si algo se le hubiera desplomado encima*). No señorita, equivocado. (*Cuelga*).

Leie.—¿No te digo, Sholem? Los chicos son chicos. ¡Pero es este señor el que da el mal ejemplo en esta casa! ¿Qué se cree, Max? Esta es una casa judía, digna, decente. ¡Y todo el día están llamándolo esas mujeres que se ríen de usted y le sacan la plata! Si lo digo por su bien, no vaya a creer. ¿Qué otra cosa puedo querer yo para usted? Mire Max, ¿sabe por qué lo acepto en esta casa? Por Sholem. Pero ¡cuándo va a sentar cabeza! Esas mujeres lo están desplumando y usted todavía se cree un muchachito de 30. ¡Mírese al espejo!

(Sholem *está ensimismado y* Max*, abrumado luego de la llamada, ahora atina a responder*).

Max.—No, Léiele, no. Usted no entiende. Esta señorita que esperaba no era como las otras. O mejor dicho no es como las otras. Puede llamar todavía ¡Tiene que llamar! Es una persona sensible, culta. ¿Sabe lo que hacemos cuando estamos juntos?

LEIE. (*Ofuscada*).—No me venga a contar porquerías.

MAX.—Hablamos de cuando éramos chicos. Vamos a los Rosedales, yo le compro maníes.

LEIE.—Sí, claro, "io, avade", usted que sale todos los días con otra. (*Pausa*). Asqueroso.

MAX.—Será cómico. Pero es así. Hacemos eso. Estoy un poco cansado de tantas mujeres. Y esta señorita es distinta, Léiele. ¿Es mayor, eh? Tiene sus buenos años. Como yo. (*Pícaro*). ¿Y sabe una cosa? (*Mirando un poco a* SHOLEM *como pidiendo permiso*). ¡Tiene sus mismos ojos! (*Sonríe cansado mirando al teléfono, a* SHOLEM, *a la pieza, y se mira al espejo encogiéndose desesperadamente de hombros*).

LEIE. (*Se ruboriza, ofuscada, escandalizada, medio enojada*).—¡Oh, cuándo va a sentar cabeza!

SHOLEM.—Anoche soñé que estaba muerto.

(*Silencio tenso. Los otros dos se miran*).

MAX.—¡Gran cosa! Yo siempre sueño que soy Rodolfo Valentino. Mirá, Sholem. Tu mujer me aconseja. ¡Pero si yo ya senté cabeza! Un invierno, ¿te acordás? cuando yo tenía once años y vos un poco más, estábamos con las narices pegadas a los vidrios y los vidrios estaban empañados y afuera, allí, por nuestro pueblito, vimos pasar bailando sobre la nieve a tres miserables músicos ambulantes. Me acuerdo que era el atardecer. Qué cosa, ¿no? Acordarme de ese detalle. Caía el sol y el campo infinito se abría ahí, delante de nuestra casa de madera, y las tres sombras eran violetas sobre la nieve y se iban tocando, solos, en fila, por la estepa vacía. Y a mí me saltó el corazón. ¿Te acordás, Sholem? y me dije ¡Yo voy a ser como ellos!, y creí reventar de alegría. Soy como ellos. Eso es todo. Un artista. Como Sholem. Como nuestro padre, el cantor, como David.

SHOLEM.—Bah, David.

MAX.—Sí, sí, Sholem. Todos los Abramson somos artistas. Quizá nunca lleguemos a ser ricos. Pero somos artistas, y de raza. A vos te vendrán a escuchar con respeto, a mí me tirarán tomates, pero en el fondo somos iguales. Somos artistas, Sholem, no hay nada que hacer.

LEIE.—David. Tan linda voz que tiene ¡Podría dar conciertos y juntar fondos para Israel! Se podría hacer rico con esa voz que tiene. Cuando lo escucho, le juro, se me saltan las lágrimas.

Sholem.—Es un fracasado.

Max.—No crean. El muchacho tiene lo suyo. El otro día me mostró unos versos. Tenían mucho sentimiento.

Leie. (*Resentida*).—Claro, a usted le muestra versos.

Sholem.—Bah, manías. A otros les da por jugar al dominó. El único arte que conoció mi familia es el canto. Esta voz que pasa de padres a hijos. Es lo único cierto. Es todo lo que tengo. Eso y mi nombre... (*Se encoge de hombros*). Y bueno. ¿No quiere ser cantor? ¡Que se haga una posición, por lo menos! Pero claro (*con furia*) ¡Él es muy vivo, él tiene que ir contra la corriente!

Leie.—Pero no, aquí el único que va contra la corriente es tu hermano. Si por lo menos fuera cantor de templo, "jazn", como vos. En fin... Por lo menos todos nos respetan. Pero usted, Max, ¡es uno de esos galanes de 50 años que se ponen faja para esconder la panza! Uno de esos eternos galanes de 50 años, con peluca, que todavía hacen "Romeo y Julieta en Besorobie" ahí en ese teatro que se cae de viejo, ahí, en el Soleil. ¿No le da vergüenza?

Max.—Y... si más jóvenes no hay...

Leie.—Yo estoy segura que ya habló con David y le llenó la cabeza de macanas. ¿Sabe qué destino le espera si sigue andando con esas mujercitas? Se va a morir solo, como un perro solterón, en una pensión roñosa, o en un vagón de segunda, en una de esas giras que hace con esas compañías de mala muerte, que ni siquiera son judías. ¡Pero si no fuera por Sholem usted ni siquiera sería socio de la Amia para que lo enterraran como se debe! Yo no voy a estar toda la vida para cuidarlo, Max. ¡Ya es grande usted!

Voz de Clara. (*Se escucha un poco apagada, por la ventana, mientras* Leie *atiende y entonces, al abrir la ventana, se escucha nítida*).—¡Doña Leie, Doña Leie!

Max.—Cayó piedra sin llover.

Leie.—Oy, la chismosa de abajo. Seguro que necesita algo (*Grita por la ventana*). ¡Sí, Clarita querida, ya voy!

Voz de Clara.—¿Están mirando televisión?

Leie.—¿No les digo yo? Cuando no es una cebolla, es una lechuga, o un par de huevos, o un pan. Devuelve siempre, ¿eh? Eso sí. Pero es una metida... No, pero es buena la pobre. ¿Sabés lo que hacemos ahora

por las tardes, cuando estamos solas? Me viene a visitar, escuchamos la novela por la radio, tomamos mate... (*Riéndose*). ¡Y siempre me lee la misma carta de Jaime! ¡Y siempre me da la misma receta para hacer el "borsht"! Eso es lo que tiene de malo: ¡se repite siempre! Qué cosa bárbara. (*Gritando*). ¡Sí, Clarita, ya se la bajo, querida, no se moleste, ya voy yo! (*Vuelve*). Se muere por saber qué pasa en esta casa. ¡Claro! Escuchó voces y...

MAX.—No pasa nada, qué va a pasar en esta casa... Lo de todos los días. Cada casa tiene sus problemitas, pero nada serio. (*Se fija en la hora*). Vaya. Llévele la papa nomás. Qué raro que no me llamaron. ¿Está segura Leie que no me llamaron en todo el día? (LEIE *lo mira haciendo gesto de estar podrida con la mano*). ¡Ah, Léiele! (*Sonriente y como recordando*). Vaya y fíjese si le crecieron mucho los cuernos a la señora de abajo. Es muy cornuda, ¿sabe? El marido la engaña. ¡Y cómo la engaña! Siempre lo veo con sirvientitas por ahí. Pobre mujer. ¿Ve? Los hijos se le casaron, se fueron de casa y el marido que no está nunca, le hace pasar vergüenza. No hay que quejarse. ¡Si nosotros estamos tan bien todos juntos...!

LEIE. (*Llorosa, enfurecida*).—¡No es cierto!, ¡no es cierto! ¿No puedo ir a hablar tres palabras con una persona para que ya la insulten? Clara es amiga mía ¿Por qué tiene que insultarla?

MAX. (*Arrepentido, piadoso, avergonzado*).—No quise ofenderla, Léiele. Disculpe.

SHOLEM. (*Mirando la hora*).—Nu Leie, ¿cuándo nos vas a dar de comer? Ya debe estar fría toda la comida.

LEIE.—Sí Sholem. En seguida vuelvo y comemos. Por favor, prendan la televisión a ver qué programa hay. ¡Ah, no, claro, qué idiota soy! Si prenden la televisión ya va a venir Clara que está sola ahí en la casa para meterse a ver qué pasa aquí. No, mejor no prendan. ¿No esperamos a David?

(*Sale* LEIE).

SHOLEM.—Volvé pronto, que tenemos hambre.

ESCENA IV

Sholem *y* Max
Gran pausa.

Sholem. (*Desgarrado, pero patéticamente duro, cerrado, necesitado de hablar con alguien*).—Se está viniendo el frío.

Max. (*Acercando la silla hacia su hermano*).—Sí. Parece que va a llover. Ya se viene el invierno. (*Se queda mirándolo, tratando de hablarle, pero* Sholem *sigue erguido mirando al vaso*). Hermano (*Impulsivo*). Hermanito. (Sholem *está duro, los dientes apretados.* Max *lo llama, conmovido, tratando de penetrarlo, de romper el hielo, y en un momento le toma la mano y se la aprieta y así quedan un segundo como aferrados. Después* Max *lo palmea suavemente en el hombro*).

Sholem.—En nuestro pueblito, en Capule, la nieve cuelga como lágrimas de las ramas secas. Cuánta nieve hay en Capule, ¿te acordás?: tapa las casas, las calles, el camino del bosque. (*Se detiene*). ¿Hay? (*el rostro se contrae, apretándose la boca*). Había. (*Le tiembla la voz*). Siempre hablo como si todavía quedara algo de todo eso. (*Tenso, casi gritando, haciendo fuerza, apretando los dientes*). ¡Como si pudiera olvidar que ya no hay nada! ¡Nada! Ni rastros sobre la tierra, ni tumbas en la nieve, nada. Nuestra familia huyó de alguna parte y vivió allí cuatrocientos años, ¿o quinientos, o novecientos? Quién sabe. Y un día entraron los alemanes y quemaron todo. (*Enfurecido*). ¿Qué les molestaba Capule? ¿Qué era Capule después de todo? Un puntito en la nieve, en medio de Rusia. Un puntito apenas, en la nieve. Y lo quemaron. Porque allí había judíos. Nada más que por eso. (*Estalla*). ¿Cómo olvidar lo que nos hicieron, Max, cómo olvidarlo? ¿Cómo tiene David tan mala memoria?

Max.—¿Te acordás Sholem cuando allí hacía frío y nos sentábamos alrededor del horno? Y el viejo rabino se hamacaba retorciéndose las largas patillas y nosotros cantábamos aquella canción. (Max *empieza a tararearla conmovido; es una viejísima canción infantil. Las luces comienzan a apagarse. Finalmente se ven sólo las velas ardiendo en la oscuridad y reflejadas en el espejo mientras* Sholem *habla durante todo el curso de la canción, cuya traducción es: "En el horno arde un fuego muy*

chiquito y aquí en la casa se está bien y el rabí les enseña a los niños a leer. Aprendan niños, aprendan pequeños, todo el dolor y la sangre que en cada una de las letras hay". MAX *la canta en ídish, y* SHOLEM *lo acompaña en parte. Luego dice:*)

SHOLEM.—¿Cómo olvidarlo Max, cómo olvidarlo? Si en esa canción y en ese idioma está lo mejor de nosotros mismos. Si nosotros morimos un poco con todo lo que fue asesinado. Si trajimos todo esto con nosotros a través del mar. (*Tratando de explicarle, sofocado*). ¡Tanto esplendor y tanta ternura no pueden morir! ¡Tanto obstinado amor y tanta sangre y tantos siglos de Abramson no pueden morir! ¡No deben morir! (*Se quedan un momento en silencio, mientras las luces del mundo exterior se prenden de nuevo. Se miran conmovidos*).

MAX.—¿Cuántos años hace que estamos en este país, hermanito? Treinta, treinticinco... qué sé yo... ¿Quién era el presidente aquí cuando llegamos? Alvear, Yrigoyen, no sé... Y sin embargo parece que hubiéramos bajado del barco recién ayer.

SHOLEM. (*Con resentimiento*).—Amérike. Qué suerte que tuve. Venir aquí, ¿eh? Qué honor. Si por lo menos el hermano Ben nos hubiera pagado el pasaje de llamada a Nueva York. (*Soñador*). Dicen que allí hay grandes puestos para mí... dice el folletín del diario ídish, que los templos y la gente son grandes como montañas... Y si lo dice el diario ídish, debe ser así... (*Con amargura*). Pero venir aquí, al país que no perseguía a nadie, claro.... ¿y qué tengo de todo esto? (*Con odio*). ¡Si todos los que vinieron a este país llegaron por accidente; judíos, italianos, españoles! ¡Todos! ¿A quién le gusta vivir aquí, eh?

MAX.—Pero el chico nació aquí.

SHOLEM. (*Con desprecio*).—¡Pero si nació aquí por accidente!

MAX.—Sí, Sholem. Pero el caso es que nació aquí y este es su país.

SHOLEM.—¿Y? ¿Qué hay con eso? ¡No entiendo, Max! ¿Por qué me salió así? Yo le di todo lo que pude, lo mandé a los mejores colegios judíos. ¿Por qué me hace esto? ¡Si ni me contesta en ídish cuando le hablo! ¡Y con quién va a casarse! ¿Quiere casarse? En buena hora. Yo nunca le prohibí nada. Quiere hacer su vida, no me escucha, se va a dar contra la pared, es cosa suya. ¡Pero que no me meta a mí en el asunto! ¿Con qué cara voy a salir a la calle después? ¿Eso no le importa? (*Con profundo dolor*). Es un egoísta.

Nunca pensó en nadie que no fuera él. De noche doy vueltas en la cama y pienso: "Dios mío, tengo 62 años. (*Gesto de desolación*). ¿Y para qué levanté esta casa? ¿Para quién? ¿Para nadie? ¿Para nada? ¿Para que todo se lo lleve el viento? ¿Para que no quede ni siquiera rastro de nosotros? ¡Si es un goy! ¡Si está arrancado todo de raíces!

Max.—Te pasaste la vida criticándolo, Sholem. (*Pausa*). Vos no sos el único que da vueltas en la cama de noche, Sholem.

Sholem.—¿Pero por qué tenía que pasarme a mí? Mirá los hijos de Hirsh, ese idiota que se saca el sombrero en la calle para saludarme.

Max.—¿Sabés una cosa, Sholem? ¿Querés saber lo que dijo tu hijo el otro día? Se sentó ahí mismo... (*Señala el sillón en el cual está sentado* Sholem).

Sholem.—¿Cómo? ¿Se sentó en esta mesa, en mi lugar? ¿En este lugar? ¿No les tengo dicho que no quiero que nadie se siente en mi lugar cuando no estoy? ¿Qué? ¿Estoy muerto acaso? Basta que yo no esté en casa para que hagan lo contrario de lo que digo. ¿Por qué me contradicen?

Max. (*Agarrándose la cabeza*).—¡No, no me equivoqué!, ¡qué más da! No era en esa silla, está bien. ¿Pero me vas a dejarte decir lo que me dijo, o no? (*Pausa, suspiro*). Me dijo que no había nadie en el mundo al que respete tanto como a vos.

Sholem. (*A la defensiva, despectivo*).—Sí, claro. (*Pidiendo*). ¿Y qué más dijo?, ¿qué más? ¿La va a dejar? ¿Va a hacer como yo le dije? ¡Quiero hechos! (*Se queda pensando en* David *y delira un poco*). Si él quisiera... Claro; ¡algunos se acuerdan tarde! pero David está a tiempo todavía. ¿Qué tiene que hacer Jaime frente a David? Si él quisiera... Es extraordinariamente capaz... (*Como hablando con* David). Hay que estudiar, hijo, algo corto, farmacéutico, qué sé yo, o dentista, una de esas cosas que se estudian en la facultad. Un título. Hay que tener un título en la vida, no depender, ser capaz de darse un lugar en el mundo, no dejarse llevar por delante, hacer como yo. Mi nombre, David, te va a abrir todas las puertas. ¡Si todos me conocen en la ciudad!

Max.—Todos, Sholem.

Sholem. (*Delirante*).—¡Claro! Va a ser todo muy fácil, para vos... (*Se queda como viendo algo por dentro, escuchando antiguos sonidos ya dichos, perdido en sí mismo, animado de una salvaje esperanza hasta que*

de pronto estalla amargamente la realidad y lo hace decaer. Agita negativamente la cabeza). No: lo que pasa es que es malo ese muchacho, Max. (*Se encoleriza despacio*). El otro día Leie le dijo: David, vos sos el único que tenemos ¿te das cuenta? ¡No hay más! ¿Y sabés que me hizo? ¡Se puso a silbar! Delante mío, se puso a silbar como los goim. ¿Te das cuenta, Max? Silbar en mi casa. ¡Desde cuándo! Eso lo hacían los carreros, en Capule, en el campo, pero una persona decente, un buen judío ¡cómo va a silbar en su casa! No entiendo, Max, ¡simplemente no entiendo!

(Leie *entra*).

ESCENA V

Sholem, Max *y* Leie

Leie.—Shh. Las voces se escuchan desde la calle.

Max.—Léiele, por favor, ¿por qué no comemos de una buena vez? (*Angustiado se vuelve hacia el teléfono, no sabe qué hacer ya para parar eso*). ¿Le habré dado bien el número a esa señorita?

Leie.—Y David que no viene.

Max.—Es muy raro que no llame. (*Se levanta y va hacia el teléfono*). ¿Está bien colgado este teléfono? (*Se vuelve hacia* Sholem). El muchacho no es malo Sholem. Es que... está confundido... qué sé yo... vive en otro mundo. Yo voy a hablar con él, quedáte tranquilo. (*Comprueba si está colocado bien el tubo*). Te va a hacer caso. (*En un arranque que estaba conteniendo desde hace mucho tiempo*). ¿Cómo vamos a pelearnos entre nosotros? (*Como un ruego a la cordura en un manicomio*). Si somos tres gatos locos, hermanito. ¿Adónde vamos a ir a parar? (*Se sienta y dice lo siguiente con algo de patético, mientras tiene los ojos bajos y como distraído juega con los cubiertos*). ¿Y qué tal será la chica? (*Pausa, los otros dos lo miran.* Leie*, casi fuera del escenario porque está saliendo, se vuelve.* Max*, tratando de volver inútilmente al tono despreocupado del principio*). Digo... para ver qué tal es. (*Gesto con la mano, defensivo*). A lo mejor es buena persona.

Sholem. (*Enardecido*).—¡Ah, no! Lo único que faltaba. ¿Así que vos también me estás engañando? ¿Ya no tengo con quién hablar?

¿Para qué hablé con vos? ¿Para tener que escuchar esto? (*Desgarrado*). Ah, no, Max, basta, se me acabó la paciencia. (*Amenazador*). Las cosas van a ser como deben o si no... (*Hace sonar los dedos con el gesto de la expulsión, como diciendo "aire, aire"*). No quiero saber más nada. Mirá, quién da consejos para manejar esta casa. (*Con desprecio*). Claro, nunca tuviste ni hijos ni nada. Siempre fuiste un fracasado que no tuvo dónde caerse muerto. ¿Qué hubiera sido de vos si yo no te hubiera alquilado una pieza? (*Desprecio frío, feroz, exacerbado*). ¿Y cómo terminaste gran actor? (*Amargura*). Los chicos te tiran flechitas en el cine Rívoli. (Sholem *que ya hablaba alto va aumentando en un crescendo enfurecido*). ¡No quiero que sea como vos, me oís? Ya con un Max tenemos bastante en la familia ¡No quiero más inútiles! Va a aprender de mí ¡o va a reventar! Esta vez se terminó, basta. ¡Hoy me va a escuchar cuando venga! ¡Ya no lo aguanto más!

(*Entra* David).

ESCENA VI

Dichos y David

David *entra bruscamente y se encuentra con ese griterío. / Tiene 26 años, está desarreglado, las solapas del saco levantadas, y parece muerto de frío. / Entra como una tromba y se ve que todo ese barullo lo exacerba aún más de lo que está. / Ya de por sí está agobiado, cansado, excitado. / Eso le provoca una reacción de mayor violencia.*

David.—Pero, ¿qué pasa aquí? (*Como hablando con alguien, como protegiéndose de algo*). Pero qué pasa ahora. ¿Por qué gritan?

Max. (*Aguanta a su hermano sentándose junto al teléfono y como de espaldas y ajeno a todo. Pero al oír a* David *se vuelve fastidiado*).—Shh, cállate la boca.

Leie. (*Severa*).—¿Ah, llegaste?

David.—¿Pero será posible? Cada vez que vengo a comer un viernes a esta casa los encuentro gritando. Pero (*a* Max *y* Leie), ¿Qué le pasa ahora?

Max.—Uf... Bueno, bueno. ¿Ahora empieza la sección vermú? (*Se le acerca entre amistoso e imperativo*). Andá, data una buena ducha de agua fría, hacéme el favor.

Sholem. (*Calmo, duro, en voz baja*).—¿A quién le estás hablando así? ¿Eh? ¿A quién? (*Pausa*). ¿Acaso no sabés con quién estás hablando?

(*El respeto por el padre detiene a pesar de todo a* David *que se repliega. Trata de tranquilizarse, respira hondo. Se frota las manos. Rebosa tensión, frío, miedo, bronca, decisión, ya no aguanta más. Mientras el tío lo palmea con ruda simpatía, trata de mantenerse sereno. Se sienta*).

David.—¡Qué frío que hace afuera!

Leie. (*Se le acerca y lo envuelve en una red de pocas, posesivas, sofocantes, experimentadas y suaves caricias que el muchacho recibe como una red que hubieran arrojado sobre él para atraparlo*).—¿Tuviste frío, eh? ¿Ha visto? ¡Por no hacerle caso a mamá, por no llevar el pullóver! (David *está sofocado*). ¿Dónde te metiste? (David *la rechaza.* Leie *lo mira y dice a* Sholem *que no la escucha*). Este chico debe andar mal del estómago. Miren esas boqueras que tiene. (*A* David). ¿Por dónde andabas, eh? Te estábamos esperando. (*Las caricias ya no pueden ser toleradas por* David).

David. (*Ahogado, se deshace con cierta violencia*).—Por favor, mamá. ¡Basta! (*Se acerca a* Sholem). Papá, vine a esta hora porque...

Sholem.—No me des más explicaciones. Ni disculpas. Estoy cansado de eso. Con lo de ayer creí que tenías bastante. Pero no, veo que no. Que hablar con vos es como hablar con la pared. Que no vas a aprender nunca. (*Sarcástico, se calma*). Puntual.

David. (*Con mezcla de ruego y de irritación*).—¡Pero dejame decirte algo, por lo menos! Vine a casa a esta hora porque estuve ahí, en el café de la esquina de Lavalle. Pensando. En todo lo que tengo que decirte. (*Ruego y decisión*). Tenemos que hablar, papá.

Max. (*Se agarra la cabeza*).—¡Ah, no! Por favor. A estas horas de la noche. ¡Tengo hambre, Leie! Yo le pago la pensión con comida y todo. Ponga a calentar el pollo, prenda la televisión, vámonos a dormir. ¡Haga algo! (*Se levanta y va hacia el televisor*).

Leie. (*Se le interpone*).—¿Está loco? ¿Quiere que todo el barrio sepa lo que pasa en esta casa?

Max.—Leie, el televisor es suyo. Está bien, ustedes van a pagar

hasta el último centavo de la última cuota, pero hágame caso, estamos a tiempo. (*Desesperado*). Aquí va a pasar algo terrible, Leie. ¡Prenda ese televisor!

Sholem. (*Con desprecio*).—Así que estuviste pensando... ¡Qué me dicen! Tenemos un pensador en la familia. Un gran hombre. (*Con dolorido desprecio*). Miren esa barba, y esa camisa sucia y esas manos. Hay que bañarse de vez en cuando, ¿eh? (*Pausa*). Y miren esos zapatos. Están blancos ya. ¡Y él estuvo pensando!

Leie.—Dejalo, Sholem. ¿No ves que no sabe lo que dice? Es un chico, está cansado.

David. (*Enardecido*).—¡Mamá, basta! Voy a cumplir veintiséis años. Mirá... (*Le muestra el cabello, la sien y se la mesa*). Mirá. Aquí me estoy quedando pelado. Precoz, ¿eh? (*Estalla*). ¡No me trates así!

(*El tío* Max *prende el televisor y se sienta encorvado, junto al teléfono, como ausente, mirando la pantalla.* Max *no sabe qué hacer para evitar el encuentro, para zanjarlo, para escapar a él*).

Max.—Está bien, Leie. Mire. Levante la mesa. Yo me abro aquí el sofá, me hago la cama, miro televisión y vamos a dormir de una vez. ¡Y ya está!

Sholem. (*A* Max).—¡Hoy es viernes a la noche! ¡Apagá ese televisor! (Leie *va y lo apaga*). ¡Cuántas veces te dije que no lo apagues así cuando está recién prendido? ¡Se arruina así! ¡Animal! (*A* David). A vos no te acepto más disculpas. No aguanto más.

David.—Yo tampoco, papá.

Sholem. (*Escandalizado*).—¡Él no aguanta! (*Sale.* Max *lo acompaña*).

ESCENA VII

David y Leie

Leie. (*A* David*, por lo bajo, con ira*).—¡No lo trates así! ¡Que sea la última vez que se hace mala sangre por tu culpa! (*Pausa*). La semana pasada fuimos al médico, ¿sabés?

David.—¿Al médico? Mamá, te juro que no sabía nada.

Leie.—Vos nunca sabés lo que pasa en esta casa, hijo. A él le dijo que no era nada. (*Con severidad*). Tenemos que cuidarlo. Un día de estos, discutiendo con vos, se va a quedar ahí. ¿Y después? ¿A quién voy a reclamarle después? ¿A vos? Y el sueldo no le alcanza para remedios. (*Pausa. Tratando de explicarle*). El hombre está viejo, David. Además... en la comisión directiva hay muchos que ya no lo quieren.

David.—¡No, no puede ser! Pero si tiene una voz... ¡La misma de siempre!

Leie.—No, hijo. Su voz no es la de antes. Hay algunos que quieren echarlo, rebajarle el sueldo...

David.—¿Rebajarle el sueldo? ¡Pero si gana 10.000 pesos por mes! ¿Están locos? (*Indignado*). ¡Pero si desde que tengo memoria cantó en ese templo! ¡Pero si toda la vida se la pasó allí! ¡Si rechazó ofertas extraordinarias! ¿Pero cómo puede haber gente tan cretina? (*Crescendo*). ¿Pero cómo pueden ser tan hijos de puta?

Leie.—No digas malas palabras un viernes a la noche. ¿Acaso su hijo es mejor? El único que lo defiende allí es Hirsh. Pero Hirsh se va de la comisión el año que viene. (*Pausa*). ¿Y después? ¿Qué va a ser de nosotros después? Sholem se hace el que no lo conoce. No quiere deberle nada. Siempre me habla de Hirsh como si recién hubiera llegado de Entre Ríos. (*Quebrada*). Y yo le sigo la corriente. Pero si él y ese Kohn se van, ¿qué va a ser de ese hombre? ¿Por qué grita, decías vos? ¿Ahora sabes por qué grita?

David. (*Es como si le hubieran echado una carga terrible. Casi está arrepentido y dudoso de lo que venía a decir*).—Bueno, mamá, está bien; no le voy a decir nada esta noche... (*Pausa*). Yo les puedo dar algo, mamá: no sé, parte de mi sueldo.

Leie.—¡Qué nos vas a dar! (*Con indignación*). Con tu sueldo de vendedor de la sastrería. (*Con triste sorna*). Con toda la plata que no sacás de escribir tonterías toda la noche. (*Con rabia*). Y con la novia que nos querés traer, ¿pensás hacer algo por él? No te pedimos nada, David. (*Conmovida*). Él te quiere mucho, ¿sabes? Y lo único que encuentra en vos es incomprensión, como si no fueras su hijo, como si no tuviera hijo. Sos el único, David; es terrible, pero es así. Hablá con él, escuchálo; es un ser humano, David. ¡Vos le debés todo lo que sos, merece que te ocupes de él! ¡Que hables todos los días dos palabras

con él! ¡Hace falta tan poco para tenerlo contento como a un chico!

(*Suena ruido de agua bajando en el váter*).

David. (*Algo se desgarra y pelea dentro suyo*).—Sí, mamá, sí; pero hay cosas que no puedo, entendeme, no puedo...

Sholem. (*Entrando*).—¡Pobre muchacho, él no aguanta! (*Entra* Max).

Max. (*A* Leie).—Bueno, ya pasó todo. ¿Y, Leie? ¿Para cuándo la comida? ¿O es que voy a tener que ir a la pizzería de la esquina? (*Señala a* David).

Leie. (*A* David*, por lo bajo*).—Sentate de una vez. (*A* Max). Ya voy a recalentar la sopa de fideos.

(*Se sientan todos a la mesa*).

Max.—¿No les decía yo? ¡Si estamos tan bien aquí todos juntos esperando la sopa de fideos! Claro que no se puede comparar con la "pastaciutta" que comemos en la Caverna Di Nápoli, ¿No es cierto, David? Ahí, en la esquina del café. (*Mirada furigunda de* Sholem. *Pausa tensa*). Un día de estos los voy a llevar a todos. ¡Y a usted también, Leie! Para que aprenda. (*Pausa muy tensa*). ¿Y, Leie? ¿Para cuándo?

Leie. (*Se levanta*).—En seguida los pongo a recalentar.

Sholem. (*Mira a* David *con dolor*).—¿Así que vos sos mi hijo? Tu madre tiene que esperarte con la cena, tu tío, ¡todos tienen que esperar a que venga el señor!

David. (*Débilmente*).—Hubieran comido. (*Se ve que duda entre decir lo que venía dispuesto a decir o retroceder, y callarse*).

Sholem.—¿No sabés a qué hora se cena en esta casa los viernes?

Leie.—Bueno, Sholem, ya pasó. David me estuvo explicando que hoy...

Sholem.—¡No pasó nada! Mocoso. ¡Qué digo mocoso! ¡Grandulón inservible! Lo único que sabés es hacernos mala sangre a todos. ¿Quién te creés que sos? Vos tenés que esperarnos a nosotros. No perdés oportunidad para demostrarnos que no te interesa nada de esta casa, que sos un ajeno; no perdés oportunidad para reírte, para ofendernos, con tus insolencias, con tus burlas. (David *se para indignado*). ¡Pero miren qué manera de estar parado! ¡Qué desparpajo! ¿Te creés que siempre te vas a poder llevar a todos por delante, vos?

David.—Por favor, papá. (*Está por no decir nada, pero al final*

habla). Te dije. Estuve ahí, con María. Me está esperando en el café.

SHOLEM.—¡Lo único que faltaba! Se llama María encima.

DAVID.—¿Qué importa cómo se llame? Papá, no sé si hablar, qué sé yo... (*Pero al final, se desborda*). ¿Qué importa cómo se llame? Es una buena persona y tiene derecho a que la conozcan sin hablar mal de ella de antemano. (*Tratando de contenerse*). Bueno, papá. (*Al fin se lanza*). Quiero hablarte. (SHOLEM *lo rechaza*). ¿Hay que pedir audiencia para hablar con vos? (*Crece su angustia*). ¿Quién te creés que sos para tratar siempre así a la gente?

LEIE.—¡David! ¿Qué estás diciendo? Déjalo, Sholem. No vale la pena hablar con él.

SHOLEM. (*A* LEIE).—Dejame en paz. (*A* DAVID). ¿Que quién soy? ¿No sabés con quién estás hablando? ¿No sabés acaso que si alguien se atreve a hablarle en ese tono al cantor Abramsom se va encontrar con la suela de su zapato? (*Crescendo*). ¿Quién soy preguntás?

LEIE.—Sholem, por favor, no te agites.

SHOLEM. (*A* LEIE).—Dejame en paz. (*Agitado*). Me están insultando y lo único que se te ocurre es decirme que no me agite.

DAVID. (*Ruego y arrepentimiento*).—Perdoname, papá. No quise insultarte, no quise decir eso, ya ni sé lo que quiero decir... Tengo que hablar con vos, papá. (*Esforzándose por volver al tono normal y aún más bajo*). Terminemos de una vez. (*Con cautela, pero decidido*). Vine a decirte que me voy de esta casa. (*Pesado silencio de muerte. Es como si le hubieran echado un baño de agua helada a* SHOLEM).

SHOLEM. (*Sarcasmo y dolor, en tono muy bajo, y que después del golpe sufrido es de una impresionante serenidad*).—El pajarito quiere volar. (*A* LEIE *y a* MAX). Salgan. (*Es como si lo dicho le hubiera provocado una calma repentina, cansada y fría. A* DAVID *algo amenazador, pero muy cansado*). Tenemos mucho que hablar nosotros dos.

LEIE.—No le pegues, Sholem.

(MAX *se encoge de hombros con desesperación y se lleva a* LEIE *como quien lleva a un enfermo, del hombro, fuera de la sala*).

LEIE. (*A* DAVID*, amenazadora, angustiada*).—¡Cuidado con lo que hacés!

(*Salen*).

ESCENA VIII

Sholem *y* David

David. (*Como si algo se hubiera desbordado dentro suyo, conmovido*).—Papá, ya no aguantaba más. Hacía tanto tiempo que quería decírtelo... Me sentía como un ladrón, como si te estuviera dando una cuchillada por la espalda, qué se yo. Me despertaba sudando de noche, con los dientes así, y hablaba solo. Sentía tu voz por todas partes. (*Reflexionando*). Hasta tenía miedo que nos encontraras a los dos juntos por la calle, porque no sabría dónde meterme, bajo tierra, en cualquier parte, qué sé yo. Me sentía una basura...

Sholem.—Y... si vos lo decís.

David. (*Desesperado. tratando de que lo entiendan*).—Pero papá...

Sholem. (*Se acerca a* David *y lo huele*).—Estuviste fumando. Viernes a la noche. Nunca fumabas antes los viernes. Ni en la calle. Esta casa ya es cualquier cosa para vos.

(David *hace un gesto de impotente rebeldía golpeando con el puño en la mesa*).

Sholem. (*Entra a tomar presión*).—¡Cuidado! ¿Sabés dónde estás? Sabés muy bien que no me gusta que golpees sobre la mesa. (*Lo señala con un gesto terrible con el dedo, admonitorio*). ¡Todavía estoy vivo y esta es mi casa y vos vas a guardar tu lugar!

David. (*Pretende decir algo, pero es como si se diera cuenta que es inútil y se queda con las palabras que le duelen adentro, pensando además en lo que le dijo su madre*).—Sí, papá.

Sholem.—Yo esperaba que fueras alguien. Como los hijos de todo el mundo. Que fueras gente. Que te hicieras de una posición. Que hagas honor a mi apellido, que no lo ensucies, y pronto vas a llegar a los 30 años. ¿Y qué sos? ¿Qué hiciste de tu vida? (*Con dolor*). Sos un inútil.

David.—Sí, papá.

Sholem.—Pero si siempre fuiste un parásito. ¡Si viviste a costillas mías! Si te la pasás diciendo cosas muy de vivo, de gran personaje; pero comés en mi casa y dormís en mi casa, y te lavan la ropa sucia en mi casa. (*Socarrón, con desprecio*). ¡Mi único hijo! Si no sos nadie. Esas macanas que vos escribís no valen ni medio. Si vos sin mí no sos nadie.

David.—Sí, papá.

Sholem.—Así que te vas a juntar con esa geie...

David. (*Impaciente pero firme*).—No, papá. Me voy a casar.

Sholem. (*Gran gesto de asombro cachador*).—¡Ahá! ¿Y... en qué Iglesia?

David.—Papá... ¿por qué sos así, por qué tenis que complicar tanto las cosas?

Sholem. (*Con dolor*).—Gracias por los parientes que me vas a traer. (*Impasible*). ¿Y con qué vas a mantener a tu familia? ¿Con el sueldo de la sastrería? (*Divertido*). ¿Cuánto ganás en la sastrería?

David. (*Que no entró en combate y no le juega sucio quizá no porque no quiera sino porque no puede fintear con su padre ni con nadie*).—Siete mil pesos.

Sholem. (*Como si le hubieran dicho un chiste. Después se pone serio y mira más allá de su hijo*).—¿Todavía ganás eso? Y claro. ¿Qué le pueden dar a un empleadito? Y por ocho horas de trabajo. (*Enarca las cejas y hace un reprobatorio gesto con la boca y después se endereza mirándolo, repatingado en su sillón, sereno y dueño de la situación*). Con eso pensás pagar el alquiler, la luz, el gas, comer, vestirte, tomar el subte... (*Sonríe amargamente*). ¡Ay, qué inútil sos! Seguro que hasta te va a sobrar plata para meter algo en el banco. (*Pausa*). Así que te vas a casar... ¡Mazltov, felicidades!

David.—Papá... ¿pero voy a poder hablar con vos? ¡Pero hablar en serio con vos!

Sholem. (*Cínico*).—Yo hablo muy en serio. El casamiento es una cosa seria. Por eso te miro (*se encoge de hombros con amargura*) y me río.

David. (*Se levanta, humillado, casi llorando, vencido*).—Bueno, papá. Perdoname. Lo siento, pero me voy a ir.

Sholem. (*Pausa. De pronto comprende y se conmueve, se asusta y levemente lo deja entrever*).—Esperate. (*Casi leve ruego*). Podríamos estudiar la situación. Yo te podría ayudar. (*Con resentimiento*). No tengo dinero, pero tengo un nombre. ¡En 24 horas puedo conseguirte un crédito en alguna firma grande! En fin, si uno se piensa en casar tiene que tener algo firme bajo los pies. ¡Siempre tiene que tenerlo! Tiene que ir a lo seguro. Necesitás un departamento, claro, y muebles.

David. (*Se acerca agradecido, algo sorprendido por el cambio pero como atisbando una migaja de comprensión, de felicidad, y habla*

ansioso).—Papito, ¿querés conocerla? No me importan los muebles, ya nos vamos a arreglar. Pero quiero que la conozcas por lo menos, antes de juzgarla. Quiero que no me trates así, papá. Me duele mucho que me digas esas cosas... ¡Me alegro tanto que empecemos a entendernos...!

Sholem. (*Con ira, rechaza el acercamiento, más solo que nunca*).—¿Quién habla de esa? Si no es ella quien me importa. Si ella fuera una chica como la gente, podríamos hablar. ¡Pero no es! (*Empieza a acercarse a* David *y a hablarle como delirando un poco, rogándole*). David, David, sos vos el que me importa, todavía estás a tiempo. Ecuchame: yo le decía a tu madre que con tu voz y con mi nombre llegarías a cantar en las más grandes sinagogas del mundo. En la ópera, en la televisión, ¡qué sé yo adónde llegarías! (*Mientras habla se acerca a la cómoda donde están el capote, el gorro y el manto de orar que* Leie *le prepara para mañana y los toma*). Si mi padre, David, si todos nosotros fuimos cantores. ¡Te rendirán todos los honores! (*Le va poniendo los implementos*). Si sos mi único hijo. ¡El único, David! ¿Te das cuenta de eso? No hay más Abramson de Capule, se terminó, no hay más! Después de vos no hay más. Yo te cuidé y te crié y te quise. ¿Y cómo vas a hacerme esto? ¿Y por qué? No sé si esa chica es buena o mala, David. No me importa. Pero... (*tratando de hacerle entender*) ¡hay cosas que no se deben hacer, David! No se pueden hacer, yo nunca las hice, yo nunca escuché que las hicieran! Nos persiguen, así es, siempre fue así. ¿Y qué otro orgullo nos queda que seguir siendo lo que somos? Todos los Abramson, toda Capule, todo ha sido destruido sin piedad. ¿Y no significa nada eso para vos? ¿Tenés vergüenza de tu familia? ¿Tan mala memoria tenés?

David. (*Debatiéndose mientras su padre le ruega y es como si lo enlazara para protegerlo*).—Papá, sacame esto, por favor.

Sholem.—¿Acaso yo tengo la culpa, hijo, si las cosas son como son? Yo solo sé que nadie nos quiere y que el mundo anda mal desde antes que yo llegara y nos golpearon mucho *y* nos ofendieron todavía más. ¡Y vos no sos quién para arreglar las cosas! Lo que pretendés es la locura. ¡Querés levantarte contra dos mil años! ¡Es como querer que el sol salga de noche y los montes salten como cabritos y los hombres se beban el mar! ¡Es imposible! Nosotros estamos aquí y ellos allí y así debe ser. ¡Y nada más!

David. (*Un ruego y una violencia que crece*).—Papá, por favor, sacame esto.

Sholem. (*Implacable le va poniendo el gorro y después el manto*).—Hasta aquí llegué yo, David. Ahora te paso el mando. Este es mi herencia. (*Tratando de explicar*). Esto es todo lo que tengo. Trabajé toda mi vida para este momento, para sentir que dejo algo antes de irme, ¿entendés? Ni dinero, ni coche, ni nada te puedo dejar. (*Lo lleva frente al espejo y lo muestra*). Este sos vos, David. (*Implacable y soñador*). Así fue mi padre, así será tu hijo. Mirate bien. (*Rogándole, ordenándole, envolviéndolo, acariciándolo*). Así tenías que haber sido vos, David. Así tenés que ser. (*Decisión inapelable, terrible*). ¡Este sos vos! No hay nada que hacer, David. Mirate bien. ¡Este sos vos!

David. (*Se desprende con violencia las vestiduras y las arroja, llorando*).—¡Basta, papá!

Sholem. (*Se queda inmóvil, destrozado, no sabe qué hace, balbucea, ya completamente derrotado, humillado*).—¡David! Te estoy pidiendo por favor que te quedes.

David.—Me ahogo, papá, me asfixio, me estoy muriendo aquí adentro.

Sholem.—David, pero me estás matando, estás aniquilando esta casa. ¿No te das cuenta? (*Comienza a ponerse de nuevo terrible y duro*). ¿Te estás avergonzando de mí, de ser lo que sos?

David.—No, papá. ¿Cómo me voy a avergonzar? Si tengo tantas cosas tuyas que quiero tanto. (*Trata de explicarse, pero ve que no se puede*). No, papá, no me entendés... ¿Pero es que no ves cómo me ahogo aquí adentro? ¿Qué se guarda en esta casa? ¿Qué querés de mí? Entro aquí y me siento en otro mundo. Entro aquí y me siento a mitad de camino de todo, no soy nada, no soy nadie. ¡Estoy cansado de hablar mitad en ídish y mitad en castellano! ¡Estoy cansado de hablar todo el día de cosas que ya no me interesan, estoy cansado de vivir en el pasado, estoy cansado de ser un extranjero! ¡Abrí las ventanas, papá, salí a la calle, volvé los ojos sobre este mundo, sobre esta calle, sobre esta gente con la que estamos viviendo, sobre esta ciudad en la que yo nací y que es mía! ¿Qué querés que te haga si soy distinto a vos? ¿Te creés que no me duele? Yo no te pido nada del otro mundo, papá. Yo respeto todo esto, pero te pido que me dejes vivir mi vida.

Sholem. (*Con desprecio*).—Hablar con vos es hablar con un sordo. ¿Tu vida? ¿Y qué es tu vida? Si sos un pobre fracasado. ¿Qué me diste vos, salvo dolores de cabeza? (*Enfurecido, crescendo*). ¿Qué se guarda en esta casa? ¿Acaso no sentís toda la sangre y las lágrimas que se guardan entre estas paredes? ¿Acaso no sentís que esa sangre es tu sangre, la de tus hermanos? ¿Acaso no sabes que vos estás vivo por un accidente, que si yo no hubiera venido aquí ahora vos y yo y todos estaríamos muertos? (*Trata de serenarse*). Hay tantas chicas judías. (*Ruega*). ¿Por qué justo esa?

David.—¿Y por qué no, papá? Así se dieron las cosas. (*Tratando de explicarle inútilmente*). Yo no nací en Capule, yo soy de acá.

Sholem.—Amérike, qué suerte tuve. ¿Y te creés que aquí te quieren mucho, eh? Te vas a dar de cabeza contra la pared.

David.—María me quiere, papá. (*Tratando de romper un cerco*). Nunca me quiso nadie, ¿entendés? ¿Podés entenderlo? Y entonces apareció ella...

Sholem.—Te va a traicionar. A gente como vos, se la traiciona siempre. Y vos también la vas a engañar. Como a mí. Me engañaste. Del principio al fin. (*Pausa, habla de lo inevitable*). Estaba escrito. Lo arruinaste todo. Echaste abajo mi casa. Cortaste todo de raíces. Lo arrancaste. Ni cantor, ni doctor, ni hombre, ni nada. Como una hoja al viento, que va de aquí para allá, en la oscuridad, arrastrada, sin saber dónde va. (*Pausa*). No sos nada.

David.—No, papá. (*Niega defendiéndose*). Soy un Abramson como vos y soy artista como vos. Algo se rompe aquí y me duele en carne viva. ¿Te creés que no sé? ¿Que no pienso en mis hijos? ¿Te creés que no sé que los vas a desconocer? ¿Te creés que todo lo tuyo no me grita aquí adentro? Pero somos iguales, papá: soy tu hijo, todo lo mío, todo lo que tengo de artista me lo diste vos... Vos cantás y yo escribo, y es lo mismo, papá.

Sholem.—Manías.

David.—No, papá, no me mires así, con esos ojos con que me mirabas cuando yo era chico y escribía, y sentía tu mirada y me quería esconder debajo de la mesa de tu desprecio. ¡No, papá!

Sholem.—Manías. A unos les da por el billar, a otros por los caballos, y a vos te dio por ese lado. (*Hace gesto con la mano, despreciativo*). Un hobby.

David.—No, papá, es como cantar para vos, como bailar en el teatro para el tío Max. No desprecies lo único que tengo para darte.

Sholem.—Tenés una voz maravillosa.

David.—Tengo mil páginas escritas, papá, una novela. La escribo de noche. Tantas veces tuve ganas de mostrarte algo...

Sholem.—Manías.

David. (*Crescendo*).—¡Pero son mil páginas, papá, y te las voy a dedicar a vos!

Sholem. (*Gritando*).—Manías. ¡Estoy harto de tus manías inútiles! (*Pausa*). ¿Te querés esconder, eh? ¿Querés matar todo lo mío? (*Pausa*). ¿Y quién sos vos para enfrentarte con nuestras leyes? (*Lo mira ya endurecido, inexpugnable. Dice con voz sorda, baja, feroz*). Ya lo dicen nuestros libros: hijo rebelde y alzado. ¡A un hijo así tendrás que romperle los dientes! Ya lo dijo Isaías: De tu propio vientre saldrán tus destructores y tu enemigo crecerá en tu propia casa. Pero el propio profeta Isaías se encarga de contestarle a hombrecitos como vos: ¡Toda espada que se alce contra ti será destruida y toda lengua que ose juzgarte será condenada! Fuera de esta casa.

David. (*Con inmensa dulzura*).—¡Papá, papá, no te pongas bíblico ahora, vos no sos el profeta Isaías. (*Llorando*). No me eches así, con esos ojos, sin darme la mano... (*Se abraza a su padre, que está firme, inmóvil, con los ojos perdidos, los brazos muertos.* David *se aferra y se desborda*). ¡Yo te quiero mucho, papá...! (*De pronto cambia, con furia despiadada*). ¿Y quién sos vos, papá? ¡Sos un pobre tipo, un pobre tipo como yo, que siempre dependiste de cualquier idiota con plata de la comisión directiva para mantener el puesto!

Sholem. (*Azorado, como loco, como repitiendo una lección*).—Soy el cantor Abramson.

David. (*Llorando. Como tratando de despertarlo a la realidad*).—¡No sos nadie, papá! ¡Si sos un pobre tipo que ahora tiene miedo que lo echen del puesto porque yo no me casé como se debe...!

Sholem.—¡Fuera de aquí, rata venenosa!

David. —Te necesito, papá. ¡Te necesito tanto! Quiero irme a vivir mi vida, pero necesito que me mires, que me abraces, que me des un beso, que me des la mano siquiera. No me dejes ir así...

Sholem.—¿Te querés ir? Vas a volver, yo sé bien que vas a volver.

Los que son como vos siempre vuelven. Porque descubren que se quedaron solos. Y un día vas a volver, acordate bien, y vas a encontrar que viven extraños en esta casa. Y me vas a ver siempre así, dentro tuyo, en tu conciencia, machacándote, acusándote. (*Desprendiéndose. Pausa*). Se me ha muerto un hijo. Hoy se me ha muerto. ¿Dónde hay un libro de oración? (*Pausa*). Ya no tengo más un hijo que se llamaba David. Y voy a guardar luto siete días. Era mi único hijo. (*Se quiebra*). Y ahora no tengo a nadie.

(David *mira a su padre que se ha desplomado junto a la mesa en su silla y ha tomado y abierto el libro de oración. Mira después con infinita ternura toda la habitación, se acerca a la mesa y se queda mirando los candelabros donde las velas están casi extinguidas; acaricia suavemente el borde de la mesa, se da vuelta, como si estuviera por llamar al resto de la familia, y después se dirige a la puerta*).

Sholem.—Llevate la bufanda.

(David *la toma y sale*).

ESCENA IX

Sholem, Max y Leie

Max. (*Entrando*).—¿Me llamó alguien? (Sholem *no contesta.* Max *se da cuenta de todo*).

Leie. (*Entrando*).—Bueno, ¿ya le arreglaste las cuentas a ese muchacho, Sholem? Menos mal. Ya se arregló todo. De vez en cuando conviene que lo pongas en su lugar, ¿sabés? (*De pronto mira a* Sholem *que está como si hubiera envejecido diez años en esa noche. Después mira a* Max*, que se ha quedado todo encorvado junto al teléfono*).

Leie. (*Intranquila*).—¿Pero dónde está, Sholem? ¿Lo mandaste a dormir? (*Duda*). Bien hecho, bien hecho. (*Entra llamándolo*). ¡David, David! (*Sale*). Pero no entiendo. (*Crescendo*). No está, no está, Sholem. ¿Pero, qué pasó aquí? ¿Dónde está David, Sholem?

Max. (*Suavemente*).—Se fue, Léiele. (*Con simpleza*). Se fue de casa.

Leie.—¡Cómo se fue! ¡Cómo lo dejaste ir, Sholem! ¿Y ahora? ¿Qué va a pasar ahora? ¿Se llevó la llave por lo menos? Es capaz de

despertarme a las tres de la mañana, y... (*Por fin comprende, y entonces con rencor y desesperación se planta frente a los dos hombres*). ¿Y ahora? ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿No pensaste en mí, Sholem, cuando lo dejaste ir? ¡Nunca pensaste en mí, Shelom, si lo dejaste ir!

Max. (*Interrumpiéndola y mirando a los otros dos miente con piedad, dice como restando importancia a la cosa*).—Va a volver, Léiele.

Leie.—No, no. (*Se sienta en una silla y se queda como inerme, como un náufrago, mirando al vacío*). ¿Y ahora, qué va a ser de mí ahora?

(Leie *se queda así sentada un ratito y después hace ademanes de sacar la mesa*).

Sholem.—Esperá. Hoy es viernes a la noche, después de todo. Nos olvidamos de decir la bendición del vino. (Leie *mecánicamente se cubre la cabeza,* Max *se pone su sombrero y* Sholem *–todos de pie– dice:*) Ioim hashishi vaijulu hashomaim vehooretz vejol iz evoom... Y fue en el sexto día y descansaron los cielos y la tierra y todas las criaturas. Boruj ató adoinoi, boirei pri hagofen. Bendito seas, oh Dios, que creaste los frutos de la viña. (*Tras canturrear esto con la música antiquísima habitual, bebe y da de beber a cada uno de la copa de plata. Todos están ausentes, abrumados. Después* Sholem *se sienta.* Max *busca su saco de fantasía.* Leie *empieza a retirar los cubiertos de la mesa.* Max *se pone su saco*).

Sholem. (*A* Leie).—Dame un vaso de té.

Max.—¡Qué curioso!

Leie.—¿Qué?

Max. (*Saliendo hasta el borde del escenario, mira hacia la ventana*).—El tiempo. Está empezando a llover. (Leie *se queda mirando por la ventana.* Sholem*, abrumado, en su silla.* Max*, con el sombrero rancho bajo el brazo, fuera de la escena, se recuesta sobre el borde del escenario como al final del monólogo inicial y mientras las luces se van apagando en la escena y sólo quedan las velas prendidas, canta "Róyinkes mit Mandlen" (Pasas y Nueces), una dulcísima canción de cuna. Y así, mientras se esfuma la escena y su voz vuelve a dirigirse al público cantando muy despacio, mientras sólo las velas casi extinguidas se reflejan en los espejos, va bajando lentamente el telón, detrás suyo*).

TELÓN

La crucifixión

[Obra inédita, 1966]

Una cruz en medio del escenario. / En la cruz está atado el Fakir de Nueva Pompeya. / Desfallece. / A su lado, vestido con bombín, pantalón fantasía y moñito, saco negro, está el empresario.

EMPRESARIO.—Pasen a ver señores, no se lo pierdan, una atracción única en su género que volvió locos a los públicos de toda Europa. Y aquí, por 50 pesos, en los fondos del famoso Bim Bam Bum de Castelar…

FAKIR. *(Desfalleciente)*.—Cerrado por la ley de profilaxis varias veces…

EMPRESARIO.—Con ustedes, señoras, este fenómeno… Cualquiera puede verlo y rápido señores que se nos va… Porque hace 15 días que ayuna señores este fenómeno…

FAKIR.—Juan…

EMPRESARIO.—En esta gran kermesse, señores, lo único que les pido es que no se amontonen por favor, no se amontonen alrededor de mi pupilo porque el aire viciado puede hacerle muy mal, señores, muy mal… (*Saca un aerosol y tira alrededor de la cruz*).

FAKIR.—Si no hay nadie Juan…

EMPRESARIO.—Callate idiota, ¿no ves que en cualquier momento cae?

FAKIR.—Pero hace quince sábados que esperamos, Juan, y nunca viene…

EMPRESARIO.—A lo mejor ya está y no nos dimos cuenta… Vos sabés que puede mandar a alguien… puede venir disfrazado… qué se yo… de tantas formas puede venir…

FAKIR.—No doy más Juan… Tirame un cacho e' queso por lo menos…

EMPRESARIO.—Cómo vas a comer ahí arriba… dónde se ha visto… ¿Sos loco vos? (*Al público*). Pasen a ver señores, el fenómeno del siglo, el Fakir de Nueva Pompeya… tira fuego por la boca, se acuesta sobre clavos como si fueran goma espuma y se traga un paquete de "gilet" como si fueran masas vienesas. Pasen a ver señores… No se lo pierdan que se nos va…

Fakir.—No te gastes, Juan… En serio que tengo hambre acá arriba… (*Por foro entra el periodista con el micrófono*).

Empresario.—Quedate piola flaco, hacete el místico que parece que aquí está…

Periodista. *(Con micrófono. Detrás, el camarógrafo con cámara.* Periodista *tiene puestos auriculares*).—Acá tenemos al ejemplar…

Empresario. (*Se adelanta*).—¿Señor periodista? ¿Usted viene del canal?

Periodista.—Ahá… (*Mira a* Fakir *de arriba abajo*). Este es el monstruo… Y por este me cortaron el almuerzo…

Empresario.—Hace como quince días que está ahí colgado esperándole, señor periodista…

Periodista. *(A* Camarógrafo).—¿Te das una idea? Y justamente, después de 15 días de dejarlo colgado a este atorrante, justo me tiene que mandar a la hora de comer… Mirá si tengo unas ganas de irme a almorzar y largar todo en banda…

Camarógrafo.—El cana te va a controlar…

Periodista.—Bueno… pero tengo derecho a comer, ¿no?

Empresario.—No se haga problema. (*Hace golpear las palmas y entra la pupila del Bim Bum con algo de comer.* Periodista *la mira, agarra algo de la bandeja y come. Se sirve el* Camarógrafo *y además el* Empresario. *Todos comen a dos carrillos.* Empresario *mira a la mina y después al* Periodista *y le guiña el ojo. Tanto el morfi como la mina entusiasman al* Periodista).

Fakir. (*Desfallece).*—Che… Juan…

Empresario.—¿Qué tal?

Periodista. *(Boca llena*).—Bueno, bueno…

Empresario.—¿Un poquito de vino?

Periodista.—Bueno…

Empresario. (*Después de pausa*).—Espero que usted sea de *Sábados Circulares*…

Periodista.—No, de *Siete y medio*…

Empresario. (*Algo desencantado*).—Ah… Se ve menos…

Periodista. (*Se encoge de hombros*).—Qué se yo… Más que nada es…

Empresario.—Espere que le cuento algo de mi pupilo…

Periodista.—No, por favor, soy un laburante, dejeme comer en paz…

Fakir. (*Desfalleciente*).—Che, Juan…

Empresario.—Usted sabe que este muchacho se enterró bajo tierra y resucitó a los tres días… Lo desenterramos y estaba vivo…

Periodista.—Sí viejo…

Empresario.—Y en una gira europea…

Periodista.—Gira europea… (*Le dice al* Camarógrafo *con la boca llena*).

Empresario.—Lo encerré en un ataúd de cristal con una araña pollito, una víbora de cascabel y un escorpión y los cuatro tan campantes, ¿se da cuenta?

Periodista. (*Lo mira a Juan*).—¿Usted de qué labura, mijo?

Empresario.—Cállese usted… Y aquí estamos… Usted ve como está la gente…

Periodista. (*Mira*).—No hay nadie…

Empresario.—Y… es la hora… Más hacia la tardecita, ¿sabe cómo vienen todos a mirar?

Periodista.—Y… ¿cuál es la gracia acá?

Empresario.—¿Cómo?

Periodista.—Claro… Cuál es la nota… qué hace este muchacho…

Empresario.—Y… ¿le parece poco? ¿Ahí colgado como un matambre, que Dios me perdone?

Periodista.—Y qué tiene…

Empresario.—Que hace quince días que lo esperamos señor periodista… ¿Usted se cree que cualquiera se crucifica ahí arriba y aguanta? ¿Usted se preguntó acaso cómo hace mi pupilo para satisfacer sus necesidades elementales sin ser antiestético?

Periodista.—Y con eso qué… El público ya no se sorprende de nada, viejo… Además… ¿dónde está el mensaje?

Empresario.—Qué mensaje…

Periodista. *(A* Camarógrafo).—Qué mensaje pregunta…

Camarógrafo.—Qué me contás…

Periodista.—El mensaje de paz, de concordia, de amor. Es un programa para la familia, ¿me entiende?... Tipos que se crucifican así, como los ladrones… Vea… yo vi cualquier cantidad… Es lo más sencillo atarse así, viejo…

Empresario. (*Se encrespa*).—Dónde…

Fakir. (*Supera su desfallecimiento*).—¿Qué dice este tipo, Juan?

Periodista.—Si quiere una nota, ingénieselas, amigo… Pero por esto no me llame a la hora del almuerzo… y a uno todo esto le corta el apetito y después de todo, para venir a ver una cosa que no me sirve para nada… (*Está empezando a irse*).

Empresario.—No, por favor, no se vaya…

Periodista.—Es que esto no es nota, querido, ¿me entiende? ¿Qué voy a hacerle? Además… ¿Usted se da cuenta si se me ofende el capo, porque capaz que piensa que al asesor religioso esto le parece una cargada? No, querido, no me meta en líos, yo tengo que vivir…

Empresario.—Y yo también tengo que vivir…

Fakir. (*Voz de ultratumba*).—Y yo… yo no aguanto más acá, flaco…

Periodista. (*De pronto repara en el* Fakir *con aire interesado*).—¿Se… se siente mal? (*A* Camarógrafo). Eso puede ser… Eso puede andar… Loco religioso murió cumpliendo promesa a la Virgen de Luján… ¿eh?

(Fakir *arriba de la cruz se retuerce*).

Camarógrafo.—Oia… Ahora sí que puede ser…

Empresario.—Este… Pedrito…

Fakir.—Yo también tengo que comer muchachos…¿Por qué no me tiran algo? ¡No doy más!

Empresario.—Pará, flaco… Este… escuchame… y el numerito de los clavos, ¿te animás?

Fakir.—Dale, que no doy más…

Empresario.—Sí viejo… total es un segundo nomás… (*Agarra una caja y saca unos enormes clavos, pinzas y martillos*).

Fakir. (*Con fuerza de flaqueza*).—Tas loco vos…

Periodista.—De qué se trata… (*A* Camarógrafo) Empezá a filmar… (*A* Empresario) ¿Qué es usted de él? (*Le acerca el micrófono*).

Empresario. (*Pone cara de tipo al que están filmando*).—Antes que nada, señores telespectadores de *Siete y medio*, muy buenas tardes… Agradezco a este programa la oportunidad que me brinda para conectarme con un público tan vasto y explicarle que, como empresario de Pedrito, el Fakir de Nueva Pompeya, tengo en mi pupilo a uno de los artistas que prestigiaron al país en el extranjero… Este artista es un verdadero místico que no hace esto por una remuneración ni nada de eso sino por cumplir con los mandatos de su fe…

Fakir. (*Exhala un aullido ahogado*).—Ah…

Periodista.—Tenemos entendido, señor…

Empresario.—Juan…

Periodista.—Señor Juan, sabemos que el Fakir de Nueva Pompeya está dispuesto a hacer ante nuestras cámaras una prueba excepcional…

Empresario.—En efecto… Una prueba nunca vista, y ustedes van a tener la exclusividad de filmarla…

Periodista. (*Sonrisa a cámara*).—¿Oyeron mis amigos? Una nota exclusiva que, como de costumbre, es de servicio noticioso de *Siete y medio*.

Entonces aparece esta misma sonrisa en audio. / Ahora Empresario *agarra una escalerita y se acerca a la cruz y sube a ella. / Empiezan a sonar redobles de tambor.*

Periodista. (*A cámara y aparece en audio*).—Amigos… un momento histórico, amigos… Otra prueba de la fe religiosa que siempre caracterizó a nuestro pueblo…

Empresario. (*Subido a la escalera con un clavo y un martillo*).—Con esto nos paramos flaco… (*A cámaras antes de clavar*) Mi pupilo, como fakir, está acostumbrado a clavarse todo tipo de implementos, y además esta prueba suprema la va a hacer después de quince días de ayuno ininterrumpido en los fondos del local nocturno Bim Bam Bum de Castelar, que está situado en la calle…

Periodista. (*Lo corta*).—Bueno… pero lo importante es la fe con que lo hace, ¿no es cierto joven? (*Sube a la escalera para que hable el fakir*).

Fakir.—Yo… lo que quiero…

Periodista.—A la cámara por favor, a la cámara… millones lo escuchan…

Fakir.—Yo…

Periodista.—Sí, sí, sí… diga nomás… el micrófono es todo suyo…

Fakir.—Yo lo que creo es que estas cosas… muchachos…

(*Imagen de* Fakir *en enorme audiovisual que inunda la escena*).

Fakir.—En el nombre de Dios, muchachos… No se rían… porque yo creo en Dios, ¿saben? Aleluya… (*Va creciendo*) Aleluya… (*Entonces estalla la música del aleluya*) ¿Y saben lo que dijo Dios?

Empresario. (*A* Fakir).—Cuidado con las palabras, flaco… No te pongas verde ahora…

Fakir.—¿Saben qué dijo el Señor? Que no se dejen tocar el culo muchachos…

Empresario *agarra martillo y clavo y empieza a clavar ferozmente a una mano. / Y la voz del fakir, cuya boca sigue articulando, es tapada por el martilleo incesante que es en realidad una batería que se entrecruza con el aleluya. / Y ahora el empresario baja de la escalera y con movimientos a lo cine mudo corre la escalera y se sube a la otra mano y* Fakir *sigue hablando y ahora vuelve a clavar y a hacer ruido para que no se oiga la voz y ahora la imagen muestra en el audiovisual al fakir clavado en la cruz.*

Periodista.—Bárbaro. (*A* Camarógrafo) ¿Cuánto el diste?

Camarógrafo.—Todo el diafragma abierto porque hay poca luz…

Empresario. (*Baja de la escalera y mira a cámara con una sonrisa*).—Este número que han visto señores, es único en el mundo…

Periodista.—Y cuánto aguanta el tipo ahí arriba…

Empresario.—Diez minutos… ¿Está bien diez minutos? (*A cámara*). Y después verán que sus manos no sangran queridos telespectadores…

Camarógrafo. (*Lo filma sin cesar*).—Che, viejo…

Periodista.—Qué pasa…

Camarógrafo.—El tipo… ahí arriba… Me parece que… Fríquete fráquete…

Empresario.—Cómo fríquete fráquete… Uh… perdón. (*A* Periodista) Porque estamos en cámara todavía ¿no?

Periodista. (*Que le ofrece el micrófono*).—Qué esperanza…

Empresario.—Cómo qué esperanza…

Periodista.—Que… ¿se cree que la palabra culo puede salir al aire?

Empresario.—Y entonces… pobre Pedrito… ¿Fue todo inútil? ¿Todo inútil? (*De repente se pone a llorar*).

Camarógrafo.—No ve que estoy filmando, animal… Así, así, llore…

Empresario. (*Abrumado, comienza a darse cuenta de todo lo que ha pasado*).—Y entonces…

Periodista.—No, mire, esto es demasiado para un programa

familiar ¿no le parece? Pero… (*A* Camarógrafo) ¿Y si lo vendemos a Mondo Cane? ¿eh?

Camarógrafo. (*Sigue filmando*).—Puede andar…

Empresario.—¿Puede andar?

Periodista.—La pucha si puede andar… (*Pausa*).

Empresario.—¿Y… cómo vamos ahí?

APAGÓN

Simón Brumelstein, el caballero de Indias

[Argentores, 1987 (primera edición). Escrito en 1970]

Reparto

Simón: Luis Brandoni
Guadalupe: Marta Bianchi
Pingitori: Jorge Rivera López
Katz: Ulises Dumont
Monje – Rabino – Psiquiatra: Héctor Tealdi
Esposa: Livia Fernán
Hijo: Juan Carlos Corazzo
Bobe: Niní Gambier
Padre: Daniel Figueiredo
Enfermeros: Juan Beceira, Alfredo Alesandroni

Ficha técnica

Vestuario: Mene Arno
Realización de vestuario: Lita Fuentes
Escenografía: Héctor Calmet
Asistente de escenografía y pintura: Ercilia Alonso
Asistente de dirección: Liliana Carro
Música: Jorge Valcarcel
Ilustraciones: Hermenegildo Sábat
Utilería: Puig Hnos.
Fotos: Oscar Balducci
Prensa y RR. PP.: Silvia García Gherghi, Ana Albarellos
Jefe de maquinistas: Samuel Velázquez
Utilero: Amilcar Sanzo
Asesor litúrgico: Gabriel Weil
Empresa de sala: Stimola Hnos.

La obra se estrenó el 27 de julio de 1982 en el Teatro Tabarís

ACTO PRIMERO

Una pieza de dos paredes: una lateral y otra al fondo. La tercera pared lateral no existe. Se pierde en las sombras que cubren la mitad del escenario. Por allí entra el sueño, la fiebre y el delirio que nadie sino Simón Brumelstein *y sus cómplices del público verán. La pieza tiene las paredes altas de las viejas y alguna vez señoriales casas de departamentos con esos empapelados con grandes flores y los cables de la luz trepando por las paredes hacia el techo. Una araña que fue (algún día ya muerto). ostentación, cuelga del techo en esa mitad del escenario que ocupa la pieza. Hay una mesa que hace de escritorio pero también de lugar donde se come, se apoyan los pies, se acumulan libros, paquetes de galletitas, barajas, retazos de tela. También hay un tapete verde con un veladorcito y un cofre. Hay un reloj que cuelga de la pared. Hay un enorme mapa medieval arrancado de algún almanaque de Shell o algo así, que es un grosero y fantástico mapa de América con dragones en el mar: arriba está escrito firuleteadamente "Chantania". Hay en la pieza una máquina Singer a pedal y un maniquí donde cuelga un vestido de mujer, quizás un batón a medio terminar. Se destaca una cruz sobre la pared. Hay un baiut con mostrador de mármol que, como la araña, parece el resto de otra época de mayor esplendor de la casa. Sobre el baiut un trifásico espejo. Sobre el mármol hay una gran caja de vidrio con escalones de terciopelo azul. Adentro hay joyas y relojes en exposición como en la vidriera de las joyerías. Hay un par de relojes (uno de ellos sobre todo, rococó y pequeño, hermosísimo, que es una cajita de música). que están sobre el mostrador del baiut también. Este es un mueble fino, afrancesado. Hay un diván sobre la pared lateral –bajo la cruz– que es una cama y está deshecha. Sobre el diván hay una ventanilla que da al pozo de aire de esa casa. Por allí entrarán voces, suspiros, quejidos, conversaciones fragmentarias y el ruido resonante, infernal, conventillero, de los niños jugando en los pasillos, o las mujeres hablándose de ventana a ventana, o de puerta a puerta en la casa. Sobre la ventana estrecha y medieval hay una cortina de terciopelo rojo. Hay una puerta sobre la pared del fondo, cerca del sitio donde empieza el negro vacío por donde aparecerán los sueños.*

Hace mucho calor. Se nota porque SIMÓN BRUMELSTEIN, *un hombre enflaquecido, de ojos ardientes y soñadores, hermoso como esas llamas que se queman lentamente a sí mismas, está sentado en una silla de viena, con sus cuarenta años, en camiseta sin mangas, con pantalón pijama y chancletas apoyadas sobre la mesa, despeinado, con la barba crecida, vaga en alguna parte con los ojos absortos. Afuera se escuchan truenos lejanos. La cortina está corrida.* GUADALUPE *está sentada a la máquina de coser y con sus dos pies la mueve cosiendo un traje sastre. Por el suelo hay retazos de tela.* GUADALUPE *es una mujer que aproximadamente tendrá unos treinta y tres años, es atractiva, usa pantalones que ese algo de desafío con que ciertas mujeres de barrio los usan. Otro trueno. Sobre la mesa hay una pava sobre primus y mate.* SIMÓN *la llena. Lo chupa, la mira ahora a ella.*

SIMÓN. (*Suave*).—Parece que va a llover...

GUADALUPE. (*Sigue trabajando*).—Sí...

SIMÓN.—¿Viste? (GUADALUPE *deja de trabajar y lo mira arreglándose el pelo*).

GUADALUPE.—¿Qué?

SIMÓN.—La pieza. Se puso gris...

GUADALUPE. (*Lo mira*).—Es cierto... toda gris... (*Se para y se acerca hacia él y le acaricia la cabeza, y después las manos de él se encuentran con las de ella en el pelo de él*).

SIMÓN.—¡Qué lindo! ¿No?

GUADALUPE. (*Lo mira con ojos de entrega*).—Quererse, a media luz, con este tiempo, con este calor...

SIMÓN.—Quererse con la lluvia que viene.

(*Al tiempo que dice eso, la agarra y ella cae de rodillas ante él como adorándolo, y reclina su cabeza en el regazo de* SIMÓN *y después lo va recorriendo con las manos y él a su vez la alza, y se besan y se acarician, como animales en celo, con esa misma libertad segura, feroz y voluptuosa de los animales. Ella lo alza de la silla y la pasa la mano por debajo de la camiseta y le acaricia el pecho, codiciosa y sin vergüenza, y* SIMÓN *la lleva hacia la cama. Se sientan allí. Se besan muy sensualmente y luego ella, que tenía un cigarrillo en la mano, se lo lleva a la boca y aspira, y luego acerca su boca a la de él, que la espera con la boca abierta, y le pasa el*

humo. Luego él lo larga. Están muy contentos, sus cuerpos están muy felices de encontrarse. Ella lo mira con la boca entreabierta por el deseo, por la dicha, por la verdad que sienten cuando están juntos. Ella se separa).

Simón. (*Sentado en la cama*).—No pongas esos ojos de loca...

Guadalupe.—¿Cuáles? (*Va y cierra la puerta con llave y se apoya como encerrándolo. Ella lo mira como queriéndoselo comer, como jugando*).

Simón.—Esos, de ahora...

(*La luz es gris y vuelven los truenos lejanos. Hay afuera ruidos de chicos en pasillos. Ella se acerca hacia él y él va a ella, y se muerden, se abrazan, con enorme, hermoso, verdadero gozo y placer, como niños, como hombres. Ella lo tumba sobre la cama y le saca la camiseta mientras él le saca la blusa. En la zona de los sueños aparece una enorme vela con una Cruz de Malta a la que infla el viento. Hay aparejos y un vigía vestido como soldado de Solís con un casco en lo alto del mástil que otea el horizonte*).

Simón. (*Abajo de ella*).—¿Sentís?

Guadalupe. (*Besándolo*).—¿Mm?

Simón.—El viento...

Guadalupe. (*Acariciándole la cabeza*).—¿Qué viento...?

Simón.—El que mueve las velas del galeón...

Guadalupe. (*Sonríe y se tira junto a él*).—¿Está ahí?

Simón.—¿Vamos a hacernos a la mar...?

Guadalupe. (*Trepando encima de él*).—¿Vamos?

Simón. (*Ríe*).—Siempre estás a punto vos...

Guadalupe. (*Hambrienta y sonriente*).—Siempre... (*Pausa*). Es que tengo tanta hambre atrasada...

Simón.—Yo también... si en cualquier momento se acaba el mundo...

(*Acerca su mano al cierre relámpago del costado del pantalón de ella y se lo baja. Ahora comienza a bajarle los pantalones. Suena largo afuera un timbre. Ambos se detienen como petrificados. La visión del galeón desaparece.* Guadalupe *se sienta en la cama tensa.* Simón *manotea la camiseta y se la pone*).

Guadalupe. (*Voz nerviosa*).—¿Quién puede ser?

Simón.—El señor Pingitori...

Guadalupe.—No, es muy temprano... (*Se arregla el pantalón y una expresión habitual de dureza le acoraza la expresión*). No entiendo...

Simón.—La dienta del traje sastre...

Guadalupe.—No, Simón... Si no le toca probarse hoy... (*Otro timbre imperioso*. Guadalupe *suspira y se acerca a la puerta*).

Simón.—Y andá...

(Guadalupe *sale. Muy inquieto y algo culpable,* Simón *se para y agarra un cigarrillo y lo prende. En la zona de los sueños, de pronto, aparece en un claroscuro la imagen de su padre crucificado. Está muy alto y tiene los brazos atados a la cruz y desde allí lo mira sin decir nada. Se lo ilumina desde abajo de modo que se ve su cabeza y sus manos en cruz*).

Simón. (*Sacudido por la visión y con desasosiego y miedo*).—¿Otra vez ahí? (*Pausa*). Y hablá... decí algo... (*Pausa*). Que vas a estar ahí vos... (*Con rabia*). No te hagas problemas... esa mujer es limpia... será goio, muy bien, pero es limpia... Conmigo nada más... (*Exasperado humor*). ¿Si tiene sífilis querés saber? No... que yo sepa... y en último caso, papá... qué querés que te diga... prefiero tomar penicilina... (*Pausa y camina desasosegado*). Pero vos no estás por eso solo aquí... ¡y hablá! ¿Querés que te crea que estás ahí? ¿Me querés poner nervioso, eh? (*Se acerca a la imagen, al borde entre la pieza y el sueño*). (*Y con voz tensa, angustiada*). ¿Qué me querés decir...?

Guadalupe. (*Su voz afuera*).—No, señor... no puede pasar... (*Visión desaparece*).

Katz. (*Su voz jadeante*).—Vamos, vamos... ¿dónde está...?

Guadalupe. (*Su voz más cerca*).—¿Pero cómo se mete así en mi casa? Escúcheme, ese señor vive acá, pero es inquilino mío, usted tiene que pedirme permiso para pasar...

Katz. (*Su voz más cerca*).—Lo espero. (*Jadeos*).

Guadalupe. (*Su voz más cerca aún*).—Espere ahí afuera, en el comedor... ¡No, qué hace! (*Por la puerta irrumpe el primo* Katz, *un hombre cincuentón pelirrojo y pelado que jadea como un elefante y detrás* Guadalupe).

Simón. (*Lo mira como viendo a un espectro*).—¿Ves?

Guadalupe.—Pero, ¿quién es este individuo, señor Brumelstein...? (*Pausa*).

Simón.—Perdón, señora, pero yo no lo llamé... (Katz *mira la pieza jadeante y después, sorprendido y frío, lo mira amargamente a él y luego a ella*).

Katz.—Katz es mi nombre... soy el primo... Grandes joyerías

Katz... (*Con cierta prepotencia a* Señora). Usted habrá oído nombrar... (*Mira la pieza*).

Guadalupe.—Y a mí qué me importa... sí, lo oí nombrar... ¿Y por eso entra así a mi casa?

Katz. (*Mira donde sentarse*).—Así que esta es tu oficina...

Guadalupe.—¿Usted no entiende castellano? A mí no me va a llevar por delante...

Simón.—Perdónelo, señora Lupe... este no tiene remedio. (Katz *jadeante y quejoso se sienta en la cama deshecha mirando con asco y casi ahogándose*).

Katz.—Así que esta es tu oficina...

Simón.—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Katz.—Un año buscándote. (*Jadea y se apantalla con las manos*). Y esta es tu oficina... (*Se ahoga e inclina su cabeza como para escuchar su corazón*). Subí cinco pisos a pie. (*Como una acusación*).

Simón.—El ascensor no anda... casi nunca anda...

Katz.—Por eso te instalaste acá... lindo lugar, ¿eh? Lindo lugar para un joyero... acá no te encuentra nadie...

Simón.—¿Cómo llegaste vos entonces...? (Guadalupe *y* Simón *se miran*).

Katz. (*Entre jadeos*).—Y ese olor a pescado frito llenando los corredores... y los chicos esos, que corren y gritan... y las mujeres que hablan de una puerta a la otra... ¿y me vas a decir que acá pusiste un negocio de joyería?

Simón.—¿Quién te dio mi dirección...?

Katz.—Abajo... ¿no hay una chapa? Simón Brumelstein, joyero..., quinto piso C...

Simón.—Abajo no hay ninguna chapa...

Katz. (*Se encoge de hombros y se tranquiliza su jadeo*).—Entonces me pareció... pasé y entré... (*A* Guadalupe). ¿Paga alquiler el señor?

Simón.—Pero eso es cosa mía, Katz...

Katz.—Ay, Simón, siempre fuiste la oveja negra de la familia vos... pero a los tres hijos tuyos... esos que dejaste cuando te escapaste ¿quién les da de comer? Yo... ¿eso no es cosa tuya? (*A* Simón *el reproche de* Katz *lo llena de ira y entonces abruptamente se le acerca como para pegarle pero en vez de hacerlo lo agarra de la cabeza y le da un*

gran asqueroso y violento beso en la boca). ¡Qué hacés...! (GUADALUPE *a* KATZ, *se lleva el dedo a la sien como haciendo señal que* SIMÓN *está loco*).

SIMÓN.—¿Para eso vivís? ¿Para reprocharme cosas a mí, y a vos? ¿Cuántos años más vas a vivir, Jonás Katz? (*Se le acerca agresivo*). Oíme... a vos... ¿nunca te rompieron el culo...? ¿Nunca probaste? Es lindo... ¿Nunca te dejaste, nunca te atreviste? Es lindo por lo menos para vos...

KATZ. (*A quien* SIMÓN *agarró de las muñecas*).—Dejame, dejame...

SEÑORA.—¿Vio? No lo ponga nervioso... Váyase...

KATZ.—Soltame... (*Trata de desasirse pero no puede*).

SIMÓN. (*Exasperado*).—Ah, ¿no te gustan los hombres entonces? Bueno... te gustan las mujeres... (*A* GUADALUPE *soltando a* KATZ). Tampoco... las joyas le gustan... los relojes...

KATZ.—No te hagas el loco conmigo, ¿eh?

SIMÓN.—¡Qué loco...! Que me levantás la voz... ¿sabés dónde estás? En mi país... (*Señala el mapa*). Chantania... en mi país está... ¿y con qué derecho entraste, eh? ¿Quién te dio permiso...? ¿Tenés visa?

KATZ.—Tres hijos te dije...

SIMÓN.—Y si me escapé... los mandé a la mierda... y qué hay... (KATZ *lo mira con rencor y mira la pieza y se acerca al reloj rococó*).

KATZ.—Este reloj es mío. (GUADALUPE *se interpone y se lo saca casi de las manos*).

GUADALUPE.—Ah... no sé...

KATZ. (*A* SIMÓN).—La porquería de la familia sos... ni médico, ni joyero, ni título, ni plata, ni nada... dolores de cabeza traes vos... es lo único que tenés...

SIMÓN. (*Ríe*).—Vamos... ¿lo único que tengo? ¿Y la estancia?

KATZ.—¿Qué estancia...?

SIMÓN.—Y la mina de oro... la que tengo acá abajo...

KATZ.—Vamos, vamos m'hijito... son tres bocas, dejate de joder... ya bastante con que mataste a tu papá con un infarto... ¿tengo yo que cargar con tu familia encima? (*Mira los otros relojes y se abalanza sobre la vitrina y la abre. La* SEÑORA *se interpone*). Bah... chafalonías... porquerías... no sirve para nada esto. Mina de oro te voy a dar...

SIMÓN. (*Se ríe*).—Señora Lupe... dele nomás el reloj rococó a este pobre infeliz...

Guadalupe.—No, pero es suyo...

Simón.—Dele... con lo que tengo en la mina basta y sobra para refregárselo por la cara... un título...

Katz.—Sí, ¿qué hay? Todos en la familia tienen un título o yo, por ejemplo, yo... tengo algo, ¿y vos que tenés...?

Simón. (*Ríe*).—Un galeón... ¿Vos tenés un galeón?

Katz.—¿Qué galeón? ¿Dónde galeón?

Simón.—De mis antepasados... los primeros Brumelstein, que llegaron de España, los conquistadores, que fundaron este país. Caballeros de Indias, como yo... vinieron en galeón como todos los aristócratas... y como los indios los perseguían, se llevaron los galeones a tierra firme, los convirtieron en fortalezas... y hay muy pocos galeones que sobrevivieron... yo tengo uno, por ejemplo... es sello de nobleza eso, primo Katz.

Katz.—Dejate de macanas, che... vos siempre hablaste lindo pero a la hora de los bifes...

Simón.—Yo también soy un señor... no, pará... (*Entra el señor* Pingitori). Como el señor Pingitori... él también... con ese apellido, no creas, él también es un señor... (Pingitori *es un hombre exageradamente bien vestido con un traje azul, camisa blanca, chaleco, corbata*).

Pingitori.—Ah, perdón... estaba con gente... ¿está la comida querida?

Simón.—Adelante... los voy a presentar... el dueño de casa... que puso esa cruz en la pared para que no me olvide que soy judío, un inquilino que está de paso por acá... mi primo, el señor Katz... un verdadero señor... ¿quién no quiere ser un señor en Chantania, eh?

Señor.— ¿Ah, sí? (*Frío, distante, con el aire aristocrático de los empleados bancarios y los ordenanzas. Algo incómodo por la situación hace amago de irse*).

Guadalupe. (*Inquisidora a* Pingitori).—¿Cómo vino este hombre acá?

Señor.—La menor idea...

Katz.—¿Qué pasa acá? Si usted me llamó...

Señora.—Lo fuiste a buscar...

Katz.—Meses tardó en encontrarme, pero me encontró.

Simón. (*A* Pingitori).—Así que, señor, usted quiere que yo me vaya de acá...

Señor. (*Algo confuso*).—Bueno, yo...

Katz.—¿Qué pasa...? Este inquilino no le gusta, no paga... muy bien... tiene derecho a echarlo... ¿No hay ley de alquileres acaso?

Simón. (*Ríe*).—¿Y por qué no llamó a la policía? ¿Sabe por qué? Porque yo soy muy rico. Acá en Chantania, tengo una influencia bárbara yo...

Señor. (*Nervioso va y cierra la ventana*).—Más bajo por favor... (Guadalupe *dándose aire con labio inferior, va y abre la ventana desafiante*).

Guadalupe.—Sos loco, cerrás con este calor...

Simón.—Tiene clase él... (*A* Katz). El señor Pingitori acá, trabajará en el correo, ganará 23 mil pesos pero tiene clase... eso se nota, ¿no es cierto que se nota?

Señor.—Vea, yo creo que por delicadeza, está todo dicho acá...

Señora.—Traeme una cerveza... con un poco de queso... vamos a hacer un picnic... Simón.—Yo no quiero... no, no quiero nada... (*A* Señora).

Señor. (*Helado a* Katz).—¿Ve? No nos come...

Señora.—¿Y por qué lo querés echar? Yo... por mí... pero, ¿por qué te molesta?

Señor.—No es echar... pero me preocupa... (*A* Katz). Mírelo como está, cada vez más chupado... toma mate, ¿ve? (*Efectivamente,* Simón *toma mate*). Todo el tiempo toma mate... no come.

Katz.—¿Una persona puede vivir así?

Simón.—Así que me ubicaste, ¿eh, turro? (*Chupa el mate*).

Señora. (*A* Señor).—Pero no entiendo... aquí el señor es un joyero... como se ve... de qué te quejas... ¿por qué no me dijiste antes que querías que se fuera? Me podés consultar ¿no? Soy tu mujer...

Katz.—¿Y el alquiler? ¿Eso no le preocupa?

Señora. (*A Señor*)—Esas cosas tenemos que charlarlas nosotros dos primero... o sino para qué me tenés...

Katz.—¿Pero le paga? ¿Y con qué? Si no hace nada...

Simón.—Ah... no sabés... con la mina de oro que tengo acá abajo...

Katz. (*Fuera de casillas*).—¡Pero qué mina ni shmina! Charlatán, ingenioso, macaneador. Puro bla bla... sos puro bla bla... (*A* Señor). Usted sabe... el señor acá era muy revolucionario... todos creímos que

se fue, qué se yo... a poner bombas... a trabajar a una fábrica... pero no... estaba aquí... y sin pagar.

Señora.—¿Cómo sin pagar...? (*A* Señor). Y si te vendió relojes a plazos y joyas a todo el vecindario... lo único que tenés que hacer vos es pasar por los departamentos y cobrar las cuotas.

Señor. (*Exasperado*).—¿Y qué querés, que encima me ponga una colchita al hombro? ¿Que yo le vaya a cobrar a todos esos negros?

Simón.—No, por favor, ¡cómo lo va a mezclar con los vecinos, señora!

Señor.—Vea, don Simón... cuando usted llegó acá... no lo niego, me deslumbró...

Simón.—Claro. Esperaba el negocio fácil, ¿eh? El contrabando, los joyeros... ¿eh? Hasta me dijo que el alquiler iba a subir cada seis meses... Pensaba hacerse rico a mi costa.

Señor. (*A* Katz).—Pero no... él primero dijo que esto iba a ser su oficina, nada más... y ahora resulta que se vino a vivir acá... a dormir, a comer...

Señora.—No rompas las pelotas...

Señor.—Por favor, Guadalupe...

Guadalupe.—No me digas Guadalupe...

Señor.—Entonces cuidá tu vocabulario, seleccionalo... (*Va y cierra la ventana*). No tienen por qué enterarse...

Simón.—¡Qué calidad, eh!

Señor.—Ya le dije al señor Katz que esta es una casa de familia, un hogar, decente, normal, moral... una oficina, vaya y pase, pero... ¡usted no sabe lo que hace este señor acá!

Guadalupe.—¿Qué hace...? Yo me paso el día cosiendo lo más bien acá y... que yo sepa... ¿Qué querés decir con que él no sabe lo que hace el señor Simón...? ¿Qué hace el señor Simón?

Simón. (*Evasivo a* Katz).—Ya va a ver...

Simón.—Es un caballero, el señor... ¿Cómo le va a cobrar a los negros de enfrente...? Por favor...

Señor.—Eso, en todo caso, lo tiene que hacer usted, Simón... hay que trabajar, amigo, para que el país salga adelante... aunque hay cada indeseable… (*Busca complicidad en* Katz).

Señora.—El tano atorrante de tu viejo, ya hubiera ido a cobrarles...

SEÑOR. (*Cierra la ventana*).—Guadalupe...

GUADALUPE.—Dale, dale, seguí... (*Advierte*). No me digas Guadalupe... me parece horrible ese nombre y vos lo sabes...

SEÑOR.—Pero este hombre está todo el día tirado acá y... lee... lee... y mira el techo...

SEÑORA.—Si no te gusta, ya sabés... (*La declaración abochorna al* SEÑOR *que sale musitando*).

SEÑOR.—Permiso...

KATZ.—Esos libros... ¿eh? Esos libros... un día va a la policía y va a tener un lindo lío usted señora...

SEÑORA. (*A* KATZ).—Váyase...

SIMÓN. (*A* SEÑORA).—Salga, por favor...

SEÑORA. (*Lo mira sorprendida*).—¿Qué salga yo?

SIMÓN.—Por favor...

SEÑORA. (*Lo mira un instante*).—Bueno... (*Sale Señora*).

KATZ. (*Mirando a* SIMÓN *tomar mate*).—Así terminaste gran jojem, gran vivo... linda dieta, ¿eh? Mate frío, agua fría... y yo cargo con las deudas de tu joyería (*Se le acerca*). y querías el amor, la felicidad, que se yo qué macanas... la revolución... y terminaste como un atorrante acá adentro... con esto te alcanza a vos... pero tu familia, tu mujer, tus hijos, no tienen la culpa ¿eh? ¡Sos un luftmench estás en el aire, vivís del aire, no puede ser! Hay una joyería de dos por cuatro en la calle Libertad que te está esperando... ¿no te gusta? Y bueno... pero tenés que apechugarla, che... claro, aquí te pasás de gran bacán...

SIMÓN.—Decime... ¿sos un buen judío vos?

KATZ.—¿Cómo? ¿Qué? Me estás cargando... qué tiene que ver eso... (*Recorre los libros que tiene sobre la mesa*). Cuando caiga la policía… (A*garra con asco un libro al azar y lo abre. Cuando ve el libro su sorpresa crece y ya no entiende nada*). Shpinoza... ¿Qué hace esto acá? (*Agarra otro libro*). El Talmud… qué... qué es esto... (*Se aparta la sorpresa con un...*). Bah... se ve que no tenés nada que hacer vos...

SIMÓN.—Cuando era chico lo leía... en la escuela para rabinos... ¿te acordás? A la que me mandaba papá...

KATZ.—Así saliste... (*Sorprendido*). ¡Pero qué rabinos...! Che, tengo toda la impresión de que esa mina te limpia las cañerías... ¿y me hablas del Talmud ahora? Que... ¿sos loco en serio vos? Si... si eras un

asimilado vos... rompiste con todo... ni título, ni buen judío, nada... infarto para papá, nada más... arrancaste todo.

Simón.—Lo estaba pensando, sí... como Elisha Ben Abuia...

Katz.—¿Quién?

Simón.—Hu kafar binetiot... así decía la Hagadá, ¿te acordás? No, qué te vas a acordar si sos un chambón...

Katz.—Que... sos un asimilado vos... ¿y ahora me hablás en hebreo? Bueno, mirá, terminemos de una vez. (*Se acerca al reloj rococó que la* Señora *dejó sobre el baiut*). Esto es mío... me cobro algo de lo mucho que me debés... (*Saca un papel del bolsillo*). Por fin te encontré... y acá tenés...

Simón. (*Mira sin agarrar*).—¿Qué es esto...?

Katz.—Un contrato... (*Con avidez*). Vendeme la joyería... así no vas a ninguna parte... Yo la puedo convertir en algo grande, che... y te voy a dar algo de plata para que tu mujer y los chicos no pasen hambre...

Simón.—¿Vos en qué creés, primo?

Katz.—¿Qué? Mirá cheyn, no vine a hablar de teología acá...

Simón.—¿Creés en Dios?

Katz.—¡Pero si sos un ateo vos, qué pasa acá, qué broma es esta! Rompiste con todo lo judío y ahora me hablás en hebreish... y claro, uno se pone viejo y vuelve a casa, ¿eh?

Simón.—No entendés un carajo vos... Te pregunté una cosa yo, sin embargo...

Katz. (*Azorado*).—¿Y qué te vas a hacer problemas, que le buscas las cinco patas al gato? Hay judíos, hay cristianos, pero eso, ¿a quién le preocupa ya? Dios debe estar ahí, en el cielo, pero acá yo tengo que pagar pagarés... y vos me hablás de tonterías... para hacer tiempo... pero no me vas a sacar del tema.

Simón.—No te das cuenta, pedazo de animal... en todo este año pensé mucho... el Dios judío, llevado a su última consecuencia, rompe con la tribu, con la letra, con las palabras de la ley y deja de ser judío... ya es de todos... como Jesús... ¿cachás, agarrás? (*Toma otro mate*).

Katz.—Jesús... ¡qué milonga rara tenés en el mate...!

Simón.—No, es muy sencillo... soy más judío que vos... Shpinoza es más judío que muchos judíos... ¿sabés por qué? Como Elisha ben Abuia que iba a caballo en día sábado conversando con rabi Akiba,

¿eh? ¿Hay algo más judío que la herejía, que Cristo? Cuando cumple con los preceptos, pero a fondo y deja de ser judío, empieza a ser humano, un hombre, completo y parece que deja de ser judío pero es más judío que nunca... como Elisha ben Abuia que andaba a caballo en día sábado y no se podía, pero por eso lo hacía... (*Pausa*). ¡No entendés un carajo! ¡Andate a la puta que te parió!

KATZ.—Che... (*Interesado*). ¿Y por qué no te vas a Israel? Me vendés la joyería y te vas...

SIMÓN.—¿Y por qué no te vas vos? Querés que te diga por qué... Porque si vos te vas, ¿quién le va a decir a los otros que se vayan?

KATZ.—Ya fui yo... varias veces fui...

SIMÓN.—Como a la Salada... Gente como a vos no la precisan allá...

KATZ.—Ah... pero, ¿estás de acuerdo ahora con Israel?

SIMÓN.—No... qué tengo yo que ver con eso...

KATZ. (*Persuasivo*).—En serio te digo, por la ORT, tengo un amigo, yo te consigo gratis el pasaje de ida... ¿Por qué no? ¿Por qué no probas?

SIMÓN. (*Ríe*).—No te digo que tengo un país... Chantania... este es mi país...

KATZ.—¿Cuántos se fueron como vos?

SIMÓN. (*Sonríe*).—Y así volvieron... ¿Pero vos que te creés que es Israel? ¿Un cotolengo?

KATZ.—No, no... vas a ver si te gusta... cuando eras chico, ¿no ibas a la moshavá, al campo, a prepararte para ir a un kibutz? ¿Te acordás cuando te ibas en carpa a Luján quince días, eh? Y bueno, andá, a trabajar la tierra... ¿sos un tipo medio raro? Muy bien, andá a un kibutz...

SIMÓN.—Querido primo, si Hitler te hubiera conocido a vos, solamente a vos... ¡Qué picnic se hacía en el crematorio... el mundo se hubiera ahorrado la matanza de seis millones de judíos...!

KATZ.—¿Por qué?

SIMÓN.—Con cremarte a vos, basta y sobra...

KATZ.—Encima antisemit...

SIMÓN.—No, respeto yo... pero a los que se van, no a vos...

KATZ.—Bueno, che... basta de macaneos... (*Numera con el dedo gordo*). Las cuotas de tu auto... yo las estoy pagando... (*Sigue enumerando con los otros dedos*).

Simón.—Dejame en paz... no ves que estoy en otra cosa, ¡estoy ocupado!

Katz. (*Numera dos*).—El departamento... la colgaste a tu mujer con todo... y yo tengo que pagar tu departamento... (*Le ofrece el contrato*). Vendeme, y no se habla más... O comprame mi joyería de la calle Florida, con el oro ese de tu mina. (Simón *enfurecido saca de atrás del baiut un largo acero toledano herrumbrado y se abalanza sobre él que sorprendido retrocede*).

Simón.—¡Señora! (*Entra* Guadalupe).

Señora.—Acá le traigo el traje de la tintorería...

Simón.—Cierre con llave... (Guadalupe *lo hace*. Simón d*eja el acero toledano. Agarra el contrato y lo rompe en dos pedazos. Después le pincha el estómago a* Katz *con el acero*. Katz *que se quedó mudo, retrocede*). ¿Querés que te muestre lo que tengo? (*La agarra a* Guadalupe *y la besa en la boca*). Primero, Lupe... ¿Y vos qué tenés? Una chancha vieja que te dio hijos... Segundo… (Guadalupe *despliega el traje*). La mejor modista del país...

(*Es un jubón negro con alamares dorados y unas catas del mismo color. Ella le va vistiendo el jubón mientras él se saca el pantalón pijama y con la boca hace una canción medieval, una especie de trompeteo que hace con una sonrisa triunfal. Ella le da ahora el jubón que se pone sobre el calzoncillo. Después se sienta en la cama. Y ella le calza unas botas de cuerina barata que le llegan a la ingle. Luego se pone un cuello al estilo de los de Felipe II. Después va al baiut y se pone una barba postiza. Luego va hasta la cortina y la arranca y se la pone como una capa. Parece un tosco casero pero fantasmal caballero de Velásquez. Ella saca las joyas baratas de la vitrinita y se las pone en los dedos mientras él se pone los guantes*).

Simón.—Me cago en los títulos de los profesionales de la familia, me cago en tu joyería... ¿Hiciste América, eh? No primo, te equivocás... yo... yo descubrí un tesoro abajo de la tierra y lo tengo guardado... lo que ni Solís, ni Pizarro, ni Cortés pudieron encontrar, lo encontré yo, el Caballero de Indias, Simón Brumelstein, y tengo una estancia enorme... leguas y leguas... te podés pasar días y días a caballo, si supieras andar como yo... y nunca va a salir de ella... así que, ¿qué me importa tu contrato? Metételo en el culo... (*Ahora con golpes de palma baila una jota antigua, lenta como una pavana, una jota de*

caballero indiano, y la baila con los ojos codiciosos y con las manos antes que con ninguna otra cosa, casi payasesco y sin embargo, con una enorme dignidad). (*Golpes en la puerta.* Guadalupe *abre*).

Señor. (*Entra*).—Ah... ya empezamos... ¿ya se disfrazó? ¿Ve cómo juega?

Katz. (*Anonadado*).—Pero usted no me había dicho nada de esto...

Señor.—Se hace, se hace.

Katz.—¿Qué? ¿Se hace? (*Muy angustiado y con miedo*). No... no. (*Retrocede hacia la puerta*).

Señora.—Y no es el único... yo le cosí más... ¿quiere verlos puestos?

Katz. (*Desesperado*).—¡No, no, no! Dios mío... a mishiguener. (*Sale corriendo*).

Señor. (*Mira*).—¿Vas a... trabajar un rato todavía? (Guadalupe *lo mira*. Señor *baja la vista y sale.* Simón *que estaba invadido por una excitación tremenda, se desploma riéndose en la cama. Pausa.* Señora *va a la máquina de coser*).

Guadalupe.—Así van a aprender... que no tienen que molestamos... (*Pausa*). (*Como hablando sola*). Dejá nomás... dejá nomás que piensen que estás loco... tenemos derecho a que nos dejen tranquilos, ¿no? (Simón *se saca la barba y el cuello, se desabrocha el jubón*).

Simón.—¿Te das cuenta? A Israel me quiere mandar... (*Sonrisa nerviosa*). Yo le dije que Chantania es mi país... (*De pronto se deprime*). Pero... (*Se acerca al espejo*).

Guadalupe.—Nuestro país... el país de nosotros dos... acá adentro, solos... felices...

Simón. (*Se mira con desasosiego al espejo*).—No entiendo... (*Como si se viera por primera vez*). ¿Cómo llegué a esto? Yo me asimilé... a Israel me quiere mandar este... si yo no quiero ser judío... quiero ser un hombre, nada más...

Guadalupe. (*Lo mira y se acerca a él y lo abraza*).—Yo te quiero, Simón... me gusta jugar con vos...

Simón. (*Se desprende de ella*).—Dejame, hace calor...

Guadalupe.—En el galeón no...

Simón.—¡Qué galeón! Dejame de embromar. (*Ella lo abraza*). ¿Vos lo único que pensás es en eso? (*Hace gesto obsceno de coger*). Y tiene razón... tres hijos tengo... tres... y los largué, así, los largué...

Señora. (*Con dulzura*).—Para mí... sos el rey secreto del mundo... sos mi dueño... y descubriste un tesoro enorme que...

Simón. (*Desasosegado camina*).—Ah... no repitas mecánicamente cada boludez que digo... (Guadalupe *se prende de él como una niña abandonada y apoya su cabeza en el hombre de él. Él despacio, o mejor dicho su piel, despacio la toma a ella, la reconoce*).

Guadalupe.—¿Por qué no vamos a tener un mundo nuestro? Si el mundo de afuera es una mierda... (*Golpes débiles en la puerta*).

Señor. (*Su voz*).—Lupe...

(*Pausa. Ellos dos se besan*).

Señor. (*Su voz, lastimero*).—Está la cena...

Guadalupe.—¿Sí? (*Muerde con rabia los labios de él*).

Señor. (*Su voz*).—Lupe... las galletitas que te gustan...

Guadalupe. (*Desafiante*).—Y pasá...

Simón. (*Se separa*).—No... sos loca vos...

Guadalupe.—Y que se vaya de acá... que se vaya de esta casa... no lo aguanto yo... ¿Qué es? ¿Un hombre? No. ¿Un compañero? Tampoco. ¿Me querés decir para qué sirve? Es un marido... un eterno marido... si no lo quiero más... (*En la zona de los sueños aparece el* Monje).

Monje. (*Sonríe*).—¿El viejo Shloime Brumelstein tenía un galeón? Si vino en el vapor Flandria...

(Simón *le da la espalda y se abraza a ella.* Guadalupe *se separa y lo mira*). (*Golpes en la puerta*).

Guadalupe.—Estás precioso... ¿No te tira un poco la sisa? (*Le habla al oído*). Hay un complot... (*Golpes en la puerta*).

Señor. (*Su voz en off, trémulo pero como natural*).—Lupe...

Simón.—¿Qué complot...?

Guadalupe.—De él... contra nosotros... tenemos que echarlo de acá... que se vaya...

(*En la zona de los sueños aparece* Pingitori *arrodillado ahora y el* Monje *con un látigo le pega sobre el torso desnudo. Camina tratando de ordenar ideas*).

Simón. (*A* Guadalupe).—Pero escuchame... si él... si él llamo a mi primo... (*Transición*). ¡Y bueno! ¡Que esto salte de una vez! No nos podemos pasar la vida encerrados aquí.

Guadalupe.—¿Por qué no? Pero sin él... acá somos dos... él está de más...

MONJE.—Por cornudo. (*Latigazo a la espalda desnuda de* PINGITORI).

SIMÓN.—Cómo lo jodí yo a él... ¿eh? Le engañé... me recibió en su casa...

GUADALUPE.—¿Y qué preferís? ¿Que me quede con él? ¿Humillarte vos? ¿Humillarme a mí? (*Suena un timbre afuera*).

MONJE.—Por cornudo... (*Otro latigazo*). Y este judío corruptor al potro de torturas... (MONJE *hace saludo nazi mirando a* SIMÓN).

SIMÓN. (*Al* MONJE).—Pero qué hacés... ¿te creés que yo creo en eso? ¿En fantasmas? Si en este país no se persigue a nadie... no... yo no te voy a hacer el juego, ¿eh?

GUADALUPE.—¿Qué pasa ahora? ¿Qué ves?

MONJE. (*A* SIMÓN).—¿Y cómo se castiga eso que hacés? ¿Cómo se castiga al que fornica, al que desea, al que se revuelca con la que no debe? Vivís para el placer, ¿eh? En un país extraño, que no es el tuyo, al que nunca te vas a integrar judío. (L*a imagen desaparece. Los golpes en la puerta cesaron.* SIMÓN *camina desasosegado por la habitación. Se abre la puerta y entra la* ESPOSA *de* SIMÓN *Es una señora algo gorda, fea, muy sola, gastada, con una valija. Mira la pieza, molesta y humillada por lo que hace y casi enseguida, después de entrar, con patética y cansada naturalidad se dirige al diván. Abre la valija*).

ESPOSA.—¿Cómo te va?

GUADALUPE. (*La mira y a* SIMÓN).—¿Y esta?

SIMÓN. (*Mirando con vergüenza a la que entró*).—Te presento a... mi esposa...

GUADALUPE.—¡Ah! Cayeron todos hoy... (LUPE *a* SIMÓN). ¿Y qué quiere? (*Se acerca a la* ESPOSA). Usted también entra como por su casa...

ESPOSA. (*Sin mirarla*).—Un señor me abrió... (*Finge naturalidad*). ¿Sabe?

GUADALUPE.—Ah... muy bien. (*A* SIMÓN). No la conocía yo... nunca nos presentaste. (*A* ESPOSA). Yo soy la mujer de su marido... la verdadera... apenas usted le dé el divorcio...

ESPOSA. (*Enciende cigarrillo y sonríe*).—¿Qué divorcio...? Él nunca me dijo nada. (*A* SIMÓN *afectuosa*). ¿Cómo estás Simón?

SIMÓN. (*La mira reconociéndola*).—Bien... (GUADALUPE *percibe una extraña cosa densa y antigua y penosa, que crece entre esos dos seres que la inquieta un poco*).

Esposa.—¿Por qué no llamaste al menos? (*Pausa*). Tengo poco tiempo... Luisito está con varicela... y llamé al médico... en cualquier momento puede caer... (*Pausa*). ¿Cuáles son tus cosas? (*Abre el baiut*). Estás flaco vos... ¿No tomás más las vitaminas?

Guadalupe.—Pero, ¿no entiende? Él no la quiere más señora... no tiene nada que ver con usted... (Esposa *la mira con una sonrisa cansada y brumosa. La calibra*).

Esposa.—Es linda usted... Más que yo, claro... Sí, sí... Pero no entiende usted... entre Simón y yo... hay muchas cosas, ¿no, Simón? (Guadalupe *y* Esposa *lo miran*. Simón *ceba mate y les da la espalda sentándose en una silla. Suena una música de flauta. En la zona de los sueños, aparece un* Muchacho *sentado en cuclillas*).

Guadalupe.—¿Usted cree que yo lo retengo? (*La música es dulcísima*. El Muchacho *también. Tiene dieciséis años. Lentamente* Simón *siente esa presencia y se vuelve hacia la zona de los sueños. La música es "Kinder Iorn" (Años Infantiles). Es melancólica y suave. El* Muchacho *tiene pelo largo y tiene una flauta de madera*).

Simón.—¿Y cómo está Simón?

Esposa.—Te extrañó mucho cuando te fuiste... se despertaba gritando de noche... Gritaba papá, papá... Después, un día, se fue... y no supe nunca más nada de él...

Simón. (*Con los ojos velados*).—¿Con la flauta se fue?

Esposa.—Y el pelo largo... que vos le dejabas usar...

Simón. (*Orgullo y tristeza*).—Ese muchacho es como yo... (*A* Guadalupe). Es de mi signo, ¿sabe? Es de Aries, como yo... como mi papá...

Esposa.—Tiene tus ojos Simón... y también tiene tu dulzura... y también es loco como vos...

Simón.—¿Sabés? A veces sueño con él...

Esposa.—¿Y yo no? (Guadalupe *los mira y lentamente se sienta en la cama*).

Simón. (*Muy bajo a la visión*).—Yo quería cuidarte hijito, yo quería protegerte para que nunca te pasara nada

Esposa.—Sí, se ve...

Simón.—¿Sabés qué sueño? Que un día voy a ir en auto... porque voy a tener auto, ¿sabés?

Esposa.—Si tenemos uno... que no sé cómo pagar...

Simón.—Otro, digo yo, otro... con la mina de oro que tengo yo... y voy por una carretera y de repente, al costado, solo, con los cabellos al viento, está Simón sentado, absorto, tocando la flauta... Simón... lo que más quiero en el mundo... mi hijo mayor... mi propia sangre... y entonces el auto se acerca a él... y cuando paso al lado, lo quiero tanto que me duele quererlo, y por eso acelero, para que no me vea... porque él me anda buscando, ¿sabés? Y yo no quiero hacerle mal... y el auto se pierde conmigo, lejos... y él se queda ahí, atrás solo... siguiendo su camino... y no lo veo nunca más... (*La visión y la música desaparecen*). (Esposa *saca de la valija una horrible corbata dorada como para un joyero judío pobre de la calle Libertad*).

Esposa.—Mirá que te traje Simón... (*Se la prueba*). La que te gusta...

Simón.—¿Eh?

Esposa.—Esta es una corbata para un joyero... qué hacés ahí vestido... no es carnaval... ¿qué hacés con tu vida? Siempre vestís en borrador vos... ¿te parece modo de vida esta para un joyero?

Simón. (*Se envuelve en su capa y le dice altanero*).—¿Eh?

Esposa. (*Cansada*).—Vamos... Anita va a volver del colegio, viene el médico para Luisito, vamos... no me hagas perder tiempo...

Simón.—Ah... ¿existe eso todavía?

Esposa.—¿Qué...?

Simón.—El tiempo... ahí afuera, para ustedes.

Esposa.—¿Qué?

Simón.—En el mundo contingente... ¿siguen pensando tonterías? (*Camina señorial*). ¿Qué pasa ahora, para qué me molestás...? ¿No ves que estoy ocupado? Tengo problemas, dejame en paz...

Esposa.—En el mundo (*no recuerda la palabra, pero la recuerda al fin*) contingente tu hijo menor tiene rubiola...

Guadalupe.—¿No era varicela?

Simón.—Yo siempre digo... si lo dejás salir sin pullover... acá refresca en cualquier momento... vos sabes cómo es el tiempo...

Esposa.—El tiempo de afuera... (*Con asco*). Porque acá hay un olor...

Guadalupe.—¿A qué...?

Esposa.—A encerrado... apesta...

Simón. (*Altanero*). Bah... son detalles.

Esposa.—Y sí... para mí la vida son un montón de detalles, uno al lado del otro... tengo que pagarle al médico por ejemplo...

Simón. (*Se encoge de hombros*).—Que me vea...

Esposa.—¿Para qué?

Simón.—Tengo florines, tengo doblones, tengo maravedíes... cualquier cosa... un montón de maravedíes que se trajo el primer Brumelstein al salir de España...

Esposa.—Shímolo... qué España... qué decís...

Simón. (*Va a la vitrina y la abre*).—Ahí tenés... zafiros... de la mina... de un valor incalculable... tomá... (Esposa l*o mira con desprecio, tristeza, desesperación, pasividad, fuerza, paciencia*). ¿Y? Agarrá, idiota... (*A* Guadalupe). Mirá con quién me casé yo... la hija de la pollera del mercado de la esquina... Pollera, de pollos, vendía pollos la madre... Un Brumelstein casado con la hija de una pollera, ¿dónde se ha visto?

Esposa.—Simón... el boliche nuestro... no anda... y yo sola no puedo, Simón.

Simón.—Por eso te doy el zafiro...

Esposa.—¡Chafalonías! ¡Chafalonías! Basura... y el relojero que trabajaba al lado de la vidriera, el pibe ese, tuve que despedirlo... no tenía cómo pagarle...

Simón.—¿Cómo...? ¿Tomaste a alguien sin avisarme?

Esposa. (*Algo exasperada*).—¿Y quién querías que arreglara relojes cuando vos te fuiste?

Simón.—Pavadas... a mí no se me consulta...

Esposa.—¡Y dónde estabas! La joyería anda como la mona, tu primo me quiere tragar... me la quiere comprar...

Simón.—Ya sé, ya sé...

Esposa.—Ah, sabés. ¿Y yo qué gano con eso? ¿Tengo que apechugar con los chicos, con la joyería, con la casa, con todo... Anita, Luis, el otro que se fue... y tu primo, y tus parientes, y los míos...? Y todo se viene abajo y yo no aguanto toda sola, Simón... y las deudas y el coche y la casa y el vidrio que se rajó. ¿Sabés que se rajó el vidrio de la vidriera? Detalles, detalles, detalles,...

Simón. (*Asfixiado*).—Salí de acá...

Guadalupe.—¿Así se lo quiere llevar? Mala táctica, ¿eh?, mala táctica... (*Sale casi triunfal*). Se lo dejo... haga lo que pueda...

Esposa.—Aparte… (*Pausa*). Aparte, te extraño, Simón...

Simón.—Ah, no, no me llores, ¿eh? Querés que vuelva con vos, ¿eh? Te humillaste, viniste hasta aquí, para que vuelva... Si me gusta ella...

Esposa.—No me importa lo que hagas afuera de casa...

Simón.—¿Ah, no? Y eso es lo que no me gusta. ¿Entendés por qué me fui, por qué me escapé? Anduve con muchas... y vos sabías... pero, era fuera de casa... Y, ¿qué pasó con Elena? ¿Por qué se acabó todo? Si yo te quería a vos... Éramos Romeo y Julieta... pero mirá... mirá lo que sos... mirá esas arrugas, mirá esos rollos... estás gorda y cada vez más fofa y fea... quiero gente joven al lado mío... carne dura, que me guste... Qué te creés, ¿que hacer el amor es un trabajo? No... (*Le levanta la pollera*). Mirá esas várices... ¿Esta es, en esto se convirtió la chica con que yo me casé? Esta era mi Julieta. (*Sonríe imperioso*). Salí de acá... dios mío... no la quiero más, es horrible pero es así...

Esposa. (*Mientras él le levanta la pollera, abrumada y con voz ahogada, como un cordero inerme*).—Malo...

Simón.—Malo, bueno... me pasé la vida diciendo eso... malo, bueno... y qué vas a hacer... estamos de paso por acá... ¿Cuántos años más voy a vivir? Tengo cuarenta ya, querida. (*La voz se dulcifica*). ¿Y qué viví, qué hice? Voy para abajo yo...

Esposa.—¿Qué pasó, Simón, con nuestro amor?

Simón.—Qué se yo cómo se murió... ¿te acordás de mi asunto con tu amiguita Ester?

Esposa.—Pero fue hace mucho, te perdoné...

Simón.—Pero yo no, yo a mí mismo, no... eso era sucio... ¡Cómo! Si yo te quería a vos. Porque hice la porquería con ella... Yo buscaba la pureza... Yo te quería y apareció ella y me calenté... fui un hijo de puta... como ahora...

Esposa.—Pasa, Simón, pasa... pero no me importa... importa lo que dura... yo y vos y los chicos...

Simón.—Ma' qué lo que dura... pura macana... ¿y la pureza?

Esposa.—¿Qué pureza, Simón...? ¿no te digo que no puedo más sola con la joyería? Y no entiendo qué querés... la pureza sí, la pureza no... ¡hay que parar la olla!

Simón.—Y... un buen día a Romeo y Julieta le empiezan a salir várices... le crecen próstatas, se le van los ojos a uno detrás de otras...

no, no, así no, así no... una costumbre no, qué ella ni ella... (Esposa *desesperada, se aferra a él*). No. no... (*La aleja*). Yo estoy con ella, che, dejame... dejame (*La empuja hacia la puerta*). Dejame, dejame. (*La echa por la puerta y grita*). ¡Dejame! (*Cierra la puerta*).

Esposa. (*Su voz afuera*).—Abrí...

Guadalupe. (*Su voz afuera*).—No quiere él...

Esposa. (*Su voz*).—Abrí, Simón...

(*Los golpes en la puerta y la discusión de las dos mujeres se transforma en un coro de ladridos y aullidos donde no se distinguen las palabras sino la confusión que se está viviendo ahí afuera entre dos hembras que se están peleando entre sí en un batifondo infernal.* Simón *se tapa los oídos. Por la zona de los sueños aparece ahora la cara del* Monje, *pero tiene pelos, es decir unos rulos en las patillas al estilo de los estudiantes talmundisos y una barba y un solideo en la cabeza*).

Monje-Rabino.—Esta es tu vida, ¿eh?, lindo lío es tu vida, ¿eh?, qué querés, con la cabeza una cosa, con el cuerpo querés otra... con la boca decís una cosa, con el corazón sentís otra... ¿Qué sos? Una mierda... muchos pedacitos de mierda juntos que se pelean entre sí y no saben dónde ir... al cajón, al cajón...

Simón.—Lavate las axilas, roñoso... con tu sotana, con tus pies (*señala patillas*), lavate las axilas. ¿Después hablamos?

(*Afuera se oye un grito que es un aullido y de pronto todo se oscurece salvo la cara de* Simón. *De pronto y al mismo tiempo un silencio absoluto traído por el cambio de luz se desploma sobre el ámbito donde está él. Se escucha una voz dulcísima y la luz ilumina ahora la zona de los sueños. El resplandor muestra un cementerio judío: no más de un conjunto de lápidas. Lo ideal serian una doce paradas de cualquier manera, algunas verticales, otras no tanto, otras casi horizontales góticas y barrocas –el cementerio judío de Praga– muy antiguas y desgastadas en medio de las cuáles crecen lianas y ramas, y son como un jardín abandonado. Las lápidas tienen inscripciones enormes en hebreo. Y algunas tienen dibujadas peces o tijeras o martillos, según la profesión de sus inquilinos. Tras las lápidas agazapado está el viejo cura Rabino que espía. Ahora se oye una dulcísima voz de mujer que canta muy bajo y aún es invisible, una canción de cuna en ídish mientras se alza por detrás de las lápidas y aparece la* Bobe, *con su pañuelito de campesina rusa atado al mentón y canta con*

algo que no es de este mundo una letanía: "En las ramas de los árboles, hay hojitas verdes, y los vientos las arrancan, dormite mi amor. Pero aquí adentro está tibio, aquí el viento no entrará, porque aquí están mis brazos, que su furia pararán"). (Simón *al escuchar esa canción en Idish, se siente muy conmovido. Esa dulzura lo destroza y se acerca al cementerio*).

Simón.—Bobe. (*La* Bobe *se acerca*). Yo sabía que ibas a venir. (*El* Monje *moviéndose entre ellos y meciéndose rabínicamente, se mesa la barbilla y diabólico sonríe con crueldad*). Tienen que ayudarme, Bobe. (*La* Bobe *le acaricia la cabeza*).

Monje. (*Con entonación judía*).—¿Y por qué?

Simón.—Váyase...

Monje.—Págueme... Usted quiere que rece por ellos. (*Se acomoda judaico el aiarmelke violeta en la cabeza*). ¿Usted quiere que me vaya? Págueme...

Simón.—Acá no se puede más, bobe.

Bobe.—¿Por qué no te venís con nosotros?

Simón. (*No oyó angustiado*).—¿Quién me va a ayudar? (*Ráfaga de gritos, repentina y breve, de las dos mujeres: "Hija de puta" y "Váyase de aquí"*).

Simón.—Tengo una montaña aquí encima, ¿y cómo pasó todo, cómo llegue hasta esto?

Bobe.—A Iehúpetz...

Simón.—¿Qué?

Bobe.—Vení a Iehúpetz con nosotros.

Simón.—Y no puedo, bobe, yo no soy de allá...

Bobe.—Aquí todos somos tan chicos, todos somos tan felices... ¿Qué estás haciendo allá, en América, en ese mundo? (*Pausa*). En Iehúpetz, tenemos una sola vaca...

Simón.—Pero qué tengo yo que ver con eso...

Bobe.—Aquí cada uno está en su mundo, cada uno en su gloria... yo planto alfalfa, trigo... y los sábados nos montamos arriba de la vaca y nos vamos a pasear todos por el bosque... y a cinco verstas vive el pánio Dostoievski...

Simón. (*Sonríe*).—Dale bobe, otra vez con tus mentiras. ¿Allá también seguís con esas macanas? ¿Allá también chocheas? (*Suave*). ¿Y qué querés que le lleve yo, mis joyas falsas? ¿Y qué le voy a decir yo y quién

soy yo...? Un joyero de la calle Libertad, al lado de Dostoievski, ¡no puede ser! (*Ansiedad*). ¿Pero dónde está el camino, bobe?

Bobe.—Vení.

Simón.—¿Dónde queda eso, bobe?

Bobe.—Aquí. (*Señala el cementerio y se acerca a él para tomarlo*).

Simón.—Pará... no tengo tiempo, ahora no puedo, tengo mucho que hacer acá.

Monje.—Fornicar... ¿eh? (*Canturrea eclesiástico y apocalíptico*). Copulare cum bestias et féminas...

Bobe.—Simón... estoy tan contenta...

Simón.—¿Y de qué, bobe?

Bobe.—Siempre que me ves estoy contenta... (*Le pone la mano sobre la frente*). Quiero que sepas que te protegemos... yo te veo y te quiero y te cuido siempre, Simón...

Simón.—¿Y qué hago yo con tu protección?

Bobe. (*Con gran ceremonia*).—¿Sabes lo que traje para vos? Mirá, lo que te voy a dar... (*Abre su pequeño monedero*). Un rublo, todo un rublo entero para vos... El único que tengo, para mi niño... ¿Sabés todo lo que podés hacer con esto?

Simón. (*Ríe*).—No, bobe... eso, ¿de qué me sirve? Aquí, esto no sirve...

Bobe. (*Con manito judía*).—Te va a servir, te va a servir...

Padre. (*Su voz*).—¿Mamá, mamá?

Simón. (*Transición*).—¿Él también está? (Monje *se acaricia las peies y se acomoda el iarmelke*).

Monje.—¿Te molesta? (Padre *aparece desde las tumbas con* Simón *niño a su lado*).

Padre.—¿Dónde está la camisa blanca, mamá?

Simón.—¡Qué joven está papá, qué feliz...! (Padre *tiene puestos un par de tzitzis, especie de babero que usan los judíos religiosos, sobre ¡a camiseta de frisa. Tiene la cara llena de espuma de afeitar y el iarmelke en la cabeza. Tiene la brocha en una mano y la navaja en otra, dentro de una bacia con agua. Usa tiradores, anteojos con patillas de oro*).

Padre.—Vamos mamá... está anocheciendo... ha llegado la hora de ir al templo...

Simón.—Claro... ¿qué te importa el mundo contingente?

PADRE. (*Le contesta a la* BOBE *como si ella le hubiera hablado*).—Y sí... ¿qué importa eso? (*Sonríe*). Mañana será sábado...

SIMÓN.—Papá... el señor Pingitori sufre por mí... escuchá como se pelean ahí afuera... Tengo que hacer algo... no me puedo quedar siempre aquí adentro...

PADRE. (*A* BOBE).—¿Y qué hay? Mañana será sábado... eso no cambia, eso queda siempre igual, eso es lo eterno... hace tres mil años que mañana será sábado... y es la única verdad... ¿Qué importa lo que pasa ahí afuera? Bah... (*A* SIMÓN *niño*). Escuchame, Simón... uno tiene que salir al mundo de ellos, Simón, para venderles cosas, para tener con qué comer, pero, ¿para qué hacemos todo eso? Para volver después a casa y vivir lo único puro y cierto, ¿y qué es eso? (*Le acaricia la cabeza al niño y con canturreo rabínico con que se lee el libro Pascual, la hagada le dice suave acompañándose con el índice*). Los reyes, los gobiernos y los países cambian, pero Dios es eterno... (*No canta más*). Y nosotros también... somos sus hijos, elegidos por él, sangre de Dios, hijos de Dios... ¿y cómo, Simón? (*Se arrodilla ante él y canturrea*). Hay algo que queda siempre igual a sí mismo. (*Habla*). ¿Y qué es eso? (*Canta concluyente*). El sábado... (*Habla*). Nos persigan o nos protejan ¿qué importa? Siempre vivimos en un solo día que no cambia nunca y no muere y es siempre el mismo... (*Canta*). ¿Y cómo lo sabemos? (*Habla*). Porque siempre pasan los problemas, los dolores, la carne se corrompe, los deseos te tironean, los detalles te llenan la cabeza y te arruinan la salud, hay lucha y artimañas por traer la comida a casa... pero el sábado, hijito, donde uno se siente siempre joven, siempre rey, siempre limpio. (*Canta*). Eso queda... (*Habla*). Hemos parado al tiempo, hijo mío... y hace tres mil años que tomamos un vaso de té en casa después del almuerzo. (*Canta*). Cambian las ciudades, los años y los países y hasta las persecuciones (*habla*) pero nosotros seguimos y el vaso de té es siempre el mismo. (*Se para y con la navaja comienza a sacarse la barba cubierta de espuma de afeitar*).

SIMÓN.—Papá... todo es un gran lío... no sé...

PADRE.—Y ahora te diste cuenta, ¿eh? Ahora que cortaste conmigo, que me arruinaste la salú. Es poca cosa una joyería para vos, ¿no?

SIMÓN.—No es eso, papá.

Padre.—Te asimilaste a ellos, sos como ellos, muy bien... quién no respeta el sábado, quién mató de un infarto a su padre, nunca entrará aquí...

Simón.—Escuchame papá... el primo Katz me estafa... es un hipócrita, él sí respeta el sábado, ¿no? Y después de todo, papá... eso ¿arregla algo la cosa? Mirá todo el dolor ahí afuera...

Padre.—Basura... todo ese mundo tuyo es basura...

Simón.—Sí, pero aquí tengo que vivir...

Padre.—A Israel, a Israel, a poner una fábrica, a poner una gran joyería allá...

Simón.—Si yo no quiero ser judío, papá... quiero ser hombre... y lo que vos me diste no me sirve, ¿y qué hago, como me arreglo?

Padre. (*Ríe*).—Pero no te podés asimilar... porque yo soy la eternidad...

Simón.—Pavadas, vos y tu eternidad... un soplo puede derribarla... tengo que hacer algo, papá, tengo que moverme, tengo que salir afuera papá... mirá lo que pasa ahí, ¿no oís los gritos vos? Es un infierno, el reino de este mundo es un infierno... y vos no me ayudás, papá, lo único que haces es maldecirme...! (Guadalupe *entra corriendo llorosa*).

Guadalupe.—La eché, la eché... de las mechas la saqué de aquí... Simón... tenemos que hacer algo, Simón, no podemos seguir así... (*Se oscurece el escenario y solo queda iluminado* Simón *y la cara del* Monje Rabino *que sonríe castigador y juez en la zona de los sueños*).

Monje.—A mule, a mule, a mule, a mule, a mule, a mule... (*Canturrea*). Recen por sus muertos, no se olviden de los muertos que tienen adentro...

Simón. (*A* Monje *haciendo corte de manga*).—De acá me van a agarrar a mí.

Guadalupe.—Querido, querido. (Simón *se agarra a ella y la besa con mucho amor y ansiedad y necesidad de protección*).

Simón.—Mi amor, mi amor, mi amor...

Monje.—Rece por esta alma...

Simón. (*A* Guadalupe).—¿Sabés? Al alma de mi padre, la vi salir un día de un amueblado con una mujer que no era mi madre...

Monje.—¿Te tirás contra los muertos?

Guadalupe.—Acabala con tu padre... estoy yo acá...

Monje.—Sí, pero, ¿dónde está el espíritu?

Simón. (*Sarcástico a* Guadalupe).—El espíritu quiere saber dónde está... (Guadalupe *tomándole las manos a* Simón *y apretándolas contra el cuerpo de ella; y mientras las manos de él recorren el cuerpo de ella,* Guadalupe *susurra*).

Guadalupe.—Acá, acá... (Monje *ronda ahora como una erinia en torno de ellos dos sacudiendo a Simón que es el único que lo ve y lo oye.* El Monje Rabino *grita ahora con la entonación quejumbrosa y gritona y llorona de los que rezan los responsos en los cementerios judíos ante las tumbas, pero todo con un tono de exasperada crueldad y sarcasmo castigador contra* Simón).

Monje.—¿Cómo se llama esta alma, este muerto que vos mataste? Reb Shloime Brumelstein, hijo de Iosl, hijo de Yankl, hijo de otro, de otro, de otro y de otro todavía más anterior de sangre y conciencia limpia... y que Dios los tenga a todos en su luminoso paraíso... ay ay ay ay ay ay ay ay... donde no vas ir jamás. Iajchahchajchajchajchajchajchaj... iab iab iab iab iab iab iab. (*Se mece persiguiéndole*). Lebl lebl lebl lebl lebl lebl lebl. (Simón *se desprende de* Guadalupe *y corre a tomar la espada y lo persigue*).

Simón.—Andá, andá.

Guadalupe.—¿Quién es?

Simón.—El Inquisidor...

Guadalupe.—¿Qué quiere?

Simón. (*Corriendo al* Monje).—Lavate los sobacos, lavate los sobacos... (Guadalupe *descuelga la cruz y sin ver hacia dónde está el* Monje, *siempre en un lugar distinto a donde este está se la muestra*).

Guadalupe.—Cruz diablo, cruz diablo... cruz diablo...

Monje. (*Con tono natural*).—Son doscientos pesos. (*Le arrebata el rublo de la mano a* Simón *y desaparece hacia la zona de los sueños.* Simón *se queda inmóvil, temblando ahora, y se sienta en la cama.* Guadalupe *deja la cruz apoyada contra el escritorio en el suelo, de pie, y se acerca a él y se sienta a su lado*).

Guadalupe.—Simón... (Simón *calla ensimismado*). ¿Nos vamos de acá?

Simón. (*Con los ojos cerrados y con la cabeza en otra cosa*).—Sí, sí... pero una sola cosa quisiera saber... (*Empieza a mecerse rabínico en la*

cama, sentado sobre el borde de la pama con las manos agarradas, entre las piernas). Vos...

Guadalupe.—¿Qué...?

Simón.—No, vos... ¡Vos, que me sacaste de Egipto! ¿No estás con los oprimidos? ¿Y quiénes son los hijos de Israel? Todos los pueblos son los hijos de Israel...

Guadalupe.—Claro, eso dijo Jesús... (Simón *lloroso con los ojos cerrados, hamacándose en un grito ahogado con manos apretadas entre las piernas*).

Simón.—¿Y por qué no me ayudás a salir adelante? (*Pausa*). ¿No ves que estoy hecho pelota? (*Pausa, y cae de rodillas delante de la cruz con las manos apretadas*). Adoinoi, adoinoi... tirame un cable... (*Se hamaca rabínico*).

(Guadalupe *muy conmovida al verlo se arrodilla a su lado. Pausa de oración con ojos cerrados. Suena sordo un timbre*).

Guadalupe.—Él tiene que ayudamos... a irnos de aquí... a empezar...

(*Pausa. Se abre la puerta y entra* Pingitori *y ve eso*).

Señor. (*Mira escandalizado y murmura*).—Ya no respetan nada, ¿eh? Como católico...

Guadalupe.—Hipócrita...

Señor. (*La mira amenazador y una luz victoriosa se prende en sus ojos*).—Sí, sí...

(*Aparece por detrás de* Pingitori *el* Monje *de civil.* Monje *mete la cabeza, mira todo con largo detenimiento.* Simón *abre los ojos y lo ve y se asusta. Se para.* Monje, *de civil, no demuestra haber recibido la menor impresión por lo que vio*).

Monje.—¿Funciona el gas acá?

Guadalupe. (*Que al verlo se paró*).—Sí... (*Pausa*). ¿Por qué?

Monje.—Había un escape... me dijeron que era aquí...

Guadalupe.—Aquí no hay ningún escape...

Simón. (*A* Guadalupe).—¿Quién está ahí?

Guadalupe.—No es nadie, cariño...

Simón. (*Dándole la espalda a hombre*).—No estoy para nadie más, yo...

Monje.—¡Qué calor, eh! (*Pausa*). Bueno... habrá sido un error... (*Sale*).

Guadalupe. (*A* Señor).—¿Quién era?

Señor.—¿No oíste? Te lo dijo...

Simón. (*De espaldas*).—¿De la compañía de gas? ¿Y se mete así?

Guadalupe.—¿Y ahora? ¿Quién era ese...? ¿Para qué vino...? (*Se abalanza sobre él*). Por la fuerza me querés tener, ¿eh, hipócrita? (*Lo sacude*). (Señor *la mira algo turbado, pero también algo inexpugnable y con pálida sonrisa amarga se libra de ella*).

Señor.—Un médico del hospicio... vino a darse una vuelta...

Guadalupe. (*Asustada, casi sin voz*).—¿Para qué?

Señor.—Para ver... (*Pausa*). Yo lo llamé.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un calor espeso llena toda la pieza. Hay un ventilador que funciona pero su zumbido no refresca. Cuando se enciende la luz se comprueba que la pieza ha sido convertida en una santería: cirios, corazones de Jesús, crucifijos. Virgen dentro de campana de cristal sobre el baiut, estampitas en los espejos.

(Guadalupe *sentada en la cama observa todo.* Simón *con camiseta y pijama a su lado se apantalla con una revista vieja. Mira hacia adentro*).

Simón.—¿Te parece que servirá?

Guadalupe.—Con todo esto...

Simón.—¿Van a animarse a entrar? Los vecinos no van a dejarlos... ¿No es cierto que no van a dejar que me lleven?

Guadalupe.—Por los vecinos... si se matan de risa, ¿no oís? (*Toses, cuchicheos fuera de la ventana. Ruidos nocturnos de gente que duerme pero también de gente que no puede dormir y susurra en voz baja o atisba o espía con las orejas*). Nadie duerme...

Simón. (*Se apantalla*).—Y... con este calor...

Guadalupe.—Por eso me dieron los santos... qué te creés, ¿esos, católicos? Si son hipócritas... ¡qué van a ser creyentes!... ¡Hipócritas, como Pingitori!

Simón.—Como Katz...

Guadalupe.—Esos clavaron a Jesús... todos los días lo clavan de nuevo... entre ellos se clavan... Simón... mirá... vámonos.

Simón. (*Se sienta a la mesa y toma un mate frío*).—Vos trajiste todo esto (*Agarra el cofrecito*). ¿Ellos (*mira santos*) pueden hacer milagros? (*Prende el veladorcito de la mesa*).

Guadalupe.—Claro que sí... pero hay que ayudarlos Simón... ¿y esperamos sentados que venga ese? (*Se levanta poniéndose los zapatos*). Los del manicomio no son muy creyentes...

(Simón *alumbra con el veladorcito el almohadón rojo que tiene sobre la mesa. Es como un pequeño tapiz de terciopelo. Se levanta y va a la vitrina donde saca las joyas que hay allí. Las lleva a la mesa. Las vuelca en el almohadoncito junto con el contenido del cofrecito. Se pone un telescopio de esos que usan los relojeros y mira sus posesiones: anillos, aros, collares, perlas, prendedores, pulseras, gargantillas*).

Simón.—Esto no vale para nada... chafalonías... joyas falsas...

Guadalupe.—No, Simón... de algo nos van a ayudar...

Simón.—Si esto es lo que voy a dejar cuando me vaya... ¿para qué sirve? Adentro o afuera, es lo mismo...

Guadalupe.—Simón, Simón... tenemos que irnos... para mí no es lo mismo.. (*Pausa*). Voy a hablar por teléfono...

Simón.—¿Adónde?

Guadalupe.—Ya vuelvo... (*Abre la puerta. Y* Señor *se separa rápidamente*). Siempre ahí vos, espiando...

Señor. (*Con cabeza asomada*).—No tenés que trabajar tanto querida... andá, tirate un rato...

Guadalupe.—¿Con él? (*Pausa*). Ya estamos jugados, ¿no? ¿Con él a la cama grande voy? O te creés que trabajo acá adentro... acá vivo, soy feliz... gozo... ¿eh? Gozo, sí... ¿No te diste cuenta? En todos los tonos te lo demostré... antes no te dije nada por él, porque Simón no quería, pero ahora... está todo claro, ¿no?

Señor.—No alces la voz... estás muy cansada... si no pasa nada... andá, tirate un rato...

Guadalupe. (*Harta*).—Bah... (*Cierra violentamente la puerta de la pieza saliendo.* Simón *guarda las joyas en el cofre despacito. Se para. Se acerca a la cruz que quedó parada ¡unto a la mesa y se arrodilla con los ojos abiertos y cansados*).

Simón.—Si yo pudiera creer, Señor... si me ayudaras a salir de acá... a empezar de nuevo... no, no es que no creo. Lo que pasa... (*Vaga angustia*). ¿No me das una señal? ¿Sabés qué pasa? Tengo un lio acá, todo mezclado... y no tengo fuerzas para pelear... (*Mira la cruz con los brazos caídos. Primero es el halo y después es la* Bobe *que entra rodeada de ese halo*).

Bobe.—¿Qué hacés levantado todavía?

Simón.—Esta noche no puedo dormir...

Bobe.—¿Hace calor allí?

Simón.—Puf...

Bobe.—¿Comiste? ¿No querés que te prepare un poco de té? (Simón *niega. Mira la pieza*). ¿Qué es esto? (*Con una sonrisa mira la cruz*). Si viviera, diría que sos un juligán, un sheigetz, un groberiung, un hereje, que se yo qué diría... pero ahora… (*Sonríe y le acaricia la frente*). yo siempre voy a ir adonde estés. (*Saca un paquete que es una bolsa de terciopelo verde*). Tomá... te falta esto también...

Simón. (*Lo mira*).—¿Qué es...?

Bobe.—Ponételo... te va a ayudar... esto o esto... (*Señala la cruz*). Alguien te tiene que ayudar...

(Simón *abre la bolsita y saca un par de filactarias. La* Abuela *toma una y se la pone en la frente. Es un cubo negro de madera con un fragmento de papiro adentro que contiene el impronunciable nombre de Dios "Shadai". Un lazo de cuero negro como una vincha sostiene el cubo y dos lazos de cuero negro caen a los costados uno sobre cada hombro. El otro es uno que la* Abuela *se lo pone sobre el brazo izquierdo y se lo enrolla en el antebrazo hasta el dedo gordo. Luego saca un manto de oración, "tales", y se lo pone*).

Bobe.—Eran de mi abuelo... que sé yo... si te sirven...

Simón.—Yo, en el fondo, nunca recé... papá me enseñó, yo decía palabras en el shil, pero rezar de veras en el templo, no podía... mis palabras nunca llegaban al cielo... no podían volar... y ahora… (*Mira el crucifijo*). ¿Todo junto? (*Sonríe con dulzura irónica*). ¿Qué cortocircuito se va a armar allá arriba...?

Bobe.—Usalas... ¿bien no te puede hacer? Mal tampoco... Ese. (*Señala la cruz*). también las usaba... ¿Comiste? Porque yo te hago pan con manteca. (*Prepara sobre su palma un invisible pedazo de pan y se lo ofrece, pero* Simón *lo rechaza*).

Simón.—Van a venir a buscarme, Bobe... y necesito fuerzas...

Bobe.—Por eso... comé... (Simón *toma el invisible pedazo y lo traga como una hostia*).

Simón.—No quiero volverme loco, Bobe... tengo que salir de aquí... (*La* Bobe *se sienta en una silla y lo llama con la mano y* Simón *se acerca de rodillas y coloca su cabeza sobre las faldas de la* Bobe. *Una indefinida angustia sacude a* Simón *que se acurruca allí y se mueve inquieto*).

Bobe. (*Total serenidad, lo acaricia*).—¿No te sale nada? Y sin embargo (*con mucha dulzura le acaricia la cabeza*) vos sabés rezar... ese rezo que yo te enseñé para ir a la cama, antes de dormir... (*La* Abuela *se mece, tan vieja como el mundo, con su pañuelo de campesina rusa atado al mentón, con su aire de niño, con toda su identidad, con sus raíces, con su pequeña y absoluta verdad. frágil e indestructible y repite mecánica, cotidiana*). Bah, si es siempre lo mismo... Shemá Israel, adoishem eloikeinu, adoishem ejooood... Escuche Israel, Dios es Nuestro Señor, Dios es uno solo... y después… (*Le acaricia la cabeza*). Buenas noches a papá, buenas noches a mamá, a la bobe, al zeide... un ale mame gute fraint vos heisn mir tsum gutn veg.

Simón. (*Repitió en voz baja*).—Y a todos los buenos amigos que me ordenan siempre el buen camino...

Bobe.—Umein... (*Le levanta la cabeza y le besa la mejilla*). Bue... ¿y ahora, una tacita de caldo?

Simón.—No era eso, Bobe (*Desesperado*). No era eso... (*Se agarra la cabeza*). Era una frase así aislada, que no sé dónde se dice ni dónde se pone ni dónde está... ¿Cómo era? La necesito tanto... vos la sabés...

Bobe.—Yo no soy una mujer letrada, Simón... yo nací, viví y pasé por el mundo y nadie nunca me miró dos veces... (*Prepara pan con manteca con su mano. meciéndose y de pronto repite mecánicamente su trabalenguas con simpleza*). Veiohavto eloihejo komoijo, bejol levovjo, bejol nafshejo ubeloj meoidejo. (Simón *se alivia y respira más tranquilo, como después de un orgasmo, como después de un sediento que toma agua*).

Simón.—Ah... (*Susurra como si una frescura lo invadiera por dentro*). Ahí está... (*Se endereza y con los ojos cerrados y las manos juntas repite*). Y vas a querer a tu dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con cada una de tus partes. (*Se queda así en éxtasis y entonces la* Abuela *le acaricia la cabeza y luego lo mira largamente como despidiéndose*). Y lo siento ahora en cada una de mis partes... (*La* Bobe *muy silenciosamente se para y mira toda la habitación y va saliendo*). Y si no pasaba eso, Bobe, si no me salía, ¿cómo rezar, Bobe? ¿Y sabés? Recién sentí que puedo, que a lo mejor puedo, con todo el corazón, con cada una de mis partes... que las palabras podían volar. (*La* Abuela *entra para siempre en la zona de los sueños*). (*El* Señor *abre despacio la puerta*

con dos botellas de cerveza y dos vasos). (*Abre los ojos*). Gracias, Bobe... (*Mira la silla y al verla vacía se desespera*). ¿Bobe? ¿Dónde estás? (*Aún de rodillas mira por la pieza*). ¿Por qué me dejaste?

Señor.—¿Tampoco puede dormir? Dentro de un rato va a ser peor... (Simón *al verlo se enfurece y se para y se saca las filacterias.* Señor *recorre la pieza y se detiene en el mapa. Lo mira, sonríe y va a dejar las botellas sobre la mesa*). Chantania... así que... este es su país... aquí queda... en mi casa... ¿Justo acá lo venís a fundar? Al lado no, acá...

Simón.—Sí, general Pingitori.

Señor.—Dentro de un rato mis hombres van a venir, todos vestidos de blanco, y te van a llevar, judío, con un chaleco de fuerza... y me vas a dejar de joder...

Simón.—Voy a dejar de joder a los señores... (Pingitori *lo mira y se acerca al baiut y empieza a sacar afuera trajes y más trajes de disfraz*).

Señor.—¿Qué mano tiene ella, eh? Y todo para vos... (*Es ahora un hombre feroz, seguro, fanático, vengativo*). Trajecitos, disfraces...

Simón.—¿Lo molesta, general? (Pingitori *encuentra justo un kepis de general y se lo pone*).

Señor.—No, porque ya saqué los tanques a la calle... marrano...

Simón. (*Irónico*).—¿Por qué marrano? (*Aparece* Monje *desde la zona de los sueños con los puños dentro de las mangas*). ¡Qué cosa triste, general...! Usted ni siquiera es un señor... yo soy un señor... tengo un galeón... pero usted gana 22 mil pesos por mes... ¿y qué defiende? ¿La religión de los ricos? ¿El mundo de los ricos?

Monje. (*Burlón*).—Marrano...

Simón. (*A* Monje).—No, padre... (*Con exasperado, brillante, dolorido sarcasmo*). Su bendición, padre (*se arroja de rodillas*), yo me convertí. (Pingitori con *su gorro se sienta a la mesa y goza mirando ese delirio mientras toma cerveza*). (*A* Monje). De cristiano nuevo, a cristiano viejo, (*alza las manos vacías*). aquí están las tablas que prueban la pureza de mi sangre... en cambio su nariz, padre... no me gusta nada...

Monje.—Infiel... nunca vas a dejar de ser un extraño... vas a ir a parar al infierno, a la oscuridad de las tinieblas exteriores...

Simón. (*Al* Señor).—¿Por qué, general? Esta casa es suya, sí, pero es mía también... Esta tabla (*alza las manos vacías*) la compré recién, hace un ratito.

Señor.—¡Qué picnic se van a hacer los muchachos con vos, eh! ¿Qué tablas... cuándo hace un ratito...?

Simón.—En el año de gracia de 1484 (*mira al* Monje), a un alcahuete del Santo Oficio... La pagué con todos mis maravedíes, con mi hacienda, con mi casa... (*A* General). ¿Y ahora, me querés echar de nuevo, eh, me querés robar todo?

Monje.—Aquí está el milagro que huele a azufre. (*Ronda en torno a* Simón). Este es el misterio de la historia...

Simón. (*A* Señor).—Esta conversación, ¿sabés?, ya la tuvimos antes (*a* Monje). con los dos...

Señor. (*Toma*).—¿Con qué dos...? Aquí no hay nadie...

Simón. (*A* Señor).—Hace 1200 años, yo era amigo tuyo en Aragón y todo andaba a las mil maravillas... (*Reverencia*). Yo era su banquero, majestad... (*A* Monje). Y hace mil años, yo te curé de una gripe que casi te mata.

Señor. (*Sombrío y divertido*).—Una gripe... ¿dónde?

Simón.—En un convento polaco, en una abadía de Cluny... qué se yo. Ya no me acuerdo... pero hace 500 años… (*Los mira a los dos*). Yo era rico, igual que ahora, y ustedes me querían comer, igual que ahora...

Monje. (*A público*).—¿Qué vemos, hermanos? Yo veo aquí un camello condenado a cruzar el desierto de la vida temporal, cargado de piedras preciosas, condenado para siempre a la soledad y al desamparo... y entonces corrompe todo lo que toca...

Señor.—Así que Chantania era tuya, ¿eh? Pero no... yo hice un complot... yo saqué los tanques a la calle... y me voy a quedar con tu mina, con todo lo tuyo... (Monje *desaparece*).

Simón.—¿Acaso sabés el camino? Yo nunca te lo voy a mostrar... tuve que venir yo... ni Pizarro, ni Cortés, ni Solís, yo, Simón Brumelstein llegó a fundar Chantania... en el galeón de su padre, que salió de Cádiz, una tarde de 1400, y dejó para siempre a su tierra detrás suyo... (*Entra* Guadalupe).

Guadalupe. (*A* Simón).—¿Y? ¿Qué hacemos...? ¿Todavía así? Vamos, vamos...

Señor.—¿Adónde van?

Guadalupe.—Qué carajo te importa...

Señor.—¿Adónde fuiste?

Guadalupe. (*A* Simón).—Vamos... tenemos que viajar... (Guadalupe *sale*).

Señor. (*Desconcertado*).—¿Adónde...? (*A* Simón). ¿A Israel?

Simón. (*Herido*).—¿Y por qué?

Señor.—Hay manicomios muy buenos allá... todos llenos de judíos... tu tierra, ¿no? ¿Ah, no? ¡No me digas que estás con los árabes vos! No ves que sos loco...

(*Entra* Guadalupe *con una valija y la tira sobre la cama. Vuelve a salir.* Señor *aterrado por lo que está pasando, sirve un vaso de cerveza y le ofrece a* Simón *que camina en chancletas por la pieza de aquí para allá absorto. Simón no le presta atención. Entra* Guadalupe *con alguna ropa de ella y la tira en la valija*).

Simón. (*A* Guadalupe).—Tirá todo eso.

Guadalupe.—¿Qué?

Simón.—Todo eso que hay sobre la mesa... en la vitrina, ese reloj... todo a la mierda...

Guadalupe.—¿Por qué?

Simón.—Es todo falso eso... (*Agarra el cofrecito*). Tiralo...

Guadalupe. (*Lo agarra*).—No... es lindo... lo podemos vender... (*Guarda en la valija*).

Señor.—¿Dónde te vas...? No me podés dejar así...

Guadalupe. (*Desafío*).—No me podés... ¿Cómo no voy a poder...? (*Sale*).

Señor.—Es mi esposa, ¿sabe? Me casé, tengo los papeles... esto es una familia decente... ¿Qué quiere de mí? (Guadalupe *entra con un traje azul*). El traje azul, ¿qué hacés? El único que tengo...

Guadalupe.—En un año, vos le usaste todos los trajes a él..., y no tiene ninguno. ¿Qué querés, que salga disfrazado de Caballero de Indias a la calle?

Señor.—¿Y mañana qué me pongo...? Tengo que ir a la oficina... yo me lavo las camisas, los calzoncillos, todo...

Guadalupe.—Otro no hay.

Señor.—¿Cómo que no...? ¿Y el gris?

Guadalupe.—Está todo roto.

Señor.—Pero si a él le da lo mismo... le faltan botones al gris...

GUADALUPE.—Y cosételos...

SEÑOR.—Es un desastre... es cruzado, antiguo, feo... mi jefe me mata... me van a echar... (GUADALUPE *sale*. SEÑOR *camina ahora desesperado mientras* SIMÓN *se sentó a la mesa y toma mate frío pensativo. Entra* GUADALUPE *con zapatos negros*). ¿Los zapatos negros también?

GUADALUPE.—Tenés los marrones...

SEÑOR.—Pero le van a apretar... negros, tienen que ser negros, hay un reglamento interno, te lo expliqué mil veces. (*Se agarra desesperado la cabeza*). Uy, Dios... qué desastre... Guadalupe...

GUADALUPE.—Dale nomás, seguí... a cada uno le decís lo que más le revienta. Te dije mil veces que no me gusta ese nombre...

SEÑOR.—Un momentito, por favor un momentito, pongamos las cosas en su lugar... Vos sos mi mujer... este tipo viene de afuera y así, te vas. ¿Qué, sos una cualquiera? Y mi familia, y tu familia... ¿qué van a decir...? Si somos felices nosotros, si nos llevamos bien...

GUADALUPE.—¿Bien? ¿Sabés cómo lo conocí a Simón?

SEÑOR.—Acá...

GUADALUPE.—No, en un cine...

SEÑOR.—¿Cómo en un cine...? Vos no vas nunca al cine sola... nunca fuiste sin mí...

GUADALUPE.—¡Sí, sí, sí! (*Grita*). Todas las tardes, idiota...

SEÑOR. (*Cierra la ventana*).—Hablá más bajo, cuidá tu lenguaje...

GUADALUPE.—Siempre tan correcto vos... pero él no fue correcto... estaba sentado al lado y estiró la mano y la metió debajo de mi pollera...

SEÑOR.—¡Qué porquería, qué mugre...!

GUADALUPE.—Y sí... así empezó todo... y fijate que es muy lindo ahora...

SEÑOR.—No quiero saberlo, no quiero saberlo...

GUADALUPE.—Si lo sabés... hace un año que la sabés muy bien...

SEÑOR.—No me consta, no me consta... (GUADALUPE *sale*). (*A* SIMÓN). ¿Por qué no habló conmigo?

SIMÓN.—¿Eh?

SEÑOR.—Usted nunca se fijó en mí... y me hubiera gustado ser su amigo... al principio... qué se cree... yo toqué el violín cuando era chico... y usted nunca me dijo nada...

SIMÓN.—¿Y qué le iba a decir...?

Señor.—Buenos días, buenas tardes, lindo tiempo...

Simón.—Hermano, que Dios me perdone... pero, ¿qué puedo hacer? Ella no lo quiere...

Señor.—Pero hay normas, hay reglas, uno no puede hacer todo lo que quiere... hay familias bien constituidas... ¿Por qué usted justo me tuvo que tocar a mí, eh? (*Entra* Guadalupe *con más ropa*). (*A* Guadalupe). Vos, quieras o no, conmigo vas a tener hijos, y vas a acostarte conmigo... porque acá no hay divorcio, ¿eh? A nosotros nos casó el cura y se acabó... Soy católico yo... Voy de vez en cuando a misa... ¿Y adonde vas a ir con este loco...? Porque está absolutamente loco...

Guadalupe.—¿Y vos qué hacés con esa gorra en la cabeza?

Señor.—¿Qué gorra...?

Guadalupe.—Con él nos divertíamos... inventábamos trajes, países, viajes... Fuimos muy felices aquí... ¿Y vos qué me diste...? ¿Dónde está escrito que yo siga con vos si no me gusta...? (Guadalupe *sale*).

Señor. (*A* Simón).—Judío... ¿para qué viniste acá? ¿A alterar el orden de las cosas? ¿Por qué no se quedaron en Rusia tus padres...? Hubieran muerto todos en la cámara de gas... (*Se acerca meloso a él*). ¿Por qué no te mató Hitler, eh? ¿A qué viniste a este país..? Si lo hicimos nosotros...

Simón. (*Se está vistiendo el traje azul y ríe*).—Nosotros... los señores... los aristócratas... si vos te llamás Pingitori, mi querido general... ¿A quién defendés? ¿Me querés decir qué defendés? A los Anchorena los defendés... Sí, claro... sos un señor vos...

(*Suena música versallesca en la zona de los sueños entre las risas sarcásticas de* Simón. *Se encienden las luces en el sector del delirio. Ahora la gran araña de la pieza está prendida con todas sus luces. Hay un cortinado que da imagen de gran salón de fiestas, el cortinado está partido por el medio: allí hay una especie de trono y allí sentado está el* Toro. *Se trata de un actor muy gordo y semidesnudo que usa una máscara de* Toro *que es un antifaz y casco con un gran par de cuernos. Parece esas máscaras que usaban los actores griegos. Tiene un gran aro en los belfos. Y un gran obelisco o símbolo fálico entre las piernas. Preside el baile que es un delicado minué. Las luces de la pieza se han apagado salvo la araña que da un claroscuro a todo.* Simón *penetra vistiéndose a la zona del sueño. Hay una pareja que baila. Ella de largo y él es un general vestido como los cadetes*

del Colegio Militar lleno de medallas. Ambos sostienen los antifaces en las manos. Bailan pero pendientes del Toro *que se queja, eructa, se tira pedos, jadea, bosteza y hace todo tipo de manifestaciones fisiológicas. A sus pies hay una alfombra hecha con un fardito de pasto sobre el cual hay un peoncito vestido de gaucho que atiende al* Toro *en sus menores deseos. Le sirve agua, le da alfalfa, le pasa el secador por la cabeza, le peina la cola*).

Simón.—¡Qué olor a bosta, señores! (*Los* Bailarines *no le prestan atención pero se ve que contienen la respiración*). Excelentísimo señor presidente de Chantania, general Pingitori. (*Entra el* Monje, *con alto capelo triangular de obispo: es dorado y está sobre la cabeza gran capa roja*). Su Reverencia Ilustrísima... (*Reverencia a* Monje). Como todos los años (*se dirige a* Pingitori *al cual una luz muestra con su gorra de general tomando cerveza en la mesa mirándolo con odio sombrío*), festejamos todos con júbilo... la máxima festividad de nuestra patria... El Versalles de las Vacas... Todos sabemos hasta qué punto los que hicieron este país fueron, como nuestro presidente, de la estirpe de los señores,... acá en Chantania, ¿qué es lo máximo que se dice de alguien? Fulano es un señor, mengano es un señor... y no podría ser de otro modo... todos sabemos hasta qué punto, el origen de nuestro país está emparentado con el culto a la moral, a la ley y sobre todo, al Minotauro... cuyo descendiente (*señala al* Toro). ocupa como todos los años, el estrado de honor...

Toro.—Mu...

Simón.—Arrodillémonos ante nuestro presidente... que desciende de las mejores familias de Chantania... no hay más que ver su clase... su calidad... es un señor... (*Los* Bailarines *de minué lo miran con desprecio*).

Simón.—Es la norma... y que este año le toque decir el discurso inaugural a Simón Brumelstein, eso no quita que debamos cumplir con las reglas... (*A* Pingitori). ¿No le parece señor? (*Los* Bailarines *se arrodillan. El* Obispo *con las manos enjoyadas permanece en silencio mirando a* Pingitori).

Obispo.—A lo que hemos llegado...

Simón.—Fue el propio dios Minotauro... (*Los tres asistentes le dan la espalda*). Quien fecundó a las primeras vacas que poblaron nuestras estancias... y así estamos… (*Se dirige siempre a* Pingitori). Grandes y prósperos... Este año... (*Se acerca al* Toro). Observen ustedes qué

garrones, qué cuartos traseros, qué vivacidad en los ojos... qué patas perfectas, qué donaire...

Toro.—Mu...

Simón. (*A* Pingitori).—Es el semental que esperan, ansiosas, todas nuestras vacas... porque a veces los señores son... un poco castrados... entonces las vacas esperan a estos 800 kilos de grasa y semen. (*Salmodia*). Y que sea para bien de todos...

Los asistentes a coro. (*Repiten igual*).—Y que sea para bien de todos...

Simón. (*Canturrea*).—Y que sea en buena hora...

Coro. (*Repite*).—Y que te de el cuero muchas veces...

Simón.—Adoremos al toro...

Coro.—Adoremos pro nobis...

Simón.—Y que sea en buena hora. (*Se acerca al* Toro *y le palpa esos bultos en que remata su obelisco*). Y yo, como miembro de una de las familias más antiguas y respetables de Chantania... yo sé como emular al Minotauro... (*Se acerca a* Pingitori). Algo que su excelencia no sabe... no supo, no se anima, porque es muy moral, y por eso nunca lo sabrá...

(*Se oscurecen las luces del salón y de la araña de la pieza y tampoco retoma la luz natural*).

Simón. (*A* Pingitori).—Yo, como el toro, con tu mujer...

Voces.—General Pingitori, haga algo. ¿Y la ley, y las buenas costumbres?

Simón. (*Acercándose a* Pingitori).—Vamos a hacer volar todo esto con ustedes adentro. (*Entra* Guadalupe. Simón *se acerca a ella desafiando a* Pingitori *y la besa. Ella primero se acerca a la valija*).

Guadalupe.—Vamos, vamos...

Simón. (*A* Señor).—Y vamos a salir a la calle, los dos, ¿y qué? A Chantania hay que prenderle fuego, empezar de nuevo... (Guadalupe *y* Simón *se besan. Timbre.* Señor *se levanta y va a la puerta. De pronto una tercera pared que durante todo el curso de la obra no existía para dar libertad al mundo de los sueños cae pesadamente cerrando por lateral izquierdo del espectador la pieza, lo que produce un clima asfixiante.* Guadalupe *y* Simón *se miran.* Guadalupe *cierra la valija y* Simón *termina de ponerse la corbata*).

Guadalupe.—Vamos...

SIMÓN.—Sí, sí... (*Entra el* SEÑOR *y detrás el* MONJE *que ahora es un doctor de guardapolvo blanco con aire impersonal*).

MONJE.—Qué tal, Simón...

GUADALUPE. (*Pausa*).—¿Quién es usted...?

MONJE.—Doctor Ríos, mucho gusto...

GUADALUPE. (*Se sobresalta*).—El del gas...

DOCTOR ¿Qué gas...?

GUADALUPE.—Usted estuvo antes acá... (*Agarra la valija*. MONJE *bloquea la puerta*).

MONJE.—¿Adónde va señora... (*pausa*). a esta hora de la noche...? ¿Va a salir?

SIMÓN. (*Asustado*).—Nos íbamos.

MONJE.—¿Usted, así?

SIMÓN.—¿Cómo así...?

MONJE.—Desnudo... (GUADALUPE *lo mira a* SIMÓN *con traje azul*).

GUADALUPE.—¿Cómo desnudo...? Mi marido lo llamó doctor...

SEÑOR.—Los vecinos... no soy yo solo...

GUADALUPE.—Si yo no lo quiero a él... no creo que un psiquiatra lo arregle eso, ¿no?

MONJE.—¿Y quién le dijo que soy psiquiatra?

SIMÓN. (*Sonríe tímido*).—Se supone que estoy loco yo...

MONJE.—¿Ah sí? Usted lo cree.

SIMÓN.—Yo no creo nada... él dijo que usted iba a venir...

MONJE.—Bueno, Simón... (*Señala la puerta*).

SIMÓN.—¿Para qué...?

GUADALUPE.—Para irte conmigo...

SEÑOR.—¿Y la máquina de coser? ¿La vas a dejar?

GUADALUPE.—Ya vuelvo querido.

SIMÓN. (*Suplica*).—No me dejes, princesa, no me dejes...

GUADALUPE. (*Lo calma como a un niño*).—Ya vuelvo mi amor...

SEÑOR. (*A* MONJE).—Princesa. (*Con una sonrisa*).

MONJE.—Ahá.

SIMÓN. (*Desafío*).—La llamo así a veces, porque la quiero... la llamo de tantas maneras... que, ¿me va a castigar por eso?

MONJE.—¿Quién habla de castigar...? (*Súbito*). Usted...

SEÑOR.—Si eso fuera todo...

Monje. (*A* Señor).—Se retira por favor... (Señor *primero mira sorprendido al* Monje *pero luego como si entre ellos se cruzara una siniestra mirada de inteligencia afirma*).

Señor.—Está bien...

Simón. (*Que percibió esa mirada*).—No me lleve, doctor...

Monje.—¿Y quién lo va a llevar? (*Torturador, sádico pero muy calmoso*). ¿Usted va a venir solo...?

Simón.—¿Adónde?

Monje.—Adonde le parezca... Pero salga... lo esperan ahí...

Simón.—¿Salir para qué...?

Monje.—¿No iban a salir juntos? (Guadalupe *entra con una gran soga y se acerca a la valija que estuvo desde el principio de la obra junto al diván y que nadie tocó y que dio a la pieza un aire de alguien que está de paso y que siempre está a punto de salir de viaje*). (*Imperioso, a* Simón). ¿Qué sabe hacer?

Simón.—Le puedo recitar el Cantar de los Cantares...

Monje.—No sirve...

Simón.—Puedo soñar despierto...

Monje. (*Con voz extraña y sarcástica murmura*).—Adonde viaja no lo va a necesitar.

Guadalupe.—¿Por qué?

Monje.—¿Adónde iban?

Guadalupe.—A tomar el tren. (*Agarra la valija y la rodea con la soga y la ata*).

Monje.—¿Qué hay ahí...?

Simón.—Chafalonías... Estas se las dejo a usted...

Monje.—¿Un tren adónde...?

Guadalupe.—Déjenos, por favor.

Simón.—Sí... ¿Qué quiere de nosotros?

Monje.—Ah... (*Sonrisa sádica*). Entonces no pregunto más. (*Pausa y pone manos en los bolsillos*). Bien. (*Saca boquilla y le pone cigarrillo mientras los otros dos desamparados lo miran*). Quería ayudarlos, pero...

(Guadalupe *mira a* Simón *y se acerca a la puerta*. Simón *la sigue*). (*En la puerta aparecen dos* Enfermeros *altos con gorro blanco y guardapolvo. Bloquean la puerta*. Simón *y* Guadalupe *se detienen*).

Simón. (*A* Monje).—Ayúdenos...

MONJE. (*Impersonal, retoma interrogatorio*).—¿Adonde iban?

GUADALUPE.—A Berazategui...

MONJE.—Así me gusta... ¿se escapaban de mí? ¿De nosotros?

SIMÓN.—No... le juro que no...

MONJE. (*Juega con la Cruz que lleva al cuello*).—A empezar de nuevo, iban... se escapaban, sí...

SIMÓN. (*Señalando a los enfermeros, muy nervioso*).—Por favor, que salgan.

MONJE. (*Lo ignora*).—Pero no se pueden escapar. (*A* GUADALUPE). ¿Es tontita usted? Le seguía el tren... ¿Querían hacer lo que se les cantaba...? ¿No sabe que está condenado?

SIMÓN.—¡A qué!

MONJE.—A tener visiones... a oír cosas... y esto no puede seguir así... está encerrado aquí todo el día, ¿no trabaja? ¿Cómo es eso? Hay que trabajar, si no trabaja, entonces está mal de la cabeza...

SIMÓN.—Jesús...

GUADALUPE.—Usted no es un médico...

MONJE. (*Sonríe siniestro*).—Y en este lugar lleno de santos... usted es judío... ¿Se cree que esos santos iban a pararme? (*Estalla*). ¡No pueden nada contra mí!

SIMÓN.—Señor mío… (*Cierra los ojos gritando*). ¿Por dónde se sale de aquí?

GUADALUPE.—Me quiero morir, me quiero morir...

MONJE.—Vengan a mí... (GUADALUPE *se santigua como ante el demonio mirando al* MONJE).

GUADALUPE.—Cruz diablo...

MONJE. (*Sonríe incólume*).—Yo te voy a salvar...

SIMÓN. (*Con los ojos cerrados*).—Venga tu reino de este mundo que me tenés prometido...

MONJE.—Ah... ¿Querías empezar de nuevo? ¿Ser libre? ¿Ser hombre? (*Irónico*). Querés cambiar, moverte... (*Orden*). Vamos Simón...

SIMÓN.—¿Adónde?

MONJE.—¿Adónde iban a ir ahora?

GUADALUPE.—No voy a decirle una palabra más...

MONJE.—Pero yo sé... yo sé todo... a casa de un amigo tuyo, ¿eh, señora? Que tiene un taller de pantalones... a trabajar de cualquier

cosa, ¿eh? A perderse en la provincia... es así, ¿no? (*Se oscurece la pieza*).

Simón.—¿Qué es eso? (*Por la puerta de la pieza entran su* Padre *y el* Niño).

Guadalupe.—¿Qué te pasa Simón? (*Le toma las manos*). Calmate mi amor... no cedas... no te dejes llevar por ellos... estamos juntos... (*Susurra*). Vamos a escapamos de aquí... contra ellos, contra todos...

Simón.—No quiero verlos.

Padre. (*A* Niño).—Vamos Simón...

Simón. (*Grita*).—Llevate a estos fantasmas, Señor, dame fuerzas, dame tu espada de fuego...

Padre. (*A* Niño).—¿Ves, Simón? (*Caminan hasta el centro de la pieza oscurecida donde solo el spot sobre ellos y otro sobre* Simón *siguen los pasos de estos dos grupos de personajes*). Yo te voy a enseñar para qué vinimos al mundo...

Niño.—¿Acá está bien?

Padre.—Sí.

Niño. (se arrodilla).—¿Y dónde está el cordero, papá?

Padre.—Dios nos dará uno. (*Le ata las manos a la espalda con una goma. Igual los pies. Luego vincha sobre los ojos. Tarda poquísimo en hacerlo. Luego extrae de sus ropas de calle un cuchillo largo y reluciente*). Él sabe lo que hace... repetí conmigo... Señor...

Niño.—Señor...

Padre.—Aquí estoy listo.

Niño.—Aquí estoy listo.

Padre.—Otra vez, como tantas, voy a ser tuyo...

Niño.—Otra vez, como tantas, voy a ser tuyo...

Simón.—¡No, no, papá!

Niño.—Otra vez como tantas, voy a ser tuyo... (Padre echa la cabeza del Niño bien hacia atrás de modo que queda bien libre el cuello y ahora baja el cuchillo).

Voz resonante.—¡No, no lo hagas! (Padre *arroja el cuchillo y toma al* Niño *entre sus brazos y lo aprieta casi con un sollozo*).

Simón. (*Grita*).—¿Sos loco? ¿Y si el ángel no te hubiera parado? ¿Y si se hubiera atrasado un segundo nada más?

Padre. (*Mirando tranquilo a* Simón *hombre*).—Fornicador... (*Luego desata los pies y manos, recoge el cuchillo y lo guarda*). Hay

millones para los cuales el ángel no llegó nunca... (*Apagón a* Padre *y cenital a* Simón *solo*).

Simón.—Y si hay millones para los cuales el ángel siempre llegó tarde... ¿A mí qué? ¿Hasta cuándo podemos esperar a tus ángeles Señor? Y no quiero más fantasmas... estoy hasta acá de ellos.

Monje. (*Su voz*).—Estás condenado a pelearte con ellos como Jacobo con el ángel...

Simón.—A veces creo que no hay ningún ángel allá arriba... (*Desafiante*). Sí, a veces lo siento acá. (*Se golpea el pecho*).

Monje. (*Su voz*).—Es cosa tuya... tu historia es muy pequeña además, no le interesa a nadie, lloras por algo que no vale la pena. (*Ríe*).

Simón. (*Grita*).—¿Acaso no tengo derecho a pedir mi propio sueño de grandeza? ¿Acaso no tengo derecho a realizarlo?

Guadalupe.—Vamos Simón, salgamos de esta pieza, salgamos a la calle...

Simón.—Abandoné la Casa de David... ¿Y por eso van a castigarme hasta que muera? Pero no... si no la abandoné... quier como vos Jesús... el espíritu, no la letra, no a estos fariseos, no a estos hipócritas... (Guadalupe *lo aferra*).

Monje. (*Su voz*).—El látigo está en tus manos... nadie te persigue acá. Vos sos tu propia erinia... salí a la calle, salí nomás... ¿Quién no te deja? (*Ríe*). Yo... sí, yo... porque he venido a llevarte...

Simón.—Al manicomio no, al manicomio no... por favor... (*La luz vuelve a su resplandor normal*).

Monje.—¿Quién habla de eso...? No, he venido a llevarte de nuevo a tu vieja casa...

Simón.—¿Cómo a mi vieja casa...?

Monje.—Hay una casa, hay una mujer, hay unos hijos que te esperan..., hay una joyería mugrienta en la calle Libertad... había un hombrecito en la vidriera... ¿Qué locos berretines se le metieron en la cabeza? Ese hombrecito eras vos... volvé a tu lugar (*Lo ronda mientras dijo la frase anterior y la siguiente*). No podés romper con eso... cada cosa en su lugar, ahí está el tuyo.

Guadalupe.—Vamos.

Simón.—No me dejes...

Guadalupe.—Vámonos, Simón, vámonos juntos a la calle...

Simón.—Pero sí, otros pudieron, otros judíos pudieron asimilarse, ser hombres. Todos los días pasa eso... y nadie se volvió loco...

Monje.—Otros sí, pero vos no...

Simón.—Pero yo no puedo volver a Iehúpets...

Monje.—¿Qué es eso...? Yo te hablo de la calle Libertad... de cenas con tu mujer, de un auto, de una casa, de unas cuotas, chafalonías, joyas baratas, contrabando de quinta categoría... ese es tu lugar...

Simón.—No... mi padre era un príncipe... todos los hombres son príncipes... ¿Y que me metió acá? Un sueño de príncipes...

Monje.—Tu padre era el dueño de ese cambalache y se murió por vos... cazzo de príncipe... ni doctor, ni profesional, ni nada terminaste siendo vos... así hizo la América... en ese cambalache... y ese es tu lugar, vamos, vamos...

Simón.—No, no...

Guadalupe.—Vámonos ya, Simón...

Monje.—¿Ah, no? ¿Querés el manicomio, entonces? ¿Eh? (Guadalupe *se aferró a él y* Simón a *ella. La mira. De pronto se desprende. Comienza a desvestirse*).

Guadalupe.—¿Qué hacés, Simón? Afuera, afuera, afuera...

(Simón *se saca el saco. La camisa y la corbata, después el pantalón. Durante todo ese acto una campana suena a muerte. Con gran majestad abre el baúl. Saca su traje de caballero de Indias*).

Simón.—Que dos chambelanes me vistan...

Guadalupe.—No, no, no...

Simón. (*A* Monje).—¿La ciudad de los Césares, América? Está aquí abajo, imbécil. Yo la encontré, y nadie más sabe el camino... ¿Y, qué esperan para vestirme? Hay un electroshock, una paliza, una noche y mil noches con aullidos de locos que me esperan... (Monje *hace señal a dos* Enfermeros *que van a vestirlo. Uno le pone el jubón. El otro las catas*).

Guadalupe. (*Suplica*).—Vamos afuera, Simón... los dos, contra todos...

Simón.—¿Qué...? Acaso el infierno este, ¿es mejor? ¿Y el de afuera qué es? ¿Cómo se hace ahí, como se vive sin voces y sin culpas? Si están locos. Todos locos...

(*Los* Enfermeros *le ponen las botas hasta la ingle. Luego la barba*

postiza. Luego la espada). (Guadalupe *sentada en la cama gime. Entra el* Señor). (Simón *se acerca al* Monje *y le toma la cruz del cuello*).

Simón.—Usted no es digno... (*Se la pone*). De un judío a otro judío... (*Se acerca a* Guadalupe). No te lamentes... yo no era para vos... no te lamentes... Cristo está en mi sangre... él te va a iluminar...

Monje. (*Con desprecio*).—Luftmensch...

Simón.—Luftmensch... eso era papá... hombres del aire, que viven del aire, que sueñan y vuelan y no quieren cambiar y no dejan rastros... ¿Qué dejaste, qué dejo yo? No, perdoname, no se puede comparar... yo dejo este palacio. (*Gran majestad. Se acerca a la pared y arranca el mapa de la Shell que dice Chantania y lo enrolla. Los* Enfermeros *acechantes se acercan a él*).

Guadalupe.—No, déjenlo al Caballero, déjenlo... le duele la cabeza... No lo molesten, no lo toquen... (Simón *se acerca a la valija y saca el cofre y se acerca a* Guadalupe *y se lo da con el mapa*).

Simón.—Tomá Lupe... es para vos... oro y zafiros...

Guadalupe.—¿Qué le van a hacer?

Simón. (*Sonríe*).—Curarme... ¿de qué? Si estoy en estado de Gracia... (*Se acaricia la Cruz*). Lo que estos nunca sabrán, es que soy un verdadero caballero de Indias... y yo voy a sobrevivirlos... Mis tierras son enormes (*delira*), tengo una estancia grande como un país... (*Pausa y baje a la tierra*). Vamos... los señores no tienen tanto tiempo... (*Toma la capa y se envuelve en ella*). (Simón *mira la pieza, despidiéndose de todo. Después no se atreve a mirar a* Guadalupe. *Sale*). (Guadalupe *abrumada, queda sentada sobre la cama.* Señor *la mira.* Guadalupe *por fin, levanta la mirada y lo mira.* Guadalupe *llorosa cierra su valija y, muy cansada, sale sin volver la cabeza.* Señor *con todo su cuerpo sentado en una silla amaga seguirla pero luego baja la cabeza. Se quedó solo. La levanta y mira al público*).

TELÓN

El avión negro

~ Escrito por Germán Rozenmacher, Roberto Tito Cossa,
Carlos Somigliana y Ricardo Talesnik ~

[Editorial Talía, 1970 (primera edición)]

Actores

Marta Alessio
Alberto Busaid
Sergio Corona
Ulises Dumont
Julio López
Graciela Martinelli
Oscar Viale y
Hugo Federico González
Eduardo Gutiérrez
Juan José Herrera
Oscar Martínez
Miguel Ángel Paludi
Armando Prieto

Escenografía
María Julia Bertotto y Jorge Sarudiansky

Dirección
Héctor Giovine

Estrenada en el Regina el 29 de julio de 1970.

EL FANTASMA

Pieza típica de un conventillo. / Lucho, *tirado en la cama, mira fijamente hacia una ventanita cuadrada por donde entra una luz pálida. / Un instante después, la luz de la ventanita se apaga, cosa que moviliza a* Lucho. */ Se pone de pie sin hacer mucho ruido, se acerca a la ventanita y mira un instante hacia afuera. / Luego, en puntas de pie se dirige hacia el ropero de donde saca un gran envoltorio. / Mirando hacia uno y otro lado, saca la funda del envoltorio, y aparece el bombo. / Retira luego dos palos que están cubiertos con guantes de box, para amortiguar los golpes. / Se sienta sobre la cama, coloca el bombo sobre las piernas, escucha un instante si no hay ruidos exteriores y luego, muy despacio, comienza a hacerlo sonar. / Simultáneamente, con la boca, hace el ruido de la multitud. / Se detiene un momento, escucha y vuelve a comenzar, siempre despacio, como si convocara a alguien. / De pronto, se pone de pie y se dirige a "alguien" que está sentado frente a sí, en una silla de paja bastante rota.*

Lucho.—Buenas noches, mi general. Tardé un poco hoy porque los de enfrente no apagaban la luz nunca... No, no se dieron cuenta. A veces se duermen un poco más tarde. (*Se acerca a la silla*). ¡Cuidado con la chaquetilla, mi general! Se le puede enganchar... Pst... Me da no sé qué recibirlo así. (*Pausa breve*). Ya sé... Se lo digo todas las noches y usted se ríe. Pero, ¿sabe lo que pasa? Yo lo vi en el salón dorado una vez. ¿Ya se lo conté, no? Así quiero verlo, mi general, rodeado de todo ese lujo, con las arañas que se caían de pesadas y esa alfombra roja... ¡Qué pinta tenía usted! No, la sigue teniendo... Si está igual. Pero, ¡qué sé yo! En el salón aquel era distinto. ¡Ese es su lugar, mi general! Me acuerdo que usted nos hizo sentar en esos sillones de embajadores... ¡Pa! Como en mi casa... (*Se detiene*). Esté bien, mi general. Empecemos. ¿Hoy tendríamos que hacer el día que nacionalizamos los ferrocarriles, no? Bueno, está bien: el día que ganamos las elecciones por segunda vez. (*Se prepara*).

Espere un segundito... ¡Vamos! (Lucho *comienza a imitar el ruido de una multitud coreando el nombre del general*). Ahora usted saluda, general. (*Rugido aumenta. Luego corea: "Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está"*). ¡Métale al discurso! (Lucho *hace señas a "la masa" para que se calle. Luego "escucha" religiosamente. De pronto estalla en una ovación y luego en silbidos*). "Ni yanquis, ni marxistas, peronistas" (*Comienza a entusiasmarse y golpea el bombo más fuerte. Se oyen golpes en la pared que provienen del vecino.* Lucho *se detiene un instante*). No le de pelota, general... Si supiera quién está acá me iba a golpear la pared... Está bien, general, seguimos más bajito. Dele ahora a los curas... Ya sé que esa vez usted no dijo nada de los curas, pero deles igual... (*Ríe, evidentemente satisfecho*). "Los curas al convento", "Los curas al convento". (*Excitado*). A los oligarcas, ahora. ¡A los oligarcas! (*Con entusiasmo creciente. Rugido de multitud*). "Mañana es San Perón, que trabaje el patrón". Mañana es San Perón, ¿eh? ¡Dígalo! (*"Ovación" , golpea fuerte el bombo y el vecino vuelve a golpear la pared*). ¡Qué golpeás! ¡Mordisquito! (*Se vuelve hacia la silla*). No hay problema, general. Seguimos bajito. Lo que pasa es que lo oigo hablar y... Sí, ya sé, mi general... Pero son quince años, así. Usted y yo solos aquí adentro, como dos chorros... Perdone, no quise decir... ¡Pero así no tiene gracia, general! ¿Se acuerda cómo era antes? Usted se debe acordar mejor que yo... Usted en el balcón y yo debajo. ¡Y yo le daba con todo al bombo! (*Pega al bombo con fuerza*). ¡Ma sí, que se despierten! Y cuando yo más le daba, usted más se entusiasmaba y dos millones de negros gritando atrás. ¡Qué fiesta! ¿Se acuerda? "Aquí están, estos son, los muchachos de Perón". ¡Que los parió! (*Nuevos golpes en la pared.* Lucho *se calla un momento y se sienta en la cama, derrotado; "hace" el rugido nostálgico, bajito, sin mirar hacia la silla*). Ningún problema, mi general. Yo lo puedo escuchar siempre, se lo prometo. Pero ¿y los muchachos? ¡Los muchachos están podridos, mi general! ¡Podridos! Quieren salir... No se quieren morir de viejos. (*Con entusiasmo*). ¿Se imagina, mi general? Yo salgo con el bombo y vienen todos detrás. Como hacía antes. ¿Quién le llevaba la gente a la plaza, mi general? ¡El susodicho! Salía a las seis de la mañana, solo, con el bombo y empezaba en la puerta de casa... ¡y dale, y dale! (*Golpea el bombo*). Y todos venían detrás. Y al final éramos dos millones. Como los monos en las películas de Tarzán, ¿no vio? ¿Y la cara de los oligarcas cuando nos

veían pasar? (*Ríe*). Era nuestra fiesta, general. ¡Esa no la olvidamos más! ¡Salgamos y le hacemos otro diecisiete, yo y el bombo! ¡Salgamos, mi general! ¡Métale pa delante que los cagamos! (*Se pone de pie* y *empieza a hacer sonar más fuerte el bombo, cada vez más fuerte, también suenan los golpes en la pared*). ¡Los cagamos, mi general! ¡Los cagamos!

El fantasma y la pieza desaparecen de golpe. / Lucho *queda solo, en medio del escenario, bajo una luz que le da una presencia intemporal, casi irreal. / Comienza a tocar el bombo despacio y a cantar solo, los primeros versos de la primera canción. / De entre las sombras van apareciendo los restantes miembros de la marcha y se juntan a él para cantar. / En un momento quedan todos apretados bajo el haz de luz, cantando bajo. / La luz se va abriendo y la marcha canta cada vez más fuerte y se contorsiona con alegría.*

Canción del nuevo diecisiete

Aparece la murga y canta, con la música de "Ahí va la bruja montada en una escoba...".

Vamos a hacer
un nuevo diecisiete
como una fiesta
con pitos y cohetes.

Todos en orden
como una procesión
a ver abrirse
de nuevo aquel balcón.

Con esta murga
va a ser un festival
frente al Cabildo
y ante la Catedral.

Va a haber reparto
de panchos y empanadas,
café caliente,
cerveza bien helada.
Y si queremos
bañarnos en la fuente
habrá permiso
del nuevo presidente.

Hasta la noche
tendremos diversión
porque mañana
trabajará el patrón.

Vamos a hacer
un nuevo diecisiete
como una fiesta
con pitos y cohetes.

LA SIRVIENTA

Ambiente de clase media alta. / El Señor *y la* Señora *están sentados para desayunar; el* Señor *pasa las páginas del diario.*

Señor.—El diario no dice nada...

Señora.—Habrá empezado hoy. Poné la radio.

Señor.—De golpe va a empezar... Estas cosas no empiezan así. (*Termina de hojear el diario y vuelve a la primera página*). Acá no dice una sola palabra.

Señora.—¡Pero yo los vi! ¿Qué me importa lo que dice el diario? Iban gritando como locos. Todos los que estábamos en el mercado los vimos.

Señor.—Yo no digo que vos mientas. Pero me parece que le das mucha importancia. Por unos cuantos locos que gritan...

Señora.—¿Unos cuantos? Eran como cinco mil.

Señor.—¡Cinco mil! Cada vez son más. Cuando viniste de la calle dijiste que eran tres mil. Ahora son cinco. Oíme, dame el café y dejate de pavadas.

Señora.—No sé... A mí me parecieron cinco mil. Y cantaban y se reían. ¿Eso no te dice nada?

Señor.—Oíme, eso no es cosa mía, sino de la policía y del gobierno. Lo que quiero decirte es que no hay que alarmarse. Y ya se me está haciendo tarde. Decile a Emilia que me sirva el café.

Señora.—¿Vas a salir? ¿Con los líos que hay?

Señor.—¿Qué estás diciendo? Tengo que ir a trabajar. (*La mira*). ¿Qué te agarró? (*Se levanta molesto; hacia afuera*). Emilia, ¿me sirve el café?

Señora. (*Luego de un silencio*).—El chico del mercado se fue con ellos.

Señor.—¿Qué?

Señora.—El chico del mercado. El que siempre trae las cosas acá. Cuando los vio pasar, tiró la canasta y se fue con la manifestación.

Señor.—Pero... ¿Y eso qué?

Señora.—¿No te das cuenta? Era un chico tranquilo, educado.

Señor.—Oíme, eso es cosa de él.

Señora.—Parece que no entendés. Según contaron, de una obra en construcción se fueron todos. ¡Iba un cartero, con la bolsa, y tiraba las cartas al aire!

Señor.—¡Y eso a mí qué me importa! Yo tengo mi trabajo. (*Entra la sirvienta con el café*). Y no voy a preocuparme porque cuatro negros de mierda decidieron no trabajar. O porque un cartero se volvió loco. (*La sirvienta sale*). Además, querida, si en este país, cada vez que... (*Suena el teléfono* y Señora *va a atender*).

Señora.—Hola... Sí, mamá... ¡Por tu casa también! (*Señas al marido con gran excitación*). ¿Cuántos? ¡Diez mil!... Por acá igual... ¡Sí, también!... El chico del mercado, el morochito, se fue con ellos. (*Gesto de horror*). ¡Por lo de Chacha también! ¡Pobre Chacha, ella que es tan delicada!... Oíme, mamá, por favor, no salgas... ¡Para nada! No salgas ni le abras la puerta a nadie. Te llamo. Chau. (*Cuelga*). ¡Dios mío! ¿Oíste?

Señor. (*Comenzando a admitirlo*).—Por lo de tu madre también...

Señora.—¡Diez mil! Y por lo de Chacha. Están en todos lados.

Señor.—Entonces la cosa es seria... Decime, ¿cómo era lo que cantaban?

Señora.—Te dije, que iban a Plaza Mayo a escucharlo otra vez... y que se iban a lavar las patas en la fuente... (*Gesto de asco*). ¡Qué sé yo! ¡Yo no sé nada de política!

Señor.—Pero, entonces... Si estos salieron es porque... ¿Iban alegres, me dijiste?

Señora.—¡Enloquecidos! No sabés la tristeza que me dio cuando los vi tan alegres.

Señor.—Debían saber algo... Estos no salen así porque sí... ¿A escucharlo otra vez, decían?

Señora.—¡Pero sí! Ah, y además... Que mañana trabaje el patrón.

Señor.—¿Eso? ¿Eso cantaban?

Señora.—¡Yo lo escuché! Te lo dije cuando volví del mercado.

Señor.—Eso es grave... No se atreverían a decirlo si no... (*Pausa larga, tensa*). ¿Habrá... vuelto?

Señora. (*Lanza grito ahogado; mano a la garganta*).—Querés decir que él en persona... Lo dirían...

Señor.—O estará por volver... Puede ser una maniobra. Juntar la gente primero... Como hicieron aquella vez.

Señora. (*Recordando la canción*).—"El nuevo diecisiete..."

Señor.—¿Qué?

Señora.—Eso cantaban... Vamos a hacer un nuevo diecisiete.

Señor.—¿Estás segura?

Señora.—¡Por Dios! ¿Te creés que soy sorda?

Señor.—Ahí está la cosa... El nuevo diecisiete. Es eso. (*Mira a la mujer*). Volvió.

Señora.—¿Cómo volvió?

Señor. (*Lloroso*).—Volvió.

Señora.—Pero así... de golpe.

Señor. (*Sigue lloroso*).—Y sí... Ya me parecía que iba a volver. (*Se seca las lágrimas*). Desde que se fue que lo supe. (*Pausa larga*).

Señora.—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar?

Señor.—Va a ser como antes. (*Mientras el hombre habla, la mujer comienza a cerrar puertas y ventanas*). Los colectivos atestados... El mal olor... El diario *Época*... Esos titulares grandes...

Señora.—Está haciendo frío.

Señor.—Los tipos con bigotito en los ministerios... Los sainetes en el Colón... Las camisas... Los retratos... (*Entra* Señora *y su presencia los sobrecoge*).

Emilia. (*Con naturalidad*).—¿Retiro el café, señora?

Señora.—Eh... Sí, sí... (Señora *saca una parte del servicio y sale. El matrimonio se mira un instante*). Esta se cree más que una.

Señor.—Dejá, no le digas nada.

Señora.—¿Pero te creés que puedo aguantar que me mire así?

Señor.—Qué vas a hacerle... Si le decís algo se va a trabajar a una fábrica. Ahora ganan más de obreras. (*Bajando la voz*). Además, no conviene tenerla en contra. Puede decir por ahí que nosotros no somos... Tendríamos un lío. Hacé un esfuerzo, ¿eh? No te olvides que está por salir la licitación del ministerio. (*Entra* Señora. Señor *excesivamente amable*). Adelante, Emilia. (Señora *comienza a colocar las cosas sobre una bandeja.* Señor *le hace un gesto a* Señora).

Señora.—Déjeme que la ayude, querida.

COMPAÑERO

Despacho del dirigente gremial. / Este, en camisa, está tomando café con leche con medialunas. / Come groseramente, mojando las medialunas y masticando con la boca abierta. / Entra la Secretaria.

Secretaria.—Señor, está el arquitecto Di Salvo.

Dirigente. (*Con la boca llena*).—Hágalo pasar. (*Guarda presurosamente la taza y el plato en un cajón de su escritorio y se pone el saco. Sale la* Secretaria. *Entra el arquitecto con una maqueta que representa un campo con una gran cruz*).

Di Salvo.—Aquí tiene la maqueta para el hall.

Dirigente. (*Tomándola emocionado*).—El primer cementerio sindical de Sudamérica... (*Lo apoya sobre la mesa* y *lo contempla*). Sobrio y sencillo como para un trabajador...

Di Salvo.—Mañana terminan los pintores, así que...

Dirigente.—¡Ah, muy bien!... Afortunadamente, creo que

podremos inaugurarlo esta semana, si Dios quiere. Un afiliado se cayó de un andamio y está... (*Un gesto contenido expresando que está al borde de la muerte*). Esteeee... ¿Sobró algún material?

Di Salvo.—Algo.

Dirigente.—A ver si ahora me termina la pileta para los pibes, eh...

Di Salvo.—Vamos a tratar.

Dirigente.—¡Sabe cómo me tiene la patrona con eso, no!...

Di Salvo.—Digalé que este verano se la terminamos.

Dirigente.—Macanudo.

Di Salvo.—Bueno, ahora me voy un rato al cementerio. Cualquier cosa estoy allí.

Dirigente.—Muy bien.

Di Salvo.—Hasta luego. (*Se dirige hacia la puerta*).

Dirigente.—¡Ah!... Mi señora le agradece mucho las flores.

Di Salvo.—No, ¡por favor!... Dele saludos.

Dirigente.—Gracias, hasta luego.

(*Sale* Di Salvo. *El* Dirigente *va a sacar el café con leche del cajón cuando oye ruidos en la antesala*).

Voz de Secretaria.—¡Espere, compañero, que lo anuncio!

(*El* Dirigente *se detiene, mira a quien viene, se quita rápidamente el saco y lo mete en otro cajón del escritorio. Entra* Afiliado).

Dirigente.—¡Adelante, compañero! ¡Adelante! (*Anticipándose*). No me diga nada, compañero. Yo conozco los problemas del gremio.

Afiliado.—No, compañero, yo vengo porque...

Dirigente.—Tengo una buena noticia para usted. Prácticamente, la tenemos ganada. El ocho por ciento está a la firma.

Afiliado.—No, yo vine a buscarlo porque los muchachos...

Dirigente.—Quédense tranquilos. La patronal va a ceder nuevamente.

Afiliado.—¡Pero no, compañero!... ¡Los muchachos están en la calle!

Dirigente. (*Solemnemente indignado*).—¡Los echaron!

Afiliado.—¡No, salimos a la calle!

Dirigente. (*Nervioso*).—¡Cómo!

Afiliado.—¡Venimos a buscarlo a usted, compañero!

Dirigente.—¿A mí... ¿Para qué?

Afiliado.—¡Para que venga con nosotros!... ¡Estamos en la calle, compañero!

(*El* Dirigente *lo mira un momento y va hacia la ventana. Abre. Se oye súbitamente el rugido de los manifestantes. Cierra presurosamente y el sonido se corta de golpe, se vuelve aterrado, con la espalda apoyada contra la ventana y los brazos en cruz*).

Dirigente.—¡Pelotudos! ¿Qué me hicieron?

Afiliado.—No, ¡estos no son todos! ¡Vienen más! ¡Muchos más! ¡Vienen de todas partes!

Dirigente. (*Trémulo*).—De todas partes... (*Muy excitado*). ¿Pero... quién dio la orden?

Afiliado. (*Orgulloso*).—¡El general!

Dirigente. (*Desconcertado, cauteloso*).—¿Cuál general?

Afiliado. (*Descontando de quién se trata*).—¡El general!

Dirigente. (*Asegurándose, muy impresionado*).—¿El general?

Afiliado. (*Eufórico*).—¡El general!

Dirigente. (*Asombrado, para sí*).—El general... ¿A quién le dio la orden?

Afiliado.—No sé.

Dirigente.—¿Vino una carta?

Afiliado.—No sé.

Dirigente.—¿Una cinta?

Afiliado.—No sé.

Dirigente. (*Ofuscado*).—¡No sabés nada y me sacás la gente a la calle!

Afiliado.—¡Yo no los saqué!... ¡Salimos todos juntos!... ¡Vamos, compañero! ¡Venga con nosotros! ¡Los muchachos lo están esperando para que se ponga a la cabeza! ¡Vamos!

Dirigente.—¿A la cabeza?... ¡Sí, sí, claro!... ¡Enseguida!... ¡Andá, andá saliendo que ahora voy!... ¡Yo hablo un minuto con el secretariado y enseguida bajo!... ¡Andá!

Afiliado.—¡Lo esperamos, compañero, eh!... (*Sale cantando "Vamos a hacer un nuevo diecisiete"*).

Dirigente. (*Llamando por el intercomunicador*).—Señorita, me da con el ministerio.

EL INVERSOR

Despacho del empresario GONZÁLEZ. / *Este desarrolla una gran actividad. Sobre el escritorio hay un grabador en funcionamiento.*

GRABADOR.—Pero para decir "Ahí está el contrato", usamos "there"… "The-re". Decimos, entonces, "there is the contract".

GONZÁLEZ. (*Deletrea con mala pronunciación*).—"There is the contract"... "There is the contract"...

GRABADOR.—Una vez dicho esto, extendemos el contrato y podemos decir: "Take the pen, mister..." y el nombre del interesado.

GONZÁLEZ.—Potter... Mister Potter...

GRABADOR.—"Ta-ke-the-pen, mis-ter..." Es decir, tome la lapicera, señor...

GONZÁLEZ.—Take the pen, mister Potter... Take the pen, mister Potter...

GRABADOR.—Una vez firmado el contrato, se puede utilizar una expresión familiar. "That's all, mister..." y el nombre del interesado. "That's all..." que quiere decir "Eso es todo". En caso de que el empresario sea norteamericano (GONZÁLEZ *se detiene y presta atención especial*) puede caber una expresión jocosa, una broma. Por ejemplo, al darle la mano después de la firma del contrato, se puede acompañar con una juiciosa palmada en la espalda y decir: "This is like Tom Mix and Martín Fierro riding the same horse", que quiere decir "Esto es como si Tom Mix y Martín Fierro cabalgaran en el mismo caballo". "Executive men" aconseja estas expresiones folklóricas que, en general, son bien recibidas por... (GONZÁLEZ *corta el grabador*).

GONZÁLEZ. (Por el intercomunicador).—Señorita Mónica... (*Sigue arreglando papeles mientras habla mecánicamente*). "This is like Tom Mix and Martín Fierro... and Martin Fierro..." (*Entra* MÓNICA*: típica secretaria de ejecutivo*).

MÓNICA.—Señor González...

GONZÁLEZ.—No encuentro la copia del contrato en inglés.

MÓNICA.—La puse en el segundo cajón de su escritorio. (GONZÁLEZ *la encuentra*). Es esa.

GONZÁLEZ.—¿La revisó?

Mónica.—Sí, señor. (*Pausa*). Son las once, señor.

González. (*Mientras hojea la carpeta*).—Sí... Sí... ¿Está todo?

Mónica.—Todo señor.

González.—¡Recuerde, Mónica! Es importante que usted reciba a mister Potter en la entrada. ¿Se acuerda cómo lo ensayamos?

Mónica.—Por supuesto, señor. ¿Qué otra cosa? (*Se escucha como un murmullo lejano*).

González.—¿Qué es eso?

Mónica.—¿El qué, señor? No oigo nada.

González.—Como un murmullo... (*Ahora se escucha algo mejor*).

Mónica.—Ahora sí...

González. (*Se acerca a la ventana*).—Ahí va la policía. ¿Será un incendio? Averigüe, Mónica.

Mónica. (*Al salir*).—¡Qué día...! ¿No, señor González?

González. (*Da los últimos toques al escenario donde se va a firmar el contrato*).—“There is the contract, mister Potter... There is the contract, mister Potter...” Dame los cien mil dólares, mister Potter... Y después te vas al carajo, mister Potter... (*Mira hacia ambos lados para comprobar si no lo oyeron. De pronto, suena una bomba de gas muy cerca. El murmullo se hace más fuerte. Se oyen gritos y corridas. Espantado*). ¡Señorita Mónica!

Mónica. (*Que entra en ese momento al despacho*).—¿Oyó, señor?

González.—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

Mónica.—No sé... Hay gente por todos lados... Gritan...

González.—¿Dónde?

Mónica.—Aquí abajo... En la puerta.

González.—Pero... ¿Quiénes? ¿Dónde?

Mónica.—En la puerta del edificio, señor...

González.—En la... puerta... (*Se lanza hacia la ventana y la abre mientras susurra*). Mister Potter... Mister Potter... (*Al abrir la ventana llega desde la calle el rugido de la multitud*). ¿Qué es esto? (*Se queda mirando, alelado.* Mónica *se acerca a él*).

Mónica.—¡Cuidado, señor González!

González. (*Sin querer creerlo*).—¡Pero qué es esto! En la puerta de mi oficina... (*Se escuchan algunas detonaciones de bombas de gas*).

Mónica.—Están tirando gases. Cierre la ventana, señor González.

González.—No puede ser... No puede ser...

Mónica.—Se me irritan los ojos...

González. (*Se vuelve hacia el escritorio*).—¿Por qué aquí...? ¿Por qué hoy...?

Mónica. (*Que ha permanecido asomada*).—¡El auto de mister Potter!

González.—¡Mister Potter! (*Se asoma nuevamente al balcón*). ¿Dónde?

Mónica.—Ahí... ¿Lo ve? Estacionó en el edificio de al lado.

González.—Mister Potter... (*Grita*). ¡Mister Potter!

Mónica.—Ahí salió del auto... ¡Mire cómo lo rodean!

González.—¿Dónde? ¿Dónde?

Mónica.—¡Ahí! (*Señala*). Lo tienen arrinconado... ¿Lo ve? Está haciendo fuerza para pasar.

González. (*Gritando*).—¡Déjenlo pasar! ¡Es un inversor! ¡Mister Potter! ¿No oyen? ¡Es un inversor! (*Se asoma, a punto de caerse*). You... ¡Policeman...! ¡Sargent...! ¡Is un inversor! ¡Very important man! (*Desgañitándose*) ¡Déjenlo pasar, pelotudos!

Mónica.—¡Parece que pudo entrar!

González.—Vaya a recibirlo, Mónica. ¡Vaya! (Mónica *sale y* González *se dedica a dar los últimos toques. Casi enseguida entra* Mónica*, triunfal, seguida por mister* Potter*, un típico yanqui, no demasiado exagerado*).

Mónica.—Mister Potter, señor González.

González. (*Con los brazos extendidos*).—Mister Potter...

Potter. (*Arreglándose la ropa*).—Oh boy, oh boy, oh boy... Buenos días, González...

González.—Mister Potter... Sit down, please.

Potter. (*Sentándose*).—Gracias... Gracias... ¿What is happening in the street?

Mónica. (*A* González).—Pregunta qué pasa en la calle.

González. (*Trata de disimular y además habla como los mexicanos de las películas yanquis*).—In the calle? Nada... Nothing.

Potter.—¿And all this people?

Mónica.—Pregunta por toda esa gente.

González.—Oooohhh... Buenos Aires mucha gente... Sí... Sí... Terrible... Terrible... Populose city... Yes... Yes...

Potter. (*A* Mónica).—But...

González.—This is the contrato, mister Potter. (*Se escucha una explosión cercana de bomba de gas*).

Potter.—¡How...! ¿What's that?

González.—The contract, mister Potter... (*Se levanta* y *toma la carpeta mientras* Potter *se dirige a la ventana.* González *se le pone delante*). Mister Potter... The contract...

Potter. (*Señalando la ventana*).—I want to see.

Mónica.—Dice que quiere ver.

González. (*Algo desesperado*).—No... No... Caca, mister Potter. (*Otra explosión*).

Potter.—¿But... what's that? ¿Bombas?

Mónica.—Pregunta si son bombas...

González.—¡Oh, no!... No... Cohetes, petardos...

Mónica. (*A* Potter).—Rockets... Petards...

Potter. (*Algo desconfiado*).—¿Rockets? ¿Petards?...

González.—¡Yes!... ¡Yes...! (*Castañetea los dedos*). Fiesta... Fiesta... Castañeta.

Potter.—¿Fiesta?... ¿Today?

González.—¡Yes... Yes…!

Potter.—Oh. Fiesta. Okey. I want to go.

Mónica. (*Con pánico*).—Dice que quiere ir.

González.—Doppo, mister Potter... The contract... (*Busca*). The pen... ¿Dónde carajo puse the pen? Después fiesta, ¿eh? Mucha fiesta. Lindas señoritas... (*Otra explosión.* Potter *se sacude. Enloquecido*). ¡Fiesta! ¡Iuuuupiii! ¡Fiesta! ¡Pipical! (*Comienza a tararear un tango. "El escondite de Hernando" o cosa parecida y lo empieza a bailar con* Mónica *que, asombrada, no atina a resistirse*). Macanudo, mister Potter... This is the tango argentino... Yes... Churos...

Mónica.—Señor González... (*Se desprende*).

Potter. (*A* Mónica).—¿What happens? ¿Is he crazy?

González.—The contract... The contract... (*Se lo acerca a* Potter). Firm... Firm...

Potter.—But. This man is crazy.

Mónica.—No, es así, alegre... Merry, joyfull...

Potter.—No, say him that no contract.

GONZÁLEZ. (*En un último esfuerzo, le pega un fuerte golpe en la espalda a* POTTER).—This is like Tom Mix... and... Martín Fierro... (*Se desespera*). Martín Fierro... (*Mira a* MÓNICA *para que lo ayude pero esta no entiende. Finalmente explota*). Firmá, ¡gauchito!

POTTER.—No contract... Oh, no... There is no peace, no security... No contract.... no... (*Sale*).

MÓNICA. (*Saliendo detrás de* POTTER).—¡Come back, mister Potter! (GONZÁLEZ *cae derrotado en una silla y se toma la cabeza con las manos.* MÓNICA *vuelve*). Se fue...

GONZÁLEZ. (*Luego de una pausa*).—Se fue... Me duele por el país.

(*Apagón*).

ESTA MARCHA SE FORMÓ...

(*Aparece la murga y canta con la música de "A nuestro Director le duele la cabeza..."*)

Esta marcha se formó
de tristeza y sufrimiento,
de promesas no cumplidas,
de bronca y resentimiento.

De recuerdos del pasado
y amarguras del presente,
de pan dulce apolillado,
panza hueca y palo fuerte.

Hoy salimos a mostrar
que aquí está el pueblo argentino
a las señoras pitucas
y a los turcos con Torino.

Hoy salimos a decir
que callar no es estar mudos,

que una cosa es ser pacientes
y otra cosa es ser boludo...

EL ORDEN

Funcionario.—¿Pero usted estaba en la manifestación?

Hombre.—¡No, señor...! ¡Ya le expliqué! Yo pasaba por allí de casualidad... ¡No sabía nada! De repente, me vi rodeado por todos lados, mezclado con esa gente, y... No sé, me detuvieron.

Funcionario.—Sin embargo, usted gritó: "Viva...!".

Hombre. (*Lo interrumpe*).—¡No, yo no grité nada! Mire, yo respeto las opiniones de todos. Cada uno tiene derecho a pensar lo que quiere. (*Tratando de ser persuasivo*). ¡Yo creo en la democracia!

Funcionario. (*Pensativo*).—Ah, usted cree en la democracia...

Hombre.—¡Sí, sí, por supuesto!

Funcionario.—¿Usted está contra los totalitarismos? ¿Contra todos los totalitarismos?

Hombre.—¡Claro!

Funcionario.—Quiere decir que usted añora las elecciones, los partidos políticos, los diputados, los senadores, todo eso... (*Suspicaz*). "Militares al cuartel", ¿no? ¿Eso gritó?

Hombre. (*Cada vez más atemorizado*).—¡No, no, quizás me expresé mal! ¡Yo respeto a las Fuerzas Armadas!

Funcionario.—Como usted dijo...

Hombre.—Sí, pero hay momentos de crisis, ¿no? Momentos en los que es necesario que los... (*Vacila*). los señores generales tomen el timón, ¿no? ¿Para qué están las Fuerzas Armadas? ¡Para impedir el caos y la subversión! ¡Para defender al país de las presiones a las que tratan de someterlo! ¡Para preservar nuestro patrimonio material y espiritual...!

Funcionario. (*Lo interrumpe*).—En una palabra... ¿Usted es nacionalista?

Hombre. (*Desconcertado*).—Bueno, en cierto sentido, sí.

Funcionario.—¿Usted está contra el imperialismo? ¿Contra todos los imperialismos?

Hombre.—¡Claro!

Funcionario.—Quiere decir que usted está contra las maniobras militares conjuntas, contra la radicación de capitales, contra la Alianza para el Progreso... (*Suspicaz*). "¡Go home, yanquis!", ¿no...? ¿Eso gritó?

Hombre. (*Cada vez más angustiado*).—¡No, no, escúcheme...! Yo me debo haber expresado mal...

Funcionario.—Como usted dijo...

Hombre.—Sí, sí, pero entiendo perfectamente que se formen bloques de naciones... Hay ideales comunes... intereses comunes... Y, entonces, es lógico que haya una nación rectora, ¿no?, que influya, que determine, que dirija...

Funcionario. (*Asombrado*).—¿Usted me está defendiendo la invasión rusa a Checoslovaquia?

Hombre. (*Desesperado, aúlla*).—¡No...! ¡No, usted me entiende mal! ¡Lloré tres días seguidos por lo de Checoslovaquia...! ¡Me puse luto...!

Funcionario.—¿Por qué?

Hombre. (*Vencido, al cabo de sus fuerzas*).—Jan Palach... Los tanques rusos... John F. Kennedy...

Funcionario. (*Asintiendo suavemente*).—Bien... Bien...

Hombre.—Juan xxiii... (*El* Funcionario *hace un gesto como dudando del acierto de la mención. El* Hombre *lo percibe y se corrige casi instantáneamente*). ¡Paulo vi!

Funcionario.—Bien...

Hombre.—La gente en las calles, defendiendo sus ideales... Con palos y piedras, contra las ametralladoras...

Funcionario. (*Comprensivo*).—¿Usted critica la represión?

Hombre.—¡Bestial! ¡Me parece bestial! ¡Criminal!

Funcionario. (*Luego de una pausa*).—Entonces... ¿Usted estaba en la manifestación?

Hombre.—¡Allá...! ¡Yo digo allá! ¡Acá es distinto! (*Pausa*). Mire, si usted me diera una ayudita...

Funcionario. (*Escéptico*).—¿Usted cree?

Hombre.—¡Yo no creo nada! ¡Soy casado! ¡Tengo tres hijos! ¡Ya cumplí 35 años! ¡A fin de año me van a ascender a jefe de sección! ¡Soy de Argentinos Juniors! ¡No me meto con nadie!

Funcionario.—¡El caso típico del “no te metás”! ¿Y la responsabilidad cívica?

Hombre. (*Muy asustado*).—Yo soy un ciudadano responsable. Lo que quiero decir... (*Con el valor que da la desesperación*). ¡Usted me está confundiendo deliberadamente!

Funcionario. (*Levantándose*).—¿Cómo dice?

Hombre.—Yo... (*Rompe a llorar*). ¡Tengo un primo que es suboficial de Aeronáutica...! ¡Él le puede decir quién soy...! ¡Lo único que le estoy pidiendo es una ayudita...!

Funcionario. (*Aplacado*).—Está bien, le voy a dar una ayudita. (*Pausa*). Mire, la cuestión es esta... Nosotros somos revolucionarios, ¿entiende?, porque las estructuras, ¿no...? Pero, al mismo tiempo, somos democráticos, porque nuestro estilo de vida... ¿Está claro? Cristianos, profundamente cristianos, por supuesto que sin exageraciones ni desviaciones... Imbuidos de un sano nacionalismo. Sano, ¿me comprende? ¿Usted sabe lo que quiere decir sano? (*Pausa*). Una filosofía liberal, sin caer en los vicios propios... (*Pausa*). Cooperación internacional, dentro de los limites... (*Pausa*). Autodeterminación, salvo en los casos... (*Pausa*). Y, por encima de todo, los ideales... ¿Comprende?

Hombre. (*Ansiosamente*).—¡Sí, sí, comprendo perfectamente!

Funcionario. (*Toca un timbre*).—Bien. En realidad, eso no tiene importancia. Lo importante no es entender, sino obedecer. (*Entra el funcionario 2.º*). Páselo al calabozo.

Hombre. (*Espantado*).—¿Yo...? ¿Pero por qué...? ¿Por qué...?

Funcionario.—Por las dudas...

COMITÉ CENTRAL

Un despacho polvoriento. / Libros de vieja encuadernación, varios cuadros de tipos antiguos, bigotudos. / Un lugar oscuro, lleno de moho. / Una mesa y *sillas destartaladas. / Una estufa a querosén tubular. /* Ruso, Tano *y* Gallego *están sentados alrededor de la mesa. / Se cubren con echarpes, usan boinas* y *cada uno tiene a su lado una lata para escupir. / Pasan los setenta años cada uno.*

Gallego.—¡Coño, pero tenemos que decir algo!

Tano.—En eso estamo, compañero... en eso estamo. El problema e que dechimo.

Ruso.—Es complicado... (*Suspira*). En 1906, cuando el levantamiento de Vladivostok...

Tano.—¡Qué va a compará, compañero!

Ruso.—No comparo... Pero sirve. En Vladivostok, Lenin llamó levantamiento de los soldados y los campesinos. Yo vivía en Varenik, un pueblito de campesinos, cerca de Vladivostok y mi padre nos leía los discursos de Lenin. Nos sentábamos alrededor de la mesa, papá leía y después todos cantábamos. (Ruso *comienza a tararear una canción nostálgica, pensando en su lejana niñez*).

Gallego.—Compañero... (Ruso *sigue*). ¡Compañero! (Ruso *se detiene*). Compañeros: seamos sensatos. Las masas están esperando nuestra palabra. Miles de trabajadores quieren conocer el pensamiento del partido. No podemos permanecer en silencio un minuto más.

Tano. (*A* Ruso).—Usté, compañero... ¿recuerda bien lo de Vladivostok?

Ruso.—Era muy chico. Consultemos la bibliografía. (*Se levanta lentamente y va a buscar un libro*).

Gallego. (*A* Tano).—Lo fundamental es no abandonar la línea de la unidad.

Tano.—Ma sí... ¿Pero unidad con quién? Es un problema de clase, querido. Nosotro no podemos pactar con el fachismo. Lo custo en este momento es fortalecer la alianza obrero-campesina, como en Italia, después de la derrota del fachismo.

Gallego.—¡Coño, llamar ahora mismo al alzamiento campesino! ¡De una vez por todas!

Ruso. (*Volviendo con el libro*).—Calma... Veamos qué decía Lenin a fines de 1914: "La transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil es la única consigna proletaria justa, indicada por la experiencia de la Comuna, señalada por el acuerdo de Basilea de 1912 y que se deriva de todas las condiciones de la guerra imperialista entre los países burgueses altamente desarrollados. Por muy grandes que parezcan las dificultades de semejante transformación en un momento dado, los socialistas no abandonarán nunca un trabajo en esa dirección, ya que la guerra es un hecho". (*La última frase los deja casi paralizados. Se miran un instante*).

Gallego.—Era la guerra... ¡qué joder!

Tano. (*Luego de una pausa*).—Ma, pero ahí no dice nada del levantamiento de lo campesino.

Ruso.—Tampoco fue Vladivostok. Pero sirve.

Tano.—Ma, indudable.

Ruso.—Lo de Vladivostok no pude encontrarlo. (*Sigue hojeando el libro*).

Gallego.—Pero digo yo... ¿Qué problema hay con llamar al alzamiento de los campesinos ahora?

Tano.—Hay que estudiar la situación, querido compañero. No se puede alzar a lo campesino así porque sí.

Ruso.—Sería una masacre.

Gallego.—¡Coño, es por el bien de ellos! ¿O es que el millón de españoles muertos no cuenta ya?

Ruso.—Por favor, compañero... Sí. Y los seis millones de judíos y los veinte millones de soviéticos. Todos cuentan. Son nuestros muertos. Murieron por nosotros.

Gallego.—Y por los campesinos argentinos también.

Ruso.—Claro... Y ellos lo saben. Lo saben muy bien. Porque nuestro partido se los ha enseñado.

Tano.—Tanta cosa ha enseñado nuestro partido... ¡Si le hemo dicho del fachismo!

Ruso.—El campesinado sigue siendo nuestra reserva revolucionaria, compañeros. Pero no olvidemos que la vanguardia es el proletariado. El proletariado conduce el proceso...

Gallego.—El proletariado ya está: no hay duda, hombre. Pero qué hacemos con la revolución en las ciudades si el campo lo controla la burguesía. ¡Respóndame a eso, coño!

Tano.—Planteado así...

Gallego.—¡Hemos descuidado el campo y es hora que lo reconozcamos! (*Pausa prolongada*).

Tano.—La reforma agraria la hemo planteado siempre. (*Gesto de* Gallego). Ma, está bien. El partido es débil en el campo. No lo podemo negar. Tenemo que ser autocrítico.

Ruso.—Yo lo dije ya... ¡Tenemos que llevar nuestra voz al campo! Puf... Me he cansado.

TANO.—Ma, pero tampoco hay que magnificar la cosa... Presente hemo estado. Nuestro periódico llegan... hay bueno militante... E' ma un problema de organización... En el campo nosotro no controlamo el proceso, pero estamo presente. Y eso e' lo importante. Ma, compañero, lo que se plantea hoy es distinto. La masa están en la calle y nuestro partido debe tomar una dechición. Nosotro somo la vanguardia revolucionaria. (*Ataque de tos*). Tenemo que decir algo, ¿no? (*Pausa*).

GALLEGO. (*Con algo de timidez*).—Un llamamiento.

TANO.—Sí, pero a qué.

GALLEGO.—¡Coño! ¡A la lucha antifascista!

TANO.—Contra el fachismo... Ma... No olvidemo que esto que están en la calle... Tenemo que explicar.

RUSO.—Yo lo dejaría así: contra el fascismo. Las masas entienden. Tienen madurez.

TANO.—Entonche decimo que la masa salieron para luchar contra el fachismo.

GALLEGO.—Y contra el franquismo, convendría aclarar.

RUSO.—Nazifascismo, diría yo. Es más preciso.

TANO.—Está bien. (*Se levanta pesadamente y lentamente, vacilante se dirige hacia el armario*).

GALLEGO.—¡Coño, pero que se entienda que también salen para luchar contra el franquismo! (*A* RUSO). Ahora que España que está a punto de ser liberada...

TANO.—¿Dónde están lo formulario de declaracione? ¿Usamo el tre?

GALLEGO.—El que es acción de masas.

RUSO.—¿No convendría más el siete? Habla de la paz, también.

TANO.—Ese lo podemo dejar para mañana. Si esto sigue vamo a tener mucha actividad. (*Trae un formulario y se lo tiende a* GALLEGO). Métale uste, compañero, que escribe castellano.

GALLEGO. (*Se pone los anteojos* y *lee*).—“Una vez más el pueblo argentino ha salido a la calle para...”.

TANO.—Do punto. Ponga: repudiar al fachismo, al nazismo y al franquismo. (GALLEGO *anota*).

GALLEGO. (*Lee*).—“Llamamos a la unidad de...”.

TANO.—Todo el pueblo. Do punto. Obrero, campesino, estudiante...

Ruso.—Comerciantes...

Tano.—Comerchiante... Pequeño propietario.

Gallego.—Espere, compañero. Co-mer-cian-tes.

Tano.—Pequeño propietario... Militare patriota.

Gallego.—Mi-li-ta-res pa-trio-tas. ¿Soldados?

Tano.—Soldado... Empresario... Sacherdote progresista...

Gallego.—Intelectuales...

Tano.—Intelectuale...

Ruso.—¿Obreros pusimos?

Gallego.—Arriba de todo. (*Pausa. Se miran como diciendo "Qué más"*).

Ruso.—Y todos los argentinos honestos.

Tano.—Eco. Tiene que ser un frente amplio.

Gallego.—Honestos y democráticos.

Tano.—E redundante... ¿no? Ma póngalo. Conviene aclarar siempre. ¿Qué sigue?

Gallego.—Los saludos... Viva el glorioso... Viva la unidad de... Viva la amistad de... etcétera.

Tano.—De fórmula. Eso lo pone la empleada. Podemo mandarlo.

(*Los tres se miran un instante entre sí, satisfechos*).

Gallego.—¡Coño, que le hemos dao duro!

Ruso.—Tuvimos que hacerlo, compañero. Los revolucionarios tenemos que ser duros a veces.

Tano.—¡En fin! Ahora a esperar lo acontecimiento.

EL DENTISTA

El supuesto consultorio es un ámbito muy estrecho que ocupa una porción muy reducida del escenario. / Una ventana pequeña. / Un sillón profesional, el torno y la bandeja con algunos instrumentos. / El Dentista *está preparando una inyección con cierta impaciencia. / La* Paciente *mira aprensivamente.*

Dentista.—Ay, m'hijita, ni que fuera una criatura...

Paciente.—Perdone, doctor, pero no soporto el torno... Prefiero el pinchazo.

Dentista.—Está bien, está bien, perdemos tiempo los dos pero... (*La inyección está lista. Se acerca a la* Paciente). Abra bien la boca... Abra más... ¡Más!

Paciente. (*Quiere decir "no doy más"*).—¡O oi má!

Dentista.—Baje la cabeza... ¡No tanto!... (*Impaciente*). ¡Pero no me cierre la boca!

Paciente. (*Quiere preguntar "así"*).—¿Ají?

Dentista.—Eso es... Quietita. (*Le clava la aguja. La* Paciente *manifiesta su dolor con un movimiento. Sin importarle, rutinario*). ¿Dolió? (*La* Paciente *hace un gesto con la mano significando que le dolió mucho*).

Dentista.—Quietita... Falta muy poquito... (*Le hunde más la aguja*). ¡Listo! (*Apoya la jeringa sobre la bandeja y ya prepara el torno*).

Paciente. (*Temerosa de que no de tiempo a la acción de la anestesia, quiere decirle "no, todavía no"*).—¿O, oavía o!

Dentista.—¡Quédese tranquilita y cierre la boca mejor! (*Se comienza a oír el rumor de la manifestación. El* Dentista *escucha extrañado. La* Paciente *se incorpora un poco con curiosidad, escuchando. Deja el torno y se dirige a la ventana*). ¿Qué es eso? (*La* Paciente *también quiere ir e intenta levantarse. Autoritario*). ¡Usted se queda sentada! (*La* Paciente *obedece. El* Dentista *mira a través de la ventana. Se oye claramente el bombo y algún estribillo. Impresionado, desconcertado*). ¡No puede ser!... (*Alarmado*). ¡Qué barbaridad!... ¡Es increíble! (*La* Paciente*, sin animarse a ponerse de pie, agita el puño en algo con alegría y entusiasmo, festejando. El* Dentista *advierte el movimiento y se vuelve hacia ella muy nervioso*). ¿Qué hace?

Paciente. (*Sentada pero eufórica, quiere decir "¡Perón, Perón, Perón!... Vuelve... Perón", pero por el efecto de la anestesia le sale:*).—¡Eón, eón, eón!... ¡Uele eón!...

Dentista. (*Asustado, agresivo*).—¡No se mueva!

Paciente.—¡Ele, otor, ele! ¡Etalé o el torno!

Dentista.—¿Está apurada ahora?

Paciente.—¡Iero ir a lo uchacho!

Dentista. (*Con odio contenido, dirigiéndose al torno*).—Quiere ir con los muchachos...

Paciente. (*Con orgullo*).—¡I, otor!

Dentista.—Mire qué bien. (*Se dispone a aplicarle el torno*). Permítame...

Paciente.—Ele, otor. (*Abre la boca*).

Dentista. (*Aplica el torno*).—¿Así que empiezan a joder otra vez, eh?... (*La* Paciente *hace gestos indicando que le duele, trata de moverse, pero es inútil. El torno produce un ruido exagerado. Escarbando con furor y entonando "Los muchachos peronistas"*). Los muchachos lalalila ¿eh?... Qué grande sos, ¿eh? (*Empujando el torno con el ritmo de la marcha*). ¡Sos-el-pri-mer-tra-ba-ja-dor! (*La* Paciente *emite sonidos guturales de dolor. Completamente fuera de sí*). ¡Veinte años arreglando bocas podridas!... ¡Veinte años!... ¡Me rompí el alma para recibirme!... ¡Sangre me costó!... ¡Este consultorio es mío!... ¡El ultrasónico, el teléfono, el guardapolvo!... ¡Todo mío!... ¡Nadie me regaló nada! ¡Todo me lo gané curando bocas podridas! ¡Me paso la vida curando bocas podridas!... ¡Yo no soy un animal, soy un hombre culto! ¡Voy al teatro todos los sábados! ¡Entiendo las películas de Bergman!... ¡Leo *La Prensa*!... (*Comienza a tararear la Novena de Beethoven con la mirada alucinada, fija en un punto remoto, hundiendo más y más el torno. La* Paciente *va dejando de moverse y finalmente queda inmóvil. El* Dentista *continúa unos instantes tarareando y aplicando el torno hasta que advierte que la* Paciente *ha muerto. Deja de cantar, detiene el torno y lo aparta. Horrorizado*). ¡Muévase!... ¡Puede moverse!... (*Furioso*). ¡Le digo que se mueva! (*Desesperado, histérico*). ¡Fue sin querer! ¡Yo no tengo la culpa!... ¡Son ustedes! ¡Me ponen nervioso!... ¡Gritan, gritan, gritan!... (*Comienza a oscurecerse la escena*). ¡Se juntan y gritan! ¡Salen de todas partes, cantan, insultan, se ríen!... ¡Yo soy un profesional! ¡Tengo mi casa, mi coche, mi torno!... (*Chillando, ridículamente digno*). ¡Soy un profesional!... (*Una pausa. Luego, rabioso, asustado y puerilmente feroz*). ¡Negros de mierda!

ESTE ES EL PUEBLO...

Aparece la murga y canta, con la música de: "Sí, sí, señores, yo soy de Boca..."

Este es el pueblo, que está de farra
y agarra viaje, si le dan paz,
pero si hay guerra, también agarra,
porque a este pueblo – ya no lo paran más.

Hemos salido por el regreso,
pero con eso, no va a alcanzar.
¡Larguen el queso, guárdense el hueso
porque a este pueblo – ya no lo paran más!

Si está temblando la oligarquía
es que presiente lo que vendrá.
Sabe que somos la mayoría
y que a este pueblo – ya no lo paran más.

No nos asustan esos matones
que son tan machos con una Pam
porque aprendimos a moretones
y a cicatrices – que no nos paran más.

Este es el pueblo que está de farra
y agarra viaje si le dan paz,
pero si hay guerra, también agarra
porque a este pueblo – ya no lo paran más.

LOS GORILAS

Una azotea, una bohardilla o un ámbito que se encuentre en un lugar elevado y suponga un excelente punto de observación. / ROSATO, *aspecto distinguido, bien vestido, controla armas, manoplas de hierro, cachiporras, etc.* / VIEJO 1, *muy viejo, débil, achacado, tembloroso, también de saco y corbata, con una manta sobre las rodillas, habla sentado en un sillón de ruedas.*

VIEJO 1.—¡No!... ¡Jamás!... ¡No lo permitiremos!... ¡El tirano depuesto nunca más pisará este suelo!... ¡Ese ex-dictador prófugo que

sumió a nuestra patria en el oprobio y la vergüenza...! (Rosato *ha comenzado a practicar ruidosamente el paso de ganso alrededor del viejo y no se oye lo que éste sigue diciendo.* Rosato *se detiene y practica algunos golpes. Completa la frase que no se oye*). ¡Infames!... Nuestro estilo de vida, las instituciones que nos han legado nuestros mayores, el espíritu que debe privar sobre la materia... (*Se duerme*).

Rosato. (*Después de unos instantes advierte al* Viejo *durmiendo*).—Señor... (*El* Viejo *no se despierta. Lo sacude respetuosamente*). ¡Señor!

Viejo 1.—¡Eh! ¿Qué pasa?... ¡Ah, sí!... Nuevamente llegó el momento de ponernos de pie y armar nuestro brazo... (*Mientras habla el* Viejo, Rosato *saca de algún lugar un muñeco tentempié del tamaño de un hombre y que reproduce exactamente la figura de un "descamisado". Lo apoya o coloca en algún rincón*). La comunidad confía en sus hijos más esclarecidos para que asuman la defensa de los valores fundamentales... ¡Nosotros, la gente decente, debemos dar hasta la última gota de sangre para impedir que la Argentina retorne a épocas nefastas felizmente superadas!...

Viejo 2. (*Entrando*).—¡Bien dicho!... (*Viene tendido en una camilla empujada por una enfermera que sostiene un frasco con suero que le es suministrado continuamente al* Viejo 2. *Este, a pesar de estar más cerca de la tumba, tiene voz* más *enérgica y vigorosa*).

Viejo 1. (*Emocionado*).—¡Zabaleta!

Viejo 2.—¡Salud, Recaredo! (Viejo 1 *se desplaza en la silla al encuentro de* Viejo 2. *Este le pide a la enfermera, con gestos severos, que lo empuje. Se encuentran con aire trascendental y heroico e intentan un histórico abrazo.* Viejo 1 *inclina el tronco hasta donde le da y no llega.* Viejo 2 *trata, penosamente, de incorporar medio cuerpo, acompañado en el movimiento por la enfermera con el suero. Manotean el aire sin alcanzarse.* Viejo 1, *en el intento, se va al suelo.* Rosato, *que asistía feliz y conmovido al encuentro, se apresura a levantarlo y ponerlo en la silla. Enérgico pero natural*). ¿Un poco de suero, Recaredo?

Viejo 1.—¡No, no, está bien!... Gracias. (*Tomando resuello*). No esperaba su presencia, Zabaleta. Creía que ya... (*Calma, prudente*).

Viejo 2. (*Que igual se dio cuenta, orgulloso*).—¡A mí no me llevan así nomás!... ¡Ni la muerte ni nadie!

Viejo 1.—¡Qué gusto escucharlo y tenerlo con nosotros otra vez!

Viejo 2.—No podía estar ausente en esta circunstancia. El deber de... (*Sufre un súbito ahogo, se lleva una mano a la garganta, revolea los ojos. La enfermera lo auxilia, le apoya la cabeza en la camilla y prepara una inyección que le aplica inmediatamente.* Rosato *sostiene el frasco ante el requerimiento de la enfermera*).

Viejo 1.—¡Animo, Zabaleta!... ¡No se me vaya justo ahora!... ¡No afloje que lo necesitamos!... ¡No se deje, Zabaleta, no se deje!... (Viejo 2*, con una mano, hace gestos de "ya va"*). ¡La gente decente nos espera, Zabaleta!

Viejo 2. (*Hablando con dificultad*).—¡Ahí vengo, Recaredo, ahí vengo!... (*La enfermera vuelve a sostener el frasco.* Rosato *se queda a la expectativa. Recuperándose progresivamente*). ¡A mí no me llevan así nomás!... ¡Todavía tengo que prestarle muchos servicios al país!...

Viejo 1.—¡Así se habla!

Viejo 2. (*Más recuperado*).—¿Cómo marchan las cosas?

Viejo 1.—¡Espléndidamente, Zabaleta!... Ya está todo organizado. La gente se está portando muy bien y las armas nos llegan con gran facilidad, como siempre. No hay problemas... Algunos no están, pero hay mucha gente nueva, como Rosato, ¡dispuestos a jugarse por la causa!... ¿No es así, muchacho?

Rosato.—Sí, señor Recaredo.

Viejo 2.—¡Bravo, muchacho!

Viejo 1.—Hijo de inmigrantes modestos, desde chico quiso ser una persona decente. Siempre esperó su oportunidad sin que lo acompañara la suerte. En el 63 estaba desocupado... (*Remarcando*). ¡Pero votó a nuestro partido!

Rosato. (*Sonriente, orgulloso*).—¡Yo fui uno de los mil que lo votaron!... ¡Éramos pocos, pero toda gente muy bien!

Viejo 1.—¡Tardó dos años en conseguir trabajo!...

Rosato. (*Igual que antes, con los dedos*).—¡Dos años!

Viejo 1.—¡Pero le llegó su oportunidad!... Su fe en los valores tradicionales tuvo la recompensa que merecía: ¡ahora vende zapatos!

Rosato.—Botticelli, calzado fino para caballeros. Carísimo. Viene gente muy bien. Tengo sueldo y comisión... ¡Ya me compré el 600!

Viejo 1. (*Sugestivo*).—Él quiere defender el lugar que ocupa, ¿no es cierto, Rosato?

Rosato. (*Muy serio*).—Sí, señor Recaredo.

Viejo 1.—Fíjese bien, Zabaleta... (*A* Rosato*, por el muñeco, azuzándolo como a un animal para que se eche sobre la presa*). ¡Al descamisado, Rosato, al descamisado! (Rosato*, transformado en una bestia sanguinaria, se abalanza sobre el muñeco, le pega, lo escupe, lo patea, lo ametralla, lo estrangula, le salta encima, le mete los dedos en los ojos, lo levanta en vilo y lo arroja violentamente contra el piso, se echa encima y lo muerde.* Viejo 2 *lo mira con asombro.* Viejo 1 *lo observa con satisfacción pero con cierto desagrado por el exceso*). Muy bien, Rosato, suficiente... (Rosato *no lo oye y prosigue comiéndose al muñeco. Más alto*). ¡Basta, Rosato! (Rosato *prosigue sin oír. Desgañitándose*). ¡Basta, animal! (Rosato *se detiene. Se pone de pie. Transfigurado y jadeante, arreglándose la ropa*).

Rosato. (*Para sí, todavía con ofuscación*).—Cada uno en su lugar, cada uno en su lugar...

Viejo 2.—¡Es impresionante!

Viejo 1. (*A* Rosato*, por el muñeco*).—¡Guardálo! (Rosato *obedece. A* Viejo 2). ¿Qué le parece?

Viejo 2. (*Admirado*).—¡Muy bueno, muy bueno!... ¡Un odio extraordinario!

Viejo 1.—Y hay muchos como Rosato. ¡Podemos estar tranquilos mientras haya muchachos como él!...

Rosato. (*Volviendo de guardar el muñeco. Como los boxeadores estropeados que hablan solos*).—Cada uno en su lugar, cada uno en su lugar...

Viejo 1.—La verdadera Argentina, la Argentina inmutable, no cambiará mientras... (*El ruido del bombo y la manifestación lo interrumpen. Se mira con los otros.* Rosato *corre a la ventana. Balcón, borde de la azotea o lo que fuere y mira hacia abajo*). ¿Son ellos?

Rosato. (*Muy alterado y ansioso por entrar en acción*).—¡Sí!

Viejo 1.—¡Adelante, Rosato! ¡Llegó el momento!... (Rosato *va a buscar unas escarapelas que reparte y todos se colocan mientras* Viejo 1 *sigue hablando*). ¡Llegó la hora de proteger las vidas y los intereses de los ciudadanos de bien! ¡La hora de impedir el retorno de la infamia, el caos, la demagogia, la injusticia y el mal gusto!... (*Terminan de colocarse las escarapelas*). ¡La hora de luchar por la libertad!... ¡Viva la libertad, señores!... (*Comienza a entonar algunas estrofas de "La Marsellesa",*

acompañado enseguida por los demás. Cantan con unción y fervor). ¡A sus puestos!... (Rosato *apunta hacia abajo con la ametralladora, esperando la orden de fuego*).

Viejo 2. (*A los hombres*).—¡Un arma! ¡Un arma!... (Rosato *está concentrado en lo suyo y* Viejo 1 *se coloca a su lado para dar las órdenes. A la enfermera*). ¡Un arma!... (*La enfermera trata de apaciguarlo*).

Viejo 1. (*Sacando sorpresivamente de la parte posterior de la silla un sable que mantendrá enarbolado durante la arenga*).—¡Por nuestro estilo de vida!... ¡Por nuestras tradiciones!... ¡Por nuestros campos!... ¡Por nuestras industrias!... ¡Nuestras casas!... ¡Nuestras familias!... (*Cada vez más histérico y chillón*). ¡Nuestros créditos!... ¡Nuestras inversiones!... ¡Nuestros cuadros!... ¡Nuestras alfombras!... ¡Nuestros obreros!... ¡Nuestros empleados!... ¡Nuestras sirvientas!... ¡Nuestras prostitutas!... ¡Por todo lo nuestro!... (*Bajando el sable*). ¡Fuego! (Rosato *comienza a tirar enloquecidamente.* Viejo 1 *toma un arma y dispara.* Viejo 2, *que se cansó de pedir un arma, le quita el frasco de suero a la enfermera y lo tira como una granada. El apagón coincide con la supuesta explosión del frasco*).

COMPAÑERO (II)

Un grupo de trabajadores está en escena.

Uno del grupo.—Ahí está, ahí viene... (*Por lateral derecho entra el* Compañero, *decidido y sonriente en apariencia; en realidad, está nervioso*).

Compañero. (*Alzando los brazos*).—¡Compañeros...!

Grupo. (*Al verlo, la indecisión e incertidumbre desaparecen y gritan entusiasmados*).—¡Bien!

Compañero. (*Parando la aclamación y tranquilizándose*).—Compañeros...

Grupo. (*Canta, acercándose a él y rodeándolo*).—Que viva el dirigente —lará, lará lará— que viene con nosotros —lará, lará, lará... (*El grupo levanta en andas a* Compañero *y recorre el escenario mientras canta*). Se puso a la cabeza —lará, lará, lará— y hará la gran limpieza

—lará, lará, lará...

Uno del grupo.—¿Y vamos?

Compañero. (*Alza los brazos, deteniéndolos*).—Po, po, po, po, po... ¡Momento! (*Los integrantes del grupo lo miran interrogativamente y esa mirada inquieta al* Compañero. *El* Compañero *salta al suelo*). En nombre del general... (*El grupo prorrumpe en un rugido*). En nombre del general, les doy las gracias a todos por esta espontánea demostración de lealtad... Porque la oligarquía... (*Lo interrumpen chiflidos atronadores*). Ya no puede ignorar este clamor... (*Pausa*). ¿Quién vive a costa de nuestra miseria? (*Camina*). Ya no se puede más compañeros, ustedes lo saben. Todo aumenta, los emolumentos no alcanzan, los humildes estamos cada vez más sumergidos. ¿Hasta cuándo vamos a seguir esperando? ¿Y esperando qué?

Grupo. (*Enardecido*).—¡Vamos, vamos...!

Compañero.—¡Epa, momento...! Hoy les dimos una lección, compañeros... Una tremenda lección que nunca olvidarán... Hoy les hemos demostrado que los trabajadores, cuando quieren, son imparables...

Grupo. (*En un rugido que termina en estribillo*).—¡A la plaza, a la plaza!

Compañero.—Todo se hará, todo se hará, a su debido tiempo... (*Dramático, saca un papel del bolsillo*). ¿Saben qué tengo aquí? (*Pausa expectante del grupo*). Una carta del general...

Uno del grupo.—¿Y qué dice...?

Otro del grupo.—¡Que la muestre...!

Compañero.—Para mí es un honor... (*Pausa*). Como en aquel glorioso día, la orden es simple y sencilla... Simplemente dice... (*Pausa y gran silencio*). "Desensillar hasta que aclare"... (*Murmullos y desconcierto.* Compañero *detecta nerviosamente la reacción sorprendida y desfavorable*). Nadie duda, compañeros, que hoy obtuvimos una gran victoria que ellos nunca olvidarán...

Grupo. (*Escéptico*).—Uuuhhh...

Compañero.—¿Qué pasa, compañeros?

Uno del grupo.—¿Dice eso la carta...?

Compañero.—¡Cuidado con los infiltrados, compañeros, cuidado con los provocadores...! Confíen en mí, compañeros... ¿Soy o no soy astilla del mismo palo? Faltaba más, compañeros... ¿Ahora se duda de

mí? ¿Acaso no me jugué? (*Lejanamente comienza a oírse el murmullo de la marcha y el bombo que se acerca*). Ahora, cada cual a su casa, que este partido lo juego yo... (*El grupo duda y un murmullo sube, pero no hay clara decisión de enfrentar a* Compañero. *Por lateral izquierdo entra* Lucho *con su bombo y la murga.* Compañero *se envalentona y exalta, levantando los brazos para recibir a los nuevos manifestantes y arengarlos*). ¡Compañeros...! (*La murga, con* Lucho *a la cabeza, avanza sin contemplaciones y le pasa prácticamente por encima, pisándolo, arrastrando consigo al grupo de trabajadores, mientras todos juntos cantan...*).

Aquí están, estos son,
los que vienen del montón.
Los que llegan de la orilla,
de la mugre, de las villas.

FANTASMA (II)

La murga sale y Lucho *queda bajo un haz de luz, aislado, en el medio del escenario, irreal.*

Lucho.—¡General! (*Golpea el bombo convocándolo*). ¡General! Estamos en la calle. Somos millones otra vez. (*Vuelve a golpear el bombo*). Venga a verlos... ¡Son los muchachos! Venga, general. ¿No le dije que le hacíamos otro diecisiete? Venga, que quedamos los mejores. Nosotros y usted solos, por fin. ¡General! (*Golpea el bombo*). ¡General! ¡Somos nosotros, los grasas! (*Golpea frenéticamente hasta que fija la mirada en un punto de escenario*). General... ¿Vio a los muchachos? Lo están esperando, general. Tenemos que preparar las cosas para cuando hagamos la gran fiesta. Ya le dije a los muchachos, tenemos que conseguir aquel caballo blanco de pintitas... ¿se acuerda? ¡Ese! Y cuando usted aparezca en el balcón y diga... “compañeros”. ¡Sabe lo que va a ser...! Tenemos que ensayarlo, general. A ver... diga, compañeros... (*Se prepara para darle con todo al bombo, pero pega un golpe suave, con desilusión*). Y... No es lo mismo. Pero no importa, general, le ponemos micrófonos y va a ver. Uno de esos parlantes grandes y... ¡Pero

no importa! La cosa es que usted aparezca en el balcón y empiece a firmar decretos. ¡En el balcón, claro! ¡Delante del pueblo! Meta decretos... ¿Quiere que lo ensayemos? ¡Dele! (*Comienza a imitar el rugido de la multitud y a golpear el bombo, como en el primer cuadro*). ¡Métale, general! ¡Dele a los decretos! (*Hace el rugido y luego pide silencio a la "multitud"*). ¡Decreto número uno: aumento de sueldos para todo el mundo! ¡Bien! (*Toca el bombo y grita*). ¿Cuánto? No... es poco. Más. ¡Cincuenta por ciento! ¡Bien! (*Corea el nombre de Perón imitando a la multitud, la hace callar*). Decreto número dos: aguinaldo para todos los trabajadores... ¡Bien! (*Se detiene*). Pero eso ya está, general. Otra cosa: Decreto número dos... Vacaciones pagas... También está. A ver, a ver... Piense. Decreto número dos: los ferrocarriles ya los compramos, ¿no se acuerda? Derecho por enfermedad, también. Indemnización por despido, también... Eso también lo tenemos por el sindicato. Y no... Todo eso está. Sí, pero... ¿y? Vacaciones pagas... ¡Sí! Yo veraneo en la pieza del gordo de enfrente porque le pega el sol. Aguinaldo... Después que pago lo que debo me compro medio kilo de pasas de uvas y una soda. Así festejé la Navidad del año pasado. Indemnización... ¡Ma qué indemnización! Hay que hacer una ley pa que le den laburo, no pa que lo echen. No, general. Tiene que pensar. Tenemos que hacer una ley grande para los muchachos; una sola, pero grande... (*Abre las manos y marca algo "grande". Luego marca como si fuera en letras de molde*). "Queda prohibido joder a los negros". ¿Eh? Después usted le da la forma. Pero la idea es esa. Y el que jode a un negro, a uno solo, va en cana. Y, general... si no van en cana ellos, vamos en cana nosotros. No hay vuelta. Las cárceles no están mal, todo depende de quién está adentro. Si ellos están afuera, nosotros estamos adentro. ¡Póngale la firma! Todos afuera no cabemos. ¿Me entiende, general? Hay que hacer una ley grande, una ley para siempre. ¡A partir de hoy... los negros están bien! ¡Se acabó! Y al que no le guste... va, va... A la Banda Oriental. ¡Déjeme... déjeme a mí! Ley de protección a los muchachos... Artículo primero: cada trabajador tiene la obligación de comer todos los días, empilcharse bien, tener un sobretodo y dos pares de zapatos. ¡Mínimo! Artículo segundo: cada trabajador tiene la obligación de tener una casa de material, sin goteras y con bañadera, aunque la usen para refrescar vino cuando hacen asado. Ya van a aprender. Artículo tercero: todos

los pibes tienen que ir al colegio, donde aparte de leer y escribir tienen que aprender a jugar fútbol ofensivo. Artículo cuarto: hospitales gratis para el pueblo. Ah... ¿son gratis? Bueno, entonces, sanatorios gratis para el pueblo. Artículo quinto y último: cada trabajador tendrá un fierro en la mano para dárselo por la cabeza al que esté contra esta ley. Archívese, métansela en el culo, firmado: el general. ¡Y chau! ¡Esto es ley y para siempre! (*Sobre estas palabras de* Lucho *comienza a escucharse a la murga que canta*). ¡Ahí están los muchachos, general! (*El fantasma ha desaparecido*). ¡General! No se vaya ahora. ¿Ahora se va a ir? No nos deje solos. (*La murga entra cantando* y *no percibe a* Lucho. *Este, en un último esfuerzo, llama al general. Luego se vuelve y se coloca al frente de la murga golpeando el bombo con todas sus fuerzas*).

Aquí están, estos son...

Aquí están,
estos son,
los que vienen del montón.

Los que llegan de la orilla,
de la mugre, de las villas.

Los que calzan alpargata,
los que viven como ratas.

Los que saben que el invierno
por decreto se hace eterno.

Los que miran la función
sin tener invitación.

Los que sufren, los que yugan,
los que cinchan, los que sudan.

. . . .

Aquí están, estos son,
los que vienen del montón.

Aunque muchos dicen ser
solo son los que aquí ven.

No queremos a los otros,
ni nos quieren a nosotros.

Ni políticos, ni artistas,
ni milicos, ni dentistas,
ni tenderos, ni industriales,
ni dirigentes gremiales,

ni personas honorables,
yiros finos, tragasables,

abogados, lenguaraces,
ex-ministros, capataces.

. . . .

Aquí están, estos son,
los que vienen del montón.

Los que nunca se achicaron
aunque muchos los cagaron.

Los que a nadie se vendieron
aunque siempre los jodieron.

Los que empiezan a cansarse
de romperse y de jugarse.

Los que empiezan a pensar
que no hay nada que esperar.

Aquí están,
estos son,
los que vienen del montón.

LAS PERCHAS

Por lateral izquierdo aparece el Obispo*, da unos pasos en actitud meditativa y luego se dirige al público.*

Obispo.—¿A dónde nos conduce la violencia, hermanos? ¿A dónde nos arrastra este torbellino de incomprensión y soberbia? (*Pausa*). Por encima de las facciones que dividen al pueblo argentino y sobre las que, desde luego, no abriré juicio, creo que si eleváramos los ojos al cielo conseguiríamos olvidar nuestras rencillas fraticidas y advertiríamos la pequeñez e insignificancia de nuestros enfrentamientos... (*Con absoluta calma, el* Obispo *se despoja de su sotana, que cuelga en una percha, y aparece vestido de general*).

General.—No se debe confundir paciencia con debilidad. El gobierno controla perfectamente la situación y asegura el orden público, pero advierte que no tolerará la gimnasia revolucionaria de los grupos de infiltrados que pretenden confundir a la mayoría del pueblo argentino. Cumpliremos inexorablemente los plazos previstos y lograremos la grandeza moral y material de la Nación; pero exigimos orden, responsabilidad y confianza. (*Con naturalidad, el* General *se despoja de su chaquetilla, que cuelga en una percha, y queda vestido de correcto traje gris*).

Hombre de traje gris.—Como empresario argentino y hombre de sensibilidad moderna, no puedo sino apoyar los reclamos de quienes aspiran a lograr un justo y discreto bienestar. Pero el problema, planteado objetivamente, consiste en desarrollar primero las empresas, conseguir el despegue económico y la estabilidad monetaria que todos ansiamos, y luego pensar en la distribución de los beneficios. Lo que significa, dicho de manera vulgar, que para repartir la torta, primero hay que agrandarla. (*Pausadamente, se quita el saco y el chaleco y los cuelga en una percha. Queda en mangas de camisa, se cala unos anteojos y enfrenta nuevamente al público*).

Hombre en mangas de camisa.—En el fondo, se trata de un problema técnico y como tal hay que encararlo. Si definimos el producto como la diferencia entre producción y consumo intermedio, y si se descomponen estos dos agregados por sectores de actividad económica de origen y de utilización, respectivamente, puede verse fácilmente que el valor agregado por cada sector está constituido por la remuneración de los asalariados y de la propiedad del capital empleado más las asignaciones por depreciación de bienes del activo fijo. (*Con tranquilidad, se va desnudando hasta quedar patéticamente desnudo*).

Hombre desnudo.—¿Pero de qué se quejan...? Si en este país no morfa el que no quiere... Si todo el mundo empilcha como duques... Si con lo que sobra en los tachos de basura morfan todos los pibes de Biafra... Si cada vez hay más Fiat 600 en la calle... Si las villas miseria están repletas de televisores... ¿De qué se quejan, eh? ¿De qué se quejan...?

(*Apagón*).

LA FAMILIA

El living de la familia. / Se oye el rumor de la manifestación. / La Hija *está mirando por la ventana con gran curiosidad. / El* Padre *está terminando de armar su minigolf para calmar sus nervios jugando. / El* Hijo *homosexual, tranquilo e indiferente, juega a las cartas con la* Madre, *muy preocupada y nerviosa.*

Hija.—¡Qué impresionante!... Son muchísimos... Hay bastantes mujeres... (*Riendo*). ¡Ahí llevan un perrito!

Padre.—Cerrá esa ventana, ¿querés?

Hija.—Esperá, papá. Me gusta mirar.

Padre.—No es una diversión.

Hija.—Sin embargo están contentos. Se ríen.

Padre. (*Alarmado*).—¿Se ríen?

Madre. (*Poniéndose de pie, muy nerviosa*).—¡Yo guardo la porcelana!

Padre.—¡Calmate, por favor!... ¿No está todo cerrado?

Madre.—Sí.

Padre.—¡Y bueno!... No hay por qué asustarse. Está todo con llave. No pueden entrar. (*Nada seguro*). Aquí estamos seguros.

Hijo. (*Con aire aburrido*).—Dale, mamá, jugá. Te toca a vos. (*La* Madre *se sienta sin que se haya atenuado su temor*).

Hija.—¡Cuántos muchachos jóvenes!

Hijo. (*Se pone de pie y se dirige a la ventana con interés*).—A ver... (*Mira y se vuelve, despectivo*). Son horribles. (*Se sienta*).

Padre. (*Comenzando a jugar*).—Vamos a practicar un ratito...

Hija.—Che, papá, ¿de dónde salió toda esta gente? ¿Dónde estaban antes?

Padre.—En su lugar, nena, en su lugar... ¡Trabajando!

Hija.—Me gustan. Tienen ritmo. (*Imita, bailando y cantando como si fuera una inofensiva canción de moda*). Y cinco por uno, no va a quedar ninguno, y cinco por uno, no va a quedar ninguno... (*El* Padre*, la* Madre *y el* Hijo *dejan de jugar y la miran fijamente*).

Padre.—Eso es por nosotros.

Hija. (*Le cuesta creerlo*).—¿Por nosotros? (*Mira hacia afuera con expresión perpleja*).

Madre. (*Poniéndose de pie y saliendo apresuradamente*).—¡Yo guardo la porcelana! (*El* Hijo *se levanta con un gesto de fastidio y se acerca a la ventana. Mira y comenta con la hermana*).

Hijo.—En Brasil es mucho más divertido... ¡Ah, es una locura!... Bailan y bailan sin parar. Es algo... ¡Y qué cuerpos!... Estos son una porquería. Ni negros del todo son... Allá es otra cosa. Hay más alegría, más... ¡es otra cosa! (*Volviendo a la mesa de juego*). ¡Ay, qué país aburrido!

Hija.—¿Papá, por qué cantan eso del cinco por uno?

Padre.—¡Porque son unos salvajes, unas bestias! ¡Son como animales!... ¡Y cómo nos tienen envidia...!

Hija.—¿Y adónde van ahora?

Padre.—¡Vaya uno a saber!... Con ellos en la calle se acabó la tranquilidad...

Hijo. (*Comenzando a hacer un solitario*).—A ver si me sale...

Padre.—Pero ya van a recibir lo que se merecen. Ahora no es como antes. No se la van a llevar de arriba... Seguro que no. (*Súbitamente aparece en la ventana* Manifestante 1).

Manifestante 1. (*Tironeando del brazo de la* Hija).—¡Vení, nena! ¡Vení con papá a la plaza!

Hija. (*Horrorizada*).—¡No! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Padre. (*Sigue jugando al mismo tiempo que le echa miradas de reojo y le habla con suave tono reprensivo*).—¿Ves lo que te pasa por estar en la ventana?

Manifestante 1.—¡No te asustés, chiquita! ¡No te voy a hacer nada!

Hija.—¡Déjeme, por favor! ¡Déjeme!... ¡Papá!

Hijo. (*Reaccionando histéricamente*).—¿Se quieren callar de una vez? ¿No ven que así no puedo?

Manifestante 1.—¡Te vas a lastimar sola!

Hija.—¡Suélteme, porquería!

Padre.—Ahora ya es tarde, querida. No ganás nada con resistirte. ¿Querías estar en la ventana? Bueno, te diste el gusto... Andá, andá con el señor... (Hijo *deja las cartas y resopla, muy fastidiado*).

Manifestante 1.—¡Hacele caso a tu viejo!

Hija. (*Al* Padre).—¡Es horrible! ¡Está sucio, transpirado! ¡Tiene olor a vino!

Manifestante 1. (*Al* Padre*, forcejeando, sonriendo*).—Parece que no le gusto.

Padre.—Es una chiquilina. Insista.

Manifestante 1. (*Tironeando*).—¡Vení!

Hija. (*Resistiendo*).—¡No voy nada!

Manifestante 1. (*Brutal*).—¡Vení, carajo!

Hija.—¡No! (*Entra la* Madre*, reprime su terror y se dirige al* Padre *con la máxima naturalidad que le permiten sus nervios*).

Madre.—¿Y ese joven?

Padre.—Quiere salir con Mónica.

Hija.—¡Por favor, mamá, ayudame!

Madre.—Está bien, andá nomás... pero no vuelvas tarde, ¿eh?

Hija.—No quiero, mamá, ¡no me gusta! (*Entra* Manifestante 2 *por el mismo lugar de donde vino la* Madre. *Trae la puerta de calle*).

Manifestante 2. (*Apoyando la puerta en una pared*).—Buenas, patrona. ¿Hay algo de comer?

Madre. (*Muy asustada*).—¿Eh?

MANIFESTANTE 2.—Alguna cosita para picar. Algo sencillito. (*Triunfa* MANIFESTANTE 1 *y se lleva a* MÓNICA).

VOZ DE MÓNICA. (*Alejándose*).—¡No me gusta, mamá, no me gusta...!

MADRE. (*Disimulando su preocupación, como comentando una ingenua picardía*).—¡Estos chicos...!

MANIFESTANTE 2. (*Que también se distrajo un momento mirando hacia la ventana muy divertido*).—¿Y? ¿Tiene algo?

MADRE. (*Por el* HIJO).—Está el nene, pero no sé si usted...

PADRE.—El señor quiere algo para comer.

MADRE.—¡Ah, sí!... ¿Le gustaría unos tallarincitos con...?

MANIFESTANTE 2.—Estoy podrido de pasta.

PADRE.—Llevá al señor a la cocina y que elija lo que le guste. Vaya, señor, vaya. Está en su casa.

MANIFESTANTE 2. (*A la* MADRE).—¡Vamos, métale! (*Salen. El* HIJO *tira las cartas sobre la mesa, malhumorado*).

HIJO.—¡Será posible que no pueda hacer un solitario tranquilo!

PADRE. (*Abandona el juego y se acerca sigilosamente al* HIJO).—Voy a poner la puerta. Cerrá la ventana. (*Sale llevándose la puerta de calle. El* HIJO *se encoge de hombros, indiferente. Con un gesto nervioso demuestra impaciencia y hartazgo*).

HIJO.—¡Qué país aburrido!... (*Mira la ventana distraídamente. Se le ocurre con qué entretenerse. Se cerciora de que no viene nadie y se asoma a la ventana*). ¡Mi pueblo querido! ¡Mis descalcitos!... ¡Dios me ha encomendado la sagrada misión de guiarles!... Los conduciré hacia la meta que es razón de mis afanes: prosperidad, felicidad y justicia para todos. ¡Mi pobre pueblito, mis morochitos!... ¡Yo seré vuestra estrella, vuestra guía, la luz que iluminará el camino! (*Vuelve la cara un momento, tentado, se contiene y prosigue*). ¡No daré paz a mi cuerpo hasta que hayamos triunfado...! (*Entra* MANIFESTANTE 2 *comiendo un sandwich y abrazando familiarmente a la* MADRE. *El* HIJO *no los advierte*).

HIJO.—Yo soy lo que ustedes siempre han necesitado: ¡una reina! ¡Una joven y hermosísima reina! (*Levantando los brazos*). ¡Viva la reina!

VOZ DE MANIFESTANTE 3. (*Ronco, brutal*).—¡Tiren al comilón! (MANIFESTANTE 2 *empuja al* HIJO *por la ventana con aire indiferente y sin dejar de comer. La* MADRE *contiene una exclamación. Entra el* PADRE).

Padre.—¿Y Marcelo?

Madre.—Salió.

Padre.—Ah. (*Al* Manifestante). ¿Qué tal? ¿Está rico? (*El* Manifestante *asiente con un gruñido de aprobación, masticando. Con un movimiento de la cabeza le indica a la* Madre *que lo acompañe. Esta vacila, se mira con el marido*).

Manifestante 2. (*Impaciente*).—¡Y vamos! (*La* Madre *obedece. El* Manifestante *sale con ella, apoyándole una mano en las nalgas. Apenas salen, el* Padre *se apresura a cerrar la ventana y a asegurar todas las cerraduras que se puedan. Apaga la luz*).

Padre. (*Agitado, temeroso*).—Así se creen que no hay nadie.

(*Comienza a desplazarse el carro sobre el que está montada la escenografía. Lo están arrastrando los de la murga que se llevan el living con* Padre *adentro mientras cantan un estribillo de la última canción escuchada*).

Canción de las profanaciones

Aparece la murga y *canta con la música del "Chupe-chupe".*

Y chupe, chupe, chupe,
no deje de chupar.
Los palos que nos pegan
los tienen que pagar.

Preparen las maderas.
la nafta, el alquitrán,
que a todo el Barrio Norte
lo vamos a incendiar.

El Jockey Club primero,
después el Plaza Hotel.
Será una cruz de fuego
Callao y Santa Fe.

Y chupe, chupe, chupe,
no deje de chupar.
Las balas que nos tiran
las van a lamentar.

Enciendan los faroles
y empiecen a alumbrar
a todos los bacanes
que vamos a colgar.

Y vayan concentrando
en la avenida Alvear
a todas las pitucas
que vamos a voltear.

Y chupe, chupe, chupe,
no deje de chupar.
Los muertos que nos matan
los tienen que llorar.

La quema, quema, quema,
la vamos a mudar
porque en Palermo Chico
se tiene que instalar.

La quema, quema, quema
cien años arderá
con toda la basura
que tiene que quemar.

Y chupe, chupe, chupe,
no deje de chupar.
El odio que cultivan
lo van a cosechar...

LAS TORTURAS

Cuando se ilumina el escenario hay un enfermero con una pala y una escoba que está limpiando algunos restos acercándose hacia foro. / Hay una camilla y dos hombres sentados en sendas sillas; uno con guardapolvo y gorro blanco, el otro con elegante chomba negra. / Ambos parecen estar muy agotados.

Bueno. (*Se estira y bosteza rascándose luego la cabeza como si recién se levantara*).—Ay... estoy molido... ¿Che, cuántos quedan?

Enfermero.—Una cola bárbara.

Bueno.—Qué día... qué laburo hoy...

Malo.—No se termina más...

Bueno.—Si al menos pagaran las horas extras.

Malo.—De nosotros sí que nadie tiene lástima.

Bueno.—Vamos, vamos a laburar así nos vamos temprano. (*A* Enfermero). Dale, el que sigue.

Enfermero. (*Va hacia foro y le dice a alguien*).—Vení. (*Pausa*). Y dale, vení. (*Pausa y con cierto asombro*). ¿Qué, sos sordo? (Bueno *y* Malo *se miran*).

Bueno.—¿A quién le toca hacer de bueno ahora?

Malo.—A vos... si recién hice yo...

Enfermero. (*Algo impaciente a foro*).—Y movete...

Bueno. (*Resopla abrumado de cansancio cerrando los ojos para reabrirlos con una máscara de abuelo bondadoso y plácido en la cara y pregunta suavemente hacia foro*).—¿Qué pasa ahí...?

Malo. (*Asumiendo plenamente su rol ruge*).—¡Qué pasa ahí!

Enfermero. (*Sorprendido mira hacia el foro y luego a ellos*).—No quiere venir.

Malo.—¡Ah, no quiere venir! (*Se levanta amenazante*).

Bueno.—¿Pero qué te pasa? (*Se levanta*). Yo lo traigo. (*A foro, dulce*). Vení... (*Pausa.* Enfermero *y* Bueno *se miran y luego salen. Enseguida vuelven cargando dificultosamente con el muñeco, que es exactamente el mismo descamisado del sketch de los gorilas o su facsímil. Lo colocan en medio del escenario*).

Malo. (*Ruge*).—¡Luz! (*Un reflector da agresivamente en plena cara*

al muñeco. Enfermero *sale de escena*). Nombre. (*Pausa y el* Malo *se pone sombrío*).

Bueno. (*Se lo lleva al* Malo *y lo sienta en una silla. A su vez el* Bueno *se sienta también y lee*).—¡Ahá! (*Mira al muñeco*). Así que estabas en Lavalle y Junín. Pleno lío. (*Lee*). "Actitudes sospechosas, resistencia a la autoridad y desacato". (*Levanta la vista y mira al* Malo). Buena persona, ¿eh? (*A muñeco*). ¿Nombre? (*Pausa*)

Malo.—Este es de los que no hablan.

Bueno. (*Se para y se acerca al muñeco. Le guiña el ojo y hasta le da un golpecito paternal en la espalda preguntado sin entonación interrogativa, en actitud casi cómplice*).—¿Cómo te llamás...?

Malo.—Ya va a decir el nombre, el apellido... y todo.

Bueno. (*A muñeco, campechano*).—Bue... yo te voy a decir negro, no te ofendés, ¿no? (*Lo palmea*). Bueno, negro. (*Con una sonrisa casi pícara*). ¿Qué estabas haciendo ahí, justamente ahí? ¿Esperando a una mina? (*En sorpresiva transición a tono frío y cortante y en voz algo más baja*). ¿Quién es el del bombo...?

Malo. (*Grita*).—¡Hablá, carajo!

Bueno.—Pará, Octavio. (*Lo apacigua como a un caballo*). Sh... (*A muñeco*). Cuidado con este. (*Como una confesión, llevándose el dedo a la sien*). Este es muy nervioso. (*Haciendo sonar los dedos*). Bueno, negro, decí lo que sabés... así te vas rápido, sonso... si yo también quiero irme a casa. (*Abrupto*). ¿Quién es el del bombo? ¿Un agente chino? ¿Amigo tuyo, lo conocés? (*Inapelable*). La semana pasada te vi en los 36 Billares hablando raro con él. (*Sonrisa*). O lo vas a negar...

Malo. (*Se acerca como una tromba*).—Yo te tengo fichado a vos... ¿Vos organizaste todo? No nos podés engañar, ¡vos organizaste todo!

Bueno.—Pero no, Octavio, salí... el negro es bueno... cómo va a organizar él... a él lo llevaron... lo llevaron engañado. (*A muñeco*). ¿Y ahora? Los otros se rajaron y vos estás acá. (*Remeda ampuloso*). ¡Pero claro! ¡Vos sos un héroe, muy bien! ¡Yo no hablo, yo no digo nada, en esta boca no entran moscas! Después me van a dar la medalla, y los muchachos te felicitan en la calle. Te vas a hacer famoso en el café. (*Transición*). Pero, ¿no pensaste que para llegar al café tenés que salir de acá?

(*Pausa*).

Malo.—¡Dejámelo a mí...!

Bueno.—Mirá, negro, que yo quiero hablar... (*Pierde algo de su control*). ¿Quién dio la orden? (*Pausa y* Bueno *pierde aún más el control*). ¡Vos orinaste en la vía pública, rompiste, robaste, quemaste, te metiste en las casas!... (*Se enloquece*). ¡Violaste!, ¿no?

Malo.—¿Qué hacés? (*A* Bueno). Sos el bueno, pará...

Bueno. (*Se relaja*).—No me digas que tu querido general está de acuerdo con eso. (*Pausa*). ¡Bueno, basta! ¡No podemos esperar más! ¿Quién es el del bombo, quién dio la orden? (*Mira impaciente el reloj*). Vamos, vamos... (*El* Malo *se acerca al muñeco y lo toma del brazo arrastrándolo hacia la camilla, pero el* Bueno *no se resigna, se interpone. Agarra al muñeco tomándolo amistosamente por el hombro y se lo lleva a la camilla*). Un diálogo es de dos... hay que hablar, hay que hablar... ¡Hay cosas que no andan acá! (*Se para y mantiene su brazo*). ¡Si soy el primero en reconocértelo! Pero la fuerza bruta no conduce a nada, ¿comprendés? ¡No va a ninguna parte!... (*Le golpea con un dedo la frente*). Hay que hacerlo de otra manera, ¡metételo acá! (*Pausa y espera respuesta*).

Malo. (*Pone violentamente al muñeco sobre la camilla*).—¡Ahora vas a hablar! (*Saca un destornillador del bolsillo*). ¡Nosotros te vamos a enseñar...!

Bueno. (*Lo aparta con algo de desesperación al* Malo *hablándole al muñeco en la camilla*).—Claro... de otro modo nos perjudicamos todos... después a fin de mes no te pagan y vas a preguntar por qué. ¡Y, negro! También, ustedes... pararon la ciudad, ¿no? (*Se agacha sobre el muñeco y le habla casi a la cara de este*). ¿Y para qué? (*Abrupto*). ¿Quién está detrás de todo? (*Breve pausa y con tono de amabilidad exasperada*). Negro, mirá, todo tiene un límite aquí... ¡Yo te hablo como a una persona educada, porque yo sí creo en el diálogo! (*Casi quejoso*). ¡No aguanto la violencia, me hace daño! (Malo *intenta apartar al* Bueno *que se resiste v entonces tiene que alejarlo de un empujón. Increpa en una advertencia casi sollozante*). Negro, ¡no quiero que te pase esto! (Malo *termina de apartarlo y* Bueno *cierra los ojos y se pone de espaldas a la camilla*). No quiero ver, no quiero ver... pero ustedes aparecen por todas partes. ¿Qué pasa aquí? ¿Otra vez se les subieron los humos a la cabeza? ¿Y a dónde piensan llegar ahora? ¿Se creen que van a hacer

lo que se les cante? Y por qué así, ¿por qué sin nosotros? (*Durante este último parlamento del* Bueno, *pronunciado con los ojos cerrados, el* Malo *estuvo manoseando el cuerpo del muñeco, manipulándolo lentamente con el destornillador y, luego de probar en varias partes, se concentra en la cabeza y al final del parlamento, la pausa es cortada por el suspiro de alivio del* Malo).

Malo.—Ya está. (*Saca la cabeza y se la pasa al* Bueno, *que al recibirla abre los ojos*).

Bueno. (*La toma y le grita a la oreja de la cabeza*).—¿No te das cuenta que te queremos hacer participar de las cosas? (*Le golpea con el dedo en la frente recomendando*). ¡Cuidado con los infiltrados! ¡Ojo con los delirios de grandeza! (*Camina dolorido con la cabeza en la mano*). ¿Qué cosas te metieron acá? ¿Qué te enseñaron en la escuela? Te hicimos estudiar, ¿y de qué te sirvió? (*Obsesivo y didáctico*). Cada uno tiene su lugar, cada uno cumple su papel. (*Inapelable*). ¡Entendeme, aquí no va a haber caos... te pusieron en ese cuerpo para pensar! ¡Pero pensar bien! ¡Y si hubieras pensado no estarías aquí ahora! (*Mientras la tira agarra los brazos que, entretanto, el* Malo *saca del muñeco. Ahora el* Bueno *agarra un brazo en cada mano y hace que una de las manos del muñeco se acerque a su propio cuerpo*). Sh... (*La aparta hablándole*). ¡Se mira y no se toca...! ¡Pero qué pasa con ustedes! ¡Agarrar lo que no es de uno! ¡No! ¡Al torno, al torno, a la fragua! (*Da vuelta vertiginosamente un brazo mientras tira otro y le habla al bíceps*). ¡Al deporte! ¡Al trabajo sano! (*Toca amorosamente los biceps*). ¡Dejen que nosotros los llevemos adelante! ¡Esta fuerza tiene que aplicarse a un trabajo útil! ¿Qué sería de ustedes sin nosotros? ¿Qué harían si no les dijéramos qué hacer? Serían fuerza inútil, perversa, malgastada, suicida... Caerían en la molicie, en los placeres, en el pecado, en la sensualidad, en la pereza! (*El* Malo *le pasa las piernas y entonces el* Bueno *arroja el brazo y extiende sus manos como para recibir a un bebé y entonces el* Bueno *hamaca las piernas del muñeco, y como en un arrorró les susurra*). De casa al trabajo... ¿No te lo explicaron mil veces? ¿Y ves lo que pasó porque un solo día te dejaste llevar para otro lado? ¿Qué sería de todos nosotros si todos los pies de repente dejaran de caminar hacia donde deben? (*El* Malo *le tira el tronco y, tras arrojar las piernas, el* Bueno *se lo recibe*). ¿A

dónde podemos ir a parar? (*Levanta el tronco y a la altura del estómago pregunta*). ¿Qué comerías, estómago, si nosotros no te diéramos el sustento y qué sería de vos si nosotros no pensáramos cómo conseguírtelo? (*Arranca algo de la entrepierna y mientras sostiene el tronco en una mano alza el puño cerrado y le habla*). Y ni quiero pensar a dónde serían capaces de ir ustedes si yo no les mostrara el buen camino. (*Alza el puño como un trofeo*). ¡Pero estamos aquí y no habrá descarriados y ahora las ovejas sin dueños volverán al redil de la obediencia! (*Mirando el puño*). ¡Creced y multiplicaos, hermosos sementales, pero nada más, no hagan locuras porque entonces las vamos a arrancar de un solo tajo y para siempre...! (*Ya enloquecido abre la mano y tira, como liberándose de los invisibles testículos y en un arranque de furia abre el tronco y arranca el corazón, un enorme corazón y lo alza*) Porque, querido mío (*Arroja el tronco*). ¡somos una comunidad y hay que entenderlo! ¿Y que nos pasaría si las cosas cambiaran de lugar? (*Le habla directamente al corazón paseando alucinado por la escena*). ¡Todo sería al revés; y el sol saldría de noche, y las manos querrían comer y el estómago cantar! ¡Y no se puede...! Las cosas cambiarían de sitio, y las cosas no pueden cambiar de sitio, así fueron hechas y así deben quedar y hay un dios que nos mira y él nos puso sobre ustedes para siempre, y yo sé que sufrís, mi pobre corazón, pero tenés que mirar para arriba, hallar consolación donde se debe, buscar siempre el olvido en buenos sentimientos, fe, esperanza, caridad, porque hay otro mundo, corazón, donde ser libres, y no somos los primeros ni los últimos, querido corazón, que vimos cataclismos y puebladas y revoluciones, pero las cosas deben seguir siendo siempre como son, inmutables, eternas, querido corazón. (*Lo acaricia mientras entra el* Enfermero *con los implementos de limpieza*). ¡Nosotros somos tu corazón y aun tu estómago! ¡Desde antes, desde ahora y para siempre! (*Empieza a oírse el bombo rítmicamente, como el latido de un corazón y eso enardece aún más al* Bueno). Porque el asunto es muy sencillo... (*El sonido crece rítmico*). Aquí no va a haber caos, ni previsión, ni inmoralidad, ni libertinaje, ni subversión, ni facciones, ni inmundicias, ni insolencias toleradas, ni suspiros fuera de hora, ni puebladas, ni violencia... (*Llega a un violento clímax tratando de superar al redoble*). ¡Ni nada, de nada, de

nada! Porque aquí, les guste o no les guste, habrá paz, habrá leyes, habrá caridad, y habrá amor, mucho amor, mucha fe y no habrá otra salida que el diálogo. (*Desaforado al corazón, a la platea*). ¡Hay que hablar, hay que hablar!

TELÓN

El ruido del bombo ahora sigue creciendo con el ritmo que se escuchó a través de toda la obra; crece e inunda la sala hasta hacerse ensordecedor, insoportable.

El Lazarillo de Tormes

~ ANÓNIMO ~

[Editorial Talía, 1971 (primera edición)]

Versión teatral de Germán Rozenmacher
Asesoramiento literario: Profesora Amelia L. Figueiredo

Personajes y reparto del estreno

LAZARILLO: Horacio Peña
INQUISIDOR: Carlos Weber
MADRE, VIUDA: Alicia Mannino
CIEGO, CAZA HEREJES: Norberto Bertone
CLÉRIGO, CURITA: Guillermo Marín
ESCUDERO, CALDERERO: Eduardo Gualdi
MESONERA, MUJER RATA: Delia Grasso
BULDERO, MERCADER: Julio C. González
ALGUACIL, HOMBRE CUERVO : Roberto Caracoche

Escenografía, máscaras y vestuarios: Lidia Ramos
Música: Rubén Rodríguez Poncetta
Coordinación: Elena Petraglia
Asesor de esgrima: Prof. Francisco Rosano

Dirección: Daniel Figueiredo

Estrenada en el teatro IFT el 7 de mayo de 1971.

Una propuesta de apertura

Esta versión teatral de *El Lazarillo de Tormes* es una propuesta abierta para los directores y actores que eventualmente se acerquen a este texto. El director Daniel Figueiredo fue quien me sugirió la idea de la adaptación y a través del Lazarillo (escrito para la escena entre diciembre de 1970 y enero de 1971) intento expresar un teatro cuyo objeto sea explorar el espacio escénico, utilizando todos los elementos posibles, desde la danza, los títeres, la pantomima, el sonido anterior a las palabras o la música, hasta la poesía en verso y la literatura dramática basada en la palabra. A partir de la palabra precisamente, como elemento ineludible de la acción dramática, los lances de esgrima, el uso de máscaras o los climas pictóricos boschianos, pueden servir para encontrar ese teatro total que nos pueda expresar, más allá de dogmatismos, escuelas o tendencias que, como el naturalismo, el absurdo, la crueldad o el show a lo Brecht, por ejemplo, en sí mismas pueden no significar nada. Por el contrario son útiles en la medida en que sin tomarlas como recetas usemos de todas ellas para expresarnos. Trabajar sobre la traslación de una novela española de autor anónimo del siglo XVI, al lenguaje teatral en crisis de nuestro tiempo, fue una aventura peligrosa y fascinante. La vitalidad de este clásico y la coincidencia que encontré entre las angustias de un hombre del 1500 y las mías, se conjugaron para acercarme a un trabajo muy peculiar: elaborar materiales ajenos. En tal sentido, Brecht es –como en tantos otros– un maestro. Al elaborar materiales ajenos surge (con mayor desprendimiento) la ideología o el mundo del adaptador, que en las obras totalmente propias. En este caso, el Lazarillo me permitió romper con el encierro –sin duda psicologista y además impregnado de la cercanía de lo testimonial– de mi primera obra, *Requiem para un viernes a la noche*, donde estoy inmerso en un mundo que al ser agobiante impide tomar distancias. En este caso, desde el punto de vista del modo de narrar, el Lazarillo es una materia de teatro épico que en sí misma es una propuesta de libertad de lenguaje con numerosos escenarios, climas, personajes, conflictos. También es cierto que en *El Caballero*

de Indias (escrita antes de esta adaptación del Lazarillo) el desarrollo alucinado del encierro del personaje protagónico en un ámbito fantástico y carcelario, real y soñado al mismo tiempo, me permitió mostrar las contradicciones desgarradoras de un hombre que lucha contra el peso que las generaciones pasadas, que la historia ancestral, desploman sobre nuestra conciencia, impidiéndole así su modificación, su liberación plena como ser humano. En alguna medida este tema es el de la revolución y reaparece en mi manera de sentir el Lazarillo, por dos razones: la primera resulta de la claridad con que la novela del siglo xvi, muestra de qué modo un sistema logra devorar a un individuo; la segunda tiene que ver con mi idiosincracia: ese individuo marginal del 1500, ese outsider, era un hombre de origen judío, como lo sugieren insistentemente todos los especialistas en literatura española, desde Bataillon hasta Lázaro Carreter. Obviamente era también un español y de los que más gloria supo dar a la cultura de España y de la comunidad hispanoparlante a la que como latinoamericanos pertenecemos. La profunda religiosidad, cargada de blasfemia, que ofrece el texto de la novela de este "cristiano nuevo" (como se denominaba a los conversos y a sus descendientes después de la Inquisición) implicó para mí un conmovedor intento de enjuiciar críticamente a una sociedad tan buñuelesca como la de la península en el siglo xvi o como la nuestra en la actualidad. Hay muchas maneras de acercarse a un clásico genial sin desvirtuarlo: en mi caso yo trataré de hacerlo –respetuosamente– al sentirme profundamente cerca del espíritu desgarrado que trasunta la novela. Por eso su espíritu, sus personajes, sus episodios, sus climas trataron de ser minuciosamente defendidos y trasladados, salvo la inevitable tarea de otorgarle síntesis dramática a un material que se rige por leyes de otro género expresivo. Traté de añadirle una vuelta de tuerca a través de una serie de canciones que, en alguna medida, propugnan un distanciamiento. Al mismo tiempo, introduje un personaje nuevo, el Inquisidor, que me permitió mostrar hasta qué punto una sociedad es capaz de introyectar diabólicamente en sus integrantes, el elemento represor, la condición del sometimiento, la negativa al cambio. En tal sentido otra vez ambas épocas revelan similitud. Porque el Inquisidor es la contracara del Lazarillo y está dentro suyo. Por supuesto que esa es mi interpretación

y, como toda obra genial, el Lazarillo, está sujeto a otras versiones futuras tal vez mucho más válidas; es, además, una de las características de los clásicos. El elemento expresionista de las máscaras, el escenario doble que al principio y al fin de la obra muestra dos acciones simultáneas se relaciona con las moralidades medievales y presenta al reino de este mundo que, gobernado por el Diablo, pugna sin embargo por encontrar a Dios. Que, después de todo, es un modo para mí absolutamente válido de hacer la revolución, dentro del espíritu profético judeocristiano. El clímax de la pieza se produce en el momento en que el escudero otorga al Lazarillo una ideología y hasta le entrega una espada "para arrancar el deshonor y la opresión del mundo". De tal modo, por primera y última vez, la vida adquiere un sentido para el Lazarillo quien luego cae en el zoológico, en el infierno. Y justamente el esperpento se me ocurre el estilo más adecuado para expresar lo que en germen ofrece el Lazarillo como muestra de una sociedad en descomposición. Además, el sentido melancólico, y en el fondo aristocrático, de la religiosidad del escudero, y aun la que eventualmente subyace en el Lazarillo, insinúan el tema sin duda apasionante de cuáles sean los valores que deban perdurar en un proceso revolucionario y cuáles sean los que cambien. Preferí incluir la pieza tal como la escribí, sin los adecuados cortes de la versión de Daniel Figueiredo quien a través de cuatro meses de reelaboración (dos con el autor, dos con los actores) otorgó su perspectiva a la pieza. El texto es un material a partir del cual se pueden intentar numerosas posibilidades de puesta y aún métodos de trabajo actoral, justamente por su proposición de apertura. Ojalá las variaciones de juego y de invención puedan ser tan numerosas como me lo propuse.

Si hay algo que realmente me gratificó después del estreno y mientras escribo estas notas, es que a un mes y medio de su debut, este espectáculo ya fue visto por unos seis mil estudiantes secundarios. En una ciudad donde el caudal de público promedio es de 50 mil personas adultas aproximadamente, sin duda los miles de jóvenes citados, que en muchos casos jamás habían ido al teatro, constituyen una cifra por cierto nada despreciable. Ahora en tanto el espectáculo continúa en cartel, este y otros espectáculos para adolescentes demuestran hasta qué punto es necesario romper el círculo vicioso dentro del cual suele

encerrarse la gente de teatro. Aunque el público habitual del teatro burgués sea sin duda atendible sólo podremos romper el circuito cerrado de nuestros espectáculos habituales –y nuestras limitaciones expresivas– en la medida en que al ampliar al público, lo modifiquemos, y también podamos transformar las condiciones mismas de producción del espectáculo. Así, el teatro, como real instrumento de política cultural popular, será un hecho vivo, una catarsis real si nos acercamos a quienes a su vez nos enriquecen como creadores. En tal sentido, el circuito que implica el espectador adolescente, injustamente abandonado, es de una fuerza tan enorme, que debo agradecer realmente al director Figueiredo –quien se dedica a este tipo de teatro– la posibilidad de haberme permitido romper las vallas en que habitualmente se encierra nuestro teatro. Hay decenas de miles de jóvenes estudiantes a los cuales una adecuada organización debería acercar a los teatros con piezas que no sólo estén insertas en los programas de estudio sino que, al denunciar en el pasado calamidades de hoy, conviertan a la cultura en una herramienta viva, que abandone la pedantería libresca y enciclopédica para transformarse en un elemento liberador. Y aquí está, con su arte circular, como de presagio, esta pieza con un protagonista que ya tiene 400 años y que por esta vez usó de mí, usó del teatro para acercarse a la gente y llevarla hacia adentro, hacia el pasado, hacia los hombres que tal vez fuimos o pudimos ser en la España del mil quinientos y tantos. Es un retorno a las raíces de todos. Y también una manera de conjeturar, evitar o convocar a Lazarillos futuros. O a escuderos que osen empuñar la espada "que borre el deshonor y la opresión del mundo".

Germán Rozenmacher

ACTO I

En medio de la música juglaresca, de pifanos y trompas y flautas y vihuelas aparecen los actores que tienen trajes a rombos rojos y amarillos, arlequinescos e iguales, con aire de bufones vagabundos, que entran como quienes se disponen a hacer un alto en medio de un larguísimo peregrinaje, en el cual ninguna de las paradas es más importante que la otra; ninguna vale tanto como el mero hecho de estar siempre en camino, saltan y piruetean y traen sus trastos, esta vez a este teatro, para esta noche, para este país, para esta gente que los mira, el Lazarillo *tiene el mismo aire de ser un dejado por la mano de Dios que los actores de su compañía y además está vestido igual que ellos de modo que en primera instancia no se lo distingue, la musita trae como ráfagas, algunas memorias de otras cortes, de otros tiempos, de otras actuaciones, de esta vieja rutina en la que están todos atrapados; los actores hacen gran reverencia al público y de pronto entra el* Inquisidor*; entonces, los actores que están montando los elementos del espectáculo se sienten mirados, el ritmo decrece, la expectativa se centra en el* Inquisidor *a quien todos sienten ahí aunque nadie lo mire ni aparente verlo; el* Inquisidor *también trae su trasto: es una banderola con las insignias de la santa inquisición; mira a los actores, mira al público. / El* Lazarillo *ahora se aparta del grupo que monta un biombo en* ve *en el sector derecho del proscenio (la derecha del espectador) una pared del biombo tiene una ventanilla ojival, allí dentro los actores amontonan compulsivamente elementos de tortura, potros, clavos, argollas, calaveras; el* Lazarillo *mira a* Inquisidor *y a actores,* Inquisidor *ahora mira al público, cruza el proscenio se acerca a su biombo y entra, ahora como un siniestro bufón, con la mano invita a actores y también a público a subir para probar los instrumentos de tortura y se lleva la mano a la boca en gesto de "macanudo" como viendo la comodidad que puede provocar el uso de cualquiera de esos artefactos; frente al silencio que lo recibe se instala en el biombo y por la ventanita (ubicada paralelamente al foro) encorva su cuerpo para espiar a* Lazarillo.

Lazarillo. (*A público acercándose a Proscenio*).—¿Y este?... ¿Ustedes saben qué hace? ¿No? (*Suspira*). Yo, sí... hace como cuatrocientos años que está ahí... esa es mi edad... y donde voy... póngale la firma, lo encuentro... es tan viejo como yo, tan viejo como todos ellos. (*Le hace reverencia y* Monje *mira inmóvil, y* Lázaro *en español*). Señor inquisidor, ¿cómo está usted? (*A público*). Este no parla, ma se fica... (*Se lleva dedo al ojo*). Siempre espiando, siempre alcahuetando... mucho cuidado con él... siempre espía... y cuando no tiene a quién espiar, agarra un espejo y se espía a sí mismo... ¿les parece raro? porque... ¿a ustedes no los espía nadie, son libres, hacen lo que quieren? mejor... (*Pausa*). No... para mí, la cosa no es tan fácil... ¿saben quién soy yo?... ¿No?... Bueno... yo... (*Anunciando*). me llamo... (*Sonido de trompetas sarcástico hecho por el* Monje).

Monje. (*Burlón*).—Don Lázaro de Tormes...

Lazarillo.—Y qué... sí, soy ese... ¿acaso no está aquí, Don Bernardo de Irigoyen, o don Torcuato de Alvear, o don Samuel de Anchorena?... muy bien... yo también soy alguien... sí... yo soy... (*Señorial y pomposo*). ¡Don Lázaro de Tormes!

Monje. (*Bocina con la mano*).—Atorrante.

Lázaro. (*Se encoge de hombros*).—Puede ser...

(*Música de corte, trompetas, ahora los actores al fondo del escenario –y si es posible en alguna tarima– han colocado un biombo altísimo y ojival, que es un vitral de catedral, el* Inquisidor *va hacia allá y se coloca un alto capelo de obispo*).

Lázaro. (*Mientras majestuosamente los actores se van convirtiendo en la corte le habla al público del* Inquisidor).—Este siempre desconfía al principio... no crean... a mí me costó mucho ganarme su confianza... ya van a ver... (*En medio de las fanfarrias ahora el obispo se pone una gran capa roja cuajada de piedras preciosas falsas y ahora toma un báculo, luego que se pone en las manos muchísimos anillos mientras por detrás los actores (que al principio del monólogo del* Lazarillo *se alejaron del centro del escenario) ahora entran majestuosos convertidos en la corte y van hacia la plataforma de atrás; allí se sienta ahora el rey con una gran capa de armiño, teniendo una enorme espada entre las manos y las piernas, y una corona y una gran cruz de alcatrava al cuello; también sus manos están enjoyadas y sus zapatos como los del obispo, los de* Lázaro *y*

los de los demás, son esos, puntiagudos y payasescos, amarillos y rojos, o el traje de arlequín que todos tienen abajo y que nunca se sacarán. Hacia el obispo y el Rey (que forman un grupo escultórico) dos caballeros vienen con una parihuela; tienen largas capas negras con alamares dorados y cascos de conquistadores con plumas, uno tiene un largo acero y el otro un arcabuz terciado a la espalda, sobre la parihuela llevan una imagen de la Virgen María que tiene un corazón de Jesús atravesado de espadas y en un hombro la paloma del Espíritu Santo, todo tiene un lujo agobiador y esplendoroso, el Rey baja del trono y se arrodilla ante parihuela, también caballeros y obispo suenan lentas campanas, entra otro de los caballeros arrastrando a un indio que es un actor con una vincha y cubierto de pieles, el indio arrastra una bolsa llena de cosas, el caballero arroja al indio a los pies del Rey, luego saca su acero, cortajea el aire sobre el indio en la señal de la cruz tomando posesión de él mientras el obispo lo bendice, luego el indio a una señal que le hacen, pasivamente, saca papagayos de oro y plata de la bolsa, el caballero se los ofrenda al rey que se los ofrenda a la Virgen, el caballero le entrega un collar de porotos que remata en cruz y luego agarra al indio le da una patada en el culo y lo echa. Resuena una música de corte y aparecen las damas con sus hermosos trajes hacia las que van ahora el rey, obispo y caballeros. Se hacen reverencias y bailan, los caballeros llenan a las damas de joyas con voluptuosa ostentación. Entra un paje y ahora reparte, con cierta lascivia, trozos de comida muy grandes y damas y caballeros comen ahora mirándose a los ojos. Lo hacen con un aire sensual y casi obsceno, comiéndose unos a otros con los ojos y la lengua toqueteándose y manoteándose con todos los sentidos menos con el del tacto).

Lázaro. (*Mira todo eso y dice a público*).—La pasan bien, eh?... y... es la corte.

(Inquisidor *desde el baile mira fulminante a* Lázaro *y golpea con su báculo sobre el piso*).

Lázaro.—Qué... ¿dije algo malo yo?... (*A público*). Simplemente que esa no es mi historia... esta es toda gente bien, cristianos viejos, gente muy fina, gente de pro...

Inquisidor. (*A público*).—Es muy instructiva esta historia, ustedes verán cómo Lázaro también llegó...

Lazarillo.—Y ustedes... (*Amenazador ríe*). Ojo, si no se cuidan... también van a llegar...

Inquisidor.—¿Cómo si no se cuidan?

Lazarillo.—¡Señor mío!... ¡me extraña!... hace 400 años que nos conocemos... ¿por qué tan suspicaz? Van a llegar lejos... ¿o no? Si siguen sus consejos...

Inquisidor. (*Inapelable*).—Lázaro... Mirá, querido... a la tercera vez que yo golpee... se acabó la función... así que cuidate con lo que decís... ¿querés?... Mirá que por ahí andan diciendo que ni siquiera sos de acá...

Lazarillo.—¿Pero qué dije?

Inquisidor.—No me vengas con jugarretas... (*Cruel sonrisa*). ¿Querés ir a Berlín?

Lazarillo. (*Se asusta*).—¿Ya? No, no... a Berlín no, de nuevo no: ¡si recién salí!...

Inquisidor.—Portate bien entonces... (*A público*). Berlín... es una forma de decir... Berlín es el infierno... y de vez en cuando, yo saco a este atorrante del infierno para que tome aire... y para que les cuente cómo uno se convierte en un hombre de bien... pero al primer amago... a la primera pavada que diga este infeliz. (*Se enfurece*).

(*Los actores en sus vestiduras miran expectantes*).

Lazarillo.—Si no fuera por este infeliz... (*Se golpea el pecho y con rencor sarcástico*). Esos que están ahí, en la corte, todos los grandes señores... de ellos ¿quién se acordaría? ¿eh? Sin mí, sin mi origen oscuro, ¿quién es usted? Si usted sin mí no es nadie. (*Definitorio*). Yo estoy aquí, les guste o no les guste... Y me van a aceptar, porque yo soy...

Inquisidor.—Si te ponés así yo te diré que hago así... (*Hace sonar sus dedos*). Y no sos...

Lazarillo.—¿Ah no?... (*Canta desafinante*).

Ya no hay España sin mí
y sin toda mi familia
sin mi señora madrina
que se llama Celestina
Ay, ay, ay, ay (*Bis*).

Inquisidor. (*Ríe*).—Eso dices tú... si no fuera porque sé cómo termina tu historia...

Lazarillo.—Mi historia es que estoy vivo, y para siempre... (*Mientras los actores vuelven a su tarea y preparan los próximos arreglos*

escénicos). Y tan vivo estoy que recorrí el mundo con todos ellos mis actores... y ahora llegué aquí, a este teatro, para contarle mi cuento que pasó allá, por el mil quinientos y tantos...

Inquisidor.—Cuando los gloriosos reyes católicos ya habían descubierto el Nuevo Mundo...

Lazarillo.—Y los querandíes ya se habían comido a don Pedro de Mendoza... (*A los actores*). A ver, rapidito. (*Los actores traen una galera*). Acá, muchachos... (*Alza las manos*). Atención. (*Los actores con la boca hacen redoble de tambor*). Nada por aquí, nada por allá... (*Mete las manos en la galera*). ¿Saben de dónde salgo yo? (*Saca un títere*). De este señor... (*Muestra*). Aquí está mi papá... mucho gusto. (*Saludo de papá*). Don Tomé González para servirles... (*Cabeza con brazo que sostiene una espadita*).

Inquisidor.—Marrano viejo...

Lázaro. (*Alza en la otra mano una bolsita*).—Bueno. (*En chanta*). Papá fue un luchador... (*Mima un ataque del títere con su espada contra la bolsa*). Luchaba contra las bolsas de harina... les hacía cada agujero... y si no, no comíamos... Es que mamá y yo moríamos de hambre de tal forma... en fin... mi papá después se murió y estoy seguro que está en el cielo, ¿en qué otro lado puede estar? ¿No dicen Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos? (*Guarda ambos títeres en la galera*). Y mi mamá por ahí debe andar también... (*Saca un muñeco y le hace una reverencia*). Salude a la gente, mamá... Antonia Pérez para servirles. Para lo que manden. La pobre me tuvo con tanto apuro que un poco más y nazco en medio del río Tormes. Y cuando se murió mi papá, en forma por demás oscura, mamita me llevó a Salamanca. (*Saca una tabla de lavar y muñeco lava contra la tabla*). Y ahí andaba ella por las caballerizas, lava que te lava la ropa de los cuidadores de caballos y de los estudiantes hasta que un día... (*Guarda la tabla de lavar y los actores le ponen el títere de un negro*). Conoció a un negro...

Inquisidor.—Un moro, seguramente un hereje.

Lazarillo.—Ah, eso no me consta... (*Los dos títeres coquetean*). Aquel hombre entraba en casa por la tarde y se quedaba mucho, mucho... y sí... se iba por la mañana siguiente... pero como con su llegada yo empecé a comer, qué quieren que les diga... yo empecé a quererlo... y cuando no venía lo extrañaba... mi estómago hacía ruiditos,

le llamaba... la cosa es que al tiempo, mi mamá vino a darme un negrito muy bonito. Pero cuando creció... (*Los actores le sacan los títeres de la mano y le ponen uno de negrito*). Y vio a su padre que era muy negro y a nosotros tan blancos, él, que no tenía espejo, se asustaba, y salía corriendo el negrito cada vez que llegaba su padre... y el negrito gritaba "mamá, el cuco, el cuco"... ¿Y cuántos debe haber en el mundo que persiguen a otros, porque no se ven las caras a sí mismos... eh?

Inquisidor.—Dale con las púas vos... así terminó el negro de tu padrastro, igual que tu papá... a los dos los persiguieron por lo mismo... robar, hurtar, rapiñar...

Lázaro.—¿Y qué... acaso en la época de mi cuento los frailes eran mejores?

Inquisidor.—Algo habrá hecho el negro...

(*Un actor se saca la camisa y queda en cueros, toma un antifaz de negro y se lo coloca arrodillándose, otro toma un látigo y se pone una capucha y lo sigue a través de todo el escenario golpeando con el látigo contra sus talones y así lo impulsa a caminar y el castigo durante el siguiente parlamento llega al paroxismo*).

Inquisidor.—Algo habrá hecho para recibir cien azotes, para caminar de rodillas por la ciudad... algo habrá hecho para que después, en las heridas le hayan untado con grasa y les hayan prendido fuego. No es por nada que se hacen esas cosas... (*Las dos figuras cruzan el escenario*).

Lazarillo.—¿Usted cree? El negro se murió gritando, y con mamá fuimos a dar a un mesón, un boliche infecto y allí se terminó mi vida de familia... (*Actores preparan una mesa a la que ahora se acerca una actriz y* Lázaro, *y se sientan, tanteando entre el* Ciego *con su palo*).

Madre.—Por aquí, señor ciego. (*Un actor entra trayendo al* Ciego *que se desprende sombrío del actor. La* Madre *va a buscarlo, pero él la aparta de un palazo y se va abriendo camino por su cuenta tanteando con su bastón finalmente llega hasta la mesa, y con el bastón tantea sus patas hasta que tanteando llega hasta* Lázaro. *El* Ciego *tiene los ojos en blanco y mira perpetuamente hacia arriba como si con la purulencia de sus ojos pudiera distinguir las diferencias entre los putrefactos olores que desprende su cuerpo desafecto al baño, y al aire que respira*).

Madre.—Señor ciego... voy a darle a usted mi perla, mi niño...

Ciego (*Que sigue tanteando, llegó impersonal a la cara de* Lázaro *y con su mano nudosa y roñosa lo tantea.* Lázaro *siente su olor a caca vieja y reseca y tiene un instintivo rechazo de niño asustado*).

Lázaro.—Qué olor tiene este tío... (*A público mientras el* Ciego *lo manosea*). Yo era tan niño cuando lo conocí...

Ciego. (*Tanteando sin sensualidad, sino más bien como se toca una mesa, a* Lazarillo).—¿Come?

Lazarillo.—Cuantas veces pueda, yo... ¡siempre dispuesto!

Madre. (*Interrumpiéndolo alarmada*).—¿Comer, que él come? No, si vive del trino, del aire, de la satisfacción de estar con usted...

Ciego. (*Con las dos manos ahora le abre la boca y la tantea*).—Buen diente, ¿eh?

Lázaro. (*Muy animoso y estúpidamente orgulloso*).—Taque usté, taque usté, ninguna muela me falta... (*Con la boca abierta y mostrándola se golpea la dentadura con un puño*).

Madre. (*Preocupada por la revisación*).—¿Lo lleva? (*Pausa. El* Ciego *se queda callado mirando el aire como siempre*). ¿Lo toma usted por sirviente?

Ciego.—No

Madre. (*Desesperada*).—¿No?

Ciego. (*Sentencia*).—No por sirviente, sino por hijo... (*Le golpea el lomo sopesándolo como a un animal*).

Madre. (*Se acerca a* Lázaro *con dolor.* Lázaro *la mira y ella le acaricia la mejilla. La* Madre *vuelve la vista y se sienta en la silla, atravesada por encontrados sentimientos. Mira al* Ciego*, luego a* Lázaro*, sufre su futuro,* Lázaro *se arrodilla a sus pies y posa su cabeza en el regazo. Ella lo acaricia*).

Madre. (*Canta*).—

Adiós, mi niño, ya no te veré más.
Procura ser bueno y Dios te guiará
al arro rro rro rro rro (*Bis*).
Bendita, Bendita sea la madre que te parió (*Bis*).

(*Coro musita la canción a boca chiusa se acerca suavemente a* Madre *y a* Lazarillo. *Levanta a ambos.* Madre *toma el brazo del* Ciego *y se lo pone a* Lazarillo *en el hombro. En un momento duda y besa, y se aferra como una leona a su cachorro, a su hijo. Pero los actores muy suavemente*

se la van llevando como a una enferma, como a una vieja, como a una derrotada, como a la viuda de un velorio).

Ciego. (*Cuando se apaga la canción azuza con su mano al* Lazarillo). —Ala, ala...

(*Empiezan a caminar uno detrás de otro en el lugar. Desde el lugar de los trastos en que desaparecieron los actores ahora aparece un actor con gran casco de toro detrás otro que hace sus patas traseras. El primero se agacha y ahora una gran manta de esas que usaban los caballos de los señores medievales cuando iban a los duelos, cubre a los dos. Parece una figura entre medieval y surrealista. Los dos actores hacen el toro que con la cabeza baja como los toros parece dispuesto a embestir y se acercan ahora hacia* Lázaro *y el* Ciego).

Ciego.—Lázaro.

Lázaro.—¿Sí?

Ciego.—¿Cuánto falta, hijo?

Lázaro.—¿Para qué?

Ciego.—Para el puente que está al salir de Salamanca.

Lázaro.—Aquí está, mi amo.

Ciego.—¿El puente ese que tiene un toro en la entrada?

Lázaro.—Sí...

Ciego.—¿Pero el toro de piedra?

Lázaro.—El mismo, señor...

(*Lentamente el toro llega hasta ellos y se para*).

Ciego.—Lázaro, acerca tu cabeza al toro.

Lázaro. (*Lo hace*).—¿Y para qué?

Ciego.—Escucharás un gran ruido...

(Lázaro *intrigado lo mira y luego agachándose más se acerca al toro*).

Ciego.—¿Ya está?

Lázaro.—Sí.

Ciego.—¿Pero cerca?

Lázaro.—Muy cerca

Ciego.—¿Bien cerca?

Lázaro.—Más imposible. Pero... (*Trata de escuchar y no oye nada*).

(Ciego *tantea despacio la cabeza de* Lázaro *que escucha y luego la del toro, ahora va girando para ponerse detrás de* Lázaro *y de frente al público. Ahora toma con una mano el casco del toro y con la otra la cabeza*

de Lázaro, *y como si fueran dos piedras las golpea. El toro queda incólume pero* Lázaro *pega un grito tan feroz como el golpe que el* Ciego *le aplicó, y cae retorciéndose de dolor y agarrándose la cabeza.* Ciego *ríe*).

Ciego.—Oro, plata... eso no te puedo dar... pero consejos... (*Entre los gemidos del* Lazarillo *lo sermonea con una risa siniestra*). Aprende... el lazarillo de un ciego, siempre tiene que ser más despierto que el propio diablo...

(Lazarillo *se para furioso y toma de las vestiduras al* Ciego *que ríe*).

Inquisidor. (*Observando todo*).—¿Qué modales son esos?... Si este ciego te enseña a vivir...

(*Los actores ahora han formado un círculo y están todos de rodillas con el vitral de la iglesia detrás. Todos rezan*).

Rezo.—Bla, bla, bla, bla, bla, bla.

Lazarillo. (*A público*).—Entonces empezó mi vida que fue mi muerte.

(*Vuelve hacia* Ciego *que coloca su mano en el hombro de* Lazarillo *y ahora ambos dan vuelta en torno al círculo de los actores y entran en él. De frente al público el* Ciego *se arrodilla y con su tono ronco y profundo empieza*).

Ciego.—Salve María, madre de Dios... Ahora y en la hora de nuestra muerte... Amén.

(*Los que rezan lo empiezan a mirar*).

Ciego.—Bla, bla, bla, bla, bla.

(*Se golpea sonoramente el pecho y a medida que lo miran, más aumenta el caudal de su voz y la cantidad sonora de sus golpes en el pecho*).

Uno.—¡Qué bien que dice!

Otro.—¡Y qué sentimiento pone!...

Otro.—Y... es un cieguito...

Una. (*Se acerca intrigada y trata de interrumpirle pero el* Ciego *blablea más fuerte aún*).—Oiga Usted (*Pausa cubierta de rezos y mujer más fuerte*). Señor ciego, ¿cuántas oraciones sabe usted?

Ciego.—Bla, bla, bla. (*Sin transición y golpeándose el pecho canturrea*). Más de ciento y tantas de memoria...

Otra.—¿No tendría alguna para mujeres que no han parido?

Ciego.—Bla, bla, bla, y para las que están de parto también, y para las malcasadas y las malqueridas.

Otra.—¿Y para el dolor de muelas?

Una.—Una para el mal de amores...

Uno.—¿Será mujer o varón?...

Ciego. (*Le palpa el vientre a uno*).

Otro.—¿Y yerbas? ¿No tendrá alguna, cieguito?

Ciego. (*Busca dentro de su vestido*).—Tengo, tengo... (*Extiende la mano*). Y sin que nadie me diga nada, yo a cada uno le daré la precisa... porque son mágicas. (Ciego *saca una hierba invisible*). Una hierba (*Un actor saca monedas y se las pone en la mano. El* Ciego *entrega las hierbas*). Una raíz. (*A otro actor que saca monedas*). Una hierba. (*Recibe plata y da a otro*). Una raíz... una hierba, una raíz... (Lazarillo *mete la mano en momento en que el actor le pone en la mano dos monedas al* Ciego. *Y* Ciego *palpa la mano vacía*). Tú no has pagado nada... ve con Dios... (Lazarillo *rapidísimo se lleva una moneda a la boca y luego otra y se guarda una de vista a público y a espalda del actor y le da la otra al* Ciego). Bueno... toma... muy bien (*Pausa*). Lázaro...

Lázaro.—Mi amo.

Ciego. (*En voz alta*).—¿Manda alguien a rezar un Padrenuestro por un enfermito?

Uno.—Aquí...

(Ciego *extiende la mano. Uno deja caer moneda y* Lázaro *entrevera su mano y se queda con algunas y le da otras al* Ciego).

Ciego. (*Tonante*).—Padrenuestro que estás en los cielos... bla, bla, bla, bla, bla, bla.

Uno.—¡Qué sentimiento, Dios mío!...

Otro.—¡Qué alto llega ese rezo!...

Otro.—Por lo menos... esa voz... por más sordo que sea San Pedro tiene que oírla...

Ciego. (*A* Lázaro *en un aparte por lo bajo*).—¿Ya se fueron?...

Lazarillo.—Todavía no...

Ciego. (*Truena*).—Bla, bla, bla...

Lazarillo. (*Le tira la manga y susurra*).—Ahora sí que se fue el interesado...

(*Los actores se levantan y salen de la iglesia*).

Ciego.—¿Y la novena? ¿Es qué nadie manda rezar una novena? (*Muy serio y preocupado*). Tengo una en oferta... baratísima... ¿dónde está la fe, pecadores?

Lázaro.—No hay nadie, mi amo...

Ciego. (*Cuenta sus monedas*).—Lázaro... ¿qué pasa aquí?

Lázaro.—Mi amo...

Ciego.—Desde que estás conmigo, recibo menos limosna que de costumbre...

Lazarillo.—No pensará que yo...

Ciego.—¡Ay, fuente de mis males!... (*Con ferocidad se alza y abalanzándose sobre él le toma las mejillas y se las retuerce con los dedos*). En ti debe haber alguna desdicha...

(Lázaro *chilla los actores ya han puesto una mesa con dos sillas muy toscas.* Lázaro *se acerca corriendo al proscenio. Mientras el* Ciego *tanteando se acerca hasta la silla y se sienta*).

Lázaro.—Y así fue todo, durante meses... este ciego me hizo pensar que al mundo lo inventó un demonio...

Inquisidor.—Atento, Lazarillo...

Lázaro.—¿Qué hay?

Ciego.—Lazarillo, a comer...

Inquisidor.—¿Cuál es tu problema?

Lázaro.—Que paso hambre señor...

Inquisidor.—Y... ¿no oyes?... a comer... tu almuerzo...

(Lázaro *va hacia la mesa donde el* Ciego *come groseramente a dos carrillos y cuando* Lázaro *llega el* Ciego *toma un pedacito de pan*).

Ciego.—Atención, hijo... atento al juego del sapo...

(Lázaro *abre la boca ansioso y se acerca al* Ciego *que obviamente no ve y hace puntería, y le tira un trozo de pan.* Lázaro *se precipita hacia él, pero el maldito* Ciego *con una sonrisa tira el pedazo de pan que va a parar a cualquier parte.* Lázaro *se abalanza al suelo, y busca el pedacito y se lo mete en la boca*).

Ciego.—Y acá... el postre... (*Tira otro pedazo y* Lázaro *casi encima de su boca, logra agarrarlo, y mastica y traga*).

(Ciego *ahora toma una jarra de barro que saca del pequeño fardo que lleva atado a la cintura.* Lázaro *ávido lo mira tomar y ve cómo el* Ciego *con ambas manos toma el vino*).

Lázaro.—¿Vino? (Ciego *no responde y* Lázaro *ve cómo el* Ciego *toma y hace "ah" con la obvia satisfacción del que tiene sed y la sacia. Eso aumenta el hambre y la sed del* Lazarillo *que lo mira acosándolo agazapado. Lo*

ronda y trata de pescar algo pero no hay caso. Entonces, mientras el Ciego *bebe separado de la mesa, a* Lázaro*, en su desesperación, en su constante tragar saliva, en sus ojos, que se van desorbitando de hambre y su rabia por no comer, se ve que se le ocurrió una idea, mientras se le hace agua la boca mirando al* Ciego*, toma la mesa y muy cuidadosamente la separa. Frente al espectador queda el* Ciego *sentado en su silla.* Lázaro *ahora se sienta debajo del* Ciego *entre sus piernas y se refriega las manos*).

Ciego. (*Sorprendido*).—¿Lázaro? (*Con una mano le toca la cabeza*). ¿Qué buscas ahí? (*Baja la mano hasta su bragueta*).

Lázaro.—¡Qué frío hace aquí, tío...! (*Pausa*).

Ciego.—No lo siento...

Lázaro.—Y... el pan, el vino... eso calienta la sangre tío...

Ciego.—Lázaro... oye mi consejo... siempre hay que quedarse con un poquito de hambre... Esos que comen como cerdos y eructan... nunca seas como ellos. (*Toma*). Liviano, hijo, liviano hay que estar para recibir siempre la gracia de Dios...

Lázaro. (*Mira desesperado cómo el otro come*).—Sí, mi amo... (*Acurrucado entre sus piernas saca un fósforo y lo prende y en tono alto le dice al público*). En aquella época fósforos no había... pero... licencia poética... (*Acerca el fósforo a la jarra*).

Lázaro.—Qué calorcito... ¿eh?

Ciego.—Ese calor de hogar que te faltaba...

(*El fósforo agujerea la jarra. Ahora* Lázaro *abre la boca y por el agujero le cae el vino invisible en la boca. Durante un segundo el* Ciego *toma y traga por arriba y* Lázaro *hace lo propio por abajo*).

Lázaro.—Sepa, tío, que aunque usted sea ciego me alumbra y hasta me adiestra en esta carrera del vivir...

Inquisidor.—Eso, Lázaro... hay que ser agradecido... callar y esperar y aprender. Ya llegará tu momento no se llega así nomás adonde tú has llegado... Y por eso tu historia es tan instructiva.

(Lázaro *se levanta de entre las piernas del* Ciego *y mientras tanto los actores ahora entran más sillas y el biombo que representa un mesón con jamones y vinos, que cuelgan de una blanca pared, también una parrilla. Los actores traen otra mesa. Mientras cantan junto con el* Lazarillo).

Lázaro.—Claro que es instructiva (*Canta con el ritmo de circo cínico y canallesco y burlón*).

Cuando vine al mundo.
mi mamá me dijo
que tenía que ser bueno.
Con la venia del señor censor
mucho aprendí andando con el ciego.
Coro.—
Para todos los que están aquí
tenemos una linda moraleja
se puede llegar, se puede triunfar
siempre que la trampa sea discreta.
Monje.—
Día a día el ciego te enseñó
la libertad que hay para hacer cosas
siempre respetuoso de la ley
todo lo hará tu libre iniciativa.
Lazarillo.—
Muerto de hambre siempre caminé
(*entre hablado y cantado*) y pellizqué del ciego la comida
hasta que a un mesón un día llegué
(*suave*) y perdí señores, la partida

(*Suena la guitarra y los actores se sientan a la mesa. Uno de ellos puntea el instrumento y muy suavemente en el tono de media voz en que termina lo anterior, canta*):

Guitarra del mesón
que hoy suenas jota
mañana petenera
guitarra del mesón
del caminante
que espera oír
un aire de
su tierra.

Ciego. (*Tanteando*).—Lázaro... llevame al asador... (*El* Ciego *saca una enorme y larguísima longaniza de sus ropas*).

Lázaro. (*Mira la longaniza con fruición y asombro y frescura casi obsceno*).—¡Qué longaniza! (*Y comenta mirando al público*). ¿Y en cambio, yo qué tengo? (*Sombrío y cómico a pesar suyo saca un nabo*). Un nabo...

(*Acerca al* Ciego *hasta el asador. El* Ciego *sostiene la longaniza y no la suelta ni por joda. La pone en el asador. Sigiloso* Lazarillo *pone su nabo al lado*).

Ciego. (*Suelta la longaniza para rascarse el culo*).—Lázaro, trae vino. (*La agarra de nuevo y le da moneda con la otra mano*).

(*Pero* Lázaro *aprovechó y hace el cambiazo: Saca la enorme longaniza y le pone el nabo a mano. El* Ciego *tomó el nabo y ahora lo da vueltas y más vueltas.* Lázaro *le da un mordiscón a la longaniza, y se acerca al mostrador y pide vino. Mientras tanto sigue comiendo a grandes bocados la longaniza y hasta se atraganta con ella. La longaniza en realidad es una especie de larga serpiente de cotillón que se va acortando a medida que* Lázaro *la devora a toda velocidad y mira al* Ciego *que revuelve el nabo con la mano.* Lázaro *se atrapa un eructo con la mano, y sigue tragando y tragando. El mesonero le descuelga una botella de vino y se la pasa. Un actor le pone al* Ciego *una larga nariz con antifaz*).

Ciego. (*Saca un pan de cotillón y mete dentro el nabo de cotillón*).

(Lázaro *viene corriendo y jadeante más por la nerviosidad de su veloz comerse la longaniza que por la distancia recorrida. Arriba con el vino el* Ciego *abre tremenda bocaza y muerde. Al hacerlo da un grito*).

Ciego.—¡Ay! ¿Pero qué es esto, Lázaro?

Lázaro.—¿Mi amo?

Ciego. (*Escupe*).—¿Qué has hecho?... (*Se para y le retuerce la mejilla con sus dedos salvajes y crueles*). ¿Qué has hecho?...

Lázaro.—Nada, nada,... ¿de qué me acusan? Si vengo de traer el vino... alguno habrá sido pero yo no...

Ciego.—No, que no he dejado el asador de la mano... que no he dejado la longaniza... ¿Y dónde está ahora, eh? Demonio, canalla, rufián, ruin... ¿así me pagas lo que hago por ti?...

Lázaro.—Yo juro y rejuro.

(*Los hombres del mesón se vuelven hacia ellos y miran*).

Ciego. (*Le abre la boca y le huele*).—A ver, Lazarillo, a ver, maldito... maligno, infecto, sucio, maloliente, mezquino, ladrón, fariseo, mal rezador... (*Le va abriendo más y más la boca con sus poderosas manos y mientras lo insulta, y* Lázaro *se resiste.* El Ciego *mete más y más su larga nariz dentro de su boca y* Lazarillo *comienza a sentir arcadas, y trata desesperadamente de librarse pero el* Ciego *tiene como garfios y todo*

es inútil. Los actores de las mesas observan malignos hasta que de pronto con una gran arcada el Lazarillo *pone sus dos manos sobre la boca, se tuerce y vomita sobre la nariz del* Ciego).

Ciego. (*Se saca la nariz postiza y grita triunfante*).—Aquí está la longaniza... (*Por un truco a la nariz le nace una larga longaniza de cotillón*).

Un actor. (*Ríe*).—Volvió a su dueño...

Otro.—Muy bien... a cada uno lo suyo...

(*El* Ciego *lo pellizca, lo patea, le pega con su bastón al* Lazarillo *que llora*).

Otro.—Tonto, ¿Por qué no le comiste la nariz? ¿Longaniza con nariz de ciego? ¿Hay plato más sabroso que ese?

(*Grandes risas. Y* Lázaro *llora*).

Inquisidor. (*Sermón de domingo a la mañana a* Lazarillo *y Público*).—¿Podía pasar de otra manera? ¿Podía este niño pervertido, robar impunemente la longaniza del cieguito? La respuesta es este notorio ¡no! y me alegra que llore, me alegra que no repita ese gesto de rebeldía del principio, ¿por qué las lágrimas, hijo mío? Que el que llora se arrepiente, que el que llora no se rebela, que el que llora será consolado... y como esto me tranquiliza... comprendo, aunque no justifico lo que pasó mucho después, en un día de lluvia, cuando Lázaro y el ciego andaban por la villa de Escalona, en la provincia de Toledo...

(Ciego *y* Lázaro *se paran y los actores retiran en el interín mesas y sillas.* Lázaro *y* Ciego *caminan sobre el lugar; mientras lo hacen,* Lázaro *le habla al público*).

Lázaro.—El día aquél era lluvioso, habíamos pedido limosna, y el ciego andaba rezando bajo unos portales para no mojarnos... pero se venía la noche la lluvia no cesaba y entonces el ciego...

Ciego.—Lázaro, esta lluvia me moja los pies... (*Quejoso*). Y me siento viejo... ahora es invierno y es malo que los viejos anden con los pies mojados... Ahora es invierno también en mis huesos y ando solo... (*El* Ciego *parece avejentado, aterido, indefenso, pero asqueante*).

(*Aparece un actor que se para en el medio del escenario convertido en una especie de gargola o de tótem*).

Ciego.—¿Y sabes hijo? (*Quejoso*). No tengo a nadie en el mundo más que a ti... (*Lloriquea*). ¿A quién le gusta morir en medio de la lluvia,

en medio de la calle? (*Lloriquea*). Después dirán pobrecito un ciego limosnero... y ¿adónde terminaré? en el basural... ¡Ay estas várices!, ¡ay este reuma!, ¡ay estas piernas que no quieren caminar, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!...

Lázaro.—Vamos a una posada.

Ciego.—Sí, que desfallezco...

Lázaro.—Tío... hay un arroyo aquí, en medio de la calle.

Ciego. (*Hilo de voz*).—¡Ay!... qué chuchos... ¿Y es muy ancho?

Lazarillo.—Muy, muy ancho... pero por aquí... (*Lo va acercando hacia el actor*). La cosa va mejor...

Ciego.—¿Por aquí podemos cruzar?

Lazarillo.—Es lo que busco, tío, un lugar seco...

Ciego.—¿Un lugar para cruzar sin mojarnos?

Lazarillo.—Claro... por aquí se estrecha mucho el arroyo y si saltamos...

Ciego.—¡Qué discreto que eres, y cómo te quiero!.... (*Llorón*). Hacen mal los pies mojados para un viejo.

Lázaro.—Por acá, tío, por acá...

Ciego. (*Débil*).—¿Voy bien?

Lázaro. (*Lo ubica justo delante del tótem o gárgola erizada de pinches*).—Ahora, tío... baje usted la cabeza... tome impulso y ¡arremete con todas tus fuerzas!

(Ciego *retrocede un paso toma aire baja la cabeza y salta muy alto y va a dar la cabeza contra el poste tótem gárgola.* Ciego *da un grito tremendo y cae agarrándose la cabeza*).

Lázaro.—¿Cómo, y así que oliste la longaniza, pero a este poste no lo pudiste oler? (*Corre proscenio*). Y así corriendo, tomé la puerta de la ciudad y salí de allí... y al maldito ciego no lo vi nunca más... (*Da un salto*). Y, ¡iuju! ¡Me vi libre!, ¡libre!, ¡libre!

(*Pero por el otro lado entra el* Clérigo).

Clérigo.—¿Libre? Está por verse... (*Canta*).

Cuando vino al mundo
su mamá nunca le habló
(*silbido de acompañamiento*) de encontrarse conmigo
pero cuando el hambre
lo apretó vino hacia mí
este pobre pajarito.

LAZARILLO.—

Cuando al señor clérigo encontré

yo me sentí tocando el paraíso

(*Se acerca hasta el clérigo mientras un actor coloca en un costado dos arcones, uno grande y otro chico en el escenario*).

soñaba con comer, montones de jamones,

queso, pavo, dulces con chorizo...

CLÉRIGO.—Tu casa, hijo mío. (*Lo conduce hacia los arcones*).

LÁZARO. (*Entra y susurra con los ojos cerrados*).—Una casa... (*Toca con las manos el espacio*). Acá debe haber algún tocino colgando de una viga... y mucho queso en el armario, y ¿qué voy a hacer con todo el pan que seguramente guarda el señor clérigo?

(*Abre los ojos y ve los dos arcones*).

CLÉRIGO. (*Le da una llave con gran ceremonia*).—Anda, niño, come, ¡disfruta!

(LÁZARO *se acerca al baúl grande*).

CLÉRIGO.—No... que es el mío... aquel, pequeñín como tú, es el tuyo... come, hijo... con medida, pero come...

(LÁZARO *se abalanza al arconcito y lo abre y mira adentro y se queda petrificado mirando lo que hay. El* Clérigo *en tanto abrió el suyo y sacó un gran trozo de pan y come.* LÁZARO *finalmente saca una ristra de ajos, la mira. Y mira, como Stan Laurel, al público.* CLÉRIGO *lo mira como si el otro hubiera encontrado un potosí*).

CLÉRIGO.—¿Y? Un dientecito de ajo por día...

(CLÉRIGO *de su baúl saca una enorme cabeza de carnero a la que come de espaldas a* LÁZARO *en la viva imagen de la gula y la mezquindad*).

CLÉRIGO.—Limpia, hijo, limpia...

LAZARILLO. (*Recoge una escoba que le da un actor y empieza a barrer.* LÁZARO *barre mirando a* CLÉRIGO *que come y come.* LÁZARO *se acerca barriendo el proscenio y mientras barre cuenta a los espectadores*).—Los sábados se come en esta tierra tamañas cabezas de carnero, que cuestan tres maravedíes, y se come los ojos, la lengua, el cogote, los sesos, la carne de las quijadas, y ahora que tiene los huesos roídos...

CLÉRIGO. (*Extiende los huesos a* LAZARILLO).—Ven Lázaro. (LÁZARO *se acerca y toma los huesos que lamió el* CLÉRIGO, *y se los mete en la boca y*

los rechupa). Toma, come, triunfa que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el papa.

Lázaro. (*Se acerca a público*).—Al cabo de tres meses, me puse tan flaco que me vi en la sepultura... pero ¿cómo usar de alguna de mis mañas? Si él guardaba la llave de su arcón aquí adentro. (*Muestra bien dentro de la ropa*).

Clérigo. (*Se pone de pie*).—Ven, hijo... (*Suspira*). Que hay un fiel que... (*Hace con la mano el gesto de que el fiel está casi del otro lado*).

(Lázaro *y* Clérigo *van ahora hacia unos llantos y hacia el incienso que se prendió allí atrás, donde hay hombres y mujeres con mantos negros sobre las cabezas en un coro de susurros fúnebres que entró una alta cama donde se ubicó el moribundo; a su lado, a menor altura, está el ataúd vacío. Junto al ataúd hay una regia mesa que se tiende llena de manjares y botellones de vino. Canastas con frutas: manzanas, peras, bananas. Entran* Clérigo *y* Lazarillo *al círculo de luz donde se desarrolla esta escena.* Lazarillo *le lleva la casulla y el catecismo al cura.* Lazarillo *mira al moribundo y mira a la comida.* Lazarillo *va a ponerle casulla al padre*).

Casi viuda. (*Pega un alarido al ver el gesto de* Lázaro).—¡No! ¡No le de la extremaunción! Mi Ramiro respira... ¡aún respira!...

(Clérigo *se libera rápidamente de* Lazarillo *y lo mira con reconvención, y alza la mano como para bendecir en un gesto de muda reprimenda*).

Casi viuda.—Rece por mi esposo, señor cura...

Clérigo. (*Cae de rodillas*).—Pater noster. (*Canturrea eclesial*).

Todos.—Amén. (*Contestan en mismo tono*).

(*Todos de rodillas.* Lazarillo *también y mira al moribundo y también a la mesa. El moribundo se alza en la cama*).

Casi viuda.—¡Milagro, milagro!

(*El moribundo lanza un estertor y muere*).

Ahora viuda.—¡Murió, murió!

(Lazarillo *se apresura a ponerle los hábitos al* Clérigo).

Clérigo.—Y sin confesión... (*Lo bendice*). Que Dios lo tenga en su santa gloria...

Todos.—Amén.

Clérigo.—Vamos, hermanos, al mortuorio...

Todos.—Al mortuorio, al mortuorio.

(Todos, *y* Lazarillo *antes que nadie, se abalanzan hacia la mesa, mientras la* Viuda *y otra mujer toman al cadáver y lo pasan rodando de la cama al cajón. Mientras* Viuda *trae flores y enciende cirios, bajo y sobre el cajón pone un crucifijo, todos los otros comen y toman*).

Uno.—Comer y beber, que... (*Señala al muerto*). Ahí está el fin de toda carne.

Otro.—Eso, eso... (*Come a dos carrillos*).

(Lázaro *trata de rapiñar algo pero todos los demás lo empujan, lo atropellan, lo retrasan, y apenas si puede manotear una manzana en una mano y una pera en la otra. El* Clérigo *se sienta a la cabecera y come como un león. La viuda llora sobre el cadáver,* Lázaro *se acerca al proscenio mientras muerde la manzana, mastica y traga*).

Lázaro.—Dios me perdone, pero jamás fui tan enemigo de la naturaleza humana. Yo deseaba y casi rogaba a Dios que cada día nos trajese un muerto. Si recién me vistes rezar... y malos augurios llegaron al cielo... con todo mi corazón y mi buena voluntad. Al Ramiro este que está finao lo bendigo con todas mis bendiciones. (*Da un mordiscón a la manzana*). De los seis meses que estuve con este clérigo, como veinte personas murieron y bien creo que todas las maté yo: ¡con mi oración, claro! Porque, viendo el Señor mi continua y rabiosa muerte, yo pienso que los mataba por darme a mí la vida... ¡Qué, si el día que enterrábamos, yo vivía! Y los días que no había ningún muerto... por estar acostumbrado a mi continuo ir de mortuorio en mortuorio ¡Ay cómo volvía a mi hambre cotidiana...!

(*Risas y gente que habla fuerte atrás. Campana que toca a muerto*).

Uno.—Pásame el vino.

Otro.—Y tú esa mollejita... que no es toda para ti, hijo...

Otro. (*A viuda que solloza*).—No se preocupe, señora Paquita, que está con Dios...

Lázaro. (*Vuelve exultante*).—Pero claro... (*Canta*).

Ya se murió Ramiro
ya tiene alas de ángel

Coro.—

Ya se lo llevó Dios
de esta vida miserable
Lara, lara, lara, lara, lará...

Lázaro. (*Aprovecha que los otros cantan y rapiña una copa de vino*).—Salud... (*A público*). Y que viva la muerte, que la vida... (Lázaro *ahora deja ese sitio y camina por el escenario. Se apagan las velas y los actores desarman esa escenografía y mientras el muerto se levanta y el ataúd y el lecho pasan al sitio de los trastos viejos hasta la próxima función,* Lázaro *camina y medita en voz baja*). ¿Y cómo hago yo para comer cuando no hay mortuorio? ¿Cómo llego al arcón de mi amo si se guarda la llave debajo de la piel? ¿Qué hará Dios para salvarme? (*Se acerca al sitio de los dos baúles*).

(*Actor con capa y gran manojo de llaves que hace tintinear como una campanita. Es el* Calderero. *Canturrea*). Calderero, calderero...

Lázaro. (*Súbito al cielo*).—¿Qué oigo? ¿Acaso un ángel tuyo, señor Dios mío?

Calderero. (*Canturrea*).—Calderero, calderero... abre tu mano, Lázaro, abre tu mano.

Lázaro. (*La abre y ve una llave y con ella en éxtasis se precipita sobre el arcón*).—Alabado sea el Santísimo. (*Musita mientras abre*). ¿Qué veo aquí? ¡En figura de panes, la cara de Dios!

(Calderero *sonríe y sale agitando su gran manojo de llaves.* Lázaro *arrebata un pan y lo besa y luego cae de rodillas y maravillado mira adentro del arcón sin atreverse a tocar nada. Después empieza a tomar un pan y otro pan y los hace volar por los aires como un padre que juega con su niño y con ese mismo cuidado de que no se dañen los deposita de nuevo en el arcón. Ahora los toma, los acuna, los besa, los huele con los ojos cerrados y como en pleno trasporte místico y finalmente los ordena de nuevo. Entonces toma uno y come despacio, despacio, degustándolo. Y es como si se fuera calmando un volcán dentro suyo. Ahora cierra con llave y luego salta y toma la escoba y la tira por los aires. Vuelve al arcón, lo abre, toma de nuevo el pan, le da un lacerante mordiscón y luminoso al público grita*). ¡Trágala, clérigo! ¡Trágala perro! (*Ahora el* Clérigo *se acerca y* Lázaro *vuelve a barrer con la cabeza baja tras haber cerrado con llave el arcón.* Clérigo *llega y lo mira.* Lázaro *barre.* Clérigo *huele el aire como un perro. Luego saca su propia llave y va a su arcón. Abre y mira. Mira al público como Oliver Hardy. Luego vuelve a mirar dentro del arcón y mira al cielo y cuenta en voz baja en esa posición. Luego mira para adentro del arca y cuenta allí pan por pan.* Lázaro *barre que te barre*).

Clérigo. (*Sin hablar con* Lázaro *ni con nadie en particular*).—Yo dijera, que han tomado de aquí panes... (*Cierra*). De hoy en más, para cerrar la puerta a la sospecha, los voy a contar...

(*Sale*).

Lazarillo. (*Se precipita con desesperación sobre el arcón y cae de rodillas y lo abre con su llave*).—Ay señor Dios mío, ay que veo tu rostro. (*Voz trémula*). Ay, que no oso recebillo. (*Toma un pan y le va a dar un mordisco y no se atreve y entonces le da muchos besos con los ojos cerrados y casi lloroso y sollozante ruega*). Ay mi Señor, ay mi Dios de los perseguíos y los afligíos... ¿Y qué hago ahora? ¡Ay, si no me socorréis! ¿Qué será de tu esclavo? (*De pronto abre los ojos y mira hacia arriba y escucha atentamente como si hablara con una voz de las alturas*). ¿Qué? ¿Cómo dices, Señor? (*Deslumbrado ahora*). ¡Sí, sí! (*Se precipita hacia el arca y empieza a mirarlo por fuera y triunfal repite*). Sí... (*Agarra un pan y lo roe con los dientes y luego lo guarda de nuevo en el arca y cierra*).

(*Entra* Clérigo. Lázaro *a barrer.* Clérigo *abre el arca*).

Clérigo. (*Pasmado en voz baja*).—¡Lázaro! ¡Mira, mira!

Lázaro. (*Se acerca al arcón y mira hacia adentro y hace un gesto de maravilla*).—¡Qué ha de ser!

Clérigo.—Ratones... (*Mira los costados del arcón*). Mira los agujeros. (*Pausa, luego* Clérigo *del arcón saca un cuchillo y saca el pan y sobre la tapa del arcón roe la parte que mordieron los ratones y hasta corta un pedacito. Luego le señala a* Lázaro *esas migajas*). Cómete eso, que el ratón cosa limpia es...

(*Mientras* Lázaro *traga las migajas, el* Clérigo *ahora saca un martillo y mima que clava taponando los agujeros. Luego guarda adentro todos los implementos y sale*).

Lázaro. (*Saca el cuchillo del arcón al cual abrió y ahora con mucha furia acomete al arcón hundiéndole el cuchillo hasta el mango*).—¿Una puerta se cierra? ¡Muy bien! Otra se abre. (*Del arcón saca pan y roe apresurado y guarda*).

Clérigo. (*Entra y se acerca al arcón y lo abre y mira el nuevo agujero*).—¿Qué diremos de esto? ¡Nunca hubo ratones en esa casa, sino agora!

(*La siguiente escena: De un lado* Clérigo *clavando. Del otro* Lázaro *acuchillando. Más acá* Clérigo *clavando. Más allá* Lázaro *acuchillando.*

Y así Clérigo *clavando y* Lázaro *acuchillando van girando en torno al arcón y lo dan vuelta en todas direcciones en una tarea enloquecida.* Lázaro *deja a* Clérigo *desesperado clavando y se acerca al proscenio mientras guarda su cuchillo entre las ropas*).

Lázaro. (*A público*).—Más que arcón, en pocos días y noches, pusimos a este pobre baúl tan lleno de agujeros y remiendos, que más parecía una coraza vieja, con todos los clavos y tachuelas y tachuelitas que tenía...

(*Ahora aparece un actor y mira adentro mientras* Clérigo *y ahora* Lázaro *solo se dedican a mirar maravillados dentro del arcón. Entre ambos que están de rodillas ante el arcón el* Vecino *mira entre sus cabezas*).

Vecino.—Señor cura...

Clérigo.—¿Qué dirá usted vecino de esto?

Vecino.—Señor cura, mire que en esta casa yo me acuerdo que solía haber una culebra...

Clérigo. (*Impresionadísimo a* Lázaro *que lo mira no menos impresionado*).—¿Culebra?

Vecino.—Sí, claro... y esas salen de noche... así que cuidado, cuidado...

(*Sale el* Vecino. *Ahora* Lázaro *se va a acostar cerca del proscenio y saca su llave de entre las ropas y se la mete en la boca. Lo hace cuando está de rodillas. Ahora se acuesta cuan largo es poniendo sus propias palmas por almohada. El* Clérigo *preocupadísimo ronda por los arcones con una vela y un gran garrote que le alcanzaron los actores:* Lázaro *lo oye y sonríe. Ahora con esa sonrisa de boca cerrada se va adormeciendo lentamente y mientras el otro busca, el sueño que lo acomete a* Lazarillo *es cada vez más profundo y parece satisfecho como quien hubiera cumplido con su deber y durmiera el sueño de los justos. Ahora ronca y la llave le empieza a salir de la punta de la boca. El* Clérigo *oye, alerta y tembloroso, guardián de los arcones. Pero* Lázaro *no sólo ronca sino que, a través de la llave, silba. El* Clérigo *se sobresalta*).

Clérigo. (*Susurra temeroso*).—Lázaro... Lázaro...

(*Ahora* Lázaro *abre la boca despreocupadamente con blandos labios de adolescente y víctima de su terrible sueño suena su llave pito que ahora produce unos silbidos fenomenales y se acerca el* Clérigo *con su enorme garrote y sigilosamente se viene al lugar de donde sale el silbido que es el*

sitio donde descansa LÁZARO. *De pronto deja la vela y descarga su garrote con todas sus fuerzas sobre la cabeza de* LÁZARO *tantas veces que primero* LÁZARO *se resiste pero al final en medio de gritos tremendos y llantos queda semidesmayado.* CLÉRIGO *acerca su vela a* LÁZARO *y ve la llave que le sale por la boca y con gran sorpresa se agacha y la toma, de sus ropas saca la otra. Las compara. Se acerca al arcón. Abre con una. Luego prueba con la otra*).

CLÉRIGO. (*Con ferocidad inaudita se acerca a* LÁZARO *y lo sacude y grita*).—¡Vecinos, vecinos!

(*Entran los actores*).

CLÉRIGO. (*Triunfal alza las dos llaves*).—Al ratón y a la culebra que me daban tanta guerra ya los cacé... Lázaro, ingrato con tu amo que te quiere bien, de hoy en más, ya no eres mío... (LÁZARO *está deshecho pero el* CLÉRIGO *entre las risas de la gente lo alza y lo echa de una patada*). Afuera, afuera... no quiero yo tan diligente servidor...

(LAZARILLO *se acerca a proscenio, con todos los actores mientras el* INQUISIDOR *se acerca también al grupo*).

INQUISIDOR.—¿Has visto lo que te ha pasado por no pedir como se debe las cosas?

(*Toda la compañía con* CLÉRIGO, CIEGO *y también* INQUISIDOR *se acerca a proscenio mientras* LÁZARO *delante de todos canta al público*).

LÁZARO.—

Cuando vinistes al mundo
tu mamá te dijo que
no tomes lo ajeno.
Y este Lazarillo
se esmeró
porque mamá le dijo
que sea bueno.
Toda esta desgracia le pasó
porque no aprendió la lección
el ciego, el clérigo
son hombres de bien
que no merecen este trato.
Asquean, me irritan
estos hombres de bien
y otra cosa quiero ser.

(*Cantando y haciendo piruetas los actores hacen toda una orquesta de viento con las bocas: trompetas, trombones, platillos marchan con ritmo circense por el escenario. Repiten la musiquita de vodevil hasta llegar al último estribrillo en el cual* Lazarillo *con el acompañamiento de la música de fondo y de los instrumentos que hacen los actores repite en un gran crescendo final*).

Me asquean, me irritan
estos hombres de bien.

(*Para la música y tras pausa pregunta al público*). (*Hablado*). Pero, ¿otra cosa puedo ser?

(*Gran golpe de música final*).

ACTO II

Lazarillo. (*Canta a Público*).—
Lazarillo, Lazarillo
que andas sin papá y mamá
caminando, caminando
a Toledo fuiste a dar.
Ni Dios ni la buena gente
te dieron una señal
cachorrito vagabundo
¿dónde tu casa hallarás?
Aunque el sol queme a Toledo
tú andas en la oscuridad
la caridad subió al cielo
nunca volverá a bajar.
(*Recitado*). La caridad subió al cielo
De puerta en puerta pedí
y ni siquiera me abrieron
todos decían así:
"Fuera, muchacho mendigo,
busca un amo a quien servir".
Y dónde voy a encontrarlo
me dije al ir y venir.
¿Si Dios como creó al mundo
no crea un amo para mí?
Voz Escudero. (*Invisible canta*).—Lazarillo, lazarillo...

Lázaro *se vuelve estremecido hacia la izquierda, no ve a nadie, por el sector opuesto avanza como un sueño o una visión el* Escudero*, lento, señorial, como flotante, como transparente, con su espada en bandolera, su capa al viento desgarbado, flaco y ajeno a las voces exteriores ahora avanza hacia* Lazarillo *por la derecha,* Lazarillo *ahora se vuelve y lo ve, ahora*

es el Escudero *quien de repente ve a* Lázaro *y lo mira como a un descubrimiento, los dos se miran buscándose los ojos mientras avanzan el uno hacia el otro fascinados como reconociéndose muy de adentro como iguales.*

Inquisidor. (*Desde un rincón, sonríe*).—Te dejo en buenas manos. (*Desaparece*).

Escudero.—Muchacho...

Lázaro. (*En voz baja*).—Señor.

Escudero. (*Lo dice como una afirmación suave e inapelable*).—Buscas amo... (*Se acerca y le apoya la mano sobre el hombro*). Ven.

Lázaro. (*Sorprendido*).—¿Yo?

Escudero. (*Mira alrededor no menos sorprendido*).—Y sí... tú...

Lázaro. (*Sin creerlo*).—¿Me hará usted ese favor?

Escudero. (*Sonríe y asiente*).—Alguna oración rezaste hoy, que pegó allá muy arriba. (*Señala al cielo*).

Lázaro. (*Se lleva una mano al pecho y hace una rendida reverencia*).

Escudero.—Alzate.

(*Campanas y gran tumulto. Entran los actores en bandadas payasescas dando volteretas y haciendo juegos*).

Actor i.—Dieron las ocho.

Actor ii.—¿Que ya dieron las ocho?

(*Aparecen por atrás, a derecha e izquierda, en tres grupos y montan sus mesas que son portátiles y se cuelgan en la cintura de correajes en bandolera mientras se dicen cosas unos a otros. Uno tiene una víbora al cuello, otro trae un mono y una cotorra en cada hombro y en el tercer grupo hay uno que revolea una gallina sobre su cabeza. Traen elementos de cotillón*).

Voces.—A comprar aquí, higos venidos de Indias…

—No, ¡aquí! Cebollas como lunas, pepinos como ballenas…

—Tocinos de maravilla que ni el rey come otro igual…

—Panes y peces, panes y peces…

(Lázaro *eufórico se acerca hacia el que tiene la víbora al cuello y tomando una mortadela de cotillón la alza mostrándole a su amo.* Escudero *lo ignora.* Lázaro *quiere ponerle la mortadela bajo los ojos pero el* Escudero *no le presta atención y sigue de largo. Los actores lo miran a* Lazarillo *y se ríen de él*).

Actor i.—Este tío no compra. ¿Y sabes por qué?

Actor ii.—Porque tiene en la casa las conservas de Valencia...

(*El* Escudero *no oye, por supuesto, y* Lazarillo *un poco inquieto oye las pullas mirando a los actores; entonces los actores despejan de artículos comestibles las mesas y desaparecen en el rincón de los trastos viejos. El* Escudero *camina despacio hacia el proscenio y* Lazarillo *lo sigue. Suenan campanadas*).

Lázaro. (*Tiene dolor de estómago de tanta hambre y musita*).—Las once dio el reló, vuestra excelencia...

Escudero.—Las once ya...

Lazarillo.—Eso es. (*Esperanzado*).

Escudero.—Entonces... (*Hay una pausa,* Lázaro *atento*). A misa.

(*Empieza a sonar la sombría y fervorosa música con aire de verdadero auto de fe*).

Escudero.—Me gusta ir a aquella iglesia, donde (*levanta suave los dedos y como si fuera un demiurgo hace salir del rincón de los trastos a la muerte con cara de calavera y manto negro*) está la muerte que nos recuerda lo poco que estamos en este mundo y lo mucho que debemos hacer... Está San Jorge que lucha con el dragón para siempre… (*Salen San Jorge y dragón: él con casco y espada y como a horcajadas de una hermosa cabeza de caballo mientras el dragón es un actor con una gran máscara de diablo boliviano que atrás sigue en una capa con espinas y escamas que se colocan frente a frente*)… Y el Arcángel Gabriel con su gran espada vengadora. (*Sale el Arcángel Gabriel con sus alas a la espalda*). Y la Santísima Virgen. (*Se santigua y sale la Virgen con su manto azul y el niño en los brazos*). Y el Ángel de la Comunión con sus hostias. (*Sale con su copón lleno de hostias. Y todas las imágenes como estatuas se ubican en un semicírculo al igual ahora entra el* Escudero *y se santigua*). Aquí, Lázaro, me siento sostenido por la Gracia... ¿Tú crees, pero de veras, Lázaro?

Lazarillo. (*Mira las hostias dentro de la copa*).—Quisiera que Dios mi señor no fuera tan rabioso contra mí... que el Dios de los perseguíos y los afligíos abajara un poco su mirada y aquí, me viera...

Escudero.—¿Rabias contra él? Entonces crees... yo sé que sí, con el corazón y con el alma... Estar en Dios, con eso basta, para arrancar el deshonor y la opresión del mundo...

(*La dulcísima música crece y ahora el* Escudero *se arrodilla.* Coro *canta la seguidilla religiosa de Pla*).

Coro.—
Tres personas en una
te muestran el cielo (*Bis*).
en tres personas caben
muchos misterios (*Bis*).

(Lázaro *ve el fervor del* Escudero y *al mismo tiempo los retortijones de su estómago son tan grandes que se dobla de hambre. Entonces se arrodilla y mientras continúa la canción se va acercando de rodillas hasta el ángel de la comunión y comienza a comerse todas las hostias que están encima de la copa. Luego finalmente se bebe el vino de la copa*).

Y aunque se oculten (*bis*)
está en Roma la sede (*tris*)
si, si que los promulgue.

Escudero.—Te dieron tres virtudes
en este mundo (*Bis*).
Caridad, Esperanza y Fe en el Justo (*Bis*).

Coro.—Si es que pretendes

Escudero.—Si es que pretendes

Coro.—Hallar eterna gloria

Escudero.—Hallar eterna gloria.

Coro.—Hallar eterna gloria, sí, sí
tras de tu muerte (*Bis*).

(*Paroxismo de coro y música*).

Escudero. (*Musita cantando en voz de bajo*).—Amén.

(*Los santos van abandonando silenciosamente el espacio de la iglesia y el* Escudero *y* Lázaro *quedan solos y arrodillados. Campanadas*).

Lázaro. (*Tímido*).—Ya... dieron la una, vuestra merced...

Escudero. (*Lo mira sin verlo y hace una larga pausa que incomoda a* Lazarillo *ya que no sabe qué hacer*).

Lázaro.—Eh... digo por... por vuestros servidores... que el almuerzo que vuestros servidores, no sé, digo yo, en casa, esperan...

(*Los actores se cambian en el rincón de los trastos desde donde ahora comienzan a entrar la casa del* Escudero, *quien continúa de rodillas rezando en silencio y con los ojos cerrados. El* Lazarillo *muy preocupado mira entrar la casa. Es una habitación de tres paredes y techo sobre una plataforma, un escenario dentro del escenario*).

ESCUDERO. (*Se para*).—Lázaro... a casa...

ACTOR I. (*Irónico*).—¡A la mesa!...

(ESCUDERO *muy altivo y majestuoso avanza por el escenario hacia la casa con su techo de tejas. Ahora echa atrás su capa y saca una auténtica y enorme llave oxidada que mete en una cerradura de aire. Ahora mima que abre una puerta y en el teatro resuena el chirrido herrumbrado de los inexistentes goznes; ahora* LÁZARO *entra y ve las tres paredes blancas y encaladas sin absolutamente nada: ni una silla ni una cama ni una mesa, nada. Sólo una manta arrollada en un rincón y un pedazo de madera de modo de gancho sobre la pared*).

ACTOR III.—Ni siquiera una longaniza vomitada hay aquí...

ACTRIZ.—Pobre Lazarillo, que del trueno cayó en el relámpago...

ACTRIZ II. (*Va a proscenio y canta*).—

Cuando apareció este señor
el Lazarillo grito
¡Estoy salvado!

ACTOR.—

El pobre no sabía
que su horror
con el señor
recién había empezado.
En la iglesia
las hostias se comió
y como almuerzo
era un poco magro
con agua bendita las regó
y con la gracia de Dios
no fue saciado.

LAZARILLO.—

Yo nunca encontré un amo mejor.

CORO.—

Por eso todo anduvo peor.

LAZARILLO.—

El escudero era una maravilla.

CORO.—

Pero veamos que pasó.

(*Los actores entre risas dejan de cantar y corren a ponerse sus máscaras mientras el* Escudero *ajeno a todo se saca la hermosa capa y queda al descubierto su jubón y calzas raídas y rotosas puestas sobre su traje de actor, cuidadosamente cuelga su capa del poste de la pared. También se saca la espada y con mayor cuidado todavía la cuelga del mismo sitio*).

Escudero.—Y bien, Lazarillo, aquí, dentro de todo, no estamos tan mal...

(*Como si fuera un coro de grillos en el silencio se escucha un cruic, cruic, un bombo empieza a resonar, bum bum bum bum bum. Lenta, grotesca, con el salto irreverente grosero y casi obsceno de las murgas, a los saltos, las figuras ahora pasan en fila india delante de la casa*).

Escudero.—Mira, Lazarillo, mira lo que es el mundo...

(*Son sapo, hiena, cuervo, unicornio acaracolado, ogro de un ojo, cigüeña, rata, feto, máscaras arrancadas de una pesadilla o de un cuadro de Bosch que ni siquiera son exactamente esos animales. Simplemente son monstruos*).

Escudero.—¿Ves, Lázaro?

(Lázaro *mira boquiabierto. Ahora las figuras comienzan a relacionarse entre sí* y *emiten graznidos: cruic cruic*).

Escudero.—¿Ves, Lázaro, esos mercaderes?

(*Las figuras miman ahora la acción de dar y recibir cosas*).

Escudero.—Todo se lo cambian... alfombras, pájaros, mujeres, corazones, monedas, niños... todo...

(*Un actor hace ademán de atacar a otro que se defiende a chillidos. Con un graznido feroz ahora otro ataca a su compañero y este no atina a defenderse, por lo que el primero lo despedaza. Todo entre graznidos de odio, de pelea, de desafío, de celos, de deseo, en un aquelarre que crece y muere*).

Escudero.—Eso es el mundo, Lázaro... ¿qué son, qué quieren? Fíjate en esas caras... ¿para qué viven? Cuando dejen este mundo, ¿qué dejarán? Si no tienen honra, son polvo que vuela sin sentido. (*Se enfurece*). ¡Quién no los humilla, quién no los pisa, quién no les pone cuernos! ¡Si no tienen nada adentro! ¿Y acaso les importa? Si no se respetan... son como animales... se vuelven animales...

Lázaro.—¿Y quién no, mi amo? ¿Cómo impedirlo? ¿Qué no hacemos por hambre? ¿En qué no nos convertimos?

Escudero.—Ah... no... yo te hago saber que a mí nadie me faltará, en ningún instante, el respeto... ¿A quién se debe un hombre honrado? A su honor...

(*Los actores durante los parlamentos del* Escudero *han ido desapareciendo y una luz mórbida y rojiza cubre el escenario. El bombo carnavalesco ahora se convierte en un tambor, sordo, sórdido, militar. El* Escudero *se calza la espada a la cintura y ahora se queda inmóvil con los brazos en jarras, desafiante se pone la capa.* Lázaro *se adelanta al público*).

Lázaro.—Ese año era estéril de pan y había mucha hambre; entonces, el ayuntamiento de Toledo ordenó a todos los pobres, que éramos extranjeros, abandonar la ciudad... al que no lo hacía... se le daban azotes...

(*Por derecha aparece el* Encapuchado *con un gran látigo en la mano, que con prepotencia hace resonar secamente sobre el escenario. Tiene un sayo negro con una gran cruz a la espalda. Es diferente a la cruz y a la espada que están en el escudo de la Santa Inquisición y que adorna la espada del* Inquisidor).

Lázaro.—Y así vi llevar a una procesión de pobres azotados por las calles.

(*El* Encapuchado *se acerca a la casa del* Escudero *y golpea feroz contra el aire y los aldabonazos resuenan sombríos por todo el teatro*).

Lazarillo.—Y aquel día ese cortejo que sembraba abstinencia y silencio, tristeza y espanto, llegó a la casa de mi amo...

Escudero. (*Con su increíblemente esplendorosa nobleza grita*).—¡Qué quieren esos falsarios!...

(Lazarillo *entra subrepticiamente en la casa y se esconde detrás del* Escudero. Encapuchado *golpea de nuevo.* Escudero *abre la puerta*).

Encapuchado. (*Prepotente casi lo atropella para entrar y adentro hace resonar su látigo*).—Delataron que hay un pobre aquí, y que está oculto...

Escudero.—¿Qué forma es esa de entrar en mi casa?

Encapuchado. (*Ignorando al* Escudero, *señala con el látigo a* Lázaro).—¿Quién es aquel?

Escudero.—¿Qué? ¿Sabes con quién estás hablando? (*Desenvaina su espada*).

Encapuchado. (*Cínico*).—Qué dije, señor, de tan malo... sólo dije que quiero a ese... (*Señala con fruición a* Lázaro).

Escudero.—En guardia, villano ruin... infeliz... (*Con dos pases de su espada hace saltar el látigo de la mano del* Encapuchado *que recién repara en la espada del* Escudero).

Encapuchado.—Pero ¡qué! ¿Sabéis lo que estás haciendo? ¿Sabéis contra quién alzas tu espada?

(Encapuchado *desenvaina su espada y arremete contra el* Escudero. *Luchan y las espadas se sacan chispas pero el* Escudero *en una arremetida feroz de una lucha que ya sale de la pieza y abarca todo el escenario desarma al* Encapuchado *y ahora este trastabilla, cae y el* Escudero *como si el otro fuera el demonio le presenta el pomo de la cruz de la espada, ahora el* Escudero *recupera el pomo del arma y como si fuera un brochette le arrebata la capucha al aterrado* Encapuchado *y queda al descubierto su cara de lagarto. El* Encapuchado *tiembla y no puede quitar la vista de la espada*).

Escudero.—¿Así que, así entráis en una casa? (*Ordena*). Saluda como se debe...

Encapuchado. (*A una señal se levanta y hace una reverencia*).—Besoos, señor, las manos...

Escudero.—Ahí vamos mejor... así que queréis a este... Nunca lo tendrás... Que esta espada libera y tiene honra, villano ruin... (*A* Lázaro). ¿Ves, Lázaro, cómo hay que tratar a esta basura? ¿Ves el idioma que entienden?

Encapuchado. (*Maravillado musita*).—¿Pero qué tiene, señor, esa espada?

Escudero.—¿Ves que es mágica esta espada que fundió el gran Antonio?

Encapuchado. (*Más maravillado y aterrado aún*).—¿El gran armero de España, ese gran mago?

Escudero.—Y ahora... fuera... antes que esta espada mágica, honrosa y cristiana vieja te parta en dos como a bosta seca... (*Le golpea en las nalgas con la espada*). ¡Abur!

(*El* Encapuchado *sale corriendo*).

Escudero.—Así has de tratarlos... que todos te hablan de casta y de linaje, de orden y de religión y ¿qué buscan? ¡la rapiña!... ¡Ah, si tuviera mis bienes, Lazarillo, si los tuviera...!

Lázaro.—¿Y cuáles son vuestros bienes, mi señor?

(Lázaro *y* Escudero *se sientan en el suelo y dialogan*).

Escudero.—Lazarillo, has de saber que yo tengo allá, en Castilla la Vieja, un solar de casas, que a estar esas casas en pie, y bien labradas, valdrían más de 200 mil maravedíes... pero uno de estos que mucho cacarean de cristiano viejo y linajudo, me las robó...

Lázaro.—¿Y por qué lo dejásteis, señor?

Escudero. (*Se para y camina*).—Y eso no es nada... que tengo un palomar, que a no estar caído como está daría cada año más de 200 palomos...

Lázaro.—¿Y a qué habéis venido aquí, señor escudero?

Escudero.—Eso me pregunto yo...

Lazarillo.—¿Y un caballero a quien servir no lo encontrásteis aquí?

Escudero.—Caballeros... bah... ni aquel que me despojó de lo mío ni estos de aquí lo son...

Lazarillo.—¡Qué! ¿Ya no hay más caballeros, señores de honra ya no quedan?

Escudero.—

Ay, si un señor encontrase
muy su gran privado fuese
y mil servicios le hiciese
y sus negocios cuidase.
Pero, ¿qué hacer? Si hoy en día
todo es mentir y adular
inquirir y delatar
a los de casa y de afuera.
¡Ay, que no hay más escuderos!
Lázaro, ¿sabes porqué?
Porque no hay más caballeros
desde Madrid a Aranjuez.
¿Para qué sirve el valor,
para qué sirve este acero,
de quién seré yo escudero?
No hay en España un señor.

(Escudero *toma la capa mientras entran las tres mujeres con sus sombreros y sus canastos llenos de sombreros y bonetes que ellas mismas usan y los desparraman casi a la puerta de la casa. Entran por la derecha por donde desaparece* Escudero. *Ahora* Lázaro *se acerca a la puerta y mira a las mujeres*).

Lázaro. (*A público*).—Mi señor se iba por ahí a soñar sus honras todo el día... con un palillo en la boca... (*Se acerca a las mujeres. Se acuclilla, las mujeres le dan cosas de cotillón que le llenan los brazos y así se acerca al proscenio y abre los brazos y ve cómo todo se le cae y sonríe al público*).

Cerca de casa vivían
unas mujeres que hacían
día y noche sus bonetes.
Eran sombreros que usaban
el judío en la judería,
el moro en la morería.
Cuando se fueron de España
se quedaron las mujeres
cosiendo siempre bonetes
que ya nunca nadie usaba.
Allí, entre sus sombreros,
iba yo a pedir limosna
sin que mi señor supiera
de dónde caía el pan.

(*Las mujeres se levantan, recogen sus sombreros y se van. Ahora* Lázaro *vuelve a la casa por la derecha mientras su amo vuelve por la izquierda*).

Lázaro. (*Eufórico*).—¡Tripa, tripa! ¡Tripa de vaca, señor... mollejita!

Escudero. (*Lo mira severo*).—¿Hurto?

Lázaro.—No.

Escudero.—Rapiña...

Lázaro.—No, mi señor... que la pedí...

Escudero. (*Traga saliva mientras ve cómo* Lázaro *se lleva algo a la boca y mastica y come*).—¿La pediste? (*Mira hacia afuera*). ¡Tú pides limosna! (*Mira fijo cómo come* Lázaro). Mejor que nadie sepa que vives conmigo.

Lázaro. (*Deja de comer ofendido y dolorido*).—Para vos la traje... yo... hubiera comido todo afuera...

Escudero.—Eh... ya he comido… por ahí... come tú, niño... (*Lo sigue mirando comer y se le hace agua la boca. Lo sigue mirando comer a* Lázaro *más atentamente*). Oye. (*Transición a eufórico*). Pero, ¡qué gracia tienes niño para comer!... (*Sonríe*). ¡En mi vida he visto un hombre

que de sólo verlo comer despierte tanto el apetito de la gente!... aunque ya he comido...

LÁZARO.—Probad, probad...

ESCUDERO. (*Huele*).

LÁZARO. (*Le da*).

(ESCUDERO *empieza a comer despacio, digno, mesurado, guardando las formas pero a medida que come el hambre es más fuerte y entonces empieza a comer como un desaforado y* LAZARILLO *también come a dos carrillos.* LAZARILLO *le da nuevos pedazos. A su vez el* ESCUDERO *saca una cantimplora y le da agua al* LAZARILLO*. Los dos beben y se reparten el agua. Ahora el* LAZARILLO *se golpea la panza y eructa feliz. Toma el manto y lo desenrolla*).

ESCUDERO.—Tú aquí, yo allá...

LÁZARO. (*Mientras hace la cama le habla al público*).—Ese, era un colchón tan sucio, tan duro, tan flaco que cuando te acuestas te pincha acá (*se toca toda la espalda*) como si estuviera relleno de espinas de pescado... pero para mí, después de la teta de mi mare, fue lo más tierno que tuve nunca. (*El* ESCUDERO *se acostó ya y ahora* LÁZARO *se acuesta. Los pies de uno dan en la cara del otro*).

ESCUDERO.—Buenas noches...

LÁZARO. (*Se alza de un salto*).—¡Buenos días!

(*Música suave, de amor cortés, cuyas flautas y landes anuncian la salida del sol mientras en un extremo del escenario aparecen dos mozas que están junto a un río con un canasto de merendar. La música sin letra es "No te duermas pastorcico". Ahora una voz de mujer tararea música mientras en la casa se despiertan ambos moradores y un cenital amarillo los ilumina.* LÁZARO *le ofrece a su amo agua en el cuenco de sus manos y este se lava la cara. Todo es invisible. Luego el amo hace lo propio y es* LÁZARO *quien se lava, ahora ambos se peinan el uno frente al otro como si fueran mutuos espejos. Ahora salen*).

ESCUDERO.—¡A la costa del río!

(*Van hacia la costa del río. Una voz de mujer dulcísima canta ahora la canción de amor muy lenta.* LÁZARO *lleva un cántaro de aire. Es el pretexto para el requiebro.* LÁZARO *se inclina y busca lugar donde cargar agua, así se acerca a ellas que siguen el juego*).

MUJER.—¿De dónde venís, amore? (*Con sonrisas contenidas y coqueteada indiferencia*).

¿De dónde venís amore?
Caballero de hermosura
yo se bien de dónde...
(*Esta canción se canta mientras los hombres se acercan*).

(*Amo y* Lázaro *llegan hasta ellas y hacen una reverencia y mientras continua la música ellas les responden. Ellos se sientan. El amo con una joven y* Lázaro *con otra que se levanta y con la falda alzada mima que entra al rio y quiere cruzar al otro lado y toca el agua con el pie. El agua está fría.* Lázaro *dichoso la quiere cargar pero resbala. Hace lo propio. La señora saca algo del canasto y convida a* Escudero *luego amo la alza y cruza el río con ella.* Lázaro *torpe hace lo propio.* Lázaro *le hace señas a moza que traiga algo. Moza le sirve. Este come. Luego amo se acerca a señora y la requiebra en tanto* Lázaro *juega con torpeza chaplinesca y hecha manotones a la muchacha. De pronto la besa en la mejilla. Ella ríe y le da una cachetada.* Lázaro*, de un brinco se acerca al proscenio mientras se oscurece la luz sobre amo que se acerca más a señora. Luz a* Lázaro).

Lázaro.—Nunca fui tan feliz...

(*Escena se alumbra de nuevo. Las doncellas desaparecieron. Amo ahora cruza la escena caminando solo hacia la casa*).

Lázaro.—
Miradle a mi amo venir
¡ay, qué garbo, qué hermosura!
Ni el propio conde de Arcos
puede igualar su postura.
Si hasta parece que está bien cenado y bien dormido
pero vosotros sabéis
que no tiene en los bolsillos
ni siquiera medio real.
Nadie da lo que no tiene
este es pobre, ya lo sé.
A este le tuve piedad
él tuvo piedad de mí
y Dios es testigo que hoy
cuando topo con alguno
que tiene su mismo paso
su gran pampa y su donaire

pienso en aquel escudero,
siempre altivo y muerto de hambre.
Yo quisiera que abajara
un poco su fantasía,
con lo mucho que subía
su hambre y su necesidad.
Pero está de Dios que aquellos
que sueñan con su honra altiva
y que andan por la calle
simulando gran comida
no tienen ningún remedio
y que el señor les proteja
toda su honra y su coraje
porque con esta locura,
con este mal morirán.

(*Mientras* LÁZARO *dice todo esto el* ESCUDERO *ha llegado a la pieza y desenvainando su espada le enseña a luchar en lance caballeresco, ahora* LÁZARO *va a la pieza*).

ESCUDERO. (*Al aire*).—¿Ves, Lázaro? Esta es la guardia... este el ataque, esta la estocada flamenca... y aquesta la italiana... aprende, Lázaro... aprende... (*Sigue espadeando hasta que* LÁZARO *termina su verso y vuelve a la pieza. Ahora se sienta en cuclillas contra la pared y mira a su amo quien trémulo y profético le augura*). Que un día no lejano, nos iremos de esta casa lóbrega y oscura, donde no se come ni se bebe, donde se sufre y se aguanta... Hay mansiones majestuosas, mi Lázaro, llenas de luz, encendidas de luz... y… (*Deja de espadear*).

LÁZARO.—¿A qué, mi señor?

ESCUDERO.—A pelear por el honor.

LÁZARO. (*Con amargura*).—Otra vez eso... ¿y qué es el honor, mi amo...?

ESCUDERO.—Tú... la forma en que te enciendes cuando te humillan... no lo pierdas eso, Lázaro... no lo pierdas nunca... cuando el sentimiento de la honra se apague en ti, estarás como muerto... como esa gente, como ese polvo al viento que ves ahí... (*Señala para afuera*).

LÁZARO.—¿Que yo tengo honra? Hambre dirá usted... Vuecencia se burla de Lázaro... que se llama Lázaro por su larga agonía, porque

mil veces Dios le ha quitado la vida y otras tantas cosas se la devolvió, ¿y para qué?

Escudero. (*En voz baja*).—Pero Lázaro... si tú eres de familia excelente...

Lázaro. (*Sonríe*).—Mi señor... yo nací en medio del río... y el linaje de mis padres... no preguntéis... que yo huelo la nariz del señor inquisidor por aquí... o el alguacil que caza rateros... herejes o criminales, ¿qué se yo? Lo que sé, es que tengo un hambre rabiosa y que soy extranjero en Toledo y que nunca entendí, mi Dios, ¿por qué me pasa todo esto?...

Escudero.—¿Ves, Lázaro? ¿Te oyes? Esa es tu honra... es tu fe...

Lázaro.—Mi fe... (*Escupe en el suelo*). ¿Y de qué sirve?..

Escudero.—Mira cómo rabias contra tu Dios... pero lo quieres... y mira cómo amo yo a mi Cristo y a mi Santísima Virgen María... nosotros seremos distintos pero somos iguales, Lázaro... estamos juntos en la fe y en la honra como rocas... somos lo único que ese viento de afuera no se puede llevar como a una hoja... nosotros somos todavía hombres...

Lázaro.—La fe... ¿acaso puede hacer milagros? ¿Por qué no habéis conseguido que Dios tan prodigioso nos de comida?

Escudero. (*Grita*).—Lázaro...

Lázaro.—No, mi señor, si no me quejo... con ser esta casa tan lóbrega y oscura, con ser una casa donde no se come ni se bebe, está llena de luz, por vos, señor...

Escudero.—¡Lázaro! (*De pronto hace sonar sus dedos y es como si escuchara una voz aunque no se oye nada. Así como transportado susurra*). Oye, Lázaro... siento algo aquí. (*Abre la mano y se la rasca y luego la cierra*). Cierra, cierra tu mano... (Lázaro *la cierra*). Ahora... (*Como escuchando órdenes invisibles e inaudibles que recibe de alguna parte el* Escudero *ordena*). Ahora, ábrela...

Lázaro. (*Levanta su puño cerrado y lo abre y lo que ve lo llena de estupor y alegría*).—¡Aleluia, aleluia! Señor. (*Susurra y se pone de pie de un salto*). Señor... ¡un real, un real! (*Se lleva el real de aire a la boca y lo muerde*). ¡Y es de verdad... de verdad!

Escudero.—¿Ves, Lázaro, cómo Dios provee? ¿Ves que nos dio su señal...? Anda niño, compra pan y vino y carne... (*Cae de rodillas*).

Lázaro. (*Sale gritando*).—Milagro, milagro...

(*Mientras* Lázaro *desaparece por la izquierda empiezan a sonar campanas de muerto. Por derecha entra el cortejo llevando a pulso el cajón. Delante hay una mujer que llora y grita y se tira de los pelos. Todos con máscara*).

Mujer.—¿Ay, adónde te llevan, mi amor, adónde mi esposo vas!

(Lázaro *reaparece por la izquierda con las manos cargadas de cosas. Y ve eso*).

Mujer.—¡Ay, qué te vamos a llevar a esta casa, tan lóbrega y oscura, donde nunca se come, donde nunca se bebe! (*Con rabia*). Sí, ahí iremos todos, a esta casa iremos todos y cuanto antes mejor... a comer y a beber.

Lázaro.—¿Qué? ¿qué no me pueden ver a mi comer tranquilo...? ¿Será posible? (*Corre a la casa antes que el cortejo pase por allí*). Señor... señor...

Escudero.—¿Qué pasa Lázaro?...

Lázaro.—La puerta... hay una multitud que viene aquí, con muerto y todo... ¡Y todos quieren comer, hasta el muerto!

Mujer. (*Pasando frente a la casa donde* Lazarillo *que se puso con las manos abiertas para no dejarlos entrar y* Escudero *se asoma tras él y mira mientras la mujer mesándose los pelos grita*).—¿Por qué tan pronto, Señor, se acaba todo?

(*Procesión pasa frente a la casa*).

Mujer. (*Sigue*).—¿Por qué te llevan a una casa tan lóbrega y oscura?

Escudero. (*Se santigua y en voz baja a* Lázaro).—Pero Lazarillo, si van al cementerio... y a nosotros… (*Sonríe*). Todavía no nos toca... ven...

(*Mientras pasa la procesión y* Lázaro *y* Escudero *se sientan y el primero reparte la comida y ambos comen. Terminan las campanadas y con la última se está acabando la comida. El cortejo desapareció por izquierda. Ahora por derecha aparecen una mujer y un hombre con sus máscaras de cuervo y rata. Se acercan a la puerta y golpean.* Lázaro *traga con apresuramiento y mira las miguitas y se las levanta y se las come. Golpean de nuevo.* Lázaro *va a atender*).

Hombre cuervo.—Cruic, cruic. (*Entra*). Señor, que vengo por el alquiré... ya van pa dos meses que debéis... cruic, cruic...

Mujer rata.—Ji, ji, ji. (*Con un graznido*). Y también debéis la cama. (*Voz de rata*). Ji, ji, ji.

Lázaro.—Si a eso se le puede llamar cama...

Rata.—Si no os gusta, ya sabéis... Ji, ji, ji.

Lázaro. (*Se asusta*).—Mi señor... que ya veo a estos como vos los véis... aquí un cuervo... allá una rata...

Cuervo.—Cruic, cruic, son doce reales... Cruic, cruic.

Lázaro.—(*Ríe*).—¡Doce milagros más! ¿No es mucho lo que pedís al cielo?

Escudero. (*Digno*).—Callad, Lázaro. (*Los mira largo rato en silencio mientras a la mujer se le escapa gemido de rata ji, ji, ji, y al hombre como si juera un hipo o algo ajeno a sí mismo cruic, cruic, cruic, pero inevitable e inconsciente deja escapar por lo bajo graznidos quedos*). Fuera de aquí. (*Desenvaina*).

Cuervo.—Cruic, mire su señoría cruic que volveremos cruic... y no solos Cruic...

Lázaro. (*Los espanta haciendo resonar sus pies sobre el tablado*).—Vuelve con quien quieras... te sabremos recibir...

(*Cuervo y rata salen*).

Lázaro.—¿Qué hacemos, mi amo? ¿Los destruimos? Con esa espada ¿a quién temer?

(Escudero *lo mira a* Lázaro *largamente y en silencio. Suspira. Envaina su espada. Va a la pared. Toma su capa*).

Lázaro.—Mi amo... ¿Qué... nos vamos? (*Espada en mano*).

Escudero. (*Se acerca y le pasa la mano por el pelo y luego en voz baja y bajando los ojos y desviándolos susurra*).—Lázaro... espérame aquí...

(*Sale violento y rápido sin volver la vista atrás. Como un conjunto de erinias los actores con sus máscaras se precipitan sobre él desde todos los lados y cantan*).

Coro.—

Pobre Lazarillo que creyó
en las promesas
que hizo el escudero
que el mundo de nuevo
iba a crear
con el furor

y el brillo de su acero.

LÁZARO. (*Canta solo canallesco*).—
La puerta del cielo
me entreabrió
y me mostró un resplandor
pero con su fuga
sólo me dejó
en este
(*recitando, irónico, rabioso, guarango, brutal*) zoológico...

LÁZARO. (*Se acerca a público con una amargura que se va trocando en ironía. Mientras desaparecen los actores mostrando la casa del* ESCUDERO. *Aparece el* INQUISIDOR *vestido como un fraile de la merced con toga blanca y con una cara muy lasciva y relamiéndose ahora con sus ojos hambrientos mira al* LAZARILLO *mordiéndose pornográficamente el labio inferior mientras lo mira de pie a cabeza. Ahora revolotea en torno a él y se agarra las manos y mira el cielo*).—Las cosas que hay que aguantar pa vivir, su merced ni se lo imagina... (*El fraile lo abraza, lo cachetea, lo palpa*). Y este fue un frailecito, mi cuarto amo, un tío muy apasionado… (*Fraile lo toquetea*). Las manos quietas... epa... este medio... ¡Pero, dejame hablar pues!... Este me dio tantas cosas... y las que quería dar... por ejemplo me dio el primer par de zapatos que tuve en mi vida... pero tanto troté siguiéndolo que se me rompieron... ¡Que no le gusta el convento sino andá de visita y juntá monedita...! Y por eso, y por otras cosillas que no digo, escapé de sus manitos... (LÁZARO *se escabulle de las manos toconas del frailecito*). Para seguir subiendo adonde me véis ahora... (*El fraile se saca la toga blanca y se coloca una roja y se le endurece la cara. Un actor se acerca a* LÁZARO *y le da un antifaz de comedia del arte muy narigón con cierto aire de pájaro. También le viste un jubón. Que es una vieja chaqueta ajustada y después le pone un sayo, que es una casaca larga y sin botones que a medida que se la ponen* LÁZARO *se va irguiendo*). Convertido en hombre ya, y sobre todo, hijos míos, en hombre de bien...

(*El fraile ya dejó de serlo porque compone una máscara de hombre que se parece a esas caras planas adustas y unidimensionales de los santos medievales los ojos en el cielo siempre. Ahora otro actor se acerca a él y le ciñe una gran espada a la cintura. La música empieza a sonar: es un*

"Dies-irae" lleno de timbales y sórdidos y amenazantes instrumentos de viento. El Buldero *avanza ahora. El actor le dio una ristra de bulas que se las colgó al cuello*).

Lazarillo.—Y de todos los amos que tuve después, que fueron muchos... ¿Cómo no acordarme del señor buldero? (*A* Buldero). ¿Qué pasa señor buldero? ¿Por qué esa cara, por qué ese aire tristón?

Buldero.—Hombre, que nadie quiere ir para arriba... que éste es un pueblo de cabrones, de réprobos, de pecadores... (*El* Buldero *sigue caminando y ahora saca su gran espada y va golpeando con ella en el suelo como un báculo de* Ciego). Salva tu alma... compra tu salvación... comprate una bula... una bula fresquita en dos cuotas mensuales y un anticipo que recién lo firmó el Papa... ¿al cielo quieres ir pecador sin que te cueste un real? El infierno te está esperando inconsciente. (*Se acerca a público y lo arenga*). Y tú ahí, tan campante, tan tranquilo... ¿Te crees qué vivirás pa siempre? ¿Sábes lo qué es ir al Infierno pa toda la eternidad? Que no hay rebajitas ahí, que cuando diga que te vas a ir pa siempre al fuego eterno, oye que no me anda con chiquitas, ni con cuchufletas... ¿Y cuál es la salvación? (*Saca un rollo de los que le cuelgan del cuello*). Aquí está... en este documento autenticao que dice (*abre*): "Yo, el Papa, garantizo al que esto adquiera, que esta es una bula escrita para los que van a la Santa Cruzada y para los que la compren, se les garantiza una ubicación cómoda, en el Paraíso, con todas las bendiciones, y muy cerca de la diestra de Dios Padre".

Lazarillo.—¿Y qué pasa, señor buldero?

Buldero.—Bueno, que nadie compra nada... ¡y eso no es lo peor!... ¡Que además yo estuve ya por este pueblo el año pasado y me coloqué unas bulas y ahora he vuelto a cobrar las cuotas! ¡Y no hay nadie en casa!

Lazarillo.—No se preocupe, señor buldero, que si usted me toma por amo, yo hablo con el alguacil y en un soplido y un silbido, ¡qué digo!, en menos de eso... le arreglo todo...

Buldero.—Qué vas a arreglar... si ya fui a las iglesias de este pueblo y les hablé como un Santo Tomás, todo el tiempo en latín, pero los curas de aquí, no hay caso... no ponen entusiasmo, no convencen a los fieles de las bondades de este pasaporte al paraíso...

Lazarillo.—Vea usté que aquí, en la Sagra de Toledo, en este

pueblo infecto, yo tengo una experiencia hecha... y yo le digo que hablando con el alguacil...

Buldero.—Y llámalo...

(*Entra el* Alguacil. Lázaro *le habla al oído. El* Alguacil *tiene máscara hecha con parte de comidas y frutas y el bofe se mezcla con las uvas y el ananá con los chinchulines en el estilo de las cuatro estaciones de Archimboldo. Luego el* Alguacil *asiente.* Lázaro *los presenta. Le habla al oído al* Buldero).

Lázaro. (*A* Alguacil).—¿Hecho?

Alguacil.—Hecho...

Lázaro. (*A* Buldero).—¿Vamos y vamos?

Buldero. (*A* Lazarillo).—A la gente, a la iglesia, a la iglesia... (*Se lleva manos a la boca como trompeta y hace el ruido que hacen las bocinas de los Ford T. Corre a colocar el biombo de la iglesia. Entran tres actores o cuatro ya se verá. Traen biombo de iglesia. Sale* Alguacil).

Actores.—Bah...

Otro.—Otra vez este...

Buldero.—Hijos míos...

Otro más.—Que yo me voy…

Buldero.—Que la salvación está de paso, y si no la toman, ¡ay, cómo van a lamentarlo!

Alguacil. (*Entra y se santigua*).—Pero miren quién está aquí.

(Actores *lo miran y se ríen*).

Buldero.—Ilumínalos, Señor...

Alguacil.—Cuervo, cuervo...

Buldero.—Señor… (*Junta las manos*). Que después van a arrepentirse y va a ser tarde, porque van a ir de aquí derecho a la oscuridad de las tinieblas exteriores... porque van a ser excomulgados por mí si no te respetan...

Alguacil.—Cuervo, cuervo... (*A actores*). Son falsas.

Actores.—Claro.

Alguacil.—Son todas falsas esas bulas... No les creáis, no las toméis... yo, ni directe ni indirecte, quiero tomar parte de esta farsa... y si vosotros tomáis una bula, una sola de ellas, pues que yo tiro mi vara de alguacil y renuncio... que no quiero ser testigo, ni cómplice, ni arte ni parte, en toda esta falsía que hace este hombre...

Buldero.—Ay, Señor, no... Ay, perdónalo que no sabe lo que dice... Ay, no, por favor no lo castigues...

Alguacil.—Que un mal rayo me parta si tú eres buldero de verdad... Mira, cuervo... si todos esos papeles sirven para ir al cielo... y si tú traes la salvación... pues que yo me vuelva un monstruo...

(Actores *ríen*).

Buldero.—Transportado en tu divina esencia estoy, Señor... que en lo que a mí me toca yo lo perdono... y que si estas bulas son falsas que agora se abra este púlpito y me entierre siete metros bajo tierra y nunca más nadie sepa más nada de mí... Pero... si yo digo verdad, y es el demonio el que habla por boca de este pobre hombre y si es el demonio que quiere privar a todos estos fieles de este gran bien (*alza la bula*) que tu castigo de fuego caiga sobre él...

Alguacil.—Agárrate cuervo que viajarás pa abajo...

Buldero.—¿Y Señor? ¿Él o yo?

(Alguacil *ríe.* Actores *ríen*).

Buldero.—Estamos esperando aquí... muestra tu señal...

(Alguacil *se empieza a reír en forma descomunal: ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, de pronto se atraganta. Se detiene. Y empieza a toser más y más y a descontrolarse y a poner ojos en blanco y a mover la cabeza y a saltar epiléptico y a lanzar aullidos y a tirarse al suelo y a golpear con la cabeza sobre el piso.* Buldero *con los ojos en alto parece completamente sordo a todo.* Alguacil *tuerce el cuello y pega alaridos y salta en cuatro patas y se retuerce en el suelo.* Actores *lo miran asustados.* Alguacil *ruge.* Actores *se le echan encima y no pueden contenerlo. El* Alguacil *tira coces. Finalmente entre todos lo contienen y queda hecho un trapo de piso en el suelo. Los actores entonces se miran y luego se acercan al* Buldero *y obedientes sacan monedas y se las dan y* Buldero *entrega bulas*).

Buldero.—Gracias, Señor, gracias por tu señal... ¿Otra por aquí?

(Lazarillo *que estuvo mirando todo*).

Lazarillo. (*A público en proscenio*).—Y así mi amo el buldero desagotó su stock en menos de un suspiro y tanto se corrió la voz que en diez o doce lugares más adonde fuimos ni sermón hizo falta... los clientes venían solos... compraban sin mediar palabra...

Buldero. (*A* Alguacil *que ahora se recupera y va de rodillas hasta el*

púlpito o banquito donde está parado el Buldero).—Ego te absolvo... el diablo salió de ti... sin mácolas estás de nuevo, señor alguacil...

Lazarillo.—Y después, entre los tres, nos dividimos las ganacias...

(*Apagón a todo menos a* Lazarillo).

Lazarillo.—Y así, de a poco, fui aprendiendo a vivir... y tuve muchos otros amos. Y del tonto del escudero y de su honra... me olvidé...

(*Redobles de tambores*).

Lazarillo.—Y de niño me puse hombre... (*Se cala unos cuernos*). ¿Dónde están esos animales que me contó el escudero? a fe mía, no los veo... ¿Y no hay entre ustedes ningún perjuro, ningún hereje, ningún lazarillo, eh? (*Amenazador sórdido con la cordialidad de los prepotentes*). Porque si lo hay... cuidado... he llegado muy alto. Ahora, soy pregonero. (*Le dan un látigo y lo hace resonar en el suelo*). Hay mucha hambre acá, en este pueblo y hay que echar a los pobres extranjeros... que ya somos muchos, que así no se puede vivir... y hay muchos delincuentes también... y mi tarea... es… (*hace golpear el látigo*) …acompañar a los malhechores por la calle y pregonar sus delitos y su castigo... que algo habrán hecho, que bien se lo tienen merecía... Y como hombre de bien Que ahora soy, como cristiano viejo que me volví, me aposenté con el señor inquisidor.

(*Aparece el* Inquisidor *con el biombo del principio, que es el señor arcipreste de San Salvador. Entra la mucama que se acerca al biombo y lo corre de modo que el público ahora no ve lo que pasa adentro*).

Lazarillo.—Y esta que acaban de ver, que se ha encerrado con él, es mi querida esposa... mi amigo el arcipreste, como todo el mundo aquí, no pregona nada, ni vinos ni aceitunas ni nueces, ni castigo a los herejes, ni nada sin consultarme... porque como pregonero se puede decir que he llegao: soy el más alcahuete, el que más fuerte grita, el que mejor pregona, el que más vende... y por supuesto, los comerciantes de aquí, la gente de pro, hasta la gente de la corte, me buscan, me distinguen con su aprecio... vamos, que ya me tratan como a un igual... es que yo soy igual... lo dicho... llegué... El señor arcipreste es tan bueno... nos hizo alquilar una casita al lado de la suya y mi esposa se pasa el día arreglándole las habitaciones al señor arcipreste... siempre solos los dos... claro... ¿qué tiene? ¿qué hay con eso, qué tiene de malo? Estas calzas viejas que eran de él, ahora son mías... para las

pascuas siempre nos arrima su carne... nos hace regalos y nos mima, y nos cuida... y los domingos y las fiestas, casi siempre las pasamos en su casa... Pero, las malas lenguas que no faltan, ni faltarán... no nos dejan vivir y dicen no sé qué... y si sé qué... ¿y todo por qué? porque mi mujer, antes de serlo, era su criada... y todavía lo sigue siendo... y por eso se pasa el día con él... pero no falta quien ande diciendo que vio a mi mujer irle a hacer la cama varias veces al día y cocinarle en exceso y cierta vez se lo pregunté, no crean que yo me callo...

(*Sale la mujer con el* Inquisidor *que se arregla el cinturón. Desaparece mujer*).

Inquisidor.—Lázaro... quien ha de mirar lo que dicen las malas lenguas nunca va a progresar. Te aseguro que ella entre muy a tu honra en mi casa... ¿y qué tiene eso de malo? Antes fue mi criada y ahora... pues sigue haciéndome favorcicos, limpia, barre... tú me entiendes...

Lázaro.—Señor... yo ya elegí... yo quiero arrimarme a los buenos... Pero... ya que usted trae el tema... algunos de mis amigos me han dicho que mi esposa, antes de casarse, con el perdón de la palabra, había parido como tres veces...

Inquisidor.—No les creas, hijo... no le creas...

Lázaro.—No... qué voy a creer... si yo quiero vivir tranquilo y vuesa merced me ha hecho tantos favores, tantos regalos, tantas muestras de cariño que el próximo que me diga esa mentira, yo juro sobre la hostia, que no le permitiré que jamás se dude de las bondades de mi esposa...

(*Se escuchan fanfarrias y en el circular aparece una gran mesa llena de alimentos. Entonces aparece el emperador con su séquito. Por cerca del proscenio aparece mujer de* Lázaro *que tiene máscara de cerdo. Por supuesto que todos empezando por el emperador tienen máscaras. Mujer entrega capa de gran señor muy ostentosa y muy quiero y no puedo y rastacueril a* Lazarillo. *Arcipreste señala hacia la imagen del fondo. Los tres van caminando hacia el cortejo y lo integran. Sentándose a la mesa el* Lazarillo *antes de hacerlo se vuelve hacia el público*).

Lazarillo.—Y este fue el año en que nuestro glorioso emperador entró en Toledo y sentó aquí sus cortes... entonces se hicieron grandes regocijos... yo, como gran pregonero de todo lo bueno y lo santo, no podía faltar, claro... es que... como véis... yo estaba entonces, en mi

prosperidad más grande y en la cumbre de toda buena fortuna. (*Se integra a la mesa*).

(*Ahora todos comen, beben, eructan, y el circular comienza a girar y los actores a cantar. Todos esos monstruos miran al público y alegremente moralizan*):

Cuando vine al mundo
mi mamá
me dijo que
tenía que ser bueno
y por cierto mucho me costó
el comprender
qué es un hombre honesto.
Si a este banquete quiere venir
a compartir la mesa de los buenos
el diablo les traerá
y él les enseñará
cómo hacer para llegar.

(*La mesa gira y gira y los animales gruñen, rebuznan, eructan, se palmean, se muerden, se pegan, se abrazan, mientras la música crece y crece y crece. Gran apagón para el circular. Ahora los actores se sacan las máscaras y saludan al público avanzando al proscenio*).

Lazarillo. (*A público*).—Vamos, mis actores, vamos a otra parte...

(*Los actores salen, la música crece*).

FIN

Guiones para
televisión

Casita en el Tigre

[1965 | Guion televisivo para un episodio del ciclo "Historias de jóvenes", realizado en Canal 2. Dirigido por Rodolfo Khun]

LS 86 TV Canal 2
TEVEDOS

Programa: *Historia de jóvenes*
Capítulo: "Casita en el Tigre"
Autor: Germán N. Rozenmacher
Director: Rodolfo Khun
Asistente: César Cavadore
Fecha: 1965

Personajes

Luisa
Marta
Oscar
Lucho

En el comedor de la casa de Oscar *en el Tigre,* Oscar *y* Luisa *miran TV, es de noche, no se hablan, entra* María *que también se sienta a mirar; diálogo lleno de pausas.*

Luisa (*A* María): ¿Y ese café?
María (*Se para*): Lo traigo ahora, señora.
Oscar (*Mirando televisión*): ¿Baldeó la galería?
Luisa: Lo hice yo eso. (*Lo mira de reojo, breve*)
Oscar: ¿Para qué la tenemos a ella?

Entra María*, sirve café.* María *sale. Programa termina.*

Luisa (*Bajo*): Hasta que se mueve, esta… (*A* María) El azúcar…
Oscar (*Se despereza*): ¿Apago, Luisa? Estuvo prendido toda la tarde…
Luisa: Sí, apaga. (*Vuelve un poco en sí*) Los sábados a esta hora no hay nada que me guste.

Oscar *prepara farol.*

Oscar: Está dando buenos resultados este, ¿viste?
Luisa (*Concede*): Sí. Me parece que es mejor que el que tenemos en casa.

Oscar *apaga televisión.*

Oscar: Tanto no sé. Yo tenía miedo con eso de los transistores. ¡Tenía un miedo que hiciera rayas apenas los usáramos! Pero resultó bueno. La verdad que sí.

Entra María *con azúcar.*

Luisa (*Recuerda*): ¡Ah, por favor! ¿Me trae los espirales?

María: ¿Dónde están los espirales?

Luisa (*Vaga. Con impaciencia*): En el lugar de siempre, en la mesita de luz.

Sale Luisa.

Luisa (*A* Oscar): ¿Te das cuenta? A esta altura, con las veces que vino. ¿Cómo no va a saber dónde están? (*Vaguísimo resentimiento*) Parece que a ella los mosquitos no la tocan.

Oscar (*Animoso*): Y bueno… ¡Pero cocina como los dioses! (*Entusiasta*) ¡El asadito que se mandó hoy estuvo bárbaro!

Luisa (*Reconoce parcialmente*): Sí. Esas cosas las hace bien.

Oscar: Pero claro. (*Con énfasis*) Lo que no entiendo es para qué lavaste la galería vos. ¿Por qué no la dejaste a ella? ¿Para qué la tenés? ¡Como si no trabajaras bastante en Buenos Aires!

Luisa (*Severa*): No puedo ver la casa sucia.

Oscar: ¡Pero la hubieras dejado a ella! (*Se acerca con mimos algo eufóricos*) ¿Para qué te compré esta casa, mamá? ¡Al Tigre se viene a descansar!

Su pequeño enojo termina en caricia.

Luisa (*Se refugia mimosa contra su palma aunque no abandona aún cierta severidad*): Bueno, no se ponga así… Es que no puedo estar sin hacer nada…

María *entra con espirales.*

Luisa (*A* María): ¿Y el nene?

María: Duerme… lo más bien.

Oscar *prende otro farol.*

Luisa: ¿Y el mosquitero? ¿Se fijó si no se sacó el mosquitero?

María (*Tímida, insegura*): Y… sí.

Oscar (*Le da el farol*): Llévelo arriba.

Luisa: Tápelo, tápelo bien. (*A* Oscar) Y ya que va para arriba ¿por qué no le das uno para la pieza de ella?

Oscar (*Atreviéndose*): ¿Y si hacemos que María duerma ahí, en el galponcito del fondo por esta noche?

Luisa: ¿Por qué…?

Oscar: ¿Y si viene Lucho?

Luisa: ¿A esta hora? Si no hay lancha. Es muy tarde ya.

Repara tercer farol

Oscar: Pero qué sé yo… Es tan loco ese tipo… (*Sonríe ante lo tarambana del otro*) Y por ahí cae.

Luisa (*Niega*): Vaya, María. Váyase arriba a dormir. (*A* Oscar) Está muy cansada la pobre. (*A* María) Su farol. (*Maternal*) Y aproveche la cama de la pieza de las visitas. (A Oscar) ¿Sabés cómo anduvimos las dos hoy de aquí para allá? (*Agarra* Radiolandia) Llévesela nomás.

María: Señora.

Luisa: ¿Sí?

María: No tengo sueño, ¿sabe? ¿Me podría quedar afuera? Un ratito nomás.

Luisa *brevísima.*

Luisa: Bueno.

Oscar: Está lindo afuera.

María: Sí, está fresquito.

Luisa: Pero no me cierre, María, cuando salga, ¿me hace el favor?

María: Sí, señora.

Sale y parece que cierra.

Luisa: ¿Pero qué le pasa? Le dije que no cerrara. Ni que lo hiciera a propósito.

Oscar *va, comprueba que está abierta.*

Oscar (*Sin darle importancia*): No. (*Se golpea, eufórico, la panza*) Pero qué lindo que se está aquí ¿eh? Nunca me termino de felicitar por haber comprado esto… ¿Y sabés, en invierno, con ese hogar encendido, lo que va a ser? Y cuando instalen la luz, ni te cuento…

Luisa: A mí me gusta más así. Además hasta que pongan luz…

Oscar (*Leve desconsuelo*): Sí… De veras. (*Se encoge de hombros*)

Luisa: Che… ¿Esta no se dejará el farol acá? ¿No?

Oscar (*Restando importancia*): Después se lo lleva. (*Euforia*) ¿Sabés cómo me quemé hoy, ma? Parejito, parejito. (*Enciende un cigarrillo, satisfecho*) Te juro que revivo acá. (*Ofrece y fuman*)

Luisa: Hay que arrancar los yuyos del fondo. ¿Cuándo lo vas a hacer?

Oscar: Y no sé… mañana…

Luisa: El sábado pasado dijiste lo mismo.

Oscar: ¡Estaba cansado hoy! ¡Toda la semana estoy hasta acá del taller! Los fines de semana tengo derecho a nadar un poquito, ¿no? Con la palma que tengo… (*Vaga rebelión*)

Luisa: Sí, claro. (*Dramática*) ¡Pero es un foco eso, Oscar! (*Señala hipotéticamente*) ¡Cómo no te das cuenta! ¡Si de ese foco salen todos los mosquitos que hay en la casa!

Pausa.

Oscar (*Un poco harto, cansado*): Bueno, está bien. Mañana me ocupo. (*Pausa*)

Luisa (*Repara en enojo. Ruega ansiosa*): Papá. Disculpame. (*Agobio*) Pero hay tantas cosas que hacer…

Oscar (*Vuelve en sí y didáctico y con sonrisa que crece*): De a poquito. (*Como fábula infantil*) "Con paciencia y fatiga un elefante se masticó una hormiga"… Hace recién un mes que estamos aquí. ¿No?

Luisa: Un poco más. No creas.

Oscar: Y qué hay.

Luisa (*Desconsuelo*): Pero mirá el jardín cómo está todavía… Y cada vez que pienso todo lo que nos costó llegar a esto… ¡Me enferman las cosas a medio hacer!

Oscar (*Se encoge de hombros*): Pero decime una cosa, nosotros ¿nos llevamos bien?

Luisa: Y… sí…

Oscar: Y bueno. Es lo principal. (*Euforia*) ¡Hoy, por ejemplo! ¡Fue un día de locura! Estaba en el río, haciendo la plancha. ¿Y sabés que me decía? Que no me puedo quejar. Con un pibe como Carlitos, con vos. (*Ríe*) ¿Sabés lo único que me faltaba hoy? ¡Ese atorrante de Lucho!

Luisa (*Se precipita a sacarla el cuero al ausente*): ¿Sabés la sensación que tuve cuando me hablaste de él? Me dio mucha lástima.

Oscar (*Algo más serio*): Y sí. Da mucha bronca. Con la capacidad que tiene… de esos tipos que nunca llegan a nada… (*Pausa*) ¿La cara de cantante que puso cuando la encontré en la calle, al otro día? … (*Recuerda*) Es un tipo muy divertido. Por eso lo invité, nos hubiéramos matado de risa…

Luisa: ¿Te parece, suponete que llega? ¿Y de qué vamos a hablar con él?

Oscar: Y qué sé yo… de que la vi tan tirada. Por ahí le puede dar una mano. (*Irritado*) ¡O querés que piense que ya tengo pajaritos en la cabeza porque hice un poco de plata!

Luisa (*Se encoge de hombros*): Igual, no vino.

Oscar: Ahí quedó un montón de carne de asado…

Luisa: La comemos mañana…

Oscar: Ya sé. Pero no es el hecho… (*Estalla*) ¿Ves? Uno quiere ser generoso, brindarse… ¡Me revientan los tipos informales! (*Transición*) ¿Y sabés lo bien que la hubiéramos pasado con ese payaso? No es que haga chistes, qué sé yo… Se pasa bien con él…

Luisa: ¿Es el que se separó de la mujer?

Oscar: Sí. (*Pausa*) ¿Sabés cómo prometía ese muchacho?

Silencioso entra Lucho *con un bolso.*

Lucho: ¿Están hablando de mí?

CORTE II

Oscar: Pero miren qué hora de llegar…

Lucho (*Algo tomado y manso*): Me perdí…

OSCAR: Che, Lucho, mi señora. (*Presentación*)

LUISA: ¡María! (*A* LUCHO) Siéntese.

LUCHO (*Frágil y extraviado, se sienta*): Qué lío llegar hasta acá…

OSCAR: Y… a las diez de la noche, claro… es difícil…

LUISA: ¡María! (*A* LUCHO) Como a propósito… Una las trata como de la familia y es peor…

OSCAR: Pensé que ya no venías. ¿Cómo llegaste? No escuché ninguna lancha.

LUCHO (*Vago*): Me trajo un hombre.

OSCAR: ¿Te dejó en el río Capitán?

LUCHO (*Tímido*): Sí.

Entra MARÍA.

LUISA (*Mirada acusadora*): Tráigale algo fresco al señor…

OSCAR: Creo que escuché un motor. ¡Pero hará como una hora!

LUISA: ¿Qué quiere tomar?

LUCHO (*No quiere ocasionarle líos*): No, gracias. (*Abre el bolso*) Aquí me traje. (*Saca botella de ginebra*)

LUISA (*Pausa. La cosa no le gusta*): Traiga sodas, María. Y vasos.

LUCHO: No quisiera ser una molestia, señora.

OSCAR: Dejate de embromar. ¿Pero una hora tardaste hasta aquí? ¿Desde el Capitán?

LUCHO: Es que hay un puentecito, ahí…

OSCAR: Y sí, hay varios.

LUCHO: No, ya sé. Pero hay un durmiente sobre la vía de tren. Así finito. Que no hay de donde agarrarse para pasarla.

OSCAR (*Se divierte y busca la complicidad de* LUISA): ¿Y?

LUISA: Es medio fulero para pasar, eso.

LUCHO: Estuve media hora delante del puentecito. No me animaba a cruzar.

OSCAR: Ay, Dios. Qué tipo fuera de serie. ¿No te había dicho, Luisa?

LUCHO (*Sonríe turbado*): Después me corrió un perro…

OSCAR (*Paternal*): Lucho, Lucho, vos sí que no tenés arreglo.

MARÍA *con vasos y soda.*

Lucho (*Dulce preocupación*): Parece que no… es lo que siempre me dice mamá… La otra noche cobro ¿no? Y mirá. No sé que hice. Tomé unos whiskys por ahí… Anduve por un café de Corrientes… No sé. Alguien me trajo a casa. Y cuando me desperté, al otro día, recién me di cuenta, me habían robado todo el sueldo.

Gran pausa

Luisa: María, ¿por qué no lo sube al señor a la pieza? Por ahí quiere cambiarse… no sé…

Oscar: Sí, claro. Andá. Ponete algo cómodo. Arriba te dejé chancletas, pantaloncitos…

Luisa (*Con malicia*): ¿No está cansado? Si se quiere acostar…

Lucho: No, no. Sueño no tengo. (*Sonríe*) Yo duermo poco de noche…

Lucho *se levanta y como pidiendo permiso sale.*

Luisa: Che, Oscar. Este hombre está tomado.

Oscar (*Con dificultad*): No…

Luisa: ¿A ver? (*Se precipita sobre el bolso y hurga*) Es todo lo que trajo… Un libro y una botella de ginebra. (*Lee con desconfiado desagrado*) *La guerra y la paz…*

Oscar (*Con malhumor*): No metás la mano… Dejá ese bolso. ¡Mirá si llega a entrar!

Luisa: Che, cómo lo defendés… Pero ¿Vos lo conocés bien al tipo este?

Oscar (*Cierta agresividad*): Sí.

Luisa: ¿Y siempre (*Gesto de tomar*) le gustó?

Oscar (*Entristecido*): No. No tomaba nunca.

Luisa (*Buscando complicidad. En voz baja*): Che. ¿Y de qué hablamos con él?

Oscar (*Cierta frialdad*): Es amigo mío. De algo vamos a hablar...

Luisa: No, digo… Como hace tanto que no se ven y si además está medio…

Oscar: ¿Y a quién te hubiera gustado que invitara? A ver, decí un nombre, uno solo. Si ya no tengo un solo amigo.

Luisa (*Recibe esto zumbona*): Bueno, che, cómo te pones. (*Realmente impresionada*) ¿Viste cómo le temblaba la mano?

Oscar: Pobre viejo. (*Compasivo. Se encoge de hombros*) ¿Qué vas a hacer?

Entra Lucho

Lucho: Qué lindas esas ventanas con alambre tejido que hay arriba. (*Con cierta torpe inocencia. Comprueba*) Ah… Aquí también hay. (*Se acerca a la vitrola de pie*) ¿Funciona esto? (*Da vuelta la manija y apenas lo hace, asustándolo casi, suena un concierto de Paganini que estaba por la mitad al acabarse la cuerda*)

Oscar (*Se ilumina*): ¡Che! ¿Te acordás? (*Lleva el ritmo*)

Lucho: ¿Qué?

Oscar: Los conciertos. (*A* Luisa) Las veces que habremos ido los dos, muertos de frío, a unos conciertos de la Facultad de Derecho…

Lucho (*Sonríe y asiente*): ¿Cierto?

Se establece una fraterna complicidad en torno a la música. Pausa. Cada uno en un sillón escucha. Luisa *sale. Ellos no reparan. Pasa* María *hacia fuera.*

Oscar (*Tras una pausa de cálida intimidad*): ¿Y? ¿Qué te parece todo esto? (*Rompe instante. Señala su posesión*)

Lucho (*Agarra botella y llena vasos*): Así es que todo tuyo esto.

Oscar: Para acá, desde la última casa que viste, toda la tierra es mía. (*Lo palmea protector*)

Lucho (*Lo mira un segundo*): Ahá. (*Se sirve más*) ¿Querés?

Oscar (*A sus anchas*): Un poquito.

Corte a muelle. Luisa *con caña y farol. Llega* María.

María (*Dice preguntando*): ¿Me voy a dormir, señora?

Luisa (*Está tensa y esa presencia casi la alegra, la compele a quedarse.*): ¡Hola! ¿Le gusta pescar? Es lindísimo. Venga, le enseño. (*Agarra otra caña y se la da.* María *la agarra. La mira*) La vez pasada estuve todo el

día y no agarré nada. Claro que no tiene nada que ver. Un domingo, en una mañana, pesqué como cinco.

María: ¿Hace falta, señora?

Luisa: ¿Cómo?

María (*Sentada con caña*): ¿Quiere que pesque?

Luisa: ¿Por qué?

María: ¿No… me podría ir a dormir? (*Disculpa*) Me duelen los pies… ¿Sabe qué manera de dolerme los pies?

Luisa (*Tensa*): Y vaya…

María: ¿Usted quiere que pesque?

Luisa: Pero no, María.

María: ¡Si hace falta pescar, pesco!

Luisa (*Silencio*)

María: No se enoje. (*Acomoda la caña*) ¿Así se pesca?

Luisa (*Silencio*)

María *medio se incorpora.*

María: Señora. (*Ruega*) No se ponga así. Usted es muy buena. (*Torpemente en borbotón*) ¿Y qué voy a hacer si usted no me quiere? No conozco a nadie en Buenos Aires si usted me echa.

Luisa: Pero qué lío está haciendo, María. ¡Cómo la voy a echar!

María: ¿Y por qué tiene esa cara?

Luisa: ¡Qué cara! (*Pausa*)

María (*Inconciencia infantil*): ¡Está celosa! De ese señor.

Luisa (*Ríe, un poco harta*): ¡Está loca! A mí me gusta que mi marido tenga sus amigos. (*Pausa*) Pero no este.

María: ¿Y sus amigas, señora? Últimamente no la llama nadie ya.

Luisa: Oiga, María. ¿A usted le pago para que me limpie o para que me haga preguntas?

Pausa

María (*Ruego*): ¿Nosotras medio amigas somos, no?

Luisa (*Corta comunicación, le saca caña con furiosa impaciencia*): María, que sueñe con los angelitos.

Sale María. *Pausa. Aparecen los hombres. Ella fuma.*

Oscar (*A* Lucho): Y toda esta la voy a plantar con ciruelos y naranjos. (*Ve a* Luisa) ¿Estaban acá?

Luisa (*Muy amable*): Pescando.

Oscar: Me voy de expedición.

Luisa: ¿A esta hora? ¿Adónde van?

Oscar (*Misterioso*): Ah…

Lucho (*A* Luisa): Venga, señora…

Luisa (*Ofendida porque la inviten en su propia casa. Agrede*): ¿Y al nene con quién lo dejo?

Lucho: Es muy lindo el chico. (*A* Luisa) ¿Sabe que no sé adónde voy?

Luisa (*Señalando la botella*): Y siempre bien acompañados.

Oscar: Bueno. (*A* Lucho) Ahí está el bote. Vamos bajando. Con cuidado che, con cuidado.

CORTE III

Oscar *remando en un bote con* Lucho*, farol sobre la proa.*

Oscar (*Rema.* Lucho *cansado fuma.* Oscar *deja los remos y alumbra con linterna*): Mirá. Es todo mío esto. Este arroyito, las dos orillas.

Lucho (*Le sonríe*): Arroyo…

Oscar: Y ahí se ve la casa por atrás… Lástima que la noche esté tan oscura. Pero mañana te vas a dar cuenta. Es un lugar increíble. (*Entusiasmo*) Tendrías que venirte. En serio. Una casa de fin de semana es una ne-ce-si-dad, viejo. (*Remarca con voz y dedo*) Por higiene mental, por tantas cosas… ¡Como el auto!

Lucho (*Perplejo*): ¿Necesidad?

Oscar: ¡Claro! El coche es una necesidad fun-cio-nal. (*Remarca*) El hombre moderno no se concibe sin automóvil. (*Dice esto con fervorosa convicción*) ¿Y querés que te diga una cosa? No es problema venirse al Tigre… Es un lugar increíble, viejo. ¿Te creés que este bote es mío? No. Me lo prestó una vecina. Yo me voy a comprar uno más grande, con motor fuera de borda. ¿Sabés que uno se puede ir tranquilamente

al Uruguay con uno de esos? ¡Además las vecinas! ¡Son bárbaras! Te prestan la pala, el pico, el asador, cualquier cosa.

Lucho: Y claro. Te prestan acá lo que te afanan allá.

Oscar: No, en serio. Mirá. No es tan difícil tener esta casita, un auto…

Lucho: ¿Cómo se hace?

Oscar (*Lo palmea, lo sobra, le explica, saca cigarrillos*): Mirá, viejo. Por ejemplo el coche. ¡Es muy fácil! Tenés que darme un anticipo de 300.000 pesos. La mitad. Para un coche baratito, compacto, como el mío, ¿no? El resto lo pagás en cuotas de 15.000 por mes. Y decime una cosa. ¿Quién no tiene 300.000 pesos? El tipo que no tiene 300.000 ¿me querés decir para que vive? ¿Qué hizo en su vida que no pudo juntarlos? (*Conclusión irrebatible*) Mirá, viejo… No tiene coche el que no quiere…

Lucho (*Pausa y fuman*): ¿No estudiás más?

Oscar: ¿Qué?

Lucho: ¿Te recibiste?

Oscar: Y para qué me iba a recibir…

Lucho: No sé. (*Realmente inocente*) Para ser abogado.

Oscar (*Le causa leve impacto*): Si es por la plata no me puedo quejar…

Lucho: ¡Si vos no estudiabas por la plata!

Oscar: Más si… Por la chapa, para llevarle el título a papá…

Lucho: ¡Bueno! ¡En esa época no hablabas así!...

Oscar: Pero, si, viejo… Era un ingenuo en aquella época… La justicia… (*Sonríe*) ¡No existe eso, viejo! (*Con vaga amargura*) Un día me di cuenta que me iba a recibir. ¿Y para qué? ¿Para defender las causas justas? ¿Qué causas justas? Dejate de embromar. ¿En el país de la coima, en la era del contrabando? Sabés cómo me conseguí esta casa, ¿no? Con una partida de radios. Me jugué, ¿eh? Pero tuve suerte. No creas que gané mucho. Apenas para el anticipo… Causas justas… un día descubrí que toda mi lucha se iba a reducir a defender a un tipo al que le embargan la licuadora. ¿Y para eso estudiar? ¿Para defender a un tipo al que le embargan la licuadora? Y si el abogado que le iba a hacer el embargo podía ser yo mismo.

Lucho: ¿Así que no tragás más?

Oscar: ¿Qué?

Lucho: Libros. ¿Te acordás cómo te tragabas los libros?

Oscar: No. Ahora cuando llego a casa lo único que puedo hacer es ver un rato televisión. Agarro un libro pero me quedo frito a la primera línea.

Lucho: ¿Y cómo hiciste?

Oscar: ¿Qué?

Lucho (*Señala la casa, todo*): ¿Cuánto te costó?

Oscar (*Se angustia*): Lo que me va a costar decí mejor. (*Se encoge de hombros con cierto agobio*) Lo que me va a costar… (*Toma y se confiesa en voz baja*) Los 300.000 pesos del auto los habíamos ido juntando de a puchitos mi señora y yo… Hace años que juntábamos. Pesito sobre pesito. Entonces dimos el anticipo y entramos. (*Angustia*) ¡Pero las cuotas! Eso es lo bravo. Por ahora fui saliendo adelante. Pero los próximos meses, francamente no sé. (*Suspira*) Con esta casa… Vamos a tener que hamacarnos.

Lucho (*Pausa*): Y decime. Realmente ¿te hacía falta el auto?

Oscar: Bueno, mirá. No lo compré tanto por mí. Por Luisa lo hice. Es una mujer que sufrió. ¿Sabés? Qué sé yo. Una compensación… Trabaja todo el día. Empleada pública. ¿Sabés cómo me ayuda? Trabaja para el auto. Su sueldo íntegro va para la cuota. (*Resopla*) Y ahora encima esta casa… (*Agita mano con agobio*) Vamos a tener que hamacarnos… Y encima le compré un televisor a transistores…

Lucho: ¿Y en Buenos Aires? ¿Tenés casa propia?

Oscar: No, alquilo. Un departamento viejo, chiquito. Pero con esos alquileres de antes. ¿Sabés? (*Pausa*) Tiene un poco de humedad… Un día de estos me mudo. (*Se deprime, pausa*) ¿Y vos? ¡El tiempo que hace que no nos veíamos!

Lucho: Desde la facultad.

Oscar: Hace como… (*Piensa*) Hace como tres o cuatro años.

Lucho: No. Mucho más… Hace ya como ocho o nueve.

Oscar (*Asustado*): ¡Nueve años! ¡La gran flauta! (*Angustiado*) ¡Cómo se fue el tiempo! (*Toma. Sombrío*) ¿Y a vos, cómo te fue? (*Meláncolico*) ¡Qué chispa tenías! Tenías cada ocurrencia…

Lucho: Ya no se me ocurre nada. (*Recapitula su vida*) Me separé de mi mujer…

Oscar. Sí, eso me lo dijiste ya. (*Con cierta agresión*)

Lucho: Y bueno. (*Piensa y después de recapitular se encoge de hombros*) Soy maestro. Vivo de eso.

Oscar (*Pausa. Con melancolía recuerda*): Los discos que habremos escuchado juntos, los libros que habremos leído… Parecía que nos iba a explotar la cabeza. Íbamos a cambiar el mundo. ¡Y qué polenta teníamos adentro! ¿Te acordás? (*Toma y convida*) Tengo una discoteca bárbara acá.

Lucho (*Sonríe*): Sí. Ya vi que tenías a Beethoven a tu servicio, todo envasado en los estantes.

Oscar: Todas las sinfonías. Y no solamente eso…

Lucho (*Interrumpe*): ¿Las escuchás mucho?

Oscar (*Se interrumpe en su entusiasmo molesto*): ¿Sabés qué pasa? Vengo tan cansado acá que…

Lucho: Seguís trabajando con tu papá…

Oscar (*Sombrío*): Sí… (*Toma*)

Lucho: En ese taller de confecciones. (*Recuerda*) De la pieza esa, en el quinto piso de la galería internacional…

Oscar (*Más sombrío*): Qué memoria, ¿eh? (*Pausa*) Sí. Siempre sigo allá. (*Le agarra la botella a* Lucho) Siempre en lo mismo.

Lucho: Así que sos feliz…

Oscar (*Toma y como si no oyera bien*): ¿Cómo?

Lucho: Sos feliz…

Oscar (*Acusa el golpe, confuso, pausa breve*): ¡Claro! ¿Cómo no voy a estar bien? Tengo un pibe precioso. ¿Te fijaste qué lindo el pibe, no? Me llevo muy bien con mi mujer… ¡Es bárbaro lo bien que nos llevamos!...

Lucho. Así que la querés.

Oscar (*Pausa. Lo mira a* Lucho *que lo mira sin hablar*): ¡Lógico! (*Lo mira indeciso sobre la seriedad de la pregunta*) ¡Cómo no la voy a querer! Calculá, que es mi señora… La quiero mucho… ¿Sabés lo bien que nos llevamos? (*Toma*) ¡Conozco muy pocos matrimonios que se llevan como nosotros! (*Lo dice con cierta furia que ahora aumenta*) Una armonía, un compañerismo…

Lucho: Lástima que no vino ahora…

Oscar: Cierto che. Qué lástima.

Lucho: ¿No estaba medio enojada? No le gustó nada que nos fuéramos en bote, solos.

Oscar (*Culpa, traga saliva*): Por favor… (*Transición*) ¿Te parece? (*Toma*) ¿Y qué tiene de malo después de todo? (Lucho *no contesta*) ¡Decí! ¿Qué tiene de malo ir a dar una vuelta con un amigo?

Lucho: Decime. ¿Esta no era la chica esa que te ibas a la casa cuando estudiábamos?

Oscar: Sí.

Lucho: ¿Esa que una vez me contaste que se conocieron tus padres y los de ella y querían arreglar el casamiento en el comedor de tu casa?

Oscar: ¡Pero no fue por eso que me casé!

Lucho: Claro.

Oscar (*Culpable*): Por favor, qué va a ser por eso. (*Resentimiento. Toma*) Pobrecita… ¿Sabés como estaba ella de aguantarse a la vieja?... Y mi vieja que estaba todos los días: ¿Y cuándo te recibís? Quiero un doctor, una chapa en la puerta… ¿Sabés qué cantinela, no? (*Toma y convida*)

Lucho (*Pausa*): Bueno. Pero eso ya pasó. Ahora estás bien.

Oscar *tomado, lo mira muy sombrío y sin contestar agarra remos y rema.*

CORTE IV

Corte a galería de la casa. Luisa *espera en el barroco clima de esa noche de verano en el Delta. Entran* Oscar *y* Lucho.

Oscar (*Borracho y culpable*): ¿Qué hacés levantada?

Luisa (*Lo mira, juzgándolo*): ¿Dónde estuviste?

Oscar (*Como un chico*): Estuve por ahí, perdí noción de la hora. (*Ruego*) Perdoname.

Luisa (*Implacable*): Son las dos. (*Enojada en víctima*) Estaba asustada ya… Imaginate si le pasa algo al nene, y yo sola. ¿No te importa un pepino tu hijo, no? (*Insiste*) ¿Dónde fuiste?

Oscar (*Va a seguir dando explicaciones pero por la presencia de* Lucho *se corta y una oscura agresión le explota adentro, sin embargo, primero dice*): Te dije… No me di cuenta. (*Transición*) ¡De farra anduve! *(Ahora ya libre crece su bronca*) A la isla de la chica rubia. (*Explica con fruición*) Esa, de la bikini, cerca del almacén.

Luisa (*Herida*): Estás borracho.

Oscar: ¿Sabés cómo bailamos? Toda la noche. (Lucho) No le gusta la rubia. ¿Y sabés por qué? Porque es linda. Se parece a Anita Ekberg. Luisa le tiene envidia.

Lucho (*Apenado*): No le hagas caso. Estuvimos remando como locos toda la noche. Me mostró ese enorme arroyito que tienen atrás y después se puso a remar y si no la paramos llegamos al Paraná.

Oscar: ¿Sabes como me apretaba la rubia? Qué bomba… (*Su entusiasmo feroz decae y con desfallecida tristeza*) Dejala. ¿Para qué le dijiste? ¿No ves que le gusta sufrir a ella?

Luisa (*Todavía muy íntegra ordena*): Andate a dormir.

Oscar: ¿No ves? (*Implorante*) ¿Por qué me trata así? (*Del ruego al grito*) No me mandes. ¡Por favor! ¡No me mandes!

Luisa (*A* Lucho): ¿Está contento ahora?

Oscar: ¡Con Lucho no te metas!

Luisa (*Con* Lucho*, asustada y destruida*): Pará. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Para qué vino? ¿Qué quiere de mí?

Oscar: La víctima. (*La mira pensando cómo agredirla*) Sos fea. ¿Eh? Mirá que sos fea, la pucha. ¿Cómo pude casarme con vos?

Luisa (*Humillada*): Hay extraños, Oscar…

Luisa (*Estalla ofendida, humillada*): Me revienta vos también. ¿Te creés que sos Alfredo Alcón vos?

Oscar (*Cansado*): Ya sé, ya sé… Si lo fuera ¿Me creés que si lo fuera me hubiera dejado embalurdar en el comedor de mi casa por tus viejos y mis viejos y por vos? (Con *decisión. Borracho*) Me voy a divorciar. (*Cabecea*)

Luisa: Sí. Andá a dormir ahora.

Oscar (*A* Lucho): La buena samaritana. (*Infantil*) No aguanto más Luchito. El taller, mi papá, las cuotas. ¡Esta! ¡Uno tiene que reventar alguna vez!

Luisa (*Trata de agarrarlo al ver que se está cayendo. Quiere protegerlo, maternal y tierna, a pesar de todo*): Vení, Oscar…

Oscar (*En brazos de* Luisa *dice desgarrado a* Lucho): ¿Por qué Lucho? ¿Por qué me salió así, todo mal? Voy a cumplir treinta y dos años, ¿te das cuenta? ¿Y qué hice de mi vida? ¿Eh? (*Se va quedando sentado con la cabeza apoyado contra las manos de codos en la mesa,*

abrumado, hasta que se duerme un poco, hablando solo)

Luisa (*A* Lucho*, que, muy dolorido, quiere llevarlo*): Déjelo. Lo va a despertar. (Lucho *no sabe qué hacer.* Luisa *saca cigarrillos. Eso provoca pausa. También empieza hablando un poco sola para sí misma*) No entiendo, no entiendo nada… Éramos tan felices. (*Llora con lágrimas pero sin muchos gestos, como si no pudiera evitarlo, y después lo mira a él fríamente como si tratara de desentrañar un misterio o establecer un negocio*) ¿Quién es usted? ¿Por qué hizo esto? ¿Para qué lo hizo?

Lucho (*Destrozado*): Yo vine a pasar el día.

Luisa: A divertirse, ¿no? Oscar dijo que con usted nos íbamos a matar de risa. (*Sonríe sombría*)

Lucho: Mire, señora. Yo lo quiero mucho a Oscar. Hace tantos años que no nos veíamos… Le pregunté lo que un amigo que se interesa de verdad le pregunta a otro. Si era feliz, si le iba bien. Después le juro que no sé qué pasó. Perdóneme señora. Yo no quise armar este lío. (*Está muy mal*)

Luisa (*Llorosa*): ¿Pero por qué tuvo que preguntarle? ¿Por qué le dio ginebra? ¿Qué mal le habíamos hecho? (*Lo mira sospechando*) Porque algo más le ha dicho. (*Se pone ferozmente despreciativa y agrede*) Usted nunca me gustó. ¿Sabe? Desde el primer momento no me gustó. (*Fuma*) Y ya me imagino lo que le habrá dicho. Y claro. Le calentó la cabeza.

Lucho: Señora le juro que no. Quería saber cómo estaba, nada más.

Luisa: Si usted la goza. Porque es un fracasado y no puede aguantar que los demás sean felices. Claro que la goza. Apenas lo vi me di cuenta que usted no era compañía para Oscar. Envidioso. Fracasado. (*De insulto a amenaza y luego a ruego*) Usted es como la manzana podrida. Y ándese con cuidado, ¿eh? (*Estalla en llanto*) Él no es ninguna luz. ¿Por qué no lo deja en paz? ¿Por qué no deja en paz a la pobre gente? ¿Qué pedía yo? ¿Pedía mucho? Un poquito de felicidad. ¿Es mucho pedir? ¿Por qué va a echar abajo la que tenemos? ¿Se cree que no nos costó sangre llegar a esto? ¿Y usted qué tiene a fin de cuentas? Este hombre tiene una casa, una familia, no le hizo mal a nadie… ¿Por qué no lo deja tranquilo? ¿Con qué derecho vino acá a meterle cosas raras en la cabeza? ¿Para qué tuvo que venir?

Lucho (*Con infinita piedad y embarazo la deja hablar, lleno de tristeza*

y confusión): Tiene razón… Para qué vine… Nunca debí venir… Y siempre me pasa lo mismo. No crea que es la primera vez que me pasa esto. (*Muy confuso*) ¿Pero por qué todo el mundo me deja solo? ¿Por qué me dispara? ¿Tengo la peste? Si no hice nada… Le juro que no hice nada… (*Enfurecido con si mismo y agobiado. Ella llora*) Qué sé yo… (*Él con profunda piedad evangélica casi le acaricia la cabeza a ella. Después se para*) Me parece que me voy a ir… (*Mira la hora*) Las tres casi.

Luisa: Sí. Váyase de una vez. Y no vuelva nunca más.

Lucho *entra y sale con bolso.*

Lucho (*Suspira y no sabe qué decir*): ¿Qué puedo tomar?

Luisa (*Enciende un cigarrillo con el pucho de otro*): No sé. (*Vaga*) En el río Capitán pasan lanchas almacén. O sino nado… (*No lo mira más. Está envejecida*)

Lucho *agarra la botella de ginebra, comprueba que está vacía y la tira. Después agarra el bolso, los mira, quiere decir algo pero se va, sin saludar, agobiado por lo que pasó y también por su espantosa soledad. La cámara muestra después la desolación de* Luisa *fumando junto a su hombre que duerme escapado de todo eso a su lado. Quizá un cenicero o film da noción del paso del tiempo. Amanece. Quizá murmuran los pájaros. Es la luz de una lívida aurora.*

Oscar (*Despierta despacio, pesadamente. Ve a* Luisa *y su primer impulso al hacerse todo presente es huir de allí y trata de dormirse pero no puede refugiarse en eso. Abre los ojos. Suspira tenso. Silencio angustiante. Toda la verdad pesa como una montaña sobre ellos. Carraspea y con voz tomada*): ¿Y Lucho?

Luisa: Se fue.

Oscar (*Suspira y asiente vagamente*): ¿Qué hora es?

Luisa: Cerca de las cinco y media.

Oscar (*Saca cigarrillos y renace*): Menos mal.

Luisa: ¿Qué?

Oscar (*Le duele la cabeza pero va cobrando entusiasmo*): Es temprano. Voy a hacer muchas cosas hoy. (*Pausa. Se miran. Tienen miedo de hablar de eso terrible que pasó*) Tengo que arrancar los yuyos del

fondo. (*Con cierta euforia*)

Luisa (*Suspira ansiosa*): No. Aprovechá la mañana en el agua hoy. Bastante trabajás en Buenos Aires. ¿No?

Oscar: Pero tengo que picar la pared de la cocina. (*Ansioso como ella por taparlo todo. Por reconstruir el aroma de la felicidad*) ¡Chorrea de humedad ya!

Luisa (*Ansiosa*): Hay tiempo, hay tiempo… Después de tomar sol en el muelle. ¿Eh?

Oscar: Esa pared. (*Con bronca*) Tengo tanto miedo que venga abajo… ¿Y después qué hacemos? ¿Eh? ¿Qué hacemos después? Con lo que nos costó esta casa…

Llanto de nene.

Oscar: Prepará la mamadera. (*Está por decirle algo más pero al final teme que su euforia desaparezca y calla tragando saliva*)

Luisa: ¿Refresco, no?

Oscar: Sí. (*Apaga el farol, cansado de pronto, triste*) ¿Tenés frío?

Luisa (*Cansada, desamparada*): Sí.

Oscar *entonces se acerca, la agarra del brazo. Ella se apoya, aferrándose a él, y así, como dos huérfanos o dos convalecientes, se acercan agarrados a la puerta de alambre tejido y entran, sin hablarse, a la casa.*

El casamentero (El shadjen)

[1970 | Guion televisivo para el ciclo “Las fiestas”,
realizado en Canal 13 en 1974]

Elenco

Jack Lipman
Samy Lipman
Moishe Lipman
Señor Shvaig
Bernardo
Jorge
Raquel
Srta. Opele
Srta. de inmobiliaria
Cliente 1
Cliente 2
Extras
Orquesta
Violista zíngaro
Cantante

Decorados:
Tapón orquesta
Mesa con sándwiches y puerta giratoria
Despacho casamentero
Pizzería (mesa con dos sillas)
Calle
Comedor de Bernardo
Kiosco
Café Viena

PRIMERA PARTE

Una orquesta de casamiento judío que toca la marcha nupcial de Mendelsohn con aire de banda de circo. Hay una batería. Un violín. Un trombón. Un acordeón a piano. Todo dirigido a gran orquesta por Samy Lipman *que viste smoking y tiene colgado del cuello un saxofón mientras personalmente toca un clarinete, lo que no obsta que deje de tocar ambos instrumentos y así dirige con las manos todo ese infernal barullo. El baterista es muy entusiasta de modo que a ratos difícilmente se oiga con claridad el resto de la orquesta. Detrás de la orquesta hay una baranda.* Samy Lipman *mira para abajo por la baranda y está atento a lo que allí sucede. De pronto en medio de un acorde, y como si se interrumpiera a un acorde desafinado,* Samy *hace basta con las manos. Es un efecto como: "Flop".*

Samy (*Excitado*): Llegaron los novios.

Los músicos dan vuelta apresuradamente sus partituras. Corte a típico palio de casamiento judío. Un toldo rojo sostenido por cuatro fierros que rematan en sendas estrellas de David. Debajo un novio y una novia. Frente a ellos un cantor. Aunque no se le ve la boca se escucha en off un breve trozo de canción litúrgica. Corte al casamentero Jack Lipman *que mira hacia arriba y hace una señal… A su lado el* Señor Shvaig *que lo observa. Corte a la orquestita que ataca ahora a la grotesca marchita nupcial con aire de elegía que acompaña a la voz del cantor. Aparece junto a la orquestita (con algo de murga de pueblo) el casamentero con el industrial al* Shvaig. *Casamentero inspecciona, no sin cierto orgullo. A la rasqueta los de la orquesta.*

Jack (*En voz baja*): Mi hermano Samy.

Shvaig (*Con cierta admiración*): El famoso Samy Lipman… Me alegro de conocerlo personalmente.

Samy (*En estrella. Dirigiendo*): Mucho gusto.

Jack (*A* Samy *con orgullo*): Un cliente.

Corte a orquestita. Samy *pide más ímpetu al acordeón pero el de la batería se enardece.*

Samy (*A* Shvaig): ¿Y qué tal? ¿Cómo suena?
Shvaig: Una maravilla.
Jack (*A* Shvaig): Usted puede tener algo igual.
Samy (*Siempre dirigiendo*): ¿El señor quiere casarse?
Shvaig: No… mi hija…
Samy (*Suspicaz*): Pero falta novio.
Shvaig (*Suspira afirmativo*): Claro.
Samy: No se preocupe… se lo vamos a conseguir. ¿Para qué está Jack Lipman? (*Señala a* Jack).

Mira hacia abajo y para de pronto con el mismo sentido desafinado que antes a su conjunto y ordena: "Vals".
Entonces suena un valsecito que solo provoca satisfacciones al Señor Shvaig.

Shvaig: Casi, casi, igual que en Europa... allá distinto, pero se aproxima.
Jack: Y eso no es nada... esto es acá, en el templo. Pero ya va a ver cuando lleguemos al salón de la fiesta.

Corte a mesa completa de platos de comida. Pescado relleno. Pollo con farfalej, además de sándwiches. Cajones de bebidas, entra en cámara Moishe Lipman*, con su camisa llena de volados, un moñito, tiradores y un gran delantal sobre le pantalón. Además un escarbadientes que mastica con amargura mientras está atareado vigilando a los tres mozos que ponen platos sobre las bandejas y trabajan como condenados.*

Moishe: Vamos, che… vamos…

Entran Jack *y* Shvaig.

Jack (*presenta a* Moishe): El empresario Moishe Lipman… Todo lo necesario para su fiesta…

Shvaig (*Investiga. Prueba. Molesta mozos*): Abundante… ¿bocaditos, tiene?

Jack: Si es por comida, no se preocupe… cuando yo le encuentre candidato, su hija va a tener una fiesta más grande que esta. Se lo aseguro.

Shvaig: Sí, pero… ¿dónde está el muchacho? (*Agarra sandwichito para consolarse*).

Jack: Pruebe, pruebe nomás…

Se acerca a una puerta. En off suena la marcha Tipperary por la misma orquestita.

Moishe: ¡Atención!

Los tres mozos toman sendas bandejas. Las alzan. También alzan levemente el pie derecho. Marciales y enhiestos. Atentos.

Moishe: ¡Ya!

Se acercan uno tras otro. Como mariscales a paso de desfile y al son de la música van desapareciendo por puerta giratoria.

Moishe: ¡Paso vivo, paso vivo!

Corte a mesa con gente que está comiendo. En off suena la música de Mazel Tov. Carotas que comen y comen. Sobre las mismas van [sic]

TÍTULOS

Corte a Jack *y* Shvaig.

Jack: Ubíquese a una mesa, yo enseguidita voy.

Shvaig: Sí, pero nadie me invitó.

Jack: Oiga… viene conmigo.

Shvaig: Y… si usted dice…

Jack: Pero lejos de la mesa de los novios…

Shvaig: ¿Por qué?

Jack: Y… yo los casé… ¿a quién no caso yo?... Pero a veces no les gusta verme en las fiestas. Yo, generalmente, no voy... hoy lo hago por usted.

Sale Shvaig. *Entra* Moishe.

Moishe: Jack, por favor… ya te dije que no me traigas colados… ¿a este señor alguien lo conoce? (*Baja el tono*) Y vos… si vos también sos un colado… a estos novios, ¿los casaste vos? ¡No! ¿Y quién te conoce acá?... ¿Si me hacen un lío después?

Jack: Shvaig sí es un cliente extraordinario… el industrial Shvaig.

Moishe: ¿Shvaig? ¿Quién es? No lo conozco.

Jack: Un hombre riquísimo, maderero… quería mostrarle un poco cómo era este negocio…

Moishe: Mirá Jack… si Samy y yo dependiéramos de tu trabajo de casamentero… ¿sabés dónde hubiera ido a parar este negocio?

Jack: Y bueno… hay crisis, pero hay que ingeniárselas, ¿sabés si le consigo novio a la hija? Nos paramos para toda la vida…

Moishe (*Mira amargo por la puerta*): Cómo come, ¿eh?

Corte a Shvaig *sentado a una mesa comiendo a dos carrillos. En medio del bullicio de la fiesta. Ahora entra* Jack *y se sienta a su lado, saluda en abstracto a alguien en otra mesa. Saludo a otro. Brazos en alto.*

Jack: ¿Y qué tal?

Shvaig: Un poco soso el pescado.

Jack: ¡Cómo! (*Devora*) Es dulce… lindo…

Shvaig: A ver el pollo… a lo mejor… hay que probar todo.

Jack: Sí, sí, claro… natural… es una inversión.

Ambos comen como locos.

Shvaig: Yo quería traerla, ¿sabe?

Detrás de ellos pasa una pareja bailando tijera.

Jack: Conozco el problema… una chica que… (*Come*) no tiene belleza, así, aparente… que no se ve su belleza.

Shvaig (*Deja de masticar*): ¡Cómo! Es un pedazo de oro.

Pasa de nuevo pareja bailando tijera.

Jack: Ahí está la cosa… no lo tome a mal… los muchachos solo se quieren casar por el aserradero suyo, ¿no? Sienten repugnancia por ella.

Shvaig (*Come con rabia. Pero deja de masticar*): Cómo repugnancia… ¿que mi hija le da asco a alguien? (*Enojado*) ¿Cómo dice eso?

Jack (*Deja de comer*): No, quiero decir (*Turbado*) confíe en mí.

Shvaig: No, porque sino voy a otro… Si usted que ni la conoce ya dice que es repugnante. ¿Cómo la va a casar? Shadjonim, shadjonim, casamenteros, señor, hay a patadas… y con mis medios… (*Piensa en sus medios y come*)

Jack (*Desesperado*): Pero si no hay nadie que compare con mi experiencia… usted sabe que yo… (*Traga y lo mira*) Una vez, en siete meses, casé a once hermanas… y si viera lo que era eso…

Shvaig: ¿Muy feas?

Jack: ¡Una pesadilla!... y sin embargo todas se casaron con muchachos presentables… de lo mejor: ingenieros, abogados, comerciantes. Lo mejor de lo mejor…

Shvaig (*Como asombrado*): ¿A todas las pudo colocar?

Jack: Eso no es nada… ¿sabe a cuántas casé yo?

Mozo pasa con el pollo. Sirve.

Shvaig: Mozo… a ver, otro pedazo… ¿A cuántos?

Jack: ¡Diga usted!

Shvaig *come y se encoge de hombros.*

Shvaig: ¡A diez mil! (*Deja de comer y dice conmovido*) Mire… yo quiero uno que sea lindo, culto, pero sobre todo rico, muy rico.

Jack: Como para usted… imagínese que si usted fuera como otros clientes…

Shvaig: ¿Y cómo son?

Jack: Pobres… si fuera como ellos no le muestro toda nuestra organización por dentro, ¿eh? Es una diferencia…

Shvaig: Claro, de lo mejor… es para mi hija… mi única hija…

Pasa pareja bailando kasachok.

Jack: No se preocupe… tengo para todos los gustos… ahora, por ejemplo, tengo diecisiete candidatos y su hija necesita un solo marido, así que con alguno se va a tener que quedar…

Shvaig: No, no, no… así no… Dios no permita que ella se entere que hay un shadjem que quiere casarla… ella no tiene que saber nada que todo está arreglado… tiene que ser así… natural… de repente… el gran amor… sino… (*Niega*)

Jack (*Lo mira algo agotado*): El gran amor. (*Algo enojado*) El gran amor… ¿tiene una foto?

Shvaig: ¿Por qué? Sí que tengo. (*Saca y pasa*)

Jack (*La mira discreto*): Sí, sí... lindos ojos.

Shvaig: ¡Cómo lindos ojos! ¿Nada más?

Jack (*Mordiendo pollo*): Y sí… hay que buscar lo posible, hay que tener medida… muchos buscando lo mejor dejando pasar lo bueno y le prevengo que su hija…

Shvaig (*Se para*): ¡Qué! ¿No le gusta? ¡Me voy!

Jack: ¡¿Cómo se va?!

Shvaig *limpiándose la boca. Comió todo.*

Jack: Espere que viene el postre… blintses. ¿Le gusta blintses?

Shvaig (*Arranca la foto*): Traiga para acá…

Jack (*De repente*): ¡Ya sé cómo traerla! No se preocupe, no se ofenda así…

Shvaig: ¿Cómo la va a traer?

Jack: Cálmese…

Pasa el mozo con el postre. Jack *suspira. Se sienta.*

Jack: Dos para el señor…

Mozo *sale.*

Shvaig: Es que los problemas de la fábrica, del aserradero, ¿sabe cómo me ponen los nervios?

Jack: Me imagino, claro… pero véngame a ver mañana…

Shvaig (*Dubitativo*): Puede ser. (*Come con enorme rapidez*)

Jack: ¿Le gustó el servicio? ¿Puede estar mejor, eh? Cualquier cosita rara, comida especial, usted pida que Organización Lipman… va a venir.

Shvaig: ¿Y cómo piensa traerla?

Jack: Usted venga mañana que yo… mire… es tan fácil hacer feliz a la gente… y yo, desde 1934, desde que era así, aprendí la fórmula…

Shvaig (*Termina de comer su postre y se para*): Buenas noches.

Jack (*Casi suplica*): Venga, ¿eh?

Shvaig (*No muy convencido*): El pescado.

Jack: ¿Qué?

Shvaig: Sigo pensando que estuvo muy soso.

SEGUNDA PARTE

Jorge*, joven rubio, apuesto. Golpea en una puerta de vidrio donde reza: "Agencia matrimonial Lipman".*

Otro letrero más pequeño dice: "Organización integral, todo para su felicidad". Tras la puerta empieza a sonar una música suave y cuando la puerta se abre aparece Jack *acicaladísimo y perfumado con su rostro ansioso que se desinfla al ver a* Jorge.

Jack: Ah…

Jorge: ¿Todavía no vino?

Pasan al vestíbulo.

Jack: ¿Quién te dijo que va a venir seguro?

Jorge: Usted.

Jack (*De mal humor*): Bah.

Jorge *se sienta. Hay un viejo sillón de cuero y silla. También un perchero. Hay dibujos de angelotes, cupidos, también cuadritos de motivo versallesco. La música es: "Estrellas sobre Alabama". De pronto ese invisible disco se raya.*

Jorge: Le dije Jack… tiene que comprar otro…

Jack: Bah…

Con un vaporizador oloriza todo el ambiente. Después se odoriza a sí mismo. Luego la cámara lo sigue a su despacho. Este tiene un escritorio, un armario abierto lleno de biblioratos. Hay floreros con flores. Mustias. Tiene dos pajareras. Hay un gato sobre un sillón y un viejo tocadiscos donde aún resuena el disco en el surco rayado. Jack *se acerca y con un dedo corrige el defecto. Prende un velador que otorga cierta íntima penumbra. Al ambiente. Luego pone una flor y se la pone en el ojal. Usa un elegante aunque gastado traje cruzado algo antiguo. Y con un moño. Va ante el espejo y se peina. Comprueba que su flor del ojal está mustia al olerla y por el estado. La tira.*

Jack: Che.

Jorge (*Se asoma*): Sí, Jack.

Jack: Andá a comprar flores…

Jorge *sale.*

Jack: Che.

Jorge (*Reaparece*): Qué pasa.

Jack: ¿Trajiste el diario?

Jorge (*Lo saca del bolsillo*): Y… como siempre, Jack. ¿Cómo se llama el tipo?

Jack: Shvaig… andá.

Sale Jorge. *Suena el teléfono y* Jack *se precipita.*

Jack: Agencia Lipman, todo para el amor, buenos días… ¿con el señor

Jack quiere hablar? Habla el secretario, un momentito… (*Pausa*) ¿De parte de quién? (*La voz impersonal cobra matiz de ansiedad*)… ¿Señor Shvaig? (*Desencanto*) Ah… Faig… sí. (*Impersonal*) ¿Qué desea?... (*Escucha*) ¿Otra señorita quiere conocer? (*Pausa*) Señor Faig, si mal no recuerdo, ¡yo ya le presenté quinientas señoritas! ¡Y a usted ninguna le viene bien! (*Escucha*) Sí, claro… usted me paga la visita, pero si me permite un momento... un momentito, ¿eh? (*Deja el tubo y va hacia un bibliorato y lo saca. Lo revisa. Encuentra algo triunfal. Y cierra. Va al tubo y lo toma*). Usted ya me debe cuatro consultas. A cinco mil pesos cada una… calcule, señor Faig… esto es un negocio, no un meishev zkeinim… ¿que no sabe que quiere decir eso? ¿que ya se olvidó? Que este no es un asilo de ancianos gratuito… calcule… señor Faig: usted tiene 72 años, ¿qué quiere de mí? Presenté de todo y yo tengo que vivir, señor Faig… ¿Cómo? ¿Que ahora quiere una vedette? Bah (*Cuelga violento. Irritado*). ¿Quién me mandó meterme en este negocio? Si no fuera por la vocación… (*Se levanta y va hasta un cuadro ovalado de mujer y con dedo acusador*) Vos me metiste en todo esto, mamá. (*Con rencor va al teléfono y lo mira intensamente*) ¿Ah sí? Muy bien… a mí me pueden llamar por teléfono. (*Disca*) Pero yo también voy a llamar. (*Disca con rencor. Termina de discar*) ¿Hola? (*Impersonal. Pone pañuelo al tubo*). El señor Shloimele…de parte del… gerente del banco… (*Espera alevoso y se ilumina*) ¿Señor Shloimele? (*Se saca pañuelo y rencor victorioso*) Eh, por fin lo encuentro… Jack Lipman al teléfono… ¿Y? ¿Los honorarios? Cuando llegó acá, me prometió el oro y el moro… Lloró, estaba solo… ¿y? ¿No está contento? ¿No lo casé bien? (*Pausa*) ¿Por qué tan seco ahora? Cambió la voz… la primera vez que llamó era una seda, por favor de acá, por favor de allá… ¿y ahora? Ya está, me tira a la basura a mí… (*Reprocha*) La fiesta, ni con mis hermanos la hizo… no vi un centavo yo. (*Se desespera*) ¿Que lo demande? ¿Cómo lo voy a demandar? Hace cinco años que se casó. ¿Qué? ¿Ya se divorció? ¡No me diga! (*Íntimo. Piensa*) Qué pena, cuánto lo siento… (*Íntimo*) ¿No piensa rehacer su vida? Hay muchas otras mujeres… Yo, por ejemplo, para usted… ¡Hola! ¡Hola! (*mira al teléfono tras ruido violento de clic que se sugiere*) ¿Día bárbaro, no? (*Cuelga*)

Tocan el timbre que son las primeras notas del "Danubio azul".

Jack *se levanta como por un resorte y se acerca a la puerta tras echar*

a la pieza y a sí mismo nuevo golpe de vaporizador. Corre iluminado y desesperado al mismo tiempo. Vuelve. Pone disco: "Toujour l'amour".

Jack (*Corre a la puerta*): Ya voy, señor Shvaig… Tengo unas ideas para su fiesta… (*Abre. Es* Jorge *con las flores*) ¿Otra vez vos? (*Se desquita*) ¿Pero qué pasa?… ¿A mí me tocan todos locos y morosos? Soy un profesional, y de dónde saco un mango? Esto no es una sociedad de beneficencia…

Jorge: Para mí, que desde el aserradero no viene…

Jack: ¡Callate! ¿Y los demás? ¿Qué pasa? Si yo pongo como siempre el aviso en el diario israelita, ¿qué pasa? Ya no vienen más aquí… ¿van todos a lashadjnte Julia? Dios mío, qué día…

Jorge *ubica las flores. Otras vez las notas del "Danubio azul".*

Jack (*Ordena*): Sentate ahí… el diario… (*Intimidando*) Samy. (*Lo cachetea*) Moishe. (*Le trata de pellizcar la mejilla pero* Moishe *no lo deja*)

Moishe (*Fuma toscanito*): Mirá che…

Jorge: Se junta la mafia…

Samy (*A* Jorge): Y qué hacés ahí, vos, ¿eh? ¿No hay carreras hoy?

Moishe: Oíme, Jack… ¡o me preparás una fiesta, pero fiesta fiesta, o se acabó la sociedad! ¡Casamientos dame!

Jack: Ustedes ven (*Señala el ámbito*): Música, flores, simpatía…

Samy: Mirá che… el otro día, entre gente, no te dije nada… ¿pero qué tenés que subir a la orquesta a inspeccionar?

Moishe: La familia es la familia, pero todo tiene un límite…

Samy: ¿Hay un solo casamiento que nos pasaste en los últimos cinco meses? Ninguno… y te tenemos que mantener igual…

Moishe: Si esto no funciona, dedicate a ayudarme, prepará sándwiches, levantá cajones, hacé algo útil… el sábado comías y comías, como un gran señor, y yo deslomándome…

Jack: Pero, hermanitos… ¿alguna vez lo hice antes? ¡Este era un gran cliente! Pero, hermanos…

Moishe: Hermanos, nada… o te justificás tu sueldo con un gran casamiento, o te vas a laburar al puerto… pero lo que es tu parte, igual a la nuestra en la sociedad, ni sueñes con cobrarla más.

Samy: ¿Entendido?

Salen dejando puerta abierta levemente.

Jorge: Bah… siempre lo mismo dicen.

Jack: Sí, pero ahora lo dicen en serio… ¿y qué puedo hacer? Tengo tres o cuatro casamientos por ahí, que sí, que no… que de un momento a otro, pero vos sabés cómo es eso… no pasa nada. ¿Y qué otra cosa sé hacer?

Jorge: Y a mí me habla de iliquidez…

Jack: Bah… con la quiniela te defendés bastante…

Jorge: Sí, bueno. ¿Pero cuánto me debe, Jack?

Jack: Si se nos hace… (*Huye a su despacho*) ¡No paramos!

Entra sin previo aviso el señor Shvaig. *Mira. Huele. Con desagrado. Observa todo. Casi imperial.* Jorge *enseguida intuye algo y se esconde tras el diario desplegado.*

Jorge: No sé…

Shvaig (*Lo escudriña*): ¿Cliente?

Jorge (*Baja cauto los ojos*): Vamos a ver…

Shvaig: ¿Qué hace usted?

Jorge (*Sonríe tímido y habla raro*): No soy de acá… pus.

Corte a Jack *en despacho.*

Jack: Che, Jorge.

Corte a Jorge *en vestíbulo.*

Jorge (*Como sordo. Pregunta a* Shvaig): ¿No sabe cuánto está el dólar, pus? (*Saca un manojo de dólares. Corte a dólares en primer plano*) Tengo que… tengo que cambiar pero… (*Corte a* Jack *en despacho que se para*)

Jack: Sos sordo, café, che…

Shvaig (*Interesado en* Jorge): Parece que llaman a alguien.

Jorge: Ahá…

Shvaig: ¿En el diario no está? ¡Si dice el cambio!

Jorge (*Sonríe*): No, pus… es boliviano… un diario viejo pus.

Shvaig: ¿Boliviano?

Sale Jack *del despacho echo una furia.*

Jack: ¿No oís cuando te llamo?

Jack *ve a* Shvaig *y queda prácticamente paralizado.*

Jack (*Meloso*): ¿Pero quién está aquí?

Shvaig (*Agrio*): Ah… ¿usted gritaba?

Jack: Sí, sí… al empleo… pero salió…

Shvaig (*Sentencia*): Mal carácter tiene usted.

Jack: No, es que… discúlpeme… un segundo por favor. (*Desaparece dentro del despacho. Vuelve a oírse "Estrellas sobre Alabama" y el siseo del spray*)

Shvaig (*A* Jorge): ¿Y qué hace en Bolivia?

Jorge (*Tímido. Resta importancia*): Y… una mina tengo. (*Sonríe tímido*)

Shvaig: Mina… ¿de qué?

Jorge: Oro…

Shvaig: Boliviano usted… y está solo.

Jorge: Completamente. (*Sonríe*) Perdido pus…

Aparece Jack.

Jack: Pase, pase, pase. (*Melifluo*) Me parece que encontré algo que… (*Se besa los dedos*)

Shvaig *mira a* Jorge *que modestamente se hundió con cierta nostalgia en la lectura del diario.* Jack *percibe la mirada de* Shvaig *que inquiere sobre* Jorge *mirando a* Jack. Jorge *niega con la cabeza como diciendo: "No es para usted".*

Jack: Tranquilo… pase, pase…

TERCERA PARTE

Cámara a fotos de números: casamientos y fiestas. A las que enfoca la cámara junto con la mano de Jack *que va arrojando como barajas. Cámara a* Shvaig *que mira hacia afuera.*

Hacia Jorge.

Jack: Es fácil hacer feliz a la gente… a todos los casé yo…

Cámara fotos de monstruos. Hombres y mujeres. Narigones. Calvos. Jorobados. Tuertos. Tontos. Vivos. Rengos. Ciegos. Tullidos. Mujeres con bigotes y toda serie de monstruosidades imaginables.

Jack: En serio, ¿Estos, acaso no merecen vivir? Y todos casados. ¡Si es una obra humana!

Shvaig: ¿Y ese muchacho ahí afuera?

Cámara a Jack *que amontona ahora biblioratos sobre el escritorio.*

Cámara a Shvaig *que ofrece cigarro fino a* Jack. *Que lo enciende.*

Cámara a los diversos biblioratos que en off enumera Jack.

Jack (*En off*): Y aquí… (*Van cayendo tarjetas ininteligibles*) Aunque entren a robar de noche, no van a entender nada.

Cámara a Jack *y* Shvaig. *Fuman los dos todo el tiempo sus grandes habanos como locomotoras. Casi chaplinescos.*

Jack: La discreción, el secreto, es perfecto. En este bibliorato están los nombres. En este las direcciones. En este, la clave; en este, la explicación psicológica de la clave. Mire, es un lío, que un poco más ni yo lo entiendo. Pero, sin embargo, lo tengo todo acá… (*Se golpea la frente*)

Shvaig (*Señala con dedo afuera*): Ese quiero yo.

Jack (*Rápido, impersonal*): No le conviene.

Shvaig: ¿Por qué?

Jack *le tira un montón de fotos.*

Jack: Ahí tiene para elegir.

Suena el teléfono.

Jack: Perdón. (*Atiende*) ¿Sí? Soy yo… ah, qué dice, señorita. ¿Y qué tal fue la cita ayer?... Se vieron, ¿se gustaron? Muy bien, perfecto… dentro de un mes los llamo…, me alegro mucho, adiós. (*Cuelga*) Otra que ya, ya (*Mueve la mano como si la pareja estuviera por caer*) Y mire que ella es alta, ¿eh? ¡Me dan un dolor de cabeza las altas! Son tan difíciles de colocar. ¿Cuánto mide su hija?

Shvaig: No, alta no es… (*Mira sin interesarse por las fotos*)

Jack: El nivel de ingresos está a la vuelta. (*Vuelve las fotos*) ¿Ve?

Shvaig (*Apenas mira esas fotos*): Bah. (*Quita importancia con la mano*) ¿Tiene una mina?

Jack: ¿Quién? (*Revisa las fotos buscando el dato*)

Shvaig: El boliviano.

Jack (*Mira fotos*): ¿Cuál es el boliviano?

Shvaig (*Implacable*): El de afuera.

Jack (*Sin entusiasmo. El diálogo será veloz*): Ay… sí, sí. (*Súbito*) Tengo un señor canoso con un auto blanco, último modelo, que habla inglés, ¿le interesa?

Shvaig: ¿Un viejo? Y yo para qué estoy. No.

Jack: ¿Un aviso en el diario?

Shvaig: No.

Pausa.

Jack: Entonces no sé… ya le mostré el stock completo… y sino encuentra ahí, francamente…

Shvaig: Yo quiero ese… uno como ese…

Jack: ¿Y de dónde saco otro ahora? Boliviano, con una mina tiene que ser… no tengo más.

Tocan el Danubio azul.

Jack: Permiso.

Va a abrir. Aparece una señorita muy pintada con anillos y algo estirada. Por la puerta del despacho Shvaig *espía en el vestíbulo.* Jack *la atiende.*

Jack: Por favor, señorita. ¿Puede esperarme?
Señorita: Tengo poco tiempo.
Jack: Estoy con gente… es un minutito.

Jack *vuelve a su despacho.*

Jack: Por favor, señorita. ¿Puede esperarme?
Señorita: Tengo poco tiempo.
Jack: Estoy con gente… es un minutito.

Jack *vuelve a su despacho.*

Shvaig (*Mirando a* Jorge *con avidez*): No, atienda, yo espero afuera si quiere…
Jack (*En voz baja*): No.

Espía por la puerta a Shvaig.

Shvaig: ¿Qué pasa?
Jack (*Quedo*): Un truco… está todo arreglado entre ellos. Los cité a los dos.

Afuera Jorge *lee el diario. De reojo la mujer la estudia.* Jorge *igual.*

Jack (*Bajo*): ¿Ve? Ahí, en el jol [*sic*] hago algunos primeros encuentros… así, como por casualidad… a ver…
Shvaig: ¿Y?
Jack: Este boliviano…

Jack *y* Shvaig *miran a vestíbulo.*

Señorita (*Saca cigarrillos*): ¿Tiene fuego?

En el despacho.

Shvaig (*En voz baja*): Es media bizca ella… tiene un ojo de vidrio parece… ¿la pierna será de ella?

En el vestíbulo.

Jorge: ¿Ah? ¿Eh? Ah sí, pus…

Señorita *lo mira fastidiada de arriba abajo.*
En el despacho.

Jack: Mire ese hombre cómo se arregla… todo mal vestido…
En el vestíbulo Señorita *mira mal.*

Jack (*En off*): Mire cómo lo mira ella. ¿Por qué no se arregló él?
Shvaig (*En off*): Tiene dólares.
Jorge (*De pronto. Bestial. Convulsivo*): ¿Vamos a tomar un café, pus?
Señorita (*Se para*): ¿Sos loco, pibe?

Sale dando un portazo en el despacho.

Jack (*Con amargura*): Yo ya sabía.
Shvaig: ¿Por qué se fue? Es lindo muchacho…

Jack *sale furioso a hall.*

Jack: Pero oiga… un poco más se la come usted…
Jorge (*Señala una puerta*): Qué trato raro tiene ella, pus…
Jack: ¡Ah! ¿Encima ella tiene la culpa? Dígame, señor, ¿no tenía otro traje?
Jorge (*Indignado*): ¡Tengo trajes, trajes y trajes para taparla a ella por completo, pus!
Jack: ¿Y por qué no los trajo puestos?
Jorge: Yo no tengo tiempo para perder, pus…
Shvaig: Claro…

Jorge: Yo quiero un casamiento rápido, yo estoy con mucho trabajo pa perder en estas tonterías. ¿Y quién atiende la mina? (*Parodia*) Te quiero, te quiero…

Jorge: ¿Qué quería esa, que le hablara de amor, que yo luciera modelos? No, señora. ¿Pa qué, pus? Hay que casarse porque sí, porque se debe, porque es norma.

Shvaig: ¿Qué va a hacer? (*Suspira*) El cuerpo tira…

Jorge: Y defender lo que tanto les costó a mis papás, pus…

Shvaig: ¡Extraordinario cómo habla!... estos jóvenes de ahora no hablan más así…

Jorge: Claro, ellos diz que van a trabajar entre empleos dos el hombre y uno la mujer…

Shvaig: ¿Y cuándo, viejos, qué queda del amor? (*Con la mano que baja sentencia*) Los van a comer los piojos.

Jorge: ¡Eso, eso!

Se miran como reconociéndose por primera vez.

Shvaig: Mucho gusto.

Jorge: Es mío…

Shvaig: Usted entiende que un hombre en mi posición tiene que cuidar a mi hija…

Jorge: ¿Conque una hija, pus…?

Jack (*Alarmado discretamente*): Momentito… acá la organización Lipman tiene mucho gusto que se conozcan, ¿quieren pasar? (*Señala despacho*) Yo me ocupo, señor Shvaig, permítame…

Shvaig: (*Algo contrariado*): ¿Qué tiene que ver Organización Lipman acá? Casi, casi, si por usted, ni nos hubiéramos conocido…

Entrando al despacho los invita Jack.

Jack: Esto les demuestra mi seriedad, señor Shvaig. Había una media palabra con la señorita…

Shvaig (*A* Jorge): Que… a usted le gustaba. ¡Era un cucho eso!

Jorge: Pues sí que era amarga, pus…

Shvaig: Bolivia, lindo país… ¿eh?

Jorge: Buenazo, pus…

Siguiente diálogo entre Shvaig *y* Jack *como si* Jorge *no estuviera adelante.* Shvaig *se pone la mano como en aparte y dice a* Jack.

Shvaig: ¿Vio cómo hablaron? Película mexicana parece… Boliviano, mexicano, la misma cosa…

Jack (*Ídem*): En México no hay minas… tuve clientes también… pero bolivianos mejor…

Shvaig *lo mira a* Jorge *acercándose. Y a los ojos amorosamente casi murmura.*

Shvaig: Oiga, ¿sabe? Usted me parece que me está engatusando mucho...

Jack (*A* Jorge): ¿Y usted qué dice? ¿Le gusta, le conviene?

Jorge: Habría que balar [*sic*] un poquito más, pus…

Jack: Claro, de la fiesta…

Jorge: ¡Ah, sí, eso! Una gran fiesta quiero yo, pus…

Shvaig: ¡No se preocupa! ¡Lo principal, un aviso así!

Jack: ¿Y la chica qué va a decir? Acá no prometemos a nadie que va a salir por esa puerta casado…

Shvaig: Sí, sí, va a decir que sí…

Jack: No sé… hay que ver. (*Saca papel y lapicera*) ¿Quieren hacer la gestión? Muy bien… hay que pagar la cuota de inscripción, señor Shvaig, y usted una visita nueva…

Jorge: ¡Ya mismo! (*Saca sus dólares*) ¿Cuánto es todo?...

Shvaig (*Como en un bar*): No, no, por favor, deje, pago yo… ¡como todo! (*Saca su billetera pero cerrada*)

Jorge: ¿Cuánto es?

Jack: Cincuenta mil pesos por la inscripción del señor y usted cinco mil pesos la visita…

Shvaig (*Manotea billetera, se la entrega*): Cóbrese de aquí, por favor, todo, todo…

Jorge: No, pus… a mí… déjeme, hombre… deje… (*Tira dólares*

sobre la mesa). En dólares, digo yo, en dólares.

Jack (*Rápido cálculo mental*): Ciento cincuenta…

Shvaig (*Súbito defensor de* Jorge): No… ¡cómo! Le cobró de más…

Jorge: ¿Cuánto de más? ¿Veinte, treinta dólares? De propia na [*sic*], pus, por habernos presentado…

Jack *guarda.* Shvaig *y* Jorge *se dan la mano.*

Jack: Ahora señor Shvaig, todo queda en sus manos… usted me llama, para concertar la entrevista.

Jorge: Pero rápido, ¿eh? No tengo mucho tiempo…

Shvaig: Pierda cuidado…

Jack: Salga primero usted, señor Shvaig… es por discreción, ¿sabe? Por principio… mis clientes, en el ascensor, nunca juntos…

Shvaig (*Eufórico*): ¿Por qué, acaso vamos a hacer chanchadas? Me gustó su compañía, francamente se lo digo…

Jorge: También a mí…

Shvaig: Hasta muy prontito, ¿eh?

Sale. Pausa. Jorge *se desploma en un sillón.* Jack *acaricia su gato contentísimo. Suena el teléfono.*

Jorge: Oiga, Jack… esto cada vez me cuesta más… ¿usted cree que va a pasar algo?

Jack (*Al teléfono*): Organización Lipman, todo para él… (*Se corta y desencanto*) Ah vos, sos vos… bueno, subí. (*Cuelga*)

Jorge (*Agotado*): Devuélvame los dólares.

Jack (*Los saca y entrega*): A ver cómo te portás, ¿eh?

Jorge (*Como para sí mismo*): A veces tengo unas ganas de tomármelas con estos…

Jack: Sí, claro… ¿a dónde vas a ir con ellos? Si son falsos…

Jorge: Qué lástima… y son los únicos que tenemos…

Entra la misma señorita de la escena anterior.

Jack (*Quejoso*): Tomá.

Señorita: ¿Nada más? ¿No estuve bien?

Jack: ¿Y qué te cuesta? ¿Qué hacés en el piso de abajo, todo el día en la inmobiliaria? Mirá, como changa me está bastante bien…

Señorita: ¿Y la llamada extra que le hice?

Jack: ¿Cuál?

Señorita: Esa pareja que está al caer…

Jack: ¿Qué es lo único que hacés abajo? Atender el teléfono…

Señorita: ¡Sí, pero llamé de afuera, me jugué, vine acá, dejé la oficina! ¡Cómo!

Jack *saca y le da.*

Señorita: ¿Qué hace?

Jack: Tomá, los diez pesos del teléfono público.

Jorge (*A* Señorita): Si no tiene un mango.

Jack: Si esta trampa le sale bien… todos vamos a ser ricos.

CUARTA PARTE

Comedor de la casa del primero, Bernardo Shvaig. *Es un ambiente fastuoso, moderno, rico, con cuadros y un acrílico de Polesello. Muebles escandinavos. Todo rezuma ostentación.* Bernardo *sentado en un sillón leyendo un diario israelita. Entra* Mucama.

Mucama: Hay un señor Shvaig.

Bernardo (*Deja el diario*): ¿Qué?

Mucama: Sí.

Bernardo (*Con sorpresa meditativa*): ¿Shvaig? (*Como sin entender la mira*)

Mucama (*Repara con sorpresa divertida*): ¡Se llama igual que usted! No lo vi nunca yo.

Bernardo (*Rumia*): Sí, sí…

Mucama: ¿Y entonces?

Bernardo: Dígale que no estoy. (*Mucama va a salir*) ¡Espere! (*Con sombría fruición*) Que pase.

Sale Mucama. Bernardo *con expresión endurecida vuelve al diario. Entra* Shvaig.

Shvaig (*Algo vencido*): ¿Qué tal Bernardo?

Bernardo (*Baja el diario y con crueldad*): Mirá quién vino… ¿quién se murió? (*Pausa*) Tu hija Raquelita… (*Hace señal con la mano de más o menos finada*)

Shvaig (*Se apresura*): No, no, ¡muy bien está…!

Bernardo (*Lo mira frío*): ¿Y entonces? ¿Qué te trae por aquí? (*Mira el diario y lo deja*) Porque la última vez te peleaste conmigo… sí, querido primo, me echaste de tu casa.

Shvaig: Estaba nervioso.

Bernardo: Pero hace dos años… ¿todo el tiempo te siguieron los nervios? Sos muy orgulloso vos…

Shvaig: ¡Bueno, Bernardo! ¡Pero vine!

Bernardo: Algo precisás, sino…

Shvaig (*Se irrita*): Ah… entonces me voy. (*Se levanta*)

Bernardo (*Suficiente y en voz baja*): Quedate, ingrato… ¿qué otro pariente tenés?

Shvaig (*Con los ojos bajos*): ¿Y la señora?

Bernardo: Hablá tranquilo… se fue a Punta del Este… (*Pausa*) ¿Y? Las chicas también se fueron. (*Pausa*)

Shvaig: Bernardo… Raquelita se va a casar…

Bernardo (*Se ilumina*): ¿Sí? ¡Mazel tov! Me alegro tanto. (*Se levanta y lo abraza*) ¿Y sabés por qué me alegro? Porque si venís a verme es porque ya no me guardás rencor. (*Dolorido*) Sos muy rencoroso conmigo… Yo no tengo la culpa que vos…

Shvaig: ¿Cómo va el aserradero?

Bernardo: Ahí están los yernos… que se rompan la cabeza ellos, ya bastante me rompí el lomo yo, como para leer el diario tranquilo, ¿no te parece? (*Pausa*) ¿Y quién es el muchacho?

Shvaig (*Se enciende*): Una belleza, un millonario, un boliviano con una mina de oro que ni te podés imaginar…

Bernardo (*Alegría amarga*): ¿Ah sí? (*Pausa*) Te lo merecés. (*Amargo*) Vos, porque lo que es ella… si me echó ella. (*Piensa*) Una mina de oro… pero ¿hay todavía?

Shvaig: En Bolivia.

Bernardo (*Pausa*): Mirá vos… lo que vinimos a buscar todos acá… y está en Bolivia… este mundo es cosa de locos. (*Alegría*) Hay que hacer una fiesta entonces.

Shvaig: Por eso vengo.

Bernardo (*Alertado*): Cómo por eso… No pensarás que te la haga yo… (*Se defiende*) Los negocios andan mal… hay una crisis, sabés que hay una crisis.

Shvaig: No, el boliviano va a pagar todo.

Bernardo: ¿Y entonces?

Shvaig: ¿Me prestás tu aserradero? ¿Puedo decir que es mío?

Bernardo: Seguro.

Shvaig: Y… mi casa es linda, sabés, pero… ¿no podrían casarse acá?

Bernardo: ¿La casa? (*Se ilumina*) ¿Mi casa querés? No me puedo quejar de mi casa… Una fiesta. (*Rencor y placer*) Viniste a caer a mí, ¿eh? Diste muchas vueltas pero viniste a caer a mí, (*Cruel*) ¿eh? (*Ternura*) ¿Por qué esperaste tanto.

Shvaig (*Sueña*): Acá pueden entrar 300 invitados…

Bernardo: Qué 300. ¿Con el jardín y la terraza? ¿Qué hablás? 400 por lo menos… Ah. Y yo voy a invitar también… (*Melancólica queja*) Todas mis hijas se casaron en salones… claro, entonces no tenía todavía esta casa.

Shvaig: Claro… por eso… para que vean quién sos, lo que tenés, lo que hiciste…

Bernardo: ¿Y sabé qué? Mirá. (*Saca chequera*) Para que veas quién soy... (*Saca lapicera*) Tomá che… una yapa, un regalo, un cheque para gastos chicos, (*Firma*) para que tengas con qué moverte… ¿ves? No tengo rencores…

Shvaig (*Mira*): ¿Cien mil pesos? (*Deslumbrado*)

Bernardo: Vamos a hacer la lista de invitados. Yo también invito gente, ¿eh? (*Agarra papel*)

Shvaig: Claro… personalidades quiero yo… personalidades.

Corte a despacho de Jack *donde hay un consejo de familia.* Moishe Lipman *con su toscanito y los pies sobre el escritorio.* Samy *canturrea un poco en otra cosa.* Jack, *con la máquina de sumar, se siente dueño de la situación.*

Jack: Señores… ¿cuántos kilos de sándwiches?

Moishe (*Muerde cigarrito*): ¿A cuántos se puede invitar?

Samy: Este industrial… qué se yo… Mil personas.

Moishe: ¿Este industrial? Mirá, yo averigüé… tiene una casa y un aserradero que… ¡Puf! Dos mil poné, tranquilamente.

Jack: Hay que convencerlo…

Samy: Con las amistades que debe tener…

Moishe: Bocaditos, muy finos, caviar, pavos. Un maître de jacquet. (*Fruición*) Con todo… un gran servicio… (Jack *suma*) Portero de librea. (Jack *suma*)

Samy (*Tímido*): ¿Y yo, puedo ir con la orquesta grande? (*Se defiende*) 33 profesores.

Jack *le da a la máquina de sumar*.

Samy: ¿Y el novio?

Jack y Moishe (*Al unísono responden*): Bah… bah…

Jack: ¿Y yo para qué estoy?

Moishe: Medio millón de pesos tenés que pedir.

Jack *suma.*

Samy (*Se atreve*): Para empezar, porque la orquesta…

Jack (*Sin prestarle atención*): Por lo menos, porque después están los gastos de representación. ¿Y vos te creés que con este Shvaig paramos? No. Esto va a seguir…

Moishe: Ojalá.

Jack: No, una familia trae a la otra… familias importantes, vinculadas, la seguidilla… Me voy a poner de moda en las mejores familias… (*A* Moishe) Donde yo pongo el ojo, che…

Corte a kiosco de venta de cigarrillos donde está Raquel *detrás de un mostradorcito con golosinas, en un zaguán que da a la calle, atrás, cortina con arpillera. Ruidos de ciudad. Un comprador de cigarrillos recibe un paquete y deja el dinero sobre ese platito que para ese objeto tienen los kioscos. Se va. Durante el diálogo que seguirá pueden aparecer otros*

clientes mudos. Aparece Shvaig *excitado.* Raquel *es una chica corriente de 30 años, no muy linda, mentalmente veloz por su contacto diario con la calle y la gente.*

Shvaig: Raquelita, querida…

Raquel: ¿Dónde estuviste, papá? (*Saca una caja*) ¿Me querés decir qué pasó con los habanos?

Shvaig (*Excitado*): Estuve en un lugar, Raquelita, con un negocio que ni te imaginás…

Raquel (*Lo sobra*): Uh, tus negocios… (*Reproche*) Y ahora quién paga los habanos buenos…

Shvaig: No, pero escuchá… esta vez es con un príncipe, verdaderamente un señor, una joya…

Raquel: Papá, pasá detrás de la arpillera… andá. (*Levanta la arpillera y se ve una cama*) Tirate un rato.

Shvaig: No, en serio.

Raquel (*Se golpea el reloj*): ¡Che viejo! Ya me pasé más de ocho horas acá. Te tenés que quedar vos también un rato… Ya no doy más.

Shvaig: Qué kiosco ni kiosco… al diablo con el kiosco… tengo planes para vos…

Raquel (*Sobre aviso*): Otra vez…

Shvaig (*Se arrepiente cauteloso*): ¡No, pero no es lo que creés! ¡Es distinto! En serio, quiero que lo conozcas… Es conmigo la cosa, me quiere asociar, está loco conmigo… quiere que yo administre todo…

Raquel (*Alarmada*): ¿Qué? ¿Te sacaron plata de nuevo? Papá, ¿y cómo pagamos los cigarrillos a fin de mes? En qué lío te metiste…

Shvaig: ¿Yo, lío? Ni un centavo puse… él pagó todo… ¡Y va a pagar mucho más! Si está desesperado…

Raquel (*No entiende*): Desesperado. ¿Y quién se puede desesperar con vos, papá? (*Preocupada*) ¿Dónde está la tanga acá?… Otro loco como vos.

Shvaig: No. (*Ingenuo*) Caí bien.

Raquel (*Escéptica*): Sí, sí…

Shvaig: Hay un futuro ahí… para mí no quiero nada… quiero que vos no sufras…

Raquel: ¿Qué? ¿quién sufre…?

Shvaig: ¿Querés conocerlo?

Raquel (*Lo mira. Pausa*): ¿Y vos qué tenés que poner ahí?

Shvaig: ¿Dónde?

Raquel: En ese negocio.

Shvaig (*Se encoge de hombros*): Nada, nada… simpatía… mirá, no tiene tiempos para macanas… si le digo no, agarra a otro…

Raquel: Mejor.

Shvaig (*Transición*): ¿Cómo que soy yo, un animal, un fracasado?

Raquel: No, papá… pero no entiendo bien qué anda buscando ese… ¿otra vez me querés casar?

Shvaig: ¿Y quién habla de casar? Pero… es un lindo muchacho, así que no te gusta. (*Se deprime*)

Raquel: No.

Shvaig (*Pausa. Se queja*): Y claro… si no soy capaz… (*Reprocha*) Me echaste la moral al suelo vos… (*En voz baja*) Ahora no sé si agarrar…

Raquel (*Al verlo se entristece*): No te pongas así, papá… (*Admite*) Hacía tiempo que no te veía tan entusiasmado con algo…

Shvaig: Sí, claro, por eso me bajaste la moral… ahora… qué se yo… sí, ya sé, vos tenés ojo… Pero, ¿y si sirve el negocio? Lo tirás así, por la ventana, sin conocerlo al hombre… Me podés perjudicar… por una vez que se me da…

Raquel (*Suspira asumiendo un deber*): Bueno, está bien… vamos a conocer a ese portento.

Shvaig: Ah… y el kiosco, ni lo menciones.

PARTE V

Despacho de Jack *que está con* Shvaig.

Shvaig (*Ofrece habano*): Ahora todo corre por su cuenta.

Jack (*Prendiendo el de* Shvaig): ¿Sabe dónde lo vamos a presentar? En el café Viena.

Shvaig: ¿Por qué?

Jack: Es más romántico… hay violines… tomar mi mano Samy ahí.

Shvaig: ¿Por qué no en mi casa?

Jack: No, es lindo… atiende mi hermano Moishe. Así de paso, usted va a ver a nuestro salón de fiestas que está arriba…

Shvaig: La fiesta, ya le dije, quiero hacerla en mi casa.

Jack: (*Suspira*) Bueno, señor Shvaik... ahora vamos a hacer un poquito de números.

Shvaig (*Ofendido y asqueado*): Números. (*Asqueado*) Ya. (*Se para*) Lo único que piensa usted, ¿acaso concretó algo? ¿Y la plata que le dimos con el boliviano?

Jack: No es para enojarse… no es agencia de beneficencia esta…

Shvaig (*Saca el cheque*): Mire, no me canse… (*Se lo tira*) Este cheque, para empezar, ¿está bien?

Cámara a cheque. Corte a mismo despacho donde en cambio ahora están reunidos Samy, Moishe, Jack *también.* Jorge *que se lima las uñas.*

Moishe: ¿Para empezar dijo?

Jack: No, si cuando pongo el ojo yo…

Moishe: Te felicito, che, por fin te sale algo, porque vamos mal hasta ahora, uno trabaja, trabaja y no ve nada…

Jack: Por eso, che… tenemos que tirar la casa por la ventana.

Moishe: Sí… para este Shvaig, lo mejor de lo mejor…

Suena El Danubio azul

Jack: Justo ahora… (*Fastidiado va a abrir tras arreglarse frente a espejito y poner Toujour l'amour*)

Se oye exasperante dos veces más el timbrazo.

Jack (*Sonrisa profesional*): Va, va…

Jack *abre. Entra* Señorita *de unos cuarenta años que es bastante fea, pero más que eso chiflada por la soledad, algo ida, voladora, locuaz, avejentada.*

Corte a despacho: Jorge *se agarra la cabeza.*
Corte a vestíbulo.

Jack: Señorita Opele, ¿qué dice? Justo estaba pensando en usted… (*Leve reproche*) Pero le pedí que hable antes de venir…
Señorita: ¿Dónde está?
Jack: ¿Quién?
Señorita: El señor boliviano.

Corte a despacho donde Moishe *y* Samy *se miran entre ellos con preocupación. Corte a vestíbulo donde* Señorita *pugna por entrar a despacho. Corte a* Jorge *alarmadísimo que se trata de esconder en alguna parte. Corte a vestíbulo.*

Jack (*Interponiéndose*): Ah… no me hable de él…

Corte a Moishe cerrando la puerta y cubriéndola con el cuerpo. Corte a vestíbulo.

Señorita: Quiero verlo, quiero verlo.
Jack: ¿Se cree que es la única? No se nada de él, ni quiero saber más nada…
Señorita: ¿Cómo que no sabe? No puedo vivir, no puedo dormir, pienso en él todo el tiempo, quiero casarme con él, ¿dónde está?
Jack (*Suspira*): Ay, ese boliviano, qué dolores de cabeza me dio… (*Ella se acerca al despacho y él la para*) No está, se fue, se voló.
Señorita: ¿Cómo que se voló?
Jack: Se volatilizó, mejor, no le convenía a usted… tuvo suerte, ¿no ve que es loco? Se fue…
Señorita (*Anonadada*): Pero cómo… si yo lo quiero, él también, se declaró…
Jack: Sí, claro… ¿no ve cómo la quería? Mejor que se fue ahora antes del casamiento.
Señorita (*Abrumada, desamparada*): ¿Y ahora qué hago yo? Si estoy tan sola… les dije a todos que me iba a casar… es una vergüenza…
Jack: Vea, ¿oye lo que usted dice? En el fondo ese boliviano loco la

ayudó mucho. ¿Y sabe por qué? Primero, porque ahora se dio cuenta que no sólo quiere seriamente casarse, sino que tiene que casarse, ¿no es así?

Señorita (*En voz baja se estruja las manos*): Estoy tan sola, tan sola… casarme, ¿pero con quién?

Jack: No es problema eso… porque la segunda cosa que aprendió con esta desagradable experiencia es que nunca hay que despreciar lo bueno, buscando el cuento de hadas. (*Saca una foto del bolsillo interior del saco*) Mira… mire qué belleza… (*Mujer mira y* Jack *continúa*) Este señor es gordito, bajito, quizás con un poco de panza… algo calvo, eso puede ser... (*Corte a foto de frente y perfil de Sr. Gordito*) Tiene anteojos, cuarenta años, lo que usted quiera. Pero es contador público, buena presencia, persona distinguida, preparada… ¡y no es loco! lo que a usted le conviene… un buen compañero… tiene palabra… cuando él dice "me caso" se casa, y justo está buscando a alguien como usted… y le aseguro que también está solo… no tiene ningún interés en desaparecer, ¿quiere conocerlo?

Durante este monólogo la Señorita *fue pasando de la desesperación total a su abrumada realidad. Y a partir de allí creció su cansancio, su melancolía, acaso una abulia, un tristísimo abandono.*

Señorita (*Musita*): Puede ser…

Jack: Llámeme mañana… bueno. (*Se guarda la foto y la lleva hasta la puerta*) Ahora discúlpeme pero la dejo… tengo una reunión.

Corte a café Viena. Tiene aire de cervecería alemana con reservados, artesonado de madera en las paredes. Corte a Violinista zíngaro *con enorme panza y faja no menos enorme. A su lado un tenor viejo al estilo Jan Kiepura, estilo de segunda preguerra y de esa época vocifera un área de Frantz Lehar. Corte a* Shvaig *y* Bernardo *en una mesa.*

Shvaig: Bes [*sic*] qué atención?

Comen y toman vermuth.

Bernardo: Muy bien che… qué progreso, toda una organización es esto… antes uno le daba una comisión a una vecina, para que le

presente un novio judío a la hija… mis hijas consiguieron solas, claro, pero a los pobres diablos como vos…

Shvaig: Mirá, Bernardo… ¿vos querés una fiesta en tu casa? Entonces no me refriegues más tu aserradero por la cara…

Bernardo (*Excelente humor*): Por mí, ya te dije, podés decir que el aserradero es tuyo, que la casa es tuya, que todo es tuyo… total, para la fiesta que yo quiero hacer, van a hacer falta muchos cheques como los que yo te di, y te aseguro que los próximos, los va a poner tu boliviano…

Shvaig: Seguro…

Aparecen Jack *y* Jorge.

Shvaig (*Se para y presenta*): Mi yerno…

Bernardo: Mucho gusto.

Shvaig (*A* Jack): Este es un primo mío…

Jack (*Astuto. Sonríe*): ¿También tiene aserradero?

Shvaig: Claro…

Bernardo: Y sí… en esta familia… calcule, ¿quién no tiene, por lo menos, un aserradero?

Jorge: ¿Y dónde está la novia, pues?

Shvaig: Trátela con delicadeza… ella no sabe nada…

Jack (*Golpea palmas*): Mozo… (*Aparece mozo*) sirve más aquí… y traiga velas.

Bernardo: ¿Cómo velas?

Jack: Para cuando llegue ella, ¿eh? Es más… (*Gesto vago*)

Cámara a viejo reloj de números romanos sobre una pared del café. Son las siete. Imagen se desdibuja. Luego imagen muestra siete y media. Cesa la música. Todos están mustios. Corte a Raquel *que entra. Mira todo. Se acerca a mesa de velas donde están los personajes. Corte a* Raquel *que ve a* Bernardo *y la desconfianza y sorpresa primeras crecen.* Jack *señala a músicos que atacan.*

Jack: ¿Qué es esto? ¿Cumpliste el sueño del violín gitano propio?

Bernardo (*Primero con dolor ante la reacción*): Después de dos años… ¿seguís igual? ¿Yo sueño? ¿Yo? (*Señala a* Shvaig) Él…

Shvaig (*Apresurado, obvio y orgulloso*): Mi hija.

Raquel: A ver, ¿cuál es el dueño de la mina? (*A* Jack) ¿Usted?

Jorge: No, yo, pus… mucho gusto, Shuars…

Raquel (*Lo estudia*): ¿Shvarts? ¿Es paisano usted?

Jorge: Claro, pus.

Raquel: ¿Hay paisanos en Bolivia?

Shvaig (*A* Bernardo*. Orgulloso*): ¿Ves? Lo primero que pregunta…

Jorge (*La mira con aprehensión. Raro*): Una colectividad muy chiquita, nomás…

Raquel (*Lo mira*): Ahá. ¿Usted ve mucha televisión?

Jorge (*Desconcertado. Mira a* Jack): ¿Por qué?

Raquel (*Ingenua*): Por el acento.

Jorge: ¿Cómo? No, no… por allá no hay mucha, no. (*Sonríe pícaro y seductor*) Así que no tengo con qué entretenerme en nadita, pus…

Jack (*A* Shvaig *y* Bernardo): ¿Vamos?

Raquel: ¿Adónde?

Bernardo: Enseguida venimos. (*Se para junto con* Shvaig)

Raquel (*Ácida a* Bernardo): Vos también estás en este negocio…

Bernardo: Todos…

Jack (*Para*): Vamos, vamos…

Mozo prende las velas. El zíngaro ataca nuevamente con el cantor. Jorge *y* Raquel *quedan solos.* Raquel *lo mira a* Jorge, *quien se siente algo molesto ante ella aunque no sabe por qué.* Raquel *sonríe sobradora.*

Jorge (*Seductor acerca su silla*): ¿De qué se ríe, pus?

Raquel: No… nada…

Jorge (*Seductor con voz acariciante*): Pero diga, pus, ¿de qué se trata? (*Más cerca*) ¿Me permite aparcar más cerquita, pus?

Raquel: ¿Tiene los papeles?

Jorge: ¿Qué papeles?

Raquel: Los de la mina.

Jorge (*Desconcertado pero intencionado*): ¿Quiere que vamos a buscarlos, pus?

Raquel: Sáqueme a esos. (*Hace sonar los dedos*)

Jorge *azorado hace alejar a los músicos.*

Jorge (*Con temor se reafirma y arremete tomándole la mano*): ¿Le causan vergüenza los ajenos?

Raquel (*Lo mira*): Sí…

Jorge: Usted tiene un encanto, pus… tan especial… (*Insinuante*) Qué vergonzosa que es… y cómo me gusta eso… usted notó enseguidita mi afecto, ¿no? Pus que… (*Bien mexicano*) usted no puede estar nunca sola con esos ojazos que tiene.

Raquel: ¿Gusta?

Jorge (*Descolocado*): Enseguidita pus que la vi, desde el principio, me dije: Shuars, esa niña anda buscando tu apoyo. (*Le toma la mano*) tu afecto, un hogar, una luz en su vida triste, pus.

Raquel (*Saca la mano*): ¿Así que sintió algo?

Jorge: Y cómo…

Rápidamente Raquel *baja el brazo y se intuye que su puño golpea violento bajo la mesa en la zona del hígado de* Jorge. *Golpes breves, aniñados, encantadores, feroces, de* Raquel *con dientes apretados.*

Jorge (*Asustado y loco de dolor se dobla*): ¡Ay! (*En porteño puro*) ¿Qué hacés? ¿sos loca vos?

Raquel (*Sonríe*): Ahora sentís un poco más, ¿no? Así que boliviano.

Se escuchan las voces de Jack *y* Shvaig. *Crecen dolor y angustia en la cara de* Jorge *que los oye y la mira a* Raquel *como a un demonio con el que no hay más remedio que tratar.*

Jack (*En off*): ¿Y, señor Shvaig?

Shvaig (*En off. Acercándose*): Qué organización.

Jorge (*Con miedo cerval y desarmado ruega*): Después te explico… por favor… no hables, su…

Aparecen Jack *y* Shvaig *con* Bernardo.

Jack: ¿Y?

RAQUEL (*Angelical*): Tiene una conversación este señor…
JACK (*Sonríe sutil*): ¿Quiere verlo otra vez?
JORGE (*Jadea*): Seguro.
RAQUEL (*Juega sonriente con migas de pan, vista baja, luego mira seria a* JORGE *y pícara*): Puede ser.

PARTE VI

Despacho de JACK *con* JORGE.

JORGE (*Algo inseguro*): Parece que picó, ¿eh?
JACK: Claro que picó. Como todas… igual que todas. (*Lo mira*) ¿Qué pasa? ¿estás nervioso?
JORGE: Escuche Jack, ¿no me puede dar un anticipo?
JACK: Tranquilo, che, esperá que se haga, hacé lo tuyo… (*Sueña*) La fiesta que se va a armar…

Corte a kiosco de SHVAIG, *quien está con* RAQUEL *tras el mostrador.*

RAQUEL (*Abrupta*): Decime, papá, ¿vos querés que me case con ese?
SHVAIG (*Sutil, arregla chocolatines sin mirarla*): ¿Por qué? ¿Te ofreció algo?

RAQUEL l*o mira acusadora y con bronca*.

SHVAIG (*Defendiéndose al sentir esa mirada*): Bueno… la verdad… de todos los que te traje, ¿hay alguno mejor?
RAQUEL: ¿Quién te pidió que me traigas a alguien?
SHVAIG (*Sincero*): Raquelita, te pasaste la vida aquí; yo quiero que seas tan feliz… cualquier día de estos me voy, ¿y qué va a ser de vos? ¿quién te va a cuidar?
RAQUEL (*Lo mira largamente con una mezcla de melancolía, humor, rabia y aspereza*): Y de paso… hacemos una linda fiesta, ¿no? Para que vean quién es Shvaig… que no es un kiosquero así nomás…
SHVAIG: ¿Por qué no?

Raquel (*Sonríe con mezcla de amargura y locura lanzada*): Entonces, ¿sabés qué quiero? (*Agarra una revista de modas y ojea*) Mirá. (*Ojea*) Mirá. (*Ojea con más rabia*) Mirá esto… Un vestido de novia así quiero…

Corte a figurín de modelo inhumanamente bella con un hermosísimo traje de novia.

Raquel (*En off. Con voz sorda*): El más caro, el mejor, el más lujoso…

Corte a Violinista zíngaro *afinando su instrumento. Está junto a una mesa donde* Jorge *se acomoda la corbata y en su cara se ve que divisó a* Raquel *porque con un gesto de los dedos hace desaparecer al violinista.*

Raquel (*Se sienta*): Muy bien… estás aprendiendo… esos me revuelven las tripas…

Jorge (*Entre dientes*): Más bajo, más bajo.

Raquel (*Intrigada*): ¿Por qué hacés esto?

Jorge: No me vayas a deschavar.

Raquel (*Inquisidora*): ¿Por qué?

Jorge: Y pierdo todo…

Raquel: ¿Y qué hay?

Jorge: ¿Ah sí? ¿Y después qué hago? Tengo que ganarme la vida, ¿no?

Raquel: ¿Y por qué no laburás un poquito?

Jorge (*Seña que baje la voz y escandalizado*): ¿Y qué te parece? ¿Poco trabajo? Hay quince mujeres que me andan siguiendo por todo Buenos Aires… (*Angustiado*) Yo no aguanto más… siempre con miedo a encontrarme alguna a la vuelta de la esquina…

Raquel (*Sorprendida y divertida*): Quince mujeres…

Jorge: Picarón igual que vos, y después (*Seña con la mano*) me tomo el buque… ¿Sabés cómo tengo los nervios, no? (*Le muestra mano en alto que tiembla*)

Raquel (*Lo mira zumbona*): No… pero yo digo trabajar… todos los días…

Jorge (*Indignado*): ¿Conocés un trabajo más insalubre que el mío? Hay cada ejemplar…

Raquel: ¿Y qué otra cosa sabés hacer?

Jorge: ¿La verdad? Nada… yo nunca laburé…

Raquel: Te gustan las carreras.

Jorge: Y… un poquito… a veces gano… (*Transición*) Laburar… no sabría qué hacer…

Raquel (*En voz baja*): Y ese te explota…

Jorge: ¿Jack? Pobre… si nunca tiene un mango… y ahora que parecía que vos habías picado… Qué aserradero tiene tu viejo, ¿eh?

Raquel *se ríe muy fuerte*

Jorge (*La mira sorprendido y luego mira a los costados como si compartiera una broma que no entiende*): Más bajo… ¿qué pasa?…

Raquel: Es un peligro ese Jack…

Jorge: No… hoy en día, hay cada trampa grande… pero trampa de capos capos digo yo… y él anda en el menudeo, qué vas a hacer… si no hace mal a nadie.

Raquel: ¿Ah no? ¿Y a mí?

Jorge: Y qué… te va a conseguir un marido gordito, bueno… ¿me querés decir de qué te quejás? Une a la gente. (*Transición. Fuman y se miran. Reflexiona en voz baja*) Pero decime… vos no precisás esto… ¿cómo caíste en la agencia matrimonial?

Raquel: Con mi aserradero. (*Lo mira zumbona*)

Jorge: Claro… y vos fea, fea… (*Niega con la cabeza*) Se casa normalmente cada una… pero mirá… no preguntemos más, porque vos te quedás sin marido y yo sin comisión, y me echan a la calle, y después, ¿qué hago?

Raquel: En la calle te vas a quedar igual…

Jorge (*Asustado*): ¿Por qué?

Corte a puerta de Café vieja con Señorita Opele *entrando.*
Corte a Jorge *que palidece.*

Jorge: Ay, Dios. (*Se esconde debajo de la mesa*)

Srta. Opele *que pasa entre los reservados inspeccionando y luego desaparece. Pausa.*

Raquel (Jorge *emerge atribulado*): Vamos, salí… vení que te muestro dónde vivo…

Corte a despacho de Jack *donde están este, sus hermanos y los dos primos* Shvaig*. Todos fuman habanos y hay gran excitación general.*

Moishe (*A* Bernardo): Usted tiene hijas también…

Bernardo: Uf… tengo unas amistades bárbaras…

Samy: Este casamiento va a dar que hablar…

Jack: Yo, en nombre de la Organización Lipman, les digo que estamos dispuestos a tirar la casa por la ventana, ¿no es así, Moishe?

Moishe (*Algo alarmado pero en un brete*): Claro, lógico…

Jack: Y hay que invitar a todos, ¿eh? A cada shadjen, a cada casamentero, al presidente de la comunidad, al obispo, al gran rabino, ¡a las fuerzas vivas! ¡a todos! Para que vean mi obra…

Shvaig: ¿Y por qué no al gobierno?

Moishe: Eh… no van a venir…

Shvaig: ¿Y al embajador?

Moishe: ¿No cree que vuela un poco alto usted?

Jack: No… tiene razón… periodistas, fotógrafos…

Bernardo: Para que se vea bien la casa, con todo lo que hay ahí…

Jack (*a los hermanos*): Creían que estábamos hundidos, ¿no?

Moishe (*Con alarma*): ¿Quién hundidos, quién habla de hundidos…?

Jack (*Se da cuenta de que metió la pata y la empeora*): No... creían que la Organización no existía más... Mire señor Shvaik. (*Decisión heroica*) Nosotros vamos a financiar los primeros gastos...

Moishe: Cómo financiar.

Samy: Sí, cómo financiar.

Jack (*Lanzado*): Ese cheque que usted me dio, es apenas la décima parte de lo que va a salir la fiesta, ¿eh?

Shvaig: Claro… después arreglamos… usted prepare más…

Bernardo: ¿Para qué está el boliviano? Es la dote esa… la fiesta…

MOISHE (*Alarmadísimo*): Mire, no lo matamos a él…

JACK: Sí, sí, nosotros estamos dispuestos a endeudarnos, hasta el último centavo, para que todo el mundo vea lo que la organización Lipman es capaz de hacer con una fiesta. (MOISHE) Relaciones públicas, ¿no cierto, Moishe? Hay que creer de una vez, arriesgarse… es un envión este que nos va a mandar…

MOISHE: Espere, un momento…

SHVAIG: ¿Cómo un momento… duda de mí? ¿Qué es usted, empresario o bolichero? (*Carraspea*) Pero los avisos, ¿quién los pone?

BERNARDO: Ni una palabra más… avisos en todos los diarios… y esos (*Se golpea el pecho*) los pongo yo… Pero su empresa, ¿es capaz de aguantar a todos los que van a venir a comer y tomar?

MOISHE: ¿Qué dice, señor Shvaig? (*Herido*) Mi empresa es colosal…

SHVAIG: ¿Y las invitaciones?

JACK: Las mando ya, no se preocupe… no se hable más.

SAMY: Esto sí que va a dar que hablar…

PARTE VII

Lo que sigue es una secuencia de cine mudo: RAQUEL, *a la que están probando un vestido de novia frente a barroco espejo. Corte a* MOISHE *firmando cheques. Corte a* BERNARDO *que se prueba un smoking. Corte a* MOISHE *firmando cheques. Corte a* SHVAIG *que se prueba galera y jacquet. Corte a* MOISHE *firmando cheques. El despacho de* JACK.

MOISHE (*A* JACK*, secándose sudor*): Mirá, che… si esto sale mal… estamos fundidos.

JACK: ¿Por qué va a salir mal?

Entra JORGE *y al verlo* JACK*, en súbito rapto, se levanta, lo palmea, lo sienta.*

JACK (*A* JORGE): Bueno che, se acabaron todos tus problemas. Esta vez me juego todo… esta vez te caés en serio, che…

MOISHE: Sí, es lo mejor… Así quedamos bien relacionados con la

familia. (*Se levanta y palmea a* Jorge) Nosotros, los Shvaig, unidos para siempre.

Jack: Qué premio, ¿eh? Y bueno… Sos un poco hijo nuestro, ¿no? Lo merecés…

Corte a kiosquito donde está Raquel. *Está despachando a un cliente que se va. Entra* Jorge*, azorado, inseguro.*

Jorge (*Con cierta sorpresa divertida*): Me quieren casar con vos.

Raquel (*Mira figurines*): Y bueno… (*Se encoge de hombros*) Con alguien tiene que ser, ¿no?

Jorge *la mira picado. Entra* Cliente.

Cliente: ¿Chocolatines? (*Agarra*)

Raquel (*Sin alzar la vista*): Atendé.

Jorge (*Resentido. Mira el precio y muy agresivo a* Cliente): Sesenta pesos.

Cliente *lo mira, paga y se va.*

Raquel: ¿Y con vos tiene que ser?

Jorge: De ninguna manera. Vos no te hagás problemas… algún novio te van a encajar…

Raquel (*Mira figurín*): Ah… macanudo…

Jorge: Claro. (*Rencor*) Con el gordito, el contador…

Raquel (*Lo mira interesada*): ¿Es simpático?

Jorge (*Escandalizado*): Así que a vos no te preocupa… yo, otro… es la misma cosa para vos… dale que va…

Raquel: ¿Te vas a ofender? Sos un amante despechado ahora. (*Ácida sonrisa*) Mirá qué bien…

Jorge: No… pero yo lo conozco a este tipo, ¡repugna!

Raquel (*Lo mira a los ojos*): ¿Y entonces, qué hacemos?

Corte a casa de Bernardo*: orquestita del principio está tocando el tema vodevilesco "Tengo diez kopeks", que es una polca interpretada por*

muchos más instrumentos, de modo que es una verdadera banda de circo. Samy Lipman *dirige radiante. Empieza a entrar gente al comedor.* Jack, *de smoking, a* Samy.

Jack: Che… ¿viste a Jorge?
Samy (*Casi sin oír, dirige*): Por ahí, por ahí…

Corte a más gente que entra. Corte a Shvaig *preocupado de jacquet. Corte a puerta con portero de librea. Más gente que entra. Corte a* Jack *que se encuentra con* Shvaig. Jack *está fuera de sí.*

Shvaig: ¿Qué pasa?
Jack: Desapareció.
Shvaig: ¿Quién?
Jack: El boliviano.

Corte a Moishe *apilando bandejas de sándwiches. Corte a* Bernardo *en comedor mirando estupefacto invasión. El batifondo de la orquesta es infernal. Corte a rostro de* Shvaig *demudado.*

Shvaig: ¿Cómo desapareció?
Jack: Y sí… no está, no vino.
Shvaig (*No puede entenderlo*): Pero ¿cómo no vino?
Jack (*Impaciente*): No está, no está y hay que hacer algo.
Shvaig: ¿En serio?
Jack: Se escapó, se fue, es un loco… (*Transición defensiva*) pero no se preocupe… tengo un gran partido para usted.

Corte a Jack *que mira al infinito. Corte inmediato a gordito. Corte a* Shvaig.

Shvaig: ¿Cómo un gran partido? Pero yo lo quiero a él. (*Se desespera*)

Corte a invitados que comen y comen. Corte a palio vacío. Corte a invitados que comen. Corte a Shvaig.

Shvaig (*todavía sin entender*): ¿Pero cómo, pero por qué se escapó el boliviano?

A su lado Jack *llamando por teléfono.* Shvaig *ofendido, abrumado, desesperado. Primer plano de* Shvaig.

Shvaig: Otro candidato… ¿pero ahora? Y no sé si mi hija va a querer…

Jack (*Cuelga teléfono*): ¿Pero qué quiere, hacer un papelón? Mire, están los invitados, el cantor, todos esperando, ¡es una vergüenza!

Corte a gordito que llega a la fiesta. Corte a espejo barroco donde Raquel *se arregla el traje de novia. Corte a invitados que comen más y más. Corte a espejo vacío. Entra* Shvaig *desorbitado. Junto a espejo hay un papelito.* Shvaig *alza papelito, lee y se desmaya. Entra* Bernardo. *Levanta papelito, lee y sale corriendo. Corte a palio nupcial vacío. Corte a* Moishe *sudando y apilando platos de comida como loco. Corte a* Bernardo *que entra corriendo.*

Bernardo: ¡Se escapó! ¡Se escapó! La novia se escapó con el boliviano.

Moishe: ¿Cómo? ¿Adónde se escapó? ¿Por qué?

Jack *entra corriendo.*

Jack: No hay problemas, no hay problemas, ya tengo al contador…

Entra Shvaig.

Shvaig: Yo quiero al boliviano, yo quiero a mi hija…

Moishe: ¿Qué boliviano? No es boliviano. No tiene mina.

Shvaig: ¿Y quién paga todo esto?

Moishe (*Enfurecido*): Usted.

Bernardo (*Enfurecido*): ¿Él? ¿Con qué va a pagar? ¿Con mi aserradero? ¿Está loco usted?

Moishe: Con su aserradero.

Bernardo: ¿Qué pasa acá? ¿Y dónde está el casamiento que me prometió?

Jack: Lo va a tener, lo va a tener…

Moishe (*A* Jack): Yo te mato, yo te mato a vos. (*Lo sale corriendo*)

Corte a invitados que ensucian paredes, rompen jarrones, arruinan las alfombras con sándwiches. Corte a Jack *que entra corrido por* Moishe.

Moishe: Yo me suicido… pero antes te ahorco.

Jack (*Esquivándolo y defendiéndose*): Tengo la solución, tengo la solución.

Jack *va a teléfono. Corte a* Señorita Opele *que atiende.*

Señorita Opele: Señorita Opele habla. (*Rencor*) Ah, señor Jack, ¿qué pasó con usted? ¿Se olvidó de mí? ¿Si me quiero casar? (*Amarga*) Por supuesto… ¿con el gordito? (*Pausa*) ¿Cómo, ahora tiene que ser? ¡Pero está loco usted! ¡No avisé nada, estoy en batón! ¿Ahora o nunca? (*Segundo de duda y decisión iluminadora. Definitiva, heroica*) Voy para allá, me saco los ruleros y…

Corte a gordito de smoking y viejita lloriqueando al lado. Entra Jack *en primer plano.*

Jack: Felicidades al novio, majetunim, parientes, amigos, madre dichosa, ¿qué pasa? ¿qué llora? ¿que no conoce a la novia? ¿qué problema hay?... tienen toda la vida para conocerse.

Corte a patio donde están Gordito *y* Señorita Opele. *Corte a* Samy *con cara demudada dirigiendo la marcha nupcial de Mendelsohn. Corte a* Shvaig *que se desplaza entre la multitud y sale. Corte a* Raquelita *con vestido de novia y* Jorge *en la mesa de una pizzería.*

Jorge (*Confuso, sonriente, cómplice*): Qué lío que armamos. (*Le acaricia la mejilla*)

Raquel: Yo no lo empecé… me buscaron… y me encontraron…

Raquel *y* Jorge *se miran y* Raquel *se aprieta contra él, en una larga, sedienta necesidad de calor. Diálogo siguiente en voz baja, conmovida.*

Jorge (*Murmura. Risita*)

Raquel (*Muy suave*): Atorrante.

Jorge: ¿Vos te creés que esto puede terminar bien? (*Inseguro, culpable, tierno, se separa*) Mirá que un día de estos me reviro y me las tomo…

Raquel: ¿A dónde vas a ir?

Jorge (*Con amor y sinceridad y confusión*): Mirá que yo no soy seguro, ¿eh?

Raquel (*Suave, sonríe*): ¿Y vos te creés que yo me chupo el dedo?

Jorge: No, pero la mujer es otra cosa…

Raquel (*Lo acaricia*): Seguro… Un millonario boliviano, ¿hay algo más seguro que eso?

Se abrazan, se besan, se acarician, se recorren, se recorren, se buscan. Corte a Shvaig, *solo, como loco, de jacquet, con galera, por la calle. Corte a palio donde* Señorita Opele *y Gordito se besan. Corte a invitados que comen a dos carrillos. Corte a* Bernardo *que levanta desesperado sándwiches del suelo. Corte a primer plano de* Moishe *exánime y se oye Tipperary.*

Moishe (*casi sin voz*): Paso vivo, paso vivo…

Corte a Jack *que se acerca a un posible cliente en medio de comensales que comen, toman, hablan en ídish.*

Jack (*Saca fuerzas de flaqueza con su traje desgarbado*): ¿Y? ¿Qué tal? ¿Le gusta? La organización Lipman se ocupó de todo… ¿Usted no tiene una hija? ¿De qué se ocupa usted?

Corte a botella de sidra que descorcha Jorge *en la pizzería. Corte a* Shvaig *que con su jacquet y galera llega al kiosco cuya persiana dice: "Cerrado por casamiento. Se casó mi hija".* Shvaig, *cansado, levanta la persiana. Entra. Adentro hay otro cartel igual. Levanta la arpillera. Se entreve cama pobrísima. Aparece un cliente.*

Cliente (*Lo mira*): Así que… ¿se casó su hija?

Shvaig (*Ido*): Sí.

Cliente: Felicitaciones… y, ¿se casó bien?

Shvaig (*Lo mira largo, se encoge primero leve de hombros pero después absorto y en voz baja*): Muy bien. (*Pausa*) ¿Qué va a llevar? (*Mira los cigarrillos*)

Corte a Raquel *y a* Jorge *que bailan, se oye, muy suave, muy grotesco, muy circense, el vals nupcial del principio tocado por los pocos instrumentos del comienzo. Sobre esa imagen, se imprime el "Fin".*

La despedida de Klein

[1970 | Guion televisivo para el ciclo "Las fiestas",
realizado en Canal 7 en 1986. Dirigido por Marcelo Domínguez]

Obra: La despedida de Klein
Autor: Germán Rozenmacher
Productor ejecutivo: Héctor González
Director: Marcelo Domínguez

Personajes

Klein
Minchik
Suárez
Fuks
Rally
Gallego
Músico
Andrés
Gordo
Susy

Peletería Fuks. *Este tras el mostrado. Del otro lado, sombrerito tipo Mike Hammer y eterno pucho en los labios.* Minchik.

Fucks: La pucha. Klein… nada menos.

Minchik: Por eso le digo, no podemos dejarlo en la calle… ¿Qué van a pensar de la colectividad?

Fucks: ¿Y usted por qué no lo lleva en su gira?

Minchik: No se puede trabajar más con él, Fuks. Yo sé lo que me duele decirlo.

Fucks: ¿Se olvida de todo…? Memoria ya no.

Minchik: Intacta. La memoria intacta, pero habla de más, no se controla. Dice sus parlamentos y agrega y agrega, y uno no sabe cuando va a terminar… no es la memoria, es la cabeza. Usted lo dijo, nada menos que Klein. ¿Cómo lo vamos a abandonar? Yo mismo pongo una parte de la mensualidad, y el resto se recolecta entre los paisanos.

Fucks: ¿Ya habló con él de esto?

Minchik: Ni una palabra. Antes quería saber qué me contestaba usted… y si puede, le iba a pedir que me acompañe a decírselo. No va a ser fácil convencerlo, pero usted es el presidente del asilo, puede contarle cómo se lo va a tratar… decirle que es un honor tener a Klein ahí adentro.

Fucks: Y es cierto. ¿Dónde está?

Corte: Café Venus. Ámbito donde se junta gente grande del espectáculo. Segundones irremediables, oscuros artistas, soñadores constantes, cirqueros, y toda la imagen del deterioro. El que regentea es un gallego. Un detalle fundamental es que allí se alquilan salas de ensayo. Un cartel escrito a mano con tiza hace alusión al hecho. Contra el mostrador están dos músicos conversando en una mesa. Klein *rodeado de un grupo de cirqueros (con la variedad de exponentes que ello implica).*

Música: Es la presentación del local. Y el paneo correspondiente nos muestra a gente tan igual y tan distinta a la vez. El Gallego *que es a la*

vez mozo. El sonido ambiente se da cuando el Gallego *recibe las llaves de un grupo que se retira.*

Gallego: ¡Listo la uno! ¡Los cirqueros!

Algunos de los que rodean a Klein *se incorporan ante el anuncio.*

Klein: ¿Para qué la quieren?

Gallego: Pero el reloj corre y se pierde el tiempo ahora, que después no me pidan ni un minuto más.

Klein (*Tratando de volver a sentar a alguno*): ¡Esperen! (*Al* Gallego) ¡Si ellos mismos quieren hablar conmigo!

Gallego: Que no ensayen entonces, pero a mí me pagaron dos horas, ahí tienen la sala. Si ellos quieren perder el tiempo.

Klein: ¿Perder el tiempo? ¿En su vida, cuántos actores como yo van a encontrar? ¡Y las celebridades que trataron como a Ben Ami… todos! ¿Quién no actuó conmigo?

Cámara panea a la puerta donde un cartel indica "Sala de ensayos". Un grupo que sale. Muchachos jóvenes con los típicos instrumentos de rock. Incluyendo batería. El Gallego *que recibe la llave, indica entonces a los músicos que están en el mostrador.*

Gallego: La dos.

Músico: ¡Sí… falta uno! Cuando venga… entramos.

El Gallego *les indica entonces un sitio habitual seguramente, y a la vista, donde queda colgada la llave.*

Klein: Yo te pregunto a vos, Gallego. ¿Qué es más importante para esta gente? ¿Ensayar… ellos o…? (*Advierte algo que requiere de atención*) Che, Minchik, ¿estas son horas de llegar?

Llega Minchik *con* Fuks. *Este algo corto y aquel con reservas respecto del resultado del encuentro.*

Minchik: Me atrasé. La verdad…

Klein: Embromate, te perdiste una canción que le canté a los muchachos, va a ser furor en Centroamérica… y vos sabés que en una hora más tengo a mi alumno. Y mi clase es sagrada.

Minchik: El señor Fuks… (P*resentándolo*)

Klein (*Arriba*): ¿Fuks?

Fucks (*Frío*): ¿No se acuerda de mí?

Klein: Y… Fuks, son muchos… (*A* Minchik) ¿Él paga toda la gira? (*Sin esperar respuesta se refiere a* Fuks *ahora*) ¡No se va a arrepentir! Minchik, Sally Picon y yo, juntos… ¿Sabe qué?

Fucks: No, no soy productor.

Minchik: ¿El señor es el presidente de la comisión directiva de “Los cabellos de plata”?

Se sienta Minchik *y este indica a* Fuks *que lo haga.*

Klein: ¡Ah!... (*Luego, deduciendo el motivo de la presencia. Responde. Contundente*) Sí como no. Ni una palabra más. ¿Una función gratis para los viejitos? ¡No hay problemas! (*A* Minchik *ahora*) ¿Qué preparamos? (*La continuidad a* Fuks) Usted me vio trabajar me imagino.

Fucks: Soy un gran admirador suyo…

Klein: Entonces sabe más que yo. Lo que quiera. (*A* Minchik) Podés preparar algo vos y Sally, y yo otra cosa por mi cuenta. (*A* Fuks *ahora*) ¿Un clásico? Shakespeare, Molière, no… Para los viejitos mejor la comedia. La vida también es una sonrisa. ¿No, señor Fuks?

Fucks: Claro, señor Klein…

Minchik: Escucha…

Klein: No, nada… Yo preparo algo de comedia ¿O acaso Laurence Olivier no hizo cositas livianas? A mí no se me va a caer ningún pergamino por no hacer teatro serio, ¿no? (*A* Fuks)

Fucks: Claro, señor Klein.

Klein: ¿Qué? ¿Voy a llevarle a esos viejitos teatro serio?... No, que se rían un rato, demasiado tienen los pobres con estar en un lugar así.

Fucks: Están muy bien allí. Nadie se olvida de ellos.

Minchik: ¿Escuchaste…? Nadie se olvida de ellos. ¿Dónde vas a estar mejor que allí?

Perplejidad en Klein. *Enmudece.*

Fucks: Usted tiene una idea equivocada del “Caballero de plata”. El nuestro no es como los demás asilos…

Minchik: ¿Te creés que sino yo te dejaría?

Fucks: Le prometo que usted allá va a hacer lo que quiera. Drama o comedia. El actor del asilo.. (*Se corrige*) Allí lo espera una familia.

Klein (*A* Minchik): ¿Vos armaste esto?

Minchik: Es lo mejor… yo mismo hubiera ido si no… (*El subtexto es: si no tuviera a nadie*) Es lo mejor para todos.

Fucks: Yo, como presidente del hogar, me voy a encargar de que no le falte nada.

Klein (*Digno, se incorpora*): Ahora, no me falta nada.

Minchik: Pero che…

Fucks: ¿Cómo no? No tiene una casa, un sueldo, una familia. Pero es un orgullo para la colectividad, deje que lo atendamos como se merece.

Klein: ¿Y así? ¿Así me merezco? ¿Así, Muchnik?

Acto seguido se dirige desconcertado a todos hacia donde está la llave.

Klein: ¡Pero no me van a llevar! ¡Ni me van a llevar ni me vuelven a ver! (*Toma las llaves de una de las salas de ensayo*)

Gallego: ¿Qué hace?

Klein: No vivo más en una pensión… ¡Mi casa ahora es una sala de ensayo! ¡Y no me sigan porque se van a arrepentir!

Entra.

Gallego (*A los dos amigos*): Oigan… háblenle. ¡Se volvió loco!

Minchik *le hace un gesto para que se serene y deje hacer a* Klein.

Gallego (*A los dos amigos*): ¡No sé qué pasa con ustedes pero qué culpa tengo yo!

Llega un músico con un contrabajo. El músico indica ahora al

Gallego *que ya lo observó entrar.*

Músico: ¡Ya estamos!

Gallego: Sí, pero no hay sala.

Músico: ¿Cómo que no hay sala? ¡Está reservada! ¡Le dije recién que esperaba un músico y ya llegó!

Gallego: Sí, pero… (*Invierte en advertir a los dos paisanos de* Klein) ¿Ven, no? ¿Ven?

Minchik *que en su gesto le pide paciencia.*

Músico: ¿Qué? ¿Por qué se metió ese tipo? ¿Ahora nos va a dejar esperando? Dígale que es nuestro turno, o sino dejá que se lo digo yo. (*Dispuesto a ir*)

Minchik: ¡No! Espere por favor…

El músico se defiende.

Músico: ¿Que espere qué?

Minchik: Mi amigo acaba de recibir una muy mala noticia y está nervioso, comprenda.

Músico: ¿Qué tengo que comprender yo? Vengo con mis músicos a ensayar, reservé la sala. ¿Y ahora? ¿Ahora qué?

Gallego: Y… ya sabe… hay dos nomás, en una están los cirqueros y en la otra se metió Klein. Si esperan un momento, a lo mejor se le pasa esa locura.

Músico (*A sus músicos. Definitivo*): Vamos. (*Inicia mutis. Se frena luego y advierte al* Gallego) Aquí, nunca más.

Estupefacto el Gallego *no atina a reaccionar. Sólo puede recriminar a* Minchik.

Gallego: ¡Se dio cuenta! Encima me espanta los clientes.

Fucks: Espere. Yo pago. Téngale paciencia que yo pago el alquiler de esta gente que se fue.

Gallego: ¿Pero por qué me hace esto a mí? Le sirvo todos los días

un café con leche. Ahora, sin ir más lejos le llega un alumno y él le da clase en una de las sala. ¡Gratis! ¡Todo gratis! ¿Y cómo me paga? ¡Así!

MINCHIK: ¿Y a qué hora viene ese alumno?

Corte. Casa de SUÁREZ. *Humilde. Un cordón que da a un patio. En el comedor. En la tarde cercana a la noche. El hombre que termina de planchar una camisa. La mujer, nerviosa, con calor. Trata de hacer dormir a una pequeña criatura. Dos de los otros hijos que corren por el comedor donde esta la mujer. En el comedor sólo está* SUÁREZ.

SUSY: ¡Yo no recibo ninguna ayuda, pero te pasas el tiempo atendiendo a ese viejo!

SUÁREZ: ¿Qué te molesta que atienda al maestro?

SUSY: ¿Y qué querías? ¿Que lo hiciera yo? ¿No alcanza con la casa y los chicos?

SUÁREZ: ¡Nadie te dice nada! Pero dejame hacer mis cosas también… ¿Podés calentar un poco el guiso?

SUSY: ¡Encima eso!

Corte: Bar. En apariencia hay normalidad. La gente instalada en las mesas. El GALLEGO *advierte a unos músicos.*

GALLEGO: No hay más salas… (*A una mesa*) ¡Sale ese café!

Llega SUÁREZ. *El* GALLEGO *lo advierte y lo anuncia a* MINCHIK *y* FUKS *que esperan en una mesa.* SUÁREZ *con un instrumento bandoneón y su ollita más un paquete.*

GALLEGO: ¡Aquí lo tienen!

SUÁREZ: Buenas noches… (*Va a seguir hacia la sala de ensayo*)

GALLEGO: ¡Espere!

SUÁREZ: ¿No está el maestro?

GALLEGO: De eso le van a hablar estos señores, del “maestro”.

SUÁREZ *no entiende; los otros se le acercan y rodean.*

Corte.

Sala de ensayo. Un gran espejo. Un piano, un atril. Una colchoneta en el piso. Klein *sentado frente al espejo. Manos que llaman a la puerta.*

Klein: ¿Quién?

Suárez (*En off*): ¡Suárez, maestro!

Klein *que va a abrir con precaución. Ingresa* Suárez. Klein *lo recibe como "si nada".*

Klein: Buenas noches, muchachos…

Suárez: ¿Cómo está, maestro?

Klein: Yo bien. Empecemos, empecemos cuanto antes.

Suárez: Sí, antes tenga las camisas limpias y sopa de comida, pero caliéntela en la pensión antes de comerla.

Klein: Gracias, che. Decile a tu mujer que un día de estos le voy a hacer un gran regalo.

Suárez: Por favor, si ella… lo hace de corazón.

Klein: Me quiere. No la conozco pero me doy cuenta que me quiere. Bueno, a nuestra clase. Abrí allí che, que entre un poco de aire.

Suárez *va hacia una ventana. Abre, y por allí asoman los tres personajes.*

Gallego: ¿Y, Klein? ¡Que no se termina más esta cabronada!

Klein: ¡Pegale!

Suárez: ¿Cómo pegale?

Klein: ¡Sí, pegale a él y a los otros!

Suárez: Son sus amigos, maestro.

Klein: ¿Esos?

Minchik: ¡Nosotros! Sí… si no fuera por este hombre… ¿Dónde dabas tus clases? ¡Gratis! ¡No te niega un plato de comida, o una ginebra! ¿Y así le pagás? ¡Y el señor Ruka que viene a ofrecerte un hogar! ¿Te acordás la última vez en San Pablo?

Klein (*Perdiéndose en el recuerdo*): ¿Cómo me voy a olvidar? Si vos me llevaste porque la colectividad me pedía. ¡Soy el famoso! ¡No,

sos sonso vos! Si cuando hago *Los hermanos Ashkenazi* la sala se viene abajo. (*A* Suárez) Gran obra: dos hermanos que se encuentran… la tengo acá. (*El corazón*) Pero claro, el rasca quiere hacer obritas picarescas, porquerías.

Minchik: Qué picarescas, si la dama joven tiene más de cincuenta años. Que hable de San Pablo… Se esfumó. Llega la hora de la función y el señor no está… La gente esperando y él que… ¿Para qué queres que te lleve de gira, Klein? ¿Para hacerme mala sangre? ¡Salí! Haceme el favor.

Klein: ¿Para qué? ¿Para que me lleven al asilo?

Minchik: ¡No es un asilo!

Klein: ¿No? ¿Y qué es el "Cabellos de plata"?

Suárez (*A* Minchik): ¿Cómo, a un asilo?

Minchik: ¿Y qué es mejor, joven? ¿Qué ande dando lástima por…?

Klein (*Interrumpe*): ¡Esto es mejor! ¡Esta sala de ensayos! ¿Sabés cómo me sacan de aquí? ¡Con los pies para adelante!

Minchik: El dueño del bar vive también con el alquiler de las salas. ¡Las necesita! ¡Recién me mandaron a mudar los músicos que tenían el turno! ¡Salí de una vez!

Klein: ¡No salgo! ¡Más que el gallego la necesito yo, pero para vivir! ¡A que no sabes esto, Minchik? ¡También me quedé sin la pieza de la pensión! ¡Pero aquí tengo todo! (*Va al espejo y se pinta algo*) El espejo para transformarme. (*Va al piano y ejecuta algo*) ¡La música! (*Canta y comenta*) ¿Te acordás, Minchik? ¡La gente no me dejaba bajar en Rosario!

Minchik: Rosario… ya no estás para eso… ¡Tenés que agradecernos, nos preocupamos por vos!

Klein (*No quiere escucharlo*): ¡Cerrá, muchacho! ¡Prefiero el calor antes que escucharlo a ese! Cerrá…

Suárez *que va a cerrar.*

Minchik: Hacele caso a este muchacho, por lo menos.

Gallego: ¡No me haga perder más plata! ¡salga de ahí!

Suárez*, mientras cierra, les hace un gesto a los de afuera pidiendo calma.*

Klein: Eso… vos y yo, no hace falta nadie más… Y empezá, vamos a ver cómo andás… Acordate: tocar es una cosa, interpretar es otra…

Suárez: Sí, maestro…

Suárez *no siente ganas de su clase, su preocupación es otra. Por eso antes que nada necesita abocarse a la misma.*

Suárez: Maestro, en serio… ¿Confía en mí?

Corte.

Café. Allí está con Fuks *y el* Gallego*, arreglando en términos comerciales.*

Minchik: Pero no lo maltrate, nosotros pagamos…

Llega Suárez*, dispuesto a retirarse.*

Gallego: ¿Y, muchacho?

Suárez: Voy a ver qué puedo hacer… Usted sabe mejor que yo que él no es para estar encerrado en un asilo.

Minchik (*A* Fuks): ¡Escucha! No podemos invitarlo a que vea al "Cabello de plata"…

Fucks: Ahí tenemos a nuestra gente sin que le falte nada.

Suárez: Le va a faltar lo que más necesita el maestro.

Minchik: Usted habla así porque es muy joven todavía. Lo que más necesita Klein es un plato de comida, ropa limpia y una pieza decente, no una sala de ensayo.

Minchik: ¡Y le pensamos hacer la despedida que Klein se merece!… toda la colectividad va a estar presente… más vale que se retire así.

Suárez: Yo le dije. Pero el maestro dice que se va a despedir del arte…

Minchik: (*Interrumpe, completando*) ¡Cuando se muera!… ¡si se lo habré escuchado!… pero dando lástima lo único que va a ganar es perder todo lo que cosechó… está solo, por eso nosotros queremos hacer lo que hace una familia: ¡porque lo queremos!

Suárez: Ya lo sé. Tiene razón, pero también tiene razón el maestro. Un artista como él, la única despedida que puede tener es la muerte… ya le dije: yo voy a ayudar, lo voy a sacar de esa sala, se lo prometo.

Minchik: ¡¿Y dónde lo va a poner?!…

Corte.

Casa Suárez. *Pieza. Noche. En una cama duermen dos chicos. En la propia cama de matrimonio otro más. La esposa, sobresaltada, ya acostada, que responde a pie de letra.* Suárez, *aún no se ha descambiado.*

Susy: ¡¿Aquí?!… ¡pero entonces vos no entendés nada!… dos en el comedor, estos acá, ¡¿y vos hablás de meternos ese viejo entre nosotros?!

Suárez: Más respeto cuando hablás del maestro.

Susy: ¿Ah, y cómo querés que lo respete? ¡¿Lavando su ropa y haciendo su comida, aunque no lo conozco?! Hacé lo que quieras pero si pisa esta casa, agarro los chicos y me mando a mudar. Vas a tener que elegir: ¡o él, o nosotros!

Y en Suárez, *la desilusión que nace ante el primer fracaso.*

CORTE COMERCIAL

SEGUNDO BLOQUE

Oficina donde trabaja Suárez. *Frente a su escritorio, está el de* Andrés, *su compañero y amigo. Este que se ha acercado a su sitio para hablar del tema que absorbe a* Suárez.

Andrés: Y… Tiene razón… te vas de la casa a la matina, volvés a la noche, le hacés hijos pero no los ves nunca, y encima le vas a caer con un extraño.

Suárez: ¡¿Klein, extraño?!

Andrés: Para ella sí. ¡¿Y qué querés que te diga?! Yo, mujer, pensaría también que ese maestro es una flor de rubia.

Suárez: ¡Que se saque la duda!… que reciba a Klein y yo me voy todos los días de acá… ¡a casa!

Andrés: En serio, ¿no entendés que le pedís demasiado?… Dejalo a ese viejo, vos creés que le hacés un bien, y lo estás enterrando más…

Corte:

Sala de ensayo. Ya está todo dispuesto allí como un sitio de vida. Suárez *que le trae un plato de comida.* Klein *que lo recibe,* Suárez *que retira una chata donde hace las necesidades. Sale de cuadro* Suárez *mientras* Klein*, en soledad, no tiene escrúpulos en manifestar su hambre.*

Andrés (*Off*): Por lo menos en ese asilo va a comer tres veces al día, va a tener agua caliente, qué sé yo, los paisanos lo van a tratar bien… ¿hasta cuándo te creés que vas a aguantar con esta patriada?… Si no te da el cuero para atender bien a tu familia… ¿Hasta cuándo, Suárez?…

Suárez *regresa con la chata, limpia.*

Andrés: ¿Hasta cuándo vas a aguantar?

Corte.

Oficina. Continúan hablando del tema.

Suárez: ¿Cómo hasta cuándo voy a aguantar?

Andrés: Te vas a cansar, ya vas a ver…

Suárez: Andrés, pensé en vos y… Vos me vas a ayudar a salvar a Klein.

Andrés: ¿En qué me querés meter?

Suárez: Para empezar, pensé en tu primo… el gordo.

Andrés: ¿Qué tiene que ver el gordo?

Suárez: Tiene siempre el salón en… (*el pueblo que se decida*).

Andrés: "Salón"… el bar de un club.

Suárez: Pero le va bárbaro…

Andrés: Estás optimista hoy… vive (*Nada más*).

Suárez: Vas a tener que hablarle.

Andrés: ¡¿Para qué?!

Disimula acercar algún papel, y vuelve a su escritorio. Acierta a pasar por allí el jefe. Luego, desde su escritorio, ANDRÉS *que reclama más datos.*

ANDRÉS: ¡¿Qué película estás pensando?!
SUÁREZ: La única posible, Andrés.
ANDRÉS: Y yo, ¡¿de qué hago?!…

Siente que regresa el jefe. Retoman sus trabajos. Pasó el jefe. Y SUÁREZ *que completa, bajando el volumen.*

SUÁREZ: De vos mismo. Quedate tranquilo.

Corte.
Bar del GALLEGO. *Este en el plano, frente a* SUÁREZ*,* MINCHIK*, y* ANDRÉS. *El* GALLEGO *y* MINCHIK*, desconcertados e incrédulos.*

GALLEGO: ¿Y para cuándo es esa gira?
ANDRÉS: Bueno, empiezo este sábado…
MINCHIK: ¡¿Y después?!…

ANDRÉS *no sabe qué responder y mira a* SUÁREZ.

SUÁREZ: Estamos pensando… tenemos varios lugares.
MINCHIK: ¿Cuántos?…
SUÁREZ: ¿Varios?… pero como a lo mejor tenemos que seguir en ese pueblo… Señor Minchik, le voy a pedir por favor que no vuelva a hablarle al maestro del asilo, ni de su despedida… y que se haga cargo hasta el sábado del pago de la sala.
MINCHIK: ¿Hace falta que me pida eso, muchacho?… O va a pensar como Klein, que le tengo envidia y quiero arruinarlo.
SUÁREZ: Él no piensa eso.
MINCHIK: ¡¿No lo escuchó?!
SUÁREZ: Sí. Es lo que dice.
MINCHIK: Claro que lo prometo, pero ahora prométame algo usted. Si esa gira no camina, que lo va a convencer de que vuelva… nosotros lo vamos a cuidar, y con el festival de despedida vamos a

juntar buenos pesos, todos para él. Ahí se va a dar cuenta de todo lo que lo queremos.

Suárez: No pensemos ahora en eso…

Minchik: Ahora no, si no quiere… pero si es necesario, no lo olvide.

Corte: Sala de ensayo. Klein *excitadísimo comienza a sacar partituras y poemas de un cajón de manzanas. Entre las partituras caerá la foto de* Sally*, muchos años atrás.*

Klein: ¡Todos!… Shakespeare, Machado, Scholem Aleijem, José Hernández…

Suárez: Esa foto, maestro…

Klein (*Abruptamente la toma y la guarda en su saco, pero no puede escaparse de la sensación*): ¡Poemas, escenas enteras!… ¡la palabra de los grandes!… y cada tanto vos que tocás, no, nada de "tocar"… ¿cómo es?

Suárez: Sentir…

Klein: ¡Sentir!… ¡Sentir!… ¡nada de malabarismos ni firuletes!… ¡hondo!… ¡tenés que meterte hondo en la gente!… ¡un fuelle es un cuerpo que respira, y libre!… ¡no quiero saber en qué momento entrás vos!… (*Comienza a recitar*) Mi infantzie son diez años, de un patie Seviye. De un hyeto clare donde florece el limonere…

Y surge el sonido del bandoneón de Suárez*, es una respuesta que* Klein *vive como su propio parlamento.*

Klein: Por los caminos!… ¡por los pueblos!… "Klein y Suárez… música y palabras"… ¿Dónde empezamos, dijiste?…

Suárez: … (*El pueblo que sea*).

Klein: (*Lo repite*) ¡Me gusta!… ¿Cómo sigue la gira?

Suárez: No, por ahora… pero ahí nos pueden conectar con otros pueblos…

Klein: ¡Mejor!… ¡con tu música!… ¡no quiero saber cuando entra!… Tampoco me interesan los demás pueblos… no hay más que el primero, como las escaleras, no tienen más que un escalón, si son todos iguales, ¡¿qué nos puede importar más que el primero?!…

¡¿Despedidas a mí?!… ¡se va a querer morir Minchik cuando se entere que salgo de gira!

Suárez: Ya lo sabe el maestro… Se puso muy contento.

Klein: ¡No!… ¡No le creas!…

Suárez: ¿Cómo no voy a creerle?… Si lo quiere mucho a usted.

Klein: Yo también lo quiero, ¡pero no le creo! ¡Ahora va a saber lo que es tenerlo de competencia!…

Suárez: Lo está esperando abajo…

Klein: ¡¿Eh?!… ¡¿pero te volviste loco?!…

Suárez: Maestro, usted ya confió en mí… hasta el sábado nadie lo va a molestar… pero yo le prometí al señor Minchik, que iba a bajar a hablar con él.

Corte: Bar del Gallego. *Sentado a una mesa, está* Minchik. *Mira a alguien que la cámara no muestra. Sonríe con afecto en los ojos.*

Minchik: Sentate…

Klein *que se sienta entrando en el cuadro.*

Klein: Para vos ya no sirvo en las giras… pero parece que los jóvenes no piensan lo mismo.

Minchik: Me alegro.

Klein: Pero casi me mandás al manicomio.

Minchik: No es un manicomio.

Klein: ¡¿No?!… un día ahí y me volvía loco.

Minchik (*Meneando la cabeza*): Klein, Klein…

Klein: "Cabellos de Plata"… si soy un pibe, che… todavía no pasó mi hora, tengo cuerda para rato… no sabés lo bueno que es mi alumno, a él no se lo digo, pero… ¿Y ustedes cómo siguen?…

Minchik: Como podemos… yo no pienso como vos, la cuerda nuestra no es para rato… pero, tenemos una casa, familia y si te ofrecimos con Fuks que fueras al…

Klein: ¡¿No vas a terminarla con eso?!… ¡¡¿De esto querías hablar?!!

Minchik: Se lo dije al muchacho: ojalá te vaya bien, pero si…

Klein (*Lo corta*): Me va a ir bien. Me va a ir bien, Minchik. No va

a hacer falta que organicés ninguna despedida. Y si creés que te queda poca cuerda te organizo una yo.

Minchik: ¡¿A mí?!… No la merezco… nunca fui un gran actor como vos.

Klein (*Queriendo reactivarlo*): ¡Qué te pasa, che! No sos malo… ¡y a tu lado tenés la mejor!

Minchik: Ella también está cansada…

Klein *que se trastorna al advertir a* Sally *que ha llegado al lugar, ella que trata de localizarlos antes de ingresar de lleno.* Klein *que trata de disimular, con aparente normalidad.*

Klein: Hablando de Roma…

Minchik *entonces que mira y le advierte dónde están. Ella se acerca, está perturbada.*

Sally: Buenas…

Klein (*Le acerca una silla*): Sentate. Me voy de gira.

Minchik: Repetíselo. (*Se incorpora*) Ya vengo…

Klein: ¡¿A qué le vas a jugar?!…

Minchik: (*Dice algo que tenga que ver con el número pertinente a "la partida"*)

Klein: Ponele unos pesos al… (*Número pertinente al "encuentro"*)

Se va Minchik.

Sally: Ya sabía… me alegro.

Klein: Así me dijo tu marido. Hacía mucho que no venías a buscarlo.

Sally: No vine a buscarlo a él.

Klein: Claro, viniste a verme a mí…

Sally: Sí.

Klein (*Incómodo, casi ruboroso*): Dale che… por mí.

A un mozo que está por allí.

Klein: Traele un café a la señora, va a mi cuenta…

Se retira el mozo. Klein *que la mira a* Sally, *eufóricos ambos, en el silencio. Cámara panea al mostrador y advierte al* Gallego *mientras prepara el café.*

Gallego: "A su cuenta"… ¡hije!…

Cámara que panea nuevamente a la mesa de Klein *y* Sally.

Klein: ¿En serio…? ¿Por mí?
Sally: ¿Por quién sino…? (*Por el café*) No me gusta ese lugar…
Klein: ¿Cómo están tus chicos?
Sally: Muy bien, gracias a Dios.
Klein: Minchik nunca habla de ellos… nunca los trae.
Sally: Yo no lo dejo. Ya te dije que no me gusta este lugar.
Klein: ¡¿Por qué?!… "Café Venus"… media vida aquí… todos artistas…
Sally: "Artistas"… todo el día hablando de juego, mujeres… ¿Qué querías… que mis hijos fueran como el padre?… ¿como el tío Klein?…

Pasa un grupo de bailarinas. El Gallego *que indica.* Klein *las mira, ella lo advierte.*

Gallego: Ya tienen la sala libre…
Sally: ¿No te digo?… y claro, hombres solos, sin mujeres…
Klein: ¿Quién te dijo sin mujeres?
Sally: A tu edad…

Klein: No sabés nada de la vida vos. (*Ríe*) Si supieras algo no te hubieras casado con él.
Sally (*Contrariada*): No hablemos de eso…
Klein: ¿Por qué?

Ha llegado en algún momento el mozo.

Sally: No quiero. Yo vine a verte porque Minchik me lo pidió. No pienses cosas raras: me alegro de que salgas adelante, de verdad, pero… bueno, por eso vine. Nada más.

Klein: No es verdad, vos no me pudiste sacar de acá. (*El corazón*)

Sally: Pero… ¿qué te creés?... Mi hijo Salomón se va a recibir de médico en cualquier momento, mirá si te voy a seguir la corriente con esas cosas… ya no soy una piba.

Klein: Un artista como vos no tiene edad.

Sally: ¿No?... Pronto voy a hacer papeles de abuela… y vos queriendo hablar de… de…

Klein: De amor. ¿Quién es viejo si puede hablar de amor?... Yo me siento un pibe, sino le daba la razón a tu esposo y me dejaba tirar en el asilo, pero no… te hablo de lo que siento, y…

Sally (*Lo corta*): ¿Dónde empieza la gira…?

Klein: Estábamos hablando de otro tema…

Sally: Vos. ¿Dónde empieza la gira?...

Klein: (*Dice el pueblo*)… (*Intenta retomar lo suyo*) Pero hablemos de nosotros, Sally…

Sally: Y después de… (*El pueblo*)

Klein: No… lo importante es empezarla… para un judío errante como yo, siempre hay otro pueblo… yo quiero actuar, con mi alumno, ya que ustedes no me hacen un lugar.

Sally: Minchik está cansado, y yo, ya te dije recién…

Klein: Vos estás lindísima…

Sally: Vas a tener que ponerle más aumento a los lentes… pero estoy contenta, Salomón va a tener un chico.

Klein: Qué fenómeno, llevalo a la televisión.

Sally: ¡¿Por qué?!

Klein: El hombre que fue madre.

Sally: Guardate esas idioteces para tu gira.

Klein: No me dijo nada Minchik, del nieto.

Sally: ¿Cuándo te va a decir algo?… Él fuma. (*Lo remeda, cómica, pitando sin cigarrillo*) Siempre así…

Klein: ¿Siempre?… me hubieras elegido a mí, y mirá si porque vas a tener un nieto, se terminó todo.

Sally: Todo eso que vos hablás. Empiezan otras cosas… uno sabe que

hay cosas que no vuelven más, pero vienen otras que nunca estuvieron… pero mejor que puedas seguir así, querido… vos, que podés, seguí… Pero Minchik te quiere mucho, está orgulloso de que vos sigas… que pelées… A nosotros se nos muere el público. ¿Cómo pelear contra eso?

Klein: Inventando más público. Yo te llevo conmigo. Venite conmigo, Sally, venite conmigo… vos sos la más grande, más se muere un público, pero nace otro, tené tu nieto, pero seguí viva, lo hablo con Minchik…

Sally (*Menea la cabeza, casi con tristeza*): Estás chocho… más chocho que nunca…

Klein: Estoy vivo, Sally… mirá…

Una de las bailarinas que, en malla, está hablando por teléfono.

Klein: Me gustan, todavía…

Sally: Chocho… te da por las chiquilinas…

Klein: Me gustan… pero nada más. Yo chocho, y vos celosa.

Ella se incomoda.

Sally: ¡¿Qué?!…

Klein: Yo sé: Minchik, los hijos, el nieto… pero celosa… Pero no tenés motivo, ¡¿sabés por qué?!…

Saca del interior del saco una foto de Sally.

Klein: Te llevo siempre conmigo, siempre, Sally. Yo tampoco te saqué de aquí. (*El corazón*) Esta gira, aunque te quedés, venís conmigo… siempre, Sally… siempre.

Y de manera imperceptible, cámara muestra cómo sus piernas, bajo la mesa, se tocan, y cómo, tras el pocillo de café, los dedos se acarician. Ella, conmovida, alcanza a susurrar.

Sally: Chocho…

Klein: Vas a ir a despedirme al tren…

Corte.

Cámara en terminal de tren. Sentado, bandoneón a su lado, Suárez. *Campanadas.*

Cámara al andén. Klein, *abrazado, en silencio, a* Sally. *En silencio se separan,* Klein *que sube al tren, y desde la escalinata mira hacia unos metros, levanta la mano.*

Cámara a Minchik, *que saluda.*

Cámara a Klein *que entra al tren.*

Cámara lo recibe en su asiento, junto a la ventanilla, frente a Suárez. *Nuevas campanadas. El tren que comienza a moverse,* Klein *que apenas levanta la mano, intentando la sonrisa. Cámara a* Sally, *que queda en el anden, saludando. El tren que se aleja. Cámara que tira hacia atrás y toma a Sally de espaldas, saludando. Luego inicia el regreso.*

En silencia, la espera Minchik, *y se alejan.*

Corte.

Club de un pueblo. (*Club de cualquier sitio, para evitar trasladarse*) *Vienen ingresando, el primo de* Andrés, *un gordo, a través de la cancha de básquet. Club elemental, no hay nadie.*

Suárez: ¿Nadie?…

Gordo: Y… la siesta aquí es sagrada. Les dijo mi primo, ¿no? Tienen una pieza para dormir, más o menos corrí y saqué los cajones que había de más…

Klein: Más me preocupa ahora la función… ¿dónde está el camarín?…

Gordo: ¡¿Eh?!... no, camarín, ¿aquí?...

Suárez: Un lugar donde se cambie el maestro.

Gordo: Ah, sí... eso sí...

Klein: Eso, entonces. Yo lo hago un camarín.

Siguen caminando, atravesando las instalaciones del club.

Corte.

Cámara con un ambiente, cajones, algunas sillas y mesas. Se abre la puerta. Llegan los tres.

Gordo: Sí, la verdad es que va a haber que limpiar...
Klein: Dejeló por mi cuenta... yo me encargo.

Corte.
Salón. Mesas. Una especie de escenario. Cámara con un televisor que transmite un partido de fútbol. El gordo que está, tras el mostrador, mirando. Un cartel que indica: "Klein-Suárez... música y palabras".

Corte.
Camarín. No es otro sitio que el viejo ambiente que Klein *ha transformado. Ha puesto un espejo, una mesa con su maquillaje, una bombita de luz con prolongador que cae sobre el espejo. Mientras se maquilla.* Suárez*, vestido ya de traje, sorprendido.*

Suárez: ¡Lo dejó nuevo, maestro!...
Klein: Limpio... y un camarín ya es el comienzo de la actuación... Yo acá, ya empiezo a olvidarme de lo de afuera... ¿Cómo quedó el salón?...
Suárez: Bien, maestro... voy a ver a qué hora largamos... (*Va a retirarse*)
Klein: ¡Che!...

Suárez *que se frena.*

Suárez: ¿Maestro?...
Klein: No toque por tocar... olvidate de los firuletes, una nota, pero honda... andá.

Se ve a Suárez*. Cámara queda en el lugar,* Klein *que comienza a decir algún poema, o canción ídish... Saca la foto de* Sally*, y la coloca adherida al espejo, la mira, se conmueve. Se agita...*

Corte.
Cámara al salón. El Gordo *que apaga el televisor.* Suárez *que toma un café de pie.*

Gordo: Este partido nos mató... por eso no cayó nadie todavía... dígale al señor que vamos a empezar un poco más tarde, cuando empiece a venir la gente... no le digo mucha, pero...

Ha vuelto, le coloca un saquito sobre la taza, y echa agua caliente.

Gordo: Llevelé y le va explicando por qué nos demoramos... ¿Dónde van de aquí?
Suárez: No sabemos...

El Gordo *evita comentario, pero no oculta su incomprensión. Cámara a la puerta del camarín. Llaman, vuelven a llamar, como no responde* Klein.
Suárez *que ingresa.*

Suárez: Aquí tiene el té. Vamos a empe... maestro.

Cámara a Klein, que sobre la misma silla, con economía de desplazamiento, yace muerto, caída la cabeza sobre su propio peso.

Suárez: ¡¡¡Maestro!!!...

Trata de comprobar dentro de su desesperación, y constata el final. Finalmente, superado el instante terrible, se reactiva, casi satisfecho según su expresión, toma el bandoneón. Y comienza a tocar, escasas notas, pero profundas, como le enseñara el maestro.
Cámara panea por Suárez, *el actor, y la foto.*
Cámara que comienza a tirar hacia atrás.
Llaman a la puerta.

Gordo: (*Off*) ¡¡Empezaron a llegar!!

Y cámara congela, ahora sí, en la auténtica despedida de Klein.

FIN

Escritos
para prensa

La tortura como hábito

[Revista *Che*, Nro. 17 | 29 de marzo de 1961]

Si es grave la tortura premeditada, ordenada, aplicada en cumplimiento de una consigna "de arriba" para hacer hablar a un detenido, lo es mucho más la tortura como costumbre, como entretenimiento cotidiano, la tortura protegida por todo un sistema de inmunidades que permiten a funcionarios policiales la tranquila descarga de instintos asesinos al abrigo de un uniforme. Aquí consignamos un pavoroso caso de sadismo policial cuya obvia falta de objetivos lo encuadra dentro de esta alegre diversión cotidiana que es para muchos funcionarios de nuestra policía federal la tortura.

La antesala del infierno

"La cosa ocurrió en la comisaría tercera. Allí nos robaron, nos trompearon con puños, palos y cachiporras, nos patearon, nos pasaron excrementos y orina por la cara y luego, cuando ya estábamos medio desmayados, nos reanimaron con baldazos de agua fría para proseguir la función. Acusamos, entre otros, a un tal oficial Pérez".

Esta declaración nos fue formulada por algunos de los 64 estudiantes que fueron apresados hace unas semanas durante una manifestación a favor de Cuba. Nuestra gran prensa, demasiado ocupada en deletrear lugares comunes sobre la dignidad humana a propósito de un intercambio de prisioneros por tractores en Cuba, no se incomodó por minucias como ésta, que sólo ocurrían aquí, entre nosotros, bajo una de las singulares democracias que recetan los Estados Unidos a sus dominios.

Hace pocos días, la Comisión Investigadora de Denuncias y Apremios Ilegales nombrada por el Consejo Superior Universitario reunió las declaraciones de una docena de estudiantes que sufrieron vejámenes y resolvió elevarlas a la comisión correspondiente del Congreso Nacional que está, sospechosamente, en su último mes de funcionamiento. No es osado suponer que nuestra democracia sabrá silenciar el asunto.

Estos estudiantes no fueron picaneados. No los ataron al guardabarros de un coche ni los apretaron contra una pared. No les partieron la columna vertebral como a otro torturados –también confinados al piadoso silencio de nuestra democracia–, cuyo testimonio consta en expedientes de la comisión parlamentaria. No nos encontramos ante un caso de tortura "racionalizada", ejecutada con arreglo a consignas y con vistas a determinados objetivos. Y quizá por ello mismo, las denuncias de estos estudiantes revisten mayor gravedad. Porque revelan precisamente una rutina, un procedimiento que parece natural y cotidiano para algunos de nuestros funcionarios policiales.

En la rutina gris de la comisaría, sin comprometerse con el uso de instrumentos de tortura especialmente, cometiendo vejaciones como por pasatiempo, los policías de la tercera se entretuvieron humillando a los estudiantes detenidos, en su mayoría mujeres, obligándolos a golpes a que se arrodillaran para orinarles en la cara. "Judías de m…", dijeron algunos de los miembros de la guardia de infantería, también por pasatiempo, "ya van a ver cuando las entreguemos a Eichmann". Y después, estos hombres, estos policías, salieron de la comisaría, se fueron al cine con sus mujeres o fueron a cuidar a sus hijos, convertidos en amorosos y tiernos padres de familia.

El infierno

"Estábamos en un mismo calabozo, muertas de frío, sin agua y sin poder dormir", relatan Marta Goldin y Celia Epelbaum, "pero eso no fue nada. Durante toda la noche escuchamos golpes terribles y gritos de dolor. A una de nosotras le decían que estaban golpeando ferozmente a su novio en la otra habitación. ¿Para qué? Para que confesáramos. ¿Para que confesáramos qué? Si no había nada que confesar. Era una vejación gratuita. Pero durante largo rato, oíamos que alguien gritaba: '¡Viva Cuba!'. Y luego, más golpes. Golpes feroces. Gritos desgarradores. '¡Muera la policía!'. Nuevos golpes. Nuevos gritos. Y así durante largo rato. Estaban golpeando a nuestros compañeros, al novio de una de nosotras. Y no podíamos hacer nada. Después nos

enteramos de que ellos habían sido llevados a Caseros". La verdad era que los policías golpeaban con palos y cachiporras contra la pared, y ellos mismos gritaban "¡Viva Cuba!". Fingían gritos de dolor y gritaban mueras a la policía. ¿Para qué? Para nada. Torturas gratuitas, meros ejercicios de un hábito, y por ello mismo, más depravadas, quizás, que el uso de la picana.

"El traslado al Departamento de Policía desde la comisaría –siguen relatando estas estudiantes– debe durar poco, pues sólo los separan 20 cuadras de distancia. Y sin embargo, el trayecto en el celular duró tres horas, porque recorrimos varias comisarías". "Ya en el Departamento –aclara una de las estudiantes– me preguntaron, entre otras cosas, si yo era comunista, si lo era el CEM y otras cosas más. Y todo porque yo había estado dos horas parada en la puerta del CEM haciendo firmar un manifiesto a favor de Cuba. Se me dijo que había dos denuncias contra mí en ese sentido. Esto es falso porque yo no participé en los hechos que se me imputaban. Por otra parte, la denuncia denota que vuelven a funcionar en el ámbito universitario los espías policiales. Y esto sí que es grave".

El escribano Landabeira

Pero los hechos más graves ocurrieron en la comisaría tercera. El cronista conversó con el señor Luis María Sánchez, estudiante de quinto año de ciencia exactas, quien pasó alrededor de quince días en Caseros, y que, junto con los estudiantes Delibuene y Tapia, sufrió más que nadie las consecuencias de la represión policial.

"En el momento en que entraba al cine Monumental –nos dice Sánchez– la antesala fue sorpresivamente invadida por policías que enarbolaban cachiporras de goma y que, según me enteré luego, traían la orden de arrestar a cualquiera que llevara libros bajo el brazo. Se dedicaron a la captura de "terroristas". Cuando yo ya estaba por entrar al cine, impulsado entre otras cosas por el tumulto que había en ese momento en la calle, un civil se me echó encima y me inmovilizó, haciéndome caer los libros, con la consiguiente sorpresa de mi parte. Yo no entendía nada de lo que estaba pasando.

‘Soy el escribano Landabeira’ me dijo este celoso colaborador policial, quien pidió a los agentes que vinieran a ayudarlo para, según decía él, reducirme”.

Sánchez es un muchacho pequeño, delgado, tímido. Se hace difícil pensar que son necesarias varias dotaciones para reducirlo. “Es uno de los que gritan en la calle”, explicó el escribano Landabeira. El hombre pidió ayuda a la policía aunque Sánchez no podía moverse. La ayuda vino pronto y consistió en una lluvia de golpes con palos de goma negra que cayeron sobre la espalda, cabeza y cuello de Sánchez. “Me arrastraron hasta el carro de asalto, donde ya se encontraban dos compañeras y dos compañeros. Dentro del carro de asalto empezaron a despojarnos de todo lo que llevábamos encima y se repartieron las cosas entre ellos, entre bromas e insultos. Las dos compañeras, las hermanas Cacopardo, recibieron textualmente insultos como estos: ‘Judías de m…, ya van a ver enseguida, ahora cuando las entreguemos a Eichmann en la seccional’”.

“Ya en la comisaría tercera fuimos obligados a firmar un recibo de depósito por todas las cosas que nos habían sustraído. Yo me negué a firmarlo porque, además de habernos dejado sólo la ropa, en la lista que me querían hacer firmar se habían olvidado de anotarme un reloj marca Pesaj, una pipa inglesa marca H. B., 450 pesos moneda nacional, un encendedor marca Monopol y una lapicera birome 303. Como me negué a firmar y les señalé todos estos ‘olvidos’ me contestaron:

‘Che pibe, esto es una comisaría, ¡sabés!’.

Me dijeron que si no firmaba ni siquiera iba a recuperar lo que figuraba en la boleta. Entonces, claro, firmé. Se me impidió ver al comisario y luego de una hora nos llevaron a un patiecito que antecede a los calabozos”.

Excrementos y orina

“En el patio –no había calabozos disponibles–, como estábamos incomunicados, nos hicieron ponernos de espalda para cumplir la incomunicación. Nos acusaron, a Delibuene y a mí, de asesinar a policías. Nos dejaron parados, sin poder apoyarnos en las paredes,

al estilo argelino, y mirando hacia arriba para que no nos durmiéramos. Ahí apareció, con cuatro hombres, el oficial que llamaban Pérez, y me dijo que si no me declaraba culpable de arrojar piedras, no sólo esa noche de la manifestación sino incluso la anterior, me demostraría que era macho. Haciendo ostentación de un revólver de la repartición, el tal oficial Pérez empezó a darnos patadas en el estómago. Después de cada golpe, decía "perdón" y seguía pateando. Luego golpeaban todos con el canto de las manos, con los puños, con los pies, con cachiporras y culatas de revólveres. Después me escupieron reiteradamente. En ese momento hubo cambios de guardia y mientras la guardia nueva tomaba mate, la guardia vieja, en medio de comentarios, que ellos suponían de extrema agudeza, sobre política internacional, recomenzaron los golpes. Tanto a Delibuene como a mí nos dieron una serie de golpes que ellos llamaban para 'entendidos', y que consistían en patadas al final de la columna, en la punta del coxis. Una vez caídos al suelo el inspector ordenó que dos agentes me sostuvieran y entonces un compañero de este oficial Pérez, que acababa de salir del baño, me colocó la mano sucia de excrementos en la nariz y la paseó por ahí. Esto provocó gran hilaridad en la comisaría. Y mientras se lavaba la mano en la pileta el oficial propuso lavar la cara del detenido 'con cierta agua caliente' y en tanto los policías me sostenían de lejos para no mancharse. Yo estaba semidesmayado. Me orinó en la cara. Dijo que lo hacía para 'higienizarme'. Con unos baldazos de agua fría terminó la función. Porque un estudiante le había traído cigarrillos al compañero Tapia y es probable que los policías temieran un escándalo por haber sido individualizada la comisaría donde estábamos detenidos. Con todo, la guardia nueva nos dio unas cuantas trompadas, así por rutina, para demostrar que no eran menos que los otros".

Sánchez fue llevado y traído varias veces, y en dos oportunidades le dijeron que estaba libre. Fue interrogado en DIPA y junto con otros detenidos vio decretos en blanco firmados por el Poder Ejecutivo. Decretos que ponían a disposición del P. E. y del comisario Gómez a hipotéticos detenidos. Naturalmente, el presidente tiene mucho que hacer. No es cosa de hacerle firmar un decreto de detención cada vez que haya un preso.

El tiempo del desprecio

Se hizo escándalo hace poco porque –¡oh, sorpresa!– se descubrió una picana. Pero, ¿y lo otro? ¿Qué pasa con estas pequeñas, atroces vejaciones cotidianas que ni siquiera se asumen totalmente como torturas por parte de los autores? El cronista ha descrito minuciosamente todos los angustiados relatos de los estudiantes. Lo hizo no porque objetivamente son los más graves, sino porque implican una impunidad, un hábito policial, un sadismo y una afrenta a la condición humana que al final resulta tan grave como los casos de los picaneados o de los que se morían de hambre y frío en Ushuaia, y aún siguen confinados en los presidios del sur. La aparatosa exhumación de una picana no desenmascara ni resuelve la íntima perversidad de todo un sistema.

La conferencia que nosotros vimos

~por Julia Constenlá y Germán Rozenmacher~

[Revista *Che,* Nro. 21 | 25 de agosto de 1961]

Che *siguió de cerca la conferencia de Punta del Este: estuvo en medio de las agudas tensiones que caracterizaron esta "reunión de amigos" (?), conversó con delegados, charló con periodistas de todo el continente, entrevistó a economistas, diplomáticos, etc., etc.*

Concluida la conferencia, que el Comandante Ernesto Che Guevara analizó en un documento histórico que tenemos el honor de publicar completo, los enviados especiales reconocen que todo el trabajo de esos agobiadores días de Punta del Este, no aporta nada que no haya sido dicho con meridiana claridad en el discurso del comandante Guevara. Creemos útil hacer esta precisión antes de pasar a los detalles.

Llegaron los delegados

Con diez minutos de diferencia aterrizaron dos aviones: uno llevaba a Douglas Dillon. Lo esperaban soberbios coraceros, algunos periodistas y un reducido cortejo distribuido en unos diez Cadillacs que velozmente tomaron la carretera solitaria. Miles de personas volvieron la espalda.

Poco después llegó el segundo avión: miles de pañuelos se agitaron y VIVA CUBA atronó el apacible aire montevideano. Llegaba Ernesto Che Guevara. Desde ese momento se supo lo que iba a ser la conferencia: una fuga de autos por carreteras silenciosas, un grito que se oye en todo el continente…

Quién es quién

El plan de trabajo de Cuba era excepcional: 29 proyectos cuidadosamente estudiados. Salvo las intenciones encomiables y los proyectos inteligentes de algunas delegaciones (Bolivia, Ecuador y algún otro) nadie más venía a Punta del Este a hablar en serio. Sólo Cuba tenía

el empuje, la fuerza, la serenidad y la prudencia que dan la indudable certeza de estar con la justicia. Con reparos, con temores, con secretas náuseas, con estúpidas soberbias, con pequeñas exigencias, con dobleces, con irritado orgullo, los demás venían a dar o a recibir. El problema del desarrollo, el de la evolución, el de la libertad, tenían precio: 20.000.000.000 de dólares, una cantidad de ceros impresionante.

Los recibió un balneario en invierno: el lujo superfluo de hoteles habilitados para el fasto, la deferencia de comerciantes minoristas atentos sólo a "hacer su agosto". Los recibió una cuidada organización burocrática que manejó discretamente todas las tareas comunes: teléfonos que funcionan, cables que salen, giros que llegan, café gratis, Coca Cola abundante, salón de pasos perdidos, televisión en circuito cerrado, carnets, guardianes, documentos al día, información, cientos de máquinas de escribir, taquígrafos, grabadores, señoras prolijamente coladas, niñas ululantes. Todo. La Conferencia.

Pero… algo empezó a andar mal. Algo quebró la perfecta sincronización de las sesiones. La primera sorpresa fue el discurso de inauguración de Raúl Prebisch, el técnico de la Cepal, la cabeza pensante, el economista, alude a la reforma agraria, menciona la palabra revolución. Algo pasa. Luego, el sensato Gumucio Reyes, de Bolivia, dice lo suyo.

Dillon, con esa manera tan peculiar de poner los ojos en blanco, con su modo de jugar con los anteojos y esa tendencia a enrojecer y reír, se crispa un poco.

Después, en la sala atestada, en el salón lleno de gente, en el bar de la Conferencia donde los iniciados toman un té inglés, empiezan a oírse las primeras palabras del Comandante. Un silencio tenso y expectante crece en los salones alfombrados. Habla Cuba. Interrumpen la exposición, algunos aplausos. Guevara cita a Martí. Está todo dicho. "El pueblo que compra manda; el pueblo que vende sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad". Tranquilamente, con una deferente actitud casi didáctica, completa el razonamiento. Cuando concluye su discurso se oye una ovación. Ya entonces –silenciosos o silenciados colegas–, ya entonces habíamos ganado en Punta del Este.

Los largos, largos días

Pero una conferencia es larga. Se tramita, se regatea, se habla. Cada uno tiene que volver a su rincón con un recorte, cada delegado debe mostrar la moneda acuñada para la oportunidad y agregar una frase distraída: Cuando dije…

Declaraciones periodísticas: "Fidel Castro no descubrió América –anunció sentencioso José Figueres (Pipi para los amigos norteamericanos)–. Los americanos no se trajeron un plan de emergencia. Los préstamos son una aspirina". Y se aleja para pelear por el precio del café. (Tiene plantaciones).

"No veo acuerdos concretos aquí –dijo Guzmán Galarza, ministro boliviano–. Temo que la burocracia de los EE. UU. entorpezca el funcionamiento del Plan Kennedy".

Y para concluir, una reflexión que, ante unos pocos amigos le hizo el ministro argentino Alemann al embajador norteamericano Rubottom: "Ustedes tienen que tomar rápidas medidas. Las clases bajas están lejos de ustedes, la clase media no tiene tiempo para pensarlo y la clase alta no cree más en ustedes". Sin duda, el consejo tenía segunda parte (dar algo para que la clase alta recupere la confianza).

Los técnicos

Los argentinos exhibieron una común debilidad por los planteos políticos y una marcada preferencia por traducir antiguos proyectos de los Estados Unidos presentados en conferencias similares. Similares y distintos, ya se sabe que esta Alianza del Progreso es absolutamente única. Se trata nada menos que de "el reto al destino" –esto lo dijo Kennedy–. Esta vocación de correctos traductores que exhibió en todo momento la delegación argentina fue puesta en evidencia al tratarse el punto V, que proponía el control y subvención de los órganos de difusión que exaltaron la democracia y la libre empresa, entre otras cosas.

El delicado punto V fue comentado por Phillips (asesor del Departamento de Estado) diciendo que "algunas cláusulas son fascistas e inadmisibles". Es útil recordar que el proyecto anterior –el

norteamericano– fue gestado cuando no estaba en el gobierno la administración del joven Kennedy, uno de cuyos hombres clave, el señor Woodward, dijo: “No podemos aceptar a Cuba en el seno de esta Alianza. No le daremos un centavo. Es inadmisible tratar con el castrismo o confiar en sus promesas. Es necesario adoptar alguna actitud contra Castro. Y pronto”. Lamentablemente no podrán negarle a Cuba una ayuda que Cuba no solicita, y en cuanto a las promesas, recordamos que Fidel Castro había prometido la Revolución.

Pero volvamos al punto V. Según fidedignas versiones, el director-propietario de *Correo de la Tarde* concretó durante su último viaje a los Estados Unidos un “asunto interesante”: logró obtener fuerte apoyo publicitario para un nuevo lanzamiento del diario que custodia. Aprovecharía este refuerzo para embarcar al diario en la defensa de la Alianza para el Progreso… Y esperar luego, serenamente, la sanción del punto V. Rodeado de la benévola complacencia de sus amigos, tranquilizado por la certeza de que nadie podría defender los intereses de Mr. Kennedy tan bien como él, echó el resto en Punta del Este. La delegación de *Correo de la Tarde* contaba con un bungalow en Canegrill, dos autos, una avioneta, un número impreciso (entre ocho y diez, según los días) de periodistas y fotógrafos, un señor rebautizado Gagarin por sus colegas de la sala de prensa que, envuelto en el humo de un habano, escribía junto a la chimenea de su chalet un servicio exclusivo, y un marino a cargo del equipo. Todo esto para ganar la batalla del punto en cuestión…, pero el SIP no es tan paquidérmico como dicen. Jules Dubois, infatigable caminador de los largos corredores, empieza a visitar amigos. No puede salir ese artículo. “¿Quién es este capitán para que sigamos proveyéndolo de fondos?”. Cuando ya se había anunciado el viaje de Manrique a Punta del Este, llega a la sala de prensa una noticia confirmada de inmediato: no sale la subvención. No viene el capitán.

Aquellos fueron días agitados

Los periodistas no pueden asistir a las reuniones de comisión, pero algo llega hasta “los muchachos de la prensa”. Por ejemplo, la noticia de un grave entredicho en el seno de la Comisión 1. Según trasciende,

Musich y Prebisch han tenido un airado cambio de ideas. Lo veíamos venir. La delegación argentina fue baluarte en la lucha contra un comité de técnicos que propiciaba Prebisch (presente por Cepal).

La delegación argentina sostenía que era mejor tratar directamente de gobierno a gobierno. Abonaba esta teoría con consideraciones sobre la burocracia, etc., etc. Estas reflexiones concluían recordando que en un proyecto anterior se había mencionado la suma de 2500 dólares mensuales para los técnicos. Una buena suma… Hasta que el doctor Prebisch perdió la paciencia. Abandonó su aire suficiente y comprensivo y se enojó mucho.

Enterados del incidente, solicitamos al doctor Prebisch declaraciones para *Che* sobre las denuncias que habría formulado en esta sesión secreta: dijo que desde 1954 ha hecho presente a los gobiernos de su país –Argentina– las maniobras realizadas por organismos e instituciones empeñadas en frenar nuestro desarrollo. Según nuestro informante, el doctor Prebisch habría concluido aclarando que esperaba otra actitud de la nueva administración del Tesoro de los EE. UU.

"Yo he dicho –precisa el Dr. Prebisch– que en el año 54, en un documento de la Cepal, invité a un grupo de personalidades latinoamericanas a colaborar con la secretaría en la redacción de un informe que nos había pedido la OEA para Conferencia de Guatemala. Esas personalidades, entre las que estaban Frei Monsalvo (Chile), Lleras Restrepo (Colombia), propusieron la creación de un grupo de expertos latinoamericanos que ayudara a promover el programa de desarrollo económico. Además de esas funciones, esperábamos que ese grupo de expertos sirviera de importante contrapeso a ciertas instituciones que se habían opuesto a tipos de política de desarrollo económico destinadas a abrir nuevos rumbos en esta materia a América Latina. La influencia que debían contrapesar se manifestaba en la oposición a la siderurgia, en la oposición a la gestión de ciertos servicios básicos por parte del Estado, en la oposición a la explotación nacional del petróleo, y en ciertas recomendaciones del Fondo Monetario que, a nuestro juicio, no eran compatibles con el desarrollo de América Latina…".

Comentamos con el Dr. Prebisch que algunos colegas mostraban inquietud por su discurso inaugural, al que consideraban de "prédica revolucionaria".

"Yo soy un técnico, no un predicador –nos dijo–. Como técnico me limito a constatar y exponer hechos objetivos. Creo que es posible un cambio estructural y lo digo. Es una constatación objetiva".

Los débiles lazos

La delegación brasileña no resultó del todo homogénea. Cenaron y conversaron con los argentinos e invitaron oficialmente a Guevara cuando el enviado personal y secreto de Frondizi sólo se animaba a hacer llegar una cautelosa propuesta al Che. Sin embargo, algunos delegados brasileños no dejaban por eso de acudir a las reuniones informales en las que se debatía una declaración contra Cuba. Una de esas reuniones se realizó ya cerca del final, en la sala del CIES. Un empleado con uniforme controlaba el acceso al lugar donde se debatía la cuestión. Cuando el representante de Bolivia quiso entrar le dijeron que no podía pasar, pues no figuraba en la lista de delegaciones con libre acceso. Minutos más tarde, el empleado volvía a consultar la mencionada lista a requerimiento del comandante Guevara, quien tomó nota de la negativa y se retiró a los salones.

Al tener noticia de este hecho, los periodistas intentamos saber quiénes estaban reunidos y de qué se trataba. Enviamos una nota al Dr. Alemann, que se encontraba en la sala donde se realizaba esta reunión secreta, explicándole el trámite presenciado por *Che* y solicitando información sobre un rumor insistente: que era Argentina una de las delegaciones más interesadas en lograr que saliera una declaración condenatoria contra Cuba. El Dr. Alemann salió agitadamente de la sala y explicó a los periodistas que se trataba de un malentendido, una reunión informal, cosas de rutina, ajenas a una agresión a Cuba, etc., etc. Media hora más tarde, al término de la reunión, el presidente de la Conferencia presentó sus excusas al Dr. Guevara con los mismos argumentos de Alemann.

Esa noche, una llamada telefónica de la presidencia de Brasil galvanizó la atención periodística. Quadros les anticipaba a los señores delegados que el gobierno desautorizaría cualquier actitud hostil hacia Cuba. Brasil retiró su precario apoyo a la declaración. Al mismo

tiempo, Chile anunciaba que no iba a participar de una declaración como la proyectada y anunciaba una propia. Uruguay hacía presente, a quienes lo consultaban, que no estaba dispuesto a firmar declaraciones políticas. Y así, el señor Beltrán, delegado por Perú, vio desvanecerse las posibilidades de llevar un reto al seno de la conferencias. Al día siguiente, un documento chirle pero insinuante apareció de improviso en el salón de conferencias. Se trataba de un resumen de la Conferencia redactado en términos comprensibles para el ciudadano común.

Fuertemente interesado… labor ponderable

Ese documento de compromiso llevaba la firma de las delegaciones más atentas a cumplir los planes de EE. UU. No firmaban Argentina, ni México, ni, por supuesto, Brasil. Guevara pidió un cuarto intermedio para estudiarlo. La asamblea se extendió en consideraciones sobre el tema y finalmente el delegado de Guatemala hizo moción para que, accediendo a la "súplica de Cuba", se le concediera un cuarto de hora para estudiar el documento. Sentado al lado de uno de los enviados especiales de *Che* estaba el pulcro colega de un diario serio y formal. No leí sus crónicas, pero las imagino. Al margen de la posición del cronista, el diario tiene criterio propio. Este muchachito, un joven inteligente y bastante atildado, saltó al oír lo de súplica. Lo tomó como un agravio personal. Violentamente lanzaba invectivas hacia el delegado guatemalteco. *Che* trataba de contenerlo. Era una divertida paradoja. Pero ilustra la actitud de casi todos los periodistas al terminar la Conferencia: estima, respeto y admiración por el comandante Guevara, marcado interés por Cuba y el deseo de terminar con farsas y gestos miserables. El hecho merece señalarse. Debe hacerse presente a los lectores que cuando hablamos de aplausos en la sala, los aplausos existían. Aplaudían los periodistas, los empleados, los invitados de delegaciones hermanas. Silenciosamente debía guardar su aplauso algún delegado oprimido por su mandato.

Si concluyéramos acá nuestro informe, entonces escamotearíamos a nuestros lectores lo más importante. Durante esos días estuvimos frecuentemente con Ernesto Guevara, y si bien es imposible transmitir

una relación por superficial que ésta sea, nos obliga a intentarlo el hecho de que todos nuestros amigos tienen el mayor interés por conocer opiniones, ideas y actitudes del Che.

Las referencias a su asma y su falta de interés en ocupar la atención del público nos habían hecho caer en un error. Convertimos a Ernesto Guevara en una especie de héroe silencioso y sacrificado, una contrafigura de Fidel. Confesamos habernos equivocado. El asma es en Guevara un episodio secundario, algo que no se interpone entre él y las cosas. Se desentiende del asma y trabaja como si no existiera. Su jornada habitual en Punta del Este se prolongaba desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la madrugada siguiente. En este lapso cumplía las más diversas tareas: satisfacía las exigencias del protocolo, asistía a las reuniones, concedía entrevistas, mantenía conversaciones con delegados, estudiaba los numerosos documentos que había que considerar en la Conferencia, recibía delegaciones de comités de solidaridad con Cuba, soportaba el asedio de los periodistas y eludía gentilmente el constante requerimiento de esa extraña fauna que son "los admiradores".

Che no le sometió un cuestionario al Comandante. Nos limitamos a hablar, mezclando temas, saltando de anécdotas a comentarios, recibiendo siempre el impacto de su lenguaje de una sencillez impresionante, de una pulcritud descarnada. Ese lenguaje, que dice haber aprendido en la Sierra, es un elemento fundamental para conocerlo.

"Yo fui muchacho intelectualillo cuando estudiaba –nos dice–, aspirante a intelectualón cuando, ya médico, elegí una especialidad. Pero sólo aprendí a hablar en la Sierra. Allí adquirí un lenguaje elemental y directo, que no cubre nada ni oculta nada, que no sirve para disfrazar sino para entenderse. Valoro mucho este lenguaje. Creo que sólo con verdades muy simples, muy elementales, podemos comunicarnos realmente. Me parece fundamental despojar nuestro lenguaje de tanto adorno que lo desvirtúa. Necesitamos decir cosas simples, de modo que las pueda entender cualquiera. No me importa machacar y machacar con lo mismo –piensa sin duda en la pregunta que repitió diariamente en la Conferencia: "¿Quién administra los fondos y quiénes tienen acceso a ellos?", o tal vez recuerda que dijo más de una vez "es necesario acabar con la explotación del hombre por el hombre, para hablar de justicia"–. Lo que importa es ser claro".

Este lenguaje ya ha sido transvasado, sólo retiene una parte de su simplicidad, pero el cronista aún no estuvo en la Sierra y se maneja con sus esquemas de café porteño. El cronista aún no sabe hablar a los pueblos. Transmite deficientemente las palabras del Comandante. Lo lamenta.

Le pedimos a Guevara que nos aclare una idea de su discurso: Cuba no exporta revoluciones.

"Cada pueblo tiene una realidad peculiar, características propias. Cuba no puede exportar su experiencia revolucionaria. Creo que en América ya están maduras las cosas como para que cada pueblo encuentre pronto el camino de su liberación. No se puede ceñir la realidad a un esquema y tratar de repetirlo. Importa sólo tener bien claro a dónde se quiere ir. Importa fijarse metas, pero fijárselas de un modo terminante… Y machacar –sonríe–. Es importante insistir e insistir, no dejarse tentar por otro camino cuando ya se ha elegido uno; abandonar todo lo que quede al costado, lo que sea secundario, y dedicar toda la tensión, toda la capacidad, todo el esfuerzo a conseguir aquel fin propuesto. Nosotros hemos cumplido una experiencia, puede ser que a alguien le resulte útil, y en ese caso, muy felices de que la aproveche. Pero no se puede calcar la historia. Hay que crear los movimientos".

Por supuesto, le preguntamos insistentemente por su regreso. Es bastante lícito querer recuperarlo.

"Cuando un hombre se compromete con una revolución, declina la posibilidad de hacer proyectos personales. Yo estoy comprometido en llevar adelante mi trabajo en Cuba. Carezco de la posibilidad de decidir personalmente otra cosa. Puede ser que vuelva a la Argentina, pero eso ya no depende de mí. Es tema de consulta".

Insistimos. Por un atajo tratamos de llegar a lo mismo. Él es argentino, etc., etc.

Y casi sin gestos, con el mismo tono de voz, con la misma "eye" ablandada por América hasta hacerse una i un poco más larga, con la misma implacable paciencia, machaca: "cuando un hombre se compromete con una revolución…". Es inútil buscar atajos. Allí donde tropecemos con él, Ernesto Guevara estará en lo suyo, sin concesiones ni ambigüedades, directo hacia donde quiere llegar. Seguro del camino.

En una reunión alguien alude a un político honrado, un buen hombre que jamás robó.

"Ustedes todavía no se han curado del político honrado. El señor que no roba ni defrauda. Que está siempre a mano para ocupar un cargo donde se requiera un hombre honesto. Vive de esa honradez. Es su capital. Cobra buenos dividendos por ser decente. Pero no le molesta cubrir con su honradez y con su honestidad todas las miserias de una sociedad de ladrones. Apuntala con esa característica suya un régimen de piratas. Cuando un político es realmente honrado no sirve de apoyo al sistema de explotación y el robo. Un político honrado no puede ser un cómplice".

Cuando concluye la Conferencia, luego del impacto que fue su correcta y mesurada negativa a firmar la Alianza para el Progreso, le pedimos que complete el análisis explicándonos brevemente cuáles son los planes para el desarrollo de Cuba, fuera de la Alianza.

"Es demasiado largo. No se puede ser breve para enunciar un plan de desarrollo. Creo que ya lo esbocé en el discurso de apertura. Cuba tiene un gobierno socialista, ésa es la única base posible para el desarrollo: terminar con los monopolios, con la explotación del hombre por el hombre".

Queremos saber si cuenta con la ayuda de la URSS y de China.

"Mantenemos muy buenas relaciones comerciales. Tenemos algunos préstamos concedidos. Sabemos que, en caso de necesitarlo, podemos contar con el apoyo de la Unión Soviética y de China. Pero tratamos de hacer las cosas a nuestra manera. Ese apoyo es inapreciable por la generosidad con que fue ofrecido. Pero Cuba quiere cumplir su propia experiencia y trataremos de mantenernos dentro de nuestro marco y seguir nuestro camino hacia el socialismo. Nosotros no confiamos en que nos salve la ayuda de nadie. Estamos en nuestra isla y allí sabríamos defendernos. Para usar una frase que le gusta al presidente Kennedy, hemos hecho nuestro "desafío al destino" y estamos dispuestos a morir antes que retroceder un paso. Pero si alguien intenta atacarnos, tal vez recuerde que nos apoyan potencias muy poderosas, y tal vez reflexionando sobre esto llegue a la conclusión de que es mejor buscar otro camino que el del ataque".

Al fin, quisimos la síntesis de las síntesis: en pocas palabras, el resumen de la Conferencia.

"Yo creo que los Estados Unidos no van a poder cumplir los compromisos contraídos en Punta del Este; creo que una economía de desarrollo no se planifica respetando y apuntalando los monopolios, y creo que hay un cálculo muy simple para hacer, aun cuando estas cosas que digo en primer término no se acepten. La tasa de 2,5% de crecimiento económico para América Latina planteada por el documento de la Alianza para el Progreso significa mantener durante medio milenio el atraso de nuestros pueblos. Sólo dentro de 500 lograríamos alcanzar un nivel de vida de países industrializados. La simple comparación de la tasa propuesta por la Alianza y la tasa de crecimiento de los Estados Unidos muestra que sólo llegaremos a la meta propuesta dentro de 500 años. Es demasiado tiempo. Nosotros, con nuestro sistema peculiar de gobierno, que en esta conferencia fue ya aceptado por los países del Continente, esperamos avanzar más rápido".

La última conversación la tenemos al filo de la madrugada del día en que concluyeron las sesiones. Esa noche memorable, el comandante Ernesto Che Guevara, luego de haber trabajado en común con todas las naciones del continente, luego de haber defendido los pertrechos que otros abandonaban, una vez cumplida su misión de trabajo y de vigilia; cuando llega el momento de firmar para pelear por los dineros, cuando todos sueltan el suspiro de alivio de quienes sólo pueden confiar en que una ayuda, un auxilio, un cúmulo de circunstancias ajenas solucionen, o tal vez sólo posterguen los grandes problemas, cuando todos comienzan a hacer sus menguadas cuentas, Cuba socialista, que hasta entonces defendió día tras día su derecho a sentarse en la mesa de quienes hacen los planes y de hacer planes de igual a igual, anuncia que no va a firmar.

Cuando el comandante Ernesto Guevara dijo la primera frase de su discurso, la sonrisa insolente con que siempre lo escuchaba Dillon se borró de su cara rojiza; los delegados, atentos sólo al reparto, levantaron la cabeza; los espectadores fueron conmovidos por la certeza de que acababan de oír frases para la historia grande. Al concluir el discurso, no se oyó ni siquiera un murmullo. Nadie intentó aplaudir, no se aplaude la crónica de un incendio. Guevara dejó el lápiz sobre la

mesa, se apoyó en el respaldo de su silla y miró el enorme salón silencioso. Frente a él, los cautos representantes de la Argentina pedían la palabra. El doctor Alemann propuso un homenaje a los organizadores de la Conferencia porque habían sido óptimos dueños de casa. Fundó su pedido. Al frente, Guevara lo miraba en silencio.

CIES. Réquiem en la Riviera

[Revista *Situación*, Nro. 9 | Agosto-septiembre de 1961]

"Temo que los Estados Unidos nos den muy pocos dólares. Es probable que gasten la mayor parte de los 20.000 millones en su propio rearme. Y entonces, lamentablemente, se cocinarán en su propia salsa".

Esta fue la conclusión expresada en privado por un alto funcionario de la representación argentina a la reunión del CIES en Punta del Este. Y mientras el pasado jueves 17 largas caravanas de autos y omnibuses partían desde los hoteles, chalets y bungalows de la pequeña península uruguaya, tomando la carretera de Montevideo, una sensación de incertidumbre quedó flotando después de las 8000 palabras de la declaración final y las aproximadamente dos millones y medio de palabras escritas y dichas en el curso de la conferencia, contando los discursos y mociones de los 800 delegados y los despachos cursados por los 500 corresponsales extranjeros.

¿Qué sucedió en el CIES detrás de los a veces patéticos y a veces tediosos discursos académicos? ¿Cuál es el valor real de esta conferencia? Durante los 13 días de reuniones este enviado especial conoció a los actores principales del drama, asistió a la gestación y a las reuniones del CIES; siguió de cerca los trámites confidenciales hechos fuera de la sala de sesiones y resume sus conclusiones en el presente despacho.

Un americano iracundo

¿Qué pensaba la opinión pública norteamericana de la conferencia de Punta del Este? El 3 de agosto, en el bar del hotel Victoria Plaza de Montevideo, este enviado conversó con un hombre de negocios norteamericano, el señor Robert P., de paso por el Uruguay. "Creo que no debemos darles un solo dólar más. ¡Basta de alimentar parásitos! Nos pasamos la vida dándoles dólares, ¿y qué recibimos en recompensa? Creo que estos países están llenos de zánganos que no quieren trabajar. Y no hay ningún derecho de que gente como yo o como cualquiera de mis compatriotas trabaje como un caballo de sol a sol y pague

impuestos para mantenerlos a ustedes. Estamos hartos de sus gobiernos que invierten nuestros empréstitos en cosas absurdas y siempre dejan a sus países en la misma condición miserable. ¿Quieren salir de este pozo? Pues trabajen".

Salimos a la calle. En la plaza Independencia caía la tarde; los lustrabotas esperaban sus clientes, las señoras daban vueltas al perro y frente a la Casa de Gobierno, la banda del ejército, como todos los jueves, daba su concierto de marchas militares.

"Mire, usted: una aldea. En el fondo, todos estos países son esto: una aldea indolente, sin demasiadas ambiciones ni necesidad de progresar. ¿Y por qué tenemos que mantenerlos, qué diablos? ¿Para que después nos den puntapiés en el trasero cuando venimos a hacer negocios que ustedes piden que hagamos? ¿Para qué damos el dinero? Mire. En Laos, una vez dimos 300 millones de dólares para ayuda económica. Los diputados y los ministros y qué sé yo quién más se gastaron el dinero en comprarse Cadillacs, refrigeradores y televisores. Y vea que allí no hay una sola emisora de televisión. Ni siquiera carreteras para los Cadillacs. Y aquí pasa exactamente igual. Yo creo que lo único que debemos exportarles es ideología. No tenemos ideología. Los jóvenes de estos países usan nuestro dinero pero se ríen de él. Tenemos que darles algo más sólido, más durable. Una coherente serie de principios para que ellos sepan por qué vale la pena luchar por la democracia. Algo que enfrente a los comunistas en la cuestión de fondo. Y no tenemos nada de eso, todavía. De cualquier modo, basta de dólares. No somos un barril sin fondo. Ayúdense a ustedes mismos. ¿El comunismo? A este paso…".

La guerra fría llega al Plata

El viernes 4, mientras la conferencia del CIES deja el lugar a los detalles truculentos de la captura de un pistolero en las primeras planas de los diarios montevideanos, llegan al aeropuerto de Carrasco, con diez minutos de diferencia, el señor Dillon y el señor Guevara.

Mientras la doble fila de coraceros uruguayos, con sus cascos estilo Imperio romano y sus corazas resplandeciendo al sol, hacía una guardia

solitaria e inútil en el centro de la pista, el poderoso avión presidencial que traía Dillon enfiló su nariz anaranjada hacia el pequeño aeródromo militar que está a un costado del de Carrasco. De modo que recibimos a Dillon una veintena de cameramen, fotógrafos y reporteros latinoamericanos, ingleses, franceses y alemanes; cuatro soldados y un sargento que hicieron la escolta y algunos funcionarios uruguayos y de la embajada norteamericana.

Pero lo importante no fueron los 2000 fidelistas que diez minutos después rompieron los cordones policiales en el otro costado del aeropuerto para recibir al Che Guevara. Ni los trece Cadillacs que esperaban a la comitiva de Dillon y se perdieron por la carretera a Montevideo en una larga fila solitaria. Por sobre todo eso, cuando el enorme avión que tenía escrito sobre el fuselaje: "United States of America" aterrizó, este enviado sintió de pronto que el Río de la Plata había entrado en el primer plano de la guerra fría por unas semanas.

Intentos fallidos

Durante el fin de semana creció levemente un clima tenso en el cual circularon rumores acerca de la reunión de cancilleres que seguiría a la conferencia del CIES y en la cual se proyectaría una agresión armada conjunta contra Cuba.

El primer conato fallido corrió a cargo del embajador de Guatemala en Buenos Aires, señor Coronado Lyra, que efectuó infructuosas gestiones entre los delegados. Después, el domingo 5, Luis Conte Agüero afirmó a este enviado: "La reunión de cancilleres cuenta con aprobación del señor Mora, quien me reiteró su total acuerdo con mi teoría de expulsar al comunismo de Cuba".

Conte Agüero había irrumpido la noche anterior a una cena de homenaje al grito de Cuba Libre. "Quien más alto y entusiastamente expresaba su apoyo a mi causa era el delegado norteamericano Delesseps Morrison. Yo lo vi", agregó. Además, Conte dijo: "Es mentira que los norteamericanos controlaban la economía cubana. Sólo el 8% de la riqueza nacional provenía de fondos de ese origen: 840 millones de pesos, frente a un total de 10.000. Es falso que Cuba haya

sido país de latifundios. El primer latifundista es Rusia con el 91,4% y Cuba era apenas el cuarto, con 36,1%. El adelanto de Cuba frente a Rusia era evidente en 1958: en Cuba había un televisor por cada 18 personas y en Rusia hay uno por cada 85".

El segundo intento fallido de promover la agresión a Cuba se produjo después de que habló el Che. Hacia fines de semana, la representación de Guatemala, que junto con las de Nicaragua y Perú fueron los voceros de mociones norteamericanas, convocó a una conferencia de prensa. El anuncio se hizo al mediodía. El propósito era expulsar a Cuba del seno de las comisiones y del CIES. Pero urgentes llamadas telefónicas, negativas por parte de muchas delegaciones, y un clima final contrario a esta actitud hizo que a media tarde, durante la conferencia de prensa, los delegados guatemaltecos se refirieran a aburridos y algo confusos temas de política arancelaria. Que por no haber estudiado previamente, trataron con mucha deficiencia.

Figueres: no se trajo un plan de emergencia

"Fidel Castro no descubrió América", dijo irritado José –"Pipi"– Figueres conversando con este enviado. La impresión de los corresponsales reunidos en Punta del Este era que el otrora popular presidente costarricense había quedado desplazado en la atención general por el representante cubano. "Parece un funcionario", comentó un periodista chileno.

Figueres, dueño de plantaciones cafetaleras en su país, aseguró a este enviado: "Los préstamos son una aspirina. Además yo no vine a pedirlos. Me interesa lograr un precio justo del café y otros productos básicos en el mercado internacional". Al final de la reunión, el Dr. Figueres contestó: "No. En realidad, en cuestión precios no hemos obtenido demasiado aquí. Estamos supeditados a otra reunión que se realizará en septiembre. Pero al menos pudimos lograr seguridades en los que se refiere a la cuota cafetalera de cada país. Habrá que armarse de una muy larga paciencia. Lo malo es que hay cada vez menos tiempo".

"Lo que los norteamericanos debieron haber traído aquí, unas cuantas grandes medidas de emergencia, que hicieran impacto en la

opinión pública y les diera la sensación de que esto marcha, no se produjo. Hay una improvisación lamentable. Además soy un buen amigo de los norteamericanos. Ellos me consideraron uno más. Desde antes de su ascenso al poder, estuve cerca de Kennedy y estoy convencido de que él quiere llevar a cabo este plan hasta el fin. Pero desgraciadamente tiene que luchar contra una opinión pública hostil, un congreso reacio y hasta un equipo de técnicos que no creo que conozca a fondo los problemas latinoamericanos en toda su complejidad. Es decir: pueden conocerlos, pero no creo que traten de comprenderlos todo lo que merecen ser comprendidos".

Calificó a Goodwin, un hombre clave del equipo de Kennedy, su asesor para problemas latinoamericanos como "joven prodigio que no sale de los conocimientos adquiridos en los libros. Ve un poco a nuestros países desde Washington. No creo que los conozca a fondo".

Argentina: Alemann vs. Prebisch

El proyecto más detonado, el que encontró más resistencia y atrajo la atención de los cronistas ocupando el segundo puesto en el "ranking" después de Guevara, fue la famosa comisión de siete expertos propuesta por Estados Unidos a través de la Cepal. Como es sabido, se alcanzó una solución transaccional nombrando un equipo de nueve sabios que no tendrá, al menos formalmente, una facultad reguladora total. Lo que no es conocido es el proceso de sorda lucha entablada entre la gente de Prebisch y la representación presidida por Alemann.

En una entrevista con Prebisch quedó claro un enfrentamiento de singular importancia. La cosa es como sigue:

Prebisch dio su pelea a favor del primitivo comité de siete expertos sobre estas bases: necesidad de un financiamiento, programación e integración global de la economía latinoamericana. Evidentemente exhausto, durante la entrevista que se realizó ya al final de la conferencia, Prebisch perdió la calma y denunció los ataques de que era objeto por la prensa argentina. Dijo que debían ponerse al descubierto las maniobras del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, que en su opinión está al servicio de grandes empresas que impiden

toda inversión que promueva la creación de una siderurgia y una industria petrolífera latinoamericana. "Yo también estoy de acuerdo con las inversiones privadas, pero al revés del Banco, no tolero que los técnicos que estudien las posibilidades de inversión sean simples agentes de las grandes empresas que ignoran las necesidades de nuestros países y sólo tratan de lograr mayores dividendos. Yo quiero que los técnicos estudien las posibilidades reales y objetivas de cada país y propongan inversiones útiles y no grandes negociados leoninos que nos esquilman. Comencé a dar mi batalla en el 54, pero recién la administración Kennedy me prestó oídos".

Esto que revela una lucha interna de los colaboradores de EE. UU. se explica, según los entendidos, porque Estados Unidos, al tratar de impedir revoluciones castristas, prefiere mejorar en cierta medida las condiciones de desarrollo económico latinoamericano. El Banco de Reconstrucción –denunció Prebisch– presionó a un país latinoamericano para que readaptara su economía a los intereses del gran capital norteamericano.

Se va Rubottom

Sin embargo el asunto es más espectacular aún.

Con este criterio, Prebisch pretendió imponer su comisión de siete expertos. Argentina –junto con Brasil, México, Chile y Perú– la rechazó porque, según Alemann, serían más útiles las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y países "grandes" de A. L. Además, Alemann aprueba en mayor medida el crédito público que la inversión privada. Lo espectacular y dramático de la cuestión reside en la frase que Alemann le habría dicho a Rubottom antes de la conferencia: "Ustedes tienen que tomar rápidas medidas. Las clases bajas están lejos de ustedes, la clase media no tiene tiempo para pensarlo y la clase alta no cree más en ustedes".

El descontento de la delegación argentina fue notable durante la mayor parte de la conferencia. Se pudo saber también que sería inminente la partida del embajador Rubottom, quien sería prontamente reemplazado.

"No hemos obtenido un trato adecuado para nuestras carnes y lanas. Nos quieren imponer un plan regulador de nuestro desarrollo. Estos norteamericanos no entienden nada. Son como un padre obcecado y ciego que les quiere hacer seis trajes iguales a seis hijos diferentes". La delegación parlamentaria que a mediados de semana estuvo en Punta del Este pensaba emitir una declaración muy violenta contra la actitud norteamericana de respaldo al comité de los 7. Además, frente al discurso de Guevara, muchos diputados afirmaron: "Nos viene muy bien". Esa amenaza de la declaración pública y ese chantaje –si no nos escuchan, aquí va a pasar igual que en Cuba– logró que durante la entrevista Dillon-Frondizi se llegara a alguna promesa de acuerdo formal que cristalizó en el nuevo comité de los 9 que se diferencia del anterior porque, al menos formalmente, sería una especie de comité ad hoc sin todas las facultades de regulación global que tenía el anterior. De cualquier modo, tanto Prebisch como Felipe Pazos, cubano, exiliado, estaban en la lista de los siete y ahora están en la de los nueve. Los dos cobrarán 2500 dólares mensuales.

Brasil: doble frente

Mientras Argentina trataba de jugar su posición de líder respaldada en Estados Unidos, y fue muchas veces vocero de mociones que expresaban la opinión de norteamericana, Brasil hizo su juego cuidando sus flancos. Por un lado, actuando junto a Argentina en una discreta oposición a Estados Unidos y por el otro, enjugando los errores tácticos de los norteamericanos frente a Cuba, al neutralizar actitudes agresivas para con Cuba.

Su posición salió fortalecida de la conferencia. Hasta hubo una partida violenta. Leonel Brizzola, gobernador de Rio Grande Do Sul, hombre de Quadros en política internacional, activo defensor de la no intervención en Cuba durante la reunión en Uruguayana, se retiró del CIES. Afirmó: "Tanto el discurso de Dillon como el de mi embajador son flojos y no atacan el problema de raíz". Además del sentido electoral localista de la actitud, se interpretó esa partida como una posición tomada de común acuerdo con la línea de hombres jóvenes

que por sobre diferencias políticas internas apoyan la actitud neutralista de Quadros.

El gobernador Brizzola, que días atrás se opuso violentamente al golpe militar de derecha que pretendía impedir la asunción de Joao Goulart, se convirtió de pronto para los lectores de diarios en una figura singularmente importante. Sin embargo, reiteramos que su trayectoria en las conferencias internacionales de Uruguayana y Punta del Este hace coherente su última actitud que lo convirtió en uno de los más decididos pilares de apoyo a Goulart.

Los liberales norteamericanos

¿Dónde están los liberales norteamericanos? ¿Qué ha sido de ellos? Este enviado habló con tres hombres claves del equipo Kennedy: el subsecretario de Estado, Woodward, el asesor presidencial, Goodwin y el asesor de prensa del Departamento de Estado, Phillips. ¿Qué diferencia objetiva hay entre ellos y el equipo republicano?

"El hecho de poner en práctica este plan será la más palmaria demostración de que las ilusiones que muchos se hicieron con respecto a Fidel Castro son falsas", dijo Woodward. Esta es la posición del grupo que finalmente tomó el timón de los asuntos interamericanos en Washington. En los últimos meses se produjo una discreta pero enconada lucha entre tres grupos de opinión con respecto a Cuba. El primero, coincidente con el sector más conservador del partido Demócrata y con buena parte del Republicano, postulaba la intervención directa, lisa y llana.

Uno de los objetivos perfectamente claros y en conocimiento de todos los delegados del CIES fue la realización de una reunión de cancilleres a posteriori de la asamblea de Punta del Este para fijar la táctica de agresión a Cuba.

La otra línea postulaba la franca coexistencia con la Revolución cubana. Era la posición más flexible que en algún momento habría compartido en privado el propio presidente Kennedy. Pero finalmente triunfó la tercera tesis, sostenida por Chester Bowles, que fue exactamente la que sostuvo Woodward en sus declaraciones de un par

de párrafos más arriba: "llevar a la práctica el Plan New Frontiers", "en un claro desafío que demuestre la superioridad del sistema de las democracias".

Sin embargo, la opinión en público de Woodward, subsecretario para América Latina, y los otros dos altos funcionarios fue muy similar a la línea intervencionista de los grupos conservadores demócratas y del partido Republicano: "Es necesario adoptar alguna actitud contra Castro y pronto. No podemos aceptar al comunismo cubano en el seno de esta Alianza. No le daremos ni un centavo. Y aunque desee ingresar no podrá hacerlo porque no firmó el tratado de Bogotá ni tiene gestión alguna con el BID. Es inadmisible tratar con el castrismo".

En cambio, con respecto al finado punto V de la agenda que postulaba el control y la subversión a los órganos de difusión para que exaltaran los beneficios de la libre empresa, fue calificado por el Sr. Phillips como "totalitarismo. Algunas cláusulas del punto V son directamente fascistas e inadmisibles ya que incluso implicarían el control de la prensa en EE. UU.". Así fue rechazado de plano por todos los países, aunque Guatemala presentó un proyecto aún más severo porque extendía el control a las escuelas.

Un grave problema que no fue en absoluto resuelto por la reunión de Punta del Este fue el de los productos primarios.

"No creo posible que se modifique la política de protección relacionada con los productos primarios y materias primas latinoamericanas. Por otra parte, niego rotundamente que haya ningún tipo de *dumping*. Lo que hay es una política económica especial para ciertas cuotas adicionales a las ya fijadas por los convenios comerciales".

"Este plan debe triunfar porque es la única garantía que preservará la libertad en el continente. Si fracasa, el avance del comunismo será incontenible", dijeron los delegados norteamericanos. Pero ¿qué posibilidades reales de triunfo tiene el plan?

El mismo presidente Kennedy debe luchar con los sectores conservadores de su partido, es decir con los representantes de grandes empresas que no pueden permitir que les sean limitadas las garantías a sus negocios leoninos. A mediados de la conferencia, el secretario de Hacienda, Dillon, envió un cable perentorio al senador Fulbright

diciéndole que si el Congreso no aprobaba el préstamo de los 20.000 millones el plan fracasaría ruidosamente.

Varias votaciones contrarias en el Senado y en la Cámara de Representantes redujeron el plan a un año y los 20.000 millones a sólo 1000. La actitud de los delegados norteamericanos fue calificada por muchos delegados, entre ellos los argentinos, tal como consignamos más arriba, como “muy poco inteligente y sensible a los problemas del hemisferio”.

Conclusiones

Desde el punto de vista político la reunión fue una victoria para Cuba. Habló por toda América Latina, logró en la práctica su permanencia dentro del sistema interamericano y el reconocimiento de su calidad de país socialista, alejando el peligro de una agresión bélica inmediata. La victoria también se dio en el ámbito de la propaganda, porque Guevara fue el indiscutible centro de atención de la conferencia. Y también fue técnica, porque el número uno de la delegación cubana en el aspecto económico fue el mexicano Noyola, dilecto discípulo de Prebisch, que se fue de la Cepal, a La Habana y mantuvo un alto nivel en sus planteos técnicos. “La participación de la delegación cubana se destacó por su seriedad y espíritu constructivo”, admitió un delegado norteamericano. También la sombría profecía acerca del fracaso del plan que hizo Guevara en la última sesión demostró que en último término hubo en Punta del Este dos delegaciones: la cubana y la norteamericana.

Sin embargo, es cierto que el tono de la conferencia fue distinto al de las anteriores. Los otros 19 países sudamericanos pelearon y discutieron varias veces con los norteamericanos cláusulas que afectaban sus posibilidades e intereses, como en el caso de la famosa comisión de los sabios.

Estados Unidos fue derrotado en sus intentos de preparar la agresión a Cuba.

Resulta confusa la posibilidad de concreción del plan Kennedy: Estados Unidos está saliendo de una recesión y los técnicos aseguran

que no estaría totalmente en condiciones de financiar un nuevo Plan Marshall. También cuestionan la seriedad técnica del plan elaborado en Punta del Este y lo califican de "declamatorio".

Además, y tal como este corresponsal lo dice más arriba, las grandes empresas no verían con buenos ojos la futura competencia potencial de las industrias latinoamericanas que sería la consecuencia de un plan efectivo y real de terminar con el subdesarrollo de nuestros países. Otro duro escollo serían las propias clases dirigentes latinoamericanas. Dillon pronunció siete veces la palabra "revolución" en su discurso y Prebisch habló de reforma agraria. Ningún latifundista pudo haberlo escuchado con complacencia aún cuando tal reforma agraria fuera sólo formal. Vinculado con esto se cuestiona la capacidad de los actuales gobiernos latinoamericanos para concretar con seriedad y eficacia técnica el plan en el hipotético caso de que se cumpla en toda la línea.

"Hay que dar una pata de la cabra si queremos seguir siendo los dueños de la cabra" dijo un delegado peruano y un norteamericano afirmó: "Estamos dispuestos a financiar revoluciones democráticas para anular el efecto del castrismo". Pero ¿puede Estados Unidos hacerlo?

Estados Unidos dio 175.000 millones de dólares a Europa durante la guerra y después, en la aplicación del Plan Marshall. Pero las reservas de oro en 1960 eran sólo de 17.000 millones de dólares.

Todas las apreciaciones recogidas en Punta del Este permiten expresar pesimismo acerca del éxito de este intento de "New Deal".

Es previsible que las clases dirigentes latinoamericanas no cambien sus estructuras y que los Estados Unidos, sin dar los dólares necesarios, exijan esos cambios. Como esos cambios, de acuerdo a la situación presente, no son probables que se produzcan, es previsible el recrudecimiento de una política represiva de extrema derecha y cada vez más definidas y agudas convulsiones revolucionarias en nuestros países.

Estados Unidos ha manejado toda la conferencia con un criterio deplorable de meras relaciones públicas, con ingenuidad esquemática y con una incurable ceguera para con los países latinoamericanos. Es cierto que existen en Washington elementos que tratan de crear realmente las condiciones para un nuevo trato liberal de corte rooseveltiano para América Latina. Pero los factores de presión que hicieron

hablar a los enviados norteamericanos con un lenguaje de la época de Eisenhower señalan que las posibilidades de éxito de los liberales norteamericanos son no menos improbables.

Así se aprobó en Punta del Este una Carta en la que nadie, ni siquiera los norteamericanos, creen demasiado. "De esta histórica reunión saldrán las bases de la salida para América Latina", le dijo a este corresponsal un enviado de *Time*. No es probable que lo crean. Sencillamente ya no pueden darse el lujo de pensar otra cosa.

Detrás de esta reunión que señaló la crisis definitiva del panamericanismo en cuanto sistema inventado en Washington D. C. "queda sin embargo la vaga posibilidad de que Estados Unidos se decida a abrir los ojos y tomar la iniciativa de una política flexible y lúcida para América Latina", dijo un delegado argentino que encareció reserva y agregó: "lamentablemente no creo, sin embargo, que nos den los dólares. Los gastarán en su propio rearme y se cocinarán en su propia salsa".

Cuba y Estados Unidos

Es exacto que el comandante Guevara y el asesor para asuntos interamericanos del presidente yanqui, Richard Goodwin, se reunieron de incógnito en Uruguay. Este es el hecho más importante y trascendente de la conferencia de Punta del Este. Señala el éxito obtenido por Cuba: a) el principal objetivo de la revolución era ingresar al sistema interamericano guardando sus características, pero ingresar como medio de evitar futuras agresiones a su territorio; y b) este sería el primer paso de Cuba para acercarse a Estados Unidos y realizar una política de independencia frente a ambos bloques en el plano internacional. Ello implicaría una mayor libertad de acción respecto al bloque soviético.

El encuentro con el asesor de Kennedy fue una consecuencia directa de esta actitud. Y existen algunas poquísimas posibilidades de lograr cierto status quo con Estados Unidos. Así debe interpretarse este primer acercamiento en el cual el representante norteamericano varió en algo la posición de cerrada intransigencia que oficialmente adopta el gobierno yanqui frente a Cuba al no rechazar el diálogo.

Cuando Guevara dijo: "Cuba no exportará revoluciones", se refirió, claro está, muy concretamente, a la posibilidad de restablecer relaciones con Estados Unidos, y Kennedy no vería con total rechazo esta posibilidad. Así lo demuestra el discurso pronunciado por Frondizi, dilecto amigo del Departamento de Estado en las presentes circunstancias. En dicho discurso se acepta claramente la posibilidad de coexistencia con Cuba. Aun cuando podría ser una maniobra para no quedar descolocado frente a la política neutralista que postulaba Quadros, la declaración de Frondizi no contradice el clima creado por la reunión secreta Guevara-Goodwin.

Guevara habría venido a tratar con Frondizi, entre otras cosas, el posible arreglo de futuros acuerdos comerciales. El improbable mejoramiento futuro de relaciones Cuba-Estados Unidos dependerá en parte de la cautela con que Kennedy maneje a su Congreso. Sin embargo, son previsibles actitudes de violento repudio en la vieja línea reaccionaria por parte de los Estados Unidos.

Si Fidel tuvo que decir su discurso en la UN y Roa el suyo en Costa Rica de violento ataque sin lugar a la negociación, la situación actual de Cuba es distinta. La revolución, ayer en ciernes, hoy se encuentra en franco proceso de estabilización y asentamiento y necesita de la paz internacional para crecer y realizarse plenamente. Se siente asimismo lo suficientemente fuerte como para negociar la paz sin concesiones. Sin embargo, la influencia de los sectores más reaccionarios de Estados Unidos podría arruinar esta carta.

De cualquier modo, a pesar de los cocktails, los Cadillacs, el sol y el buen scotch y los cigarros de primera calidad, un agrio, definitivo y crepuscular olor a réquiem flotó en Punta del Este.

No en vano el presidente Haedo se permitió el desplante de amenazar y chantajear a Estados Unidos diciendo que propondrían que la conferencia se interrumpiera hasta octubre, cuando el Senado aprobara los 20.000 millones. Hoy ya la humorada no tiene sentido porque después de tanto tironear no largarán más que un solo y magro billón. Cosas del estreñimiento de las democracias.

El chico con cabeza de toro

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero*, Nro. 3 | 21 de junio de 1963]

–Ahora los suben a los camiones –dijo el chico con cara de viejo trepado al árbol reseco, el único árbol que había en muchas leguas en medio de ese arenal.

–Los hacen subir a todos –contó el chico mientras acariciaba esa cornuda calavera de toro agarrado con los pies flaquísimos al tronco muerto y con esos jirones de pantalón que apenas se le abrochaban sobre el vientre enorme, panzón, duro, que nada tenía que ver cono sus muslos raquíticos, apenas huesos forrados de cuero oscuro, apretados al tronco.

–Gritan –dijo el chico.

–Algunos se quieren bajar. Gritan –dijo y su padre, acurrucado al pie del árbol, escondido, arrodillado para que no lo vieran y se lo llevaran a él también, escuchaba con la cabeza entre las manos, para no ver, mientras la arena, ardiente en el mediodía le quemaba las plantas y él se acurrucaba más, entre los pocos yuyos amarillentos que había junto al árbol y se apretaba contra el árbol, entre los cardos, escuchando al chico que estaba ahí arriba.

El chico viejo se puso la calavera y miró al cielo terriblemente azul, con ese sol aplastándolo todo, reverberando en la arena calcinada, sobre las piedras sobre toda esa tierra agrietada y sedienta y pelada hasta el infinito.

–Un pájaro –gritó, mostrando con un dedo mientras miraba por las cuencas, vacías, borracho de calor y atrapado por ese vuelo negro, altísimo, sobre el pueblo.

–Qué más –susurró el padre sin ver–. Qué más –susurró con una rabia pesada y tranquila.

–Las mujeres lloran –dijo el chico con cara de toro–. Suben la bandera.

El pueblo. Polvadera. El pueblo eran quince o veinte taperas, cuatro palos con una lana encima, sin paredes porque total ahí, en Santiago, no llueve nunca. Y todos creyeron primero que era 25 de mayo. Vieron acercarse los camiones, invisibles entre las nubes de

tierra que levantaban los camiones como una tropilla enorme, que rugía. El chico y el hombre venían caminando desde la noche anterior. Habían ido a buscar agua, lejos, a una vertiente y la encontraron seca. Y venían con las grandes latas de nafta vacías. Entonces vieron la polvareda y el padre dijo: –Espérate chango –y se pararon, despacio, en la arena quemante, detrás de ese único árbol que ya ni daba sombra de tan ralo. Y ellos también creyeron que era 25 de mayo. Porque una vez, hacía mucho tiempo, y el chico lo sabía por boca de su padre, había venido el general en un día frío y les había traído mantas y agua y comida caliente en camiones y les había puesto un mástil y les había dado una bandera y se había llevado a los que querían ir con él, hacia el sur, a Buenos Aires. Y por eso el chico se llamaba Juan Domingo. Y ahora, cuando vieron aparecer los camiones creyeron que era 25 de mayo, aunque hacía calor, y subieron el pabellón nacional y esperaron.

–Los están subiendo a todos. Y se van –el padre se irguió y miró abajo, desde la lomita, hacia el pueblo–. Se han llevado a todos los hombres –dijo–. A todos, menos a mí.

Bajaron despacio con sus latas bamboleantes. Algunos mujeres lloraban a gritos. Otras estaban sentadas y miraban hacia las nubes de polvo que se perdían por el arenal sin caminos, con las huellas de las llantas que iba borrando despacio el viento.

–Vinieron y se los llevaron a todos, a los algodonales, para el lado del Chaco –dijo su mujer y se quedó callada. Y de pronto todas las mujeres se callaron, poco a poco, y el chico con la calavera de toro vio como su padre era el único hombre que había quedado en todo ese pueblo de mujeres silenciosas que lo miraban, esperando.

Pero su padre ni se movió y solamente dijo: –¿Y ahora? ¿Cómo vamos a hacerlo?

–¡A ver, vos, inútil! –le gritó a papá su madre, tan flaca y desmechada, mandona y rabiosa, con esos pechos flácidos que habían amamantado a doce hijos y seis habían muerto y cinco se habían ido y sólo quedaba el chico con cara de viejo que tenía nueve años y había trabajado cuando había trabajo, desde que tenía memoria.

–¿Vas a quedarte así nomás, ahora? –dijo mamá.

Con el Chino Méndez todos tenían una vieja relación. Toda esa tierra era de él y también los algodonales del lado chaqueño eran de

él. Y ahora había mandado sus camiones y se había llevado a todos los hombres y no les había dado nada porque al Chino Méndez todos le debían algo, siempre le debían algo, desde que tenían memoria.

–¡Inútil! Y pensar que el único hombre que nos quedó ibas a ser vos –dijo mamá mientras su padre escarbaba la tierra y sacó una botella de caña que guardaba para las grandes ocasiones y ahora se había sentado y no oía y tomaba ausente, absorto en el hecho de tragar. Y después, mientras todas las mujeres del pueblo lo miraban, esperando, su padre dijo con una vaga sonrisa cachacienta, con esa seca dulzura cansada: –…Ya va, mujer, ya va…– y entonces la madre le dijo al chico con cara de viejo: – ¡Juan Domingo! Vaya y prepare las latas.

–Pero si hace mucho que pensábamos hacerlo –dijo su padre, por lo bajo, mansamente, como disculpándose, mirando el arenal, hacia las ya desvanecidas nubes de polvo. Entonces vio a todas las mujeres con sus latas listas y sus cuchillos esperándolo, porque era el único hombre y entonces se levantó y dijo: –Vamos. Mientras caminaban, en fila, sin hablar, mirando las piedras ardientes que pisaban, unas descalzas, otras con alpargatas deshechas, con el cielo azul abrazándolas, y los chicos matando a pedradas las lagartijas que salían en la siesta, mientras caminaban sobre la tierra blanquecina y agrietada, el chico con su calavera cornuda sobre los hombros preguntó: ¿Vamos a buscar a Herminia? Mamá no contestó.

Herminia se había ido al sur, a Buenos Aires, para llevárselos después a todos, pero su madre la había maldecido porque se iba y porque allí lejos tendría que ser sirvienta y lavarle calzoncillos a los ajenos, a los patrones, como mamá decía que había pasado con todas sus hijas, que eran malas mujeres.

–¿Vamos a los bañados? –Hubo un tiempo que nunca conoció. Un tiempo que tampoco su madre ni su abuela habían conocido. Un tiempo del cual la abuela de su abuela se lo había hecho saber a la familia. Un tiempo en que todo ese arenal y todas las salinas eran pasto verde y había bosques y las mujeres tejían en los patios y los hombres eran fuertes como Méndez y tenían toros machos y tenían caballos. Y una vez su madre, tal como se lo contaron a ella, se lo había contado a él. Y le habló de soldados que habían peleado contra el Chacho Peñaloza y le contó de un peón que se había quedado ciego porque

había puesto el pecho para que no lo mataran a su coronel, a un tal coronel Paunero, allá por el Pozo de Vargas, cuando era soldado de línea del ejército nacional. Y mamá le había hablado de los bañados y seguro que ahora iban hacia allí. Pero mamá no contestó nada.

Llegaron a las vías del tren cuando caía la tarde. Al lado de las vías estaban las alambradas de la estancia de Méndez.

–Ya es hora –dijo papá. Las mujeres, silenciosas, se acercaron a los postes de las alambradas. Empezaron a tironear despacio. Del otro lado pastando unos yuyos ralos, había unas reses flaquísimas. Puro hueso.

–No se puede robar, –le dijo papá forcejeando un poste–. Eso es muy malo, mijo. No se puede robar –dijo.

Entonces, lejos, escucharon un bufido como si diez toros se acercaran bajo tierra en tropilla, y después un grito agudo. Era el tren.

Papá y las mujeres forcejearon más fuerte. Las alambradas cayeron y las reses empezaron a salir. Una vaca vieja y un ternero al que casi se le veían las costillas.

–¿No ve? –dijo papá–. Salen solos. ¿No ve? –dijo papá alzándose de hombros. Yo no hice nada. No tengo la culpa, ¿no ve mijo? Se escaparon, que va a hacerle, don Méndez –dijo papá hablando con el invisible patrón.

Entonces pasó el tren y atropelló las reses. –¿No ve? Yo les decía: no salgan, no salgan. Pero ahí, ve, no me hicieron caso. Las mujeres corrían al tren y treparon a los andenes, en primera, en segunda.

–¡Esto es un asalto! –gritaron los pasajeros.

–Agua –decían las mujeres y buscaban las canillas, los termos, las pavas. –Agua. Y mientras algunas cargaban las latas en las canillas de los baños, otras pasaban por los vagones apestando a los pasajeros, asustándolos con sólo estar ahí, mostrando las latas, pidiendo en voz baja, imperiosas, pidiendo. Hasta que alguien tocó la campana de alarma y aparecieron los guardas y los inspectores y algunos vigilantes y paró el tren y las bajaron a todas, a empujones.

Cuando el tren se fue, ellos hicieron fuego ahí mismo. –Qué va a hacerle, don Méndez –se defendía papá ante el invisible patrón.

–Se escaparon nomás. Y yo les decía, no salgan, no salgan. Pero estas salieron solitas, solitas, y entonces las pisó el tren.

–¿Y ahora? –dijeron las mujeres cuando comieron y tomaron.

–¿Y ahora? –dijo papá encogiéndose de hombres, vencido, con la vista baja.

Ya era de noche. La luna blanqueaba el arenal. Alguna vez allá, junto al árbol del pueblo, había corrido un ojo de agua, que se había secado.

–Al Chaco –dijeron unas mujeres. –A Santiago –dijeron otras.

–No –dijo mamá. Y se volvieron ellos tres, solos, al pueblo abandonado, a Polvareda, donde habían quedado dos viejas y un loco. No, dijo mamá mientras cruzaban el arenal de regreso, encorvados, en silencio bajo la luna, con la arena reseca todavía tibia de ese calor que durante el día les había quemado los pies. No, dijo mamá y la luna reverberó sobre los cuernos de la calavera que llevaba puesta el chico y por las cuencas vacías creyó ver, allí, creciendo lunar y enorme contra el cielo, una grande, una potente, una antigua, una macha cabeza de toro echando furioso vapor por los belfos. Y después vio sólo una enorme calavera, alta hasta el cielo, sólo fueron allí cubriendo el horizonte, resplandeciendo bajo la luna, y después el chico no vio nada. Y entonces se sacó su propia calavera y supo que era muy antigua, del tiempo de los bañados, y supo que era lo único que tenía y la abrazó fuerte, y se la puso de nuevo y siguieron los tres de regreso al pueblo abandonado, mudos, sin mirarse, a través del arenal interminable.

El hombre que escribe en la pared de la Casa Rosada

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero*, Nro. 5 | 5 de julio de 1963]

Esto que voy a contar es cierto. Juro que es cierto. Salió en todos los diarios, lo que no es ninguna garantía, pero además es cierto. La historia es así:

El hombre estaba ahí, escribiendo sobre la pared de la Casa Rosada, que da sobre Hipólito Yrigoyen, entre el gentío que viene del bajo a tomar el subte, entre los carros de policía que rondan con sus vigilantes de casco y ametralladora. Bueno: ahí mismo, absorto, despacito, con buena letra, apretando quizá la punta de la lengua entre los dientes, estaba Pascuo Siesta, y con una de esas lapiceras de dibujo, con carga de tinta, escribía despacio, como si hiciera caligrafía "Viva Pe…" (y no precisamente Perette) en la pared de la Casa de Gobierno. Había venido escribiendo así por las calles del barrio sur, sobre las paredes húmedas, grises, sobrias, de esas casas bajas, de principios de siglo, con angelitos sobre las puertas y balcones al ras de la vereda y vidrieras polvorientas que exhalaban un resplandor amarillo. Había escrito por todas esas calles angostas que todavía tienen por inercia, los rieles de los tranvías que ya nunca pasarán. Y seguramente se había dicho que escribir ahí no tenía ninguna gracia, que había que decir las cosas donde las vieran todos. Y entonces estaban escribiendo ahí, en esa pared de la Casa de Gobierno, ajeno a todo, con esa lapicera que le había robado a su hijo. Y es probable que sintiera que la Casa Rosada estaba como vacía, o como si perteneciera a otro país, un país de generales mistificadores y políticos de tres por cinco que no le daban ni la hora, un país con el cual no tenía nada que ver. Y quizá por eso pintaba con tanta parsimonia, como en un desafío. O quizá no pensaba en todo esto. Es lo más probable. Pero el hecho es que ahí estaba nuestro hombre, pintando. Entonces, cayó la policía, se lo llevaron preso, está incomunicado y ahora le cayeron encima como veinte decretos inventados en todos estos años de histeria. Pobre Pascuo.

Y miren que no es ningún chico. Tiene más de cuarenta años. Por algo había hecho lo que hizo.

–Es un loco –me decía la otra noche un taxista comentándolo.

¿Pero en realidad está tan loco y maniático o esa es la píldora que nos queremos tragar todos? Porque el taxista, en tácita solidaridad amargada agregó: –Ta bien, estamos todos de acuerdo. Pero no gana nada con eso.

Yo creo que sí ganó algo. Todos los días uno siente en la calle esta bronca espesa, agria, sorda, que sube como el agua de la pava al fuego. Todo el mundo tiene un miedo bárbaro pero también unas ganas enormes de hacer lo que hizo Pascuo Siesta o algo parecido. Y eso es lo que se ganó con este asunto. El amigo Pascuo lo hizo.

En todos estos años de histeria, en los que no hace falta mucho para verle la hilacha al hambre, todos los días, en las colas de quinientas personas que a las diez de la noche esperan que salga la página de los clasificados para agarrar un diario y correr a hacer otra cola delante de alguna oficina o fábrica chupando frío toda la noche hasta que levanten la cortina o abran el portón, en estos años en que, delante de las pocas construcciones que todavía quedan, todas las noches hay decenas esperando hasta el día siguiente para pedirle algún laburito al capataz, estos años, muchos Pascuo Siesta se quedaron con el lápiz en el bolsillo rumiando su bronca impotente.

Muchos Pascuo escribieron su rebeldía en las paredes de los baños o en las esquinas oscuras. Muchos, y de todas las edades.

Además, el amigo Pascuo trajo toda una innovación. Digo que seguramente le habrá robado la lapicera al hijo porque me lo imagino viviendo allá, por la avenida Montes de Oca e Ituzaingó, cerca de algún inútil comité radical con el frente lleno de lamparitas y las paredes cubiertas de afiches de candidatos espectrales.

Me lo imagino con una mujer que atiende un bolichito de esos en que se venden cuadernos, cigarrillos, agujas y juguetes baratos de material plástico. Un negocio con una lamparita, un par de escalones y piso de maderas que crujen debajo de los zapatos de los clientes, con una puerta vieja, que se cierra con tranca. Y me imagino que su casa puede ser uno de esos corredores largos, llenos de piezas prefabricadas, llenas de parientes, y con un vecino pared de por medio que se levanta a las tres y media de la mañana para ir a trabajar, el cual vecino tiene una hermana viuda que se pasa el día gritándole a sus hijos y a los de Pascuo Siesta y a los de todo el barrio.

Y me lo imagino a Pascuo como alguien que hizo todo tipo de trabajos y que ahora puede estar cesante o incluso puede andar "tirando" en un laburito, lo mismo da.

Porque de cualquier modo no le pagan. Y quizá su hijo sea uno de esos muchachos que se las ingenia para escribir con pintura en las paredes. Pero estas pintadas no son ninguna novedad. Por eso este asunto del amigo Pascuo es formidable. Y único. Es innovador y auspicioso. Y por eso, vaya aquí nuestro homenaje.

¡Calma, radicales!

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero*, Nro. 6 | 15 de julio de 1963]

"¡No hay nada que hacerle, che!", me decía eufórico el otro día todo un personaje de una parroquia radical de Balvanera al sur explicándome la elección. "El radicalismo es como la lechuga" me hablaba con esa voz profunda de mitín de campaña electoral y con los ojos perdidos allá lejos, llorosos, con unas copas de más, para festejar el triunfo. "El radicalismo es como la lechuga. Porque los dos salen de la tierra". Y esa noche del 7 de julio, mientras veía pasar por Corrientes el camión lleno de viejitos con boina blanca de la banda del partido que soplaban por sus trombones la Marcha Radical, con la calle llena de boletas, arrastradas por el viento que las llevaba y las traía como si todo fuera un frío carnaval caído en julio, pensé que sin duda los radicales son toda una institución y que había llegado la hora de hacerles un aguafuerte. En la esquina de Callao y Corrientes pasaban manifestaciones que gritaban "Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está" pero aunque nadie puede negar que había gente en la calle, nadie puede negar tampoco que había más coches de radicales que radicales a pie, mientras la bocinas sonaban con ese mismo ritmo que había escuchado en septiembre del 55 y eran las mismas banderitas argentinas saliendo por las ventanillas y los mismos gritos de libertad que me trajeron recuerdos contradictorios: porque nadie puede negar que cuando la Marcha Radical dice "Viva Hipólito Yrigoyen", se conmueve dentro de uno algo que tiembla adentro, un rugido victorioso de multitudes radicales en el año 1916 conquistando las calles; pero eso se mezcla con esta melancólica realidad de ahora, esa noche del 7 de julio, con bocinas lanzando grititos y voces que dejaban escapar por la ventanilla de vez en cuando: "A los peronachos los vamos a matar a todos". Y entonces me dan ganas de hacer esta aguafuerte porque los radicales significaron demasiado en nuestra historia como para perdérselos. De pronto pasó un coche viejo, un Ford cuadrado, y parecía como si el dueño lo hubiera guardado en la cochera desde el año 30, desde que cayera el peludo, y entonces pensé, dolorosamente, que a lo mejor muchos de estos que ahora salían a festejar este triunfo

con olor a uriburismo, hubieran estado el año 30 entre los que lo bajaron a Yrigoyen.

Porque fui radical y me enorgullezco de haberlo sido me parece que sé cuál es la clave y la constante de todos los radicales: tienen úlcera. Hace 33 años que tienen úlcera, que son rencorosos, que son resentidos. Y la úlcera les aumentó violentamente en el año 45 cuando ellos, que creían tener la patente de todo lo popular, de pronto se vieron enterrados por un caudal humano impresionante, por las viejas multitudes yrigoyenistas de nuevo en la calle, y porque ellos, los radicales, habían transado en el 45 con el Régimen. Y ahora, el 7 de julio del 63 a la noche, se habían lanzado a la calle creyendo la ficción de que ellos habían ganado la elección y gritando "A los peronachos los vamos a matar a todos" como si no quisieran saber que de no haber sido por los negros llegaban bien *placé*.

Tengo un amigo radical que me prometió que si ganaban salía a la vereda en calzoncillos. A veces se siente el papa, porque me dice que no me preocupe, que en el fondo somos todos radicales y que la UCR tiene vocación ecuménica. Pero él sabe bien –en sus momentos de lucidez– que eso de ecuménico son todas macanas. La verdad es que es un tipo paciente porque es relojero. Tiene una cara de lechuza flaca, con los grandes ojos hundidos y la gran nariz de halcón. Tiene un sueño secreto: llegar a ser asesor del ministro de Hacienda para legalizar la quiniela. Y no crean que es por vicio, aunque bien que le gusta jugar al truco toda la noche en el café donde paramos. Quiere legalizar la quiniela para juntar millones y así mecanizar el agro. Y bueno. Es un deseo como cualquier otro. Pero no lo va a poder cumplir. Porque le sucedió una desgracia. Resulta que en la última convención partidaria, su caudillo le había dicho que había que entretener a la gente por lo menos durante toda una noche con alguna cuestión de procedimiento. "Se va a discutir si es mejor votar las resoluciones por simple mayoría o si son necesarias las tres cuartas partes de los votos. Vos tenés que sostener siempre que la única solución con conducta, la única respuesta altiva al régimen, la única tesitura digna, está contenida en la aprobación de todas las resoluciones por simple mayoría y nunca jamás con la traición de aceptar el voto de las tres cuartas partes de los presentes". La trenza estaba hecha de antemano

y durante toda una histórica noche mi amigo defendió con estoicismo la posición de la simple mayoría. Nunca supo bien qué pasó. Salió a tomar aire a las cuatro de la mañana. A las cuatro y cuarto, cuando entró de nuevo, volvió a la carga pero su caudillo lo fulminó con un discurso en contra. Habían cambiado las cosas: ahora había que aprobar las resoluciones por la votación afirmativa de las tres cuartas partes de los presentes y no por simple mayoría. El caudillo dio todos los argumentos en ese sentido y desde entonces, por ese mero error, como no siguió esa onda, le hicieron la cruz. Nunca será asesor ministerial. Pero no importa. No creo que eso ni nada le haga falta: sólo se anima cuando lo veo electrizarse en un mitín escuchando hablar al chino sobre las instancias, las fronteras y los polvorientos caminos de la patria. Además es como si tuviera dos cabezas. Por una parte siempre me habla de la reforma agraria inmediata y profunda y del antiimperialismo, y por la otra tiene puesto sobre la cama un retrato así de grande de Rojas.

Nunca va a terminar de decidirse entre Rojas y los que Rojas fusiló y esa es su condena. Siempre lo veré así, chiquito relojero, con los ojos hundidos, hambrientos, grandes, de lechuza fumando, en el café jugando en silencio al truco o desatándose de pronto y poniéndose a hablar, a divagar mejor dicho, sobre la decencia y sobre todo sobre la cultura, él, que ni siquiera llegó a sexto grado. Siempre entre San Juan y Mendoza, entre lo que tiene de popular y lo que tiene de gorila. Y esa nebulosa vaguedad llena de proclamas contra el Fondo Monetario –pero con medida, no vayan a creer por ahí que uno no está con la democracia– es lo que le pone a él, los pone a casi todos los radicales esa nostalgia oligárquica, ese aire alvearista, esa actitud de entrar en el juego del Régimen pero sin reconocerlo nunca, y esa es la cosa que invalida todas las manifestaciones que salgan de la Casa Radical. Por eso, cuando mi amigo me cuenta de aquella vez que subido a un tranvía baleó a un mitín en Constitución en nombre de la decencia y por eso lo metieron seis meses –nada más– en cafúa, y me dice "qué coraje tenemos nosotros, che, nosotros, el verdadero pueblo, los de Yrigoyen y los de Alem", yo pienso, filosóficamente, en la foto de Rojas que tiene sobre la cama y en los negros a los que tanto se parece pero que tanto rehuye y cuyos votos, mal que mal, tiñeron de yrigoyenismo

este último fraude eleccionario, y entonces mientras él dice: "pobres de ellos, qué victoria radical" lo miro a mi amigo, que además de relojero es un poco esquizofrénico, y filosóficamente le digo: "Calma, radicales", y lo palmeo como perdonándolo por todo. Aunque mentira. No le perdono nada.

Ruletas clandestinas

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero*, Nro. 9 | 6 de agosto de 1963]

"¿Sabe que en Buenos Aires hay ruletas clandestinas?", me decía las otras noches un pizzero rencoroso mientras miraba de reojo a los tres únicos clientes con una sola porción cada uno por toda consumición estaban mirando desde hacía dos horas ese televisor que tiene el negocio ahí arriba, solo en una repisa, y que el pizzero todavía no terminó de pagar.

"Qué mishiadura", decía el hombre mientras, distraído, manoteaba sobre la madera grasienta una sobra de fainá que me ofreció con esas uñas negras que quitan el apetito.

"Qué mishiadura", repetía con amargura. "Pero qué mishiadura, pibe", y yo me imaginaba su magro libro mayor a fin de mes, como todas las cuentas a pagar, y me acordaba que, según decía todo el barrio, encima el pobre era cornudo conciente y entonces todo lo que me contó después tuvo un tono de tragedia sorda, gris, desconocida para los que seguramente pasan todos los días frente a una pizzería, en una de esas calles de barrio tan llenas de árboles, casas con verja y comadres de sillas en la vereda, durante el verano; y tan oscuras, con ese pálido arco voltaico en la esquina, durante el invierno, cuando la única luz sobre la vereda hasta las doce de la noche, la única cosa cálida y viva, además del lejano pitido de los trenes suburbanos, es esa pizzería miserable, pequeña, que es uno de esos negocios que de sólo pasar y verlos la gente piensa distraídamente "¿Cómo no se habrá fundido ya este tipo aquí?".

Y es cierto. "¿Cómo no se habrá fundido todavía?", pensaba al ver su clientela raquítica y sus pedazos de pizza gruesos, desabridos, a la antigua, y sus paredes de mosaicos blancos y partidos y su vidriera grasienta, con pastafrolas y palos borracho del tiempo del niaupa.

Petisito, morocho, con cejas desproporcionadamente crecidas, con esa facha de pizzero fracasado que se obstina en pensar "El año que viene pongo negocio en la calle Corrientes, pibe", ahí estaba absorto en quién sabe qué, del otro lado del mostrador, con esa mueca amarga, tragando siempre saliva, como si constantemente se estuvieran

diciendo insultos a los que no podía contestar y tuviera que aguantárselos todos, tragando y tragando. Y yo lo veía así de bajito y panzón, con ese mugriento saco blanco y pensaba "La debe querer mucho". Porque en ese momento me decía: "Y le dije a Carmencita: 'Esperate nomás unos meses y vas a ver cómo me paro'. Pero qué vas a hacer, pibe. No hay guita ahí en la caja, es una mishiadura bárbara".

"La debe querer mucho", pensaba yo, mirando cómo detrás nuestro, manipulando con el horno, estaba su mujer, que es una vaca así de grande. Ni fea ni linda, ni gorda ni flaca; si usted la ve y no sabe nada de todo esto nunca se la imaginaría andando con todos los hombres del barrio. Porque a la Carmencita le tiran los altos, y así anduvo con el de la funebrería, con el carnicero, con el dentista de la otra cuadra, con algunos clientes que comían arriba, con algunos de los pibes de los departamentos, con cualquiera. Y ya es famosa la Carmencita en todo el barrio. Cuando la vea con revoque en la cara –y mire que se suda y se llena uno de grasa en una pizzería atendiendo el horno– o cuando anda con una flor artificial prendida en el delantal, es porque tiene un nuevo amor. Canta, se le encienden los ojos como a las colegialas, y está excitada, y se ríe por cualquier cosa. Hasta le corta un pedazo de fainá más generoso que otras veces. El marido sonríe y dice sin voz –porque siempre habla tan despacio que si que si uno no pone el oído, no oye–: "Qué Carmencita esta; se me vino alegre hoy". Porque todo el barrio sabe sus fatos, menos el pizzero, claro, que ni siquiera tendrá ganas de imaginárselos y por eso traga tanta saliva, ahí solo, acodado en el mostrador de madera, siempre pensando en sus cosas. Quizás en su mujer. Porque yo creo que la quiere mucho. Pero el asunto es que decía: "En este barrio hay más quinieleros que baldosas. Y los que viven del escolaso no le cuento. Pero eso no tiene nada que ver en comparación con la ruleta esa que le digo. Mire. En el 'restorán' de la otra cuadra bajan la persiana a las doce. Y en la fonda de aquí a la vuelta también. Pero si usted se fija, por debajo de la persiana ve que sale luz. Están timbeando y seguro que se ponen en forma con el comisario. Pero si usted baja tres cuadras para el lado de la avenida, va a ver esa casa hermosa, grande, con columnas, media tapada por un jardín adelante, con la verja de fierro. Si usté mira, las ventanas están sin luz y parece que

no viviera nadie ahí. El dueño se hizo rico hace poco. Con el asunto de las divisas o el contrabando, qué se yo. Tiene pileta de natación y todo, adentro. Pero hace mucho que no vive más ahí. Ahora alquila la casa a unos personajes que vienen a timbear en grande. Pero eso no es nada. Dicen que tiene una pieza con una ruleta. ¿Se imagina? ¡Como en Mar del Plata, aquí a tres cuadras! Y dicen que va el comisario y el doctor ese que salió concejal".

–¡No puede ser! –le dije.

"Eh…", contestó poniendo el dedo debajo del ojo y tirando para abajo como diciéndome "en este barrio estamos al tanto de todo, pibe", como efectivamente dijo después: "¿Qué te creés, que soy un caído del catre?". "Tan luego a este pizzero, al tanto de todo", pensé mientras mordía muzzarella, y tuve ganas de reír, de llorar y de rajar de ahí.

"Por eso es que me da bronca, pibe, por eso. Porque vos sabés que el otro día tenía apagada la televisión y había tres viejitos jugando al truco con garbanzos, por centavos. Y en eso cae un vigilante que me viene a pedir una botella de vino. Y no un vino cualquiera, no te vayas a creer; pidió Chianti".

Yo me imagino la escena. Los tres viejos jubilados jugando a las cartas por unos garbanzos miserables, el vigilante, con esa falsa euforia de los que se llevan las cosas de arriba entra diciendo "Buenas" a voz en cuello, y nadie le contesta; y entonces pide Gamba de Pernice. Por empezar que ahí debe haber tres botellas de vino fino, si es que hay alguna. El hombre se lleva su botella, hace el biógrafo de decir "¿Cuánto le debo, mozo?" y el pizzero, al borde de la quiebra perpetua, le sonríe estranguladamente diciendo "No faltaba más, vaya tranquilo mi amigo" y hasta lo palmea, porque con estos hay que andar bien, por las dudas.

Y el pizzero siguió contando. Parece que al oficial le entró el gustito por ese rico Chianti. Y entonces entraron a caer vigilantes todos los días a pedir su botellita. Y hasta varias veces en una tarde. El pobre no sabía ya qué hacer. Hasta tenía que ordenar un encargo especial de vino previendo esas visitas fatales, que no fallaban nunca. Claro que este pizzero debe ser un exagerado. Habrán caído dos o tres veces, nada más, o cinco o seis, o quince a lo sumo. Pero el caso es que las arcas del pizzero ya no dan para más.

Su mujer le gritaba: “Pedazo de idiota. No tenés ni medio de carácter” y quizá eso fue lo decisivo. Porque a la otra noche, en la puerta de la casa blanca, vestidos de punta en blanco, con una pizza formidable, enorme, de jamón, de morrones, de cualquier cosa, envuelta en papel rosado y con un moñito, como si fuera un regalo de “boutique”, se aparecieron marido y mujer. ¿Se los imaginan? Él, chiquito, con un traje cruzado de moda cuando se murió Gardel, y ella grandísima, toda revocada, como dispuesta a uno de sus romances.

–¿Está el doctor? –preguntó el pizzero con tanta naturalidad que el mayordomo lo dejó pasar. Y ahí estaba el doctor, en el vestíbulo con unos amigos, como si estuviera en el dentista.

–Pero qué dice mi amigo… –le dijo poniéndose de pie ante tan insólita visita. El doctor era todo un personaje. Había tallado mucho, allá por la década del 30; entonces había llegado a ser diputado, hablaba por la radio, le sacaban declaraciones en los diarios. Ahora era de nuevo “alguien”. Y como siempre, no se metía, no opinaba, siempre tenía una sonrisa ministerial a flor de labios. Su lenguaje consistía en hacer esas sonrisas discretas y entornar los párpados. Se lo agarró al pizzero y se lo llevó a un rincón. Le gustaba enormemente llevar a todo el mundo a los rincones. De ese modo, todos se sentían importantes mientras él los palmeaba para demostrarles interés.

–Doctor, aquí le traigo este modesto obsequio –dijo el pizzero. Y enseguida le contó su drama. El doctor escuchó atentamente con su sonrisa, con la oreja media ladeada hacia nuestro hombre. Después lo miró con esos ojos tranquilos, señoriales, que inspiraban confianza y solamente dijo: –Bueno, bueno, bueno.

El pizzero nunca entendió bien estas enigmáticas palabras. ¿Ira, asombro, resignación filosófica? Pero el asunto es que enseguida el personaje palmeándolo le dijo: –Vaya, nomás, mi amigo que ya está todo arreglado.

No niega nuestro hombre que durmió más tranquilo esa noche. Pero a la tarde siguiente se le aparecieron de nuevo para pedirle la botellita de Chianti.

Devastado, alucinado, cansado y rabioso, el pizzero, por primera vez juntó fuerzas y dijo: –Perdone pero hoy no tengo.

Entonces, al rato, o al par de días se le apareció un cliente que le pidió Chianti y él se lo vendió.

A las dos horas cayó un vigilante. En la pizzería, los consabidos viejitos jugaban por porotos y garbanzos al truco.

–¿Así que no tenía vino, eh? –le dijo.

Y después, mirando despacio a la concurrencia agregó:

–Cuídese. Me parece que aquí lo vamos a tener que clausurar por represión a los juegos de azar.

Eso dijo. Y se fue.

El marqués de la Rural

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero*, Nro. 11 | 20 de agosto de 1963]

Las exposiciones de la Rural tienen siempre algo de fiesta bárbara. Desde hace un siglo, los estancieros que nos gobiernan se juntan todos los años en esta asamblea ritual con discursos presidenciales, asistencia de embajadores y aires de fiesta patria con granaderos, banda del Colegio Militar y, ahora, locutores de radio que transmiten el acto a todo el país. La cosa no deja de ser melancólica. El domingo de sol, los caminos interiores de la Rural, las damas y los caballeros encontrándose por casualidad y saludándose amablemente como hace treinta años en esta especie de Versalles de las vacas, las cuales en sus tronos de paja, dentro de los stands, con medallas como coronas en torno a la testuz y rumiando su peso que vale oro, son las verdaderas actrices del espectáculo.

Es bastante discreta la decadencia de todo eso. Porque año a año los precios que se pagan son menores y porque parece que ahí, en Palermo, entre los cercos de hierro de la Rural, todos vivieran en otro mundo, el crepúsculo es largo y el bocado demasiado bueno, y la vieja astucia de los señores se las ingenia, finalmente, para seguir teniendo la manija.

Pero después de todo, no es de esto de lo que quería escribirles hoy. Mucho más apasionante es el trasmundo que bulle en las exposiciones de la Rural, lejos de los palcos, de los discursos presidenciales, fuera del estadio, entre la multitud de curiosos que recorren los caminos interiores de nuestros Campos Elíseos. Ahí estaban, por ejemplo, esos muchachos de quince años detrás nuestro, con sus melenas entre cuchilleras y mariconas, y sus pantalones, anchos de botamanga, al estilo Popeye:

–Pero, ¿estás loco vos? ¿Te creés que mi papá va a pasar vergüenza? Mi viejo se vino en el coche presidencial. Tenemos apenas un Siam Di Tella. ¿Y querés que con ese coche rasposo se venga a la Rural? ¡Estás loco vos! Se quema para toda la vida el viejo con un coche así entre tantos Impala. No, papá se vino en el coche presidencial.

Y así, cada tres minutos volvía a repetir la misma historia, a voz en cuello, a grito pelado, para que lo escucharan todos y para que se

enteraran que su papá se vino en el coche presidencial. O sino, ahí está ese amigo de Colegio Nacional que me regaló las entradas. Tiene un apellido cualquiera, un traje lustroso en las asentaderas y los codos, un oscuro empleo en la Caja de Ahorro Postal mientras continúa su crónica carrera de abogado. Desde que recuerdo, se jugó hasta el último centavo en las carreras. Igual que su padre, un procurador tristón, de mala muerte, que no sonríe nunca, que apenas trae para dar de comer a su mujer y sus hijos más chicos. Pero, eso sí. Desde chiquito, mi condiscípulo tenía delirio de grandeza. El otro día me lo encuentro por la calle y, como quien no quiere la cosa, me dice:

–¡Ah, che! Antes que me olvide, ¿no querés unas entraditas para la Rural el domingo? Vos sabés que mi viejo es amigo íntimo del dueño de toda la península de Valdez; esa verruguita que le sale al mar debajo de Bahía Blanca. Tiene ovejas del año que le pidas ese tipo. Muy amigo de mi papá, sí. Cuando mi familia tenía campos, hacían negocios juntos. Ahora, como mi papá anda en el foro…

Todas macanas. Ilusiones del viejo y de la vieja. Uno le ve los codos raídos, piensa en los pobres sueldos que con su ojerosa cara de caballo despinado se juega a los burros, y lo ve con sus ínfulas, y uno piensa: “Este tipo, ¿a quién le ganó?”. Entonces me dice:

–A propósito, che, ¿no me invitás un café con leche?

Ahí está la madre del borrego. ¿Dónde consiguió esas entradas? ¡Misterio! Tenerlas y pavonearse con ellas es el sentido de su vida. ¿Y cuántos almuerzos se habrá ligado con ese cuento de las entradas, él, su papá y toda su familia de sangre azul?

–No, viejito, no tengo un mango... –Lo que no era cierto. “Dónde hay un mango, viejo Gómez / los han limpiado a todos con piedra pómez”, como dice el tango. Y haciéndole un lindo corte de manga al atorrante, me fui.

Entonces, colado, ese domingo de sol, caminábamos por la Rural viendo la otra cara del fausto nacional: los granaderos desmontados, lejos del estadio, con la guerrera medio desabrochada, sentados con sus altas botas contra la verjas, como trasnochados soldados napoleónicos contando chistes verdes, o extras de una película de De Mille, tomando café express con el quepí puesto; parecían más humanos, más queridos. Y los gauchos decorativos sobre sus caballos con aperos de

plata que tascaban ruidosamente el freno, leían Radiolandia esperando la hora de la farsa del gran desfile en el que tenían que poner por lo menos cara de montoneros del 1830.

Entonces fue cuando vi eso de lo que quiero hablarles desde el comienzo. En un recodo de un camino, entre amazonas con galera y oficiales extranjeros que andaban por ahí curioseando la fiesta de las vacas sagradas, sentado enhiesto en su asiento, con su impecable y anticuado traje a rayas claras, en lo alto de una berlina, había un viejo de bigotes blancos. Todo el fastuoso tapizado de su carruaje era de terciopelo verde. Y sobre sus rodillas, junto a un bastón de puño de marfil y un chal finísimo, había una manta de viaje, también verde, que lo cubría hasta los pies. En el pescante había un conductor de galerita y cuello duro, con esos chalecos cruzados que se abrochan al costado y esas corbatas anchas y antiguas. Todo era demasiado increíble. Pero la gente pasaba sin ver nada. Los únicos que se paraban eran los chicos, las nenas de cinco años, que se quedaban boquiabiertas, con esa inocencia que se maravilla de todo, mientras los grandes pasaban al lado del carruaje y lo miraban como si fuera un poste. Y era una cosa de verlo al viejo sacándose ese sombrero galerudo, ese sombrero de embajador, al estilo de los que se usaban en las fotos del año 30, con un gran gesto de reverencia, saludando a las niñas de cinco aos que se paraban a mirarlo, como si estuviera saludando a toda la corte británica, a unas grandes damas. ¿Qué hacía ese carruaje en ese sendero de la Rural, junto a un cantero, entre los tropullos de caballos espléndidos que pasaban abriéndose paso al galope entre la multitud y los toros que salían de los stands rumbo al desfile ritual en el estadio? ¿Quién era ese viejo increíble?

–Buenas tardes, señor.

El viejo de bigotes blancos se sacó el sombrero ante mí, con esa mano cuidada, blanca y pecosa con un rubí enorme, y saludó como quien despliega un abanico. Después se lo puso de nuevo y seguí mirando en el vacío, ausente, a lo lejos. Parecía acostumbrado a que le admiraran en silencio y lo saludara todo el mundo. Casi parecía un deber saludarlo.

–¡Qué lindo mateo! –le dije, admirando.

–¿Mateo? –entonces me miró escandalizado– ¡No ser mateo, ser victoria!

Me disculpé por mi plebeya torpeza porque casi se puso como si le hubiera ofendido a la madre. Pero como la victoria parecía ser su tema, su gran tema, en seguida me informó:

–Gran victoria, esta. Toda importada. Asientos ser de Francia, elásticos de Bélgica, capota de Alemania, ejes de Norteamérica y caballos de Inglaterra –esa victoria era toda una Sociedad de las Naciones. Frente a él, contra el respaldo, había un reloj detenido en las 5 y cuarto–. Y, además, tener radio –dijo, levantando una solapa en el respaldo. La victoria japonía [*sic*] radio a transistores–. Esta ser japonesa –agregó, y entonces, de pronto se puso melancólico, como si una levísima nube le pasara por los ojos, y contó–. Antes yo tener 42 de estas en mi país.

–¿Para usted solo?

–Sí –dijo y, llevándose la mano al pecho, mirándome, agregó–. Yo ser de sangre real. Yo ser marquís.

Un marqués en la Rural, haciendo tiempo sobre su victoria y saludando a los chicos como quien saluda al gran duque. ¿Se dan cuenta?

–¿Hace mucho que está en el país?

–Doce años. Venir de Hungría. Los rusos me sacaron todo.

–¡Qué joda! –le dije, aprovechándome deshonestamente de los magros conocimientos de lunfardo que tendría el marqués.

–Sí –contestó, mirando mi apesadumbrado rostro.

–¿Y aquí, qué hace?

–Soy estanyero en provincia de Buenos Aires. Mi victoria sacar dos veces ya premio en desfile de carrozas.

Un marqués venido a menos esperando su turno para desfilar por el estadio, como en el circo, para conseguirse un premio. No debían andar del todo bien sus finanzas. Me lo imaginé cruzando la ciudad en su carruaje, esperando delante de los semáforos, y hasta juraría que algún grandulón desde cualquier esquina le habrá gritado: "¡Che, galerita, qué producto vendés!". Y no estaría del todo errado. Porque, cuando lo dejé de nuevo con la mirada ausente, hierático, quizá pensando que paseaba por el Prater o por los jardines de algún palacio real europeo, me puse a hablar con el hombre del pescante. Este sí que era un carrero viejo.

–Estoy aburrido –me dijo.

–¿Qué piensa del marqués? –le dije. Se encogió de hombros. Entonces me contó la verdad. El viejo de los finos bigotes blancos debía haber sido marqués en alguna parte, pero lo que era acá la laburaba de tal para seguir tirando. Me contó que el marqués tenía una fiambrería por Belgrano, que se había gastado una fortuna para hacerse de esa victoria, y que se pasaba el año preparándose para la exposición, que nunca había tenido estancia y que la yugaba todo el día. "Qué va a hacer –me dijo–, hay que vivir, ¿no?". Pero con el asunto de su sangre real, se ligaba invitaciones a grandes fiestas, a estancias, a recepciones, donde solamente tenía que trabajarla de marqués, así, perfecto como estaba ahora, de bronca, hierático, en el asiento de atrás. ¿Qué les parece? Y entonces pensé en mi amigo muerto de hambre que se la tira de aristócrata para codearse con la gente de plata, en nuestra aristocracia con olor a bosta, que necesita de un marqués para sentirse aristocrática. Una especie de ley del embudo. Y entonces vi salir a una formidable vaca blanca, con su corte de peones detrás. Una vaca enorme, hermosa, con la cola trenzada, que se veía que la habían estado cuidando entre todos porque era la estrella de la jornada. Y mientras caminaba pesadamente, a la vaca se le ocurrió hacer sus necesidades. Entonces uno de los peones que iba detrás, le levantó la cola para que no se la ensuciara, agarró un gran pedazo de estopa y le limpió suavemente los cuartos traseros.

En fin. Vaquitas de Anchorena, Himno Nacional, marqueses en decadencia, trepadores que no se muestran el coche para no pasar vergüenza, peones analfabetos que cuidan toros como si fueran princesas, discursos presidenciales, granaderos que alguna vez fueron libertadores. Y dale que va. Toda una fiesta de la argentinidad.

Adiós al Mono

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero*, Nro. 21 | 14 de noviembre de 1963]

Hasta el domingo nadie se había acordado de él, salvo algunos amigos. Pero su público, la gente, los millones que lo ovacionaron durante diez años en el Luna, esos, es decir, nosotros, no nos acordamos de él. Es feo recordar esas cosas pero es así. Y miren que a Gatica lo veíamos todos los días. Me acuerdo una vez a las siete de la mañana, hace de esto menos de un año. Estaba sentado en los escalones del subte de Dorrego y Corrientes pidiendo unos pesitos para un vaso de vino aunque estaba tan borracho que ni veía. Tenía una flor en el ojal del saco mugriento y un agujero en el pantalón. Apenas podía mover su pata dura. Pero no pedía como un mendigo. Parecía uno de esos hijos únicos, esos chicos mimados que le piden de prepo las cosas a papá. Y papá éramos nosotros. Y además pedía con bronca, como si le correspondiera. Y la gente lo miraba con algo de miedo. Era esa misma gente que lo había visto por Corrientes "con un coche así de grande, de dos cuadras y media". Era la misma gente que lo había visto prender habanos con billetes de mil y pasearse con esas grandes camisas floreadas por Florida, rodeado de chicas y amigos. Y la gente le tenía miedo. ¿Cómo podía haber caído así? Dicen que alguna vez, cuando ya estaba en la mala pero todavía tenía coche, aunque viviera en Villa Miseria, un día atropelló a un pibe al que le tenía bronca. Porque aunque eso tampoco está bien decirlo, el "Mono" era cruel. ¿Se acuerdan de aquel boxeador que lo desafió un día y que él podía haber liquidado en el primer round? Pero no. Le pegaba despacito, despacito, y cuando se caía lo sostenía. Y así lo hizo durar siete rounds. El tipo quedó medio ciego.

Pero la culpa no la tenemos nosotros ni tampoco él. Allá por el 1942, cuando lo descubrieron, era un cabecita que recién llegaba de San Luis y lustraba zapatos por la avenida de Mayo. Y entonces, por el 1945, su estrella comenzó a crecer. Millones de pesos pasaban por sus manos, millones de manos lo aplaudían todas las noches, los grandes

titulares lo nombraban en todos los diarios. ¿Qué hubiera hecho usted, lector, en su lugar, si toda la vida hubiera corrido la coneja y si lo único que tuviera en este mundo fueran dos puños magistrales para abrirse paso a toda costa?

Y eso le pasó a Gatica. A costillas suyas hubo muchos que se enriquecieron. Y él pobrecito, convertido en personaje de la noche a la mañana, inflado a pesar suyo por quienes siempre lo usaron como negocio, crecía y crecía y recibía algunos millones que así, desesperadamente, como llegaban, se iban. Al último, sólo servía para que algún periodista ganapán hiciera una nota sobre su caída.

Y casi todos lo dejaron solo, en ese oscuro final sin victoria ni aplausos, en la sala del Rawson el martes a la noche.

Su época dorada comenzó por el 45 y se extinguió en el 56. Después, sus tragicómicas tenidas con Karadagian, por el 57, en Boca, marcaron el primer paso del descenso. Es curioso. Pero surgió de abajo, como el 17 de Octubre y en ese mismo año. Su trayectoria termina poco después que la contrarrevolución de septiembre. Porque Gatica nunca dejó de ser de abajo. Cuando en el 56 lo metieron preso porque después de ganar una pelea agarró el micrófono y dijo: "Le dedico este triunfo a un amigo que tengo en Panamá" hasta otra vez que ya en el ocaso, vagando por el Luna, recordando ovaciones de otros tiempos, se encontró con un ministro de la "libertadora" que le preguntó cuándo iba a volver a pelear. Gatica, ya medio borracho, lo enfrentó con ese gesto fanfarrón que le gustaba tanto y mirándolo al figurón de arriba abajo le dijo: "Y a usted ¿quién le dio audiencia para hablar conmigo?".

Cuando en el 51 fue a Nueva York, le dijo a Perón: "General, voy a volver con la cabeza de Williams". Pero Gatica era así. Le gustaba desafiar al mundo entero. Puso la cara, como de costumbre, y lo durmieron. Y eso hace que quizás Gatica sea más humano, más querible. Peleó, ganó, perdió, lo tuvo todo, millones de pesos en las manos y se quedó sin anda y, casi, sin nadie. Salvo con Morán que le dio una mano. Y con sus familiares que nada podían contra su naturaleza que fue cruel, sobre todo consigo mismo. Los empresarios que se hicieron el gran negocio con él lo inflaron como a un globo Y cuando no le sirvió para nada, lo dejaron reventar en cualquier parte.

Un día, en su edad de oro se apareció en la redacción de un matutino con su galera, sus dos enormes anillos en la mano izquierda "como el rey de Inglaterra" y su bastón de puño de marfil. Fumaba cigarros de hoja y usaba chaleco de seda. Se sentó sobre la mesa de un redactor deportivo y se dejó sacar con esa cara de chico fanfarrón la gran foto que dio testimonio de su hora de gloria. Detrás quedó la vieja máquina de escribir y las fotos de los otros campeones, pegadas en la pared que le hacía de fondo.

El jueves de la semana pasada lo vi, a las dos de la mañana, desde un taxi, en la penumbra lluviosa, con un frac que le quedaba demasiado grande y una magnolia en el ojal, igual a la de aquella fotografía hoy ya amarillenta. Era el portero de una cantina y bajo las luces de la marquesina, en esa calle de barrio saludaba con la mano a todos los taxis, a todos los autos, a todos los camiones que pasaban. Como si la gente, desde los autos lo saludara a él. Estaba borracho pero tenía en los ojos el sabor a multitud de otros tiempos. Muchos de los que pasaron ni siquiera lo vieron. Pero él los saludaba lo mismo.

"Gatica", me dijo el taximetrero con un aire raro, entre sobrador, abrumado y familiar como si hablara de algún pariente lejano que ya no tenía remedio. "Qué bárbaro" dijo, y nos quedamos callados. La noche del miércoles, cuando la radio anunció que se había muerto el gran sucesor de Firpo y Suárez, fuimos como muchos otros al estadio donde iban a velarlo. Un boxeador fuera de combate, uno de esos que ahora andan por la pizzería y los cafés vecinos al Luna Park, estaba charlando, despacio, con un vigilante, contándole cómo cuando ya no era nadie Gatica iba al Congreso a pedir por sus compañeros en desgracia, y entraba diciendo: "Abran cancha, que ahí viene el primer boxeador argentino". Contó también las veces que había repartido billetes de a mil, como si fuera papel picado entre la gente pobre, en los colectivos que pasaban por su casa cuando había una fiesta y que él paraba de prepo haciendo bajar a los más zarrapastrosos para que vinieran a tomar una copita. Y entonces pensé en el hombre lleno de vino que el domingo pasado, después de vender muñequitos en la cancha de Independiente, perdido entre este público pero viendo a ese otro, y muerto para él, que lo había idolatrado hace apenas siete años, tropezó bajo las ruedas del 295. Alguien dijo que gastaba todo

y tomaba mucho. Y pensé que, después de todo, nadie podría reprocharle ahora que tirara la plata, que se pusiera en curda, que antes se hubiera llevado al mundo por delante. Porque nadie hubiera hecho otra cosa si hubiera tenido que andar por la recova del Once pidiendo limosna cuando era chico y la sociedad lo obligaba a pegar trompadas para poder comer. Y entonces cuando esa misma sociedad lo usó, lo chupó, le sacó bien el jugo y lo tiró a la basura. Y esa es su historia. Y un poco también la de todos nosotros aunque no usemos galerita ni bastón. Aunque no seamos campeones. Por eso es que todos lo despedimos hoy. Por esa sorda bronca apenas insinuada y por ese horror que nos despierta su historia. Y por eso le decimos: adiós "Mono".

La señorita del SIDE

~ AGUAFUERTE ~

[Revista *Compañero* | 1963-1964]

Es una señorita pálida, chiquita, que se peina como una monja y parece incapaz de matar una mosca. Uno la puede encontrar con su carita triste, con esos ojos hambrientos y con esa cara desamparada que nunca tuvo novio en las oficinas públicas, en las grandes empresas, en las facultades, en las fábricas. Cuando alguien le presenta una recolección de firmas para sacar algún preso ella es capaz de decir: ¡Qué bonito! y no firma, claro. Está en otra cosa. Está en las nubes. La gente la mira con conmiseración, y ella lo sabe. Y sigue viviendo ausente con los ojos bajos, como en una cueva particular. Pero en su casa, con mucha aplicación, al volver del trabajo o de la facultad, practicará su laboriosa venganza componiendo su lista de nombres y apellidos a los que les hace la cruz y que le pasará a su jefe a fin de mes. Apenas unos nombres que resumen su trabajo solitario, silencioso, clandestino. Y así, discreta como los maricones, los punguistas o los cocainómanos, la insospechada señorita seguirá haciendo sus listas. Porque, la verdad, usted no quiere un puesto de informante en el SIDE. Es uno de los pocos trabajos seguros, tranquilos, livianos, sin iliquidez, sin problemas que todavía quedan en la república. El informante del SIDE es un personaje casi mitológico de la fauna de Buenos Aires; uno de esos personajes que trabaja en la más terrible de las soledades y cuya sola mención provoca en la gente una sensación de prestigio negro, poderoso y repulsivo. Es el Mal. Un mal burocrático, que pasa listitas a fin de mes. Un personaje que pedía a gritos ser tomado en consideración. Porque la cosa es complicada. Vea que hay distintos tipos dentro de la raza de los batidores. Está el batidor público, de oficio, ese pesquisa que hasta los perros lo huelen de media cuadra cuando viene y que paree tener un cartelito de luz fluorecente en la solapa, o una patente, que dice: "¡Ojo, X9, policía secreto!". Pero no es de este de quien les hablé.

El alcahuete sigiloso, que no da la cara, ese que siente que tiene a todo el mundo en un puño y que puede reventar a quien se le da la gana, forma el tipo más acabado de esa especie tan difundida en nuestra ciudad que llamamos, con tanta propiedad, "un cagador".

En esta democracia tan particular que es la nuestra, nuestro personaje juega con el hecho de que para la gente, cualquiera que anda por la calle puede ser un informante. Porque habrá mucho presidente electo, congreso y todo lo que quiera, pero la gente se cuida muy bien de abrir la boca. Y el batidor lo sabe y se siente todopoderoso: se siente Dios. Y ahí está el caso de la señorita de la que hablé antes. Supongamos que le ofrecieron un puestito cómodo y 7000 pesos mensuales, más o menos, para pasar algunos nombres. El asunto es bastante fácil. En el fondo la política le interesa tres pepinos. Supongamos que es una alumna muy aplicada en literatura, en latín, en griego, y que siempre saca 10 puntos. Y además, la plata no le sobra. En otros tiempos, cuando su padre era un comerciante fuerte, vivían en un chalecito y ella tenía de todo. La Nena, como le decía mamá. Ahora sus padres se murieron y ella vive en una pieza bastante infecta de una pensión no menos sórdida de San Telmo, con una tía medio sorda. Las dos tienen un ropero con una pared rota y una puerta que no se cierra, y por eso tienen que tender a través de la pieza, de una soga, todos los vestidos que usan y siempre parece que ahí hubiera ropa secándose. Por las noches, las lauchitas entran y salen por un agujero del zócalo. En invierno, por algún lado se cuela un frío bárbaro que la hace castañetear de noche, mientras en verano las cucarachas hacen complicadas expediciones por las tablas de piso. La Nena nunca se pinta y aparenta tener menos edad de los 27 años que realmente tiene. Pero el tiempo pasa y ella lo sabe, aunque se empeñe en seguir estudiando latín y no ver ni oír nada. Aunque trate de esquivar su sofocada soledad, su desamparo inútil. Tiene una especie de pretendiente como de cuarenta y cinco años que la ve una vez por semana y cuando se le da la gana. Un ingeniero aburrido que se la pasa tomándose vermucitos. A veces la señorita llora en los baños de las confiterías céntricas y a veces se imagina que alguien la viene a buscar a la parada del 208, sin conocerla, de pronto, como leyó alguna vez en esas fotonovelas que la dueña de pensión se deja olvidadas en el baño. Como tantas alumnas de Letras, nunca lee cosas que no estén en el programa. Salvo, a veces, el retrograbado de los domingos. Estudia eternamente. Estudia. Al lado de las chicas de 20 años, se hace la ilusión de que el tiempo no pasa nunca, que papá todavía tiene el chalecito y que puede seguir dándose el lujo de seguir

un curso somnoliento sobre los dramaturgos españoles del siglo XV en castellano antiguo. Entonces, mientras está en el café, estudiando latín casi sin darse cuenta, con gestos casi mecánicos, como quien no quiere la cosa, anota nombres, apellidos, ideologías, actividades, declaraciones, todo al revés, pobrecita, porque de eso no entiende nada, pero eso sí, con pelos y señales. Una especie de burocrático registro civil de la delación. Un trabajo como cualquier otro, para poder estudiar latín. Y puede que la pobre chica esté muy mal, muy desamparada y sola. Qué se va a hacer. Así es la vida. Pero su desesperada soledad, su callado odio feroz no disculpa su prolijo modo de reventar a la gente. De aplastarla. Y entonces puede pasar como parece que pasó las otras noches, no sé si en Agua y Energía o en Gas del Estado. Los muchachos por fin descubrieron a uno. Entonces se lo llevaron entre cuatro a una pieza. Se encerraron con llave. El batidor ni siquiera tuvo cara para decir nada. No atinó a llamar a nadie. No gritó, no rogó, no protestó. Nada. Y con cachiporras, entre todos, se la dieron. Tapándole la boca. Se la dieron. Y bien dada.

La historia desconocida de Eva Perón
A 15 años de su muerte

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 11 | 25 de julio de 1967]

Una investigación revela toda la verdad sobre Evita, la mujer que, según el* Times *londinense, "será recordada por muchos años en América Latina". Al cumplirse otro aniversario de su desaparición,* SIETE DÍAS ILUSTRADOS *ofrece una serie de notas sobre su vida. Esta es la primera entrega.

"Cuidado. Con Evita no se metan". Esta fue una de las imprevisibles reacciones que provocó la pesquisa que durante dos meses ocupó *full time* a un equipo de investigadores, al cual SIETE DÍAS encargó develar un enigma apasionante: cómo era Eva Perón.

En sólo ocho años –desde su encuentro con Perón en el Luna Park, en 1944, hasta 1952– se convirtió en "la mujer que tuvo mayor significación que ninguna otra en una parte del mundo donde la tradición suele confinar al sexo femenino en el hogar. El nombre de Eva Perón será recordado por muchos años en América Latina", afirmaba el *Times* de Londres, editorializando dos días después de su muerte.

¿De qué manera esa mujer consumida a los 33 años por un cáncer de matriz, hija natural de un estanciero bonaerense, que arriba a la capital a los 16 y pelea por oscuros papeles en la compañía de Eva Franco, vive en pensiones siniestras y también pelea contra la ciudad feroz, se convierte en la figura política más odiada por los sectores civiles y militares del antiperonismo y aun más temida que el propio Perón? ¿Hasta qué punto tiene importancia que no haya llegado a ser una gran actriz, y hasta qué punto su famoso resentimiento tuvo que ver con su transformación en el líder más potencialmente subversivo del peronismo?

Algunos antiperonistas opinan que su vinculación con la historia es sólo una turbia anécdota de intimidades y ofrecen la imagen de una trepadora ambiciosa que después de sus vinculaciones con periodistas, artistas, industriales y militares culmina exitosamente su carrera en los balcones de la Casa Rosada. Otros la convirtieron en

un mecánico instrumento fabricado por Perón. El escritor Ezequiel Martínez Estrada no vacila en llamarla "pobre infeliz analfabeta". Ciertas derechas la apoyan ya por una visión individualista (la voluntad de una personalidad excepcional puede torcer el curso de la historia), ya porque Eva y Juan Perón constituyen esos demagogos que solivientan a las masas pero sirven para alejarlas del marxismo. Ciertas izquierdas reclaman a Evita pero no se resignan secretamente a sus joyas, a su inconsistencia ideológica y a que, obviamente, Eva Perón no sea Rosa Luxemburgo.

Los peronistas oponen apasionadamente a las versiones de una Evita aventurera, la imagen de una mujer del pueblo, entrañablemente identificada con los dolores y las rebeliones populares y denuncian como prejuicios clasistas de la oligarquía y la clase media los ataques a su imagen moral. Pero fabrican una contrafigura maniquea, burocrática, idealizada, de estampa religiosa, sin fisuras, inobjetable, inhumana. Evita "demonio" o "santa" es, con poquísimas excepciones, la actitud que los investigadores de siete días encontraron durante un trabajo donde enfrentaron el mutismo receloso, las amenazas, los insultos o las fantasías personales de quienes tiñen de subjetividad sus testimonios. Pero Eva Perón le importa mucho a los argentinos. Por eso tanta violencia intransigente en los juicios. Y por eso también –porque es una pieza clave de un pasado todavía caliente– el periodismo argentino tenía la obligación de humanizar el mito, evitando tanto la injuria como el oportunismo, yendo a las fuentes. Porque al saber quién era realmente esa mujer nos acercaremos a nuestras propias vidas, a nuestros miedos, a nuestros fervores, a los problemas esenciales de la sociedad argentina contemporánea.

Hacía falta un aporte como el que intentamos ofrecer desde este número. Mucho se habla acerca de Eva Perón, pero muy poco en concreto trascendió acerca de su vida. Revelar cómo era, cómo vivía, cuáles eran sus relaciones con Perón, cómo y por qué se produjo la transformación de la actriz Evita Duarte en la agitadora social más importante del siglo en América Latina, es una tarea que intentamos realizar con el infinito cuidado que requiere la complejidad del personaje. Y en el decimoquinto año de su desaparición comenzamos a contar la vida desconocida de Eva Perón. Una vida que tuvo una

muerte grandiosa y trágica, con millones de personas llorándola en la ciudad más grande del mundo hispano, con faroles enlutados, transportes oliendo a flores y altares de barrio, y enormes fotos, donde su sonrisa palidecía bajo la lluvia.

Empieza el fin

Un rocambolesco rumor acosó a Buenos Aires el verano de 1952: los niños y adolescentes tenían que estar en casa temprano y no andar solos al oscurecer. Siniestros autos acechaban el centro y los barrios. Muchos habrían sido raptados y no se sabía más de ellos. "Ella tiene la sangre infectada, padece leucemia o septicemia y se la renuevan a cada rato. Por eso andan buscando sangre fresca, de pibes; les vacían las venas y los tiran por ahí".

Esta fantasía de vampirismo era parte de una leyenda negra tejida en torno de Eva Perón. Se moría, sí, pero de cáncer. Su agonía empieza el 9 de enero de 1950. Ese día hubo 38 grados. Acababa de recibir un cable de Pío XII agradeciendo donaciones a obras de caridad de la Fundación. Su peinador, Julio Alcaraz, le retoca el rodete por segunda vez.

A mediodía llega a Puerto Nuevo para inaugurar el nuevo local del sindicato de conductores de taxis y la Escuela Evita. De pronto, cae desmayada. La gente ni se entera, pero el ministro de Educación, Ivanissevich, le aplica penicilina.

"¡Operaciones no!", se indigna Eva. El diagnóstico indica "una lesión inflamatoria subaguda que debe ser operada". Un médico peronista recuerda con tristeza: "Evita no quería ir jamás al doctor. Tenía una resistencia y un pudor increíbles hasta para desnudarse en el consultorio".

Sin embargo, Perón la convence. El 12 de enero el doctor Ivanissevich la opera con urgencia de apendicitis. Días después un nuevo diagnóstico amenazador advierte que "no es posible definir las causas de los dolores experimentados por la paciente sobre las caderas en la fosa iliaca derecha".

En marzo, uno de esos fines de semana que eran el único momento en que Perón y Eva podían hacer vida marital y hogareña, una discusión

alteró la rutina. Los fines de semana eran sagrados. Durante la semana Eva se acostaba tarde. Al salir a las tres de la madrugada de Trabajo y Previsión se iba a cenar al Hogar de la Empleada donde, en un hábito que era resto de su vida de artista, se quedaba hasta las cinco. A veces, algunos poetas improvisaban una peña donde se guitarreaba y se recitaban versos cuyo único tema era Juan Perón.

Cuando llegaba a la residencia, ya Perón, con su puntualidad militar, estaba desayunándose o afeitándose. Apenas tenían tiempo para charlar un ratito.

Los sábados por la tarde la pareja veía, en un salón de la planta baja, tres películas que les enviaba la Subsecretaría de Informaciones y el domingo se les proyectaban otras tres.

Raúl Apold recuerda sonriendo que: "Un domingo la señora me llamó temprano. '¿Qué pasó Raúl? No me hiciste mandar las revistas y ayer no pude leer *El Tony* en la cama'".

Ese fin de semana de marzo, mientras la perra Negrita corría por el comedor, Perón insistió en el tema de la salud.

–¡Si no tengo nada! ¿No ves que son confabulaciones de la oligarquía todos esos rumores de mi enfermedad, Juan?

Eva discutió con ferocidad. Perón usó su tono más persuasivo y paternal. Era la única persona en el mundo a la que Eva escuchaba y respetaba ciegamente. Pero esta vez adujo sólidos argumentos nada médicos:

–Algún general anda detrás de este asunto de la enfermedad. ¿No te das cuenta?

Eva Perón tenía su propio servicio de inteligencia que, desde las unidades básicas hasta el ejército, reunía información que ella ponía al servicio de Perón. Su susceptibilidad y su desconfianza con respecto a los enemigos reales o potenciales de su marido estaban siempre alertas. Eva le anticipó un complot, pero Perón se rió.

–¿Vos también hacés méritos, hija?

Perón jamás creyó en confabulaciones subversivas. Cuando el jefe de Policía lo informaba de alguno, lo despedía con desagrado.

–Vea, no me venga con cuentos. Dígale a los muchachos del Departamento que no necesitan inventar complots, que no hagan méritos, que van a ascender igual.

A veces, cuando el coche presidencial volvía de la Casa Rosada, bruscamente cambiaba de ruta. Perón se sometía al cambio como jugando, mofándose de su servicio de seguridad.

–No me hablen de complots. A mí sólo me puede matar uno de esos fanáticos que al levantarse, al almorzar, al acostarse, al viajar en subte, tiene la idea fija de matarme. Pero eso, ¿cómo se puede prever?

El 12 de mayo Ivanissevich le ruega: "Señora, ¡déjese curar!". Eva, desgarrada, llorando, le aplica un carterazo. El ministro, indignado, renuncia. Perón le pide disculpas. Eva Perón intuye su tumor maligno, pero lo niega. En ese momento, una operación le hubiera salvado la vida. Perón sabe que el mal avanza. Desesperado, intenta sugerirle unas vacaciones. Pronto atisba, impotente, los estragos de la enfermedad en una Eva que trabaja 18 horas diarias, más entregada y obsesionada que nunca por los problemas que, haciendo colas que cubren la calle Perú, le trae la gente a su despacho del primer piso de Trabajo y Previsión.

Un liberal *aggiornado*, el profesor Tulio Halperín Donghi, dice: "... la mujer de rostro tenso y afilado que había surgido de la alegre y exuberante Evita de los primeros tiempos de grandeza era en parte el producto de una enfermedad implacable, que fue resistida con temple admirable, en el que mostraba una recia autenticidad".

Perón presencia en silencio cómo ella se consume. Los investigadores, acordes, califican de martirio esa entrega de Eva Perón a su trabajo. Una Eva Perón que cierto día le confiesa al intendente Sabaté: "Yo tengo cáncer" y luego cambia de tema.

Del 12 al 17 de junio tiene destacada actuación en la conferencia de gobernadores de provincias y territorios. El 24 de agosto, los diputados peronistas le regalan un brazalete de perlas con catorce dijes de platino, zafiro y rubíes, que representan la bandera nacional, el escudo peronista, una goleta con flores registrando la fecha de casamiento, la figura del descamisado, las fechas de cumpleaños de Perón y ella, la paloma de la paz, la perra Negrita, las siglas de la CGT, el emblema partidario, el símbolo de la unión, el nombre de la obsequiada y la fachada del Palacio Legislativo.

La caída

En 1951, una violenta huelga ferroviaria conmueve al régimen. Eva recorre a pie las estaciones incitando a los obreros a volver al trabajo. Tiene uno de sus célebres ataques de impulsiva ira, cuando un guardabarreras de Chacarita la llama "enemiga de los obreros". Eva, exasperada, lo saca a puntapiés de la garita. "¿Y vos te decís comunista, chambón?", le grita.

El golpe del 28 de septiembre se acerca. El 5 de julio el Congreso aprueba un proyecto sugerido por Eva Perón sobre provincialización de las gobernaciones de La Pampa y el Chaco. Llaman a la primera Eva Perón y a la segunda Presidente Perón. Se acerca también la campaña electoral del 52. La oposición denuncia su asfixia contra el creciente culto de la personalidad en actos violentamente disueltos y su estado de ánimo lo expresa un personaje de un cuento de Rodolfo Walsh, ubicado en aquella época, que comenta: "Inauguróse el Meoducto Presidente Perón. Asistió el gobernador".

Unos dos millones de personas –según una información oficial– o 250.000 –según las agencias internacionales– piden el 22 de agosto, a gritos, al oscurecer, hasta quedar roncas, en la avenida 9 de Julio, que la pareja acepte integrar el binomio de candidatos para el período 1952-58. Eva Perón no asiste. El público corea su nombre, la pide, la exige. Llega muy nerviosa. Ya tiene una voz ronca y "tan áspera como la de los canillitas que vocean periódicos en la calle Corrientes", según la caracteriza una de sus detractoras, Mary Main. Entonces comienza un dramático diálogo con la multitud. "¡Que acepte la vicepresidencia!", le gritan, sobre antorchas improvisadas con papel de diario. Entre el humo, Eva ve, desde lo alto del palco, junto al ministerio de Obras Públicas, a las masas que cubren la avenida hasta cerca del Obelisco.

"Es una terrible decisión para una mujer… Dénme cuatro días para decidirme…".

"No, ¡ahora, ahora!", le responden.

Durante larguísimos minutos su nombre sale de miles y miles de bocas, rítmico, alucinante. El diminutivo que sólo Carlos Gardel antes que ella logra provocar en la multitud, retumba.

"¡Evita, Evita, Evita!".

Eva Perón llora de emoción. "Dénme hasta mañana...", suplica, casi sin voz. Pero miles de voces arrasan la suya.

"Dénme hasta las nueve y media de esta noche… ¡Les pido dos horas solamente!".

Pero la multitud no cesa.

Eva Perón exclama finalmente: "Al lado del General haré lo que el pueblo me pida".

Muchos interpretaron estas indecisiones de Eva Perón como un magistral recurso demagógico. Otros deducen razones objetivas. Ya en 1949 se había impedido el acceso de Eva Perón a Campo de Mayo, y según Sebreli, "la lucha contra Eva Perón comienza en 1945 cuando algunos militares amigos le advierten a Perón que su amistad con una actriz está deshonrando al ejército. El general Ávalos admite que muchos de sus camaradas pidieron a Perón el fin de su amistad con Eva Duarte".

Según un testimonio citado por dicho autor, "el descaro de esa mujer era inaguantable. Por ejemplo, un día Eva se puso junto a Perón durante el juramento de un ministro haciendo descansar su mano sobre el respaldo del sillón presidencial".

Muchos sectores no digerían fácilmente que en caso de acefalía "una mujer quedara convertida en jefe supremo del poder y de las fuerzas armadas, hecho sin precedentes en el mundo".

Demagogia o presiones, el caso es que el 31 de agosto, vestida de negro, Eva Perón renuncia a la candidatura. Entre bambalinas comienza a trabajar, sin embargo, para imponer su candidato, Oscar Nicolini, pero fracasa. El 28 de septiembre, después del frustrado golpe del general Benjamín Menéndez, habla al país con voz exhausta. La enfermedad ya hace estragos en su cuerpo. El 17 de octubre, Perón sostiene por la cintura a Eva durante su discurso, y a su turno, al hablar, la califica como "a una de las grandes mujeres de la humanidad", declarando el 18 de octubre "Día de Santa Evita".

El 2 de noviembre Eva Perón es internada en el Policlínico Presidente Perón de Avellaneda, en una ambulancia que bloquea la multitud.

Sin que ella lo sepa, la asiste el doctor George Pack, cancerólogo norteamericano especialmente traído por avión y que cobraría parte de sus honorarios en toros de raza.

Eva Perón nunca supo que Pack la había operado. Días después la

CGT otorga una medalla al cirujano Finocchieto, que tuvo esencial papel durante la operación.

"Hay que esperar de seis meses a un año para saber si la paciente sobrevivirá", informa Pack.

El 11 de noviembre entra en vigencia por primera en el país el voto femenino que Eva Perón instituyó.

Ella vota desde la cama y la urna es trasladada al hospital. El fiscal de la Unión Cívica Radical es el escritor David Viñas. "Llovía", recuerda Viñas. "Asqueado por la adulonería que encontré adentro, entre los burócratas, me conmovió la imagen de esas mujeres, afuera, de rodillas, rezando, en la vereda, que tocaban la urna y la besaban. Una escena alucinante, como arrancada de un libro de Tolstoi".

En diciembre de ese año el libro *La razón de mi vida* es declarado texto oficial para escuelas, colegios y universidades.

Cuando el 4 de junio Perón iba a salir de la residencia, con la banda celeste y blanca sobre su uniforme de general, para asumir la segunda presidencia, le susurró a Apold, que llegaba: "Dígale a Eva que hace frío en la calle".

"¿Quién está ahí…?", dijo ella desde la cama.

Apold entró al dormitorio con un libro de fotos de Eva Perón, magníficamente impreso, que recién aparecía. "Hace un frío terrible afuera", le dijo a Eva.

Demacrada, flaquísima, sonrió con sobradora tristeza.

"Venime con cuentos, vos. Juan te dijo que me hables del frío para que no vaya a la jura, ¿no? Pero voy igual".

Se levantó, apoyándose en su hermana Arminda. Fue a la balanza. Su hermana Blanca apoyó un pie, aumentando el peso en la balanza.

"Esto va bien", dijo Eva. La aguja marcaba 41 kilos. "¿Viste, che? Aumenté dos kilos desde la semana pasada".

Su peso normal era de 54 kilos. Ese 4 de junio realmente ya sólo pesaba 38. El cáncer le había tomado la nuca y el talón derecho. Eva Perón se hizo colocar dos inyecciones de morfina. "Y voy a ir en coche descubierto", le dijo a Perón.

Hacía cuatro grados cuando, de pie en el auto presidencial, cruzaron la avenida de Mayo bajo una lluvia de flores y papeles que les arrojaron al pasar junto a la Subsecretaría de Prensa. En la Casa Rosada

tuvieron que aplicarle dos inyecciones más, porque el dolor era tan insoportable que estaba por desmayarse.

Ese fin de semana Perón la baja en brazos a la salita de proyección. El último film que ven juntos: *Quo Vadis*.

El 4 de julio los gremios, en el Luna Park, le celebran un funeral cívico en vida. "El pueblo se reunirá esta tarde con emocionado recogimiento para celebrar la gloria de Eva Perón", dice funerario el Consejo Superior Peronista. Un monumento a su memoria, más gigantesco que el Jockey Club, comienza a concretarse. El secretario de la CGT, Espejo, grita en el estadio:

"En los lejanos tiempos de la Grecia milenaria y la Roma heroica, cuando la personalidad de un ciudadano se perfilaba con caracteres extraordinarios, su pueblo lo inmortalizaba incluyéndolo entre sus héroes. Era la apoteosis".

Con una ceremonia similar, Augusto, primer emperador romano, erigió un culto religioso a la memoria de César, convirtiéndolo en Dios.

"Es el paso a la inmortalidad –continuó diciendo Espejo–, y los caracteres humanos se esfumaban ante la divina condición del héroe. Hoy, la patria entera realiza la apoteosis de su heroína". Moribunda, recibía su apoteosis en vida.

Desde las ventanas de la residencia sobre Libertador se oía rezar, en los jardines, a decenas de personas arrodilladas. En el cuarto estilo Luis XIV, con una Virgen de Luján sobre la cama y un Cristo del Corcovado sobre la mesa de luz, Eva se moría. El 18 de julio fue como una resurrección. Había entrado en coma a las 17, pero a las 23 parece volver del otro mundo. La reacción dura poco. El 26 de julio dormitaba. De pronto, a las 11, le dice a su hermana Arminda: "Eva se va".

Ya no reacciona más. A las 20, el doctor Taquini le tomaba el pulso, el doctor Finocchieto le sostenía la mandíbula para que no se asfixiara con su propia lengua y Juan Duarte fue el primero en descubrir que su hermana ya estaba muerta.

"¡Ya no creo en Dios! ¡Ya no hay Dios!", dijo llorando mientras salía corriendo de la pieza.

Desde hacía días, ministros y sindicalistas esperaban en la planta baja la noticia.

Hasta las 23, el doctor Ara, discípulo del embalsamador de Lenin,

prepara el cadáver para ser expuesto durante 10 días. En realidad, un año antes había sido informado por emisarios de Perón y, pese a su negativa, la cancillería española lo había obligado a hacerse cargo del trabajo. Ara cobró 100.000 dólares que Juana Larrauri le pagó religiosamente en cuotas de 25.000. El último pago fue el 16 de septiembre de 1955.

En una mortaja lila y con un ramo de orquídeas en la mano, Eva queda expuesta en la rotonda de Trabajo y Previsión. Nicolás Repetto publica un artículo elogioso en el periódico *Nuevas Bases* que el Partido Socialista retira de circulación.

El 1º de agosto, a pulso, 50 obreros escoltados por cadetes militares y enfermeras de la Fundación trasladan el féretro en una cureña hasta el Congreso. Después, a la CGT. Pero los 10 días de su velorio son únicos en la historia en Buenos Aires.

En los barrios crecían los altares. Los faroles de la ciudad estaban enlutados, como los diarios, como la música sacra de las radios, como los escolares con guardapolvo y moños negros, como las cuatro enormes pantallas de cine que reflejaban su foto a cada uno de los lados del obelisco. Larguísimas colas de 30 cuadras, con personas que esperaban bajo la lluvia hasta 12 horas para desfilar ante su cadáver implicaron cuatro muertos, 1975 heridos, o desvanecidos, o víctimas de crisis nerviosas. Cien ciegos por día desfilan sollozantes. Mujeres con grandes cirios mojados, con temperaturas de cero grado, hombres con crucifijos, lisiados, gente que lloraba en las calles como si alguna víscera les hubiera sido arrancada. Una de las colas llegaba desde Entre Ríos y Belgrano hasta Paseo Colón y por allí, bordeando la Plaza de Mayo, hasta Perú. La otra, desde la avenida 9 de Julio y Rivadavia iba al Obelisco. Desde allí entraba por Diagonal hasta fundirse por Florida con la anterior.

Una ciudad enlutada y un desborde de masas como Sergio Eisenstein jamás soñó.

¿Qué significaba esa mujer para esa gente arrodillada en la gigantesca misa a su memoria, en la avenida 9 de Julio, al mes de muerta? ¿Por qué Eva Perón es algo tan amado o execrable para millones de argentinos? La historia comienza en Los Toldos, en tierra de indios, una tarde de abril de 1919.

La historia desconocida de Eva Perón
La infancia de Evita

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 12 | 1º de agosto de 1967]

Hija de padre conservador y madre radical, Evita creció frente a las tierras de la tribu de Coliqueo, en la pampa bonaerense. Fue la menor de cuatro hermanas y sintió desde niña una fuerte vocación artística. Su hogar fue de modesta clase media y doña Juana Ibarguren debió tomar pensionistas para enfrentar la crisis económica de la familia, agravada por la que entonces soportaba el país. Juan Duarte (h), el hermano mayor apoyaba sus aspiraciones de ser actriz. La polémica ya empieza cuando Evita nace.

Es 1916 y los indios cabalgan –boinas blancas y lanzas– por esa calle de tierra de Los Toldos, un domingo de verano, al oscurecer. En la vanguardia la banda, con trombones y bombos, toca "Adelante radicales". "¡Alto!", grita el fotógrafo. Desde los umbrales de las casas de ladrillos sin revocar de un solo piso, algunos mirones. El fotógrafo coloca trípode y cámara en medio de la calle. Pone la cabeza bajo el trapo negro, grita "Ahora" y su ayudante haca estallar el magnesio. Es un acto electoral de la tumultuosa campaña que culminará con la victoria de Hipólito Yrigoyen. Pero de pronto, desde la esquina, sonó un disparo. El público se desbandó. Los hombres de Coliqueo tiraron las lanzas, sacaron revólveres y abrieron fuego desde sus caballos. Hacía mucho que las lanzas sólo se desempolvaban para corsos y mítines. Para los encontronazos con los conservadores, los vetustos Winchester que habían sido usados contra sus antepasados eran obviamente más útiles que los decorativos lanzones.

Un mes después, en un periódico de Junín, aparecía la foto de las lanzas. El fotógrafo no pudo sacar el tumulto. Cayó con un tiro en el pulmón. Y en esa época un disturbio así no era noticia. Pasaba todos los días.

Ese clima de tierra de frontera está presente en muchos pueblos bonaerenses durante las primeras décadas del siglo. Y también en la vida de Eva Duarte, que nace en 1919 frente a los campos de la tribu

de Coliqueo. Son las concesiones otorgadas en tiempos de Mitre que les fueron escamoteando los políticos y los estancieros. La presencia del indio es una constante en esos años. La partera de doña Juana Ibarguren fue una india, uno de los testigos de su nacimiento está casado con una india y durante su infancia presenció desfiles parecidos al que contamos, aunque la ausencia de tiros estuviera resguardada por la presencia del intendente Lettieri y los cascos puntiagudos, imperiales, de la policía montada que vigilaba los mítines.

Una historia común

¿Qué hay de cierto en torno del resentimiento de Eva Perón por su origen social? Su padre, don Juan Duarte, era un estanciero que tenía campos en General Viamonte. De este modo, según el escritor David Viñas, Evita "se vincula ambiguamente con una jerarquía de estancieros conservadores de la provincia de Buenos Aires: Juan Duarte es un feudatario menor de los Malcolm, quienes a su vez representan a una gran familia 'vasalla' de Marcelino Ligarte. Pero esa continuidad se deteriora, pues Eva nace en el tránsito desde los últimos años del poderío conservador sobre el gran feudo bonaerense hacia el gobierno de los radicales de clase media y origen inmigrante (Crotto en la provincia, Lettieri en el municipio). Por el lado de su madre se inserta en una larga serie de 'soldaderas': hijas, madres y abuelas que habían aprendido a soportar solas la dureza de la frontera y que se convirtieron en 'puesteras' con la división de la tierra".

Los Ibarguren, de origen vasco, pertenecían a la clase media modesta. Un hermano de doña Juana llegó a ser jefe de estación de ferrocarril, puesto que después del intendente y el jefe de policía era muy prestigioso por esa época en los pueblos del interior. "Toda esa historia de los traumas de Eva Perón por su origen social me parecen macaneo", concluye Arturo Jauretche, quien cuenta cómo se conocieron los padres de Eva.

"Don Juan Duarte, que vivía en Chivilcoy, un día pasó por Los Toldos. Doña Juana Ibarguren era la moza más linda del pueblo. Don Juan se prendó de ella y se la llevó". Pero el estanciero estaba casado

con Estela Grisolía. Una versión asegura que doña Juana tenía gran magnetismo personal y que su influencia política en favor de los radicales era considerable. Así se afirma que por razones políticas doña Juana –hija de un cochero– solía trasladarse a 9 de Julio, General Viamonte y Junín para movilizar con enérgica eficacia al electorado. Algunos aseguran que, además de su belleza, poseía un extraordinario magnetismo personal. Tuvo con Juan Duarte cinco hijos: Elisa, Arminda, Blanca, Eva y Juan. El estanciero los crió y educó a todos. Algunos sostienen que el resentimiento de Eva Duarte hundía sus raíces en las humillaciones de su juventud, "tal como lo demostró su manera de tomar represalias", según detractores como Mary Main; mientras Lombille dice: "De la metamorfosis de la pobrecilla niña sacrificada por un padre insensible y una madre ignorante... ha nacido una dura lobezna". Un artículo del izquierdista Luis Franco cree que en Eva había dos resentimientos: "uno muy sombrío que le venía de su pobreza vergonzante, de su condición de hija adulterina y de la turbia moral de su familia…". Pero Jauretche objeta: "¿Hasta qué punto ser hijo natural era un hecho tan vergonzante y excepcional en la campaña bonaerense?". Así muchos alertan contra el peligro de exagerar la importancia de este hecho para juzgar y comprender a Eva Perón y a su vez denuncian severamente los prejuicios sociales en los que pueden apoyarse los detractores de nuestro personaje.

En su niñez Eva tema contacto con la política: en la casa de doña Juana, en Junín, se reúne el grupo radical yrigoyenista acaudillado por Moisés Lebensohn, posterior adversario de Perón y creador ideológico del Movimiento de Intransigencia Radical con el que se identificó Arturo Frondizi.

A los siete años Eva es violentamente sacudida por una experiencia clave: muere Juan Duarte, y doña Juana se aparece en un hotel de Chivilcoy, ciudad donde lo estaban velando. "Allí, afirma Sebreli, soportando las humillaciones de las hijas legales de su padre, que no quieren dejar entrar a las ilegales, Eva Duarte hace experiencia de su marginalidad, descubre la existencia de una legalidad de la que está excluida."

El político conservador Grisolía, hermano de la primera mujer de Duarte, logra que los cinco niños vean por última vez a su padre. Muchos años después, cuando Eva Perón es la esposa del presidente

Perón, se presenta de repente en el bufete del abogado Grisolía. Las relaciones entre el peronismo y la oposición son más violentas y ásperas que nunca. Grisolía empalidece ante esa aparición en su quinto piso de la Diagonal Norte que le dice: "Mire Grisolía. Cierre el estudio. Tómese vacaciones. Váyase del país por un tiempo. Ustedes los oligarcas nos quieren madrugar, pero nosotros vamos a golpear primero". Poco después recrudecía la represión violenta contra los grupos opositores. Eva Perón no le dijo nada más esa tarde a Grisolía. Le dio la mano y se fue. La deuda había quedado saldada.

El destino se llama Magaldi

Eva es un poco la oveja negra de la familia: quiere ser actriz. Recita en las fiestas de la escuela mientras sus hermanas mayores estudian para maestras. En 1929, la familia se traslada de Los Toldos a Junín, donde doña Juana instala una pensión familiar en la calle San Martín 70. Poco después se muda a la calle Roca. Entre sus huéspedes están el mayor Arrieta, que se casará con Elisa, y el abogado Álvarez Rodríguez, hermano del rector del Colegio Nacional de Chivilcoy, que se casa con Blanca, quien en 1930 se gradúa de maestra en Junín. En 1933, Eva participa de la *troupe* que en la Escuela Normal representa *Arriba, estudiantes*.

En la pensión de doña Juana no faltaron las reuniones conspirativas de radicales yrigoyenistas, civiles y militares, que proyectaban derrocar el régimen conservador. Quizá del radicalismo de su madre le vino a Eva su simpatía por el yrigoyenismo, frente a la filiación conservadora de su padre.

Eva se asfixia en Junín. ¿Qué posibilidades le ofrece a una mujer un pueblo de provincia? Ser esposa de militar, o de bancario, o de burócrata. O una contraparte que Eva rechaza: "La novia de los forasteros". Estamos en plena década del 30, con su secuela de miseria y en el seno de una familia de la baja clase media, acosada por la angustia económica. ¿Qué puede hacer Eva allí? ¿Cómo huir de la mediocridad? ¿Cómo evitar a los huéspedes pegajosos que, atraídos por su belleza, la molestan? No quiere estudiar más y ninguna posibilidad artística le ofrece Junín. Además, lucha contra la oposición

de una familia que, como cualquiera otra de la clase media, de esa o de esta época, ve con desconfianza y escepticismo la vocación artística, sobre todo en una mujer.

La huida a Buenos Aires se va convirtiendo en obsesión. Cuando el mayor Arrieta (luego senador nacional peronista) y Elisa Duarte viajan a la Capital Federal, abren el camino. Pero Eva es muy independiente. Quiere irse a vivir sola y no sabe cómo. Las finanzas familiares naufragan. Eva, según un biógrafo, "asume el rol emergente de un grupo familiar sumergido. Es la más tensa de un grupo que vive acosado por humillaciones pueblerinas y por tensiones internas... Su clave reside en ese querer emerger permanente, empecinado y –por contradictorio– profundamente dramático".

Cierto día de 1934 llega a Junín el cantor Agustín Magaldi. Por ese entonces, Magaldi es para el interior del país mucho más popular que el propio Carlos Gardel. Junín es otra escala de una de sus habituales giras dando recitales.

"¿Por qué no me lleva con usted?". Magaldi y su esposa, en el galponcito que hace de camarín, miran asombrados a esa chica de 16 años. "Señora, sea buena, lléveme a Buenos Aires".

El matrimonio Magaldi duda mucho. En cada pueblo del trayecto hay algún desesperado que lanza un S.O.S. así. Pero esa chica de pelo negro, de ojos extraordinariamente vivos, de rasgos delicados, menuda y enérgica, tiene un enorme poder de convicción. La primera entrevista termina en una victoria de Eva. Por lo menos, el matrimonio Magaldi ya no dice tan redondamente no. Entonces Eva lanza su segundo ataque, esta vez contra las reticencias de doña Juana. Sólo su prodigioso sentido de la persuasión mezcla los llantos, los gritos y los pataleos con los argumentos en una medida tal que finalmente la madre, amparándose en la legendaria honradez de Magaldi, da el sí. El matrimonio Magaldi finalmente cede. Y un día, desde el andén solitario, Eva Duarte comienza el viaje a la capital en un vagón de segunda. Viaja entre su gente, los campesinos del interior que ya desde esa época se vuelcan sobre la capital. Ellos no lo saben. Ella tampoco. Pero allí, en ese vagón de segunda, rodeada por una valija de cartón y dos bultos grandes, tratando de no dormirse para que no la roben, con su flequillo y su revista *Sintonía*, viaja la que un día muchos de ellos considerarán su jefa.

¿Cómo podrá luchar una muchacha sola contra una ciudad feroz? ¿Hasta qué punto Eva Perón se realizará como actriz? ¿Hasta qué punto le importaba serlo? ¿Cómo fue su vida hasta su encuentro con Perón? Mucho se ha dicho pero poco se sabe. Pronto conoceremos la verdad sobre el período más tormentoso de su vida.

Una autodidacta

Eva Duarte, ¿terminó sexto grado? Algunos investigadores sostienen que no. Afirman que desde muy chica la fascinó el teatro. En aquella época, como en esta, una de las imágenes rotundas y veloces del triunfo para las clases modestas era ser un artista popular. Por eso "El alma que canta" era más atractiva que un manual de historia. Sin embargo, Eva Duarte completó su ciclo primario. Después su formación se haría con criterio autodidacta y tras su encuentro con Perón se apasionó por el libro de cabecera de su marido, Las vidas paralelas, de Plutarco. "No leyó muchos libros, pero pertenecía a esa clase de personas que cree en las cosas que dicen los libros y que además cree que si uno está de acuerdo con algo escrito, entonces tiene que ponerlo en práctica. Por eso es apasionante pensar en los efectos que sobre ella produjeron las historias de héroes griegos y romanos que Plutarco cuenta paralelamente", afirma un sociólogo.

¿Dónde nació?

Hasta la fecha de nacimiento de Eva Perón está puesta en discusión. El acta 728 del registro civil de Junín afirma que nació allí en 1922. Pero investigaciones posteriores a 1955 indican que esta acta es falsa, según afirma el escribano Rodríguez del Pino, quien sostiene que el acta de Junín fue adulterada en 1945 y que en realidad Eva Duarte nació en la calle Winter 90, el 26 de abril de 1919, en la localidad de Los Toldos.

Qué hacía Perón

Corre 1926. En Chivilcoy, una niña de siete años asiste, con los ojos muy abiertos, al triste forcejeo de los hijos de la primera esposa de su padre, que sólo le permiten asistir a su velatorio después de muchas gestiones mediadoras. Ese mismo año, un joven teniente que obtuvo brillantes calificaciones en el Colegio Militar y que comienza una carrera prometedora, contrae matrimonio. Se llama Juan Perón y su esposa es Aurelia Tizón. Poco después, durante el golpe de Uriburu que derroca a Yrigoyen, mientras la pensión de Juana Ibarguren en Junín se convierte en centro de complotados yrigoyenistas, ante los ojos de una Evita muy radical, en Buenos Aires, Juan Perón revista entre los militares conservadores que participan de la toma de la Casa Rosada. Los mismos protagonistas se encontrarían años más tarde en un curso diferente de la historia política del país.

La historia desconocida de Eva Perón
Evita actriz

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 15 | 22 de agosto de 1967]

Evita llegó a Buenos Aires en 1935. Durante muchos meses, su hermano Juan, que hacía la conscripción en la capital, iba a esperarla todos los días a la salida de radio París, en Cangallo y Suipacha. Eran épocas difíciles. Todavía estaba de moda un tango del 30 que preguntaba: "¿Dónde hay un mango, viejo Gómez? Los han limpiado a todos con piedra pómez". Los actores actuaban en siete funciones corridas los sábados y otro tanto los domingos. Evita vivía en pensiones y comenzó a actuar en novelas radiales. Estudiaba teatro en el Consejo de Mujeres, y Juana Larrauri la ayudaba, igual que Pierina Dealessi.

"¡*Perebant*!", dijo Eva Perón en latín, con un libro abierto entre las manos, desde el fondo del escenario del Corrientes. Recitó verbos latinos durante tres parlamentos del primer cuadro y luego hizo mutis. Era diciembre de 1936, la diva era Gloria Ferrandiz en *Las Inocentes*, de Lilian Hellman, y Eva Duarte se llamaba Eva Durante. Se sentía razonablemente contenta: por fin hacía teatro. Pero su alegría no era mucha. Casi no comía.

La jungla

El 3 de enero de 1935, Eva dejó su valija de cartón en la pieza que el matrimonio Magaldi le cedió en su casa de Alsina casi esquina Entre Ríos.

"Me mudo", le dijo tres días después a Juancito Duarte, que con su uniforme de conscripto la fue a esperar a la salida de radio París, en Cangallo y Suipacha. Juan preguntó por qué. "Quiero vivir sola". Juan Duarte objetó: "Si tenés 16 años". Eva sonrió: "La nena sabe lo que hace", y apoyándose en el brazo de su hermano empezaron a caminar. Eran años terribles para ser actriz, la profesión peor remunerada en una

ciudad de ollas populares, aunque el intendente Vedia y Mitre estaba por abrir la avenida 9 de Julio y el arquitecto Prebisch inventaba el Obelisco. Todavía estaba de moda un tango del 30: "¿Dónde hay un mango, viejo Gómez? Los han limpiado a todos con piedra pómez".

Los actores hacían de galanes de puro favor, las compañías trabajaban siete secciones los sábados y otro tanto los domingos. En el mundo, se afianzaba el fascismo en Europa, el "New Deal" rooseveltiano en Estados Unidos y el culto stalinista en la URSS. En la Argentina, Pinedo afirmaba: "Los conservadores han hecho un país de lo que fuera teatro de correrías de salvajes", CHADOPyF [Compañía Hispano Argentina de Obras Públicas y Finanzas] construía las últimas líneas de subterráneos, los radicales entraban al acuerdismo, se acercaba el escándalo de las carnes y de la CHADE [Compañía Hispano Argentina de Electricidad]. En noviembre, Manuel Fresco triunfaba en la provincia de Buenos Aires y durante el frustrado asesinato de De la Torre, moría Bordabehere en pleno senado. Juan Perón publicaba ese año "Toponimia Araucana" en el boletín del ministerio de Agricultura. Eva escribiría después: "Por aquellos años me acorralaban en cualquier parte y todos los días" (*La razón de mi vida*). Por esa época, Natalio Botana inventaba en *Crítica* crónicas sensacionalistas escritas por noteros como Arlt, y Jaime Yanquelevich era figura clave en la creciente industria radial. Desde 1929 aparecía con 5000 ejemplares la revista *Sintonía*, pero pasaría mucho antes de que Eva existiera para los gacetilleros. Vivía ahora en una pieza de un hotel en Callao, entre Sarmiento y Corrientes. Hacía de extra en algunos radioteatros y su hermano siempre la esperaba a la salida de la radio París, donde Juana Larrauri era entonces una cancionista de éxito que la ayudaba. Eva Duarte se sentía tan sola como cualquier provinciano de los miles que entonces se volcaban sobre la capital, arrancados de sus pueblos sin raíces, golpeados por la desconcertante y feroz escala de valores ciudadana.

Una de sus viejas amigas de aquellos días recuerda con ternura: "Era una piba muy enferma. Extrañaba mucho a la madre, a su casa. La ayudé, le di de comer. Ella después lo reconoció".

El radioteatro hacía furor. Su público de barrio, de suburbio, de campo, que seguía obsesionado cada capítulo de *Chispazos de tradición*, novela que tenía puntos de contacto con el estilo de un Chiappe actual.

Pero además del tema campestre, otro filón explotado era el mundo de las pensiones. Eva trabajaba por el café con leche como casi todos los actores de entonces. Empezó a tomar clases de declamación y arte dramático en el Consejo de Mujeres. El 28 de marzo hizo un papel muy pequeño en *La señora de los Pérez*, entrando a la compañía de Eva Franco, pero, cuando la compañía salió de gira, no fue incluida. A fines de 1935 actuó en *Madame Sans Gene*. En 1936, el 2 de enero, debutó en el Cómico, compañía José Franco, con *La dama, el caballero y el ladrón*. No figuró en reparto. Juan Perón era entonces agregado militar y también aeronáutico en Chile.

"¿Sabés que me voy de gira?" le dijo Eva una tarde de marzo a Juan Duarte. (Su hermano, el único hijo varón, era su protector, su confidente y consejero. Eva era bella y eso era un inconveniente en la ciudad hostil. Juan la defendía y la cuidaba). "La obra no es la que me gustaría hacer, pero la cosa no está como para despreciar trabajo." Se trataba de *El beso mortal*, auspiciada por la Liga Profiláctica Argentina y cuyos afiches usaba la municipalidad para tapar las proclamas callejeras de Forja, núcleo radical yrigoyenista que durante el 30 denunciaría al régimen usando un lenguaje que popularizaría el peronismo después.

Fue una gira exitosa: en Rosario, su foto apareció por primera vez en la prensa argentina (*La Capital*, 12 de junio de 1936, "Vida artística"). A fin de año, de regreso, actuó en *Las inocentes*, a cuyo estreno asistieron Alfredo Palacios, Alfonso Reyes, Martín Gil, y en la cual pronunció los parlamentos que inician esta nota. Ese año Juan Perón fue ascendido a teniente coronel. También estalló la guerra civil española.

Algunos actores recuerdan un pequeño escándalo: un admirador anónimo le envía a Eva un ramo de rosas que por confusión va a dar al camarín de la otra Eva, la diva. Eva Duarte discute con Eva Franco y se retira, humillada.

Cine y publicidad

Por esos años un melancólico y narigudo cómico norteamericano popularizó su nombre en el cine: Jimmy Durante. Quizás Eva, acosada por el hambre y la necesidad de triunfar como única manera de sobrevivir,

recurrió por eso al seudónimo Durante con el cual la registró *El País* montevideano al citarla en una crítica teatral, el 13 de enero de 1937, durante una gira de la compañía al Uruguay. Ese año Alvear se entrevista con Justo y en marzo, en el Politeama, Eva, que volvía a usar su apellido, representaba el papel de "Nela", una joven doncella de *La nueva colonia*, obra de Pirandello, donde su único parlamento fue "Hola. No. No. Basta".

En mayo, Alvear-Mosca eran proclamados fórmula del radicalismo concurrencista y en junio la CGT era encabezada por una dirección en la que estaba Borlenghi y Pérez Leirós. Perón ya profesor suplente en la Escuela de Guerra Naval, presentó el 5 de julio de 1937 al II Congreso Internacional de Historia de América, su trabajo: "La idea estratégica y la idea operativa de San Martín en la campaña de los Andes".

Eva Duarte no aguantaba las humillaciones. Tenía un genio violento pero respetaba a sus amigas, en las que se refugiaba –Fina Bustamante, Anita Jordán, Elena Sucotti–, pero no olvidaba jamás lo que sintió como ofensas. Pierina Dealessi, que la ayudó en aquella época, afirma que años después, desde el poder, Evita siempre lo reconoció y que fueron buenas amigas hasta la muerte de ella.

Segundos afuera, con Pedro Quartucci, Luis Elías Sojit, Pablo Palitos, fue la primera película que filmó Evita. Argentina Sono Film construía sus estudios y la industria del cine alcanzaba ritmo frenético con influencias continentales. Juan Perón era adscripto al Estado Mayor del Ejército. La revista *Sintonía*, por entonces, lanzaba un concurso llamado "La rueda de la fortuna" y Eva se encargaba de los avisos publicitarios por radio.

Una mañana de 1938, Juan Duarte llegó eufórico: "¡Evita, mirá lo que te conseguí!".

Juan, que ya trabaja como corredor de la fábrica que producía Jabón Radical, le mostró un contrato: Eva sería locutora radial de todos los avisos.

Eva trabaja con Leonor Rinaldi, Pascual Pellicciota y posó como modelo para una casa de peinados, una peletería, una casa de modas. También estuvo a punto de filmar una película publicitaria para un producto de belleza.

El 10 de septiembre de 1938 moría Aurelia Tizón, la primera mujer de Juan Perón.

Al año siguiente, con Camila Quiroga, Eva actuaba en "Mercado de amor en Argelia", de Gastón Baty, y compartía el camarín con Bocha Pampín y Rosita del Río, también compañeras de pensión. Pero la mala racha estaba a punto de terminar. El 22 de abril de 1939 la revista Antena le dedicaba por primera vez una tapa.

Algunas versiones

Su suerte mejoraba. El 1º de mayo, a las 17 y 30, se presentaba por radio Mitre con *Jazmines del 80*. Ya es cabeza de compañía. Pero no sabe bailar. En una reunión social, por esos años, alguien la invita a un vals. Ella, cortada, se disculpa. Una versión cuenta que entonces nació la mitológica enemistad entre Eva y Libertad Lamarque, quien en esa fiesta y delante de Eva habría comentado: "¿Qué clase de estrellitas jóvenes son las de ahora que ni siquiera saben bailar un tango?"

Su ciclo de novelas históricas tenía bastante éxito. Al año siguiente, en plena guerra ya, las críticas cinematográficas la mencionaban en un film de aquella época: *La carga de los valientes*. Juan Perón estaba en la escuela de sky y alpinismo de Aosta, Italia, y la firma Llauró anunciaba el nuevo radioteatro de Evita Duarte: *Los amores de Schubert*.

El 5 de julio de 1941, *Antena*, en el característico estilo de las revistas de chismografía artística, anuncia un romance con Olegario Ferrando, productor de Pampa Film, afirmando: "¿Existió ese romance? La respuesta es francamente afirmativa. Hubo romance y hubo madrigal. Culminó como todos los romances culminan y después se inició la curva descendente ¿La trazó ella...? ¿La determinó él? Esto es lo que no sabemos. Hoy se ven y no se miran".

Varios informantes consultados rechazaron con indignación el sentido de esa gacetilla, acusándola duramente de "mentirosa y amarilla", al igual que otras publicadas en la misma revista, el 12 de mayo y el 4 de julio de 1942 donde se supone un *flirt* con Pablo Racciopi. Lo único cierto es que ambos integraron una compañía de radioteatro por radio El Mundo. Y lo único constatable es también que Eva Duarte ganaba 100 pesos mensuales; que enviaba dinero a su madre; que "no era, entonces, muy ilustrada, pero sí muy tenaz y trabajadora

e inteligente. Llegaba al ensayo tres horas antes porque le costaba más trabajo aprender la letra que a otras, pero eso le hizo adquirir una enorme seguridad ante el micrófono, que quizá fue factor importante para que lograra formar compañía propia", afirma un informante.

Hacia el encuentro

La vida ya era un poco menos dura. Fue modelo de la revista *Selecta* y después de su audición de las 11 solía tomar té en el bar Mundial, frente a radio El Mundo, o en la confitería La Estrella. Juan Perón era jefe de Tropas de Montaña en Mendoza. Corría el año 1943. Una intentona revolucionaria del general Juan B. Molina era desbaratada por Castillo. Y mientras Eva Duarte actuaba en *Infortunio*, de Martinelli Massa, ni siquiera sospechaba que, de pronto, un hombre al que ni conocía la haría vivir una historia apasionante y casi increíble.

Ni sabía de la existencia de Perón y el encuentro, sin embargo, estaba ya ahí, casi a la vuelta de la esquina.

Contar cómo se conocieron Juan Perón y Eva Duarte significa volver a descubrir, con asombro, que la realidad está llena de sorpresas mucho más ricas que cualquier película de acción o de amor.

La historia desconocida de Eva Perón
El matrimonio Perón

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 14 | 15 de agosto de 1967]

Juan Perón y Eva Duarte se conocieron durante el festival del sábado 22 de enero de 1944, en el stadium del Luna Park. Dos butacas vacías junto a Perón fueron la gran carta que les jugó el destino. El amor fue fulminante y ambos se casaron en Junín el 22 de octubre de 1945. El mito negro y el mito rosado de Eva Perón. ¿Cómo era la actriz? Hablan los testigos.

Eva Duarte dejó un instante los cubiertos y en medio del susurro habitual que se levantaba de las otras mesas del restaurante La Cabaña le dijo a Lomuto, secretario de Prensa: "Hágame el favor y dígale al general Ávalos que lo deje tranquilo al coronel. Porque si no, voy a hacer algo que él quiere y yo no: casarnos". Eva tenía mucha amargura esa noche de 1945. Junto a ella, su amiga Rita Molina comía en silencio. Pero Eva se casaría con Perón mucho antes de lo que todos imaginaban. Las cosas volaban en ese turbulento 1945.

Desde que dos años antes el presidente Castillo fuera derrocado pese a sus desesperadas cenas de los sábados con los militares, muchas cosas le habían pasado a Eva Duarte y a Juan Perón.

Fueron sin duda dos años claves para el futuro del promisorio coronel. Mientras la derrota de Italia precipitaba la caída final del fascismo, el gobierno de facto argentino se desgarraba en tensiones internas entre los probritánicos, de filiación conservadora, justista, y los pronazis, que venían del uriburismo, junto a los cuales había neutralistas. Dos oficiales centraban la expectativa política. Y aunque Perón era uno de ellos, sin duda en aquellos días Enrique P. González, secretario general de la presidencia, era el más brillante de los dos. Circulaba una consigna: "Hay que seguir a Gonzalito". Y cuando, a su cargo de secretario del Ministerio de Guerra, Perón sumó la Subsecretaría de Trabajo y Previsión, muchos escépticos le retiraron toda confianza. ¿Qué futuro tenía ese oscuro puesto de tercera línea? Los enemigos del GOU, grupo militar que había instrumentado el golpe, se regocijaron.

Pero cuando en 1945 descubrieron que los "cabecitas negras" existían, ya era demasiado tarde para frenar a Perón, a quien hasta sus opositores reconocen hoy el mérito de haberse convertido en la voz de quienes no tenían voz: una inmensa clase obrera provinciana que vivía al margen de la política tradicional, una clase paria cuyo caudal en las elecciones del 46 decidió nueve años de la Argentina.

Eva Duarte corregía sus últimos errores de dicción y desde 1943 la apasionaban los personajes históricos que un flamante egresado de Filosofía y Letras, Francisco Muñoz Azpiri, escribía para su ciclo de radio: la Delfina, mujer del caudillo Pancho Ramírez, fue su primera creación.

El 21 de octubre de 1943, *Antena*, en su número 659, la mostraba "ofreciendo a nuestros lectores algunos modelos de vestidos propicios para estos días primaverales" mientras pocos meses después Perón, en su primer mensaje de fin de año, anunciaba que "1943 se cierra con el más grande superávit de la balanza de pagos de la historia argentina".

A punto de cerrarse el capítulo "Evita Duarte actriz", ¿cómo era ella? ¿Cómo la veían los demás? Antes del adiós definitivo a la vida artística, dejemos hablar a los testigos. "Hubo varias transformaciones en Evita Duarte", recuerda Marcos Zucker. "Durante su período de teatro, en sus primeros años, era débil, indecisa, tímida. Estaba algo anémica. Incluso cuando llegó a ser cabeza de compañía no abandonó del todo esa timidez. Me acuerdo cuando trabajábamos en 'La gruta de la fortuna'. Cuando más tarde en la radio llegó a ser cabeza de compañía, hacía papeles de heroínas castas, algodonadas, que le caían bien dado su carácter y su fragilidad. Cuando descubrimos que ella estaba relacionada con personalidades militares y políticas, eso nos tomó de sorpresa a todos. No imaginábamos que una compañera estuviera metida en ese tipo de actividad. Más tarde siguió sorprendiéndonos cuando fue la esposa de Perón y adquirió la importancia que tuvo en ese proceso. Puede decirse que desde la timidez primera en el teatro a su momento de radio, pude notar que ya estaba menos tensa, menos ansiosa, un poco más segura".

Pierina Dealessi, a quien muchos consideran su segunda madre, todavía se pregunta: "¡Qué cosa extraordinaria! Evita vino apocadamente a verme un día de 1936 y la probé. Me pareció buena. En ese año hacíamos 'Una boîte rusa'. Eva, junto con otras chicas, salía

muy bien vestida y su figura era monísima. Cuando pasaron los años y esa chica débil y frágil realizó tantos cambios en su vida privada, por su matrimonio y por actuar en política, yo me preguntaba: ¿de dónde?, ¿cómo aprendió esta muchacha todo esto? Venía temprano al teatro, compraba bizcochos y tomaba mate en mi camarín. Yo le hacía mates de leche porque nunca estaba bien alimentada. Incluso en 1945, cuando ya era estrellita, me acompañaba hasta el Teatro Boedo, donde yo trabajaba. Con respecto a sus relaciones con Perón, me pregunto: ¿acaso no cabe la palabra envidia para mucha gente que por eso la miraba mal? Cualquiera de las que la critican, ¿no se hubiera ido de bruces a donde ella fue, si se hubiera visto en la misma situación?". Sin embargo muchos afirman que lo apasionante en Eva Duarte fue que se convirtió en un personaje mucho más polifacético que una simple actriz casada con un militar.

Pierina Dealessi radiografía la situación de las actrices en la radio alrededor de 1945: "Yankelevich era dueño y señor de las radios y tenía a Evita muy bien conceptuada. Nunca le faltaba trabajo". Pero Carmelo Santiago, marido de Niní Marshall, afirma: "Como Samuel Yankelevich le oponía resistencias, cuando Eva llego al poder, lo primero que hizo fue quitarlo del panorama radial".

Santiago dice que Eva "llegó a *Sintonía* en busca de una gacetilla, una nota, una foto. Allí conoció a don Emilio Kartulovich, que era director fundador. Eva tenía una gran personalidad adormecida por la gran ciudad. Era muy enérgica y violenta, pero todo en potencia. Estaba como contenida por aquel tiempo. Eva Duarte conoció al viejo Kartulovich y se enamoró de él. Yo estaba todo el día en la redacción y ella lo esperaba 12 horas por día, sentada en un sillón, limándose las uñas. Eva tenía un gran temperamento que sólo mucho después hizo eclosión. Sin embargo, ya hacia el final de su vida artística seguía siendo tímida, pero lo superaba con desbordes, con explosiones de carácter. Entre la indómita muchacha del 45 y la tímida recién llegada del 35 había un cambio enorme". Santiago sostiene que "siempre pensé que Eva Perón tuvo resentimiento contra todos los que triunfaron en la escena, lo que se exteriorizaba con la prohibición de trabajar que se les hacía a algunas figuras. A Niní la bocharon. 'Esta no corre', me comentaron que decidió Eva con respecto a mi señora. A los que

la conocimos cuando comenzaba a buscar su lugar en la farándula, verla en la tribuna pública hablándole al país con audiencia total nos parecía una burla, una payasada. Yo la comparo con Juana de Arco, la siento emulada por Jacqueline, pero la vi cruel y sin piedad, al extremo de no renunciar a ningún medio para alcanzar sus fines. De cualquier manera, aunque se la ataque, no se puede desconocer que fue una especie de Robin Hood y valga esta anécdota mía: una tarde siento en las radios mexicanas que se interrumpen las transmisiones para anunciar: 'Falleció doña María Eva Duarte de Perón'. Y ¿qué quieren que les diga? Yo, que estaba trabajando en México porque en la Argentina me negaban hasta el menor trabajo, me emocioné. De alguna manera, para mí, era el país que se moría".

Pero ¿hasta qué punto el famoso resentimiento sirve para explicar el fenómeno Eva Perón? Otros testigos niegan además el romance con Kartulovich y denuncian como injuriosa esta visión de Eva que comparten muchos sectores de la oposición. Pero, por otra parte, "en el supuesto caso que Eva Duarte antes de conocer a Perón hubiera sentido afecto por otro hombre ¿Qué tiene eso de malo? ¿Acaso no es normal, no es natural, no es humano?" tercia un biógrafo que denuncia: "En este país los prejuicios sociales y el 'machismo' fabrican moralina para agredir políticamente a un personaje cuya importancia histórica y humana fue mucho mayor que cualquier chisme de intimidades".

En su investigación, siete días enfrentó el silencio, el temor o las visiones esquemáticas. Sin embargo es sintomático que un entrevistado que no puede calificarse de peronista como Santiago reconozca que "en Eva Duarte hay dos mitos. La leyenda negra y la rosada. Con respecto a esto no podemos negar que trabajaba 18 horas. Con respecto a la leyenda negra debo reconocer que muchos se escudaban en su nombre para cometer infamias de las que ella no era responsable. En 1946 se hizo una marcha por la democracia en plaza Congreso. De más está decir que la policía reprimió enérgicamente. Al día siguiente, la Asociación de Cronistas Cinematográficos en un comunicado repudió la intervención policial. Entre otros, lo firmaba yo. Pasaron muchos años. En uno de mis viajes al exterior, tuve que renovar mi pasaporte y me enteré que mi documentación estaba en Leyes Especiales. Cuando concurrí, me informaron que

por aquella olvidada firma no podía viajar. Cuando amenacé al funcionario con ir a ver a Evita para arreglar el asunto con ella, las cosas se ablandaron y finalmente me autorizaron a viajar. Eso de alguna manera demuestra que mucha gente cometía infamias por su cuenta y se las endilgaba a Evita".

La boda

En 1944, la tímida provinciana ya es una estrella que sale en tapa, en la revista *Antena*. El 15 de enero y durante tres minutos y medio, un terremoto destruye a San Juan enterrando a 10.000 personas. El 22 de enero, un sábado muy caluroso, los porteños se reúnen en el Luna Park para ver a sus astros y colaborar con sus hermanos sanjuaninos. Ni se imaginan que un desapercibido acontecimiento, en el *ring side*, pronto tendría fundamental importancia para todos los argentinos. Durante esa tarde, en el estrado se conocieron Eva Duarte y Juan Perón. Pero ¿quién los presentó? Arrecian las versiones. Según el periodista Mauri Rubinstein, fue Kartulovich. Otra versión afirma que Eva y Rita Molina fueron introducidas al estadio por Homero Manzi, quien las presentó a Perón. Por fin se indica que el coronel Imbert (entonces interventor en Telecomunicaciones), que conocía a Eva por haber firmado sus permisos para actuar por radio, fue quien la presentó. Pero la verdad es otra. Pascual Carcavallo, el empresario teatral, cuenta: "Estábamos en el estrado Eva, Rita Molina y yo. En un intervalo y al pasar, Eva me preguntó: ¿quién es el coronel Perón? Entonces los presenté. Dio la casualidad de que junto a Perón había dos butacas vacías y el destino quiso que justo allí se sentaran Eva Duarte y Rita Molina". Así, en medio de la multitud, comenzó una relación sentimental que sólo podría separar la muerte.

Después todo fue vertiginoso. El 3 de febrero, en el número 676 de *Antena*, Perón aparece junto a Mercante en una visita a la radio donde actúa Eva.

Pero las presiones sobre el coronel en ascenso eran enormes. Demasiadas baterías se concentraban sobre Perón. Así fue como en la noche del 26 de febrero, en el despacho de Yankelevich en radio

Belgrano, el fotógrafo Genaro Caserta, al sacar una foto de Perón, Eva, Imbert, Yankelevich, conversando, recibió de Perón esta orden: "Pibe, esa foto no corre". El oficial Perrotta, asistente del coronel, gritó: "¿Qué foto hizo?". "La del coronel con la señorita". Caserta recuerda su asombro: "¿Por qué hizo esa foto? Hay cosas que no se pueden hacer" se exasperó Perrotta. "Luego los vi en el estudio, los volví a sacar. Al día siguiente, cuando llegué a la radio un pesquisa de investigaciones me secuestró el rollo". Perón titubeaba en hacer público su amor. Un sociólogo reflexiona: "Esa boda con una actriz era un desafío incluso para el propio coronel, además de ser un escándalo para su círculo. Consideramos que era un ascético oficial formado en la rígida disciplina prusiana, un intelectual y un teórico con aspiraciones de estadista. Imaginemos su conmoción interior. El acercamiento a Eva Duarte fue la gran apertura de Perón hacia lo popular".

Quizá por eso, en un día de 1945, el general Fortunato Giovannoni le dijo al coronel, durante una intempestiva visita al despacho de Perón en el tercer piso de Callao y Viamonte, en la Subsecretaría de Guerra: "Estás dando un mal ejemplo a tus compañeros y a todo el ejército llevando a Eva Duarte a tu residencia oficial en Campo de Mayo". Y por eso, cuando Eva le envió su mensaje al general Ávalos, jefe de Campo de Mayo, ya Perón estaba decidido a la boda. El día, sin embargo, lo fijó la historia. Poco después, el 17 de octubre de 1945, Eva Duarte rescataba a Perón de la depresión más grande de su vida. Fue ese día que Perón decide que la boda no puede esperar más. Eran las 19 y 30 del día 22 cuando la pareja entraba al registro civil de la ciudad de Junín. Ese mediodía en la casa de doña Juana, en José Arias 171, ambos comunicaron la noticia. Ese anochecer los testigos Juan Duarte y Domingo Mercante testimoniaban ante el escribano Hernán A. Ordiales, quien casó a Juan Domingo Perón, que se declaró soltero, de 50 años, con María Eva Duarte, que declaró 23 años. El 29 de noviembre, en la iglesia de San Francisco, en La Plata, el padre Pedro Errecalt, muy amigo de Perón, se disponía a casarlos, pero una multitud se agolpó frente al atrio después que llegara la novia. Perón, disgustado por esa publicidad, pasó de largo en su auto y pocas horas después, en algún lugar de la ciudad, Perón y Eva fijaron nueva fecha en el más absoluto secreto. Así, curiosamente, a las 20 y 25 del 10 de

diciembre de 1945, después de confesarse (Perón ante fray Bernardo Bermúdez, Eva ante fray Fidel Rossel), el cura párroco fray Francisco Sciamarella los casó en la iglesia de San Ponciano, también en La Plata. Poco después, por el discreto portón que da a la calle 69, todos los presentes fueron saliendo de a uno.

Eva Duarte ya era casi Evita a secas. Porque, en realidad, Evita había nacido cinco días atrás, en las calles, durante un día polémico y extraordinario. ¿Qué hizo Eva Duarte el 17 de octubre para decidir a Perón al casamiento fulminante? Y además: ¿qué pasó en realidad ese discutido 17 de octubre? ¿Qué papel jugó Eva Duarte en esa jornada?

La historia desconocida de Eva Perón
Evita y el 17 de Octubre

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 15 | 22 de agosto de 1967]

En la semana de octubre de 1945, Eva jugó un papel psicológico fundamental al influir sobre Perón en un instante muy difícil. Juan Perón fue el líder indiscutido para su vasto movimiento y decidió con plenos poderes, durante nueve años, el destino de Argentina. Sin embargo Eva Duarte, al igual que otros dirigentes como Mercante, Bramuglia y los sindicalistas, influyeron en octubre del 45 decidiéndolo a jugarse el todo por el todo para enfrentar a la oposición y derrotarla. Sus adictos en las calles, en desbordantes multitudes, provocaron el 17 de octubre un movimiento que todavía ahora despierta inquietantes fervores y oposiciones.

"El baile recién empieza, Juan", dijo Eva Duarte esa calurosa noche del 9 de octubre de 1945, cuando el coronel Perón se derrumbó, muy cansado, en un sillón de su departamento del cuarto piso de Posadas 1965. Ese día acababa de perder una batalla.

Mientras *Crítica* pedía entregar "El gobierno a la Suprema Corte", los jefes de Campo de Mayo, con sus 10.000 hombres, habían obligado a Perón a renunciar a sus tres cargos (secretario de Guerra, secretario de Trabajo, vicepresidente de la República) y Juan Perón, muy exhausto, le dijo a Eva: "No quiero baile. No quiero que por mi culpa corra sangre".

"No está todo perdido", dijo Domingo Mercante, que esa noche del nueve fumaba sin cesar en el departamento de Posadas.

"Hay que contar con Sosa Molina que está en Paraná, con Sustaita en El Palomar y con regimientos de Palermo que se van a jugar".

Una profunda amargura acosaba a Perón, que negó con la cabeza.

Entonces Evita dijo: "Nosotros salimos a la calle". Perón la miró. Estaba pálido, con la barba crecida, muy nervioso.

Eva habló durante media hora, con persuasiva violencia. Durante toda su vida matrimonial la tónica de los diálogos fue al revés. Eva solía escuchar casi reverencialmente a Perón con una atención

respetuosa. Pero durante esa semana de octubre del 45 fue Eva la que disparó su fervorosa convicción sobre un Perón lleno de dudas. Y anotó su primer triunfo.

Esa madrugada, después de la charla con Evita y Mercante, un Perón reanimado dijo mientras se afeitaba: "Ahora, hay una sola manera de seguir adelante. Tenemos que relevar a los jefes de Campo de Mayo. Hay que forzar a Farrell para que designe a Sosa Molina como nuevo ministro de Guerra".

Las vísperas

Mientras Farrell aceptaba, horas después, nombrar a Sosa Molina, Perón se definía tras su charla con Eva. Así le dijo a Mercante, entonces eficaz director de Acción Social de Trabajo y Previsión: "Ustedes tienen razón. Hay que organizar la huelga general. Toda la gente a Plaza de Mayo".

La idea de una presión masiva creció cuando Farrell comunicó que la resistencia de los jefes de Campo de Mayo era muy fuerte y Sosa Molina no podría ser ministro. El primer paso hacia la movilización obrera fue un éxito para Perón: consiguió que Farrell lo dejara hablar, el 10 de octubre, desde un palco de la avenida de Mayo, frente al Concejo Deliberante, ante una multitud que cubrió varias cuadras de la calle Perú.

Pero sus adversarios contraatacaron a fondo, los marinos acuartelados en sus buques estaban listos a intervenir. El Círculo Militar hervía de oficiales indignados que exigían un golpe contra Farrell o un *putsch* palaciego para imponerle un gabinete liberal.

"No vayas a la casa de Posadas esta noche", le dijo nerviosa Eva Perón por teléfono al coronel, que estaba en un departamento céntrico esa noche del 11 de octubre, tras su discurso.

"Un piquete de mayores armados va a tomar la casa por asalto. Te quieren matar".

Al Tigre

Los primeros resultados de la movilización obrera eran desmoralizadores para Perón. Sus partidarios militares estaban maniatados.

"No aflojés", urgía Evita. Perón, indignado, le dijo: "¿Por qué darnos de cabeza contra la pared?".

En la madrugada del 11, en un auto, Juan Perón eludía a los grupos que intentaban apresarlo y por la carretera de la costa escapaba al Tigre. Eva Perón difundió el falso rumor de que se dirigía hacia la estancia de Subiza. Era la madrugada del 12 ya, cuando una lancha ronroneó delante de un recreo del paraje Tres Bocas, propiedad de Ludovico Freude, industrial alemán pronazi con el cual Perón tenía contactos del mismo modo que luego los tuvo con el radical Sabattini y con dirigentes comunistas. Perón sufría una gran depresión.

"Tengo ganas de pedir el retiro, casarme, irme del país", le dijo Juan a Eva.

Una versión indica que una desafortunada infidencia del teniente coronel Mercante, que junto con Eva era uno de los más firmes partidarios de que Perón se quedara en el país, provocó que el jefe de policía, coronel Aristóbulo Mittelbach, actuara. Horas después, una lancha policial atracó en el recreo. Y Perón era detenido.

A Martín García

"¡Lo van a matar!", gritó Evita cuando la partida policial detuvo a Perón y la dejó volver a la capital, sola. "¡Yo tengo un poco de culpa en esta detención!", afirmó entre sollozos. No era cierto, pero sin duda la caída de Perón, el día 9, se precipitó porque el ejército quería imponer al teniente coronel Imbert, cuestionado en su cargo de Correos, y Eva sostenía la candidatura de Nicolini, que finalmente triunfó.

"El día 12" recuerda ahora Eduardo Colom, entonces director del diario properonista *La Época*, "vino a verme Mercante para preguntarme si me animaba a publicar un decreto firmado por Perón con posterioridad a su renuncia. El decreto aumentaba los sueldos y

otorgaba a los obreros el 25 por ciento de las ganancias patronales. Al día siguiente la noticia armó el gran revuelo".

Eva Duarte, en tanto, atravesaba la crisis más tremenda de su vida. ¿Cuál fue su participación real en la preparación del 17 de octubre? Hay dos versiones que parecen contradictorias. Una la muestra golpeando desesperada en las puertas de los abogados para conseguir un hábeas corpus para Perón a fin de escaparse con él al Uruguay, abandonar la política, casarse y dedicarse a la vida de hogar. Otra la muestra agitando a las masas en las fábricas, en los sindicatos, fomentando la explosión de multitudes del 17. Nuestra investigación permite asegurar que las dos cosas fueron ciertas.

Mujer y política

"La semana de octubre provoca cambios psicológicos notables en ambos personajes", reflexiona un sociólogo. "Hay que pensar que para Eva Duarte conocer a Perón significó la posibilidad de realizarse como mujer, constituir una familia. Por otra parte, sentía que su deber era empujar a Perón, azuzarlo, anular sus dudas. Y es por eso que al mismo tiempo, en medio de apasionantes contradicciones, buscaba el hábeas corpus y mantenía sigilosas entrevistas con dirigentes sindicales. Por otra parte los matices psicológicos de las dudas de Perón no son menos ricos. Es un oficial de carrera que el 9 de octubre del 45 cumple 50 años y, aunque tuvo inquietudes políticas toda su vida, se destacó como teórico de la guerra. Y de pronto debía enfrentar la gran responsabilidad, dar el gran salto, convertirse en un líder de masas, jugarse a todo o nada, demostrarse que todo el aparato ensayado en Trabajo y Previsión estaba a punto de transformarlo concretamente en el caudillo de masas más poderoso de la historia argentina".

Algunos opositores niegan el valor personal de Perón. Otros reconocen que esa semana de octubre fue muy compleja y produjo en todos sus actores reacciones con muchos matices.

Una semana feroz

Mientras tanto, en la tarde del 12, millares de antiperonistas reunidos en la plaza San Martín presionaban a los oficiales que complotaban en el Círculo Militar. Los peronistas describen ese mitín como "el picnic de la plaza San Martín, con mozos sirviendo refrescos". Los antiperonistas acusan "a la policía y a nacionalistas agazapados en torno a la plaza de haber disparado sobre la multitud a mansalva matando a diez personas"; lo cierto es que resulta difícil determinar quién disparó el primer tiro en esa semana feroz, cuando el país estaba al borde de la guerra civil. El almirante Vernengo Lima, desde los balcones del Círculo Militar pidió calma; la multitud furiosamente le exigió que cumpliera la promesa de entregar el gobierno a la Corte Suprema y el contralmirante aseguró que no mentía: "Yo no soy Perón", afirmó.

El sábado 13, un grupo de militares encabezado por el mayor Desiderio Fernández Suárez pedía la cabeza de Perón. "Lo buscaremos y después no vamos a responder por su vida", dijeron. (El mismo oficial fue acusado en 1956 de fusilar peronistas a mansalva cuando actuaba como jefe de la policía bonaerense). El general Peluffo negó apoyo, repudiando el crimen político.

Preparando el 17

Eva Duarte califica en su libro a esa semana como "un amargo calvario", recordando "mi soledad de octubre de 1945".

Perón, trasladado a una cañonera, es llevado luego a Martín García. Eva visita al abogado Bramuglia, pidiéndole el hábeas corpus para que Perón pueda exiliarse en el Uruguay. Según una versión, Bramuglia, quien luego sería canciller peronista, se niega violentamente. Según algunos, de allí surge una antipatía de Evita hacia Bramuglia, que aumentaría con el tiempo. Aunque parezca paradójico, a medida que pasen los días, Eva Duarte se inclinará por la posición de Bramuglia.

Lo cierto es que Eva insiste: "Hay que sacarlo a Juan de Martín García. Eso es territorio enemigo".

Eva comienza a trabajar con los sindicatos. Uno de sus contactos

vitales es Isabel Ernst, entonces secretaria de Mercante, que la acerca a los gremios. La primera reunión con los sindicalistas la provocó Mercante cuando ya el 12 de octubre conferenció con 80 líderes obreros en Trabajo y Previsión. Cuando terminaba de impartir sus instrucciones, entraron los funcionarios antiperonistas y Mercante, a duras penas, pudo disimular el motivo de la reunión.

Del 13 al 14 no se sabe si Perón está vivo o muerto. El 14 el coronel pide por carta al general Ávalos, jefe de Campo de Mayo, su traslado a la capital.

Evita convence a algunos amigos de Perón a presentar el recurso de amparo, pero el día 16 el destino desbarata la carta del hábeas corpus. *Crítica* titula, estruendosa: "Un loco llamado Badecich presentó un recurso para Perón". Colom señala: "La verdad es que se trataba realmente de un loco. Con ese antecedente se quemó la carta del hábeas corpus. Ninguna persona seria podía presentar el recurso porque hubiera sido un descrédito".

Y hasta una carta que Perón, sitiado en Martín García, envió a Eva a través de su médico, el capitán Mazza, jamás llegó a destino. La carta pedía apurar los trámites para trasladarlo a Buenos Aires o, de lo contrario, activar el exilio al Uruguay.

La agitación

Evita se embarca definitivamente en la agitación política. "Convenza a los muchachos de que hay que rescatar al coronel", cuenta un actor del 17 de octubre, el gremialista Mariano Tedesco, quien afirma: "Nos encontrábamos con Evita en los lugares más insólitos. El 13 a las 23.30, en la cervecería Adam, de Retiro. Evita tomaba té y no fumaba. Nosotros (Rovito, amigo de Mercante, Farías y yo, de la Asociación Obrera Textil) le aseguramos contactos con muchos gremios: con la Unión de Recorridos de Diarios, por intermedio de Hilario Salvo, con los Marítimos, por intermedio de Cormes y Borgen, con los Municipales, a través de Pedro Otero. Todos estos eran desprendimientos de gremios en poder de los socialistas. Hay que recordar que en el 45, la AOT, sindicato nuevo, agrupaba a

80.000 afiliados, mientras que la vieja UOT, socialista, apenas si ya tenía 20.000. Los dirigentes de la UOT querían dar una imagen apolítica, pero cuando Perón renunció, nosotros, delegados de fábrica, presionábamos sobre la dirección.

"'Hay que ir a la huelga general', dijo Evita. 'Para eso hay que trabajar al margen de la CGT', le respondimos. Al día siguiente, el 14, nos encontramos con Evita a las 15.30 en un Buick negro y conversamos mientras el auto daba vueltas por el parque Tres de Febrero. 'No hace falta que los dirigentes se preocupen por mover a toda la gente. Hay que dar sólo el empujón inicial', dijimos. Pero Evita insistía: 'No se confíen. Hay que incitar igual a los trabajadores'. Esa noche, en un restaurante de Esmeralda, ni nos imaginábamos que pocos días después se iba a desencadenar un movimiento cuyas dimensiones iban a superarnos".

El día 16, cuando ya para Evita no había otra salida que la marcha sobre la capital, contagió un áspero optimismo a los dirigentes gremiales que agitaban en las fábricas. Su crisis interior ya estaba superada. En la noche del 16, Evita mantiene una discusión con un taxista que la golpea. Ella se defiende a carterazos.

"Perón está en la capital". Esa noche del 16 el rumor conmovió a los dirigentes sindicales que en la CGT peleaban la "huelga general revolucionaria en todo el país". A la una de la madrugada del 17 de octubre se aprobó por 21 votos contra 19, por el voto del forjista libertario Ferrari, de Trabajadores del Estado, que contra las órdenes que traía, dividió su delegación decidiendo el paro sindical más rico en consecuencias de toda la historia gremial argentina. La huelga era para el día 18, pero según cuenta el ex dirigente metalúrgico Ángel Perelman, "en la mañana del 17 de octubre vinieron a buscarnos unos compañeros de Barrancas".

"'¿Qué pasa?', preguntamos. 'En Avellaneda y Lanús la gente se está viniendo al centro', contestaron. '¿Cómo es eso?', dijimos".

"'Sí, no sabemos quién largó la consigna, pero toda la gente marcha desde hace horas sobre Buenos Aires. No entendemos cómo empezó la cosa. Parece que viene sola. La gente quiere mucho más que una huelga. En algunas fábricas que estaban trabajando porque no habían recibido a tiempo la orden de huelga general, han parado el trabajo, pero los hombres, en vez de irse a casa han enfilado, con mujeres y

chicos, hacia Plaza de Mayo. ¿Ustedes saben algo?', preguntaron los compañeros de Barracas. 'Lo único que sabemos –respondimos– es que Evita está en un auto con altoparlante recorriendo los barrios y difundiendo la orden del paro general'".

Perón, tras insistir que por su pleura ("el clima húmedo de Martín García era muy inhóspito"), había conseguido ser trasladado al Hospital Militar porque, para la oposición, era una manera de controlarlo sin apariencias de tenerlo preso.

El día del malón

"Encarcelarlo era convertirlo en mártir", recuerdan melancólicamente militares opositores de aquel momento. "Pero además nos movimos muy mal en Campo de Mayo durante esos días". El 16, Juan Álvarez (comisionado por Farrell para formar gabinete) presentaba un nuevo elenco de figuras liberales en un esfuerzo por deshacer las posibilidades de Perón. Pero el coronel se anotaba un tanto: el nuevo jefe de policía, Filomeno Velazco. "Es importante destacar la actuación de este señor, ya que su actitud pasiva como simpatizante del coronel permitió que la gente llegara hasta la Plaza de Mayo para dar su apoyo a Perón. Con un funcionario contra la gente no llega ni hasta el Parque Lezama", comenta Mariano Tedesco.

Muchos sostienen que la prescindencia policial fue clave para el éxito de la jornada. Pero a esto, polémicamente, otros responden que el movimiento superó todas las posibilidades policiales de frenarlo, salvo a riesgo de provocar una gran masacre.

"Éramos unos 80 los que desde los sindicatos preparamos la huelga del 18. Pero creíamos que tardaríamos como 10 días para organizaría. ¡El 17 nos agarró de sorpresa hasta a nosotros mismos!", afirma un gremialista.

Durante la mañana del 17, Evita trató inútilmente de entrar al Hospital Militar. Perón aún estaba muy deprimido, con dolores en una pierna, recostado en su habitación. Eva se movía por los barrios. Intentó varias veces entrar al hospital por la tarde, pero no la dejaron. Se sentía rabiosa, sola; pero arengaba a la gente y de pronto descubrió,

quizá, que la gente ya no aplaudía o silbaba a la actriz Eva Duarte. Ese día ella ya era Evita. A secas.

Las tropas de Campo de Mayo estaban listas para salir a reprimir. Pero su jefe, el general Ávalos, que durante la semana de octubre apenas si había estado en la guarnición, tenía grandes dificultades para comunicarse, de modo que los militares se enteraban de lo que pasaba por la radio. Había tal carencia de contactos que los jefes debieron enviar un teniente coronel como emisario hasta el Hospital Militar para ver realmente qué pasaba.

"La ciudad, los barrios residenciales, la clase media –conservadores o comunistas–, los militares, la clase alta, de pronto, horrorizados y sorprendidos, vivieron como una revolución popular o un malón formado por gente que jamás habían visto antes, ese desborde de masas, de miles y miles de 'cabecitas negras' que hacían temblar los vidrios con sus gritos, como tomando la ciudad por asalto. '¿Qué es esto? ¿De dónde salieron? ¿Qué está pasando?', se preguntaban los izquierdistas y los derechistas. Unos con el espectro del derrotado nazismo europeo y los otros intentando insuflar esa doctrina en ese fenómeno que –como aún sus adversarios lo señalan hoy– fue mucho más complejo que una fórmula", reflexiona un sociólogo que anota: "Es que era un país nuevo, inédito, desconocido el que, aun los afines jóvenes de clase media de la Alianza Nacionalista, descubrían casi con desconfianza, en esa plaza. La clase obrera entraba en la historia".

Desde mediodía todo sucedió vertiginoso. Mientras el contraalmirante Vernengo Lima, en la Casa Rosada, rechazaba un ofrecimiento de obreros comunistas para disolver la manifestación peronista a tiros (por considerarla un remedo fascista de la Marcha sobre Roma), el marino pedía apoyo militar para desalojar por la violencia la plaza sin conseguirlo. Afuera, los gritos retemblaban en los ventanales y en la Casa de Gobierno se debía hablar a gritos en los salones que daban a la calle. A las 17, con 25 grados, mientras un manifestante izaba una camisa por bandera en un mástil y otros refrescaban los pies en las fuentes, la concentración ante el Hospital Militar alcanzaba su máxima fuerza. Ávalos llegaba a parlamentar con Perón que, primero, se había sorprendido por el número de sus manifestantes y luego había recobrado a la tarde su aplomo y exigía un gabinete formado por sus

adictos. De regreso a la Casa Rosada, cada vez más cercada por la multitud, Ávalos intentó que Mercante disolviera a las masas. Eran las 19 cuando, según una versión, Eva Duarte lograba por fin entrar al Hospital Militar. Mercante, en los balcones de la Casa Rosada, no habla, pero en cambio anuncia que Ávalos dirá un discurso. De inmediato Mercante es detenido. Eduardo Colom promete a Ávalos que dirá unas palabras para disolver a la gente pero en cambio grita: "¡El general Ávalos me ha dicho que el coronel Perón está en libertad! Yo no lo creo y ustedes tampoco. ¡Les pido que permanezcan en la plaza hasta que el coronel venga personalmente a decirles que está libre!". Huyendo de la sede del gobierno y desde dos camiones de las cercanías, azuza a la multitud por altoparlantes. Eva Duarte presencia las cavilaciones de Perón.

"Con unas ráfagas al aire los hubiéramos disuelto", insiste melancólico un militar que actuaba como oficial en el cercano edificio de Correos. "Se hubiera desencadenado la guerra civil", objeta otro, hoy también retirado, pero peronista.

¿Qué pasó entre Perón y Eva en ese diálogo del 17 de octubre? Ningún testigo puede repetirlo; sin embargo, la tónica de la vehemente conversación, frente a una Eva enfervorizada, puede deducirse de estas declaraciones efectuadas hace unos años por su confesor, el padre Hernán Benítez, quien recordando esa jornada afirmó: "Desde mediodía en adelante traté con muchos peronistas de la primera hora de persuadir a éste que el levantamiento del pueblo estaba apoyado por otro levantamiento de los cuarteles, esa misma tarde, contra Ávalos. Tratábamos que, convencido Perón de esos dos levantamientos, el popular y el militar, se levantara él también. Fue levantar a Perón lo que más nos costó aquella tarde. Porque Perón no es Fidel Castro. Fidel Castro lleva. A Perón hay que llevarlo".

Una versión indica que la argumentación de Eva Duarte terminó por decidir definitivamente a Perón. Y así fue como esa noche exigió a las autoridades los micrófonos para hablarles a los obreros. Eran las 23.30 cuando al final de su discurso, junto al presidente Farrell, Perón no sólo había obtenido una amplia victoria al lograr la renuncia del gabinete adverso, sino que, de pronto, había descubierto que frente a la multitud, todas sus dudas se habían disipado. Que ya pisaba

firme. El país había encontrado, con delirio o con odio, a un caudillo cuya poderosa voz resonó nueve años. A un caudillo que veía, en esa mujer enronquecida y exhausta que lo admiraba, lo sostenía, lo impulsaba, a su esposa necesaria. Cinco días después se casan. Pero ¿qué siente una actriz venida de la provincia cuando es, de pronto, la señora del presidente? ¿Por qué muchos argentinos lo sintieron como una afrenta? ¿Por qué otros lo vivieron como una reparación? ¿Cómo era Evita presidenta? ¿Cómo nace el mito? ¿Cómo era Evita en su casa, en la Secretaría de Trabajo? ¿Cuáles eran sus aciertos, cuáles sus arbitrariedades? ¿Qué fue para los obreros? El capítulo más debatido de su vida empieza aquí.

La historia desconocida de Eva Perón
La política Eva Perón

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 16 | 29 de agosto de 1967]

Eva realizó un difícil aprendizaje político. Se convirtió en el único puente real entre los obreros y su marido, cuando se eclipsaron las figuras de Mercante, Bramuglia y Borlenghi como candidatos a líderes absolutos del sector obrero del peronismo. Evita, al principio, se hacía repetir los problemas hasta que los comprendía, pero pronto se interiorizó de su función.

"¿Los bomberos tienen problemas? ¡Que formen un sindicato y vayan a la huelga!", dijo Evita mientras le cebaba mate a Perón ese húmedo día de noviembre de 1945 en el departamento de la calle Posadas, con sus largos cabellos rubios y un batón celeste que, según la moda de aquellos días, llegaba hasta el suelo. Así la recuerdan, con ternura melancólica, los sindicalistas que iban a entrevistarse con el coronel.

"Tuvimos que explicarle que los bomberos eran policías y por lo tanto, por ley, no podían agremiarse. Evita recién empezaba a foguearse en el trabajo político y gremial. Y eso hace mucho más notable la rapidez con que asimiló la situación y logró convertirse en la mujer política más singular y recordada de Sudamérica".

Cuando el 10 de febrero de 1946 Eva acompañó a su marido durante la gira electoral a Santa Fe, viajaba en el último vagón, donde funcionaba un viejo comedor y salón de estar. Había infinitos pueblos donde se agolpaba la gente sólo para ver el tren, a toda velocidad, ya que Perón no tenía tiempo para pararse en cada punto del trayecto. El gremialista Mariano Tedesco, que integró la comitiva, afirma que "Eva se asomaba en todas las estaciones a saludar. La gente, entre nubes de polvo, se quedaba con su imagen que pasaba como una exhalación, con su mano en alto, saludando exaltada desde la barandilla del último vagón. Estaba entusiasmada, nerviosa, poseída por un gran fervor. Perón estaba tranquilo, se lo veía reservado, contenido. Tenía cara de póker. Era el político que sabe controlarse. Una vez le dijo, paternal, a Eva, viéndola tan frenética: "Calmate vieja, que esto recién empieza".

El 6 de enero de 1946, el candidato a vicepresidente por la Unión Democrática, doctor Mosca, denunciaba: “Se gesta la unidad de los traidores”. Los disidentes yrigoyenistas acaudillados por un viejo abogado radical correntino, Hortensio Quijano, de la UCR Junta Renovadora, mantenían conversaciones con el flamante partido Laborista del sindicalista de Berisso, Cipriano Reyes. Días atrás, Amadeo Sabattini había declinado ser vicepresidente de la fórmula peronista. Arturo Jauretche, prestigioso dirigente forjista, que en la década del 30 se había alzado en armas durante la revolución radical en Paso de los Libres contra Justo, le dijo a Sabattini: “La historia se le acercó y usted la dejó seguir de largo”.

Se gestaba el frente peronista. El 7 de enero, el dirigente sindical socialista Ángel Gabriel Borlenghi, desde el Luna Park, apoyaba a Perón. Después de una lucha interna (el sector sindical apoyaba la fórmula laborista Perón-Mercante) triunfó el sector de los políticos más experimentados en maniobras electorales y el 21 de enero se impuso la fórmula Perón-Quijano de la UCR Junta Renovadora. Al día siguiente, ofendido por expresiones de Perón, Sabattini afirmaba: “No le enviaré padrinos porque no es un caballero”.

El abrazo del comunista Ghioldi con el terrateniente Santamarina en el Luna Park era la clave de la campaña de la Unión Democrática que se desarrolló sobre consignas antinazis que según sociólogos de hoy, “resultaron abstracciones sin eficacia frente a las medidas que, demagógicas o no, habían mejorado concretamente la condición de millones de trabajadores a los cuales los viejos sindicatos anarquistas, socialistas o comunistas, no controlaban porque no expresaban la situación social de 1945”.

Tras el triunfo, con un abrumador margen del 54 por ciento de los votos contra el 46, Eva se preocupa desde el cuarto piso de Correos por convertirse en puente entre Perón y los obreros desde julio de 1946. Era la época en que Perón, buscando la homogeneidad y el control de los diversos elementos que lo apoyaron, daba por terminada la vigencia de las diversas fuerzas políticas que lo hablan sostenido. En la tarde del 18 de julio, cuando un grupo de obreras y empleadas le entregaron un misal, Eva las desconcertó: “Perón liquidó las fracciones al crear el Partido Unido de la Revolución. De modo que no puedo

recibir este presente". Eva se esforzaba por cumplir implacablemente las directivas de Perón, aun cometiendo "gaffes" que la perjudicaban. Sorprendidas, las mujeres se retiraron a deliberar y la secretaria de Eva, Isabel Ernst, figura clave de esa primera época de acción política, la disculpó después recibiendo el regalo en su nombre. Eran tiempos tormentosos. Comenzaba el alejamiento del laborismo (Cipriano Reyes), que culminaría en 1947 con el reemplazo de Gay como secretario de la CGT. Los nacionalistas recriminaban a Perón la firma de los pactos de Chapultepec, que establecían una alianza interamericana.

El aprendizaje

El aprendizaje político de Eva fue duro. Por esa época había tres líderes del movimiento obrero peronista: un militar, Domingo Mercante; un gremialista, Ángel G. Borlenghi; un intelectual y político de igual origen, Atilio Bramuglia. Con el tiempo, Evita los eclipsaría quedando como único elemento de comunicación entre los obreros y Perón.

¿Cómo era la política Evita en esos primeros tiempos? "La primera vez que la vi", cuenta José Presta, entonces dirigente de la carne, "Eva se mostraba todavía protocolar, cautelosa. Era en su oficina de Correos. Quería que los problemas se los explicáramos bien. Se los hacia repetir varias veces, tanto como fuera necesario, hasta entenderlos. Después se rompía el hielo y ella volvía a ser espontánea. Luego, cuando pasó a Trabajo y Previsión, trabajaba desaforadamente. Ángel Peralta, dirigente vitivinícola, afirma que "al salir muy tarde de su despacho, nos tomábamos un taxi porque el coche de la presidencia ya no estaba. Llegábamos con Evita a la residencia. A veces eran las cinco. Perón, como buen militar, ya estaba levantado. Para que no la retara por trabajar tanto, nos escondíamos todos tras un cortinado hasta que Perón se iba. Después, mientras desayunábamos, seguíamos tratando problemas sindicales. Evita tenía una capacidad de trabajo increíble. Luego nosotros nos íbamos, Evita se retiraba a descansar pero no dormía más de dos o tres horas". Una vez, en la Asociación Obrera Textil, se realizó una elección muy peleada. Los comunistas estaban a punto de ganarla. Los obreros le enviaron

un S.O.S. a Eva, que estaba en cama, con un tremendo resfrío. Perón le había prohibido severamente levantarse. Pero a las 7 del día de la asamblea Eva le telefoneó al dirigente Tedesco y escapándose de la cama increpó en el club Sportivo Barracas "a quienes vivan a un mariscal ruso y niegan a un general argentino", pero a su regreso Perón le gritó, enfurecido.

"Mirá, Juan –dijo ella–, era más importante defender a estos grasitas que ocuparme de mi resfrío".

Los kinotos podridos

Pero Eva "no pudo frenar –según muchos observadores– la creciente marea de burocracia y arribismo que, escudándose en una supuesta lealtad a Perón, fueron inficionando al peronismo".

Una mañana Eva invitó a desayunar en la residencia a un alto legislador, famoso por su obsecuencia. Tenía en un armario un botellón con kinotos podridos. "Ahora van a ver qué pasa", le dijo al capitán Renzi y al subsecretario de prensa Apold, a quienes había hecho madrugar especialmente. A las 8, puntualmente, llegó el personaje que solía desayunar a eso de las 7.

"¿Usted desayunó?", le preguntó Eva. "No, señora", respondió el dirigente. "Muy bien, le dijo. Hay unos kinotos que el general guarda muy especialmente. Y que no quiere que nadie se los toque". Eva se los hizo traer y abrió el botellón que despedía un olor nauseabundo. Al personaje la cara se le torcía de asco. "Sírvase uno", lo invitó. El personaje tomó un kinoto que se la deshacía en las manos. Se lo metió en la boca y palideció. "¿Qué tal están?", preguntó Eva. Hubo un larguísimo instante de silencio. Exquisitos, señora, exquisitos", dijo el dirigente.

"Apasionada en su amor por Perón, Evita tenía un lado flaco: cualquier obsecuente podía conseguir lo que quería si le demostraba lealtad al jefe engañándola en su buena fe", reflexionaba un dirigente de aquel entonces. Un escritor peronista, Alberto Belloni, afirma que "la característica esencial del sindicalismo que se inicia en 1945 y que lo diferencia de la etapa anterior es su falta de combatividad de clase.

Parecía no ser necesario con el gobierno protector de Perón y las conquistas obtenidas. Pero esto era un falso espejismo". El mismo autor explica que esa falta de combatividad se comprendía por un nivel de vida altísimo: "En 1948, mientras el costo de la vida llegaba al 189 por ciento, los salarios se elevaban al 287, caso único en Latinoamérica". Indica Belloni que "la política social de Perón fue bonapartista, es decir, gobernó para todas las clases. Pero ello sólo fue posible en épocas de bonanza, donde había para repartir".

Claro que en esa primera etapa, la única certeza que sentían los obreros o los miles de necesitados que hacían cola en Trabajo y Previsión, era la eficacia de Eva. Era común que cuando alguna delegación provinciana la visitara para pedirle ayuda con desesperación, Eva saliera con sus visitantes al vestíbulo donde solían esperar ministros y diputados y dijera: "Miren. En este instante yo no tengo dinero pero aquí hay señores que sí lo tienen". Y dirigiéndose a los altos funcionarios les decía: "Ahí tienen una bandeja. El pueblo necesita lo que ustedes tienen. El gobierno a ustedes les está pagando, así que dejen allí lo que puedan". Así les vació las billeteras a muchos ministros. Finalmente los ministros iban a visitarla con la billetera vacía.

Pero Eva Perón no sólo daba dinero, o máquinas de coser, o trabajo, o juguetes. Un día, una mujer chaqueña, gorda, prematuramente afeada y avejentada, sucia, se apareció con cinco niños. "Mi marido se escapó de casa, Evita", lloró en el despacho. Eva tomó los datos y llamó al jefe de policía: "Ubíqueme ya mismo a ese atorrante y tráigamelo a Buenos Aires". Después se llevó a los cinco chicos –que tenían la piel llena de costras y pus por una extraña enfermedad– a la residencia y los bañó, ayudó a curarlos, les besó las llagas y cuando días después la policía trajo al huidizo progenitor, Eva juntó a marido y mujer, a puertas cerradas y les dio una larga perorata".

Esta versión, con aire de parábola bíblica, fue detectada por los investigadores de SIETE DÍAS en diversas fuentes y con pocas variantes.

"Ella solucionaba todo así, sin protocolo", recuerda Amado Olmos, dirigente del gremio de la Sanidad. "Cuando llegaba temprano de Trabajo y Previsión, solía despertar a Perón, ponía la cabeza sobre la almohada y conversaba. Era ella la última persona en el día con la que hablaba Perón. Su única persona de absoluta confianza".

Los dirigentes sindicales afirman que “nadie tuvo una actitud más revolucionaria contra la oligarquía y los intereses del privilegio que Eva Duarte”. Algunos sociólogos objetan que su virulencia era sólo verbal. Sin embargo, era el más exasperante factor de escándalo y subversión, el ingrediente popular que más irritaba a los opositores.

Algunos sindicalistas admiten que su arbitrariedad podía provocar que, a la menor sospecha de que un dirigente pudiera oponérsele a Perón, por más que ese dirigente tuviera una foja brillantísima, de golpe “por la habladuría de algún obsecuente, podía precipitarse desde la cima y ser arrojado a la calle sin miramientos”.

Una figura polémica

Pero también indican que Eva “supo darle una tónica revolucionaria al sindicalismo”, según opina Olmos. “Muchos dirigentes, al encontrarse con un gobierno que les brindaba todo, desde un local sindical a un coche, se apartaban de la función gremial a la que estaban destinados. De dirigentes revolucionarios algunos se convertían en dirigentes conservadores, con despacho alfombrado y con la posibilidad de transformarse en senadores, diputados, intendentes. Algunos dirigentes, cuando empezaron a tener todo eso, lo cuidaban. Pero Evita rompía con ellos. Cuando le hablaba a la gente en las asambleas, en los congresos, les pedía que se cuidaran del enemigo interno, que lucharan contra los malos dirigentes, que no dejaran nunca en paz a la dirección, que presionaran sobre ella, que le exigieran, que la empujaran. Ella creaba conciencia. Ahora en muchos gremios se va a elecciones y casi todos son reelectos, buenos o malos. Antes no era así”.

¿Cómo eran los dirigentes sindicales con los que trataba Eva? Los viejos sindicalistas los acusan de oportunistas faltos de ideología. Olmos señala que “los peronistas hacíamos en la práctica lo que para los sindicalistas anarquistas, socialistas y comunistas era teoría. Eran dirigentes hechos en condiciones nuevas, que se improvisaban por la fuerza de las circunstancias y que por eso no tenían formación. El dirigente gremial peronista emerge en las asambleas gritando “viva Perón” antes que otros. ¿Tenía conciencia de clase, lo había comprendido

todo? ¿O era un oportunista? Era un buen peronista y a lo mejor un oportunista sano. Si no existiera ese dirigente gremial, no hubiera habido otro. Lo que Evita hizo fue radicalizar al peronismo, hacer que asumiera su verdadera actitud revolucionaria. Evita era más revolucionaria que su circunstancia. El pueblo no la entendió a fondo, la quiso a fondo. Evita dio todo lo que pudo dar a los obreros, porque la salida de ella eran los obreros. Perón era el intelectual; Evita lo popular y de allí salió la fusión gobierno-pueblo. Al morir Evita, el peronismo dejó de ser un estado revolucionario. Porque ella empujaba al dirigente gremial para que tuviera conciencia de clase".

Pero sus detractores se preguntan: "¿Hasta qué punto Evita le dio real conciencia revolucionaria?". Y afirman: "¿Cómo se compagina esa imagen revolucionaria con la rigidez moral que ejerció contra sus colaboradores? ¿Y acaso no es la Fundación un ejemplo de mera sociedad de beneficencia en gran escala? ¿No fue el peronismo un estado conservador que instrumentó a Evita para su demagogia?". A lo cual sus defensores afirman: "Quienes sostienen tales posiciones esquemáticas no entienden nada de la realidad argentina". Pero lo cierto es que aun sus detractores suelen sostener que "Eva era un elemento perturbador, un torbellino incómodo, y por eso su marido la mandó el 6 de junio de 1947 a Europa para que retornara más aplacada, menos virulenta, menos agitadora, más 'Señora del Presidente'". Y bien, ¿qué significó realmente para ella ese viaje a Europa? ¿Qué hay de cierto en torno a las versiones de apoteosis deslumbrantes y humillaciones estrepitosas vividas por Eva en el Viejo Mundo? ¿Hasta qué punto, a su regreso, "se aplacó"? ¿Qué significó la Fundación? ¿Qué hay de verdadero con respecto a su severidad moral para con sus colaboradores? ¿Qué hechos confirman o desmienten su imagen de revolucionaria social? ¿Por qué produjo Eva Perón tal conmoción y hasta divorcios en muchos hogares? ¿Qué significó para las mujeres argentinas su acción? Ese discutido personaje llamado Eva Perón ofrecerá, durante el viaje a Europa y a su regreso, elementos clave para comprender su apasionante personalidad.

La historia desconocida de Eva Perón
Evita en Europa

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 17 | 5 de septiembre de 1967]

Eva Perón partió hacia Europa el 6 de junio de 1947 y en Barcelona, donde se había reunido una multitud que superaba a cualquier mitin realizado desde el fin de la Guerra Civil, le aconsejó a Franco que la llamara cuando quisiera juntar a tanta gente de nuevo. En España salió al balcón con el brazo en alto, al estilo falangista, pero en Italia saludó a los comunistas que transformaron silbidos en aplausos. Desconcertó al conde Sforza y a la mujer de Alfonso XIII, recibiendo humillaciones en Suiza. En Francia adquirió vestidos, pero se negó a asistir a un desfile de modas. Después de sendas visitas relámpago a Brasil y al Uruguay, estuvo de regreso el 23 de agosto, redoblando luego su acción política.

"¿Quiere un consejo, Generalísimo?", le dijo Eva Perón a Franco esa cálida noche de junio de 1947 en los salones del Ayuntamiento de Barcelona. Abajo, miles de catalanes habitualmente reacios a vivar al Caudillo, deliraban reunidos por primera vez en tal cantidad desde la Guerra Civil.

"Si quiere que otra vez se junte esta gente en Barcelona, llámeme".

Detrás del viaje

"El viaje a Europa es parte de la mitología sudamericana. Pero hay dos maneras de hacerlo. Una, como súbdito avergonzado que va a consumir civilización, cultura, productos refinados. Un poco el bárbaro que llega a la Meca. Otra, es ir como Sarmiento, que iba a dar cosas, a hacer valer sus aportes. Sarmiento se encerró dos semanas en un hotel hasta que le tradujeron *Facundo* al francés y con esa carta de presentación salió a conquistar París. En cierto modo, el viaje de Eva Perón tiene mucho que ver con esta segunda manera de viajar a Europa", afirma un historiador. Cuando Eva parte en junio de 1947, el *slogan*

"La Dama de la Esperanza" inventado durante la campaña electoral de 1946 por el periodista Mauri Rubinstein ya comienza a perder vigencia. Eva ya es Evita a secas, tiene inquietante poder personal y resulta el puente más eficaz entre los obreros y su marido.

En una apoteosis, en Plaza Italia, Evita llora durante una despedida popular que termina en los salones de la Rural.

Un saludo

Era el sábado 7 de junio, a las 23.10, cuando desde las islas Canarias, Eva le mandó un telegrama conyugal a su marido: "Llegué bien". Al día siguiente, unas 300.000 personas la aclamaron en el trayecto desde el aeropuerto madrileño de Barajas hasta la plaza Independencia, en coche descubierto, junto a Franco, y las noticias sobre un sensacional plebiscito en España, el primero desde la Guerra Civil, quedaron relegados a páginas interiores. "Las españolas admiran sus vestidos, sus sombreros, sus joyas", comentaba la United Press mientras un vértigo de recepciones, corridas de toros, misas y visitas agobiaba a la huésped, cuya constante compañera era la esposa de Francisco Franco. El impacto de la visita impresionó a la seria revista neoyorquina *U. S. and World Report*, que a cuatro columnas decía: "Es inevitable que la comparemos con la señora de Roosevelt. Rompió las tradiciones de pasividad de la mujer argentina, impulsa el movimiento feminista y seguramente habrá de conseguir el voto femenino en su país".

Mientras los rumores anunciaban una visita extraoficial a Londres, el gabinete italiano disponía poner en funcionamiento en Roma muchas fuentes de agua inactivas por falta de electricidad con motivo de la llegada de Eva. De pronto, ante obreras, en la Institución Sindical de La Paloma, hizo una revelación sobre su actuación del 45: "Esta mujer que les habla salió de un pueblo que había sufrido vicisitudes de regímenes antipopulares. El 17 de octubre rescaté a nuestro general para entregarlo a su pueblo". El *Sunday News* londinense adelantaba, por su parte, que "Doña Eva es portadora de un pedido de material por 50 millones de libras para la armada argentina". El viaje a Londres

no se concretó. Evita le recomendó a Juan Duarte (h) durante el traslado a Vigo: "Nada de farras. Controlate".

Imposible encasillar políticamente a Evita. Después de que le impusieran la Gran Cruz de Isabel la Católica, salió al balcón y saludó a la multitud que la vitoreaba con el brazo en alto, al estilo falangista. Cuando el 26 de junio Eva llegó a Roma, se alojó en la embajada argentina. Esa noche, un tumulto formidable la despertó. Vereda por medio, estaba la sede central del Partido Comunista, de la que partía un coro de silbidos y gritos adversos. Grupos neofascistas, en la calle, vivaban a Perón. Pero Evita los descolocó: abriendo las ventanas, encendió las luces, tras vestirse, y dirigiéndose a los comunistas que la abucheaban, los saludó con ambos brazos. La gritería de los rojos se convirtió en un aplauso ensordecedor.

La estupefacción de Eva llegó al máximo cuando entró en el Vaticano, escoltada por el jefe de la Guardia Suiza, que usaba parche negro sobre un ojo.

Disimuladamente, Eva le preguntó a un diplomático que la acompañaba: "¿Por qué tiene el ojo vendado? ¿Será por tradición?".

Durante 27 minutos habló con el Papa. Una versión asegura que Eva Perón esperaba ser designada marquesa pontificia, según se lo habían asegurado, pero lo cierto es que de la conversación en la biblioteca privada del Padre Santo, salió sólo con un misal. Después Eva visitó el museo de Villa Borghese.

"Aquí vivió una hermana de Napoleón", le informó el conde Sforza, su anfitrión.

Después ambos recorrieron las galerías, resplandecientes con obras de Botticelli, Rafael, Tiziano.

"Es maravilloso ver todo esto", comentó, en voz baja, Evita. "¿No se siente usted emocionada, señora de Perón, frente a todas estas obras de arte?", preguntó el conde.

Evita le contestó: "Emocionada no. Me siento maravillada ante tantas bellezas. Pero a mí lo único que me emociona es el pueblo".

El conde apenas pudo disimular un rictus de contrariedad.

Varios testimonios recogidos por SIETE DÍAS confirman que "Perón era un militar, no se conmovía ante lo humano sino ante símbolos: el himno, la bandera. Eva, en cambio, se emocionaba fácilmente ante

cada uno que venía a pedirle cosas a Trabajo y Previsión". Evita era una personalidad rica y contradictoria.

Según algunos, en París recorrió minuciosamente los *ateliers* de los grandes modistas, aunque rechazó asistir a un desfile de modelos.

Testigos afirman que retornó con muchos vestidos especialmente diseñados para ella. Ella solía afirmar: "A mis 'grasitas' les gusta verme bien vestida". Pero en Montecarlo, ante un ofrecimiento de Rainiero para que visitara por unos días el principado de Mónaco, declinó la invitación. "No quiero que vayas ni siquiera al casino", le dijo en Montecarlo a su hermano.

Unos 50 fotógrafos esperaron agazapados cerca de la playa para retratarla en traje de baño. Eva estaba dispuesta a tomar unos baños de sol, pero al enterarse del acoso de los "paparazzi" no salió de su pieza.

En Suiza sufrió las únicas humillaciones del viaje. Un grupo de personas arrojó tomates y piedras al paso de la caravana de autos. Días después, durante un viaje, la policía detectó un coche sospechoso cruzado en el camino.

"Señora", dijo el comisario, "hay un emisario de la esposa del ex rey de España, Alfonso XIII, que quiere verla de cerca y saludarla".

A los costados de la carretera había muchos curiosos que esperaban el paso de la comitiva.

"Dígale a esa señora que espere al borde del camino como todo el mundo".

Evita volvió por barco a Buenos Aires, pasando por Río y Montevideo. El 23 de agosto de 1947 llegaba a Puerto Nuevo. Dos obsesiones la apasionaron entonces: la militancia femenina y la Fundación que llevó su nombre.

"No quiero verlo más en actos oficiales con su señora", le dijo Eva a un ministro que se había casado con una corista del Tabarís. "Para artistas me basto y sobro yo en este gobierno".

¿Qué sucede cuando una mujer de origen modesto y, además, ex actriz pasa a primer plano político en un país rebosante de prejuicios antifeministas?

"Su moralismo quizá se explique por la cantidad de escollos que tenía que vencer", afirma un sociólogo, pero un político opositor al peronismo interpreta: "Tenía que borrar de alguna manera todas las

versiones circulantes de su pasado de actriz", y un sociólogo corrige: "Lo cierto es que Evita, desde Trabajo y Previsión, era una especie de censor moral implacable que perseguía cualquier irregularidad matrimonial que se le ponía a tiro. Pero es que después de los primeros 'años locos' del peronismo, después de lo que hasta Perón calificó como 'montonera del 45', había que 'adecentar' al peronismo frente a la acción opositora, dar una imagen sin fisuras. Esa era la voz de mando de Perón: poner orden en el movimiento. Evita se encargaba de hacerlo en su esfera".

Una vez se enteró que cierto dirigente sindical, considerado capaz en su trabajo gremial y muy querido entre su gente, había cometido un desliz: le prometió a una obrera, que hacía cola para ver a Eva en Trabajo y Previsión, darle una recomendación a fin de que entrara sin esperar. Pero la obrera tenía que aceptar una cita. Esa era la condición. Evita se enteró del asunto poco antes de un viaje a Rosario. Suspendió el viaje por una hora, llamó al dirigente a su despacho y lo expulsó "de esta casa, del sindicato, del movimiento". Así, por una orden, un gremialista que estaba en la cima se derrumbó sin remedio y para siempre pese a que gente de su sindicato intercedió por él.

¿Por qué Eva Perón provoca tan fanáticas reacciones de apoyo y rechazo entre las mujeres? Para saberlo, la primera clave consiste en describir cuál fue su papel en la movilización de millones de mujeres argentinas durante el gobierno peronista.

Su colaborador más directo, el mayor Atilio Renzi, cuenta que Eva le anunció la fundación del peronismo femenino cierto día de 1948: "A las mujeres en la Argentina siempre se las consideró como siervas y todos sabemos que apechugan con todas las responsabilidades. Yo quiero que todas tengan el mismo lugar que hoy ocupan los hombres. Para eso hay que buscar mujeres que luchen con capacidad, lindas y morales".

Renzi revela que "esa actitud de Eva produjo resquemores hasta entre los políticos peronistas. Hubo que vencer la oposición de muchos para imponer el voto femenino. Evita llamaba a los diputados, presionaba diariamente, los acusaba –y era temible cuando se enojaba– de interesarse sólo por sus bancas y prebendas".

Politizar a las mujeres fue una obsesión para Eva aun antes de fundar la rama femenina. En 1946, les dijo a unas obreras de la Sanidad:

"Les acabo de dar la personería jurídica. ¿Van a ponerla al servicio de la revolución?". "Claro", contestaron todas. "¿Quién se brinda, las 24 horas, al trabajo revolucionario?".

Muchas dijeron sí. Eva las miró un largo rato y eligió una. Era Elba Halt, de un laboratorio químico.

"La elegí a usted porque me parece que servirá. ¿A qué está dispuesta?".

"A lo que me mande, señora".

"Bueno. Entonces, va a recorrer el país. ¿Dónde quiere ir primero?".

"A mi pueblo".

"¿Por qué?" preguntó intrigada Eva Perón.

"Para transformarlo, porque está lleno de oligarcas y privilegiados".

"Lo mismo quisiera hacer yo, lástima que estoy muy arriba y por eso no puedo".

Según el sindicalista A. Olmos, testigo de esta escena, la delegada censista era "una especie de voz viva de Evita. Hablaba a las mujeres, movilizándolas, transmitiendo y recogiendo inquietudes. La delegada censista explicaba la revolución peronista al margen de lo que desde arriba se iba señalando. Evita hizo que hablar de política en el hogar por parte de la mujer no fuera cosa mal vista como antes. Eva quería que la revolución se hiciera también en la casa, con el padre, con el marido, con el hijo. Y hasta produjo por eso algunos divorcios", concluye el sindicalista.

Cuando con 30 mujeres Eva Perón funda el Partido Peronista Femenino y las primeras unidades básicas se establecen en 1949 (serían 600 en 1955), la participación política femenina es un hecho. A la caída del peronismo, 32 legisladoras en el Congreso, nueve de las cuales disputaron arduamente sus puestos a candidatos masculinos, constituyen, junto con la ley de voto femenino puesta en práctica en 1951, aportes de Eva Perón a la integración de la mujer a la política.

Pero lo apasionante es detectar las vivencias profundas que la imagen de Eva Perón provoca en muchas mujeres argentinas. "De Perón pueden decir cualquier cosa. Pero a Evita no la toquen", gritó desafiante, súbitamente roja de furia, una mujer interrogada. Difícilmente se encuentre un personaje similar en la historia reciente que haya suscitado tal adhesión incondicional que peronistas y opositores califican

de "fanatismo" y que sectores católicos tildaron en 1954 de "paganismo místico peligrosamente emulado después de 1952 por el gobierno, con altares oficiales". La atracción que Evita ejerció sobre las mujeres se ejemplifica en decenas de anécdotas recogidas en el curso de esta investigación. Todas indican que las fervorosas partidarias de Eva Perón participan de un verdadero culto casi religioso, de una especie de comunión que no es sólo mística, sino también política y que constituye una explosiva carga que ningún político sagaz niega. Una anécdota típica de tal estado espiritual la narra Celina de Martínez Paiva: "Cierta madrugada, Eva salía de Trabajo y Previsión cuando escuchó, al meterse en su auto, un escándalo terrible en la vereda. Mandó a averiguar qué pasaba. 'Es una chica que quiere verla. Solamente grita que la dejen acercarse hasta usted, que hace una semana la espera, con lluvia y con frío, todas las madrugadas'. Eva se bajó del coche y ordenó a los policías que forcejeaban conteniendo a la muchacha: 'Suéltenla' y luego le dijo: 'Aquí me tienes'. La muchacha corrió hacia ella y quiso arrodillarse: 'Eso no', gritó Eva. Entonces la muchacha le tomó las manos y se las besó, llorando. '¿Qué quieres?', dijo Eva. '¿Cómo te llamas?', le preguntó ante el silencio de la joven. Pero la chica, negando con la cabeza, huyó gritando, poseída: '¡La he visto, es de carne y hueso! ¡Y la he tocado! ¡Existe! ¡Es una santa, es una santa!'". ¿Cómo explicar este tipo de reacciones? Hay otra clave aclaratoria: la Fundación.

"Las delicias"

Oficialmente la Fundación nace el 8 de junio de 1948. Pero en realidad se gesta mucho antes. "Cuando los gremios empezaron a enviar regalos destinados al uso personal de la pareja presidencial, Eva, que no los aceptaba, se entusiasmó con la idea de juntarlos y entregárselos a la gente en una organización de asistencia social. Como los regalos abarrotaban la residencia, tuvimos que buscar un lugar donde meterlos. Los azucareros tucumanos nos mandaron azúcar; los textiles, ropas; los del calzado, zapatos y carteras finísimas. Junto con Eva, el cocinero Bartolo, dos mozos de la residencia, la mucama Irma Cabrera

y yo, metimos todo en un garaje viejo, en la quinta presidencial, y lo bautizamos con el nombre de 'Tienda Mis Delicias'". Así cuenta Renzi, secretario privado de Eva Perón, vocal de la Fundación, organizador del Partido Peronista Femenino.

Esto sucedía luego de un viaje a Rosario donde Eva, al repartir ropas en un local sindical, provocó una avalancha de la que tuvo que refugiarse en un ómnibus. Eva se desesperaba frente a los pedidos de los obreros que le planteaban día a día necesidades. Sentía un ahogo, asfixiada por la pobreza de sus fuerzas para enfrentar miserias y urgencias. Una vez, en una gira por el interior, entró a un rancho de lata donde una mujer velaba a su marido sobre una mesa. Era escalofriante. Estaba sola con sus hijos. Eva le entregó una orden para que la viera en la residencia. Cuando fue, le obsequió un nombramiento de mucama en el policlínico de Ezeiza, una casa con muebles, becas para sus hijos en edad escolar y le regaló 2000 pesos. "Pero eso no basta", comentó. Entonces entró en acción la Fundación. "Nuestra ayuda será integral. Las personas que nos busquen encontrarán solución a todos sus problemas, incluso los personales", dijo Eva durante los primeros escarceos de la Fundación.

Las primeras viviendas de la Fundación eran viejos departamentos céntricos de Buenos Aires, pero amueblados y con becas para los niños. Detrás de la fábrica Philips, en Saavedra, había una villa miseria con carpas, toldos, ranchos de lata.

Eva mandó construir allí el primer barrio de su Fundación, chalecitos de madera que aún hoy se llaman Villa Pineral. Desordenada, espontánea, caótica; sin embargo, vigilaba implacable el cumplimiento de cada orden. Entraba un funcionario y ella le decía: "Yo quiero ese hogar escuela para dentro de 20 días". El hombre se sulfuraba. "Nada. Le dije veinte días. No me venga a ver hasta que no esté todo terminado, pero además tiene que terminarlo en el lapso que le dije". Cuando el funcionario se iba, Eva le decía a Renzi, azorada: "¿Pero, estaremos todos locos? ¿Cómo va a hacer el pobre, ese edificio tan complejo en tan poco tiempo?". Renzi afirma: "Sin embargo las cosas se hacían. Las 76.000 obras de Perón, ¿acaso se hicieron de otro modo?". Y el melancólico asistente se desborda, recuerda sus épocas de gloria y de pronto confiesa a siete días: "Me parece que viví un

sueño. Hoy, a veces, cuando converso con un cliente para venderle unos cajones de vino –porque ahora soy corredor–, pienso que todo eso nunca existió".

Ramón Cereijo, tesorero de la Fundación, cuenta que los primeros pesos los puso Evita, y organizaciones obreras incrementaron el capital de la entidad, que al ser intervenida en 1955 tenía depósitos por 600 millones de pesos.

¿De dónde salía el dinero? "Un día del salario de cada obrero (el jornal del 17 de octubre); el aumento que por convenio laboral obtenía el gremio y que iba a parar el primer mes a la Fundación; el salario del 1º de Mayo; un porcentaje de los aguinaldos y también de los premios de la lotería. Así se integraban los fondos de la Fundación", detalla el retirado teniente coronel Alberto Bolaños, ex gerente de la institución.

Después de 1955, las nuevas autoridades comprobaron que los papeles de la Fundación estaban rigurosamente en orden. Bolaños revela: "La llamada Revolución Libertadora me ofreció seguir al frente de un Instituto Nacional de Acción Social, a lo que me opuse". Explica que la Fundación tenía visitadoras que verificaban en ocho días la urgencia de los pedidos y resolvían en ese plazo las solicitudes. Unos 14.000 profesores y encuestadores, unos 6000 obreros y 750 vehículos, eran el motor de la entidad que Eva vigiló, en vida, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la madrugada.

Campeonatos infantiles, servicios médicos y de ayuda social, Ciudad Universitaria e Infantil, Policlínicos, Hogares de Ancianos, Hogar de la Empleada, Hogares de Tránsito para mujeres solteras, colonias de vacaciones (30.000 turistas por verano, por turno de 15 días, sólo en Chapadmalal), restaurante General San Martín de almuerzos económicos, escuelas de enfermeras y de líderes para los campeonatos Evita, además de la ayuda de urgencia por inundaciones, descarrilamientos, incendios, choques, terremotos; este es el panorama de realizaciones que los entusiastas de la Fundación enarbolan.

"Hoy –reflexiona Bolaños–, el policlínico de lactantes y el de Warnes con 500 camas cada uno se convirtieron en ruinas". ¿Por qué?, se preguntan observadores extranjeros estupefactos. "¿Por qué ese odio insensato se ensaña hasta con edificios de uso público?", preguntan

los peronistas. "No es cierto", aducen los antiperonistas. "¿Acaso no era compulsivo el modo de reunir el dinero de la Fundación? ¿Acaso no era todo una gigantesca farsa demagógica? ¿Acaso una Fundación podía resolver los problemas del país?". Y el apasionante interrogante sigue en pie. Casi al final de su vida, culminando su meteórica y breve acción política, nos acercamos al momento más dramático de su existencia. A punto de hacer un balance final, cabe preguntar como al principio: ¿quién fue Eva Perón? ¿Por qué es para muchos un mito negro? ¿Por qué tiene hoy altares hasta en la ciudad boliviana de Oruro? ¿Qué opinan de su acción sus enemigos de ayer? ¿Hasta qué punto fue una revolucionaria? ¿Qué significó para el país?

La historia desconocida de Eva Perón
El mito Eva Perón

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 18 | 12 de septiembre de 1967]

En su despacho de Trabajo y Previsión, Evita atendía a mujeres pobrísimas en medio del lloriqueo de muchos grupos infantiles. Los ordenanzas iban y venían cargados de biberones. Dos anécdotas de testigos. Tras su escritorio de estilo francés resolvía los problemas personales más insólitos y variados que traía la gente. Américo Ghioldi habla de Eva Perón. Revelaciones exclusivas de su mucama. Cuáles eran los odios y amores, los amigos y enemigos de Evita. Sus relaciones familiares. Antes de ofrecer el balance final, una imagen palpitante del personaje más polémico de la historia argentina contemporánea.

La mujer con la espantosa llaga en los labios se acercó a Eva Perón. Decenas de mujeres pobrísimas, muchísimos niños descalzos, poblaban el salón enorme (20 metros de largo por 8 de ancho) donde Evita, detrás de su gran escritorio estilo Luis XIV, atendía a la gente que todas las mañanas iba a visitarla a Trabajo y Previsión, en Perú y Diagonal Sur.

Todas las mujeres solían despedirse agradecidas, besándola en la boca. La mujer de la llaga se acercó a través del escritorio. Un poeta de la década del 40, que esa mañana acompañaba a Eva, afirma que "era impresionante el aspecto de esa mujer, con su estigma purulento que provocaba una mezcla de piedad y repugnancia difícil de superar. Cuando vi que la infortunada mujer se abalanzaba sobre Evita para tratar de besarla en la boca, me crucé en el medio, simulando que conversaba con una persona, para evitarle a Eva el mal rato. Entonces, por lo bajo, Eva me dijo: 'Apártese'. Yo creí no haber oído bien. Ello lo repitió subiendo la voz. Entonces vi cómo besaba a la mujer del estigma en los labios. Después, cuando salimos del despacho, al final de la jornada, me dijo: 'Nunca vuelva a hacer eso'. Sorprendido, le pregunté: '¿Por qué la besó?'. Eva contestó: 'Es el precio que pago'".

El poder y la gloria

"Los tres momentos fundamentales de la vida de Eva Duarte pueden ser resumidos así: 'humillación, aventura y martirio'", afirma David Viñas. "El primero cubre la experiencia infantil en Los Toldos, Junín, y la etapa de aprendizaje en Buenos Aires; el segundo –utilización de los otros–, el paulatino contacto con el industrialismo, la revolución de 1943 y que se agota con el viaje, el mundo de las ropas y las joyas y la obsecuencia burocrática; el tercero –de reconocimiento de los otros–, se recorta luego de sus primeros síntomas de enfermedad en 1950, su renunciamiento en agosto de 1951 y su muerte en julio de 1952. Es decir, en el martirio, Eva Duarte de Perón emerge del nivel de las 'amantes esposas respetables de presidentes'". Quiere, elige otra cosa. "Esa negativa a conformarse con cualquier cómodo esquema convencional –indica–, según dicho autor, "su potencialidad revolucionaria".

Pero frente a esta opinión, políticos peronistas encuestados por siete días sostienen que "ya en 1946 comienza a engendrarse el mito de Eva Perón cuyo martirio de los dos últimos años es una mera consecuencia".

Arturo Jauretche, que en los primeros tiempos de la administración peronista estuvo cerca de la pareja presidencial, recuerda la imagen de un "viejo ordenanza, que en sus años mozos había sido radical de armas tomar y hasta poco antes del 45 era 'punto' del caudillo político Bidegain. Un día lo vi entrar en el despacho de Evita cargado de biberones. Hay que entender que el salón donde Eva atendía era una verdadera corte de los milagros. Había una enorme gritería: los chiquilines lloraban, hacían sus necesidades, estaban enfermos, o descalzos, o hambrientos, los desechos sociales se acercaban a ella, que atendía atentamente a cada uno, le recuperaba el marido a ésta, le conseguía un nombramiento al hijo de aquélla, le daba una máquina de coser a la de más allá, o una casa o una muñeca o remedios. Y el viejo ordenanza, hombre de estaño y vino quebracho, se pasaba la mañana repartiendo mamaderas. Entonces le dije: 'Mirá si te viera Bidegain, cargado de biberones'. El viejo me miró con cara de poseído y me contestó: '¡Y cómo no ayudarla a esta santa! ¡Si se quema la vida por los pobres!'".

Pero los críticos del peronismo objetan: "Ese era su precio. ¿Precio de qué? ¿Del poder o de la gloria?", reflexiona un recalcitrante antiperonista católico. "Esa mujer de turbio origen hizo caridad efectiva pero era sólo una actriz mediocre que de pronto, frente a un lleno completo y con gran poder político en las manos, se jugó la vida representando el papel de una santa iracunda. Y el precio de borrar su pasado y entrar en la historia era quemar su vida. Pero de paso, desde la plaza pública, llenó a las gentes de odio y rebelión contra el orden, contra el derecho natural, contra Dios".

Esta fue una de las pocas opiniones que pudieron recoger los investigadores de SIETE DÍAS frente a la evasiva de muchos dirigentes antiperonistas que eludieron juzgarla, a 15 años de su muerte.

Américo Ghioldi nos remitió a su discurso en la cámara del 29 de julio de 1965, donde afirmó que "no ha llegado la hora del juicio. La figura de la señora recordada es completa. Pasarán los años, se olvidarán detalles y viendo el panorama conjunto del desarrollo argentino, también podrá decirse que ha sido una abanderada de multitudes argentinas".

Pero el mismo político, una de las figuras más caracterizadas del antiperonismo, refiriéndose a la adoración de sectores populares hacia Eva Perón, afirmó que "cada uno adora en la medida de su propio espíritu y sensibilidad", agregando que "en este país hay muchos que adoran a la figura recordada, pero también hay millones de castigados y no se puede, a quien habló con tanta pasión, incluso del fuego y de la hoguera, presentársela a los pocos años como emblema de paz y bondad". Aunque Ghioldi relativiza su opinión al afirmar que "el juicio de los contemporáneos, a menudo, no es el juicio de la historia".

Pero, al cierre de esta serie, sigue vivo el dilema que abrasa a los argentinos sobre esta figura.

El ensayista Sebreli explicita en el título de su obra *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* la pregunta que los sectores de izquierda se hacen todavía con perplejidad. "A su sombra terrible debemos evocar, como Sarmiento, la de Facundo, para que se levante a explicar el secreto de las convulsiones que hoy desgarran a la sociedad argentina", señala el sociólogo, afirmando que "a Eva Perón le tocó vivir el momento de transición entre la sociedad agropecuaria patriarcal, precapitalista,

donde todavía un caudillo decía '¡cómo van a votar las mujeres en un país de machos!', hacia una sociedad industrial, capitalista, aún no del todo realizada. En la medida en que se cambió a sí misma, cambió a las mujeres de su país. El odio intimo que ciertas mujeres sienten por Eva Perón (las intelectuales, las militantes de partidos minoritarios, o grupos feministas) reside en que ella les muestra la equivocación irremediable de sus vidas".

Pero los sectores antiperonistas responden: "Perón la usaba con su astucia reconocida para neutralizar a los obreros, para acostumbrarlos a pedir sin lucha, a recibir sin exigencias. A través de Eva, el 'líder' detuvo la marejada social que se cernía sobre el país, arrebatando a las luchadoras de la oposición la bandera del voto femenino, convirtiendo la justicia en caridad, inflando una tremenda burocracia que con el cuento de la 'lealtad' impedía toda posibilidad de crítica y de estructuración política dentro del partido que llevaba su nombre. ¿Cómo olvidar todas las joyas descubiertas en su residencia por la Revolución Libertadora, cómo olvidar su saña contra sus enemigos?".

Y aquí está el germen de los dos mitos que signan a Eva Perón: el mito negro y el mito blanco. A lo largo de esta serie desfilaron muchos testimonios representativos. Y antes de los planteos finales, SIETE DÍAS presenta un testigo inédito y exclusivo. Habla la mujer que estuvo junto a Eva desde el instante en que entró en la residencia como esposa del presidente, hasta el día de su muerte: su mucama, Irma. Muchos afirman que la vida de un personaje vista por su valet adolece de los obvios defectos de la visión. Pero este aporte no pretende explicar. La mucama de Eva ofrece hechos.

"El día que la mujer con llagas la besó, le traje un frasco de alcohol. Se enojó mucho. Agarró el frasco y lo estrelló contra la pared".

"Eva era demasiado elegante aunque no usaba alhajas ni cosméticos. 'Soy una trapera', me decía; 'me gusta ir al Colón para lucir mis trapos'. Eva compraba seis o siete vestidos de cada colección. Los vestidos franceses sólo los usaba para el Colón. Tenía un modista que regularmente le confeccionaba trajes sastre e iba a la residencia a probárselos. Usaba zapatos importados de Italia. Solía regalarme lo que dejaba de usar o ya no le gustaba, pero tenía la delicadeza de no decirme nada. Sus alhajas eran casi todas regalos de embajadas. Jamás compró joyas.

“Sus amigos eran pocos: Nicolini, la esposa de Alberto Dodero, Pierina Dealessi, Renzi, Apold, Cámpora”.

“Eva odiaba a la oligarquía. Aunque solía dialogar con ‘oligarcas’ que no la atacaban. De un médico cardiólogo que la atendió, solía decir: ‘Es un viejo cajetilla, oligarca enriquecido, pero bueno y amable’”.

“Solía comentarme: ‘No soy católica de ir a misa todos los días’. Pero tenía debilidad por la Virgen de Pompeya”.

“‘¡Ay, qué persona aburrida es Perón!’, solía decir durante los fines de semana porque el general dormía largas siestas o cuidaba las plantitas”.

“Cuando Perón, alarmado, vio que ella adelgazaba, la llevó a la quinta de San Vicente. ‘Voy a la cárcel’, se lamentaba ella. Cuando se dio cuenta de que podía seguir trabajando por teléfono, se comunicaba con los obreros y las dirigentes femeninas todo el día. Perón, inquieto por su salud, le desconectaba el teléfono y ella lo conectaba de nuevo. Me ordenó que lo tapara con una almohada para que no se oyera el timbre. Otra vez me pidió que anotara en un papelito todos los llamados a escondidas del general”.

“Trabajaba para los pobres todo el día. ‘Para lo que tenemos que hacer es demasiado lo que dormimos’, decía ella, que descansaba cuatro horas diarias. Su régimen de trabajo era insostenible para mí, que terminaba agotada. La única vez que se enojó conmigo fue aquella de la mujer de las llagas. Me gritó que yo no la comprendía. Tuve miedo de que me echara”.

“Como mujer lamentaba que nadie llevara la sangre de Perón. Ella estaba impedida de tener hijos y nunca se hizo un tratamiento, aunque adoraba a los chicos”.

“Eva quería que la mujer participara más del gobierno. Discutía y hablaba fuerte, igual que un hombre. Por momentos me hacía poner colorada”.

“Mientras estuve con ella no tuve hijos. No tenía tiempo”.

“Lo único que lamentaba de Perón es que fuera militar. Sin embargo, confiaba en algunos oficiales retirados”.

“Eva trató poco a la familia. Era su mancha negra. La madre era jugadora. Eva se enojaba a menudo con ella y sus hermanas. ‘Todo lo

que ustedes tienen se lo deben a Perón', les decía. Su hermano Juan se suicidó. No es cierto que lo mataran. Sufría de una enfermedad venérea incurable".

"Hay una frase de Eva que guía mi vida: 'Mirá, Irma. Una mujer decente se lleva el mundo por delante'".

Y bien, ¿quién era Eva Perón? ¿Qué significó? ¿Por qué es una presencia viva? Dos mitos están vivos. Uno es el de aquellos que todavía la llaman la Señora.

Por una parte, "los opositores suelen usar ese mote junto con el de 'esa mujer' para calificar a una Eva Perón negativa y siniestra, subversiva y maligna, cubierta de joyas, lujos y despotismo; plebeya, populacandalosa [*sic*]", afirma un biógrafo. Esto integra el mito negro de Eva.

También los peronistas suelen a veces llamarla la Señora, quizá "como una manera de reparar su figura, de desagraviar todo lo que los adversarios echan sobre ella", comenta un sociólogo.

Pero "para los obreros, para las mujeres, para mucha gente, también está Evita a secas. La mujer cuyos altares se detectan por América Latina y se vive como una bandera de lucha, una provocación de las clases sumergidas, un desafío contradictorio a los factores de poder".

Pero la mejor prueba de que Eva Perón aún significa mucho para multitud de argentinos es el acuciante enigma del destino de su cadáver.

Cuando en septiembre de 1955 los infantes de marina entraron al salón de la CGT donde se guardaba el cuerpo embalsamado de Eva Perón, instintivamente dieron un paso atrás y se descubrieron, según testimonios de la época.

El embalsamador de su cadáver, Pedro Ara, fue una de las tres personas que retiraron el catafalco de la CGT colocándolo en un ataúd. Los otros dos eran obreros peronistas. Ara, durante un año, trabajó en el embalsamamiento conservando los miembros del cuerpo de la difunta sin trocarlos por órganos artificiales. Tampoco aplicó inyecciones de formol en las venas de la difunta ni vigiló antes del deceso los medicamentos, según lo consignó una versión que indicaba tal proceder para impedir que, tras la muerte, los remedios impidieran su trabajo.

En un reportaje, Pedro Ara informó a la revista brasileña *Manchette*: "No abrí ninguna cavidad en el cuerpo, de modo que éste conserva

todos sus órganos, los sanos y los enfermos, excepto los que le fueran extirpados por operaciones. No soy embalsamador. Fui siempre profesor de Anatomía en Madrid y en Córdoba, Argentina. El 21 de noviembre de 1955, ante muchos testigos (obreros de la CGT, jefes del Ejército y la Marina, policías y soldados) yo y dos trabajadores colocamos el cadáver en un ataúd con su bandera". La versión del periodista brasileño Ruben Braga insiste en afirmar que el cadáver fue trasladado a Chacarita, donde se cremó el cuerpo.

Otra información indica que el cadáver no fue cremado y se lo arrojó al Río de la Plata. Otro rumor afirma que está en un cementerio bonaerense, cerca de Junín. Pero la versión más sólidamente fundada indica que el cuerpo recibió cristiana sepultura en un pequeño cementerio de un templo católico cercano a Roma.

A 15 años de su muerte, el mito blanco y el mito negro siguen ardiendo en torno de Eva Perón. Los no peronistas prefieren eludir juicios definitivos afirmando que, en última instancia, la historia decidirá juzgar la actuación de una mujer cargada de polémica. Los peronistas, en cambio, afirman que la historia ya ha sido escrita y ahí están las realizaciones que permiten convertir a Evita en una bandera de lucha aún más turbadora e inquietante que el propio jefe de ese movimiento. De cualquier manera, lo cierto es que el mito de Eva Perón sigue conmoviendo obstinadamente a los argentinos.

Reportaje a las Malvinas

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 46 | 26 de marzo de 1968]

Después del frustrado asalto del grupo Cóndor a las Malvinas, ningún periodista argentino viajó a las islas.* SIETE DÍAS *lo hizo para evaluar los cambios producidos en ese lapso. Ante crecientes dificultades internas, los isleños discuten y planifican su futuro destino.

"¿Ustedes quieren las Falkland? ¿Y por qué no las compran?". Mary Hooton Heftel, abogada de Chicago, 44 años, 7 hijos adoptivos, terminó de tomar su "piscosore", el 5 de febrero, con gesto divertido. Ese día, el Navarino, un buque chileno de 2847 toneladas, tenía el bar repleto de personas que, como Mary (representante de la Gulf Western Oil Company de EE. UU.), gozaban de un ingreso anual promedio que oscila entre los 20.000 y 100.000 dólares. En su mayoría, los 59 pasajeros eran ingleses y participaban de la expedición a la Antártida que había organizado el explorador sueco Lars Lindblat, especialista en viajes a lugares ignotos e inexplorados, a un costo de 3500 dólares por persona.

Mister Charles Smith, dueño de un garaje cerca de Hereford, Londres, preguntó al enviado de SIETE DÍAS, único sudamericano de la expedición: "Ustedes sueñan con invadir las islas, ¿por qué?".

Al día siguiente la nave llegaría a Puerto Stanley y los miembros de la expedición, dirigida por Peter Scott, un *CBE* (Commander British Empire), planeaban bajar. "No tenemos interés en visitar Stanley", sugirió Scott, mundialmente conocido por ser hijo del heroico explorador que murió en el Polo Sur en 1912. "Queremos ver pingüinos, no gente". Pero el capitán de la nave chilena, Eugenio Oliva, se negó terminantemente a evitar la escala. En la madrugada del martes 6 de febrero, Ian Strange, un inglés de 29 años, experto en conservación de flora y fauna, dijo a SIETE DÍAS: "Yo lo voy a acompañar a tierra para indicarle con quién debe hablar".

–Es muy claro –explicó Strange–. Si algún día los argentinos llegan a las Falkland, todos nos vamos.

–¿Usted es malvinero?

–No –repuso Strange–. Nací en Inglaterra, pero desde hace un año vivo en las Falkland.

El Navarino entraba ya en Port Stanley.

Mr. Smith, algo inquieto, reiteró: "Invadir tierras extranjeras es muy poco recomendable. Toda esa historia de que los argentinos estaban primero ya no me interesa. Lo cierto es que, ahora, en estas islas, que al Commonwealth le cuesta muchos sacrificios mantener, hay dos mil personas que hablan inglés. ¿O creen que nos gusta tener colonias? El Commonwealth es, en realidad, una empresa de beneficencia. Un peso que no podemos sacarnos de encima porque suman millones las personas que reclaman nuestro apoyo, y tenemos que ayudar". La norteamericana Mary Hooton Heftel sonrió: "Estos ingleses me dan lástima. ¡Ah, los imperios en decadencia!". Y agregó, tras una suave carcajada: "Calculo que para dentro de 10 años Inglaterra será nuestro estado número 60, después de Guam, Samoa y las islas Vírgenes".

"¿Cómo no pasó por la Secretaría de Colonias para que le dieran el salvoconducto antes de llegar aquí?", susurró una vetusta señorita de Oxford. "Aquí nadie los necesita ni los llamó". Protestaba porque el enviado de siete días ingresó a Puerto Stanley simplemente con su cédula de identidad. Pero era preciso saber qué pensaban en realidad los malvineros, y antes de que el inglés Ian Strange ejerciera su improvisada profesión de cicerone el cronista se instaló en la primera lancha de desembarco y apenas tocó tierra desapareció.

El viejo Bolívar

"Buenos días", saludó, en perfecto castellano, la primera persona que apareció en el muelle. Era el chileno Paco Uribe, un obrero especializado de 31 años. "Gano el equivalente de 600 escudos (menos de 30 mil argentinos), y ahora hay 35 obreros de mi país reparando calles. Nuestro contrato vence en agosto. Después nos volveremos a Punta Arenas. Aquí nos pagan un poco más y hace falta mucha mano de obra, porque los jóvenes en las Malvinas sueñan con irse a Australia".

–¿Por qué no más cerca?

–Oiga, no quiero líos. Yo trabajo aquí. ¿Usted va a hacer una nota como las que hacen siempre los argentinos?

–¿Y cómo son esas notas?

–Que acá todo anda mal y la gente delira por depender de la Argentina.

–¿Y están muy contentos así?

–Tampoco. Estos 2100 hombres están aislados. Son una cosa muy especial: malvineros. Ni una cosa ni otra. Vegetan tranquilos. Los ingleses los desconectaron del mundo. Durante el siglo pasado los británicos hicieron un trabajo fino destruyendo la unidad continental que quería Bolívar. Convirtieron a América del Sur en 20 países que se pelean irremediablemente entre sí. Peruanos contra ecuatorianos, bolivianos contra chilenos, chilenos contra argentinos. ¡Si hasta inventaron el Uruguay! Nadie debe sorprenderse de que hayan producido una comunidad tan artificial como los malvineros, que parecen ingleses pero son sólo nativos de la última colonia que les queda en el continente, si exceptuamos a Belice, en Guatemala.

Ross Road es una de las calles principales de Puerto Stanley, que por dos kilómetros bordea la costa desde el cuartel militar (reforzado por un batallón de 20 soldados desde que se realizó la operación Cóndor) hasta los últimos muelles de la Falkland Island Company, la empresa que monopoliza las exportaciones de las islas, dueña de casi seis mil kilómetros de tierras, esto es cerca del 50 por ciento de la superficie total del archipiélago, compuesto de alrededor de cien islas. El Town Hall (Casa Comunal), con su reloj de números romanos eternamente detenido en las 2, la enorme catedral anglicana, una tienda de ramos generales de la compañía con un cartelito que aconseja "nada de perros, por favor", se destacan entre las 350 casas de madera. Parecen arrancadas de un cuento de hadas, con sus bohardillas, sus paredes celestes o rosadas, sus techos a dos aguas suavemente verdes o rojos, con enormes chimeneas de ladrillos sin revocar que humean en el aire sin nubes.

Las mujeres trabajan en las quintas detrás de las casas, entre repollos y "*lupins*" (la flor nacional malvinera). Grandes cubos de turba se amontonan tras las cercas. Los "Land Rover" (jeeps-camionetas) cruzan las calles, que tienen un suave declive. Hay unos mil en todo el

pueblo, casi uno por persona, y sólo cuestan 200 libras, unos 170 mil pesos argentinos, porque se venden con franquicias especiales (Stanley, como Hong Kong, es puerto libre). Además, éste es el único vehículo capaz de resistir las llanuras malvineras, sobre las que no existen rutas.

"*Lovely day*", dijo mistress Andress tras los vitrales de su jardín de invierno, entre sus rosas. La temperatura era de 16 grados, un tiempo primaveral. Hombres con el torso desnudo recogían las botellas de leche en la puerta de sus casas. Mistress Andress posee el típico comedor diario de Puerto Stanley, con la cocina debajo del hogar, haciendo de estufa. Sobre la mesa había copos de maíz y arroz, humeantes platos soperos y huevos fritos: un opulento desayuno a la europea.

"Su reloj adelanta 60 minutos –advirtió la señora Andress–. Ya son las nueve. Aquí tenemos la misma hora que ustedes en la Argentina". Y sonrió, apresurándose a aclarar: "Pero es lo único en común que tenemos con ustedes". Hubiera seguido hablando, pero, de pronto, un parlante inundó de ruidos la habitación, sin que nadie lo prendiera. La emisora local, como todas las mañanas, trasmitía "Dios salve a la reina" para sus abonados. La radio irradia tres programas diarios (de 9 a 11, de 12 a 13 y de 20.30 a 22 horas) y por la noche conecta directamente con el informativo de la BBC londinense.

Largo enfrentamiento

"Tengo 60 años y no quiero cambios", sentenció la señora Andress, mostrando las fotos de sus hijos con uniformes de la Segunda Guerra, sus medallas y también sus agrietadas y exóticas postales. "Uno de ellos está muy lejos ahora, en Nueva Zelandia".

Este pueblo, donde en cualquier momento puede toparse uno con un personaje de Dickens, sufre un mal difícil de curar. Cada uno de los chalets prefabricados –la mayoría cuenta con luz, agua y baño– fueron traídos desde Inglaterra o Alemania por el Darwin, un trasporte con capacidad para 38 pasajeros que hace 12 viajes anuales desde Montevideo. El viaje –ocho días entre ida y vuelta– es de unos 4 mil kilómetros, cuesta 168 dólares en cabinas para dos personas, y 140 dólares para cuatro –entre 57 mil y 49 mil pesos, respectivamente. El

Darwin trae todo lo que necesitan las islas para sobrevivir, desde fósforos hasta jabones, manteca y automóviles.

Cuando en 1845 los ingleses fundaron Puerto Stanley con 100 habitantes y 24 casas, el negocio resultó redondo por partida doble. Por un lado, se evitó invadir a Ushuaia, sin dejar de controlar el entonces vital cabo de Hornos, clave hacia el Pacífico. Además, la fiebre del oro que conmovió a Australia y California convirtió a las islas en inevitable puerto de paso para cruzar al otro océano. La segunda fiebre, la del guano peruano, forjó otra fuente de recursos para Londres. Así, en 1890, con más de 800 mil ovejas y ganancias anuales por valor de 30 millones de libras esterlinas, las Malvinas alcanzaron su tope de rendimiento al servicio de la Secretaria de Colonias. Pero en 1914, con la apertura del canal de Panamá, muchos puertos del sur, como Valparaíso y Punta Arenas, sufrieron un golpe mortal, aunque ninguno lo padeció tanto como el de la capital malvinera. Desde entonces, las islas se convirtieron en una costosa sangría para los ingleses, que no crearon allí ninguna industria permanente, salvo la del "ginger ale", producido por una pequeña fábrica de gaseosas.

Durante este siglo, y a causa de estos vaivenes económicos, los nativos de las islas enfrentaron frecuentemente a las autoridades coloniales. La crisis que sacudió a Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial originó la formación de la Liga Reformista. Este partido político malvinero defendió a los desocupados, que finalmente fueron absorbidos por la industria de guerra, también desarrollada en Puerto Stanley. Pero la efímera prosperidad que trajo la guarnición militar se disipó durante la década del 20, provocando un éxodo que aún continúa.

"Desde entonces, las posibilidades de trabajar son limitadas –señalan los profesores Cawkell y Thompson en el libro *The Falkland Islands* (Macmillan, London, 1964)–. Tras la crisis del 30, la isla se dividió en dos sectores antagónicos: la ciudad y el campo". Los mismos estudiosos admiten con amargura: "Durante la Segunda Guerra Mundial se obtuvo aquí una donación de 50 mil libras esterlinas. Esta casi olvidada colonia demostró que, si bien no era una de las más leales, al menos se equiparaba a las más dadivosas del Commonwealth".

Desde que en 1931 registró su mayor población –2392 habitantes– hasta hoy, las Malvinas acusan oleadas de prosperidad y crisis. Casi todo lo que hay en las islas pertenece a la Falkland Islands Company, una sociedad anónima fundada en 1851. A ella pertenece el vapor Darwin, los muelles, los depósitos, la máquina traganíqueles para cigarrillos y chocolates, el monopolio del cuero, la lana y las pieles, un banco, la peluquería para damas, la agencia de seguros, la fábrica de "ginger ale", y el dominio de muchas de las 32 estancias que funcionan allí.

Para la compañía las cosas no van tan mal, ya que controla buena parte de las 636.889 ovejas y las 2268 toneladas de lana cruda que producen las Malvinas. Y se estima que arroja un superávit anual de cuatro millones de libras, alrededor de 3400 millones de pesos argentinos.

"Acusamos a Inglaterra"

"El gobernador está en Londres gestionando la entrega de las islas a las autoridades argentinas", informaron a siete días.

Cuando sir Cosme Haskard no está en Puerto Stanley, su secretario maneja el reluciente Rolls Royce del gobernador, con la corona real grabada en la parte trasera del coche. Haskard viaja a Inglaterra ocho veces por año, pero la psicosis de crepúsculo imperial latente en las islas provoca esas capciosas explicaciones de su viaje. En el número de febrero del *Falkland Islands Monthly Review* –un folleto mensual mimeografiado que ofrece notas informativas y sociales– se comunicaba que "el gobernador Haskard partió hacia Londres el miércoles 24 de enero para efectuar consultas sobre diversos asuntos. Mister Summerhayes, miembro de la embajada británica en Buenos Aires, estuvo ocho días en la colonia observando algunos problemas de la ciudad y del campo. También partió hacia Londres". Los malvineros deducían: "Pronto habrá novedades".

Y no se equivocaban. Pocos días después, un denominado Concejo Ejecutivo de las Falkland acusaba al gobierno británico de preparar la devolución inmediata de las islas al gobierno argentino. El documento, que fue enviado a cada parlamentario británico el lunes 11 de marzo,

informaba: "¿Sabe usted qué están actualmente realizándose negociaciones entre los gobiernos argentino y británico que pueden desembocar en la entrega de las islas Falkland (Malvinas) a la Argentina?". Para señalar luego: "No queremos ser argentinos. Ayúdenos".

Lo cierto es que esa perpetua ansiedad por el futuro de la isla parecería contradecirse con el nivel económico de sus habitantes. Aun cuando los funcionarios ingleses reciben los sueldos más altos, el ingreso promedio de un malvinero oscila entre 11 y 15 libras semanales (unos 35 y 48 mil pesos mensuales). El poder adquisitivo es tan alto que en las casas es muy común ver refinamientos tales como máquinas de lavar platos y otros enseres del confort doméstico. Sin embargo, los malvineros se quejan. ¿Por qué?

Delicado equilibrio

"En la tienda de Kelper se recibieron esta mañana quesos de Dinamarca y salchichones de Cracovia, de origen alemán". La voz de la locutora surgió luego de una polvorienta canción de Richard Tauber, seguramente un "hit" de la opereta vienesa de los años 30. Eran las 12, y las cuatro cantinas del pueblo estaban abiertas: cumplían el curioso rito de despachar whisky durante una hora, hasta las 13. Todos los comedores diarios olían a repollo, papa hervida con cáscara y asado de cordero, el habitual menú que los malvineros consumen hasta cinco días por semana.

"Importamos hasta el aire", susurró melancólico el nativo Albert Clifton. Su depósito de leche estaba lleno de botellas de whisky vacías. "Las de leche ya no quedan", informó. "Esta es nuestra prosperidad: un equilibrio tan delicado que cualquier cambio puede romperlo. Por eso algunos temen que el paso de la administración británica a la argentina pueda destrozar este paraíso artificial. No se dan cuenta que nuestros bienes no se asientan sobre bases sólidas. Los ingleses no quieren instalar aquí otras industrias porque la inmigración de mano de obra provocaría un desbarajuste financiero que echaría al demonio el estándar de vida actual. Hoy los malvineros estamos preocupados por las consecuencias que la devaluación de la libra londinense (distinta a la

de las islas) puede provocar sobre nuestros bolsillos. La Secretaría de Colonias opina que si hasta ahora vivimos bien con nuestras ovejas, no hay razón para buscar cambios. Pero la verdad es otra: la gente está harta de los ingleses".

Radiografía de una colonia

Después de un siglo de sorda batalla, los malvineros lograron disminuir los poderes plenipotenciarios del gobernador. Fue un triunfo apenas formal. En 1947 se creó el Executive Council, una Cámara Alta de siete miembros, incluido el gobernador, que tiene derecho a voto. De esos siete miembros sólo uno representa realmente a los nativos. En 1951 comenzó a funcionar el Legislative Council, una especie de Cámara Baja, donde sólo dos de los nueve integrantes son voceros nativos independientes.

Según se informó, los malvineros no pueden comprar ni una hectárea de campo. Es algo tan difícil como obtener rápida autorización para viajar desde Buenos Aires al archipiélago o viceversa. Para comprar una vaca, por ejemplo, es necesario pagar un impuesto anual, lo que cierra toda chance de tranformarse en estanciero. Sin embargo, los dueños de la tierra malvinera también poseen grandes extensiones en la Argentina continental, como sucede –según confiaron– con el estanciero Waldren. El único trabajo que el gobierno y la Falkland Islands Company ofrecen es el de peón de estancia. No hay otra alternativa.

"Cuando en la UN se trató el problema de la autodeterminación de las islas –cuenta Clifton– formamos el Partido del Progreso. Pero la Secretaría de Colonias lo declaró fuera de la ley. Ese partido quería entablar conversaciones con la Argentina, concretar nuestra independencia. Eramos mayoría, pero no nos dejaron usar ni la radio: aquí todo está permitido, menos hacer política. Los ingleses controlan todo, hasta ponen los mismos representantes de la Cámara Alta en la Baja. En la Cámara Alta están el gobernador, su secretario y cuatro estancieros contra un malvinero. La Baja hace reuniones informales cada tres meses en el Town Hall para tratar lo que luego enviará

al Executive Council. Pero sucede que seis de los nueve miembros están representando al gobierno y a la compañía". Según Clifton, "dos voceros malvineros nada pueden hacer para influir sobre esta farsa. Conviene tener en cuenta que los ingleses, que tienen mayoría en las cámaras, no totalizan ni el 25 por ciento de la población".

Mientras contaba esto, Clifton conducía su jeep "Land Rover" –"Landy", como le llaman– por las colinas ralamente cubiertas de pastos, mientras Puerto Stanley desaparecía a sus espaldas. También quedó atrás el aeródromo en construcción que no autorizará el descenso de aviones argentinos. Entonces comenzó a hablar de las próximas elecciones de marzo. "El mecanismo electivo es muy simple. La gobernación manda una lista con siete apellidos a los pobladores. Es una lista única, donde cada cual señala con una cruz a sus preferidos. Si bien en 1949 logramos el sufragio universal, de hecho hay otro cantado. Los pequeños grandes problemas que sufrimos, difícilmente se resuelven. La carne que comemos en el pueblo, por ejemplo, es flaquísima. Como no hay carreteras, las reses llegan arreadas a través del campo.

Enigma y desafío

Estas son las luces y sombras que acosan a las Malvinas, un puñado de islas de pampas onduladas, a 400 kilómetros de Río Gallegos, donde las manzanas de Río Negro llegan absurdamente vía Montevideo, después de recorrer 2500 kilómetros. Donde las sandías argentinas son una curiosidad rarísima y los huevos frescos de pingüinos se venden por monedas, porque hay millones de ellos diseminados por las roquerías de las islas.

El fantasma de los viejos balleneros todavía flota sobre la bahía de Puerto Stanley. Los casi ocultos mástiles de antiguos "clippers" que hechizaron a Verne y a Stevenson, a Salgari y a Jack London, erizan las aguas. Algunos terminan su vida como ignorados postes de luz, soportando los vientos de 140 kilómetros, las escarchas y los 10 grados bajo cero que se registran en los largos inviernos malvineros. Como contraste, un gigantesco radar se levanta junto al moderno barrio construido

el año pasado por el ESRO (Organización Europea de Investigación Espacial), organismo integrado por los países de la NATO.

Pero la gente de Puerto Stanley ya no repara en la gracia del pintoresquismo:

"Hace 20 años que hablan de construir un frigorífico, pero nunca lo concretan", comentó un desilusionado nativo. "Prometen construir una escuela para que durante el año los chicos de las islas estudien en Puerto Stanley, pero continúa el viejo sistema de traer maestros de Londres que deambulan por las estancias, pasándose hasta un mes en cada lado, enseñando aritmética y lenguaje. Es un curso lectivo anual de apenas un mes. Es cierto que hay algunas becas para viajar a Londres o a los colegios ingleses en Sudamérica, pero no es fácil conseguirlas. Los chicos de las estancias están aislados y sólo dos avionetas Beaver de tipo remise (con capacidad para seis pasajeros y a un precio mínimo de ocho libras, unos 6000 pesos argentinos, por cada 150 millas) unen periódicamente a las estancias".

¿Cómo se solucionarían todos estos problemas? Integrarse a la Argentina resulta lógico para los isleños. Pero un amargo reproche estalla apenas se logra romper el mutismo habitual de los malvineros: "Los ingleses fueron los primeros culpables, los invasores", recuerda un parroquiano cuyo nombre pidió mantener en reserva. "Pero la verdad es que ahora nosotros estamos acá y ustedes tienen que tomarnos en cuenta. ¿Qué sabemos de la Argentina? ¿Qué hicieron para acercarse a nosotros? Ustedes, en cuanto pueden, hacen esos discursos famosos, dicen 'son nuestras' y amenazan con venir a salvarnos en cualquier momento". Se detiene, y con rabia inicia un rápido balance: "Resultado: no toman ninguna iniciativa real y ahí está el error. La política inglesa consiste en esperar, como lo vienen haciendo desde 1833, mientras los reclamos diplomáticos van y vienen, y las hazañas al estilo Fitzgerald o grupo Cóndor quedan como gestos solitarios. Los gobiernos argentinos van al juego de los ingleses: dejar hacer. ¿A algún gobierno argentino se le ocurrió consultamos cada vez que se presenta una queja ante la UN?".

Los reproches de los nativos no tienen límites. Algunos se sienten ciudadanos argentinos y preguntan por qué nunca se les pidió información concreta sobre los problemas que sufren bajo el régimen de ocupación colonial.

Previendo el futuro, algunos malvineros buscan vincularse de cualquier forma con la Argentina. “Papá me da clases de castellano porque en la escuela lo enseñan muy mal”, confesó Robert Rowland, de 11 años, a quien la maestra le enseña que “el puerto más cercano es Punta Arenas y luego Montevideo”.

El golpe más subversivo que recibió la autoridad colonial es una bomba de efecto retardado: las insólitas amistades creadas entre isleños y pasajeros del avión DC6, que la ‘Operación Cóndor’ condujo a Puerto Stanley en septiembre de 1966. Después de esa maniobra, la Argentina había dejado de ser la gran desconocida. Hace pocas semanas, algunos miembros de la expedición Scott a la Antártida no tuvieron más remedio que traer a Buenos Aires varios regalos de los malvineros que hospedaron a los del DC6. Quizás esto explique por qué el gobernador no quitó de la pista de carreras cuadreras de la ciudad –donde aterrizó el grupo ‘Cóndor’– los grandes tubos de hierro que impiden nuevos descensos. Para la Corona, eso no conduce sino a amistades peligrosas.

Pero subsiste un enigma, un desafio.

Complicado rompecabezas

“Si vienen los argentinos, espero que no haya combates porque los ingleses nos mandarán a la primera línea de fuego”, pronostica angustiada la señora Emily Ross, esposa de un puestero de la estancia Carcass, una isla del extremo noroeste del archipiélago. “Todos esperamos la llegada de los argentinos en algún momento”, admitió, mientras liaba su cigarrillo de tabaco fuerte.

La fantasía de una invasión armada asalta periódicamente a los malvineros. Suele provocar salvajes oleadas de humor en las cuatro cantinas de Puerto Stanley. En una de ellas, SIETE DÍAS escuchó una regocijada versión, mientras algunos lugareños bebían buena parte de los 120 mil litros de alcohol que consumen anualmente los isleños.

Inspirándose en una noticia sobre el viaje de militares argentinos al sur, escuchada por radios de transistores, alguien exclamó: “Parece que el gobierno argentino llenó de agentes secretos el avión en que viajaban

todos sus generales y almirantes rumbo a la Antártida. Temían que alguien desviara el avión hacia aquí, para tomar por asalto las islas. ¿Se imaginan a los generales argentinos, sin un sólo soldado, rodeados por los seis policías de Puerto Stanley?".

La broma desembocó en sorda ansiedad: "Posiblemente los argentinos no vengan todavía. Tendrían que asumir muchos dolores de cabeza: hacer la reforma agraria para que los pequeños estancieros tripliquen el número de ovejas y garantizarnos nuestro nivel de vida, que supera al de muchas provincias argentinas".

Al parecer, las Malvinas constituyen un complicado rompecabezas. Ellas proponen un desafio al desarrollo económico que, en suma, es el mismo que ofrece toda la Patagonia, región a la que está obviamente unido todo el archipiélago. Conversar con malvineros implica descubrir que ellos y los argentinos están curiosamente incomunicados.

Voceros del latente y clandestino Partido del Progreso, cuyo objetivo es defender los intereses malvineros contra la potencia de ocupación, proponen dos medidas concretas. En primer lugar, un plebiscito que plantee a los isleños si quieren seguir siendo una colonia, luego de una campaña de conocimiento mutuo entre argentinos y malvineros, que facilite la restitución de las islas a la Argentina. "Aerolíneas Argentinas debería planear vuelos regulares a las islas –sugirieron–; viajes de estudio, excursiones turísticas y un intercambio comercial oficioso... Bombardear Puerto Stanley con visitantes argentinos, rompiendo leyendas negras, sería un gran primer paso". Alejandro Nesviginsky, miembro de la organización que facilitó el viaje del que participó SIETE DÍAS, es el fundador del diario francés *Paris soir*. Además, es uno de los ejecutivos que permitió sortear las enormes barreras burocráticas que se alzan frente a todo argentino que visita las islas. De alguna manera, coincide en los hechos con las propuestas del Partido del Progreso relativas al mutuo conocimiento entre malvineros y argentinos.

Los malvineros opinan que si el gobierno argentino otorgara facilidades a los isleños que deseen ir a Buenos Aires o a cualquier otro punto del país, la política de brazos abiertos podría traducirse en facilidades para el trasporte. Los malvineros tendrían así doble documentación, ya que al ser argentino por derecho, se proveerían de cédula

de identidad al ingresar al país y usarían su pasaporte inglés en la isla, aun cuando el gobierno argentino, por razones obvias, no reconociera ese documento.

El problema lanero

Muchos argentinos creen todavía que las Malvinas son sólo una abstracción que algunos presidentes acosados utilizan cada vez que quieren tender cortinas de humo. Aunque alguna vez haya ocurrido tal cosa, esa actitud revela una peligrosa ceguera nacional. "Ha llegado la hora de que dejen de hablar de nosotros y hagan algo por nosotros y con nosotros", afirman los más lúcidos habitantes de Puerto Stanley.

Es que la única manera de salir del cerco del monocultivo depende de la posibilidad de liberarse del control inglés. Aun cuando teóricamente Inglaterra, por ser país superdesarrollado, ofrece mejores oportunidades a las Malvinas que la Argentina, en los hechos ocurre lo contrario.

Los ingleses sufren un tremendo déficit lanero y las 2200 toneladas que anualmente reciben de las Malvinas son siempre vitales. Pero en estos momentos la caída de la demanda lanera es grave: desde 1964 a 1968 se registró en el mercado mundial una caída del orden del 25 por ciento en las lanas merino; en cruzas finas la caída llegó a un 40 por ciento y en lanas para alfombras se llegó hasta una disminución del 62 por ciento. Si bien todo este ciclo depende de las fluctuaciones del mercado mundial, lo cierto es que el consumo en Inglaterra decayó en un orden del 9 por ciento durante el año pasado. Devaluar la libra fue, para los ingleses, una medida de estímulo para la producción textil, principal provocador de la crisis económica británica. Toda esta referencia a la crisis inglesa tiene obvia importancia para las Malvinas: la crisis lanera mundial afecta a las islas porque la lana constituye el único rubro productor del archipiélago, en directa dependencia con los vaivenes de la metrópoli. Ahora los malvineros indican que la nueva tendencia del mercado parecería retornar a las prendas de lana, en detrimento de la ropa de fibra sintética que hasta 1968 desplazó a las primeras. Pero la gente de Puerto Stanley se pregunta: "¿Por qué

depender exclusivamente del monocultivo lanero y hasta cuándo? Si esta crisis sigue dos años más, la situación en la isla puede volverse molesta para la potencia mandataria".

Mejor que decir

Los ingleses dudan en abandonar las islas. "El interés práctico por las islas Malvinas data del siglo XVIII", admite H. S. Ferns en su libro *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX* (Buenos Aires, Hachette, 1966) y agrega: "El interés británico se ajustó a la política seguida después de la guerra de los Siete Años, tendiente a establecer bases comerciales y militares alrededor de los confines del Imperio español". La inútil discusión inglesa acerca de cuáles piratas pasaron primero por las islas se derrumba frente al hecho concreto de que entre 1820 y 1833, seis gobernadores argentinos estuvieron a cargo del archipiélago. Hoy, casi nadie recuerda en las Malvinas la epopeya del gaucho Rivero, que con siete hombres resistió durante siete meses a la fragata inglesa Clio, esperando la ayuda de Buenos Aires que nunca llegó. Crear una corriente de contactos humanos y el apoyo concreto a las reclamaciones de los malvineros pueden ser pasos que ayuden a romper la barrera de mistificaciones erigida por la Secretaria de Colonias. Los ingleses saben que, históricamente, ya perdieron la partida.

Cuando el vapor Navarino se alejaba de las islas, Jeffrey Hugh Bosswald, corresponsal de la BBC, dijo a SIETE DÍAS en el bar de a bordo, mientras levantaba sonriente su "scotch": "Salud, por sus Falkland. Vamos a entregarlas, sí... dentro de 1000 años".

–¿Usted cree que tardarán tanto? –dijo un oficial chileno– Mire el año pasado. Perdieron Jamaica, Trinidad, Tobago. De las Malvinas se irán antes. Mucho antes de lo que desean.

El hombre de la BBC terminó su "scotch" y no dijo nada más.

Enigmas para espías

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 49 | 16 de abril de 1968. Recopilado luego en *Grandes textos del periodismo argentino. Antología básica 1. En el lugar del hecho*, Buenos Aires, Perfil, 1997]

Los monumentos han dejado de ser el único misterio de Pascua. Desde 1966, una base norteamericana funciona en la isla. Para algunos, sólo realiza estudios ionosféricos, pero muchos creen que su finalidad es rastrear experiencias atómicas.

–Eran seis esferas blancas que salieron del volcán Rano Kau, uno de los tres de la isla de Pascua. Parecían estrellas, o luces, o satélites. Alguien los movía por el cielo nocturno desde la base norteamericana. Un reflector los seguía. A la madrugada desaparecieron. Eso pasó en diciembre. Yo fui el único que lo vio.

El murmullo gutural del joven pascuense cesó. Hablaba el castellano trabajoso, extranjero, de todos los isleños. Del bolsillo de su floreada camisa tahitiana (rojo suave con enormes claveles blancos) sacó cigarrillos importados. Atrás quedaron los siete “moais” o totems del altar Ahu Akivi, con sus grandes cabezas ciegas mirando por arriba de la tranquera y el alambrado que los protegía, con sus cuencas vacías hacia el Pacífico. La noche de los mares del sur caía, caliente, invitando a nadar. O a pescar langostas, con antorchas, entre las rocas. Unos caballos salvajes (hay miles en la isla) cruzaron al galope delante del jeep que ahora subía por la ladera del Rano Kau.

“Pascua tiene más misterios de los que ustedes imaginan”, musitó nuestro informante. Y ahí estaban. Eran cuatro cúpulas puntiagudas y blancas, una rampa de observación o lanzamiento, varias casillas y un cartel terminante: “Entrada prohibida”.

Extrañas novedades

Esa misma noche cenábamos en un gran comedor de madera junto a un mar silencioso.

“Vine a Pascua en 1965 por primera vez. Parece que desde entonces

hubo grandes cambios", susurró Vitaly Borovsky, corresponsal de Pravda para América Latina, de paso por la isla. Por las ventanas de alambre tejido se veían las 32 tiendas de campaña, traídas de un safari africano por la empresa Lindblad de Nueva York. Sus representantes invirtieron unos 15.000 dólares en instalar este campamento, que dos veces al mes recibe turistas generalmente norteamericanos: "gringos", como los llaman en Pascua; pagan 1200 dólares por ocho días de estadía. El nivel económico de los visitantes es muy alto: en una de las carpas estaba Mr. Leonard, directivo de la Philips Oil, una de las ocho compañías petroleras más grandes del mundo.

Cuando a medianoche se apagaron las luces del comedor, Edmundo Edwards, primo del dueño del diario *El Mercurio* y miembro de una de las familias más poderosas de Chile, dijo a siete días mientras salía del campamento: "Miren al mar".

Una extraña luz roja titiló en el océano y después se apagó. "Escuchen". Era un ruido sordo, incesante, obsesivo. Venia del Rano Kau. "Es la usina del destacamento 517 de la United States Air Forces. Toda la energía que elabora queda en la base. Tiene cuatro generadores, produce 2000 kilovatios. Los americanos están aquí desde 1966. Montaron la base a cambio de construir el aeropuerto pascuense de Mataveri, que tiene 2000 metros. Instalarse les costó tres millones de dólares. Debían contar con una autorización del senado chileno que nunca se otorgó. Cuando en febrero último el presidente del cuerpo, senador Salvador Allende, estuvo en Pascua con los guerrilleros escapados de Bolivia, recién se enteró de la existencia de la base. Hasta hoy no presentó ningún reclamo".

Mientras Edwards hablaba, varias camionetas subían al volcán. "Como ven, el noventa por ciento del trabajo lo hacen de noche –señaló–. Aunque un tercio de los isleños no tiene agua ni luz, la base no se ocupa, obviamente, de ellos. ¿Por dónde desaparecen todos los que suben a las casillas del cerro? Muchos creen que hacen excavaciones, que hay instalaciones subterráneas. Oficialmente, la base sirve para rastrear satélites y lanzar globos sonda, pero el último globo que vi fue un inflado Papá Noel que el sargento Vidal, encargado del asunto, largó el 24 de diciembre. Además los globos se lanzan de día. ¿Qué significan entonces esas luces que algunos vieron de noche?

Otros enigmas

Pero hay otros misterios en Pascua. El mes pasado, un equipo de arqueólogos dirigido por el profesor norteamericano William Mulloy hizo descubrimientos sensacionales. Halló en la ladera del Rano Kau unas 70 viviendas de piedra en forma de iglú, similares a las que existían en la Melanesia. Eso robustece la teoría de que los primitivos pascuenses habrían llegado de Oriente y no de Sudamérica, como sostiene Thor Heyerdahl, autor del recordado Kon-Tiki.

"Este es el lugar más aislado del planeta", dijo William Mulloy, mientras recorría junto a SIETE DÍAS la única calle de tierra de Hanga Roa, la capital donde vive la mayoría de los 980 pascuenses, 500 de los cuales son adolescentes y niños.

"Estamos a 3780 kilómetros de Santiago y a unos 3000 de Tahití", dijo el profesor Mulloy; con su séptimo viaje de investigación a Pascua, tras haber participado de la expedición Heyerdahl en 1955, se ha convertido en uno de los más profundos conocedores de la isla. "Es muy difícil explicarse cómo en los 180 kilómetros cuadrados de este triángulo sin comunicaciones, en mitad del océano, unas 4000 personas, a lo sumo, lograron entre los años 856 y 1722 elaborar una de las civilizaciones más complejas del Pacífico".

Mientras Mulloy hablaba, tras los plátanos y los frondosos eucaliptos, se veían las casas de madera con techos a dos aguas, rodeadas de quintas, que bordean la calle principal de Hanga Roa, llamada Policarpo Toro.

"Quizá todo empezó en la península indochina, hace 5000 años –prosiguió el profesor–. Olas inmigratorias que poblaron la Melanesia y Polinesia partieron un día de Tahití, según cuenta la leyenda del primer rey pascuense, Hotu Matu'a. Comandando dos barcas cargadas de gente, perros, gallinas, vacas y árboles, el rey llegó aquí. Pero todo es muy dudoso: el 95 por ciento de la isla está inexplorado".

La guerra final

"Iorana" (buenas tardes), dijo Rafael Roe, el pescador, levantando los ojos de una revista de historietas. Estaba sentado en la galería y sólo

tenía puestos sus calzoncillos anatómicos. Sus arpones y redes estaban detrás. Unos muchachos tallaban pequeños "monos" de madera (nombre que le dan los chilenos a los moáis) y desde adentro llegaban ráfagas de canciones y guitarras. Los pascuenses cantan todo el día. Bailar, nadar y salir al mar para hacer pesca submarina, buceando con arpones, son las cosas que más les gustan en la vida.

"El domingo llega un barco con turistas –dijo Rafael–. Vamos a vender como 40 monos a 25 dólares cada uno. Hace un año, en cambio, los regalábamos por una mala camisa o un cartón de cigarrillos o tres dólares. Eso se acabó. Ahora quiero plata para viajar a Tahití. El pasaje cuesta 3000 escudos (unos 150.000 pesos argentinos)".

El "curanto" al que nos habían invitado estaba listo. Las mujeres empezaron a sacar hojas de un pozo hecho en el patio de tierra. Aparecieron piedras ardiendo, al rojo. Sobre ellas se doraban los "camotes" (batatas), los choclos, la carne de cordero. Sirvieron todo sobre hojas de plátano y comimos el curanto con las manos. En la cocina había una heladera eléctrica, pero en la casa no había luz. Tomamos granadina: el agua de Pascua no es nada agradable.

Después ensillaron los caballos. Cruzamos las colinas, los altos pastos amarillos llenos de rocas volcánicas. Ahora galopábamos entre las cercas de piedra que separan desde hace más de 100 años una chacra de otra. Por todas partes se esparcían los restos de 250 templos: grandes plataformas de piedra frente al mar, con sus enormes moáis tumbados boca abajo. Muchos tenían la cabeza de roca ferozmente cercenada. Trescientos años atrás, cada una de esas estatuas –hay 1000 moáis en la isla– estaba de pie.

Estas moles personificaban a un antepasado y los clanes los reverenciaban para aplacar a los espíritus demoníacos, los Aku-Aku. Una mañana, Siete Días llegó hasta el volcán Rano Raraku, donde en una Edad de Oro había artesanos que tallaban moáis de hasta 20 metros de alto y 30 toneladas de peso. Los clanes encargaban allí sus totems porque era una verdadera fábrica de estatuas. Un día, quizá del 1600, estalló una guerra sin cuartel porque "el equilibrio entre los recursos naturales de la isla y sus habitantes fue roto por la superpoblación", explicó el profesor Mulloy. Los talladores del Rano Raraku arrojaron sus cinceles, dejaron sus estatuas y marcharon al frente. Durante 100

años los isleños se destruyeron ferozmente en un gran suicidio colectivo. Los vencedores no sólo se comieron a los vencidos en grandes curantos canibalísticos, sino que voltearon sus monumentos para anular el "mana" (fuerza divina semejante a la electricidad) de cada uno de esos dioses caídos. Hoy, el volcán está lleno de estatuas a medio terminar. Las herramientas de piedra puntiaguda aún están a la vista, desparramadas por la ladera, como si la catástrofe hubiera ocurrido ayer.

El último hombre pájaro

"La superstición alucina a los isleños –admite el médico Gabriel Zea–. Esos demonios a los que llaman Aku-Aku los atormentan, se les aparecen en sueños, en parajes solitarios, a cualquier hora para pedirles cuentas".

Juan Manu Tomu Tomu, de 71 años, el más viejo de los pascuenses, está en el hospital, reponiéndose de un ataque cerebral. Entrecerrando los ojos recuerda lo que le pasó: "Salí de la casa para ver el naranjo. Entonces surgió el Aku-Aku que me agarró del cuello y me arrastró. Yo le dije a mi hijo: ¡Toma el hacha y mata al Aku-Aku! Mi hijo creía que tajeaba el aire pero le pegó al espíritu en la cabeza, hasta que me soltó. Pero antes de largarme el Tatan (demonio) me metió un dedo por el ojo y me revolvió los sesos. Cuando volví a abrir los ojos estaba en esta cama. Llamé a mi hermana y le pedí permiso para morirme. Ella vino y me lo dio. Ahora espero en paz."

El pascuense Felipe Teao, en cambio, derrotó a los malos espíritus. Oculto en su casa, frente a la caleta de los pescadores, confesó impávido: "No le tengo miedo a los Aku-Aku porque yo soy uno de ellos". Felipe nos llevó a caballo hasta las ruinas de Orongo, un derruido pueblo de 47 casas de piedra en forma de barca, frente al mar. "Ese islote que ven allí –señaló– se llama Motu Nui. Dice el Antiguo Testamento que todos los años mis antepasados nadaban hasta Motu Nui a buscar huevos de Manutara, el sagrado pájaro fragata. El que regresaba primero era nombrado Hombre Pájaro del año. Tenía poder de vida y muerte sobre los otros clanes y por un año su familia era casi divina. Hoy, los pájaros Manutara no están más ahí. Quedan pocos. Se

mudaron a otro islote, el Motu Marativi. Nadie puede subir porque es una torre en medio del mar sin grietas de dónde agarrarse. Pero yo lo conseguí. Arriba hay dos altares. Allí encontré a este Manutara".

El pájaro chillaba, sobre su hombro. "Es el único Manutara vivo de toda la isla y yo soy el Hombre Pájaro. Ahora tiene tres meses. Cuando cumpla cuatro, el pecho se le pondrá blanco como un chaleco y durante una semana volará, gritando día y noche, alrededor de mi casa. Después se irá a Tahití".

El paraíso perdido

"Dentro de unos años ningún pascuense tendrá miedo a los Aku-Aku –anticipó dolorido el padre Sebastián Englert, un cura belga de 70 años que está desde 1935 en la isla–. Ustedes posiblemente sean los últimos que vean a Pascua tal como fue". Sobre su cama, pegada con chinches, había una foto de Pío XII. El padre Sebastián es una celebridad mundial, pero los nativos, aunque católicos fervorosos, lo odian. Lo tachan de "déspota": hasta hace cuatro años acusaba implacablemente de leproso a cualquier isleño que osara salir de sus dominios. Sometió a Pascua a una falsa cuarentena para preservar, con patética obstinación, un paraíso que ya comenzó a perder. "Además sólo se preocupó por nuestras almas; lo que le hicieran a nuestros cuerpos –hambre, garrote– lo tenía sin cuidado", le reprochan los isleños.

"A estas pobres criaturas las corrompe la civilización, y el dinero las destruye", pontificó jeremíaco el sacerdote. Después lo sacudió un violento ataque de fatiga y ya fue imposible seguir hablando. El padre está cada día más cerca de Dios.

Una violenta crisis de valores desconcierta a los isleños. La revolución llegó con la línea aérea LAN, que inauguró recientemente dos servicios mensuales a Pascua. Llegar a la isla implica nueve horas de vuelo. Antes, sólo llegaba un barco anual que tardaba nueve días.

Ahora, bailarinas profesionalizadas reciben al avión cantando el "sau-sau" polinesio, mientras mueven suavemente las caderas al son de las guitarras. Como en una postal hawaiana, sus sucintas polleras de

tiras de corteza de plátano, con caracoles, se agitan en esa especie de danza del vientre con refinadísima sensualidad maorí.

Por diez actuaciones –baile y canto– durante cada una de las dos tandas turísticas mensuales, el conjunto puede cobrar hasta 1500 escudos (unos 75.000 pesos) que se reparten sus ocho o diez integrantes. Una "vahine" (muchacha) le dijo secamente a un turista que pretendió sacarle una foto extra después de terminado su "show": "One dollar, mister, si quiere foto mía".

Juan Haoa, uno de los más cotizados talladores afirmó: "Los moáis son lo más grande que tenemos en la isla".

–¿Como objetos de culto?

–¡No! Por cada uno de ellos les saco 80 dólares a los turistas.

Polinesia, *mon amour*

Algunos pascuenses manejan mucho dinero pero no saben qué hacer con él. Lo cierto es que la vieja estructura social de la isla, constituida por 12 clanes, enfrenta con debilidad creciente los cambios feroces que propone el estilo de vida occidental. Sin embargo, algunos viejos hábitos subsisten.

Los niños de Pascua son los más libres del mundo. Cualquiera puede verlos, montados de a dos o tres sobre un caballo, corriendo felices por la isla. Está prohibido pegarles. De noche pueden estar a diez kilómetros del hogar. Los padres no se preocupan. Duermen y comen en cualquier parte. Jamás les ocurrió nada malo. Si a una madre le gusta el hijo de otra, se lo pide. A veces los niños eligen padres adoptivos y adaptan sus nombres. También la vida sexual antes del matrimonio es libre. Una muchacha puede traer a su amigo a casa de sus padres y dormir con él.

Claro que se esfuman las épocas en que los muchachos salían con sus guitarras a las colinas, por las noches, a cantar, buscando a sus amigas para amarse. Aquella pureza se convirtió desde 1964 en recelo, prevención, resentimiento. Muchos forasteros se aprovecharon impunemente de los pascuenses. Los padres están empezando a adoptar todos los prejuicios occidentales. Sin embargo, aún hoy al viajero que

llegue para quedarse mucho tiempo no le faltará al cabo de un mes un viejo que le diga: "No nos gusta verte solo, ¿por qué no tomas a mi hija y la llevas para que te haga la comida y lave tu ropa?".

La muerte blanca

Cuando hace poco llegó el equipo de arqueólogos que dirige Mulloy, éste les previno: "Aquí la gente no tiene nuestra noción de propiedad. Cuando alguien les pida algo, ustedes deben dárselo. Lo contrario sería la mayor ofensa".

A los dos días, ningún científico tenía nada de las muchas provisiones que habían traído para todo un año. Pero bastaba que pidieran para obtener lo que necesitaban. La tragicomedia ocurrió cuando a un arqueólogo lo despojaron de su teodolito. Tardó tres días en conseguir que el pascuense se lo devolviera. Claro que en el pasado, cuando llegó Jacob Roggeveen, el navegante holandés que descubrió a Pascua en 1722 dándole su actual nombre (arribó en Pascua de Resurrección), tuvo menos paciencia que el arqueólogo del teodolito. Todo fue bien hasta que sus marineros descubrieron que los pascuenses les habían hurtado unos sombreros. Los holandeses de Roggeveen, enfurecidos, cometieron una carnicería en Hanga Roa y después partieron. Desde entonces, la llegada de los blancos siempre significó ferocidad y muerte. Diezmados por los piratas y la viruela, sólo había 111 pascuenses cuando en 1889 el capitán Policarpo Toro tomó posesión de la isla en nombre de Chile.

Sus antiguas cooperativas de pesca y agricultura, sus ocho clases de plátanos, sus frutas tropicales, el sentido solidario que lleva a los isleños a ayudar al vecino cuando levanta su casa, permitirían a los pascuenses vivir en paz (en realidad son una inmensa familia emparentada), pero nunca los dejaron.

Hasta 1954 la isla fue el coto privado de la compañía inglesa Williams and Balfour, explotadora de la patagonia chilena. Era un gran negocio: en 1946 llegó a tener 70.000 ovejas. Pero los capataces no dejaban pescar ni hacer nada que perturbara el trabajo de peones de estancia al que habían sido condenados los pascuenses. Por todo

alimento repartían una oveja entre varias familias. Al que protestaba, garrote y cárcel. La Armada chilena tampoco despierta recuerdos gratos. “Gobernaban la isla como a un cuartel”, comentan los pascuenses. En 1964, el actual alcalde, Alfonso Rapu, un maestro educado en Chile que hoy tiene 23 años, encabezó una rebelión. El gobierno de Frei autorizó la elección de autoridades locales y entregó Pascua a la fuerza aérea. Esto significó un paso positivo, pero creó problemas no resueltos todavía. Chile trata de integrar a Pascua al país. Pero, ¿cómo hacerlo? Chile es un país subdesarrollado que, paradójicamente, debe manejar una colonia. Los 350 funcionarios públicos llegados a Pascua desde el “conti” (como llaman los isleños a Chile continental) no están, muchas veces, preparados para acometer su trabajo. Simplemente llegaron encandilados por cobrar el 200 por ciento de sus salarios, ahorrar un año y volver a Santiago a concretar el sueño de la casa propia. Hoy conviven en la isla muchos organismos cuyos poderes se enfrentan y anulan en reyertas menores que provocan el caos y la ineficacia. De las 70.000 ovejas de 1946, quedan ahora 12.000 y salvo un cambio de mentalidad, pronto se convertirán en un recuerdo.

Tres sectores

Un grupo pro francés, formado por concejales democristianos de origen tahitiano, juega siempre con la fascinación ancestral que para todo pascuense tiene “Tajíti”, como llaman los isleños a Tahití. El mismo origen, la misma lengua, costumbres similares y muchos parientes prósperos constituyen el motivo de esa secreta, dolorosa añoranza. Una corriente pro norteamericana se está creando a raíz de los dólares que logran los pascuenses por sus estatuas de madera o por las camisas a veces usadas, pero notoriamente “Made in Usa”, que obtienen como pago en la base de Rano Kau.

El gobernador suplente (el titular renunció) Alfredo Tuki, un pascuense de 22 años, es para muchos una figura decorativa que enfrenta problemas gigantescos. Sueña con instalar una fábrica conservera de atún o trasplantar el coco tahitiano, y sobre todo con lograr que se construya un puerto para la isla.

ECA, empresa chilena que debería resolver el problema alimenticio, sólo trae conservas. Por eso, una gallina cuesta hasta cinco dólares y no hay aceite ni azúcar ni ropa, ni siquiera clavos. "En cambio, llega mucho vino y pasto para los caballos de los carabineros", afirmó el gobernador suplente. "Voy a declarar la Ley Seca".

Los pascuenses jamás tomaban. Hoy, una botella es vendida clandestinamente por algunos carabineros en 18 escudos, casi 1000 pesos. Paradójicamente, los obreros pascuenses ganan el doble que los continentales y tomar vino es un signo de "status occidental". El turismo, rubro prometedor, deja a los nativos sólo sueldos secundarios, propinas y el producto de la venta de moáis. Muchos aprendieron a mentir para defenderse. Hay pascuenses que hablan con unción de sagradas y ocultas cuevas familiares, pero piden 100 dólares para mostrarlas. No siempre necesitan dinero, pero están aturdidos y perplejos al comprobar que en las nuevas pautas de vida la plata es un elemento clave: no quieren quedarse atrás. A Thor Heyerdahl, que quiso aprovecharse de ellos, le "vendieron un tranvía". Muchas de las joyas arqueológicas antiguas que aparecen en las fotos de su libro Aku-Aku fueron fabricadas en pocas semanas en las cocinas de Hanga Roa, cocidas con aceite, enterradas para que la humedad las deteriorara un poco y adornadas con decorativos huevos y telas de araña.

La historia sobre los "Orejas Largas" y los "Orejas Cortas", que algunos ponen en duda, es estudiada por los pascuenses puntualmente en los libros especializados. Están al día con la bibliografía y los talladores copian los modelos que aparecen en el libro *Pascua y sus misterios*, de Stephan Chauvet. Obviamente, discurrir lo verdadero de lo falso constituye un rompecabezas interminable.

La base: ¿enigma atómico?

Todos los turistas que visitan Pascua se sorprenden al descubrir la hermética base norteamericana; también se preguntan si, realmente, esconde algún misterio. El comandante chileno Hernán Pérez, por toda respuesta, entregó a Siete Días una carilla que encabezan simétricamente la "Fuerza Aérea de Chile, Agrupación Isla de Pascua; United States Air forces, DET 517".

La reseña afirma que "allí se efectúan en conjunto diversos estudios sobre fenómenos de ionósfera y sus efectos en la propagación de las ondas de radio". Tales investigaciones estarían a cargo de "un equipo científico electrónico muy delicado y sumamente complejo", justificando la prohibición absoluta de visitas por "razones de seguridad para las instalaciones".

Para que tal prohibición se cumpla, 23 soldados norteamericanos, de civil, vigilan las tareas de 35 técnicos. Cuatro aviones Hércules CI-130 traen todos los meses materiales desde Panamá. Se estima que los norteamericanos son cada vez más numerosos.

Cuando SIETE DÍAS interrogó al comandante chileno, éste afirmó: "A las instalaciones del cerro no entra nadie".

–¿Y usted?

–Tampoco. Soy suplente, pero el titular, comandante Opazo, si quiere, entra.

El gobernador y el alcalde declararon: "Nunca nos dejaron pasar". Edwards afirma haber visto carteles sobre algunas llaves de los generadores que decían: "Lanzamiento de cohetes". Las versiones arrecian. Se dice que una poderosa topadora colabora en excavaciones y que hay unos diez orificios camuflados, cilíndricos, de siete metros de profundidad por tres de ancho, cuyo uso nadie se explica. Otra incógnita la constituyen los seis enormes estanques de combustible que, según informaron técnicos chilenos, fueron construidos junto al mar, a toda velocidad, y superan con holgura las necesidades locales. Tienen capacidad para 4800 millones de litros de combustible y no abastecen a LAN.

Preocupa en la isla la desaparición del arqueólogo Rene Carmona, un chileno de 24 años que realizaba relevamientos topográficos en la zona cercana a la base. Se esfumó a principios de año. Lo buscaron hasta con perros, se informó oficialmente que había caído al mar, pero ninguno de los avezados nadadores que bucearon buscando su cadáver encontró ni siquiera su mochila.

Por falta de acceso a las fuentes de información, damos aquí las hipótesis recogidas en la isla. Los objetivos de la base serían: 1) rastreo de radiactividad y estudio de las pruebas atómicas francesas; 2) abastecimiento de aviones y naves; 3) la base está adscripta al proyecto

Apolo de los programas de la NASA, pero además constituiría uno de los puestos avanzados de un sistema global de comunicaciones en frecuencia de onda especial, en circuito secreto, montados por el Pentágono en sitios claves; 4) una versión sugiere la posibilidad del establecimiento de una base vinculada a proyectos de cohetería.

El ombligo del mundo

En la mañana del adiós, la isla resplandecía con todos sus volcanes bajo el sol, mientras el avión alzaba vuelo. En pocos instantes se perdió en el Pacifico. Pascua, o Rapa Nui (Isla Grande) o Te Pito o Te Henua (El Ombligo del Mundo) mezclaba de pronto enigmas prehistóricos y misterios atómicos. Tampoco ella pudo escapar a la era nuclear. No quedan ya paraísos perdidos.

Hoy, Pascua es la isla 007: tal puede inferirse por lo que hizo el poeta soviético Evgueni Evtushenko cuando de paso hacia Tahití visitó la base norteamericana. Brindó con el jefe teniente coronel Sitwell, y ofreció un breve recital. Cuando Sitwell le pidió un autógrafo sobre las páginas de un reciente número de la revista *Playboy* (donde aparecen dos poemas de Evtushenko), el ruso le puso esta dedicatoria, en inglés: "De Rusia, con amour".

Pichuco Troilo
Intimidad de un bandoneón

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 62 | 16 de julio de 1968]

"Dicen que estoy en decadencia. ¿Por qué tengo que morir? ¡Yo no quiero morirme, pibe! Este 11 de julio sólo cumplí 54 pepinos. Voy a bajar 20 kilos. Tengo que largar el whisky porque me embala y ya estoy empezando de nuevo. ¿Quieren una primicia? Aquí la tienen: formé un cuarteto. Escribo cosas nuevas". Los ojos eran apenas dos rayas en la cara del último gran mito popular de Buenos Aires.

Caso extraño el de Pichuco. Acaban de aparecer los tres discos de una historia que cubre sus registros entre 1929 y el presente, con algunos vacíos. Su caché de actuación en clubes y televisión sigue siendo el más alto del mercado artístico, incluso mayor que el de Palito Ortega. La orquesta de Troilo casi duplica la cotización de otras orquestas: 300 mil pesos por función. Y sin embargo, ninguna figura popular está rodeada como él de más angustiosos presagios.

"Cuando el Gordo se muera, el país entero irá al entierro. ¡Otra que Julio Sosa, otra que Evita, otra que Gardel! ¿Quién no lo quiere al Dogor?". Así pontificaba la semana pasada uno de sus muchos fanáticos en Patio de Tango, un templo canyengue de Buenos Aires. Y concluyó amargamente: "Además, es lo último que nos queda".

Tal vez por eso, el 1º de julio del año pasado el país estuvo presente, ya físicamente o con su fervor, durante la apoteosis en vida que se le tributó en el teatro General San Martín, cuando el maestro cumplió 30 años al frente de su orquesta. De igual modo, aunque en otro plano (el del mito político), Evita escuchó en vida su consagración fúnebre de labios de José Espejo, secretario de la CGT, el 4 de julio de 1952. ¿Qué pasa con Troilo, transformado en mito popular en 1968?

Un jorobadito

–¿Yo, el bandoneón mayor de Buenos Aires? –Pichuco se queda pensando.– A veces –contesta, mientras Zita, su esposa desde hace 30 años, le pone pedacitos de queso en la boca.

"Métanle, piquen". Zita (una argentina, maestra, de origen griego, llamada Dudu Carachi) ofrece ajíes en vinagre, salamín y vasos de vino Pinar del Río (195 pesos la botella) que circulan como el mate. Siempre hay uno a mano, invariablemente lleno y que pertenece al que lo agarre, en esa cocina de un departamento de Paraguay al 1500, que por siete millones de pesos adquirió Troilo hace dos años.

–Ahora nos vamos a mudar al piso de abajo. Es más grande. Para el Día del Padre le regalé un Fiat 1500 –cuenta Zita–. Y, aparte, un placard hecho para él, con puertas de tipo persiana, esas de estilo californiano.

–¿Nos das otro poco de vino, querida? –sugiere Pichuco.

–Sí, porque me regalaste un visón salvaje– sonríe Zita–. ¿Quieren verlo? Tengo otro, blanco. Yo le debo a él todo lo que tengo.

Ahora revolotea de nuevo sirviendo trozos de queso en la boca, como si los que estaban ahí fueran niños. La ronda de los vasos crea una extraña comunión; varios toman del mismo y surge una especie de complicidad impersonal. De pronto, en la cocina, Troilo agarra uno de sus tres bandoneones. "Tenía cuatro, pero le regalé uno al rusito, el hijo del canillita que para en Corrientes y Talcahuano. Estudia y no tenía con qué comprárselo". Una declaración que es casi un tango.

El fotógrafo le pide que toque algo para sacarle unas fotos en color. Entonces Troilo empieza. De pronto su música llena la cocina. A esa misma hora, en muchas cocinas de Buenos Aires, otros que desafinadamente soñaban ser Troilo estarían desgarrando algún espantoso vals criollo. Troilo los reivindica; es su sino.

Ya se olvidó del fotógrafo y hace rato que cerró los ojos y toca como para adentro unos acordes que lo hieren. "Se me acaba de ocurrir", exclama de pronto, mientras agarra un lápiz. "Es la música para una milonga de Borges, que habla del tiempo de la Federación. Y aquí, con ustedes, me empezó a salir".

("Mentira", acusaría alguien días después. "A lo mejor Pichuco se acordó de otras épocas, allá por el 40, cuando lo iban a ver los periodistas y él era capaz de componer un tango ahí mismo, en quince minutos, delante de ellos". Curiosa manera de juzgarlo. Aunque no se le conoce un solo enemigo, hay muchos que le auguran lo peor. "Él

es su mayor enemigo. Está destruido. Se chupa y toma estimulantes como si no se quisiera", protesta un dolorido pianista).

Troilo deja entonces el bandoneón y pregunta: "¿Sabe dónde empecé? Todo fue por un bandoneonista griego y un jorobadito".

En el tranvía 86

Un elemento clave del mito Troilo es la intensa relación que lo ataba a Felisa Bagnolo, su madre, quien murió hace poco. Es que Pichuco, que nació en 1914 en José Antonio Cabrera 3457, en el barrio del Abasto, fue desde temprano el sostén familiar. Tanto su padre, Aníbal Carmelo (carnicero), como su hermana, murieron. La viuda y el hijo ("desde chiquito fui gordo") se mudaron a Soler 3260, donde doña Felisa instaló un quiosco de caramelos y cigarrillos. Se llamaba Las cinco esquinas.

–Todo nació en un picnic –recuerda Troilo–. Lo había organizado una sociedad turfística llamada La Fanfarria. Había muchos hijos de italianos, como papá. Los días de carreras se recaudaba un peso por socio y cada vez era uno el socio que elegía un caballo. Todos le jugaban a ese candidato. Cuando caía plata, la guardaban y hacían bailes en el invierno. Pero en verano íbamos a picnics en los terrenos del antiguo hipódromo nacional, donde hoy está la cancha de River.

Allí, un domingo, había dos bandoneonistas. Troilo recuerda que uno de ellos era de origen griego. El instrumento lo hipnotizó. Después hubo un jorobadito que a los nueve años lo acercó a Juan Amendolaro, el ejecutante que le enseñó la música que sabe, en un aprendizaje de seis meses. Cuando murió su padre, Pichuco tenía 11 años y fue en esa época que empezó a actuar.

–Era una orquesta de señoritas que tocaba en un café de Pueyrredón y Córdoba. Terminábamos a las doce de la noche y un portero vecino de una casa de departamentos me acompañaba a casa. A la mañana, en lugar de ir al colegio me iba al café a dormir, y por eso quedé libre. Casi no tuve niñez. De criatura andaba con hombres y mujeres grandes.

–Otro ingrediente de su mito: a usted se lo confunde con Buenos Aires. ¿Usted qué opina de esta ciudad? ¿Qué tiene realmente que ver con ella?

–¿Con esta ciudad de hoy? No sé, no la entiendo. Mi Buenos Aires es aquel del año 25, cuando esto era un pueblo, cuando todos nos conocíamos, cuando en la Corrientes angosta la gente se saludaba de vereda a vereda. ¿Sabe la cantidad de cafés que había en el centro y en los barrios? Un contratista, Giordano, tenía 20 orquestas colocadas en Villa Crespo, Palermo y Almagro. Tocaban Juan Pacho Maglio y Eduardo Arolas. Ahora hay dos lugares, Patio de Tango y Caño 14, y no resisten el presupuesto de mi orquesta. Después de mi primera actuación en el café Ferraro, toqué en los cines durante las películas mudas.

Ahora, a la ronda del vino se agrega Paco, uno de los integrantes de la leyenda viva de Troilo. "Hace 30 años que estoy al lado de Pichuco. Le llevo el bandoneón... la valijita". Pichuco lo abraza cariñosamente. Lo palmea. "Paquito es un amigo".

–Al Gordo lo conocí en el puerto –recuerda Paco–. Los dos esperábamos a Florentino, quien volvía de Europa. Yo trabajaba en el correo, y desde entonces no volvimos a separarnos. Y no crean que todo fueron rosas... Hubo muchas malas rachas. ¡Si habremos ido a hacer los bailes de los sábados con instrumentos y todo en el tranvía 86!

Julio de Caro... y los demás

Cuando Pichuco abandonó el colegio ingresó al conjunto de Eduardo Ferri, donde no solamente hacía tangos sino otros géneros. Todavía de pantalones cortos, formó su propio quinteto que actuó durante un año en el cine Palace Medrano, en la avenida Rivadavia, entre Colombres y Boedo, hasta que el famoso Juan Pacho Maglio lo llamó a tocar al café Germinal, en plena calle Corrientes.

En 1930 conoció a Osvaldo Pugliese y actuó en su orquesta (que el pianista habla formado con Elvino Vardaro) en el cine Metropol de la calle Lavalle, mientras la pantalla mostraba películas mudas. Su relación con Julio de Caro, con quien debutó en el cine Astor, fue clave, ya que por la década del 30 el estilo decariano trajo un soplo renovador. El tango-canción revolucionó a la música popular y los mayores éxitos de Pichuco, durante la década del 40, están emparentados con el espíritu de la música de Julio de Caro, compositor que le dio vuelo

lírico a la música de la ciudad. Ya en 1931 Troilo había grabado sus primeros temas con la orquesta Los Provincianos, y en 1933 interviene en la película *Los tres berretines*, que contribuye a acelerar el boom del cine argentino. Cubren ese período sus actuaciones con Alfredo Gobbi y Elvino Vardaro y su trabajo junto a otro gran bandoneonista, Ciriaco Ortiz. Grabó con otros dos directores: Juan Carlos Cobián y Ángel D'Agostino, pero el 1º de julio de 1937, en la *boîte* Marabú, pudo por fin aparecer al frente de su orquesta.

–El Gordo tocaba 24 horas seguidas –recuerda el industrial José Amore, otro de los integrantes del extraño grupo que rodea al maestro. Amore, quien tiene una fábrica de repuestos de automotores en Rosario, conoce a Troilo desde que iban a la escuela y no los atan vínculos comerciales. La amistad de Amore y Pichuco es cosa de otra época–. Estábamos de novios con dos chicas que eran hermanas. Hubiéramos sido cuñados, pero las dos fallecieron juntas en un accidente de automóvil.

La relación de Aníbal Troilo con las mujeres es muy particular. Su esposa Zita cuenta: "Lo conocí en una fiesta. En ese entonces había una chica que hacía baile español y estaba loca por él. Yo fui confidente de ella. Cuando conocí a Pichuco me dije: ¿y por este gordo tanto lio? Y al final fui yo quien me quedé con él". (Sólo el 3 de noviembre de 1966, Zita y Pichuco reconocieron oficialmente su boda al casarse por iglesia en la tradicional Balvanera de la calle Bartolomé Mitre).

–¡Uh!, yo era un cuete –recuerda Troilo–. Ahora no me gusta salir de casa y me paso el día en la cocina, charlando con mi mujer. Es, de hecho, mi manager.

Ese estar en la cocina lo ha transformado en un gastrónomo inusitado y perfecto. El "pollo a lo loco" y los fideos Don Vicente con atún y alcaparras son algunas de sus especialidades. "Me gusta dejarme crecer la barba durante cinco o seis días. ¡Qué macana, afeitarse! Grabo cuatro programas para la televisión y gran parte del mes me quedo acá. Ahora no salgo casi de noche. De vez en cuando Zita me arrastra a uno de esos homenajes. Como con mis amigos, pero ahora de noche, no sé, tengo insomnio. Por eso me levanto tarde".

Uno de sus amigos más queridos, el cantor Alberto Marino, da sin embargo otra versión del mismo hecho: "Hace unos días lo llamé

por teléfono y después me quedé triste. Me dijo: '¿Cómo te va, pibe? Hace siete días que no salgo, tengo la barba crecida, me estoy curando, ¿sabés? Voy a empezar de nuevo'. Se castiga a sí mismo, como un chico grande. Tiene reflejos de santo, tiene una aureola luminosa".

Está, es cierto, el lado celestial del mito de Troilo. En Buenos Aires hay centenares de testigos que pueden dar fe de su constante necesidad de dar. "El otro día –revela Zita– vino un locutor amigo. El Gordo abrió el placard y le regaló un traje porque el muchacho se había entusiasmado con él. Si no lo paro es capaz de regalarle todo, de quedarse desnudo".

Pero también está el lado maldito, infernal, de la leyenda. "Pichuco es el único ser al que puede hacérsele un homenaje en vida, ya que él se suicida de a poco de la manera que todos sabemos", razonó uno de sus numerosísimos amigos.

¿Qué hay de cierto en esas historias de autodestrucción? Hace un año, Troilo se sometió a una larga cura de sueño y muchos lo recuerdan sin memoria, sin poder hilvanar conceptos. Sin embargo, Siete Días mantuvo numerosas entrevistas con el maestro y no constató nada de eso. Por el contrario, encontró un Troilo invariablemente lúcido, que escuetamente reconoció: "El whisky me embala y voy a dejarlo".

Un *kreisler* del tango

"Troilo quiere a todos con amor griego", afirma Marino. Y se refiere a la amistad en el sentido más profundo, más íntegro. Durante un ensayo del nuevo cuarteto llegaron sus amigos a saludarlo. Como un ritual, Troilo los besaba con un amor viril y tierno que supera esa vergüenza recatada de los porteños. Esa misma valentía de sentir es, al fin de cuentas, su grandeza musical: produjo composiciones e interpretaciones conmovedoras tocando con sangre y entrañas, rompiendo con los clichés y el acartonamiento del tango. "A mí siempre me hizo acordar al violinista Kreisler", reconoce Enrique Mario Francini, primer violín de la Sinfónica Nacional y una de las figuras más sólidas del tango.

En un estudio sobre Troilo, Oscar Vecino señala: "Como instrumentista sintetizó maravillosamente tres estilos bandoneonísticos

fundamentales: el de Pedro Maffia (inventor indiscutido de la escuela de interpretación del instrumento); el de Pedro Laurenz y el de Ciriaco Ortiz, con el agregado de sus singulares ideas, que siguen usando los bandoneonistas de posteriores promociones.

A Pichuco se le debe atribuir la paternidad de una nueva postura de ejecución, la de mantener el bandoneón en una sola rodilla. Introdujo variaciones cortas, un peculiar fraseo e inimitables rezongos. "Pareciera que en sus prodigiosas manos –apunta Vecino– todo estuviera resuelto y su innata condición de bandoneonista cadenero permitiera arrastrar a toda la masa orquestal". Otro aporte clave de Troilo es un repertorio sin concesiones, aceptando sólo lo que resulta artísticamente válido. "A él –informa Vecino– corresponde adjudicarle la primicia de incluir en el conjunto a la viola y al violoncelo, y también a dos vocalistas en función de instrumento, además de estimular la tarea del arreglador".

No es casual que los mejores cantantes de tango se hayan formado junto a Aníbal Troilo, o al menos trabajaran intensamente con el maestro: Fiorentino, Roberto Goyeneche, Alberto Marino, Roberto Rufino, Floreal Ruiz. No es casual tampoco que los mejores momentos de un gran vocalista como Edmundo Rivero estén estrictamente vinculados a la época en que trabajó con Troilo. Un conjunto orquestal y una memorable legión de vocalistas animaron muchas de sus 53 obras, entre las que hay contribuciones que ingresarán a la antología de la música popular. Algunos títulos: *Sur, María, Responso, Garúa, Barrio de tango, Contrabajeando, Che Bandoneón, La última curda*. Cada una de estas composiciones, por sí solas, justificaría la importancia de Aníbal Troilo.

Troilo, con todo

¿Y cómo es, entonces, el Troilo de hoy? Siempre está rodeado de un enjambre de gente, por "una corte de vividores que se aprovechan de su bondad", protestan algunos allegados. Su representante artístico, Arturo Dellatorre, ex locutor de varieté, ex luchador, sonríe: "Sí, Troilo tiene muchos amigos. Claro que tiene su círculo de amigos íntimos".

Y enumera: Francisco Loiácono, Barquina; Francisco Fiore, Paco; el industrial Amore; el mitológico Julián Centeya y algunos pocos más.

"¿Troilo y la política?", se pregunta su amigo Paco. "El no entiende nada de política. Una noche, después de la revolución del 55, entramos en un restaurante y todos empezaron a gritar 'que se vaya'. Fue terrible. ¿Qué tuvo de malo que en 1953 le dieran la dirección del teatro Santos Discépolo? De Pichuco se enamoran todos los presidentes, pero estos pasan y el Dogor queda. Hasta diría que más que peronista es todo lo contrario. Pero él no se mete en eso. A él lo único que le importa es la música".

Una ráfaga de presagios rodea a Troilo. Uno de ellos advierte que una afección reumática en la mano izquierda no lo deja trabajar; otros, que no asume la responsabilidad de dirigir la orquesta, que ya no compone, que se estancó. Que a veces no tiene ganas de tocar y eso le ocurre antes de comenzar la función.

El talentoso Julián Plaza, quien arregló cerca de 30 piezas para el maestro, demuestra que no es ya Troilo sino el tango mismo lo que se cuestiona: "Es cierto que el tango está en baja. Pero eso pasa siempre. Al Gordo lo queremos locamente porque es lo mejor que nos queda. El más grande de los tangueros. Yo sé que tendría que grabar mucho más. Pero tampoco se trata de exigirle sin medida". ¿Hasta qué punto es sólo una crisis, hasta qué punto no es una agonía? Es la pregunta que sus admiradores se formulan secretamente. Porque Astor Piazzolla es, para los tangueros, una experiencia interesante, pero sólo en Troilo se da la extrañísima conjunción de un talento que produce música de gran repercusión popular. Los adversarios del tango afirman que esa música pertenece a otra época, que es una gran mentira, una convención. Sin embargo, hasta hoy es la única música que expresó en su cadencia el lenguaje, el ritmo, la respiración de Buenos Aires. Aunque el tango sea un malentendido, sirve para que los porteños de diversos orígenes nacionales, generaciones y clases logren sentirse, a veces, una comunidad.

Pero, ¿qué pasará después de Troilo? ¿Cuál será la música que represente a este Buenos Aires de hoy, que Pichuco confiesa no sentir plenamente suyo? El destino de Troilo es dramático: "Es el epicentro del tango", observa Osvaldo Pugliese.

"Hice grandes cosas con Grela –dice Troilo–, pero eso ya pasó. Ahora me largo con el cuarteto, a ver qué pasa".

Lo malo que pasa con Pichuco es que ya pertenece a la historia del tango, a la mitología de Buenos Aires. Pero tiene sólo 54 años y, a pesar de quienes angustiosamente lo muestran como vencido, quiere seguir peleando. Y todos asisten, desgarrados, a su jadeo.

Reportaje a la Patagonia

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 76 | 21 de octubre de 1968]

El sur argentino, todavía una colonia de Buenos Aires, es un gigante dormido de 785 mil kilómetros cuadrados. Constituye un país segregado del país, que no sólo esconde inexplotadas riquezas sino también grupos humanos mancomunados por un drama: el de la soledad e incomunicación. La Siberia posee mayor densidad de población que la Patagonia.

"A ustedes los norteños, ¿qué les importa la Patagonia?, ¿para qué les sirve?", interrogó enfurecido Oscar Espinel, un estanciero de tres mil ovejas. Era en la desolada meseta del centro de Chubut, mientras afuera un viento de 90 kilómetros gemía contra las cercas de madera colocadas para frenarlo.

La agresiva pregunta del modesto estanciero chubutense también se la hacen, más o menos en secreto, muchos argentinos: la Patagonia ¿sirva para algo? Los sureños saben que el norte se inicia en la provincia de Buenos Aires. Y es cierto que la mayoría de los norteños ni siquiera tiene idea de lo que en realidad es ese gigante; para muchos, una especie de Sahara, refugio de desterrados y de turbias historias del Far West, de probables epopeyas personales, anónimas, incomprensibles. Lo cierto es que la Patagonia es otro país, que ocupa el 28 por ciento (785 mil kilómetros cuadrados) de la superficie de la República, con sus leyes propias y un rostro también propio. País dentro del país, el 60 por ciento de sus 600 mil habitantes vive de espaldas al desierto, en unas 10 ciudades costeras que, exceptuando Comodoro Rivadavia (100 mil habitantes), Río Gallegos (25 mil) y Trelew (15 mil), son pequeños puertos moribundos.

La meseta central, un desierto que cubre el centro del Chubut y Santa Cruz y que millones de años atrás fue el lecho de un mar que todavía ofrece sus vestigios en forma de ostrones osificados, es otro mundo con estancias a veces tan grandes como una provincia o miles de estanzuelas donde las ovejas sólo escarban arena o

arcilla o pastos ralos. Un infierno arrasado por el viento, con increíbles historias de comerciantes que echan abajo, con la culata de sus camiones, los ranchos de los indios para quedarse con sus ovejas y sus medias leguas de tierra árida. Pero ésta es apenas otra región patagónica; aún hay más.

Está la Patagonia trágica, desde el río Santa Cruz hacia el sur, donde el pasto se torna amarillo o verde y son comparativamente tan ricos como en la pampa húmeda. Una zona donde se concentran las estancias más grandes de la tierra en manos de media docena de sociedades anónimas; algunas de ellas de capitales ingleses (como la estancia Cóndor, de 200 mil hectáreas, que pertenecería a la corona de Inglaterra) o chilenas (las 313.952 hectáreas que ocupan las Fuentes del Coyle y Las Vegas tienen sus dueños en ese país).

Esa es la región por donde vagan los espectros de los cazadores de indios y guanacos, donde todavía hoy se realizan enormes contrabandos de ganado ante las narices de la autoridad argentina. Lugar donde en medio del desierto irrumpen espléndidos chalets con piano de cola en la sala y cenas con ropa de etiqueta y riguroso té a las cinco de la tarde. Ahí donde alguna vez reinaron los señores feudales –dueños de la Patagonia– y hoy siguen administrando buena parte de la tierra.

Pero cruzando el estrecho de Magallanes, la isla de Tierra del Fuego es otro mundo aparte, con un pueblo (Ushuaia) arrancado de una postal suiza y una psicosis cotidiana de guerra con Chile. En el centro de la isla, Río Grande parece una abandonada ciudad del Far West, con sus anchas calles de tierra –vacías–, sus casas de madera, sus Volkswagen, sus importadores y sus contrabandistas.

Es que en la Patagonia hay infinitos mundos cerrados; obreros que todos los días se arriesgan a bajar a las minas de Río Turbio, una región montañosa, de árboles resecos y sucios de carbón. Donde también está el mundo de los campamentos petroleros y los kilómetros de llanura árida sembrados de extractores que son como cigüeñas que picotean día y noche, solas, en medio de las ráfagas.

Y, claro, además está la turbulenta zona de la Cordillera, cuya única ruta de acceso es la 40, inestable, traicionera. Puede vérselos desde lejos: son los gendarmes cruzando –sus raídes duran días– la jurisdicción de su patrullaje, a caballo, bajo la lluvia o la nieve. Ahí donde

están hoscos estancieros aislados que esperan hipotéticos ataques chilenos con la carabina cargada.

Soledad, incomunicación; dos viejas claves de la tragedia patagónica. ¿Por qué, todavía en 1968, no tienen un principio de solución integral?

Colonia de Buenos Aires

"El mismo día que el presidente Onganía pronunció un extraordinario discurso acerca del despegue de la Patagonia, Aerolíneas Argentinas aumentaba un 25 por ciento el pasaje de ida y vuelta a Buenos Aires", ironizó con amargura el intendente de Comodoro, el marino retirado Raúl Calzetta.

Es un resabio de estructura colonial: aunque en 1955 la Patagonia fue provincializada (hasta entonces había sido un inmenso territorio nacional gobernado desde Buenos Aires, como una posesión de ultramar), las viejas estructuras políticas y mentales aún tienen vigencia. "Esto es el virreinato de la Patagonia", reflexionó el periodista Marcial Galina, en el bar del hotel Provincial, uno de los cuatro edificios supermodernos que se alzan como una pequeña y melancólica imitación de Brasilia en el centro de la ciudad de Rawson. "Nos gobiernan porteños sin antecedentes que ni nos conocen, reemplazantes de hombres del lugar que demostraron estar dotados de capacidad".

El resentimiento sureño es cada vez más difícil de disimular. Hay datos explosivos que lo avalan. "El país, sobre todo Buenos Aires, se hizo a costa nuestra. ¿Cuál es el beneficio de ser argentino?", se preguntó con ácido rencor Andrés Torrejón, un comerciante-ganadero de Puerto Madryn. No le falta razón. El sur aporta en cada zafra lanera unos 55 millones de kilos y de ese modo abastece no sólo al 65 por ciento de la industria textil local, sino que buena parte se exporta a unos 40 países. Durante muchos años, el 57 por ciento de la producción petrolera vino del sur; ahora el país depende del 99 por ciento de carbón, el 59 del gas natural, el 42 del caolín y el 26 del sulfato de sodio que suministra la Patagonia. Pero de todo esto no obtiene el menor beneficio.

Realidad que advirtió el actual gobierno, uno de cuyos principales objetivos, al asumir la conducción nacional, fue dar impulso a la zona.

"Las decisiones sobre la economía patagónica escapan en general a los sectores radicados en la zona. Las fuentes de financiamiento tampoco son controlables desde ella", admitió el gobierno central en un estudio titulado "Regionalización".

Si para los argentinos la Patagonia es un crucigrama oscuro y complicado, los chilenos la ven como una tierra prometida, donde al menos comen, aunque las condiciones de trabajo a que están sometidos suelen ser increíbles; un peón de estancia, por ejemplo, gana 10 mil pesos mensuales, un operario en las ciudades recauda 100 pesos por hora. Son los llamados "ciudadanos de segunda categoría" (en su propio país) que, hambrientos, emigran de la isla chilena de Chiloé. Lo mismo ocurre con los que llegan de las vecinas provincias de Aysen y Magallanes, aisladas del territorio continental chileno, que continúan ingresando clandestinamente al país, donde encuentran mejores condiciones que en Chile, aunque vivan mal.

"Dentro de 100 años, el 50 por ciento de los chilenos que tenemos en la Patagonia dará la tónica de la región: será totalmente chilena". El doctor Reneé Moré, ex intendente de Puerto Madryn y ex campeón de caza submarina, no vaciló en lanzar este vaticinio. Es que fuera del legendario capitán Luis Piedrabuena, quien en 1863 esculpió en el cabo de Hornos "Aquí termina el dominio de la República Argentina", nadie, salvo algunos argentinos tan desconocidos como él, se ocuparon de integrar la Patagonia al país. Emilio Van Peborgh (hijo), de la firma Caminos y Van Peborgh (una de las mayores empresas que aceptan en consignación la lana de los ganaderos patagónicos y la venden en la capital y el exterior), ofreció una pista al discutido tema de la integración: "De acuerdo al esquema del país, la Argentina es un abanico cuyo centro está en Buenos Aires".

Pero, ¿qué hace el centro por sus satélites? Ya a principios de siglo, Roberto Payró, un cronista de la Patagonia, en su libro *La Australia argentina* pudo afirmar que la influencia comercial de Punta Arenas (al sur de Chile) se extendía hasta el paralelo 42, y que de Buenos Aires sólo llegaban palabras de apoyo. Ni siquiera el general Julio A. Roca, durante su conquista del desierto (1875-1879), llegó más allá de la isla de Choele-Choel en el río Negro, apenas la puerta de la Patagonia.

Es cierto que durante decenas de años todo el país era para Buenos

Aires un desierto por conquistar y someter. Pero, especialmente, la Patagonia fue una especie de monstruo, una tierra hostil, la "tierra maldita", como la llamó Charles Darwin cuando visitó el sur en 1831. Acarreó un dolor de cabeza suplementario al drama de la organización nacional, que también llamó la atención al historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna; en 1880, confesó: "La Patagonia es una especie de calamidad irremediable".

Era lo que advirtió a SIETE DÍAS un ex funcionario nacionalista de la gobernación de Santa Cruz: "Hoy, para los gobiernos argentinos, obsesionados por la crisis que acosa a la pampa húmeda y al norte, la Patagonia es, de hecho, una peligrosa tierra de nadie, un verdadero presente griego, un barómetro que indica hasta qué punto el país no tiene un proyecto nacional".

Cuando a fines del siglo pasado, aventureros de toda calaña poblaron la Patagonia, la moneda que circulaba no era el peso nacional, por supuesto, sino la libra esterlina. La dependencia económica del *pool* lanero de Londres creaba un *statu quo*. Había jueces y comisarios argentinos que teóricamente gobernaban, pero los latifundistas, vinculados a Londres, no sólo eran los verdaderos dueños, sino que constituían, además, los canales de contacto con la city.

Algunas versiones sostienen que Darwin no sólo realizó tareas científicas. "Era un verdadero espía inglés –admitió un funcionario oficial de Puerto Madryn–. Su misión era compleja: decidir si a la Corona le convenía más quedarse con ese territorio o con Australia. Obviamente, se adjudicaron Australia; pero a través de los consignatarios de lana en Buenos Aires y de sus grandes estancias inglesas, la Patagonia siempre estuvo en la órbita del Commonwealth".

Hoy, el esquema patagónico comienza a crujir por todas partes. Inglaterra se inclinó por Australia y Nueva Zelandia, disminuyendo la importación de lana patagónica. Mientras Nueva Zelandia aumentó en un 108 por ciento su producción, la Argentina la redujo (en los últimos 27 años) en un 14 por ciento. Actualmente, en el sur casi no se teje, hila o lava una sola hebra de lana.

La economía está distorsionada hasta rayar en el surrealismo más delirante. Hay media docena de fábricas textiles... pero de fibra sintética.

Comodoro: ¿diez años de vida?

"Comodoro Rivadavia tiene apenas diez años de vida. Pero no conviene divulgarlo; hay que evitar el pánico", advirtió a siete días el contraalmirante (R) Guillermo Pérez Pittón, actual gobernador de Chubut. No hacía más que confirmar los pronósticos de un incendiario artículo aparecido en el matutino local *Crónica* el pasado 9 de agosto y firmado por Antonio Manuel Domínguez, presidente de la comodoreña Confederación General Económica.

"El Chubut se muere irremediablemente –denunció Domínguez–. No sabemos por qué, pero los propios dirigentes de YPF han declarado públicamente que la cuenca petrolífera de esa provincia está agotada. La Nación nos explotó durante 61 años y no nos devolvió absolutamente nada; ahora nos dicen, con irritante tranquilidad, que no se justifica incrementar la producción petrolera. Y le preguntamos al país: ¿qué quieren hacer con las provincias patagónicas? Quieren que sigamos siendo fuentes de recursos para quienes, demagógicamente, declaman que el país necesita del sur. Pero, por supuesto, sin comprometerse a concretar caminos, estudios ciertos sobre minería, lavaderos de lana e industrialización textil, explotación de la pesca, construcción de puertos, recolección de algas, producción de energía".

Hasta el presente, nada permite afirmar que se hayan puesto en marcha planes integrales que provoquen el gran despegue patagónico. Es decir, obras concretas. Indudablemente, el plan vial del gobernador de Santa Cruz, comodoro Carlos Rainelli, es un hecho positivo. Prácticamente, la ruta número 3 está totalmente pavimentada en esa provincia; hay dos aviones diarios que, en tres horas, como máximo, unen Buenos Aires con Río Gallegos. Los ocho aparatos DC3 de Líneas Aéreas del Estado constituyen un elemento clave de comunicación entre todas las poblaciones que están al sur de Comodoro, incluyendo Ushuaia.

Pero, ¿cuál es el gran plan que ponga en marcha al gigante? Al parecer, el correspondiente al Chocón-Cerros Colorados: un gran complejo hidroeléctrico que producirá 1.200.000 kilovatios, cuya terminación está prevista en un tiempo record de cinco años. Esa gigantesca central energética utilizará las aguas que corren en la frontera de Neuquén y Río Negro.

"El Chocón regulará las aguas del Alto Valle del Río Negro, irrigará un millón de hectáreas, creará fuentes de trabajo para dos millones de nuevos pobladores", enfatizó el profesor Máximo Binda, ministro de Gobierno de Río Negro. Sin embargo, una sombra de inquietud pareció eclipsar su optimismo, mientras conversaba con SIETE DÍAS en su despacho de la burocrática Viedma. "Creo que también sería necesario activar el puerto de San Antonio Oeste, que es el más apto para exportar la producción de manzanas del Alto Valle. Actualmente, el grueso de la producción sale por Bahía Blanca, recorriendo 700 kilómetros de más".

El industrial textil Jacobo Becker, también de Viedma, disipó cualquier equívoco: "El Chocón no es para la Patagonia. Sirve a los intereses de la provincia de Buenos Aires y sólo ayudará a crear un nuevo pulpo. Después de la macrocefalia de Buenos Aires, crece la de Bahía Blanca, que pretende convertirse en la puerta de la Patagonia. ¿Qué tienen que ver entre sí (dentro de la zona del Comahue, creada por este gobierno) regiones nordpatagónicas como Neuquén, Río Negro y, aun, provincias como La Pampa, con los 19 partidos de la provincia de Buenos Aires, que se le adosaron? ¿Qué relación existe entre ciudades ricas como Tres Arroyos (donde pueden observarse antenas de TV en las villas miseria) con páramos desolados como Maquinchao o Jacobacci, al sur de Río Negro, donde reinan el hambre, el analfabetismo, la hidatidosis? Sin embargo, todas esas zonas conviven en el Comahue".

El Chocón pondría a la Nordpatagonia al servicio de la pampa húmeda. Para la Patagonia propiamente dicha, o sea la que comienza al sur del paralelo 42 y ocupa 490 mil kilómetros cuadrados del territorio patagónico (Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego), el complejo hidroeléctrico no significa absolutamente nada.

Se remata el Far West

La Patagonia, sin soluciones de fondo, es un extraño país, definido con rara precisión por el padre Aurelio Muñoz, director de la misión salesiana de Tierra del Fuego: "Esto es un segundo Far West,

un territorio donde impera el 'sálvese quien pueda', donde sobrevive el que lucha. Aquí nadie espera ayuda de nadie. Dios está en todas partes, pero sólo atiende en Buenos Aires".

Un grupo de periodistas de Trelew relató a siete días un insólito episodio. Hace unos cuatro meses, el gobernador Pérez Pittón integró a su equipo de trabajo al capitán Carlos Manuel Rosales. Durante un período de ausencia del gobernador, el capitán Rosales, a cargo del Ministerio de Gobierno, organizó una conferencia de prensa en su despacho: "Carlos Manuel Rosales es mi nombre –dijo el capitán, según retrataron periodistas del diario *Jornada*, de Trelew, y corresponsales de *Crónica* y *El Patagónico*, de Comodoro–. Los llamé para visualizarlos. ¿Me visualizan bien?". Por el saco abierto del capitán, todos vieron asomar la cacha de una pistola. Al poco tiempo, Rosales desapareció. "Era un hombre excepcional, que intentó barrer a la mafia montada por gobiernos anteriores y por los delincuentes locales", confiaron algunos. Para otros, "encarnaba simplemente la imagen de algún comisario del oeste norteamericano".

Los patagónicos exhiben un excelente humor negro. Claro que siempre encuentran fuentes inspiradoras.

–¿Dónde está el intendente de Caleta Olivia? –preguntó hace poco tiempo un gobernador, durante la reunión de intendentes en Comodoro.

Se produjo un penoso silencio. Finalmente, alguien se atrevió a contestar:

–En Santa Cruz, señor. Caleta Olivia queda en la provincia de al lado...

Hubo otro mandatario provincial que pretendió tomar el tren de Trelew a Esquel, sin saber que jamás existió tal servicio. El sistema ferroviario troncal termina mucho más al norte, en Bariloche, Río Negro.

Hace algunas semanas, este novedoso Far West quiso rematarse a sí mismo. Unos 150 vecinos del pueblo de Sarmiento, al sur de Chubut y a mitad de camino entre Comodoro y la Cordillera, firmaron un llamado a licitación para poner en venta el pueblo, sin base, al mejor postor, a cualquiera; durante 80 años –consideraban–, ningún gobierno se habla ocupado de ellos, y por eso, antes de abandonarlo, preferían venderlo. En 1962, la localidad de Sarmiento tenía 6500

habitantes. En los últimos años emigraron más de 2600 y ahora, en las 1500 hectáreas de su valle, apenas trabajan 144 ancianos. Sólo el cinco por ciento tiene entre 35 y 40 años. Los más jóvenes se fueron y el desierto, que parecía derrotado para siempre, avanza de nuevo sobre enclenques poblaciones.

Hay un pueblo, Ricardo Rojas, al suroeste de Chubut, que está siendo invadido por la arena. Se lo comen de a poco los médanos y hasta una estancia debió ser abandonada. El "Vasco" Raúl Alberdi, para entrar y salir de su casa, tiene que palear arena. Ricardo Rojas es el único pueblo del mundo donde la cal que utilizan los albañiles se vuelve negra apenas sopla el viento. Y el viento sopla siempre. Hay árboles de cinco metros que están enterrados, de los cuales apenas quedan unas ramas en la falda de una loma y que, para el observador desapercibido, sólo parecen matas. Los médanos se mueven, van y vuelven. A veces se retiran a las lomas vecinas, depende del sentido del viento. Pero siempre terminan por atacar al pueblo y, entonces, el aire se convierte en una impenetrable pared de tierra que impide ver; hay que avanzar a ciegas, de costado. Todo está bendecido por la arena. A pesar de que las ventanas estén cerradas, se cuela siempre, y por eso las camas y las bocas están siempre llenas de arena. Pero el "Vasco" Alberdi simplemente palea: "Yo no me voy", aseguró. Desde hace pocos meses, un grupo de técnicos del INTA (Instituto de Tecnología Agropecuaria) pretende forestar los médanos para fijarlos.

Toda la Patagonia está llena de pequeños, de ignorados heroísmos cotidianos. Se asfaltan algunas calles, se levanta algún puesto sanitario; se construye alguna escuela. Pero las grandes soluciones, ¿dónde están?

Los "delincuentes juveniles"

El año pasado, un grupo de jóvenes nacionalistas propuso soluciones y viajó a Río Gallegos. Iban a dar la "revolución nacional", aseguraron. El gobernador Rainelli los integró a su gabinete, en ministerios, secretarías, intendencias. Algunos habían sido militantes del grupo Tacuara y Guardia Restauradora Nacionalista. Otros, la mayoría, más

que ex activistas de barricadas, eran profesionales, definibles como católicos preconciliares. Uno de sus objetivos más obstinados era concretar una gran reforma agraria, expropiando, por razones de seguridad, el medio millón de hectáreas que totalizan las estancias Cóndor (inglesa) y Fuentes de Coyle y Las Vegas (chilenas).

Además, exigían clarificar quién era quién en las enormes sociedades anónimas que acaparan las mejores tierras santacruceñas, al sur de la provincia, en predios otrora exclusivos de Braun Menéndez. Sospechaban que, en muchos casos, había chilenos o ingleses detrás de aquellas que ocupaban zonas de frontera. Además, actuaban previendo que la esperada expropiación obtendría, finalmente, el aval de Buenos Aires. Hace ya un año que se habla de esta reforma en medios políticos de Río Gallegos.

Aunque al principio muchos pobladores los rechazaron por su posición ideológica, finalmente estuvieron de acuerdo con los hechos concretos que el grupo intentaba producir. Pero en mayo último el grupo renunció casi en pleno, provocando una de las más serías crisis que afectaron a la administración Rainelli, gobernador que asumió poco después de la revolución de junio del 66.

El líder del grupo era el ministro de Gobierno, capitán de navío (R) Juan Alcides Plaza, un porteño de 40 años al que sus adversarios califican de "honesto pero enloquecido".

Curiosamente, los únicos miembros del grupo que permanecieron en el gobierno eran los ex militantes de barricada derechistas, los más agresivos. Aunque el texto en donde Plaza fundamentaba su renuncia es secreto, SIETE DÍAS tuvo acceso a tos cinco puntos claves: 1) El sobornador incorpora únicamente a la función pública a ex militantes de UDELPA; 2) El gobernador se apoyaba en las sociedades rurales más que en la población urbana. El presidente de la Sociedad Rural de Río Gallegos es John Blake, administrador de la gigantesca estancia inglesa Cóndor; 3) Plaza acusó al subsecretario de Producción, teniente coronel José Marta Menéndez, de no "trasmitir fielmente una imagen de honestidad" y exigió su separación del cargo; 4) Pidió la separación de consejeros íntimos del gobernador como, por ejemplo, su mayordomo, Mario Sanz, que ejercería "nociva influencia personal" sobre Rainelli; 5) Pidió la separación del fiscal de Estado, Mario

Radressa, "por negligencia culposa, al no reivindicar para el Estado más de medio millón de hectáreas (que podrían ser hasta más de un millón) de campos fiscales, cuyos títulos de propiedad son muy discutibles".

Detrás de esta renuncia no se agitan sólo problemas de pago chico. Más bien incuba la clave de un tenso conflicto nacional.

Desde que asumió el ministro de Economía de la Nación, el liberal Adalbert Krieger Vasena, el sector nacionalista, acaudillado por el secretario de Gobierno, María Díaz Colodrero, impulsó la creación del FIT (Fondo de Integración Territorial). Díaz Colodrero maneja la Dirección General de Provincias, que es una especie de ministerio de Colonias; al menos, en lo que a la Patagonia se refiere. Allí van, irremediablemente, los expedientes que envían los gobernadores.

"Allí duermen, también. A los muchachos de la Dirección de Provincias, los sacaron del 05", comentó uno de los amargados renunciantes de las huestes del capitán Plaza. Se refería a un restaurante del Barrio Norte, frecuentado por los jóvenes aficionados al automovilismo deportivo, nacionalistas, liberales o sin partido.

Pero sólo con la Dirección de Provincias, Díaz Colodrero no puede hacer mucho, pues el dinero es administrado por Krieger Vasena, quien no parece dispuesto a financiar una reactivación patagónica. El ministro Krieger y su grupo preferirían desarrollar la pampa húmeda; o sea, impulsar el Chocón. "Por eso, el FIT sería el instrumento nacionalista para proveer de fondos al sur, y lograr así el apoyo del interior", advirtieron a SIETE DÍAS en la gobernación de Santa Cruz. Pero como tendría dificultades para conseguir capitales, "el resultado de este tira y afloja de los dos sectores significa que, por ahora, en la Patagonia concretamente no pasa nada".

O mejor dicho, quizá pasen las humillantes cosas de siempre. Las que inventaron ese mito de resplandores nefastos: la Patagonia trágica. A principios de este año, dos sensacionales tomas de tierras que serían fiscales, unas 10 mil hectáreas de una estancia de los Braun (Tapi Aike), demostraron que el sur sigue siendo tierra de nadie.

¿Cuál es la historia de estas invasiones de tierras? ¿Cuáles son los negociados que podrían ocultarse detrás de estos hechos? Pero más aún, ¿cómo empezó esta larga gesta del sur, con expropiaciones, con

asesinatos, sordidez, grandeza y, sobre todo, con delirios y fiebres? Quizá, para entender a esta Patagonia 1968 que todavía revela a cada paso todo el horror y la fascinación de la aventura, sea conveniente comenzar por el principio.

La conquista del lejano sur

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 77 | 28 de octubre de 1968]

Dos invasiones de tierra registradas a principios de 1968, en Santa Cruz, atestiguan que la Patagonia sigue siendo una tierra sin ley. La aventura del sur se inició con la agónica colonización española en Puerto del Hambre, sobre el estrecho de Magallanes, y continuó con sórdidas historias de conquistas. Pero el actual rostro patagónico se acrisoló en la matanza de indios y la creación de fabulosos latifundios forjados por unas pocas familias de inmigrantes fundadoras de una dinastía.

Primero llegaron las ovejas, en camiones, antes del amanecer. Después fueron hombres sigilosos, carabinas en ristra, los que invadieron la tierra y montaron una casa prefabricada. Pasaron algunos días antes de que alguien los viera, sentados a la puerta, tomando el sol estival del mediodía, con la carabina sobre las rodillas. Entonces corrió la voz en Río Gallegos.

Estos hechos no son historia. Ocurrieron en Santa Cruz a principios de este año, cuando un empleado de frigorífico, Alejandro Urquardt, y un pequeño ganadero, Miguel Cevallos, se apoderaron de los campos Paloma y Cerro Negro, en total unas 10 mil hectáreas de la gran estancia Tapi Aike, uno de cuyos propietarios es Mauricio Alejandro Braun. Ahora el establecimiento quedó reducido a 15 mil hectáreas. Cuando se inició la acción legal, los intrusos acusaron a su vez de "intrusa" a la sociedad anónima Cifra, dueña de Tapi Aike.

Según el ex ministro de Gobierno de Santa Cruz, Juan A. Plaza, habría un millón doscientas mil hectáreas de tierras fiscales, muchas de las cuales están integradas a los grandes establecimientos ganaderos santacruceños; sin embargo, no tienen títulos suficientes de propiedad. Santa Cruz es la única provincia cuyo catastro de propietarios rurales no está el día.

"Cuando propuse la confección de un censo rural, el director del Consejo Agrario, teniente coronel José María Menéndez, sugirió que este año era mejor preparar el catastro urbano y dejar el registro de tierras para 1969. Esa fue una de las tantas razones que provocaron

mi renuncia. Santa Cruz sigue siendo una tierra sin ley", confió Plaza.

Inquietantes versiones que circulaban hace unas semanas en Río Gallegos sostenían que altos funcionarios vinculados al Consejo Agrario habían pretendido vender en paquete, en Buenos Aires, el millón de hectáreas fiscales. Al no lograrlo, habrían fraguado con algunos pobladores la invasión sigilosa de las tierras. "Los funcionarios señalaron a los pobladores sobre cuáles lotes los grandes estancieros no tenían títulos de propiedad. En recompensa, los flamantes intrusos serían socios virtuales de los funcionarios", diagnosticó un riogalleguense notorio.

Sin embargo, otras fuentes desvirtuaron estos rumores, afirmando que provenían de los sectores nacionalistas recientemente desplazados del poder. Claro que el hecho concreto, la toma de tierras, se produjo. "¿Acaso los Braun Menéndez se apropiaron de los mejores campos de la Patagonia con métodos más suaves hace 60 años? Todo lo contrario, no ahorraron sangre de indio", interpretó el ex candidato a gobernador por el peronismo, Jorge Cepernic. La invasión de 1968 obliga a internarse en la tumultuosa historia de la Patagonia, único medio para entender hechos recientes. Una Patagonia que José María Borrero, implacable ex administrador de los Braun, calificó de trágica en un panfleto publicado en 1926.

Puerto del hambre

La epopeya patagónica no empieza con los Braun Menéndez. Para comprenderla es necesario revivir aquel 1º de noviembre de 1520, cuando el navegante Hernán de Magallanes arriesgó internarse en el estrecho que hoy lleve su nombre y que por aquel entonces era simplemente una boca hacia lo desconocido: serpientes gigantescas, monstruos de ojos enloquecidos figuraban en los mapas medievales, como custodios despiadados, alerta para atacar a quien osara trasgredir los confines del mundo habitado.

Pero mucho más osada fue la aventura que vivieron años después, en febrero de 1584, los colonos que el navegante español Pedro Sarmiento de Gamboa desembarcó a la entrada del estrecho. Los 106 pobladores,

que incluían 10 niños y 13 mujeres, protagonizaron una agónica historia de traiciones que terminó con la destrucción de todos. Cuatro de las cinco naves de Sarmiento de Gamboa huyeron despavoridas del lugar. Pronto se acabaron las provisiones, los arcabuces mojados no servían para nada y el invierno amenazaba con agresivas nevadas. Con los pies envueltos en pellejos de vino vacíos, los hombres de la última carabela avanzaron durante 20 días hasta una bahía donde, en el más admirable de los delirios, no sólo fundaron la ciudad del Real Felipe (en homenaje a Felipe II); Sarmiento de Gamboa designó un cabildo y regidores y estructuró un regimiento.

En mayo de 1584 un temporal sorprendió al tenaz marino a bordo de su única carabela y lo arrastró hacia el norte. Tan poco pudo hacer que el primer puerto que atinó a tocar fue el brasileño de Santos para dejar sin recursos ni jefe a sus colonos del estrecho. Intentó regresar dos veces en 1585, pero sólo en la segunda logró llegar por unos instantes, como Moisés, a la vista del estrecho; de nuevo las ráfagas lo arrastraron hacia el norte y tuvo que echar al mar el ganado y las provisiones que destinaba a los aislados colonos. Arruinado, volvió a España a suplicar ayuda. Pero en el camino fue apresado primero por los ingleses, después por los franceses; durante cinco años nada pudo hacer por su gente. Murió en 1592, en España, atormentado por visiones.

Los colonos sobrevivieron comiendo raíces, pájaros y mariscos, y deambularon por la costa esperando el improbable retorno de Sarmiento de Gamboa. Las semillas que trajeron no germinaron por las heladas. Real Felipe se convirtió en un reducto de la muerte: al tercer invierno solamente sobrevivían 15 hombres y tres mujeres. Un día vieron tres veleros en el mar; no era un espejismo sino algo peor, el pirata Cavendish, declarado enemigo de España, quien sólo rescató al timonel Tomé Hernández. Antes de partir, el bandido inglés decidió, por simple curiosidad, recorrer el pueblo: el cuerpo de un español colgando de una horca lo recibió a la entrada y el viejo rufián –cuenta la historia– se horrorizó. En las casas, los cadáveres conservados por el frío mantenían la posición en que los había sorprendido la muerte. Entonces rebautizó a la ciudad con un nombre más acorde: Puerto del Hambre.

Los otros 17 sobrevivientes continuaron oteando el mar, desesperados. Nunca se sabrá cuántos lograron conservar la vida ni qué pasó

entre ellos, pero en 1589, tres años después de la visita de Cavendish, uno de los españoles, ballesta en mano, vagaba todavía por los acantilados. Era probablemente el último centinela que España mantenía en el estrecho. Cuando el pirata inglés Merrick lo recogió, los vientos se quedaron solos. A lo lejos, con sus fuegos a bordo de las canoas, los indios volvieron a ser los dueños del fin del mundo.

La agónica hazaña española no era simplemente una aventura; estaba impulsada por el afán de frenar a piratas como Francis Drake que durante el trascurso del 1500 recorrían el Pacífico barriendo aldeas y pasando a degüello a cuanta población hispana encontraban. Hacia el 1600 la Patagonia era un páramo visitado esporádicamente por los bucaneros.

Espías y emperadores

La soberanía española continuaba siendo teórica en 1779, cuando se creó en Buenos Aires el Virreynato del Río de la Plata, cuya jurisdicción se extendía, hacia el sur, hasta el cabo de Hornos.

Los piratas fueron reemplazados por una nutrida casta de "viajeros ingleses", fieles representantes de la codicia que las grandes potencias colonialistas mostraban por la Patagonia. El pastor inglés Thomas Falkner estuvo por el sur antes de que España creara el Virreynato. Ya en 1786, en su libro *La Patagonia y sus zonas adyacentes*, acumulaba valiosísimo material geográfico y antropológico e instaba a la Corona a que conquistara la Patagonia.

Cuando a fines del 1700 los españoles fundaron pueblos como San José, en la península de Valdez, Chubut o Carmen de Patagones, junto al río Colorado, el propósito de afianzar su dominio en el sur era ya bien claro. Inútilmente, en pleno siglo XIX, los ingleses financiaban todavía el traslado de viajeros. Uno de los más notorios fue el capitán George Musters, una especie de Marco Polo patagónico, quien en 1866 recorrió todo el sur y se hizo amigo del importantísimo cacique Casimiro, lo que le permitió alcanzar el grado de chasque, o sea el de virtual vicecacique. Durante un segundo periplo sureño, en cambio, apenas pudo evitar que los indios lo ultimaran.

Por esa época, en 1865, llegaban a Chubut los primeros contingentes de colonos galeses, mineros de Cardiff, quienes a bordo del velero Mimosa, en viaje hacia América, cantaban entusiasmados: "En la Patagonia viviremos en paz y pondremos a un galés en el trono".

También los franceses pretendieron quedarse con esa codiciado territorio. En 1858, un oscuro hidalgo campesino, Orilie Antoine de Tounens, desembarcó en Chile y anunció que iba a crear "una confederación monárquica constitucional dividida en 17 estados". Nadie lo tomó en serio y él mismo advirtió que tan titánica obra le estaba vedada. Con más juicio resolvió proclamarse Emperador de Araucanía y Patagonia, e inmediatamente se internó en el sur. Ahí, luego de consolidar su poder, emitió su propia moneda, repartió títulos de nobleza a los caciques y se convirtió en una sombra inquietante para Chile, que terminó por apresarlo. Fue alojado en el manicomio de Valparaíso. Pero el gobierno francés se interesó por él, logró que se lo liberara y al poco tiempo Orilie Antoine regresó a la Patagonia; entonces desembarcó, con bandera de combate, cerca del río Negro.

Pero los militares argentinos –enterados de los manejos del aventurero– pusieron precio a su cabeza.

No obstante, recorrió tranquilamente el sur, hizo excelentes amistades, volvió a París y logró armar dos buques de guerra. Las presiones diplomáticas impidieron que se hiciera a la mar, pera el fallido emperador retornó a Sudamérica, ahora disfrazado, ingresando al desierto por Carmen de Patagones. Antes de que pudiera establecer contacto con sus caciques amigos, lo apresó el teniente coronel argentino Carlos M. Bosch. Antoine de Tounens volvió definitivamente a París. Pero su historia no termina ahí: en 1965, un supuesto descendiente suyo, titulado Aquiles I, anunció en París, con desparpajo casi patafísico, que uno de estos días vendría a la Patagonia para reivindicar sus derechos entre los indígenas.

Ballenas y banderas

Curiosamente, la Patagonia no fue sólo bocado de cancillerías europeas. Cuando a mediados del siglo XIX estalló la fiebre del oro en

California y la caza de la ballena constituía un brillante negocio, los barcos balleneros se lanzaron a aventuras increíbles en el Antártico. Grandes buques factorías perseguían a la codiciada ballena azul y el estrecho de Magallanes se convirtió en paso obligado entre ambos océanos. Mientras la Argentina se despreocupaba por territorios que legalmente le correspondían, los chilenos, con admirable clarividencia, se apropiaron del estrecho al fundar, en 1843, el Fuerte Bulnes sobre las ruinas de Puerto del Hambre. En 1849 se apresuraron a crear Punta Arenas (en el extremo sur), que de mero presidio se convirtió en eje económico de la Patagonia.

Uno de los pocos que se alzaron, solitario, sin el menor apoyo de Buenos Aires, fue Luis Piedrabuena, un hijo del sur nacido en 1833 en Carmen de Patagones, junto al río Colorado, el límite norte de la Patagonia.

A los nueve años, Piedrabuena ya era grumete; a los 18, naufragó en su barco, y durante meses debió vivir en el océano Atlántico, comiendo la carne de los lobos marinos que deshollaba y cuya piel utilizaba para protegerse del frío. Finalmente reparó las averías de su nave y siguió viaje.

En su época, todavía los balleneros ingleses y norteamericanos recorrían el litoral patagónico, cerca de la costa, y desembarcaban en cualquier parte. Piedrabuena, por su exclusiva cuenta, decidió erigirse en la ley, representando a un Estado argentino que nunca le prestó la menor ayuda. Fundador de factorías de ballenas que fracasaron, cazador de lobos y pingüinos, creador de pulperías y hasta de una casa de ramos generales en Punta Arenas, donde lo acusaron reiteradamente de espía argentino, su figura fue la única resistencia solitaria que enfrentaron los chilenos en su marcha hacia el norte.

En 1859 los chilenos ocupaban todo el sur de la provincia de Santa Cruz, hasta el río del mismo nombre. Como el presidente Bartolomé Mitre prometía a Piedrabuena una ayuda que jamás le envió, éste resolvió fortificarse en Pavón, una desolada isla ubicada en medio del río, donde construyó un fortín artillado e izó la bandera nacional.

Algunos sectores chilenos que estaban en contacto con los indios araucanos azuzaban a las tribus, creando un verdadero “estado-tapón”: por una parte impedía a Buenos Aires extender sus defensas hacia

el sur, y por la otra apañaba el contrabando de miles de cabezas de ganado hacia Chile.

El forcejeo entre Piedrabuena y los chilenos por controlar a los indios sureños provocaba episodios tragicómicos. La tradición oral conservó la historia del cacique Biguá, una pieza clave en la Patagonia, que los chilenos emborracharon un día para enviarlo a Santiago de Chile, donde lo nombraron coronel. Su tarea: repartir banderitas chilenas entre los miembros de su tribu. Desesperado, Piedrabuena obtuvo para Biguá un viaje a Buenos Aires, en donde Mitre lo ascendió a general y le aumentó el sueldo que ganaba en Santiago.

No le fueron mejor las cosas a Piedrabuena cuando Domingo F. Sarmiento ascendió al poder. En sus memorias, el solitario héroe patagónico revela que, según el sanjuanino, "los argentinos estamos muy pobres y ese territorio le conviene más bien a los chilenos por ser el paso hacia el Pacifico".

La tensión llegó a su cénit en 1878, cuando los chilenos negaron la soberanía argentina al impedir que dos barcos extranjeros recogieran grano en Santa Cruz, no obstante contar con autorización de Buenos Aires. El presidente Julio A. Roca armó apresuradamente una flotilla con viejos barcos de río que diez años antes habían sido utilizados en la guerra del Paraguay. Los chilenos contaban con la flota más poderosa de Sudamérica. El enfrentamiento era previsiblemente desastroso para los argentinos, más bien un intento suicida para compensar todo el desapego oficial tradicionalmente manifestado desde Buenos Aires. Pero sorpresivamente las naves enemigas abandonaron la zona del estrecho y se dirigieron hacia el norte de Chile. Sucedió que por esa época estalló la guerra chileno-peruana-boliviana y las naves fueron derivadas hacia esa misión.

La quimera del oro

Pero aunque perdieron una hipotética guerra, los chilenos manejaban comercialmente a todo el sur desde Punta Arenas. Tierra de fiebres, después del delirio del guano estalló en la Patagonia una auténtica quimera del oro, por la misma época del frustrado conflicto entre ambas naciones.

Punta Arenas era la ciudad a la que los buscadores de oro llegaban para vender sus tesoros, mezclándose con los loberos que traían cueros de foca y de nutria cuando retomaban de sus viajes en goleta por el archipiélago magallánico.

Punta Arenas fue el centro brutal y mágico de la expansión blanca sobre la Patagonia. Entre sus casas de madera y chapas ambulaban los delirantes que sabían de espléndidos yacimientos escondidos, o los balleneros que acababan de salvar por milésima vez su vida al atravesar la zona del cabo de Hornos. Una ciudad de leyenda donde los grandes artistas europeos recalaban en su obligado paso hacia el otro océano y ofrecían con igual fervor los recitales que brindaban en Europa.

A esta ciudad alucinante llegó un día el ingeniero rumano Julio Popper, quien después de construir el puerto de La Habana (Cuba), acababa de descubrir un fabuloso yacimiento de oro en la bahía Slogget, en Tierra del Fuego. Genial y sanguinario, mezcla de alquimista y capanga, Popper tuvo el mérito de hacer el más minucioso relevamiento topográfico fueguino, apoyando a la Argentina en su disputa por la isla. Pero como también soñaba con un reinado propio, imprimió monedas y estampillas propias y organizó una guardia pretoriana, responsable del genocidio sistemático de los 10 mil indios sureños que obstruían sus exploraciones auríferas.

La fiebre del oro fue tan fugaz como espléndida. En sus postrimerías, en 1906, una estadística indicaba que se produjeron 600.000 kilos de oro en Tierra del Fuego, entre 1903 y 1905. El propio Lloyd George, luego premier inglés, fue socio principal de la Compañía Explotadora de Oro de Londres, instalada en el valle del río Chubut, y con cuyo metal fundió su anillo de bodas. También hubo potentados porteños –Juan Runciman, Tomás Anchorena– entre los accionistas de la mina chubutense Corintos.

Cuatreros con galones

Como sucedió en California, también la fiebre del oro patagónica trajo al sur a toda clase de bandoleros. Hasta una banda de

cowboys texanos comandada por Butch Cassidy, que arrasó cuanto pueblo encontró en Montana y Wyoming, en Texas y el norte de México. Era tal su ambición de grandeza que se hicieron sacar una foto disfrazados de burgueses. La foto los perdió, ya que en 1908 el comisario de policía Milton Roberts reconoció, en una reproducción publicada por *Caras y Caretas*, a los recientes asaltantes del banco de Río Gallegos y de varias estancias sureñas. Aunque el detective William Pinkerton llegó desde los Estados Unidos para capturarlos y cobrar la recompensa de 10 mil dólares ofrecida por sus cabezas, fue necesario integrar una banda de cuatreros con galones para acabar con los temibles cowboys.

Fue en 1911 que se creó la Policía de Fronteras, manejada por un aventurero austríaco, Otto Gebhard; conducía una especie de Legión Extranjera, en donde abundaban facinerosos portugueses, uruguayos, brasileños y negros africanos, cuyos procedimientos eran cruelmente expeditivos: la única pena reconocida era el fusilamiento. La policía de frontera jamás apresó a nadie. En 1912, tras larga persecución, el implacable Gebhard sitió a los cowboys y los aniquiló. Sus cadáveres quedaron insepultos cerca de Río Pico, en el oeste del Chubut. En 1918, Gebhard abandonó su convulsionada vida de sheriff y se retiró a la apacible actividad de estanciero.

Esta era la Patagonia donde el asturiano José Menéndez y el alemán Mauricio Braun acrisolaron no sólo la fabulosa fortuna de una dinastía familiar, sino algo más: en gran medida, facturaron la Patagonia tal cual es.

El monumento a Roca

Para radiografiar la historia de los Braun Menéndez es necesario retornar a esa Punta Arenas de 1876, cuando José Menéndez, un recién llegado, se convirtió en dueño del almacén de artículos navieros que Piedrabuena debió abandonar cuando se lo acusó de ser espía argentino. Casi en seguida, Menéndez, un extranjero de apenas 30 años, se convirtió en ganadero al comprar las primeras 500 ovejas traídas desde las Malvinas a la Patagonia, en 1877. Se quedó con las ovejas de un

establecimiento en quiebra y esos animales fueron una de las claves de su fortuna posterior.

Por esa época, Mauricio Braun, un inmigrante, hijo del comerciante Elías Braun, que tenía un almacén de ramos generales en Punta Arenas, entró al servicio de un portugués, José Nogueira, armador de barcos y cazador de focas, que recorría el archipiélago comerciando con los indios. Nogueira llevó consigo a Braun durante sus correrías por las islas del sur. La expansión blanca reducía y dispersaba a los indios que vivían en el archipiélago. El alcohol, la sífilis, la tuberculosis o la mera presencia del extraño provocaban pestes devastadoras. A veces los foqueros jugaban al blanco con ellos; el negocio consistía en comprarles pieles por algunas botellas de vino, que luego revendían a buen precio en Punta Arenas. Uno de los "boliches" que adquirían esas pieles de lobo o de nutria era el almacén a cuyo mostrador estaba la hermana de Mauricio Braun, Sara, quien luego atendería el hotel Cosmos, también propiedad de su padre, Elías.

El marino Nogueira era parroquiano asiduo del almacén de los Braun. En los almacenes de Punta Arenas, los foqueros que por algunas botellas de vino les sacaban los cueros a los indios sufrían un proceso similar. A veces, por unos pocos tragos, dejaban sus pieles o –si eran mineros– sus pepitas de oro.

Nogueira, fascinado por la belleza de Sara, se casó con ella. En 1890, el gobierno de Chile le concedió al aventurero portugués, en arrendamiento, un millón de hectáreas para que las explotara. Esta es una de las claves de la fortuna de los Braun, ya que tres años después Nogueira murió; entonces, la viuda y su hermano Mauricio redactaron los estatutos para crear la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, uno de los grandes negocios de la dinastía, convertida hoy en la Sociedad Ganadera de Tierra del Fuego y abastecida en sus orígenes por el financista inglés Peter McClelland; totalizaba 1.298.706 hectáreas, íntegramente de propiedad chilena.

Sobre Braun cae frecuentemente la acusación de haber matado indios a mansalva, pretextando que estos le comían las ovejas. Cuando hace pocos días SIETE DÍAS interrogó en Buenos Aires a Armando Braun Menéndez, hijo, éste se encogió de hombros: "Puede ser que mi abuelo, don Mauricio, haya matado algún indio. Pero, ¿acaso Roca

no organizó la campaña al desierto para exterminarlos? ¡Y hasta le hicieron un monumento! Además, Roca no se fue hasta el confín del mundo: ¡los mató por aquí nomás, en Pergamino!".

En Tierra del Fuego las explosivas crónicas de la misión salesiana registran severas denuncias contra las matanzas de indios, los superiores de la misión son reticentes en mostrar esos documentos. Sin embargo, el padre Aurelio Muñoz explicó a SIETE DÍAS: "¿Para qué voy a herir a los descendientes? ¿Qué culpa tienen ellos? Todos los años nos regalan 70 ovejitas para nuestro consumo. Siempre nos ayudaron con algo. El sanguinario fue un capataz de los Menéndez, un tal Macklenan. Primero pagaba dos libras por cada oreja de indio. Y después por la cabeza entera, para más seguridad. Claro que todo eso es mejor no tocarlo. Es cosa del pasado".

Pero muchas otras empresas –además de la Sociedad Explotadora– ocuparon a Mauricio Braun. Cuando se casó con la hija de José Menéndez, Josefina, se desató la más despiadada lucha comercial entre suegro y yerno. Una disputa que no impidió que Menéndez levantara, en el centro de Punta Arenas, un monumento al conquistador Magallanes, con una leyenda en donde todavía se lee: "De José Menéndez a Hernán de Magallanes". A fines de siglo, la ola de progreso convirtió al fangoso pueblo con olor a pescado y alquitrán en un conglomerado de fabulosos palacios, residencias de los nuevos señores de la Patagonia, construidos por ingenieros europeos especialmente traídos hasta ese vértice del mundo barrido por el viento polar.

Menéndez y Braun recién decidieron unir sus fortunas en 1908, cuando una crisis amenazó la seguridad económica de ambos. Hasta entonces, tanto uno como otro eran banqueros, cabañeros, armadores de barcos, dueños de frigoríficos y de factorías de ballenas.

Un viejo marino, Carlos Borgialli, describe en la revista *Argentina Austral* (número 14) la imagen que tuvo de Menéndez a principios de siglo: "Paseando por la plaza central de Punta Arenas, nos señalaron a una elegante persona de barbita a lo D'Artagnan, con traje sport y polainas: '¿A que no sabe quién es aquel que discute tan vehemente con esos caballeros? José Menéndez. Y lo llaman el rey de la Patagonia, por millonario en libras y en ovejas... Llegó a estas tierras sólo hace un cuarto de siglo y ya tiene pontones, veleros, buques a vapor; manda

un ejército en sus casas de comercio, astilleros, bancos, usinas, minas, estancias, aserraderos, graserías... y qué sé yo qué más'".

La unión de Menéndez y Braun produjo la fundación de la poderosísima Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, gigantesca casa de ramos generales que al mismo tiempo sirvió para ensanchar la fortuna ganadera de la familia, que desde 1908 hasta hoy responde a una dirección unificada. "Hasta 1920, los Braun Menéndez ponían y sacaban gobernadores en la Patagonia", confió a siete días, en Río Grande, el ex gobernador del territorio, Francisco Bilbao.

Para lograr esa política, las 15 filiales de la Anónima fueron elementos claves. Vendían desde rollos de alambre, "vicios", yerba, azúcar, tabaco y aspirinas (por supuesto que en el sur no abundaban los médicos) hasta artículos de vestir y de ferretería. La Anónima fue un enorme "boliche" de los tantos que aún hoy pueblan el desierto, pero alcanzó categoría de gran "pool".

"Muchas veces la Anónima daba crédito. Como los estancieros no podían pagar, la empresa se iba quedando con campos, ovejas e instalaciones", evocó Juan Arzunegui, puestero del Chubut. "Así fue como se quedaron con estancias enteras". Pero como por ley ningún dueño podía poseer más de un campo fiscal, surgieron los llamados palos blancos, más concretamente, los testaferros. Claro que algunos palos blancos terminaron por quedarse con las tierras y de meros administradores se convirtieron en estancieros.

La última gran ofensiva contra aquellas grandes estancias que aún poseen campos fiscales, porque los actuales dueños no pueden exhibir títulos de propiedad, se produjo con las sorpresivas tomas de tierras de principio de 1968, a las que se alude al principio.

¿Esto señala el ocaso de la influencia de los Braun Menéndez o simplemente otra etapa de su historia? ¿Cuál es el estado actual del poderío de esta dinastía patagónica? Quién manda hoy en el sur y cuál es la realidad de los grupos humanos de la Patagonia será el tema de la próxima nota.

Los hijos del viento

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 78 | 4 de noviembre de 1968]

Desposeídos y errantes, los moradores de la meseta patagónica pelean contra un suelo agresivo, el flagelo de las enfermedades, el hambre y los comerciantes rapaces. Expulsados de las mejores tierras, se han convertido en hijos de la resignación y el viento.

"Quiero irme de aquí. No resisto más", confesó Fernando Meerfeld, un médico porteño de 28 años, anclado desde 1966 en Gastre, un pueblo de 200 habitantes perdido entre la arena amarilla del centro del Chubut. Apenas quince casas de adobe blanqueadas con cal sin atisbos de urbanización, cada casa a infinita distancia una de la otra y el viento enloquecido bramando siempre sobre los techos. "Ya cumplí con mi contrato, pero nadie viene a reemplazarme", se quejó Meerfeld. Sobre su cama colgaba una pistola Luger cargada y un cinturón con balas. Pegadas en las paredes, patéticas postales de París, el Nilo, Copacabana, Miami, eran imaginarias ventanas abiertas al mundo; en su biblioteca se acumulaban viejos ejemplares de revistas semanales porteñas, junto a Dante, Shakespeare, Cicerón, ávidamente deshojadas.

"A la Patagonia la gente viene para irse. Es muy obvio: aquí la oveja se come al hombre", afirmó parafraseando a uno de sus autores favoritos, el inglés Jonathan Swift, creador de Gulliver y de numerosos escritos económicos. El lacerado S.O.S. del joven médico quizá ofrezca la clave del drama de las comunidades humanas de la Patagonia. "La oveja necesita mucho campo para comer, andar, criarse, reproducir. Por eso, paradójicamente, aquí, donde abunda el espacio, no hay lugar para los hombres. Ya atendí 15 casos de tuberculosis entre enero y julio. Los niños jamás toman leche a no ser la que les sirven en la escuela. ¿Y qué puedo hacer con mis pobres medios? Sólo desesperarme y ayudar como pueda. Pero estoy cansado. Esto no sirve para nada. Los problemas básicos son otros. No se arreglan con remiendos".

Pero su lúcido y silencioso aullido obliga a radiografiar la distribución de la tierra para entender cómo viven los grupos humanos dispersos por el lejano sur. Quizá sea útil recordar, como lo puntualiza el economista Enrique Silberstein, que durante la Edad Media, en España, existió una logia singular, la de los Mestas, productores de ovejas "que se adueñaron de extensos territorios. La secta se había creado para facilitar a los ganaderos la apropiación de extensos campos de pastoreo para sus ovejas".

¿Mestas argentinos?

Quizá exista alguna similitud entre esa logia medieval y cierta historia que en un polvoriento despacho burocrático de Río Gallegos relató a SIETE DÍAS José Molinari, veterano funcionario del Consejo Agrario Provincial: "En 1898 y 1905 se terminaron de establecer las grandes estancias santacruceñas. Cuando por la ley 4167 se fijó un máximo de ocho leguas (20.000 hectáreas) por unidad económica, ninguna persona o entidad podía apropiarse de más tierra. Pero nacieron los llamados "palos blancos", quienes oficiaban de testaferros para los Menéndez, los Braun y otros, lo que creó situaciones ambiguas, ya que, de hecho, la legislación era burlada. En tiempos de Perón se promulgó la ley de Reforma Agraria 13995, cuyo artículo 41 hablaba claramente de expropiar "todas las tierras originariamente fiscales que hubiesen pasado a formar parte del patrimonio de personas físicas o jurídicas, en infracción a las normas legales". Molinari comentó que esa ley jamás se cumplió; de manera que en 1957 el presidente Pedro Eugenio Aramburu, por decreto 14577, otorgó "todas las tierras fiscales a sus actuales ocupantes", según lo ordenaba su artículo 1º.

Lo cierto es que hoy un escaso margen de propietarios controla la mejor parte de la tierra patagónica, según revelaron funcionarios del IADER (Instituto Agrario de Desarrollo Rural) entrevistados en la ciudad de Rawson, Chubut. Así, desiertos grandes como condados feudales se convirtieron en comedores exclusivos para las ovejas.

El poder de los Braun

"Ya no somos los dueños de la Patagonia", arguyó el director de la Anónima, Armando Braun Menéndez (h), quien recibió a SIETE DÍAS en su despacho del quinto piso que la familia posee en Diagonal Norte al 500, en Buenos Aires. "A principios de siglo es probable que don José Menéndez y don Mauricio Braun tuvieran gran poder. Pero resulta que don Mauricio tuvo 10 hijos; estos produjeron 64 nietos, que a su vez engendraron 85 bisnietos. Con la subdivisión de las herencias –se quejó–, ¿me quieren explicar qué le toca a cada uno? ¡Migajas!". Este abogado de 35 años, jefe del emporio familiar, reveló cuál es su sueldo: "Gano 250 mil pesos como director de la empresa de ahorro y préstamo Crear y otro tanto codirigiendo esta casa: en total, 500 mil por mes. ¿Acaso es un gran sueldo para un Braun Menéndez?".

El año pasado, la Sociedad Anónima Braun Menéndez dividió sus tres estancias (un millón de kilos de lana al año, 250.000 ovejas) en diez partes. Sin embargo, algunos pobladores patagónicos informaron que la familia sigue ocupando las mejores tierras del sur. Un excelente negocio que exige que en Buenos Aires, todos los jueves a las cuatro de la tarde, algunos conspicuos representantes del clan Braun Menéndez sigan reuniéndose a puertas cerradas para discutir los problemas del emporio. Lo cierto es que la poderosa Anónima estaba en decadencia a principios de este año, cuando Armando Braun Menéndez (h) tomó las riendas; despidió a todos los antiguos jefes e inició un operativo por convertir los viejos "boliches" sureños en supermercados al estilo norteamericano. Actualmente la Anónima mueve 1500 millones de pesos y para continuar gobernando el comercio sureño debe duplicar esa suma en sus 20 sucursales.

Ultimamente el complejo comercial e industrial Pérez Companc compró numerosas estancias de los Braun Menéndez en Santa Cruz, compitiendo con estos en su poderío patagónico. Pero los empleados de la Anónima siguen hojeando reverenciales los últimos números de *Argentina Austral*, un boletín que desde hace 60 años publica la empresa e incluye exégesis que canonizan a los fundadores, junto a valioso material documental patagónico. Pero una serie de enfervorizados artículos, como el titulado "Don Mauricio el Bueno", y lujosos

retratos al óleo reproducidos en la tapa, son testimonios de una época en que la familia asumía meramente una fachada de baronía feudal. "La revista no aparecerá más. Hay que pasar definitivamente de la etapa ganadera a la industrial", estipuló Braun Menéndez, quien intenta postular un dinámico *new american style*. Mientras tanto, en el Sur, los diversos parientes de Mauricio Braun, José Menéndez y su descendencia, sus ex "palos blancos", empresarios como Pérez Companc, las sociedades anónimas chilenas e inglesas y algunos estancieros dominan sobre la más generosa tierra patagónica.

Las pequeñas "anónimas"

Mientras en los grandes establecimientos pueden pastar hasta 1200 ovejas por legua, en las zonas más pobres, donde el viento y el ganado arrasaron con la pastura, dejando sólo rocas, los pequeños estancieros apenas pueden echar a pastar 500 animales por legua.

Para conocer ese infierno SIETE DÍAS recorrió, en una avioneta de la gobernación, el centro del Chubut. Así pudo llegar hasta Gan Gan, oasis a 300 kilómetros de Rawson, donde encontró también quince casas cuadradas, de adobe, arrasadas por ráfagas interminables, igual que en Gastre. La mayoría de esas casas –además de la comisaría, el juzgado, la escuela– son boliches. Detrás del mostrador de madera se pueden ver tarros y paquetes de harina, fideos, yerba, azúcar. La mayoría de los comerciantes son de origen árabe, como Jorge Jashal, quien explicó el funcionamiento de esos puestos en pleno desierto: "Por los alrededores viven grupos de paisanos (ambigua manera patagónica de nombrar a los pocos indios sobrevivientes), propietarios de estanzuelas chicas, de algunas leguas y unos cientos de ovejas. Nosotros les damos créditos liberales. Les llevamos los artículos en camioneta y ellos tienen que pagar a fin de año, cuando después de la esquila venden la lana". En los almacenes se amontonan sacones de cuero a 10.000 pesos, bombachas a 4000, vermouth a 190 la botella.

Una estanzuela de una legua puede significar, con buena suerte, unos 400.000 pesos brutos al año. Si de eso se descuentan gastos por reparación de alambradas, flete, esquila, y además todas las compras

hechas durante el año, se comprende que a veces "los pequeños estancieros no tienen plata para pagarles a los dueños del almacén donde se abastecen de todos los víveres. Entonces los bolicheros prendan las ovejas o el campo. Así se van formando las pequeñas fortunas patagónicas", relató Susana Marinero, una intrépida maestra rural de 26 años.

"No funcionaban de otra manera, en otras épocas y en gran escala, la red de almacenes de la Anónima", reflexionó Luis D'Amico, presidente del Banco Provincial del Chubut. En la casi absoluta oscuridad del calabozo de Gan Gan, SIETE DÍAS entrevistó a un indio que dijo llamarse Vargas; después de vencer su timidez y reticencia, relató: "Yo no soy de acá pero me tienen preso por robar un par de espuelas. Antes teníamos con la mamá 50 ovejas. Don Justo, el bolichero, venía siempre. Mirá el sombrero que tenés, me decía. Está todo roto, y me calzaba uno. Mirá esos pantalones, son una vergüenza. Siempre dejaba cosas. Yo decía gracias y después de la esquila se llevaba la lana. A los pocos días volvió con el comisario, yo creía que a pagarme. Pero nos volteó el rancho diciendo que le debíamos tanta plata que se quedaba con ovejas, tierra y todo". Cuando el mesiánico oficial principal Romualdi (un adepto a los Testigos de Jehová, quien tiene en la comisaría un cajón repleto de revistas *Atalaya*) escuchó esta historia, susurró: "¿Qué podemos hacer por él? Sólo guiarlo por el camino del Señor". En cambio, el juez de paz Arturo Fosatti, 78 años, acotó: "Bah, lo tienen un mes preso en Rawson y después lo largan. Por un par de espuelas, ¿qué le pueden hacer?".

–¿En qué universidad se recibió, señor juez?

–No, si sólo tengo sexto grado. Aquí es suficiente para ser juez –respondió.

Hasta hace poco vivía en una tapera con el techo desfondado. Su caso permite desbrozar la historia de la más reciente colonización patagónica. En su flamante oficina, el improvisado magistrado narró su biografía a SIETE DÍAS: "Llegué al Sur en 1910, para trabajar en la construcción del ferrocarril a San Antonio Oeste, en Río Negro. Después fui emplsado de una casa de ramos generales. En aquellos tiempos todavía la gente desembarcaba en Madryn y se internaba en el desierto sobre las vagonetas Studebaker, unos carros tirados por mulas que formaban caravanas. El viaje tardaba como un mes hasta Esquel.

La tropa paraba donde había aguadas. Los colonos –españoles, vascos, italianos– se llevaban en bolsas los víveres para todo el año. También tenían armas, ¡si esto era un paraíso para cuatreros! Después me puse una casa de comercio, hasta que terminé dedicándome a las ovejitas. Ahora tengo unas seis mil".

Ovejeros

Lejos del minifundio que azota al centro del Chubut y Santa Cruz, siete días convivió algunos días con los ovejeros de la estancia Sara, en Tierra del Fuego, compartió su austero almuerzo (trozos de cordero grasiento junto con un amasijo de fideos, garbanzos y papa, todo rociado con jarras de un desvaído mate cocido) y luego recorrió los "camarotes", dormitorios con varias cuchetas, como las instaladas en los barcos; se pudo constatar que, como en el resto de la Patagonia, prácticamente no se cumple ninguna legislación social "porque la mayoría de los trabajadores son chilenos sin radicación", informó el peón José Páez Sepúlveda, quien leía un texto escolar de historia chilena. Las radios de Punta Arenas son las únicas que se escuchaban y las paredes de los dormitorios estaban abarrotadas de banderines del club de fútbol santiaguino Colo Colo, y retratos de Bernardo O'Higgins. Los ovejeros ganan 12.500 pesos y "no podemos salir de franco porque nos echan", agregó Páez. A la cabecera de su cucheta había colgado una foto de Juan Perón. ¿Por qué? "Es que lo queríamos mucho en Chile". En otras casas de chilenos siete días observó la presencia de fotos similares, en medio de una iconografía de símbolos trasandinos.

"Los ovejeros no reciben nada en las estancias. Tienen que venir con sus propios caballos, monturas y sobre todo con sus perros", siguió Páez. Horas después, al galope, en medio del campo, él mismo dirigía al "piño" de ovejas con aullidos guturales. Sus perros corrían en círculo en torno de los ovinos, y cada aullido suyo tenía una modulación distinta, era el extraño lenguaje por el cual el hombre conversaba con sus animales, que de hecho eran quienes hacían todo el trabajo.

"Esta estancia da un millón de kilos de lana al año, pero es de lo más barata: con 250 mil animales apenas se necesitan unas 50 personas

para manejarla", confió el administrador del establecimiento, Enrique Davidson, un hijo de escoceses nacido en Punta Arenas, quien además reveló: "El principal accionista es Carlos Gacitúa, quien vive en Santiago de Chile". En estancias menores, los peones que "gambetean" (recorren) un lote ganan mucho menos: siete u ocho mil pesos y deben dormir hacinados en galpones sobre cueros de oveja. Desde las cuatro de la mañana cabalgan por el campo, arreando animales, o levantan aquellos que se caen, les sacan el cuero a los que se mueren por hambre. La oveja, bajo su apariencia de mansedumbre, o quizás a causa de ella, termina siendo el animal más parecido a un objeto que respira. SIETE DÍAS presenció una capada. Después de la castración, a cuchillo, el animal se retorció dolorido unos minutos, hasta que finalmente se quedó quieto, como soñoliento. Lo mismo ocurrió cuando un matarife faenó, en el matadero de una estancia, a una oveja. Después de inmovilizarle las patas, le clavó el arma en la carótida y la oveja ni siquiera se quejó. Atinó a exhalar un suspiro casi humano, después pataleó débilmente y nada más.

Los privilegiados

Pero a 2000 kilómetros del extremo Sur otro orbe cerrado funciona con cronométrico rigor: son los supertecnificados burócratas de Gas del Estado.

Frente a los niños de la meseta central, que no conocen la leche, están los operarios del gas, que ganan 75.000 pesos mensuales en Pico Truncado, un complejo industrial santacruceño que parece haber sido trasplantado al desierto desde una película de fantaciencia o un suburbio de Milán.

El gasoducto aspira el gas de los pozos que explota YPF y envía 6.500.000 metros cúbicos diarios a Buenos Aires. Son apenas 420 hombres los que manejan el establecimiento, y viven en un barrio de impecables chalecitos dentro del pueblo de Pico Truncado; el barrio tiene intendente propio, está aislado dsl resto de la población y parece un estado dentro de otro. Frente al espectacular salón comedor donde oficinistas, técnicos y operarios almuerzan por 585 pesos, se alza Chile

Chico, un sórdido caserío de adobe y chapas donde no llegan el agua y la luz que abastecen al barrio estatal. Los ingenieros ganan entre 110 y 200 mil pesos mensuales y los técnicos redondean 90.000; casi todos tienen su auto compacto. La repartición tiene médicos y consultorios de uso exclusivo "pero toda la gente del pueblo puede entrar, si quiere, a nuestro cine", dijo el ingeniero Juan Braghini, jefe del complejo gasífero, antes de admitir: "Tratamos de hacernos perdonar nuestra opulencia".

El mismo aire de claustro cerrado encontró siete días en los campamentos petroleros (argentinos, italianos, norteamericanos) que dispersan sus *trailers* y sus casas prefabricadas por el desierto, entre Pico Truncado y Comodoro Rivadavia, en una extensa franja del norte de Santa Cruz y el sur del Chubut. "Un campamento petrolero es lo más parecido a un monasterio, con la diferencia de que sus integrantes no son exactamente capuchinos", sonrió Diego Zamit, abogado de empresas extranjeras y director del matutino *Crónica*, de Comodoro Rivadavia, quien atrevió otra descripción: "La vida del petrolero es también lo más parecido al régimen de un marino embarcado: cada quince o veinte días baja al pueblo, recala en los bares y después se exilia de nuevo". Claro que muchos viven en los barrios residenciales que YPF tiene en Comodoro o Caleta Olivia. Es que en el mundo del petróleo se repiten las constantes patagónicas. Por una parte, los obreros y empleados de YPF, con sus barrios (a veces con insólitos jardines ralos), sus cines, sus hospitales y proveedurías exclusivas. Por el otro, el mundo de los subcontratistas. El ingeniero Raúl Novillo, administrador general de YPF, instalado en Comodoro Rivadavia, es un enorme factor de poder en una extensa parte de la Patagonia, y ningún ministro o jefe de Estado, en tren de relaciones públicas, deja de ser agasajado en el fabuloso chalet que la empresa tiene cerca de Comodoro, en medio de parques que desafían las lomas de arena y arcilla que empujan la ciudad hacia el mar.

"Pero el verdadero submundo está en algunas empresas privadas y en la infinidad de empresarios que, por ejemplo, abren zanjas y trasportan materiales para YPF, cumpliendo roles de subcontratistas", reveló a siete días el norteño Julio Avila, en Caleta Olivia, un decaído campamento-base, de anchas calles espesas de ripio y casas construidas

apresuradamente para aprovechar el boom petrolero registrado entre 1959 y 1964. "En Caleta, los que mandan son los subcontratistas. Ahí está el caso de Simioni, un señor que llegó hace diez años con un camioncito y ahora tiene 500 millones de pesos y está a punto de asociarse con magnates como el cementero Fortabat en grandes negocios", recordó Avila. Brindó esta versión: "Es fácil hacerse rico aquí. La fórmula consiste en estafar a YPF y matar de hambre a los chilenos, en los campamentos que se tienen que levantar en medio del campo para cumplir una tarea conectada con el petróleo. Los subcontratistas construyen unos galpones dormitorios miserables y brindan comidas mortíferas. Pero a los obreros se les cobra una pensión, como si el alojamiento fuera excelente. En el presupuesto que los subcontratistas le pasan a YPF consignan que a los jornaleros le pagarán 143 pesos diarios. En realidad cuando no los estafan del todo, les arrojan 90 pesos. Yo trabajaba en el campamento de la empresa petrolera norteamericana Quintral-Co. Pero a los argentinos allá no nos quieren porque exigimos que se cumplan las mínimas leyes sociales. El jefe de personal es un paraguayo, Américo González, quien hasta llegó a afirmar en el diario comodorense *Crónica* que a los argentinos no los toleraba porque eran revolucionarios. Claro: los chilotes llegan de Chiloé, muertos de hambre y analfabetos, así que les meten cualquier perro. Yo era chofer de flota pesada. Me deben 700.000 pesos y estoy en juicio para cobrarlos", concluyó enfurecido Julio Ávila.

En Caleta Olivia suelen producirse situaciones de dudoso humor negro. Un ex diputado alendista, Lisardo Nicolich, relató a SIETE DÍAS un hecho que parece la versión patagónica de un delirio de Kafka: "Muchos obreros petroleros desisten de sus juicios. Es que los pleitos se envían a los Tribunales de Arbitraje que están en Puerto Deseado, a 200 kilómetros de Caleta. El único medio de trasporte para llegar en horas de oficina a los tribunales es el taxi. Pero tomar un taxi ida y vuelta cuesta 15.000 pesos. Supongamos que a nuestro obrero le deben 30.000 pesos. Como siempre hay que hacer más de un viaje, al final prefiere no pleitear porque entre abogados y viajes a Deseado el hombre se funde".

Pero para obtener la exacta dimensión de lo que es la Patagonia debe tenerse en cuenta que, a la misma hora en que ese obrero de

Caleta Olivia decide quemar sus últimos pesos en una heroica y absurda carrera en taxi, a través del desierto, a 1000 kilómetros al norte, entre los álamos rojizos del valle del Chubut, una absorta galesa, Tegai Roberts (38 años, soltera), toca el piano en su mansión de Gaiman; y que también a esa hora una "góndola" Mercedes Benz, repleta de mineros, cruza un puesto fronterizo en las montañas del Sur para entrar al pueblo chileno de Puerto Natales, construido a costa de los 80 millones de pesos mensuales en salarios que paga Yacimientos Carboníferos Fiscales. Es posible que en ese mismo momento, peones armados de horquillas estén peleando contra vientos de 80 kilómetros, que les arrebatan las algas en la remota playa de Bahía Bustamante, un feudo con luz de mercurio, con un sistema de trabajo similar al de los viejos yerbatales misioneros. Y que, desde algún muelle clandestino al sur de Santa Cruz, se envíen ovejas de contrabando a las islas Malvinas, para embarcarlas luego a Londres evadiendo aduanas argentinas.

En el próximo número SIETE DÍAS terminará de revelar estos y muchos otros rostros del gigante, y también desnudará los resortes del poder que explican su lamentable parálisis.

El gigante que está solo y espera

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 79 | 11 de noviembre de 1968]

A juicio de los expertos, sólo cuando la Patagonia corte su cordón umbilical con Buenos Aires (preocupada por la llamada "pampa húmeda"), se logrará su despegue regional. Para alcanzar esta aspiración sureña, hay quienes proponen neutralizar definitivamente el "monocultivo" ovejero.

Una guerra relámpago argentino-chilena estuvo a punto de estallar, en agosto último, en pleno canal de Beagle. Según la versión confidencial recogida por SIETE DÍAS en Ushuaia, "el conflicto se habría producido cuando el rompehielos General San Martín conducía a Buenos Aires al científico Kenneth James Portwine, rescatado de la base antártica inglesa Argentine Islands". La nave no regresó al Beagle por su ruta habitual, sino que acortó camino por la angostura Murray y atravesó, sin previo aviso, zonas controladas por la marina chilena. El almirante Benigno Varela –entonces comandante en jefe de la Armada Argentina –dirigió personalmente el operativo por radio, desde Buenos Aires, y aunque las autoridades de Chile no se dieron por aludidas, fue una mecha encendida que conduce a lo que algunos militares argentinos sospechan: una *blitzkrieg* chilena. No es un secreto para nadie, además, que en el aeródromo de Punta Arenas existe una flota de aviones Sabre de combate, listos para actuar, y que los militares trasandinos hacen juegos de logística en mesas de arena donde figura la Patagonia como territorio chileno.

Auténtica o falsa, la virulencia de la versión revela hasta qué punto es aguda la psicosis bélica que angustia a los ushuaienses, y que sólo puede ser comparable a la que se detecta en Punta Arenas, al extremo sur de Chile, o en algunas pequeñas estancias fronterizas del lado argentino.

Lo más grave, sin embargo, es la situación que yace debajo de este polvorín, y que el ganadero santacruceño Ovidio Campos la describió de esta manera: "La Patagonia no tiene futuro alguno dentro de las actuales estructuras del país: nosotros tenemos la posesión legal

del sur, pero con mentalidad derrotista nos conformamos con una teórica defensa de nuestros límites. Los chilenos, en cambio, hacen una acertada y agresiva política de fronteras. Es decir que colonizan, y además, astutamente, se desprendieron de 300 mil 'chilotes' que allí son un dolor de cabeza; estimularon su emigración hacia el lado argentino y nos trajeron pavorosos problemas de tuberculosis, enfermedades venéreas, hidatidosis, porque precisamente son sus subhombres. A nosotros nos toca hacer un control sanitario en la frontera, como primera medida, y luego integrar, arraigar, argentinizar a los chilenos; pero además el gobierno central tiene que convencerse de que jugar a la guerra con los sectores chilenos belicistas es una confesión de impotencia. Impotencia para poblar, para desarrollar, para controlar efectivamente todo el territorio".

Pero no sólo en Ushuaia la Patagonia continúa siendo virtual territorio de nadie. En Río Gallegos, siete días recogió un testimonio exclusivo que documenta cómo en 1968 se puede contrabandear hacienda ante las mismas narices de la gendarmería. "Este otoño vi un grupo de arrieros chilenos llevándose 10 mil cabezas (7 mil ovejas madres, 3 mil capones) en la zona de Cancha Carrera", denunció el ganadero Jorge Cepernic, dirigente peronista santacruceño. "Los animales estaban marcados con las iniciales XP, que tanto en sus campos argentinos como chilenos caracterizan a la Sociedad Explotadora –o Ganadera, como le dicen ahora– de Tierra del Fuego". Cepernic informó además que los ovejeros trasandinos le comentaron que el jornal en territorio argentino le era pagado en moneda chilena. "Como del otro lado de nuestra frontera, la Sociedad Explotadora extiende sus límites a la estancia Cerro Castillo, es factible pasar un piño sin cruzar el puesto fronterizo de gendarmería. No hace falta. ¡Si para los chilenos de la Explotadora el límite es, virtualmente, una simple tranquera! ¿Cómo se puede impedir el contrabando si ellos andan como por su casa? La estancia Fuentes de Coyle, sección argentina de la Explotadora, tiene un aumento anual de 40 mil cabezas. Apenas se puede saber qué sucede con 20 mil de estos ovinos, mientras el misterio rodea a los otros 20 mil, que ilegalmente pueden pasar a Chile. En los tiempos de José María Borrero (hacía referencia al autor del libro *La Patagonia trágica*) se traía ganado flaco del lado chileno para engordarlo en el

argentino. Básicamente, esa situación no ha variado. ¿Y cuántos hombres se necesitan para patrullar toda la frontera? Muchos más de los ocho que tiene el puesto".

Dirigentes petroleros patagónicos no se cuidaron tampoco de afirmar que un contrabando similar se opera en puerto Gar, sobre el Atlántico y en las proximidades del estrecho de Magallanes: "Estancieros ingleses embarcan 50 mil cabezas por año, clandestinamente, hacia Puerto Stanley, evadiendo aduanas. En las Malvinas, grandes trasportes las conducen a Inglaterra". Nunca –sin embargo– se concretó una investigación a fondo para precisar los alcances de esta versión.

Tierra de nadie, donde la Corona de Inglaterra posee un feudo privado de 20 leguas cuadradas (la estancia Leleque, en la zona cordillerana del Chubut), la Patagonia fue el sitio donde, en 1960, las compañías petroleras italianas volaron con dinamita toneladas de troncos del famoso bosque petrificado de Santa Cruz; desde Comodoro Rivadavia, un transporte trasladaba semanalmente la carga a Génova, hecho por el cual el bosque está ahora prácticamente desmantelado. También la Patagonia es el lugar donde –según se comenta– un contrabandista puede fletar un avión con diez toneladas de mercaderías directamente desde Miami, en vuelo sin escalas, hacia el sur argentino. Y para completar este cuadro, la Patagonia es también el sitio donde aún hoy se emplea a los peones en los pueblos algueros de la costa pagándoles cien pesos por hora, que la mayoría de las veces los reciben en mercaderías. Esto sucede en Bahía Bustamante, una playa perdida en el centro de Chubut. Revelar el modo de vida de estos peones permitirá diagnosticar un fenómeno apasionante: cuál es el precio que la condición humana debe pagar a fin de sobrevivir en el caos patagónico.

Armonio y "escuelitas"

"Soy un desterrado. Como todo el mundo aquí", confesó el capataz Jorge Agarópolis, mientras los peones extendían las algas amarillas, rosadas, verdes sobre la arena. Detrás estaban las doscientas casas con luz de mercurio construidas por Germán Tuma, una suerte de

"alcalde" de Bahía Bustamante, donde "no se puede ni siquiera clavar una chinche sin pedir su autorización", según admitió su sobrino Carlos, corredor de autos y una suerte de playboy sureño. "La mayoría de estos peones tienen alguna deuda con la justicia y son tipos peligrosos. Aquí hay unas pocas mujeres y eso crea problemas, pero esta gente, si uno la sabe llevar, es mansa. La cosa es impedir que se emborrachen. En seguida pelan el cuchillo", alardeó Agarópolis, quien gana unos 150 mil pesos mensuales, además de otras comisiones.

Cuando a la tarde se levantó un viento feroz y las algas empezaron a volarse, Lastenia de Díaz, una chilena de 38 años que aparentaba el doble, comentó: "Aquí se espera que vengan los mares de fondo que depositan las algas sobre la playa. A veces, a mi marido lo venían a sacar a las dos de la mañana porque las ráfagas se llevaban las algas. El capataz lo sacaba de la cama a horquillazos limpios. Hasta incluso se llegó a pasar lista como en el ejército. No hay ley de despido". Según la Díaz, "aquí no se cobra desde hace cinco meses. Directamente, no vemos plata". El capataz Agarópolis explicó: "¿Y para qué necesitan manejar plata? ¡Si tienen una excelente proveeduría! ¿A esta gente que ni sabe leer le va a hablar de leyes sociales? Al final siempre terminan comprándose vino. Solamente se puede tomar un litro diario por persona. Pero hay quienes lo acumulan y después venden la botella a mil pesos. ¿Cómo hacen para conseguir la plata? No sé". El artífice de la bahía, Germán Tuma, es una figura paradójica, contradictoria, siempre recordada en las conversaciones de los pobladores. "Para asustar a los chicos les decimos ahí viene Tuma. Claro que si llega algún mercachifle y queremos comprar ropa, él nos presta dinero", concedió la chilena Lastenia.

Resulta difícil concebir que estos obreros algueros, que viven ajenos al siglo XX pero produjeron 1000 millones en divisas el año pasado, convivan en el mismo territorio con Tegai Roberts, una maestra galesa que a 600 kilómetros de Bustamante acostumbra ir a tomar té en los jardines de viejos chalets de ladrillo, con dos chimeneas y un armonio privado en cada casa. Eso ocurre en Gaiman, uno de los pueblos colonizados por los galeses cuando arribaron en 1865, en el valle inferior del río Chubut. Siguiendo la costumbre paterna, Tegai integra un coro, como casi todos los siete mil descendientes de galeses que viven

en la media docena de pequeñas ciudades chacareras de la zona. El coro es una célula social que reúne a la gente en sesiones dominicales, así como los certámenes poéticos de cada año, a cuyo triunfador se le otorga una corona.

Hoy, en sus pueblos, aún quedan algunas tradiciones que ordenan la vida familiar. ¿Qué pasa en las grandes ciudades patagónicas, en cambio? "En ninguna parte del país uno puede encontrar tanta comunicación entre la gente", sentenció, en la ciudad de Esquel, el oficial de Gendarmería retirado Eduardo Carranza. "Hace un tiempo se enfermó un familiar mío en Buenos Aires. Yo debía viajar y necesitaba 200 mil pesos. Lo único que hice fue pedirle al gerente del banco, a quien conocía, que me prestara la plata. Era un sábado, pero el hombre me facilitó el dinero aunque yo no tenía fondos. Recién a los tres meses volví y por supuesto pagué mi deuda". Este tipo de solidaridad fue reiteradamente encomiado en las comunidades urbanas patagónicas. Sin embargo, Carlos Pereda, director del canal de TV de Ushuaia (uno de los tres que funcionan en el sur), completó esta imagen: "Por la soledad que nos aísla y la falta de lugares de diversión, la gente se reúne en clubes o casas privadas. Se crean círculos de gran lealtad; pero es difícil, en principio, acceder a ellos. Si bien es cierto que en la Patagonia cualquiera detiene su auto en la carretera cuando se encuentra a alguien con problemas, a mí, en Ushuaia, cierta noche, me pasó algo terrible. Mi nene se enfermó. Yo salía desesperado a buscar a alguien. La calle estaba desierta, parecía una ciudad abandonada. Sin embargo, al otro día, diez personas comentaron: 'Anoche salió tarde, ¿pasaba algo?'".

Así de extraña es la mezcla de hosquedad y hospitalidad sureña. Es que el mero hecho de vivir en el sur exige una difícil heroicidad cotidiana. Quizá por eso muchos periodistas porteños irritaron a los patagónicos hablando de sus prostíbulos. "Sin entrar en inútiles juicios éticos, lo cierto es que el firulo o la escuelita (así se llama a las casas de citas) no es estrictamente un lugar en el que sólo se viene a hacer el amor por dinero. Más bien es un centro social donde se charla, donde los amigos se encuentran, donde se rompe el tedio insoportable de pago chico", describió el periodista Higinio Fernández (h), de Río Grande. Durante la última campaña electoral, cuando un político

ushuaiense debió completar los padrones de una escuelita, encontró a magistrados, profesionales, comerciantes, conversando con las pupilas de los temas más diversos. Es obvio que sólo a cierto nivel social se pueden pagar los 1500 pesos de la consumición.

Antes que horrorizarse por los firulos quizás sea más fácil reconocer, con el gobierno nacional, que “en muchas zonas de la región patagónica se advierte una desproporción porcentual de varones y una falta de base familiar” (*Regionalización*, página 16, editado por la Secretaría de Gobierno). Y que esa desproporción de varones es un índice revelador de que la sociedad patagónica exige un cambio fundamental.

¿Un chocón para el Chubut?

Este cambio lo aseguró en la tarde del jueves 22 de agosto el presidente Juan Carlos Onganía, cuando esperanzó, en Buenos Aires, a un grupo de industriales patagónicos: “El proyecto de Futaleufú anda muy bien y ya lo pueden dar por descontado”. Aunque la proverbial indiferencia de la prensa porteña no prestó atención a estas declaraciones, los chubutenses se aferraron a ella. Es que la cuenca del río cordillerano Futaleufú, el sexto en importancia de la Argentina, “permite montar la presa de agua más grande del país”, exageró el ingeniero Oscar Vives, ministro de Economía de la provincia. “El complejo hidroeléctrico permitirá construir una gran fábrica de aluminio con salida en Puerto Madryn que, a un costo de 54 millones de dólares, aceleraría el proceso de industrializar el Chubut; con sus 22 fábricas textiles (incluyendo grandes y pequeñas) y sus establecimientos algueros, la provincia es la que más abruptamente intentó romper el monocultivo de la oveja”. Sin embargo, los estudios del proyecto no estarían listos antes de 1970 y dos preguntas claves rondan en Comodoro: ¿de dónde saldrán los 60 millones de dólares? ¿Por qué no utilizar la materia prima aluminita, que existe cerca de Comodoro Rivadavia? Es que el proyecto del Futaleufú prevé importar por tiempo indefinido toneladas del mineral llamado bauxita como materia prima para producir aluminio. “¿Por qué montar una industria que tenga que depender para siempre de

importadores extranjeros?" objetó Víctor Schapiro, 42 años, presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Comodoro. Claro que en Esquel, capital de la aislada región cordillerana del Chubut, el comerciante José Maceccesse denunció: "El proyecto de Onganía es excelente. Obviamente, afecta los intereses de los comodorenses y de la gente de Trelew. Sucede que una guerra a veces incomprensible, y quizás suicida, divide a las zonas patagónicas, evidenciando hasta qué punto el sur está sectorizado".

No menos suicida es la tendencia a evadirse de los problemas de fondo que muestra a veces la gente sureña. En Comodoro Rivadavia, el boom petrolero que concluyó en 1964 se produjo porque se explotaron simultáneamente todos los pozos que habían sido explorados durante 50 años. "Por eso nunca más Comodoro Rivadavia volverá a vivir esa euforia", entendió el administrador de YPF, ingeniero Raúl Novillo. Pero mientras el fantasma de la agonía se cierne sobre la ciudad, las primeras planas de sus diarios se dedicaron a relatar no hace mucho las peripecias de un ratón que, colocado dentro de una botella de vino, provocó un chantaje al embotellador. La oposición pretendió utilizar el hecho para derrocar al intendente Raúl Calzetta y hasta se pidió la autopsia del animal. Pero, a todo esto, ¿cuáles son las soluciones para Comodoro y el resto del territorio?

"En lo que va de 1968, el FIT (Fondo de Integración Territorial) invirtió 1800 millones de pesos en caminos, aeropuertos y comunicaciones patagónicas", informaron a SIETE DÍAS el agrimensor José Quijano y el ingeniero Nicolás Gallo, delegados de la Patagonia ante la Secretaría de Gobierno de la Nación. "Además se licitó el gasoducto que va de Cerro Redondo, en el extremo sur, a Pico Truncado, y que recorre 700 kilómetros. También se tienden –entre otras muchas cosas– 120 canales de microondas para comunicaciones telefónicas, de las cuales 60 llegan hasta Río Gallegos y 12 hasta Ushuaia".

Sin embargo, el balance de esta obra de infraestructura le plantea a Luis Rivet, director del semanario nacionalista *Azul y Blanco*, un interrogante atendible, cuando fue consultado en Buenos Aires por SIETE DÍAS: "¿Infraestructura para quién, con qué finalidad? Falta un proyecto nacional que integre a la Patagonia con el país. Cuando eso exista la infraestructura va a tener sentido".

A juicio de Juan Moravek, representante de la Unión Industrial patagónica, "no hay futuro alguno para el sur dentro del actual estado de cosas", y aventuró esta comparación para aclarar su profecía: "La división mundial entre países desarrollados y subdesarrollados se hace cada vez más tajante. Al mismo tiempo, las zonas subdesarrolladas se alejan de los focos de desarrollo en países como el nuestro. Así como la Patagonia depende de Buenos Aires, ésta, a su vez, está ligada a las grandes potencias del mercado internacional interesadas por la pampa húmeda. Mientras no se rompa ese círculo asfixiante, no hay salida ni nacional ni patagónica".

El dirigente de la Confederación General Económica de Comodoro Rivadavia, Natalio Raivé, relató una alucinante historia que "muestra cómo los monopolios impiden que ninguna industria levante cabeza en el sur. En los últimos 20 años, varias empresas chubutenses iniciaron la producción de lúpulo en la zona central (José de San Martín), en el valle del río Chubut (Gaiman, Dolavon) y en la cordillera (Trevelin). Un emporio cervecero de Buenos Aires compró estos molinos, los clausuró y así ahogó toda competencia. Algo parecido ocurre con los lavaderos de lana; en una zona lanera parece cosa de locos que no haya lavaderos. Pero a las grandes fábricas textiles inglesas y de otros países, que se quedan con el 80 por ciento de nuestra exportada, no les interesa que la situación se modifique".

"Los lavaderos de Buenos Aires –confió Moravek– otorgan préstamos a los pequeños y medianos ganaderos. Pero mandar la lana a lavaderos patagónicos significa el suicidio porque les suspenden esos préstamos". Ante esta presión, los ganaderos optan por lo seguro enviando sus remesas a la capital. El poder central, informado de esta situación, ha creado algunos mecanismos crediticios, pero ciertos escollos burocráticos impiden su realización. "El gobierno habla de exención de impuestos y de un fondo de mil millones de pesos disponibles para ser otorgados en préstamos a industriales de la Patagonia", confió el dirigente comodorense Schapiro. "Sin embargo –agregó– cuando alguien pide un préstamo por más de cuatro millones de pesos nadie le dice que no, pero el expediente duerme el sueño de los justos y el postulante no recibe un centavo". En tanto se invita a radicar industrias nacionales en el sur, el gobierno del Chubut acaba de firmar un

convenio con un buque factoría español que "sin pisar tierra argentina producirá conservas a bordo, boicoteando las posibilidades de los empresarios y de la mano de obra locales", concluyó irritado Schapiro.

Tampoco los pescadores ofrecen un panorama menos sombrío que los industriales. "La esperada Ley de Pesca finalmente fue promulgada para boicotear al sur en beneficio de los grupos pesqueros de Mar del Plata", se exasperó Roberto Stabil, propietario de un barco de pesca, en el puerto de Rawson. "Sólo los grandes empresarios pesqueros tienen capital suficiente pera afrontar las severas condiciones que uno debe cumplir si quiere un préstamo para comprar embarcaciones modernas", opinó.

Pero las voces más alarmadas surgieron de dos empresas estatales, PYF y Petroquímica E.N. "No es cierto que se haya acabado totalmente el petróleo en la zona", bramó Víctor Versan, secretario de SUPE (Sindicato Único Petrolero del Estado), en su despacho del barrio YPF de Comodoro. "Lo que sucede es que intentan crear, sutilmente, la convicción de que YPF debe ser privatizada. El fabuloso yacimiento de gas de Cerro Redondo va a ser entregado a subsidiarias de las empresas petroleras Loeb y Pan American, en tanto YPF puede encargarse de su explotación. Simplemente, no le dan equipos adecuados, aunque YPF los pide a gritos".

En Río Turbio, otra empresa estatal, Yacimientos Carboníferos Fiscales, está batiendo records con una producción anual que va en aumento y que en 1972 llegará a 1.200.000 toneladas, cifra promedio del autoabastecimiento nacional. Sin embargo, todavía YCF tiene que pagar, en concepto de flete, sumas siderales para trasportar el carbón por tren desde Río Turbio a Río Gallegos, para su precario embarque a Buenos Aires; por las mismas razones que es más fácil enviar la lana sin elaborar a Buenos Aires, actualmente resulta aún más económico importar el carbón desde Estados Unidos o Polonia que traerlo de Río Turbio.

Conclusión con interrogante

En estas condiciones resulta inexplicable que no sólo los ganaderos sino aun los comerciantes sureños no reinviertan habitualmente en la

zona y prefieran derivar sus ganancias hacia propiedades y negocios en Buenos Aires. También se comprende que la gente vaya a la Patagonia a levantar ciudades fenicias para hacer dinero y escapar; en un territorio donde la mayoría de los centros urbanos no tiene cloacas, donde a veces no hay ni un solo carpintero o plomero para hacer la más mínima reparación; en ciudades donde todavía el agua se vende a 30 pesos el litro, donde un diario de Buenos Aires cuesta 90 pesos; donde un alquiler normal alcanza los 60 mil pesos, y además no hay viviendas; donde la fruta y la verdura se "importan" de la Capital Federal; donde un bife puede pagarse hasta 400 pesos y un traje mal hecho, 30 mil. En un territorio donde a veces a la gente le falta todo pero sin embargo los agencieros agotaron sus stocks de venta de automóviles, este año, las soluciones se hacen cada vez más drásticas.

"Hay que cortar de cuajo la cultura de la oveja", proponen industriales patagónicos. "Hay que integrar la producción y manufacturación de la lana para completar el ciclo dentro de la economía sureña", advirtió en Buenos Aires el ex ministro de Economía bonaerense Aldo Ferrer, agregando: "Para eso hay que crear centrales hidroeléctricas y obras de riego que ayuden a cerrar ese ciclo". ¿Pero cómo hacerlo? Según el periodista Rivet, "el problema lanero es, en el fondo, secundario. La cuestión es saber cuál es el modelo de desarrollo que se propone para el sur. Porque existe la posibilidad de promover indiscriminadamente la inversión de capitales extranjeros, lo que creará un tipo de desarrollo dependiente, que convertiría a la Patagonia en una especie de republiqueta centroamericana, segregándola prácticamente del país". Pero para Rivet y numerosos pobladores patagónicos, existe otra salida. "La del desarrollo independiente. Para ello se hace imprescindible una profunda reforma agraria, confiscando todas las tierras fiscales, que deberán otorgarse a colonos argentinos que quieran ir a vivir la gran aventura nacional de poblar el sur. Entonces tendría pleno sentido una vasta obra de infraestructura, la creación de industrias, no sólo laneras, que completen todo su proceso en la región y un plan de riegos que alcanzaría el autoabastecimiento de frutas y otros alimentos que ahora vienen de la capital.

Esto implicaría, claro, afectar los intereses de enormes latifundios sureños. Pero en diversos sectores de las Fuerzas Armadas, con los que

dialogó SIETE DÍAS en el sur, prosperan criterios que no difieren mucho de estos puntos de vista. Por razones de seguridad nacional, la posibilidad de una reforma agraria es un tema que circula insistentemente en discretos y exclusivos cenáculos político-militares. También se hace referencia a un viejo documento oficial (*Revista de Comercio Exterior*, 1953) donde se afirma que "los grandes exportadores laneros violan las normas al declarar precios en divisas que son inferiores a las que realmente recibieron, con el fin de radicar, en el extranjero, fuertes cantidades de dinero". Según algunos oficiales militares, esta situación no se alteró mayormente hasta hoy.

Pero a todo esto, más allá de rumores o propuestas de soluciones, una inercia desesperante continúa paralizando al gigantesco sur. "Para poner en marcha a la Patagonia hay que hacer una profunda revolución –propuso el cauteloso ingeniero Luis Braghini, ejecutivo de Gas del Estado–. Habrá que cambiar las relaciones de producción y las relaciones del país con el extranjero. Pero –suspiró–, ¿quién le pone el cascabel al gato?".

Apolo 10: en los suburbios de la Luna

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 107 | 26 de mayo de 1969]

Completadas las maniobras decisivas del vuelo que precedió a la conquista lunar, cobran mayor relieve las declaraciones que, en Houston, formularon a* SIETE DÍAS *los tripulantes de la Apolo 10. Los riesgos de la experiencia contrastan con su sorprendente faz comercial

Horas antes del lanzamiento de la Apolo 10, Germán Rozenmacher y Carlos Abras, enviados especiales de SIETE DÍAS al Centro Espacial de Houston, Texas, remitieron este informe:

A las 12.49 del domingo 18, la cosmonave Apolo 10 partió de la plataforma 39-B de Cabo Kennedy para cumplir un vuelo de ocho días. Objetivo: circunvolar la Luna y permitir que su módulo se desprenda y cumpla varias operaciones a baja altura sobre el satélite terrestre; que el módulo se integre a la cápsula y que ésta retome al planeta. La prueba antecede –a modo de ensayo general– al lanzamiento de la Apolo 11, que se cumplirá el próximo 16 de julio. A bordo de esta última nave, el comandante Neil Armstrong se aproximará a la Luna para luego descender hasta su superficie –piloteando el módulo– y consumar durante 22 horas la primera caminata humana sobre el satélite.

La experiencia de la Apolo 10 –tripulada por Tom Stafford, Eugene Cernan y John W. Young–, que aparentemente resolvería algunos problemas de menor importancia, no es tan sencilla ni formal como a primera vista pudiera sospecharse.

Riesgo desconocido

El martes pasado, Tom Stafford (38, dos hijos, coronel de la Fuerza Aérea de los EE. UU.) confió a SIETE DÍAS: “Es probable que nuestra aventura sea la más gris, la menos espectacular de cuantas se han

ejecutado. No gozaremos de la fama que recompensó a los tripulantes de la Apolo 8, la primera astronave tripulada que ingresó en la órbita lunar; tampoco igualaremos el boom de la Apolo 11, cuyos astronautas descenderán en el satélite. Constituiremos una suerte de número vivo que entretiene al público durante el intervalo que media entre dos superproducciones –sonrió, mientras paladeaba un sandwich de apio y queso (170 pesos argentinos), frente al bar automático de la NASA, en Houston–. Pese a estas contrariedades, sin la experiencia de la Apolo 10 no podría ejecutarse el descenso en la Luna. Nuestra misión será anudar todos los cabos sueltos que aún subsisten y descubrir cada uno de los riesgos ignorados que pueden entorpecer los futuros vuelos de alunizaje".

Stafford no descartó, tampoco, la posibilidad de que surjan complicaciones en el módulo lunar: "Cualquier desperfecto en sus mecanismos que nos impida regresar y acoplarnos a la cápsula, puede implicar nuestra muerte –vaticinó–, pero no creo que tengamos que abrigar sentimientos tan pesimistas".

Para los observadores de la NASA, el coraje personal de los astronautas constituye un ingrediente básico para contrarrestar los problemas técnicos de la arriesgada operación. "No creo que convenga referirse al valor personal –consideró Cernan (35, una hija, piloto del módulo de la Apolo 10 y comandante de la Marina norteamericana)–; prefiero exaltar la eficiencia de nuestros instrumentos, que convierten a la travesía en el más espectacular de los vuelos de prueba que cumplí en mi vida, pero no en el más arriesgado. Durante las tres mil horas de vuelo que completé en mi carrera enfrenté dificultades comparativamente mayores a las que podría encontrar en esta experiencia, a bordo de máquinas menos probadas y seguras".

Los astronautas tienen dueños

Según el cáustico Young (39, dos hijos, piloto de la cápsula de comando y comandante de la Marina), "las habituales conferencias de prensa de la NASA suelen abrigar más peligros que un vuelo al espacio". SIETE DÍAS asistió a una de estas extrañas ceremonias, donde

un funcionario de la organización espacial orquestaba un show especialmente preparado para doce camarógrafos de televisión (mayoría absoluta dentro de la platea periodística). Muy rara vez los astronautas violaron su habitual mutismo; una actitud que se modificó sustancialmente cuando los entrevistados pasaron a una sala contigua (especialmente acondicionada para los canales de TV con una inversión de 50 mil dólares, unos 17 millones y medio de pesos argentinos). "Los reporteros televisivos son los verdaderos dueños de estas experiencias", susurró a SIETE DÍAS el periodista italiano Livio Caputo, enviado especial de la revista *Época*.

Al finalizar la conferencia, abrumada de referencias técnicas, los camarógrafos de la TV filipina, italiana e indonesia se abalanzaron desesperadamente sobre los astronautas, invadiendo el escenario. Tironeos y gritos confeccionaron el clima que rodeó a Cernan mientras trataba de completar, ante dos micrófonos, sendas entrevistas exclusivas. "*Signore* Cernan, ¿divisará al Surveyor durante la travesía lunar?", vociferó un cronista romano tratando de superar los aullidos de un colega japonés, preocupado por saber si el astronauta padecía un resfrío. La confusión alcanzó su clímax cuando un camarógrafo italiano suplicó que repitieran todo el reportaje, pues su filmadora se había trabado desde el comienzo.

Numerosos periodistas extranjeros destacados en Houston y Cabo Kennedy aseguraron a SIETE DÍAS que "los verdaderos dueños de los astronautas son cinco revistas y otras tantas agencias noticiosas estadounidenses", según John Mac Leish, jefe de prensa de la NASA, "constituyen un *pool* libremente elegido. Esas empresas periodísticas se encargan de cubrir entrenamientos, ensayos y otras experiencias para luego repartir o eventualmente comercializar el material". El semanario norteamericano *Time*, por ejemplo, paga un millón de pesos anuales a cada astronauta (son 50 en total) para relatar, con carácter exclusivo, su vida privada; la poderosa cadena de televisión NBC, por su parte, además de contar con oficinas especiales frente a las instalaciones de la NASA, "obtiene cualquier favor de sus directivos", confesaron a SIETE DÍAS varios funcionarios de ese organismo, establecidos en Houston.

Otros poderosos industriales de la difusión masiva, las empresas que editan revistas de historietas o tiras similares en los periódicos,

lograron realizar numerosos negocios con los lanzamientos efectuados hasta el presente. Hace poco, el dibujante Charles Schulz, inventor de la popular serie *Rabanitos* (reproducida en *La Prensa*, de Buenos Aires), logró un boom publicitario sin precedentes luego que la NASA aceptó bautizar al módulo lunar con el nombre de Snoopy (perro protagonista de esa historieta) y a la cápsula de comando con el nombre de Schulz. Actualmente, varios millares de posters, botones, estampillas y remeras con la efigie del perrito invadieron negocios, oficinas y ventanillas de automóviles en los EE. UU. Según el periódico *Spaceland News* (órgano de la base de Houston), "la imagen de Snoopy implica la fusión de las dos más poderosas fuerzas que actúan en el área de la comunicación de masas: las historietas y la astronáutica. Snoopy recuerda al perro Satélite, que figura en el viaje espacial imaginado por Julio Verne; también simboliza desde ahora el emblema de todos los astronautas".

Ensayo definitivo

"Me preocupa más la vida de Snoopy que la mía", confesó Cernan a Siete Días. Claro que no se refería al perro de la historieta sino al módulo lunar 4, el delicado instrumento del alunizaje, de cuyo funcionamiento depende el éxito de la Apolo 10. "La separación del módulo lunar de la cápsula de comando ya se experimentó durante el vuelo de la Apolo 9 –explicó Cernan–. Ahora se plantean nuevos problemas: lograr que ambos aparatos giren en torno de la Luna. Si a alguno de nosotros nos ocurriera algo nos reemplazarían sin mayores problemas. No sucede lo mismo con el módulo, un frágil artefacto de 1800 kilos aproximadamente, cuya fabricación insume años y sólo se produce unitariamente. En otras palabras: es irreemplazable. Otra de las funciones que cubrirá la Apolo 10 será la de evaluar, en los días posteriores al vuelo, la acción de ciertos elementos cósmicos que perturban el campo gravitacional de la Luna. También observaremos el funcionamiento de un nuevo tipo de antena y radar".

A Young, por su parte, le preocupa sobremanera el cumplimiento del circuito total que recorrerán en el espacio. "Esa trayectoria podría

compararse con una gigantesca letra S, de 740 mil kilómetros de longitud, aproximadamente, incluyendo el trayecto de vuelta a la Tierra –analizó–. Las ocho horas durante las cuales el módulo se desacoplará de la cápsula para descender hasta 15 mil metros del satélite y regresar serán las más largas y solitarias de mi vida".

Stafford, en cambio, se mostró obsesionado por la etapa más crucial de su breve excursión hasta las proximidades de la superficie lunar, la elección exacta del sitio donde deberá alunizar Armstrong en julio. "Hasta hace poco –explicó– existían dos áreas, ubicadas a escasa distancia una de otra. Pero las últimas observaciones permitieron ratificar que el mejor lugar para intentar un descenso es la zona 2, en el sector sudoccidental del mar de la Tranquilidad".

Cernan considera que todas las experiencias de simulación de vuelos practicadas en Houston resultarán de suma importancia durante la experiencia de la Apolo 10. "Para estar plenamente seguros de que nuestro vehículo no soportará demasiado calor solar de un lado y temperaturas bajísimas sobre el otro, la Apolo rotará sobre sí misma según la técnica del espiedo, a razón de una revolución por minuto", puntualiza. Cada uno de los cosmonautas lleva constantemente en uno de sus bolsillos (como mascota) una diminuta reproducción del módulo lunar. "Ya estamos tan acostumbrados a él que su permanente cercanía nos traerá buena suerte –se esperanzó Stafford–. El módulo, que en su tamaño natural no es mucho más ancho ni más cómodo que una cabina telefónica, tiene un motor de 3500 libras de propulsión. Esperemos que funcione cuando deba elevarnos desde la Luna hasta la cápsula de comando: en él ciframos todas nuestras esperanzas". El módulo, con sus cuatro patas desplegadas, mide 6,60 metros. "En su cabina, de 16 toneladas de peso, apenas cabemos Cernan y yo –advirtió Stafford–; su diámetro es muy reducido: 8,53 metros; sus fragilísimas paredes están construidas con una liviana plancha de aleación de aluminio. A simple vista, parece una locura aventurarnos en ella con rumbo lunar para, luego, elevarnos de regreso. Pero esa locura es precisamente lo que determina que todo esto valga la pena, ¿no cree?".

La *locura* no sólo demostró que vale la pena; además, se conforma a todos los cálculos y previsiones. El mismo domingo 18 –día de la partida–, la cosmonave abandonó la órbita terrestre y enfiló la proa

hacia su meta. Luego que Stafford –comandante de la expedición– susurró con voz tensa: "Ya estamos en marcha", se necesitaron sólo 12 minutos para superar la fuerza de gravedad de la Tierra. Al cabo de ese lapso, la cápsula se estabilizó a 185 kilómetros de altura. Tan espectacular atalaya sirvió también para tomar un respiro, para someter a los equipos a una prueba exhaustiva: nada debía fallar; cualquier desperfecto en el módulo lunar –protagonista del operativo *Aproximación total*– podría significar el desastre para sus dos tripulantes. Junto con la maniobra para desprenderse de la tercera etapa del gigantesco cohete Saturno, se invirtió entonces la posición del vehículo: "Allá vamos, muchachos; me siento exactamente igual que Cristóbal Colón", pudo bromear Cernan en ese instante previo.

El lunes 19, mientras los técnicos de Houston realizaban cuidadosos cálculos telemétricos, los viajeros corregían el rumbo de la nave. La maniobra demandó siete segundos, los necesarios para encender el sistema de cohetes que rectificarían el rumbo.

Con todo, la mayor expectativa –y aun la angustia– convergía sobre la etapa final del operativo: el momento en que, confinados en la pequeña cabina del LEM (módulo lunar), Stafford y Cernan descenderían hasta la ínfima distancia de 14 kilómetros de la superficie lunar. Ese minuto cumbre se produjo el jueves 22: en una operación colmada de riesgos, los astronautas enfilaron primero la cápsula Apolo –todavía acoplada al LEM– para desaparecer tras la cara oculta de la Luna. Este acontecimiento, que sería suficiente motivo de asombro, era sin embargo un jalón ya conquistado en vuelos anteriores: a las 5.35 (hora argentina) del miércoles 21, el convoy espacial desapareció detrás del satélite. Tras media hora de vuelo fueron disparados los cohetes que lo pusieron en órbita lunar. Allí, a sólo 111 kilómetros de la superficie selenita, la Apolo 10 se aprestaba a su hazaña mayor, la que concitaba el máximo caudal de expectativa y temores y que tuvo lugar al día siguiente. Cuando el jueves la nave auxiliar, o módulo lunar, se arriesgó por dos veces consecutivas hasta colocarse a escasas 140 cuadras de la Luna (para expresarlo con un término que resulta aún más familiar), fue alcanzada la cúspide de la misión.

No obstante, los mayores peligros no han sido aventados: el jueves todavía estaba girando la cápsula madre en torno al satélite terrestre y

los pioneros del LEM no ha habían reunido con ella. Allí los esperaba Young para emprender el regreso a casa.

De todos modos, fue vencido ese momento de prueba en el que, luego de deslizarse por un túnel desde la Apolo hasta el módulo, los dos *coequipers* accionaron los cohetes de este último durante 42 segundos para acercarse a su objetivo.

“Si los cohetes son encendidos tres segundos más de lo necesario, nos estrellaremos contra la Luna, a 1500 metros por segundo”, se había alarmado Cernan en la base de Houston.

Ahora, sólo restan pocas horas para el retomo: el camino a la Luna quedó abierto.

Así en la tierra como en el cielo

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 108 | 2 de junio de 1969]

El redactor Germán Rozenmacher y el fotógrafo Carlos Abras ocuparon 30 días en una misión: descubrir la intimidad de una increíble máquina del tiempo, en donde se forjan los hombres que volarán a otros mundos. Allí, los máximos esfuerzos se concentran ahora en el operativo Apolo 11, que depositará a Neil Armstrong en el suelo lunar.

El miércoles 14 de mayo –hace tres semanas– los enormes tableros verdes que funcionan en la cabina de control de la base central de la NASA, en Houston, Texas, vibraron al paso de complejos diagramas luminosos; simultáneamente, 300 mil técnicos, distribuidos en los restantes trece centros espaciales norteamericanos, controlaban expectantes sus relojes. A 500 kilómetros de Texas, en el gigantesco edificio de vidrio y acero del VAB (taller de montaje de las cosmonaves, instalado en Cabo Kennedy, Florida), las cuadrillas de operarios interrumpieron su trabajo: esa catedral espacial de 50 pisos de altura (dos veces y media más enorme que el Empire State Building, de Nueva York: la construcción civil más empinada del planeta) fue invadida por repentino silencio.

A cinco kilómetros de allí, sobre la estructura móvil de lanzamiento, un cohete Apolo se aprestaba a iniciar su salto hacia el vacío cósmico. En los 720 monitores de televisión de la Misión de Controles de Cabo Kennedy se recibían los datos emitidos por los seis millones de piezas que integran la nave espacial. Con los auriculares puestos, el doctor Charles Berry, médico de los cosmonautas, registraba el ritmo cardíaco de los viajeros, instalados dentro de la nave, mientras grandes relojes circulares marcaban la implacable cuenta regresiva.

Cuando faltaban nueve segundos para el lanzamiento, los cronómetros se detuvieron y la cuenta cesó: otro ensayo general había terminado.

Prácticamente, todas las semanas, estas minuciosas escaramuzas se repiten –total o parcialmente– con el propósito de afianzar los

programas de trabajo que se cumplen en Houston y Cabo Kennedy, principales rectores del alucinante proyecto Apolo, cuyo clímax se producirá el próximo 16 de julio, cuando un ingeniero de Ohio de 39 años, Neil Armstrong inicie la aventura que puede convertirlo en el primer hombre que transite la superficie lunar.

Hace poco más de un siglo, en Stones Hill, un poblado ubicado a cien millas de Cabo Kennedy, otro cohete, tripulado por Félix Tournachon, Jean Ardan y Luis Deputty, partía *De la Tierra a la Luna* en la frondosa imaginación del escritor francés Julio Verne. Hoy, con la fantasmagórica precisión de las computadoras y un presupuesto anual que en 1966 alcanzó un pico cercano a los seis mil millones de dólares (unos dos billones de pesos argentinos), la NASA está a punto de transformar la fantaciencia en Historia.

Para develar las claves de la más prometeica aventura humana del siglo XX, dos enviados especiales de siete días recorrieron durante treinta días las laberínticas instalaciones de Houston y Cabo Kennedy. Lo que sigue es un informe exhaustivo de esa estremecedora maquinaria que, además de forjar a la legión de exploradores que surcarán el espacio en los próximos años, constituye la empresa de conquista cósmica más sorprendente que hayan encarado los terráqueos.

Cementerios desolados

En Houston, muy pocos norteamericanos medios conocen la identidad de los astronautas del proyecto Apolo. "¿Quién es Armstrong?" requirió a siete días John Hopker, chofer de un servicio de *limousine* que por un dólar y noventa centavos moviliza pasajeros entre el aeropuerto Hobby y el *downtown* o centro de Houston. Curiosamente, escasos encuestados recordaban el nombre de media docena de los últimos participantes de vuelos tripulados. Es que el *Manned Spacecraft Center* (Centro Espacial), ubicado a unos 90 kilómetros del núcleo de la ciudad, es prácticamente un mundo cerrado y exclusivo dentro del extendido radio de 400 kilómetros cuadrados (reticulado por infinitos barrios residenciales) que resume lo que habitualmente se conoce por Houston. Esta zona constituye no sólo el área más poblada de Texas

(casi un millón y medio de habitantes) sino el quinto centro urbano del país. La región está cruzada por amplias supercarreteras, bordeadas por letreros luminosos encendidos aun bajo el sol del mediodía. "Aquí no apagamos las luces ni los televisores cuando salimos de casa, porque hay que consumir…", parodió el profesor Romualdo García, un técnico mexicano con diez años de residencia.

Los domingos por la tarde las calles céntricas de Houston se asemejan a un cementerio desolado: en lugar de transeúntes sólo se observan Mustangs, Novas y Chevrolets último modelo, que pasan como autómatas a toda velocidad. Sólo trabajan las salas de espectáculos y la Roy Rogers Roast Beaf (una cadena de comercios dedicada únicamente a vender sándwiches de 69 centavos), que exhibe en sus carteles la sonrisa en radiante tecnicolor del vaquero cantor, dueño de ese pequeño emporio.

Es casi justificable que el houstoniano común sepa poco y nada de astronautas: cuando regresa del trabajo, cruzando a veces hasta 60 kilómetros de aerodinámicos *freeways* (carreteras de una sola mano para tráfico rápido), se encierra en su casa para ver series de televisión en colores o, caso contrario, visita alguno de los numerosos clubes privados que funcionan en la ciudad. En nítido contraste con Cabo Kennedy, que en los últimos diez años provocó la creación de ciudades para albergar a los empleados de la NASA, Houston tuvo vida propia desde mucho antes: creció hacia el final de la Segunda Guerra Mundial y, desde entonces, constituye el legendario "país de los grandes ricos", según lo bautizaron los norteamericanos, aludiendo a su importancia como centro petrolero del golfo de México. La mayor parte del sulfuro de EE. UU., el 7 por ciento del petróleo, el 11 por ciento de las refinerías y muchos algodonales están alojados en la zona de Houston, que también atesora las tres cuartas partes de la potencia petroquímica norteamericana y el 28 por ciento de la riqueza arrocera del país.

Por las noches, las luces de neón de las refinerías remedan a los rascacielos de Manhattan a través de centenares de kilómetros. Actualmente, la quinta parte de la población es negra y una duodécima parte está integrada por mexicanos. "No hablamos español porque tenemos vergüenza", reconoció Luis Olmedo (34, empleado del hotel Monago) el pasado 21 de abril, mientras los texanos recordaban

la batalla de San Jacinto: en 1836, esa batalla señaló la definitiva derrota mexicana y la pérdida del vastísimo territorio que, en sus orígenes, perteneció a la corona española.

"Aquí los negros no tenemos problemas porque no nos rebelamos", aseguró Robert Forrest (42, empleado en una compañía petrolera), típico representante de la población houstoniana, integrada por profesionales y empleados de clase media. Apenas unificada por miles de autopistas, Houston es una dilatada planicie salpicada por barrios residenciales, con una veintena de rascacielos diseminados en su zona céntrica. Normalmente sus ciudadanos siguen con asombro el curso de las sensacionales operaciones que se realizan en el Texas Medical Center y en la Universidad de Baylor, emporios médicos que con una inversión de cien millones de dólares los magnates del algodón y el petróleo convirtieron (en los últimos treinta años) en los centros de investigación y práctica quirúrgica más evolucionados del mundo. Los acontecimientos que tienen lugar detrás de las alambradas de la NASA, en cambio, no inquietan mayormente a los houstonianos; les resulta algo tan enigmático y ajeno como los sucesos que conmueven diariamente a otras regiones del mundo, como Biafra o la Argentina. De alguna manera, esa actitud podría justificarse: es bastante difícil ingresar a la base.

Los invasores

"¿Argentina? ¿Dónde viene a quedar eso?", vaciló en el portón número dos de la NASA un desconcertado sargento del servicio de vigilancia de la empresa Wackenhut; esa firma suscribió un contrato con el gobierno norteamericano para cumplir funciones de policía privada, controlando las 4050 hectáreas que ocupa la base. Unos 30 edificios, construidos a prueba de bombas, se alzan tras las alambradas, recordando la escenografía de la serie televisiva *Los invasores*.

La apariencia de inexpugnable fortaleza que en un primer momento ofrece el centro espacial de Houston se transforma, a poco de recorrerlo, en un laberinto kafkiano o, en todo caso, en un "*highschool* lleno de burócratas", según calificó John Mac Leish, jefe de prensa

de la base, cruzando cinematográficamente sus largas piernas sobre el escritorio. Es que la NASA no es una institución militar y los diez mil empleados que todos los días estacionan sus coches ante cualquiera de los edificios son (apenas en un diez por ciento) empleados del gobierno; en su mayor parte, técnicos y profesionales están contratados por las 50 compañías encargadas de llevar adelante el proyecto Apolo. La NASA entrega más del 70 por ciento de su presupuesto a dos compañías privadas: la North American Rockwell Corporation, que construye los módulos lunares (que atesora el 37,34 por ciento). A bordo de uno de estos últimos artefactos, Armstrong descenderá en la Luna; cuando ese paso haya sido superado, gran parte del proyecto Apolo estará cumplido. Mientras tanto, los cuatro mil millones de dólares (1,4 billones de pesos) previstos para el presupuesto de 1969 se están invirtiendo, fundamentalmente, en la tarea de depositar a ese hombre en la Luna.

Además de sus burócratas, la base de Houston oculta algunos de los pasos claves que se están dando para transformar puntualmente el delirio verniano en realidad. "Aquí seleccionamos y entrenamos a los astronautas que participan de los vuelos tripulados", informó Robert Gilruth (51, director delegado del centro de Houston). "También se ejerce control sobre las astronaves desde el momento de la partida hasta el amaraje y se efectúa todo tipo de tests científicos, médicos y mecánicos vinculados a los vuelos; junto con eso se coordina el trabajo de producción de instrumental y equipos".

También en Houston funcionan los gabinetes del Plan de Aplicación del Proyecto Apolo; quizá la más fascinante oficina de colonización espacial jamás inventada por ningún escritor de ciencia ficción, donde rigurosos técnicos planean la construcción de universidades en el cosmos, ómnibus interplanetarios y vehículos que dentro de 20 años se dirigirán a cualquier punto de la galaxia con la misma precisión con la cual Armstrong se prepara para pisar la Luna dentro de pocas semanas. Todos los días, en Houston, algún astronauta ingresa a una cámara donde simula las intrincadas maniobras que requerirá el alunizaje; todos los días, en una esfera que gira enloquecidamente, otros adelantados del espacio experimentan la extraña ingravidez que se siente al entrar en órbita; también todos los días, en algún laboratorio de la

base, un microbiólogo estudia cuál es la mejor manera de sobrevivir en Marte o Saturno; un sastre diseña el traje espacial que vestirán los futuros viajeros de la galaxia y algún sutil cocinero perfecciona el menú interplanetario. Allí, en esa treintena de edificios grises, miles de hombres, como monjes en reclusión, proyectan el futuro.

La máquina del tiempo

El lunes 12 de mayo, a las nueve de la mañana, tres astronautas penetraron al *Centrifugue*, una enorme esfera de acero que comenzó a girar como una extraña boleadora, describiendo amplios círculos; finalmente, rotó sobre sí misma hasta adquirir una velocidad suficiente como para que los tres hombres sintieran que sus ojos saltarían de las órbitas, sus caras se deformaban y una opresión equivalente al peso de diez personas les oprimía el pecho. Esa presión de hasta cinco fuerzas G (cada una de las cuales equivale a 9,81 kilos por centímetro cuadrado) es la que soportan todos los astronautas al partir de la Tierra y durante el reingreso a la órbita planetaria. A esa misma hora, en la vecina base aérea de Lemington, otro astronauta ascendía al LLTV, un extraño escarabajo metálico que no tiene ningún uso durante la operación de alunizaje real, pero que sirve como simulador de todos los problemas y sensaciones que atravesarán los viajeros cuando alunicen a bordo del módulo. Ese mismo lunes, a las 11, cinco hombres intentaban abrirse paso en las junglas centroamericanas, para cumplir con el test de supervivencia; una prueba de siete días que atraviesan todos los astronautas durante su entrenamiento, destinada a capacitarlos ante posibles aterrizajes de emergencia en zonas tropicales. Mientras eso ocurría en la zona del canal de Panamá, otra media docena de cosmonautas vagaba por los desiertos de Nevada para explorar, durante otra semana, todas las angustiosas experiencias que puede sufrir un astronauta en caso de aterrizar en medio de un arenal.

De allí pasarían a la bahía de Galveston, cerca de Houston, para aprender a sobrevivir en el agua en caso de un amaraje accidentado. En ese momento, en el centro de la NASA, en Houston, Armstrong y Buzz Aldrin, tripulantes de la Apolo 11, desaparecían en la perpetua

oscuridad del *Visual Docking Simulator*, un gabinete que recrea con absoluta exactitud las condiciones lumínicas que rodearán al encuentro espacial; una operación que se producirá cuando el módulo lunar se acople al módulo de comando para iniciar el regreso a la Tierra. En todos los casos, los pilotos cumplen su trabajo en aparatos que reproducen escrupulosamente las características de los vehículos reales. Así, durante la última semana de mayo, a 10 mil metros de altura, a bordo de un trasporte militar T 138, el astronauta Richard Gordon, tripulante de la Apolo 12, flotó entre acolchados para habituarse a la situación de ingravidez que experimentará dentro de la cosmonave; almorzó boca abajo, pegado al techo, mientras los objetos volaban a su alrededor.

En la Cámara de Vibración y Acústica de la base se posó un módulo gemelo al de la Apolo 12: la superficie sobre la que descendió simulaba con precisión el terreno lunar. De la cápsula emergió el astronauta Charles Conrad, quien anticipaba las sensaciones que recién se convertirán en realidad en diciembre de este año, cuando esa nave descienda en el satélite terrestre.

Quizá por fuera, en sus oficinas, con secretarias que leen novelitas policiales, Houston parezca cobijar una opaca colección de burócratas. Sin embargo, en lo recóndito de sus cámaras de entrenamiento, la imagen se transforma; allí se descubre la más extraña máquina del tiempo fabricada por el hombre, donde diariamente unos cincuenta astronautas ensayan hasta el cansancio todos los gestos que algún día reproducirán en el espacio. Desde las ventanas de sus simuladores, observan allí la misma constelación de estrellas que en el futuro van a divisar desde el cosmos; pueden ver con precisión casi mágica la silueta planetaria de la Tierra, flotando sola y azul en el vacío.

¿Quiénes son esos 50 hombres? ¿Cómo se los elige y cómo se los transforma en conquistadores del espacio? ¿Son superhombres o robots? ¿Conejillos de Indias o computadoras? SIETE DÍAS dialogó con Don Gregory, un intelectual de 38 años, que comparte la jefatura del departamento de Selección y Entrenamiento de Tripulación, virtual cerebro del insólito proceso por el cual un hombre se transforma en astronauta.

El D.T. de los astronautas

"En 1959, luego de analizar a los 508 voluntarios que se presentaron para integrar el primer grupo de astronautas, sólo tomamos a siete –recuerda Gregory, instalado en el cuarto piso del único edificio alto de la base–. En realidad, es difícil determinar exactamente cuáles son las condiciones que deben reunir esos hombres; a veces los aspirantes fracasan en algunos tests, pero los admitimos igual. No importa que tengan pie plano o necesiten anteojos; Donald Slayton, por ejemplo, sufría de un soplo al corazón y Walter Cunningham usa lentes. Sin embargo, recuerdo que hace diez años existían algunas limitaciones que siguen en vigencia, aunque con pequeñas modificaciones. Por ejemplo, los astronautas deben ser menores de 40 años, medir por lo menos 5 pies y 11 pulgadas (cerca de 1,80 metros), haberse licenciado como bachilleres en ingeniería o su equivalente, exhibir aceptables condiciones físicas, ser piloto de jet suficientemente calificado, graduado en una escuela de pilotos experimentales y justificar no menos de 1500 horas de vuelo".

A pesar de cierta aparente liberalidad, Gregory admitió que "es imprescindible tener imaginación para enfrentar con celeridad todo tipo de inconvenientes inesperados, analizarlos y resolverlos en vuelo. Para eso, cada astronauta es un experto en cada uno de los centenares de sistemas y subsistemas que rigen el instrumental de las naves. Además, las máquinas nunca son perfectas; si nunca es idéntico un Ford 1969 a otro Ford 1969, es de imaginar que un módulo lunar nunca es igual a otro. La rebelión de los aparatos, los desperfectos inusitados, son hechos frecuentes; de allí que la capacidad de respuesta de un astronauta deba ser rapidísima: eso constituye a veces la única alternativa para salvar su nave y también su vida".

Para Donald Slayton –astronauta del primer grupo y ahora jefe de tripulación–, la mejor prueba del equilibrio mental de sus hombres "reside en el hecho de que ninguno de ellos se divorció nunca". Frente a esta tesis, numerosos observadores sostienen que alguna vez las autoridades del staff terciaron discretamente para evitar que se deteriore esa imagen de solidez. Lo cierto es que cuando un astronauta comienza a titubear en sus convicciones, cuelga los hábitos. Eso ocurrió hace unos años con John Glenn, cuyo típico aire de *baby face* lo

convirtió en un poderoso imán publicitario. Cuando le ofrecieron la vicepresidencia de la Royal Crown Cola, firma de bebidas gaseosas, aceptó cambiar de ramo: una fotografía suya sonriendo provocó un notable aumento en la venta del producto y también en sus ingresos particulares. Ahora, con muchos menos riesgos duplica los honorarios de sus ex compañeros.

La vida de los cincuenta astronautas norteamericanos es notablemente parecida a la que llevan los integrantes de cualquier orden monástica, aunque ciertamente ganan más que el mejor monje de clausura mejor remunerado: unos 13 mil dólares anuales (más de 4,5 millones de pesos) los militares, y algo más de 20 mil dólares (siete millones de pesos) los civiles, entre los que figura Armstrong. Claro que el Dr. Wernher von Braun, verdadero cerebro de la NASA, supera esos topes: al parecer percibe unos 100 mil dólares anuales (35 millones de pesos), igual que Thomas Payne, director general de la NASA. Refiriéndose al tema sueldos, el *factotum* Gregory explicó que los seis grupos de astronautas seleccionados por la NASA entre 1959 y 1966 están peor remunerados que un ejecutivo de las grandes empresas que construyen el instrumental de las naves Apolo. "No obstante, poseen un prestigio social superior al de un magnate petrolero –aclaró–; en el futuro, cuando un historiador quiera conocer los arquetipos de nuestra sociedad industrial no podrá prescindir de las historietas y, en cierto modo, los astronautas son la corporización de un típico héroe de historieta científica".

Las mil horas

El proceso –casi industrial– que convierte a un hombre en héroe de la sociedad de consumo puede llegar a ser agobiador. Durante los siete meses que dura el entrenamiento básico, los astronautas se sumergen en un mundo regido por clases teóricas y pruebas durísimas de resistencia física. Durante 12 horas diarias asisten a cursillos donde se les enseña desde mecánica celeste hasta electrónica; desde navegación hasta los problemas que pueden perturbar el funcionamiento de una cámara de televisión en colores.

"Los astronautas no tienen amigos; para ellos, sólo cuentan sus compañeros de tripulación", declaró a SIETE DÍAS Paul Haney, probablemente el periodista que más intimó con los viajeros espaciales. Hasta abril último, cuando fue separado de su cargo, Haney trasmitió desde la cabina de controles de Houston todos los vuelos tripulados de la NASA, convirtiéndose en una especie de astro popular en los Estados Unidos, donde lo conocen como La Voz de los Astronautas.

Haney explicó que –como sucede en ciertos partidos políticos– esos hombres crean una especie de camaradería en función de trabajos comunes. Todo vuelo Apolo requiere la participación de nueve astronautas que funcionan prácticamente como una célula: la tripulación oficial (tres hombres), la suplente (3) y la auxiliar (3). Después que los nueve hombres son designados (con un año de anticipación), comienzan a participar intensamente de un plan de ejercicios; a veces, eventualmente, se unen a los integrantes de otros vuelos para tomar clases teóricas o afrontar violen tos tests físicos, pero la mayor parte del tiempo la dedican a trabajar juntos. "Eso crea una fuerte relación que, sin embargo, se corta cuando alguno de los astronautas es trasladado para cumplir otras funciones", explicó Haney, quien además disipó una serie de leyendas creadas en torno de los participantes del proyecto Apolo. "Un astronauta norteamericano es, simplemente, un piloto de pruebas. Eso ocurre porque cinco de los seis grupos que ahora funcionan fueron integrados con aviadores y sólo el sexto está conformado por científicos. Probablemente, en el futuro se requieran menos pilotos y más investigadores, pero lo cierto es que ahora los hombres que lanzamos al espacio son básicamente aviadores", agregó el locutor. También estableció las diferencias que separan a Armstrong de Cristóbal Colón, con quien se lo parangonó tantas veces. "Hay muy poca relación entre ambos –sonrió Haney–, porque Colón realizó un viaje azaroso, enfrentando al misterio en busca de las Indias; casualmente tropezó con América. Armstrong, en cambio, es un hombre clave pero reemplazable dentro de un gigantesco aparato donde cada paso está minuciosamente previsto: apenas una pieza en un tablero de ajedrez cósmico, movido por empresas privadas, estructurado por computadoras".

El médico de los astronautas

El hombre común se preguntó muchas veces qué siente un ser humano al caminar por el espacio o durante un viaje a la Luna. "En realidad no creo que Armstrong tenga mucho tiempo para gozar de sus impresiones personales– confió a SIETE DÍAS Charles Berry, 39, médico personal de todos los astronautas–. La infinita complejidad de las operaciones sincronizadas que requiere un vuelo a la Luna apenas deja segundos para pensar en la trascendencia del hecho. Armstrong estará absolutamente regulado para cumplir con su misión y apenas tendrá tiempo para comunicar sus vivencias".

El doctor Berry aclaró también otras de las tantas preguntas que habitualmente se plantean en torno de los astronautas: "Efectivamente –reconoció– tienen miedo, pero a un nivel distinto que otros seres. Cada hombre debe trasponer un umbral de peligro; generalmente, tememos lo que no podemos conocer. Pero los astronautas enfrentan umbrales de peligro diferentes, ya que un vuelo a la Luna es para ellos simplemente un vuelo de prueba más largo que los habituales: sabemos casi absolutamente todo lo que encontrarán allá. Los vuelos anteriores ofrecieron suficientes datos para solucionar problemas imprevistos. Por eso los primeros astronautas sintieron más temores que los que participaron de las últimas expediciones. Como Armstrong será el primero en transitar sobre la superficie lunar, tiene preocupaciones normales, perfectamente controladas".

¿Cómo se efectúa ese control? ¿Se regula la tensión de los hombres de la Apolo 11 con pastillas o tratamientos psicoterapéuticos? "Excepto la dexedrina, que ingieren durante el vuelo, prefiero confiar en el autocontrol subjetivo, ya que se trata de hombres previamente condicionados por durísimas pruebas que templaron su resistencia psicofísica –explicó Berry–; no dopamos a ningún tripulante, sólo le suministramos medicaciones de terapia: pastillas contra diarrea, noasia y, preferentemente, antibióticos contra dolores que los astronautas ingieren durante el vuelo y algunas veces durante el proceso previo".

Pero el más grave de los peligros que deberá superar Armstrong será la fatiga física. Estará embutido en un traje espacial de 56 kilos y nadie sabe qué problemas enfrentará en la Luna cuando abandone

el módulo. "Hemos simulado ese momento a través de 30 ejercicios –informó el médico–, pero esa fase de la experiencia plantea incógnitas inescrutables". Durante las 22 horas que Armstrong permanecerá en la Luna, se mantendrá –como durante todo el viaje– en comunicación directa el doctor Berry, quien, desde Houston, le ordenará tomar las medicinas correspondientes de acuerdo los datos que trasmitirán los aparatos adosados a su traje espacial.

Otro enigma (tan apasionante como la vida humana en la Luna) lo constituye la vida sexual de los astronautas. "En eso son tan metódicos como en el resto de sus actividades –respondió Berry–, aunque hay variaciones de acuerdo con cada individuo". Con respecto al historial clínico de los tripulantes de la Apolo 11, el médico aseguró que jamás sufrieron de enfermedades importantes. "La única intervención que sufrió Buzz Aldrin, por ejemplo, fue la operación de una rodilla, hace diez años; Mike Collins, por su parte, padece una intrascendente desviación nasal, aunque también fue intervenido hace seis años: entonces le extrajeron una vértebra". Berry está fascinado por un interrogante: ¿Qué tipo de problemas entrañará mayores dificultades durante el paseo lunar: los físicos o los mentales? Hasta ese momento, el enigma no podrá ser descifrado. "Lo que sí, en cambio, les aseguramos a los muchachos –bromeó Berry– es que disfrutarán de un excelente menú de grosellas, hígado, carne... En fin, lo que deseen". Extrajo de su escritorio un objeto cuadrado, envuelto en polietileno: contenía una comida fría que se ingiere por tubos y que los astronautas abominan. Durante los entrenamientos, cada tripulante de un vuelo Apolo debe paladear esa mixtura en cuatro oportunidades. "Por supuesto, durante los días anteriores al viaje los eximimos de probar el manjar para no aumentar su tormento", sonrió. No pocos dolores de cabeza tuvieron los médicos de la NASA luego de cada viaje tripulado: casi ningún astronauta olvidó criticar la comida, y es poco probable que los próximos astronautas modifiquen su opinión con respecto a la manera en que deben ingerir las 2680 calorías diarias durante el vuelo.

No menos complejos son los problemas que aquejan a Edmund Says, un angélico ingeniero con simpáticos dientes de conejo, quien a los 43 años se convirtió en sastre de los astronautas. Sus creaciones exclusivas constituyen primorosas combinaciones de cañerías,

cajas, circuitos y bombas: es que el *Apolo Portable Life Support Sistem* (Sistema Vital Portátil Apolo) es un complicado traje de fibra sintética dentro del cual los astronautas gozan de una temperatura primaveral cercana a los 21 grados centígrados. A diferencia de los soviéticos, que viajan con temperatura ambiente en la cápsula y sin la complicación de sucesivos y superpuestos trajes espaciales, cada astronauta norteamericano viste dentro de la cabina un envoltorio de plástico al que se le suma el publicitado overol espacial que sólo se coloca al salir al cosmos o, próximamente, al pisar la superficie lunar. Cada uno de estos trajes cuesta 100 mil dólares (35 millones de pesos); el buzo que los cubre durante el viaje –a modo de ropa interior– está tan provisto de válvulas y tuberías para refrescar el aire y el agua como el overol lunar.

Uno de los problemas más arduos que debió resolver Says (y la empresa fabricante ILC) fue lograr que la ingeniería mecánica produjera bolsas de plástico para que los astronautas pudieran cumplir sus necesidades fisiológicas con relativo confort. "En otros vuelos, los viajeros se quejaban de que todas las soluciones ofrecidas eran deficientes –recordó Says–, pero temo que hasta dentro de un tiempo no se podrá resolver a la perfección este tipo de dificultades". Sin embargo, un sistema de bolsas de plástico prestará servicios durante el vuelo de la Apolo 11; una vez utilizadas, las bolsas serán expulsadas por una válvula y a través de una compuerta hacia el vacío.

"Sin duda, esos pequeños problemas cotidianos indican hasta qué punto permanecemos en la prehistoria de los viajes interplanetarios, aseguró a SIETE DÍAS, parapeteado tras una mesa con cuatro teléfonos, Don Green, un escritor científico de 50 años, nacido en Nebraska, que parece haber escapado de un cuento de Ray Bradbury (autor al que, sin embargo, jamás leyó). Pertenece a un equipo de hombres que está escribiendo una de las historias más increíbles de este tiempo: los planes del programa de Aplicación del Proyecto Apolo.

"Cuando existan los ómnibus espaciales, cualquier hombre, sin necesidad de trajes complicados ni tampoco de comidas sintéticas, tomará su cohete en la base de Cabo Kennedy y en una hora y media estará en los laboratorios interplanetarios, a un paso de la Luna o, quizá, esperando su pasaje de combinación con rumbo a Marte",

aseguró Green, entornando sus fríos ojos grises. La entonación rutinaria de su voz era estremecedora: no inventaba sino que apenas se remitía a contar –como vocero de un equipo científico– lo que en 1985 podrá ser una deslumbradora realidad.

Más allá de la Luna

"Qué lejos están ya los proyectos Mercury", reflexionó Green, recordando los seis vuelos –para un tripulante– realizados entre mayo de 1961 (con Alan Sheppard, como primer astronauta, en trayectoria suborbital de 15 minutos) y mayo de 1963; después, los 12 lanzamientos de la serie Géminis (entre abril de 1964 y noviembre de 1966) para dos tripulantes, fueron seguidos por los viajes Apolo, para tres personas, que alcanzarán su etapa decisiva en julio próximo, con la aventura de la cápsula número 11. "Pero después de eso –vaticinó Green– habrá que consumar otros nueve vuelos Apolo para completar los 20 de la serie: se realizarán entre fin de año y 1972. En los últimos tres vuelos, grandes tractores lunares, plataformas de carga, quizá verdaderos automóviles interplanetarios, serán depositados en la superficie lunar para repetir, en el satélite, aquel precepto bíblico, ya cumplido en la Tierra, de recorrerla y habitarla". Sin embargo, el módico entusiasmo que esporádicamente enciende los ojos de Green se deposita en los planes que se desarrollarán a partir de 1975, "cuando comiencen los preparativos para que una gran estación-laboratorio sea puesta en órbita".

El enigma aún no resuelto, tanto por las empresas privadas que mueven prácticamente el programa espacial como por los dirigentes de la NASA, reside en los próximos pasos: ¿Qué conviene más?, ¿explorar la Luna o dedicar los mayores esfuerzos –tal como hacen los rusos– a la creación de bases intermedias de reparación y lanzamiento de cohetes a los otros planetas de la galaxia? Las pruebas de fuego se producirán durante la década del 70, cuando 12 hombres vivan 56 días en el espacio, con duchas, baños y salas de fumar. Utilizando el mismo sistema de acopiamiento que actualmente vincula la cápsula lunar con el resto de la astronave se irán adosando elementos, de modo que la tercera parte de un vehículo espacial –unos 10 mil pies cúbicos– sirva

como estación. Después se agregarán piezas en sucesivos encuentros en el espacio hasta completar el montaje de un hábitat que permita la supervivencia a orillas del infinito. "Aspiramos a que durante seis meses un equipo de cien personas, todos científicos, puedan vivir en la estación orbital que constituirá la primera universidad del espacio. Allí trabajarán como yo aquí –concluyó Green–, con trajes de calle, aparatos de televisión, bares automáticos y microcines".

Según explicó el escritor, la estación seguramente rotará a 200 millas náuticas de la Tierra y la gran autopista del espacio "abarcará desde Alaska hasta el estrecho de Magallanes". Ajeno a las novelas de Isaac Asimov y aun a todo tipo de lecturas literarias, Green hizo hincapié en los esfuerzos que las empresas privadas, con la coordinación de la NASA, efectúan para concretar un *grand tour* que después de 1980 tocará Venus o, quizá, los planetas exteriores: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Mientras Green anticipa el futuro, la compañía Textron Bell, en Búfalo, Nueva York, ya recibió 250 mil dólares de la NASA para diseñar un vehículo aéreo lunar monoplaza que, adosado al módulo lunar, podrá servir, en un futuro cercano, para que los astronautas puedan trasladarse por la superficie de otros cuerpos planetarios. "Claro que todo eso depende de muchas cosas", suspiran los jefes de la NASA con preocupación. Una disimulada nube de escepticismo empaña los proyectos poslunares. Es que la organización espacial está pasando por una de sus crisis más agudas, motivada por el arribo de Richard Nixon al poder;, los sueños de aventuras interplanetarias pueden desvanecerse.

La NASA en el purgatorio

Paradójicamente, algunos observadores afirman que los planes de colonización espacial pueden frustrarse si el presupuesto de la próxima década no les otorga adecuado soporte financiero. "El futuro vuelo a la Luna puede ser el fin antes que el comienzo", afirmó a SIETE DÍAS un directivo de la NASA. La inquietud comenzó a cundir hace un mes, cuando una comisión de cuatro asesores del vicepresidente Spiro Agnew viajó a Houston para iniciar un estudio que será presentado

al Congreso en septiembre próximo y de cuyas conclusiones depende el futuro del plan espacial. Las mayores objeciones al total de 24.000 millones de dólares devorado por el proyecto Apolo, desde 1961, las marcan las dificultades económicas de los Estados Unidos y, sobre todo, los gastos que demanda la guerra de Vietnam. Además, los 450 mil trabajadores con que contaba la NASA en 1965 se han reducido a 300 mil y se espera que para 1972 estén vinculadas al proyecto espacial sólo 50 mil personas. Estos cálculos estaban previstos, pero también se admitía como segura la posibilidad de contratar a otros centenares de miles de personas para los planes de exploración interplanetaria. Las únicas partidas de dinero confirmadas llegan escasamente hasta 1972 y aunque el vuelo de Armstrong en julio es apenas una etapa del proceso, el director Thomas Paine confesó que "en el próximo mes de julio se jugará nuestra última chance para conquistar la confianza necesaria y asegurar la continuidad de nuestro trabajo".

El más temido –e influyente– de los cuatro asesores gubernamentales que deberán decidir virtualmente el destino de la NASA es un consejero científico de Nixon: el inescrutable Lee DuBridge, quien consiguió poner nervioso al sumo sacerdote Wernher von Braun, habitualmente recluido en sus laboratorios de la base Huntsville, en Alabama, desde donde dirige personalmente la fabricación de cohetes. Verdadero lobo estepario y eminencia gris inapelable, von Braun sale de su reducto pocas veces y sólo para inspeccionar el trabajo de su discípulo predilecto, el doctor Richard Debus, cerebro de Cabo Kennedy junto al italiano Raco Petrone y a un equipo de técnicos alemanes. También suele viajar a Houston, pero en los últimos meses sus visitas al cuartel general de la NASA en Washington delataron el estado de crisis que se vive en las altas esferas de la organización espacial.

Cuando en abril pasado el locutor Haney fue degradado por Julius Scherr, jefe de relaciones públicas de la NASA, los observadores políticos indicaron que el ubicuo Scherr quería congraciarse con la nueva administración republicana, ya que Haney está muy identificado con el Partido Demócrata. Curiosamente, siete días fue la última revista que reporteó a Haney antes de su expulsión.

En esa ocasión, y con ira disfrazada de buen humor, La Voz de los Astronautas comentó: "Scherr está loco de celos y no puede tolerar

mi popularidad". Sin embargo, la defenestración de Haney quizá preludie algún otro cambio que consolidará las buenas relaciones entre la NASA y el presidente Nixon; la cabeza de Haney fue el presente ofrecido para aplacar al olimpo republicano.

Pese a la angustia que últimamente suele abordar a los ejecutivos de la NASA, es probable prever que von Braun ganará la partida: durante su último viaje a Washington, un asesor económico de Nixon le objetó que "el mero esfuerzo bruto que implica lanzar a un hombre a la Luna en un vuelo de ida y vuelta sin escalas no sólo es una locura delirante sino una peligrosa maniobra que distrae millones de dólares de un presupuesto que debe solucionar infinitos problemas diarios en California o Detroit". Pero von Braun se limitó a recordar que en febrero último salió de su encierro, después de un año, el grupo de astronautas soviéticos que participará de un viaje a Marte, cuya duración aproximada es de 12 meses. También preguntó, exasperado, si era necesaria otra guerra nuclear para incrementar la competencia tecnológica con la URSS. A pesar de que todo el proyecto espacial norteamericano, prohijado por John Kennedy y continuado por Lyndon Johnson, está en plena revisión, razones políticas permiten sospechar que tanto von Braun como las grandes empresas complicadas en el proceso ejercerán sus poderosas influencias para que los planes de la NASA arriben a su objetivo final.

Sobre cohetes y tumbas

El tercer domingo de mayo, bajo una suave lluvia de primavera, una pequeña caravana cruzó los arbolados caminos del cementerio de Arlington. Nadie reparó en ella. La integraban un hombre, dos mujeres –una con velo negro– y dos niños. Se detuvieron frente a una tumba y permanecieron unos minutos en silencio; después, sin hablar, recorrieron otras siete tumbas. El hombre era Armstrong y las tumbas pertenecían a los ocho astronautas muertos entre 1963 y 1967. La mujer del velo negro era la esposa de Edward White, íntimo amigo y vecino de Armstrong, que murió durante una simulación de alunizaje en la base de Lemington, junto a las instalaciones de la NASA.

White viajaba a bordo de un simulador igual al que, tripulado por Armstrong, en mayo de 1968, se incendió en pleno vuelo. Esta fue una de las cuatro veces que Armstrong toreó a la muerte. Las otras ocurrieron a bordo de un avión de pruebas X-15, durante un amaraje trabado por un paracaídas que no se abrió hasta último momento, y en el vuelo de la Géminis 8, en marzo de 1966. Dentro de unas semanas, cuando Armstrong complete sus 22 horas en la Luna y esté de vuelta, su sonrisa monopolizará la portada de todos los diarios del mundo, vibrará en millones de televisores, será una imagen gloriosa. Pero todavía esa hora está angustiosamente lejos y, según su médico, el doctor Berry, a veces Armstrong sueña con accidentes y con la cara de su amigo Ed White.

"Gracias, pero no me gustan las flores", se excusó Janet Shearon (38, licenciada en economía doméstica). Así de cortésmente rechazó un emperifollado bouquet remitido desde Europa. La Shearon no se ha hecho famosa por esta florida aversión sino por estar casada con Neil Armstrong, el primer ser humano que depositará sus plantas sobre la superficie lunar; este rol conyugal acarrea a Janet infinitos inconvenientes. Aunque funcionarios de la NASA se esfuerzan por ocultar el domicilio de los Armstrong, incesantes peregrinaciones desfilan por el 1003 de la calle Woodland, en la pequeña ciudad jardín El Lago (de unos mil habitantes), donde viven algunos astronautas y numerosos empleados del programa espacial norteamericano. El Lago está a 60 kilómetros de la base de Houston y, desde hace cinco años, Janet y Neil habitan el modesto chalet de la calle Woodland. "La pareja adquirió esa mansión por 19.500 dólares" (más de seis millones y medio de pesos), informó Pay Nugent, dueña de una oficina inmobiliaria y activa militante en la agrupación derechista John Birch.

Reportaje a Neil Armstrong, el primer hombre que pisará la Luna

Junto a la casa de los Armstrong se alza la de Scott Burner, un empleado de la empresa de televisión NBC, quien vigila la actividad de sus vecinos desde principios de este año. "Como Neil desaparece desde muy temprano, y a veces está recluido por los entrenamientos, Janet tiene que

oficiar, simultáneamente, de padre y madre", observó Donald Scoon, un operario de la división de Trajes Espaciales de la NASA, domiciliado cerca del chalet de Armstrong. Todos los días a las 7.35, Janet, montada en su bicicleta, lleva a Erik (12) y Mark (5) a la escuela Seabrook y los pasa a buscar a primeras horas de la tarde. El trío suele frecuentar, los sábados, la liga de béisbol del barrio o la *barbecue*, una especie de picnic comunal que nuclea a los vecinos. Cuando Neil está en casa, lleva a los niños a alguna exhibición de volovelismo, su gran hobby.

Hace tres semanas, cuando estaba a punto de dirigirse hacia una laguna cercan para pasear en lancha, Armstrong decidió responder el siguiente cuestionario que revela cómo es el primer hombre que pisará la Luna, por qué llegó a cumplir esa función y qué hará cuando llegue al satélite terrestre.

–¿Cuándo decidió ser astronauta?

–Nací en un pequeño pueblo de Ohio (Wapakoneta), el 5 de agosto de 1930. Muy cerca de casa funcionaba el museo de los hermanos Wright, un templo repleto de antiquísimos aeroplanos que yo analizaba con reverencia. Allí empezó todo.

–A los 39 años, ¿no se considera demasiado maduro para ir a la Luna?

–Al contrario; parece ser la mejor edad. Los astronautas soviéticos también fluctúan en tomo a los 40 años. El equilibrio físico y mental durante esta edad es el más completo.

–¿Qué sintió cuando lo designaron para descender en la Luna?

–Mi reacción hubiera sido la misma si se hubiera tratado de cualquier vuelo en avión.

–Pero, ¿qué emociones experimentó en ese instante?

–Reflexioné: desde mi punto de vista es como jugar a las cartas; esta vez me tocó ganar a mí. Desde el punto de vista de mis jefes, creo que tomaron en cuenta mis características y se decidieron por razones que no estoy totalmente en condiciones de saber.

–¿No le preocupa ignorarlo?

–Esta empresa es –y siempre debe ser así considerada– un trabajo de grupo. No tiene importancia el hecho de haber sido nombrado para bajar en la Luna. Por supuesto que me alegra, pero podrían haberme elegido para tripular la Apolo 10, o la 12, sin que la diferencia de misiones me hubiera afectado.

–¿Qué efecto subjetivo le produce saber que será el primer ser humano que camine por la Luna?

–Soy piloto de pruebas y tengo cuatro mil horas de vuelo. Cada vez que tripulaba una nueva máquina decía: “Dios mío, estoy volando”. En la Apolo 11 supongo que diré: “Dios mío, voy a la Luna”.

–Sus compañeros de tripulación, Mike Collins y Buzz Aldrin, son miembros de las iglesias episcopal y presbiteriana, respectivamente. ¿Cuál es su religión?

–No tengo preferencia religiosa.

–¿Cómo reaccionó su esposa ante su designación? ¿Usted se la comunicó de inmediato?

–Cuando me lo comunicaron no la llamé por teléfono en seguida porque estaba en pleno trabajo; preferí esperar hasta la noche. Al volver a casa, cuando le confesé la novedad, me respondió: “Está bien, ya que estás de acuerdo”. Al día siguiente fue a la iglesia.

–¿Irá su familia a Cabo Kennedy el día del lanzamiento?

–Si ellos me pidieran una opinión les diría que no me parece recomendable.

–Hasta hace unos meses, el primer hombre designado para descender en la Luna era su compañero, el coronel de la fuerza aérea Buzz Aldrin. ¿Por qué se inclinaron por usted; acaso porque es civil?

–Lo ignoro, pero, efectivamente, soy civil, uno de los pocos astronautas civiles.

–Hace un tiempo, cuando aún usted no había sido designado, Aldrin aseguró que quienes lo habían elegido a él “habían elegido bien”. ¿Cómo repercutió la contraorden en sus relaciones personales con Aldrin?

–Nosotros, naturalmente, nos limitamos a cumplir órdenes, pero además somos buenos amigos.

–Se rumorea acerca de una sorda lucha entre factores de poder, militares y civiles, que tratarían de imponerlo a Aldrin o a usted, respectivamente.

–Desconozco las influencias que podrían haber mediado; sólo sé que la decisión se tomó después de un entrenamiento.

–Su estadía en la Luna durará unas 22 horas, de las cuales el paseo lunar insumirá de cuatro a seis horas. ¿Cuáles serán los peligros más graves que lo esperan y cuáles los objetivos que cubrirá?

–Una fase difícil es el último tramo del alunizaje, los 300 metros finales de la maniobra descendente. Puede ocurrir que nuestra reserva de combustible se reduzca muchísimo. El instante crítico llegará cuando pasemos del control automático al manual. Habrá que comprobar si el módulo lunar responde a los comandos. Tenemos ciertas seguridades, brindadas por la Apolo 9, sobre todo. Lo que más nos preocupaba, hasta que esa nave cumplió su vuelo, era saber si el sistema de comunicaciones funcionaba bien y si el instrumental de a bordo respondía. Muchos sostuvieron que los cálculos efectuados con el sextante y la computadora de a bordo no podían ser exactos. La Apolo 9 demostró que todo eso marcha.

–Sin embargo, un módulo lunar es muy diferente de otro. Maniobrar en el espacio es distinto de operar dentro de un simulador.

–Es cierto. Hay cosas que experimentaremos por primera vez. Sobre todo en materia de orientación. ¿Quién puede asegurarnos que lograremos orientarnos con toda precisión durante el día? Porque sucede que durante la noche lunar podremos distinguir las estrellas, establecer a qué distancia nos encontramos de ellas, como también ver el horizonte. Eso será utilísimo para poder alunizar alineando correctamente la plataforma del módulo. Pero durante el día habrá grandes problemas para esa orientación, ya que no nos guiaremos por las estrellas; aquí, en la Tierra, podemos hacer todo tipo de pruebas, pero habrá que ver qué pasa durante el instante en que debamos alinear el módulo en horas diurnas sobre la Luna.

–Cuando alunice en el sector sudoccidental del mar de la Tranquilidad, ¿qué tareas cumplirá?

–Primero sacaré fotografías y filmaré el alunizaje desde dentro del módulo; después tomaré un pequeño recipiente para cargar material selenítico y saldré a la superficie, bajando por la escalerilla. Allí empezarán a develarse las incógnitas, porque no sé si caminaré con los movimientos desgarbados de Groucho Marx o si daré saltos de canguro. Dentro de la cápsula lunar hay cero G (ausencia de gravedad), mientras en la Luna hay 1/6 G (el sexto de la gravedad terrestre). Luego sacaré más fotos y films (para la televisión, en colores) de la zona del alunizaje, vista desde la superficie lunar. A unos 15 metros del módulo, a lo sumo 30, se abrirá mi aparato recolector. Simplemente

tiraré de una cuerda y se desplegará una especie de mano con varios segmentos que recogerán muestras superficiales del terreno.

–¿Qué es lo que más teme de toda la experiencia?

–Durante la estadía en el espacio, nuestro mayor enemigo será el agotamiento. Al final de cada entrenamiento teníamos las manos traspiradas; nuestra resistencia soportaba las pruebas más difíciles. Tal vez las condiciones ambientales de la Luna varíen todos nuestros esquemas terráqueos sobre la fatiga.

–¿Qué otras acciones están previstas?

–Al pie de la escalerilla se abrirá un compartimiento de cámaras de televisión y accesorios, que enfocará a Buzz Aldrin cuando éste salga del módulo, exactamente 40 minutos después de mí. Luego, montaré una antena giratoria y en ese instante Aldrin se acercará para cooperar conmigo. Recogeremos más material selenita y concluiremos nuestra misión cuando Mike Collins, en su módulo de comando, aparezca en órbita sobre nuestras cabezas. Nuestra tarea es la de dejar algún instrumento en el satélite y recoger experiencia para que nuestros colegas de los siguientes nueve vuelos Apolo puedan ajustar su entrenamiento. Estudiaremos con Buzz el viento solar valiéndonos de un medidor; orientaremos una antena giratoria hacia la Tierra y también pondremos en funcionamiento un sismógrafo y un reflector láser, que calculará a cada instante la posición Tierra-Luna. Haremos una sola salida y no dos, como en un primer momento se había anunciado; probablemente durmamos algunas horas antes de salir a la superficie lunar.

–¿Cómo resolverán el problema del traslado de instrumental desde el módulo a la Luna?

–No sé si dejaremos caer el instrumental desde la escalerilla a la superficie o lo trasladaremos a pulso.

–¿Cuánto tardarán en colocarse los overoles lunares antes de salir del módulo?

–No lo sabemos, pero la situación será bastante divertida. Todo volará dentro de la cápsula y en medio de ese pequeño *maremagnum* flotaremos bastante apretados uno contra otro hasta colocarnos el traje. En los primeros entrenamientos me costaba un poco acostumbrarme al traje y también a sujetar los objetos con los enormes guantes. Pero ahora eso resulta muy sencillo.

–Algunos sociólogos norteamericanos, como Marshall McLuhan, por ejemplo, afirman que, paradójicamente, todo el programa de vuelos a la Luna, más que un triunfo psicológico o logístico, más que una aventura de exploración cósmica, podría interpretarse como el show televisivo más espectacular de todos los tiempos, programado y financiado por las empresas privadas y los medios de difusión masivos. ¿Qué opina del considerable tiempo que, durante su viaje, dedicará a televisar sus experiencias?

–La importancia del vuelo de la Apolo 11 debe ser documentada, no sólo para los archivos o la difusión mundial de ese hecho histórico, sino a fin de adquirir adecuadas experiencias para el futuro de la astronáutica.

–¿Qué sucederá después del vuelo, cuando vuelva a la Tierra?

–Trato de imaginarme cómo será mi vida después. Ya es muy distinta a la de un par de meses atrás. Me llegan muchas cartas y trato de contestarlas. Pero, de algún modo, siento que me separaron del resto del género humano. Ya soy un “hombre de la Luna”, signado por características únicas, diferenciales. Y eso me crea una sensación muy extraña, de júbilo y también de fatalidad.

El cazador de tupamaros

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 140 | 12 de enero de 1970]

Trasformado en el sabueso implacable que husmea los rastros de la organización subversiva uruguaya, el comisarlo de policía Alejandro Otero revela a SIETE DÍAS *detalles de su vida y su profesión, que proyecta abandonar definitivamente. ¿Una derrota?*

"¿No tiene miedo de convertirse en tupamaro?", preguntó la semana pasada SIETE DÍAS a un hombre enjuto, con pulcro flequillo a la romana. La habitación no tenía ventanas, un ventilador zumbaba inútilmente y afuera, sobre Montevideo, se desplomaban 41 grados. El interrogado sonrió: era Alejandro Otero Campaña (36, dos hijos), comisario en jefe del Departamento de Inteligencia y Enlace de la policía uruguaya, y estrella del staff represivo cuya obsesiva misión es liquidar a la organización de guerrilla urbana Movimiento de Liberación Nacional, más conocida como Tupamaros. Con cinco años de acción, la *tronse* subversiva se ha transformado en una leyenda que integra no sólo el folklore latinoamericano, sino que también implica un ya inocultable factor de poder en el Uruguay.

Pero el comisario Otero parecería ser el digno rival de los Tupamaros: si bien no es habitual que una organización terrorista cuente con consenso favorable (durante la toma de la ciudad de Pando, en septiembre último, ninguno de los 20 mil pobladores enfrentó abiertamente al comando subversivo), no suena menos insólito que el jefe de la represión resulte casi simpático para aquellos a quienes persigue y aun para el resto de la población.

Esta lucha entre un movimiento guerrillero –que muchos orientales parangonan con un Robin Hood nacionalista de izquierda– y su perseguidor, quien parece rescatado de alguna novela de Graham Greene, es un duelo absolutamente singular. Porque si Otero semeja un héroe literario, cuenta con ingredientes absolutamente uruguayos: además de policía es árbitro internacional de fútbol afiliado a la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado). SIETE DÍAS

dialogó largamente con el comisario en su reducto privado, un despacho ubicado en el cuarto piso del cuartel de policía de Montevideo, en las calles San José y Yí. Durante la conversación, Otero anticipó a siete días que en las próximas semanas abandonaría sus funciones de policía: se dedicaría full time a su profesión de árbitro en el Brasil, o –lo que es más probable– ofrecería sus conocimientos como perito en seguridad a grandes empresas privadas uruguayas. Según algunos, habría filtraciones y aun elementos Tupamaros inficionando la policía de ese país; según otros, habría llegado la hora de imponer mano dura para reprimir, método que no concilia con las técnicas intelectuales y científicas, ajenas a la violencia, desplegadas por Otero.

Lo cierto es que junto a su repartición funcionan ya otras cinco, en igualdad de condiciones, y fue uno de estos equipos, el denominado Departamento Dos, el que descubrió a fines de diciembre un archivo tupamaro durante una investigación dirigida por el subcomisario Juan Lucas. Sin embargo, el prestigio profesional de Otero continúa proyectándose: el 19 de diciembre recibió por cuarto año consecutivo el premio a la Inteligencia Funcional, y sus servicios podrían ser requeridos incluso por organismos de inteligencia internacionales. Pero antes de trascribir la minuciosa conversación desarrollada entre Otero y siete días, conviene ubicar al llamado "Cazador de Tupamaros" en la convulsionada realidad uruguaya.

Buscando a Lope de Vega

En octubre pasado, el teatro El Galpón fue allanado por fuerzas de la Guardia Metropolitana, cuerpo paramilitar de la policía, durante una representación de *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, en actualizada versión que incitaba a la lucha armada. Pero esa interpretación no era la que había provocado, precisamente, el allanamiento, sino la desesperada búsqueda policial en procura del banquero Gaetano Pellegrini, raptado por ese entonces por los tupamaros. Un informante sostuvo que el rehén estaba maniatado entre bambalinas; obviamente, no lo hallaron. Pero al día siguiente el vespertino opositor *De Frente* informó escuetamente: "Anoche allanaron El Galpón en busca del autor Lope de Vega, no fue

encontrado. Al parecer desapareció de los lugares que frecuentaba". Lo cierto es que las autoridades uruguayas tienen cada vez menos sentido del humor. Un periodista uruguayo susurró a SIETE DÍAS: "Después del decreto del 24 de junio que prohíbe nombrarlos, es cada vez más difícil escribir sobre los tupamaros". Es que durante 1969, la organización subversiva se alzó con unos 210 millones de pesos (m/n) en una retahila de golpes de mano espectaculares: el casino de San Rafael, los bancos de Canelones y Popular, dos financieras (una de ellas la Monty, cuyos libros de contabilidad enviaron a la policía denunciando negociados al más alto nivel), el ataque a la ciudad de Pando y el secuestro del banquero Gaetano Pellegrini son sólo algunos de los operativos desarrollados por los "Tupas", como los califica el hombre de la calle.

Mientras el grupo guerrillero se ha convertido, de hecho, en la única fuerza opositora, la poderosa CNT (Confederación Nacional del Trabajo), controlada por los comunistas, ha preferido convertirse en una expresión de protesta más formal que real. "Ellos son los tapamuros", ironizó un estudiante refiriéndose a la afición por las colectas y las solicitadas, una de las debilidades del Partido Comunista uruguayo. Y en tanto 1968 fue un año de agitados disturbios y movilizaciones callejeras que arrojó un saldo de tres muertos, 1969 implicó un repliegue con mayor tensión pero menos desórdenes masivos. Sólo la huelga de los obreros de la industria frigorífica, gremio izquierdista que no responde a la CNT, o los 73 días del paro bancario (cuyos protagonistas se negaron a ser militarizados), pusieron ácidos ribetes a un año que implicó, según observadores, un afianzamiento del control gubernamental al tiempo que un creciente descontento por la congelación de salarios. Es en este país, en el que apenas se sobrevive en medio de una obstinada dignidad donde se desarrolla la más decisiva batalla de la guerrilla urbana en América Latina, en esta suerte de Beirut del Río de la Plata, con leyes liberales que favorecen grandes negociados y con el cuerpo represivo más débil del continente, donde dos enemigos se agazapan para destruirse. Uno de los actores de este round a muerte es el policía Alejandro Otero. El que sigue es el diálogo que mantuvo con SIETE DÍAS la semana pasada.

–¿Este despacho es el sitio donde se interroga a los tupamaros?

–Yo los interrogo aquí.

–Hay un crucifijo, un rosario, una imagen de la Virgen Niña y un Jesús en el Monte de los Olivos. ¿Esto es una escenografía especialmente montada?

–Míreme a los ojos. Yo no soy un hipócrita, no orquesto nada. Simplemente soy así. Todo lo que soy, la pequeña capacidad que yo tengo, se la debo a Dios. Y no crea que cae muy bien en un país como éste, sin religión oficial, que yo sea así.

–¿Y esa medallita?

–La tengo por cábala. Cualquier cosa que me mandan de regalo yo la conservo. Por ejemplo, ese cuerno: lo recogí en un procedimiento donde murió un compañero mío.

–¿Y el palo brasil con el brote que plantó dentro del cuerno?

–Lo traje de un partido que arbitré en Paraguay. Todos los días compruebo que el brote crece: para mí el cuerno es la muerte y el brote es la vida, y todo está junto.

–¿Lo amenazaron de muerte?

–Claro que sí... aunque haya sido una broma. Pero yo no ando armado, ni con guardaespaldas.

–¿Podríamos ver su pistola?

–¿Cómo no? (muestra el arma). Es una P-K, calibre 38, checoslovaca, la misma que usa Fidel Castro.

–¿También cábala?

(Sonríe)

–¿Es exacto que usted se refirió a los tupamaros calificándolos como “mis queridos enemigos”?

(Otero se niega a responder: el decreto del Poder Ejecutivo le veda referirse a la organización en términos que no sean “reos” o “delincuentes”. Pero también rehúsa utilizar tales apelativos, y en cambio admite que a principios de año hizo declaraciones a William Montalbano, del periódico norteamericano *Miami Herald*, donde Otero afirmó: “Mis queridos enemigos saben quién soy. Y digo ‘queridos enemigos’ porque lo son. Yo los respeto, ellos me respetan a mí como hombre honesto que sabe cumplir con su tarea. Mis enemigos saben que los apresaré si puedo, pero también saben que soy justo. Rara vez llevo un arma. Ellos deben respetarme. Tengo una esposa y dos hijos. Todos conocen donde vivimos, ¿qué otra defensa puedo tener?”).

–¿Cómo llegó a ocupar este cargo?

–Yo no quería ser policía. Prefería ser jugador de fútbol. Tal vez todo empezó con mi mamá.

–Suele suceder habitualmente.

–No, en serio.

–¿Por qué es tan triste?

–¿Yo, triste?... No, soy humilde. Tengo que serlo. Yo ocupo el lugar que me corresponde. Yo me ubico. Soy producto de una familia modesta y de un país con determinadas características.

–¿Es muy importante su madre en su vida?

–Fundamental. Yo soy montevideano, nací en el barrio Pérez Castellanos; mamá es maestra y le enseñó a leer a papá, que es español, de Galicia, y que siempre trabajó como taxista. Mamá me formó, me dio las bases de mi cultura y de mi manera de ser. Sobre todo me legó la religiosidad. Y mi alergia a fumar y beber. Y eso, le repito, cae mal en la policía. En todas las policías del mundo se presume que se debe ser violento para ser eficaz. El policía debe andar con prostitutas y tomar copas para conocer. Eso puede ser necesario para algunos pero no me parece indispensable para mí. Me fastidia la prepotencia.

–Sin embargo, el año pasado el anarquista Leo Gerner lo acusó de haberlo sometido a malos tratos.

–También se dijo en esa oportunidad que yo tenía un opulento despacho y fumaba aromático tabaco. Usted ve que no es así. La justicia controla mis pasos. Con respecto a la violencia, a los malos tratos, no digo que no se castiga. En la Argentina o en Vietnam sucede. Pero yo hablo de lo mío.

–¿Qué hay de versiones según las cuales se aplicarían torturas en la comisaría novena y en otras reparticiones?

–Yo trabajo en lo mío y no conozco más nada.

–¿Hay delegaciones de otros países, como la Argentina y Estados Unidos, que colaboran en la represión de los tupamaros? ¿Es cierto que usted se habría opuesto a integrar equipos con la CIA?

–Igual respuesta que la pregunta anterior.

–La Dirección de Inteligencia Militar uruguaya, ¿colabora con su trabajo?

–A veces hay apoyo. Pero volvamos a una pregunta anterior: yo no quería ser policía sino jugador de fútbol. Militaba en el Club Rentistas de Pérez Castellanos, y con el fútbol, los pájaros eran mi otra afición. Yo siempre fui muy introvertido. Durante un período de mi adolescencia que viví en el campo (mi madre estaba en una escuela rural), observar los pájaros, jugar al fútbol y soñar despierto eran mis tres aficiones. Todavía lo hago: sueño mientras puedo.

–¿Con qué?

–Imagino situaciones con soluciones favorables para mí.

–¿Y ahora, por ejemplo?

–Bueno –sonríe–, llegar a desempeñar un cargo más importante que éste. Pero volviendo al fútbol: llegué a jugar en divisiones inferiores de Nacional, adonde me llevó mi primo Ambrois Campana, quien jugó también en Boca Juniors de Buenos Aires. Lamentablemente me fracturé una rodilla y allí se deshicieron mis sueños de jugador. Por casualidad, un compañero me invitó a que lo acompañara al Instituto de Enseñanza Profesional de la Policía. Así, por puro accidente, ingresé en la institución. Mamá me exigió una carrera que ayudara a sostener la economía del hogar. Ya bastante se había sacrificado al enviarme durante la primaria a la Regina Martirum, un colegio marista, y durante la secundaria al Liceo Rodó. Yo tenía que retribuir su esfuerzo.

–De modo que fue una mosca blanca en la Policía. Su catolicismo y sus métodos persuasivos no cayeron bien. (Una llamada telefónica interrumpe la conversación. El comisario escucha y se limita a repetir media docena de veces: “Sí, señor, sí, señor”. Luego de un instante continúa).

–En 1964 inicié mi trabajo aquí y me trataban de señorita. Fui el primero en hablar de Tupamaros: se reían de mí, me tomaban por loco. Se producían asaltos y había funcionarios que se empecinaban en adjudicárselos a bandas ya existentes. Pero yo me dediqué a investigar en ámbitos ajenos a la delincuencia, a fichar gente, que podía estar metida en algo político. Eran informes completos sobre características, relaciones, manías, viajes, fondos, enfermedades, tendencias, psicología de las personas sospechosas. Partía de intuiciones que entonces eran absurdas. Era lo ilógico de lo lógico. No creían en mí...

–¿Soñaba con Tupamaros?

–Cuando estaba muy desmoralizado, sí. Pero cuando descubrí que

personas insospechables, vinculadas a círculos de alto nivel, estaban en la organización, la cosa cambió.

–Se supone que usted conoce la literatura subversiva, ¿qué libros lee?

–No puedo decirlo –sonríe–; son todos de autores de izquierda... Me gustan Sartre y Simone de Beauvoir... Hace poco leí *El arte de amar*, de Erich Fromm...

–¿Para reprimir mejor?

(Sonríe y baja la cabeza, casi con timidez).

–¿Cómo venció sus resistencias ideológicas para penetrar en el pensamiento y la conducta de sus enemigos? ¿No puede terminar incorporando los valores del adversario en sus largos diálogos?

–Aunque yo le tuviera fastidio a un adversario debo terminar integrándome a él para descubrir su forma de ubicarse, trasmitirse, razonar.

–¿No teme volverse tupamaro?

–(Sonríe). Todo es tan relativo... los valores morales están en directa dependencia con una ecuación algebraica de tiempo y espacio. Hoy creo que robar es algo punible. Porque tengo un concepto de justicia y honestidad. Pero si mañana encuentro que robar sea algo que dignifique, ¿quién puede saber qué haré en el futuro? El acto de robar no significa nada; el problema es que se conozca el resultado de ese acto. Había temas que hace 50 años eran tenidos por práctica demoníaca, como la inseminación artificial, y hoy resulta absurdo pensar eso.

–Como católico, ¿qué opina de la muerte del sacerdote tupamaro Indalecio Olivera y de la captura de dos seminaristas?

–En otra época la gente de buena familia se hacía cura o militar.

–Pero querían ubicarse en una sociedad, no destruirla.

–¡Quién sabe!... quizá lo que deseen ahora sea construirla.

–¿Usted cree en el dualismo Paraíso-Infierno? ¿Cree que sus enemigos son engendros infernales?

–Creo que los justos van al Paraíso, pero ¿quién soy yo para determinar quién es justo a los ojos de Dios? El hombre es un ser demasiado complejo.

–¿En qué cree usted, en definitiva?

–Creo en el equilibrio. Creo que los jóvenes de hoy tienen firmes convicciones y están dispuestos a cualquier cosa por sostenerlas. Pero, discúlpeme. Tengo que interrumpir esta conversación; ya es hora.

–¿De hacer un procedimiento?

–No, de arbitrar un partido.

–¿Y cómo concilia ambas tareas?

–Como policía tengo apremios económicos. Gano apenas 35 mil pesos uruguayos (casi 50 mil pesos m/n). Como referí gano 50 mil. (En Uruguay se comenta que la esposa de Otero, Norma Mabel Bianchi, de 29 años, presiona al comisario para que abandone su profesión).

–¿Por qué trabaja, en suma, aquí? ¿Se siente un justiciero?

–Creo que estoy correctamente ubicado, creo que progresé: soy un profesional. Yo hice algo y eso está hecho, y lo hice cuando nadie podía concebir que yo tuviera razón.

–¿Pero eso no es ser un ambicioso, eso no es pecado de orgullo?

–No. Si algo poseo es por la gracia divina. Yo quise ser yo, ser auténtico. Llegará un instante en que estaré al fin de mi vida y haré un balance. Entonces me diré: ¿fui feliz? Quizá este ciclo se esté cerrando. Me iré a otro trabajo en ese caso.

–¿Quiere decir que sus métodos no funcionan?

–Quiero decir que tengo apremios y obligaciones económicas y que debo solucionarlas. Pero le daré un ejemplo: si usted escribe en una revista y la revista cambia de estilo. ¿qué hará en ese caso el periodista? ¿Cambiará de estilo o de revista?

–¿Es verdad que piensa dedicarse a la política?

–Es probable. (Otero integraría las listas de la Democracia Cristiana en las elecciones presidenciales a que se convocará para el año próximo).

–¿Se iría por celos profesionales?

–En todas partes los hay.

–¿No cree que sus métodos son más peligrosos que la violencia para derrotar a sus "queridos enemigos"?

–(Una mirada de hurón astuto recorre la habitación). Como dijo aquel noble italiano, creo que todo tiene que cambiar para que todo siga igual.

Teatro argentino. Nacionalizar a toda costa

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 154 | 26 de abril de 1970.
Recopilado luego en revista *Macedonio* Nro. 12/13, en 1972]

Buenos Aires gusta anestesiarse con la ilusión de constituir el cuarto centro teatral del mundo, pero la realidad es más compleja y menos gloriosa. Al comenzar la temporada 1970, *SIETE DÍAS* ***–tras una larga investigación– ofrece el análisis de un panorama agobiado por el subdesarrollo cultural.***

Entre marzo y abril, con la puntualidad de los maridos irreprochables, unos 35 teatros abrieron la temporada 1970; a medida que avance el año otros conjuntos se irán sumando para redondear casi el medio centenar, con lo cual Buenos Aires ostentará, tranquilizada, uno de esos dudosos orgullos con que la anestesian: constituir el cuarto centro teatral del mundo después de Nueva York, Londres y París. Claro que el pavoneo argentino será tan excesivo como vacuo: frente al –a veces temible– impulso de levantar el telón emergen algunas cifras inquietantes. Actualmente concurren a esa hipotética cincuentena de salas un millón de espectadores menos que a principios de la década del 60. Así, mientras en dicho año hubo 3.051.441 personas que transitaron por los teatros capitalinos, y otros 2.784.891 en el interior, durante la temporada 1969 ese número se redujo a sólo 2.021.390 en Buenos Aires y apenas 1.136.557 en las provincias. Lo que implica una disminución del 36 por ciento en la metrópoli y prácticamente el 50 por ciento en las salas provincianas.

Pero lo verdaderamente desalentador es que una media docena de la mitológica cincuentena de salas dedicara sus menesteres al *striptease* para sobrevivir, en tanto el elenco de Nuevo Teatro perdió la sala Apolo: bastó un estreno desafortunado (*Rockefeller en el Far West*) en la segunda mitad de la temporada 1969 para liquidar el estruendoso éxito económico cosechado desde 1963, a partir del estreno de *Raíces*. Los 25 millones invertidos en la construcción del teatro fueron succionados por la ciénaga de 40 millones de pesos viejos que abultaban la deuda del grupo: tal vez esto baste para explicar hasta qué punto

producir espectáculos implica un tembladeral constante, un equilibrio inestable y siempre agónico. Aunque en rigor estos son problemas secundarios: las raíces de la parálisis que acosa al teatro nacional están sin duda en otra parte.

Lugares comunes

El invierno pasado, durante su visita a Buenos Aires, Jean Vilar (51), creador del Teatro Nacional Popular francés, afirmó a siete días: "Para ustedes lo que diré puede resultar un lugar común, pero a veces la realidad es tan asfixiante que preferimos convertirla en un lugar común para no cambiarla: el panorama argentino es igual al francés. Ambos estamos colonizados y por eso aquí, como en Francia, la consigna es nacionalizar a toda costa". Reflexionando en torno al trabajo de algunos excelentes directores locales, observó: "Por más que ustedes elaboren cuidadosas puestas, a veces tengo la sensación de que los directores argentinos no trabajan, no son creadores en la medida en que no ahondan en los problemas de su comunidad".

Sucede que, confinados a un público promedio de 50 mil personas como máximo por espectáculo, los creadores teatrales argentinos viven varias confusiones simultáneas. La más esterilizadora es la negación de la realidad de país no desarrollado que caracteriza a la Argentina: "Aquí el problema no es el subdesarrollo –argumentó Vilar– sino una dependencia económica que genera un desarrollo desparejo: por un lado, Buenos Aires intenta competir con el teatro europeo, con el que tiene afinidades indudables, pero por otra parte puja una realidad nacional que nada tiene que ver con el aparente florecimiento de la capital". Para algunos suspicaces era inexorable deducir algo muy simple: si la Argentina es, dolorosamente, un país todavía de segunda clase, ¿cómo pretender, mágicamente, contar con un teatro de primera?

Para el director francés Oscar Fessler (50), quien desde hace 12 años actúa en Buenos Aires (y que se dispone a montar *Play Strindberg*, la última pieza del suizo Friedrich Dürrenmatt, en el San Telmo), hay diferencias coyunturales que a veces los argentinos prefieren obviar: "Me fascina este país porque encontré aquí un caudal

de posibles creadores teatrales de formas propias. Pero a veces se generan algunas confusiones". El pausado Fessler explica que no siempre se evalúa correctamente el medio argentino: las equiparaciones con la circunstancia europea inducen a errores. "Aquí no existe estabilidad: las compañías se forman por seis meses o dos años a lo sumo. Sólo hay dos teatros subvencionados y el Fondo Nacional de las Artes auspicia espectáculos sin que pueda, dados sus medios, hacer todo lo necesario". Frente a esto se plantea otra realidad que no es mejor ni peor, sino distinta: "en Alemania –ejemplifica Fessler– hay 200 teatros subvencionados, ya se planifica la temporada 1971, hay familias abonadas desde generaciones a institutos teatrales, compañías estables, teatros provinciales y una vasta gama de tendencias, donde se representa desde Goethe hasta Arrabal o Artaud". El director se apresura a precisar: "Eso no me hace preferir las condiciones europeas sino desear que aquí se evite cualquier traslación mecánica, buscando soluciones nuevas, propias, inéditas".

Hay problemas que allí se padecen pero que acá apenas se plantean intelectualmente, según afirmó Osvaldo Bonet (51), director del teatro municipal San Martín, durante la entrevista que concedió a SIETE DÍAS poco después de retornar de una gira por Estados Unidos y Europa. "Un inadmisible complejo de inferioridad acomete a los argentinos y produce situaciones tragicómicas", aseguró Bonet, despachándose acerca de la epidemia de *grotowskitis* que está asolando a todo el país: "Hace 15 años que el director polaco Jerzy Grotowski desarrolla una búsqueda silenciosa en su laboratorio; en rigor nadie lo vio y a la Argentina sólo llegaron algunos escritos, reportajes, opiniones. Pero apenas tuvimos noticias de él, muchos asumieron casi instantáneamente sus postulados, claro que sin igualar –reflexiona Bonet– el duro proceso de búsqueda de Grotowski".

Claro que el director se apresura a explicar: "En el fondo, la nuestra es una crisis de crecimiento, porque nuestro teatro es asombrosamente joven. Ya es hora de que aparezca el trapecista, el que se anime a saltar al vacío, arriesgándose al todo o nada".

Es inevitable precisar, sin embargo, una madurez adquirida en los últimos años a nivel de la puesta en escena: la actuación exterior, falsa, elemental, que asolaba la escena independiente hace unos años dio

lugar al rigor de montajes como *La mentira* (Payró, 1968) de Agustín Alezzo, *El campo* (SHA, 1968) de Augusto Fernández, *América hurra* (Planeta, 1967) de Carlos Gandolfo, *La pucha* (San Martín, 1968) de Roberto Durán. Salvo el caso de este último (por su trabajo de equipo y contextos nacionales), no aparece una línea coherente, una orientación que se proponga iluminar los problemas del hombre de aquí sin apelar a la fuga o al panfleto con imaginación, libertad, consecuencia.

Si bien Fessler tiene razón cuando afirma que "la propia búsqueda no implica chauvinismo, y a veces una obra de Antón Chéjov puede expresar mucho mejor que un texto nacional la realidad que vivimos", es indudable que no se trata de insinuar un localismo suicida. Según algunos, tal vez el ejemplo lo ofrezca precisamente el director Jerzy Grotowski cuando, hace unos años, tomó la pieza de Calderón de la Barca *El príncipe constante* pero a través de la versión de su compatriota Antón Slowacki que la adoptó a la realidad polaca y a su público al ponerla al servicio de sus propias necesidades expresivas.

Tal vez todo se reduzca a que, en la Argentina, el fenómeno de dependencia cultural provoca estallidos solitarios, logros parciales: espectáculos de excelente nivel interpretativo como *Atendiendo al señor Sloan* (Planeta, 1968) que supieron trasformar una obra subversiva en un regocijante plato fuerte de humor negro para burgueses en plan de turismo; *Vietrock* (Payró, 1968) o *América hurra* (Planeta, 1968) denunciaron una realidad expresamente vinculada a circunstancias norteamericanas. El resultado fue un atractivo ejercicio de trabajo actoral, en el caso del último espectáculo mencionado, o la presentación de la rica estructura abierta de la pieza de Megan Terry (aunque sin nivel actoral) en el Payró. Pero ¿qué modificación profunda produjeron estas piezas en el público?

Para Carlos Gandolfo (38), la general atonía del teatro argentino tiene una explicación: "Todo el mundo se tira al éxito, a defender situaciones conquistadas y status, nadie arriesga por miedo a *quemarse*. De tal modo, no hay creación". Con sentido autocrítico, Gandolfo incluye a todos los elementos del proceso teatral en este temor a bucear profundidades: "Así, faltan autores que salgan de la mera descripción de la clase media conformista; falta imaginación y coraje, caracteres y situaciones fuertes, acción rica e imaginativa". Pero no sólo a nivel

autoral se evitan riesgosas honduras: "Los actores prefieren la impostura de enmascararse, esconderse tras el personaje; no los veo como seres humanos explorándose hasta el fondo. Los personajes deben ser tests frente a los cuales reaccionar, pero como eso implica encontrar en uno mismo reprimidos conflictos de todo tipo –raciales, sexuales, criminales–, muchos prefieren evitarlo y dejar las cosas como están", concluye Gandolfo.

Es opinión generalizada que el actor argentino ha mejorado mucho, perdiendo engolamiento y exterioridad: "La controvertida influencia de la TV jugó, en cierto sentido, un papel positivo", apuntó Agustín Alezzo (34, director que prepara *Romance de lobos*, de Ramón del Valle Inclán, en el Teatro San Martín). "El trabajo intensivo dotó de mayor naturalidad a los intérpretes, aunque no siempre sinceridad es sinónimo de verdad –reconoce–; hay a veces un abismo entre ambas cosas". Muchos sostienen que son cada vez más los actores nacionales capaces de realizar excelentes interpretaciones de personajes cotidianos, pero que escasean, en cambio, los que pueden lograr actuaciones extraordinarias, grandes papeles.

El malentendido

Hay algunas explicaciones para esta monocorde medianía: la falta de una antigua tradición teatral es una razón atendible. Pero la carencia de una sólida corriente de autores nacionales resulta sin duda una causa de mayor peso. "Se afirma que no hay autores –comentó Jean Vilar a SIETE DÍAS– pero, en rigor, ¿cuándo no hubo crisis de dramaturgos? En Francia, por ejemplo, apenas tuvimos dos en todo el siglo XVIII y a Molière los críticos de su época lo negaban". Claro que además existe una situación que el director Héctor Gióvine (32) describió con precisión: "Actualmente se habla de un teatro de director por falta de autores. Existe sin duda una desorientación autoral en todo el mundo, lo que es explicable: mientras los directores no tienen manera de comparar su trabajo con respecto a modelos ilustres, tras el autor y sus obras están las sombras de Racine, o Shakespeare, o Lope". Constatando además la crisis de lenguaje que agobia al teatro contemporáneo, Gióvine

aseguró: “Nosotros le pedimos a los autores que sean por lo menos Peter Weiss (autor de *Marat-Sade*), pero ¿es que acaso nosotros somos Peter Brook (director inglés de dicha obra del dramaturgo alemán)?”.

Ello no implica aceptar como una fatalidad la obligación de montar textos mediocres, chatos, sin imaginación, por el solo hecho de tratarse de autores nacionales. Prácticamente no hay directores que nieguen sus encarecidos deseos de *poner* autores nacionales. Pero “todos participan de un sentimiento singular”, radiografió Mario Rolla (quien montará *Little Boy*, de Pierre Allais, en el IFT): “En sus profundidades, sinceramente quieren hacer autores nacionales; de la boca para afuera también. ¡Pero en el medio hay algo, una resistencia, una desconfianza básica!”. El propio Rolla adujo que no encontró obra alguna que lo satisficiera para su próximo espectáculo. Y aquí surgen dos criterios netamente diferentes. Alezzo afirma: “Me gustaría mucho hacer autores nacionales, claro que sí. Pero lo más importante es que me satisfaga estéticamente la obra que me dispongo a montar. Por ejemplo, yo nunca trabajaría en una pieza como *La depresión* (actualmente representada en el Teatro del Globo) por su chatura”.

En cambio Gióvine objeta que “no es posible hacer abstracción del medio en el que estamos y elegir una obra que no nos exprese”. Más que el valor de una obra aislada, lo óptimo para algunos sería imponer un repertorio de autores nacionales que, por la suma de experiencias con sus logros y fracasos, contribuiría a crear un estilo singular a todos los niveles del proceso teatral. Pero ¿dónde están los autores y los directores dispuestos a eso? Para Gandolfo “hay un gran malentendido entre ambos y tal vez sería oportuno realizar un largo, intenso seminario conjunto”. Las experiencias aisladas ofrecen obvios reparos, pero tal vez no podría ser de otro modo. Roberto Duran (que este mes retornará de Europa) realizó en el San Martín una rica tarea en 1968 y 1969 al montar dos obras nacionales (*La pucha* y *En la mentira*) donde su acción como director superó en potencia a textos de Oscar Viale y Julio Mauricio, respectivamente. Tampoco fue plenamente feliz el balance final de *El manoseo*, de Víctor Pronzato, en la puesta de Gióvine, efectuada el año pasado en el Colonial.

Pero ocurre que la elaboración de un estilo es un trabajo arduo que puede durar años y que jamás se intentó.

Más bien sucedió lo contrario: el gran autor Armando Discépolo fue sistemáticamente negado por algunos críticos. Hace varios meses, uno de estos se encontró con Discépolo en Argentores (sociedad gremial que representa a los dramaturgos) y le confesó: "Perdóneme, Armando. Los juicios que vertí sobre su obra eran equivocados". Pero habían pasado 30 años y el usualmente amargo Discépolo sólo musitó: "Ya es tarde". A mediados de la década del 60 surgió un grupo de autores que, desde un costado realista (Roberto Cossa, *Nuestro fin de semana*) hasta el absurdo de filiación kafkiana (Griselda Gambaro, *El campo*) constituyeron una decena de intentos –en distintos estilos y cuerdas– por escudriñar, desde diversos ángulos, al hombre de aquí. Los críticos prefirieron dividirlos en *naturalistas* y *vanguardistas*. Simultáneamente surgía –en 1965– una entidad única en América Latina, el Instituto Di Tella, que introdujo en el país la conciencia de crisis total del lenguaje y las técnicas teatrales que conmovían a la metrópolis. El nuevo pope –a pesar suyo– fue el fantasma del francés Antonin Artaud, entre algunos otros. Pero "el teatro artaudiano en Francia reaccionaba violentamente contra la mistificación de la palabra, contra un teatro *bien hecho*, empalagosamente dialogado –observó Fessler–; contra los actores de la Comedia Francesa que sabían defender los textos como verdaderos abogados, no como artistas". El director francés preguntó: "¿Contra qué teatro *bien fait* reaccionaba aquí quien montaba Artaud, contra qué tradición secular y fosilizada? A veces escudándose en el término 'vanguardia' en nuestro país –concluyó– se pueden preparar espectáculos perfectamente reaccionarios. ¿A la vanguardia de qué están los vanguardistas, cuál es la retaguardia y qué significa exactamente el término?".

Paradójicamente, la desgarrada desmitificación del hombre enmascarado en palabras que singularizó a Francia se transformó en una sutil técnica para enmascarar la realidad argentina. "El auge del Di Tella coincidió con el surgimiento del gobierno militar –afirma Rodolfo Walsh (43, dos hijos)–, y pese a posturas revolucionarias formales, los espectáculos de 'vanguardia' se trocaron en una válvula de escape del sistema, en una especie de actitud revolucionaria inofensiva e institucionalizada". (Hace algunos meses, SIETE DÍAS dialogó con uno de los mentores del instituto, el profesor Jorge Romero Brest (61), quien

admitió que la entidad corría el riesgo de "ser una nueva manera de integrarse al *establishment*. ¿Pero hay acaso otra opción mejor? Después de todo, hoy la revolución se manifiesta en la manera en que se visten los jóvenes que frecuentan la galería del Este").

Walsh, que en 1965 estrenó *La granada* y actualmente prepara una versión teatral de *Operación Masacre* (crónica sobre los fusilamientos de peronistas acaecidos el 9 de junio de 1956), afirmó: "No creo en la separación entre forma y contenido, pero sin duda los 'vanguardistas' convirtieron sus disimulaciones en una mera vanguardia de formas. En tal sentido yo creo en la vanguardia de contenidos: si tenemos media historia y media realidad nuestra sin conocer ni digerir, ¿cómo complacerse en traslaciones mecánicas de problemas metropolitanos a países neocolonizados como la Argentina? Para lo que debemos decir, hasta la forma de Florencio Sánchez nos alcanza".

De cualquier manera, la efervescencia ditelliana ha disminuido: habitualmente recibíamos unos mil proyectos al año –reveló Roberto Villanueva (40), director del Centro de Experimentación Audiovisual– pero durante el 70 esa cifra es menor. Es un síntoma de que hay menos ideas espectaculares, no sólo aquí sino en todo el mundo". Villanueva, que proyecta montar una versión de *Las Bacantes* de Eurípides, anticipa que el Di Tella presentará esta temporada espectáculos "donde no habrá rechazo a formas del pasado y tal vez sea revelador que muchos de los proyectos recibidos pertenezcan a gente muy joven que está interesada por la vida del futuro". Dudó en concluir si tal tendencia significaba mera evasión o "salir de la contingencia para sumergirse en problemas de fondo". Describiendo el mecanismo de su Centro, afirmó que, muchas veces, recién se enteraba de la experiencia al presenciar, como cualquier espectador, los resultados: "Me propongo ponerme a grado cero y no tener prejuicios; me resisto a tener ideas claras, eso es una voluntad. El desconcierto no me desanima: el camino está en algún lado y lo vamos a encontrar", concluyó.

Para algunos, esa voluntad de imprecisión puede, quizá, contribuir –más allá de los deseos de Villanueva– a la enorme confusión general. Y sobre todo a sostener la mala fe del público. Porque ¿para quién se hace teatro en Buenos Aires?

Critica a los críticos

Hay dos tipos de público que colman habitualmente las plateas: "uno está integrado por burgueses, tipos satisfechos, que recién van al teatro después de haber consolidado su posición", describió el crítico del semanario *Análisis* Kive Staiff (42, un hijo). "Concurre a los teatros como parte de su status, como mero entretenimiento intelectual; el otro público es el estudiantado –continuó–, que lo hace antes de recibirse para terminar integrándose a la maquinaria: casamiento, hijos, departamento, auto. Entre los 25 y los 40 años, durante la edad en que un hombre puede participar activamente de cambios, no se cuenta para nada con ese sector". Quizá sea útil recordar que, básicamente, esos dos públicos consumen las revistas semanales de información que –la fenecida *Primera Plana* sobre todo– constituyeron un hecho imprescindible para comprender las opiniones y los gustos que sobre teatro y cultura en general campearon desde mediados de la reciente década. "El público de esas revistas –anotó Staiff– está integrado por clase media y alta además de intelectuales".

Es sobre ese sector que se bombardeó la teoría según la cual existiría, por una parte, una línea teatral realista y costumbrista ya caduca, y por la otra una floreciente línea vanguardista. "La distinción es arbitraria y falsa –objetó Ricardo Talesnik (35, *La fiaca*, 1967)– porque todos los estilos son útiles en la medida que sirvan para desentrañar la realidad. Esas revistas tal vez deban adular al público para sobrevivir, pero contribuyen de tal modo a despistarlo en su afán de búsqueda de constantes sensaciones nuevas que en *Primera Plana*, por ejemplo, la crítica elogió mi pieza –recordó Talesnik– recomendándola como candidata para figurar en el calendarlo del año: curiosamente, a medida que crecía su éxito se terminó por ignorarla. Eso demuestra la arbitrariedad con que se manejan las cosas".

Para Ernesto Schóó (37) factótum de la ex *Primera Plana* y creador de todo un estilo dentro del periodismo semanal, la arbitrariedad es parte de las reglas del juego: "Es difícil determinar a veces –admitió– el fraude de lo auténtico pero tampoco hay que valorar fuera de sus justos límites las posibilidades de una revista semanal. La crítica tal vez sobrevaloró a algunos autores pero fue culpa de nuestro entusiasmo;

ellos se quedaron en lo mismo y nosotros cambiamos". Schóó explicó algunas de las premisas de su evolución: "Existen lenguas y culturas hegemónicas y otras dependientes. Por mi formación y extracción, fui educado para vivir en París o Copenhague; me siento culturalmente ajeno al subdesarrollo pero al mismo tiempo no podría vivir fuera de aquí. Es mi contradicción y mi desarraigo, que por otra parte es una característica muy argentina", apuntó con justeza Schóó. Antecedentes tan prestigiosos como la actitud mental de Julio Cortázar ratifican y convalidan su actitud. "Eludo –dijo E. S.– enfrentar todo brote de subdesarrollo y tiendo a lo otro; Buenos Aires se asemeja a Europa y quisiera que toda la estructura del país estuviera a ese nivel".

Tal vez no haya otro remedio –según otros– que enfrentar esta condición como única premisa para sobrevivir: crecer, crear. La elusión constante crea ficticias euforias y resulta, en el fondo, estéril y vana. "Alimentar, desde las revistas, el *snobismo* de un público cargado de mala fe puede provocar tremendas confusiones –afirmó Ricardo Halac (34, dos hijos, autor de *Tentempié*, 1967)–: como aparentemente ese público anhela desmitificación pero no quiere en el fondo que le remuevan su mala fe, adhiere a hits seudorrevolucionarios que en realidad sólo contribuyen a adormecerlo frente a los malolientes problemas que lo acosan", pontificó.

Pero aquí cabe una pregunta: ¿hasta qué punto los escritores logran sacudir a su público? Para Carlos Somigliana (37, tres hijos, autor de *Amarillo*), "éste es un medio inveteradamente ansioso que no se busca con autenticidad y por eso siempre ansía tener sus Albees o Pinters y cambia de modelo de teatro conforme a las corrientes de las metrópolis". No quiere buscarse sino poseer, ostentar cosas y valores: "Eso explica –según Somigliana– que escritores como Osvaldo Dragún o Agustín Cuzzani estén terminados a los cuarenta años y que nosotros mismos, que todavía no llegamos a esa edad, estemos desorientados y perplejos, sin saber si escribir o no, y aun en caso afirmativo, sobre qué escribir y en qué forma". Claro que esta explicación resulta teóricamente fácil de rebatir: con tal que el autor se mantenga fiel a su mundo, allí está su fuerza.

Con todo, la conciencia de la crisis total del teatro en Occidente, sumada a la confusión con que se vive está situación en un país

dependiente, torna muy complejo el proceso. "Es incuestionable que el hombre de teatro argentino no puede mantenerse ajeno a los cambios –afirmó Roberto Cossa (36, un hijo)–, pero tampoco puede dejarse enajenar por ellos. Nuestra condición de subdesarrollo nos enfrenta con temáticas diferentes y experiencias estéticas distintas; por lo tanto nuestro camino –según Cossa– es asimilar las experiencias estéticas metropolitanas usándolas para nuestra liberación y no dejándonos utilizar por ellas".

En tal sentido, hasta Carlos Gorostiza (48, un hijo), inveteradamente acusado de naturalismo, admitió: "Se termina toda una etapa testimonial y no es casual el planteo en torno al lenguaje. Ya en obras como *La fiaca* o *La valija* se insinúa una exacerbación de la realidad, una entrada al grotesco". Con respecto a su próxima obra (*El lugar*, a estrenarse en septiembre en el San Telmo), adelantó: "Lleva un acápite significativo. Uno le pregunta a otro: –¿Usted es realista? El segundo responde: –No, soy republicano". Claro que cabe objetar a los autores: ¿dónde están los productos, las obras que testimonian esta lucidez?

Tampoco es posible quedarse en la mera enunciación de deseos: es indudable que la búsqueda de nuevos caminos está generalizada, pero sólo los resultados pueden demostrar que las palabras son algo más que posturas correctas y se transforman en actos creadores.

Ese camino difícil

Prácticamente nadie duda que el teatro argentino vive un instante de transición cuya salida reside en la posibilidad de constituir equipos conjuntos de autores, directores, actores. Además de las experiencias de Durán y Gióvine, el Grupo Buenos Aires (Pepe Soriano, Walter Santa Ana, Leandro Ragucci y Héctor Aure) intenta una tarea similar. También el teatro Payró busca superar la producción de hechos aislados (*Vietrock*), creando un equipo de autores para concretar espectáculos que en alguna medida impliquen creaciones colectivas. La puesta de *Operación Masacre* es parte de una labor que se completa con trabajos que incluyen a los autores Alberto Adellach (*Homo dramaticus*) y Walter Operto (*La Bicicleta*). Para el director Jaime Cogan (32, dos

hijos), lo esencial fue lograr que, desde 1968 (año en que una cooperativa de trabajo tomó la sala), se lograra un poder económico suficiente "como para ponerlo al servicio del profesionalismo artístico". En junio de 1969, hasta cinco espectáculos se montaron en el Payró y actualmente se alquila la sala a razón de 400 mil pesos viejos mensuales. Cogan admitió que *Vietrock* fue, en parte, consecuencia "de la falta de obras argentinas y de la dificultad que implicaba entablar diálogo con los autores, acostumbrados a un trabajo individualista". El futuro dirá si el intento del Payró logró superar la experiencia discutible de *Vietrock* y adquirir una orientación coherente. Por ahora, la temporada se iniciará con la farsa *Si sí, sí y si no, no...*, del crítico teatral Jaime Potenze.

Pero tal vez el único equipo teatral que en los últimos años demostró idoneidad para sobrevivir fue Gente de Teatro (Federico Luppi, Carlos Carella, Marilina Ross, Norma Aleandro, Emilio Alfaro, Bárbara Mujica), cuyo director, David Stivel (39, dos hijos), resumió para SIETE DÍAS los logros del grupo, en tanto filmaba *Los Herederos* (costo, 50 millones viejos): "Este año no haremos teatro para replantear nuestros supuestos. Por ahora, los resultados pueden resumirse así: unos 300 mil espectadores asistieron en tres años a nuestros espectáculos, que fueron en total cuatro". Relegando a un segundo término planteos ideológicos, Stivel prefirió, en principio, "lograr las condiciones psíquicas, emocionales, corporales, que nos permitan trabajar mejor". A los resultados teatrales es inevitable sumar el programa de TV *Cosa juzgada* (que además terminó de ratificar plenamente la potencia autoral del actor Juan Carlos Gené, responsable de los libretos). Ante la objeción de ambigüedad ideológica que habitualmente se enrostra al clan Stivel, explicó: "Hay una aparente lentitud en incorporar la ideología al trabajo". *El rehén*, *Todo en el jardín*, o aun la obra de Gorostiza (*A qué jugamos*) sobrevolaron una realidad sin sumergirse hasta el fondo en las situaciones planteadas. "Cada vez arriesgamos un poco más y lo hacemos con mesura", se defendió Stivel.

Para Federico Luppi (36), la acusación circulante de que el clan fue devorado por el sistema mercantilista resulta absurda: "Yo no hago más de samurai. ¿Prefiero la solitaria labor anodina o actúo dentro del sistema? Ahora estoy dentro del sistema y creo que se pueden producir

hechos, que se pueden modificar cosas. Por supuesto que eso es peligroso y tentador –se adelantó a advertir–, pero yo me hago muchas preguntas: ¿se puede hacer una película importante sin ser un chupamedias? ¿Se puede producir un programa de televisión digno, con libros decentes? ¿Se puede vivir con 300 mil pesos al mes? Esto parecerá una ironía –explicó– pero en 1967, cuando salía en la tapa de *Antena*, yo ganaba 1.200.000 pesos mensuales. ¿Y para qué necesitaba yo tanta plata? ¿Para qué hacer cuatro tiras de teleteatro si con una me alcanzaba?". Luppi admitió que todo esto comportaba un delicado equilibrio donde había que elegir "todos los días, y donde la ambigüedad es inevitable".

El actor explicitó que "hace pocos años me moría de hambre y si no hubiera aparecido en las tapas de *Antena* no me habrían llamado a trabajar en este grupo. Claro que ahora me toca medirme y no dejar que la maquinaria me devore". Lo cierto es que "resulta tan antinatural que un actor haga tiras como que un escritor haga periodismo o que Madurga juegue tres partidos por semana, pero tales son las condiciones y a partir de ahí –precisó– hay que actuar".

Más allá del discutido fenómeno Gente de Teatro, con sus soluciones propias –buenas o malas–, lo indudable es que no resulta posible superar la actual parálisis teatral sin modificar algunos esquemas mentales que sostienen muchos actores. Para Jorge Hacker (35, dos hijos, director de Nuevo Teatro que prepara *La cocina* de Arnold Wesker), "es imprescindible que el actor realmente preocupado por hacer teatro resuelva si prefiere integrarse definitivamente a la carrera por el status o hacer teatro. Las tentaciones son muchas y un auto nuevo o una casa nueva, la efímera sensación de omnipotencia que implica ser reconocido por la calle, no resultan cosas fáciles de rechazar". Pero Hacker inquiere, a su vez. "¿Cómo es posible que en un país donde la mayoría de la gente apenas redondea un sueldo de 40 mil pesos viejos, un actor que gane 120 mil se sienta un paria?". Sostuvo que el divismo es la manera en que "el sistema se introduce dentro del actor y lo maniata, coartándolo para hacer un teatro verdadero –es decir, riesgoso– donde su imagen frente el *establishment* pude deteriorarse seriamente.

Alfredo Alcón (37) mostró la complejidad del problema: "Apenas 500 de los tres mil miembros de la Asociación de Actores trabajan, y la

búsqueda obsesiva que culmina en la infernal acumulación simultánea de trabajo en televisión se constituye casi en un acto reflejo: si deja de estar en carrera, simplemente puede ser olvidado por productores o directores y morirse de hambre”. Algo parecido indicó Rodolfo Bebán (30, dos hijos, protagonista de *Último match*, de Eduardo Pavlovsky, que Conrado Ramonet dirigirá en el San Martín); el divo apenas cobrará 450 mil pesos mensuales por su tarea cuando su tarifa habitual en teatros comerciales oscila en torno al millón. Pero no es a este nivel estelar, sino más bien entre actores poco conocidos –y por lo tanto más acosados económicamente–, donde Hacker generaliza su apreciación: “Entre los actores más jóvenes es donde puede cuajar la única virtud que nadie puede negarle al viejo teatro independiente: la convicción de que en todas las épocas los artistas generalmente se murieron de hambre, y que el teatro es una aventura –estética e ideológica– donde hay que jugarse a todo o nada”. Según Hacker, tal vez hasta sea necesario volver a usar galpones o sótanos para atreverse a buscar un teatro nuevo de formas y contenidos revolucionarios.

El panorama es contradictorio, fluido, confuso, cambiante: a nivel oficial existen dos teatros, en uno de los cuales, según la opinión general, existe una línea que, aunque tímida, revela una orientación más abierta a gente de teatro joven: el San Martín. Sin embargo, los resultados son, para muchos, todavía insatisfactorios. Acosados por el mismo fantasma que reina en todos los ámbitos del país, la inestabilidad, los espectáculos de autores nacionales presentados en los últimos dos años (*La pucha*, *En la mentira*) preocuparon insólitamente a los cronistas que cubren las columnas políticas de diarios y revistas. A pesar de su timidez y mesura, *La pucha* (espectáculo satírico integrado por sketches) conmovió –según versiones– a algunas señoras de jefes militares que –al decir de corrosivos cronistas– azuzaron a sus maridos para provocar la caída del intendente. Estas versiones zumbonas demostraron su incongruencia porque el espectáculo se desarrolló sin dificultades, pero revelan una psicosis que debe ser destruida. Por su parte, el Teatro Nacional Cervantes desarrolla un repertorio que su director, Juan José de Urquiza (57), calificó de “conservador”, equiparándolo a la “*Comedie Française*, que conserva a Molière y otros clásicos”. Tal vez cabe preguntar qué clásicos puede conservar un país cuyo teatro

–en cuanto a obras memorables se refiere– no alcanza ni siquiera al siglo de vida. Urquiza (experimentado hombre de teatro de la calle Corrientes, donde regenteó la sala de la actriz Blanca Podestá, que hoy lleva el nombre de la diva, y que presentó autores como Eduardo Pappo o Abel Santa Cruz, entre muchos otros) explicó su concepto de clasicismo: "Es inadmisible que hayamos puesto en escena una obra de Samuel Eichelbaum, *Pájaros de barro*, y que la crítica haya negado, con insolencia, sus méritos. ¡Todo un clásico y ya a dos años de su muerte se lo niega! ¿Pero en qué país vivimos?", estalló. Claro que más allá de Eichelbaum –cuyos méritos están hoy sujetos a apasionada discusión–, el resto del repertorio del Cervantes es juzgado por muchos como adocenado.

A nivel oficial es imposible obviar la acción de la fantasmal *Comisión de Moralidad* y *Buenas Costumbres* que constituye el organismo ad hoc encargado de censurar espectáculos teatrales. En 1969 no efectuó ninguna gestión, pero ello no implica que en cualquier momento no resuelva actuar. A ello es imprescindible agregar la enorme cuota de autocensura que atenacea a autores, actores y productores, ya que una *razzia* de la censura puede liquidar un costoso aparato: según cálculos someros, es necesario oblar un millón de pesos mensuales moneda nacional para pagar todos los gastos implicados en el mantenimiento de un teatro.

¿Cuál es, pues, el camino? El hecho irreversible lo constituyen los dos millones de espectadores que ya han desertado de las salas teatrales durante la década pasada. Los cinco millones de 1960 hoy apenas son tres y no es el televisor el único culpable de la merma. Hay que considerar que al teatro comercial concurren 300 mil clientes ("Yo no tengo espectadores, tengo clientes y si no les doy la mercadería se van", observó astutamente Darío Víttori, 52 años, dos hijos); aun aceptando que, a lo sumo, existen 150 mil personas a las que puede llegar un espectáculo (cifra record que en dos años alcanzó excepcionalmente *La fiaca*) es prudente preferir la moderación. Y allí están los 50 mil espectadores promedio que pueden concurrir, en el mejor de los casos, a una función de teatro. Para lograrlos, no es posible acudir sólo a obras con pretensiones didácticas (*La depresión*, actualmente en el Teatro del Globo). Según su autor, Julio Mauricio (50, dos hijos),

"los críticos me están pidiendo exquisiteces que por ahora no van a poder ser porque si hoy viene un dos por ciento del pueblo al teatro, de ese modo apenas acudirá un 0,4".

Para algunos llegó la hora de romper tabúes y acometer un teatro *político*: no es casual que existan varios proyectos donde, en el fondo, el personaje central del espectáculo sea el peronismo. Pero sin duda no es éste el único camino. La clave tal vez resida en alertar contra las falsas opciones que campean en el teatro y que pretenden convertir el supuesto enfrentamiento entre realismos y vanguardias en una mecánica reedición del conflicto entre Boedo y Florida, a todas luces, trasnochado y estéril.

Es imprescindible, entonces, ubicar al teatro dentro de sus actuales límites: "Sin duda el teatro es reflejo de una sociedad y no puede nacionalizarse a sí mismo, llegar a mucha gente, si no vive en un país con gran vida nacional donde las estructuras permitan públicos masivos", afirma Talesnik. Así y todo, se intentan dentro de tales límites experiencias interesantes. Este año albergará un hecho totalmente inédito; la Asociación Argentina de Actores lanzará simultáneamente a diez elencos que recorrerán todas las semanas salas de cines de barrio "para salir a la búsqueda de un nuevo público", según explicó Onofre Lovero (45), uno de los pilares de la entidad. La experiencia abrirá canales de "comunicación con gente que, en muchos casos, nunca pisó una sala teatral. Este intento pugnará por romper, en alguna medida, las barreras impuestas por el hábito de la televisión, que no sólo aleja al público del teatro sino también del cine. Mientras tanto, es posible que un sector de público continúe frecuentando las obras producidas por Darío Víttori (*¿Quién soy yo?*, en el Blanca Podestá, con Jorge Barreiro) o las grandes superproducciones al estilo Broadway (*Mame*, teatro Cómico, elenco estelar, costo de montaje: 30 millones) y otros shows fabricados –como salchichas en tecnicolor– por canales de televisión.

Pero no es allí, en los *supermarkets* del espectáculo donde se contiene la respiración, se tensan los músculos, se prueba la solidez de las cuerdas del trapecio, se prevé la profundidad de una caída sin salvación; es en la búsqueda de productos monstruosos, sin antecedentes, como los inéditos personajes de *Mateo* o *Stéfano* de Discépolo, donde está el riesgoso camino de la construcción del teatro. Para eso, todas

las técnicas son aprovechables después de ser colonizadas, destruidas, transformadas de acuerdo a las necesidades propias de la realidad americana, cuya clave es la mezcla, el híbrido, el mestizaje. Y esa es justamente la simiente de la grandeza: del matrimonio entre la "civilización" (técnicas metropolitanas) y la "barbarie" (realidades nuevas que exigen sus propios lenguajes y luchan por descolonizarse) es de donde surgirán las obras más valiosas. Ello indica que desde la crueldad de Artaud hasta –por ejemplo– el absurdo beckettiano, sirven siempre que dejen de ser imitaciones y pierdan su sentido original al transformarse en herramientas para expresar la violencia, la crueldad y el absurdo que la sociedad latinoamericana produce todos los días. Eso no implica una mera actitud de protesta y puede o no constituirse en un teatro directamente político; las relaciones entre arte y sociedad no se rigen por leyes mecánicas y están llenas de intermediaciones.

Pero todas las búsquedas actuales se caracterizan por intentar la elaboración de un instrumento nuevo, un lenguaje nuevo para desenmascarar la aún irredenta realidad continental. Todo sirve: el grotesco de Ghelderode o Valle Inclán, el auto sacramental, ¿y por qué no los elementos del circo?

Gracias a la crisis actual, todos los caminos son aprovechables: la novelística latinoamericana, al lograr nuevas síntesis, está mostrando la ruta. En el teatro argentino, más allá de autorrepresiones y censuras, cada vez son más quienes sostienen que sólo a partir del hombre de aquí se alcanzará la universalidad. Como gusta repetir Armando Discépolo, parafraseando a un autor ruso: "Conoce a tu aldea y pintarás al mundo". Falta el trapecista. ¿Dónde está? Siempre los hubo. No hay otro remedio que esperarlo.

Chaco. La maldición del oro blanco

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 168 | 27 de julio de 1970]

Todos los viernes cuando anochece, un tren polvoriento entra lentamente a la estación Retiro: es el expreso que llega desde el Chaco, luego de atravesar más de mil kilómetros; muy pocos saben que en los últimos cuatro años bajaron a Buenos Aires, de sus destartalados vagones de segunda, unos 120 mil chaqueños, protagonistas del más pavoroso e ignorado éxodo que haya volcado el interior sobre la capital en la década del 60. Muchos de estos integrantes son colonos que malvendieron sus algodonales y peones braceros que levantaban las cosechas; ahora, sus hijas se emplean como sirvientas, sus hijos como lavacopas y todos engrosan algunas de las villas de emergencia del Gran Buenos Aires. ¿Por qué se van? ¿Quién los empuja? ¿Qué intereses se benefician con este éxodo? Durante dos semanas, SIETE DÍAS desando el camino del destierro, remontó el Paraná hacia el norte para descubrir las raíces de esta montonera silenciosa.

El cuello de la botella

"No sé hasta cuándo vamos a seguir así. ¿Irme de aquí? Pero ¿adónde y con qué?", suspiró Adriano Chara (69) en su chacra cercana a Colonia Aborigen, a unos cien kilómetros de Resistencia, la capital provincial. Chara estaba sentado bajo las ramas de un chañar, con una servilleta al cuello y su casco de corcho colgado sobre el tronco del árbol; el peluquero ambulante Juan Leguisa (27) le ofrecía sus servicios por cien pesos. "En el pueblo me cobran el doble y no puedo gastar tanto para cortarme el pelo", explicó. Después, cuando SIETE DÍAS le preguntó por su familia. Chara quedó pensativo:

"¿Cuántos hijos tengo? –repitió–. Los que están vivos, querrá decir; quedan dos, un varón y una guaina; los otros fallecieron. Dos con el pulmón picao por la tuberculosis y una hija se me fue en el parto". Después, habló del viento norte que en verano abrasa todo, de la sequía que desde hace tres años no deja de apretar, de la polvareda

que uno traga cuando el aire se llena de tierra y de los 48 grados a la sombra que suele hacer a la siesta. "Este año saqué cinco toneladas de algodón pero apenas las vendí a 28 mil pesos cada una. ¿Por qué tan poco, si el año pasado me pagaron hasta 45 mil pesos la tonelada? El algodón de este año es tan bueno como el del año pasado".

Don Adriano tiene sangre india, bigote muy blanco y ojos claros: una buena mezcla chaqueña. Tierra de frontera, Far West gringo, el Chaco aglutina 600 mil habitantes que provienen, en su mayoría, de 13 colectividades europeas; aunque sólo el cinco por ciento de la población (30 mil personas) integra las comunidades sobrevivientes de indios tobas, matacos y mocovíes, algunos colonos tienen la piel bronceada del mestizaje. Territorio nacional olvidado por todos los gobiernos, el Chaco fue provincializado en 1953; ello explica hasta qué punto los chaqueños debieron aprender a arreglarse solos desde 1878, cuando recibieron los primeros colonos, sin esperar que ningún político viniera a negociar sus votos. Tierra de epopeyas que nada tienen que envidiarle a la saga norteamericana de la conquista del Oeste, la provincia está cubierta, en buena parte, por un monte espeso, casi selvático; en su sector sur, por el contrario, se extiende una llanura rica para la agricultura, denominada Pampa del Cielo.

Actualmente, el Chaco produce más del 50 por ciento del algodón que consume el país; aparentemente, pues, el colono Adriano Chara no tendría de qué preocuparse. Pero a doscientos kilómetros de su chacra, en Florida Chica, SIETE DÍAS dialogó con los hermanos Sander, quienes coincidieron con Chara. Los Sander venían sobre un carro arrastrado por un tractor, cruzando una huella polvorienta; rubios, descendientes de alemanes, parecían arrancados de una postal centroeuropea. Uno tocaba el acordeón y otro golpeaba un bombo con parche de madera; aunque iban a un casamiento, accedieron a saltar del carro para demostrar al enviado de SIETE DÍAS cómo bailaban la polca alemana. Claro que Genaro Sander (37, cinco hijos) advirtió después: "No se engañen, porque la procesión va por dentro". Su hermano Anselmo (36, tres hijos) describió la situación: "Entre los dos tenemos 150 hectáreas y este año perdimos tres millones y medio con la baja del precio del algodón. Entre los impuestos y la sequía hay muchos que no pueden resistir". El panorama es agobiador: "Hay colonos –adujo Genaro Sander– que

levantaron todo y se fueron. Pelearon contra las inundaciones, la sequía, las víboras, las plagas, la tuberculosis, el tigre, la vinchuca, los vampiros que trasmiten rabia, la falta de médicos, la insolación, todo. Pero –concluyó Genaro– sacan cien mil pesos por año a duras penas y en Buenos Aires, si toda la familia trabaja, juntan esa cantidad por mes". Los Sander, por ahora, no se van: no quieren hacerlo. Sus padres protagonizaron una típica saga chaqueña: llegaron hace 50 años a La Pampa, pero una erupción volcánica en la cordillera hizo llover ceniza sobre sus cosechas, erosionó los campos y arruinó sus vidas. Entonces, encabezados por un sacerdote, iniciaron un épico éxodo, en carro, desde el desierto pampeano hacia el Chaco, a la zona de Castelli. Eran rusos alemanes, una extraña mezcla producto de los caprichos de los zares, que abandonaron Odesa después de la Revolución rusa. Desde 1930 viven en las cercanías de Castelli, un pueblo que hasta tiene obelisco propio; allí, una extraña plaga de vampiros gigantes diezman sus ganados. Pero los colonos del lugar se resisten a partir.

Aún peor es la situación de los braceros: los peones de chacra o cosecheros son cada vez más escasos; sus patrones no tienen cómo pagarles. Cerca de Machagai, a un centenar de kilómetros de Resistencia, Juan Ferreyra (27), cosechero, trabajaba en un algodonal. Sus dedos de largas uñas arrancaban con increíble velocidad el algodón de los capullos, engrosando la carga de su bolsa de arpillera ceñida a la cintura. "Por temporada –dijo Ferreyra– puedo sacar hasta un total de 30 mil pesos trabajando sin parar de enero a junio, durante toda la cosecha". A pocos metros, una yarará cruzó el surco. "Es cuestión de no pisarla", comentó Ferreyra, agobiado por preocupaciones mayores: "Imagínese, ando concubinao, tenemos cinco pibes, ¿cómo van a comer?". Tampoco Ferreyra habla de irse, pero advierte: "Mis tres hermanos no se iban hasta que un día, chau, se fueron. Ahora están en Villa Domínico".

¿Cómo se explica la asfixia económica que sufre el emporio algodonero del país? SIETE DÍAS obtuvo la respuesta en el centro geográfico de la provincia. Presidencia Roque Sáenz Peña, una ciudad de 60 mil habitantes, virtual capital del algodón, ya que en su zona de influencia se produjo buena parte de las 90 mil toneladas de fibra que este año rindieron las plantaciones chaqueñas.

"Del mismo modo que los productores de lanas de la Patagonia tienen sus lavaderos en Avellaneda, así también las hilanderías que elaboran nuestro algodón están en la provincia de Buenos Aires", describió el intendente de Sáenz Peña, suboficial mayor Adolfo Arce (51, dos hijos). Existe, teóricamente, una ley nacional, la 1007, que protege la actividad algodonera, pero todavía no se estableció su reglamentación. De tal modo, los industriales hilanderos porteños continúan fijando los precios del algodón de acuerdo con su conveniencia. Esa sujeción de la economía chaqueña a los centros de decisión de Buenos Aires, como es obvio, crea un verdadero cuello de botella que impide la comercialización de los productos provinciales.

Sáenz Peña ofrece un dramático ejemplo de esa dependencia: carece de infraestructura para montar fábricas y, como la mayor parte de las poblaciones chaqueñas, ni siquiera tiene agua. siete días observó en los fondos de las casas, prehistóricos aljibes de los cuales se extrae el "agua para beber", en tanto existen depósitos con "agua para bañarse". Ello sería un síntoma –según los chaqueños– de la falta de una política nacional para el algodón.

Mientras tanto, la persistente exigencia chaqueña para que el gobierno forme un Fondo Nacional Algodonero aún no tuvo plena respuesta. Existe así una falta de estructuración del mercado que, según Víctor Javkin (35, tres hijos, presidente de la Cámara de Comercio de Sáenz Peña y vicepresidente de la Federación Económica provincial) revela dos cosas: "Una falta de comprensión del gobierno nacional sumada a la acción de entidades que no tienen su genuina base en el interior y cuyos agentes de relaciones públicas deambulan por los pasillos de los ministerios ejerciendo influencias".

Estas entidades no son sólo las hilanderías de Buenos Aires. Según economistas locales existen también "grandes sociedades anónimas vinculadas a las firmas Dreyfus o Bunge y Born, por ejemplo, que vienen al Chaco en tanto les convenga; son empresas multinacionales que desarrollan su propia política".

Sin sufrir los vaivenes de los productores provinciales, dichas "empresas pueden lógicamente importar o exportar ya que, al ser multinacionales, no están obviamente consustanciadas con el proceso económico chaqueño". Pero quien más fustigó a "los responsables

del drama chaqueño" fue monseñor Ítalo Di Stefano (47), obispo de Sáenz Peña. Redactor de los documentos de Medellín, Di Stefano es, según observadores, la figura de mayor influencia política en actividad (el otro es el caudillo peronista Felipe Bittel, quien acaba de rechazar el ofrecimiento del gobierno nacional para ocupar la gobernación provincial). Monseñor Di Stefano, un gigante rubio de manos enormes y aspecto de campesino, reveló a SIETE DÍAS su interpretación del estancamiento provincial. "El desarrollo del Chaco se basó en el monocultivo; hubo un crecimiento extraordinario de población que ahora no puede ocuparse. La desvalorización del algodón –continuó el obispo– determinó un empobrecimiento general: comercio, industria y servicios dependen de esa materia prima". Una estadística reciente asegura que este año en la provincia circularán 12 mil millones de pesos menos debido a la baja del precio del algodón: si se considera que el rubro algodonero sostiene el 46 por ciento de la economía provincial, la gravedad de la crisis actual resulta, según especialistas locales, casi insostenible.

Según el obispo Di Stefano, la emigración de mano de obra se explica por la falta de expansión agraria: "El problema de la tierra es inocultable –agregó– porque hay millones de hectáreas que duermen en manos fiscales". Pero su tono calmo y preciso se encrespó cuando sentenció: "La economía chaqueña, en gran parte, no les pertenece a los chaqueños; desde el primer momento los monopolios disfrutaron prácticamente de todo".

La salida inmediata reside, para muchos, en el fortalecimiento del cooperativismo; en Sáenz Peña, por ejemplo, existen tres cooperativas pero no pueden competir con las grandes compañías internacionales que influyen en la determinación de los precios. Sin embargo, Di Stefano opina que "las cooperativas son la gran realidad social del Chaco, aunque todavía no pudieron dar el gran paso para elaborar la materia prima y culminar el ciclo hasta la venta del producto al público". Además, el obispo chaqueño denunció: "La provincia marcha hacia un loteo; hay una política evidente de constituir grandes establecimientos en todo el mundo; el Chaco, con mucha población diseminada, es molesto para concretar ese proyecto. Se puede llegar fácilmente a eso desalentando la radicación de la gente por dos razones:

a) la tierra no pertenece a los pobladores, y b) el valor de la producción disminuye. A ello se suman los múltiples gravámenes impositivos".

Di Stefano reveló a siete días haber escuchado un diálogo entre dos funcionarios en relación con el éxodo: "Que se vayan, ¿para qué los queremos?". "Esa frase –recuerda– la oí no sólo en boca de funcionarios, sino también pronunciada por representantes de los grandes intereses". Y con tono de anatema, Di Stefano alertó acerca de una sombría posibilidad: "El día que esto se despueble, vendrán los personeros de las grandes compañías y gozarán de nuestras riquezas en medio de la soledad: tiemblo al pensar en desiertos con caminos nuevos por los cuales no circula nadie".

¿Rebelión en la selva?

Pero si el drama del algodón parece desesperante, hay quienes viven en condiciones mucho más alucinantes que los colonos y cosecheros. La semana pasada, siete días se internó en el monte chaqueño por una picada abierta entre los quebrachos colorados, a 22 kilómetros de Los Frentones (un caserío plantado en el desierto, con ranchos de tablas y enormes cardones, cerca de la frontera con Santiago del Estero). Reinaba un silencio sólo interrumpido por el seco golpeteo de innumerables hachas invisibles; un chasquido monocorde al que respondía otro más lejano, como desgranando un código indescifrable.

Ramón Gilvera (47) estaba abriendo un claro en el monte; vestía una camiseta agujereada y una gorra pasamontaña. "Hace tres meses que no nos pagan –informó–; pero nos dan alimentos en la tienda de obraje". Las manos de Gilvera conformaban un solo callo amarillento y estaban húmedas, como suele ocurrir con los enfermos de tuberculosis. "Yo tenía una cuñada aquí –dijo el hachero– y se enfermó; el médico dijo que era el Chagas y la mandaron a Buenos Aires. Como ve, sólo se consiguen enfermedades, pero plata... A veces nos querían pagar con cheques de fecha adelantada pero es como si no nos pagaran. Nosotros podemos sacar unos 450 pesos por día, cuando trabajamos; a veces hasta 600, pero como no se ve un centavo, de quinientos hacheros que había quedaron cien". El trabajo de Gilvera comienza a

las cuatro de la mañana y se prolonga hasta el anochecer. En verano, el azote se llama calor, mosquitos y garrapatas. En invierno, fríos de cinco grados bajo cero. En cualquier estación, Gilvera come una sola vez al día; el menú es invariable: tortilla santiagueña, hecha con harina y grasa (la harina cuesta 45 pesos el kilo; la grasa, 110), y vino (110 pesos el litro). Confiesa que le gustaría manejar una motosierra, "esa máquina que realiza el trabajo de diez hacheros juntos". Los únicos vínculos de Gilvera con el resto del país son una radio a transistores ("para seguirlo a Boca") y su postura política ("Yo soy de Perón. Desde que lo rajaron, todo se vino abajo y estamos cada vez peor"). Una lírica funcionaria que acompañaba a SIETE DÍAS empalmó el razonamiento del hachero con un pronóstico personal: "Perdé cuidado, Ramón, que esas manos que hacen sangrar las tuyas, algún día van a sangrar". Gilvera la miró, con una sonrisa: "¡Uh!... para entonces ya no voy a existir".

El mundo del hachero no puede abstraerse del panorama general del drama chaqueño.

En Resistencia, el meticuloso ingeniero agrónomo José Yurkevich (42, tres hijos), asesor de la Asociación de Productores Forestales, esgrimió esta comparación: "Del mismo modo en que no hay política algodonera, tampoco existe planificación forestal. Es cierto que los hacheros viven muy mal, pero los 200 obrajes no están mucho mejor. No tienen dinero para pagar jornales dignos –explicó Yurkevich–; en el Chaco, siempre se dependió de las empresas industrializadoras de tanino, que fijan los precios sin preocuparse de los problemas del obrajero".

El más agresivo de los portavoces obrajeros es Miguel Cury (30, dos hijos), gerente de la Asociación de Productores Forestales: "Aquí hay algo más profundo que la situación espantosa en que vive el hachero –explicó–: es preciso descubrir las causas. Todo se debe al enfrentamiento entre productores argentinos e industrias extranjeras". Para el quijotesco Cury "existen cuatro grandes empresas tanineras, de las cuales sólo una cuenta con cierto capital nacional". Además de denunciar la acción de La Forestal, acusó al ex canciller Nicanor Costa Méndez, "quien será próximamente el personero de una empresa de capitales ingleses". Según Cury, varios políticos de Buenos Aires, de diversa extracción, están vinculados a las empresas tanineras. Acusaciones al

margen, Cury propone "humanizar el trabajo del monte; para lo cual es preciso atacar las causas: el obrajero es sólo el intermediario ante las sociedades anónimas de tanino". Si se promoviera la capitalización de los obrajeros, las condiciones en el monte –según sostiene la Asociación de Productores Forestales– mejorarían rápidamente. Pero, como sucede en el ámbito de las cooperativas algodoneras, faltan dirigentes empresarios. "Algunos obrajeros son tan analfabetos como sus hacheros –arriesgó Cury–; empezaron con un par de carros y hoy ni siquiera llevan sus libros. Pero es innegable que esos hombres construyeron el Chaco y con ellos hay que trabajar. Porque ésta es la ley de la selva –poetizó el vocero patronal– y siete chanchos del monte tienen que unirse contra el cazador: la salida está en la integración de sociedades anónimas locales". Para el obrajero Carlos Palacios (46, seis hijos), la presión económica de las sociedades tanineras es feroz: "Nosotros pedimos 3700 pesos por tonelada de quebracho y ellos nos pagan tres mil: la atomización de los obrajes impide defender los precios. El Chaco, que posee la mayor reserva de maderas tánicas del mundo, tiene una legislación que favorece a las sociedades extranjeras; aquí ni siquiera se propicia la creación de algo muy elemental: secaderos de madera; además, no hay créditos que estimulen al productor", fustigó Palacios.

Mientras las fábricas tanineras apenas emplean a 1500 trabajadores, los obrajeros controlan a 12 mil hacheros que, con sus familias, implican una población de 60 mil personas. Además –según los productores forestales–, el tanino no es el único destino que puede recibir la reserva maderera del Chaco: Ferrocarriles del Estado, por ejemplo, que requiere dos millones y medio de durmientes anuales, y los altos hornos de Zapla, que consumen enormes cantidades de carbón vegetal, pueden permitir que los ingresos madereros queden en la provincia. Con todo, la situación del hachero no es la más infernal de las que soportan los pobladores chaqueños. Ese privilegio le corresponde al aborigen.

De espaldas al Estado

"Soy Comandante Rojas –exclamó el mataco en los arrabales de El Pintado, un pueblo de escasos 70 habitantes, ubicado en medio

del monte, a 500 kilómetros de Resistencia, sobre la frontera con Formosa–. Me llamo comandante porque sí, porque ese nombre me gusta". Lo cierto es que el comandante Rojas vive entre unas ramas cubiertas parcialmente por un toldo de arpillera. Junto a él, un pastor evangélico, Juan Alberto (30, cuatro hijos), también mataco, reveló a SIETE DÍAS: "Con esto (sacó una Biblia del bolsillo) yo no tengo miedo". No sabía leer, pero "por el Evangelio, nosotros no tomamos más y estamos tratando de curamos el dolor de pecho". En algunas regiones chaqueñas, el 70 por ciento de los indígenas sufre de tuberculosis y el promedio de edad es de 45 años; la situación de los tobas y mocovíes es prácticamente la misma.

A 40 kilómetros de El Pintado existe una de las misiones católicas más singulares de América Latina; se denomina Nueva Pompeya y funciona en un viejo convento franciscano, con torre de ladrillos sin revocar, que fuera construido a fines del siglo pasado. El sacerdote Oscar Agustín Cervera descubrió el año pasado a unos cuatro mil matacos que vivían ignorados entre los montes de El Impenetrable, una inmensa espesura selvática que se prolonga, al oeste, hasta Taco Pozo, y al norte, hasta El Pintado. Actualmente, en ese remoto rincón del Chaco, entre yaguaretés, leones americanos, víboras de coral, bolicheros que imponen su ley, aborígenes que se dejan morir bajo un árbol por una picadura de serpiente, se movilizan dos monjas de la Congregación Hermanas del Niño Jesús que viven en el viejo y semiderruido convento franciscano. Una de ellas, sor Guillermina, acababa de viajar a Buenos Aires para volver con víveres e implementos; quienes la conocen, la vieron siempre "de pantalones y botas y con una pistola al cinto para defender al monasterio y a sus indios de los animales salvajes". SIETE DÍAS dialogó con su compañera, la hermana María Teresa Odiard (27, entrerriana), quien lucía remera, *blue-jeans* y una gran cruz sobre el pecho.

"El sentido de nuestra consagración está al servicio de Dios, pero a través del prójimo –dijo María Teresa–. Hace un año, este monasterio era un mero depósito del almacén vecino". Centro de alfabetización y de primeros auxilios, la Misión es, además, proveeduría de alimentos: "En 400 kilómetros a la redonda no hay nadie más que nosotras para ayudar a esta gente a convertirse en seres humanos, con orgullo

de tales". Las aborígenes, en cuclillas, tomaban sol contra la pared de ladrillos sin revocar, frente a la plaza con juegos infantiles rodeada por un par de casas, la comisaría y la escuela. Más allá, amenaza el monte, enredado de vinales, una planta que es plaga y tiene espinas como puñales: "por donde pasa el vinal –dicen los lugareños– la tierra se vuelve árida y no crece más nada".

Este es el panorama del norte chaqueño; un mosaico de parajes aislados que agonizan porque ningún gobierno les ha prestado ayuda. En rigor, y salvando diferencias de paisaje y durezas climáticas, ésa es la situación de todo el Chaco.

Tal vez, y como respuesta a ese desinterés, una de las más estentóreas cachetadas que aplicó la comunidad chaqueña al Estado nacional se manifestó en la creación de la Asociación Gabriela Mistral. Un grupo de 200 colonos del partido de General Güemes, cuya cabecera es Castelli, la fundó en 1959; compraron una avioneta Cessna, construyeron por su cuenta 16 pistas de aterrizaje e instalaron equipos de radio en todos los rincones de El Impenetrable chaqueño donde hay habitantes.

Todo lo hicieron prácticamente sin ayuda oficial. Hace algún tiempo, la avioneta se destruyó en un accidente, un tornado pulverizó el hangar, pero el nuevo Cessna 172 que por fin lograron obtener del gobierno provincial reanudó la tarea y ya invirtió dos mil viajes sólo en el traslado de enfermos. Única en su tipo en todo el país, la Asociación Gabriela Mistral ni siquiera obtiene gratuitamente el combustible para surtir a su aeroplano. Con mezcla de tozudez y resignación, el presidente de la Asociación, Ricardo Todero (43, tres hijos), admitió: "Estamos acostumbrados a que nadie nos tome en cuenta. Si no nos arreglamos solos, ¿quién lo va a hacer por nosotros?". Sin embargo, vientos de fronda soplan en la provincia: una tormenta reveladora de males mayores estalló hace unas semanas, cuando la Federación Económica provinciana, con amenazas de apagones y planteos a la gobernación, logró la renuncia del director de Rentas, el porteño Luis María Peña, quien se obstinaba en cobrar puntualmente los impuestos.

"El gobierno admitió que la descripción de las dificultades financieras era acertada –reveló en Resistencia a Siete Días el contador José Ozich (27), subsecretario de Hacienda y flamante director de Rentas–.

Por lo tanto, se ofrecieron planes de financiación pero no se anularon los cobros impositivos".

Actualmente, tanto la Federación como las autoridades provinciales consideran que esa crisis fue superada. Pero nadie ignora que la tormenta desatada en torno al ex recaudador de impuestos fue sólo un efecto. "Las soluciones de fondo hay que buscarlas a nivel nacional –aseguró el coronel (R) Miguel Ángel Basail (55, cuatro hijos), gobernador provincial–. Tratamos, por nuestra parte, de diversificar la producción agrícola, reduciendo las áreas de plantaciones algodoneras para evitar que los stocks no puedan ser colocados en el mercado".

La gran crisis algodonera se inició –según el mandatario– hacia 1950; actualmente, no es posible competir en el mercado internacional. "Estados Unidos subvenciona a su agricultura con la industria, y Brasil cuenta con mano de obra más barata; en tal sentido, el Chaco tiene dificultades para la exportación", detalló Basail, quien se preocupó en exaltar el aumento en la producción de sorgo ("Este año se obtuvieron 400 mil toneladas") y otros cereales. Además, acusó a las hilanderías porteñas de manejar el mercado y remarcó la participación de especialistas chaqueños en la confección de las bases del Fondo Algodonero, "algo que servirá para subsidiar la exportación de excedentes, a fin de que no queden stocks de años anteriores, como sucedió con las 40 mil toneladas que nos sobraron de la cosecha pasada". También fustigó a las sociedades tanineras: "Hay que exigir a esas empresas que paguen lo que corresponde".

De las 800 mil toneladas anuales de madera que produce el Chaco, más de 300 mil están siendo drenadas por los consorcios explotadores de tanino: "Hay que formar empresas locales de cierta envergadura –aconsejó el gobernador– para defender los precios". Luego desplegó ante SIETE DÍAS su obsesión preferida: la erección de una planta de arrabio, un tipo de acero muy puro. Los yacimientos están en Brasil y Bolivia: Basail –cumpliendo casi con un ritual– mostró un trozo de mineral que había tomado de una barcaza que bajaba por el río Paraguay. "El país utiliza ahora 130 mil toneladas de arrabio y un estudio de mercado prevé un consumo de 270 mil para 1975. Hasta ahora se lo importa totalmente –aclaró el gobernador–. Para alimentar nuestra planta de arrabio necesitaríamos unas 200 mil toneladas de carbón

vegetal que el Chaco puede producir sin ningún problema", aseguró Basail. Eso obligaría a talar los montes provinciales, sumando tierras a la agricultura y la ganadería y provocando la radicación de industrias.

Para costear la anhelada planta de arrabio –dos altos hornos– se necesitan unos cuatro mil millones de pesos viejos; "ya se está integrando una sociedad anónima mixta, con absoluto control estatal, cuidando, además, que el capital privado sea netamente argentino". El plan suena factible, como el proyecto de emplazar una usina hidroeléctrica en colaboración con Corrientes (para explotar energéticamente los Saltos del Apipé) o el de construir carreteras que vinculen al Chaco con el Atlántico (vía Brasil) o el Pacífico (vía Chile). Pero lo cierto es que, por ahora, las urgencias exigen salidas más inmediatas. Resistencia se ha convertido en una cabeza de Goliat que repite, en la provincia, el mismo mecanismo centralizador –con su cordón suburbano– que, con respecto al país, cumple la Capital Federal. En tanto, los chaqueños buscan soluciones provinciales que frenen el éxodo casi imparable. Para monseñor Di Stefano es necesario "que el slogan *Radicación de capitales* sea suplantado por el más auténtico de *Formación de capitales sociales de productores en base a las cooperativas zonales*".

Para el chaqueño medio, la disyuntiva es de hierro: en la estación Retiro, Cesáreo Melgar (46, tres hijos), ex colono, confesó a siete días, apenas arribado a la Capital Federal: "La gente le pone un precio al sacrificio. Me aguanté el clima, las enfermedades, me aguanté todo. Pero tengo que comer, ¿no? Y entonces dije basta. Y aquí me tiene". Acurrucado junto a sus bártulos, sus hijos, su esposa y acosado por el tumulto y los empujones de la estación terminal, Melgar se atrevió: "Dígame, señor, ¿no sabrá de algún trabajito?".

El misterioso señor Q (o el espionaje industrial en la Argentina)

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 181 | 26 de octubre de 1970. Recopilado luego en *Macedonio* Nro. 12/13, en 1972, extrayendo sólo el cuento]

Resulta poco verosímil que la Argentina –país que aún desconoce el lujo de albergar grandes complejos tecnológicos– pueda ser escenario de esa sofisticada actividad que corroe las entrañas de los grandes monstruos: el espionaje industrial. Desde los comienzos de la década del 60, sin embargo, Buenos Aires y los principales conglomerados urbanos del interior se transformaron en ámbito de esa urdimbre secreta que hasta entonces parecía exclusivamente destinada a las superpotencias. Ahora, aunque teñido de subdesarrollo, un anecdotario concerniente a ese tipo tan especializado de espionaje es cuchicheado en selectos –y casi siempre inabordables– círculos empresarios. A partir de esos datos, SIETE DÍAS ***encomendó al redactor Germán Rozenmacher la misión de hurgar en esas historias para iluminar los intríngulis de tan apasionante*** **métier.** ***Un mes de trabajo sin pausa deparó lo siguiente: la realidad supera con creces cuanto se pueda imaginar al respecto. Con el precioso material que logró obtener, Rozenmacher optó por escribir un cuento policial del género fantástico donde intercaló el cuerpo de su nota. El lector podrá encontrar, así, más de una sorpresa: no sólo el suspenso del cuento le producirá sobresaltos; hay momentos en que la crónica desborda los pasajes más imaginativos de la narración.***

El otro auto seguía atrás, en el espejo retrovisor, ni más lejos ni más cerca que al comienzo de la tarde; Rolo Sánchez, casi con odio, apretó el acelerador. Pero, ¿qué era esa persecución, en qué país vivimos? El nervio de la muela empezó a latir; enloquecido, Rolo Sánchez entró al túnel con techo enjoyado de luces que atravesaba las colinas ralas tras las cuales se guarnecía la ciudad de Villeneuf. Absurdos túneles innecesarios: ¿no se podían volar las colinas con dinamita? Eso sería mucho más barato y práctico. Pero no: Villeneuf estaba orgullosa de sus túneles; nombre absurdo y petulante –Villeneuf– que no alcanzaba a disimular el olor a podrido, a curtiembres y mataderos que bordeaban esa enorme y sombría ciudad.

El auto blanco lo seguía sin apuro, con algo de amenaza que Rolo no entendía bien. "Desde que usted me llamó empezaron a seguirme", le diría a ese viejo maniático. "Exijo garantías", sería lo que iba a gritarle. Habitualmente, el sutil oficio de espía industrial es muy apacible, protegido, burgués, casi aceptado en los esotéricos círculos de tas grandes corporaciones industriales –como Alpha y Beta, por ejemplo– que lo cultivan como un defecto virtuoso. Sin embargo –y Rolo Sánchez no era impresionable–, esa semana, en alcantarillas distintas, habían aparecido los cadáveres de tres colegas menores: un escribano, vocero del mesurado Club de los Estancieros; un deán, famoso por su buen sentido, y un dirigente de los obreros de las curtiembres, por cuyo tino se evitaron varias huelgas; todos habían prestado servicios que apenas merecerían figurar en la antología menor del espionaje industrial.

Y además estaba ese fatídico triángulo rojo multiplicado infinitamente sobre paredes de ladrillos, puertas de corralones, persianas de almacenes y boliches. Un triángulo indescifrable que tal vez pretendía anunciar catástrofes: cualquiera podía ser el próximo. Un aire de fatalidad corría, como una peste imprecisa, por las calles. Rolo Sánchez estuvo a punto de frenar ante una de esas casas bajas, con balaustradas en la azotea, ángeles carcomidos en el frontispicio, pasillos con remotas pero adivinadas puertas cancel: tenía sus papeles en orden; su solo nombre, en el Bureau de la Seguridad, podía ser suficiente para abrir puertas, interesar a ministros, mariscales, prefectos. Pero no era prudente; en estos días mejor no aventurarse con interpelaciones a autos blancos.

Salió a una plaza rala, sin árboles, en torno de la cual brillaban, húmedos, los rieles de tranvías que –desde hacía mucho– no pasaban más. Gendarmes de la agotada y perpleja Garde Republicaine, con sus uniformes grises, cascos puntiagudos y sables cosacos doblaron a caballo una esquina desierta: esos mítines fantasmales terminaban siempre antes de que ellos llegaran, mientras los triángulos se repetían, por todas partes, anunciadores del caos. ¿Qué corno estaba pasando? El supersport y su perseguidor abandonaron los barrios viejos por una calle anchísima y portuaria, la Rue du Toulon, bordeada de corralones, piringundines, tiendas de confituras griegas, casas de quiniela y dudosos profesores de yoga. El viento agitaba los carteles de las elecciones para el Sindicato de Músicos, únicas permitidas en Villeneuf.

El latido de la muela lo exasperó: los triángulos eran siempre más y terminaban por abrumar, superpuestos a la papelería electoral. De pronto, Rolo desembocó en el pequeño centro con sus altas aunque frágiles estructuras de cristal. Frente al American Club frenó de golpe. Al bajar miró hacia atrás: su perseguidor paró a una distancia insolentemente peligrosa: media cuadra. Esperó que alguien descendiera. Sus pies quisieron ir hacia allí, pero creyó ver un caño de pistola asomándose por la ventanilla y optó por entrar al club casi corriendo.

La American Managment Asociation anunció que el espionaje industrial aumentó en un 50 por ciento entre 1965 y 1970; a su vez, una empresa norteamericana que opera en el país distribuyó una sigilosa circular entre sus supervisores locales; advierte: "Lo que se halla en peligro no es sólo el valor intrínseco de los hallazgos y las técnicas, sino la vida misma de las empresas, pues su posición en el mercado depende frecuentemente del secreto de estas técnicas". Hace pocos años, la firma argentina Ulivi Bianchi, que producía resinas poliester y emulsiones vinílicas, protagonizó un episodio peculiar: un grupo de sus químicos logró fotocopiar fórmulas exclusivas, cuya patente había sido adquirida en los Estados Unidos por C. Ulivi Bianchi, quien pudo enterarse del hurto por infidencias del director de una firma rival, a la cual los espías ofrecieron los secretos de Ulivi. Como el industrial afectado carecía de pruebas fehacientes, recurrió a un ardid: contrató a una secretaria extraordinariamente atractiva, que se revelaría como una excelente Mata Hari del contraespionaje industrial. Nada la distinguía de otras colegas, salvo la incontenible costumbre de oprimir un botón bajo su escritorio cada vez que alguno de los químicos efectuaba una llamada telefónica. El desenlace previsible se apresuró cuando uno de los espías se enamoró de la secretaria. Ulivi Bianchi entrevistó al capitán de navío (R) Recaredo Vásquez, que era jefe de policía. La secretaria logró enterarse del lugar donde se escondían los documentos comprometedores: cuatro comisiones policiales allanaron un departamento del barrio de Belgrano, en Buenos Aires, donde lograron capturar microfilms con fórmulas de resinas sintéticas, libretas de anotaciones y copias fotostáticas. Sin duda un caso detonante, pero distó mucho de ser el único.

Un perito explicó a siete días cuáles son los tipos de espionaje que pueden producirse en el país: a) espionaje internacional: existe un medio centenar de asesores financieros de capitales foráneos que, por su excelente vinculación con altos funcionarios oficiales y privados, pueden conocer la situación de las empresas competidoras en el mercado; influyentes y escuchados, consiguen –por ejemplo– óptimas condiciones para invertir los capitales de sus empleadores; b) espionaje entre grandes empresas mundiales que operan en la Argentina: prácticamente no existe, ya que las investigaciones fundamentales se realizan en los Estados Unidos o Europa y aquí sólo llegan las fórmulas patentadas que deben comercializarse; una excepción se produce en el ámbito de los productos de consumo inmediato. Así, cuando una empresa mundial de bebidas gaseosas se enteró de que su tradicional competidora se disponía a lanzar al mercado argentino una botella "tamaño familiar", arrebató la idea anticipándose en varios meses y lanzó primero su propia botella, con lo cual obtuvo considerables dividendos en las ventas. Eso no hubiera sido posible sin la gestión de un espía que reveló los planes de una empresa a la otra; c) espionaje entre empresas locales: para algunos entendidos, las agencias selectoras de personal constituyen eventuales usinas de espionaje; pueden recibir a candidatos tan ansiosos por cambiar de empresa que estarían dispuestos a revelar datos confidenciales a sus nuevos patrones. Por ejemplo, pueden revelar al selector o al futuro empleador, planes y fechas de lanzamiento de nuevos productos. Hace unos meses, cierta firma se enteró –por un espía, claro– que una marca de spray estaba a punto de reducir sus precios de venta al público con intenciones promocionales. La firma manejó bien el dato: se adelantó a la competencia ofreciendo su producto más barato y copó la plaza.

Pero un informante como el que facilitó estas confidencias nunca está seguro de durar demasiado en su nuevo trabajo. Cumplido su tiempo útil, la empresa –que tiene desconfianza básica– lo despide al agotarse las fuentes de su eficacia. Existen casos similares de resonancia internacional: mister Semon Nutsen, antiguo exvicepresidente de General Motors, aspiraba a la primera magistratura del directorio de su corporación. Como no la logró, se pasó a Ford en 1968, quien recogió toda la información de Nutsen. Pero lo despidió a principios

de este año con una cuidadosa indemnización pagadera en acciones: de tal modo se aseguró que Nutsen no pudiera mover un solo dedo.

Cuando Rolo Sánchez llegó al piso 24, curioseó discreto en el salón de billares; al fondo, ante sendas mesitas portátiles, había media docena de empleados de firmas extranjeras sentados en sillones altos como tronos que, ajenos a lo que pasaba afuera, comían su lunch *mirando jugar a sus compañeros, a quienes animaban en un dialecto nórdico que Rolo no alcanzó a descifrar. Su hombre no estaba ahí.*

Entró, jadeante, a un tibio corredor, trató de tranquilizarse. Miró si lo seguían. Después se precipitó a la sala donde dos enormes mucamos con casacas blancas, de enfermeros, masajeaban a un viejito muy pequeño que crujía, gemía o tal vez asentía. Se acercó a la puerta de vidrio: allí estaba, por fin, Matías Bjornstrand, casi impúdico, en el vapor del baño finlandés, parado sobre los listones de madera del primer escalón. Rolo sentía una locomotora a toda marcha dentro de la cabeza; se desvistió (mirado por Matías Bjornstrand a través de la puerta de vidrio), tomó una ducha para aparentar calma, y luego, con una toalla alrededor del estómago, sentado en un sillón de peluquería, se hizo servir un Cheevas on the rocks *hojeando –sin ver– un viejo* Economist. *Cuando entró a la cabina, Matías Bjornstrand le dio la espalda removiendo con las tenazas los carbones del brasero. Rolo subió –con aparente pachorra– al primer escalón: 70 grados. De pronto se acercó a la puerta y la palpó, buscando micrófonos.*

–Permiso –dijo, y cuidadosamente levantó la parrilla para comprobar que no hubiera micrófonos antitérmicos–. ¿Por qué encontrarnos aquí?

–Por su seguridad –sentenció el venerable Matías Bjornstrand, limpiando los impertinentes que se volvió a calzar en el exacto sitio en que su tabique nasal enrojecía en dos marcas–. ¿Lo siguen?

–Sí.

–A todos nos pasa lo mismo.

–¿Qué? ¿A usted también?

–A todos nos siguen autos blancos. Y cuando queremos detenerlos, desaparecen.

Ahora Rolo subió al segundo escalón: 80 grados. Transpiraba con obscena abundancia. Era rabelaisiano para transpirar.

–Desde que usted me llamó me siguen –reprochó Rolo.

–Ya sé. Quiero por eso que lo vean conmigo. Quiero protegerlo.

–¿Por qué?

–Le va a tocar un trabajo peligroso. Y no quiero que nadie le haga ningún daño.

¿Desde cuándo tanto amor, si el viejo no lo podía ver ni en figuritas? Rolo prefirió no decirlo. Esperó.

–Usted me va a ser muy útil.

–Don Matías, ¿y por qué hablar aquí?

Pero Matías Bjornstrand salió antes de que Rolo pudiera subir al escalón de los 90 grados. En la calle, un rato después, el viejo entró a su anticuado Mercedes, cuya cabina de chofer descubierta daba al automóvil cierto aire de mateo motorizado. Rolo lo flanqueó en su supersport: ahora eran dos los autos blancos que –uno tras otro– los seguían. Veinte minutos más tarde, en su despacho de Cornafrup, Matías Bjornstrand, sin la menor demostración afectuosa, decretó:

–Vea, joven, la cosa es así. Nadie lo puede negar: yo he tomado mis precauciones; coloqué micrófonos parabólicos y telescópicos por todas partes.

Apretó un botón: en una pantalla, cuyas imágenes cambiaban a medida que Matías Bjornstrand oprimía una perilla, aparecieron señoritas haciendo tiempo en el toilette, burócratas de mangas negras que leían a escondidas libros pornográficos, ordenanzas tomando café a hurtadillas y hasta una supersecreta reunión del Consejo Asesor de Mariscales de la Garde Republicaine en funciones de apoyo logístico a Cornafrup, donde se jugaba una partida de truco bordada por chistes picarescos, a puertas cerradas.

–Interfiero todas las conversaciones telefónicas, nadie sale sin ser revisado; y, sin embargo, nuestros negocios van cada vez peor –suspiró Matías Bjornstrand.

–Calma, don Matías –intentó apaciguar Rolo, recorriendo los adustos retratos ovalados, en daguerrotipo, de los anteriores presidentes de la Corporación Nacional de Frutos del País, hasta retornar a Matías Bjornstrand, ahora con su cuello palomita, corbatón y su prodigioso aire de ave rapaz.

–Cornafrup es lo único que todavía funciona en este país –murmuró, obsequioso pero inconvincente, Rolo Sánchez.

–Sin embargo, Alpha and Sons conoce cada uno de nuestros pasos. Nuestros montos de exportaciones de frutos del país a Europa están bajando a velocidad asombrosa, alarmante. Alguien está enterado al minuto de toda nuestra estrategia de comercialización, Sánchez, de nuestros estudios de mercado, nuestros planes de venta, costos, inversiones futuras, proyectos confidenciales. Alpha ya nos desalojó de tres países y todo hace suponer que nos infiltrará totalmente hasta devorarnos.

Matías Bjornstrand se paró, enfurecido, caminando bajo los daguerrotipos.

–¡Hasta nos ganó de mano con la botella! El mes pasado íbamos a lanzar al mercado nacional el mate gaseoso en botella de tamaño familiar. ¿Y cómo es posible que Alpha haya llegado primero? –gritó Matías Bjornstrand. A Rolo tales efusiones no lo conmovían.

El espionaje industrial "a la criolla" reviste características singulares: cuando el diseño de algún producto nuevo se entrega al matricero, éste jamás trabaja con el modelo completo. El mismo se reparte entre varios matriceros para evitar la copia original. En este nivel suelen ocurrir algunos robos que infringen la Ley de Patentes (Nº 17001, de 1967), la cual incluye a nuevos productos, nuevos medios y procedimientos y nueva aplicación de medios conocidos a la obtención de un nuevo producto industrial. Sin embargo, es difícil penar a un espía. Un oficial de la Policía Federal confió a SIETE DÍAS que esta actividad clandestina apenas rozaría la configuración de "competencia desleal", según las leyes argentinas.

El caso de espionaje más común es el de un subejecutivo que puede ganar –por ejemplo– ocho millones de pesos viejos al año como brazo derecho de un mediano industrial, quien pasa a depender, prácticamente, de la eficacia de este subordinado, verdadero "hombre orquesta" al que, sin embargo, mantiene económicamente insatisfecho y en relación de dependencia. Un día, el subejecutivo, el cual es un perfecto conocedor de todos los secretos de fabricación del producto, se instala en un galpón por su cuenta: es probable que corra riesgos y a lo sumo obtenga dos o tres millones de pesos viejos como ganancia anual, pero a largo plazo la sustracción de la fórmula (hecho difícil de probar) le permitirá aumentar sus ingresos.

Hay un hecho psicológico registrable: los espías industriales de este tipo frisan generalmente los 40 años, edad en la cual su actitud suele expresar un estado de crisis, balance y revisión general de sus proyectos de vida. “Mi expatrón me pagaba muy mal –aduce uno de estos espías–, y encima pretendía que fuéramos amigos. ¿Yo robé, le fui infiel? Bien, a lo sumo le devuelvo la misma moneda”.

¡Hay alguien que habla aquí! ¡Alguien que está muy arriba! Le he planteado la cosa al presidente, está más indignado que yo, pero el espionaje sigue.

–Los miembros del directorio de Cornafrup son los ministros del gabinete, gente insospechable –quiso atemperar Rolo.

–Sin embargo, alguien habla aquí.

–¿Por qué me llamó a mí? ¿Y los servicios de seguridad?

–¡Bah, también pueden ser ellos...!

–O yo... –sonrió Rolo.

–Esta vez no es usted.

Rolo, harto, se acercó a la ventana. Sintió que alguna vez tendría que salir a la calle, que esa persecución debía tener un objeto que aún no entendía, y el miedo creció de nuevo en ese nervio de su muela maldita. Una inspiración, un latido feroz; una espiración, otro. Sin embargo, ¿qué hacía allí, con ese viejo ingenuo, prócer decorativo, ineficaz, desesperado al no poder imponer su receta “Manos limpias, nacionalismo y democracia”? De haber podido le habría quitado él a Matías Bjornstrand la fórmula del mate gaseoso, para vendérsela a Beta and Sons... ¿Por qué no? Era el mejor espía profesional independiente y las cosas en Villeneuf alguien tenía que hacerlas; pero con todo lo que pasaba en la calle no era éste momento propicio para discutir con Matías Bjornstrand. Tenemos que unirnos, quiso decir Rolo, pero no le salió. Vio en los ojos cuánto lo odiaba ese viejo. Por su pasado de dirigente estudiantil, o tal vez por su actual influencia entre los mariscales jóvenes. Pura envidia, rumió Rolo Sánchez.

–¿Por qué no me quiere? –musitó–. Yo también estoy trabajando over time, *hasta el exceso, en bien del país.*

Pero Matías Bjornstrand ni siquiera lo escuchaba. Rolo comprendió que su estilo oratorio no gustaba ahí; sus consejos eran muy escuchados,

pero en otra parte: había sido electo Joven Asesor Financiero del Año por la Cámara Junior.

–Haga lo posible por conseguirme el nombre de ese espía para esta misma noche –concluyó, de pronto, sin previa aclaración, Matías Bjornstrand.

–¿Qué? –Rolo, enrojecido, se paró golpeando sobre el escritorio con el puño–. ¿Está loco? ¿Quiere usted que en horas yo le averigüe lo que todo el gobierno no pudo descifrar en tantos meses? ¿Y qué gano yo con todo esto? ¿Por qué se pone tan exigente conmigo? ¿Qué me ofrece?

–La vida –dijo tranquilamente Matías Bjornstrand.

Rolo, como apaleado, se sentó.

–Por eso lo invité al American Club. Ese baño finlandés es una plaza pública: todos los que tenían que enterarse de que andamos en tratos, ya lo saben.

–¿Y por qué me quieren matar a mí?, ¿eh? –Rolo sudaba y se agarró de la mesa para no temblar. ¿Dónde había un dentista? Pero, ¿en qué dentista podía confiar? El asesino lo esperaba en cualquier parte.

Un ex funcionario del gobierno nacional aseguró que existiría un especialista en espionaje industrial que trabaja en la SIDE (Secretaría de Informaciones del Estado), lo cual revelaría la importancia que los organismos de seguridad otorgan al asunto. Pero hay más: una empresa norteamericana registra en su filial local un caso curioso; hay un empleado nativo que cumple, aparentemente, tareas inocuas. Sin embargo, es una suerte de muerto civil cuyo destino está ya indisolublemente unido al de su empresa: ésta lo envió a Estados Unidos a cumplir estudios de espionaje industrial. Allí conoció algunos secretos absolutamente claves para el funcionamiento del negocio; por tal razón, el alto empleado no puede desvincularse de la empresa bajo ningún concepto. Por mayores que sean sus errores, sabe tanto que su empleador ha consumado bodas vitalicias con el ejecutivo local. Su futuro previsible se asemeja a una confortable jaula con aire acondicionado, de la que no podrá salir jamás.

Normalmente, las grandes empresas firman contratos con todos sus técnicos, donde estos se comprometen expresamente a no utilizar conocimientos adquiridos en la firma una vez que la abandonan. Generalmente, el objetivo del espía industrial radica “en el hurto del

know how (conocimiento técnico), que escapa a la defensa que puede ofrecer una patente", confesó un experto en el tema, quien precisó: "El *know how* es el conjunto de informaciones acumuladas como resultado del esfuerzo y la búsqueda de empleados de una compañía". De tal modo, todos los detalles de organización, estrategia comercial, recursos de venta, aspectos económicos, planes de desarrollo, de expansión y creación de nuevos productos formarían parte de dicho *k. h.* La empresa competidora puede preferir técnicas que no sólo bordean los suburbios del Código Penal, sino que también semejan historias fantásticas pero rigurosamente ciertas: ingreso subrepticio de espías a las fábricas de la competencia; instalación de micrófonos parabólicos y telescópicos (son aquellos que permiten oír, en un área con forma de parábola o en línea recta, respectivamente, y pueden adosarse disimuladamente con un chicle a la pata de una mesa, ya que son muy pequeños; su zona de recepción es reducida: 50 metros); interferencia de conversaciones telefónicas; extorsión o compra de información a empleados.

Organizar un sistema de confidencialidad es un tema que preocupa mucho a las corporaciones. Un destacado economista, empleado en una de estas grandes firmas, reveló ante sus pares una serie de "normas prácticas" durante una conferencia realizada ante un público muy selecto. Dichas normas semejan un manual de combate e incluyen, entre otras, las siguientes instrucciones:

"Cierta información debe ser tan reservada que su lectura será restringida a un número limitado de personas cuya nómina será fijada previamente. Se la clasificará como de 'distribución limitada'; se enviará en sobre cerrado con el nombre y la leyenda: 'Para ser abierto sólo por el destinatario'".

"Los supervisores controlarán todos los informes técnicos para comprobar: a) si contienen información confidencial; b) si está indicando el nombre de las personas que reciben las copias y si estas se hallan autorizadas; c) no enviar informes a quien no los necesita; d) evitar la formación de archivos personales; e) controlar el número de copias emitidas impidiendo su salida de la fábrica".

"Precauciones en la tarea diaria: no comentar temas relativos a la empresa en el ascensor, confiterías u otros lugares públicos; no dejar

papeles sobre el escritorio fuera de las horas de trabajo; cerrar a la hora del almuerzo todos los ficheros; romper minuciosamente cualquier papel antes de arrojarlo al cesto; no hacer comentarios sobre cuestiones reservadas con amigos íntimos ni familiares; no hablar en voz alta en los teléfonos públicos cuando se trate de asuntos reservados de la compañía; usar criteriosamente el telégrafo o télex cuando hay terceros que tengan acceso a la información trasmitida".

"Conteste las siguientes preguntas: ¿Cuándo considera que su interlocutor 'tiene derecho a saberlo y necesita saberlo'? ¿Se cierran con llave las puertas de la oficina? ¿Quién tiene acceso a las oficinas después de las horas de trabajo? ¿Se han tomado medidas para limitar el uso de los teléfonos? ¿Se guardan bajo llave los gráficos y se borran los pizarrones? ¿Los cuadernos de taquigrafía se guardan también bajo llave? ¿Se guardan las cintas grabadas al dictado? ¿Se implementa una política de escritorios limpios? Si se encuentra a un desconocido en las oficinas después de la jornada de trabajo, ¿se le pregunta quién es?".

"Si cumple con esto –sostuvo el técnico en confidencialidad–, piense que a pesar de todo se pueden filtrar informes por vías imprevisibles: hay que vigilar, siempre hay que vigilar".

–Usted lo conoce a Eric Lonrot –dijo Matías Bjornstrand.

–¿Quién? ¿El doctor Lonrot?

Matías Bjornstrand pareció no oír la pregunta y resopló:

–El American Club me produce una sensación de empacho. Y no crea que lo recorrí muchas veces...

–Don Matías, ¿usted quiere que le haga un contacto con Lonrot, el hombre de Beta, a quien puede ver aún menos que a mí?

Matías Bjornstrand obvió la pregunta con un transitado soliloquio que pronunció recorriendo todo el despacho:

–En todas las salitas y salones había tipos que comían... una empresa presentaba una bombacha nueva, por acá había un desfile de modas, por allá una primera comunión, un bar mitzvá*, un dueño de curtiembre que festejaba sus bodas de plata... –Matías Bjornstrand caminaba llenándose paulatinamente de ira–. Y en cada salón otra orquesta y adentro todos comían y comían y comían. ¡Es que no hace otra cosa que comer la gente en Villeneuf! ¿Y por qué ahí? ¿El Club du Progrès ya no les sirve?*

–No tengo por qué aguantar sus desvaríos justo en este momento... Explíqueme qué quiere... –A Rolo se le quebró la voz.

–Eso es lo malo con Villeneuf. ¿Nada menos que usted me pide explicaciones? Y por otra parte, ¿a quién se le ocurrió ponerle ese nombre francés al país? Solamente a los delirantes españoles que nos descubrieron tarde, en plena Revolución francesa, y que apenas tuvieron tiempo para hispanizarnos porque en seguida vino la independencia...

–Por última vez, don Matías. ¿Por qué a Lonrot, por qué me siguen? –murmuró, pero solamente le respondió el silencio de ese enorme despacho gris, con olor a humedad y a escuela primaria.

–¿Por qué? –repitió dos horas después; pero ya no era Matías Bjornstrand, sino el mismísimo Eric Lonrot quien estaba ahí delante, cebando mate en su silla petisa de paja. Afuera cacareó una gallina.

–¿Por qué me van a matar? –dijo Rolo–. ¿Usted tiene alguna idea?

Estaban en pleno Champs du Roy, un pueblo de campaña, un montón de quintas desparramadas por el campo ralo, entre matorrales y potreros.

–Mijito, yo no soy un oráculo –dijo el hombre pelirrojo.

–Es que... somos vecinos –argumentó Rolo, aunque fue el primero en advertir la lastimosa inconsistencia de su protesta: a Lonrot no le interesaba el furor edilicio que en los últimos tiempos provocaba mudanzas masivas de ejecutivos hacia los Champs du Roy; todos intentaban vivir en esas quintas abandonadas, plagadas de patios andaluces con mosaicos crecidos de yuyos; el inconveniente residía en que esos mosaicos había que importarlos de Europa y ya no se fabricaban más. Como era imprescindible no sólo tenerlos sino otorgarles una pátina de vejez y decadencia, para cumplir con la moda, los fabricantes criollos cobraban cada mosaico a precios inverosímiles: es que primero debían hacerlos y luego rajarlos, partirlos, romperlos, otorgándoles ese aspecto añejo tan ansiado.

–Usted lo sabe todo –dijo casi religiosamente Rolo.

Estaban en un jardín de invierno, con vidrios romboidales, por donde se filtraba la luz de la siesta que afuera era azul. Los rombos eran amarillos, rojos y verdes, de modo que Rolo y Lonrot nadaban en una confusa claridad crepuscular. El lugar era un inmenso tablero donde se jugaba una partida incomprensible que lo incluía; parado sobre esas grandes baldosas negras y blancas cuyos confines se perdían en la luz incierta,

estaba frente a Lonrot, quien lo miró desde su silla petisa, única cosa que, aparte de ellos dos, había en ese jardín de invierno.

El miedo había hecho envejecer a Rolo de un modo imposible de constatar físicamente, pero sus ojos enrojecidos, sus sentidos atentos a ese auto quieto que lo aguardaba oculto entre los álamos, su lenta y azorada declinación, lo convertían en un derrotado, promesante prematuro de esa pagoda de Champs du Roy.

–Así que Matías le pide ayuda a Beta –Lonrot tomó su mate hasta que se quedó chupando el ruido a bombilla vacía; ni siquiera había dejado de chupar la bombilla cuando Beta and Sons realizó su mejor inversión en Villeneuf al llevarse a Lonrot como becado a Nueva York para que, bajo la égida de la casa central, compartiera dos cosas: atender un curso de arameo, a fin de descifrar la exégesis que el sabio Rashi había escrito en el medioevo francés acerca del Pentateuco, y participar de un curso acelerado de espionaje industrial.

–Muy bien –dijo Lonrot–. Aunque Matías lo use a usted de porte parole*, acepto el trato.*

–Ninguno de los tres podemos vernos –susurró Rolo–. ¿Por qué asociarnos?

–Usted quiere vivir. Pero va a morir, si juega mal.

Rolo no contestó: lloraba, en silencio, sin comprender absolutamente nada de lo que le infligían los demás.

–Así está escrito –la voz lúgubre de Lonrot era lenta, fría, entrecortada–. Usted tendrá que jugar la carta de Beta contra Alpha.

–¿Y quién es el hombre de Alpha infiltrado en el gabinete? –preguntó afiebrado Rolo.

Sin grandes movimientos Lonrot extrajo de su saco de fumar un hermoso revólver plateado y enorme con el tambor lleno de balas. Lo ofreció por el caño, con la negra culata hacia Rolo. Al mágico contacto con el metal, una clara dureza, con destellos de ferocidad nació ahora en los ojos de Rolo, quien se quedó como un alfil que desbordaba peligrosidad esperando al ajedrecista que lo dirigiera hacia un enemigo cuya cara aún desconocía. Entrevió las galerías por las que se perdió Lonrot y creyó soñar que éste volvía a través de un espejo. Quizá fuera la fiebre, pero le pareció que Lonrot retornaba con un pequeño libro en las manos. Después, el doctor pelirrojo se sentó y abrió el Sefer Ietsirá que no sólo era un pilar de la

literatura cabalística sino que servía para que Lonrot desplegara sus dotes de investigador. Lonrot se quedó mirando fijamente una sola letra durante mucho, mucho tiempo. Luego oró:

–Ya está. El Libro me lo dijo. Véalo a Q.

Un informe asegura que sólo en los Estados Unidos se eroga un billón de dólares al año en gastos de espionaje y contraespionaje; de dicha cifra hay 400 millones que se invierten en la compra de equipos de seguridad. En Japón funcionan –en el área de Tokio exclusivamente– unas 300 agencias de detectives especializados; parecería ser que allí el oficio de espía industrial constituiría un trabajo honorable; por lo menos tan honorable como la tarea de algunos asesores financieros en Buenos Aires, según acotó un observador.

En los Estados Unidos la mayoría de los espías son reclutados entre exagentes del FBI, aunque también trabajan como técnicos de primerísima línea en grandes compañías; como empleados suelen ser sumamente costosos: sus gastos oscilan entre los 300 y 400 dólares diarios en concepto de viáticos, riesgos y gastos de representación. En este rubro se suelen incluir oportunas visitas al psicoanalista para descargar obvias tensiones nerviosas, propias de la clandestinidad. Y si todo esto pudiera sonar novelesco, hay un episodio reciente que ratifica la existencia del gran espionaje industrial y que acaeció en el país: el 8 de agosto último, el técnico Alberto Juárez fue acusado en Mendoza de sustraer un juego de planos correspondientes al montaje de gigantescas torres de elaboración de combustibles livianos; estas obras pertenecen a un proyecto de construcciones que Yacimientos Petrolíferos Fiscales contrató con la firma norteamericana Mellor Goodwin para ampliar la destilería petrolera Luján de Cuyo. Esta sustracción podría estar vinculada con el interés de un país latinoamericano que no se halla en buenas relaciones con las empresas internacionales de ingeniería industrial del petróleo. El ingeniero Juárez fue apresado cuando tenía sus valijas listas para volar al exterior vía Buenos Aires; además, habría contratado los servicios de numerosos técnicos y obreros especializados. Unos 50 trabajadores calificados ya habían abandonado las obras, renunciando en masa para ausentarse sin comunicar su nuevo destino.

Sin embargo, no es este el caso más grave y espectacular de los que

se produjeron este año en la Argentina; como se verá más adelante, existió otro, íntimamente vinculado con un ex alto funcionario del gabinete de Juan Carlos Onganía.

–¿Y quién es Q?

–Q es el hombre que busca. Mátelo apenas lo vea. El hará lo mismo con usted. Pero no será fácil llegar hasta él. Primero tendrá que hablar con un amigo suyo.

Lonrot se sumergió después en la escritura de un complicado mensaje de anagramas y fórmulas químicas que, por otra parte, al ateo, racional, epicúreo y pragmático Rolo ni le interesó descifrar: a esta altura, ya estaba jugado. Bienvenida sea la videncia, se endureció Rolo, si está acompañada por un buen Colt.

–Tome. Véalo al ministro de Economía.

–¿Y qué le digo?

–Entréguele esto.

–¿Y después? ¿Cómo llego a Q?

–Él lo va a ayudar.

Entre sulkies y carretas, el supersport corría por la huella hacia Villeneuf. La seguridad de atesorar ese Colt en el bolsillo del saco y el parecido del revólver al de los cowboys (que Rolo Sánchez había visto, cuando niño, en el Pou Parvenu, o Piojo resucitado, un cine de interminables matinés suburbanas y bulliciosas) le otorgaban tanto aplomo que ni siquiera se tomó el trabajo de volver la cabeza para observar al coche que lo seguía: un imperceptible defecto en el guardabarros –Rolo era miope– lo hubiera intranquilizado: ése no era el perseguidor de costumbre. Ahora el auto blanco que esperaba oculto entre los álamos se acercó a la quinta de Lonrot. Casi no hizo ruido: la figura de Lonrot estaba de espaldas y el atacante oyó el principio del familiar sorbo con que su víctima exasperaba la bombilla. Seis tiros de pistola con silenciador interrumpieron ese sorbo y aun la respiración de quien lo orquestaba. La figura cayó de bruces y el Sefer Ietsirá (de sobadas páginas amarillentas, con pequeñísimos comentarios griegos sobre las letras hebreas) rodó desparramándose por los mosaicos. La sangre humedeció las hojas y por la puerta abierta, el viento del atardecer las hizo volar, empapadas, pegajosas. Hubo una pausa: después, el cuerpo muerto empezó a desagotarse a borbotones.

Pero Rolo estaba lejos y sólo sentía la dureza del Colt contra su cadera cuando entró al despacho de su amigo.

–Excelencia –dijo Rolo, porque era muy formal. El otro lo miró con simpatía.

–Un abrazo, mi viejo –dijo el ministro sin levantarse de su sillón. Eran muy parecidos.

–A ver... –el ministro, sonriente, pidió el mensaje escrito en una hoja de cuaderno. La sonrisa continuó, mientras el ministro sacaba una agenda o una pequeña Biblia de un cajón secreto del escritorio, que dejó entreabierto. Rolo confiaba en Lonrot, en su amigo, en el esotérico papel, en su revólver. El silencio se espesó.

–¿Y entonces? –dijo por fin el ministro, cerrando su minúscula Biblia, que a Rolo se le antojó un manual de claves.

–Debo ver a Q, excelencia. Me dieron esa orden.

–Tiene que cumplirla –urgió el ministro, y Rolo sintió la curiosa sensación de que le estaban tomando un examen.

–Claro –se apresuró Rolo, para que el ministro quedara bien impresionado–. Q está condenado. Usted lo sabe y tiene que ayudarme. Es un acto patriótico.

–Ajá –dijo el ministro, y hubo una pausa. A Rolo esos silencios lo perturbaban, pero además oyó –o creyó oír– ruidos raros por el corredor que podían preanunciar la llegada de quienes venían a buscarlo.

–Yo soy Q –dijo el ministro, y mientras sacaba un revólver niquelado, igual al suyo, del cajón del escritorio, estalló con amargura:

–Cínico. Usted me debe muchos favores a mí. ¿Y ahora quiere cazarme? Tu quoque, Brute*?*

Rolo, abrumado, devastado, escuchaba. Quería entender.

–Traicioné a Beta, ¿y por qué no? Me pasé a Alpha, ¿y acaso no es humano? Ahora quieren que renuncie. Usted sabrá muy bien que cuando a uno le llega este mensaje tiene que irse a la Colonia.

Ese nombre le produjo a Rolo un escalofrío; agazapado, encogido, esperaba el momento para saltar sobre el ministro. La Colonia de Reposo era ese infierno al que se arrojaba a los espías industriales al final de su vida útil.

–¡Nos usan y nos tiran! –gritó, por lo bajo, el ministro.

–Yo soy muy joven para ir allí –suplicó Rolo en voz alta. Era un lugar

horrible, una clínica aséptica, llena de celdas con televisores que mejor sería que no funcionaran; allí eran recluidos los espías cuando, de común acuerdo, las grandes corporaciones revelaban sus nombres agregándolos a una lista negra y pública. Quedaban fuera de uso, aunque todos los meses recibían puntualmente los recibos de sus sueldos, aguinaldos y aumentos por salario familiar, pero no podían tocar ni un solo dólar, ni ellos ni sus familiares. Un altoparlante repetía monocorde por los corredores: "Están aquí por idiotas. Alguna falta grave habrán cometido. El mundo es de los eficaces". Y a fin de año, por el circuito cerrado, cada cual en su pieza veía cómo todos sus sueldos eran repartidos, en una gran fiesta, entre los espías en actividad. Era horrible. Era peor que los autos blancos, más intolerable que la muerte violenta. Rolo vigilaba ahora al ministro que casi loco caminaba por la habitación sin perderlo de vista, aunque atrapado por visiones futuras de días espantosos. Con aterrada ligereza, Rolo sacó su revólver y disparó sobre el ministro, que tal vez quiso la inmolación porque le cedió una fracción de tiempo para que lo atacara, aunque ahora, con rabia, también respondió a Rolo. Las balas con silenciador se cruzaron y ambos, con el pecho ensangrentado, cayeron de rodillas. Después, lentamente, se desplomaron confundidos con la espesa alfombra roja.

Para ciertos observadores, el caso más apasionante y menos conocido de espionaje industrial de altísimo nivel ocurrido en Argentina quedó al descubierto a principios del presente año. Lo que sigue es una declaración hecha a SIETE DÍAS sobre este asunto por el abogado Roberto "Bobby Roth" (40, tres hijas), quien actuó de subsecretario legal y técnico en tiempos de Juan Carlos Onganía: "El *pool* de la carne es el más importante del país y, en tal rubro, maneja a este gobierno y manejó a todos los anteriores".

"La CAP –dice– se separó del pool en 1963, cuando ingresó el sector cooperativista en esa entidad ganadera". Según el exasesor de Onganía, el problema básico sería, sin embargo, éste: "La carne argentina es la más barata del mundo y debe competir con carnes más caras, manejadas por frigoríficos que en última instancia son de Deltec". Esta poderosa corporación internacional fue ideada por el norteamericano Clarence Dauphinot: comenzó hace unos 20 años con inversiones en Brasil, que luego se extendieron a Perú y Argentina. "El interés

fundamental de Deltec consiste en evitar que la carne argentina, por su bajo precio, compita con carnes exportables de otros orígenes, pero también manejadas por Deltec. Así, por ejemplo, aparecieron últimamente algunas tesis según las cuales el país debe restringir sus envíos a Smithfield (mercado de carne fresca en Londres); de tal modo descendió paulatinamente la exportación argentina de 2500 toneladas a 1000 toneladas".

"Pero, al mismo tiempo, se dio la casualidad de que por cada tonelada que la Argentina dejaba de exportar, Irlanda enviaba una de las suyas a Smithfield. Hace 30 años, la Argentina cubría el 90 por ciento del volumen total del mercado internacional, en tanto que ahora apenas alcanza a un 17 por ciento de dicho total. Recuerdo el caso que protagonizó un pequeño exportador, Pipaco, que había presentado nada menos que 33 pedidos a la Junta Nacional de Carnes para que lo autorizaran a vender cierto tipo de carne (torito) a Italia. Onganía, preocupado por los mecanismos que podrían paralizar ese tipo de ventas de los pequeños frigoríficos, convocó a una reunión donde estaban el ministro Krieger Vasena, el canciller Costa Méndez y otros altos funcionarios que tenían en sus manos el problema. Nadie supo explicar a qué se debían los impedimentos que enfrentaban pequeños exportadores como Pipaco y otros. Entonces ordenó redactar un decreto que permitiera la venta de ganado en pie a Italia".

"A la semana llegó el decreto. No va a salir una sola vaca, opiné entonces. La razón era muy sencilla: la reglamentación del decreto, redactada por la Junta Nacional de Carnes, determinaba que para exportar un torito –que entraba sin impuesto en Italia– se debía exportar también un novillo, que pagaba el 150 por ciento de tarifa aduanera en la península itálica. El pequeño productor que pretendía exportar no ganaba así un centavo, pero además perdía mucho dinero. De tal manera, Pipaco u otros no exportaron sus toritos a los italianos. Y éste es un caso de tantos. ¿Espionaje industrial o delincuencia económica de guante blanco? Tal vez no habría que hablar taxativamente de delincuencia: para quienes trabajan en una corporación multinacional, sean o no ministros, la noción de nación soberana, independiente, está obsoleta; más bien, ellos ven el futuro en el desarrollo de la corporación multinacional para la que trabajan. No son ciudadanos

de su país sino de su empresa, que es una especie de comunidad sin base geográfica, aunque en la mayoría de los casos esas corporaciones están manejadas desde Nueva York. Hay que comprender o disculparlos: pertenecen plenamente a la corporación que alquila sus servicios”.

Esa imagen quedó fija, largo rato, en la pared del despacho de Matías Bjornstrand, quien apretó la perilla y la pared volvió a su vaciedad gris, monótona, habitual. Matías Bjornstrand se quitó los impertinentes y la tensa avidez que todos esos días lo había mantenido fecundo como a un duque veneciano lo abandonó. Orientó ahora la perilla hacia un garaje. Los autos blancos aparecieron en la disimulada pantalla.

–Bueno. Todo ha terminado. Vuelvan a sus cuarteles –ordenó.

Luego apagó definitivamente el visor y la luz; salió a la húmeda noche de Villeneuf. El viento traía ese olor a agua estancada que abochornaba la ciudad al soplar del sud-ouest. *Subió a su Mercedes, cuyo chofer, de guantes crema, aguardaba como siempre en el pescante, ante el gran manubrio. Como si ya supiera el rumbo prefijado, el coche enfiló hacia los potreros, los campos ralos, las quintas como abandonadas cuyos jardines de invierno, con rombos tricolores, dejaban pasar la luz lunar.*

–Y otra cosa más –dijo Matías Bjornstrand, tomando ese fragmento de manguera con bocina, antiguo teléfono con el cual se comunicaba con su fiel chofer, que era mudo y tal vez por eso depositario de sus mayores secretos–. El ministro pensaba renunciar muy pronto; apenas pudiera convertir a Cornafrup en apéndice de Alpha, aparecería como miembro del directorio de la Corporación; su nombramiento en Nueva York ya estaba firmado. Ni siquiera iba a cumplir el período de luto por su fraguada renuncia y ya se disponía a consumar sus bodas totales con los hombres de Alpha.

Tal vez fue en ese instante o mucho después (cuando estaba a punto de llegar) que reparó en ese otro auto blanco que lo seguía. Un auto que no figuraba en ninguno do sus planes. Pensó en esos triángulos rojos a cuyos autores no conocía; pensó en las fantasmales multitudes que la Garde Republicaine no podía controlar del todo. Y bien: los asesinatos respondían a sus órdenes; pero ese auto, ¿qué significaba? Sopló por el tubo de goma para que, a su silbido, el chofer detuviera la marcha: pero algo andaba mal. Su silbido tenía que ser escuchado ahí afuera, en el pescante

del Mercedes, y sin embargo su automóvil seguía y seguía. De pronto casi comprendió. Cuando la voz desde el pescante dijo:

–Falta poco.

Pero solamente cuando el Mercedes se detuvo ante el jardín de invierno donde Eric Lonrot lo esperaba, allí, al fondo de unos álamos, bajo ese resplandor rojo, verde y amarillo, Matías Bjornstrand lo supo claramente.

–Y bien –dijo Eric Lonrot

–Esta vez ganó usted –dijo el viejo.

–Esta vez me tocó –dijo Eric Lonrot, que en otra versión, en otra vida, en otro cuento, ya se había encontrado con Matías Bjornstrand: pero aquella vez éste se llamaba Red Scharlach y era un pistolero que terminaba por atraparlo en su trama cabalística. Pero entonces Eric Lonrot había sido Erik Lönnrot y la cosa no era tan banal, porque esas letras de más o de menos provocaban la muerte. Pero en este cuento Eric Lonrot era invencible, inmortal, porque entraba y salía por espejos y era capaz de generar dibuks, es decir, espíritus, o robots, o formas parecidas a hombres que morían por él, asesinados en vano por la espalda por agentes de Matías Bjornstrand.

–Lo cierto es que, en este mundo contingente, ahora gana Beta. Y su Cornafrup será liquidada, naturalmente. Por nosotros. O por Alpha. Eso aún no está escrito.

Matías Bjornstrand sacó su pistola. Miró el húmedo cielo de Villeneuf, los álamos, los desdibujados potreros, y luego, acercando el caño a su propia boca, casi con desdén, hizo fuego.

Federico Pinedo
“Yo soy de antes del diluvio”

[*Siete Días ilustrados*, Nro. 183 | 9 de noviembre de 1970]

Actor de los acontecimientos políticos más importantes de los últimos cincuenta años, Federico Pinedo es, también, uno de los personajes más discutidos de la historia argentina reciente: el haber participado en elecciones fraudulentas y negociados con dólares son algunas de las acusaciones que se le suelen formular. Durante un largo reportaje exclusivo, el ex ministro de Economía no sólo respondió a tales cargos, sino que ofreció a SIETE DÍAS la radiografía de una modalidad política en el ocaso.

“Fui amigo de los hombres eminentes de mi tiempo. Exceptuando a Onganía y a este de ahora, a los presidentes los conocí a todos”. El viejo miró pensativo hacia la tarde que caía, desde ese octavo piso de Reconquista al 300. Apoyó sus dedos cortos sobre la mesa que usó Carlos Pellegrini, un curioso escritorio de dos metros de largo con una especie de atril a dos aguas. Federico Pinedo (75, dos hijos) miró al redactor de SIETE DÍAS con su flaca cara amarilla, engañosamente cadavérica; porque sus ojos todavía tienen la lúcida tensión que muestran sus antiguas fotografías de los “tiempos de la República”, cuando, hasta 1945, manejaba entre bambalinas la política del país. En el vestíbulo, una chapa de bronce reluce: “Carlos Pellegrini, Roque Sáenz Peña, Federico Pinedo, abogados”, resto paleontológico del estudio de su padre. Las oficinas se hallan cubiertas por viejas litografías donde están todos los que, bien o mal, hicieron el país tal cual es. En una, hay un óleo de Bernardino Rivadavia presidiendo una mesa de reuniones; en otra está el ingeniero Eduardo Madero, en un muelle, con Sarmiento, Vélez Sarsfield, los Pellegrini y muchos otros, con apostura de *dandies*: “Madero hizo el puerto de Buenos Aires. Era amigo de papá. Este contaba que un día salió a Europa en una carreta que lo metió en el río, de ahí pasó a un bote y de allí al transatlántico.

A la vuelta, desembarcó en el muelle. Nosotros tuvimos un puerto moderno antes que El Havre”.

Toda la *belle époque* subyace no sólo en sus palabras sino en ese antiguo edificio de oficinas en cuyo suntuoso vestíbulo, en la lista de inquilinos, se leen apellidos como Anchorena, Santamarina, del Carril, junto a las firmas de la administración de ingenios y estancias. “Aquí atendieron Alvear, Guido, Pueyrredón –explica F. P.– y está Patrón Costas. Es uno de los edificios más importantes”, repite. El calmoso Pinedo relata: “Ahí donde está sentado usted se cocinaron muchos asuntos en los últimos 30 años”. No sólo los detalló: se remontó a sus orígenes personales y políticos. También respondió a una famosa acusación: se afirma que en 1962, durante el gobierno de José María Guido, al asumir el cargo de ministro de Economía y provocar una súbita devaluación monetaria, F. P. embolsó –junto con un grupo de amigos– centenares de millones de pesos.

También sobre este tema se explayó Pinedo durante una larga, morosa charla que comenzó el jueves de la semana pasada, cuando el sol de la mañana acariciaba los filetes de paño verde de la enorme mesa de Pellegrini, y culminó al anochecer, mientras el viejo miraba hacia Corrientes, cuyas luces se encendían allá abajo.

La calle Arroyo, mi cochera

“Por la rama paterna me remonta a los tiempos de la Colonia y aun a Juan de Garay, que era yerno de Hernandarias. Dicen que el gobernador del Paraguay, mi pariente, era muy odiado: yo heredé esa particularidad”. Por la rama materna, Pinedo entronca con los Saavedra: “Pobre Cornelio, tuvo que andar expatriado por la Cordillera por miedo a que le cortaran el pescuezo en Argentina o en Chile. Pero, en fin, no me enorgullezco de esas cosas, de la estirpe. Yo me quité el “de”, mientras ahora hay muchos que se lo ponen. De lo que sí me precio es que en seis o siete generaciones mantuvimos funciones prominentes pero nunca fuimos ricos”.

Los Pinedo militaron en el Partido Federal: “Mi bisabuelo paterno, el general Agustín Pinedo, murió en Caseros. Mi abuelo Federico fue

de todo: diputado, senador, ministro y en todas las divisiones y luchas entre Buenos Aires y el interior, mi familia, que era porteña, siempre estuvo con la Unión. En el 80, cuando Manuel Tejedor separó la capital, mi padre estuvo con la Nación y se tuvo que exiliar en Belgrano con Pellegrini y Avellaneda".

Sus detractores afirman que estas aspiraciones unificadoras tendrían que ver con los intereses de las compañías extranjeras de las cuales los Pinedo fueron abogados. Pero F. P. replica que "toda esa teoría sobre el imperialismo son puras tonteras y macanas". Sostén del concordancismo, recuerda que a su padre, durante el 80, le advertían: "'Si Buenos Aires triunfa, van a andar proscriptos, sin tierra y sin patria'. Usted no sabe lo que era la oligarquía porteña. Era muy exclusivista. Pero volvimos". Con su áspera ironía recuerda: "En esa época la división generacional que le gusta tanto a mi amigo, el ministro de Justicia, Jaime Perriaux, era entonces desconocida. Vélez Sarsfield fue diputado en el congreso de Rivadavia en 1826 y escribió el Código Civil en 1873. Como el general Julio Roca, que fue soldado antes de 1860 y presidente en 1904. No se excluía a los viejos. Don Bernardo de Irigoyen, pariente de papá y socio de mi abuelo, era un señor elegante y ceremonioso a quien le tocó, bajo Rosas, ser enviado a Chile en una misión; en seguida después de Caseros, Urquiza lo mandó a tratar con los caudillos salvajes del interior. Ese gran señor iba a sentarse de levita sobre una cabeza de vaca para tratar la unión nacional y así preparó el pacto de San Nicolás. Nunca lo conocí sino de levita. Pero, anécdotas aparte, se llamaba a los que sabían de la cosa pública sin preguntar la edad".

Nacido en el 95, Pinedo afirma: "Mi padre no era rico, pero vivíamos requetebién. Tenía un gran estudio y trabajaba para los ferrocarriles y bancos alemanes. Viví toda mi infancia en el inmenso caserón de Suipacha y Arroyo. Lo que hoy es la calle Arroyo era la cochera de mi casa, que llegaba hasta la barranca. Era una casa inmensa, donde hacíamos vida casi campesina, con una vicuña que nos había regalado Pellegrini y avestruces que tiraban de un carrito. El cambio que uno ha visto no lo ha podido ver nadie. Yo soy –sonrió– de antes del diluvio. Y siempre estuve en la cosa pública. Recuerdo que hasta en mi cama, antes de dormir, cuando era muy chico, oía palabras como Poder Ejecutivo,

palabras que llenaban todo mi día. Mi familia no tenía campos. Mi abuelo ya era abogado de grandes compañías, de diligencias, por ejemplo; mi padre lo fue de los ferrocarriles y las compañías de electricidad; yo fui hombre de confianza de Bemberg, de Dreyfus y apoderado mundial de los bienes de éste durante la guerra; mi hijo es abogado de algunas empresas norteamericanas. Aunque con estas últimas trabajan mucho los Beccar Varela. La mía era una familia de abogados, como los Sáenz Peña, y formaba parte de la oligarquía gobernante".

Para Pinedo, los cambios producidos en 50 años son colosales: "El país era entonces muy chiquito, las diferencias sociales muy otras. La sencillez que había en el trato de superior a inferior es desconocida por las generaciones nuevas: mi padre daba la mano a todo el mundo, desde el gobernador hasta el chofer. En Buenos Aires –soñó melancólico– no había una sola casa de más de un piso".

–¿Y cuál era el trato cotidiano?

–Me acuerdo que la relación de hombres a mujeres era complicadísima: a los 20 años, por el 1915, para hablar por teléfono con una niña uno le pedía permiso a la madre, con quien conversaba primero. Había un modo de trato de extremo respeto. No se escribían cartas en sobre cerrado a ninguna amiga sin dirigirla a nombre de sus padres.

–¿Cómo se vestía?

–De jacquet. Yo recuerdo a mi padre siempre vestido de jacquet.

–¿Aun en su casa?

–Por supuesto.

–¿Y las casas?

–Eran con una sala sobre la calle, una especie de depósito de muebles, todos franceses, que mamá sólo abría los días de visita. Después había cuartos, sobre un costado, frente al patio, que tenía un aljibe, y había otro patio atrás.

–Como ciertos conventillos.

–Claro... es que después muchas de esas casas lo fueron. Pero el progreso que había en aquella época, la Argentina no lo volvió a tener, aunque creo que el desarrollo, con problemas y todo, continúa todavía hoy. Tuvimos teléfono, automóviles y electricidad mucho antes que en muchas ciudades europeas. Éramos muy pocos, claro, quienes gozamos de eso. Estábamos en la primera línea de los países civilizados del

mundo. Y en la ciudad todos nos conocíamos. Era lo que yo llamé la república oligárquica o patricia, que se extendió hasta 1911.

–¿Y su educación?

–Teníamos una institutriz que nos ensañaba francés y otra inglés. Mi padre nos obligaba a hablar en francés todo el día en casa. Si nos pescaba hablando en español nos cobraba una multa de 20 centavos por palabra. Todavía hoy hablo francés a la perfección, pero mi ortografía es horrorosa. El inglés nunca me gustó. Prefería el alemán.

–¿Por qué?

–Para leer a Carlos Marx, por ejemplo. A Marx yo no creo que aquí lo conozcamos más de siete personas. También leí a Rosa Luxemburgo: era un espíritu superior...

Pinedo vuelve, una y otra vez, a la exaltación del país finisecular: "¡Qué país de primer orden! Mi tía tuvo el número 1 de la central telefónica Juncal, y eso sucedía cuando en las grandes capitales europeas ni siquiera se habían instalado líneas telefónicas. ¡Claro que se importaba todo! Desde la camisa paqueta hasta la camiseta del pobre diablo, todo era importado. El nivel de vida de las masas era elevado: cuando vino la infanta Isabel preguntó: ¿Dónde está el pueblo? Y ahí estaba. Lo que sucedía era que nadie iba descalzo". Para F. P. las clases altas denotaban una cultura francesa pronunciada: "Luego vino la inmigración –a la que elogió– y desparramó el cocoliche. Ahora se habla un dialecto espantoso, degenerado, enrarecido, donde se cambian adjetivos por participios, lleno de neologismos absurdos. Como, por ejemplo, si en lugar de decir bueno uno dijera bonificado".

–Cuente acerca de su ingreso al socialismo (1911) en medio de esa atmósfera de élite.

–Mi padre me dio trabajo en su estudio de abogado por cien pesos mensuales, obligándome a comprar los trajes y botines con mi dinero y nunca se opuso a mis ideas. Recuerdo que cuando me recibí siendo socialista, yo juré de jacquet. Aún conservo algunas de las galeras de felpa de la época. Se usaba levita y el saco fue una plebeyización; la corbata plastrón y el chambergo recién se usaron a partir de la Primera Guerra. Por el idioma, en la calle se distinguían los señores de los que no lo eran. En cuanto al socialismo, recuerdo que el doctor Justo era un hombre de nuestra clase. Se lo podía ver por la calle siempre de

jacquet. Yo ingresé al partido por pensamiento y no por sentimiento. El socialismo era profundamente antidemagógico.

–Marx habla de la violencia.

–Está en tres frases de Marx, nada más. Él era un evolucionista. Del infierno no se podía pasar al cielo. Quien estudie a Marx no puede sino tener un altísimo concepto de su rigor y la seriedad de su exposición. Marx era revolucionario, superando el sistema liberal y no destruyéndolo. Consideró al capitalismo como a una etapa elevadísima: él era librecambista. Además, en esa época prosperaba también al anarquismo, otra teoría en boga. Había algunos anarquistas de gran valor, como el príncipe Kropotkin.

–¿Y Di Giovanni?

–¡Ah, esas son macanas!

–¿Eran todos de su clase los dirigentes socialistas?

–Bueno, algunos eran gente del pueblo, iban a la taberna, jugaban a la murra. Di Tomasso jugaba a la murra, fumaba toscano y era uno de los dirigentes partidarios de extracción popular. La cabeza más clara del socialismo era el doctor Justo. También conocí, en Europa, al alemán Bernstein y al francés Jean Jaures. ¡Qué espíritu práctico y al mismo tiempo humano! Jamás sacrificaban al dogma un interés real. No estoy arrepentido de haber sido socialista; al contrario, me enorgullezco.

–Pero el pueblo no era socialista.

–No, era radical. Por ejemplo: el carrero era radical y el chofer socialista. El PS era producto de obreros inteligentes. Por 1911 despertó completamente la demagogia yrigoyenista. Yrigoyen era un hombre raro. Los radicales tenían dos tipos de adherentes: los hijos de inmigrantes y la plebe criolla.

–Cuando en 1911 se promulga la ley del voto secreto universal y obligatorio, ¿eso no provocó discusiones?

–Claro. Recuerdo discusiones sobre el asunto en mi casa. Para mí, el voto no es un derecho, es un procedimiento. La humanidad vivió 20 siglos de civilización cristiana sin votar y nadie se murió por eso. Claro que ahora el voto es algo irreversible. Recuerdo que Juan B. Justo dijo: "Les hemos dado el voto sin que sepan qué es". Mi padre informó a la Cámara, como diputado del Partido Conservador, sobre el tema y ellos tenían la impresión de que estaban haciendo una macana. Fue

casi una viaraza lo que vino después. La tendencia de Pellegrini era ir progresivamente y aquí, en cambio, se abrieron las compuertas.

–¿Cómo eran los primeros diputados radicales?

–Eran tan oligarcas como yo. Cantilo, Gallo, mi médico, el doctor Arriaga... Si hasta don Bernardo de Irigoyen, en el fondo, era lo más conservador que se puede ser. Además, el triunfo radical fue la negación del sufragio. Esa misma noche les apedrearon la casa a los hombres del gobierno. Entre el comunismo y el Partido Radical estábamos nosotros, que no éramos estatistas sistemáticos. La filosofía era la elevación de las clases populares usando la agremiación y el cooperativismo. Recuerdo, haciendo un paréntesis, que en Europa tuve largas charlas con el marxista Kautsky, quien estaba contra la revolución violenta. ¡Ah, esos socialdemócratas alemanes! Era tan pobre y austero Kautsky (aunque fuera del partido gobernante) que cuando me invitó a su casa, me dio té sin azúcar y un pedazo de pan duro. Era un hombre extraordinario. Pero volviendo al país: yo siempre he sido concordancista. Busco siempre el punto de contacto y no de disidencia. No soy dogmático.

La república democrática

Para F. P., la "república democrática" comienza en 1911, cuya duración abarca hasta el surgimiento del peronismo. En innumerables oportunidades Pinedo fue diputado y luego encabezó el Partido Socialista Independiente que formó coalición, frente a Hipólito Yrigoyen, con los conservadores. "Claro que durante el gobierno de Alvear (segundo presidente radical) todo fue muy normal. Alvear era un aristócrata, un hombre de primer orden. Le hicieron una guerra como al peor enemigo los radicales del otro bando, que estaban con Yrigoyen. Al volver el Peludo en 1928, no podía ser presidente ni por razonas físicas ni espirituales. A los embajadores los hacia esperar quince días en la antesala sin atenderlos. Los ministros habían dejado de ser tales. Eran ridículos. Tras la revolución del 30 me tocó mucho papel. Amigo de los generales Justo y Uriburu, yo, junto con Antonio Santamarina, les hacía frecuentes visitas a ambos para que se unieran. Uriburu no era inteligente pero sí tenaz y permeable. Quiso formar una Junta y tuve el

barrunto de que me pensaba poner, lo que no puedo afirmar. 'Si es una Junta y figura Lisandro de la Torre, él será más que usted', le observé".

–¿Qué opina de Lisandro de la Torre y las acusaciones de "entreguista" que hizo contra usted?

–Prefiero no opinar. Sus primeros discursos me provocaron admiración. Después me atemperé. Su tendencia era democratizante neta. Pero era un oligarca también. Cuando De la Torre y Uriburu se distanciaron, y la candidatura radical fue vetada, el general Agustín P. Justo terminó como candidato, pese a que Uriburu no lo quería nada. Creo que Justo hubiera ganado sin fraude, sin el veto a los radicales; paro entonces se acreditó el sistema del fraude.

Yo fui el pontífice de la Concordancia (conservadores, radicales antipersonalistas y nosotros, los socialistas independientes) y así llegamos a Justo, que es indiscutiblemente de lo mejor que podíamos haber tenido.

–Eso es lo que se llama "Década Infame".

–Bah, son pavadas; frases, tonteras. Salimos de la crisis financiera más grande que teníamos. Fundamos el Banco Central. No es cierto que hubiera monopolio de las carnes. Como esa otra falacia del imperialismo. El país debe todo su progreso al capital extranjero. Hay una tradición que debe ser renovada; no hay que ver en ninguna empresa que funciona en d país a una sociedad extranjera. Si se acoge a nuestras leyes es argentina. Es como ahora, que dicen "compren lo argentino aunque sea más caro y peor". ¡Y si un fabricante de chocolate suizo viene aquí a poner su fábrica no le podemos decir "No señor, necesitamos ruedas dentadas"!

–¿Y si realmente las necesitáramos?

–Bueno, pero él fabrica chocolate más barato y mejor hecho que el de aquí. Y esto lo digo a título de ejemplo. No hay que tener ningún rechazo al capital. Es internacional y por lo tanto está en todas partes. Es como ese lugar común de que hay colonialismo: ¡Si hay países monoexportadores que a su vez pueden esclavizar con sus precios a las metrópolis! En los Estados Unidos no se vive bien porque ése sea un país que explota a sus colonias; allí se vive bien porque hay pujanza y potencia, nada más. Hoy nos olvidamos de esas antiguas tradiciones de hospitalidad y nos ocupamos del origen de los capitales.

–Volviendo al voto y a lo que usted llama fraude...

–Sí, en 1931 era la negación del sufragio. Aunque nuestro sistema sea de república representativa es imprescindible aún hoy atravesar un proceso de capacitación para votar. No se trata de un voto calificado tampoco. Pero repito que pensar que por naturaleza el hombre es un animal que vota es una cosa estúpida.

–¿Cómo funcionaba el fraude?

–Había de todo y, por ejemplo, un sistema de acuerdos. Recuerdo que en el año 40, más o menos, había dificultades parlamentarias. Los radicales no daban quórum y tenían mayoría. Ellos siempre son iguales: ganan las elecciones pero pierden las revoluciones, y siempre eligen las revoluciones. Entonces llamé a un prohombre de Bahía Blanca que se llamaba Guido y que se sentó ahí donde está usted. "¿Cómo arreglamos para que funcione el Congreso?", le dije. Y Guido contestó: "Abriendo las compuertas electorales". Entonces yo le dije que examináramos la hipótesis de una libertad electoral perfecta, total, intachable. "¿Ustedes qué hacen?", pregunté; Guido respondió: "Los metemos presos a ustedes por fraudulentos". Entonces sugerí: "Hablemos con un prohombre de primera línea, con Alvear". Yo no lo conocía, pero su padre era amigo del mío. Le avisé al presidente Ramón Castillo (del cual fui consejero, igual que de Agustín Justo) que me dirigía a Mar del Plata a conversar con Alvear; era un hombre razonable. La conversación fue fácil. "¿Por qué no llegamos a una solución parecida a la que llegaron los mitristas y alsinistas?", le sugerí.

La salida que ofrecía Pinedo era ésta: como se debía elegir una lista de diputados para las elecciones metropolitanas, propuso a Marcelo de Alvear elaborar una lista de cinco nombres a elegir en común, que figurarían en las dos listas. Otros cinco nombres serían elegidos tanto por los conservadores como por los radicales, quienes los pondrían en sus respectivas listas.

–Así habría cinco prohombres comunes, factores de equilibrio y pacificación; personas neutrales y aceptables, elementos moderados. Alvear entendió muy bien. Éramos adversarios, pero la discusión que sostuvimos consta muy objetivamente en el diario *La Nación* de aquella época. Pero ni conservadores ni radicales resolvieron aceptar y el fraude continuó porque yo estaba por el acuerdo pero no admitirla

hasta el final de los siglos que a un presidente lo eligieran por radical alvearista y los que no lo éramos fuéramos considerados ciudadanos de segunda categoría. Además, los alvearistas no eran los mayoritarios. Los radicales antipersonalistas como Alvear gobernaban con plata conservadora, fraude conservador y apoyo conservador. Y encima los votantes mayoritarios eran los yrigoyenistas, que estaban proscriptos. Sin embargo, siempre hay que ir al acuerdo. Porque el principismo político es lo que hace mal a los pueblos hispánicos.

Aquí se festeja la intransigencia como una virtud. Yo siempre aconsejé prudencia a Justo y él sabía escuchar. También fui asesor del presidente Ramón Castillo, que había sido senador por Catamarca, provincia chica con gran ascendiente del poder federal. Yo le organicé el gobierno, pero después nos alejamos porque él era germanófilo y yo aliadófilo...

Después del diluvio

Para el ex ministro, lo ocurrido en 1945 resultó una catástrofe: "Demagogo irresponsable, sin noción de los problemas públicos, Perón superó en defectos a Yrigoyen, que si bien antiparlamentario y autoritario, correspondía al concepto tradicional de caudillo americano. Sin embargo, hacia los finales del gobierno de Perón, estando yo en la Penitenciaría Nacional, hice también un llamado a la pacificación".

–¿Cuál fue su participación después de 1955?

Pinedo (que fue ministro tres veces: 1933-35, 1940-41, 1962) precisa que a "Aramburu le dije que no inflara artificialmente la cosa gremial; les damos a los líderes sindicales un poder exagerado y ése es el origen del mal. En Alemania sólo un tercio de los obreros están agremiados. Aquí los afilian compulsivamente. Eso no es juego limpio. Aquí el único que habla es el partido sindical".

De Arturo Frondizi, F. P. afirma que "cuando lo eligieron presidente le mandé una esquela que decía: 'Cállese la boca, no hable tanto. Hace cosas excelentes aunque dice cosas erróneas. Si no hablara, sería macanudo'". Pero fue durante el gobierno de José María Guido cuando se produjo el sonado *affaire* de la inopinada alza del dólar.

"Yo no me quedé con un solo dólar. La cosa fue así: me antecedió mi amigo Whebe, un muchacho muy bien, quien tuvo que cerrar el mercado de cambios. Yo llegué un viernes por la tarde al Ministerio, tras la hora del cierre; el lunes no hubo compra de divisas y el martes el gobierno se retiró como vendedor, no sostuvo el peso y el dólar subió. Pero no es cierto que yo, sabedor del alza, me llevé millones de pesos. Salvo una estancia de 2500 hectáreas que me compré en 1938, con 300 mil pesos cobrados en concepto de honorarios a los Bemberg y las compañías de ferrocarril, no tengo otro bien. Por supuesto que en esa oportunidad gané bastante más que esos 300 mil pesos".

Con respecto al actual Poder Ejecutivo, Pinedo afirmó que "a este presidente de ahora no lo conozco ni por haber compartido una caja de fósforos; no se puede seguir viviendo sin régimen representativo. Ese partido de la revolución del que se habla ahora es una puerilidad en la que ya pensaba Matías –Sánchez Sorondo, senador conservador– en el 30. El absolutismo provoca despotismo y trae ministros inexpertos. A los de ahora parece que los sacan por tómbola. Se llega al Poder Ejecutivo sin haber probado capacidad en la tarea parlamentaria. A cada uno de estos neófitos los convencen: 'Usted va a durar como las pirámides de Egipto', y al primer soplo vuelan. ¿Qué esperan para abrir la compuerta electoral, que llegue el paraíso terrenal? Eso nunca va a suceder. La misma solución acordada del tiempo de Alvear puede funcionar ahora; hay que llamar a la gente y decir: 'Señores, esto va a ser un largo crepúsculo, pero quiero soluciones razonables y no voy a tirar todo por la ventana. Aquí va a haber lucha política pero vamos a sustraer los cargos a elegir para ponerlos en manos pacificadoras'. Así, por ejemplo, de un parlamento de 200 diputados habrá 150 hombres de primer orden, tranquilos y que no van a hacer ninguna macana; el resto, por ejemplo, será de extrema izquierda y extrema derecha. Así, con el tiempo, las proporciones de los cargos controlados serán menores hasta llegar a una vida constructiva, quieta, normal. Un sistema de frenos y contrafrenos es lo que hace falta".

Para Pinedo "los jefes militares no saben de la cosa pública y tampoco Justo sabía, pero al menos escuchaba y se dejaba convencer. Escuchar no es dar un buen almuerzo, es saber qué opina el país. Gobernar es tener tradición y experiencia en el poder. Y si alguien impugna elecciones

realizadas de esta manera que propongo y cualquiera dice que Juan no salió elegido sino que le tocó a Pedro, eso no importa; en el fondo el país va a estar representado y eso es lo esencial".

Para el viejo, fogueado político, el subdesarrollo es "otra macana que inventó Raúl Prebisch. Porque somos un país que figura entre la cuarta parte más rica del mundo y porque, además, no tenemos nada que ver con el resto de América del Sur. Ser productores de materia prima no implica nada malo: también Estados Unidos, Canadá o Dinamarca lo son. ¿Industrializar para dejar de ser agroexportador? Eso es decir una nueva macana colosal, porque la industrialización debe llegar pero a su tiempo, muy lentamente. Que vaya el capital adonde quiera y fomente el progreso técnico".

La noche había caído casi del todo: Federico Pinedo se acarició suavemente la corbata. "Porque nosotros, ¿sabe?, somos los que hicimos este país. Y los que están ahora dicen que quieren conservarlo pero no saben qué hacer con él. Mucho me temo que hasta pueda venir una revolución nacionalizante. Sería una catástrofe, si es que no viene algo peor".

Misceláneas

Hablaron de teatro: Cossa, Rozenmacher y Walsh
Reportaje de Pirí Lugones en cuatro escenas

[*Tiempos modernos,* Nro. 3 | Julio de 1965]

Que el teatro argentino está pasando por un momento particularmente feliz lo dice –antes que nada– la irrupción tumultuosa y vertical de una generación de autores signada por la autenticidad y el talento dramático. Cossa, Rozenmacher, Walsh (aquí presentes), De Cecco, Halac y otros así lo testimonian. Primeras experiencias las de casi todos ellos pero que hablan ya de una incuestionable responsabilidad intelectual y humana, y, más aún, de una capacidad creadora que sabe aunar, irreprochablemente, la preocupación por su país y el mundo con la otra, la expresiva, la estética. Pirí Lugones, por no ser menos, ha creado esta pequeña obra en cuatro escenas y un estrépito final que demuestra hasta donde son de imponderables las posibilidades de la dramaturgia en nuestro país. Esta obra se representó en exclusividad para Tiempos Modernos. *Cualquier parecido o semejanza con otras obras de similar estructura es, desde ya, pura casualidad. Agradecemos a Pirí Lugones haber montado un espectáculo tan auténtico y tan logrado. Algunas omisiones del texto, referidas a interjecciones u onomatopeyas más o menos espontáneas son, lo aclaramos, responsabilidad de esta dirección. Una repetida experiencia de "espontaneidades" de esta índole costó, no hace mucho, serios disgustos a los directores de una revista juvenil. El hecho de ser* Tiempos Modernos *una revista adulta no la exime, al contrario, de intentar, en lo posible, sobrevivir. Por eso, en fin, y pese a compartir las puteadas de los actores de esta obra, las hemos simulado cautelosamente, sutilmente, con puntos suspensivos. Queda en manos de nuestros lectores juzgar si esta versión purgada se justifica por sí misma o debemos la próxima aparición de nuestra revista publicar la versión original. ¿Quién le teme a… la versión original? Gracias, de todos modos.*

Escena I

La escena se desarrolla en casa de la periodista. Un living que no puede ocultar un dormitorio. Sillas, mesas, un afiche en la pared, cierto desorden. En el suelo, un grabador enchufado.

Están sentados en círculo:

Periodista.

Roberto M. Cossa, 30 años, autor de Nuestro fin de semana.

Rodolfo J. Walsh, 38 años, autor de La granada.

Germán Rozenmacher, 29 años, autor de Réquiem para un viernes a la noche.

Chana, mujer de Rozenmacher, joven y bonita.

Antes de comenzar la escena se oyen confusas voces en donde se mezcla el ruido de hielo y vasos, palabras sueltas y superpuestas: Santo Domingo, Caamaño, turros, yanquis, etc.

Per.—El reportaje que les voy a hacer es para *Tiempos Modernos*, la que era *El Grillo de Papel*. La primera pregunta –aunque tengo pocas ganas de trabajar y voy a dejar que ustedes conversen– es: ¿para qué y por qué hacen teatro?... *(Mirando el artefacto.)*

Cossa.—Sí, está grabando. Si se mueve ahí, es que está grabando…

Per.—Bueno, Cossa, aparte de tu experiencia breve, como actor y crítico literario, ¿cómo te pusiste a escribir *Nuestro fin de semana*?

Cossa.—Empecé a armar diálogos, quería una obra en un acto. Lo hacía un poco espontáneamente porque me gustaba dialogar…

Walsh.—Esa debe ser una experiencia común… Además es una pregunta que siempre se hacen. (*Fastidiado.*) ¿Y qué sé yo por qué?

Per (*Agarrándose a la única pregunta que se le ocurrió).*—Pero yo pregunto por qué eligieron la forma teatral, y no el cuento, el poema…

Cossa.—Poema es difícil que uno no haya escrito, cuento ya había intentado. Uno se pone a narrar una carilla y después la rompe. Vos llegás al teatro porque el diálogo te carbura, te resulta fácil, es una expresión directa en uno. Además yo vengo de una familia de actores…

Per.—Y antes del teatro, ¿qué hacías?

Cossa.—Nací.

Per.—¿Y así chiquito empezaste?

Cossa.—No, tuve una “infancia muy dura”. (*Lo dice en chiste y todos ríen.*)

Per.—Vamos a dejarlo, lo de la infancia dura, vamos a dejarlo entre comillas, para eso hay un grabador acá…

Cossa.—Antes hacía lo de siempre, un primer año en alguna facultad como todos nosotros…

Walsh.—¿En cuál, che?

Cossa.—Medicina.

Walsh.—Yo hice filosofía en La Plata.

Per.—¿Vos, Germán?

Cossa.—No, Germán es el único que rompe aquí con el…

Rozenmacher.—Yo estoy terminando, gracias a Chana, Letras. Me faltan cinco materias…

Chana.—Le damos al latín hasta las cuatro de la mañana.

Rozenmacher.—Dejé Derecho, con gran drama de mis viejos. Empecé a hacer lo que quería, estudiar y ponerme a escribir.

Walsh.—¿Tu viejo quería que fueras abogado?

Rozenmacher.—Sí… bueno, quería…

Walsh.—Que fueras alguien.

Chana.—¡Un doctor!

Rozenmacher.—Sí, claro, como todos los padres…

Cossa.—“Alguien”. Pero que aparte ganara plata…

Per.—Ya lo logró tu padre, ¿no?

Rozenmacher.—¡Nooo!

Walsh.—¿No está satisfecho?

Rozenmacher.—No, él creía que esto era una especie de escalafón. Uno escribía una obra… Me decía: “Ahora vas a hacer otra, y después otra, y te vas a comprar un coche…”.

Cossa.—Bueno, es la opinión de Mottura, en alguna medida, ¿no?

Rozenmacher.—Cuando le expliqué que la cosa era más ambigua, que no había ninguna garantía de que a uno le fuera bien o mal, independientemente de la calidad de la obra, se quedó pensando: “¿Dónde está la manija de la pelota ésta, para qué sirve todo esto?”.

Per.—Ese es el punto de vista de tu papá, pero por qué ustedes tres…

Rozenmacher.—No sólo de mi papá… sino…

Per.—Bueno, de tu papá, de Mottura, en fin… (*Risas generales.*)

Walsh (*Candorosamente*).—¿Quién es Mottura?

Rozenmacher.—¿Contamos la anécdota, Cossa?

Cossa.—Bueno, Mottura tiene dos anécdotas, una sobre…

Rozenmacher (*Interrumpe, se levanta*).—¡No, no, no! ¡No la contés que va a salir!

Cossa.—Yo se la cuento igual…

Rozenmacher.—¡Ay! ¡Qué huevón! ¡Vos no la conocés! (*A Periodista.*) ¡Si la ponés te saco en la revista *Así*, en la tapa, con los cadáveres! (*Risas.*)

Cossa.—Bueno, no creo que Mottura dirija una obra nuestra nunca, y segundo, espero que Pirí la publique, pero que lo haga en un diálogo salpicado, entonces nos comprometemos los tres.

Per.—Yo te pongo los cómplices, no te preocupés.

Walsh.—A mí me contaron que fue a ver una obra, ¿no era la tuya?, y dijo: "Muy bien, muy linda, muy intelikente ¡pero no entendí un karako!".

Cossa.—No, conmigo no fue. Fue a verlo a Gené y le dijo: "Muy linda la obra, muy lindo tu trabajo, Gené. La obra está muy bien, é muy verdadera, tan verdadera, ¿eh?, ¡ma tan verdadera que me rompió la pelota!". (*Risas de todos.*) Y a Rozenmacher le dijo…

Per.—No, que lo diga Rozenmacher.

Rozenmacher.—Bueno, va a ser una contribución a la mitología del teatro argentino, no a Mottura director. Me presentó Gutiérrez. "Ah, é muy buena su obra", me dijo, "sí, muy buena, é muy fluida, questa pluma fáchile que usted tiene. E dígame, ¿per ché se quedó en la casa del muchacho? Per qué no va a casa de la chica, e toda la familia de la chica, questa cosa. Claro, questo é un tema que Carolina Invernizzio ha tratado ya, pero tratarlo ahora con mucha altura, con questa prosa fáchile, siga, siga".

Per.—Eso es la fama, ¿no?

Escena II

Se han servido algunos whiskies, algunos cafés, se han fumado muchos cigarrillos. La periodista se dejó llevar por la gracia de la anécdota y

ha olvidado su función o la ha relegado al grabador. Entonces Walsh se acuerda de su oficio de periodista y empieza a conducir el reportaje.

Walsh.—Yo insisto en preguntarle a Germán en qué medida es autobiográfico el *Réquiem*.

Rozenmacher.—Bueno, es más autobiográfico que lo de Cossa, y no hablo de tu obra. Pero lo es en la medida en que todas las buenas obras que hacemos son autobiográficas… Es la única seguridad que tenemos del mundo que nos rodea, es el testimonio de lo verificable, cuando no queremos macanear, hacer "literatura". Se impone como método de trabajo, como forma de ir hacia la realidad, sin influencias, que es lo más tramposo. La autobiografía es la única manera de comenzar a abrir nuestra realidad, de ir probando hasta ver adónde se llega.

Per.—En vos, Cossa, el sentido de lo autobiográfico es el de lo conocido, ¿no?

Cossa.—Sí…

Rozenmacher.—En él…

Per.—Tus parlamentos son muy largos, Germán, dejalo…

Rozenmacher (*En broma*).—Los parlamentos de Walsh también son muy largos y Potenze se lo hizo notar. (*Ríen todos.*)

Per.—¡Mottura y Potenze en un mismo reportaje, me niego!

Cossa.—Yo creo que hay cosas de las que no escapamos ninguno, no lo digo como defensa ni calificación de la obra. Creo que hay una constante que nos pertenece a todos: el aburrimiento, la incomunicación. El clima de *Nuestro fin de semana* no es autobiográfico pero sí observado.

Walsh.—¿Y qué es lo que te lleva a escuchar a esa gente? ¿Cómo podés acercarte a la monotonía con tanta paciencia?

Cossa.—Es una pregunta que no me han hecho antes ni me la he hecho yo mismo.

Walsh.—Es decir, ¿vos amás a esa gente?

Cossa.—Sí. A mí no me deprimen. Cuando sufren, me duele. Yo prefiero escucharlos, y no darles cosas mías.

Walsh.—¿Hay una tesis, aunque sea implícita, de que esa gente está así por la situación social?

Cossa.—Yo no me lo planteo, pero creo que sí. Son tipos

generalmente clase media, gente pequeño-burguesa, cuyas salidas en esta construcción social son imposibles.

Walsh.—¿El factor opresivo esencial sería una sociedad de masas?

Cossa.—No, una sociedad netamente capitalista, donde el hombre vive junto a seis millones, pero no se comunica nunca con el hombre de al lado.

Escena III

Per.—Se ha hablado mucho de la "renovación" del teatro argentino, que los incluye a ustedes y a De Cecco. ¿Ustedes qué opinan?

Cossa.—Creo, y lo dije ya en un reportaje, que no se puede hablar de renovación con sólo tres obras de autores nuevos, tres primeras obras. Para eso haría falta toda una corriente dramática. Hasta tanto, creo que son coincidencias, nada más.

Rozenmacher.—Fijate que los críticos, que se supone deben estar informados, no mencionaron a Halac en esa renovación. Y *Soledad para cuatro* es del 60 o el 61. Pero esta es una de las características de nuestra sociedad subdesarrollada clase A: la necesidad desesperada que sentimos por tener un cine o una dramaturgia. Debemos tener mucho cuidado en no inventar. Lo menos que podemos tener es mucha lucidez y mucha modestia para calificar, para tipificar. (*Hace un gesto buscando un cigarrillo.*)

Per.—Acá hay, ¿querés? (*Rozenmacher enciende.*)

Escena IV

Walsh.—…En la temática forzosamente se deben abarcar los grandes meridianos de interés…

Cossa.—…pero, ¿cómo?

Walsh.—…el dinero, la política, el poder, el amor, no sé si hay otros… la vida cotidiana…

Cossa.—En realidad, esa es la temática universal. Importa cómo la tenemos que dar nosotros.

Walsh.—Teniendo en cuenta el tipo de país que somos,

semidependiente, en donde el escritor tiene, además de la función de creación artística o de placer estético, que no puede renunciar, otra función, que es la del hombre de lucha. A esta altura de las cosas ya no se puede ser un mero esteta. Creo que el último escritor de derecha de Latinoamérica ha muerto, o tiene 70 años…

Cossa.—O es Borges…

Walsh.—…que tiene 66.

Rozenmacher.—La necesidad de comunicación que decís vos es cierta, pero el peligro consiste en hacer populismo…

Walsh.—…el peligro consiste en renunciar a lo que de todas maneras sigue siendo…

Rozenmacher.—…no ser artista, ¿no?

Walsh.—¡Claaaro! De ninguna manera una actitud de lucha implica descender a una mera actitud de propagandista callejero y renunciar a lo que es arte.

Rozenmacher.—Ese es un peligro, el otro es que uno empieza solo. Arlt, Payró, Sánchez, empiezan solos. En cuanto a lograr la creación del mundo artístico de uno y hablar de cosas que a uno le permitan actuar como escritor militante, sin hacer panfleto, es un laburo de la gran…

Per.—Ustedes dirían que están influidos respectivamente por…

Cossa (*murmura*).—¡Por tanta gente! (*Fuerte.*) A uno le es difícil observar influencias. A veces son gustos. A mí un autor que me tocó mucho es Miller.

Walsh.—A mí también me interesa fundamentalmente Miller. Me parece el más grande autor de teatro…

Rozenmacher.—…contemporáneo.

Walsh.—…contemporáneo y hay que remontarse muy atrás para encontrar.

Cossa.—Ahora, ¿por qué tal o cual debe ser la temática nuestra? (*A Walsh.*) Vos has agarrado un tema en *La granada* que es inexplicable que los autores argentinos no hayan tocado antes, y lo hiciste por el único camino que se me ocurre que se podía hacer, que es por el lado de la farsa.

Walsh.—Bueno, la necesidad de tocar el tema me parece ineludible en la medida en que el Ejército viene influyendo permanentemente en la política de nuestros países desde hace 150 años. Tratarlo en farsa

es la manera más "presentable" de tratarlo. La conciencia de que es un tema fundamental se está despertando en todas partes al mismo tiempo. Hay cuentos de Viñas anteriores a mi obra, o *La ciudad y los perros*, donde se realiza una embestida contra la institución militar, que para decirlo de una vez y por todas es una institución que sobra en países miserables, donde la gente se muere de hambre y estamos manteniendo aparatos guerreros absurdos.

Rozenmacher.—No es tan inexplicable que no se haya tratado el tema. Eso refleja la situación del intelectual de un país colonial, en la medida que no crea vitalmente cultura sino que la refleja y se limita a ser un acompañamiento orquestal y sólo cuando toma conciencia de su mal empieza a denunciarlo.

Walsh (*A Cossa*).—A mí, la descripción de esas vidas grises de empleados, en tu obra, me parece totalmente subversiva.

Cossa.—Sí, yo creo que no hay complicidad en eso. Pero te preguntaba por *La granada* porque creo que el tratamiento en farsa es muy importante. El teatro argentino está un poco enfermo de trascendentalismo. Creo que el camino es un tratamiento mucho más realista, más cotidiano. No porque yo defienda mi teatro. Se puede hacer así, como Germán, como vos. En alguna medida como Halac, como De Cecco, pese a que él busca un trascendentalismo a través de la arquitectura de la tragedia griega.

Walsh.—Esto sería más el tratamiento que la temática.

Cossa.—Creo que la temática hace mucho a esto. Ionesco no es sólo un tratamiento, un estilo. Detrás hay un criterio, una temática, una ideología. Bueno, pienso que los argentinos tienen que ser anti ionesco.

Walsh.—Sí, totalmente de acuerdo. Yo me he manifestado aparentemente en contra del tratamiento realista porque en primera instancia a mí no me sale.

Cossa.—Pero tu obra es realista, ¿no?

Walsh.—Sí, en parte sí. Pero introduzco por ahí sectores de irrealidad. El técnico en explosivos es irreal…

Cossa.—Claro, pero nadie sale pensando que no son los militares argentinos y en ese sentido vos reflejás una realidad nuestra.

Rozenmacher.—Eso de Mao de las Cien Flores viene perfectamente

bien. La única condición es que el espectador se vea reflejado. La manera en que el autor logra crear la comunidad entre espectador y escenario es cosa suya.

Cossa.—Sí, pero como constante, el escritor tiene que trabajar de una forma directa, reflejando una realidad nuestra permanente y vigente.

Walsh.—Sí, yo trato de evadirme a veces pero no puedo. La realidad argentina y la realidad latinoamericana pesan en mí de una forma abrumadora, ¿no? Mi primera tentación es buscar símbolos, eso te agarra los…

Rozenmacher.—Yo creo que la vanguardia para nosotros es el realismo, dándole una amplitud total a la palabra realismo.

Per.—¿Tienen algo más, muy importante que decir?

Cossa.—¡Nunca!

Per (*Señalando la cinta del grabador*).—Queda poco.

Walsh.—Podríamos aprovechar para decir algo sobre los de… norteamericanos en la República Dominicana…

Cossa.—…repudio…

Rozenmacher.—…voto de censura.

Per.—No, ahí empezaron la grabación.

Cossa (*con ironía*).—Bueno, bueno, política no, ¿eh?

TELÓN

Diccionario de la literatura universal

[Muchnik editores, 1966]

El **Diccionario de la literatura universal***, publicado por Muchnik editores en 1966, fue un proyecto dirigido por Roger Pla. Entre sus colaboradores figuraron Jaime Rest, Luis Gregorich, Juan Carlos Ghiano, Roberto Juarroz y Witold Gombrowicz, entre otros. El diccionario se preparó desde una perspectiva estilística y comparatista, por lo que las entradas con nombres de autores fueron dejadas de lado para privilegiar lecturas de obras paradigmáticas, explicaciones de géneros y movimientos, y desarrollos abarcativos de las diferentes literaturas. Germán Rozenmacher, como consta en el índice de "Colaboradores principales", tuvo a su cargo las entradas de "Literatura hebrea e ídish" y se lo presentaba de este modo: "Cuentista. Autor teatral. Graduado en el Seminario de Maestros Hebreos de la AMIA de la República Argentina". A continuación, una breve selección significativa de las entradas que Rozenmacher escribió para el diccionario. Al final de la selección, se consignan la totalidad de los textos escritos (alrededor de noventa entradas sobre literatura hebrea, ídish y española).*

Biblia (La). Con este nombre, que en griego significa 'los libros', conócese la colección de escritos pertenecientes a diversos autores y épocas y cuyos asuntos y temas, de carácter religioso, constituyen los pilares del cristianismo. Esta denominación fue oficialmente aceptada en el siglo V y se impuso en el consenso general. La división entre Antiguo y Nuevo Testamento (v.) es de fuente cristiana y estas expresiones se encuentran ya en los Evangelios (v.) y en las Epístolas (v.), y son usadas por el filósofo Orígenes. *Testamento* es una traducción inadecuada del hebreo *Brit* ('alianza'). La Biblia reúne toda una literatura con variados temas, estilos y autores en un solo libro cuyas partes más antiguas datan del año 1200 a. de J. C. y las últimas del año 100 de la era común. La Biblia hebrea contiene el llamado Antiguo Testamento, escrito en hebreo y a cuyos libros el judaísmo reconoce como sagrados. El Nuevo Testamento es venerado por el cristianismo junto con el anterior y considerado como continuación y culminación de la Biblia hebrea. Nos ocupamos ahora de esta última, pues el Nuevo Testamento y las obras que lo componen serán tratados en artículos especiales. La presente es, pues, tanto una ficha general de Biblia

como un resumen del Antiguo Testamento. Los judíos usan comúnmente la denominación *Tanaj* para referirse a su libro sagrado. Es una sigla que significa *Torá* ('Pentateuco', v.), *Neviim* ('Profetas'), *Ketuvim* ('Hagiógrafos' o 'Escritos') y señala las tres grandes partes en que se divide la Biblia hebrea. Ésta reúne un total de 24 libros, por lo que también se la llama *Esrim Vearba* ('Los 24'). El Talmud prefiere usar la expresión *Kitvé Kodesh* ('Sagradas Escrituras') y el hábito de leer fragmentos de la Biblia durante el oficio religioso impuso el nombre *Mikrá* ('Lo leído'). El Antiguo Testamento contiene temas aparentemente mundanos en mayor proporción que el Nuevo Testamento o el Corán. Sin embargo, tanto los Padres de la Iglesia como Mahoma encontraron allí enseñanzas fundamentales y normas éticas. Contribuyó también a la formación de innumerables idiomas nacionales, como ocurrió con la traducción de Lutero que fue un factor importante en la formación del alemán moderno. (En muchos dialectos, es el único libro impreso.) Considerada como selección o antología de muchos autores, presenta testimonio de una literatura oriental, la hebrea, que según muchos estudiosos y poetas supera en riqueza a la griega. Los períodos de desarrollo de la literatura bíblica suelen dividirse así: 1) oral, que comprende cantares primitivos, leyes, etc., más tarde incluidas en el Libro; 2) arcaico, que comprende desde Moisés hasta Samuel (siglos XV-XIII hasta el año 1050 antes de la era cristiana); 3) edad de oro o clásica, que abarca desde la instauración de la monarquía hasta el retorno del exilio babilónico (desde 1050 hasta 537 antes de la era cristiana); y 4) período de decadencia, desde la época posexílica hasta el final del reino asmoneo (del 537 al 63 antes de la era cristiana). Entre los géneros literarios cultivados encuéntranse poemas –los más antiguos– que revelan influencias de otros pueblos orientales, por ejemplo la canción filistea que exalta la captura de Sansón (*Jueces*). También narraciones como los relatos sobre la vida de José. La poesía surgió antes que la prosa. Un género singular y propio de la Biblia, la profecía, se originó en la Palestina septentrional alrededor del siglo IX a. de J. C. Amós, que vivió 750 años a. de J. C., es el primero de una serie de autores que finalmente llegan a escribir sus profecías con Isaías y Jeremías y alrededor del siglo VI a. de J.C., con Ezequiel y el segundo Isaías, la profecía se convierte en un género definitivamente literario. Otros elementos que participan del texto bíblico son las oraciones o súplicas a Dios, los oráculos, el refranero, proverbios, codificación legislativa que abarca

aspectos religiosos, rituales, éticos, etc. También consejos didácticos relacionados con las instrucciones egipcias de Ptah Hotep. Hay leyendas y sagas que relatan el origen de las 12 tribus hebreas; el recuerdo del mitológico dragón babilónico Tiamat se vislumbra en el Leviatán, fabuloso animal marino citado el Génesis. La primera de las tres partes del Tanaj es la Torá ('Pentateuco', v.) que contiene cinco libros. La segunda está compuesta por los *Neviim* ('Profetas'), divididos en *Rishonim* ('Primeros') y *Ajaroním* ('Últimos'). Los Primeros contienen los libros de Ioshua ('Josué'), Shoftim ('Jueces'), Shmuel ('Samuel') y *Malajim* (Reyes I y II). Los últimos son *Ishaiáhu* ('Isaías'), *Irmiáhu* ('Jeremías', v.) *Iejézquel* ('Ezequiel') y los 12 profetas menores, *Trei Asar*, a saber: Oseas, Ioel, Amos, Ovaida, Iona, Mija, Najum, Habakuk, Tsefania, Hagai, Zejaría y Malaji. La tercera y última parte son los *Ketuvím* ('Hagiógrafos'): *Tehilim* ('Salmos'), *Mishle* ('Proverbios'), Iyov ('Job', v.) junto con los Rollos o *Meguilot: Shir Hashirim* ('Cantar de los cantares', v.), *Rut, Eijá* (Lamentaciones de Jeremías), *Kohelet* (Eclesiastes) y *Esther.* Finalmente *Daniel, Ezra* y *Nejemia* y *Divrei Haiamin* (Crónicas I y II). La Biblia hebrea titula sus libros con la primera palabra o la más significativa de las primeras de texto. El texto del Antiguo Testamento fue fijado alrededor del año 100. Varios libros fueron rechazados y otros suscitaron polémicas, como el *Cantar de los cantares.* Así los *Apócrifos* (v.) y los *Seudoepígrafes,* cuyos autores no eran aceptados como auténticos, fueron descartados. Los libros debían estar escritos en hebreo, su fecha de redacción no podía ser posterior al último profeta, Malaji ('Malaquías'), y sus concepciones religiosas debían guardar ortodoxia. La tarea de fijación del texto fue continuada durante la Edad Media. La razón fundamental que apuró a los sabios, especialmente a Ezra, en la redacción del Tanaj fue la de evitar interpretaciones tergiversadas. Otro motivo de peso fue de orden gramatical. El texto bíblico compuesto solo por consonantes, podía ser pronunciado de cualquier manera al vocalizar las palabras. La escuela de los Masoraítas (de *masora*, 'tradición') fue contar letras y palabras, fijar vocales. La fijación de la puntuación es del siglo X y la división por capítulos, del siglo XIII. Una ininterrumpida corriente de exégetas bíblicos se sucede hasta nuestros días. La Exégesis acepta dogmáticamente la autoridad divina del texto y busca señalar el sentido exacto del mismo. Durante un milenio esta tarea canalizó la actividad intelectual del judaísmo. El *Targum* es una exégesis consistente en la traducción del texto bíblico al

arameo, ejemplificando didácticamente, con ejemplos, cada párrafo de difícil comprensión. El más conocido es el *Targum Onkelos.* Otro tipo de exégesis, la *Halajá,* expone tópicos jurídicos mientras que la *Hagadá* ejemplifica con narraciones, aspectos morales. El *Midrash* es un método que apoya la investigación atenta del texto. En la antigüedad surgen exégetas individuales de la talla de Rabí Akiba o Hilel. La traducción del Tanaj al griego, la *Septuaginta* (v.), junto con los comentarios de Filón y Flavio Josefo ilustran sobre la exégesis de la época judeo-helénica. El caraísmo fue una secta que hacia el siglo VII rechazó la tendencia rabínica a estudiar preferentemente el Talmud y volvió a la exégesis exclusiva de la Biblia. Influyó sobre el insigne rabinista Saadia Gaon (siglo IX), quien exaltó la investigación del contenido literal y el aspecto gramatical de los textos. Abraham ibn Ezra es un estudioso del período español (del siglo X al XII) cuyas opiniones originales y demasiado audaces para un lector medio influyeron siglos después sobre Baruch Spinoza. Otro sabio cuya exégesis bíblica se popularizó muchísimo es Rashi, Rabi Shlomo ben Itzjak, que es estudiado aún hoy. Hacia el 1500 predomina el estudio del Talmud y recién en el siglo XVIII, el Iluminismo (v.) reaviva la exégesis bíblica por toda Europa. Se traduce la Biblia a varios idiomas y la denominada "Ciencia del Judaísmo" continúa esta tarea de exégesis, parcialmente. A principios del siglo XX comienza a componerse un "Comentario científico de la Biblia"; bajo la dirección del profesor Kahana, sólo han aparecido algunos comentarios y trabajos parciales. Junto a la exégesis bíblica, cabe mencionar a la Crítica Bíblica que se propone someter la Biblia a riguroso examen científico, tratando de fijar, por ejemplo, identidad de los autores, fechas, etc. Un antecedente se encuentra en Baruch Spinoza, quien puso en duda que Moisés fuera el autor del Pentateuco, como lo afirma la tradición. El aporte principal de la crítica bíblica se produjo en el siglo XIX cuando afirmó que el texto bíblico era el resultado de la reunión de varias mentes. La fuente J, llamada así porque en la misma Dios era siempre llamado Jehotá; la fuente E, donde Dios era denominado Elohim por lo que se la llamaba "Elchista". También la fuente H (Código de santidad), antiguas narraciones y el denominado *Libro de la alianza* fueron elementos para revisar toda la estructura de la cronología bíblica. Tratando de fijar el orden de los libros bíblicos se afirmó que, cronológicamente, los libros proféticos (Neviim) habían sido compuestos en su redacción final antes que el Génesis

y el resto del Pentateuco. Los rabinos rechazaron este criterio afirmando que el Pentateuco había sido compuesto en la época del éxodo de Egipto. Luego de provocar grandes resistencias, la actitud de la crítica bíblica fue aceptada hasta por organismos de enseñanzar religiosa hebrea.

Cábala ('Recepción' o 'Tradición'). Sistema místico de conocimiento de Dios e interpretación judía del Antiguo Testamento que aparece expuesto en una serie de obras cuyo ciclo se desarrolla entre los siglos VII y XIX y que alcanzó en el siglo XII una etapa de plenitud con el Zohar. El hebraísta cristiano Johann Buxtorf afirma que su doctrina está envuelta en el misterio y trata de Dios, la teología, el cielo, la metafísica, los ángeles, los espíritus y los símbolos. El exégeta bíblico y talmúdico judío de la Edad Media Rashi la define como "doctrina y hábito que recibimos de rabíes" de la Torá ('Pentateuco', v.), la Mishná ('Ley oral', v.) y la sabiduría oculta. Algunos santos cristianos recogen una tradición según la cual Moisés, además de los libros que recibió en el monte Sinaí, hizo partícipes de misterios secretos a setenta sabios muy escogidos. Tal sería el origen de la Cábala. La visión de Dios en medio de una nube cruzando el cielo en su carro celestial que tuvo el profeta Ezequiel (Merkavá) y el sentido oculto que los cabalistas encontraron al capítulo bíblico que refiere a la Creación son pilares fundamentales de la doctrina cabalística. Rasgos antropomórficos de Dios, como la descripción de su figura y ropajes contenida en el libro de Daniel, frases de sentido muy oscuro, ideas neoplatónicas y gnósticas, la doctrina de la secta de los esenios, son otros elementos de importancia. El anhelo de conocer el sentido integral de las escrituras llevó a los místicos judíos a investigar y descubrir múltiples misterios y riquezas en el texto que no podían ser explicados por la mera interpretación literal. Para el investigador Gershom Scholem, hay que distinguir seis períodos en la historia de la Cábala: 1º. La Merkavá (siglo I a. de J. C. hasta el siglo X). A los místicos de esta etapa se los llamó "Iordei Merkavá" ('Viajaros del carro celeste'), haciendo alusión a la mencionada visión que tuvo Ezequiel. Notables figuras como rabí Akiba, jefe espiritual de la rebelión de los Macabeos (v.), y rabí Iojanan ben Zakai son identificados como integrantes de este movimiento y verdaderos precursores del misticismo judío posterior. Este período abarca también el florecimiento de la cultura judía en el exilio babilónico. Los místicos de esta época reaccionan contra lo que consideran un anquilosamiento

de las instituciones y la vida religiosa, así como contra la influencia de doctrinas que estiman extrañas a la concepción judía del mundo. De esta época es el Sefer Ietzirá ('Libro de la creación'), atribuido a rabí Akiba pero escrito mucho después de su muerte, hacia los siglos VII u VIII. Es la primera gran obra de la mística judía y significa un nexo entre los cabalistas orientales y los europeos medievales; 2°. Jasidismo medieval alemán (1150-1250). El libro más importante de este período fue el Sefer Jaridim ('Libro de los piadosos'). Estos místicos postulaban, en un nuevo lenguaje y con una actitud diferente a los anteriores, una vida ascética, similar a la de los monjes cristianos. Sostenían que la penitencia ('teshuvá'), la impasibilidad ante los elogios o los insultos, el cumplimiento estricto de sus principios, era más valioso que la erudición. Se ha señalado en ellos influencias cínicas y estoicas y no tienen estrecha relación con el movimiento del jasidismo (v.) que aparece en Europa Oriental alrededor de 1750; 3º. Cábala española. Floreció alrededor del siglo XIII (Zohar, v.); 4º. Safed. Después de la expulsión de los judíos de España, la ciudad de Safed, en el norte de Galilea (Palestina), se convirtió en el principal centro cabalístico. Entre los místicos que allí vivieron, predicaron y escribieron merecen ser mencionados José Caro (v. Shulján Aruj), Moshé Gordoviru, autor de *Pardés Rimoním* ('Jardín de Granadas') –inspirado en el Zohar–, Itzjak Luria y Jaim Vital, propulsor de la Cábala Maasit (Práctica); 5°. Shabetai Tzvi y el mesianismo. El Zohar anunciaba la llegada del Mesías y los místicos creían poder adelantar la fecha mediante ejercicios espirituales. Impulsaron movimientos mesiánicos, como el que protagonizó Shabetai Tzvi hacia 1662, que arrastró a las masas judías autoproclamándose Mesías, hasta que finalmente provocó desastrosas consecuencias con su conversión al islamismo; 6º. Jasidismo. El trágico fracaso de estos movimientos mesiánicos no ahogó las experiencias místicas. Así, el jasidismo de Europa Oriental desarrolló la citada Cábala Massit que se aplicó a la cura de enfermedades y a la solución de problemas cotidianos mediante amuletos, magia, conjuros, etc. La Cábala nunca puso en duda las doctrinas religiosas tradicionales en sus aspectos esenciales. El propósito de la literatura mística fue indagar acerca de las relaciones entre Dios y el hombre y las infinitas manifestaciones de la divinidad, ocultas a la interpretación racional de las Escrituras. Exaltó, y éste es un rasgo propio de ella, la importancia del lenguaje. El idioma hebreo expresa, para un cabalista, la esencia del espíritu divino y

del constante proceso de la Creación. Viene del Señor y lleva a Él. Hay tres métodos cabalísticos basados en la indagación del lenguaje: 1) La *Gematriá* (Cábala aritmética) afirma que hay múltiples e insospechados sentidos en la computación numérica de las letras (cada letra hebrea es también un número). También se esconden oscuros sentidos en la forma de cada letra; 2) El *Notarikón* (relacionado con las siglas). Aquí palabras son también siglas de frases enteras. Por ejemplo, *Breshit*, primera palabra del libro del Génesis que significa 'En el principio', sería la sigla de una frase de sentido oculto. Veamos sus letras: B, Bará (creó); R, Ruaj (el espíritu); E, Eretz (la tierra); SH, Shamaim (el cielo); I, Iam (el mar); T, Tehom (el abismo); 3) La *Ternura* (substitución) consiste en alterar el orden de las letras de una palabra (la primera por la última y así sucesivamente), buscando sentidos ocultos en el vocablo que resulte. La Cábala se divide en *Maasit* (práctica), como la de los jasidim de Europa Oriental, *Iyunit* (contemplativa o especulativa), que aspira a un conocimiento intenso y hondo de la esencia de Dios, como el *Zohar*. Los cabalistas se esmeraron en alcanzar una visión impersonal, objetiva, de la divinidad, diametralmente distinta del testimonio personal valorado por los místicos cristianos. La Cábala influyó notablemente en la filosofía y la concepción del mundo judías, aunque también tuvo serios detractores, como la secta racionalista de los caraítas y el eminente filósofo hebreo medieval Maimónides (Moré Nebujim, v.).

Estado judío (El) [*Der Judenstaal*]. Escrito en alemán, este ensayo es la obra fundamental de Teodoro Herzl (1860-1904), fundador del sionismo político, movimiento que promoviera, desde fines del siglo XIX, la creación de un hogar nacional hebreo en Palestina. Este libro relativamente breve, publicado en 1896, bastó para que su autor fuera considerado como una de las figuras fundamentales en el panorama del pensamiento hebreo de nuestro tiempo. Herzl fue un periodista vienés que se mantuvo alejado del judaísmo, hasta que sucesos como el proceso Dreyfus y las persecuciones antisemitas en Europa oriental le plantearon dramáticamente su condición judía. Trabajó desde entonces sin descanso para lograr su objetivo: crear un estado hebreo. En *El Estado judío,* Herzl plantea así el problema: "La cuestión judía existe en todas partes donde los judíos viven en número apreciable. Donde no existe la introducen los inmigrantes hebreos. Naturalmente, vamos adonde no se nos persigue, y cuando hacemos nuestra aparición

se despierta la hostilidad. Eso es cierto y lo seguirá siendo en países muy cultos mientras el problema judío no sea resuelto por medios políticos". Estos medios significaban para Herzl una sola cosa: crear el hogar nacional en Palestina. Sostenía que el establecimiento en Israel crearía un tipo de judío totalmente distinto. "Creo que una generación maravillosa surgirá en la Tierra de Israel. Renacerán los Macabeos". Proponía una detallada serie de medidas económicas y políticas para llevar a cabo su proyecto. En otra obra, una novela utópica denominada *Altneuland* (*Vieja y nueva patria*), describe el funcionamiento de la todavía inexistente república judía. En términos realmente proféticos, la ubicaba como un hecho a mediados del siglo XX. *El Estado Judío* fue la Biblia del movimiento sionista. Su importancia indirecta es enorme puesto que al promover la creación de un estado israelita, sentaba las bases para una literatura hebrea como la que actualmente se desarrolla en el Estado de Israel.

Hijos del ghetto (Los) [Children of the ghetto]. Novela publicada en 1892, escrita en inglés por el actor judío Israel Zangwill, quien nació en Londres en 1864 y murió en Middlehurst en 1926. El mérito principal de las obras de Zangwill consiste en la descripción de las condiciones de vida en el seno del gueto londinense. Pinta con decidido sentido realista, no exento de lirismo y tendencias a la idealización, distintos aspectos de la vida de los judíos pobres de Londres. Sus escritos causaron sensación en Inglaterra, donde fueron recibidos al principio con un interés casi turístico por el pintoresquismo que implicaban sus descripciones. Más tarde, en libros posteriores como *Tragedias del Ghetto* (1893) y *Soñadores del Ghetto* (1895), su obra adquiere carácter de testimonio de una situación social denigrante provocando un real interés humano por los modelos vivientes en que Zangwill se inspiró. Algunos personajes, como el rey de los Shnorers, tienen tal fuerza literaria que perduran como ejemplo de creación de caracteres. Fue también un agudo crítico social de su tiempo. Sustentó la tesis del territorialismo que expresó a través de sus obras. Según la misma, los judíos debían adquirir derechos de vivir en cualquier territorio, aunque éste no fuera Palestina, a fin de construir allí un hogar nacional. Su influencia es reconocible en los numerosos autores ingleses y norteamericanos, judíos y no judíos, que describieron las condiciones de vida en los barrios hebreos de ciudades inglesas y de Estados Unidos.

Ishtó Hasenuá (Su mujer odiada). Novela hebrea publicada en 1920. Su autor es el novelista israelí Iehuda Burla, nacido en Jerusalén en 1886. Hijo de una familia rabínica con 200 años de residencia en la Ciudad Santa, Iiehuda Burla vivió en Turquía y Siria. En sus cuentos y novelas relata aspectos de la vida de los judíos orientales israelíes y sirios. Investiga sus modos de pensar, sus actividades vitales, sus creencias y supersticiones. *Ishtó Hasenuá* es una expresión típica de su temática que generalmente describe a jóvenes sefardíes atraídos por mundos opuestos a la tradición familiar, ya sea el mundo árabe como la civilización y su secuela de atracciones hacia formas de vida ajenas a las seculares. También refleja los nuevos modos de vida desarrollados en el país. Siempre su temática es el amor que al chocar con las tradiciones provoca conflictos. Así, en *Ishtó Hasenuá* muestra a un hombre que odia a su esposa, pero por supersticiones y convencionalismos no puede separarse de ella. Luego en *Nafutlé Adam* (*La lucha de un hombre*, 1929) describe la situación de un comerciante judío damasquino al que su mujer le es indiferente y se enamora de una bella árabe. En *Naamá* (1934) el problema se plantea en un hogar yemenita religioso que enfrenta la actitud emancipada y liberal de un pionero (jalutz) que se enamora de una yemenita. *Kedushá o Ahavá* (*Santidad o amor*) trata de la mujer de un hogar oriental polígamo.

Judía, Literatura. El pueblo judío adoptó el idioma hebreo a partir de las peregrinaciones del clan del patriarca Abrahán por tierras de Canaán. Después del cautiverio babilónico y durante la Diáspora, el hebreo perduró junto al arameo hasta el siglo VII. Sobrevenida la conquista árabe, siguió usándose hasta el siglo XVIII como lengua litúrgica y sabia en las sinagogas y en el ámbito cultural de las comunidades hebreas. Cuando el pueblo judío logra establecerse en el Estado de Israel, el hebreo se convierte en su lengua nacional. La literatura hebrea tuvo su origen en épocas anteriores a Moisés (siglo XIV o XIII a. de J. C), y su obra más importante es la Biblia (v.). La Biblia hebrea excluye cierto número de libros *Apócrifos* (v.). *Los Seudo-epígrafes* (v.) son alegorías escritas por judíos y cristianos desde el año 2000 a. de J. C. hasta avanzada la Edad Media. La *Hagadá* (v.) es un conjunto de parábolas, alegorías, fábulas, cuentos y ejemplos que se relacionan con pasajes o personajes bíblicos. La literatura posbíblicas se desarrolló entre el año 537 a. de J. C. y el 100 d. de J. C., y está constituida por la

Mishná (v.), el *Targum* (v.) y el *Talmud* (v.). El primer libro, *Mishná* o "segunda ley", es un compendio de la legislación hebrea; el segundo, una traducción de la Biblia hebrea al arameo; el Talmud, por fin, resume la tarea de treinta generaciones y, compuesto de diversos géneros, constituye una de las fuentes mas importantes de la religión y la cultura hebrea. Otras obras sobresalientes de esta época son: las *Legum Allegoriae* (v.), comentarios del *Pentateuco* (v.) escritos por Filón de Alejandría, principal representante del período judío helénico, en el que predominan las concepciones platónicas, la *Guerra de los judíos* (v.), de Flavio Josefo, y la *Septuaginta* (v.). Puede señalarse también un período judeoárabe que comprende obras tales como *Tafsir* (v.) y *Piutim* (v.). LITERATURA RABÍNICA: Llámase así al conjunto de obras escritas por los rabinos cuya actividad puede remontarse al siglo V a. de J. C, época del retorno del exilio babilónico. Reúne la mayoría de la producción de la literatura judaica durante siglos y llega prácticamente hasta nuestro tiempo. Entre sus precursores figuran Ezra, contemporáneo de varios profetas y de los *soferim* –compiladores y copistas bíblicos–, quien inició la compilación del Antiguo Testamento, y Rabí Akiba (135-40 a. de J. C.), creador de características originales. Las exposiciones comentadas de las Escrituras eran anotadas y se efectuaban en forma oral en las sinagogas, que eran los centros de enseñanza creados al regresar del exilio para suplir la desaparición del estado nacional y del templo. Los rabinos se convirtieron en los dirigentes de mayor jerarquía y autoridad en ausencia de jefes políticos. Estudiaban e interpretaban la Biblia, y sus comentarios y discusiones reunidos constituyeron obras como las ya citadas Talmud y Targum. El propósito de la tarea rabínica era enfrentar los distintos problemas de la vida diaria y analizarlos a la luz de las Escrituras para proveer soluciones legales apoyadas en citas probatorias tomadas de la Biblia. No fue una obra creadora sino recreadora, de interpretación constante y difusión popular de la Ley. Muchas de estas obras se escribieron en hebreo con arameísmos, y otras directamente en arameo, como los talmudes. En la ley escrita (la Biblia) y en la oral (la Mishná) estaba toda la verdad. La literatura rabínica veneró estas obras y durante siglos contribuyó a su constante reinterpretación y escudriñamiento. El método investigador del rabinismo se llamó *misdrash* (del hebreo *darash*, 'investigar') y constó de dos partes: la *Halajá*, que era la exégesis legal (v. *Mishná*), y la ya citada *Hagadá*, enseñanza apoyada en narraciones

y ejemplos. Los *midrashim* son comentarios basados en esos métodos de trabajo y testimonian la labor intelectual judía tanto en los siglos anteriores a la era cristiana como en las primeras centurias de ésta. Producto de las escuelas rabínicas de los tanaítas, que redactaron la Mishná, y de los amoraítas, esta labor prosigue con gran brillo e intensidad durante la Edad Media. La Cábala (v.) es una interpretación mística del Antiguo Testamento que alcanzó su etapa de plenitud en el XIII, con el Zohar (v.), que resume la mayor parte de sus enseñanzas. El *Cuzari*, obra del poeta judeoespañol Judá Halevi (1086-1167), que relata la conversión de la tribu de los Cuzares a la religión hebrea, ejemplifica la producción del período judeoespañol, así como el *Keter Maljut* (*Corona Real*), poema sacro de Schlomó Ibn Gabirol. También es conocido el *Rashi* (v.) del rabí Schlomó Ben Itzjak, el más popular de los comentarios medievales de la Biblia, que se lee aún hoy. También tuvo en la literatura hebrea y rabínica gran desarrollo la producción de tendencia moralizadora (*Sigrei Musar*), de tipo definidamente religioso y relacionado con la vida cotidiana. En el siglo XVIII aparecen dos escuelas que manifiestan una oposición que se mantuvo en pie hasta hace poco, y aun en la literatura ídish: la de la *Haskalá* (ilustración) y la del jasidismo (v.). A principios del siglo XX, el filósofo Martín Buber intentó renovar los principios del jasidismo, por lo cual se lo considera el fundador del movimiento neojasídico. Una de sus obras, *Yo y tú* (v.), puede considerarse como el libro más representativo de esta escuela. A fines del siglo XIX apareció el primer *Diccionario de la Lengua Hebrea* (*Milón Halashón Haivrit*), que fue dirigido por el erudito Eliezer Ben Yehuda (1857-1922) y es una obra fundamental en el proceso de renacimiento idiomático de la lengua hebrea. Entre los años 1913 y 1914 se publicó *Mehotzar Haagadá*, obra enciclopédica de Mija Iosef Berdichevsky, muy popular entre las juventudes judías de entonces. El surgimiento del movimiento sionista, cuyo fin fue restablecer un estado judío en Palestina, dio origen a un conjunto de obras entre las que se destaca *El estado judío* (v.), de Teodoro Herzl, escrita en alemán, y *El sendero del retorno*, de Ajad Haam. La literatura hebrea también produjo en los siglos XIX y XX significativas obras de ficción y poesía. Entre los poetas se destacan Jaim Najman Bialik y Saúl Chernicovsky, padres de la nueva poesía hebrea. Otros poetas representativos son: Jacov Cohen, de tono dulce y elegiaco, y Zalman Schneiur, de inspiración romántica. Estos autores escribieron muchas de sus obras en

lengua ídish. En la prosa se destacan, en primer lugar, escritores israelíes que se ocupan de temas relacionados con la inmigración y la colonización en Palestina. La imagen que surge del cuento "Dvorá" (v.), de Shofman, es representativa del estado de espíritu de estos escritores que, luego de abandonar sus países de origen, no se hallaban totalmente integrados en la nueva nacionalidad. Posteriormente surge otra tendencia que tiende a considerar los problemas del naciente estado a través de elementos europeos; *Bné Arav* (v.), de Moshé Smilansky, es una novela encuadrada dentro de estas características. Finalmente, los escritores más jóvenes tienden a ocuparse de problemas específicamente israelíes, son auténticos *sabras* –palabra que significa 'cactus' y con la cual se califica a los espíritus desarrollados en Israel– que se ocupan de la situación actual usando un lenguaje popular sin rémoras europeas. Su estilo revela la influencia de la novelística norteamericana, y sus obras, como las del escritor Izhar, constituyen las bases para la fundación de una auténtica literatura nacional. LITERATURA ÍDISH: La lengua y la literatura ídish cumplieron un importante papel en el mantenimiento de la cultura judía. El idioma ídish tiene alrededor de un milenio de existencia; sin embargo, su literatura comenzó a desarrollarse sólo en los siglos XIV y XV. Se relacionaba, en sus comienzos, con la vida religiosa. Exprésase en una serie de obras litúrgicas, libros de rezos y de moral, traducciones de salmos y cánticos piadosos o tradicionales. Empero, al mismo tiempo se escriben obras de tendencia laica. Surge la novela, así como los cantos y los poemas épicos que se cantan o se recitan en lugares públicos y de diversión. En el siglo XVIII, al surgir el jasidismo y la *Haskalá*, una temática nueva se incorpora a la literatura ídish. Por una parte, el jasidismo, que constituyó un estimulante para la literatura judía, tuvo su mayor importancia dentro del ámbito religioso, pues muchos rabíes lo adoptaron para sus oraciones, lo que le otorgó a la nueva lengua un mayor prestigio y una más amplia difusión. Por la otra, la *Haskalá*, de tendencias iluministas y en un comienzo opuesta al ídish, debió terminar utilizándolo pues necesitaba ser entendida por el pueblo en su lucha contra el jasidismo. A partir de 1850, aproximadamente, la literatura ídish ingresa en su época de oro; sólo desde entonces puede comenzarse a hablar de un arte literario, pues aun los escritores más populares comienzan a dejar de lado las tendencias moralizantes e instructivas para desarrollar formas propiamente narrativas. Los tres pilares de la literatura ídish son Méndele Mojer Sforim,

Scholem Aleijem e Itzjak Leibush Peretz, que son los clásicos a partir de los cuales seguirán haciendo su obra los escritores judíos. Méndele echa las bases del arte épico judío; hará, de un idioma proclive a la retórica, un instrumento útil para una narrativa más conforme con los dictados de la época. Scholem Aleijem significa la introducción del humorismo, de rasgos típicamente judíos pero con una riqueza similar a la de Mark Twain, en la austera lengua de la *Haskalá*; sus obras, sumamente populares, son traducidas y leídas en diversos lugares del mundo. Peretz es el teórico y el ideólogo, la conciencia vuelta sobre esa cultura que, a fines del siglo XIX, se desarrollaba a pasos acelerados. Nadie como él se interrogó sobre las funciones y el papel del escritor judío. Ese trabajo de estudio y difusión sobre el idioma ha de ser continuado en el siglo XX; por un lado, con la obra de publicistas como Jayim Zhitlovsky, Najman Sirkin, Noiej Prilutzky, Ber Borojov y muchos otros; por otro, con la producción de escritores posclásicos, entre los que se encuentran creadores tan importantes como Scholem Asch, Abraham Reisin, H. D. Nomberg. Ocurre simultáneamente otro fenómeno importante: a comienzos de siglo, los mejores escritores hebreos empiezan a cultivar el ídish. Entre las incorporaciones más valiosas hay que citar a J. N. Bialik, Yehudá Steimberg, Najum Sokolow y J. Fijman. En los Estados Unidos surge, en las primeras décadas del presente siglo, un grupo de poetas que escriben en ídish, entre los que se encuentran Morris Rosenfeld, David Edelstadt, Abraham Liessin y Yosef Rolnik. La literatura ídish de esa época pasa convertirse en el barómetro de la situación del pueblo judío en el mundo; de esta manera, cuando a comienzos de la década de 1910-20 se inician los progroms europeos y la situación mundial se torna crítica, los escritores ídish reflejan esa crisis. Al terminar la primera guerra mundial, la literatura ídish posee tres principales centros: el ruso, el polaco y el americano. En Rusia, principalmente como resultado del auge de la vida nacional que significó la revolución de 1917, se destacaron escritores como D. Bergelson y Der Nister, en la poesía, y Moishe Litvakov, en la prosa. Empero, luego de este brote, el interés del gobierno ruso por eliminar las minorías nacionales hizo decaer la cultura judía. En Polonia, los escritores se enfrentaban con un país desquiciado y su reacción fue de protesta; surgió así un grupo literario, conocido con el apodo de *jalastre* ('la pandilla'), que no aceptaba los moldes literarios clásicos; entre los prosistas, Warshawsky y Fuchs impusieron el *naturalismo*

(v.). Sin embargo, algunos años después la literatura judeopolaca volvió a sus cauces tradicionales; se reanudó el lazo con los antiguos clásicos y se volvió particularmente a Peretz; se estableció así una literatura y una ciencia literaria en las que descollaron creadores como Aarón Zeitlin, L. Olitzky y Yehoshua Perle, y estudiosos como Max Erik y Zalmen Reisen. En los Estados Unidos, la cultura judía, que había tenido la vista puesta siempre en Europa oriental, al sentir rotos sus contactos con ésta, debe sustentarse de sí misma. Este hecho, que en un principio puede haber resultado alarmante, fue a la larga ventajoso, pues gracias a él pudieron desarrollarse, en la primera mitad del corriente siglo, creadores de la talla de F. Opatoshu, J. Glattstein, D. Pinsky y otros, muchos de los cuáles habían emigrado de Europa y encontraban en América nuevos motivos para su trabajo. La Segunda Guerra Mundial y las matanzas del hitlerismo provocaron la catástrofica desaparición de gran parte de la cultura judía en la Europa oriental. La situación no es menos crítica, actualmente, en los Estados Unidos, donde cada día disminuyen los grupos que hablan, leen y escriben en ídish. Han surgido nuevos centros en Canadá, México y Argentina, por ejemplo, pero ninguno ha logrado alcanzar el esplendor de los núcleos anteriores. El ídish, después de cumplir un ciclo valioso y dejar un conjunto de grandes obras, se encuentra en los últimos tiempos en un período crítico del cual parece difícil que logre recuperarse.

Lazarillo de Tormes. Novela española de autor desconocido, publicada en 1554, en tres ediciones: Burgos –por Juan de Junta–; Alcalá –por Salcedo–, y Amberes –por Martín Nucio–. Primitivamente atribuida a Diego Hurtado de Mendoza, Morel Fatio demostró que ello era falso. Compuesta por un prólogo y siete capítulos relata las accidentadas peripecias de la vida de un lazarillo, llamado “de Tormes” por haber nacido junto al famoso río de ese nombre, que trata de sobrevivir solo en el mundo. Un continuo y amargo vagabundeo para ganarse la vida le lleva a acompañar sucesivamente a un mendigo ciego, un clérigo pobre, un hidalgo famélico, un fraile, un buldero, un capellán y un alguacil, para luego ser nombrado pregonero y casarse con una sirvienta cuyas relaciones con su amo son equívocamente excelentes, hecho que no preocupa mayormente a Lázaro, ya crecido, que en ese momento relata, en primera persona, su historia. La novela es la primera muestra de lo que luego se llamaría la picaresca. Frente

a la idealización de la realidad que en el momento de su aparición representaban las novelas de caballería y los idilios pastoriles, el *Lazarillo* implica una diferencia definitiva. Vuelve a volcarse en la realidad de la España de su tiempo, y mediante la forma autobíográfica va reflejando distintos aspectos de dicha realidad con clara intención satírica. Según Anderson Imbert, el hecho de utilizar el nombre de Tormes y la descripción de la pobreza del paisaje castellano, sin recurrir a prestigiosos modelos clásicos, es un hallazgo de extraordinaria importancia, pues implica un enriquecimiento de la perspectiva literaria; además, el largo vagabundeo de Lázaro y el escudero al que sirve por las calles de Toledo incorporan la noción del tiempo en el relato. El estilo primitivo y antiacadémico de la obra es otro valioso elemento enriquecedor que justifica el lugar que junto a Cervantes (*Don Quijote,* v.) y *La Celestina* (v.) ocupa la obra en la literatura española. Durante los dos siglos posteriores a su aparición, dio lugar a cientos de imitaciones en Inglaterra, Holanda, Alemania, Italia. Las continuaciones españolas fueron muchas. A semejanza de la estructura que establecen sus capítulos, con seguros brochazos que caracterizan a sus personajes y a los ambientes en que se mueven, el *Lazarillo* permitió la creación de obras en las cuales, sin embargo, se pierde su caudal de simpatía humana. Así, ya cargado de otro tipo de valores, influirá sobre amargas sátiras sociales como, por ejemplo, el *Guzmán de Alfatache* (v.).

Motl peisi dem jazns (Motl, el hijo del cantor). Una de las novelas más famosas del difundido escritor judío de origen ruso Schólem Aleijem, seudónimo de Salomón Rabinovich (1859-1916), representante conspicuo de la literatura en lengua ídish. Motl es un niño de cinco años, hijo de una familia pobre, cuyo padre, Peisi, es cantor de sinagoga. Su principal amigo es Meñi, el ternerito de su vecina Pesie, la gorda. Su padre está moribundo y es cuidado por su hermano mayor, Eli, y su madre, una mujer débil cuyo único deseo es no mandar a su esposo al hospital. Ante la insistencia de Eli, que se niega a pedir dinero en préstamo, la mujer ha debido vender los libros de su esposo, dos copillas doradas, su propio vestido de seda y, finalmente, el armario en que guardaban todas estas cosas. No teniendo ya que vender deciden enviar a Motl a casa del cantor Hersh-Ber para emplearlo en el coro de la sinagoga. Cuando vuelve a su casa, Peisi ha muerto. Esto hace que los vecinos se muestren más tolerantes con

él cuando comete una travesura, hasta que un día roba unas manzanas y se arma un gran escándalo. Eli se casa con la hija de un panadero adinerado, pero éste finalmente quiebra y Eli, con su esposa Broje, vuelven a vivir con Motl y su madre. Eli quiere hacer fortuna y compra un libro que, según los anuncios, le permitirá ganar cien rublos al mes. En él encuentra recetas para fabricar bebidas que pueden venderse en la calle. Motl será el encargado de venderlas cantando estrofas que él mismo inventa, pero, por una torpeza suya, el negocio de las bebidas se desmorona. Entonces Eli se pone a fabricar tintas y sufre un nuevo fracaso. Por consejo de Piñe, un amigo suyo, todos inician un viaje cuya meta es América, donde piensan hacerse millonarios en poco tiempo. Atraviesan diversos países y llegan por fin a Londres donde, al final de la novela, los encontramos buscando trabajo para poder pagar el soñado viaje al Nuevo Mundo. La historia de esta familia continúa en la novela *En América*. Aleijem es, junto a Méndele y Peretz, uno de los tres grandes escritores de la época de oro de la literatura ídish y sin duda el más popular. Su estilo es realista y lleno de vida. El humorismo de que hace gala, exento de intención satírica, es fruto de su conocimiento del alma popular judía. Como Méndele (v. *La yegua*), no se dedicó enteramente a la literatura hasta que comenzó a utilizar el idioma ídish. Entre sus obras se destacan: *Tevie, el lechero*, *Menajem Mendl*, *Der Blutiger Shpas* (*La broma sangrienta*, 1912-1913, basada en el proceso ritual de Beilis), *Fun Yerid* (*La feria*) y *Yósele Solovei*. Escribió también hermosos cuentos para niños, entre los que se destaca “El cortaplumas”, así como monólogos que pueden considerarse clásicos.

Yegua (La) [Di Kliatche]. Novela del escritor ruso judío Méndele Moger Sforim (1836-1937), escrita en lengua ídish. Con *Fiske el cojo* y *Las andanzas de Benjamín Tercero*, es una de las tres mejores obras de Méndele. Esta historia de una yegua que es castigada y obligada a trabajar hasta la muerte sin recibir alimento alguno, es una clara alusión a la situación del pueblo judío en la Rusia de fines del siglo pasado. Así lo entendieron sus lectores y la novela adquirió gran popularidad, hasta que el diario *Voskhod* fue clausurado por publicar algunos de sus capítulos. *La Yegua* no es una mera alegoría de la situación del pueblo judío; expresa también intenciones reformistas que sólo pueden comprenderse situando la obra en el momento histórico en que fue escrita. Esta novela de Sforim, como la mayor parte

de su obra, se centra en dos temas principales: el de la injusticia social en general y el del problema nacional del pueblo judío, temas que el escritor trata de armonizar aunque a veces entran en contradicción. Méndele ha rejuvenecido el idioma hebreo; su lenguaje realista, parco y preciso, de una épica objetiva que no deja lugar a la interioridad psicológica y hereda el estilo de la *Mishna* y del *Midrash*, dejando de lado muchos elementos de la retórica bíblica que no resultan favorables al desarrollo de una literatura moderna. Méndele fue un maestro del idioma y su influencia fue clara en estilistas de la talla de Bialik, así como en Steinberg, Benzion y Bercovich. Sin embargo, su principal mérito consiste en la estructura de sus novelas, que superan la fábula romántica cultivada por Mapo, Smoleskin y Broides, entre muchos otros. Entre las partes de sus novelas existen lazos apenas perceptibles; cada capítulo es un poema y cada cuento breve una unidad autónoma y completa, sin que esto debilite la unidad total de la obra. La vida patriarcal de los judíos en Rusia y en Polonia es un bloque sin fisuras que Méndele expresa a través de personajes que trascienden lo individual para constituirse en arquetipos de una clase social determinada y de una característica nacional definida. La serenidad de sus epopeyas, que lo ponen a la altura de los clásicos de otras naciones, ha hecho que se hablase de su "espíritu helénico". Sólo en algunas obras abandona su serenidad el narrador para hacer intervenir su subjetividad y esto ocurre justamente en algunos pasajes líricos de *La Yegua* que hacen recordar versículos de los salmos. Pero detrás del narrador sereno y omnisciente se encuentra el hombre que se ha educado en la cultura judía y esto es notable hasta en sus mínimas observaciones de la naturaleza. Así, los árboles del bosque invernal, nevados y meciéndose al viento, son orantes en la sinagoga, embozados en sus mantos rituales; y los árboles del huerto, luego de la lluvia, niños recién aseados y con las cabecitas lavadas por sus madres en vísperas de sábado. Otra de sus obras importantes, *Fiske el cojo*, es una historia que se desarrolla en los bajos fondos, entre judíos vagabundos. *Las andanzas de Benjamín Tercero* es considerada por muchos críticos como la obra más madura de Méndele representa a un Don Quijote judío con su correspondiente Sancho; pero así como el personaje español era impetuoso y decidido, Benjamín Tercero es tímido y vacilante. Como otros autores de la edad de oro de la literatura judía, Méndele comenzó a utilizar el idioma ídish sólo después de haber publicado su primera obra.

Yo y Tú (Ich und Du). Obra escrita en alemán del filósofo judío Martin Buber, nacido en Viena en 1878. En él confluyen las influencias culturales europeas y el espíritu del jasidismo (v.). Buber estudió en las principales universidades austríacas y alemanas; se adhirió al movimiento nacional hebreo denominado sionismo (v. *El estado judío*), que propiciaba el retorno a Palestina. *Yo y Tú* fue escrito en 1924, cuando Buber era profesor de filosofía de la religión judía en Francfort. Es una de sus obras representativas, junto con muchos trabajos dedicados a la investigación del jasídismo. También se interesó por la *Haskalá*, considerando que ambas corrientes de pensamiento son fundamentales en el proceso del renacimiento nacional hebreo. En *Yo y Tú* expresa que el hombre sólo se realiza en plenitud cuando logra una adecuada relación con el tú: "...el ser humano habita en el amor. Esta afirmación no ha de tomarse en un sentido alegórico; es preciso entenderla en su sentido estrictamente real; el amor se encuentra entre el yo y el tú". Aunque exista también una relación sujeto-objeto, que Buber denomina yo-ello, las jerarquías esenciales son las que se establecen entre el yo y el tú. León Dujovne resalta la importancia que adquiere para Buber el diálogo. El secreto de la esencia del mundo está en la conversación. Buber expresa que la creación misma es un coloquio, y no tanto un coloquio en general sino una conversación dirigida al yo o al tú. La conversación puede hacerse también en silencio. Es una acción interior donde tanto el que habla como el que escucha se preparan para recibirse mutuamente. Esta relación no se establece sólo con el hombre sino con todos los seres del universo. Así la religión debe estimular el dialogo interior con Dios y existe diálogo en el sentido metafísico cuando tal conversación es esencial, cuando es vida en sí misma. Buber aboga por cierto tipo de socialismo. Su sionismo es más bien cultural, pues el renacimiento de los valores judíos está vinculado con un retorno hebreo a la tierra de Israel. Las tres ideas básicas del judaísmo son las de unidad, acción y porvenir. La primera tiende a superar la dualidad que se manifiesta en el judío con mayor claridad que en otras comunidades. Esta unidad trata de realizarse en el mundo, en todo lo que vive. Una continuidad subterránea permitió al judaísmo la tarea de efectuar síntesis de síntesis. La segunda idea está claramente reflejada en el arte judío que es fundamentalmente movimiento. Mientras en Homero se otorga gran importancia a la descripción de formas y colores, y en tanto los griegos conceden gran atención al sentido del espacio, la

Biblia abunda en adjetivos que se refieren a movimientos. El texto bíblico no habla tanto de fe como de acciones. Según Dujovne, la fe judía es para Buber más bien acto que creencia. El jasidismo es el renacimiento de la idea de acción entre los hebreos. Y la aparición de sectas en la antigüedad como los esenios o los cristianos se funda en esa necesidad de actos que caracteriza al pueblo judío. Así, todo acto cuya intención es santa contribuye a la salvación. La tercera idea fundamental es el concepto de porvenir. El judaísmo se preocupa por las generaciones futuras y tiende, a través de la aspiración mesiánica, hacia un futuro de justicia y perfección. Buber opina que la permanencia del judaísmo se debe a que quizá los hebreos atiendan más a los vínculos y relaciones entre los fenómenos que a los fenómenos mismos. Afirma esto en relación con la idea de unidad. Buber sostiene que el judaísmo debe volverse sobre sí mismo, descender en sí, renovarse integralmente a fin de integrarse en la corriente renovadora que observa en toda la humanidad. El destino del judaismo está indisolublemente ligado al de la humanidad y en su culminación llegará a integrarse en la actividad universal que tenderá a concretar los ideales de superación y trascendencia del hombre. Actualmente, Buber es profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén y su influencia sobre autores cristianos –especialmente protestantes– y hebreos se considera fundamental.

Entradas: Amores y amoríos – Apocalipsis – Aramea, Literatura – Árbol, el [A Boina] – Bagalgal [En la rueda] – Biblia (La) – Bne Arav [Hijos de Arabia] – Cábala [Recepción o tradición] – Calila y Dimna [Kalîla wa-Dimna] – Cantar de los Cantares (El) [Schir Haschirim ascher lischlomó] – Colección de artículos – Cuentos de Andersen [Eventyr] [en colaboración con Italo Manzi] – Cuzarí (El) [Sefer El Kuzarí] – Der Dibbuk [Entre dos mundos] – Diálogo que habla de las mujeres – Diccionario de la lengua hebrea – Diccionario de la lengua hebrea [Milón Halashón Haivrit] – Dvorá [Débora] – En tropel – Epístolas – Esfinge Maragata (La) – España del Cid (La) – Estado judío (El) [Der Judenstaal] – Filosofía fundamental – Fun Main Heim [De mis tierras] – Glikl Fun Hameln [Memorias de Glikl de Hameln] – Gran Galeoto (El) – Guerras de los judíos (Las) [Bellum judaicum] – Hágada, Leyenda – Ha Matmid [El estudioso] – Hatikvá [La esperanza] – Hechos de los apóstoles – Hijos del ghetto (Los) [Children of the ghetto] – Húngara, Literatura – Iehuda [Judá] – Im Shekiat Ha-Jama

[En el crepúsculo hebreo] – Ishtó Hasenuá [Su mujer odiada] – Jasidismo – Jezionot Umanguinot [Visiones y cánticos] – Job [Iov] – Juan, Evangelio según San – Judía, Literatura – Judith [Iudit] – Kelev Bait [Perro casero] – Keter Maljut [Corona real] – Kiná [Lamentación] – Kitve A. D. Gordon [Escritos de A. D. Gordon] – Lazarillo de Tormes – Legum Allegoriae [Alegoría de la ley] – Libe [Amor] – Masada – Mateo, Evangelio según San – Mehotzar Haagadá [Del tesoro de la Hagadá] – Mishná [Segunda ley] – More Nebujim [Guía de los perplejos] – Motl Peisi Dem Jazns [Motl, el hijo del cantor] – Nuevo Testamento – Obras espirituales – Oib Nishi Noj Hejer [Quizás más alto aún] – Orígenes de la novela – Pasión de libertad [Kesheumá niljemet al jerutá] – Pentateuco [Torá] – Pequeñeces – Piutim [Poesías] – Poesías de Quintana – Poesías de Villaespesa – Puñao de rosas (El) – Rana viajera (La) – Rashi – Rey de carne y hueso [Melej basar vedam] – Rimado de palacio – Rollos de Bar Cojba (Los) – Rollos del Mar Muerto (Los) – Sansón [Shimshón] – Sendero del retorno (El) [Ak parashat drajím] – Septuaginta [Los setenta] - Seudoepígrafes – Shevet Iehudá [Tribu de Judá] – Shuljan Aruj [Mesa preparada] – Sifrei Musar [Literatura moralizante] – Talmud – Tío Moisés (El) [Der feter Moishe] – Tratado del alma [De anima et vita] – Untertang [Decadencia] – Venganza de Don Mendo (La) – Vida es sueño (La) – Yegua (La) [Di Kliatche] – Yo y tú [Ich und Du]

Cabecita negra

~Historieta~

[Publicada en el libro *La argentina en pedazos,*
Ediciones de la Urraca / Colección Fierro, 1993]
Introducción de Ricardo Piglia. Dibujos de Francisco Solano López.
Adaptación de Eugenio Mandrini.

Rozenmacher y la casa tomada
Por Ricardo Piglia

El peronismo como ficción. Desde "Sábado de gloria" (1945) de Ezequiel Martínez Estrada hasta *La novela de Perón* (1985) de Tomás Eloy Martínez, el peronismo ha sido variadamente tratado por la ficción argentina. Narrado desde distintos ángulos podría decirse que durante años, y salvo algunas excepciones, apareció como una metáfora alucinada del horror cotidiano. El relato de Martínez Estrada que abre la serie con su abigarrada proliferación de humillaciones y desdichas kafkianas, define toda una tendencia. Y en esa serie el libro de Germán Rozenmacher, *Cabecita negra*, marca ya desde el título un viraje. Expresa un cambio de perspectiva respecto a una tradición literaria que había visto en el peronismo un simulacro de la pintura que nos dejó Mármol de la época de Rosas.

Mirar desde afuera. Publicado en 1962, *Cabecita negra* anticipa el momento en que sectores amplios de las capas medias comienzan un inesperado proceso de peronización o de revisión de los esquemas tradicionales sobre el peronismo, que culminaría diez años después con el triunfo de Cámpora. Leído en ese contexto, el texto de Rozenmacher suena casi como un manifiesto. "El advenimiento del peronismo de algún modo desnudó al país y nuestra generación tiene el privilegio de ver al país descuartizado y verlo casi desde afuera, sin estar comprometido totalmente con el peronismo ni con el antiperonismo", señalaba Rozenmacher.

Gorilas y cicatrices. Los mejores escritores de la generación a la que se refiere Rozenmacher trabajaron a su manera esa temática. Por de pronto, Juan José Saer que de un modo muy sutil elabora en *Responso* los efectos laterales de la revolución del 55, y retoma el asunto con una elipsis

explícita en *Cicatrices* donde, no sin ironía, el juez Garay ve la ciudad literalmente poblada de gorilas. A su vez, Manuel Puig, en *La traición de Rita Hayworth*, teje la trama y la mitología popular que circula en la textura de la novela con el contexto del peronismo, que se hace explícito en el personaje de Esther, que escribe en secreto en su Diario sus sueños de peronista de barrio. En fin, Rodolfo Walsh que en "Esa mujer" emplea la poética hemingwariana del iceberg para no nombrar nunca a Eva Perón y colocarla de ese modo en el centro de la historia, o que hace del peronismo el marco implícito del conflicto que lleva al suicidio al protagonista de "Fotos".

Las patas en la fuente. Los relatos de Saer, Puig y Walsh pueden ser considerados un modelo del tratamiento distanciado y elíptico del peronismo que entra en la intriga como un elemento central pero desplazado. Cada uno a su manera ha sabido ficcionalizar la política y desplazarla del centro del relato para hacerla funcionar como su trama secreta. El cuento de Rozenmacher tiene la particularidad de poner al peronismo como una clave de lectura casi externa al relato. "El señor Lanari recordó vagamente a los negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de Plaza Congreso. Ahora sentía lo mismo, la misma vejación, la misma rabia". A partir de esa clave todo el texto puede ser visto como una metáfora.

La otra casa. Al mismo tiempo, "Cabecita negra" puede considerarse una versión irónica de "Casa tomada" de Julio Cortázar. O mejor una versión del comentario de Sebreli al cuento de Cortázar. "Casa tomada expresa fantásticamente esa angustiosa sensación de invasión que el cabecita negra provoca en la clase media". La interpretación de Sebreli define mejor a Sebreli que al cuento de Cortázar pero de todos modos se ha convertido en un lugar común de la crítica y se superpone con el cuento mismo. "Cabecita negra" es un comentario al comentario de Sebreli. No sólo porque el texto de Rozenmacher cita explícitamente el relato de Cortázar ("La casa estaba tomada") sino porque la invasión del recinto privado de la clase media por el cabecita negra se convierte en la anécdota del cuento.

Un héroe de nuestro tiempo. El relato de Rozenmacher es al mismo tiempo la radiografía semiparódica de un personaje típico. El pobre pequeño burgués avaro, conformista y reprimido, racista, que ha abdicado

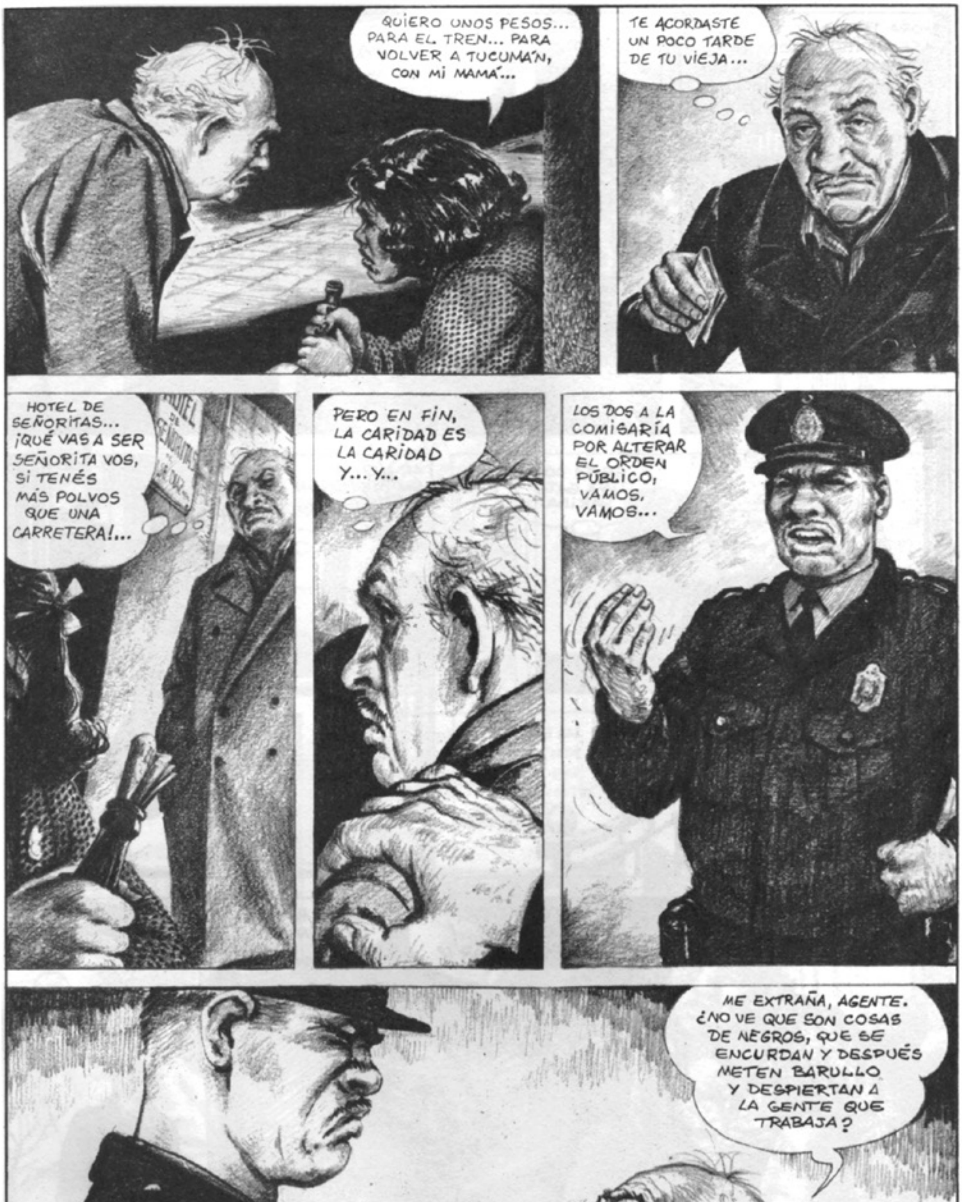
de sus ilusiones y mantiene una relación nostálgica con la cultura. ("El señor Lanari sin saber por qué le mostró la biblioteca abarrotada de libros. Nunca había podido hacer tiempo para leerlos, pero estaban allí. El señor Lanari tenía su cultura"). En esa posesión vacía aparece como la cáscara del intelectual que ha querido ser. "Además cuando era joven tocaba el violín y no había cosa que le gustara más en el mundo". De hecho el personaje de Rozenmacher es un descendiente oscuro y mutilado del unitario de *El matadero*, del Hardoy de "Las puertas del cielo" de Cortázar, del Juan Dahlmann de "El sur" de Borges. Una caricatura degradada del intelectual que se enfrenta con la violencia y la fascinacion de los bárbaros.

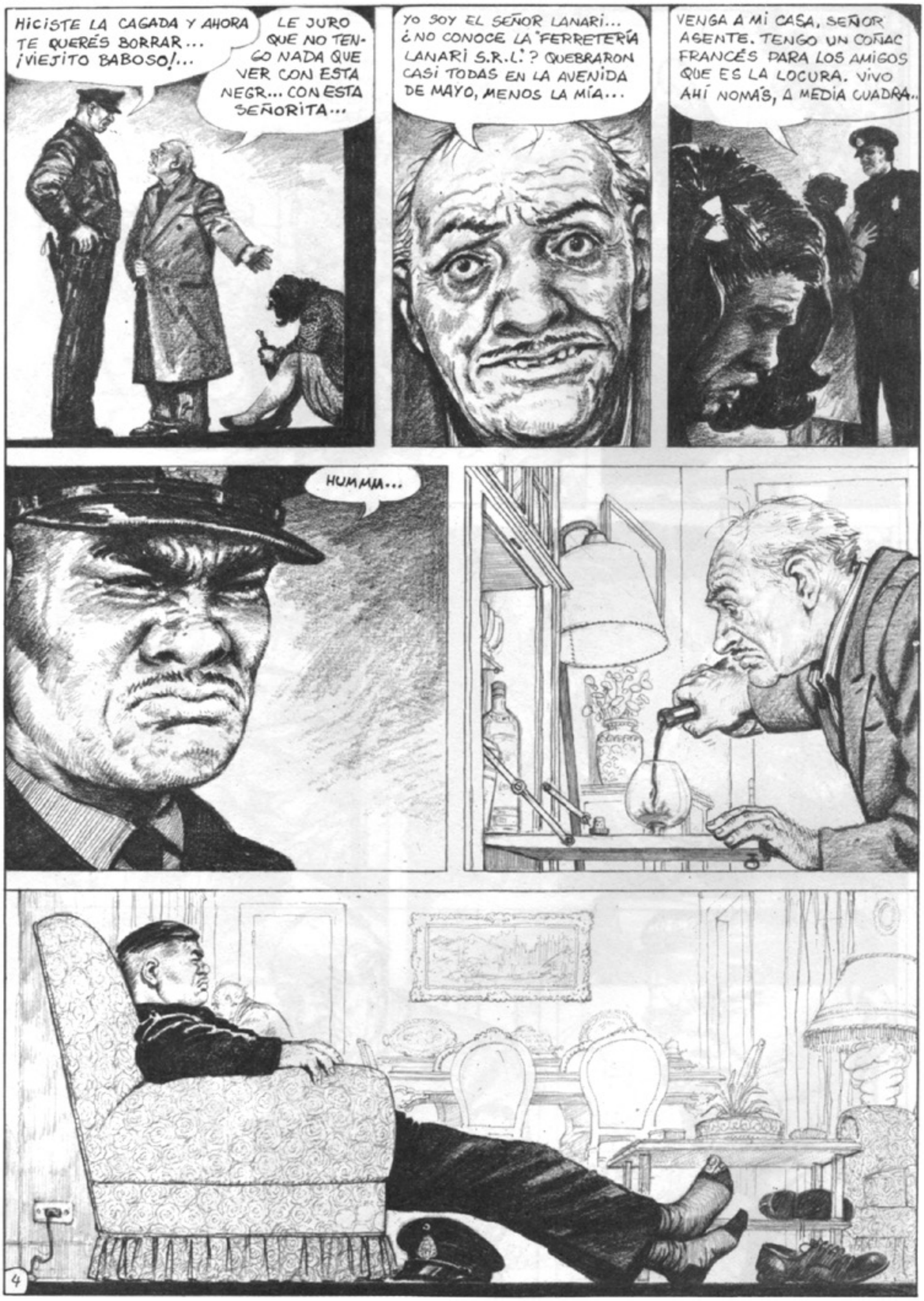
La paranoia y la parodia. En este sentido "Cabecita negra" se puede leer como una versión crítica de esa serie de textos que, desde *El matadero* de Echeverría hasta "La fiesta del monstruo" de Borges y Bioy, representan de un modo alucinado la mitología de ese mundo primitivo y brutal que se encarna en los cabecitas, en los monstruos, en los representantes ficcionalizados de las clases populares. Y las grandes líneas de representación de ese mundo antagónico han sido tradicionalmente, la paranoia y la parodia. El pánico y la burla.

Llamar al ejército. La paranoia es el tema del relato de Rozenmacher. Y su final es el cierre, a la vez premonitorio y preciso, de una larga tradición. "La chusma, dijo para tranquilizarse, hay que aplastarlos, aplastarlos, dijo para tranquilizarse. La fuerza pública, dijo, tenemos toda la fuerza pública y el ejército". Un fascista, se ha dicho, es un liberal asustado. El relato de Rozenmacher puede ser leído, también, como la historia de la transformación de un liberal en un fascista o, más simplemente, como una historia de terror, un cuento de aparecidos. La historia cómica de una pesadilla pequeño burguesa.


LAS TRES DE LA MAÑANA Y NI UN BOSTEZO...
TODAS LAS NOCHES LO MISMO...
¡INSOMNIO DE MIERDA!
SOLANO L.
AUNQUE PENSÁNDOLO BIEN, ES LO ÚNICO NEGRO EN MI VIDA... TODO LO DEMÁS ES BLANCO... BLANCO COMO UN CIELORRASO RECIÉN PINTADO...
LA FAMILIA DE VACACIONES EN PASO DEL REY, CON SIRVIENTA Y TODO... EL RENAULT EN EL GARAGE... ESTE PISITO QUE POR LA UBICACIÓN CADA DÍA SE COTIZA MEJOR...
NO ME PUEDO QUEJAR. EN TIEMPOS DE DESÓRDENES POLÍTICOS COMO ESTOS, SALÍ ADELANTE. PISANDO CABEZAS DE OTROS, ES CIERTO, PERO TENÍA QUE SALVAR LA MÍA ¿NO?
1


AHORA TENGO EL FUTURO ASEGURADO. Y TODA LA FE DEL MUNDO. UN HOMBRE SIN FE VA DERECHO AL ABISMO. YO CONFÍO EN QUE UN DÍA DE ESTOS...
...SE PRODUZCA UN MILAGRO, QUE ME BORRE ESTA COSA NEGRA QUE NO ME DEJA DORMIR Y QUE...
...OOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!
¡¡...POR FAVOOOOOOOOOOR...!!
GRITA COMO UNA GATA PARIDA...
AL MENOS ENTRETENGO EL INSOMNIO...
¡POR FAVOR! ¡POR FAVOR...! ¡POR FAVOR!!
FEA Y MAMADA LA CHINOTA...
2


QUIERO UNOS PESOS... PARA EL TREN... PARA VOLVER A TUCUMÁN, CON MI MAMÁ...
TE ACORDASTE UN POCO TARDE DE TU VIEJA...
HOTEL DE SEÑORITAS... ¡QUÉ VAS A SER SEÑORITA VOS, SI TENÉS MÁS POLVOS QUE UNA CARRETERA!...
PERO EN FIN, LA CARIDAD ES LA CARIDAD Y... Y...
LOS DOS A LA COMISARÍA POR ALTERAR EL ORDEN PÚBLICO, VAMOS, VAMOS...
ME EXTRAÑA, AGENTE. ¿NO VE QUE SON COSAS DE NEGROS, QUE SE ENCURDAN Y DESPUÉS METEN BARULLO Y DESPIERTAN A LA GENTE QUE TRABAJA?
3


HICISTE LA CAGADA Y AHORA TE QUERÉS BORRAR... ¡VIEJITO BABOSO!...
LE JURO QUE NO TEN-GO NADA QUE VER CON ESTA NEGR... CON ESTA SEÑORITA...
YO SOY EL SEÑOR LANARI... ¿NO CONOCE LA "FERRETERÍA LANARI S.R.L."? QUEBRARON CASI TODAS EN LA AVENIDA DE MAYO, MENOS LA MÍA...
VENGA A MI CASA, SEÑOR AGENTE. TENGO UN COÑAC FRANCÉS PARA LOS AMIGOS QUE ES LA LOCURA. VIVO AHÍ NOMÁS, A MEDIA CUADRA...
HUMMM...


¡DIOS MÍO, ESAS PATAS!...
Y ESA NEGRA DE MIERDA. EN LA CAMA... VOY A TENER QUE FUMIGARLA O REMATARLA POR DOS PESOS..
DAME CAFÉ, VIEJITO...
ME TUTEA Y TODO... ES LA INVASIÓN, ES LA INVASIÓN...
CAFÉ
5


DALE, DECIME QUÉ LE HICISTE...
CÓMO SE ATREVE A PENSAR QUE YO, QUE SOY UN SEÑOR...
¡CON LAS PATAS NO!!
6


¿PERO... POR QUÉ TODO ESTO?... ¿POR QUÉ?...
ES MI HERMANA, HIJO DE PUTA, Y VOS LA ARRUINASTE. LA HICISTE VENIR DE TUCUMÁN, Y AHORA QUE LA USASTE BIEN USADA LA QUERÉS LARGAR SIN UN MANGO, ¿EH?
JOSÉ...
ESE NO ES EL QUE BUSCAMOS...
7


SON LA CHUSMA... HABRÍA QUE APLASTARLOS A TODOS... YO NO SÉ QUÉ ESPERA EL EJÉRCITO PARA HACERLO...
MENOS MAL QUE ME VINO EL SUEÑO... YO TENÍA FE...
EL SUEÑO LO BORRA TODO: EL INSOMNIO, LA HUMILLACIÓN, TODO...
EL SUEÑO ES BLANCO...
BLAN...
8
FIN

Epílogo

Aproximaciones a una vida (nota biográfica sobre Rozenmacher)

Germán N. Rozenmacher nace el 27 de marzo de 1936 en el hospital Rivadavia en la ciudad de Buenos Aires. La "N" enigmática de su nombre se resuelve en las solapas de la primera edición de *Cabecita negra*: su nombre completo era Germán Natalio Rozenmacher. Según cuenta en la breve autobiografía que introduce sus *Cuentos completos*, con guiños a Alberto Vaccarezza, su "cuna, literalmente, fue un conventillo, pero eso sí, en una sala grande de una casa de la calle Larrea". De sus padres, algo conocemos: Abraham Rozenmacher, llegado de Rusia, fue un prestigioso cantor en la sinagoga de Uriburu y Sarmiento (en el barrio del Once) y supo ser actor en comedias musicales en las colonias judías de Entre Ríos, Santa Fe y otras provincias argentinas (esa imagen de artista volverá una y otra vez en relatos como "El gato dorado", "Blues en la noche" y en el guión *La despedida de Klein*). Su madre se llamaba Paulina Sara Piñak y era una emigrante de Rusia. Algunos años de la infancia de Rozenmacher transcurrieron en la provincia de Córdoba donde su padre también practicó su oficio de cantor.

Rozenmacher completa el seminario judío, se recibe de maestro de hebreo y empieza a trabajar de muy joven (entre varios trabajos, fue linotipista). En una nota publicada por el periodista Eduardo Pogorile en el diario *Clarín*, Hilda Rozenmacher, su hermana, cuenta: "Mi hermano tuvo una educación religiosa, iba a ser rabino y estaba dispuesto a emigrar a Israel en la década de 1950. Pero cuando llegó el momento, mis padres no lo dejaron ir".

El autor de *Cabecita negra* comienza estudios en Derecho pero los abandona rápidamente; Filosofía y Letras sería, finalmente, la carrera elegida. La relación entre Rozenmacher y sus padres tiene sus momentos de conflicto: uno de ellos es su cambio de carrera. En una entrevista para la revista *Tiempos modernos* junto con Roberto Cossa y Rodolfo Walsh, en 1964, Rozenmacher cuenta que su padre quería que fuera abogado y que había sido un "gran drama" el abandono de la carrera. En dicho año finalizaba la carrera de Filosofía y Letras. El otro momento de conflicto, reelaborado al igual que el anterior en *Réquiem*

para un viernes a la noche, se ve claro en una biografía escrita por Julia Costenla donde se registra que "[Rozenmacher] causó estupor a sus padres casándose por amor con una jovencita que no pertenecía a la colectividad". Esa jovencita se llama Amelia Chana Figueiredo, con quien tuvo dos hijos, Juan Pablo y Lucas. Las dedicatorias de sus dos libros de cuentos muestran la íntima relación entre Germán y Chana: "A Chana, con amor, esta primera criatura"; "A Chana, a Juan Pablo; sin ustedes nada sería posible".

En 1960, Rozenmacher obtiene el premio Prensa Latina por un artículo, inhallable en la actualidad, sobre la nueva literatura norteamericana. Entre 1961 y 1963 comienza su labor como periodista en revistas de izquierda como *Situación* y *Che* (en 1961, viaja a Punta del Este para entrevistar, junto a Julia Costenla, al Che Guevara) y también colabora en la revista *Vuelo* de Avellaneda. Luego participa de los semanarios peronistas *18 de Marzo* y *Compañero*; en este último, publica una serie de aguafuertes en línea con la estética arltiana. Sobre su relación con el peronismo, Rozenmacher comenta en un reportaje: "Nosotros somos una generación peronista, porque el peronismo nos formó, lo vivimos en la infancia…" (*El Cronista Cultural*, 25/11/1975). En otra entrevista, señala: "El advenimiento del peronismo de algún modo desnuda al país, y nuestra generación tiene el 'privilegio' de ver al país descuartizado, y verlo casi desde afuera, sin estar comprometida totalmente con el peronismo ni con el antiperonismo" (*Primera Plana*, 17/08/1971).

En 1962, Rozenmacher publica *Cabecita negra*, su primer libro de relatos. La primera edición de 2000 ejemplares, publicada en la editorial Anuario, se agota rápidamente. En un artículo publicado en el diario *La Nación*, Marcelo Crespo y Germán Gómez cuentan que la primera tirada del libro se agota porque Germán y Chana realizan una insistente tarea de distribución en el verano de 1963, librería por librería ofrecen *Cabecita negra*. Ese mismo año Jorge Álvarez lanzará su sello editorial con la reedición del primer libro de Rozenmacher. En *El escritor y la industria cultural*, Jorge B. Rivera toma a *Cabecita negra* como claro ejemplo del boom editorial de los 60: un escritor desconocido hasta el momento agota dos ediciones de su primer libro en poco más de un año. Entre agosto y noviembre de 1962, cuentan las solapas

de aquella publicación de la editorial Anuario, Rozenmacher recibe dos premios: un premio en el Concurso de Cuentos organizado por el CEM por su relato “Raíces” y un primer premio, compartido con Miguel Briante, Ricardo Piglia, Octavio Gettino y Juan Carlos Villegas Vidal, en el II Concurso de Cuentistas Americanos organizado por la revista *El escarabajo de oro* por su cuento “Los pájaros salvajes”.

El 21 de mayo de 1964 Rozenmacher estrena *Réquiem para un viernes a la noche*, la obra teatral que le valdría un gran reconocimiento en el ambiente teatral y cultural de la época. El estreno se produce en el teatro IFT de Buenos Aires; ese mismo año, la editorial Talía publica la obra. Dos anécdotas ilustran la relación entre Rozenmacher y su primer texto dramático: por un lado, la dedicatoria con doble sentido autobiográfico “A Chana” y “A mis padres, sin cuyo amor esta historia no hubiera sido escrita”. En relación con la dimensión autobiográfica de *Réquiem*, ante las preguntas de Rodolfo Walsh en la entrevista de 1964, Rozenmacher respondía: “Lo es en la medida en que todas las buenas obras que hacemos son autobiográficas… Es la única seguridad que tenemos del mundo que nos rodea, es el testimonio de lo verificable, cuando no queremos macanear, hacer ‘literatura’. Se impone como método de trabajo, como forma de ir hacia la realidad, sin influencias, que es lo más tramposo. La autobiografía es la única manera de comenzar a abrir nuestra realidad, de ir probando hasta ver adónde se llega”. La otra anécdota es la siguiente: transcurre el año 1962, en un departamento de la calle Sánchez de Bustamante; el director teatral Augusto Fernández había organizado una reunión con jóvenes promesas del teatro nacional entre los que se contaban Ricardo Halac, Roberto Cossa y el mismo Rozenmacher. Cuentan que Germán sacó el borrador de *Réquiem* y comenzó su lectura haciendo la música que imaginaba para su obra con su boca. Así lo cuenta Cossa en el artículo de *La Nación* antes mencionado: “Recuerdo que él empezó haciendo con la voz la trompeta, como sentía la música. No estábamos habituados a eso. ¿Qué es esto? ¿Cómo empieza? Lee, lee, lee... se termina la obra y quedamos todos impactados”. En 1964, también participa de la revista *La rosa blindada,* en la sección “Cine y televisión” y comparte redacción con Leónidas Lamborghini, Bernardo Kordon y Juan José Sebreli en el semanario *Así*.

Hacia 1965, una biografía recopilada en la antología de Jorge Álvarez, *Crónicas del pasado*, presenta a Rozenmacher de este modo: "Soportando, además del éxito, sus anteojos, su calva, su descuido en el vestir, Rozenmacher busca razones, se adentra en este, su país elegido, se demora en charlas, desparrama sus números de teléfono para hacerse encontrar, trabaja, suda, pelea, titula y camina largas, sombreadas calles porteñas y absolutas, casi abstractas, sosteniendo la concreta mano de Chana, su mujer". En 1966, se publica el Diccionario de la literatura universal de Roger Pla en el que Rozenmacher se ocupa de las entradas sobre literatura hebrea e ídish.

1967 es un año clave en la producción periodística de Rozenmacher: comienza a trabajar en la redacción de *Siete Días ilustrados*. En esta revista despliega sus habilidades como escritor y cronista. En una semblanza escrita en 1972 para la revista literaria *Macedonio*, el crítico Jorge Lafforgue recordaba: "[en la redacción de *Siete Días*] descubrí al gran periodista –no de escalafón, sino de veras–, como lo prueban sus notas sobre la Patagonia, la Isla de Pascua o el Chaco, sus entrevistas, sus críticas teatrales, plenas de pasión y de observaciones agudas…". En sus diarios recopilados en *Ese hombre y otros papeles personales*, Rodolfo Walsh cuenta su encuentro con Rozenmacher ("Tostado, deportivo, más delgado") en la oficina de *Siete Días* y hace referencia a la entrevista al comisario Otero en 1970: "Germán, con una sola nota, hizo saltar a Otero, el perseguidor de tupamaros". Entre 1967 y 1970, la participación de Rozenmacher en esta revista será constante y productiva. *Los ojos del tigre*, su segundo libro de cuentos, se publica justamente en 1967 a través de la editorial Galerna, donde comparte catálogo con Juan José Saer y su *Unidad de lugar*.

Rozenmacher termina de escribir su segunda obra teatral, *Simón Brumelstein, el caballero de Indias* (su primer título es *Simón, caballero de Indias*) en 1970. Sin embargo, no verá su estreno, que recién se produce en 1982. Ante el reestreno de la obra, Ricardo Halac rememora una situación similar a la que comentaba Cossa sobre *Réquiem*: "Fue al baño por enésima vez. Después, empezó. Uno sentía claramente que estaba volcando un material que era muy precioso para él. Cuando entró en el mundo de 'el sueño, la fiebre y el delirio' y empezó a cantar melodías judías meciéndose, sentíamos que nos transportaba en el

tiempo, a otra dimensión, de significación más grande. De pronto, su voz se quebró. Había entrado en la escena de la abuela". Sobre el estreno de la obra, luego de la muerte de Rozenmacher, el actor Luis Brandoni recuerda: "Renán quiso estrenarla en el Teatro SHA, pero la rechazaron porque la comisión directiva de Hebraica, en esa época, creía que era incorrecto mostrar a un judío en conflicto con sus tradiciones. Yo creo que nadie fue tan judío y tan argentino como Germán". En 1967, a raíz de su firma y adhesión en un manifiesto a favor de Palestina y en contra del belicismo de Israel, Abelardo Castillo le había dedicado unas líneas donde expresaba su vergüenza ante la postura tomada por el autor de "Cabecita negra". Álvaro Abós, compañero y prologuista de la obra de Rozenmacher, condensa el problemático lugar en el que el autor de *Los ojos del tigre* se ubicaba en las polémicas de su época: "Sobre Rozenmacher las demandas eran intensas, porque no era indiferente lo que hiciera o escribiera. De allí las asperezas que lo golpearon. Por judío, incomodaba a algunos peronistas que sospechaban al sionista. Por peronista, incomodaba a ciertos judíos. Por defender a los palestinos fue tachado de traidor. Por peronista, defraudaba a la izquierda y era insoportable para la derecha. Por revolucionario, para los amantes del orden".

Hacia 1970, el cronista Enrique Raab (posteriormente, desaparecido por la dictadura militar de 1976) escribe sobre Rozenmacher: "Su gran cabezota redonda, su estatura imposible, su gordura descomunal pero misteriosamente armoniosa se deslizaban todos los días de la redacción a su casa, con libros estrafalarios que devoraba con delirio talmudista". En ese mismo año, publica la famosa entrevista con el comisario Otero en *Siete Días* y termina dos guiones para televisión, *El casamentero* y *La despedida de Klein*. Pero tal vez lo más relevante en ese momento sea la tarea de equipo y la publicación de *El avión negro*, la pieza teatral que escribe en colaboración con Roberto Cossa, Ricardo Talesnik y Carlos Somigliana. Con prólogo de Ricardo Halac, el quinto integrante de lo que llamaron Grupo de Autores, esta obra abrió las puertas para un teatro de corte político y reflexivo. En sus diarios, Rodolfo Walsh escribe: "Con Tito, Somigliana y Talesnik están escribiendo una obra de teatro sobre el peronismo. Al principio pensaron en sketches separados, pero después la obra adquirió

continuidad, integridad. Él escribió una parte en que un comisario peronista le dice a un militante peronista antes de torturarlo: ‘Vos sos peronista, yo también soy peronista. Vos tenés una carta de Perón, yo tengo otra carta de Perón. Vas a morir por zonzo’, y le da a la picana (…) –Esas cosas hay que empezar a decirlas –dictamina”.

En 1971, Rozenmacher termina una versión teatral de *El Lazarillo de Tormes* y escribe su breve y conocida autobiografía para una antología. En esas líneas expresa un deseo: “Ojalá dentro de muchos años, cuando ni usted ni yo estemos, alguien se acuerde de un cuento, o de alguna frase o aunque sea de un adjetivo de esos pocos felices que a uno le salen a veces muy pocos en una vida y entonces el lector diga: ‘Esto es verdad, esto está vivo todavía’. Si eso pasa yo, desde el purgatorio, voy a guiñar este ojo miope, sincero pero desconfiable, bastante agradecido”. Ese mismo año, el 6 de agosto de 1971, Rozenmacher fallece accidentalmente en Mar del Plata a los 35 años, junto a su hijo Juan Pablo. Su amigo y colega Jorge Lafforgue lo despidió en la revista *Macedonio* de este modo: “Yo sólo sé decir que ‘El gato dorado’ o ‘Blues en la noche’ se cuentan entre las mejores páginas que nos ha deparado la literatura nacional en estos últimos años. También, que su autor era un muchacho ‘feo, judío, rante y sentimental’; que las escribió en un país subdesarrollado, pero con fieros delirios de grandeza; que vivió hasta las heces sus contradicciones y las del país; que ese muchacho se llamaba Germán Rozenmacher; que era mi amigo; que él ha muerto. Nada más”.

Esta edición de 1000 ejemplares de
Obras completas, de Germán Rozenmacher,
se terminó de imprimir en
el mes de noviembre de 2013
en Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina.

Colección ***Jorge Álvarez***

EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

9 789871 741823